

Tesis doctoral



UNIVERSIDAD DE GRANADA

Departamento de Literatura Española

**Programa de Doctorado: El Veintisiete desde Hoy en la Literatura Española e
Hispanoamericana**

Lo que el tiempo no se llevó: La narrativa histórica de Julio Travieso Serrano

Autora: Yannelys Aparicio

Director: Dr. D. Álvaro Salvador Jofre

Granada, 2013

Editor: Editorial de la Universidad de Granada
Autor: Yannelys Aparicio
D.L.: GR 2248-2013
ISBN: 978-84-9028-651-7

Compromiso de respeto de los derechos de autor

La doctoranda Yannelys Aparicio y el director de la tesis, Dr. Álvaro Salvador Jofre, garantizamos, al firmar esta tesis doctoral, que el trabajo ha sido realizado por la doctoranda bajo la dirección del director de la tesis y hasta donde nuestro conocimiento alcanza, en la realización del trabajo, se han respetado los derechos de otros autores a ser citados, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Granada, a 31 de enero de 2013

Director de la Tesis

Doctoranda

Fdo: Dr. Álvaro Salvador Jofre

Fdo: D^a Yannelys Aparicio

ÍNDICE

Índice.....	5
Resumen/Summary.....	7
Introducción, objetivos y metodología.....	19
Primera parte: La novela histórica, Hispanoamérica y Cuba.....	25
I. Evolución de la novela histórica.....	27
1.1. Antecedentes de la novela histórica.....	27
1.2. La novela histórica romántica.....	36
1.3. De la novela histórica moderna a la actualidad.....	48
II. Breve panorama de la narrativa histórica hispanoamericana y cubana.....	69
2.1. Del Romanticismo a la posmodernidad en Hispanoamérica.....	69
2.2. La novela histórica en Cuba desde el siglo XIX hasta mitad del siglo XX.....	84
2.3. La narrativa de la época revolucionaria.....	93
2.4. La revolución, el intelectual y el compromiso ineludible.....	107
2.5. Los ochenta: hacia una dirección inesperada.....	114
2.6. Los noventa y dos mil: la revolución cubana contada por sus hijos.....	126

Segunda parte: La narrativa histórica de Julio Travieso.....	153
III. La vida y la obra de Travieso en el contexto de la revolución cubana.....	155
3.1. Años cuarenta y cincuenta: El bildungsroman de un escritor revolucionario.....	155
3.2. Años sesenta y setenta: Violencia y euforia en el joven narrador.....	173
3.3. De los ochenta a la actualidad: Ambigüedad y escepticismo en el escritor maduro.....	196
IV. La narrativa histórica de Julio Travieso.....	230
4.1. El relato breve en la narrativa histórica.....	235
4.2. La incursión en un nuevo género: La novela.....	254
4.3. Nuevo giro en la narrativa histórica: Del romanticismo épico al realismo romántico.....	267
V. Análisis de <i>El polvo y el oro</i>	296
5.1. El azúcar: el oro en el polvo.....	305
5.2. Esclavitud, amor y muerte en <i>El polvo y el oro</i>	324
5.3. La duda: entre lo real y lo maravilloso.....	351
5.4. De lo maravilloso a lo real.....	363
5.5. El estilo: lugares comunes en la obra de Julio Travieso.....	391
VI. Edición crítica de <i>El polvo y el oro</i>	419
Conclusiones/Conclusions.....	754
Bibliografía.....	770

RESUMEN

Esta investigación parte de la obra del narrador cubano Julio Travieso Serrano, uno de los miembros más destacados de la literatura de la revolución cubana, que nació en 1940 en La Habana, comenzó a escribir y publicar a mediados de los sesenta, en los primeros momentos de la creación de un nuevo modelo literario “revolucionario”, y su narrativa ha cubierto toda la época de la revolución, desde aquella primera década hasta la actualidad. Hemos profundizado sobre todo en su narrativa histórica, en varios libros de cuentos y otras tantas novelas, con respecto a dos tipos de criterios: la distancia temporal entre lo narrado y el tiempo de la narración, y la adscripción a la novela moderna o a la posmoderna, es decir, la novela histórica más clásica y lo que se ha llamado la “nueva novela histórica”.

Para llegar a realizar un análisis válido de la narrativa histórica de Julio Travieso nos hemos acercado en primer lugar al concepto de “novela histórica” tal como ha evolucionado desde sus comienzos, en la época del Romanticismo, hasta la actualidad, época de la posmodernidad. Acto seguido hemos hecho un breve recorrido por el género histórico en Hispanoamérica, desde la primera mitad del siglo XIX, hasta el siglo actual, y también en Cuba, alrededor de las mismas coordenadas temporales. Hemos hecho hincapié en la narrativa de la revolución, desde comienzos de los años sesenta hasta 2012, y en ese ámbito cubano hemos analizado toda la obra de Julio Travieso. Finalmente, hemos analizado a fondo su obra más importante, *El polvo y el oro*, a la que se ha dedicado un capítulo, el quinto, y realizado una edición crítica de la obra, con un estudio de variantes de

las distintas ediciones que se han hecho hasta la fecha y abundantes notas a pie de página explicando, describiendo o aclarando datos sobre sucesos históricos allí reseñados, biografías de personajes que se corresponden con protagonistas reales de la historia de Cuba, lugares y accidentes geográficos, monumentos, etc.

En el capítulo primero hemos estudiado los antecedentes de la novela histórica desde los comienzos de la literatura occidental clásica, hasta llegar a Walter Scott, el verdadero iniciador del género, a quien se ha aludido sobre todo a través del libro que lo consagró como iniciador: el de G. Lukács. A partir de ahí, el Romanticismo supone la primera gran época de la narrativa histórica, coincidiendo con el auge de los nacionalismos en Europa y América. La etapa naturalista y realista de fin de siglo XIX significa la decadencia de lo histórico frente a lo actual. En el siglo XX hay otra época dorada de la narrativa histórica, en las últimas décadas, cuando la posmodernidad elimina las certezas que el método científico había impuesto en la modernidad, y los críticos acercan los objetivos del discurso historiográfico y el literario, sin diferenciar absolutamente entre pretensiones de realidad y ficción, respectivamente.

El capítulo segundo desarrolla este mismo tema pero desde el punto de vista de la narrativa escrita en Hispanoamérica en general y, más específicamente, en Cuba. Desde el Romanticismo, con obras como *Xicoténcatl* (1826) y *Amalia* (1851), en el mundo hispanoamericano se observa una evolución parecida a la del resto de Occidente, alcanzándose una verdadera edad de oro de la narrativa histórica después del *boom* de la narrativa de los años sesenta y setenta del siglo XX, con un punto de partida en obras como *Terra Nostra* (1975), de Carlos Fuentes, o *El mundo alucinante* (1969), de Reinaldo Arenas. Con ellos comienza en Nuestra América el desarrollo de la “nueva novela histórica” o posmoderna, que tendrá como caracteres, para diferenciarse de la anterior o moderna, la subordinación de la reproducción metódica del pasado a planteamientos filosóficos de naturaleza epistemológica, la distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos, la utilización de grandes

figuras históricas en lugar del héroe medio, un lugar prominente para la metaficción, la intertextualidad, el dialogismo, lo carnavalesco, la parodia, etc. (Menton 1993: 42-46). Esa crisis absoluta de valores y certezas en el panorama internacional, en Hispanoamérica tiene unas notas algo peculiares, como la decepción que supone ya desde final de los setenta el fracaso de la utopía revolucionaria cubana, el auge de las dictaduras, el crimen institucionalizado, la descentralización y fragmentación del poder social, la ruptura con los grandes modelos narrativos que contaron la historia en el siglo XX, etc. (Pons 1996: 101-145).

Ese capítulo segundo termina aplicando estas notas a la literatura cubana, para destacar, precisamente, cómo en los últimos años ha habido un espectacular auge del género narrativo histórico, que se concreta en la gran cantidad de autores y obras que han sazonado la literatura de la isla, escrita tanto por autores que viven en Cuba como por protagonistas de la gran diáspora cubana. En ese escenario particular de la mayor de las Antillas, Julio Travieso tiene un lugar destacado con sus últimas obras, sobre todo con *El polvo y el oro* (1993).

A continuación hemos dedicado un extenso capítulo entero a reseñar la vida y la obra del escritor cubano a quien dedicamos la investigación, Julio Travieso Serrano, y para ello hemos obtenido numerosos datos de una larga entrevista que le hicimos en abril de 2012, que citamos convenientemente a lo largo de todo el capítulo. Para completar este capítulo biográfico, en el que hemos añadido algunos datos sobre el estilo y las circunstancias en que fueron escritas sus obras, hemos acudido también a datos proporcionados por cierta bibliografía de carácter histórico sobre el proceso que dio lugar a la revolución de los años cincuenta que triunfó el 1 de enero de 1959 e instauró un sistema político que sigue todavía vigente y cuyos protagonistas, ahora octogenarios, continúan manteniendo contra viento y marea. En esa síntesis biográfica de Travieso recorreremos su infancia, su formación intelectual, la influencia de los padres en su conciencia revolucionaria, la lucha clandestina contra Batista, su encarcelamiento, tortura y liberación, y el

comienzo de una nueva vida, además universitaria, que le llevaría a la Unión Soviética y confirmaría su vocación artística, y su evolución como narrador desde mitad de los sesenta, momento en que ganó sus primeros premios y publicó sus tempranos relatos, pasando por el quinquenio gris de los setenta y la etapa de recuperación tras la creación del Ministerio de Cultura en 1976, para terminar con su etapa de madurez creativa a partir de ese momento. Hemos destacado también su labor como profesor universitario, editor y profesor invitado en varios países, que ha compaginado con la creación de sus mejores obras literarias a lo largo de la década de los ochenta y noventa, hasta culminar en la publicación de *El polvo y el oro* (1993) y *Llueve sobre La Habana* (2004), sus dos mejores novelas.

Una vez terminada la síntesis biográfica, la investigación se ha centrado, en los tres capítulos siguientes, en el análisis de su obra literaria, sus cuentos y novelas, desde los años sesenta a la actualidad, desde el punto de vista de la utilización del género histórico, tanto de las obras de los años sesenta y setenta que tratan de dar un sentido al proceso revolucionario comenzado en los cincuenta, como de las obras de los ochenta y noventa que profundizan en la historia de Cuba desde el siglo XIX para indagar en la identidad nacional y tratar de explicar por qué Cuba ha llegado a la situación en la que se encuentra en estos momentos. Eso ocurre fundamentalmente en dos novelas, *Cuando la noche muera* (1981) y *El polvo y el oro* (1993), mientras que en obras posteriores, como *A lo lejos volaba una gaviota* (2004) y *Llueve sobre La Habana* (2004), vuelve otra vez a la historia más cercana, pues se trata de narraciones centradas en el período especial cubano, que comenzó en 1989. Para finalizar el estudio detallado del tema histórico en la narrativa de Travieso, hemos realizado una edición crítica de su obra maestra, *El polvo y el oro*, que aclara muchos de los aspectos que se han tratado específicamente en el capítulo quinto. En definitiva, hay que considerar la obra de Julio Travieso como una aportación importantísima al proceso que ha sufrido la novela histórica cubana desde los presupuestos “científicos” de la modernidad, en sus primeras obras, y la tendencia en los años noventa a instalarse cada vez más en

el espacio de la “nueva novela histórica hispanoamericana”, de carácter posmoderno, por su tendencia a contradecir la historia oficial, ofrecer dudas en lugar de certezas, asumir rasgos de ambigüedad, crítica o parodia, incurrir en continuas idas y venidas entre el pasado y el futuro y asumir una propuesta desmitificadora de la historia de la isla.

SUMMARY

This research deals with the complete works of the Cuban narrator Julio Travieso Serrano, one of the most important members of the literature of the Cuban revolution who was born in 1940 in Havana, began to write and publish in the middle of the nineteen sixties, during the first years of the creation of the new “revolutionary” literary model. His narrative has covered all the whole periods of the revolution from its first decade to the present. We have studied mainly his historical narrative in various short stories books and many of his novels, according to two types of criteria: the temporary distance between the things narrated and the time of the narration, and the identification with the modern or postmodern novel, in other words, the more classic historical novel and what has been called “the new historical novel”.

In order to develop a valid analysis of Julio Travieso’s historical narrative, we have studied the concept of “historical novel” and its origins during the Romanticism until the postmodern period. Then we have gone over the historical genre in Latin America, from the first half of XIX Century to the present century and also in Cuba during the same period of time. We have focused in the narrative of the revolution, from its beginnings in the sixties until 2012, analyzing the production of Julio Travieso. Finally, we have deeply studied his most important novel, *El polvo y el oro*, to which we have dedicated a whole chapter, the fifth, and have developed a critical edition of this novel, with almost 300 footnotes.

In chapter one, we have studied the antecedents of the historical novel from the very beginnings of the classic western literature until Sir Walter Scott, the true

creator of this genre, known through a very important book that established him as the pioneer of the historical novel: the book by G. Lukács. From this point on, Romanticism introduces the first great period of the historical narrative, through the triumph of Nationalisms in Europe and America. The periods of Naturalism and Realism periods, at the end of the 19th Century, means the downfall of the historical narrative until the present. However, in the 20th Century there is another golden age in historical narratives, during the last decades, when postmodernity eliminates the certainties that the scientific method imposes on the modernity, and the critics combine the objectives of the historical and literary speeches, without making a differentiation between reality and fiction.

The second chapter develops the same topic seen from the point of view of the narrative written in Latin America, and more specifically in Cuba. In the period of Romanticism, with novels such as *Xicoténcatl* (1826) and *Amalia* (1851), in Latin American we observe an evolution similar to what occurs in the rest of the Western Hemisphere, arriving at a new golden age of the historical narrative after the boom of the sixties and seventies in the 20th Century, starting with *Terra Nostra* (1975) by Carlos Fuentes, and *El mundo alucinante* (1969) by Reinaldo Arenas. There it begins, in Latin America, the development of the “new historical novel”, or postmodern, that will have as characteristics, in order to differentiate from the prior:

- 1) The subordination of mimetic mimetic pertaining to or exhibiting imitation or simulation, as of one disease for another re-creation of history to the illustration of philosophical ideas
- 2) The conscious distortion of history
- 3) The utilization of famous historical figures as protagonists
- 4) The use of metafictional devices such as the narrator's references to the creative process

5) Examples of intertextuality, as the shaping of texts' meanings by other texts. It can refer to an author's borrowing and transformation of a prior text or to a reader's referencing of one text in reading another

6) The inclusion of Bakhtinian concepts of the dialogic, the carnivalesque, parody, and heteroglossia

(Menton 1993: 42-46)

This crisis of values and certainties in the international world in Latin America presents some peculiar notes, like:

- 1) The Cuban revolution was not an that impulsive motor that people were expecting
- 2) The growth of dictatorships (including the Cuban one)
- 3) The utopia of the new man and the new woman for the Latin American future and the failure of the social projects
- 4) The institutionalized crime that raises every year
- 5) The homogenization to all the levels and the fight for the heterogenization of the social movements
- 6) The decentralization and fragmentation of the social power
- 7) The imposition of a new sensitivity and esthetic, as well as the new type of thinking emotional state that corresponds to the present social reality
- 8) The debate about the validity of the narration from the Twentieth Century and the breakdown of those models that affected the great speeches that had dominated the history.

(Pons 1996: 101-145)

The second chapter ends up applying these notes to the Cuban literature to highlight how it has been, in the last years, an spectacular revival of the historical novel genre, that takes place in a big number of authors and books that have shaped the literature in the island which has been written by Cuban authors that live in the island and also for others that have left the country. In this particular

scenario of Cuba, Julio Travieso Serrano has a distinguished place in his last works, specifically in *El polvo y el oro* (1993).

Following, we proceed to dedicate an extensive chapter to describe the life and the work of the Cuban writer to whom we dedicate our research, Julio Travieso Serrano, and for this purpose we have obtained data in a long interview that took place in April, 2012, conveniently cited in this chapter. To complete this biographical chapter, we added some information about the style and circumstances where the novels were written. We also used the information provided by some historical bibliography about the process of the Cuban revolution in the 50's, that triumphed on January 1st, 1959, and established a political system that still dominates today. In Travieso's biographic synthesis, we talked about his childhood, his intellectual formation, the influence of his parents in his revolutionary consciousness, his fight against Fulgencio Batista that put him in jail, his tortures and liberation, and the beginning of a new life at the University, that leads him to the Soviet Union to confirm his artistic vocation and its evolution as a narrator since the middle of the sixties, when he won his first award and published his first short stories. After that, we talked about the seventies, with the "quinquenio gris" and the creation of the Ministry of Culture in 1976, and Travieso's period of maturity in the 80's and 90's. We have emphasized his task as university professor, editor and visiting professor in several countries, combined with his literary work in the 80's and 90's, until the publication of *El polvo y el oro* (1993) and *Llueve sobre La Habana* (2004), his two best novels.

After the biography, we have focused our research, in the next three chapters, in the analysis of his literary works, his short stories and his novels from the sixties to the present, from the perspective of the historical narrative genre, studying some novels and short stories trying to explain the revolutionary process, close to the time of the writing, and others that are centered in the old past, XIX and the beginning of XX Centuries: *Cuando la noche muera* (1981), and *El polvo y el oro* (1993). To finish this research about the historical topic in Travieso's

works, we have made a critical edition of his master piece, *El polvo y el oro*, trying to clarify many aspects analyzed in chapter five. We need to consider Travieso's works as an important contribution to the process of Cuban narrative in 20th Century from the scientific notes of the modernity, in his first works, to the postmodern tendency of the "new historical novel" in the 90's, contradicting the official history, offering doubts instead of certainties and showing ambiguity, critic vision or parody, making abundant flashbacks and assuming a demystified view of the history of the island.

INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Desde los tiempos más remotos la historia ha sido contada por poetas, escritores e historiadores, exponiendo cada uno su punto de vista y aportando también, desde sus perspectivas, un tanto de su propia interpretación de los hechos narrados. De este modo, los poetas han plasmado los hechos ocurridos con un matiz romántico: Homero relata la guerra de Troya en su poema *La Ilíada*, incorporando elementos de fantasía al describir las batallas entre griegos y troyanos. Por su parte, los historiadores tratan de dejar atrás el elemento imaginario, para contar los hechos acaecidos mostrando solamente lo que puede ser comprobado en las fuentes históricas y jurídicas. Sin embargo, en numerosas ocasiones se hace necesario para el investigador hurgar en la literatura para ahondar en los detalles de ciertas épocas. La literatura de cada período histórico es, sin lugar a dudas, una fuente inagotable de conocimiento de la historia y esta no podría constatarse si no se hace referencia a lo escrito por los hombres de una época determinada. Es por eso que la frontera que separa la historia de la literatura es prácticamente invisible, como dice Mata: “La savia de la historia vivifica la literatura, y viceversa, la literatura es una fuente para el conocimiento histórico”. (Mata 1995:14)

El hombre, como ser social a quien corresponde vivir una determinada época, se ha inspirado en la historia para crear literatura, reflejando de ese modo los problemas, miedos e ilusiones de dicho tiempo. La historia ha sido siempre fuente de inspiración de artistas, cineastas y escritores, que en el afán de recrear los sucesos de una época determinada comienzan a cultivar un nuevo género narrativo: la novela histórica. Este tipo de narrativa tiene su génesis en el siglo XIX con Walter Scott, que más tarde inspirará a un sin número de escritores que incursionarán en dicho subgénero haciendo que vaya adquiriendo nuevos matices y modalidades hasta llegar a la novela histórica contemporánea. El rasgo fundamental de la narrativa histórica consiste en que “sitúa su acción (ficticia, inventada) en un pasado real, histórico, más o menos lejano.” (Mata 1995: 16) Es necesario, por otro lado, reparar en que toda novela tiene un aspecto temporal, trabaja con la noción de tiempo, por lo que, en principio, podría decirse sin temor a equivocarse, que toda novela es histórica. Paul Ricoeur define la novela como “la dimensión lingüística que proporcionamos a la dimensión temporal de la vida.” (Ricoeur 1999: 216) Lo que ocurre es que, en muchas novelas, la dimensión histórica no es el nudo fundamental que estructura el relato, mientras que en las novelas llamadas históricas, la historia es el motor de la trama y el hilo conductor de toda la obra y su significado, a la vez que, de modo paradójico, en ese tipo de relatos, se trata de “hacer olvidar que esos hechos están a su vez referidos por otro discurso, el de la historia.” (Jitrik 1995: 14) Con ello, se produce siempre una tensión entre historia y novela, puesto que cada una de ellas simularía ocupar el espacio de la otra, ya que ni el concepto de “verdad” pertenece exclusivamente al de la historia, ni el de “mentira” al de la novela. No obstante, y a sabiendas de que es difícil acotar el terreno de la novela histórica para diferenciarlo, por un lado, de la historia y, por otro, de la novela en general, podemos acercarnos con Fernando Aínsa a algunas de sus notas más evidentes, como la desconfianza con respecto al discurso historiográfico, la libertad en el uso del documento histórico, la

dislocación temporal, la utilización de diversos puntos de vista, el esmero en la expresión o la multiplicidad de estilos. (Aínsa 1991a: 13-31)

Si atendemos a la definición de novela histórica que nos dejó Umberto Eco después del éxito de *El nombre de la rosa*, resulta muy sugestiva su división tripartita en la “apostillas” a su novela. Para él existen tres tipos de novela histórica. En primer lugar la denominada “romance” donde el pasado es presentado como escenografía, pretexto, construcción fabulosa, para dar rienda suelta a la imaginación. En segundo lugar los relatos de capa y espada, con personajes reales ya recogidos en la Historia que realizan actos no reflejados en ella. Finalmente, la novela histórica propiamente dicha, la que más nos interesa por la naturaleza de esta investigación, en la que no es necesario que entren personajes reales (aunque pueden hacerlo), y donde el deseo fabulador no es menor que en los supuestos anteriores, aunque la sujeción a los hechos confirma la verosimilitud de lo expuesto (Eco 1989: 662-666).

En el presente trabajo, y relativamente ajenos a la discusión sobre la naturaleza, características y alcance de la novela histórica en un nivel puramente teórico, pretendemos, como objetivo fundamental, analizar la narrativa histórica del escritor cubano Julio Travieso. Haremos un breve bosquejo de lo que ha sido la novela histórica desde sus inicios hasta nuestros días, veremos la evolución del género en Hispanoamérica y en Cuba, y analizaremos la mayoría de las novelas y cuentos del escritor isleño quien, en un tanto por ciento muy elevado de su producción literaria, ha pretendido reflejar los sucesos que han tenido mayor relevancia en la historia de su país.

Nuestra investigación se encuentra, por tanto, encaminada a corroborar la presencia de la narrativa histórica en la obra de Travieso, quien reconstruye en sus libros los sucesos más relevantes acontecidos en Cuba desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. La perspectiva de este eminente escritor irá variando a la vez que el proceso revolucionario iniciado por Fidel Castro se afianza en la isla, adquiriendo matices que disgustan a unos y enorgullecen a otros. Ahondaremos en

las causas de los cambios y contradicciones que se han manifestado en Cuba a partir de la revolución y los motivos por los cuales a lo largo de 54 años de historia algunos ciudadanos se han mantenido firmes en su idea de apoyar al gobierno, mientras que otros le son contrarios.

Daremos entonces una breve mirada a las novelas de Travieso, que constituyen un espejo de las circunstancias en las que se produjo el movimiento revolucionario, sus preceptos e ideales y cómo fueron llevados a la práctica. Trataremos entonces, mediante el análisis de la historia contada en las obras analizadas, de acercarnos a la realidad de la sociedad cubana de hoy, buscando llegar al fondo de los problemas existentes en ella y teniendo en cuenta los aspectos positivos y negativos de la revolución que han situado a Cuba donde se encuentra actualmente: de regreso al punto de partida, al inicio de la construcción de una sociedad incierta que no sabe hacia dónde camina, panorama que ha producido confusión, desconcierto y la salida de miles de sus habitantes, incluyendo intelectuales de renombre. Otros, como Julio Travieso Serrano, se han quedado en su patria, sobreviviendo frente a las adversidades y escaseces, y contribuyendo, con la pluma en mano, a contar la verdadera historia. Para ello utilizaremos como armazón metodológico toda la teoría que últimamente se ha generado en relación con el concepto de novela histórica y “nueva novela histórica”, novela moderna y posmoderna (Anderson Imbert 1952 y 1975, White 1973, 1978 y 1987, Menton 1975, 1978 y 2003, Lukács 1976, Lyotard 1979, Aínsa 1986, 1991a, 1991b, 1997 y 2003, Hutcheon 1988 y 1989, Jameson 1991, Mata 1995, Spang 1995, Pulgarín 1995, García Gual 1995 y 2005, Binns 1996, Romera 1996, De Castro 1996, Barchino 1996, Pons 1996 y 1999, Spivak 1997, Kohut 1997, Mignolo 2000 y 2008, Morell 2001, Barrientos 2001, Fernández Prieto 2003, Lefere 2004, Bouffartigue 2004, Lozano Herrera 2004, Rubiano 2001, Corona 2001, Grützmacher 2006, Juliá 2006, Gálvez 2006, Perkowska-Álvarez 2006 y 2008, Veres 2007, Penadés 2007), y también algunos estudios ya clásicos sobre los rasgos principales de la identidad cubana (Benítez Rojo 1989,

Phaf 1990, Pérez-Stable 1993, Redonet 1993 y 1999, Bejel 1994, Correa 1998, Álvarez IV 1994, Álvarez-Tabío 2000, Rojas 2000, 2002, 2006, 2008, 2009, y 2011, González Acosta 2002-2003, Fornet 2003, Rodríguez 2004, Esteban 2006, 2008 y 2011, Redurello 2010) que iremos desgranando y explicando a lo largo de esta investigación.

Primera parte

**LA NOVELA HISTÓRICA,
HISPANOAMÉRICA Y CUBA**

CAPÍTULO I: EVOLUCIÓN DE LA NOVELA HISTÓRICA

1.1. Antecedentes de la novela histórica.

Antes de comenzar un somero recorrido diacrónico por los caminos de la incursión de la historia en la literatura o de esta en aquella, conviene señalar un recurso de gran utilidad en el estudio de los géneros históricos aplicados a la literatura. Un documento de la Biblioteca Nacional de Madrid, en constante proceso de actualización, puesto al día por última vez el 21 de diciembre de 2010, titulado “Novela histórica: guía de recursos bibliográficos”, contiene un elenco tan completo de obras, fuentes de información, bibliografías, estudios y documentos en línea, que resulta imprescindible para todo aquel que quiera acercarse al tema de la narrativa histórica. Se divide en cuatro apartados: estudios, novelas, páginas web y bibliografías. En el primero hay una nueva subdivisión, de siete partes, que comienza con un lugar para los estudios generales sobre la novela histórica, y después una serie de apartados por países. El último de ellos es el dedicado a la novela hispanoamericana. El segundo gran bloque, el de las novelas, se subdivide

en siglo XIX (Romanticismo y Realismo) y siglo XX: en este último caso hay cuatro posibilidades, según traten esas novelas de la Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea. El bloque de las páginas web da cuenta de todas aquellas que están en español, en inglés, en francés y en alemán. Por último, la sección bibliográfica es completísima, con alusiones a bibliografías, novela histórica digital, bases de datos bibliográficas, tesis y congresos y, finalmente, todo lo que hay en la BNE sobre novela histórica.

La simbiosis y la fusión del relato histórico y la poesía, de la realidad y la ficción, se remontan a la época Helenística, en la que ya Aristóteles había creado una clasificación de géneros literarios: épica, lírica y tragedia. Para el filósofo “resulta irrelevante que lo que se narra en la obra de ficción coincida o no con la realidad: lo único que importa es que su argumento se rija por lo plausible, por lo que ‘podría haber sucedido.’” (Penadés 2009: 65) Y es que el buen relato histórico, aunque incluya elementos y hechos imaginarios, debe recrear personajes que presenten un comportamiento que resulte “creíble” para el lector.

Una de las obras primordiales que antecede el género histórico se escribe en el siglo I a.C. Se trata de *Kéreas y Calirroé*, novela de amor cuya trama recrea el imperio persa a final del siglo V a.C, y su autor fue Karotón de Afrodísias. En la obra, los personajes reales, el rey persa Artajerjes y su esposa, interactúan constantemente con los protagonistas ficticios. Con el surgimiento de las novelas griegas y más tarde, de los romances medievales, los temas tratados presentarán, cada vez más, una estrecha vinculación con la historia.

Podríamos afirmar que “en el siglo VIII a. C, con la obra de Homero, empieza nuestra literatura.” (Haefs 2009: 81) *La Ilíada*, a pesar de estar escrita en verso, podría verse como “la primera novela de peripecias y aventuras, (...) Troya es donde comienza nuestra identidad,” (Haefs 2009: 81) pues la batalla entre Agamenón y Aquiles presenta un cuadro general de lo que fue la guerra de Troya. Tanto *La Ilíada* como *La Odisea* han sido, durante muchas generaciones, fuente de inspiración y conocimiento para los estudiosos de la historia.

Varios siglos más tarde, los poemas épicos de Homero proporcionarían a Herodoto un ejemplo para seguir, como modelo narrativo, ya que su literatura representa un “conjunto de novelas enlazadas por un marco narrativo. La historia que surge con Herodoto sigue admitiendo lo maravilloso y lo ingenuo (...); ciertos autores renacentistas y los tratadistas de tiempos modernos van afirmando la historia.” (Penadés 2009: 71) Gracias a este escritor griego ha llegado hasta nosotros cierta información acerca de los fenicios, los cuales llevaron, por ejemplo, el alfabeto a Grecia. La importancia de la obra de Herodoto radica en que muchos vieron en él “el enfrentamiento entre la realidad (presentada en prosa) y el mundo paradigmático (expresado en versos).” (Juliá 2006: 27)

En la antigua Grecia se transmitían las historias de forma oral. De esta manera, iban pasando de una generación a otra, ya que el pueblo compilaba experiencias y anécdotas y las transmitía a los allegados. Además, se ofrecía comida y alojamiento a todos aquellos que, fuera del ámbito familiar y en lugares públicos, quisieran contar sus historias. Hoy en día, aunque los modos de transmisión literaria han variado, el resultado que se persigue es similar, pues al leer una novela histórica deseamos acercarnos a la época que se recrea tanto como a las circunstancias en las cuales ocurre la trama, y es que en la mayoría de los casos, el público busca en la historia “material para su avidez de ficción.” (Fernández Prieto 2003: 43) El lector se identifica con el hecho narrado y quiere ahondar en lo sucedido, para colocar las piezas sueltas del rompecabezas en el que se ve atrapado. De esta forma se entrelazan la historia real y el relato fantástico, donde uno parece derivarse del otro y viceversa, pues el narrador puede colocar sucesos imaginarios en aquellas lagunas que le quedan sin descubrir.

Si analizamos la literatura de la Edad Media, observamos que la narración histórica todavía se presentaba con una terminología que variaba de “‘libro’, ‘historia’, ‘tratado’, entre otras razones por la escasa atención que la teoría dedicó a estos géneros.” (Fernández Prieto 2003: 47) Surgen en ese período las novelas pastoriles y las de caballerías, y se distingue también el romance como forma

narrativa. A dicho género pertenecen las narraciones de ficción predominantes tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, con excepción de la picaresca y, en parte, del *Quijote*. Hasta cierto punto, las novelas de caballería imitaban la vida de algunos caballeros de la época que habían decidido emprender el camino de la aventura: es el caso de tantos conquistadores que partieron hacia el continente americano.

Hasta el siglo XVI no había sido necesario establecer la línea divisoria entre lo real y lo fantástico. Por consiguiente, no se puede separar a ciencia cierta la narración histórica de la narrativa romance. En la narrativa histórica peninsular de los siglos XV y XVI existe una curiosa relación entre el relato “aparentemente” verdadero y el totalmente ficticio. Así, el romance de caballerías español surge de un modelo historiográfico, estableciendo una vinculación historia-novela. En el prólogo del *Amadís de Gaula*, Garci Rodríguez de Montalvo hace referencia a tres tipos de historia:

a) Las de griegos y troyanos, escritas para dejar memoria de los grandes hechos de armas y de sus protagonistas y para provocar la admiración de los lectores. Sus autores se basan en hechos reales pero los embellecen incorporando gran dosis de invención.

b) Las historias verdaderas, cuyo ejemplo es Tito Livio, que se opone a las anteriores.

c) Las historias fingidas, que sin aquellas compuestas sin el menor rasgo de verdad. (Rodríguez de Montalvo 1987: 219-225)

Estas últimas son consideradas por Montalvo como un tipo de historia. En dicha época se destaca el recurso al manuscrito. El *Amadís de Gaula*, por ejemplo, atribuye el relato a una fuente manuscrita, escrito por un testigo ocular de los hechos narrados. De esta forma, la ficción se acoge al amplio territorio de la narración histórica. Es precisamente el hecho de presentar las novelas de caballerías como hechos verídicos lo que hace que sean altamente criticadas por los moralistas de la época, acusados de sembrar la confusión y las dudas acerca de

la verdadera historia. De hecho, esa peculiar relación entre primitivas novelas y la historia “fue uno de los motivos de descrédito de los libros de caballerías” (Veres 2007: 3). Pedro Mexía, en su obra *Historia imperial y cesárea*, de 1545, instigó a los lectores a no probar con los libros de caballerías, y Juan Luis Vives, desde su atalaya europea, entre Flandes e Inglaterra, sugirió la perversidad de ese tipo de obras, en su afán moralizador humanista (1529). Lo mismo hicieron Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias* (1535-1557) y otros muchos escritores de la época. Lo que más interesa aquí es que, en España, desde el siglo XVI, puede hablarse en cierto modo de génesis y evolución del género novelesco histórico pues, según dice Ferreras, la novela de la época “se caracteriza por buscar en la historia escrita o en las tradiciones orales el universo novelesco o el protagonista histórico, o ambos” (Ferreras 1990: 55).

La narrativa histórica irá siempre estrechamente unida a la realidad, y esta jamás podrá desprenderse de la verdadera concepción de la historia, que debe prevalecer al momento de la narración. Sin lugar a dudas, la novela histórica nacerá del relato histórico. Luego, al agregar sucesos y personajes fantásticos para adornar la historia y cubrir sus huecos oscuros, el relato se convierte en la conformación de la narrativa de ficción.

Muchos son los que ha aportado matices al estudio de este género. Antonio Penadés, por ejemplo, opina que “la literatura es, en esencia, un vehículo para trasladar una historia interesante a un colectivo de personas. (...) Hasta la llegada de la escritura alfabética, se realizaba de forma oral.” (Penadés 2009: 65) Celia Fernández, por su parte, define el género narrativo histórico como “una forma de actualización de esa larga tradición de intercambios entre la historia y la novela, que se forjó en el contexto del Romanticismo.” (Fernández Prieto 2003: 36) La escritora establece que “todo género literario se constituye a través de un triple haz de relaciones: con la tradición y las formas literarias del pasado con otros géneros de su momento histórico marcando sus diferencias y semejanzas, y con el contexto sociopolítico y los sistemas culturales e ideológicos vigentes en el horizonte de

recepción.” (Fernández Prieto 2003: 35) De esta forma, la novela histórica podría definirse como una forma de actualizar la extensa tradición de intercambios que ha subsistido entre la historia y la novela, y que se había forjado en la época del Romanticismo.

Sin embargo, cada escritor seleccionará su pasado y lo reflejará de acuerdo a sus intereses y con sus modelos psicológicos culturales. Así pues, la novela histórica se presenta como una reescritura de textos previos, cuyo objetivo principal consiste en representar personajes y acontecimientos ocurridos en un determinado tiempo y espacio, y cuya realidad empírica está establecida en documentos y confirmada por estudiosos de la historia, que ha sido incorporada y asimilada a la vida de los miembros de una comunidad. En resumen, la historia constituye un valiosísimo material de enseñanza e instrumento de interacción y socialización de los individuos.

Lógicamente, cada quien cuenta la historia desde su perspectiva, pues dicha narrativa estará influenciada por el punto de vista, creencias, valoraciones e ideología de quien reproduce determinados hechos, ya que la realidad no es un concepto estático sino dinámico, en continua revisión, que varía de acuerdo a quien la observa e interpreta. Es por ello que debemos referirnos a la *verdad* de la historia. Este concepto resulta ser un tanto relativo, pues todos sabemos que existen verdades parciales, acerca de las que los historiadores no se han puesto de acuerdo, y por tanto se encuentran sujetas a controversia. Existen también verdades provisionales, que en determinado momento se han confirmado y que más adelante han sido completamente desmentidas por otros investigadores. En ese sentido, el historiador pone a prueba su credibilidad en el contenido de lo que reconoce como verdadero, puesto que los sucesos históricos que se cuentan pueden ser sometidos a comprobaciones por parte de quien los analiza, teniendo en cuenta, además, que actualmente, en las últimas décadas, desde que se ha implantado el concepto de “nueva novela histórica”, ha aflorado cierta incredulidad, basada en la imposibilidad de diferenciar la historia de la novela: tan

inventadas pueden ser una como la otra, y también tan verosímiles y adecuadas a los acontecimientos.

Si damos una mirada a la situación del relato histórico en España, podemos apreciar que desde la segunda mitad del siglo XVI comenzaba a existir cierta necesidad de separar la realidad de la ficción. A mediados del siglo XVI, la teoría neoplatónica comenzó a conocerse en el país, y a partir de entonces se considerará la poesía inferior y subsidiaria de la historia, por lo que se invierten los principios antes mencionados. Lodovico Castelvetro define la historia como “cosa rappresentata” y la poesía como “cosa rappresentante.” (Boileve–Guerlet 1993: 30) Es decir, la poesía adquiere su veracidad de la historia y por ello los poetas deben nutrirse de personajes históricos, lo cual crea una concepción muy particular en la crítica europea del siglo XVII en lo referente a la verdad poética.

Con unas expectativas diferentes a las demás producciones literarias de la época se escribe *El Lazarillo de Tormes*, que poco tiene que ver con los libros de caballerías, ni siquiera por oposición o parodia. En las novelas de caballerías, los hechos aparentemente son reales porque son históricos, porque aparecen en una escritura (los manuscritos) que certifican su existencia. *El Lazarillo* representa la viveza de un pícaro que cuenta cómo se busca la vida, para lo que emplea un discurso autobiográfico, que se presenta de forma bastante creíble y real, pero basado en la actualidad y la experiencia sincrónica, y no en el dato o el documento acerca del pasado.

Tiene también en este período especial significado *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* de Miguel de Cervantes, donde la relación entre la realidad y la ficción no es un solamente un asunto dentro de la obra, sino que es parte de la historia misma y como tal se evidencia, marcando la unidad y el diseño artístico de la novela. La obra maestra de Cervantes, a simple vista, puede catalogarse como una novela de ficción. Sin embargo, en ella interviene un problema básico del contexto histórico y cultural español. En la misma, el dilema entre la historia verdadera y la fingida no constituye una crítica estricta a las

novelas de caballerías, sino la historia de un sujeto que pierde el juicio al leer, como históricos, y por ello como verdaderos, unos libros que eran ficción. Es decir, que lo que verdaderamente se critica en la novela cervantina es la imposibilidad de establecer diferencias entre las historias verdaderas y las ficticias. Cervantes, por consiguiente, parece buscar un lugar para la ficción narrativa, al mismo tiempo que intenta respetar la verdad de la historia: “El Quijote no desenmaraña la ficción de la historia, sino que, al contrario, enfoca su lente telescópica sobre una imprecisa frontera.” (Wardropper 1980: 248)

El Quijote censura la falsedad de las historias aparentemente verdaderas, que incorporan elementos imaginarios, y la de las historias fingidas que parecen ser ciertas. Así pues, con fina ironía pone en tela de juicio la veracidad del manuscrito que “supuestamente” ha encontrado y cuyo autor es el árabe Cide Hamete Benengeli, personaje que es sospechoso, para el narrador, de no ser verídico. Obviamente, la novela inaugura una nueva forma de lectura: un lector un tanto irónico e ingenuo a la vez, muy distante de aquel lector pasivo y crédulo de las novelas de caballerías. A diferencia del *Lazarillo de Tormes*, que se presenta como el verdadero narrador de la historia, Cervantes siembra la duda tanto acerca del autor como de la veracidad del relato, provocando que algunos críticos califiquen la novela como apócrifa.

Después del Barroco, la narrativa de ficción en España entra en un período de decadencia. El dilema que se planteará en el siglo XVIII es el “conjugar el respeto a la verdad (la verosimilitud histórica) con la exigencia de moralidad y defensa del decoro.” (Fernández Prieto 2003: 67) Ese didactismo derivará finalmente en un campo abonado para la búsqueda de argumentos en la antigüedad clásica que permitan a los narradores “fabular libremente” (Veres 2007: 3), observación que fue puesta de relieve por Pierre-Daniel Huet en su obra de 1770 *Lettre-Traité sur l'origine des romans*. También en la segunda mitad del siglo XVIII se produce, no en España sino en Inglaterra, una interesante actualización de la narrativa romance: la novela gótica (así la denomina Walter Scott), que

presenta una serie de características del romance antiguo, como el manuscrito hallado y la presencia continua de misterio y aventuras, abordando temas medievales, de castillos y fortalezas, y que utiliza el pasado medieval como escenario, recreando cierto ambiente de terror para reconstruir el pasado con fidelidad histórica, género iniciado en 1764 con *El castillo de Otranto*, de Orale Walpole.

A finales del siglo XVIII la explicación de la historia ya se comenzaba a considerar como un posible género literario. Más adelante, en el siglo XIX, esta se concebirá como reelaboración del pasado, de manera que los historiadores buscarán los momentos oscuros y desconocidos de los tiempos lejanos. La historia, a partir de este momento, será algo más que el recuento de sucesos militares, económicos y políticos, puesto que incluye también la vida del pueblo. Así las cosas, la historia política da paso a la social, lo que significa un replanteamiento los sujetos tradicionales de la misma.

Durante los primeros años del siglo XIX se produce un resurgir del gusto por los temas medievales y sus manifestaciones artísticas y literarias. Encontramos cierta conexión entre el romance de caballería español y el tipo de narrativa que surge a partir de Walter Scott, quien hace referencia a la estrecha relación existente entre romance e historia. Las novelas de Scott tuvieron gran aceptación y acogida en toda Europa, donde llegó a ser considerado como el precursor de la narrativa histórica, aunque “no debe considerarse a Scott el arquetipo del género.” (Lejeune 1975: 317)

Algunos apuntan que el género de novela histórica no se crea con Walter Scott, sino cuando los demás escritores descubren en sus novelas posibilidades narrativas iterables (Alonso 1984: 32, Elmore 1997: 31-32). En este tiempo los narradores comienzan a darse cuenta de que la “verdadera historia no está en los acontecimientos de la política, tampoco sus protagonistas serán las grandes figuras públicas [...] sino los grupos, los pueblos, las gentes burguesas.” (Fernández Prieto 2003: 8)

Lo cierto es que Scott marcó una nueva línea en la literatura, estableciendo un precedente en cuanto a la narrativa y la novelística, puesto que la novela histórica no deja de pertenecer al género de narrativa de ficción, aunque su autor debe saber utilizar la dosis exacta de historia e imaginación novelesca. Walter las entrelaza, incursionando en la narrativa histórica de manera tan brillante que influye en muchos de los grandes escritores europeos y americanos, quienes se nutrirán de su doctrina y aportarán, cada uno de ellos, aspectos de gran valor al subgénero que más tarde será cultivado por tantos estudiosos de la historia y del alma humana. El libro clásico de Lukács (1976 en español, primera edición en idioma original de 1937) terminó por conseguir la “canonización crítica” (Perkowska-Álvarez 2006: 178) de Scott en el panorama occidental.

Por todo ello, literatura e historia han ido e irán siempre tomadas de la mano. La buena literatura lleva implícita una buena historia que, por un lado, conecta al lector con unas coordenadas cronotópicas, insertando al texto en la realidad de la diacronía de los acontecimientos, y por otro logra evadir, durante unas horas, la imaginación del lector. El escritor Mario Vargas Llosa afirma que “la función última de la literatura es darnos la oportunidad de disolvernarnos y multiplicarnos, viviendo muchas más vidas que las que tenemos (...) sin salir de la cárcel de la historia.” (Vargas Llosa 1990: 10)

1.2. La novela histórica romántica.

Volviendo al contexto histórico de la génesis de la narrativa histórica, hemos apuntado que, en el siglo XVIII, la novela social realista había constituido una revolución en el ámbito literario. Esto se debe a que el presente comienza a plasmarse con gran autenticidad y precisión, reflejando la realidad exactamente como es, sin obviar las crudezas ni los sinsabores de la vida. Es precisamente esta

una época marcada por condiciones políticas, económicas y sociales, que van a influir directamente en el surgimiento de la novela histórica como nuevo género literario. En el país galo, por ejemplo, la revolución de 1789 y luego la caída de Napoleón confirmaron la narrativa histórica de la ilustración, destacándose grandes pensadores como Montesquieu, Voltaire, Gibbon, entre otros.

En Inglaterra se lleva a cabo un proceso de transformación económica a raíz de la revolución burguesa, y “las revoluciones europeas comenzaron a marcar historia.” (Lukács 1976: 19) En dicha etapa se destaca el teórico economista Adam Smith, que como James Stuart presenta el contexto de la economía capitalista en un modo mucho más histórico (Backhouse 2002: 120-121). Más adelante, en la segunda mitad del siglo XVIII y primeras del XIX, Goethe escribirá sus magistrales novelas, que a pesar de abordar temas referentes a la burguesía y no a la historia propiamente, influirán directamente en la obra de Walter Scott para abrir las puertas al drama histórico.

La novela histórica romántica nace a principios del siglo XIX y coincide aproximadamente con la caída de Napoleón Bonaparte, lo que indica que dicho género no es más que la consecuencia de una serie de acontecimientos y contradicciones históricas y sociales. Ese tipo de novela, basada en los sucesos anteriores, remite a un ámbito de la filosofía que viene a superar, desde la segunda mitad del siglo XVIII, el concepto de esencia aristotélica, como algo fijo e inmutable, para afirmar el cambio y el movimiento como más propio y ajustado a la realidad del hombre y sus avatares. Desde el momento en que “esencia” ya no explica el ser diacrónica y sincrónicamente, surge el interés por el pasado, por los orígenes. De ahí la obsesión de los románticos europeos por la Edad Media, los bárbaros e incluso los tiempos prehistóricos. Además, la historiografía pretende sumarse al espíritu científico newtoniano, y osa “trasladar la legalidad de la ciencia natural y mecánica al campo de la historia” (Tollinchi 1989: 578). Ya Montesquieu insistió en la diversidad de los pueblos, instituciones, costumbres y, fundamentalmente, en la disparidad de las causas y los devenires de los diferentes

pueblos. En *El espíritu de las leyes* (1748), asegura que son diversas las circunstancias que gobiernan a los hombres, como “el clima, la religión, las leyes, las máximas del gobierno, el ejemplo de las cosas pasadas, las costumbres, los modales; de lo cual se forma un espíritu general que es su resultado cierto.” (Santaella 1995: 113) También Vico, pocos años antes, abundó en la importancia de la historia en su *Ciencia Nueva* (1725), ya que, según sus ideas, solo se puede conocer aquello que se ha creado, pues únicamente así se pueden establecer sus causas exactas. Para modificar las propiedades de cualquier ser o situación, de modo conveniente, hay que hacerlo desde el conocimiento interno del ser, sus orígenes, su naturaleza y funcionamiento. Y concluye Vico que el único campo en el que el hombre puede contemplar su propia creación, donde coinciden causa y objeto, origen y sincronía, es la historia.

Tanto Vico como Montesquieu permanecen siempre en un nivel teórico o, como mucho, aplican su pensamiento genéricamente a la sociedad. Ya en la segunda mitad del XVIII, Juan Joaquín Winckelmann comienza a relacionar, en su obra *Historia del Arte de la Antigüedad* (1764), los nuevos presupuestos históricos con el mundo del arte, afirmando que este es parte vital de un pueblo, la manifestación de su libertad, y que crece con él orgánicamente, de modo diacrónico, dando lugar a distintos estilos en distintas épocas, que se corresponden con la situación social, política, económica y cultural de cada momento histórico. De ahí al nacionalismo hay un paso. De hecho, cuatro años más tarde, Justus Möser aplica los conceptos de Winckelmann al derecho, e idealiza el pasado medieval con su estructura jurídica, como base de lo que en el XVIII trata de construir el nacionalismo alemán. Se privilegia lo propio frente al espíritu universal ilustrado, se alude a la noción de pueblo, se insiste en la agricultura y el sabor del terruño como eje de la cultura, etc. En Hispanoamérica, la obra de Andrés Bello acepta y desarrolla los mismos presupuestos, uniendo identidad, nacionalismo e independencia en obras como “La agricultura de la zona tórrida”. Y la historia servirá no solo para entender mejor quiénes somos y dónde estamos,

sino también, como creía Herder, para generar proyectos de futuro tan válidos como la propia efusión del progreso y el espíritu científico e ilustrado. De ahí que la novela histórica nazca en la época romántica no solo como una indagación, sino también como un proyecto nacionalista que incite al desarrollo y lo promueva. De hecho, el primero de los grandes novelistas históricos, Walter Scott, ofrece como tema fundamental para sus obras “la nación o la cultura que se mueve a través del tiempo (...), apegándose a lo permanente, explorando inciertamente el futuro; es un mundo de lenta pero profunda evolución” (Raleigh 1966: 10). La nación se externaliza y capta en la historia, a través de los conflictos morales y sociales que han tenido lugar a través del tiempo. Esto es particularmente importante en la época en que nace la novela histórica, porque ello ocurre en el momento en el que los nacionalismos se han configurado de un modo pertinente y pertinaz, dando lugar a la independencia de los Estados Unidos (1776), a la Revolución Francesa (1789), a las independencias americanas de principio del siglo XIX y a la búsqueda sin pausa de los mecanismos necesarios para conseguir la unificación alemana y la italiana, que culminarán décadas más tarde. Así, la popularidad de la novela histórica sirvió “en las naciones ya formadas para reavivar la conciencia del pasado nacional e incluso pareció darles, por un momento, un sentido del futuro. En las que no lo estaban sirvió para estimular el amor a la patria, a la libertad, a la independencia nacional y para fustigar al invasor o al enemigo”. (Tollinchi 1989: 614-615) Para poner un ejemplo claro, en un país emergente como los Estados Unidos, recién independizado, el reflejo directo de Scott pudo verse rápidamente en Cooper, que no dudó en remover y rescatar el pasado de su tierra con fines claramente nacionalistas. En Hispanoamérica, la valoración del pasado ya es notoria en Bolívar, en su *Carta de Jamaica* (1815), y de ahí parte un camino que culmina en *Nuestra América* (1891) de Martí. De la independencia del continente en las primeras décadas del XIX, a la de las islas en 1898. Del nacionalismo continental al insular. Para muchos intelectuales y hombres de acción, la revalorización del pasado significa además una reescritura de la historia,

que recupera, “por una parte, el pasado anterior al español, introduce al indígena como protagonista en el arte y en la literatura y concluye defendiendo una sociedad multirracial. Y por otra, apunta a un acto fundacional: construir las nuevas repúblicas. La labor de escritor, de historiador y de político se confunden” (Rojas Mix 1987: 56). El escritor chileno Daniel Barros Grez apuntó esa necesidad de los nuevos pueblos latinoamericanos de indagar en su historia y en su naturaleza para afirmarse como nación. Sugiere, incluso, que la novela histórica puede ser un buen camino para ello:

Estoy íntimamente convencido, no diré de la utilidad de las Bellas Letras, sino aún más, de la necesidad que todo pueblo tiene de cultivar su literatura; pues de otro modo, no adquirirá jamás la independencia de espíritu que ha menester para adelantar por sí mismo en el camino de la civilización (...). Nuestra espléndida naturaleza es digna de ser cantada en lira de oro. La tragedia, la comedia, la novela, etc., no necesitan mendigar asuntos extraños, cuando tenemos en nuestra historia una multiplicidad de hechos interesantísimos, y cuya simple representación, ya sea plástica, ya sea narrativa, entraña provechosas lecciones. (Barros Grez en Rojas Mix 1987: 61)

Claramente, la intención de Barros Grez no es solo cantar las grandezas de su patria, o de la patria hispanoamericana (como hará líneas más adelante del texto citado), sino señalar que para ello, la literatura, y la narrativa en particular, son una fuente inagotable de recursos. Como aseguró Fernando Aínsa, “se puede decir sin exagerar que gran parte de la identidad cultural de Iberoamérica se ha definido gracias a su narrativa. Aunque lo parezca, esta afirmación no es contradictoria. Nada mejor que la ficción para explicar la realidad. Lo real y lo imaginario han formado una indisoluble pareja en la historia del continente”. (Aínsa 1986: 23) Ahora bien, ha habido algunos escritores que han recurrido a la historia no tanto

para ensalzar un pasado o regodearse en una identidad, sino para todo lo contrario: “Conoceremos la historia para saber maldecirla”, dijo Francisco Bilbao en su obra *Evangelio americano* (Bilbao en Bravo de Goyeneche 2007: 688), haciéndose eco de los desastres de la conquista y la colonización españolas. Lo que resulta claro, finalmente, es que la novela histórica pretende contribuir a crear un espíritu nacional (Aínsa 1986: 126), sea por la exaltación de un pasado glorioso que explica un presente y conduce a un futuro, sea por el recuento de males del pasado que exigen rectificación. En el siglo XIX hispanoamericano (y principios del XX) son patentes estas actitudes en novelas como las de Eduardo Acevedo Díaz, desde *Ismael* (1888) hasta *Lanza y sable* (1914), la de José Mármol (*Amalia*, 1851-1855), la de Vicente Riva Palacio (*Virgen, monja, casada y mártir*, ¿1865?), la de Manuel de Jesús Galván (*Enriquillo*, 1879), la de Cirilo Villaverde (*Cecilia Valdés*, 1879-1882), o en obras híbridas entre la ficción y el costumbrismo como las tradiciones peruanas de Ricardo Palma o las tradiciones cuzqueñas de Clorinda Matto de Turner.

En el caso del tema que nos ocupará más adelante, la narrativa histórica escrita en la época de la revolución cubana (1959-2012), y más concretamente, la narrativa histórica de Julio Travieso, es también un indicio de la necesidad de indagar en una identidad, es indicio de un tiempo de cambio en el que se remueven las estructuras sociales de un país, y ese tipo de literatura constituye una respuesta clara a esa necesidad. Generalmente, la novela histórica ha proliferado, a partir de ese primer momento de esplendor en el siglo XIX, por las razones ya apuntadas, en situaciones de cambio, de crisis, de crecimiento de un pueblo, cuando los intelectuales vuelven a preguntarse por el “ser” de una nación o un país, por la idiosincrasia de un territorio que se encuentra en proceso de mudanza o maduración.

Volviendo a los orígenes de la novela histórica, si el novedoso género literario se configura, como categoría independiente, en el Romanticismo, la narrativa histórica resulta ser genuinamente romántica, y su “primera y básica

acuñación se produce (...) de la mano del novelista inglés Walter Scott” (Fernández Prieto 2003: 75) quien, nutrido del drama histórico creado ya por Goethe y Shakespeare, va a inspirar a la nueva escuela de escritores franceses como Flaubert y Balzac, constituyendo un ejemplo de seguimiento para otros escritores de la época.

El autor ha sido denominado “el padre de la novela histórica” (Mata 1995: 23) y su principal mérito consiste en ubicarse en un determinado período, para tratar de reconstruir los sucesos ocurridos en la época que pretende abordar. Scott se da cuenta de que los narradores deben ser cautelosos en el uso de los elementos maravillosos y decide explotar aquellos recursos fantásticos que se basan en tradiciones y supersticiones de los pueblos, aspecto que más adelante retomarán los escritores de movimientos como el *boom* (sobre todo) y el *posboom* (en menor medida) en Hispanoamérica. En sus historias aparece la magia, la adivinación, los hechizos, las brujas, etc., lo que resulta comprensible cuando se hace referencia al tiempo medieval, puesto que en la Edad Media lo maravilloso estaba relacionado, de algún modo, con la realidad cotidiana.

Las obras del británico gozaron de un merecido éxito. En su novela *Waverly*, que data de 1814, el precursor de la narrativa histórica muestra a los seres humanos con sus defectos y virtudes, desvelando las características, formas de vida e idiosincrasia de un pueblo en las diferentes etapas históricas, lo que constituye una de las principales características del subgénero, a la vez que va manejando, con sutileza y maestría, un tipo de discurso que es a la vez narrativo e irónico. Walter Scott aborda los problemas de personajes que forman parte de una amplia gama de personas comunes. Son estos seres los que Román Álvarez denomina “inclusivos,” (Álvarez en Lukács 1976: 85-86) en los que el héroe aparece como parte integrante de la comunidad y por ende él mismo se define por sus relaciones sociales. Es el caso del héroe medio, o mediocre (Alfonso López 2007: 3), respaldado por un determinado sector social, cuyo choque con la sociedad misma produce el romance. Él no estiliza las figuras, ni las erige sobre un

pedestal romántico. (Lukács 1976: 46) La obra de Scott despierta la admiración y curiosidad en muchos historiadores como Stendhal y otros escritores como Balzac, que se convierten en fieles estudiosos de su obra.

El elemento novedoso que caracteriza la obra de Walter Scott es la importancia que cobra la vida privada de los personajes, teniendo en cuenta que la acción tiene lugar en tiempos lejanos. El novelista nunca habla de las contradicciones de su época, sino que aborda temas que acontecieron en tiempos pasados, sobreentendiendo que los sentimientos, preocupaciones y anhelos son los mismos para las personas de ayer que de hoy.

El héroe de sus novelas es generalmente un “gentleman” del tipo medio, algo que muchos críticos reprocharon, destacando que esta elección era el resultado “de la mediocridad de Scott.” (Lukács 1976: 32) En este aspecto el escritor inglés renuncia quizá al prototipo romántico, pues lejos de elegir al protagonista heroico, designa como centro de sus historias a un personaje correcto, decente, pero de poca o media inteligencia y carente de fuertes pasiones. Y es precisamente la incorporación del héroe mediocre lo que aleja al escritor del romanticismo existente en Europa en el primer tercio del siglo XIX.

George Lukács catalogó al protagonista de las obras de Scott como un “héroe medio, cuya tarea consiste en mediar entre los extremos cuya lucha llena la novela y por cuyo choque se lleva a expresión poética una gran crisis de la sociedad.” (Fernández Prieto 2003: 88) En este tipo de narrativa, los grandes protagonistas de la historia real, sucedida, no vienen a ser los que mueven los hilos de la trama de la novela, sino que sirven exclusivamente para que el lector sea consciente de la veracidad de la historia narrada y su adecuación a los sucesos que realmente ocurrieron, y manifieste así una confianza en lo que lee. Sin embargo, la trama gira alrededor de los grandes héroes y acontecimientos históricos, porque tanto unos como otros corroboran la presencia real de un ámbito históricamente comprobable.

No obstante, la novela histórica romántica representada por Scott no es una novela de personaje, sino de escenario y acción. En la novela histórica romántica se invierte la jerarquización que coloca a la historia por encima de la novela y el protagonista presenta una evolución bastante pobre. Alrededor de los personajes principales se mueve una gran cantidad de secundarios, que sirven para crear el ambiente de una localidad concreta, con sus costumbres, sus gentes particulares y su vida cotidiana.

En dicho género, el personaje histórico se presenta como una figura secundaria, y su participación en la historia que se cuenta no tiene gran relevancia, pues por lo general actúa en situaciones distintas a las que interesan a la trama principal. Algunos afirman que en las novelas de Scott “los personajes secundarios son humanamente más interesantes y significativos que el mediocre héroe principal,” (Lukács 1976: 35) lo que le otorga a su obra un cierto carácter de epopeya, donde el personaje central sirve de eje alrededor del cual giran los hechos narrados, dándole más importancia a los sucesos que al hombre en sí.

Sin embargo, a diferencia de la epopeya, donde los héroes constituían el centro de la trama, en la narrativa histórica el personaje tiene necesariamente que aparecer en un segundo plano. En su libro *La novela histórica*, Lukács establece una comparación entre *La Ilíada* de Homero y la novela de Walter Scott. Si analizamos *La Ilíada*, vemos que Homero recrea la vida de Aquiles sin hacer aparecer constantemente al héroe, para no “profanar la imagen del joven divino en el tumulto frente a Troya.” (Lukács 1976: 51) En ese sentido, el ideal nunca puede aparecer como cotidiano, pues se degradaría la magnitud del gran personaje. Un proceso similar sucede en la novela histórica, pues si el protagonista fuera un héroe, “tendría que ser rebajado necesariamente al nivel general de la vida relatada si se encontrara continuamente actuando en primer plano.” (Lukács 1976: 51)

Lukács considera que Scott encuentra la manera perfecta de contar la historia, sin rebajar ni engrandecer a sus héroes, humanizando, además, a los personajes verdaderamente históricos. Él dibuja seres humanos de carne y hueso,

con defectos y virtudes, cuyos rasgos coinciden completamente con los personajes de la época recreada. Es quizá por ello que algunos opinan que la novela histórica tiene sus antecedentes en la épica, es decir, que los textos de ficción derivan fundamentalmente de la decadencia de la epopeya. Y es que ambos géneros tienen aspectos en común, como por ejemplo el tratamiento de temas históricos y las descripciones detalladas. La principal diferencia entre ellos radica en el protagonista, puesto que en la épica este resulta ser un héroe, un personaje totalmente mitificado y enaltecido por sus virtudes. Por el contrario, en la narrativa histórica el protagonista resulta ser todo lo contrario: el antihéroe.

Walter Scott encuentra un claro seguidor en Italia, Alessandro Manzoni, quien escribe un tipo de novela histórica que logra conmover a sus lectores, a la vez que provoca que quienes le rodean acepten el relato narrado como una representación de la historia misma. Lukács afirma que Manzoni crea una novela que “llega a superar a su propio maestro en lo que se refiere a la fuerza expresiva de lo humano.” (Lukács 1976: 80) Scott también reconoce el valor de la narrativa de su sucesor en Italia. Se conserva el testimonio de la conversación entre Manzoni y Scott en la que aquel decía al maestro británico que se consideraba su discípulo, a lo que Scott comentó que en ese caso, “la novela de Manzoni era su mejor obra.” (Lukács 1976: 79) *Los novios*, de Manzoni, refleja la problemática de una pareja de prometidos, cuyo drama termina reflejando las preocupaciones y vicisitudes de todo un pueblo.

También en otros países como Rusia y Francia hubo seguidores de Walter Scott. Es el caso de Pushkin y Balzac. El primero de ellos rechaza el romanticismo de Victor Hugo, al colocar a los grandes hombres en el centro de las narraciones, para presentarlas más tarde como anécdotas verídicas, incluso cuando hubieran sido inventadas. Balzac, por su parte, critica a ciertos narradores históricos que basaban su obra en la minuciosa descripción de batallas, argumentando que resulta imposible para la literatura relatar hechos como las guerras con tanta precisión o exactitud. El francés alaba la forma en que Scott, a través del conflicto entre sus

personajes, deja asomar los hechos históricos, sin basar su obra en los acontecimientos propiamente dichos, describiendo lugares, tropas y batallas.

En la narrativa histórica existen dos tipos de relatos. Uno es aquel en la que las figuras centrales son personajes de mínima relevancia histórica, más frecuentes en el período romántico, y tienen como protagonistas a héroes de medio rango, a quienes “la peripecia romántica implica en el devenir histórico de un modo accidental, pero ineludible.” (García Gual 2009: 99) Estos personajes se ven atrapados en la historia, en mayor o menor medida, según las circunstancias. El segundo caso es aquel en el que el protagonista es una figura histórica, y en este tipo de relato se hace uso de un esquema narrativo diferente, que incluye el elemento de tipo biográfico. En ambas situaciones existen semejanzas en la narración, pues el autor se basa en hechos históricos y recoge testimonios historiográficos para recrear su relato, incluyendo además su interpretación de los hechos, que depende de la valoración y puntos de vista de quien cuenta la historia. La diferencia principal radica en el final de las historias: las primeras suelen concluir con un final feliz, mientras que en el segundo caso terminan, por lo general, con la muerte del protagonista, que es el personaje histórico.

Estas últimas no constituyen una biografía como tal, puesto que en este género se presenta el clásico narrador, en tercera persona, que cuenta los hechos con su visión imparcial de lo acontecido. En la novela histórico-biográfica, por el contrario, el autor “inventa pasiones, dibuja personajes y escenas (...) y colorea a fondo, según su interés personal, aprovechando una libertad que se funda en la ficción y en la verosimilitud, no en la verdad de unos datos.” (García Gual 2009: 102)

En cualquiera de los casos, el buen novelista histórico debe haberse documentado convenientemente acerca de la época que va a recrear. He ahí el gran reto de la novela histórica que pretende convencer y no decepcionar al lector, quien no solamente busca el argumento, la buena trama que le hace salir de su tiempo para vivir el de sus ancestros, sino que quiere aprender más acerca de un

período histórico determinado, analizar los hechos, entrar en la época descrita y forjarse, a partir de los datos aportados por el narrador, una idea acerca de ese momento histórico que no ha vivido, pero que ha repercutido en la realidad actual.

Cuando estudiamos los grandes acontecimientos históricos, nuestro conocimiento se limita a las batallas, los héroes, las fechas, etc. Pero si queremos ahondar en cómo vivía el resto de la gente, aquellos de quienes no se habla, cuáles eran sus miedos, sus padecimientos y anhelos, se debe buscar en el corazón de cada comunidad, de cada pueblo, y es ahí donde la novela histórica viene a jugar un papel primordial, puesto que el escritor “da a conocer a un gran colectivo de personas numerosos aspectos relativos a una época lejana y, en principio, el lector no va a dudar de que el retrato que se le brinda es totalmente veraz.” (Penadés 2009: 78)

Así como Walter Scott había sido el primero en rechazar los preceptos del romanticismo para incursionar en la novela de corte social, con Balzac se marcará un nuevo período en la narrativa histórica donde, lejos de tratar hechos históricos acaecidos hace más de medio siglo, la nueva tendencia narrativa abordará temas de la sociedad de ese mismo momento. De este modo, en el umbral del Realismo europeo, los narradores como Balzac y Tolstoi reflejarán los problemas que atañen a la sociedad en la que les ha tocado vivir. En *Guerra y Paz*, Tolstoi recrea los conflictos sociales de la Rusia zarista, la vida del campesinado ruso y las contradicciones de las clases sociales.

Cada etapa de la narrativa histórica constituye una continuación de la anterior. Así como la obra de Scott había surgido del realismo crítico inglés, la novela de Balzac se nutre de la obra scottiana, para sacar a la luz las verdades de la burguesía francesa. Del mismo modo, *Guerra y Paz* surge a partir de la novela realista rusa. Con la publicación en Rusia de dicha obra, a finales del siglo XIX, la novela histórica comienza a dar signos de cambio, pues en ella se sintetizan algunos problemas de un tipo de literatura en la que un narrador omnisciente cuenta una historia mientras se encuentra inmerso en la constante búsqueda de la

verdad. En este caso, aunque los personajes históricos no son protagónicos, participan de la diégesis junto a los principales. Con Tolstoi, se “incorpora una dimensión metanarrativa e ideológica que avanza paralelamente al relato de los acontecimientos diegéticos.” (Fernández Prieto 2003: 121)

Como hemos observado, cada tipo de narrativa toma determinadas características, en dependencia de la época en que desarrolle, siendo un espejo de ella, y cambiando a medida que deriva la situación política y social de cada período histórico. Los eslabones entre los períodos suelen ser aquellos aspectos sociales recurrentes en cada etapa. Pero todas estas tienen un denominador común: el intento de reconstruir un suceso histórico que resulta relevante para su tiempo y sin el cual será imposible entender el futuro.

En la mayoría de esas obras, el argumento central lo constituyen sucesos reales, y a pesar de que los personajes históricos aparecen en la acción, los protagonistas son personas ficticias, que casi siempre constituyen el modelo de algún grupo social. Estos personajes resultan ser una muestra representativa que refleja los detalles de la vida popular en de su época, cuyas circunstancias se entrelazan con los hechos, dejando asomar la historia real y ofreciendo al lector una visión de las causas y azares de la evolución histórica de una sociedad en cuestión.

1.3. De la novela histórica moderna hasta la actualidad.

Algunos autores se refieren a la novela histórica romántica y a la contemporánea usando diferentes terminologías. Según Kurt Spang, existen dos tipos de novela histórica: la novela ilusionista y la antiilusionista: la primera es muy semejante a la novela histórico romántica y la segunda a la contemporánea. El término ilusionista hace referencia al teatro aristotélico, cuyo objetivo es “crear

la ilusión de la realidad y captar la atención del receptor de forma que pierda la consciencia de asistir a una representación.” (Spang 1995: 84) De esta forma, el lector se adentra en la trama y vive los problemas de los protagonistas, mientras que la novela ilusionista denota el carácter ficticio del “drama y la representación, intentando despertar a los receptores a través de recursos de alienación.” (Spang 1995: 84)

Para Spang, la novela ilusionista, que es en este caso la romántica, y cuyo precursor es Walter Scott, busca crear la ilusión de autenticidad y de veracidad de lo narrado (Spang 1995: 85) y para ello utiliza recursos como el manuscrito y las biografías para asegurar la verosimilitud. De esta forma, la historia se hace creíble ante los ojos del lector, quien acepta la trama y la vive como una historia real. En la novela ilusionista (romántica) del siglo XIX se evidencia el gusto por las descripciones minuciosas de personajes, paisajes y lugares, un mundo donde el lector puede, perfectamente, penetrar y olvidarse del suyo propio. En la novela contemporánea, que es a la que Spang llama antiilusionista, existe un hiato entre historia y ficción, ya no se mezclan ambas en una historia verídica, sino que el narrador persigue inventar un mundo de ficción y, a la vez, manifestar la historia. Este tipo de narrativa no busca provocar en el lector la ilusión de autenticidad, por el contrario, evita dicho efecto, manejando “un rompecabezas, cuyas piezas debe concatenar el lector.” (Spang 1995: 91) El narrador es simplemente un observador imparcial de los hechos que pretenden, en cierta forma, alienar al lector, y el efecto se logra evitando las narraciones lineales, la continuidad de la narración, los cambios en la voz narrativa, los diálogos sin organización y la intercalación de comentarios y reflexiones sobre el suceso narrado.

La novela ilusionista suele tener un final cerrado, donde se solucionan los problemas de los protagonistas, un final lógico y coherente. Sin embargo, la novela antiilusionista presenta casi siempre un final abierto, inconcluso, una acción que queda suspendida, y que el narrador no puede explicar. Otra marcada diferencia entre ambas radica en los protagonistas, puesto que en la novela

antiilusionista no serán ya los grandes héroes, las batallas y los hechos históricos los que encausen la historia contada, sino “la intrahistoria del mundo cotidiano, las personas procedentes de estamentos bajos y las actuaciones de poca monta.” (Spang 1995: 92) Dicha narrativa incorpora lo cotidiano, el territorio existencial de los individuos comunes, que proporciona importantes matices a la historia, sin establecer marcadas diferencias entre buenos y malos.

El caso es que, romántica o contemporánea, ilusionista o antiilusionista, la novela histórica puede ser narrada desde el presente del autor “frente al pasado de la historia, como ocurre en la novela romántica”, o puede también ser contada por un narrador que se sitúa “en un presente temporalmente limitado desde el que evoca episodios de su biografía. En este caso, la temporalidad histórica se transforma en vivencia personal.” (Fernández Prieto 2003: 212-213)

Una y otra contienen notas históricas y literarias. Por esta razón, el novelista histórico debe a la vez ser historiador y narrador, logrando un balance entre ambos aspectos, para que su obra no se convierta en historia novelada. Los escritores se caracterizan por la búsqueda de una época anterior, en una sociedad en constante cambio, transformación y movimiento. La novela histórica, por ende, busca revivir el pasado, se trata de resucitarlo ficcionalmente a imagen y semejanza del modo en que a cada uno le gustaría que ese pasado hubiera sido, casi siempre tratando de no violar los hechos reales, pues la auténtica novela histórica debe ser un complemento de la historia.

Es sabido que las guerras, conflictos y enfrentamientos del pasado han traído al presente problemas aún más fuertes que los que se suscitaron en las épocas anteriores, puesto que al poner el dedo en llaga el ser humano recuerda que aún existe la herida. Por ende, resulta sumamente importante la tarea del narrador histórico que colecciona los sucesos del pasado para ordenarlos en el presente, enfrentándose al reto de quedar bien o mal con aquellos a quienes atañe la historia contada y asumiendo el riesgo de destapar la caja de pandora. Por tal motivo

algunos escritores creen que “sería incluso más productivo crear de entre las ruinas otro pasado con mejores posibilidades para la humanidad.” (Juliá 2006: 13)

Desde la segunda mitad del siglo XIX se evidenció un acrecentamiento del interés por reconstruir el pasado. En 1834, el inglés Edward Bulwer publicó dos novelas históricas: *Los últimos días de Pompeya*, en cuya historia el universo clásico romano era incorporado a la escritura de la época, y *Leila o el cerco de Granada*, inspirada en la novela de Ginés Pérez de Hita *Guerras de Granada*. Más adelante, en 1862, Gustave Flaubert “llevó la fidelidad histórica a extremos límites” (Juliá 2006: 39) al escribir su novela *Salambó*, donde recrea no solo la historia de Cartago sino también la propia sociedad, los enfrentamientos y las pasiones de sus ciudadanos. El escritor francés describe con minuciosidad “el ambiente con imágenes visuales y olfativas que denotan espanto y desolación,” (Juliá 2006: 40) exponiendo los motivos que causaron las guerras de bárbaros y cartagineses y las causas que llevaron a la desaparición de la sociedad. Con excepción de lo que le acontece al protagonista Salambó, todos los hechos descritos por Flaubert son reales y gracias a él hemos llegado a conocer la historia de Cartago.

En España, hacia 1870 Benito Pérez Galdós comienza a incursionar en la narrativa histórica, y surgen las llamadas novelas históricas nacionales en la literatura española. Este género “intenta llenar el vacío historiográfico existente sobre el pasado de España para contribuir a conformar una idea de nación, una identidad nacional, con predominio de actitudes nostálgicas y conservadoras.” (Fernández Prieto 2003: 99) La novela histórica española toma rasgos de la narrativa de Scott, pero siempre tratando de nacionalizarlos, o sea, tratando de abordar temas que se compaginen con los deseos de los potenciales lectores y con el estilo propio de los autores que acometen el trabajo de escribir las obras. En ese contexto, se abordan no solo los temas de la época medieval, sino también acontecimientos más recientes como la guerra de independencia, lo que supone un claro antecesor de lo que luego Galdós haría con sus episodios.

Con los *Episodios Nacionales*, la novela histórica adquiere una evidente renovación, describiéndose ciertos sucesos históricos que marcaron la segunda mitad del siglo XIX español y dando paso al nacimiento de un nuevo tipo de narrativa. A diferencia de la novela histórica romántica, el narrador canario desea ofrecer una explicación clara del presente, o del pasado más cercano, en lugar de aludir con nostalgia a un pasado perdido para siempre. El escritor realista mezcla en su obra personajes reales y ficticios, describiendo las costumbres de la época con minuciosidad de detalles por lo que se refiere a los problemas de la nación española, las costumbres y miedos de sus habitantes.

La veracidad de la obra ya no se sustenta en el manuscrito encontrado, como ocurría en épocas anteriores, ni en el escritor que transcribe la obra. En este caso se nos presenta un narrador omnisciente que relata los acontecimientos y cuya legitimidad se basa en la cercanía que lector tiene, a priori, con los sucesos que se van a relatar, siendo esta una de las características que estarán presentes en la novela histórica contemporánea. Galdós, en su obra, estudió a fondo la historia y costumbres de cada lugar, visitando cada sitio y viendo, con sus propios ojos, los acontecimientos que habría de relatar. Pero es también esa época el momento en el que, junto con el desarrollo de la historia como una ciencia, comienza a observarse una tendencia que desmitifica la autoridad de esta mediante el “descrédito de la Historia” (Veres 2007: 4). Nietzsche, en sus *Consideraciones intempestivas*, desarrolla la idea en el fragmento titulado “De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida”. Ahí distingue tres tipos de historia: la monumental, la del anticuario y la crítica. La primera es un desfile de modelos que se deben seguir y, por lo tanto, tiene poco que ver con la historia real, ya que está magnificada. La segunda quiere la preservación de aquello que se fue y que irremediamente no volverá a suceder y desaparecerá, y la última es la que observa el pasado y lo trata de un modo crítico y desmitificador. En esta tercera vía descansa el proyecto, más que del mundo moderno, de la posmodernidad, como veremos a continuación. Se puede decir que en el pensamiento nietzscheano descubre y privilegia la mirada

oblicua que no busca adecuación con un pasado sino corrección contemporánea de visiones obsoletas y a menudo idealizadas o sesgadas por la pátina del tiempo. La novela posmoderna, con todas las adendas de las últimas tres o cuatro décadas, se identifica en esencia con ese proyecto desmitificador, ya que no se trata de una revisión científica (eso lo haría la modernidad) sino de una desconfianza en los modelos canónicos. Nietzsche, por tanto, se convierte -un vez más- en un adelantado de su tiempo y en un anticipador.

En la época contemporánea, la novela histórica ha tenido un particular momento de esplendor. En este período encontramos renombrados escritores como Robert Graves, Umberto Eco, Patrick O'Brian, etc., quienes han elaborado magistrales novelas históricas. A finales de la década de los setenta y casi hasta los noventa, numerosos autores optaron por “imitar” este tipo de literatura y, lamentablemente, muchos de ellos se dedicaron a producir, en opinión de los críticos, un gran número de “novelas históricas mediocres,” (Juliá 2006: 43) también “títulos contruidos sobre descubrimientos arqueológicos insospechados y extravagantes teorías esotéricas” (Godoy 2009: 27), o best-sellers de contenido histórico (Alfonso López 2007: 1), que hace pensar, como decía Francisco Umbral, que esa “ola de novelas históricas”, ni es novela ni es historia, “sino un fenómeno construido por el mercado editorial” (Alfonso López 2007: 1). En este contexto, algunos autores como Pedro Godoy, han opinado que la novela histórica se ha basado, en las últimas décadas, en “argumentos frágiles,” (Godoy 2009: 27) por lo que el subgénero ha entrado en un período de crisis, produciéndose un cierto desinterés por el relato histórico, justo cuando el género estaba alcanzando una consolidación universal.

Ya a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, debido a los grandes cambios económicos y sociales en el mundo occidental, se ha evidenciado un resurgir de dicho género, ante la necesidad de muchas naciones de encontrar “las raíces de su identidad cultural en el pasado.” (Fernández Prieto 2003: 91) La nueva narrativa lleva consigo un enfoque distinto, pues en lugar de ceñirse

estrictamente a los acontecimientos, la nueva perspectiva busca un cierto acercamiento a la ficción histórica y a la metaficción. Evidentemente, las épocas de crisis propician el surgimiento de nuevas corrientes, no solamente en la narrativa, sino en todas las manifestaciones artísticas, y la novela histórica contemporánea responde también a esa peculiar situación.

La novela histórica contemporánea lleva “mucho más lejos la reflexión sobre los límites entre la historia y la novela, hasta el punto de convertirse en una novela ‘metaficcional’ que cuestiona la epistemología de la historia, la ontología de los sucesos pasados, y el propio modelo genérico tradicional.” (Fernández Prieto 2003: 210) Por lo general, la historia se sitúa en un tiempo pasado en relación al presente del lector, y es común encontrar referencias a sucesos o personajes de la política, la cultura, la ciencia, el arte, la literatura, etc., que a su vez forman parte del mismo contexto histórico.

Walter Scott sugería la existencia de una diferencia mínima de sesenta años entre el momento de la creación del relato histórico y los hechos narrados, algo que con el paso del tiempo algunos escritores contemporáneos han ido obviando, para dejar, a veces, una generación entre el escritor y su historia. En otras situaciones, como será el caso de algunos narradores cubanos de los años noventa, como veremos, los novelistas se dedicarán a contar simplemente el presente, que es precisamente lo que les agobia en el momento de la escritura. El problema de la distancia temporal entre los hechos narrados y el presente en el que el escritor acomete su obra ha sido ampliamente estudiado por los críticos clásicos del tema: ya Anderson Imbert apuntaba hace más de medio siglo que las novelas históricas son aquellas “que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista” (Anderson Imbert 1952: 1-24), aunque no llegaba a especificar cuántos años o generaciones tenía que haber entre una y otra épocas. El mismo razonamiento utiliza Seymour Menton, aceptando los postulados del argentino (Menton 1993: 33). Para los últimos críticos, el problema de la distancia temporal pasa a un segundo plano, porque interesan más las reglas para la accesibilidad e

inteligibilidad del mundo histórico presentado, problemas de técnicas narrativas, conceptos y posibilidades de veracidad, etc. (Grützmacher 2006: 145)

A partir de la década de los cincuenta del siglo pasado, debido a los cambios políticos, sociales y culturales ocurridos en el mundo occidental, aumenta el interés por la narrativa histórica. En las postrimerías del siglo XX la novela histórica se enfrenta al reto de la postmodernidad, donde los elementos históricos y fantásticos se mezclan para dar paso a una revisión de la historia oficial. Ante un nuevo panorama histórico, determinado por “la violación de los derechos humanos, la migración de pueblos enteros, la pobreza absoluta, los ancianos desamparados, los jóvenes sin trabajo, la drogadicción y la violencia humana” (Pineda 1997: 30), el oficio de narrador histórico se convierte en una labor difícil de ejercer. ¿Cómo vincular el pasado y el presente? ¿Cómo explicar que los problemas antes expuestos ya no constituyen una realidad exclusiva de los países del Tercer Mundo?

En el mundo globalizado de hoy, los países desarrollados padecen las mismas crisis económicas y la aparición de los gérmenes sociales que otrora afectaban a unos pocos países. Carlos Fuentes afirma que “vivimos en el punto de encuentro de la aldea local, en donde vivieron nuestros abuelos, con la aldea global, en donde viven nuestros hijos.” (Fuentes 1993) Corresponde a los escritores, por tanto, encontrar el punto medio entre las dos aldeas, analizar el porqué de la nostalgia perenne de las generaciones pasadas y la preocupación por las futuras. Jesús Martín Barbero asegura que “el progreso ya no hará felices a los hombres (...): ya no recuperaremos el paraíso aldeano.” (Martín Barbero 1992: 61).

Ante las nuevas circunstancias, el novelista mira hacia el pasado para buscar en él las causas del presente convulso, entrelazando ambos en su historia. Su reto principal es el saber hilvanar presente y pasado, sin hacer nudos. En la novela de corte posmoderno cada autor teje su telaraña. A diferencia de las producciones anteriores, no se atiene a un patrón determinado, sino que el escritor

elabora su propio plan de narración. Por ello, “estructuras y teorías muy distintas e incluso contradictorias, coexistían y coexisten en las diversas culturas.” (Juliá 2006: 54)

Con la novela *Terra Nostra* de Carlos Fuentes se revoluciona totalmente el concepto de novela histórica que hasta el momento había existido, pues se trata de “una historia apócrifa de España e Hispanoamérica (Felipe II se casa con la reina Elizabeth de Inglaterra, y se retrasa el descubrimiento de América durante un siglo).” (Pozuelo Yvancos 1996: 160). En la novela, la mezcla de los elementos fantásticos e históricos se evidencia al convertir a Felipe II en lobo, y en el uso de la hechicería para convertir a Elizabeth en un gólem que reinará en España hasta encarnarse en la figura del dictador Francisco Franco.

Algunos escritores, como Linda Hutcheon, consideran que la corriente postmoderna da lugar a la “metaficción histórica.” (Hutcheon 1988) Es el caso de la obra de escritores como Umberto Eco y varios de los novelistas pertenecientes al *boom* hispanoamericano como Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Alejo Carpentier, en algunas de cuyas obras la reflexión sobre la historia y la literatura están presentes en el nudo de la trama como parte de ella. Sin embargo, José María Pozuelo Yvancos opina que estas novelas que ejercieron influencia sobre las posmodernas, no se pueden enmarcar en dicha categoría, pues pertenecen a “la primera consagración de una novela moderna en Hispanoamérica.” (Pozuelo Yvancos 1996: 160)

Volvemos entonces a encontrarnos frente a varias tendencias de elaboración del relato histórico: uno “que mantiene el respeto a la verosimilitud y la fidelidad [...] y otra tendencia netamente fabuladora, basada en la invención consciente del autor.” (De Castro 1996: 169) Una de las tendencias explicadas por Isabel de Castro en su artículo “El cuestionamiento de la verdad histórica. Transgresión y fabulación”, es la llamada neotradicionalista, que consiste en “la descalificación de la verdad transmitida por la historia.” (De Castro 1996: 169) Esto no es más que una nueva interpretación de los hechos históricos, que proviene generalmente del

discurso del narrador, que presenta una nueva versión de la historia, desmintiendo lo que antes se había creído. Son los casos de *Urraca* de Lourdes Ortiz y *El manuscrito carmesí* de Antonio Gala, donde tanto la reina castellana como el rey Boabdil, al narrar sus vidas, echan por tierra la versión histórica que había existido acerca de sus peripecias personales, provocando un sentimiento de ambigüedad en el lector.

Dicho tipo de novela cuestiona la “verdad histórica” que hasta el momento había estado establecida. Un ejemplo de dicha tendencia lo encontramos en la novela *Galíndez* de Vázquez Montalbán, donde este acude a lo que podría denominarse como la perspectiva múltiple. En opinión de De Castro, “los datos sobre el exiliado y su desaparición, procedentes de diversas fuentes oficiales y extraoficiales, históricas y ficticias, documentales o no, que en el texto narrativo se manejan, se contraponen y amalgaman para propiciar el descrédito de la verdad procedente de la documentación histórica, verdad oficial, mostrándola como no fiable, abstrusa, parcial y engañosa.” (De Castro 1996: 169) Al intentar el alejamiento de la verdad histórica, la historia se pone irónicamente en tela de juicio, y así se consigue el efecto humorístico y paródico deseado, y el lector entiende el guiño.

Como sabemos, las novelas históricas de la Edad Antigua se narraban en tercera persona; ya en una época más cercana a nosotros y hasta nuestros días, se comienza a emplear el recurso de “la falsa memoria”, o sea, la narración en primera persona. Es el caso de *Yo Claudio* de Graves, cuya ventaja radica en “darnos una visión de los hechos y del personaje mismo que se distancia de los historiadores.” (García Gual 2009: 102) La novela ofrece una imagen del emperador Claudio, muy diferente a la que habían transmitido Tácito y Suetonio. Graves le da “un voto de confianza a las memorias de Claudio, pensando que quizá se equivocaron los que tildaban al emperador Claudio de imbécil (...) atolondrado y pedante (...) esta vez presentándose como un observador sensible, irónico, lúcido (...) que va utilizando la máscara de aparente

imbecilidad para sobrevivir en la despiadada corte de Augusto.” (García Gual 2009: 102) En la época contemporánea a veces desaparece la utilización de este tipo de recurso, y en lugar de testimonios, se recurre al uso de diálogos sin organización cronológica, o la “intercalación de comentarios y reflexiones sobre lo narrado y la propia narración” (Spang 1995: 93), dejando vía abierta a cada lector para elaborar sus propias conclusiones.

La nueva tendencia de la novela histórica, por tanto, se muestra como un género fundamentalmente “metaliterario y metahistórico, que ironiza sobre sus fuentes y sobre sus propios mecanismos de escritura [...] no solo porque reescribe textos anteriores sino porque parodia o traviste otros géneros narrativos tanto de la historiografía como de la literatura.” (De Castro 1996: 220) Al final, el lector adquiere su propia versión de la historia. La ambigüedad y la parodia le llevan a desvincular el pasado de la verdad histórica pues, al narrar los hechos, mientras se exalta lo místico y lo exótico, a la vez que se enfocan los acontecimientos hacia el punto de vista del narrador, el lector desordena los datos que ya poseía para dar paso a la formación una idea completamente diferente de la historia que había conocido o se había figurado.

Frente a esta situación, el lector se ve obligado a reflexionar acerca de los sucesos que, con visible ambigüedad e ironía, ha presentado el autor, provocando que cada quien saque su conclusión de la historia y entienda, según su criterio, lo ocurrido en determinada situación histórica. Así, la narrativa histórica que hasta el momento parecía ceñirse a los hechos reales, parece poner en tela de juicio el concepto de verdad absoluta de la historia, mostrando en ocasiones el “recuento histórico de un suceso, o de un personaje, mientras que otras veces está más cerca de la ciencia ficción.” (Juliá 2006: 22) Y Umberto Eco afirma que este género, en la posmodernidad, lleva implícita la ironía: “puesto que el pasado no puede destruirse porque su autodestrucción conduciría al silencio, cabe volver a visitarlo con ironía, sin ingenuidad.” (Eco 1988: 658) Isabel de Castro, por su parte, asegura que la novela histórica actual debe ser “a un tiempo antirrealista,

desmitificadora del héroe y de la verdad histórica, abiertamente rupturista con los códigos de toda índole, vigentes en el pretérito o en el presente.” (De Castro 1996: 168) Lo que sí podemos sacar en claro es que la novela histórica, aunque heterogénea, sigue siendo un género híbrido, mezcla de historia y leyendas, realidad y fantasía, seriedad, parodia y cinismo, amenidad e intriga.

En realidad, actualmente resulta casi imposible encuadrar las novelas históricas en una categoría específica, romántica o contemporánea, ilusionista o antiilusionista, puesto que en cada una encontramos rasgos de una y otra clasificación. Un ejemplo muy notable de la última generación de narradores históricos, en este sentido, lo protagoniza la penúltima entrega del hispano-argentino Andrés Neuman, *El viajero del siglo*, premio Alfaguara 2009, donde el narrador analiza unos hechos ocurridos en la Europa Central del siglo XIX con una mirada más bien contemporánea, del siglo XXI, alejada del contexto romántico ilusionista, lo que provoca en el lector una evidente perplejidad.

En última instancia, la novela histórica en general ha tenido y tiene un único objetivo: “la plasmación de una época determinada” (Spang 1995: 93) que es, en su momento, la preocupación del narrador, y lo que ha buscado, desde sus inicios hasta hoy es reconstruir un pasado que no está totalmente claro. Para ello ha ido buscando la proporción entre literatura e historia, mezclando realidad y ficción, logrando, en muchos casos, la perfecta equidad entre arqueología y poética y penetrando en la mentalidad de un grupo social determinado, para mostrar los problemas y preocupaciones de aquellos seres humanos del período histórico que ha sido estudiado y adornando con amores, intrigas, pasiones y conflictos, a través de la narración de un momento histórico real, siendo “fiel a la historia sin ser fiel a los hechos.” (Mata 1995: 45).

Es un hecho destacable que, en los últimos treinta años, se ha producido un recorrido bastante paralelo entre la evolución de la novela histórica occidental y el pensamiento crítico acerca del género. Algunos autores hablan de “nueva novela histórica” (Aínsa 1991a y b, Menton 1993, Acevedo 1998, Rössner 1999, Rubiano

2001, Morell 2001, Barrientos 2001, Rodríguez Sancho 2004, Grützmacher 2006, Perkowska-Álvarez 2008), otros de novela “posmoderna” o “posmodernista” (Barth 1986, McHale 1987, Hutcheon 1988 y 1989, Jameson 1991, Binns 1996, Kohut 1997, Gálvez 2006), “contemporánea” (Perkowska-Álvarez 2006), pero en la base de todos descansa la inteligente propuesta de Hutcheon, de la que ya hemos hablado, alrededor del concepto de “metaficción histórica” (Hutcheon 1988). Pensamos que lo más interesante en este debate actual ha sido la confrontación de naturaleza y estilos. Los críticos han tratado de “deslindar” lo histórico y lo literario, para llegar casi siempre a conclusiones en las que subyace la imposibilidad o, al menos, la enorme dificultad de tal deslinde, en los tiempos de crisis y desarticulación de ideologías en la que se encuentra la posmodernidad. Enseguida nos viene a la cabeza el trabajo de Alfonso Reyes, pionero en esta difícil tarea de *deslindar*, donde el mexicano trata de identificar puntos de coincidencia y separación entre las dos disciplinas, una supuestamente científica y la otra supuestamente estética (Lozano 2004: 121). La modernidad, hasta bien entrado el siglo XX, exigía una naturaleza científica y una sanción de la comunidad científica para los textos historiográficos, de manera que se pudieran reconocer como verdaderos los hechos narrados, mientras que los fines y los medios de la literatura son diferentes. En *El deslinde* (1944), se define la historia como una ciencia de lo “real”, que trata sobre las relaciones humanas, mientras que la literatura es ficción o fingimiento que no conoce límites ni permite contaminaciones, tiene nada más ensanches, fertilizaciones, y va encaminada hacia el puro fin estético. Es cierto que la literatura puede tener una función “ancilar” (Reyes 1980: 46-47), es decir, de servidumbre a otra disciplina, como la historia, pero entonces se trata de la literatura “aplicada” y su servicio constituye una elevación para la historia. Dice Reyes: “Es literatura aplicada la historia escrita con belleza literaria de estilo y forma, la historia que merece ser considerada como obra artística” (Reyes 1980: 48). Pero esta no es la función más sublime de la literatura, que se explica y se basta a sí misma, por su carácter de creación de

belleza: “La obra literaria es indiferente a la utilidad extraliteraria que de ella resulta” (Reyes 1980: 71). Quien se beneficia de la simbiosis es la historia, que puede ser presentada en marco de plata. Pero a la literatura no le benefician los temas históricos. Esta corriente de pensamiento tiene su justificación desde la perspectiva del contexto cultural de la vanguardia y la posvanguardia, cuando hubo defensores acérrimos del arte por el arte y, en el otro extremo, seguidores del extremo opuesto, la tesis del arte útil, del arte al servicio del compromiso, relacionado casi siempre con regímenes políticos radicales, como fue el caso de Stalin en la URSS, o más tarde en Cuba, como veremos en el siguiente capítulo, desde la conocida formulación “Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada.” (Thomas 1985: 95)

Cincuenta años más tarde, la posmodernidad ha acabado con los postulados modernos. Ni la historia es *la verdad científica*, ni la literatura es *pura estética*. Se trata de la “lógica cultural” (Bell 1964, 2006a, 2006b) que propugnaba Daniel Bell en los años sesenta y setenta para la sociedad postindustrial, la del capitalismo tardío, con el fin de las ideologías, en la que, según Jameson, las clases se han desintegrado, el sujeto como entidad estable se ha aniquilado y el individuo se encuentra descentrado, “esquizofrénico”, es decir, con una experiencia “de significantes materiales aislados, desconectados, discontinuos, que no pueden unirse en una secuencia coherente”, sin sentimiento de identidad personal (Jameson 1991: 177). Al desaparecer las certezas de un mundo, para los modernos, construido sobre la base de unas reglas y unas leyes que se cumplen, lo que afectaría igualmente al discurso historiográfico, desaparece asimismo la posibilidad de emplear un lenguaje coherente y válido desde un punto de vista “científico” y, por tanto, “verdadero” o “fiable”. La historia ya no es la verdad y la literatura ya no es la ficción, sino que la literatura puede ser más fiable que la historia, desde su naturaleza ficticia, porque puede iluminar zonas de la historia que el discurso oficial ha obviado o desconocido desde siempre. Se trata de un modo distinto de “pensar” (Lefere 2004: 44). Existe para Robin Lefere un “pensar

literario” específico, que es distinto del pensar del historiador, pero en la novela histórica el pensar literario debe necesariamente tomar rasgos del otro. Aunque deba tener en cuenta los documentos, el pensar literario no se hace “cargo de esas limitaciones metodológicas” (Lefere 2004: 44) y asume espontáneamente la historicidad, un pensar condicionado por categorías literarias, como las genéricas (se atiene a un género literario). Ya Ricoeur teorizó, a mitad de los ochenta, el concepto de “mise en intrigue” o “puesta en intriga”, por el que señalaba que tanto la historia como la narración ficticia obedecen a sola operación que les confiere cierto parecido. Esa operación es la intriga, “por medio de la cual los acontecimientos concretos, diseminados y diversos, adquieren categoría de historia o de narración” (Vega 2001: 6.2.2). Nada podría ser considerado como acontecimiento, ni histórico, ni literario, asegura Ricoeur, si no fuera “puesto” en la intriga. En el caso de la narración ficticia (la novela histórica frente a la historia), existiría, a pesar de los hilos que le unen a la historia, “un verdadero pensar en la medida en que articula en una totalidad coherente y significativa factores tan heterogéneos como son los actores, las finalidades, los medios, las interacciones, las circunstancias; es decir, todos los componentes de la red conceptual de la acción a través de la que percibimos espontáneamente la Historia” (Lefere 2004: 46).

Pero esta diferencia entre el pensar histórico y el literario no es la base principal que afecta a la construcción del discurso actual, sino más bien, sobre la base de esa distinción, la diferencia entre las sociedades modernas y posmodernas. Como afirmó Lyotard, “las sociedades modernas fundan sus discursos de verdad y justicia sobre grandes relatos históricos y también científicos, unos y otros se colocan en la línea de una impresionante odisea progresista. Pues bien, en las sociedades posmodernas, en las cuales vivimos, lo que no se encuentra es precisamente la legitimación de lo verdadero y de lo justo. Ya nadie cree en salvaciones globales” (Fullat 2002: 137). Hayden White, ya en los años setenta y ochenta, cuando Bell hablaba de la era postindustrial y Lyotard comenzaba a

elaborar su discurso sobre la posmodernidad, añadía al asunto de la novela histórica un ingrediente nada despreciable, que venía a poner en tela de juicio el estatuto de “ciencia” y “verdad” del discurso histórico: la historia se escribe según modelos literarios. El discurso histórico se supone distinto al de la ficción histórica, pero no puede expresarse en un modo narrativo ajeno a ella “puesto que hay una identidad estructural entre el relato de ficción y el relato histórico” (Corona 2001: 99, White 1973, 1978 y 1987). La narratividad del discurso histórico y, por tanto, la dependencia de este con respecto al ficcional, esencialmente narrativo, fue también puesto de manifiesto por Ricoeur, en la obra citada, y por Certeau, en *La escritura de la historia*, de 1975, aunque para White había más identificaciones en los dos tipos de narraciones que diferencias. En el fondo, lo que latía en todas aquellas tesis era la deslegitimación del discurso histórico cuando este viene acompañado del prestigio de la ciencia, el rigor y la veracidad, porque la historia es, a la vez, una escritura de la ficción y una escritura de la representación, en la medida en la que representa a una realidad que ya no es, que pasó, y lo hace mediante realidades escriturarias retóricas. Es más, en esta comparación entre discurso histórico y literario, la crítica actual tiende a privilegiar el segundo frente al primero, por lo que se refiere a la utilidad de la información histórica que pueden ofrecer. La novela histórica no solo sería un discurso complementario al de la historia, sino que podría iluminarlo enormemente, como afirma Matías Barchino:

Por más que el historiador trate de acercarse al personaje de una biografía, este acabará escapándose entre los dedos. De ahí la oportunidad del tratamiento novelístico de acontecimientos y personajes históricos y la coherencia del uso de los recursos de ficción en lo que se ha llamado novela histórica, sobre todo, cuando estos hechos o personajes han llegado a ser un mito asumido por la colectividad. (Barchino 1996: 157)

Desde los postulados de White y Certeau hasta la actualidad, lo que más resalta en las nuevas concepciones sobre el modo de dar a conocer la historia es que el conocimiento histórico se produce en y por el lenguaje, lo que lleva a pensar en la historia como “discurso” y no como “suceder”, texto y no hechos pasados, ya que el pasado solo es cognoscible mediante el discurso. El relato, por tanto, tiene la virtud de transformar el pasado en historia, porque el lenguaje, con sus metáforas, tropos, elementos retóricos, convierte en real lo que pertenecía hasta el momento de escribirlo al pasado perdido. La fuerza simbólica del discurso basado en la explotación de los elementos más útiles del lenguaje permite, entonces, comprender el pasado. Los “acontecimientos” (lo que aconteció) se convierten en “hechos” (con carta de realidad) en la escritura, en la narración (Hutcheon 1988: 120-121). Por eso, un descubrimiento importante de la escritura posmoderna ha sido la conciencia en la posibilidad de rastrear en los recovecos del pasado para ofrecer alternativas a la historia oficial, la que han contado los discursos históricos de épocas anteriores, incluida la moderna, y los discursos literarios, cuando la novela histórica romántica, realista o del siglo XX han seguido unas normas que hoy en día han desaparecido, como veremos a continuación. Le Goff, en 1978 (traducción al español diez años más tarde), en el contexto de su ensayo sobre *La nueva historia*, planteaba la necesidad de que la historia no se redujera a los grandes hechos de las grandes personalidades políticas o diplomáticas, porque para dar un panorama completo y real de una época había que atender también a las estructuras económicas y las manifestaciones económicas. No solo las clases altas han de ser nombradas y descritas en las obras históricas, sino toda la sociedad, con sus vidas particulares, lo que incluye la sexualidad, la locura, las mentalidades, etc. (Le Goff 1988, 7-21). Y eso puede solamente hacerse gracias a la nueva novela histórica, que se aparta de la historia oficial, la que rendía “culto” al pasado, un rasgo, según Le Goff, asociado al conservadurismo social y las ideologías de derechas del XIX y comienzos del XX (Le Goff 1988: 39-49). La nueva novela histórica debería manifestar todo aquello

que ha estado escondido, silenciado por los agentes culturales de las clases dominantes que han puesto su voz en el ámbito de las culturas oficiales de las nacionalidades. Dice Aínsa que en la nueva novela “se coagulan mejor las denuncias sobre las ¿versiones oficiales? de la historiografía, ya que en la libertad que da la creación se llenan vacíos y silencios o se pone en evidencia la falsedad de un discurso” (Aínsa 1997: 113-114). Algo parecido piensa Ángeles de la Concha:

Las nuevas historias y sus narradores permiten visiones que se saben fragmentarias y complementarias y que desafían la linealidad unívoca y teleológica de la Historia de exclusión al dirigir la atención hacia grupos sociales tradicionalmente excluidos de la historia política: las mujeres y los grupos culturales en la periferia del poder. (De la Concha 1996: 184)

Muertas las ideologías y muerta la historia, la novela histórica haría su equivalencia posmoderna. De ahí la proliferación, como dijimos anteriormente, de este tipo de narraciones y de un resurgimiento del género en las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI. Frente a la “verdad” de los discursos anteriores, la novela histórica posmoderna ofrece hipótesis, dudas, opciones; frente a la pretensión de totalidad moderna, la nueva novela se atreve solo a versiones fragmentarias y particulares que podrían cambiar la imagen oficial que tenemos del pasado. Es decir, “pretenden convertir el pasado en lo que pudo o debió de haber sido”. (Gálvez 2006: 175)

Para que la nueva novela, o la novela histórica posmoderna, o la novela en los tiempos de la posthistoria (Perkowska-Álvarez 2006: 183) cumpla su función, necesita ofrecer elementos diferentes al del discurso histórico oficial y al de la novela anterior. Ignacio Corona enumera un conjunto de recursos propios de este nuevo tipo de novela: “la metanarración, la fragmentación y superposición en el plano narrativo, la parodia de la novela histórica tradicional y otros subgéneros

anteriores, el carácter lúdico o desafiante de la reconstrucción histórica” (Corona 2001: 94), que pueden complementarse con los que añade María Isabel de Castro: “el sincretismo del relato contemporáneo, el que una novela catalogada como histórica sea a un tiempo antirrealista, desmitificadora del héroe y de la verdad histórica, abiertamente rupturista con los códigos de toda índole vigentes en el pretérito o en el presente y, en otro orden, pueda ser psicologista, interiorista, erótica, feminista o conscientemente ‘escritural’.” (De Castro 1996: 168) La consecuencia inmediata de este cúmulo de procedimientos es un ensanche enorme en la concepción del género y las posibilidades expresivas y de comunicación de realidad histórica. Esta nueva historia es mucho más heterogénea. Ahí caben, como dijo Perkowska-Álvarez, “el clima, el inconsciente, el mito, las mentalidades, la lengua, el libro, los jóvenes, el cuerpo, la cocina, la opinión pública, el filme, la fiesta: la nueva historia se percibe y conceptualiza como historia de todas las actividades humanas” (Perkowska-Álvarez 2006: 183). Son novedades de contenido, a las que Perkowska-Álvarez las metodológicas:

La instancia de enunciación se manifiesta en la superficie del relato o se multiplican los puntos de vista; el documentarismo tradicional se ve desplazado por un amplio inventario de nuevo tipo de fuentes históricas (los datos estadísticos, imágenes, vestigios materiales, grabaciones, afiches, fotografías, documentos cinematográficos, videos, páginas de Internet, mensajes electrónicos); el aislamiento de la disciplina cede a una práctica cada vez más interdisciplinar que favorece un cruce de objetos, temas, conocimientos, metodologías y técnicas. (...) La historia contemporánea se declina en plural. (Perkowska-Álvarez 2006: 183)

Nos hemos detenido un poco más en este tipo de narración histórica porque es el que nos va a servir de base teórica para estudiar la obra maestra de Julio Travieso, *El polvo y el oro*, en el capítulo 5 de esta investigación y en la posterior

edición crítica de la obra. A continuación vamos a dar un breve bosquejo de lo que ha supuesto el género en Hispanoamérica, volviendo a poner el énfasis en lo que ha dado de sí en las últimas décadas, sobre todo en la transición entre la novela moderna y la posmoderna o nueva novela histórica hispanoamericana, que es precisamente el arco temporal de la obra histórica de Travieso, que ha atravesado la época del *boom*, del *posboom* y de las últimas tendencias de la narrativa escrita en nuestra América.

CAPÍTULO II: BREVE PANORAMA DE LA NARRATIVA HISTÓRICA HISPANOAMERICANA Y CUBANA

2.1. Del Romanticismo a la posmodernidad en Hispanoamérica

La narrativa histórica en Hispanoamérica comienza con los mismos orígenes del género, a principios del siglo XIX, al mismo tiempo que Walter Scott está propulsando el relato de corte histórico en Europa y que las novelas comienzan a escribirse y a publicarse en un subcontinente que se encuentra luchando por su independencia. *Xicoténcatl* (1826) sería nuestro *Waverly* (1814), en el sentido inaugural, aunque como modelo narrativo está más cerca de *Cinq-Mars* de Alfred de Vigny, casualmente publicada el mismo año que *Xicoténcatl*, ya que en las dos novelas se modifica el dispositivo del héroe medio, pues en ellas se presenta a personajes ilustres en el primer plano de la historia (Perkowska-Álvarez 2006: 179). Scott marcó unas pautas pero, enseguida, los narradores de tema histórico ampliaron los horizontes y el esquema scottianos. De hecho, José Mármol, en la “explicación” que antecede a su *Amalia* (1851), anuncia la ruptura

con la norma de la distancia temporal que debe mediar entre la época de lo contado y el momento en el que se gesta y produce la novela. Ahora bien, a pesar de la diferencia que los escritores hispanoamericanos van generando con respecto al modelo de Scott, es necesario poner de manifiesto que el Romanticismo es la primera gran época de la novela histórica hispanoamericana, gracias precisamente a la influencia del británico y al peso del nacionalismo (Corona 2001: 90). La misión de la narrativa histórica decimonónica hispanoamericana fue la de “contribuir a la definición de los emergentes estados independientes (...). Aspiraba contribuir a fundar mitos, arquetipos, creencias y valores en que se creyó reconocer la identidad nacional. Su propuesta sería seguida con entusiasmo en América Latina, desde José Mármol en la Argentina y Manuel Altamirano en México, hasta Eduardo Acevedo Díaz en Uruguay y Alberto Blest Gana en Chile” (Aínsa 2003: 11). Al lado de esos grandes autores citados por Aínsa podemos hablar también del dominicano Manuel de Jesús Galván (*Enriquillo*, 1879), del ecuatoriano Juan León Mera (*Cumandá*, 1879, sobre la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII), de Juan Díaz Covarrubias (*Gil Gómez, el insurgente*, de 1859), de Cirilo Villaverde (*Cecilia Valdés* 1879-1882), de Manuel Zeno Gandía (*La Charca*, 1894), de Miguel Cané (*Marcelina*, 1838), de Alejandro Magariños Cervantes (*Caramurú*, 1848), de Anselmo Suárez Romero (*Francisco*, de 1832), de Gertrudis Gómez de Avellaneda (*Guatimozín*, 1846), de Eligio Ancona (*Los mártires del Anahuac*, 1870), de Justo Sierra O’Reilly (*La hija del judío*, 1848-1849), de Vicente Riva Palacio (*Martín Garatuza*, 1868) y un largo etcétera. La novela histórica del XIX, fuera romántica, realista, modernista o criollista, contribuyó a la creación de una “conciencia nacional familiarizando a sus lectores con los personajes y sucesos del pasado” (Menton 1993: 33), utilizando además un discurso narrativo “caracterizado por la linealidad narrativa y el final cerrado y unívoco” (Pulgarín 1995: 16). Como eje fundamental de la narrativa decimonónica cabría señalar una actitud de confianza hacia el discurso histórico, como fuente de indagación de la identidad y como un modo de reconocimiento dentro de un

proceso muy complejo de construcción de nacionalidades, de gran trascendencia histórica, en la postindependencia. Algunas obras podían cuestionar, de algún modo, la historia, pero no se cuestionaba la historiografía, ya que esas obras, en Hispanoamérica, se consideraban como complementos de ella, según anota Pons:

Sin contar con los intereses creados en tales cuestionamientos, estas novelas históricas asumen más bien una posición didáctica y de complemento de la historiografía. Además, entonces se consideraba que la Verdad de la Historia yacía fuera del texto (y de toda narrativa) y que era posible transmitirla a través de la novela histórica (Pons, 1996: 86).

Pero hay más: las novelas históricas del XIX hispanoamericano son fundamentalmente discursos de legitimación de la ideología liberal, de conservación del poder establecido y de afirmación contemporánea frente al pasado colonial, al que se desea poner en su sitio. Las nacientes repúblicas carecían de historia, por lo que ella debía ser construida (Pons 1999: 142). Los que escribieron novelas históricas, así como los que acometieron el discurso historiográfico, pertenecían a las élites del poder, eran miembros de la ciudad letrada. Así, las preferencias de la élite liberal pasaban por construir el pasado pero también por construir el futuro, de acuerdo casi siempre con modelos europeos (Burns 1980: 41), y con el fin de impulsar las consignas de “civilización, orden y progreso” (Pons 1999: 142). La novela histórica entró en decadencia en la Hispanoamérica de final de siglo, desde el modernismo hasta la etapa de las vanguardias, al menos, y los ejemplos de textos narrativos históricos de la época, como *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta (1908), manifiestan más bien un pasado muy lejano y algo decadente, ya desconectado del presente y de la necesidad identitaria de las ya no tan nuevas nacionalidades. De hecho, desde el modernismo ya no existe esa obsesión por recuperar el pasado y, cuando se alude a él, se hace casi siempre con fines culturalistas, como ocurre con la incidencia de

la cultura grecolatina en la literatura finisecular. El modernismo, como crisis de conciencia y visión del mundo contemporáneo, estuvo más alineado con el futuro que con el pasado. Algunos críticos, como Amado Alonso (1980, primera edición de 1942) o Anderson Imbert (1952) han hablado no ya de crisis de la novela histórica en esas fechas, sino de total desaparición en algunos países. Sin embargo, conviene matizar que también se produjo al comienzo del siglo XX una variante sugerente de la novela histórica, aunque con mucho menos recorrido e importancia que la romántica. En Argentina, figuras como Manuel Gálvez son una respuesta desde la historia a una situación nacional que se consideraba como problemática, con un nacionalismo que recupera la figura de Rosas y trata de legitimar el poder oligárquico, a la vez que recupera una visión mucho más conciliadora de las relaciones con la antigua metrópoli alrededor del problema de la raza, tan importante en ese momento. Las dificultades de los primeros años del siglo XX, como la creciente inmigración, los conflictos de las luchas de clases en un ambiente capitalista, las protestas obreras, el anarquismo, el socialismo, las demandas de las clases medias para democratizar realmente el país, animaron a algunos narradores a acometer el asunto histórico con presupuestos muy diferentes a los de la tradición liberal decimonónica (Altamirano y Sarlo 1980: 33-35).

Otra vía alternativa en los comienzos del XX es la actitud histórica de los narradores de la revolución mexicana, que intentan recuperar el pasado inmediato, casi contemporáneo al de los escritores. Lo más llamativo de algunos de ellos, sobre todo los primeros, como Azuela y Guzmán, es, según afirmaba Carlos Fuentes, la ambigüedad que se crea en torno a los héroes, sean ficticios o reales, ya que cualquiera de ellos puede ser un villano y cualquier villano puede ser héroe. Esa ambigüedad carga de ironía esas novelas históricas (Fuentes 1980: 15) y las diferencia de las decimonónicas. Pons sugiere que ahí, precisamente, se encuentra el preludio de lo que será la novela histórica a partir de Carpentier (años cuarenta a setenta) quien, a su vez, será el antecedente de la novela posmoderna, de los setenta en adelante (Pons 1999: 143). En ese interregno entre el ocaso de la novela

decimonónica y el nuevo auge del género en las últimas décadas del siglo XX, “el modelo no cambia en lo esencial”; todo lo más, “la novela histórica se contagia de la forma vigente de hacer historia” (Gálvez 2006: 171). Amado Alonso comentaba que, en esa primera mitad del siglo XX crece el sentido realista y, por tanto, la “armazón erudita” y el tono “profesoral”, por lo que la actitud “informativa” termina por desalojar o estorbar “la acción creadora” (Alonso 1942: 73). Y en este sentido es también Carpentier quien comienza a ofrecer una alternativa al realismo de la novela hispanoamericana. Gálvez ha hablado de “realismo simbólico”, para diferenciarlo del modelo anterior, señalando que refuerza lo real u objetivo del pasado a través de elementos fantásticos o maravillosos que “también forman parte de la realidad, aunque pertenezcan a otro distinto nivel que los objetivos, y aseguran ofrecer una imagen del pasado más profunda, auténtica y abarcadora” (Gálvez 2006: 171-172). Una de las diferencias con el realismo básico de la primera mitad de siglo es, precisamente, el concurso de los hechos de la imaginación como parte de la realidad (Munford 1945: 28), que contribuye a la legitimación de la historia como gran relato de proyección y validez universales, conforme a los supuestos de la modernidad. El paradigma de ese nuevo discurso de mitad de siglo sería *El reino de este mundo* (1949), y la formulación de Carpentier, para ese nivel simbólico que significa dar cabida en lo real a elementos de la imaginación, llevaría el nombre de “lo real maravilloso”. A la información elaborada por la exhaustiva labor documental, que confiere valor científico y objetivo al trabajo narrativo histórico, se le añade un ingrediente “maravilloso” que, lejos de distorsionar la realidad, la asume en un contexto que es válido para el mundo hispanoamericano y, en el caso de Carpentier, válido sobre todo para el orbe del Caribe. No solo no se aparta de la realidad sino que la explica mucho mejor, en los únicos términos en que ella puede ser explicitada. En esa línea andarán obras de la siguiente década como *Hijo de hombre*, de Augusto Roa Bastos, o las primeras novelas de Carlos Fuentes, aunque el proceso contó con algún antecedente excepcional, en los años treinta, como el venezolano Arturo

Uslar Pietri, con *Las lanzas coloradas* (1931), quien, a pesar de publicar su novela casi a la vez que Gallegos lo hizo con *Doña Bárbara*, hay un alejamiento consciente del realismo naturista y una apuesta por ciertas novedades expresivas y de concepto. La separación del concepto de realismo tradicional, de la práctica de narratividad lineal y de univocidad de intención daría paso en la época del *boom* a una narrativa donde el realismo es mágico, la narración compleja y el punto de vista lleno de ambigüedades. El terreno fue preparado desde los años cuarenta por Borges, Onetti, Carpentier, Miguel Ángel Asturias, Rulfo, etc., pero el *boom* se produjo, en esa línea de actuación, en los años sesenta, con Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, José Donoso y otros muchos. Sin embargo, no es con ellos, en sus producciones de los años sesenta, con quienes comienza una verdadera renovación y revolución en la novela histórica, sino con las obras publicadas (por ellos y por otros) a partir de los setenta y ochenta, ya que en la década de comienzos del *boom* la realidad que más interesaba era la del presente, para el que se pedía y se ofrecía un compromiso que excedía los límites de la búsqueda de una identidad, “cuyo interés por la historia se limitaba a la búsqueda en el pasado de elementos universales y míticos: era, pues, una novela vinculada estrechamente con la idea de revolución, que a su vez revolucionaba las técnicas y el lenguaje literario” (Grützmacher 2006: 152). Hubo, por tanto, una transgresión con respecto a la novela tradicional, pero muy pocos avances en relación con la práctica *moderna* de la novela histórica.

Cuando realmente se da un paso definitivo en el ámbito de lo que hoy conocemos como “nueva novela histórica hispanoamericana” o novela “posmoderna”, es en las décadas de los setenta y ochenta, coincidiendo con el *posboom* y con las nuevas concepciones de la novela histórica general que hemos visto en las últimas páginas del capítulo primero. Seymour Menton comienza su recorrido por este nuevo tipo de novela histórica en Nuestra América hacia 1979, y propone una serie de rasgos que la diferencian de la precedente:

1. Subordinación de la reproducción mimética del pasado a planteamientos filosóficos de naturaleza epistemológica
2. Distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos
3. Utilización de grandes figuras históricas en lugar del héroe medio
4. Un lugar prominente para la metaficción
5. La intertextualidad
6. El dialogismo, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia bajtinianos

(Menton 1993: 42-46)

que son los mismos que reproduce Pons (1996) y la mayoría de quienes han tratado el tema en los últimos años. García Gual propone lo siguiente:

1. Pretende crear una atmósfera histórica, más que dar cuenta exacta de datos
2. Su aproximación a hechos y personajes es más libre que en el relato histórico anterior
3. No se refiere a los grandes hechos en sí mismo, sino a la repercusión de estos en la vida de los protagonistas
4. Si el protagonista es un gran héroe, ofrece de este una visión más íntima, más sentimental

(García Gual 1995: 14)

La diferencia más grande con respecto a la etapa anterior tiene que ver con el tipo de versión de la historia que dan las novelas y la relación de ellas con la historiografía. El aspecto más definitorio de la nueva novela hispanoamericana estriba en su radical oposición o alejamiento de la historia oficial. La narrativa moderna, hasta el *boom*, apenas cuestionaba los cimientos de una sociedad, un país, una civilización, una cultura. No era descreída. Al contrario, la narrativa del *boom* se enorgullecía de su capacidad por mostrar, alrededor de novelas totales, una identidad, que era a la vez una reivindicación, una verdad que se desea manifestar y que necesariamente debe tener consecuencias. La nueva novela abomina las historias oficiales, el convencimiento de unas certezas identitarias y

reivindicativas, la actitud casi arrogante de quien piensa que puede dar un diagnóstico veraz de una sociedad a la vez que conoce los mecanismos para que funcione mejor, y la actitud todavía más arrogante de quien piensa que la literatura y el compromiso, ambos asociados, pueden cambiar el mundo. Por eso Pons decía que el concepto de nueva novela hispanoamericana implica “una relectura crítica y desmitificada del pasado a través de la reescritura de la historia” (Pons 1996: 95), que se concreta en una crisis absoluta de valores y de certezas, basada en unos acontecimientos históricos que tienen que ver con la propia evolución de los países del subcontinente en los años setenta, y que se concreta, resumiendo, en los siguientes aspectos:

1. La revolución cubana no fue el motor impulsor que se esperaba
2. El auge de las dictaduras (incluida la cubana)
3. La utopía del nuevo hombre y la nueva mujer para el futuro latinoamericano y el fracaso de los proyectos sociales
4. El crimen institucionalizado, que aumenta cada año
5. La homogeneización a todo nivel y pugna por el proceso de heterogeneización de los movimientos sociales
6. La descentralización y fragmentación del poder social
7. Se impone una nueva sensibilidad y una nueva estética, al igual que una nueva corriente de pensamiento y de estado de ánimo correspondiente a la actual realidad social
8. El debate sobre la validez de la narrativa del siglo XX y la ruptura de modelos que afectaron a los grandes discursos dominados por la historia

(Pons 1996: 101-145),

aspectos que confluyen en dos modos de referir el pasado, como reconstrucción de la problemática de un periodo histórico, o como referencia al pasado a través de los personajes o narradores que producen el cambio o sufren las consecuencias (Pons 1996: 150). Para lograr sus propósitos, fundamentalmente relacionados con la transgresión de los espacios hegemónicos del poder y de la producción de

versiones oficialistas, la nueva novela utiliza sobre todo el elemento paródico, que se concreta en una serie de elementos, como ha recordado Grützmacher:

Para lograrlo [cuestionar y reescribir mediante la parodia la versión estereotipada del pasado], recurren a la abolición de la “distancia épica”¹ (expresión de Bajtin): con la narración en primera persona, el uso del monólogo interior o de diálogos coloquiales, desaparece la distancia entre el pasado histórico y el presente; los mitos nacionales se ven deconstruidos y degradados; los héroes, que en el proceso educativo sirven como símbolos de ciertos valores fundamentales para la sociedad, en la visión novelesca, llena de humor e ironía, tienen que bajar de su pedestal. (Grützmacher 2006: 148)

Algunos críticos han hablado de dos fuerzas, tendencias opuestas, en las nuevas novelas históricas hispanoamericanas, bifurcación puesta de manifiesto en 1991 por Elzbieta Sklodowska, utilizada igualmente por Aínsa (1991a y b) y reflejada en las conclusiones de Grützmacher (2006). Por un lado, hay novelas históricas actuales que pretenden reconstruir el pasado y, por otro, hay textos que tratan de deconstruirlo. La fuerza centrípeta dirige el discurso narrativo hacia la construcción de una visión fidedigna de la historia, que se enfrenta a la versión oficial poniendo de manifiesto la visión de los perdedores y marginados, para ofrecer una nueva imagen histórica que sustituya lo falso por lo verdadero. A esta fuerza se le contrapone otra, centrífuga, más en sintonía con la crisis del concepto de verdad, que pretende deconstruir el discurso oficial para resaltar sus fallas mediante la ironía o la parodia. No pretende encontrar la verdad sino desmitificar

¹ *Distancia épica*: concepto bajtiniano, en el capítulo “Épica y novela”, dentro de su obra *Teoría y estética de la novela*. Se trata de la distancia, insalvable, que hay entre la epopeya (género épico antiguo relativo a los protagonistas de un pasado heroico nacional) y la actualidad contemporánea en que escribe el rapsoda acerca de ese otro tiempo, casi sagrado. Esa distancia excluye cualquier posibilidad de interpretación de la historia épica, leyenda nacional, incontestable y de validez universal. Tampoco se puede hacer una libre ficción en torno a ella. (Bajtin 1989: 463)

lugares comunes y certezas nada convincentes. La tesis que mantienen muchos de los críticos que hablan de estas dos fuerzas es que ellas no oponen unas novelas a otras sino que, frecuentemente, estas dos fuerzas o polos aparecen en los mismos relatos históricos (Grützmacher 2006: 149). Con ello, se nos habla claramente de la necesidad de poner de manifiesto que no hay una única tendencia en la era posmoderna, ya que en ella, la única regla es que no existen las reglas, y que es posible la convivencia de múltiples variantes dentro de los polos extremos, uno centrífugo y otro centrípeto, como ha anotado sagazmente Fernando Aínsa:

La renovada actualidad del género no se ha traducido en la aparición de un modelo único de novela histórica. A diferencia de lo sucedido en períodos anteriores en que el género tuvo un particular auge (...) asistimos ahora a la ruptura del modelo estético único. Las pretensiones de la novela forjadora y legitimadora de nacionalidades (modelo romántico), crónica fiel de la historia (modelo realista) o elaborada formulación estética (modelo modernista), han cedido a una polifonía de estilos y modalidades expresivas. El estallido formal y de intenciones se traduce en una multiplicidad de estilos y modalidades expresivas. (Aínsa 1991b: 16)

Hay otro aspecto que se debe destacar de la nueva novela hispanoamericana, si la comparamos con la que se desarrolla por las mismas fechas en Europa o los Estados Unidos. Tiene que ver con la idea de la *subalternidad*, manejada desde los años ochenta y noventa por ciertos críticos de regiones periféricas o con referencia a ellas, y con los conceptos de *poscolonialismo* y *posoccidentalismo*, que corren paralelos en el tiempo con el primero. Gyan Prakash, uno de los representantes del Grupo de Estudios de la Subalternidad, reconoce que la crítica poscolonial “ha obligado a repensar radicalmente el conocimiento y las identidades sociales autorizadas y creadas por el colonialismo y dominio de occidente” (Prakash 1994: 29). La descolonización y

las revoluciones han transformado de un modo drástico el mapa político del mundo, desde el siglo XIX hasta mitad del XX. En ese tiempo, en Asia, el número de estados independientes se quintuplicó. En África, en alguna zona donde solo había un estado, ahora hay más de cincuenta, y en Hispanoamérica la descolonización supuso más de una veintena de estados procedentes del antiguo sistema colonial. Hasta hace muy poco, toda la historia se construía en relación con el concepto de “occidente”, centro verdadero del globo terráqueo, que incluía la vieja Europa y los Estados Unidos. El subalterno, sin embargo, ha emergido “como resultado político y teórico de las estructuras de dominación a las que desea revertir” (Rodríguez Sancho 2004: 44), y se encuentra ahora, según Spivak, en una transición de reversión, dislocación y apropiación del aparato de codificación del valor (Spivak 1997: 247-250). El problema fundamental, para Edward Said, es cómo representar al colonizado que, aunque ya se ha descolonizado políticamente, sigue siendo sinónimo de Tercer Mundo, sujeto de la periferia, subdesarrollado y víctima de un pasado político de dependencia, terriblemente secundario (Said 1996: 26). En el mundo hispanoamericano, que forma parte de esa zona de subalternidad poscolonial, ha habido ya muchos críticos que han tomado parte en la discusión, y han creado incluso un *Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos* (GLES), al que pertenecen, entre otros, Walter Mignolo, Milagros López, Julio Ramos, Patricia Seed, Norma Alarcón y John Beverly. En ellos hay una búsqueda de respuestas válidas a la crisis de la modernidad de la que ha emergido la posmodernidad. Como enuncia Mignolo, quien ha añadido el término “posoccidentalismo”, nos encontramos ahora inmersos en el

proyecto posmodernista, en y desde la misma Europa (Hannah Arendt, Lyotard, Vattimo, Baudrillard) y U.S. (Jameson), (la América Occidental de Toynbee); el proyecto poscolonialista en y desde la India y el medio oriente (Said, Guha, Bhabha, Spivak); desde América Latina (Retamar, Dussel, Kusch, Rivera-Cusicanqui). En resumen, la crisis del proyecto de la

modernidad dio lugar, al mismo tiempo, a que surgieran otros que lo superaran: los proyectos que se van gestando en el pensamiento posmoderno, poscolonial y posoccidental. (Mignolo 2000: 853)

Para Mignolo, la nueva situación, en la que Hispanoamérica ha de proyectar un discurso propio, autóctono, que reinterprete la historia desde su subalternidad, requiere un nuevo término, que es *posoccidentalismo*, en lugar de *posmodernismo* y *poscolonialismo*, ya que, para los pensadores hispanoamericanos, la superposición de poderes imperiales se concibió más como occidentalización que como colonización. *Posmodernismo* y *poscolonialismo* encontrarían su lugar natural en el discurso de Europa-Estados Unidos y de las excolonias británicas respectivamente, mientras que *posoccidentalismo*, como superación del concepto de occidentalismo considerado como centro, sería el lugar natural del pensamiento de Nuestra América (Mignolo 2000: 848). Idea que se desarrolla más adelante (Mignolo 2008: 4-22) de un modo más orgánico. Y en concreto, por lo que se refiere al desarrollo de la nueva novela histórica, en este contexto, sugiere Javier Rodríguez Sancho que “el campo discursivo de la literatura latinoamericana y del Caribe, también de interés para los Estudios de la Subalternidad, con las posibilidades que brinda la nueva novela histórica, contribuye a desmontar parcialmente los arcaicos y pesados relatos que oficializó la novela histórica del siglo XIX [y principios del XX] en beneficio de una visión eurocéntrica” (Rodríguez Sancho 2004: 45).

La nómina de autores, obras y críticos de la última novela histórica, es casi infinita. Desde la mitad de los años setenta el género ha experimentado un *boom* hasta entonces no conocido en las letras hispanoamericanas. Y son precisamente los narradores más reconocidos del *boom* de la narrativa de los años sesenta quienes, a partir de este momento, exhiben novelas históricas que cuadran con estas definiciones que venimos dando, significando en su trayectoria personal un giro en la concepción novelística, que se acerca desde lo moderno a lo

posmoderno. *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez es un buen ejemplo no solo de experimentación formal extrema, sino también de desmitificación de la historia oficial, de trasnlocación, constantes elementos paródicos, abuso del anacronismo, mientras que, en ese mismo año, Carlos Fuentes sorprende con *Terra Nostra*, sin duda alguna la novela histórica más transgresora, en todos los sentidos del término, de cuantas se hayan escrito en Nuestra América hasta la fecha. Mario Vargas Llosa se uniría a la nómina cuatro años más tarde, con *La guerra del fin del mundo* (1981), y todos ellos incidirían más tarde en los mismos presupuestos en obras como *El general en su laberinto* (1989), de Gabriel García Márquez, *La fiesta del Chivo* (1999), de Mario Vargas Llosa y la mayoría de las innumerables novelas que Fuentes ha publicado desde entonces hasta su muerte en mayo de 2012.

Seymour Menton (1993) fue uno de los primeros en ofrecer un canon, a partir del análisis de obras escritas entre 1979 y 1992. Menton reconoce que su interés por este fenómeno surgió al darse cuenta de las semejanzas que existían en varias novelas de autores como Alejo Carpentier, Antonio Benítez Rojo, Mario Vargas Llosa, Abel Posse, Carlos Fuentes y Fernando del Paso, entre otros. Sus fuentes fueron novelas como *El Arpa y la Sombra* (1979), *El Mar de las Lentejas* (1979), *La Guerra del Fin del Mundo* (1981), *La Tejedora de Coronas* (1982), *Los Perros del Paraíso* (1983), *Noticias del Imperio* (1989) y *La Campaña* (1990). También incorporaría a su corpus *El General en su Laberinto* (1989) y otras que considera dirigidas al mercado masivo, como *Trama* (1987) de Carlos Montaner y *Los Pecados de Inés Hinojosa* (1986) de Próspero Morales Padilla. Sin embargo, aunque no se atienen a su periodización, Menton consideraría relevante incorporar en este grupo de obras fundacionales de la nueva novela histórica a *Yo el Supremo* (1974) y *Terra Nostra* (1975). Un poco antes que Menton, Aínsa (1991a), sin diferenciar entre novelas tradicionales y nuevas, analiza títulos como *El general en su laberinto* (Gabriel García Márquez), *1492 vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* (Homero Aridjis), *Los pasos de López* (Jorge Ibarguengoitia), *Los*

recuerdos del porvenir (Elena Garro), o *Los cortejos del diablo* (Germán Espinosa). A esta última le da una importancia especial, porque vuelve a analizarla más adelante en profundidad (Aínsa 2003: 175-183), junto con otras novelas de Espinosa como *La tejedora de coronas*, otra de las obras cumbres del género. María Cristina Pons, en 1996, elabora toda una teoría de la nueva novela hispanoamericana al hilo de las obras históricas de Fernando del Paso, Gabriel García Márquez y Juan José Saer. *El mundo alucinante* (1969), de Reinaldo Arenas, es una de las novelas que más llaman la atención de los críticos, por el enorme peso, en ella, de muchas de las características de la nueva novela, habiendo sido escrita y publicada en plena época del *boom*, cuando la costumbre de la novela total y legitimadora de una identidad, sin ironía ni descreimiento, era el lugar común en los autores de esa década. Amalia Pulgarín (1995) se centra en *Los perros del paraíso*, de Abel Posse, Martha Lucía Rubiano (2001) en *La tejedora de coronas*, Miguel Correa en *El mar de las lentejas*, de Antonio Benítez Rojo, Matías Barchino (1996) en *La pasión según Eva*, de Abel Posse, Javier Rodríguez Sancho (2004) en *El reino de este mundo* como novela precursora, Hortensia Morell (2001) en *El castillo de la memoria* (1996), de la puertorriqueña Olga Nolla, y esta (1997) en *El general en su laberinto* (1989). Un elenco comentado, y bastante completo, de la nueva novela, nos lo da Magdalena Perkowska-Álvarez:

En el mismo vecindario genérico se codean la visión global de una novela tan transespacial y atemporal como *Terra Nostra* y el abordaje fragmentario y limitado de un momento preciso en la historia puertorriqueña en *La llegada*; el gesto irónico e irreverente en *Maluco* (o *Los perros del paraíso*) y la perspectiva seria, casi oficial, de *La visita en el tiempo*; el recurso de un solo hipotexto en *El entonado*, *El mundo alucinante* o *La guerra del fin del mundo*, un delicado tejer intertextual en *La tierra del Fuego* o *Santa Evita*, y una explosión hipotextual en *Yo el Supremo*, *Noticias del Imperio* o *Terra*

Nostra; la elipsis de lo explícitamente histórico en *Respiración artificial* y su abundancia en *La novela de Perón*; la desmesura hiperbólica de *Los perros del paraíso* o *La tragedia del generalísimo* y la sobriedad irónica de *La liebre*; las perspectivas múltiples en *El mundo alucinante*, *Yo el Supremo* o *Noticias del Imperio* y el punto de vista único en *Maluco* o *Tierra del Fuego*; la insignificancia histórica del personaje central en *1492* y la eminencia del protagonista en *El arpa y la sombra* o *La vigilia del Almirante*; la distancia temporal en *Madama Sui* o *Yo el Supremo* y la falta de esta distancia en *El fiscal*; el anacronismo exagerado de *Daimón* y la historicidad de *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*; la invención histórica en *Seva*, *La renuncia del héroe Baltasar*, *La noche oscura del Niño Avilés*, y el rigorismo documental de *El general en su laberinto*; el registro alto de las novelas de Saer, el toque carnavalesco en *Maluco* o *Noticias del Imperio*, y el coqueteo con la cultura de masas en *Arráncame la vida* o *Castigo divino*; la relativa nitidez de los bordes discursivos en *Tinísima* y *El general en su laberinto* y su desdibujamiento en *Castigo divino* o *Margarita, está linda la mar*. El horizonte se difumina o estalla en este forcejeo de ejemplos y contraejemplos. (Perkowska-Álvarez 2006: 183-184)

En el caso que nos ocupa -la narrativa de Julio Travieso-, veremos cómo, a lo largo de su carrera literaria, existe una evolución que va desde los postulados del *boom* y la novela moderna hasta la nueva novela en su producción de los años noventa, sobre todo en *El polvo y el oro* (1993), que se introduce perfectamente en los presupuestos de lo que venimos estudiando hasta este momento, y que analizaremos en los capítulos 4 y 5, tratando asimismo de completar el estudio de *El polvo y el oro* con una edición crítica en el capítulo 6.

2.2. La novela histórica en Cuba desde el siglo XIX hasta mitad del siglo XX

La historia de Cuba, como la de muchos otros países latinoamericanos, ha estado caracterizada, desde su independencia, por una serie de transformaciones sociales y políticas: cambios de gobierno, luchas por el poder, dictaduras y caóticos enfrentamientos de las fuerzas o bandos de ideales opuestos. Esta situación ha desorientado a muchos, en especial a intelectuales y escritores que, en el afán de recapitular los acontecimientos más relevantes acaecidos en su territorio natal, han tenido que ir modificando sus ideas y puntos de vista, en la medida en que se han ido descubriendo las caras ocultas o los momentos críticos de la sociedad en la que les tocó vivir, a fin de de construir el rompecabezas que tiene como objetivo constatar los verdaderos sucesos históricos.

Revivir el pasado de la isla ha sido, para un gran número de narradores, una tarea tan difícil como dolorosa. El solo hecho de mirar hacia atrás y divisar el paraíso perdido, el darse cuenta de todos los errores que quizá, en su día, pudieron ser subsanados, pero que ya no tienen solución ni arreglo posible, les lleva a preguntarse: ¿Qué hubiera sucedido si...? Esta incertidumbre ha contribuido a afianzar el desasosiego, sembrando la semilla de una inquietud en un muchos intelectuales cubanos, que han convertido este dilema en una constante de la narrativa contemporánea de su pueblo.

Lógicamente, cada quien cuenta los hechos según sus experiencias, y en un país que ha permanecido sumido en constantes guerras, intervenciones, dictaduras, éxodos masivos y luchas sociales, resulta bastante compleja la tarea de ordenar los acontecimientos sin omitir detalles, sucesos y personajes que durante tanto tiempo gobernantes y poderosos han tratado de ocultar o tergiversar.

Desde la época de la colonia, los cubanos han vivido “suspirando por Cuba [...]...escribiendo poesías de Cuba, componiendo canciones de Cuba, hablándoles a

los hijos de Cuba.” (Rojas 2006: 411) Resultan incontables los que, en el exilio, han rememorado su historia, que es la de la nación cubana. Son estos los casos de José Martí, José María Heredia o Heberto Padilla, quien no deja de plasmar la problemática en sus versos: “¿Cómo puede seguir uno viviendo / con dos lenguas, dos casas, dos nostalgias / dos tentaciones, dos melancolías?”, a lo que el cubano-americano Gustavo Pérez-Firmat responde: “¿cómo no seguir viviendo con dos / lenguas casas nostalgias tentaciones melancolías?/ Porque no puedo amputarme una lengua, / ni tumbar una casa / ni enterrar una melancolía.” (Durán, Ortiz y Pérez-Firmat 1987: 159) El intelectual isleño busca en su pasado las causas de un presente, cuyo panorama no parece estar totalmente claro.

A grandes rasgos, podríamos dividir la historia de Cuba en tres partes: La primera, que va desde la época de la conquista española en 1492 hasta el fin de la Guerra Chica en 1898. La segunda, que abarca el período desde la instauración de la República, en 1902, hasta la huida de Fulgencio Batista el 31 de diciembre de 1958. Y la tercera, la que se inicia con el triunfo de la revolución castrista, el primero de enero de 1959, y que perdura hasta hoy.

Como bien se ha expuesto en el capítulo anterior, la narrativa histórica surge ante las contradicciones sociales, siendo un producto de la insatisfacción de aquellos que, al analizar sus condiciones de vida, recurren a la pluma para manifestar el descontento, dejando aflorar el sentir de un grupo determinado, y en ocasiones reflejando el por qué de la inminente necesidad de una transformación social. Por ello, las primeras manifestaciones de narrativa histórica en Cuba se dan en la época de la colonia, que coincide con el auge del Romanticismo en Hispanoamérica. Sylvie Bouffartigue afirma que, desde el comienzo de su andadura, la narrativa histórica cubana jugó un papel imprescindible en la concienciación identitaria en la colonia. Eso puede observarse ya en la primera novela histórica cubana, *Matanzas y Yumurí* (1837), de Ramón de Palma (Bouffartigue 2004: 489). En esa primera novela se plantean las relaciones entre historia, literatura e identidad cubana. Al mismo tiempo, el incipiente

romanticismo cubano trata igualmente de iluminar el asunto histórico mediante la reflexión teórica, como ocurre con el artículo “Novela histórica”, publicado en 1832 por Domingo del Monte en la *Revista Bimestre*, en el que se asegura que la narración histórica permite acceder al “conocimiento íntimo de nuestra naturaleza, que nos hace descubrir el origen de las acciones humanas” y, además, “decide la suerte de los hombres y los Estados” (Del Monte 1832: 157-159). También de 1832 es el “Ensayo sobre la novela”, de José María Heredia, pero sus opiniones sobre la narración histórica difieren radicalmente de las de su colega Del Monte, ya que, para el poeta del Niágara y del teocalli de Cholula,

El novelista histórico abandona al historiador todo lo útil, procura apoderarse de lo que agrada en los recuerdos de la historia, y desatendiendo las lecciones de lo pasado, solo aspira a rodearse de su prestigio. Su objeto es pintar trajes, describir arneses, bosquejar fisonomías imaginarias, y prestar a héroes verdaderos ciertos movimientos, palabras y acciones cuya realidad no puede probarse. En vez de elevar la historia a sí, la abate hasta igualarla con la ficción. (Heredia 1980: 89)

En 1840, poco después de llegar a España, Gertrudis Gómez de Avellaneda termina su novela *Sab*, en la que algunos críticos han descubierto matices antiesclavistas, y que se convirtió en la segunda obra narrativa histórica de autoría cubana (Girón 2001: 11). La novela relata la historia de un esclavo que goza de ciertos privilegios por parte de sus amos y se enamora de una mujer blanca. También refleja los conflictos de ciertos grupos desfavorecidos como la mujer, el mestizo y el esclavo. En 1851, Gertrudis Gómez de Avellaneda vuelve con el tema histórico, esta vez más lejano en el tiempo, en su novela *Guatimozín*, que reconstruye, dentro de los cánones del Romanticismo, la trágica suerte de Moctezuma, su pueblo y su ciudad. Cinco años más tarde se publica en La Habana, en la Imprenta del Diario de la Marina, otra novela histórica de autoría

femenina, *Otros tiempos*, de Virginia Auber, hija de un catedrático de la Universidad de La Habana que, teniendo la nacionalidad española, pasó en Cuba gran parte de su vida y fue reconocida en la isla como escritora y agente cultural, pues llegó incluso a abrir un teatro de su propiedad en La Habana (Simón Palmer 1991).

Más adelante, Cirilo Villaverde publicará desde el exilio, en New York, en el año 1882, su novela *Cecilia Valdés o La loma del ángel*, que fue además la última novela publicada antes de la abolición de la esclavitud. La trama se desarrolla en la Habana, donde Don Cándido Gamboa, español radicado en la capital de la isla, contrae matrimonio con una criolla, con la que tiene tres hijas y un hijo, Leonardo, quien por azares del destino se enamorará de Cecilia, hija ilegítima del Señor de Gamboa con una mulata, que al no poder dar a la niña el apellido de su padre la lleva a la casa cuna, donde es inscrita como Cecilia Valdés. El amor entre Leonardo y Cecilia será la sentencia de muerte de ambos jóvenes.

Abordando abiertamente el tema de la esclavitud, el escritor cubano censura la represión ejercida por el colonialismo español, así como las tensiones existentes entre criollos y peninsulares. Villaverde “trata de proyectar el nacimiento de la futura nacionalidad,” (Rosell 1997: 84) resaltando cómo la mezcla de las razas blanca, mulata y negra, formaban al mezclarse nuevas líneas de parentesco que más tarde formarían parte de la sociedad cubana.

El escritor ofrece un cuadro exacto de la sociedad cubana del siglo XIX, insistiendo en las latentes diferencias de clase entre los aristócratas peninsulares e isleños que poseen títulos de nobleza y el naciente grupo de criollos ilustrados: profesionales, escritores e intelectuales. También describe las diferencias entre negros, mulatos libres y esclavos, los de la ciudad y los del campo, y las relaciones interraciales. Lo más significativo es el hecho de que en una sociedad esclavista, tanto Gertrudis Gómez como Cirilo Villaverde, hayan elegido personajes mestizos, Sab y Cecilia, como protagonistas de sus historias. Tanto la Avellaneda como Villaverde coinciden al abordar una idea de la nación, cualidad que otorga a

su narrativa un carácter histórico, pues ofrecen, más en *Cecilia Valdés* que en *Sab*, una visión global de la sociedad en la época de la colonia. Hay todavía otra obra de Cirilo Villaverde que debe estudiarse bajo el marbete de la novela histórica. Se trata de *El penitente* (1889) que, a pesar de ser considerada una obra tardía, tuvo una pequeña edición en 1844 en el Faro Industrial de La Habana, que no fue definitiva hasta los últimos años del siglo. Cuenta Villaverde la vida de su abuelo José de la Paz, de 1780 en adelante, y describe el ambiente en la isla los últimos años del reinado de Carlos III, símbolo del despotismo ilustrado (Azougarh 2003: 91-92).

Otro de los grandes novelistas históricos de fin de siglo es Francisco Calcagno (1827-1903). Además de su preocupación por el mundo de los negros, la esclavitud y el proceso de independencia, en sus novelas de los años ochenta, tiene tres títulos claramente históricos. El primero es quizá el más interesante. Se trata de *S.I.* (1896), novela reeditada en 1916, que mantiene relaciones intertextuales con uno de los poemas fundacionales de la literatura cubana, el *Espejo de paciencia*, de comienzos del siglo XVII. En 1893 publicó *Las Lazo*, que tres años más tarde se reeditaría con el título *Mina. La hija del presidiario. Novela cubana histórica*, y en 1895 *Don Enriquito. Novela histórica cubana*, con una reedición en 1897 y 1899, con el título *Un casamiento misterioso (Misiú Enriquito)*.

A finales del siglo XIX florece en La Habana la novela costumbrista, que aunque reflejaba los conflictos sociales, no llegaba a la crítica explícita del colonialismo, puesto que ello constituía el grave peligro de ser tildado de desafecto al gobierno. Después de la independencia nace un nuevo tipo de narrativa que critica abiertamente la corrupción de los sectores estatales, así como la hipocresía de la aristocracia habanera. Entre los escritores que se destacan en dicha época podríamos mencionar a Carlos Loveira, Enrique Serpa y Miguel de Carrión, quienes acusan en su obra una gran influencia del costumbrismo y del naturalismo. Loveira, por ejemplo, ensayará el género histórico con su obra *Generales y doctores* (1920), describiendo el fin de la colonia y la transición hacia

la república, haciendo una lectura desmitificadora del poder, instalándose en la tradición moderna de crítica a las instituciones, a través del pacto médico-militar que tuvo su comienzo con la insurrección de 1895 y acabó con el ascenso al poder de una élite letrada en el momento de la constitución de la república (Camacho 2006: 73). Loveira volverá al tema histórico con *Juan Criollo* (1927), que se desarrolla temporalmente justo después de la anterior, en los primeros años de la república, y que simboliza, entre otras cuestiones, la derrota de los mambises y las condiciones penosas en las que deben desarrollar su vida los cubanos del país recién independizado pero todavía dependiente (Molina 2001: 153).

Miguel de Carrión, médico, periodista y profesor cubano, publica sus magistrales novelas *Las honradas* y *Las impuras*, escritas en 1917 y 1919 respectivamente, donde retrata el nacimiento de una República neocolonial donde afloran “nuevas corrientes innovadoras, que chocan fuertemente contra las arcaicas estructuras de la sociedad y contra la familia tal como estaba constituida.” (Yedra 1975: 126) Carrión pertenece a una generación caracterizada por la búsqueda del cambio social, aunque su obra también es un reflejo de las frustraciones del grupo de intelectuales que no se resigna ante el injerencismo norteamericano y la nueva gama de políticos que tomaban partido directamente en los asuntos del estado. Su novela *Las honradas* fue muy criticada en los círculos de la alta burguesía urbana, por relatar la historia de “una perfecta casada que se ajusta sexual y moralmente al matrimonio solo después de una experiencia adúltera que la hace despertar a la sexualidad.” (Méndez Ródenas 1990: 1)

Victoria, la protagonista de la historia, era una especie de Madame Bovary cubana, por lo que fue muy censurada. Esto, unido a que no existía un amplio público que aceptara y disfrutara tal clase de literatura, hizo que la excelente novela no fuese conocida y valorada hasta los años setenta. Es quizá por eso que, más adelante, en la década de los setenta, cuando ya el pueblo cubano se encontraba inmerso en la nueva sociedad revolucionaria, muchos escritores deciden retomar el escenario urbano de la capital para enmarcar sus narraciones,

haciendo de la bella ciudad el centro de sus historias y provocando la curiosidad, admiración e inspiración de numerosos escritores iberoamericanos que conformarán el grupo de narradores más significativo que haya existido en América: el *boom* latinoamericano.

En la misma época en que Carrión y Loveira daban a conocer su peculiar visión de la sociedad cubana del cambio de siglo y del proceso de independencia y evolución de la república, dos nuevas cubanas volvieron a ensayar la novela de carácter histórico. Ena de Ronán, en 1911, publica su obra *Quintín Banderas*, el héroe independentista cubano que volverá a aparecer en *El polvo y el oro* de Travieso. En este caso, Ronán enlaza la acción revolucionaria de Banderas con una desgraciada historia de amor entre dos jóvenes (Girón 2001: 13). Y cinco años más tarde, en 1916, Laura Dulzaines publica *Azares y azahares*, que tiene como telón de fondo las guerras de la independencia cubana del siglo anterior. También en esos años se desarrolla la trama histórica en las novelas de Emilio Bacardí Moreau (1844-1922), personaje polifacético de la cultura, la política y la industria cubana. Hijo del fundador de la empresa que luego se convertiría en un emporio del ron en el Caribe, Emilio Bacardí heredó el negocio de su padre y lo engrandeció hasta su muerte. Fue, además, un activista incansable en las guerras de independencia de Cuba. Primer alcalde republicano de Santiago desde 1901, fue luego senador de la república en 1906. Su novela *Via Crucis* se publicó en dos tiradas, una en 1910, bajo el título *Páginas del ayer*, y la otra en 1914, titulada *Magdalena*. Desde la paz republicana y la estabilidad económica en la época de la “danza de los millones”, Bacardí vuelve la mirada a la Guerra de los Diez Años y sus efectos negativos en la industria del café. Su siguiente novela, *Doña Guiomar*, publicada en dos tomos, en 1916 y 1917, narra sucesos acaecidos en Santiago de Cuba en el siglo XVI, alrededor de la existencia de la viuda de un tesorero de la corte, destacando las atrocidades que los aborígenes y los negros esclavos sufrían a manos de los españoles. Finalmente, *Filigrana*, escrita por los mismos años pero no publicada completa hasta 1999, se desarrolla en el Santiago de 1800, con la

llegada de los franco-haitianos a la ciudad, que luchan por adaptarse a la vida de los cubanos de la época. Cabe citar, igualmente, las obras de Tomás Justiz y del Valle, *Carcajadas y sollozos* (1906); Luis Rodríguez Embil (1879-1954), un intelectual que escribió sobre numerosos temas, muy interesado por la historia americana y europea, autor de una famosa biografía del apóstol cubano, *José Martí, el santo de América* (1941) y de la novela histórica *Insurrección* (1910); de Raimundo Cabrera, *Sombras que pasan* (1916), *Ideales* (1918) y *Sombras eternas* (1919); de Jesús Castellanos, *La Manigua sentimental* (1910); de Antonio Penichet, *Alma rebelde. Novela histórica* (1921); de Alberto Román Betancourt, *El arrastre del pasado* (1923), documentadísima recreación, entre otras cosas, de los sucesos del Maine; y de Francisco López Leiva, *Los vidrios rotos. Cuento que pica en la historia* (1923).

Como puede observarse, en el primer cuarto de siglo existe una cierta muestra de novelas históricas, muchas de ellas de filiación naturalista, que tratan de dar sentido al cambio que se está produciendo en la isla desde los comienzos del proceso de independencia, hacia los años sesenta del siglo XIX, hasta la proclamación de la república en los primeros años del siglo XX. Una preocupación por la identidad, por el “ser cubano” que trata de ser desvelado indagando en los procesos históricos que han desembocado en la actualidad del momento. Sin embargo, a partir de esa etapa histórica, e incluso un poco antes, “parece haberse esfumado súbitamente en el infortunio literario este género y la reflexión teórica” (Bouffartigue 2004: 489). No obstante, la recreación histórica en la época naturalista y costumbrista de principio de siglo ya no gozaba del mismo prestigio que en el romanticismo, a juzgar por las palabras de Jesús Castellanos en el proemio al libro de Álvaro de la Iglesia (1859-1940), *Tradiciones cubanas*, de 1911, quien aseguraba que en Cuba hay una ignorancia generalizada con respecto a la historia patria, debido al sistema de asimilación racional y posible que existe en Cuba desde los tiempos de la colonia, por el cual la metrópoli ejercía su poder no solo en el ámbito político, sino en el ideológico, para asegurarse aquel. De ese

modo, Cuba desconocía todavía el verdadero origen de su pueblo y las vicisitudes de su heroica historia, ya que los escritores no eran capaces de dar un diagnóstico adecuadamente informado. Por ello, la historia tiene que ser una conquista de los intelectuales y los escritores, que tienen en el género histórico de ficción una fuente inagotable para crear una imagen verdadera y justa del país, y tienen el deber de indagar, a través de ese género, en la historia nacional (Castellanos 1969: 10-12).

De aquí a la aparición estelar de Alejo Carpentier con *El reino de este mundo* (1949), que supuso una verdadera revolución en la narrativa cubana, en el modo de introducir lo histórico en la ficción, en la consideración de las relaciones entre lo real y lo maravilloso y, en general, en la brecha que abrió en el concepto de realismo en toda la literatura hispanoamericana, poco hay que reseñar en la narrativa histórica cubana. En los años treinta destaca Lino Novás Calvo, con *El negrero* (1933), vida novelada de Pedro Blanco Fernández de Trava (1795-1854), que huye de su pueblo natal en Málaga y se convierte en uno de los más temidos filibusteros y ricos negreros de su época, transportando esclavos de África a las Antillas. Alejo Carpentier dijo de esa novela histórica que era una “extraordinaria historia de aventuras verídicas”, sazónada por una crudeza que sorprendió en los predios literarios cubanos de aquella década. Otro cubano nacido en España, Carlos Montenegro, publica en 1941 *Los héroes*, sobre las guerras independentistas del XIX, y Eliseo Pérez Vega da a conocer en esa misma década sus dos novelas históricas: *La rosa del cayo* (1947) y *La vega* (1949). Enrique Serpa publica en 1938 *Contrabando*, sobre las condiciones penosas en las que tienen que trabajar los hombres de mar al comienzo del siglo XX, que les índice a comerciar con sustancias prohibidas y dedicarse al tráfico de personas. Hacia la mitad del siglo escribe *La manigua heroica*, se publicará definitivamente de manera póstuma en 1978. También hay que destacar en los albores del medio siglo a Juan José Ortiz Velaz, con *Historias de campamento* (1948). En esta época, desde el declive del género hasta la irrupción de la obra de Carpentier, el sentido

de los relatos históricos tiene que ver con la búsqueda del espíritu “de la Nación en el hacer y el sufrir de los ausentes de los manuales de historia, los anónimos del pueblo de Cuba”, los héroes verdaderos, un discurso que quiere hacer “justicia a los olvidados de siempre” (Bouffartigue 2004: 498).

2.3. La narrativa de la época revolucionaria.

Según algunos críticos como Armando Pereira, investigador y profesor de la UNAM, en la década de los sesenta en Cuba “la novela comienza a adquirir un peso significativo en la literatura” (Pereira 1995: 7), puesto que en dicha etapa se publican casi setenta obras pertenecientes a este género. Ciertamente, el triunfo de la revolución, unido a la nueva situación política y social a la que se enfrentaba el pueblo, despertó un profundo interés y gran curiosidad en los intelectuales cubanos e hispanoamericanos en general. Fue este el caso de Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Mario Benedetti, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, entre otros, que veían en Cuba un modelo para solucionar los problemas de Hispanoamérica.

Dentro de la isla, escritores, artistas, pintores y todos aquellos que de una forma u otra estuvieran vinculados con alguna rama de la cultura, se encontraron repentinamente ante una serie de cambios, que al haber ocurrido de manera inesperada y veloz, llegaron incluso a provocar cierta confusión o desorientación entre la intelectualidad isleña. Sin embargo, muchos de ellos, emocionados ante la singularidad y lo novedoso del nuevo proyecto social, se dedicaron a apoyar la revolución, simpatizando con ella al cien por ciento y constatando su apoyo incondicional en su producción literaria.

En Cuba se hizo muy popular una frase del nuevo Jefe de Estado, que se refería a la cultura cubana como aspecto de la sociedad que necesitaba

reformularse. Ya en 1961 el carácter socialista de la revolución había sido declarado y por ello era necesario redefinir los objetivos y direcciones hacia donde debía dirigirse el pensamiento intelectual: había que llevar la cultura por una senda paralela a la revolución. Lo más importante era, como lo manifiesta Roberto Fernández Retamar en uno de sus ensayos, que “los intelectuales teníamos que recuperar el tiempo perdido, recuperarnos a nosotros mismos, hacernos intelectuales *de* la revolución, *en* la revolución.” (Fernández Retamar 1967: 10-11) Con esta frase, el cubano deja establecido que cultura y revolución quedan unidas en una sola línea.

Ernesto Che Guevara había descubierto en su obra *El hombre y el socialismo en Cuba*, publicada en 1965, que la culpa de que muchos intelectuales y artistas no siguieran por el camino correcto radicaba en el hecho de que “no eran auténticamente revolucionarios.” (Guevara 1968: 636) A partir de entonces se llevó a cabo en la nación una fuerte campaña para adoctrinar a todos aquellos que no fueran conscientes de la necesidad de apoyar al nuevo proyecto. Si se quería permanecer protegido bajo las alas del régimen había que ser revolucionario, término que en aquel momento resultaba un tanto confuso, si tenemos en cuenta que nos referimos a un país donde ya no se podría “revolucionar”, o sea, cambiar absolutamente nada sin la aprobación del gobierno. Aquella “revolución” del año 1959 ya se había convertido en un sistema, férreo y compacto por demás, por lo que las actitudes afines al entramado, las únicas permitidas, eran más acomodaticias que revolucionarias. En eso consistía, para el vigente modelo social, el nuevo concepto de cultura. Para algunos intelectuales, por tanto, era difícil identificarse con aquel nuevo régimen que se había impuesto en La Habana, en 1959. Incluso algún escritor tan imprescindible como Alejo Carpentier, con su gran descubrimiento de lo *real maravilloso*, con su papel precursor y a la vez fundacional de lo que sería más adelante la “nueva novela histórica hispanoamericana”, y con su adhesión a los presupuestos que el nuevo orden había instaurado, no tuvo más remedio que sugerir las múltiples paradojas que entraña la

implantación de un sistema que desea ser justo, natural, democrático, y a la vez unitario y monocolor. El célebre escritor ofrecerá en su libro *El recurso del método* una definición de cultura que, al compararla con la realidad cubana del momento, resulta algo contradictoria: “total libertad de crítica, polémica, discusión y controversia, cuando se trata de arte, literatura, escuelas poéticas, filosofía clásica, los enigmas del universo, el secreto de las pirámides, el origen del hombre americano, el concepto de la belleza o lo que por ahí se ande... Eso es cultura” (Carpentier 1974: 155).

Así las cosas, sin saber a ciencia cierta a qué atenerse, un gran número de los que inicialmente habían decidido formar parte de los “intelectuales revolucionarios” dejó atrás la idea de “revolucionar” para unirse al lema establecido por Fidel: “Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada,” (Thomas 1985: 95) optando por la obediencia al sistema, renunciando ejercer el derecho a la autocrítica y abandonando totalmente aquel carácter de “insubordinación permanente” (Pereira 1995: 19) que Mario Vargas Llosa, quien inicialmente había sido fiel admirador de Fidel, le hubiera asignado a cualquier sociedad. En aquellos tiempos convulsos, aquel que intentaba criticar algún aspecto del socialismo cubano correría el riesgo de ser tachado de contrarrevolucionario, lo cual constituía prácticamente un delito. La única crítica posible sería la autocrítica y retractación por parte de aquellos que hubieran osado enfrentarse a los preceptos implantados por Fidel, como ocurrió en el célebre “caso Padilla”.

Si volvemos la mirada a los años que siguieron al triunfo del movimiento rebelde, entre 1961 y 1965 aproximadamente, observamos que la mayoría de las novelas publicadas reflejan aspectos políticos de la sociedad cubana. Casi todas las obras escritas en esa época se presentan bastante pobres en cuanto a la trama novelística, y más bien transmiten un claro mensaje: el elogio a las virtudes y logros de la revolución. Entre las más significativas encontramos *Maestra*

Voluntaria, (1964), de Daura Olema García y *El Farol* (1962), de Loló Soldevilla” (Menton 1978: 35). La primera de ellas relata cómo una maestra estudia el marxismo leninismo y sirve a la revolución, y la segunda glorifica a Fidel en el proceso de la campaña de alfabetización. Durante esta época casi todas las publicaciones se centran en los logros del socialismo, la igualdad que se brindó al negro y al blanco, el papel del pueblo en la construcción de la nueva sociedad y al fin del analfabetismo en la isla. Por ello, las tramas novelescas de esos primeros años evitan, generalmente, la alusión a tiempos antiguos, a no ser que tengan la intención de manifestar cómo el pasado de la isla ha llevado inexorablemente a una revolución como la que ha triunfado en 1959, final feliz y necesario que necesita ser constatado por el discurso narrativo. Narrar el presente es ser plenamente revolucionario, constatar el éxito del cambio es ser comprometido. El pasado sería la forma de constatar una identidad que se ha ido mostrando, a veces de forma escondida y a pesar de los vaivenes de la historia, y que solo en ese momento alcanza plenitud de significación (Grützmacher 2006: 152). Como señala Fernando Aínsa para la novela histórica contemporánea, en muchas ocasiones se trata de una “realidad histórica en estrecha relación dialéctica con los acontecimientos” (Aínsa 2003: 43)

Es importante destacar que la mayoría de los escritores de finales de los años cuarenta y principios de los años cincuenta provenían de una clase media que, aunque rechazaba la degradación moral y la corrupción administrativa del régimen de Batista, gran parte de ellos no llegó a participar de una forma activa en las luchas insurreccionales que derrocaron a la dictadura batistiana. Es precisamente este el intelectual, que por lo general había vivido en Europa o Estados Unidos durante los años de la lucha clandestina, quien escribe las primeras obras de la revolución, a pesar de no estar demasiado informado acerca de la misma, más testigo que protagonista del cambio. Por consiguiente, es también él quien se debate entre su formación de clase media burguesa y la

adquisición de los nuevos valores revolucionarios por los que no había luchado y sobre los que no tenía una idea demasiado exacta. Sin embargo, los hace suyos para producir las primeras manifestaciones literarias en los albores de la sociedad comunista. En esta categoría de encontramos obras como *Bertillón 166*, escrita en 1960 por José Soler Puig, quien relata la lucha insurreccional en la provincia de Santiago de Cuba. La novela transmite consignas revolucionarias, enalteciendo el nuevo concepto de libertad, y alabando la lucha por el derrocamiento de la tiranía.

En 1966 Edmundo Desnoes publica *Memorias del subdesarrollo*, donde se hace referencia al cubano perteneciente a la clase pequeño burguesa que, después del triunfo de la revolución se encuentra completamente desconcertado. En la isla, la novela se ha interpretado como una crítica al burgués acomodado, quien ya no tiene cabida en la Cuba socialista. El conflicto ante el que este se debate su protagonista es precisamente el de pensar como un hombre del primer mundo mientras vive en un país subdesarrollado y tercermundista. Con respecto a esto, José Miguel Oviedo establece lo siguiente: “El problema de un intelectual perteneciente a un país subdesarrollado es todavía más grande porque un auténtico intelectual nunca es *subdesarrollado*.” (Oviedo 1976: 65)

El personaje principal de *Memorias del subdesarrollo* resulta ser, como en la novela histórica romántica, un héroe medio, atormentado por las preocupaciones existencialistas. Es este un individuo que no se encuentra a sí mismo dentro de una sociedad en la que se siente completamente incomunicado, como un extranjero en su propia nación. El problema fundamental radica en que el personaje decide quedarse a vivir en Cuba, aún cuando ve a su familia marchar rumbo a Miami. Obviamente, este constituye un fiel retrato de aquella decadente burguesía que no lograba adaptarse a la desprivatización de las empresas, la propiedad socialista y tantos otros cambios que trajo consigo la revolución, pero tampoco se decidía a dar un paso hacia lo desconocido.

Podría entenderse que la preocupación del protagonista no solamente era el reflejo de la clase acomodada que había perdido sus propiedades y su modo de vida fácil, puesto que los mismos sentimientos de confusión e incertidumbre que agobian a este individuo podrían inquietar a otros sectores de la sociedad como los intelectuales. La reflexión del protagonista nos recuerda a Gregorio Samsa, cuando despierta convertido en un cucarachón en *La metamorfosis* “esta mañana me asombró el eructo tan ruidoso que solté cuando terminé de tomar el café con leche [...], me estoy convirtiendo en un animal.” (Desnoes 1966: 9-10) El desconcierto del personaje principal podría ser también el de los intelectuales, que se ven obligados a revisar sus valores y a encausarlos hacia un solo propósito: la construcción del socialismo en Cuba. Más tarde, en la década de los noventa, descubriremos que el mismo sentimiento aquejará a muchos de los narradores nacidos dentro de la revolución.

En *Memorias del subdesarrollo*, la incertidumbre y la desorientación aparecen como constantes en el personaje que monologa de principio a fin, girando alrededor de los conceptos de revolución y subdesarrollo, como si un asunto llevara inexorablemente al otro. Muy acertadamente, Oviedo afirma que “la novela tiene el raro mérito de contemplar la revolución en marcha a través de los ojos de un pequeño burgués, sin traicionar ni a uno ni a otro.” (Oviedo 1976: 66) Desnoes evidencia en su obra, por primera vez, la preocupación existencialista de tantos pensadores cubanos que se enfrentaban a la duda, debatiéndose ante la disyuntiva de vivir entre el pasado y el presente y sin saber qué rumbo tomar. Es esta, en última instancia, la preocupación por el futuro de la literatura en un país socialista, subdesarrollado y en plena construcción de una sociedad aparentemente prometedora, lo que produce cierto sentimiento de desarraigo y aislamiento, que ha sido provocado por el hecho de encontrarse atrapado en un proyecto cuyo futuro no parecía estar del todo claro.

Hacia 1966 Jesús Díaz escribe *Los años duros*, obra en la que se evidencia cierta apertura a nuevas estructuras y lenguajes en la naciente narrativa. Es este también uno de tantos libros que abordan la lucha contra la dictadura de Batista y los alzamientos revolucionarios del Escambray, aunque ya se puede apreciar en ella un tipo de lenguaje desenfadado, el uso de malas palabras y la falta de un léxico convencional, lo cual constituye un elemento que contrasta con las anteriores obras que abordaban el mismo tema, y donde abunda una retórica más bien uniforme. Como hemos apuntado anteriormente, aquí lo histórico tiene la función de señalar el camino que Cuba ha seguido en las últimas décadas de la primera mitad de siglo y en los años cincuenta para llegar a la situación en que se encuentra cuando ya han pasado unos años del triunfo revolucionario. Algo muy parecido a lo que ofrecerá, por esas mismas fechas, Julio Travieso con su primer libro de relatos, como veremos en el capítulo cuarto.

El género testimonial, ligado al de la narración histórica, cobra auge en dicha época, a través de obras como *Biografía de un Cimarrón*, de Miguel Barnet, que relata la vida de un negro de ciento cuatro años, que había sido esclavo, cimarrón, mambí, que así se denominó a quienes habían formado parte del ejército libertador en las guerras independentistas, y obrero. La novela recorre dos facetas importantes de la historia de la isla, abarcando desde la época de la colonia hasta los últimos tiempos de la República. Barnet describe, a través del cimarrón, hechos que marcaron hitos en la historia de Cuba. En esta época, en la isla transcurren tiempos de aparente reposo, desarrollándose la llamada narrativa testimonial. Es este un tipo de literatura que se presenta a caballo entre el ensayo y la novela, en cuyo género incursiona Barnet, que desde un punto de vista romántico e incorporando el lenguaje popular en su relato, asume ciertos rasgos de la novela histórico-romántica. La historia resulta ser narrada por un hombre de pueblo que había experimentado las vivencias de importantes períodos de la historia de Cuba: la esclavitud, la cimarronería y la guerra de independencia.

Como en la novela romántica de Walter Scott, *Biografía de un cimarrón* es justamente un ejemplo de relato contado por aquellos que, hasta el momento, parecían no habían tenido lugar en la historia. (Corona 2001: 100, De la Concha 1996: 184-188)

Más adelante, el mismo autor escribirá sus novelas *Canción de Rachel* (1969) y *Gallego* (1981). Con la primera se sacan a la luz ciertos aspectos íntimos de la vida de políticos, militares y de otros individuos pertenecientes los diversos estratos políticos y sociales, que durante el período republicano frecuentaban asiduamente el teatro Alhambra. La segunda novela es una muestra fehaciente de la influencia del inmigrante español en la sociedad, las tradiciones y la cultura cubana desde comienzos del siglo XX. Para Barnet, el aspecto más importante de la novela testimonio radica en los personajes, los cuales se presentan como los hombres y mujeres típicos de una época o clase social, reflejando con su comportamiento las vivencias de un pueblo. Los escritores de este tiempo buscan que el relato no se base en un personaje atípico o un superhéroe, sino que este constituye la representación de un pequeño mundo, una ciudad o un ambiente específico, relatando sus vivencias y preocupaciones. En el testimonio histórico de Miguel Barnet, además de la constatación de la marcha de los procesos identitarios que desembocan en la revolución, hay un “esfuerzo de legitimación literaria que caracteriza el documento etnológico o folklórico trascendido en los códigos narrativos” (Aínsa 2003: 41). A través de monólogos dirigidos, tanto Barnet como Poniatowska, en los mismos años sesenta, “llegan a sustituirse a los narradores de los que han sido en principio meros transcriptores” (Aínsa 2003: 41).

En esta modalidad narrativa encontramos también aspectos de la novela histórico romántica, que elige al héroe medio para encarnar una época histórica determinada, constituyendo la misma el espejo en el que pueda reflejarse la sociedad de dicho período histórico. Hasta este momento, la manera de historiar

en la isla había sido a través de la voz narrativa más cercana al autor, la del narrador omnisciente. Sin embargo, a partir de esos años se produce un vuelco en la narrativa, al aflorar una cierta tendencia, por parte de los escritores, a elegir héroes medios, gente sin historia para contar la misma.

Por otra parte, comienza en esta etapa a introducirse el elemento erótico y sensual en el discurso narrativo. Llama la atención la transición de Barnet de *Biografía de un cimarrón* a *Canción de Rachel*. El personaje protagónico pasa de un cimarrón que se une al ejército libertador a una corista del teatro Alhambra. También la linealidad de su primera obra varía. Ya no es el monólogo de Esteban contando su vida: por el contrario, al testimonio de Rachel se unen las voces de un grupo de trabajadores del teatro Alhambra, haciendo valer sus puntos de vista, que en algunas ocasiones hasta contradicen el de la corista. En este caso la historia, más que una documentación de los hechos, incluye diálogos y opiniones que evidencian las opiniones del autor, lo que le acerca mucho más al género de novela histórica contemporánea.

Hacia los finales de los años sesenta e inicios de los setenta, el *boom* ya había triunfado en América. Alejo Carpentier había ya publicado magistrales obras como *Los pasos perdidos* y *El siglo de las luces*. Mucho antes, en 1949, el cubano dio a las prensas *El reino de este mundo*, donde incursionaba en el elemento real maravilloso, lo que más adelante sería un modelo para muchos cubanos e hispanoamericanos en general, como ya hemos adelantado. Con esta obra, Carpentier buscaba entender e interpretar la realidad americana y con ella su historia y cultura. Esta constante búsqueda de la identidad caracterizará la obra del padre de lo real maravilloso. La novela *Los pasos perdidos*, de 1953, también sigue la misma línea, así como su obra cumbre *El siglo de las luces*, publicada en 1962, en la que el narrador “consolida el lenguaje idóneo -según su punto de vista- para explicar el mundo americano: el barroquismo literario” (Rodríguez Coronel 1976: 108). Esa tendencia a la constante búsqueda caracterizará más adelante a los

integrantes del *boom*. *El siglo de las luces* fue, además, un nuevo monumento del cubano en la evolución de la narrativa histórica del siglo XX, que volvía sobre los cimientos diatópicos que provocaron la formulación de *lo real maravilloso*: el universo antillano, centrado en Haití, con un nuevo ingrediente diacrónico: el siglo de las luces, el siglo de la razón, que entra en contacto y en conflicto con el mundo maravilloso: Francia y el Caribe como dos ámbitos en principio muy distantes que confluyen en un momento histórico determinado y provocan un sincretismo cultural muy particular. Ahora bien, *El siglo de las luces* no supuso una revolución en el concepto de novela histórica, ni puede adscribirse con facilidad al marbete “nueva novela histórica”, porque está mucho más relacionada con el mundo del *boom*, en el que ciertos presupuestos históricos y genéricos no se cuestionan. De hecho, entre esta novela de Carpentier y *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas, aunque no hay mucha distancia temporal, sí la hay en cuanto a relación entre la historia y la ficción novelesca. Es el mismo Arenas quien lo hace notar:

En las novelas de Carpentier llega un momento en que los personajes están tan connotados por la historia [...] que no se pueden mover: cada vez que se mueven hay que connotar el paso que dan, la época de la alfombra que pisan, el paño con que se cubren el cuerpo, el mueble donde finalmente se sientan; es decir que hay que agotar el contexto tan fielmente que llega un momento en que, por ejemplo, el personaje de Sofía de *El siglo de las luces*, casi no puede moverse con toda la utilería con que Carpentier la provee. (Santí 1980: 25)

Algo que no soporta Arenas, que ya en los sesenta estaba abriendo los caminos hacia la desintegración del mundo tradicional de la novela histórica moderna, para ofrecer una visión del género absolutamente transgresora, es que Carpentier no trate en ningún momento de evitar el uso del vocabulario de la

época. Admite y admira su labor lexicológica, pero afirma que eso nada tiene que ver con la imaginación creadora. Como indica Barrientos, “estas declaraciones incendiarias se habrían podido publicar en un manifiesto sobre la necesidad de renovar el género, pero sin duda debido a las circunstancias Reinaldo Arenas prefirió burlarse de Carpentier” (Barrientos 2001: 108). Arenas, en 1980, fecha de estas declaraciones, acababa de salir de Cuba por el puerto del Mariel, con grandes dificultades y después de haber sido perseguido, encarcelado y torturado largas temporadas, mientras que Carpentier acababa de morir como uno de los pilares ideológicos y culturales del régimen que había tratado de aplastar la vida y la obra del holguinero.

No obstante, en la obra histórica de Carpentier, posterior a *El siglo de las luces*, en los años setenta, sí podemos ver detalles de connivencia con los nuevos aires que comienzan a soplar en la nueva trayectoria del género histórico, y que ya hemos descrito (Aínsa 1991a y b, 1997 y 2003, Menton 1993, Pulgarín 1995, Barchino 1996, Pons 1996, Grützmacher 2006, Gálvez 2006, Perkowska-Álvarez 2006 y 2008). Dice Aínsa que en los sesenta, Carpentier fue el autor “más solemne y riguroso”, pero que en los setenta “intuyó las posibilidades literarias de lo que hoy llamamos la nueva novela histórica” (Aínsa 2003: 82). En el prólogo a *El reino de este mundo*, Carpentier se jactaba de su “documentación extremadamente rigurosa”, que respetaba absolutamente “la verdad histórica de los acontecimientos”, incluso mediante “un minucioso cotejo de fechas y de cronología” (Carpentier 1976: 7-14). *El siglo de las luces* transcurrió por los mismos derroteros, pero a partir de *Concierto barroco* (1974) y *El recurso del método* (1974), hasta *El arpa y la sombra* (1979), Carpentier dio un giro a su narrativa histórica, pues “a través de la irrisión de personajes históricos como Cristóbal Colón, la Reina Isabel la Católica o Antonio Vivaldi y en la perspectiva de pura invención asumida como jocundo programa, Carpentier invirtió el signo del rigor documental e informativo practicado en sus obras anteriores” (Aínsa

2003: 82). Reinaldo Arenas, sin embargo, entendió lo que iba a ser la nueva novela histórica desde los años sesenta. Su primera narración histórica, *El mundo alucinante*, fue publicada en 1969, pero después de un periplo de tres años, en el que comenzó con una mención en el concurso de la UNEAC en 1966, cuando se declaró el premio desierto porque algunos de los miembros del jurado se negaron a conceder el galardón a una obra “contraria al régimen”. Por cierto, Carpentier estaba en ese jurado, y fue de los que más claramente se negó a concederle el premio. José Antonio Portuondo fue tan cerril y políticamente correcto como Carpentier, mientras que Virgilio Piñera y José Lezama Lima votaron a favor, pero estaban en minoría, porque Félix Pita dijo que, aunque la novela era buenísima, no se podía publicar (Hasson 1996: 43). Y como eso fue lo que ocurrió (se le denegó el permiso para ser publicada), Arenas hizo sacar el manuscrito de la isla con la ayuda de Jorge y Margarita Camacho, publicándose en francés en 1968 y en español en 1969 en México y en Buenos Aires.

Lo importante para nuestra investigación, más allá de la (mala) suerte política de la obra, es que Carpentier, con toda su genialidad literaria y su incalculable sabiduría, o no atisbó en ese momento lo que los nuevos tiempos guardaban para la novela histórica, o su estrechez ideológica le impidió ver más allá de una posible crítica al férreo régimen cubano, mientras que el joven, guajiro y poco formado narrador por instinto, se adelantó a su tiempo y produjo la primera nueva novela histórica de su entorno, nueve años antes de que Carlos Fuentes publicara *Terra Nostra*. Baste con citar algunos elementos de la obra para valorar el alcance de su transgresión al género, como la sugerencia de la homosexualidad del protagonista ilustrado, que enlaza claramente con la del autor, el paralelismo evidente del absolutismo monárquico español del XVIII con el régimen cubano del XX, o la parodia al mismo Carpentier, vocero del régimen del XX, y otros representantes de la dictadura, en un contexto del XVIII. Anacronismos y negación constante de la historia oficial, que son algunos de los rasgos más

sobresalientes que Menton (1993: 42-46) y Pons (1996: 101-145) enumeran para la nueva novela histórica.

En 1966, el mismo año que comenzó la polémica con Arenas, en la que el maestro de *Orígenes* estuvo involucrado, Lezama Lima llega a la cúspide de su producción narrativa con *Paradiso*, que trata de incorporar la leyenda, el mito, la historia y la poesía, mezclándolas con la fiesta, la parodia y el erotismo. Para el cubano, la historia de la isla comienza con la poesía, como bien dijo en el comienzo del prólogo a su magnífica antología de la poesía cubana (Lezama, Esteban y Salvador 2002, I, 3). La novela relata la historia de Cuba basada en los recuerdos de la infancia de su creador, dejando volar su imaginación, reviviendo imágenes y momentos importantes de su vida, resaltando ausencias y alimentando esperanzas. Es otra manera de entender lo histórico, más tradicional y simbólica, pero con un rendimiento que provenía de un concepto de la historia desarrollado en su poesía desde los años treinta.

Hay una serie de obras de finales de los años sesenta que tratan de captar “la totalidad histórica, racial y social de la nación cubana” (Menton 1975: 233). *Los niños se despiden*, de Pablo Armando Fernández, que ganó el premio Casa de las Américas de 1968, es una especie de mitología cubana, de sus raíces y su historia entera, envuelta en un ambiente idílico, poético, que remite a la búsqueda de una identidad. No hay cuestionamientos de historias oficiales, pero sí experimentación narrativa y concesiones al realismo mágico, tan característico de aquellos años. *En ciudad semejante* (1970), de Lisandro Otero, la historia tiene la función tradicional de reafirmar la versión oficial, en este caso creada por el entorno de la revolución en los años sesenta, en el sentido que ya hemos mencionado: la reinterpretación de la historia para que todo confluya en el necesario triunfo de la revolución en 1959. De hecho, los héroes de la historia de Cuba (Martí, Maceo, Gómez) adquieren una actualidad asombrosa al integrarse con absoluta naturalidad en las personas de los campesinos, obreros y estudiantes

del siglo XX, héroes anónimos que remiten a los que han dejado su nombre inscrito con letras de oro en la historia épica de la isla. Esta enumeración de novelas de esos años sería insuficiente sin citar *De donde son los cantantes* (1967), de Severo Sarduy, que también tiene su interpretación dentro del ámbito de lo histórico, aunque es una novela mucho más compleja y completa que una simple novela histórica, ya que puede estudiarse (y se ha hecho), desde otras perspectivas como la ontológica, literaria, filosófica, lingüística, psicoanalítica, erótica, o en el marco amplio de la posmodernidad (Méndez Ródenas 1998: 118). En ese sentido, la novela de Sarduy está, como la de Arenas, mucho más cerca del concepto de “nueva novela histórica” que el de la novela moderna, por su carácter transgresor del discurso oficial, su sentido metaficcional, su contenido fundamentalmente metapoético y artístico, y su estructura absolutamente posmoderna. Por supuesto, las dos son muy diferentes: Arenas bucea en la historia y la convierte en tronco de su narración. Para Sarduy, la historia es un elemento más, y no el más importante, de todo el armazón constitutivo del discurso novelesco. En esta misma línea que trata de captar la totalidad histórica de la nación cubana se encuentran dos obras del primer Antonio Benítez Rojo: *Tute de reyes* (1967) y *El escudo de hojas secas* (1969) que hacen de él, según Menton, “el mejor cuentista engendrado por la revolución” hasta ese momento (Menton 1975: 233). Es la época también de los primeros relatos de Julio Travieso, Jesús Díaz y David Buzzi, autores muy afines a Travieso, como él mismo ha confesado en la entrevista que da paso a su biografía en el capítulo tercero. Todos ellos fueron premiados en diversos concursos literarios de finales de los sesenta, y su línea narrativa coincide con la perspectiva de la afirmación de la historia oficial. Muchos de los relatos de Benítez Rojo de esos años critican ciertos aspectos de la historia anterior a la revolución, desde el siglo XIX, como la explotación de campesinos y obreros en el campo y la ostentación de las clases altas, que exhiben un profundo racismo, frente a los esfuerzos revolucionarios por terminar con ese tipo de lacras sociales. Como resumen del propósito general de esas obras

tempranas de Benítez se podría afirmar una necesidad de invocar al “exorcismo del pasado” (Menton 1975: 234). Otro autor del momento fue Norberto Fuentes, con *Condenados de condado* (1968), que narraba un pasado bastante cercano, pero en sintonía con la reinterpretación “revolucionaria” de la historia: los sucesos revolucionarios que protagonizaron tantos jóvenes durante toda la década de los cincuenta.

En general, para muchos de estos autores, la revolución cubana era una forma de materialización de sus sueños, la realización del anhelo de libertad, de independencia, de soberanía, que se debería ver plasmado, también, en formas literarias y artísticas. La esperanza de que toda América siguiera el ejemplo de Fidel conquistó los corazones, asimismo, de los integrantes del *boom*, impulsando el vuelo de su imaginación hasta lograr que las historias cotidianas de tantos pueblecitos olvidados se convirtieran en acontecimientos mágicos, que harían volar a Remedios la Bella entre mariposas amarillas, como años antes llevó al esclavo Ti Noel a escapar de su amo, surcando los cielos, convertido en ganso. En ese contexto, lo histórico, junto con lo mágico, conquistó temáticas y preferencias en los narradores de todo el continente, siendo algunos de esos cubanos, como Benítez Rojo, Pablo Armando Fernández, Lisandro Otero o el mismo Carpentier, buenos ejemplos de ello. Algunos críticos llegaron a hablar de un cierto “quinquenio de oro” en la narrativa cubana (Álvarez IV 1994: 136), antes del hondo declive de comienzos de los setenta.

2.4. La revolución, el intelectual y el compromiso ineludible.

A pesar del alcance que tuvo el *boom* y de sus influencias en toda Hispanoamérica, en Cuba no se dio total rienda suelta a la creación literaria, pues la narrativa solamente recibía el visto bueno del gobierno si esta no presentaba

indicios de crítica a la revolución: lo hemos visto en Reinaldo Arenas. Como ya habíamos planteado, entre 1961 y 1965, muchas de las novelas cubanas y no pocos libros de relatos buscaban justificar el proceso revolucionario, criticando a la decadente burguesía de la etapa prerrevolucionaria. Estos habían sido los escritores que constituían la primera generación literaria de la revolución.

A pesar de la tendencia de muchos autores a enaltecer la sociedad socialista, algunos comenzaron a escribir un tipo de literatura un tanto crítica. En 1968 comenzó lo que dio en llamarse más tarde “el caso Padilla”, cuyo proceso duró hasta comienzos de los setenta, alrededor de la polémica suscitada por el libro *Fuera del juego*, que acarreó grandes dificultades a Padilla con el sistema, por ser considerado como subversivo, por su visión crítica de la sociedad cubana. Dice Seymour Menton al respecto que todo comenzó, aparte del conflicto por la obra de Padilla, “por una controversia sobre los méritos de la novela *Pasión de Urbino* (1967), de Lisandro Otero, que no obtuvo el premio Seix Barral de Barcelona en 1964, ganándolo *Tres tristes tigres*. Padilla fue uno entre varios escritores invitados a colaborar en el suplemento literario *El Caimán Barbudo*, del diario *Juventud Rebelde*, para opinar sobre los valores de *Pasión de Urbino*. Otero [era] por entonces vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura [...]. Como resultado de esta polémica, Padilla perdió su cargo en el periódico *Granma*, le denegaron el permiso para viajar a Italia, y la junta editorial de *El Caimán Barbudo* fue totalmente sustituida.” (Menton 1978: 137)

El poeta Padilla fue acusado de contrarrevolucionario y el gobierno censuró públicamente su actitud. En el año 1968, Guillermo Cabrera Infante, autor de *Tres tristes tigres*, se refirió al caso Padilla desde el exilio diciendo: “Granma, what a great teeth you have! [...] El socialismo teóricamente nacionaliza las riquezas. En Cuba, por una extraña perversión de la práctica, se ha nacionalizado la miseria. Sabía (y lo decía a todo el que quería oírme) antes de regresar, que en Cuba no se podía escribir, pero creía que se podía vivir, vegetar, ir postergando la muerte,

posponer todos los días. A la semana de volver sabía que no solo yo no podía escribir en Cuba, tampoco podía vivir.” (Menton 1978: 137)

La reacción gubernamental no se hizo esperar: Guillermo Cabrera Infante fue acusado de vanidoso y contrarrevolucionario, mientras que a Herberto Padilla se le tachaba de mediocre por haber obtenido un premio de la UNEAC valiéndose de sus influencias en el jurado. Después de haber permanecido bajo arresto durante varias semanas, Padilla refutó públicamente las palabras de su excolega, desmintiendo el hecho de que lo estuvieran hostigando. El poeta aceptó su culpa y afirmó que quería permanecer en Cuba para contribuir a la construcción del socialismo, declarando que había hablado mal de la revolución, influenciado por las culturas y países extranjeros.

Más adelante, en el proceso de revisar sus errores, Padilla confesó haber escrito, o más bien “perpetrado”, *Fuera del juego*, que él mismo catalogara de antirrevolucionario. También se declaró culpable de proporcionar información falsa a periodistas extranjeros: “Pocos días después del crucial y falso autoinculpamiento, el poeta fue liberado [...], y la UNEAC organizó una reunión durante la cual Padilla tenía que leer su autocrítica delante de los miembros de esa organización y de muchos de sus amigos. El acto tuvo lugar el 29 de abril de 1971. En ella [...] acusó a otros escritores, amigos suyos, de ‘comportamiento contrarrevolucionario’. En esa [...] nómina se encontraban su propia esposa Belkis, Norberto Fuentes, Pablo Armando Fernández, César López, Manuel Díaz Martínez, José Yáñez, Virgilio Piñera y Lezama Lima.” (Esteban & Panichelli 2004: 55-56) Por su parte, Cabrera tachó a Padilla de mentiroso. Según él, todo era una treta del periodista para lograr su meta: la salida del país. Así surgió la controversia Cabrera–Padilla. El problema tomó cuerpo el 20 de marzo de 1971, con la detención de Herberto Padilla y su puesta en libertad un mes después.

Varios escritores latinoamericanos cuestionaron la política de Fidel Castro, entre ellos Mario Vargas Llosa, quien había censurado previamente al gobierno

por apoyar la invasión de los rusos a Checoslovaquia, y a raíz del caso Padilla criticó duramente la falta de libertades en la isla. También Julio Cortázar quien, ante el comentario de Fidel de que solo los involucrados directamente con la revolución podrían hablar de ella, contestó: “se me pone en la puerta de lo que amo y se me prohíbe defenderlo. Es ahora y ejerzo mi derecho a elegir, a estar una vez y más que nunca con tu revolución, mi Cuba, a mi manera. Y a mi manera torpe, a manotazos, es esta, es repetir lo que me gusta o lo que no me gusta, aceptando el reproche de hablar desde lejos.” (Menton 1978: 147)

A raíz de estos sucesos, muchos artistas e intelectuales se abstuvieron de mencionar el caso Padilla en Cuba, otros marcharon al exterior o simplemente no regresaron nunca de donde se encontraban: fueron los casos de Severo Sarduy, Nivaria Tejera, Juan Arocha y el ya conocido Cabrera Infante. Por ello, en la década de los setenta la cultura en Cuba mostró cierto estancamiento, pues las personas que pretendían exponer o practicar alguna manifestación artística tenían que seguir las rígidas pautas establecidas por el gobierno. Si algún ciudadano intentaba fundar su propia organización artística o cultural era castigado con prisión o destierro de los medios artísticos reconocidos por el Estado. Desde entonces, algunos optaron por cerrar los ojos y seguir ciegamente los preceptos del Estado, otros no tuvieron más opción que las reuniones clandestinas, donde leerían sus creaciones para transmitir, al menos, lo que nunca se les permitiría publicar. Como resultado del estricto control sobre la producción cultural, muchos escritores quedaron en el olvido o el anonimato, y el nuevo régimen fue perdiendo poco a poco a muchos de sus brillantes hijos.

En junio del año 1961 Fidel Castro, en un discurso, había afirmado: “Dentro de la revolución todo, fuera de la Revolución nada.” (Thomas 1985: 95) Se hizo claro el hecho de que los intelectuales cubanos tenían ante sí dos opciones: escribir algo del agrado del gobierno o simplemente mantenerse al margen de dicha profesión. Hugh S Thomas, George A Fauriol y Juan Carlos Weiss lo

corroboran en su libro *La Revolución Cubana 25 años después* refiriéndose a los escritores en el exilio: “Trajeron de Cuba historias verídicas sobre el tratamiento que se le da a los intelectuales en la isla. Armando Valladares, liberado finalmente después de 20 años de prisión, por escribir poesía ‘contrarrevolucionaria’, añadió al argumento su trágico testimonio. Valladares declaró cuando estuvo en París que en Cuba ‘solo la total sumisión al régimen sería tolerada’.” (Thomas 1985: 95)

Y diez años más tarde de las palabras de Fidel, como para corroborar de una vez por todas que esa frase no solo era verdad sino que seguía vigente, el primer Congreso de Educación y Cultura insistió en una serie de preceptos incuestionables, no solo por el carácter dogmático de su organización y conclusiones, sino por el mismo contenido de los puntos fundamentales de actuación cultural, ya que se regulaban aspectos como el modo de vestir de los jóvenes (la guayabera fue definida como prenda de vestir de identidad nacional), la música que debía propagarse en la radio (se prohibió toda música que pudiera llevar al diversionismo ideológico, como los Beatles o el rock), la persecución de la homosexualidad como figura delictiva (textual: “Un homosexual será llevado ante las autoridades y procesado legalmente solamente por la pública ostentación de su condición”) (Dayre 2008: 1), el tipo de arte que se podía producir (el que estuviera al servicio del pueblo y de la revolución, porque el arte “es un arma de la revolución”) y el tipo de creencias que se podían tener (se prohibió cualquier forma de práctica religiosa) (Fornés 2003: 247).

La narrativa cubana había marcado sus límites y, como contrarrestando la apertura iniciada por aquellos escritores que, como Lezama, habían llevado la literatura a un nivel tan singular que rozaba la peligrosidad, en la siguiente etapa prevalecerá un tipo de narrativa que algunos denominarían realista, puesto que huía tanto del barroquismo como de los elementos fantásticos o mágicos. Es la época que se ha llamado el “quinquenio gris” de la literatura cubana, puesto que se publicó muy poco (los escritores practicaban, por miedo, la autocensura) y lo que se publicó tuvo, generalmente poca calidad y poca posibilidad de innovación. Y

muchos narradores no tenían problemas en admitir que su obra iba a girar, a priori, en la construcción de la nueva sociedad, como Manuel Cofiño López quien, en 1972, publica *La última mujer y el próximo combate*, manifestando: “son estos ‘tiempos de cambio’, la construcción del socialismo, etc., y esto viene a ser mi centro de gravedad temática.” (Cofiño López 1978: 10) Es decir, que el realismo se basaba, en gran medida, en las historias que rodeaban el proceso de construcción del socialismo, por lo que el asunto histórico de las narraciones nunca trasgredía el ámbito de las historias oficiales. Cofiño centra sus relatos en los hombres que van al trabajo productivo, los que andan en guagua, etc.; en fin, los que viven en la Cuba del momento, reflejando el día a día de aquellos con quienes conviven y trabajan por una sociedad en la que se forjaba el hombre nuevo, por lo que el tema histórico pierde entonces su protagonismo anterior. Sin duda alguna, los mejores, y casi únicos, ejemplos de nueva novela histórica durante ese periodo gris de las artes y las letras cubanas fueron las novelas de Carpentier *Concierto barroco* (1974) y *El recurso del método* (1974) en las que, como ya hemos apuntado, hay un cambio de enfoque con respecto a las anteriores, en relación con el respeto a la historia oficial y a las convenciones del género. Desde luego, no se trata de transgredir los presupuestos de la “oficialidad” insular del momento, sino de la desconfianza relativa a la propia historia de Hispanoamérica o, en su caso, de una reinterpretación de dictaduras cubanas anteriores al régimen en el que vive y milita.

La década de los setenta constituyó en Cuba un período de aparente tranquilidad, en el que, probablemente, se gestaba lo que más tarde sería la época dorada de la literatura cubana: los ochenta. La narrativa de los setenta se presenta un tanto más racional y sencilla que la de la década anterior, alejándose tanto de lo real maravilloso de Carpentier como del barroquismo de Lezama. Cabe destacar en ese quinquenio alguna obra histórica con sentido pedagógico, como la novela de Olga Santoyo *La Atenas de los dioses* (1972), escrita para interesar a los

alumnos universitarios por el mundo clásico, o con ribetes líricos, como *Sonámbulo del sol* (1971), de Nivaria Tejera, que ganó el premio Biblioteca Breve de Seix Barral, y que cuenta las vicisitudes de una conciencia vagabunda que merodea por La Habana de los años cincuenta y la recrea poéticamente, desde su soledad. Algo parecido ocurre con *Muelle de caballería*, de César Leante (1973), en la que Eugenio, escritor y erudito desplazado socialmente, sobrevive escribiendo guiones para novelas radiofónicas en una Habana que ya no existe, la de los años cincuenta pero que, además, se confronta con la historia de la misma ciudad cien años antes, llegando a la conclusión de que nada cambiará nunca, porque la historia sigue siendo la misma.

La literatura del período “gris” y comprometido, lejos de mostrar aquel protagonista desconcertado, que no se adaptaba a los cambios sociales implantados por la revolución, desvela a un “héroe positivo que construye el socialismo” en ese mismo momento (Álvarez 1980: 110). Es el caso de novelas como *Los días de nuestra angustia* de Noel Navarro y *El año de enero* de José Soler Puig. En este tiempo se destaca el género policíaco, con obras como *La justicia por su mano*, de José Lamadrid, y *La ronda de rubíes*, de Armando Cristóbal Pérez, publicadas en 1973. En 1974 se publican *No es tiempo de ceremonias* de Rodolfo Pérez Valero y en 1975 *Los hombres del color del silencio*, de Alberto Molina. Todas las novelas mencionadas anteriormente halagan las hazañas llevadas a cabo por la policía revolucionaria, las fuerzas armadas y el Ministerio del interior, cuyos órganos intervienen en la lucha contra la corrupción, la delincuencia y la infiltración de agentes de la C.I.A. Pero su relación con la narrativa histórica es mínima, porque lo que interesa es saborear los logros del presente.

A partir de 1976, “las nubes comenzaron a disiparse” (Fornet 2002: 20) y con la creación del Ministerio de Cultura se abrió el camino a la creatividad, dejando atrás el quinquenio gris que opacó las ideas de tantos pensadores y creadores. En 1977 Daniel Chavarría publica la novela *Joy* la cual, según Imeldo

Álvarez, supera todas las obras pertenecientes al género policíaco hasta la fecha, constituyendo “la mejor novela de contraespionaje (...) atendiendo a los valores estilísticos, a su estructura y lenguaje.” (Álvarez 1980: 110) También se destaca en esta etapa el escritor Luis Rogelio Noguerras con sus novelas *El cuarto círculo* e *Y si muero mañana*, la última considerada como una de las mejores y más valiosas novelas policíacas cubanas, que relata los procedimientos de las mafias y los grupos terroristas en Latinoamérica.

En la segunda mitad de los setenta y, por supuesto, en los ochenta, saldrán a relucir todas las inquietudes, desconciertos y preocupaciones sociales que se venían gestando desde la época anterior, desviando nuevamente la línea narrativa a la que durante un tiempo se habían ceñido los isleños, incorporando al presente los recuerdos de infancia vivida durante la tregua. Como dijo Ambrosio Fornet, “la épica se pasó al intimismo,” (Fornet 2002: 20) señalando el conflicto al que no habían dejado de enfrentarse los intelectuales en la Cuba socialista. Es el caso de tantos destacados escritores como Senel Paz, Jesús Díaz, Mirta Yañez y Rafael Soler, entre otros. Así las cosas, la segunda mitad de los setenta trajo consigo relatos “que anunciaban el cambio que se estaba produciendo de manera silenciosa.” (Fornet 2002: 20)

2.5. Los ochenta: hacia una dirección inesperada

La década de los ochenta trae a la isla el nacimiento de una narrativa orientada hacia direcciones mucho más novedosas. Fue como el despertar de un largo sueño a consecuencia de una fuerte sacudida. Es evidente que dicho cambio se encuentra condicionado por los acontecimientos históricos ocurridos en esos años. Como ya hemos mencionado, en 1976 se había creado el Ministerio de Cultura, cuyo Ministro, Armando Hart Dávalos, realizaba un

llamamiento a los artistas y escritores con vistas a elevar la calidad literaria y artística de sus obras.

Tres novelas de 1979 preconizan los cambios que van a producirse en los ochenta, tanto por la calidad y cantidad de obras como por la tendencia en el género histórico. La primera es, lógicamente, *El arpa y la sombra*, de Alejo Carpentier, que desmitifica absolutamente ciertos elementos de la historia oficial en torno a la figura de Cristóbal Colón, e introduce elementos paródicos, anacrónicos y multitemporales. La segunda es *El mar de las lentejas*, de Antonio Benítez Rojo, de una factura, una profundidad histórica y una intención que conectan en cierto sentido con la de Carpentier. La obra comienza con la imagen de Felipe II postrado en cama, a punto de agonizar, desintegrado física y moralmente, y en ese contexto putrefacto aparecen las demás historias de la obra, que van desde el segundo viaje de Colón hasta finales del siglo XVI. La visión que pretende darse del descubrimiento, conquista y colonización de América es más bien esperpéntica, paródica y carnavalesca, hablando en términos bakhtinianos, desde el mismo título de la novela:

El mar de las lentejas es una parodia de la denominación que el cosmógrafo Guillaume le Testu emitiera para la zona: *la mer de lentille*, parodia convertida por asimilación fonética en *lenteja*, en joya, pero también en sopa, en potaje, en gigantesco *melting pot*, definición que del Caribe sustenta el autor. (Correa 1998: 3)

El tercer hito de ese año de cambio es *Habana para un infante difunto*, de Guillermo Cabrera Infante. Su orientación descansa más bien en la tendencia del *posboom* y de la narrativa cubana de los ochenta relacionada con las historias familiares y cotidianas, pero el contexto es histórico y, para Cabrera Infante, vital: la Cuba anterior a la llegada de Fidel Castro al poder, esa Cuba que ya no existe, ni volverá a existir, porque el nuevo régimen la ha borrado para siempre. La

imagen de la infancia irrecuperable se mezcla con la de una isla también irrecuperable.

A finales de los años setenta y, aun más, en los ochenta, comenzó lo que dio en llamarse el período de “rectificación,” que aportó a los intelectuales “un ánimo renovador en el ámbito cultural cubano.” (Huertas 1993: 8) Así, la nueva narrativa cubana romperá con los esquemas establecidos en el quinquenio gris, en el que la censura y autocensura habían aplacado la creación literaria, alejándose también del enfoque que otrora tuviera el *boom* latinoamericano. Ya la preocupación, más que por Hispanoamérica, era por Cuba, por el destino de la isla y por tratar de entender y adaptarse a los sucesivos cambios que se estaban llevando a cabo en su propio país.

Dicho cambio condicionó la apertura, la tolerancia y el enfoque de la narrativa hacia un ángulo diferente. Un claro ejemplo lo constituye el hecho de que, en los primeros años de la construcción de la sociedad revolucionaria, e incluso después de quedar establecido el carácter socialista de la revolución, la mayoría de los que estaban a favor de los cambios implantados por Fidel habían catalogado a quienes se marcharon del país como “vende patria” , “gusanos” o “escoria,” considerándolos motivo de vergüenza para la propia familia y nación, términos que en aquellos tiempos significaban prácticamente lo mismo. Durante muchos años las familias vivieron aisladas, sufriendo de una u otra manera la separación y el olvido, con una comunicación casi nula, hasta que en el año 1978, en vistas de la inminente crisis, el gobierno aprobó las visitas de los exiliados, como señala Eliseo Alberto: “La comunidad cubana en el exterior visitó la isla con seis o siete sombreros por cabeza, tres o cuatro pantalones vaqueros a la cintura y unas ganas enormes de encontrarse con sus seres queridos. Los cubanos de aquí y de allá volvieron a abrazarse, como si solo hubiera pasado un día y no muchos años de separación obligada, para descubrir conmovidos que todos los enemigos no eran enemigos, y que vivir en otra parte no era necesariamente una traición ni seguir en la isla una cobardía.” (Alberto 1997: 165)

Por otro lado, en esa etapa se inició el período de “rectificación de errores”, muy similar a la Perestroika iniciada por Gorbachov en la antigua Unión Soviética. Este proceso incluía un cambio en los sectores administrativo, laboral, económico y por supuesto, no se podía excluir el campo de las letras cubanas. Este fue el primer reencuentro de los cubanos con ideales diferentes a los oficiales, que dejaban atrás el radicalismo y empezaban a pensar de manera distinta, manifestándose la evidencia de que no todos los que se habían quedado en la isla eran sumisos, ni todos los exiliados traidores. Pero hubo más circunstancias que influyeron en las direcciones ideológicas de la cultura cubana de esa década, ya que “en 1980 [...] Castro ‘abrió’ el puerto del Mariel y –exceptuados los jóvenes en edad militar o los graduados universitarios- autorizó a salir a quien así lo deseara.” (Montaner 1999: 234) Aprovechando la coyuntura, ciento veinte mil personas abandonaron la isla por este puerto a bordo de pequeñas embarcaciones. Las autoridades anunciaron, además, que todo el que quisiera y pudiera, tendría la libertad de ir a buscar a sus familiares.

A raíz de ese suceso, nuevamente comenzó el enfrentamiento entre los hijos de Cuba. La campaña de repudio contra aquellos que se proponían salir de la isla fue retomada por los revolucionarios y la permanencia en ella por parte de los desafectos se convirtió en una terrible pesadilla. Alina Fernández, hija del Comandante en Jefe Fidel Castro, relata en su libro los tristes hechos que tuvo que presenciar: “Esa multitud desesperada recibió el nombre de ‘escoria’. Y fue el mismo Fidel quien intentó convertir el revés en victoria, con los famosos ‘actos de repudio a la escoria’.” (Fernández 1997: 153)

Corrían tiempos convulsos, y a pesar de que muchos, decepcionados del proyecto revolucionario, habían dispuesto marcharse al exilio, gran parte de la población aún deseaba quedarse en Cuba, convencidos de que sí se podían defender las conquistas revolucionarias para llegar a ser un país exitoso y libre. Todo esto propició un constante enfrentamiento de ideales entre familiares, amigos y hasta matrimonios, que terminaron divorciados por el solo hecho de

tener ideologías diferentes. El número de exiliados y decepcionados crecía cada vez más, mientras que los revolucionarios se encargaban de combatir con fuerza a aquellos “gusanos” que se disponían a viajar a Estados Unidos. Según Eliseo Alberto, “se trataba de jugar en serio al gato y al ratón, de apedrear el ejemplo de los que pretendían abandonar el país, escupirles la cara a sus hijos, apedrear la calle de arriba abajo, acosarlos como bestias rabiosas en las madrigueras de sus casas y cortarles las líneas de teléfono y los cables de la luz.” (Alberto 1997: 166)

Después de abrir las cárceles y los manicomios, miles de asesinos, ladrones y dementes abandonaron el territorio nacional. También se autorizaba la salida definitiva a los homosexuales, por considerarlos elementos dañinos para la revolución. Los que venían a buscar a sus parientes tenían como condición llevarse parte de “la escoria”, que no era más que los ex presidiarios, delincuentes u homosexuales: gracias a ello Cuba, “el primer territorio libre en América”, hacia 1980 quedó limpia de delincuencia y homosexualismo. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos acaecidos en esta etapa, era difícil para muchos escritores cubanos seguir contando historias basadas en la lucha del movimiento revolucionario o los logros de la sociedad socialista, algo que algunos comenzaban a poner en entredicho. Era menester mirarse por dentro y comenzar a contar la historia que les tocaba tan de cerca y que a muchos desconcertaba. Aparentemente, había pasado el período de ensueños y los cubanos se enfrentaban a la cruda realidad. Muy pronto llegaría la falta de fluido eléctrico, el racionamiento de víveres y las escaseces de productos de primera necesidad. Ante aquel ir y venir de sucesos se revitalizó el panorama cultural de la nación, creando una literatura propia, con señas de identidad, que establecía rasgos característicos y un espíritu crítico de quienes incursionaban en la nueva narrativa.

Los años ochenta llegaron a la isla cargados de cambios que llevaron consigo una inyección de creatividad y renovación cultural. Se revitalizaron en esta época algunas de las revistas más sobresalientes de la historia de la revolución: *Casa de las Américas*, *El Caimán Barbudo* y *Letras Cubanas*. La

primera apertura ocurrió tras el Congreso de Educación y Cultura efectuado en 1981, en el que el entonces ministro de cultura Armando Hart Dávalos criticó el papel de “jueces del Arte de algunos funcionarios estatales.” (Huertas 1993: 15) Con este planteamiento se evidenciaba el deseo de cambio social, que promovía la idea de que los funcionarios estatales fueran facilitadores, conectores entre el artista y el pueblo, y no censores o inquisidores del artista. Bajo el impulso del Ministerio, los intelectuales se trazaron metas, haciendo hincapié en que al juzgar la calidad de un texto no se tuvieran en cuenta criterios políticos sino literarios.

La narrativa de los ochenta, “más apacible y próspera,” (Fornet 2002: 20) se enfocó en la cotidianidad, el día a día, con una perspectiva “intimista, subjetiva.” (Huertas 1993: 11) La revista *Bohemia*, para ese entonces, publicó varios trabajos dedicados a reflexionar acerca del presente y futuro de las letras cubanas. En ellos se abordó la ausencia que existía en el país de un verdadero criterio en cuanto a crítica y autocrítica. También se evaluó la posibilidad de enjuiciar rigurosamente los textos publicados, basándose en el contenido más que en la forma, sin que por ello se enemistaran críticos y escritores. Los escritores y artistas cubanos, a finales de los setenta y principios de los ochenta, encontraron ante sí un panorama diametralmente opuesto al del período de 1971 a 1976. El nuevo período supuso un alejamiento del dogmatismo, la presencia del humor en la narrativa, las tiras cómicas en la revista *Bohemia*, que ironizaban la realidad cubana, juzgando, mediante el choteo, los aspectos negativos de la nación. Un ejemplo de ello lo encontramos en la novela *Las iniciales de la tierra* del escritor Jesús Díaz (1987), y también en *Strip-Tease: cuentos de mal humor* de Antonio Orlando Rodríguez (1985), quien hace pocos años ha ganado el premio Alfaguara (2008) con su novela histórica *Chiquita*.

En aquellos tiempos de constantes cambios, la narrativa cubana se dedicó a plasmar asuntos cotidianos. Se hurgó en la intrahistoria de las ciudades y los pueblos, alejándose de las referencias anteriores a la épica, el heroísmo y la alabanza a los próceres revolucionarios. Ahora se hacía alusión al cubano de a pie,

a la lucha por la supervivencia de cada hombre en particular, todo contado de forma humorística, mofándose de los percances diarios y las necesidades del día a día. La nueva tendencia literaria abrió una puerta, aunque pequeña, a la crítica social, dando lugar a una peculiar creatividad literaria, que llevó consigo también un aumento considerable de las manifestaciones literarias. Begoña Huertas asegura que en los primeros ocho años de las décadas sesenta y setenta se publicaron 49 y 45 títulos respectivamente, pero en el mismo período de la década de los ochenta aparecieron 111. (Huertas 1993: 29) La cifra constata un aumento de más del 100 por ciento en la producción literaria de ese período, que superó a la etapa anterior en cuanto a cantidad y calidad, y cuyo incremento fue paralelo al de las transformaciones económicas, políticas y sociales de dicho tiempo.

Es relevante señalar que esta tendencia, que en la isla comienza a aflorar a fines de los años setenta, coincide temporalmente con la narrativa del *posboom* en América Latina, cuyo centro también se basa en sucesos asimismo particulares, de la vida corriente. Curiosamente, los mismos narradores del *boom*, a fines de los sesenta y principio de los setenta, vuelven su mirada a historias menos elaboradas, sin que por ello dejen de escribir obras magníficamente construidas. Sus novelas se alejan de lo real maravilloso, de lo inexplicable, por lo que el elemento mágico tiende a desaparecer. Los narradores cubanos participan del mismo espíritu de época para contar lo que acontece en un espacio y lugar determinados, que era en este caso la Cuba de la revolución, mostrando las contradicciones reales del país. En algunos casos se produce en la narrativa de los ochenta un desdoblamiento de voces narrativas, quizá con el objetivo de presentar todos y cada uno de los puntos de vista de los personajes en cuanto a una realidad que ha sido interiorizada. El nuevo discurso encuentra una voz desenfadada, que adorna los textos con un tono espontáneo, haciendo uso del lenguaje coloquial, la jerga popular y utilizando una sátira sutil que desemboca en la desmitificación por medio de la literatura. Un buen ejemplo de esa visión desprejuiciada, desenfadada y satírica de la historia puede verse en la novela de Reinaldo Arenas *Otra vez el mar* (1982), que cobra

importancia en este contexto a pesar de su circunstancial e involuntaria descontextualización. Es histórica más por sus vicisitudes que por su concepción. Fue escrita tres veces: la primera se encontraba muy cercana a los hechos, ya que la historia principal tiene lugar en la década de los sesenta, nada más triunfar la revolución y esa primera redacción tuvo lugar entre 1966 y 1970. Pero el manuscrito fue destruido por su amigo Aurelio Cortés, a quien había sido confiado por un Arenas temeroso de la censura. En 1970 emprendió entonces la reescritura del texto, que concluyó en 1972 y escondió, en plena época del quinquenio gris, bajo el tejado de la casa de su tía Orfelina. Cuando Arenas salió de la cárcel en 1976 y fue a buscarlo, la policía castrista se había adelantado y el manuscrito no estaba allí. Así que lo escribió nuevamente en el exilio donde, finalmente, pudo disfrutar de la versión definitiva en 1982. Pero no es esta la única razón por la que se puede considerar histórica a la novela de Arenas, ya que hay numerosas alusiones a sucesos históricos, más bien de la historia de la cultura universal, que se enfrentan a la situación histórica principal, como son las opiniones de José Martí sobre el *Quijote* o la parodia en clave homosexual de la épica griega.

De modo general, la narrativa de esta década no analiza a fondo la psicología de los personajes y los protagonistas dejan de plantearse los problemas existenciales. Lo que se persigue es el confrontamiento de los hechos, la interacción entre los individuos entre sí y el conflicto ante su choque con la sociedad. Esta literatura abandona la búsqueda de la identidad para afrontar los problemas a nivel individual. La nueva corriente se ocupa, asimismo, de problemas imperantes en la isla, como el machismo, el diversionismo ideológico, la decadente revolución y la naciente sociedad de consumo. Estos aspectos son tratados con matices de humor, que a veces parecen casi ingenuos. El *posboom*, por tanto, desembarcaba también en la isla del Caribe, generación que, por tanto, abandona lo real maravilloso para preocuparse por problemas más inmediatos como la falta de transporte y alimentos o el bloqueo norteamericano.

Así como el *boom* latinoamericano se había inspirado en la esperanza que proporcionó el triunfo de la revolución cubana, el *posboom* en la isla se encontró con circunstancias difíciles y por ello buscó la creación de relatos que se alejaran de lo imaginativo, contando, mediante una narrativa que algunos denominaron “nuevo realismo” (Huertas 1993: 46), las peripecias a las que se había tenido que enfrentar cada isleño en la Cuba socialista. Pero esta nueva narrativa incorpora temas hasta entonces poco tratados como el del exilio. Poco después del éxodo del Mariel, Edmundo Desnoes publica *Los dispositivos en la flor. Cuba: Literatura desde la Revolución* (1981), donde “reunió fragmentos de discursos políticos de Fidel y el Che, con cuentos, poemas y canciones, tanto de escritores residentes en la isla como de exiliados radicales, entre los que se incluían Cabrera Infante y Arenas.” (Fornet 2002: 20) Naturalmente, en aquel momento casi nadie comprendió cuál era el propósito de semejante mezcla, pero esto fue quizá la primera puerta que se abrió la idea de que la literatura cubana era tanto la de los de dentro como los de fuera, corriente que desembocó pocos años más tarde en el concepto de diáspora.

A mediados de los ochenta comenzaron a publicarse en la isla algunos escritores radicados fuera del territorio nacional, como Jorge Mañach y Lydia Cabrera, hecho que hubiera sido impensable durante las décadas anteriores. También comenzó a hacerse referencia, en la narrativa, a tópicos que habían sido tabú anteriormente, como la prostitución y la homosexualidad. En 1986 se otorga el premio *Casa de las Américas* a Reinaldo Montero por un reportaje titulado *Donjuanes*, en el que el joven protagonista, lejos de ser el hombre nuevo adaptado e incorporado a su realidad, forma parte de una sociedad que no consigue comprender. Más adelante, para 1988, la revista *Letras cubanas* vuelve a dar señales del cambio que se estaba produciendo. En un cuento de Roberto Urías titulado “¿Por qué llora Leslie Caron?”, se aborda abiertamente la homosexualidad, relato que otrora hubiera escandalizado al gobierno y a la sociedad cubana en general.

Al hablar de la literatura del *posboom*, Senel Paz se refiere a “una narrativa donde prima la preocupación de los pequeños asuntos diarios en un tono intimista.” (Hernández 1993: 49) Begoña Huertas, en su libro *Ensayo de un cambio*, agrupa la producción cubana de los ochenta en dos segmentos: el primero estaría constituido por “aquellas obras que vuelven su mirada hacia el pasado” (Huertas 1993: 50) buscando entender la niñez y la adolescencia del escritor que ya ha llegado a la adultez. Es el caso de *Oficio de Ángel* y *Las iniciales de la tierra*. El segundo grupo se compone de “aquellas obras que plantean un aspecto más circunstancial, situado en el presente inmediato, con una perspectiva menos abarcadora.” (Huertas 1993: 50) En esta categoría podríamos enmarcar a muchos de los cuentos escritos en esta época.

La novela *Las iniciales de la tierra* relata la confusión de los primeros años de la revolución, mientras que en *Oficio de Ángel* se narra el momento del triunfo, en 1959. Ambos casos refieren un hecho histórico concreto, que ya había sido puesto de manifiesto por escritores anteriores; sin embargo, en lugar de contarlos desde una perspectiva de heroicidad, o de destacar la épica, al referir el enaltecimiento del impacto producido por tal suceso, en los sesenta o setenta, las obras se limitan a presentar el conflicto de los personajes en contacto con las situaciones históricas. En la novela *No le digas que la quieres*, de Senel Paz, se hace referencia al tema sexual, y en *Alguien me habló de los naufragios*, de Bernardo Marqués, se trata el divorcio. Los problemas cotidianos como el trabajo, la escuela, el barrio, la calle, etc., ocupan un papel importante en este tiempo.

El foco de atención en la narrativa ya no es el individuo confundido que no se adapta a la sociedad, ni la abstracción mágica de sucesos que eran aplicables a cualquier país de Hispanoamérica. Ahora lo importante es el cubano y su encontronazo con la realidad. Casi siempre en estas obras la narración proviene de un personaje que narra en primera persona y que a veces se disfraza de tercera para contar, con realismo y detenimiento, los detalles de un mundo que ha vivido y que conoce perfectamente. En esta brecha nuevorrealista que adquiere la

narrativa cubana, el humor irá cobrando más y más importancia, algo que procede de la espontaneidad y naturalidad de la narrativa del *posboom* y por qué no, de la necesidad de tomar los problemas con cierta calma y de burlarse de las ridículas circunstancias en las que se veían envueltos los cubanos de los ochenta. Por consiguiente, parodia y sátira resultan ser elementos constantes en la literatura del *posboom* y descubrimos que cada vez más los escenarios narrativos se van acercando al presente. Los escritores de esta convulsa década dejan de ahondar en el pasado para centrarse en situaciones de su día a día y en eso consiste su modo de acometer el relato histórico, en plasmar lo que sucede en el presente, buscando acercarse al lector, que ante una elaborada naturalidad del relato se identifica con el narrador mismo.

La cuentística también cobró gran importancia en dicha época. Este género que había sido tan trabajado por la generación del *boom* (Julio Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, etc.) y que en Cuba se había visto opacado a mediados de los setenta, durante el quinquenio gris, de repente resurge a finales de los años setenta y en los ochenta, comenzándose a narrar historias cortas acerca de los acontecimientos de la etapa revolucionaria, a veces desde el punto de vista de un niño inocente que simplemente cuenta lo que ve, sin intentar comprenderlo. En dicho período se destacan algunos escritores como Miguel Collazo, Mirta Yáñez, Jesús Díaz, entre otros, quienes ponen de nuevo en movimiento la dinámica del género.

El relato de Senel Paz “El niño aquel” abre un nuevo derrotero en dicho género. Su nuevo estilo sirve como precedente inspirador para el surgimiento de una nueva generación, con libros tan valiosos como *En el nombre del hijo* (1983), de Félix Luis Viera, que ofrece relatos sobre la Cuba de los años cincuenta, *Casas del Vedado* (1983), de María Elena Llana, *Cuestión de principio* (1986) de Eduardo Heras León, *Donjuanes* (1987), de Reinaldo Montero. Tales historias llamarán la atención de escritores y críticos que incursionarán en el género y seguirán la misma línea en la década posterior, en la que la narrativa será aún más

realista y cruda que la de esta etapa, con nuevas sorpresas, retos y un enorme cúmulo de acontecimientos que incitarán, una vez más, a la creación del relato histórico.

Dentro de esta nómina, ya abultada, de textos históricos de toda la década de los ochenta, cabe también destacar obras como *Gallego* (1981), de Miguel Barnet, sobre un español de principios de siglo XX que emigra a Cuba buscando mejores condiciones de vida; *Cuando la noche muera* (1983), primera novela de Julio Travieso que trata sobre hechos lejanos al contexto revolucionario de los años cincuenta, como los que desencadenaron la primera guerra por la independencia cubana, en 1868, después del Grito de Yara, y que estudiaremos en el capítulo cuarto; *Los caballeros de la marea roja* (1984), de Loló de la Torriente, extensísima novela histórica que da curso a los cambios que ha sufrido la isla desde 1762, en plena invasión inglesa, hasta 1980, dando entrada a la voz de diversos grupos marginados; *Con tu vestido blanco* (1987), de Félix Luis Viera, sobre el período prerrevolucionario de los años cincuenta; *La trenza de la hermosa luna* (1987), de Mayra Montero, que transcurre en vísperas de la caída y abandono de Haití de Jean Claude Duvalier; *Los últimos cuatro días* (1988), de Mary Cruz, en la que a través de cartas, documentos y testimonios, cobra vida Carmen Caballero, una acaudalada dama camagüeyana, a través de la cual se da una visión completa y profunda del siglo XIX cubano (Girón 2001: 14); *República Angelical* (1989), de Rolando Rodríguez García, sobre la revolución cubana de 1930, y un largo etcétera de obras que provocan esos saludables aires nuevos en la narrativa cubana.

2.6. Los noventa y dos mil: la revolución cubana contada por sus hijos.

“Son las once de la noche en el atestado paseo del Malecón de La Habana. Millares de jóvenes están sentados sobre la rampa frente al mar, a la que en broma denominan ‘El sofá.’ El malecón es la versión habanera de una plaza de pueblo, el lugar para ver y ser visto. Es uno de los pocos lugares llenos de vida en una Cuba que agoniza.” (Oppenheimer 1992: 422) Estas son palabras del periodista Andrés Oppenheimer, quien en su libro *La hora final de Castro* describe el panorama de los años noventa en la isla, una etapa en la que muchos cubanos miraban quizá hacia el Malecón por no ver el presente o el incierto futuro que se avecina. La juventud descrita por el periodista argentino es precisamente aquella que ha nacido dentro de la revolución cubana, por lo que no ha conocido más mandatario que Fidel Castro, ni más sociedad que la revolucionaria. Para esta época, más del 55 por ciento de la población cubana había nacido después de la revolución. Todos aquellos que llegaban a la enseñanza secundaria, que era la inmensa mayoría, tuvieron que estudiar fragmentos de *El Capital* de Carlos Marx, así como numerosos volúmenes de *Fundamentos del Marxismo Leninismo*, ideas que obviamente penetraron en sus mentes y corazones, llegando a apreciar y a apoyar el socialismo, tal como se había implantado en Cuba, y por ende a su máximo dirigente.

Muchos de los jóvenes cubanos nacidos después de 1959 eran conscientes de que el Comandante había concebido proyectos muy positivos para el país, como la educación y salud pública gratuitas, privilegios de los que muchas otras personas alrededor del mundo no podían disfrutar. El Jefe de Estado se había dado a la tarea de forjar al hombre nuevo, pero el problema se manifestó cuando aquella juventud comenzó a sentirse asfixiada ante el hecho de no poder comprar ropa o zapatos en las diplotiendas, donde solamente se podía pagar con dólares, o cuando simplemente quería salir a divertirse, y no podía, puesto que los lugares de recreo donde se consumía con moneda nacional generalmente se encontraban cerrados

por falta de agua, luz eléctrica, o cualquier otra dificultad achacada al “período especial”, o quería salir del país solo para conocer otros lugares y no podía por razones políticas y económicas.

Después del derrumbe del bloque soviético, la juventud cubana se enfrentó por primera vez al problema del desempleo. Una de las circunstancias más críticas del país fue el hecho de que muchos ingenieros se quedaron sin trabajo al cerrar la central termonuclear de la provincia de Cienfuegos, que ofrecía numerosos puestos de trabajo y abastecía a casi todo el país. Fue así como gran parte de aquellos jóvenes se vio afectada por el desempleo y empezó a preguntarse si realmente merecía la pena resignarse a vivir en semejante situación. Algunos encontraron una manera eficaz de abandonar la isla, contrayendo matrimonio con extranjeros, aunque en muchos casos no fuese precisamente por amor. Bajo estas nuevas circunstancias surgieron las jineteras, fenómeno que abrió la puerta a nuevas realidades jurídicas: “El Código Penal se modifica en julio de 1997, con la tipificación de delitos presentes por los nuevos fenómenos derivados del jineterismo como son los de proxenetismo y la trata de personas.” (Vázquez Montalbán 1998: 164)

Al establecer la figura delictiva de jineterismo, como se le llama en Cuba a la prostitución, el gobierno reconoció públicamente la existencia del problema social en la isla, donde paralelamente a la circulación del dólar, surgió una marcada diferencia entre quienes podían comprar en “las shopping” y los que debían conformarse con mirar las tiendas a través de las vidrieras. Muchos jóvenes encontraron en la prostitución una oportunidad para ganar dinero fácil, lo que hizo que el problema proliferara. Alina Fernández cuenta en su libro cómo en Cuba se había recrudecido la persecución a las prostitutas: “En aquella época, antes de que La Habana se convirtiera en una feliz escala sexual, y Varadero en un paraíso de venéreas, a la que fuera detenida por estar con *un* extranjero le tocaban cuatro años de cárcel, bajo la condena de peligrosidad.” (Fernández 1997: 164) Carlos Alberto Montaner opina acerca de cómo dicho fenómeno ha ido en aumento bajo el nuevo

sistema económico implantado en los noventa, convirtiéndose en uno de los grandes males que aquejan a la sociedad cubana: “El comunismo, o la terrible falta de oportunidades económicas que genera, ha convertido a Cuba en uno de los tristes destinos del ‘turismo sexual’. Miles de mujeres y hombres muy jóvenes, a veces adolescentes de trece o catorce años, [...] venden sus cuerpos a los extranjeros por pequeñas cantidades de dólares, indispensables para poder comprar alimentos y bienes de primera necesidad, inaccesibles para quien sólo recibe el miserable salario que paga el Estado.” (Montaner 1999: 168)

El denominado “período especial en tiempo de paz”, instaurado luego de la caída de la economía, trajo consigo el inicio de una etapa denominada “opción cero,” que traducida a la realidad nacional significó la carencia de los elementos básicos para la vida (alimentos, medicinas, agua potable, electricidad, etc.). Llegó un momento en que muchos de los que habían apedreado a los que se salieron por el Mariel comenzaron a confeccionar balsas caseras con tubos neumáticos para marcharse de la isla, y así se inició la famosa crisis de los balseros, que no fue más que “decenas de millares de personas que se han lanzado al mar a bordo de tablas y cámaras de bicicleta.” (Montaner 1999: 167) Durante esta etapa, familias enteras se aventuraron en la travesía hacia Miami, aun sabiendo que se arriesgaban a ser devorados por los tiburones, morir ahogados o a ir a parar a la cárcel si eran sorprendidos por la guardia costera: “En la primera mitad de 1991, más de un millar de balsas cubanas llegaron a las costas de la Florida, más del doble que en todo año precedente.”(Oppenheimer 1992: 259) La cantidad de personas fallecidas entre los que salían ilegalmente de la isla aumentó considerablemente: “el servicio de guardacostas norteamericano calculaba que solo dos de cada tres balseros cubanos llegaban vivos.” (Oppenheimer 1992: 259)

El broche de oro se puso después del Cuarto Congreso del Partido, en el que Fidel Castro pronunció un discurso que algunos calificaron de “suicidio colectivo”. Los cubanos comprendieron que se avecinaban tiempos difíciles. Sus rostros de alegría comenzaron a cambiar, así como sus ideas acerca del

mantenimiento de la revolución y la fidelidad al Comandante. Gran parte de los que se habían considerado como verdaderos revolucionarios empezaron a dudar de si querían continuar siéndolo. En ese discurso, Fidel Castro fue nítido al declararse, numantamente, el único superviviente del socialismo real, enfrentado a todo el mundo:

No es que seamos el único país progresista, democrático y revolucionario, es que somos el único país convertido en un islote de Revolución en un mundo prácticamente unipolar, a pocas millas del imperialismo hegemónico, y rodeado de capitalismo por todas partes; en un islote de Revolución entre el Atlántico y el Pacífico; en un islote de Revolución en este hemisferio; en un islote de Revolución en el occidente; en un islote de Revolución en gran parte del mundo, donde los Estados socialistas que subsisten están a 15.000 o a 20.000 millas de distancia de nuestra patria, en un instante en que el campo socialista de Europa del este se derrumbó, en un instante en que en la URSS, nuestro más sólido y firme aliado a lo largo de estos años de Revolución, que tan solidariamente nos apoyó, que tan amistoso fue con nosotros, a quien tantos gestos de solidaridad debemos y a cuyos pueblos tanta gratitud debemos, se encuentra en una situación sumamente crítica.²

Poco a poco, la situación del país se fue tornando más y más difícil. Al escasear la gasolina, las personas tuvieron que comenzar a trasladarse en bicicletas a los centros de estudio y de trabajo, por lo que el número de accidentes producidos por ciclistas se incrementó considerablemente. Es justamente en esta situación que los intelectuales nacidos y forjados dentro del proceso revolucionario deciden comenzar a contar la nueva historia de la revolución

² Versión taquigráfica del discurso pronunciado por Fidel Castro en Santiago de Cuba el 14 de octubre de 1991, en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1991/esp/f141091e.html>

cubana. Ante tales circunstancias históricas, la literatura se hizo cada vez más rica y abundante en matices sociales y económicos, aunque un tanto peculiar, puesto que el éxodo de numerosos escritores propició que se comenzara a hablar de dos clases de narrativa: la de dentro y la de fuera. Lógicamente, después de la caída del muro de Berlín y la ruptura de los lazos de dependencia que unían a Cuba con la antigua URSS, se comenzó a vivir una época de cierta apertura al mundo exterior. Con la aprobación de la ley que autorizaba la tenencia de dólares, en 1993, la moneda comenzó a circular libremente en la isla que antes había encarcelado a quienes la poseían, y su búsqueda se convirtió en una prioridad para sus habitantes, que hicieron villas y castillos para poseer divisas.

Cuba perdió su protagonismo para casi todos los países de América, pasando a ser uno más de los países tercermundistas hundidos en la crisis, sin privilegios ni riquezas, donde además afloraban los males sociales que “aparentemente” la revolución había eliminado: la prostitución, el desempleo, la delincuencia, la droga, entre otros. Josefina Ludmer afirma que “en 1990 nacen en la isla ‘otros mundos’ que no reconocen las formas y divisiones tradicionales.” (Ludmer 2004: 358) Esto, sin lugar a dudas, se refiere a las historias basadas en temas como la prostitución, el proxenetismo, el sexo, la miseria y la violencia. La nueva narrativa se basa en una sociedad que podría ser cualquiera de las de Hispanoamérica y los protagonistas suelen ser sujetos que violan la ley, en ocasiones expresidarios o marginales, que subsisten rompiendo las reglas de aquella sociedad socialista que cada vez más adquiría rasgos del capitalismo.

La isla ya no era la estrella que iluminaba el mar de Las Antillas. Por el contrario, se debatía entre la pobreza, el hambre y la delincuencia. A partir de los años noventa, con el derrumbe del campo socialista, los alimentos escaseaban, cada integrante del núcleo familiar recibía solamente cinco libras de arroz, diez onzas de frijol u otro grano, cinco libras de azúcar y media libra de aceite cada mes. La leche se racionó a tres litros por semana y era privilegio de los niños menores de siete años, la carne pasaba varios días sin aparecer por las carnicerías.

Eliseo Alberto cataloga los alimentos que se vendían en la bodega como “masas cárnicas de diseño indescifrable.” (Alberto 1997: 163) Así empezó a resquebrajarse la salud del pueblo y la gente comenzó a sufrir enfermedades causadas por la falta de alimentos y proteínas. Alina Fernández cuenta cómo en ese tiempo los cubanos padecían de polineuropatía, que podía afectar terriblemente la visión: “Para colmo de mala suerte, empezó una epidemia de neuritis óptica y miles de cubanos se fueron quedando ciegos. Aunque Fidel insistió en que el virus era otro regalo imperialista, la verdad quedó oculta en un laboratorio de bacteriología del Minfar donde se cocinan las enfermedades necesarias para la buena salud política de los cubanos, que en esa oportunidad andaban simplemente envenenados por el talio de los herbicidas y pesticidas improvisados.” (Fernández 1997: 21)

La lucha por la supervivencia era voraz, el pueblo arrastraba una rémora de vicisitudes sorprendentes: “Las cabras se adueñaron de la Quinta Avenida y los puercos de patios y bañaderas. Para evitar las delaciones, los dueños los mantenían a base de Benadril.”³ (Fernández 1997: 213) Las personas comenzaron a tener pollos y cerdos como mascotas, que después les servirían para alimentar a sus familias. La hija del Comandante relata graciosamente las vicisitudes que atravesaban sus paisanos mientras criaban a sus animalitos: “La gente paseaba con sus pollitos como a los perros, amarrados con una soguita para protegerlos del hambre voraz de los gatos, cuya libra se cotizaba en la bolsa negra.” (Fernández 1997: 213)

Y a pesar de la aparente crisis en el sector de la Salud Pública, era posible encontrar algunos hospitales perfectamente equipados en Cuba, con sábanas limpias e instrumental esterilizado. Esas instalaciones eran solo para los extranjeros, allí se atendía a los pacientes que viajaban a la isla desde toda Hispanoamérica para someterse a tratamientos y operaciones que no podían

³ Benadril: hidrocloreuro de difenhidramina. Medicamento muy utilizado en Cuba como antihistamínico, sedante o hipnótico, antocolinérgico con efectos antimuscarínicos.

costear en sus países. Cuba ofrecía precios muy bajos por los servicios médicos, lo cual atraía al turismo pobre, que aportaba algo de divisas a la economía y que iba a parar a manos del Estado: “De acuerdo con los cálculos hechos por el gobierno, más de tres mil quinientos extranjeros llegaron a Cuba en 1990 para tratarse de vitiligo, psoriasis pigmentaria, y para recibir una variedad de trasplantes de órganos [...] Servimed, la división de turismo sanitario de Cubanacán, también inauguró una serie de clínicas “antiestrés” en Varadero para ejecutivos extranjeros víctimas del agotamiento laboral.” (Oppenheimer 1992: 301)

La situación era verdaderamente desesperada e incierta, el futuro se tornaba oscuro y desesperanzado, por lo que la narrativa de este tiempo se aleja de la clásica novela histórica que, en su día, analizara Lukács. Ya no veremos un relato que presente a las clases sociales o políticas en conflicto, tampoco esta literatura tiene nada que ver con la narrativa del *boom*, que buscaba en el pasado las causas de sus problemas actuales. Ahora los escritores observan con detenimiento el presente y lo describen con la misma crudeza con la que transcurren sus vidas. La historia que cuentan es la supervivencia del día a día, porque es esta su máxima preocupación, el cómo conseguir vencer el tedio, resolver qué cocinar cada día sin pensar en el mañana y el disfrutar cada instante como si fuese el último, pues nadie sabía qué les podría deparar el destino. Un claro ejemplo de ello lo constituyen dos de las novelas publicadas en 1999. Una de ellas es *La última playa* de Atilio Caballero y la otra *El Rey de la Habana*, de Pedro Juan Gutiérrez, publicada en Barcelona por Anagrama, y reeditada en 2001. Esta última relata la vida de un joven que se convierte en un “deshecho social” (Ludmer 2004: 367) alguien que disfruta el presente sin preocupaciones ni conflictos morales, el personaje no tiene la más mínima intención de dejar su nombre, ejemplo o acciones a la posteridad. Reynaldo, a quien sus amigos llaman Rey, siendo un adolescente es acusado de un crimen que no cometió: la muerte de su familia en una azotea de La Habana. Más adelante, trasladado a un reformatorio, escapa para convertirse en una persona sin identidad, ni trabajo, ni

casa, ni familia. Rey se ganará la vida delinquiendo, entre prostitutas y maleantes, y termina sus días en un basurero, comido por las ratas.

En *La última playa* se narra la historia de la isla, desde el punto de vista de un soldado que, jubilado, vive en un cayó con la esperanza de construir un puente que conecte el cayó con la isla, y a medida que avanza en su sueño, va recreando los sucesos más importantes de la historia de Cuba, señalando cómo, a través del mar, han llegado a ella, desde el siglo XIX, tantos extranjeros que por una u otra razón siempre han tenido que marcharse. Para los cubanos el mar es determinante, es “la maldita circunstancia del agua por todas partes”, como dijo Piñera. Por él llegaron los españoles, los norteamericanos, los rusos, y en los noventa constituyó una salida para los mismos isleños que se disponían a escapar en balsas caseras o neumáticos.

Ante semejante panorama social y económico la narrativa adquiere un matiz mucho más áspero, volcándose en el tratamiento de los placeres eróticos, la libido, el sexo o cualquier otro placer que pudiera aminorar la desesperanza que se había apoderado de los ciudadanos de Cuba a partir de 1989. Algunos escritores como Zoé Valdés, quien más adelante buscaría el exilio en París o Pedro Juan Gutiérrez, que aún reside en La Habana, constituyen vivos ejemplos de esta literatura que recrea los barrios marginales, el olor a sexo sin lavar y en cierto modo el aspecto tristemente cómico que adquirirán las historias contadas por esta generación. Valdés, en su novela *Te di la vida entera*, cuenta la historia de Cuca, quien en sus tiempos de juventud fuera una mujer bella y deseada por los hombres, pero ya en la fase otoñal de su vida se encuentra “vieja desdentada y fea.” (Valdés 1996:14) Esta mujer podría incluso representar a Cuba en su inevitable y total decadencia. La pobre muchacha, sufriendo las penurias del sistema de salud cubano, como la falta de anestesia y amalgamas para empastar dientes y muelas, pide al estomatólogo que le saque toda la dentadura. Desde ese momento se le palan las encías y “le salen unas ampollas ‘de huye que te coge el guao’.” (Valdés 1996: 100) Más esperpéntica no puede ser la imagen de Cuca Martínez, quien

observa cómo en unos cuantos años la historia de Cuba evolucina desde la euforia a la decadencia.

El erotismo resulta ser otra de las constantes en la narrativa cubana de los noventa y este elemento ya se percibía en la literatura de los ochenta, pero ahora es una pasión puramente carnal, sin metáforas, sentimientos ni romanticismos: “No crean que a Cuquita le dio su asquito tanta leche haciendo plaf, plaf dentro de la tota, pero la naturaleza es como es.” (Valdés 1996: 89) Cuquita es, sin dudas, el reflejo de la decadente capital cubana, donde las jineteras buscaban dinero o un rato de placer, de evasión, ofreciendo a cambio los placeres del cuerpo, del sexo y la simple satisfacción física.

Pedro Juan Gutiérrez, por su parte, muestra en *Trilogía sucia de la Habana* al hombre totalmente desprovisto de protocolos y sentimientos, que busca la satisfacción carnal de manera animal, instintiva: “Mi problema era encontrar un hueco (...) me daba igual templármela a ella, a Grace o al mexicano.” (Gutiérrez 1998: 76) Su personaje vive en el mundo por vivir y se encuentra desprovisto de aspiraciones, sueños y metas, simplemente busca darle placer al cuerpo y gozar cada momento. En este sentido, dicha narrativa nos hace pensar en el personaje de *Memorias del subdesarrollo*, lamentablemente casi convertido en un animal, mucho más degradado que el pequeñoburgués de Desnoes, solo que en este caso es el individuo formado por la revolución quien se deshumaniza.

El lenguaje vulgar y obsceno ya se veía, aunque en menor proporción, en algunos relatos de la literatura cubana de los sesenta. Más adelante, en los noventa, la narrativa se torna en una “retórica soez del insulto.” (Vera-León 2000: 177) Zoé Valdés escribe en 1995 *La hija del embajador*, novela que relata la aventura vivida por la protagonista, que volaba en avioneta sobre París mientras mantenía relaciones sexuales con su amante: “Tan fácil que hubiera sido haber dicho: “singaron y se vinieron como mulos.” (Valdés 1995: 39). Leonardo Padura, en su relato “Mirando el sol”, describe la vida anodina de varios jóvenes habaneros que se entretienen únicamente con lo que tienen más a mano. Dice el narrador: “Como

hace dos que no tomo pastillas hoy sí gozo. Vivi tiene un culito estrechito. Al principio uno cree que no le va a entrar, pero ella se abre bien, se hace cosquillas con el dedo y después respira profundo por la boca, y dice: Métemela” (Esteban 2008: 69).

Guillermo Cabrera Infante se había referido a la narrativa vulgar como una literatura que se acerca más a la oralidad. En *La Habana para un infante difunto* se evidencia ya el uso de un lenguaje de barrio marginal, del típico solar existente antes del triunfo de la revolución: “¡Yo soy la bien mamada!” (Cabrera Infante 1979: 311). Este estilo es retomado por algunos narradores de la década de los noventa: Zoé Valdés, Leonardo Padura, Pedro Juan Gutiérrez, Daína Chaviano, Eliseo Alberto, Luis Manuel García, Amir Valle, entre otros. Algunos de ellos marcharán al exilio para poder contar la realidad del socialismo en una Cuba donde la censura se tornaba bastante férrea, y otros tratarán de hacerlo dentro del país, sorteando los escollos del control gubernamental.

Daína Chaviano, en su novela *El hombre, la hembra y el hambre*, narra el problema de la dolarización, el contrabando de artículos, la libreta de abastecimiento que se convierte en un artículo casi inutilizable, porque ni la carne, ni los huevos, ni las viandas llegan a las bodegas. Daína se refiere a una sociedad donde todo “patrimonio cultural, artístico, educacional y religioso (santero) se entrega al ‘poderoso caballero don dinero.’” (Sánchez 2000: 166) Esta es la historia de las hembras (que son las jineteras) que se entregan a los hombres (los extranjeros) por hambre. Toda su narrativa de los noventa y los dos mil incide en el periodo histórico de desmembramiento de la sociedad cubana revolucionaria. Es la Cuba donde “Las jineteras andan en boca, o en pluma, de todo el mundo fuera de la isla” (Sánchez 2000: 166). Abordar este tema abiertamente constituía todavía un tabú dentro del país. A pesar de ello, la figura de la jinetera se va abriendo paso en la literatura de los noventa. En el relato “Tú qué sabes, Vivian” de Luis Manuel García, una prostituta se vende a cambio de artículos lujosos; la joven calcula, ante un accidente automovilístico, las posibles pérdidas que podría sufrir: “US \$ 23.50

de las gafas Optyl, US \$ 0.85 del Friday Rocky, US 12.40 de los Black & blue, US \$ 29.30 del Pierre Cardín.” (García 1992: 10:41am. 11:01am.) Es también el caso de la novela de Chaviano, en la que Claudia “lleva una vida entre académica y jinetera.” (Chaviano 1998: 202). La historia hace referencia al alto nivel intelectual de las prostitutas cubanas “la isla entera se había convertido en un burdel donde sus pupilas eran ingenieras y doctoras.” (Chaviano 1998: 202) Es el fin del ensueño y el inicio de la reflexión acerca de la veracidad de algunas cifras y datos que, durante tanto tiempo, habían enaltecido los logros educativos y sociales de la Cuba revolucionaria. No se sabía si la revolución realmente había forjado aquel hombre nuevo de tan elevados valores morales y absoluto desinterés económico, o si simplemente, en el afán de graduar a un número elevado de profesionales, las universidades habían permitido egresar a individuos que no valoraban demasiado la educación, la profesión y los valores revolucionarios, a juzgar por el hecho de que, en los noventa, ser bisnero (que así se le llamaba a quienes se dedicaban a la compra venta ilegal de productos) significaba para muchos una mejor opción que ser profesor o médico.

La narrativa de Zoé Valdés es otro ejemplo del protagonismo que van asumiendo las mujeres en la diversidad, a veces triste, de sus roles sociales. En su novela *La nada cotidiana*, la habanera relaciona los eventos patrióticos con las secreciones corporales como el parto y la menstruación. En *La nada cotidiana* Zoé describe cómo, en un acto patriótico, Fidel presenta un discurso por el primero de mayo y “el Che deposita una bandera cubana sobre la barriga de una futura madre.” (Valdés 1995: 22) La emoción provocará que a la joven se le presenten los dolores del parto. Esto no es más que un ejemplo de la relación que establece la escritora entre revolución y secreciones corporales. Para ella, pueden ser directamente proporcionales los términos “revolución y hambre”, o “revolución y parto”. Valdés también relata, en una entrevista a Enrico Mario Santí, cómo se aglomeraba en la Plaza de la Revolución, el primero de mayo, una muchedumbre de cubanos, “porque venden refrescos.” (Santí 1998: 13). Solo el hecho de tener

acceso a la compra de refrescos de lata por moneda nacional, artículo que por lo general había que comprar en dólares, hacía que se llenara la Plaza de la Revolución.

Los novísimos vivieron la experiencia del derrumbe del muro de Berlín, así como el desmoronamiento de tantos edificios de la capital cubana y del resto de la nación. Al no poder expresar la catástrofe desde su ciudad, algunos se dispusieron a plasmar el momento histórico desde diversos puntos del mundo. Jesús Díaz y Luis Manuel García desde Madrid, Eliseo Alberto desde México, Zoé Valdés desde Francia, Amir Valle desde Alemania, Enrique del Risco desde Nueva York, Yanitzia Canetti desde Boston, Abilio Estévez desde Barcelona y un numeroso grupo de cubanos desde Miami, capital del exilio cubano.

A pesar de los diversos puntos de vista e ideas acerca de los sucesos ocurridos en la isla, algunos afirman que, independientemente de dónde se cuente la historia o qué tipo de relato aparezca en la misma, “solo existe una literatura cubana.” (Strausfeld 2000: 9) A diferencia de generaciones anteriores, los isleños nacidos cerca de los sesenta, o un poco antes, habían crecido como si fuesen hermanos de leche, con las mismas esperanzas, los recuerdos de los dibujos animados rusos y las mismas ediciones de libros escolares, quizá por eso se buscan unos a otros, así comentan “intentamos encontrarnos donde podemos para mantener el diálogo, la información, los vínculos.” (Strausfeld 2000: 9)

En este grupo tenemos una gama de profesionales que, si bien estudiaron perfiles muy distintos (Antonio José Ponte, ingeniero y artista de cine, Alexis Díaz Pimienta, completamente autodidacta, José Manuel Prieto, ingeniero e historiador, Leonardo Padura y Zoé Valdés, filólogos, por solo nombrar algunos), tuvieron algo en común: un aprendizaje literario similar, por lo que su narrativa apunta a temas y situaciones comunes. Habían formado parte de los talleres literarios que se crearon en Cuba desde los años sesenta y sufrieron el revés de la caída del campo socialista. Más tarde, también avistaron la apertura a inversiones extranjeras, la dolarización y la retirada de la ayuda de la antigua URSS, que impactó

fuertemente en la industria del libro, que “en los ochenta había alcanzado una producción anual de 4000 títulos.” (Strausfeld 2000: 11)

Dentro de la isla, sin el apoyo de los países del antiguo bloque comunista, la publicación de libros sufrió un retroceso notable, y el pueblo cubano, que durante varias décadas se había aficionado a la buena lectura, de repente se vio privado del privilegio de comprar libros nuevos, a precios módicos, en las librerías de moneda nacional. Ante la falta de recursos hubo que reestructurar la industria del libro, los premios Casa de las Américas comenzaron a otorgarse cada dos años y los libros que se publicaban en la isla eran cada vez más delgados y de peor calidad. Frente estas condiciones los narradores, ávidos de contar historias, se enfocaron principalmente en la redacción de cuentos, que era quizá la mejor manera de poder hacerse escuchar. Otros escritores como Padura, Pedro Juan Gutiérrez, y Alexis Díaz Pimienta, tuvieron la suerte de encontrar editoriales extranjeras que publicaran sus obras aun cuando residen en Cuba.

En el exilio, Antonio José Ponte, Ronaldo Menéndez, José Manuel Prieto, Zoé Valdés, Daína Chaviano, Abilio Estévez, Amir Valle, Jesús Díaz, Enrique Del Risco y muchos otros, han sido la voz que ha informado al mundo de los “tópicos de la actualidad desgraciada, apocalíptica: aislamiento (autismo), vigilancia, servicio secreto, censura [...] cárceles, homosexuales, éxodo balsero, hospitales llenos de cucarachas [...] toda la Habana Vieja destartada.” (Sánchez 2000: 168) En muchos casos, su narrativa ha tenido lugar en La Habana, detallando las calles, el malecón, los parques, las casas apuntaladas y las sábanas, ya no tan blancas, se ven colgadas en los balcones. Es como si los narradores, al no poder desprenderse del recuerdo de su ciudad, tuvieran que evocar constantemente lo que habían dejado en ella, los lugares de reunión de los escritores, pintores, artistas e intelectuales en general.

Café nostalgia, escrita por Valdés varios años después de abandonar la isla, es prácticamente una guía de turismo de la capital, una pintura detallada de la ciudad, con el encanto del Malecón, la heladería Coppelia, el teatro García Lorca y

los defectos que acarreó el período de opción cero, como las interminables colas, el picadillo de soja en las carnicerías, la falta de objetos de primera necesidad, la gente aglomerada frente a las diplotiendas, donde solamente se adquieren artículos por fulas o dólares y la sustitución de los coches por bicicletas, algo parecido a los que ocurre en *El hombre, la hembra y el hambre*, donde Chaviano, refiriéndose a la situación del transporte en la capital, alega que “La Habana se daba un aire de Hanoi, en aquel mar de bicicletas que recorría las vías más céntricas.” (Chaviano 1998: 304)

Jesús Díaz en *La piel y la máscara* da una mirada hacia el pasado, a los tiempos de su infancia y describe a su patria con la nostalgia del recuerdo, refiriéndose a “la isla que el tiempo tomó un sueño y que en su recuerdo era un arcoiris, una playa, una simple canción, una pelota.” (Díaz 1996: 119) Es el mismo país que había descrito Cabrera Infante en *Tres tistes tigres*, una Habana mágica y maravillosa, la del recuerdo, no la que se derrumbaba llevando consigo las ilusiones perdidas de revivir aquella maravillosa ciudad de cines, fiestas, tiendas y visitantes famosos.

Eliseo Alberto, otro de los miembros de la generación de escritores de esta época, manifiesta su decepción al relatar cómo los de su tiempo, durante su primera juventud, vivían tranquilos, seguros de que iban por la senda correcta para alcanzar la sociedad ideal. Sin embargo, más adelante la perspectiva cambió y sobrevino el desencanto. Eliseo Alberto hace constantemente alusión a la actitud derrotista que han asumido la mayoría de ellos: “Corríamos en un callejón sin salida, y no porque la senda acabase en una tapia de cuatro metros, sino porque el laberinto de la política no termina nunca en un estambre [...] Y el tiempo iba pasando [...]... y al cubano no le gusta perder. Siempre encuentra justificación para la derrota. Una excusa ante el error, porque cualquier equívoco puede interpretarse como sinónimo de fracaso.” (Alberto 1997: 205)

En la actualidad, muchos de los cubanos “de dentro” han comenzado a mostrar cierta crítica al sistema político que aún impera en Cuba. Hace algo más

de dos años Leonardo Padura ha presentado su novela *El hombre que amaba a los perros*, que relata la historia del asesinato de León Trotski, describiendo, muy acertadamente, el estalinismo y sus secuelas. En una entrevista publicada en el periódico *El mundo*, el valiente cubano expresa, ante el hecho de que miles de sus paisanos hayan pronunciado la palabra “gracias” al adquirir su obra, lo siguiente: “Es una reacción de agradecimiento por un libro que, de alguna manera, refleja o explica realidades que hemos vivido durante estos años.” (<http://www.elmundo.es/america/2011/02/18/cuba/1298066540.html>). Padura afirma que se queda a vivir en la isla, “participando de la realidad cubana, teniendo una visión lo más cercana posible, porque además no sé escribir de otra cosa: a estas alturas no me puedo reciclar como un escritor de Madrid o de Barcelona o de Andalucía.” A pesar de su triunfo en España, Estados Unidos y otros países de América, Padura parece estar seguro de que su lugar está en La Víbora, en Mantilla, su barrio habanero, y aunque recientemente ha obtenido la nacionalidad española, el escritor se muestra optimista y seguro al afirmar que se queda en su patria, pues tiene fe en el mejoramiento y la transición hacia una sociedad mejor.

A pesar de todas las dificultades por las que ha atravesado la isla desde el período especial, hace veinte años, y de las condiciones sociales y económicas que han llevado a una serie de manifestaciones literarias muy concretas, que acabamos de describir, el género histórico y, sobre todo, la tendencia que hemos denominado durante toda esta investigación “nueva novela histórica”, siguiendo la denominación de la crítica más autorizada, se está cultivando con relativa profusión en la literatura cubana, por lo que puede hablarse de un *boom* casi tan amplio y profundo como en el del resto de los países hispanoamericanos. Varias novelas importantes marcan el cambio de década y el inicio del período especial. La primera de ellas y más simbólicamente fundadora es *Árbol de la vida* (1990), de Lisandro Otero, en la que una pregunta estructura la obra: “¿Dónde comenzó todo esto?” (Fornet 2003: 10), recuerda a otras famosas cuestiones que justifican novelas decisivas en el entorno hispanoamericano, como “¿En qué momento se

había jodido el Perú?” de *Conversación en La Catedral* o “¿Pero cuándo empezó todo esto?” de *Otra vez el mar*. En la novela de Otero, el telón de fondo es la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque soviético. La obra se pregunta dónde comenzó ese proceso y, para dar respuesta a la inquietud, se retrotrae hasta el siglo XIX hasta el momento en el que al protagonista, Luis Dascal, se le niega el ingreso en el Partido Comunista. Es el inicio simbólico de la “literatura del desencanto” de la que venimos hablando, en forma de novela histórica (Fornet 2003: 10). Del mismo modo, en el comienzo de la novela de Julio Travieso, *El polvo y el oro*, escrita por esas fechas y publicada en 1993, Javier Valle, que observa el cariz que están tomando los acontecimientos desde la llegada de Fidel Castro al poder muy poco antes, se pregunta, y el narrador omnisciente le pregunta, acerca de los sucesos que han acaecido a la saga de los Valle desde comienzos del XIX hasta ese momento, para que él, Javier, el último miembro de la familia, haya llegado a la situación en que se encuentra (Travieso 1999: 11-12). Es algo que tendremos la ocasión de analizar en profundidad en el capítulo 5, donde relacionamos la novela de Travieso con el entorno del tiempo en que la escribió y los presupuestos de la “nueva novela hispanoamericana” posmoderna. Cercana a la de Travieso en algunos planteamientos históricos es la novela de Pablo Armando Fernández *Otro golpe de dados*, también de 1993, que trata sobre la repercusión en Cuba de las revoluciones haitianas que dieron lugar a la independencia de aquel país, con un fuerte protagonismo de los personajes negros con sus costumbres y modos de vida.

En ese momento de cambio y de profunda crisis, dos obras de Reinaldo Arenas animan el género y el ambiente literario cubano. El holguinero murió precisamente en 1990, pero dejó, recién terminadas, dos piezas de valor incalculable: su autobiografía *Antes que anochezca* y su novela póstuma *El color del verano* (1991), con un subtítulo altamente sugerente: *Nuevo Jardín de las Delicias*. Como un nuevo Bosco, cinco siglos después, Arenas ofrece en su novela una visión tan apocalíptica como la del pintor holandés, pero de la Cuba actual,

incuso de la futura. La parodia, el anacronismo, la transgresión y la metaficción adquieren en esta novela su expresión máxima, muy por encima de *El mundo alucinante* y obras posteriores. Todos los clásicos de la literatura y de la política cubana quedan satirizados, por sus acciones, por el cambio de nombre o por el lugar impropio, según la historia oficial, donde aparecen. Como botón de muestra valga reseñar el diálogo dramático con el que comienza la novela, entre Gertrudis Gómez de Avellaneda y José Martí. Tanto los temas que tratan como el lenguaje, a veces chabacano, destruyen por completo la imagen que Cuba ha creado desde el XIX de dos de sus más clásicos y admirados representantes literarios. Esta novela supuso un hito para la consolidación del género histórico en la posmodernidad no solo en Cuba sino en toda Hispanoamérica.

Historia política e historia literaria se unen igualmente en la novela de Jesús Díaz *Las palabras perdidas* (1992), aunque el elemento transgresor no se encuentra tan presente como en Arenas. Hay ciertos toques de humor y parodia en el tratamiento de los protagonistas, que encubren a los héroes del grupo *Orígenes* y a su revista de los años cuarenta, pero la novela es en el fondo un sentido homenaje, muy positivo, a los integrantes del grupo literario más sólido y reconocido de toda la historia de la literatura cubana (Lezama Lima, Eliseo Diego, Virgilio Piñera, Gastón Baquero, Cintio Vitier, Ángel Gaztelu, etc.), alrededor del cual también gravitan otras figuras, en la novela, del mundillo literario contemporáneo cubano, como Nicolás Guillén o Alejo Carpentier. Otra novela destacable, con tema biográfico, sobre un personaje histórico de cierta relevancia en Cuba, es la de Alfredo Antonio Fernández, *Lances de amor: vida y muerte del caballero Narciso*, de 1994 (premio Alejo Carpentier del año anterior), sobre la vida de Narciso López (1798-1851), militar venezolano que se instaló en Cuba después de haber servido en el ejército español durante las guerras de independencia del continente, y luchó por la autodeterminación de la isla, por lo que fue fusilado en la mitad del siglo XIX. El mismo año se publica también la novela de Daniel Chavarría *El ojo Dyndimeno*, ubicada en este caso en un

ambiente y época muy distintos a las novelas anteriores, ya que se trata de la Atenas del siglo V. Y en 1995 ve la luz *La cortina de bagazo*, de Zilia L. Lage, una historia desarrollada entre Cuba y Miami de 1959 a 1963, justo en el momento en que muchos cubanos, desalentados por los sucesos que estaban ocurriendo en la isla, huyeron noventa millas al norte para buscar mejores condiciones de vida, y una libertad que veían peligrar.

No son muchos más los ejemplos de novela histórica en esa década última del siglo XX. Quizá el más interesante de todos ellos sea *Como un mensajero tuyo* (1998), de Mayra Montero, la cubana radicada en Puerto Rico. La novela trata de la estancia de Caruso en La Habana, sus amores con la mulata-china Aida Petrirena Cheng y su actuación en el Teatro Nacional, cantando la ópera *Aida*. Narra también los sucesos del 13 de junio de 1920, cuando hubo una explosión en el teatro, y Caruso desapareció por las calles de La Habana vestido de Radamés, el personaje a quien estaba representando. Su acercamiento a la historia es absolutamente riguroso y bien documentado.

A partir de 2000, una nueva avalancha de títulos y posibilidades de encuentro con la historia se dan cita en la narrativa cubana, lo que llama poderosamente nuestra atención, ya que la crítica ha silenciado constantemente la existencia de un “corpus narrativo” suficiente para tenerlo en cuenta como grupo “compacto”, como ha observado Carmen Marcelo (2006: 35). De hecho, y como muestra de que sí se puede hablar de una recurrencia y un conjunto sólido que podría formar un corpus, en 2003 se publicó un libro que trataba específicamente de la novela histórica en la región del Caribe (De Maeseneer y Collard 2003). Rita de Maeseneer, en la introducción del libro, habla de un verdadero *boom* del género histórico en los últimos años en la región del Caribe, debido a la “fascinación que ejerce la narrativa de índole histórica por su indefinición o la interdiscursividad entre la crónica y la historia, lo policíaco y lo histórico y el testimonio” (De Maeseneer y Collard 2003: 14). Así, el siglo XXI “no ha hecho sino reconocer la

vigencia del canon de la novela histórica entre los narradores cubanos” (Alfonso 2007: 5).

En esa transición entre un milenio y el otro hay una novelista que destaca por su repentina afición a la narrativa histórica: Marta Rojas (1931), cuya profesión ha sido el periodismo desde muy joven hasta que decidió escribir novela histórica. Muy prestigiosa en su carrera profesional, nacida en Santiago de Cuba en 1931, fue testigo del asalto al Cuartel Moncada en 1953, y ha trabajado en *Bohemia*, *Revolución*, *Granma*, etc. Profesora también en Comunicación Social, de la Universidad de La Habana, es muy conocida en Cuba por sus libros testimoniales, sobre el juicio del Moncada, la guerra del Vietnam, mujeres guerrilleras, etc., con los que ha ganado varios premios importantes, como el Casa de las Américas. Ya en el cambio de siglo, con una impresionante actividad profesional a sus espaldas, comenzó a escribir y publicar novelas históricas. La primera, *El columpio del Rey Spencer*, se publicó en Cuba en 1996, aunque había tenido una edición anterior en Chile (1993), novela collage confeccionada sobre la base de memorias personales, cartas, diarios, entrevistas, testimonios orales y datos recogidos en ordenadores, que tratan de reconstruir un pasado para justificar un presente. Toda la trama sale de la pantalla del ordenador de la protagonista, Juliana Rodríguez, que describe sobre todo cómo llegaron a la isla ciertos grupos marginados de otras islas de las Antillas, desde el siglo XIX, para trabajar en los ingenios azucareros, y las dificultades económicas, lingüísticas, raciales y culturales que tuvieron para adaptarse a su nueva vida. Su siguiente novela fue *Santa lujuria* publicada en 1998 y 2000, y ubicada en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, que trataba de recrear la huella que dejó la Revolución Francesa en el Oriente de Cuba. La tercera entrega fue *El Harén de Oviedo*, conmovedora y documentada descripción de la vida del conde Esteban Santa Cruz y Oviedo en el siglo XIX, que tuvo 26 descendientes mulatos y bastardos. En ella, Rojas vuelve a plantear los problemas raciales que han acuciado a la sociedad cubana desde el comienzo de la trata de esclavos africanos. Por último, Rojas ganó

en 2006 el Premio Alejo Carpentier con su cuarta novela histórica, *Inglesa por un año*, que se ocupa de la invasión inglesa de la isla en 1762, alrededor de la vida del filibustero Martín de Andares, a quien se le encomienda la difícil y arriesgada misión de hacer llegar a las autoridades españolas la noticia del ataque inglés. Las obras de Rojas no plantean grandes interrogantes a la historia oficial, más bien tratan de recrear fielmente unos hechos históricos más o menos conocidos. Lo que más acerca a la autora a los nuevos retos de la novela histórica del siglo XXI es la necesidad de dar voz a los marginados, a los que nunca pudieron hacerse oír, y poner de manifiesto las condiciones en que vivían los desplazados por motivos raciales.

En el mismo año 2000, el ranchuelero Jorge Bermúdez publica otra novela histórica con el mismo tema que *Inglesa por un año*, adelantándose en seis años a la obra de Rojas. Con la toma de La Habana por los ingleses en 1762, Bermúdez describe en *Donde sueña la bruma*, con bastante fidelidad a los acontecimientos históricos conocidos, las aventuras de un joven criollo y sus inicios como pintor religioso en las iglesias de la capital cubana. También de 2000 es la novela de René Vázquez Díaz *Fredrika en el paraíso*, que cuenta el paso por Cuba de la escritora sueca Fredrika Bremer en 1851. Sobre los posos de la intimidad de Fredrika, una mujer sola que igualmente peregrina entre los pobres para entender sus vidas, que come el rancho de los esclavos o fuma un buen tabaco en una reunión de hombres, la novela ofrece una estampa real de la época en que las fuerzas anexionistas empezaban a tener réplicas abundantes en el incipiente independentismo cubano.

El año 2001 fue importante por lo que se refiere a la evolución del género, ya que se publicaron algunas novelas históricas importantes. La más destacada, sin duda, *Mujer en traje de batalla*, de Antonio Benítez Rojo quien, según Julio Ortega, era entonces no solo el mejor y más importante “escritor cubano vivo, sino también el primero libre de la herencia traumática de la historia de una isla donde José Lezama Lima creyó se podría ‘mamar el cielo’, y Virgilio Piñera entendió

había que sobrellevar ‘en peso’. No en vano hasta la fecunda herencia de Lezama Lima se extravía disputada por autoridades del reproche. Contra esa genealogía cruenta, Benítez escribe con simpatía, goce y claridad”. (Ortega en literatura.us/rojo/julio.html). De linaje claramente carpenteriano, la novela cuenta la fascinante historia de la suiza Henriette Faber, nacida en 1791, que tuvo que vestirse de hombre para poder estudiar la carrera de medicina en la Sorbona. Ejerció la cirugía en el ejército de Napoleón, fue prisionera en España con Wellington y médico en Miranda de Ebro. También ejerció la medicina en Cuba, a partir de 1814 y se casó con una mujer, bajo el nombre de Enrique Faber. Juzgada en 1823 por tales “horribles crímenes”, relacionados con el engaño de género, es condenada a residir cuatro años en un hospital de mujeres y posteriormente expulsada de todos los territorios españoles. De 2001 son también *Un hombre providencial*, de Jaime Sarusky, *Concierto para sordos*, de Matías Montes-Huidobro, y *El libro de la realidad*, de Arturo Arango. Esta última se sitúa en torno a la muerte del Che, que provoca una fuerte sacudida en los personajes del relato, y un cambio radical en el destino de esa incipiente guerrilla, lo cual responde, al igual que en muchas novelas del momento, a una “obsesión generalizada por (re)escribir la historia, esa (si se quiere) desconfianza en una historia que ya estaba escrita pero que no logra dar respuesta a las nuevas preguntas” (Fornet 2003: 18), como hemos visto en *Árbol de la vida*, *Otra vez el mar* o *El polvo y el oro*.

Otra gran novela, de otro gran narrador, saluda el año 2002: *Al cielo sometidos*, de Reinaldo González, novela histórica que poco tiene que ver con la historia cubana, pues contempla la vida de dos pícaros españoles de finales del siglo XV: Antonio el de Extremadura, tahúr hijo de converso, y Antonio el de Ávila, hijo de cristiano viejo pobre, quienes se refugian en un prostíbulo, huyendo de la justicia y del hambre. Después de muchas aventuras, que tienen como telón de fondo los últimos coletazos de la reconquista, las persecuciones de la

Inquisición y la expulsión de los judíos y los moriscos, se embarcan con Colón hacia el Nuevo Mundo.

Dos mujeres con trayectoria ya reconocida irrumpen en el terreno de lo histórico en 2003: María Elena Cruz Varela y Zoé Valdés. Esta, que ya había publicado nueve novelas en nueve años, pero todas relacionadas con la situación cubana en el periodo especial, muy apegadas al presente, como ya hemos visto, se atreve ahora, con *Lobas de mar*, a relatarnos la historia de las dos piratas más conocidas del Caribe en la época de la colonia: Ann Bonny y Mary Read, dos mujeres predestinadas a un papel secundario, lleno de sumisiones, en un mundo regido por los hombres, que desafían las convenciones de la época y logran sobrevivir en libertad en ambientes exclusivamente masculinos. Se trata de otro modo de plantear la cuestión ya iniciada por Benítez Rojo dos años antes, que a su vez remite al tema clásico desarrollado por la Monja Alférez en su autobiografía del siglo XVII (Esteban 2002). A partir de ese momento, Valdés se aprovecha de ese *boom* de novelas históricas para abandonar casi definitivamente el ambiente del período especial y centrarse en el pasado, como en *La eternidad del instante* (2004), donde el joven chino de principios del siglo XX Mo Ying emprende un viaje para buscar a su padre, cantante de ópera, hasta que se instala en Cuba y desarrolla allí gran parte de su vida, convertido en Maximiliano Megía. La temática histórica continúa en 2007 con *La cazadora de astros*, que cuenta la vida de Remedios Varo, una pintora española surrealista de la década de los treinta, amiga de García Lorca y de Dalí y exiliada en México a raíz de la Guerra Civil. Su última novela, de 2010, *El todo cotidiano*, vuelve a la realidad del período especial cubano, desvinculándose del asunto histórico y haciendo un guiño a la novela que quince años antes supuso el comienzo de una carrera de éxitos literarios, no siempre bien combinados con la calidad.

Citábamos también a María Elena Cruz Varela en 2003. Su novela *Juana de Arco: El corazón del verdugo* recibió ese año el Premio Alfonso X el Sabio de novela histórica, por su recreación del proceso y, a través de él, la vida y la muerte

trágica de Juana de Arco, con el concurso de una pareja contemporánea que evoca la vida de la santa. Tres años más tarde, en 2006, Cruz Varela volvió al género histórico, pero esta vez centrada en una mujer cubana y escritora, Gertrudis Gómez de Avellaneda, con su novela *La hija de Cuba*, en la que se sigue un esquema parecido al de la anterior: una mujer contemporánea, Ana Lucía, exiliada cubana e investigadora de la historia de la literatura, se encuentra con esa historia a través de un manuscrito que le proporciona una anciana madrileña.

Y en 2004 continúa la semblanza de cubanos ilustres, muchos de ellos relacionados con la literatura, en la novela de Julieta Campos *La fuerza del destino*, relato coral cuyos protagonistas son José Martí, Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas, Raúl Rivero y algunos políticos como Fidel Castro o Che Guevara. En 2006, el mismo año en que Cruz Varela novela a Gómez de Avellaneda, Daína Chaviano vuelve los ojos asimismo a la mitad del siglo XIX, contando la historia de tres familias españolas, chinas y africanas que recalán en Cuba, se instalan allí y sus descendientes construirán la historia de la saga hasta la actualidad, cuyo espacio es ya Miami y no la isla. También en 2006, Amir Valle se alza con el Premio Vargas Llosa con su novela histórica *Las palabras y los muertos*, que comienza con la muerte de Fidel Castro, y el relato que hace su guardaespaldas referido de la historia de la revolución, desde su comienzo y su triunfo hasta la agonía del régimen, paralela a la de su líder máximo. Otra buena trama relacionada con la historia del siglo XX y las consecuencias del cariz de los diversos regímenes en los exiliados, se encuentra en la novela de Eliades Acosta Matos, *Hotel Tampa Bay* (2007), la cual, sobre la base de una intriga detectivesca para descubrir las causas de la muerte de un oficial cubano del Ejército Libertador, en Nueva York, reconstruye con hondura y emoción el mundo de los exiliados cubanos en los Estados Unidos que, en épocas históricas muy diferentes, han esperado siempre el momento para volver a su patria y vivir allí como personas libres.

En 2008 destacamos dos novelas que describen ambientes históricos de una Cuba ya desaparecida, como la novela de Ángel Tomás González, *Los ángeles*

tocan maracas, sobre la sociedad habanera de finales del siglo XIX, y *Chiquita*, de Antonio Orlando Rodríguez, Premio Alfaguara de ese año, que relata la vida de Espiridiona Cenda, una joven cubana también de finales del XIX y principios del XX, enana pero con una personalidad gigante, no exenta a veces de arrogancia, para ganarse el respeto de los demás, y que llegó a ser una estrella en el mundo de los vaudevilles.

De estos últimos años cabe citar a Ernesto Peña, con *Una Biblia perdida* (2010), sobre la vida del esclavo José Antonio Apone, que lideró las primeras revueltas para terminar con el régimen esclavista de los ingenios. Una novela que recuerda, lógicamente, a la *Biografía de un cimarrón*, de Barnet, que narra la vida de otro héroe de la lucha por los derechos de los negros, Esteban Montejo, en un contexto también de liberación nacional. El siglo XIX es asimismo el marco histórico de *Parcos, atroces y dementes* (2010), de Orlando Andrade, y de *Jimaguayú* (2011), de Raúl Eduardo Chao, sobre las guerras de independencia cubanas. En 2012, Francisco García González ha publicado *Antes de la aurora*, que comparte con Reinaldo Arenas su visión alucinada, transgresora y corrosiva de la historia de Cuba, centrándose en los sucesos épicos de la Sierra Maestra en los años cincuenta y aludiendo al destino fatal de la isla desde la perspectiva de la historia.

No podríamos terminar esta reflexión sobre las últimas décadas de la novela histórica en Cuba sin citar a Leonardo Padura. Si bien el habanero de Mantilla comenzó su singladura literaria con las novelas centradas en la actualidad de los años noventa, dentro del período especial, situando a un antihéroe detective y policía, Mario Conde que vive sus aventuras en el mismo tiempo que el autor escribe sus obras, poco a poco ha ido aprovechando temas históricos de gran calado, sobre todo en tres novelas de este milenio: *Adiós, Hemingway* (2001), *La novela de mi vida* (2002) y *El hombre que amaba a los perros* (2009). La primera es una más de la saga del policía Mario Conde, que esta vez tiene que investigar sucesos que ocurrieron medio siglo antes, cuando Hemingway pasaba largas

temporadas en su finca El Vigía. El hecho que provoca la investigación policial (un cadáver encontrado en los predios de la finca del Premio Nobel, enterrado muchos años antes) es una excusa para contar gran parte de la biografía del autor de *El viejo y el mar*. La segunda trata la vida de José María Heredia, el poeta romántico cubano, que cobra actualidad cuando un investigador cubano de la segunda mitad del siglo XX busca el rastro de una supuesta autobiografía que el poeta habría dejado escrita, y que pudo haber sido custodiada por descendientes como el poeta decadente francés de finales del XIX, José María Heredia. La última relata la vida de Ramón Mercader, el asesino de Trotski, quien pudo haber vivido una serie de años en Cuba con una identidad falsa, después de permanecer un tiempo en Rusia, tras cometer uno de los asesinatos más conmovedores de la historia contemporánea. En las tres novelas hay un denominador común: personajes históricos relacionados con el mundo de la literatura o la cultura y situaciones políticas de ausencia de libertad que remiten indirectamente a la dictadura cubana por comparación. Un modo de hacer crítica desde dentro eludiendo la censura. Dice Leonardo Padura: “Cuando el escritor se encuentra frente a la decisión de lo que puede decir o de lo que no puede decir, de lo que puede reflexionar o lo que no puede, los recursos artístico son los que lo salvan” (Esteban 2006: 323). Pero no solo se trata de evocar sucesos históricos que recuerden la difícil situación del escritor y el artista en un país donde no hay libertad de expresión. Se también una necesidad de rearmar un canon. No solo Padura: son muchos los narradores actuales que hacen del asunto literario y artístico el *leit motiv* de su inserción en el género histórico:

Buena parte de estos libros y autores -asegura Jorge Fornet refiriéndose a los narradores cubanos de las últimas décadas- tratan de rearmar una genealogía desde la que quieren ser leídos. Y cuando otros discursos entran en crisis, nada hay más seguro y confortable que remitirse a los clásicos

literarios. En broma o en serio, la constitución de ese canon sirve para legitimar la escritura propia. (Fornet 2003: 18)

Desde que Cabrera Infante rindiera un homenaje, en ocasiones también burlesco, a José Martí, José Lezama, Virgilio Piñera, Lino Novás Calvo, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Lydia Cabrera, allá por la mitad de los años sesenta, en *Tres tristes tigres*, la novela histórica ha tributado crédito al canon, buscando legitimación. Los últimos veinte años, como hemos visto, están plagados de ejemplos: Senel Paz a Lezama en “Fresa y chocolate”, Jesús Díaz a los de *Orígenes* en *Las palabras perdidas*, Eliseo Alberto a una gran cantidad de maestros, familiares y amigos artistas en *Informe contra mí mismo*, Abilio Estévez a decenas de escritores en *Tuyo es el reino*, Julio Travieso a Carpentier en toda su obra histórica, Reinaldo Arenas a Fray Servando y toda la literatura cubana y a todos los grandes y pequeños escritores del XIX y del XX, sobre todo a sus contemporáneos, bien para admitirlos en su particular *sancta sanctorum* o bien para vilipendiarlos cruelmente, María Elena Cruz Varela a Gertrudis Gómez de Avellaneda, Mayra Montero al Caruso habanero, René Vázquez, que vive en Suecia, a la Fredrika Bremer “cubana”, Enrique del Risco a toda la tradición literaria cubana, el canon “oficial”, pero visto de un modo muy peculiar y humorístico en *Leve historia de Cuba*, Zoé Valdés a Remedios Varo, Lorca y Dalí, Julieta Campos a José Martí, Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas y Raúl Rivero, Antonio Orlando a Espiridiona Cenda, Miguel Mejides a José Martí en “Rumba Palace”, Leonardo Padura a Hemingway y José María Heredia. Ya en 2000, Rafael Rojas “sentó” en la misma mesa a todos los integrantes del canon cubano, en su libro *Un banquete canónico*, remedo insular y caribeño del occidental de Bloom. Rojas los invitó a comer juntos -quizá un almuerzo más lezamiano que pantagruélico-, y los hizo participar en la misma sobremesa. Se preguntó entonces por qué en Cuba, más que en ningún otro país de Hispanoamérica, la literatura sigue tan atada al “relato cultural de la nación”. Probablemente, la respuesta está

en que todavía no han cesado en la isla las condiciones que llevan a seguir reformulando un discurso de “restitución histórica” que gire alrededor de la “identidad nacional” (Rojas 2000: 41-52). Quizá aquí también está la respuesta al *boom* de la novela histórica que acabamos de exponer.

Segunda parte

**LA NARRATIVA HISTÓRICA DE
JULIO TRAVIESO**

CAPÍTULO III: LA VIDA Y LA OBRA DE TRAVIESO EN EL CONTEXTO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

3.1. Años cuarenta y cincuenta: El bildungsroman de un escritor revolucionario

Julio Travieso Serrano nació en La Habana en 1940. Ese año se proclamó una importante Constitución en la República, bajo la presidencia de Federico Laredo Bru, una de las más progresistas de América por aquellas fechas, ya que, en cierto modo, se inspiraba en la española de 1931, recién iniciada la Segunda República. En materia de derechos civiles instituyó los principios más avanzados, como la igualdad entre los esposos, la institución del divorcio, la obligación de los padres en cuanto a los deberes de asistencia de los hijos y su educación, y en el aspecto social, laboral y económico introducía mejoras relevantes, como el derecho al trabajo, el salario mínimo, el seguro social, la duración de la jornada laboral, el descanso semanal y la salvaguarda de los derechos de la mujer en caso de maternidad. Políticamente, la Constitución de 1940 quiso fijar un carácter nacionalista nítido, proscribir el caudillismo, crear una justicia social más solidaria, y establecer un sistema democrático semiparlamentario de amplia e igualitaria participación (Márquez y Márquez 1996: 218-222). Asimismo, en las elecciones de ese año, Batista llegó a la presidencia a través de las urnas. Su

gobierno introdujo una serie de mejoras, como la construcción de grandes hospitales, el comienzo de grandes obras públicas y la construcción y reparación de carreteras por toda la isla, principalmente en la carretera central. Pero ya en febrero de 1941 hubo un intento de golpe de estado, que fue desbaratado enseguida. La economía del país mejoró gracias a la Segunda Guerra Mundial. Como había ocurrido en la época de la “danza de los millones”, en los años de la primera gran guerra, Europa necesitaba azúcar, no solo como producto básico alimenticio, sino también como materia prima para determinados productos industriales, y hubo numerosas exportaciones. En las elecciones de 1944, Batista respetó la ley por la que no podía volver a postularse y dejó el terreno libre a aquellos que desearan competir por la presidencia y prometió unas elecciones honradas (Márquez y Márquez 1996: 230-231). El doctor Grau fue elegido en junio de 1944, y asumió la presidencia el 10 de octubre de ese año. De sus orígenes, Julio Travieso ha escrito lo siguiente:

Nací a las doce de la noche, en un día extremadamente frío de un mes extremadamente frío para Cuba, de un año extremadamente frío para todo el mundo. Nacer bajo el frío me hizo en extremo friolento, lo cual no me ha impedido soportar (¿sufrir?) temperaturas de hasta -45 grados, en Moscú y en la helada Siberia. Nacer el 11 de abril me convirtió en Ariano, con todos sus atributos, virtudes y defectos. No creo mucho en la astrología, pero debo reconocer que en mí están algunas de las características que se le atribuyen a ese signo. Soy impulsivo, obstinado, enojón, a veces temerariamente imprudente, emprendedor, me gusta lo nuevo, lo cambiante, la aventura, el riesgo (dentro de un límite), voy hasta el fin. Sin embargo, soy un pésimo deportista y no creo ser egoísta (como dicen que pueden ser algunos arianos). Repasando mi vida, veo que tales rasgos se han manifestado a lo largo de ella, en todas mis actividades. Arianos son dos intelectuales muy admirados y respetados por mí, Don Mario y Don

Octavio. También lo fueron Benito Juárez y Charles Chaplin. (Travieso y Aparicio 2012)

En esa década, lo mismo que ocurriría en los cincuenta, La Habana era una de las ciudades más hermosas y prósperas de América, y la isla experimentaba un grado de desarrollo global admirable, bien colocada entre el primer y el tercer lugar del subcontinente hispanoamericano por sus indicadores socio económicos: alimentación, prensa, carreteras, salud pública, entre otros (Le Riverend 1974: caps. I y II). El padre de Julio era agente de aduanas, y representaba a los comerciantes e industriales del país ante la Aduana y el Fisco cuando importaban mercancías procedentes del extranjero. Su madre era historiadora, especializada en la época colonial de Cuba. Escribió algunos libros, sobre la historia del ferrocarril en Cuba, sobre la Intendencia de Hacienda, El Real Consulado, La Hacienda comunera, Máximo Gómez, etc. También escribía poesías aunque nunca las publicó. De ella recibió su hijo el gusto por la literatura y algunas excelentes ideas y temas que le dio y que luego él plasmaría en sus libros. De aquellos primeros años familiares han quedado los siguientes recuerdos:

Parte de mi niñez la viví en una casona de madera, situada en las afueras de la Habana, aunque no en el campo, rodeada de árboles frutales, que se estremecía, como un buque azotado por el oleaje, cuando pasaba un ciclón por la ciudad. Precisamente, entre mis recuerdos más tempranos se encuentran el paso de un terrible huracán que azotó la Habana. Apenas cesaron los vientos, mi padre que era un “ciclonero”, al igual que lo fui yo, me llevó a la calle para ver lo dejado (y destruido) por el meteoro a su paso. En Cuba, “ciclonero” es aquel a quien le atraen los huracanes, su furia, su fuerza. Por supuesto que no los queremos, pero eso no quiere decir que no nos fascinemos ante esa manifestación de la naturaleza. El “ciclonero” es el último que se recoge y se pone a salvo cuando llega el huracán, el primero

que sale a la calle luego del paso de este, o que, incluso, se alistaba en las brigadas que la Cruz Roja formaba para salir a las calles y ayudar a las personas en peligro. Yo me alisté en esas brigadas. Mi fascinación por los huracanes la he reflejado algunas novelas mías en las cuales describí el paso del ciclón. Por supuesto, todo eso ha cambiado, ya no hay brigadas de la Cruz Roja, y el frecuente cruce de terribles huracanes por Cuba, en los últimos años, me ha llevado a que cuando escucho del surgimiento de uno de ellos, cruce los dedos y pida que no pase por Cuba (ni por ningún territorio poblado). Sé perfectamente que si cruza sobre la Habana, además de las destrucciones materiales que ocasionará, después de su paso podremos estar varios días sin electricidad, sin agua corriente, con los caminos interrumpidos. (Travieso y Aparicio 2012)

En La Habana de los cuarenta había ya un ambiente propicio para el “gansterismo”. Se trataba sobre todo de hombres que habían participado en el derrocamiento de Machado, el primer dictador del siglo XX, en 1933. No extorsionaban a la gente común, ni siquiera a los comerciantes o empresarios, ni tampoco llevaban una vida dedicada a los vicios como las dogas, el alcohol, el tráfico de sustancias prohibidas, la falsificación de dólares o la prostitución a cualquier nivel. Solo atacaban al gobierno y lo extorsionaban exigiendo nombramientos en puestos estatales, en los que se cobraba bien pero no se trabajaba. Pero el problema no terminaba ahí. Las bandas de gánsteres rivalizaban entre ellas y constantemente había conflictos sociales derivados de aquellas rencillas (Aguilar 2000: 56-65), como señala Julio Travieso refiriéndose a un suceso de su infancia: “Estando yo en el portal de mi casa, dos gánsteres tocaron en la puerta de la casa colindante, donde vivía otro gánster. Este abrió y los visitantes hicieron fuego contra él, dejándolo muerto. Enseguida se marcharon tranquilamente, pero en su marcha se toparon con un capitán de la policía que al oír los disparos había acudido. Nada pudo hacer porque los sicarios también le

dispararon, matándolo. Y todo aquello fue, prácticamente, ante mis ojos. Yo escuché lo que le dijeron los asesinos a su víctima cuando este les abrió la puerta. Incluso pudieron haberme herido. Pasado el tiempo, los dos *killers* fueron, a su vez, ejecutados por los amigos del asesinado. Yo era un niño, pero desde entonces en mí quedó una fascinación (admiración) por las armas de fuego, que me acompañó por muchos años y que, por suerte, superé hace mucho tiempo.” (Travieso y Aparicio 2012)

Otro aspecto importante en la infancia de Julio Travieso fue el conocimiento profundo de la ciudad de La Habana. Su padre era muy aficionado a cambiar de domicilio, con el fin de explorar nuevos barrios y conocer otros ambientes sociales, y esa curiosidad fue heredada por el pequeño Julio, que enseguida recorrió la ciudad entera como si fuera su propio hogar. Algo que ha permanecido durante toda su vida ya que, aun hoy en día, puede decirse que no hay lugar en la urbe que haya estado vedado a sus ojos o a su conocimiento. Y eso es muy importante para su producción literaria, ya que la mayoría de sus novelas y cuentos transcurren en la ciudad de La Habana, la actual, la de los comienzos de la revolución y también la Habana colonial, que ha vislumbrado en los libros de historia, los grabados antiguos, las novelas históricas y los edificios coloniales que devorado con la mirada tantas veces (Álvarez-Tabío 2000, Introducción). De hecho, muchas de las notas a pie de página que hemos añadido al texto de la edición de *Las impuras* (2011) y *Las honradas* (2013), las novelas de Miguel de Carrión de comienzos del siglo XX que hemos trabajado para la editorial Cátedra, han sido sugeridas por los detalles sutiles de la historia de la ciudad que nos ha facilitado Travieso. Esa movilidad continua supuso también para el futuro escritor un cambio continuo de escuela y de amigos. Además, en el bachillerato, fue expulsado de uno de los institutos donde estudiaba, al ser detenido por la policía a los 15 años, por haber participado en algunas actividades subversivas contra el segundo gobierno de Batista. En cuanto a la primera formación literaria, Travieso ha dicho:

Leí, sobre todo, a Salgari, Sabattini, Verne, con la particularidad de que, a veces, encontraba un libro que era el final de una serie. Así, leí *La Isla Misteriosa* mucho antes que *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *Yolanda* antes que *El Corsario negro*, con lo cual se me creaban grandes confusiones, pero era excelente porque me obligaba a encontrar los libros precedentes. Me encantaban novelas como *El Capitán Blood* o *Scaramouche*; un poco más tarde llegó Alejandro Dumas. Qué maravilla, qué disfrute con las aventuras de *Los tres mosqueteros*, de *Veinte años después* o *El Conde de Montecristo*. Yo quería ser como todos aquellos personajes fabulosos que despertaban y atizaban mi imaginación. Deseaba ser d'Artagnan, el valiente espadachín, pero también el vengador y justiciero Edmundo Dantes. Otras lecturas que estimularon mi mente fueron las de los comics, la de Buck Rodgers, Brick Bradford, Tarzán, Mandraque. A veces, se subestima este tipo de obra y su influencia positiva en los niños y adolescentes. Al mirar hacia atrás, pienso que soy el resultado de todas esas circunstancias, el continuo cambio, la fuerza de la naturaleza, la violencia humana, la fantasía y la aventura. Pero no solo yo, también toda mi generación. (Travieso y Aparicio 2012)

Los gobiernos de Grau (1944-1948) y de su sucesor, Carlos Prío Socarrás (1948-1952) no supieron aprovechar las magníficas condiciones económicas que la época del primer Batista había conseguido. En concreto, Grau San Martín, que había comenzado bien su mandato, elevando el precio del azúcar para el mercado de los Estados Unidos, y firmando, como país fundador, la *Carta de las naciones Unidas*, abocará a la isla a una profunda crisis cuando su primer ministro, Juan Manuel Alemán, organice el BAGA (Bloque Alemán-Grau-Alsina), que no fue sino un instrumento de corrupción política a gran escala. Las consecuencias no se hicieron esperar, pues en octubre de 1946, seis organizaciones retiraron su apoyo

al presidente por corrupción, y pocos meses más tarde, Eduardo Chibás atacó virulentamente al gobierno por el mismo motivo. Por aquellas fechas (1947), los movimientos gansteriles habían llegado a tener tanto poder, que la inestabilidad callejera llegó a ser insostenible, y el ejército tuvo que tomar las principales ciudades, para garantizar el orden público y la integridad física de los habitantes. En 1948 se convocaron elecciones, que resultarían ser las últimas consultas democráticas del país. Prío Socarrás, que pertenecía al mismo grupo que Grau, el Partido Revolucionario Cubano Auténtico, ganó aquella pugna, en la que Eduardo Chibás (Thomas 1973: II, 994-998) se presentó por el Partido del Pueblo de Cuba (Ortodoxo), y el poeta Juan Marinello por el Partido Socialista Popular, que era abiertamente comunista. Sus cuatro años en el gobierno multiplicaron la corrupción, la represión de los adversarios políticos, fomentaron el juego desmedido, la entrada y consumo de droga y la prostitución (Márquez y Márquez 1996: 240-242). A pesar de los esfuerzos que hubo a partir de un determinado momento por mejorar la situación económica, por acometer una reforma laboral y terminar con todas las lacras, la situación empeoró paulatinamente, y la popularidad del presidente se derrumbó definitivamente cuando se intensificó la censura en la prensa mediante el decreto “Mordaza”. Todo ello derivó en un golpe de Estado en marzo de 1952, encabezado por Fulgencio Batista, quien llegó por segunda vez al poder, pero esta vez mediante la violencia e instaurando una férrea dictadura (Thomas 1973: II, 1023-1034). Por ello, los niños de esa época maduraron muy pronto. No les fue difícil adquirir conciencia social y ser conscientes de la necesidad de cambiar aquella sociedad podrida, como bien observa Julio Travieso:

La llegada de la década de los 50 fue decisiva para mí y para toda mi generación que, apresuradamente, quemó etapas y, en su gran mayoría, no disfrutó de la adolescencia, ni de la temprana juventud. Por lo general, el niño entra en la adolescencia y, poco a poco, va explorando y conociendo el

mundo de los adultos. Entre los doce y quince años es un adolescente, a los 15 un jovencito, a los 18 un joven y en todo ese período hace vida social, juega, asiste a fiestas, tiene sus primeros amores. En el caso de mi generación y, en el mío, no fue así. A los doce años éramos adolescentes, a los quince jóvenes y a los 18 adultos. Por lo general, los adultos miran a los jóvenes de entre quince y 18 años con superioridad, como a personas a las que hay que enseñar, disciplinar y educar. En mi generación, cuando tuvimos entre 15 y 18 años fuimos iguales a los adultos, a nuestros padres, y entendimos que no era mucho lo que debíamos aprender y recibir de ellos. Nosotros éramos los que debíamos enseñarles a ellos que nuestras posiciones y puntos de vista eran los correctos. Entre otras razones para pensar así estaba el hecho, como factor muy importante, de que nosotros cargábamos una pistola a la cintura y la gran mayoría de nuestros mayores no. Nosotros estábamos en la cárcel, combatiendo en la guerrilla, sumidos en una profunda y peligrosísima clandestinidad urbana, y éramos asesinados y torturados, algo que no ocurría con la gran mayoría de los miembros de la generación anterior a la nuestra. Nos creíamos héroes y, en realidad, lo fuimos o, por lo menos, se nos reconoció como tales un tiempo después. (Travieso y Aparicio 2012)

A los diez años, Julio abandonó con su familia la vieja casona de madera, rodeada de árboles frutales, que quedaba en un barrio en las afueras de la capital cubana, y comenzó a vivir en La Víbora. En la escuela solía ser el primero de su clase, y casi todos los viernes ganaba el premio “El beso de la Patria”, galardón que se otorgaba al que mejores calificaciones había recibido esa semana. Los maestros hablaban tanto de Martí como de Maceo o Máximo Gómez, sin destacar exageradamente la figura del “apóstol” cubano por encima de las de otros próceres de la patria. Fue a partir de la llegada al poder de Fidel Castro cuando se empezó a mitificar la figura de Martí de tal forma que comenzaron a desaparecer otros

protagonistas de la historia de Cuba. Así lo ha reconocido Travieso: “En aquella época, Martí era algo lejano, alguien a descubrir y a imitar. Todavía hoy recuerdo al director de mi escuela, un señor de unos cincuenta años, bien vestido, de cuello y corbata, que, sorpresivamente, vino a nuestra clase y nos leyó el poema de Martí que dice ‘Yo pienso cuando me alegro/ como un escolar sencillo,/ en el canario amarillo/ que tiene el ojo tan negro’, y nos pidió que lo interpretáramos. Por supuesto que nadie pudo, y entonces él nos prometió una próxima visita para explicárnoslo, hasta la cual nosotros debíamos pensar y buscar una respuesta. Debo confesar que yo admiraba más a Antonio Maceo, por las 27 heridas que este último recibió en combate, y a Máximo Gómez” (Travieso y Aparicio 2012).

Hacia 1950 llegó la televisión a Cuba. Era el primer país latinoamericano en el que se implantaba, y aún quedaban muchos países europeos, incluido España, por subirse al carro de la modernización y el desarrollo. A casa de los Travieso tardó en llegar, pero Julio recorría un kilómetro cada vez que le interesaba ver algo, porque en el barrio había alguna familia con televisión, que permitía a los niños apostarse en la ventana de la casa para ver algún programa. También fue el momento en que el niño Julio se enamoró por primera vez. De una chica negra de su clase. Sus padres no tuvieron ningún problema en aceptar esa relación, en primer lugar porque un muchacho de diez u once años no está preparado para una relación seria y, en segundo lugar, porque no eran racistas. Militaban en el Partido Comunista y habían enseñado a su hijo que no debe haber diferencias por motivos de raza o condición social. De hecho, el racismo que había en Cuba en aquellas fechas era más económico que étnico. Los blancos solían ser ricos y los negros pobres, pero en la calle, y más entre los niños y adolescentes, las diferencias entre blancos y negros desaparecían. El color de la piel no era un impedimento para Julio: “A mí qué me iba a importar que su piel fuese negra. Lo que me importaban eran sus piernas bien torneadas y sus pequeños senos que ya se le insinuaban bajo la blusa. Le propuse que fuéramos novios y ella no me respondió que sí ni que no. Al parecer, quiso sopesar bien su decisión, y a la

semana me dio el sí a través de otra alumna de nuestra clase, pero para ese entonces yo me había enamorado de mi profesora de inglés, que poseía unas piernas mejor torneadas, y no me interesó su respuesta” (Travieso y Aparicio 2012).

Un día de 1952, en clase, vio cómo los maestros cuchicheaban en voz baja, con caras de inquietud. Poco más tarde, llegó el director y dijo que las clases se suspendían ese día. Entonces oyó a dos profesoras decir que Batista estaba en Columbia, un campamento militar de La Habana, y que había habido un golpe de estado. A las pocas horas Batista ya era el presidente del gobierno y Julio tuvo mucho tiempo los siguientes días para levantarse a la hora que le apetecía y jugar pelota sin tener que preocuparse por las clases. No recuerda incidentes violentos ni toques de queda, pero al año siguiente, el 26 de julio, cuando ya tenía 13 años, sus padres le dijeron, con rostros de sorpresa, que un tal Fidel Castro había asaltado un cuartel. Fue el año en que murió su infancia: llegó al Instituto de Segunda Enseñanza, comenzó a tener preocupaciones políticas y a realizar una serie de actividades que dieron al traste con su vida tranquila y con sus calificaciones sobresalientes. Como en el Instituto, al contrario de lo que ocurría en la escuela anterior, no había un control riguroso de la asistencia a clase, comenzó a faltar con frecuencia. Estas son sus palabras a ese respecto:

Yo quise gozar de esa libertad, tomarla y disfrutarla al máximo. Los primeros que pagaron por tal libertad fueron los libros y los estudios a quienes arrinconé para adentrarme en la vida de mi país. Abandoné los libros y comencé a ocuparme de los hechos políticos que se producían en Cuba. Pronto entré en contacto con estudiantes un poco mayores que yo, de cursos superiores, y conocí de las acciones de muchos jóvenes que en todo el país impugnaban y rechazaban al gobierno de Batista y la situación imperante en Cuba. Aquellos estudiantes y jóvenes, algo mayores que yo en edad, me acogieron entre ellos. Para eso solo era necesario un requisito:

estar dispuesto a “Hacer”. Yo también estaba dispuesto a hacer algo para subvertir el orden reinante en el país. Entonces, en menos de un año dejé de ser un adolescente para transformarme en un joven rebelde. Y si se era un rebelde, si uno se preocupaba y se ocupaba de los asuntos públicos, de protestas, manifestaciones, acciones políticas que terminaron en ser acciones insurreccionales, no había mucho tiempo para los estudios formales y para ser un excelente y modélico alumno. Las circunstancias ya eran otras y si en la escuela primaria el director era un hombre noble y ejemplar, en el Instituto de Segunda Enseñanza el director era un seguidor (a veces, un esbirro) de Batista, que su mayor preocupación no era tener alumnos académicamente ejemplares, sino alumnos que no perturbaran ni combatieran al régimen de Batista. (Travieso y Aparicio 2012)

De hecho, el Director del Instituto, fiel seguidor del régimen de Batista, reprendió en muchas ocasiones a Travieso por su escaso interés por la mayoría de las materias y su pésimo comportamiento en clase y en la calle, haciendo verdadero honor a su apellido. Las únicas materias en las que sacaba sobresaliente eran la historia y la lengua y literatura españolas. La mayoría del tiempo lo pasaba organizando actividades para resarcirse de las reprensiones de la dirección del Instituto y para luchar contra el gobierno establecido de forma dictatorial. Fundó una revista estudiantil, que dirigía con el mismo ahínco sus propósitos críticos a cada uno de sus dos objetivos anteriores, y planeó una acción concreta contra el enemigo más cercano, como lo relata él mismo: “como segunda acción me reuní con esos mismos compañeros y poco tiempo después, una noche, amparados en las sombras, fuimos hasta la casa del Director y, desde la calle, se la apedreamos. En medio del apedreamiento alguien gritó ¡abajo Batista!, y yo también grité. Fue mi primera acción de rebeldía contra el gobierno del general Batista. Luego vendrían otras muchas que cuatro años después me condujeron a un oscuro calabozo donde me apalearon sin misericordia”. (Travieso y Aparicio 2012)

Batista había eliminado, nada más llegar al poder, el Congreso, sustituyéndolo por un Consejo Consultivo a su medida, y había derogado asimismo la Constitución de 1940, estableciendo unos Estatutos Constitucionales, creados sin consenso. Desapareció la libertad de expresión, de reunión y de huelga, y volvió a funcionar la pena de muerte. Se redujo la producción azucarera, que limitó los ingresos económicos de la isla, con una estimación de unos 400 millones de dólares menos de lo que era antes de 1952, lo que supuso un descenso rápido y fatal del poder adquisitivo del cubano medio, una pérdida de muchos puestos de trabajo y un aumento considerable de la pobreza (Thomas 1973: II, 1025-1039). Todas esas fueron las razones por las que jóvenes como Julio Travieso comenzaron a moverse en contra del régimen impuesto, y líderes como Fidel Castro iniciaron un proceso que culminaría el uno de enero de 1959.

Una vez que pasaron los efectos del asalto de Fidel Castro, Batista pensó que debería convocar elecciones, para tratar de ganar representatividad y prestigio. Así pues, promulgó una ley electoral que no contemplaba el sufragio universal sino el voto convoyado, es decir, el voto de los representantes y senadores para elegir al presidente. Los ortodoxos y comunistas despreciaron el sistema, pero el Partido Revolucionario Cubano aceptó las condiciones y nombró candidato a Grau. Sin embargo, dividido el partido, esa candidatura no tuvo fuerza y Grau se retiró dos días antes de los comicios. A principios de 1955 Batista tomó posesión de la presidencia, triunfante y supuestamente apoyado en fórmulas democráticas. Para propiciar la paz, se aprobó una ley de amnistía para los revolucionarios del 53. Fidel Castro obtuvo la libertad, y tras fuertes críticas a la gestión de Batista publicadas en diversos medios, salió para el exilio. Por aquellas fechas, Travieso fue expulsado del Instituto. Admitido en otro, comenzó su actividad literaria y revolucionaria con una revista, y participó en las manifestaciones estudiantiles que apoyaban el Movimiento 26 de Julio, y que habían sido espoloadas tras la liberación de Castro. Al principio, el compromiso de Travieso no pasaba de la asistencia a los actos públicos y la confección de pancartas de protesta, pero en

1956, la militancia clandestina le proveyó de una pistola. Algunos de sus colegas ya habían sido arrestados y torturados, así como estudiantes pertenecientes al Directorio Revolucionario, movimiento universitario que trataba de seguir los pasos del FEU de los años veinte, encabezado entonces por el poeta Rubén Martínez Villena. Otros compañeros marcharon a México para regresar con la expedición del yate Granma. Travieso fue nuevamente detenido por participar en una manifestación, pero el confinamiento duró muy poco. En esas circunstancias, el joven revolucionario no tuvo ocasión de comportarse como lo habrían hecho muchos de su generación en circunstancias más favorables para la vida social. Estas son sus palabras al respecto:

Como es natural, en una situación así nunca tuve tiempo para bailar, ni para acudir a fiestas y celebraciones, como hace cualquier joven a esa edad. De hecho, nunca he aprendido a bailar bien, y detestaba a aquellos jóvenes que se dedicaban a moverse al son de la nueva música que entraba en Cuba, el *rock and roll*. Para mí y mis compañeros, los *roqueros* (así les llamábamos) era unos irresponsables, unos despreciables irresponsables que en lugar de servir a la Patria gastaban su tiempo en absurdos bailes. (Travieso y Aparicio 2012)

El final de ese año estuvo muy movido: el escritor en ciernes volvió a tomar parte en las manifestaciones más multitudinarias, donde hubo numerosos heridos, el DR ejecutó al Jefe del Servicio de Inteligencia Militar y, finalmente, llegó a Santiago de Cuba el yate Granma, con Fidel Castro, el Che, Camilo Cienfuegos, Raúl Castro y otros 78 insurrectos. Travieso apenas hacía vida académica, y todo su deseo era ser protagonista de alguna escaramuza armada importante. Los revolucionarios del Granma se habían introducido en la Sierra Maestra de la mano de Crescencio Pérez, un prófugo de la justicia que conocía el terreno palmo a palmo y los pudo esconder en un lugar seguro. Para Travieso, ni siquiera las clases

de literatura constituían un bálsamo para sus inquietudes. De su profesor de aquel año dice lo siguiente:

No recuerdo su nombre, solo que era pequeño, gordito e incoloro. Con monotonía nos leía pasajes del *Idearium español* de Ganivet y yo, nosotros, nos moríamos de aburrimiento. No entiendo por qué leía a Ganivet. No recuerdo que nos leyera nada de Valle o de Baroja o Azorín. Lo que sí puedo decir es que no nos adentraba en la literatura ni nos contagiaba el gusto por ella. Puedo decir que soy lo contrario a todos esos escritores (grandes, medianos, pequeños y pequeñísimos) que se vanaglorian de haber tenido grandes maestros que los llevaban de la mano y que ya a los 15 años moldeaban sus primeros y trascendentes sonetos. Excelentes profesores de historia y moral sí tuve, que me inculcaron el amor por las cosas patrias (y no patrias) de mi país, por la ética y el civismo, por la sensibilidad y la rebeldía contra la injusticia. Porque eso es lo que yo era, un rebelde, y no sin causa. Los supuestos rebeldes sin causa me parecían gentes bien tontas, que lo tenían todo y necesitaban rebelarse contra algo intangible para divertirse. La mía era una causa concreta y justa, tener un país más rico, con gobernantes honestos, que acabasen con la mendicidad y la prepotencia de la policía y el ejército. Digo un país más rico porque Cuba era, en la década del 50, un país próspero, situado entre el primer y el tercer lugar de los países de América Latina por sus indicadores socio económicos (alimentación, prensa, carreteras, salud pública, entre otros). Incluso, muchos de los adelantos que había en Cuba, como la televisión, no solo en blanco y negro, sino hasta en colores, no existían todavía en países europeos. En mi opinión, y la de los jóvenes de mi generación, solo era necesario echar a un gobernante corrupto y despótico como Batista e instaurar un gobierno de hombres honestos para que la nación avanzase en

la senda del bienestar y la riqueza. Por supuesto, éramos ingenuos e ignorantes. (Travieso y Aparicio 2012)

En marzo de 1957 un comando armado del DR atacó la mansión presidencial y estuvo a punto de matar a Batista, como recrea el mismo autor en su novela *El polvo y el oro* (Travieso 1999: 535-536). Al mes siguiente, Travieso intentó alcanzar la Sierra Maestra con unos amigos, pero fracasó, y tuvo que volver a La Habana. Fundó entonces un periódico clandestino, *La Brigada*, destinado a los miembros del Movimiento 26 de Julio. Nada más salir el tercer número, la policía interceptó el lugar donde se publicaba y varios miembros del comando fueron detenidos. Travieso se salvó, pero debió, desde entonces, permanecer en la clandestinidad. En noviembre de 1957, fue nombrado capitán de milicias por su superior, Gerardo Abreu Fontán. Este fue arrestado en febrero de 1958 y salvajemente torturado, pero no dio dirección o nombre alguno de sus colaboradores. Finalmente fue asesinado y su cuerpo tirado en la calle (Vázquez de la Garza 2008: 4). Años después fue personaje de la primera novela de Travieso, *Para matar al lobo*. El 9 de abril de 1958, el M-26-7 convocó una huelga general para acabar con el tirano. Al grupo de Travieso le asignaron la misión de iniciar y mantener el estado de huelga en la Habana Vieja. Las acciones comenzaron a las 11 de la mañana. Dos horas más tarde la policía había tomado el mando de la capital. Varios de los de Fontán murieron en esas dos horas, y decenas más de los pertenecientes al M-26-7. Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, más por la desobediencia civil que por la guerrilla de los barbudos de la Sierra y del Escambray, se convocaron elecciones en junio, que fueron pospuestas hasta noviembre, y cuyo resultado no fue admitido por los Estados Unidos. El gobierno de Rivero Agüero no pudo comenzar a ejercer sus funciones, por lo que el jefe del Ejército cubano visitó al embajador de los Estados Unidos, para acercar posturas, y un general, Eulogio Cantillo, se acercó a Fidel Castro con el beneplácito de Batista, con el fin de llegar a una solución distinta a

la de la violencia. Pero en la calle las cosas eran diferentes. La represión policial se multiplicaba día a día. Julio Travieso y varios compañeros fueron finalmente detenidos, y llevados por las mismas personas y al mismo sitio donde Fontán había sido torturado. Sufrieron suertes parecidas, aunque no acabaron ajusticiados. De la tortura no se libró ninguno de ellos. Más que el dolor físico, reconoce Travieso, lo que le marcó definitivamente fue la humillación y la impotencia, y el hecho de que algunos de los torturadores eran tan jóvenes como ellos, muchachos de 17 o 18 años, algunos de los cuales habían pertenecido antes al M-26-7 y, tras ser capturados y torturados, habían traicionado a los revolucionarios y se encontraban en el otro bando. Muchos de esos torturadores batistianos fueron condenados a muerte en los primeros meses de 1959 y Travieso aprobó las ejecuciones. Menos de un año antes, él estuvo a punto de ser fusilado en dos ocasiones, como consecuencia de un motín que hubo en la cárcel de El Vedado, donde se encontraba confinado. Allí leyó muchísimo, ya que llegó a ser el bibliotecario de la prisión, y se aficionó al ajedrez. De hecho, el 31 de diciembre de 1958, a las nueve de la noche, se encontraba en medio de una partida con un colega de galera. Al acabar, tras haber apostado con el amigo una comida en un restaurante de lujo cuando salieran de allí, se acostó pensando que todavía faltaba mucho para aquello. Sin embargo, al día siguiente su vida cambió por completo. Este es el relato íntegro de aquel inolvidable comienzo de año:

Al amanecer, apenas despuntar el sol, me despertó un compañero que, sin hacer mucho ruido, nos fue despabilando a los casi 100 presos que dormíamos en aquella galera. En total había cinco galeras que albergaban a unos 500 detenidos. Nos decía que las postas militares ya no estaban en sus lugares de costumbre. Miré por una de las ventanas que daban al exterior del penal. Efectivamente, los soldados que hacían guardia no estaban en sus postas. Un extraño silencio reinaba en el penal. Pensé que el retiro de las postas militares podía ser parte de una operación para permitir el acceso de

la policía que vendría a ametrallarnos. Ya todos los presos estábamos levantados y vestidos. No sé qué tiempo transcurrió en esa situación, ¿media hora, una hora? La galera estaba cerrada con un candado que los soldados quitaban a las seis de la mañana para darnos acceso al patio y a las otras galeras. A las seis no vinieron a abrir. Comenzamos a prepararnos. No creo que nos intranquilizáramos más de la cuenta porque allí estaban hombres muy duros que habían pasado por la clandestinidad, el combate, la tortura, por la cercanía de la muerte. A gritos se pidió que se presentaran los soldados y se abrieran las puertas. La respuesta fue el inicio de un violento tiroteo, con ametralladoras, pesadas, que no sabíamos de dónde venía. Tan repentinamente como estalló, el tiroteo cesó. En la galera teníamos una radio, semiclandestina. Al sintonizarla oímos a un locutor que excitado y emocionado anunciaba que en el país se estaban produciendo hechos extraordinarios y que, en breve, se daría más información sobre ellos. Por de pronto, una comisión de los dirigentes de la prensa se hallaba en el campamento militar de Columbia (el más grande de Cuba) para reunirse con los mandos militares. Entonces, un preso común de los que también estaban en el penal y que, a veces, tenían más movilidad que los presos políticos, se acercó a nuestra galera y nos informó que Batista se había ido. Es difícil describir lo que sucedió cuando escuchamos aquella noticia por la que habíamos aguardado durante años. A gritos, los dirigentes de los presos exigieron que se presentasen los jefes de los soldados. Todos comprendíamos que ahora los ganadores éramos nosotros y los perdedores los soldados. Había llegado nuestro momento. Poco después se presentó un teniente. Se le exigió que abriera las rejas de las cinco galeras y nos pusiera en libertad. El teniente dijo no estar facultado para dar tal orden. Se le amenazó. El teniente fue a consultar con el coronel jefe del penal que, rebasado por los hechos, dio, finalmente, la orden de ponernos a todos en libertad, sin mayores trámites. Entonces, a las once de la mañana del 1 de

enero de 1959 salí de aquel penal. Pronto me hice de un arma, pero detrás de mí dejé los libros de la biblioteca que solo rescataría tiempo después al pasar por el penal. Lo primero que hicimos fue ocupar todas las estaciones, cuarteles militares y centros de la administración pública. En menos de 72 horas La Habana estaba tomada por los hombres del movimiento clandestino y sin derramamiento de sangre. Pronto comenzamos a detener a los asesinos y esbirros del régimen, sobre los cuales no se ejerció ningún tipo de violencia. Comenzaba una nueva época, pero esa es ya otra historia. Por cierto, el compañero que perdió la partida de ajedrez nunca me pagó una comida en un restaurante. (Travieso y Aparicio 2012)

En el país hubo una alegría colectiva, acompañada de la huida de muchos militares, policías y civiles simpatizantes de Batista. El ambiente de euforia continuó al hilo de los juicios sumarísimos a los esbirros del dictador mulato. Travieso se sentía un héroe. Familiares y amigos le homenajearon y felicitaban. Comenzó a estudiar Derecho y su actividad académica a partir de entonces fue muy brillante. También editó la revista *Frank País*, órgano de los estudiantes del M-26-7, y leyó a españoles contemporáneos como Lorca, Baroja o Valle Inclán, a los norteamericanos del momento como Dos Passos, Hemingway o Faulkner, y a los franceses de moda como Camus, Sartre o Malraux. Se entusiasmó con *Lunes de Revolución*, y fue asiduo de las polémicas literarias de la revista, como la de Baragaño contra Lezama, a quien acusaba de “saqueador de Góngora”, o la de algunos poetas revolucionarios contra los juicios de Cintio Vitier sobre la poesía cubana (Díaz 2012). Los origenistas, acusados en bloque de contrarrevolucionarios y poco comprometidos, se defendieron con uñas y dientes, y aquello avivó el ambiente cultural habanero durante los primeros años del nuevo periodo histórico.

3.2. Años sesenta y setenta: Violencia y euforia en el joven narrador

La isla dio un vuelco en muy poco tiempo. Enseguida se puso en marcha la reforma agraria, las estatizaciones de las grandes empresas capitalistas, sobre todo las de los Estados Unidos, el plan de alfabetización general y gratuita desde los primeros años de vida y hasta el último rincón de la isla, la creación de las milicias populares y del ejército más poderoso de Hispanomérica, y del violento enfrentamiento con los Estados Unidos desde el momento en que el gobierno decidió acercar su política a la del bloque soviético. Fue también una época en la que las figuras de Fidel Castro y el Che Guevara pasaron a adquirir la categoría de mitos vivientes. El joven Julio Travieso, empapado de ese ambiente, se entregó por completo al apoyo de ese nuevo sistema. Con el paso de los años, el escritor maduro ha reflexionado sobre todo aquello de esta manera:

Como la mayoría de la población defendí aquellas medidas. Cincuenta años más tarde, creo que fue correcto mi proceder y que las medidas fueron correctas. Correcto era que no hubiera analfabetos, que no existiera desempleo, que se eliminara la prostitución, la mendicidad, la discriminación racial, que todos tuvieran derecho a estudiar y superarse, fuera cual fuera su origen social, que nadie padeciese hambre ni grandes escaseces, que todos tuvieran un techo y nadie fuese echado a la calle por no poder pagar una renta, que todos tuvieran asistencia médica gratuita. Hermosas medidas, a mi entender, propias de la creación de un mundo mejor por el cual el ser humano siempre ha luchado. Todo aquello provocó en la mayoría de los cubanos un sentimiento de orgullo y, a veces, hasta de vanidad. Una islita de 6 millones de habitantes, hasta ese momento conocida por sus puros, su música y.... ah, y por Capablanca, en el caso de

los jugadores del ajedrez, se había convertido en la admiración del mundo, de los hombres progresistas y de valer. (Travieso y Aparicio 2012)

Uno de los aspectos de ese cambio que más llenó de orgullo a aquel aprendiz de narrador e intelectual fue la enorme popularidad que encontró el sistema en los artistas y escritores de todo el mundo, particularmente entre los europeos e hispanoamericanos de izquierdas. Una de las primeras parejas famosas en acudir a la isla fue la formada por Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Una foto de Korda con el Che encendiendo el puro del filósofo francés inmortalizó aquel encuentro en el Banco Central de La Habana. De aquel viaje salieron dos libros: *Sartre visita a Cuba* y *Huracán sobre el azúcar*, en los que el francés no dejaba de mostrar su absoluta admiración por el viraje que había dado la isla en solo un año. Luego llegaron poco a poco todos los demás escritores comprometidos: Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Juan Goytisolo, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Régis Debray, Roque Dalton, Elizabeth Burgos, Javier Heraud, etc., (Esteban y Panichelli 2004, Esteban y Gallego 2009, Gilman 2003). De todas formas, visto aquel proceso desde la perspectiva de medio siglo, el Travieso más maduro reconoce que no todo fue maravilloso, ni se llegó a conseguir cierta ecuanimidad en un proceso en el que la exaltación del triunfo absoluto cegaba, e impedía integrar a la totalidad de una población que, de ningún modo, tenía un pensamiento unitario. Por eso, el cubano matiza:

Cincuenta y tantos años después, pienso que todo fue muy hermoso, pero que muchas medidas se tomaron precipitadamente, que se pudo ser más indulgente, menos agresivo con los Otros, que no había que excluir a todo aquel que discrepase en algo. Y los Otros no eran necesariamente los que estaban contra las medidas hermosas de una Revolución. Fueron gentes que, en muchos casos, se vieron maltratados, no comprendidos, no

escuchados, por funcionarios extremistas, a veces egoístas, que no veían más allá de sus narices. Una de las consignas de aquellos años fue “Somos socialistas, palante y palante y al que no le guste que tome purgante” (cantada por amigos y compañeros míos, a ritmo de conga, como corresponde a un país tropical y bailador). Y si alguien no fuera socialista, pero tampoco capitalista, ni agente del enemigo imperialista, ni nada por el estilo, ¿por qué tenía que tomar purgante? Alguien que estuviera de acuerdo con la mayoría de las hermosas medidas, pero no necesariamente con cada una y, sobre todo, con la manera en que se aplicaban. Alguien que, digamos por ejemplo, rechazase a los comunistas del PSP por haber participado en el primer gobierno de Batista, en 1940, con el que se aliaron. (Travieso y Aparicio 2012)

Julio tuvo entonces las primeras decepciones: varios amigos y familiares suyos se marcharon del país o comenzaron a conspirar. Hubo incluso un tío abuelo del escritor que murió de un infarto, a los sesenta años, el día después de que el gobierno estatizara el hotelito de su propiedad que pasó toda su vida construyendo, cuidando y dando un servicio a la comunidad y a los extranjeros que iban de vacaciones a la playa. Es exactamente lo mismo que ocurre en la película *The lost city*, con guión de Guillermo Cabrera Infante, y que fue dirigida, producida y protagonizada por Andy García (2006). En ella se cuenta la trayectoria vital de los miembros de la familia Fellove en el momento del triunfo de la revolución cubana. Uno de los hermanos regenta un popular cabaret, que le es requisado y decide exiliarse a los Estados Unidos. Otro de ellos, que marchó a la Sierra con el Che y Fidel, regresa triunfante y obtiene un buen puesto en el nuevo gobierno revolucionario, y será quien se encargue de decirle a su tío que la plantación de azúcar que posee desde hace décadas pasará inmediatamente a manos del gobierno. En ese momento, el tío muere debido un infarto que esa noticia, de boca de su sobrino, vestido de verde olivo, le provoca. Esa situación se repitió con

bastante frecuencia, en la vida real de los cubanos, en esos primeros años sesenta, como le ocurrió al tío político de Travieso, un hombre que con mucho esfuerzo logró mantener ese hotelito de seis habitaciones, que no era un “capitalista” o “explotador” (Travieso y Aparicio 2012), sino un trabajador medio con una cuenta corriente de cuatro o cinco mil pesos. Al poco tiempo de ese suceso, toda la familia (viuda, hijos, nueras y nietos) marchó a los Estados Unidos, y Travieso perdió definitivamente a toda la rama familiar materna. Y no fueron los únicos: varios miembros de la familia paterna también emigraron, y nunca más supo de ellos, porque en aquellos primeros años hubo una disposición por la que se prohibía a los cubanos de la isla mantener contacto con los exiliados, aunque fueran familia tan directa como padres, hijos o hermanos. Esos familiares eran considerados traidores, y el repudio era algo institucional pero también personal: ni siquiera los allegados estaban autorizados para seguir una relación a distancia con los suyos. “Todos sabíamos -confiesa Travieso- lo que significaba quebrantar tal disposición. Alguien, militante del PCC o de la UJC, perdería esa militancia, y si ocupaba un puesto importante en el aparato estatal sería cesado. Se corría, incluso, el peligro de que se considerase que estábamos en contacto con agentes enemigos”. (Travieso y Aparicio 2012)

Sin embargo, en aquella época, un muchacho de veinte años, eufórico y apasionado, no se pone a pensar en las consecuencias de que tanta gente y tan cercana, abandone el país. Es más, la euforia de su padre, que se hizo rápidamente miliciano, animó a Julio a seguir al pie de la letra las exigencias de la revolución. Cuba se militarizó. Era frecuente ver en La Habana hombres armados, vestidos de verde, controlando las calles. Sin embargo, no había tensión. Era un período de paz y alegría generalizadas. En 1960 hubo una exposición en la que se mostraban los grandes progresos de la revolución soviética en ciencia, tecnología, cultura y vida diaria. Era el tiempo del Sputnik, de la perra Laika en el espacio, de la paralización del ataque anglo-israelí a Egipto gracias a la intervención soviética. Travieso visitó esa feria y se quedó impresionado no solo por la calidad de logros

expuestos sino también por la belleza de aquellas rubias y altas rusas que trabajaban en ella. Ya se hablaba en la isla de Rusia como el país del futuro y como casi una antesala del paraíso terrenal (Travieso y Aparicio 2012). Julio, en aquellos momentos estudiante de Derecho, soñaba con la gloria en Cuba, pero también con viajar y conocer otros lugares extraños y exóticos. Por ello, cuando a mediados de julio de 1960 el gobierno cubano revolucionario, a través de una generosa oferta del gobierno soviético, ofreció becas para ir a estudiar a la URSS, fue de los primeros en solicitar una. Le fue concedida y abandonó Derecho. Se presentó en la recién estrenada embajada soviética en La Habana y allí le facilitaron los trámites para el viaje y la matriculación, que corrían íntegros por cuenta de la URSS. Fueron nada más 12 estudiantes el primer año. Travieso está convencido de que su antigua militancia revolucionaria, así como su encarcelamiento y tortura en los últimos estertores del régimen de Batista fueron la clave de aquella concesión. Como no existía todavía el vuelo directo a Moscú, y no era prudente hacer escala en Madrid (el régimen de Franco podía ser poco favorable a la llegada de un cubano revolucionario) o en Miami, por razones obvias, eligió un periplo que fue aprobado sin reticencias por los soviéticos de la embajada: Habana-Bermudas (con estancia de dos días allí)-Montreal (con nueva estancia de varios días)-Londres (sin estancia)-París (con estancia)-Praga-Moscú. Su primera impresión del país que pretendía ser la vanguardia del nuevo orden internacional fue más bien pobre. Algo no encajaba en todo aquello, como él mismo reconoció enseguida: “Yo llegaba de la Habana, hermosa, luminosa ciudad, donde los últimos adelantos tecnológicos en todos los campos estaban presentes (autos, viviendas, iluminación pública, centros comerciales). Era noche, lloviznaba tristemente y los rusos que nos esperaban nos subieron en autos que probablemente pudo haber encontrado Gulliver en el país de los enanos, pues más que autos parecían carretillas del campo. Las calles por donde transitamos apenas estaban iluminadas, no había anuncios lumínicos en los escaparates de las tiendas, de hecho no había casi tiendas. En unos 15 kilómetros hasta la universidad

en la que nos alojaríamos solo vi un anuncio, por supuesto, en ruso. Tiempo después supe que decía: ‘Niños, en la calle no se juega’. Extraño anuncio. En la Habana, los anuncios eran ‘Compre un Cadillac’, ‘RCA, su mejor televisor’, etc.” (Travieso y Aparicio 2012)

Travieso pasó cinco años en la capital rusa, al final de los cuales consiguió el grado de Máster en la Universidad Lomonosov, una de las más importantes del entorno soviético. Lo primero que observó fue que la imagen paradisiaca que le habían contado en Cuba era del todo irreal. No había miseria absoluta, con abundancia de mendigos y personas muriéndose de hambre, pero la pobreza era generalizada. La igualdad supuestamente “beneficiosa” de los postulados marxistas, en Rusia se producía “a la baja”: todos eran iguales pero en una vida llena de carencias. La población se vestía con ropa de muy baja calidad, y no siempre adecuada para resistir el enorme frío que asola a sus habitantes durante gran parte del año. Apenas existían restaurantes, cafés, buenos cines y otros lugares de distracción, que en La Habana eran frecuentes, así como en cualquier ciudad moderna de occidente. La medicina, de la que tan orgullosos estaban los soviéticos, era gratis, sí, pero muy atrasada, mucho más que la cubana: todavía se recetaban cataplasmas, se hacían abortos y extracciones de muelas sin anestesia y se recetaba el vodka como medicamento. La comida era de muy mala calidad, aunque todos comían y tenían empleo. Como era tan barata, con el exiguo sueldo todos tenían para vivir con lo más imprescindible. Una gran parte de la población vivía en los llamados “departamentos comunales”, es decir, pisos de varias habitaciones, en los que había una familia por habitación, es decir, cuatro o seis familias por departamento, compartiendo la cocina y el baño. Dice Travieso: “Yo mismo habité uno de aquellos departamentos porque pronto me casé con una rusa y, abandonando el alojamiento universitario, me fui a vivir con ella y sus padres, en una habitación de unos 20 metros cuadrados” (Travieso y Aparicio 2012).

A pesar de todo eso, el cubano percibió la enorme belleza de una ciudad como Moscú, con sus grandes avenidas y sus inmensos parques y bosques por los

que era un verdadero placer pasear. Los edificios, sin embargo, no eran tan bellos. Solían tener 5 o 6 plantas como mucho, eran muy simples, rectangulares, como cajas de zapatos, y estaban despintados y a menudo ruinosos. Había, además, unos diez edificios de más de veinte plantas, construidos en la época de Stalin para mostrar fastuosidad y grandeza, y sobre todo destacaba el imponente Kremlin, pero aquella no era una construcción del socialismo.

En muy poco tiempo, el futuro narrador se encontró con dos componentes omnipresentes en la vida de los rusos: la burocracia y el frío. Este comenzaba en octubre y duraba hasta mediados de mayo. En los peores momentos del invierno se podía llegar a 20 o 30 bajo cero. Travieso asegura haber llegado a sufrir los 42 bajo cero, aunque nunca tuvo miedo al frío, a pesar de su procedencia tropical: “Nunca salí a la calle vestido como un monigote, con tres colchas sobre mí y el cuello forrado con tres bufandas. Me vestí igual que los rusos (sobre todo los rusos jóvenes) y raramente bajé las orejeras de mi gorro (chapka) pues aquello era síntoma de vejez y poca resistencia” (Travieso y Aparicio 2012). Lo peor no era el rigor de la temperatura extrema, sino la ausencia de sol y de vegetación. Desde octubre, el sol no salía nunca antes de las 9 de la mañana, y se ponía a las 3 de la tarde. Además, en esa época desaparecía la vegetación y luego llegaba la nieve, que no se despegaba del suelo hasta comienzos de mayo. Estos son algunos de sus recuerdos:

En marzo, lo que yo deseaba con más intensidad era poder recibir los fuertes rayos del sol, a los que me había acostumbrado desde niño. Cuando por fin llegaban, me paraba de frente al sol y abría la boca, como un cocodrilo, para permitir que sus rayos penetraran en todo mi cuerpo. El invierno era una desgracia, pero el corto verano una delicia, con días en los cuales el sol dejaba de iluminar hacia las 11 de la noche, y con una naturaleza que despertaba de repente. (Travieso y Aparicio 2012)

La burocracia era el otro elemento maldito, que importunaba con asiduidad al habanero, sobre todo por las enormes diferencias que había entre los “de arriba” y los “de abajo”, por utilizar el término de Mariano Azuela. En Rusia existía una cúpula social que gozaba de toda clase de privilegios, como viajes al extranjero, entradas para los mejores espectáculos, las mansiones más sofisticadas, coches propios y buena alimentación, etc. No vivían en departamentos compartidos, sino en confortables residencias, tenían sueldos altos y utilizaban automóviles de gamas altas y marcas lujosas. Su vida era fácil y cómoda, sin colas, cartillas de racionamiento, permisos escritos para todo, peticiones que nunca son contestadas, ventanillas en las que muy poco se resuelve y mucho tiempo y energías se pierden, etc. Hay un pasaje muy llamativo, a ese respecto, de la novela de Travieso *El polvo y el oro*, en el que el periodista Reyes enseña y comenta a Javier Valle un libro, *La nueva clase*, del político y escritor yugoslavo Milovan Djilas, de 1957. En ese libro, el intelectual montenegrino critica el cariz que están tomando los acontecimientos en su país, con el surgimiento de una “nueva clase”, que elimina el concepto de igualdad entre todos los habitantes, una clase con privilegios, con dinero y poder, burócratas instalados, que viven al margen de la normalidad, que significa escasez y dificultades (Travieso 1999: 566). Es probable que el cubano leyese la obra de Djilas en aquella época, ya que supuso un hito en la historia del pensamiento del bloque del Este, por el cual el político fue apartado del partido y de la acción social directa, así como de sus cargos en el gobierno yugoslavo.

Lo que más interesó, sin duda, a Travieso durante aquellos años moscovitas, fue la cultura y la literatura del país. Los intelectuales y profesionales de esa época eran cultos, aunque aquella sociedad parecía detenida en el tiempo. Conocían muy bien a los autores clásicos, recitaban de memoria fragmentos o poemas, estudiaban con fruición a los autores del realismo socialista, así como a las grandes cabezas de la literatura universal, pero su cultura literaria moderna llegaba hasta donde lo permitía la posición política y social del escritor en cuestión. No todo estaba permitido en aquella Rusia; muchos autores, de dentro y

de fuera, se encontraban censurados. Si alguien había escrito en contra del socialismo, el marxismo o había deslizado comentarios críticos sobre la URSS, jamás sería editado o traducido en Rusia y en los países del Este. Conocían muy bien a Hemingway, pero no sabían quiénes eran Truman Capote, Beckett o Ionesco, y quizá nunca habían visto un cuadro de un pintor surrealista. No obstante, el ambiente cultural era impresionante, como bien recuerda Travieso:

Adoraban a Maiakovski y a sus otros grandes poetas, y en un recital de poesía se podían reunir cientos, miles de personas. Eran (son) grandes amantes de la música, de la ópera, fanáticos de Chaikovski (yo también lo soy), de Glinka, Músorgski, Borodin, abarrotaban los teatros. Aún recuerdo que, con 20 grados bajos cero, a las puertas de un teatro, decenas de personas estaban, durante mucho tiempo, preguntando si alguien tenía una entrada sobrante que quisiera vender. Igual ocurría en el ballet, la ópera o los conciertos de música clásica (Travieso y Aparicio 2012)

Ayudado por esa corriente positiva, Julio se puso en contacto enseguida con la literatura rusa. En Cuba ya había leído a Gogol, Tolstoi, Chejov, Turguénev, Dostoievski, Gorki, a Babel, Maiakovski, y a otros representantes de la literatura rusa de los primeros años de la revolución y del realismo socialista. Desde la creación de la Imprenta Nacional, en 1959, cuyo primer libro fue el *Quijote*, en una edición de un millón de ejemplares, se comenzó a publicar, en grandes tiradas, lo que Travieso llamó “literatura de barricada”, literatura testimonial, sobre los sucesos más heroicos de la revolución rusa, de autores como Dimitri Furmanov, N. Ostrovski, M. Sholokov y otros, obras que pertenecen al realismo socialista. Pero el futuro escritor no había leído a los rusos anteriores. Muchos no habían llegado a Cuba o no se habían traducido, con excepción de unos cuantos que fueron publicados en los años veinte por editoriales españolas como Zeus o Revista de Occidente. Así es como supo de la existencia de autores como Leskov

o Korolenko, Avérchenko, Zóschenko, Sologuv, Bieli, Bulgákov y muchos más. También se interesó por los que tuvieron problemas con el sistema, y fueron ajusticiados o se exiliaron, como Babel, Maldelstam y Pilniak, que fueron fusilados, o Kuprin, Bunin, Andréiev, Artsibachev, Avérchenko, Tsvetaeva, Zamiatin, Nabokov, que emigraron. En cuanto a estos, por supuesto, no los pudo comprar en una librería ni hablar de ellos abiertamente: se los facilitaban algunos amigos rusos que los conservaban celosa y clandestinamente. Muchos de ellos los leyó en esa peculiar manera rusa de editar, denominada “zamizdat”, o autoedición, por la que un texto se copiaba a mano o a máquina, se repartía y luego otros volvían a copiarlo y repartirlo. Así se burlaba la censura. Toda esa literatura dejó una profunda huella en Travieso, tanto en su propia obra como en su actividad profesional ya que, como traductor, ha adaptado algunas obras rusas al español, como él mismo hace notar:

De esa manera llegué a leer a Mijaíl Bulgákov, uno de los diez autores a quien siempre llevaría conmigo, cuya inmensa novela *El Maestro y Margarita* traduje años más tarde. También leí *El día de Iván Denísovich*. No a todos de los repudiados y silenciados tuve la suerte de leerlos allá, sino años más tarde, ya estando en Cuba, en México o en otros países. Ese sería el caso de Zamiatin, cuya extraordinaria novela *Nosotros* es la antecesora y precursora de la literatura anti utópica y de Anna Ajmátova, cuyo *Requiem* me fascina. Tampoco entonces pude adentrarme bien en los grandes movimientos literarios surgidos o continuados en la década del 20, el simbolismo, el acmeísmo, el antisimbolismo, el futurismo, los Hermanos Serapios y otros más, igualmente perseguidos. A algunos de ellos los he traducido con el paso del tiempo. (Travieso y Aparicio 2012)

Lo importante de todos aquellos años fue que esa circunstancia provocó en el joven estudiante habanero la inquietud por conocer a fondo la literatura rusa y,

sobre todo, el deseo de ser escritor. Los años de Rusia despertaron de un modo consciente, necesario y urgente la vocación literaria. Si un autor como Babel, pensaba Travieso, había relatado las proezas de la caballería roja, por qué no podía él hacer lo mismo con lo que estaba pasando en su país, y que había vivido en primera persona y sufrido en sus propias carnes. Cuando Julio llegó a Cuba, de vuelta, ya no había marcha atrás: de nada servirían sus estudios, su Máster, sus experiencias, si todo aquello no derivaba en una vida entregada a la literatura, a través de la cual él podría contar la historia de su isla, su propia historia, y dejar un testimonio de uno de los procesos más decisivos del devenir no solo de Cuba, sino de toda América Hispana: “En ese instante -reflexiona-, para mí lo importante e interesante de aquella literatura no era cómo lo decía sino lo que decía. Pero para que llevara adelante mi deseo tendría que esperar a mi regreso a Cuba” (Travieso y Aparicio 2012).

1965 fue un año muy importante en la vida de Julio Travieso. Se graduó y regresó a Cuba, ya divorciado de su esposa rusa. Comenzó a trabajar en la Universidad de La Habana. El país había superado los primeros embates de la disidencia y de la presión internacional (la invasión por Playa Girón, la crisis de los misiles en octubre de 1962, los alzamientos armados de enemigos de la revolución en casi toda Cuba, en particular en las montañas del centro del país) y se respiraba una gran calma (Márquez y Márquez 1996: 280-287). Pero se empezaban a ver los cambios drásticos en el modo de vida del cubano: la cartilla de racionamiento funcionaba desde 1962, el transporte público era ya deficiente, se veían menos coches americanos, menos restaurantes y casi no existían los cabarets. Aunque algo deteriorada, La Habana seguía siendo una gran ciudad. En cinco años el tiempo había pasado por ella con nitidez, los cambios habían sido notables, pero todavía no era la ciudad ruinososa de los noventa. El joven estudiante había estado al tanto de las polémicas culturales de esos cinco años, como las polémicas de *Lunes de Revolución* con los origenistas, la de la película *PM* frente al criterio del ICAIC, la de Jesús Díaz con los de El Puente, etc. El intelectual

cubano se preguntaba: ¿qué tipo de cultura conviene a un país que atraviesa un fenómeno revolucionario tan profundo? El joven Travieso, que enseguida se alineó con la postura oficial, reflexiona cinco décadas después:

¿Por qué tenía que haber una sola forma de literatura, de cinematografía? Bienvenidas fueran todas, siempre que no atentaran contra los valores de la sociedad. “Los valores”, he aquí el meollo de la cuestión. ¿Cuáles eran o debían ser los valores de la sociedad cubana en los inicios de los años 60? Por supuesto, que para todos los implicados, defensores en esos años de la Revolución cubana, los valores que debían predominar eran los revolucionarios, los que caracterizaban a una sociedad revolucionaria de obreros y campesinos. El problema radicaba en que cada uno tenía su opinión sobre cuales debían ser esos valores y qué elementos los conformaban. No había (por suerte) una *Biblia*, un canon que fijara claramente un dogma. Por supuesto, estaban las obras de los clásicos del marxismo, pero no todos los polemistas las conocían o las dominaban a cabalidad. Y aunque las hubiesen conocido de nada hubiese servido porque estas estaban distorsionadas por sus epígonos y porque una cultura no se hace sobre la base de recetas por muy buenas que sean. (Travieso y Aparicio 2012)

El hecho es que Travieso llegaba a Cuba imbuido de muchas ideas de los teóricos revolucionarios rusos, y se identificaba sobre todo con los escritos de los Hermanos Serapio quienes, en su manifiesto de 1921, pedían únicamente que “una obra de arte sea orgánica y auténtica y que viva su propia vida particular”. Ellos habían luchado en la revolución y en sus obras reflejaban la realidad que experimentaron. Travieso había padecido también los embates de la lucha revolucionaria y se identificaba con ellos, pero no eran sus únicos modelos:

Ellos [los Serapio] fueron mis referentes literarios inmediatos, al igual que lo fueron Babel, Hemingway y Malraux para quienes la vida había sido acción, no inercia. Por supuesto que mi memoria exagera. También estuvieron *El rojo y el negro*, *La cartuja de Parma*, *Guerra y paz*, *El gatopardo*, mucho de Hugo, de Balzac, algo de Baroja, y antes de eso, Twain, Defoe, y otros autores similares. También ya llegaba para mí (y mi generación) un nuevo paradigma como *La ciudad y los perros*, al que pronto se unirían *La casa verde* y *La muerte de Artemio Cruz*. Sin embargo, en mi caso y en esos años iniciáticos, no brillaban Borges, ni Carpentier, ni Cortázar, que vendrían mucho más tarde y me influirían grandemente, pero esa es otra época y una historia posterior. (Travieso y Aparicio 2012)

Y el recién estrenado profesor comenzó a escribir, en los ratos libres que le dejaba la enseñanza universitaria y animado por diversos premios literarios que se convocaron en 1966, y por el hecho de que dos compañeros suyos de lucha clandestina y de aula, Jesús Díaz y David Buzzi, habían ganado, siendo muy jóvenes, el premio Casa de las Américas, con temas revolucionarios de su agrado. Cuando Julio leyó la convocatoria del premio de la editorial Granma, envió su primer libro de cuentos, *Días de guerra*. Era la época de los títulos bélicos, de la épica revolucionaria, que luego se llamaría la “literatura de la violencia”, una corriente testimonial, fáctica, que hablaba de los sucesos de la historia reciente con la euforia de los ganadores. El texto de Travieso se hizo con el premio y su obra fue publicada el año siguiente, 1967. Saborear las mieles del triunfo tuvo una repercusión quizá moral, anímica, pero no económica. Ese mismo año (el de la muerte del Che) se completó la política de expropiación que había comenzado nada más aplicarse el nuevo sistema, en lo que se llamó la “ofensiva revolucionaria”. El estado se apropió de cualquier tipo de comercio y negocio, por pequeño que fuese, y a partir de ese año no hubo centímetro cuadrado del país que no estuviese bajo el control del gobierno, medida que afectó también a las

editoriales: ellas ya no eran dueñas ni del terreno ni de la gestión ni de los resultados económicos, por lo que el ganador del premio se quedó sin recompensa monetaria. Esta fue la situación a la que se vio abocado el autor hasta muchos años más tarde:

Hasta 1967, en Cuba se pagaban derechos de autor, modestos, pero pagos al fin. En ese año la Ley de Derechos de autor fue abolida. En realidad, nunca fue abolida, como supe años más tarde, siempre estuvo vigente. Simplemente se dictó una resolución (o se dio una orden) suspendiéndola en la práctica. En lo adelante, el derecho sobre la autoría de los libros pertenecía al “pueblo”, que no tenía que pagar por ellos a sus autores. De esa manera, no cobré nada por *Días de guerra*, ni por mis siguientes libros. El primer pago que me hicieron fue varios años después, por la tercera edición de mi novela *Para matar al lobo*. En verdad, se puede decir que fui un escritor que trabajó por amor al arte, sin ningún tipo de recompensa material, solo porque me gustaba y quería escribir. La idea era eliminar el dinero de la circulación y avanzar a pasos agigantados hacia el comunismo en el cual todo se nos entregaría de acuerdo a las necesidades de cada uno. (Travieso y Aparicio 2012)

En *Días de guerra*, Travieso narraba su vida de combatiente clandestino, que era también la vida de los compañeros de lucha, perseguido, acosado, durmiendo con una pistola debajo de la almohada, detenido, torturado. De hecho, el cuento que más gustó al jurado fue el titulado, precisamente, “El torturado”, en el que se describe minuciosamente cómo un joven es sometido a la violencia física y psíquica por parte de los captores, hasta tal punto que no puede aguantar los sufrimientos y termina suicidándose. Pero también había en ese libro un intento de acercarse al otro lado, al de los que torturaban a los revolucionarios. Por ejemplo, en “Confesiones”, habla de un esbirro de Batista que es apresado en 1959 y cuenta

su pasado antes de ser fusilado. En otro de ellos, “Todos juntos” se describe la penosa situación, algo grotesca, de un grupo de enemigos de la revolución que huyen del país en un bote, a los que se trata con cierta ironía. Esas dos líneas, la de la violencia y la de la ironía, con cierto maniqueísmo que enfrenta a vencedores y vencidos, continuaría en sus dos siguientes obras: *Los corderos beben vino*, también de relatos, y *Para matar al lobo*, su primera novela.

Era la época en que se convocaban muchos premios y comenzaban las grandes tiradas de diez mil o veinte mil ejemplares, para la circulación en una isla que contaba solo con unos siete millones de habitantes. Periódicos y suplementos culturales difundían bien las obras, por lo que convertirse en autor premiado significaba difusión asegurada en todo el país. Lo que no era tan fácil era la difusión y las salidas al extranjero para encuentros, congresos, simposios. A esa dificultad por atravesar las fronteras de agua se unía la escasez de tiempo: los escritores, como cualquier trabajador, debían ir con frecuencia a cortar caña u otra labor agrícola, un fin de semana cada mes y 45 días seguidos cada año, además de hacer, cada cierto tiempo, guardia en el centro de milicias al que pertenecieran, aparte de la guardia nocturna mensual en el centro de trabajo, y aparte de las asambleas sindicales fuera del horario laboral de cada jornada. Por supuesto, las condiciones de alojamiento en cada uno de esos servicios eran pésimas. De ese modo, era muy complicado sentarse a escribir con tranquilidad y tiempo, como requiere la narrativa. Por esa razón, los escritores cubanos de aquella época distanciaban tanto la publicación de sus obras. Si alguien se negaba a realizar todas esas actividades, se le podía aplicar la ley contra la vagancia y ser encarcelado, como de hecho ocurrió con muchos intelectuales. En el caso de Travieso, a todo ello se unía que su orientación en la universidad tenía que ver con la economía política y no con la literatura, ya que en Rusia había cursado estudios de esa ciencia, elegidos casi por descarte, como él mismo explica:

Economía política era la carrera de humanidades que, en la URSS, se hallaba más cerca de mis intereses en aquel entonces. Derecho no podía cursar porque era derecho soviético, Historia no era de Cuba, Sociología no existía. Existían, sí, Filología y Literatura rusas, pero, en el instante de decidir mi carrera, el idioma ruso aún me sonaba muy mal. Economía no era lo mejor, pero iba acompañada de la palabra política, que no me desagradaba. En la Habana yo me había interesado por los problemas políticos, había sido dirigente estudiantil, digamos que tenía motivaciones políticas. Entonces, me matriculé en la carrera de Economía Política y a mi regreso en la universidad de la Habana expliqué Historia de la Economía e Historia de las Ideas Económicas, todo lo cual me dio una fuerte cultura histórica en el campo del desarrollo de la sociedad y de las ideas. (Travieso y Aparicio 2012)

Durante un tiempo simultaneó todas las labores obligatorias con la enseñanza universitaria y la escritura literaria, pero al cabo del tiempo abandonó la enseñanza para dedicarse exclusivamente a escribir y dictar cursos, de vez en cuando, en diversas universidades de Cuba, México, Rusia, España, etc. Su segundo libro de cuentos tardó, sin embargo, poco en llegar: en 1970 publicó *Los corderos beben vino*. A diferencia del anterior no se trata casi exclusivamente de la literatura de la violencia, aunque algo hay, sino que está más centrado en la parodia y en la burla, en la carnavalización de la “realidad cubana en un instante en que la escasez se hacía sentir, y la abstrusa burocracia sentaba sus reales en el país, y a los cubanos nos hacía muy complicada la vida, en especial en la distribución de bienes materiales, como las viviendas” (Travieso y Aparicio 2012). También en esta obra hay relatos, como “Cuento ganador con esposa y perro” y “Extraños visitantes”, con mucha influencia de la literatura experimental y de vanguardia de la época. En aquel entonces, el teatro de Becket y Ionesco le fascinaba, al igual que películas como *El ángel exterminador*, de Buñuel, con esa

lógica que adquiere su coherencia en el absurdo (Cesarman 1976: 179). Y ya en 1968 se propuso dar el salto hacia la novela. Comenzó una, entre cuento y cuento de su segundo libro, y la tuvo terminada para 1970, con el título *Para matar al lobo*.

Aquella fue, por otro lado, la primera época convulsa del proceso revolucionario cubano, en el ámbito cultural, debido al llamado “caso Padilla”, sobre el que se ha escrito muchísimo y es de sobra conocido (Mendoza 1984, Esteban y Panichelli 2004, Esteban y Gallego 2009, Donoso 1999, Verdecia y Padilla 1992, VVAA 1971, Vázquez Montalbán 1998). Por supuesto, Travieso no estuvo ajeno a aquellos acontecimientos. A Heberto Padilla lo conoció por su amigo David Buzzi, pero no lo había tratado mucho hasta entonces. Padilla era un escritor de una generación anterior, y sobre todo poeta. Cuando la dirección de la UNEAC impugnó el premio de Padilla, Travieso se extrañó sobremanera. Sobre todo por aquella acusación de “enemigo de la revolución”, algo que compartió, además, con otro prestigioso escritor del momento, Antón Arrufat. Padilla había tenido sus diferencias con un escritor muy bien colocado en los ámbitos del poder, Lisandro Otero, pues fue crítico con su obra *Pasión de Urbino*, y además había elogiado a Cabrera Infante quien, por aquellas fechas, hacía tiempo que se había exiliado, era muy crítico desde su atalaya londinense y se estaba convirtiendo en uno de los famosos del *boom* por su novela *Tres tristes tigres*. Con el paso del tiempo, y habiendo padecido día tras día el peso de todo lo que ocurrió en La Habana hasta el año 1971, Travieso ha reflexionado de la siguiente manera, a la vuelta de cuatro décadas:

Vuelvo a leer *Fuera del juego*, en su edición príncipe de 1968, editado por la UNEAC que comienza, no por el texto mismo del autor o por un prólogo, sino por la impugnación de la UNEAC, que ocupa nueve páginas (de una obra de 101 páginas), y todo lo que se dijo entonces contra él me parece exagerado, desmedido. *Fuera del juego* es un excelente libro con un fuerte

basamento filosófico y una velada crítica a la situación del intelectual en Cuba, para el cual se reclamaba una mayor libertad personal. Asimismo hay una crítica a los métodos estalinistas en la URSS (donde Padilla había vivido algún tiempo). Es, por otra parte, el libro de la amargura, del desencanto, el desencanto de un intelectual con una política cultural y métodos que no aprueba. Nada extraordinario desde el punto de vista político, si se le compara con algunas obras literarias (no todas) que se publican hoy en Cuba, en las que se habla de lo que sucede en el país y se desmitifica el pasado de las últimas décadas, sin que nadie se escandalice ni tome represalias contra sus autores. Pero 1968-1971 era otra época y los seres humanos, en especial los escritores, estamos sometidos al azar de las épocas: lo que hoy es malo mañana puede ser bueno. (Travieso y Aparicio 2012)

De hecho, la otra obra estigmatizada en aquella turbulenta ocasión, *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, ha vuelto a ser representada recientemente en La Habana, y el propio Arrufat es muy respetado en todos los medios culturales de la isla. Pero en el final de los sesenta y el primer quinquenio de los setenta, cualquier escrito podía ser, a veces de un modo aleatorio, acusado de contrarrevolucionario o peligroso para los intereses del sistema. Travieso recuerda casos parecidos que no trascendieron a la prensa, como el de Eduardo Heras León, que había ganado en 1968 el concurso David de la UNEAC para jóvenes escritores, con su libro de relatos *La guerra tuvo seis nombres*, enmarcado en la literatura de la violencia, como los primeros libros del mismo Travieso, de Buzzi, de Jesús Díaz, y que en 1970 recibió mención en el premio de la Casa de las Américas por su libro de relatos *Los pasos sobre la hierba*. Heras ejercía, como Travieso, la docencia universitaria en la Universidad de La Habana, y fue sorpresivamente expulsado de su trabajo y castigado a trabajar en una fábrica de baterías, al tiempo que se desataba una campaña contra su libro. El motivo fue

que, en uno de sus cuentos, describía los combates de Playa Girón y contaba cómo un teniente, jefe de una batería de morteros, hacía un cálculo erróneo y sus disparos mataban a las tropas de infantería que se hallaban delante.

Debido a todo ello, a comienzos de los setenta, y durante cinco o seis años, Travieso y otros muchos escritores jóvenes no sabían muy bien qué dirección tomar, ni en sus escritos y ni en su misma carrera literaria. Es decir, no solo no se atrevían a escribir sobre ciertos temas, sino que ni siquiera sabían si les compensaba seguir escribiendo. Es lo que se ha denominado en la historia de la literatura cubana el “quinquenio gris”, que Travieso prefiere llamar “negro” (Travieso y Aparicio 2012). Predominó la mediocridad, el agotamiento de la literatura de la violencia y el intento de imponer el realismo socialista que hasta entonces había sido bien aceptado por muchos escritores, pero que recordaba a un estalinismo que enervaba a otra gran parte de ellos. En la década anterior, muchos autores se limitaron a exponer en sus obras los logros de la revolución, sin caer en el ditirambo, pero sin ofrecer crítica. A partir de los setenta, observa Travieso “la tónica la dio el ditirambo, no en todos los autores, pero sí, en especial, entre aquellos que publicaban por primera vez. En ellas, los buenos eran extremadamente buenos y los malos extremadamente malos, dentro del más puro realismo socialista soviético. Paralelamente, la crítica (la poca crítica) estimuló y se hizo complaciente con tales obras” (Travieso y Aparicio 2012). No obstante, no todo fue mala literatura o literatura de tesis o literatura del ditirambo. En esa década se publicaron joyas como *El recurso del método* y *Concierto barroco* de Carpentier, y *El pan dormido* de José Soler Puig. Para muchos, el año más crítico, verdadero comienzo del quinquenio, fue 1971, cuando Padilla fue detenido y torturado, y obligado después a leer una falsa autoinculpación, que acusaba a demás a muchos escritores de la misma deslealtad con el régimen y su máximo líder. También fue el año del Primer Congreso de Educación y Cultura, que levantó muchas heridas, no solo por el carácter dogmático de su organización y conclusiones, sino por el mismo contenido de los puntos fundamentales de

actuación cultural, ya que se regulaban aspectos como el modo de vestir de los jóvenes (la guayabera fue definida como prenda de vestir de identidad nacional), la música que debía propagarse en la radio (se prohibió toda música que pudiera llevar al diversionismo ideológico, como los Beatles o el rock), la persecución de la homosexualidad como figura delictiva (textual: “Un homosexual será llevado ante las autoridades y procesado legalmente solamente por la pública ostentación de su condición”) (Dayre 2008: 1), el tipo de arte que se podía producir (el que estuviera al servicio del pueblo y de la revolución, porque el arte “es un arma de la revolución”) y el tipo de creencias que se podían tener (se prohibió cualquier forma de práctica religiosa) (Fornés 2003: 247), etc. Esa época, gris o negra, duró hasta 1975 por lo menos. El gobierno, alertado por la escasa producción artística de la época y el mutismo de los escritores, músicos, pintores, etc., decidió crear un Ministerio de Cultura el 8 de diciembre de 1976, al mando de Armando Hart Dávalos, que ostentaría el cargo hasta 1997. El ambiente de apertura se nota en la publicación del primer disco de Silvio Rodríguez, artista que había padecido los trabajos forzados por sus actitudes diversionistas en años anteriores, y de las obras de Reina María Rodríguez, *La gente de mi barrio*, y de Mirta Yáñez, *Todos los negros toman café*, así como la película de Tomás Gutiérrez Alea, *La última cena*.

Los primeros setenta fueron dulces, en cambio, Para Julio Travieso. Si en 1970 su primera novela estaba preparada, al publicarse tuvo una repercusión que pocas obras consiguieron durante el quinquenio gris. *Para matar al lobo* volvía sobre los demonios personales de sus cuentos anteriores (la muerte, la persecución, la tortura), pero también deseaba contar su adolescencia, con una fuerte carga testimonial e histórica. No en vano era la época en que se puso de moda la literatura testimonial en Hispanoamérica, de la mano de Miguel Barnet, Elena Poniatowska, etc. La novela de Travieso deseaba indagar no ya en los combates o las luchas colectivas sino en algo más personal, matar a alguien o a algo, de tú a tú, aquello que simboliza lo malo, lo luciferino, el lobo. En este caso, el lobo es la víctima, que podría ser el propio autor, y quienes lo quieren matar son

unos policías con nombres y apellidos, sobre todo uno de ellos, el jefe, que es un torturador y asesino, personaje que remite a un famoso esbirro histórico, real, de Batista. A finales de 1969, Travieso envió el original al premio Casa de las Américas, sin muchas esperanzas. Finalmente recibió un accésit y luego navegó con mucha fortuna. Durante los años setenta tuvo cinco ediciones en Cuba y se llegaron a vender cien mil ejemplares, ya que, además, se tradujo a diez idiomas, entre ellos el turco, una lengua y una cultura muy diferente a las latinas. Finalmente, alentada por el éxito, la novela tuvo una réplica como película para la televisión cubana. Gracias a todo ello, Travieso se convirtió en los setenta en un personaje popular en la isla, ese lugar donde los escritores jóvenes y los artistas en general, al revés de lo que ocurría con su novela, escondían sus letras o dejaban de producir sus obras, por miedo a la censura y a la represión.

Sin embargo, tantos libros vendidos y tanta aceptación en la pequeña pantalla no supusieron una fuente de ingresos monetarios. El joven narrador no pudo nunca vivir de la literatura. Solo comenzó a percibir derechos de autor a partir de la tercera edición. Así que tuvo que volver de nuevo a la docencia universitaria, con la excepción de un breve intervalo en que fue jefe de información y de redacción de la revista *Cuba Internacional*. Como profesor, trabajó en la Facultad de Letras de la Universidad de La Habana y en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales, y fue asimismo investigador del Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de las Ciencias de Cuba, en ambos casos como Profesor e Investigador Titular. Dedicado entonces plenamente a la docencia universitaria y la investigación, y saboreando la inercia del éxito, su producción literaria fue mucho menor que en los últimos sesenta, en que habían visto la luz tres libros en pocos años. De hecho, solo publicó otro en esa década, *El prisionero*, que repetía incansablemente los mismos temas y procedimientos de los anteriores, y se puede decir que se trata de un libro menor. El texto en el que puso sus mayores energías fue, sin embargo, un libro que, finalmente, fue autocensurado,

práctica común en los setenta, debido a la represión desatada en el quinquenio gris tras las conclusiones del Primer Congreso de 1971.

El protagonismo que cobró Luis Pavón en toda la década es digno de mención. Pasó de ser un oscuro teniente, director de la revista *Verde Olivo*, órgano de las Fuerzas Armadas, a Presidente del Consejo Nacional de Cultura. Ambrosio Fornet, que fue quien acuñó el término “quinquenio gris”, en una conferencia de febrero de 2007, cuando toda Cuba recordó los desmanes de Pavón, se refirió al “pavonato” de los setenta, producto de las conclusiones del congreso, en los siguientes términos:

De modo que cuando empezó a asomar la oreja peluda de la homofobia y luego, enmascarada, la del realismo socialista, nos sentimos bastante confundidos. ¿Qué tenía que ver un fenómeno tan profundo, que realmente había cambiado la vida de millones de personas, que había alfabetizado a los analfabetos y alimentado a los hambrientos, que no dejaba a un solo niño sin escuela, que prometía barrer con la discriminación racial y el machismo, que ponía en las librerías, al precio de cincuenta centavos o un peso, toda la literatura universal, desde Homero hasta Rulfo, desde *Dafnis y Cloe* hasta *Mi tío el empleado...*, qué tenía que ver un hecho de esas dimensiones con mis preferencias sexuales o con la peregrina imagen de un artista virtuoso y viril, siempre dispuesto a cantar las glorias patrias? Nosotros -los jóvenes que nos creíamos herederos y representantes de la vanguardia en el terreno artístico y literario- no podíamos comulgar con esa visión..., serio problema, puesto que en los círculos dogmáticos venía cobrando fuerza la idea de que las discrepancias estéticas ocultaban discrepancias políticas. (Fornet 2007)

En 1972, Travieso comenzó a escribir lo que debería haber sido su cuarto libro, *Un nuevo día*, que concluyó hacia 1976, después de una profunda

investigación histórica. Este fue el primer paso de una narrativa de carácter histórico que culminaría en los años noventa con la publicación de *El polvo y el oro*, y que se ha continuado hasta el siglo actual con la publicación de *El enviado* (Travieso 2009). Era más que nada un testimonio literario, con visos de novela histórica. En aquellos años se puso de moda en Cuba el testimonio, como una manera de dar fe del comienzo de una nueva etapa en la historia de Cuba y del subcontinente hispanoamericano. Recuerda Travieso que hubo en La Habana muchos congresos, simposios, conferencias y artículos dedicados plenamente al testimonio literario, que significaron la adhesión de casi todos los profesores e investigadores de historia, literatura, sociología y antropología a la corriente dominante. Julio Travieso no iba a quedarse ajeno a esas preocupaciones, como él mismo ha observado:

Yo mismo tomé participé en esos debates y tiempo después he dado cursos y conferencias sobre la literatura testimonial, sobre todo en México. Recordemos que en 1966 Truman Capote había publicado su novela *A sangre fría*, que él llamo novela testimonial, novela sin ficción, con la cual abrió toda una corriente en la literatura. A mí me fascinó *A sangre fría* y quise hacer algo parecido. A diferencia de Capote, que toma un hecho aparentemente cotidiano, yo decidí tomar como argumento un suceso histórico relevante en Cuba, como fue el asalto a los cuarteles de las ciudades de Santiago de Cuba y de Bayamo, el 26 de julio de 1953, por hombres dirigidos por el Jefe de la Revolución. Sobre este hecho se habían escrito ya cientos de páginas, pero creo que, en mi caso, la diferencia fue que yo busqué y entrevisté a una decena de atacantes de fila, que no eran famosos. Con la estructura de una novela, pero sin ficcionalizar nada, ateniéndome únicamente a la realidad de los sucesos, conté lo que les había sucedido a aquellos doce hombres, cómo, cuándo y por dónde habían viajado a las ciudades de los cuarteles, qué participación habían tenido en

los ataques, cómo había sido la retirada de ellos y otros datos interesantes. Por supuesto, todo se basaba en lo que ellos mismos me habían relatado en largas entrevistas. (Travieso y Aparicio 2012)

En 1977 el libro estaba concluido y lo envió al premio Casa de las Américas, en el cual fue uno de los dos finalistas. Inmediatamente después lo entregó a una editorial cubana, en la que permaneció siete años, censurado no oficialmente, es decir, sin comunicarle que estaba censurado, pero tampoco sin explicar por qué no se publicaba. La sombra, negra o gris, del pavonato, se había extendido más allá de la creación del Ministerio de Cultura en 1976, y sus tentáculos continuaban sembrando las tinieblas al final de la década. Travieso no pudo publicar ese libro, el cual, por otro lado, no era más que un homenaje a los héroes anónimos del comienzo de la revolución de 1953, hasta 1984.

3.3. De los ochenta a la actualidad: Ambigüedad y escepticismo en el escritor maduro

Los años ochenta fueron un período de crecimiento y nueva euforia en la literatura cubana. Pero el inicio de la década estuvo teñido por los sucesos que tuvieron lugar en la embajada peruana y que supusieron la salida del país de un número muy elevado de cubanos por el puerto del Mariel. El primero de abril de 1980, un autobús penetró violentamente en la embajada del Perú, porque sus ocupantes querían pedir asilo político. Cuatro días más tarde, el gobierno cubano retiró la vigilancia policial del recinto diplomático y muchos cubanos trataron de entrar en el edificio para intentar salir del país. Tres días más tarde ya había 11.000 refugiados. Se organizaron contramanifestaciones y actos de repudio para los allí reunidos y, el 19 de abril, el régimen lideró la “Marcha del Pueblo

Combatiente”, en la que participaron cientos de miles de cubanos. El día 21 de abril comenzaron los viajes desde el puerto del Mariel hacia Miami, que trasladaron en un mes a 125.000 cubanos, entre los que se encontraban no solo aquellos que querían exiliarse, sino muchos más, derivados por Castro y su gobierno, como presos comunes, alienados de manicomios, homosexuales y los considerados “antisociales” (Fornés 2003: 264). A Travieso también le afectó el incidente, porque una sobrina suya salió para Miami, donde continúa hasta la fecha. Fue un hecho doloroso porque, aparte de la herida del exilio en tantas familias, se abrió una brecha profunda y lacerante en el pueblo cubano, por la violencia desatada en la isla y por el odio que generó entre los revolucionarios y los considerados “gusanos” o desertores. El narrador ha asegurado que la “cicatriz” (Travieso y Aparicio 2012) sigue visible hoy día y continúa generando malestar.

En lo literario, sin embargo, el cambio de década fue saludable. Nació una nueva generación, apoyada por el recién creado Ministerio, con menos miedo a decir lo que pensaba y más libertad para no ser simplemente un vocero del realismo socialista. Hubo un cambio de actitud en todos, políticos y escritores. Travieso la observó desde la atalaya de quien ya no es escritor de la última generación, sino de la penúltima, y observó las diferencias entre los nuevos y los que nacieron exactamente con la revolución:

Emergió una generación de narradores que no había participado en la guerra civil ni en los primeros sucesos de la revolución, en 1960-1965. Sus vivencias, sus mundos interiores, eran diferentes a los de los hombres de mi generación. Por suerte, ellos no habían vivido con una pistola en la cintura ni con la muerte como compañera. Su literatura se llenó entonces de sus recuerdos de la infancia, de sus problemas personales, sus amores juveniles o, para los más viejos, su participación, como jovencitos de 10 a 12 años,

en la campaña nacional, de 1962, para alfabetizar a los cubanos que no sabían leer ni escribir. (Travieso y Aparicio 2012)

Quizá el mejor ejemplo de esto último sea la novela de Senel Paz *Un rey en el jardín*, donde se recrea la vida de un niño campesino (el mismo Senel es de origen campesino). Publicada en 1983, la novela está muy bien lograda para ser una primera obra de un joven escritor y novel. Travieso estuvo muy atento a la evolución de esa nueva camada de escritores, porque algunos de ellos pasaron por las aulas en las que él enseñaba, como el caso de Paz: “A Senel lo conocí en 1972 -recuerda Travieso- cuando fue alumno mío en la Escuela de Periodismo de la Universidad de la Habana, y desde entonces hemos tenido una buena relación. Años más tarde se haría muy conocido por su relato “El lobo, el bosque y el hombre nuevo”, llevado al cine, con el título de *Fresa y chocolate*, donde se aborda un tema tabú en la Cuba de entonces, el homosexualismo” (Travieso y Aparicio 2012).

Por supuesto, la generación de Julio siguió muy activa, pasado el peligro de las restricciones ideológicas de la década anterior, y sacudido ya el yugo de la necesidad de mostrar la violencia y los logros revolucionarios. Por ello, la primera novela de Travieso en esa década tuvo un contenido histórico, alejado de la actualidad de la revolución. *Cuando la noche muera*, publicada en 1983, se centraba en el alzamiento de los cubanos contra los españoles el 10 de octubre de 1868, lo que se llamó el “Grito de Yara”, para terminar con el régimen colonial y comenzar el proceso de la independencia de la isla (Thomas 1973: I, 325-327). La influencia de la madre historiadora empezaba a dejar una huella importante en la vocación literaria de su hijo. La necesidad de contar iba a ser canalizada, desde entonces hasta la actualidad, por los temas históricos, a veces muy alejados del tiempo que se estaba viviendo, otras veces pegados a la actualidad o los años anteriores. También en ella hay cierta violencia, pero de un modo distinto al de sus obras anteriores, ya que no se trata de los sucesos que llevaron a la revolución de

1953 que culminó en 1959, sino a la historia sangrienta de la independencia cubana. Travieso terminó de escribirla en 1981, pero solo vio la luz dos años más tarde. Primero la envió al premio de la UNEAC y, una vez conocido el fallo, el proceso de publicación no generó problemas: la novela se hizo con el galardón, y la primera edición, aunque tardó un poco, compensó la espera: fueron 20.000 ejemplares y un contrato con la televisión cubana para una nueva película. Una noticia magnífica para un escritor todavía joven que, por esas fechas, se encontraba realizando una nueva etapa de formación en Moscú, en este caso un doctorado. Aunque no todo fueron facilidades. Como de costumbre, las formas de compensar la propiedad intelectual en un país socialista no guardan mucha relación con la de otro tipo de sociedades. Él mismo lo explicó así:

Acepté [el contrato sobre la película] y cuando regresé a Cuba me puse en contacto con el director. Se filmó la obra, con un buen elenco de actores, y se transmitió en un espacio estelar de la TV. Hasta ahí todo estuvo muy bien, pero cuando pregunté (ya firmado el correspondiente contrato) por mis derechos de autor, nadie en la TV, empezando por el director de la puesta en escena de la obra, supo responderme. Me entrevisté con altos dirigentes de la TV. Todo fue inútil. Aunque existía una Ley del Derecho de Autor que se cumplía en el caso de las editoriales, la TV se negaba a reconocerla y acatarla, alegando mínimos trámites burocráticos, como el que no estaba determinado cuánto se le debía pagar a un autor. Fui a ver a un abogado y este me explicó, muy sabiamente, que contra el Estado cubano no se podía pleitear y la TV era, por supuesto, parte del Estado. (Travieso y Aparicio 2012)

Pero la escritura del cubano era ya compulsiva, como si el resorte que había estado comprimido en los setenta se hubiera disparado. Antes de ser publicada su novela premiada, llegó a las librerías un nuevo libro de cuentos, *Larga es la lucha*,

en 1982. Todavía perseguían a nuestro autor los títulos bélicos. Eso duró hasta la década siguiente. En *Larga es la lucha* aparecieron algunos relatos ya publicados junto con otros inéditos, algunos de ellos no exentos de humor negro, como aquellos en los que se hablaba sobre la pobreza en la isla, los barrios marginales y sus habitantes, así como un nuevo tema que cobraría cada vez más protagonismo en sus libros: las religiones afrocubanas y la santería. En algunos relatos llegan incluso a mezclarse los dos temas: la irrupción de las costumbres afrocubanas en los barrios periféricos y las clases más bajas de la sociedad cubana. Es el caso de “Arme una bicicleta para Carlitos”, cuyas coordenadas vuelven a aparecer en un libro posterior, en el relato “Por una bicicleta”. Muchas de las características de esos relatos que sintetizan santería y pobreza son reflejo de algunos recuerdos de la infancia, que hasta la fecha habían estado ausentes de la narrativa de Travieso. Curiosamente, cuanto más maduro y alejado de los años cuarenta se encuentra el autor, más vuelve sobre la época anterior a la revolución.

El mundo de las religiones fue entrando poco a poco en sus intereses personales, algo que nunca había preocupado al narrador, pues sus orígenes familiares, de carácter social y marxista, no habían sido propicios a una formación religiosa. Y con el triunfo de la revolución, ese desinterés por temas espirituales continuaba en una línea similar. Sin embargo, con el paso del tiempo y el acercamiento coyuntural y teórico al mundo de la santería, descubrió un universo lleno de matices y valores. Entonces, cuando se fue adentrando en él, se dio cuenta de que cierta curiosidad generada en su infancia, y que nunca había sido capaz de identificar, comenzó a adquirir sentido:

Las religiones afrocubanas me fascinaron, no como a un creyente, sino como a alguien que, de repente, descubre una realidad mágica que lo ha rodeado toda una vida, sin conocer bien de su existencia. Ese mundo lo había vislumbrado en mi niñez. Entonces, cada día, yo veía junto a una enorme ceiba de más de doscientos años, cercana a mi casa, paquetes,

envoltorios, que podían contener desde comidas y bebidas hasta centavos. En aquella época, yo no sabía que la ceiba es un árbol sagrado para los creyentes en la Santería (Regla de Ocha) y que los paquetes eran ofrendas de los creyentes a sus Orichas (Dioses). Como la mayoría de los cubanos, conocía los nombres de algunos orichas (Changó, Yemayá, Ochún) y algunas otras cosas, pero nada más. Aquel era un terreno secreto cuyo acceso estaba vedado para los profanos. Solo a mediados de los 80 entré en contacto profundo con él. Tal contacto y mi pasión por la historia me llevaron a querer escribir una novela que tuviera como base la historia de Cuba y las religiones afrocubanas. (Travieso y Aparicio 2012)

Esa novela es *El polvo y el oro*, escrita durante un largo período de tiempo y publicada en 1993. Pero antes de ella hubo algunos otros escritos y una gran diversidad de actividades profesionales. En 1984 se publicó *Un nuevo día*, la obra que había sido censurada y estuvo casi siete años retenida en la editorial. “Aquella detención -asegura Travieso- significó para mí una gran decepción y una gran lección” (Travieso y Aparicio 2012). Además, tanto la edición, como la portada el papel, fueron pésimos. A pesar de todo ello, la crítica la trató muy bien, las ventas fueron buenas y enseguida tuvo una traducción al ruso. Toda esta actividad literaria fue compaginada con una nueva estadía larga en Moscú, para obtener en 1985 el doctorado en el Instituto de América Latina de Moscú, anejo a la Academia de las Ciencias de la URSS, grado que significó mayores dificultades por culpa de la burocracia que por la complejidad de la investigación. Y de nuevo abandonó la docencia universitaria cuando regresó a La Habana, para comenzar una nueva época como editor en una empresa de publicaciones, que le llevó a dedicarse por completo a la literatura y a los viajes. Aparte de Rusia, conoció Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y otros países del Este de Europa. Esos viajes habían comenzado a principio de la década, a veces invitado por las uniones de escritores de esos países, otras veces para presentar las traducciones de sus obras.

Eran años en que los cubanos viajaban raramente a España, México, Francia y otros países occidentales. Por supuesto, Estados Unidos estaba vetado para los artistas, a no ser que se abandonara definitivamente el país. La añoranza histórica de los lugares que habían sido míticos para autores anteriores era una obsesión constante para los de la segunda mitad del siglo XX, como reconoce Travieso: “Gracias a la política y la geopolítica, nuestros destinos, como intelectuales viajeros, no eran el añorado, de siempre y para todos, París, ni siquiera Madrid o incluso Ciudad de México, como lo habían sido, diez y veinte años atrás, para la intelectualidad cubana de las generaciones anteriores a la mía. Casi todos de la inmediata a la mía pasaron o vivieron en París, muchos como bohemios. De la mía me atrevo a decir que ninguno” (Travieso y Aparicio 2012). Los cubanos de los setenta y ochenta viajaban a Moscú, Sofía, Berlín Oriental, Praga, Budapest, Varsovia. Una de las obras de Travieso que más repercusión tuvo en toda la URSS en esa década fue *Para matar al lobo*, que se difundió en grandes tiradas de miles de ejemplares y por todos los países de la Unión. Por eso visitó, aparte de los lugares ya citados, otros menos conocidos y concurridos como Minsk, Tbilisis, Kiev, Vilnius, etc. En algunos dio conferencias sobre su propia obra y en general sobre literatura cubana. De todas aquellas ciudades, comenta el autor, “la que más me encantó fue Budapest. He estado varias veces allí y sigo fascinado por ella, por su cultura y su gente. Incluso mi esposa es una cubana húngara, es decir, una hija de húngaros, nacida en Cuba” (Travieso y Aparicio 2012).

Antes de dejar la docencia, por tanto, Travieso estaba llevando como una doble vida. Por un lado, era profesor universitario e investigador en temas económicos, y por otro, un escritor ya conocido en el país y difundido por una buena cantidad de países europeos. El ritmo de actividades era, por tanto, frenético, y corroboraba esa vieja teoría de que es muy difícil vivir solo de la escritura literaria. A ese respecto, Travieso recuerda a otros escritores, muy famosos, que tuvieron que dedicarse a la enseñanza: “a la mente me llegan los nombres de escritores españoles que fueron profesores, Clarín (profesor de

derecho y economía política, en Oviedo), Echegaray, Castelar, Antonio Machado, Cernuda, Salinas, por no hablar de médicos como Chejov, Conan Doyle, Baroja, Marañón, Carrión, o periodistas. La conclusión es una: de la literatura no se podía (o no se puede) vivir” (Travieso y Aparicio 2012).

Su labor editorial, por otro lado, le llevó a estar pendiente de sus propios libros pero también de los de otros autores. Toda esa atención derivó en la promoción de autores coetáneos y clásicos, a través de la edición de trabajos de conjunto y traducciones, sobre todo del francés y del ruso:

En esos años no solo escribí literatura, también preparé antologías de relatos y me adentré en una labor que me apasiona (y me agota), que he seguido practicando intermitentemente a lo largo de los años: la traducción. Traduzco del francés, pero, sobre todo, del ruso, cuya literatura, como ya he dicho, conozco y amo. Mi primera traducción de una obra rusa era como para asustar a cualquiera y no acometerla: *Comentarios a los tres tomos del Capital de K. Marx*, del autor D. Rosenberg. Creo que cumplí a cabalidad mi labor como traductor y, por fortuna, mi siguiente traducción fue de una excelente novela, *Accidente de carretera*, de un buen novelista ruso, Yuri Naguibin. (Travieso y Aparicio 2012)

Y empezaron a llegar reconocimientos que no iba esta vez ligados a una obra concreta presentada a un premio, sino a su trabajo en favor de la cultura y la revolución. A mitad de los ochenta recibió la Medalla de Combatiente de la Lucha Clandestina, un galardón de corte político que celebraba su comportamiento ejemplar en los años de lucha contra Batista, y en 1988 la Medalla por la Cultura Cubana. Sus cuentos empezaban a ser materia obligatoria en el *currículum* de enseñanzas medias de todo el país y sus novelas eran frecuentemente escogidas en las clases de humanidades de las universidades de la isla. Fue entonces cuando un nuevo premio le tuvo atareado casi siete años para terminar lo que llegaría a ser,

hasta la fecha, su obra maestra. En 1986, la Fundación Alejo Carpentier, recién creada (Carpentier había muerto en 1980), convocó por primera vez el premio “Razón de Ser”, en el que debía presentarse un proyecto de novela, para la modalidad de narrativa. Según el periódico Juventud rebelde, “La Fundación Carpentier convocó por primera vez al Premio Razón de Ser en 1986, con el propósito de contribuir al currículo bibliográfico de autores que requerían de tiempo y un apoyo económico para concluir proyectos”. Entre los galardonados desde entonces hasta ahora se encuentran escritores de la talla de Daniel Chavarría, Amir Valle, Jorge Luis Arcos, Eduardo Heras León, Francisco López Sacha, Margarita Mateo, etc. La gran ventaja de ese premio era que permitía al ganador dedicarse, gracias a su generosa dotación, por entero durante una larga temporada a la creación de la obra cuyo proyecto había sido premiado. Y gracias él, Julio Travieso pudo entrar en el difícil “período especial”, a partir de 1990, con una situación económica más o menos desahogada, para continuar escribiendo *El polvo y el oro*, hasta su conclusión en 1992.

Por esas mismas fechas en que el habanero ganaba el Razón de Ser, otro miembro de su generación iba a destacar con una novela sensacional. En 1987, Jesús Díaz publicaba *Las iniciales de la tierra*, después de un largo calvario de censura y represión, parecido al que había sufrido Travieso con *Un nuevo día*. La novela estuvo vetada más de diez años, cuando una reivindicación de ciertos intelectuales cuyas revistas y órganos de difusión de los setenta habían sido censurados, hizo posible que sus obras perdidas u olvidadas en el limbo del descrédito recobrarán vida (Rojas 2002: 170). Ciertos aspectos de la vida y la obra de Díaz y Travieso habían transcurrido paralelos hasta ese momento, como bien señala este último:

A Jesús lo había conocido cuando ambos estudiábamos bachillerato, aunque él era dos cursos posteriores a mí. Luego, a mediados de los sesenta, los dos fuimos profesores de la misma facultad; él era miembro del

Consejo de Dirección de la revista *Pensamiento Crítico*, donde yo colaboré. Cuando su libro de relatos *Los años duros* fue premiado en el concurso Casa de las Américas de 1966 me sentí muy complacido y, de cierta manera, el hecho de que alguien de mi generación, conocido por mí, hubiese ganado un importante premio con un libro de temática diferente a las que en ese momento imperaban, fue un acicate para que yo mismo quisiera publicar. Por bastante tiempo tuvimos una buena relación. Luego, hacia 1990, él partió a Alemania y yo a México y dejamos de vernos. *Las iniciales de la tierra* es un buen libro donde se da lo que yo llamaría la crítica de la Revolución desde dentro, crítica que se desarrollaría con fuerza a partir de los 90. (Travieso y Aparicio 2012)

Por esos últimos años comenzó su relación con un país con el que, hasta entonces, nunca había podido establecer contactos, a pesar de su proximidad y las buenas relaciones con la revolución: México. Fue invitado a impartir conferencias en 1988 y quedó fascinado con el lugar, su cultura ancestral y sus gentes. Desembarcó en Veracruz, continuó a Xalapa y allí dio varias charlas en la universidad y continuó el viaje hacia la megalópolis de la capital, que por entonces tenía unos veintidós millones de habitantes y era la urbe más poblada del mundo. “Qué fascinación -recuerda Travieso-, una ciudad que nunca concluía, de una vida cultural diaria muy intensa, todavía en aquel entonces con grandes editoriales. No podía adivinar que apenas tres años después yo me iría a vivir en México” (Travieso y Aparicio 2012).

De vuelta a La Habana, el final de la década de los ochenta y el inicio de la de los noventa fueron tan convulsos como los de las anteriores. Los sesenta habían comenzado con una violenta revolución, los setenta con el caso Padilla y el fracaso de la zafra de los diez millones. Los ochenta fueron los del Mariel y, ahora, varios sucesos iban a alterar nuevamente el orden establecido. El General Ochoa y Antonio de la Guardia fueron ejecutados en julio de 1989 (Oppenheimer 1992:

120) y poco después se produjo la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque soviético, lo que constituyó una gran pérdida económica para Cuba, que recibía muchos productos de los países del Este a precios muy ventajosos. Personalmente, para Julio Travieso esa época tuvo una significación muy especial, ya que había viajado a muchos países del Este, había vivido en Rusia dos largas temporadas, conocía el idioma ruso, su cultura, su literatura, y estaba al tanto de todos los avatares políticos del bloque desde la mitad del siglo como testigo y desde mucho antes como interesado en su historia. Dos años después de la caída del simbólico muro, las cenizas del sistema que gobernó el bloque estaban a merced de los vientos de la historia, como el mismo Travieso ha observado:

Llegado era el año de gracia de 1991, cuando los diques estallaron y las aguas represadas corrieron libres, bañándolo todo, ahogando a muchos y dando de beber a muchísimos otros. El 21 de diciembre de ese año, el día antes del solsticio de invierno, la URSS dejó de existir. Casi dos años antes, el 9 de noviembre de 1989 había caído el famoso muro. Por azares de la vida, yo estuve presente, después de 1959, en casi todos los grandes cambios de gobernantes de la URSS. Vi la momia de Stalin en el mausoleo, junto a la de Lenin, estaba en Moscú cuando destituyeron a Jruschov, cuando nombraron a Chernenko, cuando este murió y fue sustituido por Gorbachov, y también en el inicio de su perestroika. Pero en 1991 me encontraba en la Habana, más exactamente, en la playa, donde me enteré de la muerte de la URSS. (Travieso y Aparicio 2012)

El habanero comprendió inmediatamente, como todos sus compatriotas, lo que eso iba a significar para su vida corriente y para el país entero. Comenzó lo que el gobierno cubano denominó el “período especial en tiempos de paz”, o simplemente “período especial”. Hasta 1990, casi todo el comercio exterior cubano se hacía con los países del bloque soviético, sobre todo con la URSS,

seguida de la República Democrática de Alemania, Checoslovaquia y Bulgaria. De esos países llegaba más del 90% de todo lo que era estrictamente necesario para vivir, como alimentos, fertilizantes, coches, electrodomésticos de todo tipo, ropa y fundamentalmente petróleo. Por su parte, Cuba surtía a todos aquellos países de azúcar, cítricos, níquel y tabaco. De un día para otro, ese equilibrio desapareció. Ni la URSS (que no existía) enviaba producto alguno, ni Cuba podía ya exportar sus pocas fuentes de riqueza interior. La familia de Julio Travieso comenzó a prepararse para una etapa muy dura. En Cuba siempre había habido cortes de electricidad, pero los apagones de esos años fueron casi diarios, y la mayoría de las jornadas duraban de 8 a 12 horas. Debido al calor que suele hacer durante todo el año, los pocos alimentos que los cubanos podían conseguir se malograban rápidamente cuando las neveras dejaban de funcionar. El transporte público casi desapareció, y el privado era un lujo conservarlo, porque apenas había gasolina, y era muy cara. El gobierno entregó bicicletas a la población, y ese era, en muchos casos, el único medio de transporte que un cubano podía utilizar. Todos los días, miles de bicicletas servían para llevar a sus trabajos a una población que, en muchos casos debía recorrer 40 o 60 kilómetros para acudir a su puesto laboral. Muchos cubanos, para alimentarse, se dedicaron a criar cerdos dentro de las casas, principalmente en las bañeras, o también pollos en los corrales, patios, traspatios y jardines caseros, donde también se sembraron frijoles, plátanos y otras viandas, en detrimento de flores y plantas decorativas. Todo el país se ruralizó, pero la que más sufrió el deterioro fue La Habana, por sus dimensiones, el número de habitantes y la constante necesidad de fluido eléctrico. Para los escritores, esta situación era especialmente molesta, porque sus hábitos de trabajo colisionaban casi siempre con los períodos fértiles de utilización de electricidad, y la carencia de papel:

Yo padecí todo aquello -comenta Travieso- con el agravante de que por lo general escribía por las noches y tuve que dejar de hacerlo por la falta de

electricidad. Comencé a hacerlo con la salida del sol. Y una dificultad extra fue que mi instrumento de trabajo era una máquina de escribir, que en Cuba casi todos usábamos pues aún no habían llegado las computadoras. Una máquina de escribir para la cual no tenía suficiente papel pues este, como todo lo demás, había desaparecido del mercado. (Travieso y Aparicio 2012)

En esos años, de 1990 a 1993, el PIB se contrajo un 36%, y solo en 2007 se ha llegado a un nivel similar al que había antes de 1990. Por eso, el gobierno cubano se vio obligado a tomar una serie de medidas económicas de urgencia para paliar esa aguda crisis, al menos hasta los comienzos de recuperación que se produjeron a partir de 1998, cuando Hugo Chávez ganó las elecciones en Venezuela y se convirtió en el mejor socio de Cuba, sobre todo por el suministro de petróleo, que empezó a ser abundante y mucho más barato. Lo más notable de las modificaciones del período especial tuvo que ver con el turismo. Se fomentó la llegada de extranjeros, se despenalizó la tenencia de dólares y se creó un mercado cambiario (CADECA) para que el estado pudiera obtener ganancias por las remesas y el turismo. Pero la población nacional sufrió de un modo muy violento las consecuencias de esa crisis, ya que el sistema alimentario del cubano se redujo y disminuyó gravemente su calidad, y los servicios sanitarios, que tanto prestigio habían tenido en décadas anteriores, por su gratuidad y magnífico nivel, se vieron abocados a una situación absolutamente tercermundista. Los hospitales se saturaron, las listas de espera se multiplicaron, hubo carencia de material sanitario, de médicos, enfermeras, y la higiene de los hospitales hizo peligrosa la estancia de los enfermos en los recintos de salud. Los cubanos comenzaron a contraer diversas enfermedades de modo masivo, debido a todas esas carencias, como neuritis óptica, polineuropatía periférica, complicaciones obstétricas en las mujeres (que aumentó en un 60% la tasa de mortalidad materna), y enfermedades de la tercera edad, que elevó la tasa de mortalidad de ancianos en un 20%, sin contar los efectos

mentales y sociales que tuvieron el hambre, las enfermedades y la carestía generalizada (Franco 2007: 1374-1380).

Pero el fenómeno social más llamativo de esos años fue el de un nuevo modelo de prostitución. Siempre había existido en Cuba hasta 1961 o 1962, cuando el gobierno revolucionario, en muy poco tiempo, cerró todos los prostíbulos, buscó trabajo a quienes quisieran y ofreció la oportunidad de estudiar a las chicas que lo desearan. Muchas de ellas aceptaron el cambio de planes, porque las reintegraba a la vida normal, pero otras se exiliaron o fueron a la cárcel, al igual que los proxenetas. Muchas eran analfabetas, de baja extracción social y de origen campesino. Durante mucho tiempo, esa situación estuvo más o menos controlada, pero en los noventa, la prostitución volvió a desatarse, esta vez con mayor virulencia, por las condiciones de vida de la época. El sistema de funcionamiento de la prostitución no fue el mismo que en etapas anteriores. En los noventa, chicas jóvenes, de cualquier procedencia, nivel cultural y de educación, salían a las avenidas principales, exhibiéndose, y buscaban solo extranjeros, que son los que llevaban dólares. Muchas eran universitarias y conocían varios idiomas. No cobraban por horas ni por actos concretos. Generalmente acompañaban al cliente uno o varios días, y vivían su vida (comidas, viajes interiores, fiestas, hoteles, ropa, tabaco, alcohol, etc.). Muchas de ellas llevaban al extranjero a su casa y este se quedaba un tiempo con la familia, algo que muchos padres hacían con gusto, porque se encontraban desesperados y preferían comer y tener ingresos abundantes y rápidos a pelear durante muchas horas en el trabajo y en la calle por unos cuantos pesos. En muchas ocasiones, los extranjeros se enamoraban de las chicas y se casaban con ellas, sacándolas del país en un breve lapso de tiempo. Ese era el sueño de muchas jineteras, término que se empezó a utilizar para este nuevo modelo de prostituta. Así se dio un modelo social un tanto extraño en la Cuba de los noventa: mientras una jinetera podía en menos de un día ganar 50 dólares y vivir gratis, acompañando a un turista, un profesional altamente cualificado, como un catedrático de universidad, un cirujano, un juez, un ministro,

un ingeniero, no llegaba a obtener más de 20 o 25 dólares al mes por su trabajo esforzado de más de 8 horas diarias. Del mismo modo, en trabajos de poca cualificación pero en contacto directo con turistas, como portero, camarero, limpiabotas, etc., de hoteles, se podía ganar tanto dinero en un día como los mejores profesionales en un mes. La pirámide invertida fomentó, por un lado, la picaresca, el estraperlo, etc., y por otro, la huida masiva de profesionales hacia otros países, sobre todo artistas, médicos y profesores universitarios (Valle 2006). Ese mundo sórdido, corrupto, mísero y degradado fue objeto de la siguiente novela de Travieso, la que escribió después de *El polvo y el oro*, con el título de *Llueve sobre La Habana*, y del libro de relatos posterior, *A lo lejos volaba una gaviota*.

Hacia 1989 o 1990, justo cuando esta situación estaba comenzando a generarse, el habanero había terminado ya su investigación acerca de los dos siglos de la familia de los Valle, que sería el tronco de la trama de *El polvo y el oro*. Pero también había necesitado profundizar en la historia general de España y de la isla durante el siglo XIX y en la evolución de Cuba en el período republicano, a comienzos del siglo XX y de las dos primeras dictaduras, en los años 30 y 50. Asimismo, se hizo imprescindible conocer muy a fondo el tema de la santería, de las religiones afrocubanas, que realizó tanto a través de la lectura de todo el material teórico ya existente, como las conocidas obras de Lydia Cabrera, Samuel Feijoo, Fernando Ortiz, Cecilio Pérez o Enrique Sosa (Bolívar 1995: 275-279). Así pues, en el cambio de década comenzó en firme el proceso de escritura de su novela pero, a la vez, comenzó la escasez de electricidad y papel, lo que dificultó en gran medida su dedicación porque, además, el cubano medio necesitó, durante todos esos años, tiempo extra -a veces casi todo el tiempo libre de que disponía- para buscar comida, porque esta también comenzó a escasear de un modo preocupante. Travieso compaginó como pudo su entrega a la novela con la cría de pollos en el patio de su casa: se hizo avicultor por pura necesidad. Pese a todo y gracias a un terrible esfuerzo, casi inhumano, el escritor vocacional pudo superar todos los obstáculos, y terminó su obra, de más de 500 páginas, hacia

1992, en plenos fastos de la celebración transatlántica del Quinto Centenario del Encuentro de los dos mundos. Los avatares de esa culminación han sido relatados, con todas sus sorpresas, por el autor:

Mi casa es antigua, colonial, con un amplio patio, a un costado del cual hay una habitación en la que yo trabajaba y desde la que veía, mientras escribía desde las seis de la mañana, a los pollos corretear por el patio. Eran hermosos los animalitos con su alegre cacareo. Mi habitación en el patio se comunicaba con resto de la casa por un pequeño camino de gravillas. El día que escribí la última página me sentí feliz, como nunca, a pesar de la terrible situación por la que pasábamos. Eran como las dos de la tarde, acababa de caer uno de esos fuertes aguaceros de los trópicos y mi patio estaba inundado. Alegre, tomé mis 500 hojas, las puse en un maletín y corrí en busca de mi esposa. Apenas había avanzado unos pasos por el caminito de gravillas cuando resbalé, solté el maletín que, al caer, se abrió y las hojas de mi novela fueron a parar a un charco de agua en el patio. Por poco enloquezco. Era la única copia. Por suerte, no todas las hojas cayeron en el agua y mi mujer vino corriendo. Las mojadas, las recogió con mucho cuidado y terminó planchándolas. La novela se salvó. Dios es grande, me dije. (Travieso y Aparicio 2012)

Había concluido una vasta obra, de la que se sentía muy orgulloso, e incluso había sorteado los sinsabores del destino, pero no tenía editorial. La ayuda recibida en 1986 para realizar el trabajo no contemplaba qué hacer con él una vez terminado. Y a pesar de que el cubano era ya de sobra conocido en el país, y sus obras eran rentables para la industria editorial insular, casi toda la actividad en ese sentido se encontraba paralizada. Sin luz y sin papel, Cuba era un lugar donde publicar era algo mucho más difícil que comer. De hecho, la edición de novelas se suspendió por completo, en el territorio nacional, de 1992 a 1996, siendo *El polvo*

y *el oro* una de las primeras en ver la luz, precisamente en 1996, aunque ya no pudo ser la primera edición de la obra, sino la segunda. Los escritores cubanos dejaron de publicar, y esta vez no por una imposición ideológica de corte estalinista, como en los comienzos de la década del setenta, sino por pura escasez. Lo más útil era sacar las obras de la isla y colocarlas en alguna editorial extranjera. Por eso, los cubanos residentes en otros países fueron los que más publicaron en esos años, ya que los insulares apenas podían contactar con el exterior para negociar con sus escritos. El único modo de hacerlo era presentar obras a concursos en otros países, ganarlos, y asegurar así una publicación y hasta un viaje para recibir el premio y presentar la obra ya publicada. Es lo que ocurrió con narradores como Leonardo Padura, Pedro Juan Gutiérrez, Alexis Díaz Pimienta, Abilio Estévez o el mismo Julio Travieso. Pero había, por si no fuera poco lo dicho hasta ahora, otro problema, de no menor envergadura. En Cuba existe solamente una Agencia Literaria, que es estatal y oficial. Solo ella puede representar a los autores en otros países. Supuestamente, estaba penalizado hacerlo individualmente, de tú a tú, el autor negociando con las editoriales extranjeras. Pero esa ley no existía realmente. Era algo que funcionaba de esa manera por la costumbre, quizá por el control que ejercía algún burócrata, que no representaba en absoluto el espíritu de la ley. Esa mordaza terminó el día en que el primer escritor se atrevió a negociar privadamente los derechos de una de sus obras y no fue arrestado ni llevado a la cárcel. A partir de ahí, los escritores cubanos comenzaron a explorar un mundo absolutamente desconocido para ellos: el de los premios literarios internacionales. En Cuba no había prensa libre, ni acceso a internet (solo unos privilegiados, con un sistema que estaba todavía en pañales), por lo que era muy difícil saber dónde, cuándo y cómo se convocaban esos premios. Travieso, como tantos otros, decidió enviar su obra a algún premio del que tuvo noticia. Pero ahí no acababan los problemas:

Decidí enviar *El polvo y el oro* a un concurso extranjero, pero los concursos ya pedían las obras impresas en computadora y yo -casi nadie en Cuba- la tenía. Suponiendo que consiguiera una, no disponía del papel adecuado para imprimirla. Una amiga que trabajaba en un importante lugar, donde había computadora, se brindó para pasarla a la máquina e imprimirla. Pero aquello no podía hacerlo en sus horas de trabajo, solo por la noche y la madrugada. Siempre a horas intempestivas hicimos la titánica labor, pero como no nos alcanzaba el papel, tuvimos que imprimirla por las dos caras de las hojas, lo cual no se permitía en las bases del concurso. Muy ingenuamente, mi amiga y yo pensamos que los organizadores del premio aceptarían aquella obra impresa en mal papel y por las dos caras. Era mi primer concurso en el extranjero y no tenía idea de lo feroces que pueden ser estos. Ya estaba impreso el documento, pero era necesario encuadernarlo, y en la Habana no existía una máquina que lo hiciera. Finalmente entre mi amiga y yo metimos, como pudimos, las páginas entre dos pedazos de cartón que presillamos de alguna manera. Con un extranjero, que salía de Cuba y nos hizo la graciosa promesa de que pondría aquel engendro en el primer correo de su país que encontrara, partió mi novela. (Travieso y Aparicio 2012)

Como es de suponer, Julio no tuvo nunca noticia del destino de su obra. Ni ganó, ni recibió confirmación de haber sido recibida, ni comentario alguno sobre la obra o el paradero de su envío. Con este panorama, es lógico entender que muchos escritores trataran por todos los medios de salir del país para instalarse en otro lugar con mejores condiciones de vida y de trabajo. Los años noventa y el nuevo milenio fueron los que más contribuyeron a crear el concepto de diáspora en la literatura cubana. La lista es casi interminable: Jesús Díaz, Luis Manuel García, Daína Chaviano, Zoé Valdés, Abilio Estévez, Eliseo Alberto, Antonio José Ponte, y un largo etcétera (Esteban 2006: 263-274). Julio Travieso decidió,

también, buscar una vida mejor fuera de Cuba, donde el ambiente de trabajo era irrespirable y las posibilidades de salir adelante, nulas. Solo así podría tratar de colocar una obra en la que había invertido varios años de su vida, quizá los de mayor madurez literaria y humana. La oportunidad llegó cuando recibió una invitación para dictar cursos en la Universidad Autónoma de Sinaloa, en México. Los mexicanos costeaban el viaje, la estancia y un buen sueldo mensual como “doctor C”, la categoría más alta en el país vecino. Superados algunos contratiempos, Travieso llegó finalmente a Sinaloa e impartió sus clases. El recuerdo de esa etapa ha dejado una profunda huella en el cubano, que vio cómo su vida cambió radicalmente, porque tenía dinero para vivir holgadamente, podía viajar sin cortapisas, y habitaba en una casa, una ciudad y un país donde nunca le faltaba la luz eléctrica, el papel, la comida, el jabón, el transporte y todo aquello que, aunque pudiera parecer corriente y fácil de conseguir, desde 1990 había constituido un lujo en Cuba, al alcance de muy pocos.

Un aspecto muy relevante de ese período, para Julio Travieso, fue la recuperación literaria de Alejo Carpentier. Refiere el autor: “En aquella época, yo había modificado mis gustos y paradigmas literarios. Atrás habían quedado, hacía muchos años, Hemingway, Malraux, Babel, los Hermanos Serapio, y otros similares. Desde que imaginé el tema de *El polvo y el oro*, desde que comencé la investigación para esa novela, yo estaba fascinado por Alejo Carpentier, escritor muy especial por sus tres grandes novelas: *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos* y *El siglo de las luces*, con su prosa desbordante y rica, con su capacidad para mantener al lector siempre interesado en lo que leería en la siguiente página. Por supuesto, esas obras las había leído mucho tiempo atrás, pero en aquel momento, inmerso en mi realidad de violencia y acción, no les presté la debida atención.” (Travieso y Aparicio 2012) Ya desde comienzos de los 80, la obra de Carpentier fue objeto de preocupación constante y estudio devoto en los intereses del habanero. Julio había conocido a Alejo y a su esposa Lilia Esteban tiempo atrás: “Cuando me lo presentaron -observa Travieso- me molestó su rr

pronunciada como un francés. A veces, desconcertaba con su erudición en medio del diálogo, pero era una erudición cabal, no cargada de vocablos destinados a impresionar, a epatar, al interlocutor.” (Travieso y Aparicio 2012) Muchos años más tarde Julio comprobó la profundidad de su erudición, al preparar una edición crítica de *Los pasos perdidos* para la editorial Akal, que llevó aneja un total de 343 notas a pie de página sobre las voces raras, lugares, referencias literarias, históricas, pictóricas, musicales, bíblicas, mitológicas, etc. (Carpentier 2008). A través del trato asiduo con el maestro, Julio pudo comprobar que también era un gran mitómano, capaz de inventarse todo tipo de historias falsas, si eso alimentaba su imagen de intelectual y erudito.

Por todo ello, cualquiera que se acerque con atención a *El polvo y el oro*, verá influencias claras de la obra y la poética del maestro. No tanto en el carácter barroco de la obra de Travieso, que no lo tiene, sino de algunos temas, como el del huracán, o bien la idea de la espergesia, que consiste en comenzar la obra con unas páginas antes del primer capítulo, en las que se narra un pasaje que más adelante tendrá desarrollo. Todo eso fue directamente tomado de *El siglo de las luces*. Así las cosas, no sorprende que el primer curso que impartió Travieso en Sinaloa tuviera como tema principal la obra de Alejo Carpentier, con la que había dialogado profundamente en los últimos años, como lector, como investigador y como novelista. No era una materia obligatoria sino un curso opcional, tanto para alumnos de grado como de posgrado, y la clase se llenó de alumnos, interesados hasta el último día en la narrativa del genio cubano. Pero la obra carpenteriana no fue la única preocupación del cubano en México. Instalado en un país con ordenadores, impresoras, papel, editoriales libres, premios libres y múltiples agentes libres, era la oportunidad de oro para tratar de colocar su novela inédita en una editorial mexicana. Al principio, pensó enviar el original al Premio Alfaguara de España, pero finalmente no se decidió. Le venció la posibilidad de publicarlo inmediatamente. Julio tenía una amiga cubana residente en el DF, que trabajaba para dos editoriales: Heras y Siglo XXI. La llamó y ella prometió ayudarle. Lo

puso en contacto con los directores de ambas editoriales, Neus Expresate y Jaime Labastida y le organizó citas con ellos. En el primer receso del curso en Sinaloa, se acercó a la capital con las citas concertadas. Visitó Heras, pero la secretaria le dijo que la señora Expresate no se encontraba y que no tenían noticia de aquella cita, lo que motivó, lógicamente, el enfado del escritor, que no quiso retomar la posibilidad de hablar con ella:

Aquello me pareció una absoluta y total falta de respeto. Darle cita a un extranjero, hacerle moverse en una ciudad desconocida hasta un lejano lugar y luego informarle que la persona que le recibiría se había marchado fue una inmensa grosería, un desprecio. Pobre señora Expresate, con seguridad nunca tuvo noticias de este incidente, quizá pensó que yo era uno de esos escritores pedigüeños que van suplicando una edición; quizá, efectivamente, tuvo que marcharse por un asunto imprevisto. Esto último lo dudo porque no tuvo la amabilidad de dejar dicho que me esperaba en otro momento. Confieso que mi primer impulso fue tomar al amable mexicano por el cuello y darle con mi maletín en la cabeza. No lo hice, por supuesto. Atrás habían quedado los tiempos de darle una cachetada a alguien por menos que eso o, peor, sacar una pistola. Era y soy un hombre pacífico y educado, sonreí y al buen mexicano le dije, muy amablemente, que yo iba porque una amiga (que el mexicano me dijo conocer) me había concertado una cita para valorar una posible publicación de una novela mía pero que, dadas las circunstancias, ya no me interesaba publicar ni en ese momento ni nunca una obra mía en esa editorial y que, por favor, le diera las más encarecidas gracias a su directora por no recibirme. Dicho lo anterior, di media vuelta y me largué de allí. (Travieso y Aparicio 2012)

En la editorial Siglo XXI le sucedió todo lo contrario. Simpatizó bastante con Labastida, a quien consideró, desde esa primera cita, un hombre inteligente,

culto y amable. Se quedó con el manuscrito y prometió darle una respuesta más o menos rápida. Volvió a Sinaloa y en muy poco tiempo recibió la aceptación de su novela en Siglo XXI. Terminó el curso y volvió al DF. Una nueva cita con Labastida y el contrato enseguida estuvo a punto. Después de unos días conociendo más a fondo la capital mexicana regresó a Cuba y permaneció allí dos meses, tras los cuales tomó nuevamente rumbo para el DF y allí permaneció una larga temporada, unos tres años. La novela se publicó, y se presentó en la Feria del Libro de Guadalajara, y después en el DF, en el edificio de Siglo XXI. La diferencia entre la “pospublicación” en la isla y en México fue notable, por dos circunstancias. La primera fue la afluencia de gente a los actos públicos: en Cuba va bastante gente a las presentaciones y conferencias, pero muchas veces son las mismas personas quienes lo hacen, la mayoría de ellas conocidas del escritor o artista. En México, por el contrario, la mayor parte del numerosísimo público que acudió a los actos fue totalmente desconocido. Aquello desconcertó y, a la vez, agradó muchísimo a Travieso, que no esperaba semejante reacción.

La segunda circunstancia fue la repercusión mediática. En Cuba estaba acostumbrado a que cada libro que publicaba tuviera una o dos reseñas, entre otras cosas porque la isla carece de medios libres o, quizá, carece simplemente de medios de comunicación. Eso no es algo propio de la época del período especial o del tiempo de Fidel Castro, es algo que ha ocurrido siempre en Cuba, con la excepción de muy pocos períodos, como lo refleja Travieso:

En Cuba, la crítica siempre ha sido muy pobre, tanto en cantidad como en calidad. Baste decir que *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, publicada, precisamente en México, en 1953, solo tuvo, en Cuba, dos críticas durante 1954. Ciertamente que Alejo vivía, entonces, en Caracas, pero ya era un escritor de mucho prestigio en Cuba y en el extranjero. A partir de 1959 la crítica cubana creció, en cantidad y en calidad, y tuvo su época de oro aproximadamente hasta 1967. Luego se sumergió en la indigencia y desde

1990 casi dejó de existir. Hoy no existe; lo que hay son algunos comentarios de compromiso e intereses o de amigos. (Travieso y Aparicio 2012)

En México, *El polvo y el oro* tuvo, en muy poco tiempo, 55 reseñas críticas, hechas por personas absolutamente desconocidas para Travieso, que no dejaba de asombrarse del cariz que los hechos estaban tomando. Hasta que llegó la concesión del Premio Mazatlán. La ciudad homónima lo organiza, y goza de gran prestigio en el país. Fue creado hace más de cuarenta años y lo han ganado figuras como Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Ángeles Mastretta y Fernando del Paso. Se otorga a un libro publicado en México en el año anterior a la entrega del premio, escrito por un autor residente en México. Hasta 1993, solo dos autores no mexicanos lo habían ganado: Ramón Xirau, el español, y Luis Cardoza y Aragón, el guatemalteco. Ese año de 1993, Julio Travieso se unió a la nómina de premiados. Aquello estimuló enormemente al cubano, que continuó su labor literaria con más cuentos y una nueva novela. Esa concesión fue algo nada premeditado, casi una casualidad. Julio estaba en las oficinas de Siglo XXI con Jaime Labastida, y este le dijo que había mandado el libro al Premio Mazatlán, y que lo hizo de oficio, porque solía mandar al premio, todos los años, la mayoría de los títulos de la editorial del año anterior, pero que no se hiciera ilusiones, porque era un premio que solían ganarlo solo mexicanos. Un día, un amigo cubano, exiliado en México, le llamó para decirle que un amigo suyo periodista le había llamado preguntándole si conocía a un tal Julio Travieso, porque estaba en el jurado del premio y ese nombre estaba entre los finalistas. Dos días más tarde, el periodista mexicano volvió a llamar diciendo que había pasado una segunda criba de finalistas y seguía estando entre los posibles ganadores. Dos días más tarde fue la última deliberación, la definitiva. A las 12 de la noche -comenzaba el 4 de marzo- recibió una llamada de Labastida dándole la enhorabuena. No eran solo los más de 10.000 \$ del premio, que en aquellos años era toda una fortuna en México,

sino todo lo que vendría después. Muy contento, se acostó esa noche pensando y soñando con el premio y con la familia. Un cuatro de marzo para recordar:

Ese mismo cuatro de marzo me ocurrieron otras cosas maravillosas. Desde hacía meses, padecía de una úlcera duodenal que me atendía una excelente doctora mexicana. Con ella tenía consulta en la mañana para hacerme un examen gastrointestinal, que, como sabemos, consiste en que se pase, por la boca, un tubo que llega a los intestinos y los fotografía. Examen no muy agradable. Mi doctora preparó su instrumental y en el momento en que ya se disponía a pasar el tubo le dije: “doctora, tengo una buena noticia”. “¿Cuál?”, me respondió cariñosa. “Gané el premio Mazatlán”. “Maravilloso, lo felicito”, me dijo e introdujo el tubo en mi boca. Luego de unos minutos, cuando sacó el tubo me sonrió y me dijo: “Yo también tengo otra buena noticia para usted”. “¿Cuál?”, “Su úlcera esta cicatrizada y puede llevar una vida normal en sus comidas”. Hubiese querido abrazar, besar, bailar con mi buena doctora, pero no lo hice, solo le estreché las manos con mucho cariño, le di las gracias y me marché. Ya en la calle, quería bailar, pero tampoco lo hice; las malditas reglas sociales que nos sembraron en la mente desde niños. (Travieso y Aparicio 2012)

Además de la producción narrativa, de los sucesos del premio y la atención de los problemas estomacales, Travieso realizó en México diversos trabajos, relacionados con la docencia y el periodismo. Escribió regularmente para *Ovaciones*, en la sección de opinión, y en su suplemento cultural *Athenea*, de cuyo consejo de redacción fue miembro. Asimismo colaboró con el suplemento cultural de *El Nacional*, y con *El Día*. Dio clases en la Escuela de la Sociedad General de Escritores Mexicanos y condujo un Taller de Creación Literaria; por último, trabajó un corto tiempo en la editorial Siglo XXI. De aquel trajín frenético recuerda que “tal actividad era inimaginable en Cuba donde solo tenías un trabajo,

en el cual te pagaban un salario con el que sobrevivías. En México había que trabajar duramente, pero recibías muchas recompensas” (Travieso y Aparicio 2012). Una de esas recompensas era la de colmar los deseos y necesidades de saber. En Cuba es muy difícil estar al día de lo que pasa en el mundo porque no hay prensa libre (se diría que casi no hay prensa), ni estaciones de radio y televisiones con un contenido universal, y es casi imposible comunicarse con el extranjero por teléfono, porque es muy caro y no se puede hacer fácilmente desde el domicilio particular. Tampoco es corriente que los cubanos tengan acceso libre a internet, un lujo accesible a muy pocos, y muchos menos en los años noventa. Travieso disfrutaba enterándose de lo que se estaba publicando en México, en España, en Argentina, en los Estados Unidos, en Francia, etc., leyendo todo lo que llegaba a sus manos, así fueran revistas del corazón o de deportes, y literatura de muy diferentes procedencias. En México hay una industria editorial impresionante, y se realizan numerosísimas traducciones de autores de todo el mundo. Hay miles de librerías repletas de libros, tanto de clásicos como de contemporáneos, y al DF llegan todas las novedades de todo el mundo. Era como haber llegado al paraíso del lector. Por otro lado, y gracias a la herencia de la picaresca española en todo el orbe latinoamericano, consiguió un método eficaz y barato de comunicarse con sus familiares de Cuba, sus amigos en la isla y fuera de la isla, editores, escritores y artistas de Europa y América. Él lo llamaba los “teléfonos mágicos”:

Tal aparato no era más que un teléfono público que, por alguna razón que nunca conocimos, permitía llamar, gratuitamente, a cualquier parte del mundo. Eran unos pocos teléfonos en la gran urbe. Los cubanos, que somos muy sentimentales, perseguíamos aquellos aparatos que podían estar en cualquier parte de la enorme ciudad, en los lugares más inimaginables, lo mismo en el norte que el sur. Por supuesto, los utilizábamos para comunicarnos con nuestros familiares en Cuba que, lo sabíamos, se

encontraban en una situación muy precaria en medio del infernal Período Especial. No solo los cubanos los buscábamos, también los españoles y cuanto extranjero viviera en el DF. El hallazgo de tal tesoro representaba llamadas gratuitas y el ahorro de una buena cantidad de dinero. Cuando te pasaban el dato de dónde se encontraba uno debías ir lo mismo al centro, que al lejano sur, al norte, a cualquier parte de la ciudad, la cual ibas explorando y conociendo palmo a palmo. Yo llamaba primero a mi familia en Cuba, luego a mis amigos en la isla, a los amigos y familiares míos en Miami y hasta amigos en Budapest, París y Moscú. Tiempo después, en un libro posterior, *A lo lejos volaba una gaviota*, que comencé a escribir en esos años mexicanos, volqué en un relato la historia de tales búsquedas y llamadas, emocionantes, intranquilizadoras y espectaculares. No solo nos preocupábamos por hablar con nuestros familiares; además les enviábamos, regular y religiosamente todos los meses, una cantidad de dinero para que no se murieran de hambre. Eso era parte del ritual obligatorio de todo cubano emigrante. También en *A lo lejos volaba una gaviota* se encuentra esa historia. (Travieso y Aparicio 2012)

Ganar el Premio Mazatlán internacionalizó al cubano. Hasta entonces, las ediciones no cubanas de sus obras eran traducciones a idiomas de los países del Este de Europa. Publicar en México, respaldado por un premio importante, significaba posibilidades más claras en el mundo hispanoamericano y en el europeo occidental. Travieso se trasladó a la ciudad que concedía el premio para recibirlo, y la organización extendió asimismo una invitación para su esposa, necesaria para salir de Cuba, pagándole también el viaje y la estancia en México. Una vez más, México le daba lo que nunca tendría en su propio país: un reconocimiento a la altura de su categoría intelectual. En la isla apenas se habló de ello ni se publicaron reseñas sobre el premio, y solo en una revista salió un comentario breve sobre la obra. Tampoco ha ocurrido más adelante con el resto de

sus obras y distinciones recibidas. Sin embargo, en México, en España y en todos los países hispanoamericanos hubo comentarios acerca del premio, del autor que lo había ganado y su obra. Sobre todo en México, donde todos los años es un tema recurrente, que aparece constantemente en la prensa, sea quien sea el premiado, dado el prestigio del galardón. La vida en México continuaba siendo un sueño, que terminó cuando, en 1995, a su madre le diagnosticaron un cáncer muy avanzado. Julio volvió a La Habana con urgencia y permaneció allí hasta su muerte, año y medio después, en 1996. Entonces fue cuando la salud de su padre se resquebrajó igualmente y tuvo que permanecer para cuidarlo, hasta que falleció en 1998. Esos años fueron muy duros para el autor que, una vez que había entrado en otra dimensión, desde el punto de vista de la consideración de su obra y su actividad profesional en México, esa escalada se truncó, por unos motivos mucho más desagradables que la propia interrupción de su carrera literaria. Esa situación supuso, además, que Julio Travieso paralizara hasta la escritura literaria. El estado de ánimo y las circunstancias familiares impidieron lo que ni la censura de los setenta ni la miseria de los noventa había podido destruir o mermar. Lo único destacable de toda esa época fueron los ecos que tuvo *El polvo y el oro* después de la etapa mexicana. En 1995 fue presentada al premio Rómulo Gallegos, cuyos tres primeros ganadores habían sido Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes, veinte años antes (Esteban y Gallego 2009: 67). Ese año recayó en el español Javier Marías, con su novela *Mañana en la batalla piensa en mí*, pero el cubano fue finalista. Por supuesto, la prensa cubana no se hizo eco, excepto en una minúscula nota de prensa, en la que su nombre aparecía al lado del premiado. Pero las andanzas hispanoamericanas de *El polvo y el oro* tuvieron finalmente reconocimiento en Cuba, ya que en 1996 la editorial Letras Cubanas se decidió a publicarla, a pesar de su tamaño y de su visión crítica de la situación política y social en Cuba desde comienzos del XIX hasta la implantación del sistema castrista, como el mismo Travieso reconoce:

En realidad, yo pensé que esa novela, por su temática, nunca sería publicada en Cuba. Por lo visto los tiempos eran otros. Publicar, después de 1968, una obra así me hubiese costado caro, lo mínimo el ostracismo. No solo fue publicada sino que ese mismo año obtuvo el Premio de la Crítica cubana. (Travieso y Aparicio 2012)

En 1997, en un momento en que la estela de la muerte de su madre había languidecido y la salud de su padre no corría peligro inminente, viajó a España, invitado por las universidades de Sevilla y de Granada, para impartir conferencias y presentar sus obras. En ambas ciudades, donde tenía amigos, como el editor y poeta Abelardo Linares, desarrolló una amplia actividad literaria e hizo “nuevas y profundas amistades, que hasta el día de hoy se mantienen, para satisfacción mía” (Travieso y Aparicio 2012). Dos años más tarde, muerto ya su padre, volvió a España para presentar la edición española de *El polvo y el oro*, que Galaxia Gutenberg editó en una hermosísima edición en 1999, de tapas duras y cubierta de colores. “Entonces tuve el gusto de conocer y trabar amistad -comenta Travieso- con Hans Meinkel, el director de Galaxia, uno de esos editores cultos y amables, como los que ya, lamentablemente, casi no existen.” (Travieso y Aparicio 2012) La nueva edición fue presentada en Madrid, Barcelona y Sevilla. Poco después, en 2002, Círculo de Lectores volvió a editarla en una tirada muy grande. También en Italia, Marcos Tropea la publicó en traducción en 1999, y luego hubo sucesivas ediciones en Saggiatore y en Mondolibri, entre 2000 y 2004.

El inicio del milenio tuvo dos aspectos importantes para el desarrollo profesional del cubano en su país: había comenzado una ligera recuperación económica general y se reactivaron algunos incentivos para escritores. Desde que Hugo Chávez subiera al poder en 1998, este se convirtió en el mejor aliado de Castro, muy interesado en conseguir socios para lo que llamó una "revolución bolivariana" (Costa 2011: 62-66) destinada a construir el "socialismo del siglo XXI" (Costa 2011: 67-76). La ayuda económica del líder venezolano a Cuba no se

hizo esperar, por lo que la isla experimentó una gran bonanza, apoyada asimismo en numerosos cambios económicos internos que flexibilizaban el excesivo control del estado sobre la economía y comenzaban a privatizar, aunque tímidamente, ciertos sectores productivos y tecnológicos. En el campo literario y artístico en general, se trató de potenciar el Premio Casa de las Américas, cuya historia era ya de casi medio siglo, dotándolo con 3000 dólares, y se convocó por primera vez el Premio Alejo Carpentier, que fue dotado con 5000 dólares para la modalidad de novela y con 3000 para las de cuento y ensayo. Travieso participó en los dos jurados y así volvió a estar fuertemente relacionado con los circuitos de la política cultural cubana, de la que había estado algo alejado en su etapa mexicana y durante la agonía de sus padres. Al mismo tiempo, se dedicó a terminar de escribir el libro de cuentos que había comenzado en México, y que trataba sobre las duras condiciones de los cubanos durante el período especial. De los diez relatos, cinco se centraban en la vida del insular dentro de su país, en una capital pauperizada y llena de peligros, y los otros cinco en los esfuerzos que un cubano debe hacer, como emigrado en México, para dar de comer a su familia, que permanece en La Habana, enviándoles constantemente dinero. Aunque la mirada del narrador es siempre crítica, el acercamiento a temas desagradables y penosos para los cubanos, el habanero prefirió teñirlos de humor más que de rabia o desesperación:

No quise hacerlo con dramatismo, sino, como ya había hecho anteriormente en otros relatos míos, con burla y humor negro. Terminé el libro alrededor de 2003 y lo publiqué, primero, en el 2004, en la Editorial Renacimiento de Sevilla, luego en el 2005 en una editorial relativamente nueva pero de prestigio, Lectorum, de Ciudad México, con la que establecí a partir de ahí una excelente relación, y, finalmente, en el 2007, en Letras Cubanas. (Travieso y Aparicio 2012)

De los relatos habaneros hay dos especialmente ilustrativos, tanto de la situación en la que se encuentra la isla en los noventa como del humor negro de su autor, que ha deseado a través de ellos realizar un homenaje a dos autores muy admirados y dos obras a las que tiene mucho aprecio: “El tonel de amontillado”, de Edgar Allan Poe y *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. El primer relato se titula “Comprar el ron o leer a Bajtin”, y en él un profesor universitario, que prepara en su biblioteca una conferencia sobre Bajtin, se ve obligado a dejar su labor para ir a comprar las dos botellas de ron que le corresponden a él y a su esposa por la cartilla de racionamiento. Si no va las perderá; si las compra, luego su esposa podrá cambiarlas con su vecina por medio kilo de arroz, con el cual podrán cenar por la noche. La decisión es, por tanto, Bajtín (la cultura) o el ron (la comida). Algunos críticos han dicho que es un humor negro despiadado. Al final de su larga caminata, con 35 grados de calor, para ir a comprar el ron, el profesor sufre un infarto y muere. El segundo relato es aquel que le da título al libro: “A lo lejos volaba una gaviota”. No se desarrolla en la Habana, sino en una balsa, en medio del mar, en la cual cuatro profesionales escapan de Cuba rumbo a los EEUU. No es exactamente un relato de balseros, sino de las vidas anteriores de estos cuatro hombres y la venganza en alta mar, de uno de ellos contra los otros tres, a costa, incluso, de su propia vida. Sin humor, como el primero, sino con gravedad, se describe la desesperación y los bajos instintos de quienes tienen ya muy poco que perder.

Algo más realista, aunque no exenta de dramatismo, se muestra su siguiente novela. Travieso retomó en los 2000 el ritmo de producción que le había caracterizado en los 80 y la primera mitad de los noventa, y se mantuvo, durante esos años, fiel a los temas y tratamientos que casi todo escritor cubano estaba llevando a cabo en el período especial: hambre, pobreza, dificultades, desesperación, ansia de libertad, huida, etc. En *Llueve sobre La Habana* hay un poco de todo eso pero también una reflexión sobre ciertos males que aquejaron específicamente a la población cubana de esos años, como el jineterismo y una de

las consecuencias más devastadoras del problema, el SIDA. Por si eso no fuera poco, también hay una historia de amor, por lo que esa novela, sin tener la ambición histórica e identitaria de la anterior, se constituye en otra de sus obras maestras, sin caer en un realismo sucio que fue frecuente en los narradores de esos años, como Pedro Juan Gutiérrez, Zoé Valdés o los relatos de Leonardo Padura (Esteban 2008: 63-77). La primera edición de *Llueve sobre La Habana* fue de 2004, por la editorial habanera Letras Cubanas. En 2008 fue traducida al portugués y publicada por la Editorial Brasiliense, de Sao Paulo, y también al ruso por la Editorial Inostranka de Moscú. Finalmente, en 2009 la publicó Renacimiento, de Sevilla. Alrededor de ella se ha creado hace poco una polémica, por una obra posterior que podría ser considerada como un plagio o, al menos, un texto de amplísimas y casi sospechosas coincidencias con la novela de Travieso. Él mismo lo explica, sin decir el nombre del español que se basó en *Llueve sobre La Habana*, el salmantino José Luis Muñoz:

Como dato marginal, hay que señalar que en 2011 un escritor español publicó una novela exactamente con el mismo título que la mía (*Llueve sobre la Habana*), con similar temática y con algunos pasajes que son tomados de mi obra, lo cual no impidió que su libro esté lleno de disparates, incoherencias y otras barbaridades, tanto en el español hablado en Cuba, como de la vida de los cubanos y sus costumbres, lo cual por supuesto es natural que suceda ya que, tomando la obra de otro como referencia, se ha atrevido a hablar de algo que no conoce en profundidad. En su momento denuncié al buen señor por plagio. (Travieso y Aparicio 2012)

En 2008 el Estado ruso otorgó a Travieso, por el conjunto de su obra, la medalla A.S. Pushkin, que ese año se le entregó a treinta personalidades relevantes de todo el mundo. En 2009 viajó a Moscú para recibir la medalla y presentar la traducción de *Llueve sobre La Habana*. Pero ese acto fue solo el colofón de una

década en la que hubo muchos más contactos con el ámbito cultural y literario ruso como, por ejemplo, las traducciones de clásicos. Para la Editorial Lectorum de México tradujo una obra que siempre le ha apasionado desde que la leyó muchos años atrás en Rusia en su forma de zamisdat, *El Maestro y Margarita*. No solo la tradujo. También escribió un prólogo para ella y la acompañó de numerosísimas notas a pie de página, aclarando y explicando aspectos de la vida en Moscú y su historia, en los años en que se desarrolla la trama. Lo mismo hizo, poco tiempo después, con otra novela de Bulgákov, la primera que escribió, *La Guardia Blanca*. Asimismo, editó en traducción al ruso Eugeni Zamiatin, autor de la primera obra anti utópica del siglo XX, *Nosotros*. Y en 2009, vio la luz su traducción de *El Maestro y Margarita*, revisada y con nuevas notas, en la Editorial Arte y Literatura de la Habana.

En casi todos esos años, y hasta la actualidad, ha estado viajando regularmente a México invitado a Ferias del Libro y por otras instituciones, en las cuales ha dado conferencias e impartido cursos en universidades. En 2011 estuvo invitado en la Universidad de Ciudad Juárez, en la que pasó una temporada tranquila y agradable, lo que contrasta con la fama de ese lugar como ciudad inhabitable, dominada por la violencia, las muertes trágicas y masivas, y la inseguridad ciudadana. El curso tuvo, además, un grupo de alumnos excepcional, que nadie hubiera imaginado en un lugar marcado por circunstancias sociales tan críticas.

Y también, por supuesto, ha seguido trabajando en nuevas novelas. La penúltima de ellas, *Yo soy el enviado*, ha sido fruto de un esfuerzo algo parecido al de *El polvo y el oro*. Travieso ha pasado casi toda la década primera del nuevo siglo buscando información y escribiendo versiones de ella, y por eso la considera como su obra más ambiciosa, intelectualmente y por su trama. Tomando como marco el origen del cristianismo y la religión de Zoroastro (Chothia 2002), narra la vida de un profeta del zoroastrismo o mazdeísmo. Con esa novela recorrió mundos que le apasionaban: el Imperio Romano y la historia de las religiones. *Yo soy el*

enviado se publicó en 2009 en Cuba y poco después en Random House Mondadori, en México, a través de Plaza y Janés, en 2010. Esta nueva vuelta de tuerca a la novela histórica, esta vez con tintes de esoterismo y ciencia ficción, agotó al autor como una década antes lo hiciera su investigación para *El polvo y el oro*, por el enorme esfuerzo de recorrer un mundo tan vasto y complicado como el que trataba de abrazar. A partir de entonces decidió descansar, es decir, escribir algo más ligero, y se adentró en un universo en el que andaba pensando hacía más de veinte años: una obra inspirada en *Alicia en el país de las maravillas*, libro que sería uno de los primeros en salvar si tuviera que elegir unos pocos de su vasta biblioteca de miles de volúmenes. Así nació *El Libro de Pegaso*:

No es que quisiera escribir exactamente un libro para niños -confiesa Travieso-. Siempre he dicho que *Alicia*, como *El Principito*, o la serie de *Gulliver* son obras para adultos que pueden gustar a los niños. En estos libros la fantasía no tiene límites, como no la tiene en *Las mil y una noches*, que también puede gustar a los niños, pero es para adultos. Me puse a trabajar con mucho entusiasmo y concluí *El libro de Pegaso*. Me divertí mucho durante su creación porque pude dar rienda suelta a mi fantasía, sin sujetarme a las normas y convenciones de la realidad. *El libro de Pegaso* es un canto al amor, la felicidad y belleza, simbolizadas todas en el caballo Pegaso que todos debiéramos buscar y encontrar, al menos una vez en la vida y que la niña de mi novela halla luego de muchas peripecias, durante las cuales conoce a Don Quijote, Sancho y Sherlock Holmes, quienes la ayudan en su búsqueda. (Travieso y Aparicio 2012)

La obra se ha publicado en 2012 en La Habana, pero su historia se entrelaza con el ámbito familiar del habanero. En el año 2011, en el marco de su viaje a México, pudo conocer en la capital azteca a su nieta de cinco años, nacida en Nueva York. La hija de Julio Travieso había salido de Cuba en los primeros años

del nuevo siglo para instalarse en los Estados Unidos, y desde entonces no había podido visitar a su familia. Ese esperado encuentro de tres generaciones se dio por fin en México, y Travieso decidió dedicar su libro a la nieta que acababa de conocer. Más tarde, en abril de 2012, con el ejemplar ya en la mano, pudo enseñar a su nieta la dedicatoria y regalárselo en persona, ya que fue invitado por las universidades de Hofstra, en Nueva York, y de Montclair State, en Nueva Jersey, para dictar conferencias durante todo ese mes. Actualmente, el cubano se encuentra de nuevo en La Habana, terminando una nueva novela.

CAPÍTULO IV: LA NARRATIVA HISTÓRICA DE JULIO TRAVIESO

Así como en la historia de la isla se han manifestado una sucesión de transformaciones que han modificado, redireccionado y a veces hasta interrumpido el cauce del devenir histórico, la obra de Travieso parece haber estado sometida a los mismos avatares que han afectado y cambiado la historia. Por esta razón, su narrativa constituye un fiel reflejo de cada período histórico vivido en su propia nación.

Julio Travieso es uno de tantos cubanos que ha presenciado todas las etapas de la revolución por la cual luchó, en la clandestinidad, durante la dictadura de Fulgencio Batista. Viviendo en su seno se ha mantenido, desde el triunfo de la misma, en 1959, hasta hoy. Él ha sido testigo de sus logros y transformaciones, de los altibajos provocados por los cambios en el panorama político de la nación y del sorprendente e inesperado otoño del patriarca en el año 2006, cuando él mismo cedió sus funciones al hermano Raúl, quien continúa ejerciendo el cargo de Jefe de Estado hasta la actualidad. Hoy en día, Travieso reside en el municipio Playa, en

su casa de siempre, desde donde sigue observando y narrando la historia de su patria, plasmando y resaltando los acontecimientos ocurridos en ella, así como los problemas, sentimientos y anhelos de la mayoría de los ciudadanos cubanos.

A pesar de que el modo de narrar del escritor isleño ha ido variando, en la medida en que se ha modificado el curso de los acontecimientos en la tierra que lo vio nacer, sus relatos han tenido un denominador común: la presencia de la historia en la mayoría de ellos. No ha sido tarea fácil revivir el pasado y contar la verdadera historia, sacando a la luz los errores de algunos revolucionarios, o de la revolución misma, y sobre todo, haber tenido el coraje de publicar relatos que, aunque de forma muy sutil, resultan ser un tanto críticos con la sociedad socialista con la cual se había comprometido y de la que tal vez comenzó a sentirse decepcionado con el paso del tiempo. El sentido histórico de la obra de Travieso tiene, como veremos, dos vertientes: la reflexión sobre lo que ha supuesto a lo largo de las décadas de la segunda mitad del siglo XX el triunfo de la revolución, y la reflexión sobre la Historia, con mayúsculas, de la isla, sobre la que se pueden anotar ciertos caracteres comunes, que se repiten (Benítez Rojo 1998: 16-26, Esteban 2006: 287-303) y que justifican y explican, observando la trayectoria diacrónica de la isla, el proceso en el que se ha visto envuelta Cuba en los últimos cincuenta años. En el primer tipo de reflexión, el concepto de novela histórica o de relato histórico -casi todos los libros de cuentos pertenecen a esta primera opción- tendría una cierta restricción para ser aplicado, si tomamos a rajatabla el concepto de “distancia temporal” entre lo descrito y el momento de la escritura, tal como se enuncia por parte de algunos críticos, aunque no siempre son concretos a la hora de decidir cuánto tiempo ha de haber entre los acontecimientos y el tiempo de la escritura. Como ya dijimos, Anderson Imbert comentaba que los relatos históricos son aquellos “que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista” (Anderson Imbert 1952: 1-24), pero no llegaba a especificar cuántos años tenía que haber entre una y otra épocas. El mismo razonamiento utiliza Seymour Menton, aceptando los postulados de Anderson Imbert (Menton 1993:

33). Para los últimos críticos, el problema de la distancia temporal pasa a un segundo plano, porque interesan más las reglas para la accesibilidad e inteligibilidad del mundo histórico presentado, problemas de técnicas narrativas, conceptos y posibilidades de veracidad, etc. (Grützmacher 2006: 145) Por ello, y siguiendo las últimas investigaciones sobre la “nueva novela histórica”, hemos sido bastante generosos en la consideración de lo histórico en Travieso ya que, aunque en ocasiones hable de un tiempo relativamente cercano al de la escritura, siempre existe en el cubano una “mente histórica”, un deseo de interpretación identitaria alrededor de los hechos insertados en una tradición histórica, literaria, cultural, etc.

La segunda vertiente a la que hacíamos referencia es la específicamente histórica, que se retrotrae al menos uno o dos siglos, y trata de extraer leyes o conductas generales que puedan explicar el presente y sacar fruto de las indagaciones acerca de la identidad cubana. En este sentido, cabría destacar sobre todo las novelas *Cuando la noche muera* (1981), Premio de la UNEAC, situada en los sucesos de 1868, cuando comenzó la primera guerra por la independencia de la isla, *El polvo y el oro* (1993), Premio Mazatlán, Premio de la Crítica y finalista del Premio Rómulo Gallegos, y también *Yo soy el enviado* (2009), aunque esta última no ha sido objeto de estudio directo en esta tesis, porque se sale de la temática habitual del cubano, centrada en el mundo del Caribe y de su país, y en la que el concepto de ficción entra en conflicto con la historia, pues no trata de explicar identidades específicas sino de señalar una ley general para toda la humanidad: la existencia del mal en el mundo, de unas fuerzas, por así decirlo, “diabólicas”, que se introducen en los entresijos de la historia y la hacen bandearse. Por eso comienza con la religión de Zoroastro, antes de Cristo, y la llegada del cristianismo, y termina en un siglo XX globalizado, porque las conexiones de las fuerzas del mal no conocen límites diacrónicos ni diatópicos. El resto de la producción narrativa de Travieso, desde su primer libro de cuentos, *Días de guerra* (1967), Premio Granma, que trata sobre la lucha clandestina anterior al

triumfo de la revolución, hasta *A lo lejos volaba una gaviota* (2004), pertenece al primer grupo del que hemos hablado. Tampoco consideramos en esta investigación su última obra, *El libro de Pegaso*, ya que de ningún modo puede considerarse narrativa histórica: es un texto de pura ficción, atemporal, un relato para niños al estilo de *Alicia en el país de las maravillas*.

Reconstruir la historia de Cuba, y hacerlo en la segunda mitad del siglo XX, es una tarea casi heroica. Muchos isleños se han quedado con el deseo de llegar a contar la verdad, incluso algunos han perecido en el intento. El escritor y periodista Carlos Franqui, por ejemplo, en su obra *Camilo Cienfuegos* (2001), investiga la muerte del héroe revolucionario, a quien también le preocupaba el hecho de contar la “historia oficial.” En el capítulo I del libro, Franqui explica, refiriéndose al Comandante Cienfuegos: “¿Por qué le preocupaba tanto la historia (...)? ¿Por qué desconfiaba de Fidel en cuanto a la historia de la Revolución?” (Franqui 2001: 32) La respuesta era muy clara: a Camilo le interesaba que la historia que fuera a pasar a las posteriores generaciones fuera la auténtica, sin adornos ni mitos. Muchas veces, él mismo había advertido al primer mandatario cubano de la necesidad de comenzar a contar: “Fidel, hay que escribir la historia, que un día tú estarás viejo, y los viejos cuentan muchas mentiras y ya no estará allí Camilo para decirte ‘Vas mal Fidel’.” (Franqui 2001: 33)

Efectivamente, el héroe de Yaguajay no vivió para aconsejar al patriarca cómo actuar en las sucesivas y difíciles etapas de la construcción del socialismo. Es por ello que, justamente, el mérito de Julio Travieso ha sido el haber contado, de primera mano, los sucesos que él mismo protagonizó, cosa que no pudieron hacer ni Camilo, ni el Che, ni el general Ochoa, ni muchos otros tantos militares, intelectuales o escritores, conocidos o desconocidos, que poseían un verdadero tesoro de conocimiento histórico, el cual quedó para siempre enterrado con ellos. Otros, los que pudieron salir de Cuba, sí que consiguieron ofrecer al mundo testimonios que jamás hubiesen podido ser revelados dentro del país. Es el caso de escritores como Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Rafael Rojas, María Elena

Cruz Varela, Eliseo Alberto, Norberto Fuentes, Carlos Franqui, etc. Julio Travieso tiene, por consiguiente, doble mérito, por haber vivido y sobrevivido en la isla, contado y criticado, con audacia e inteligencia, la verdad, y haciéndolo todo desde su barrio, su casa, su país. Es muy interesante observar la evolución de Julio Travieso en cuanto al lugar en el que se coloca con respecto a la historia. En sus primeras obras, en los sesenta y setenta, la base de los relatos coincide con lo que se podría llamar “la historia oficial”. Allí no se cuestionan los planteamientos generales sobre lo que ha sido y es Cuba, y el papel claramente positivo y ordenador del proyecto revolucionario. Es cierto que hay críticas, a través de las actuaciones de ciertas personas, como veremos, pero no hay una desconfianza o una deslegitimación general de lo que se entiende por el orden establecido por los que han interpretado los hechos con corrección política. Hay que tener en cuenta dos cosas:

1. Que nos encontramos en la época de las revoluciones, las utopías, las esperanzas y la concepción de una Hispanoamérica unida bajo el signo revolucionario, que podría hacer frente a los centros habituales del poder (Gilman 2003: 59, Esteban y Gallego 2009: 23-28)
2. Que la novela histórica hasta esa década reproduce la ideología de la modernidad, y solo a partir de mitad de los setenta y ochenta, algunos narradores ensayarán textos que pueden asociarse al concepto de “nueva novela histórica”, que pone en cuestión la existencia de verdades eternas y certeras, con la consiguiente desacreditación de las historias “oficiales” (Veres 2007: 1, Perkowska-Álvarez 2006: 183, Gálvez 2006: 173-174)

Será precisamente a partir de los ochenta cuando Travieso se acomode a lo que hoy llamamos “nueva novela histórica”, sobre todo en *El polvo y el oro*, novela que comenzó a escribir en 1986 y no se publicó, como ya sabemos, hasta 1993. En él coinciden dos aspectos importantes: la evolución, en todo el mundo occidental, de las prácticas narrativas hacia el espacio de la posmodernidad (Grützmacher 2006: 148-156), y el evidente desencanto sobre los resultados

objetivos de la implantación de los presupuestos revolucionarios en la isla desde 1959, algo que se hace cada vez más consciente y pesado conforme pasan las décadas, y que en la narrativa de Travieso y de casi todos los escritores cubanos de dentro y de fuera de la isla se hará patente en período especial.

3.1 El relato breve en la narrativa histórica.

En uno de sus primeros libros de cuentos, *Los corderos beben vino*, publicado en 1970, Travieso relata historias acaecidas en los primeros años de la revolución o la década anterior. En ellos se pueden apreciar los rasgos de una narrativa repleta de novedosas innovaciones, rasgos y matices, que más adelante, en las décadas de los ochenta y noventa, retomarán los miembros de las posteriores generaciones para incorporarlos a su literatura. *Los corderos beben vino* se compone de seis relatos que abordan temas diversos, aunque todos ellos, de una forma u otra, hacen referencia a las etapas o momentos más importantes de finales de la era de Batista o los inicios de la construcción de la sociedad revolucionaria implantada por el gobierno de Fidel. Podemos afirmar que nos encontramos frente a lo que se denomina genéricamente “narrativa histórica”, ya que se relatan, por medio de personajes ficticios, los sucesos ocurridos en determinados períodos históricos de la República de Cuba. Se puede decir, siguiendo a Lefere, que en Travieso hay un “pensar” literario y no tanto científico ya desde estos primeros relatos, que tratan la historia no con la “ambición científica” que “impone un pensamiento que se basa en documentos”, sino con la tendencia a “no hacerse cargo de esas limitaciones metodológicas” (Lefere 2004: 44). Es decir, su explicación de la historia reciente, de las luchas clandestinas en la época de Batista, que él vivió de niño y adolescente, y de la década castrista que ya ha pasado está condicionada por un pensar que se asienta en categorías literarias, sensible a categorías genéricas (Lefere 2004: 44): por eso puede hablarse de

narrativa histórica, ya que Travieso está pensando en la historia reciente como acontecimiento (lo que pasó) que se convierte en hecho (lo que se escribe y permanece, por tanto) gracias a que se convierte en ficción histórica (Hutcheon 1988: 87-101, Grützmacher 2006: 150).

Aunque gran parte de la literatura de los sesenta se caracteriza por alabar las virtudes de los revolucionarios, curiosamente, en algunos de los cuentos del libro de Travieso se percibe la crítica a ciertos elementos negativos del sistema revolucionario, concretamente al individuo que no se compromete con la sociedad y que busca solamente beneficiarse de ella. En el cuento titulado “Hasta revolucionario”, el escritor dibuja el momento en que, después del primer éxodo masivo de cubanos, durante los años sesenta, muchos ciudadanos decidieron incorporarse a la sociedad y dar apoyo a la revolución, siendo parte activa de ella, de los trabajos voluntarios, de las Brigadas de Producción y Defensa, etc. El gobierno cubano buscaba mostrar al mundo que sí se podían cubrir las carencias, o los huecos vacíos que habían dejado al marcharse tantos intelectuales y trabajadores de los servicios, quienes no comulgaban con el nuevo gobierno (Pérez-Stable 1993: 177-186).

Sin embargo, hubo un grupo de individuos antisociales que, al pasar, aparentemente, a formar parte de los que defendían el proyecto revolucionario, buscaban únicamente beneficios personales: por ejemplo, el que se les asignara alguna de aquellas mansiones que habían dejado abandonadas los miembros de la burguesía isleña que habían marchado al exilio. El relato “Hasta revolucionario” gira alrededor de uno de estos sujetos, en este caso un individuo que está dispuesto a hacer cualquier gestión con tal de recibir en usufructo una vivienda que había quedado vacía en su barrio y en la que, al parecer, había muerto el único habitante que quedó en ella luego de que sus moradores hubieran marchado a Miami.

Ciertamente, la historia se enmarca en los primeros años de la etapa revolucionaria, cuando algunos barrios de ciudades como La Habana quedaron sustancialmente despoblados por el éxodo de sus habitantes. A simple vista,

parece que el cuento pretende manifestar la crítica al cubano que no se convierte en aquel “hombre nuevo” que había propuesto el Che Guevara, pues actúa motivado por los estímulos materiales, no morales, como debía ser el hombre nuevo (Guevara 1977b: 5-15). El personaje del cuento es el típico pícaro que intenta vivir sin producir ni sacrificarse, que trata de inventar toda una serie de peripecias para lograr el ansiado premio; en este caso, recibir aquella maravillosa casona que había admirado desde niño y que ahora se encontraba vacía.

La narración se realiza en primera persona. El protagonista, que como ya sabemos resulta ser un antisocial, es capaz de hacerse amigo de la presidenta del Comité de su cuadra, a quien detesta y llama despectivamente “la negra” (Travieso 1970: 13), con tal de lograr su objetivo. El segundo paso, para garantizar su triunfo, sería participar activamente en los trabajos voluntarios, a pesar de no creer en ellos como fuente de riqueza para los revolucionarios. Él era capaz de todo, incluso de llegar a hacerse “hasta revolucionario” (Travieso 1970: 13).

La vida del protagonista, en general, estaba basada en el montaje de hacerse pasar por un verdadero revolucionario, y es a través de su visión del mundo que descubrimos la otra cara de esa sociedad: la obligación de participar en trabajos voluntarios y guardias del CDR, las exigencias de decir “sí” a todo y otras tristes facetas del proceso como los fusilamientos a enemigos de la patria. Con tal de llegar a adquirir la mansión, este individuo limpiará la cuadra, e incluso llegará a recoger la basura, actividad que resultaba imprescindible, puesto que en aquellos primeros años de la revolución escaseaba la mano de obra. El narrador comenta que hacía una semana que nadie se encargaba de la limpieza de la cuadra, puesto que recientemente “23 barrenderos habían sido fusilados.” (Travieso 1970: 15).

Y ahí estaba nuestro antihéroe, luchando por ganarse el derecho a la casona de los Miranda quien, ante el grito de sus compañeros del comité de “Patria o muerte”, apoyará la consigna, dispuesto a colaborar en todo, aunque confiesa que “me cagaba en su madre” (Travieso 1979: 16). No tenía más remedio, debía montar en el camión que se dirigía hacia el lugar de trabajo voluntario, a pesar de

que, para él, era muy claro que “mejor montaría en un avión para Miami” (Travieso 1970: 16).

Mientras que a finales de los sesenta, que es cuando Travieso terminará de redactar sus cuentos, puesto que los publicó en 1970, la literatura en Hispanoamérica se adornaba con los matices del realismo mágico, el lenguaje culto y el predominio de la imaginación y la fantasía en las maravillosas historias contadas por aquellos a quienes se denominó los protagonistas del *boom*, Travieso comienza a escribir relatos que evidencian la situación actual de un lugar y un tiempo específico. El lenguaje utilizado en el relato analizado resulta coloquial, sencillo, dado que el protagonista, que es quien cuenta la historia, parece ser una persona de escasa educación. Más tarde, en las décadas de los ochenta y noventa, muchos narradores harán recordar este tipo de narrativa, de lenguaje desenfadado, espontáneo e informal. Julio se anticipa a la época de fin de siglo, mostrando en sus relatos escritos en los sesenta los aspectos que, más adelante, estarán presentes en las narrativas de las posteriores generaciones. A nuestro escritor le interesa, fundamentalmente, la situación social y política de Cuba, y trata de hacerla patente, sin magia ni historias totales, pues esta inquietud se manifiesta de modo realista y coloquial en casi todos los relatos de este libro. En ellos descubrimos que, lejos de preocuparse por la realidad americana en general, como hacían los integrantes del *boom* en aquel entonces, dando al movimiento un carácter netamente continental (Esteban y Gallego 2009: 20-35), al narrador cubano le inquieta la situación de su país en un momento histórico específico, y eso es exactamente lo que contarán, más adelante, los narradores de los años ochenta y noventa.

Serán los escritores del *posboom* quienes se caracterizarán por escribir historias referentes a la época que les ha tocado vivir, relatando anécdotas donde los personajes se enfrentan a las vicisitudes de la rutina diaria, y sus protagonistas serán los héroes que libran la batalla del día a día (Shaw 1999: VII-VIII). Por tanto, las historias se contarán entonces con mucha claridad y sencillez. De esa

manera anticipatoria, el protagonista de “Hasta revolucionario”, comenta: “Josefina se pasa las manos por las pasas, se arranca entre los dientes una hilacha de carne que se le ha quedado perdida, cruza las piernas y se me va mirando de medio lado.” (Travieso 1970: 16) En la década de los noventa, la de los novísimos cubanos (Redonet 1999: 8-21), algunos escritores como Zoé Valdés y Leonardo Padura utilizarán un estilo y unos recursos similares.

Un aspecto curioso en los relatos es la presencia de cierto erotismo, que se apagará completamente en su siguiente novela, *Para matar al lobo*, donde el amor a la patria estará por encima del amor carnal. En el relato analizado, mientras viajaban en el camión que los acercaría al lugar donde se iba a llevar a cabo el trabajo voluntario, el narrador, que se encontraba de pie y cerca de una bella mujer, afirma: “solo me atrevo a rozarle los senos, con cada brinco del camión.” (Travieso 1970: 16)

En el cuento predomina la narración, el diálogo resulta ser escaso, en ocasiones encontramos algunos monólogos del narrador, quien reflexiona acerca de su vida, la situación actual de su país y la suya propia, dejando escapar algunas verdades, que en su momento no resultaron censuradas, puesto que el escritor, de manera muy inteligente y sutil, las ha colocado en boca de un elemento antisocial: “los nervios se me transformaban en cuadros de arco tenso cuando se dirigían a mí con frases dignas de ser reconocidas en un tratado de imbecilidad, como aquella de ‘en el setenta tendremos abundancia’.” (Travieso 1970: 18) El personaje es, sin lugar a dudas, un alienado social. Su situación, una vez más, recuerda al protagonista de *Memorias del subdesarrollo*, pero en este caso no es el pequeñoburgués confundido, sino el hombre que no tiene cabida en la sociedad revolucionaria, porque no asimila la doctrina socialista. Es interesante la comparación de los relatos de Travieso con los que Desnoes escribe en la misma época. Los narradores de Travieso están “dentro” de la vida del país y participan, bien o mal, de los acontecimientos: están integrados en la sociedad en la que viven y, con sus defectos, miserias y egoísmos, contribuyen a la construcción de la

nueva sociedad. Sin embargo, el narrador de Desnoes es un *voyeur*, un diletante que ni vive dentro ni está absolutamente fuera. Es un testigo a quien parece que no le importa lo que esté pasando, mientras ello no tenga consecuencias directas para su vida. De ahí la terrible ambigüedad y, por tanto, modernidad (Fuentes 1980, Gálvez 2006: 174, Aínsa 2003: 105-110) de Desnoes, frente a los planteamientos tradicionales y unidireccionales de respeto a la historia oficial de Travieso o, como diría Aínsa, a los “mitos constitutivos de la nacionalidad” (Aínsa 2003: 87).

Así como más tarde lo hará la literatura de los ochenta, lo sobrenatural se ve explicado, justificado por una acción del mundo real, que es la que provoca las alucinaciones, ilusiones o reacciones que parecen ser mágicas. En esto también Travieso se adelanta a su época, utilizando recursos que se retomarán en una década posterior. De este modo, cuando la presidenta del CDR alega, ante la petición de nuestro protagonista que hay alguien más interesado en la vivienda que este anhela, el hombre cuenta cómo la señora “dice y se mete el dedo en la nariz, y a mí la saliva se me traba y tengo que pararme porque la tos me coge desde la orilla izquierda del pulmón derecho, y de pronto, se transforma en un violento ahogo cuando veo al espectro del viejo Cecilio, sentado frente a mí.” (Travieso 1970:20) En esta escena, el hecho de recibir la sorpresa de saber que tiene contrincante para recibir la vivienda, unido al asco de presenciar cómo la mujer hurga en su nariz, provoca que el narrador, sugestionado, vea una aparición de Cecilio, la última persona que había vivido en la mansión de sus sueños.

Al final de la historia, al igual que en la mayoría de los demás relatos, nos encontramos con la decepción, la desesperanza, la desilusión del protagonista: “Pero si la casa se la entregaron ayer a una escuela -dice, y luego me pregunta si yo iría al trabajo productivo al día siguiente.” (Travieso 1970: 24)

Hay en este volumen una sola historia que hace referencia al amor verdadero, apasionado y puro, tema que nunca deja a un lado el escritor a lo largo de su obra. El sentimiento es descrito por el narrador de forma romántica, resaltando el enamoramiento y la pasión entre él y su amante Alejandra. El cuento

se titula “Retorno a Tahití”. En él, el narrador relata algunas vivencias junto a su amada, con la que albergaba la ilusión de un futuro esperanzador. Iban juntos por el malecón esperando un cambio social que trajera esa nueva vida con la que habían soñado, y esa seguridad era precisamente la que les hacía saborear las mieles de la pasión. Así, afirma con nostalgia el protagonista que “caminábamos al anochecer, la vista fija en la inmensa telaraña tejida más allá del Vedado por las luces del malecón.” (Travieso 1970: 25) Al igual que el resto de los cuentos, la acción se sitúa en La Habana. El comienzo de la historia acontece en la época de la dictadura batistiana, haciéndose referencia, en el relato, a la caída del dictador el 31 de diciembre de 1958, que supuso a los enamorados un inmenso sosiego y alegría, que durarían poco, pues la joven buscaba algo más que lo que la revolución le ofrecía. Ella comenzó a añorar otros sitios, pues “Tahití parecía ser el sitio ideal, un espacio intemporal suspendido entre la naturaleza y el arte.” (Travieso 1970: 26)

El erotismo toma fuerza en la narración, la pasión parece estar condicionada, a veces, por los cambios en la situación política, que indudablemente prometían una vida mejor. Este recurso también será utilizado por algunos escritores de la generación de los noventa: recordemos, por ejemplo, la escena citada en el capítulo anterior, de la novela *La nada cotidiana*, de Zoé Valdés, donde una joven se pone de parto frente a la emoción de estar en un discurso ocurrido en la Plaza de la Revolución. En “Retorno a Tahití”, Travieso muestra, de manera mucho más sublime, cómo al triunfar la revolución el narrador recuerda que “nosotros recomenzamos a hacer el amor con furia jubilosa, sin límites de días ni horas, a mordidas y a golpes, con gritos de entrega y ritos de posesos.” (Travieso 1970: 26) Pero es precisamente la vida en aquella nueva sociedad socialista la que muy pronto propicia el descontento de la mujer, lo que les llevará inexorablemente, según las palabras de la protagonista, a la ruptura del amor, pues ella parece tajante en su afirmación de que “no quiere vivir ‘rodeados de chusma y negros...’ enferma.” (Travieso 1970: 26) Ahora bien, mientras en

Valdés hay un planteamiento paródico y humorístico, desacralizador y deslegitimador, como corresponde a la novela posmoderna, la gravedad de Travieso en sus primeras obras da cuenta de la distancia que hay entre la literatura de la modernidad y la de la posmodernidad (Gálvez 2006: 173-174, Fornet 2003: 15, Menton 1993: 42-46).

En este primer libro de relatos, el lenguaje pasa muchas veces de lo coloquial a lo culto, dependiendo del cuento. Algunos textos presentan un lenguaje muy sencillo y fácil. En “Hasta revolucionario”, por ejemplo, los compañeros del protagonista le exhortan a trabajar diciendo “pincha”, (Travieso 1970: 13) que en el argot popular cubano se traduce como “trabaja”. En “Retorno a Tahití”, por el contrario, el lenguaje es más culto e ilustrado. Para explicar el cambio de actitud de la chica y el ocaso de la pasión entre los amantes, el narrador se refiere a “aquel color rojo-amarillo característico de la esquizofrenia, la locura, Van Gogh pintando ‘Café de noche’, ‘El fin de la jornada’.” (Travieso 1970: 31). En ocasiones recuerda a Alejo Carpentier, al incluir en la narración elementos eruditos de la cultura latina o de la tradición artística occidental; por ejemplo, al referirse a eventos importantes como “la toma de Troya” o “el incendio de Roma como el fin de todo.” (Travieso 1970: 31) En su novela *El recurso del método*, el padre de lo real maravilloso hace constantes referencias al imperio romano, así como a la época Helenística, comparando el país del Primer Magistrado con el sistema de gobierno del Imperio: “se iba pareciendo a la Roma de Heliogábalo, que abría sus puertas a cuanto fuese raro, dislocado, siríaco, bárbaro, primitivo.” (Carpentier 1974: 26)

Una vez más, como denominador común de todas las historias, el final resulta ser desolador. El narrador se imagina a su amada Alejandra viviendo una vida alegre y maravillosa junto a Luisito, el amigo traidor, y espera el momento de poder “salir de este maldito campo de concentración y pueda ir a los Estados Unidos para arreglar cuentas con Alejandra.” (Travieso 1970: 38).

Son varios los relatos de este libro que hacen referencia a la realidad social y política del cubano residente en la isla. Tenemos, por ejemplo, los cuentos “Extraños visitantes”, “Cuento ganador con esposa y perro” y “Esa noche el coronel.” En el primero se relata la historia de un hombre mayor, que recibe, en su vivienda de La Habana, la visita de un antiguo amigo que llega acompañado de su hija. En ese momento comienza para él un tormento, puesto que el amigo parece estar conspirando en contra del gobierno. Al inicio del relato, resulta un tanto inexacto ubicar el momento o la época en que tienen lugar los acontecimientos, pues el narrador, que es el dueño de la casa, describe una época “de pura confusión política.”(Travieso 1970: 41) Dicho comentario podría referirse a la etapa de la lucha revolucionaria, durante la dictadura. Sin embargo, a medida que se avanza en la historia nos percatamos de que se trata, al igual que los cuentos analizados anteriormente, de la Cuba socialista, específicamente la de los primeros años de la revolución. Esto se hace evidente cuando el protagonista, dueño de la casona de la Quinta Avenida, hace alusión a “la ida de los sirvientes” (Travieso 1970: 45) o al hecho de que “ya no pasan basureros”(Travieso 1970: 41). Ambas pistas nos ayudan a darnos cuenta de que estamos frente a un relato que ocurre en los primeros años de la Cuba revolucionaria, en la que un gran número de isleños habían marchado al exilio y muchos desafectos, que al perder sus comercios o empresas se habían dedicado a los oficios de barrenderos y agricultores, habían sido juzgados, encarcelados o fusilados por hacer contrarrevolución.

A medida que se avanza en la lectura del cuento, aumenta la incertidumbre, tanto del protagonista como del lector. Nuestro narrador se siente atormentado, inseguro, no quiere tener problemas con el gobierno. Sabía que sus huéspedes estaban metidos en algo turbio y su casa cada día estaba más vigilada, incluso por los mismos vecinos de la cuadra, que eran conocidos suyos. El pobre hombre se encuentra en una encrucijada: por un lado recuerda a los conocidos que fueron fusilados por el régimen, como su amigo Bobo, y cada vez que se le mete el miedo en el cuerpo tiene que tomar meprobamato, píldora que controla la alta presión.

Por otro lado, teme dar la espalda a sus amigos, cuya suerte le preocupa, y en las madrugadas en que no regresaban a dormir a casa sufría de insomnio, pensando en que “les podría haber ocurrido una desgracia fatal.” (Travieso 1970: 54)

Su situación era similar a un túnel sin salida y finalmente sucede lo inevitable: llegan a su casa los del Comité. Requisan la vivienda, encuentran a Juvencio y a Gladys, sus huéspedes, y esta vez nuestro narrador ni siquiera tiene tiempo de buscar la pastilla de meprobamato. Le falta el aire, comienza a ver todo nublado, escucha voces a lo lejos, ve cómo su esposa le sonríe y a su lado Bobo le ordena: “Vamos”. (Travieso 1970: 56) Y una vez más sobreviene el triste final, cuando el personaje concluye diciendo: “todos nos hundimos en el largo silencio de la tarde” (Travieso 1970: 45).

El siguiente relato titulado “Cuento ganador con esposa y perro” hace referencia al intelectual incomprendido por la sociedad. Narrado, como los cuentos anteriores, en primera persona, es una reflexión acerca del intelectual que decide dedicarse en cuerpo y alma a la literatura, idea que para muchos habitantes de la isla resulta descabellada. El protagonista recuerda cuando su tía afirmó despectivamente: “meterse a eso de escritor, oficio de homosexuales.” (Travieso 1970: 65)

Al redactar su cuento, el hombre busca desesperadamente la concentración, mientras su perro le muerde los talones. Quiere ganar un concurso, recibir un premio monetario, que además le viene muy bien. Él ha dejado un buen trabajo en el Ministerio, donde percibía 300 pesos mensuales, para dedicarse al oficio de escritor. Sabe que tiene ante sí un problema difícil y analiza los pros y contras de la acción que está realizando. Es consciente de que, si al jurado no le parece bien su historia, o para su mala suerte estiman que su relato es “poco serio”, (Travieso 1970: 66) podrían hasta expulsarlo del centro donde se encontraba empleado, “con consejo laboral y todo”, (Travieso 1970: 66) y luego quedará marcado, señalado como un fracasado. El final vuelve a ser desesperanzador e incierto, porque el narrador reconoce que el tema “se me está yendo de las manos” (Travieso 1970:

67). El problema del artista que tiene que trabajar en algo ajeno a su vocación, cuando lo que de verdad desea es dedicarse en cuerpo y alma a su vocación, es un tema no solo literario para Travieso y otros de su generación, sino un aspecto biográfico, una preocupación personal. Estaríamos hablando de una estirpe “vargasllosiana” de autores que, como el peruano, desean desprenderse cada vez más de lo que les limita su producción artística, como el Premio Nobel fue haciendo conforme pasaban los sesenta y sobre todo los setenta. De ahí que, constantemente, Vargas Llosa haya hablado durante décadas de mimar la vocación literaria hasta el punto de entregarse a ella, abandonado todo lo que la estorbe (Cremades y Esteban 2002: 384-385), confesando además que él mismo pertenece a esa estirpe “flaubertiana”. De hecho, y como hemos visto en el capítulo tercero, Julio Travieso abandonó por dos veces la enseñanza universitaria en la Universidad de La Habana, con el fin de estar más cerca de la literatura, como creador, editor, etc.

Resulta interesante que, a pesar de que la censura existe desde los comienzos de la revolución, en 1970 se planteara, en algunas obras literarias, el problema del intelectual preocupado por el excesivo control del gobierno. Es sabido que en los años siguientes los cubanos se enfrentarían al quinquenio gris, etapa marcada por una fuerte censura a toda clase de manifestación cultural o artística que no glorificara a la sociedad revolucionaria, sus virtudes y bondades. Este relato, como muchos otros que aparecen en *Los corderos beben vino*, constituye la antesala de lo que será la narrativa de los ochenta. Más aún, en un posterior libro de cuentos titulado *Larga es la lucha*, publicado en 1982, el escritor retomará algunos de los cuentos como “Hasta revolucionario” y “Nieve en la iglesia”, para publicarlos junto a las nuevas historias y, curiosamente, los relatos tomados de *Los corderos beben vino* no desentonarán en el libro, sino que parecerán haber sido escritos en la misma época que las nuevas historias.

Cuando Travieso publica *Larga es la lucha*, ya se había creado el Ministerio de Cultura varios años antes, y con él se había dado paso en la isla a la

renovación y apertura del ambiente cultural, fomentando la creatividad y originalidad del arte y la literatura mediante fórums de literatura, jornadas narrativas y la tendencia a eliminar los criterios políticos a la hora de juzgar alguna manifestación literaria. No obstante, podríamos afirmar que el libro de cuentos publicado por Julio en dicha época es menos atrevido y crítico que el anterior, tal vez porque la etapa del quinquenio gris se había encargado de dejar marcadas sus huellas en algunos escritores.

En *Larga es la lucha*, el primer relato, titulado “P y M”, resulta un tanto inexacto en cuanto a la época que recrea, tampoco aporta suficientes elementos que desvelen el lugar donde ocurren los hechos, ni el momento exacto en que estos suceden. El relato es un tanto ambiguo. Más adelante, en el tercer cuento “Peso Plata”, que viene a ser una continuación de “P y M”, descubrimos la causa de las peleas del matrimonio: el alcoholismo del marido, la pobreza de la familia, el hambre y la desidia del hombre que solo busca dinero para emborracharse.

En el segundo relato, “Arme una bicicleta para Carlitos”, la acción parece ocurrir antes del triunfo de la revolución, puesto que se menciona la pobreza, la carencia de ciertas condiciones mínimas que necesita un ser humano para vivir y el sueño de un cambio situación “cuando se saquen la lotería.” (Travieso 1982: 11) Está claro que con la revolución se erradicaron tanto el analfabetismo y la indigencia, como los vicios y juegos de lotería, por lo que resulta fácil darse cuenta de que el relato tiene lugar antes de la llegada de Castro al poder.

El cuento se centra en el anhelo de Carlitos de convertir la bicicleta en un avión, lo cual deja asomar el sentimiento de inconformismo del narrador, que, en segunda persona, da instrucciones al individuo que armará ese regalo que, con tanto anhelo, ha pedido el niño, quien morirá antes de recibirla “por la caminata de los treinta kilómetros, por los palos de la policía, por la falta de calcio o por todo junto.” (Travieso 1982: 13) Ciertamente, como fiel representante de la narrativa de la década de los ochenta, el relato, “desenfadado, se centra en los asuntos

cotidianos, ordinarios, y sólo en las últimas líneas aparece el ‘desajuste’ violento.” (Huertas 1993: 87)

Las otras historias que preceden a esta acontecen también en la seudorrepública y por lo general hacen referencia a los abusos cometidos por sus gobernantes y a los males que aquejaban al país en aquel entonces. En el relato titulado “Persecución”, el protagonista es un individuo atemorizado por la posibilidad de ser apresado por los esbirros del régimen. El hombre recuerda cómo a uno de sus amigos “lo encontraron con treinta y dos perforaciones” (Travieso 1982: 39), y suponía que a otro de ellos, que en ese momento se encontraba encarcelado, “le estaban sacando las uñas.” (Travieso 1982: 39)

La siguiente historia, “El prisionero”, se basa en la declaración de varios ex colaboradores de la dictadura, quienes describen las torturas a las que sometían a los revolucionarios, todas ellas por mandato de El Coronel, con lo que los narradores tratan de evadir sus culpas, argumentando que solamente seguían las instrucciones de sus superiores.

En la mayoría de los relatos de este libro, a diferencia de *Los corderos beben vino*, que miraba más a los problemas del presente, se resaltan los defectos de la sociedad capitalista, no solamente en el aspecto social y económico, sino también la carencia de valores de algunos individuos, que se convierten en asesinos a sueldo. Incluso, cuando están a punto de ser juzgados, justifican sus acciones sin mostrar ni un asomo de arrepentimiento. Por ejemplo, uno de los victimarios afirma: “mi problema es no pasar hambre (...) yo viví muy bien (...) Usted sabe, eso de esperar la apelación me ha descontrolado un poco el estómago.” (Travieso 1982: 73)

Las historias suelen ser tristes, pesimistas y desoladoras. La primera de ellas, “P y M”, a la que ya nos hemos referido, trata de una mujer que monta en cólera y arremete contra su marido insultándolo, y cuando él se dispone a pegarle, un tercer personaje, que se identifica con el narrador, interviene y aplaca los ánimos en la pareja. Se supone que el narrador es un hijo, que intenta que la sangre

no llegue al río entre P (padre) y M (madre). P y M son los únicos cuyos nombres que no sabemos, ya que los personajes secundarios (la hija, los vecinos) son llamados por su nombre de pila. Eso es todo. Más adelante nos percatamos de que el relato continúa en un siguiente texto titulado “Leticia”, donde se cuenta la historia de la hija de P y M, una jovencita que había sido víctima de una situación marginal y un padre alcohólico. La joven había sido apresada, acusada de “escándalo público”, que parece ser prostitución, y M, la preocupada madre, debe acudir a la policía a buscar a la descarriada hija a quien, aparentemente, había perdido la sociedad capitalista.

En el relato “Persecución”, la narración gira alrededor de las barbaries cometidas por el gobierno batistiano, al que muchos reconocen como el más sanguinario de los regímenes que dominaron la nación. Por otro lado, en el cuento titulado “El prisionero”, encontramos tanto las declaraciones de los victimarios como de las víctimas: los esbirros de Batista y aquellos que vivieron la experiencia de la prisión. Uno de estos últimos relata cómo “Allí un compañero se volvió loco de remate... delante de él le violaron a la hija y a la mujer.” (Travieso 1982: 51) Al final del relato, vuelve el esbirro a tomar la palabra para intentar justificar los múltiples asesinatos, mientras que el tribunal revolucionario lo condena “a la pena máxima... La Habana, 10 de enero de 1959.” (Travieso 1982: 61)

Las voces narrativas varían en cada relato, a veces en primera persona, como en “P y M”, otras en segunda, como en “Arme una bicicleta para Carlitos”. En ocasiones intervienen varias voces, como en el último relato, “Larga es la lucha”. Los finales son siempre trágicos o desesperanzadores: el mendigo de “Periódico para el frío”, dormirá para siempre, Carlitos morirá sin su bicicleta, la moneda que tenía P para emborracharse resultó ser falsa, el esbirro será asesinado y el pícaro de “Hasta revolucionario” se quedará sin casa.

Hacia la mitad de este volumen advertimos un cambio en la orientación de los relatos y volvemos a encontrarnos el cuento titulado “Hasta revolucionario”, que ya habíamos visto en el volumen *Los corderos beben vino*, y cuya trama

transcurre en los primeros años del triunfo de la revolución. A este le seguirán “Nieve en la iglesia” y “Retorno a Tahití”. Todos ellos, como ya sabemos, a pesar de haber sido escritos anteriormente, recrean una época posterior: la etapa posrevolucionaria, por lo que se deja atrás la épica y el heroísmo de la lucha clandestina, para pasar a los primeros años de la Cuba socialista.

“Nieve en la iglesia” es una historia bastante singular, puesto que no sigue la línea del primer grupo de relatos, ni tampoco la del segundo. En ella aparecen matices de lo real maravilloso, pues la trama gira alrededor de una inmensa nevada que cae “un domingo de verano de treintaidós grados.” (Travieso 1982: 61) Con este acontecimiento, un gran grupo de feligreses que se encontraban en la iglesia, quedaron atrapados por la montaña de hielo que se acumuló alrededor del templo, impidiendo a la muchedumbre abandonar el lugar.

Podría afirmarse que la acción ocurre en Cuba, puesto que se mencionan aspectos ocurridos en las primeras décadas del proceso revolucionario. El narrador, de manera un tanto irónica, hace referencia a quienes habían concurrido a la misa: un ex boticario, pues las farmacias habían sido intervenidas al igual que todos los comercios o empresas de propietarios privados, también “algunos monaguillos, ex codueños de un bufete (...), con los papeles presentados y en ese momento trabajando en el feo oficio de basureros (agricultura-basura era su única alternativa).” (Travieso 1982: 61) En la isla, cuando se hacía referencia a “los papeles presentados,” quería decir que las personas habían solicitado la salida del país. Con la revolución se había eliminado la propiedad privada en un tiempo récord, en comparación con el resto de los países asiáticos o europeos de la órbita soviética. Ya a finales de 1960 se había cumplido el mandato del Manifiesto Comunista, ya que el 80% de la producción económica y el 100% de la propiedad inmobiliaria pertenecían al Estado. De esta manera, los “gusanos”, a quienes se les habían confiscado propiedades y que se encontraban en espera del turno para poder abandonar la nación, solamente tenían como opción de subsistencia,

mientras aguardaban por el permiso de salida, dedicarse a los oficios de agricultores o barrenderos.

Por otra parte, la revolución no veía con muy buenos ojos el hecho de asistir a misa. En 1961, durante la celebración del primero de mayo, Fidel Castro había anunciado la nacionalización de las escuelas privadas en la isla. Ya desde el inicio de la nueva sociedad se veían llegar los problemas entre la Iglesia y el Estado. El Presidente del Consejo de Estado cubano se refería así a los problemas con la institución: “conflictos de clase realmente, porque te explicaba que esa clase rica que tenía el monopolio de las iglesias trató de instrumentalizarlos y llevar a obispos, sacerdotes y católicos a posiciones contrarrevolucionarias.” (Betto 1985: 213)

En el año 1970 se llevó a cabo en la isla una zafra azucarera que debía ser un éxito (Pérez-Stable 1993: 192, Márquez Sterling y Márquez Sterling 1996: 320-321). El régimen estableció la movilización general del pueblo que en su totalidad se vio forzado a trabajar en ella hasta los domingos. El trabajo voluntario que había propuesto el Che Guevara se hizo realidad para cada uno de los ciudadanos en edad laboral: “La zafra de 1970, que prometía una cifra record de diez millones de toneladas de azúcar, demandó un esfuerzo descomunal de las reservas productivas y acabó comprometiendo, según Fidel, el honor de los cubanos [...]. Se declaró el Año Más Largo de la Historia, pues debía terminar en julio del 70 y no en diciembre del 69, y se cancelaron por decreto las fiestas de Nochebuena.” (Alberto 1997: 81)

La cancelación de las navidades era, aparentemente, una medida transitoria que se había implementado en aquel momento. El país necesitó la ayuda de muchos macheteros que no tuvieron celebraciones navideñas ese año. Al final, los cortadores de caña regresaron aliviados al lado de sus familias, la zafra fue un fracaso y el pueblo perdió la tradición decembrina durante más de 20 años. Como resultado de la suspensión de las festividades por tanto tiempo, esta fecha fue anulada como día feriado en el calendario cubano, hasta la llegada del Papa Karol

Jozef Wojtyla, en 1998 (Vázquez Montalbán 1998: 325-330). A partir de entonces, se regresó a las celebraciones de algunas festividades de carácter religioso y los cubanos pudieron asistir nuevamente a las iglesias sin temor a ser amonestados.

Visto esto, pudiera pensarse que aquel viento frío que “golpeó sobre las cabezas de los fieles de los últimos bancos” (Travieso 1982: 85), que recuerda al viento devastador de la obra de García Márquez, fue el aviso de todo lo que sobrevendría más adelante, tanto para los católicos opositores como para los ateos contrarrevolucionarios residentes en la isla. En la historia, la nieve llegó a alcanzar tres metros, cinco personas murieron congeladas, se encontraban aislados, hambrientos y casi llegaron a estar convencidos de que iban a morir. Podría ser este el momento de confusión por el que atravesaron tantos isleños, quienes al no estar plenamente de acuerdo con las medidas revolucionarias, decidieron abandonar la patria, pasando numerosas vicisitudes hasta que llegara el ansiado momento de la partida.

Luego de varios días dejó de nevar y una extraña carta llegó a manos de la madre del narrador, quien cuenta los sucesos vividos por él y los suyos. La misiva había quedado en blanco, el agua de la nieve había borrado las letras, lo que produjo un gran desconcierto, de modo paralelo a la situación paradójica en que quedó la isla, desconectada del resto del mundo, en el momento en que el nuevo gobierno decretó que se controlarían los viajes, las llamadas, las cartas recibidas del extranjero, la circulación de la prensa y los programas de televisión que se podían ver en el país. Por ello, el joven de nuestro relato afirma que los sobrevivientes quedaron sin saber qué hacer. El final, como los anteriores, vuelve a ser pesimista: “Desde entonces, mamá enloquecida, se dedica a cantar y nosotros nos alimentamos como podemos”. (Travieso 1982: 93)

Como para cerrar con broche de oro, contrastando con el resto de las historias, Travieso coloca al final de su volumen un cuento que lleva el mismo título que el libro, “Larga es la lucha”. Esta historia, a diferencia de las anteriores, tiene lugar en la etapa posterior al triunfo de la revolución. Se trata de un juicio

donde al acusado se le imputan delitos de contrarrevolución y actos contra la seguridad del Estado cubano. Mientras el reo se encuentra en espera del veredicto final, él irá rememorando su vida, desde la niñez hasta el presente, al mismo tiempo que el juicio va pasando por las diferentes etapas: interrogatorio, deliberación, sentencia.

En cada una de estas facetas, el narrador recuerda algún aspecto de su vida. Comienza evocando su júbilo ante el triunfo de la revolución, y su participación en la lucha clandestina contra Fulgencio Batista. Recuerda la imagen de los amigos que cayeron en la contienda, y “con qué fuerza nos abrazamos” (Travieso 1982: 106) cuando se supo que el tirano había huido. Luego llega la decepción y piensa que “ojalá me hubiesen matado en la calle Ayestarán.” (Travieso 1982: 106) Recuerda asimismo las sabias palabras de un viejo amigo: “Todos caerán y la Revolución se fortalecerá.” (Travieso 1982: 108) Luego de la fase de deliberación, el tribunal dicta sentencia: pena de muerte. No hay escapatoria posible, y el condenado escucha una voz que afirma: “Te fusila la Revolución (...) hay que acabar con gente como tú.” (Travieso 1982: 112)

Muchos años más tarde, ocurrirá en la isla un acontecimiento que recordará este pasaje. Uno de los hechos de la historia de Cuba que hizo estremecer al país: el fusilamiento del General de División Arnaldo Ochoa el 13 de Julio de 1989 (Pérez-Stable 1993: 273-275, Esteban y Panichelli 2004: 275-289). Él ostentaba uno de los más altos títulos honorarios de las fuerzas armadas, el de “Héroe de la República de Cuba”, orden que solamente el Coronel Ibarra había alcanzado hasta aquel momento. Era una de las pocas personas que podía llamar a Fidel Castro de tú, además era muy querido entre los militares y había recibido su nombramiento por méritos propios, pues había peleado en la Sierra Maestra con el ejército rebelde. Para entonces se encontraba a cargo de las fuerzas nacionales que luchaban en la guerra de Angola, de donde fue trasladado a La Habana y reemplazado en su cargo de General de División. Hasta aquel momento todos en la isla habían escuchado que era un revolucionario por convicción. Sin embargo, un

triste día Ochoa fue acusado de delitos morales y corrupción, condenado en un juicio ejemplarizante y fusilado también, como el personaje del cuento, “por la revolución”. Sus últimas palabras fueron “Sólo quiero que sepan que no soy un traidor.” (Oppenheimer 1992: 21) Su muerte fue el símbolo de que una etapa importante estaba terminando, y otra, más incierta, abría las puertas al desconcierto y la falta de esperanzas. Existe un curioso paralelismo en el proceso descrito por Travieso a principios de los ochenta y el acontecimiento real que ocurriría en 1989 con Ochoa, lo que significa más bien que el caso Ochoa fue la repetición de muchos casos que habían tenido lugar desde 1959 con personajes a los que la revolución detestaba, más por motivos políticos que de orden público o delitos comunes.

Paradójicamente, son los relatos que el escritor retoma del libro *Los corderos beben vino* e incorpora en el volumen *Larga es la lucha* los que reflejan características que coinciden con la narrativa de los años ochenta. El humor y la ironía, por ejemplo, aparecen en los relatos “Hasta revolucionario” y “Nieve en la iglesia”, buscando quizá “recuperar la espontaneidad y desencartonar el hecho artístico” (Huertas 1993: 26), cosa que no sucede en los de la primera y última parte del libro, que hacen referencia a temas más serios como la lucha clandestina o los fusilamientos a esbirros y traidores a la revolución cubana. Sería, por tanto, el momento en el que desaparece la gravedad que ha habido hasta entonces en la narrativa de Travieso y comienza el momento de ofrecer situaciones más ambiguas, menos ligadas a la historia oficial y más acordes con lo que, en esos momentos, ya se conoce como “nueva novela histórica” o “narrativa posmoderna”, y que en la literatura cubana han ensayado con éxito Alejo Carpentier en su última etapa, Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy y Reinaldo Arenas desde el exilio, y que empieza a ser un elemento novedoso en escritores de la generación de Travieso como Jesús Díaz, Senel Paz (algo más joven) o Antonio Benítez Rojo.

Larga es la lucha presenta un conjunto de relatos menos atrevidos que, si los leemos pensando en el orden en que acontecen los hechos históricos sucedidos

en la isla, podría parecer que el libro presenta la historia última de Cuba contada cronológicamente, mediante relatos breves: la lucha clandestina, la euforia del triunfo de la revolución y la esperanza de la transición hacia una sociedad igualitaria y justa, luego la decepción de algunos, la deserción de otros, la resignación y el desconcierto posterior. Esta vez la narrativa, como en la mayoría de las obras pertenecientes a la década de los ochenta, no se centra en el héroe ni en el acontecimiento colectivo, sino en la “visión individual y cotidiana, en la cara aparentemente irrelevante que no constataría en un cronista épico.” (Huertas 1993: 31) En fin, las historias relatadas en el libro verifican la larga lucha que ha tenido librar el pueblo y a la que, quizá producto de los errores pasados, los isleños se enfrentan aún.

3.2. La incursión en un nuevo género: La novela.

La primera novela de Julio Travieso, *Para matar al lobo*, publicada en 1970, es un reflejo de la épica revolucionaria, que inspiró a la generación de escritores de los años sesenta y principios de los setenta. La obra es un vivo ejemplo de lo que fue la narrativa de los años setenta, donde un determinado hecho histórico, que casi siempre se refería a la revolución cubana, ocupaba el protagonismo de la mayoría de las narraciones. Esta novela se desarrolla en La Habana, durante la época histórica de la seudorrepública, y describe detalladamente la lucha del movimiento clandestino contra el régimen de Batista.

En el relato se exalta el heroísmo de los combatientes revolucionarios, quienes se encontraban dispuestos a dar sus vidas por la causa de la libertad de su patria, así como por el logro de un sueño de libertad y justicia social que, por aquel entonces, no era un anhelo exclusivo de Cuba, sino que caracterizaba a toda América Hispánica, Asia y África. En la novela, la acción ocurre y finaliza antes

de 1959. La narración se compone de los relatos de un narrador omnisciente, que va informando al lector de cómo transcurría la lucha clandestina, y de las torturas a las que eran sometidos aquellos prisioneros que, desafortunadamente, eran víctimas del ambiente de temor que reinaba en la ciudad durante los tiempos de la dictadura. También el escritor intercala monólogos y confesiones, tanto de esbirros como de revolucionarios, haciendo más verídica la historia y dejando traslucir los miedos, esperanzas y estados de ánimo de los personajes.

Para matar al lobo es una novela de personajes poco dibujados o elaborados. En ningún momento se ahonda en la psicología de los individuos ni en sus reflexiones. El amor tampoco es tratado con profundidad. En el relato se hace referencia al descubrimiento de las primeras pasiones de los jóvenes luchadores que componen la historia, pero el narrador pone el énfasis, sobre todo, en el amor a la revolución cubana, de un modo más vehemente que el propio despertar del sentimiento amoroso.

La obra cuenta con escasos diálogos, y predomina más bien la narración en tercera y primera persona. Lo más significativo de la historia es el heroísmo, el sacrificio de quienes luchan por eliminar al lobo, que simboliza al Coronel, al que asediaban y vigilaban sin descanso, pues su muerte significaba el triunfo del movimiento revolucionario y con este el comienzo de la victoria, por lo que al referirse a los amigos desaparecidos, o tal vez muertos, Fernando afirma: “Pero valía la pena.” (Travieso 1976: 185) Como podemos imaginar, esta novela pertenece a un concepto clásico de narrativa histórica, en la que no se cuestiona el sentido que la historiografía oficial ha dado a los acontecimientos hasta entonces. No hay elementos posmodernos ni actitudes deslegitimadoras.

Su siguiente novela, *Cuando la noche muera*, fue publicada en la época del *posboom*, específicamente en 1981. A pesar de haber sido escrita en los años ochenta, no será exactamente una obra representativa de dicho movimiento. Ya sabemos que la literatura de esta década se centra en el individuo y el mundo que lo rodea, con el cual interactúa. Por lo general, las historias de los ochenta recrean

una época cercana al momento en que se encuentra viviendo el escritor mismo. Sin embargo, en el libro de Travieso la historia se remontará al siglo XIX, abordando la épica de la lucha mambisa durante el coloniaje español, los abusos de los gobernantes durante este período y el comienzo de la guerra de independencia que duraría diez años.

En la primera página encontramos una frase del Che: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea”, lo que hace pensar al lector que, como en *Para matar al lobo*, la novela se enfocará en la exaltación de la lucha revolucionaria, basándose en los acontecimientos históricos y no en el hombre en particular, como lo suele hacer la generación del *posboom*. Sin embargo, a medida que nos adentramos en la lectura, descubrimos una historia mucho más elaborada e interesante que la de la anterior novela. En *Cuando la noche muera* advertimos una mezcla de características de la generación del *boom* y algunas notas del *posboom*, que comienzan a asomar en la literatura de nuestro escritor. Al igual que los escritores de la década de los ochenta, Julio enmarca los hechos de su novela en un lugar, tiempo y espacio determinados, que es en este caso la Cuba de la época de la independencia, escapando así de la tendencia de los integrantes del *boom*, que colocaban los sucesos de sus obras en lugares míticos y espacios o lugares simbólicos.

Según Begoña Huertas, existen dos tipos de narrativa en la época de los ochenta, el primer tipo sería aquel que “vuelve la mirada hacia la infancia, la adolescencia de un personaje instalado ya en su madurez.”(Huertas 1993: 70) En el segundo grupo, la narración giraría “en torno a un elemento circunstancial, situado en un presente inmediato y con una perspectiva menos abarcadora.” (Huertas 1993: 70) *Cuando la noche muera* no pertenece ni a un grupo ni al otro, pues la historia se desarrolla durante el estallido de la guerra de independencia, en 1868, o sea, un siglo atrás. La mayor parte de los escritores del *posboom* cubano centran su atención en la problemática del país de una etapa difícil en la historia de la isla que se llamó “período de rectificación de errores” (Pérez-Stable 1993: 257-

270), proceso similar a la Perestroika llevada a cabo en Rusia. Skármeta afirma, refiriéndose a los narradores de esta etapa: “nosotros nos acercamos a la cotidianidad con la obsesión de un miope” (Xaubet: 1989). Por el contrario, Travieso vuelca su mirada al siglo XIX, para contar una historia de amor que se ve truncada por los avatares de la guerra. Lo único que le acerca al ámbito de la literatura hispanoamericana del momento es el gradual resurgimiento de la novela histórica, tendencia que en Cuba es más leve en esos momentos, no así en los noventa y el nuevo siglo.

Podríamos por ello afirmar que *Cuando la noche muera* participa de ciertos rasgos que lo acercan a lo que fue en el siglo anterior el género épico-romántico, lo que para nada tiene que ver con la naciente literatura que comenzaba a abrirse paso en la isla. Dicha corriente, como ya hemos abordado en el capítulo anterior, se caracterizó por enfocarse en el hombre mismo, sus pasiones y deseos, yendo de lo general a lo particular y convirtiendo lo maravilloso en cotidiano. Los temas que toca esta novela tienen pocos elementos en común con la literatura de su tiempo, cuyas historias se caracterizan por el humor y las reflexiones acerca de problemas cotidianos. *Cuando la noche muera* exalta los valores de quienes llevaron a cabo la lucha insurrecta contra el colonialismo español, ideal que se enaltece y se superpone a cualquier sentimiento, deseo o sueño de los personajes, por lo que el amor se encuentra supeditado a un anhelo de libertad.

El comienzo de la trama se sitúa en Bayamo, el siete de octubre de 1868, con el estallido de la Guerra de los Diez Años. La historia comienza con una misiva que recibe el Capitán General de la isla, donde se le alerta de un posible levantamiento en armas que preparan algunos hacendados independentistas de la región oriental del país. El momento descrito es uno de los más trascendentales de la historia de Cuba. En el ingenio La Demajagua, un grupo de hombres liderados por Carlos Manuel de Céspedes organiza el levantamiento armado que les llevará a lograr la independencia de Cuba y la abolición de la esclavitud (Thomas 1973: I, 325-327).

La narración es circular. Al principio del relato aparece Agustín Santa Rosa, que se presenta como un condenado a muerte que deja su nombre escrito con sangre en la celda, pues es consciente de que morirá “cuando la noche muera.” (Travieso 1983: 21) Luego, la historia regresa al pasado y nos enteramos de los detalles de su vida, sus amores y las causas por las que el revolucionario ha ido a parar a la cárcel. La historia de su vida se entrelaza con el hecho real, el alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en Oriente. Al final, este mismo hombre que espera el amanecer, morirá por la libertad, por Cuba.

Más adelante, la narración vuelve a centrarse en la conspiración contra el gobierno y esta vez el autor muestra cómo el momento histórico incide en los individuos, condicionando sus pensamientos, opiniones o puntos de vista diferentes, e influyendo directamente en sus comportamientos y actitudes. Uno de los conspiradores, Agustín Santa Rosa, dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias en la batalla contra los españoles, actúa bajo el total convencimiento de que “la única vía de transmitir exactamente los sentimientos es la acción. Matar y morir.” (Travieso 1983: 30)

Gaspar Rojas, su ex compañero de lucha, había abandonado el ideal de independencia para vivir cómodamente en la colonia, con dinero y esclavos a su disposición. Desde su experiencia, opina acerca de sus compatriotas y su testimonio resulta poco alentador, pues “los cubanos son honrados porque saben hacer reverencias. Ninguno dice nada, ninguno. Solo algunos no hacen reverencia, pero tampoco dicen nada. No tienen suficiente valor.” (Travieso 1983: 31) Las palabras del cubano recuerdan a las del escritor habanero Miguel de Carrión, quien al referirse a sus compatriotas expresara: “el cubano, por su condición, solo sabe vivir del fraude” (Yedra 1975: 144). El autor de tan notables novelas como *Las impuras* y *Las honradas* no creía en el futuro brillante que se le auguraba a Cuba durante la época de las vacas gordas. Carrión se lamentaba de que la nueva nación “inauguraba la corrupción explotando los hábitos heredados por la administración colonial” (Yedra 1975: 143), y al no tener fe en sus paisanos predijo la desgracia

que recaería sobre su país. De igual forma, Gaspar Rojas comenta: “he perdido la confianza en las capacidades de este pueblo para exigir sus derechos.” (Travieso 1983: 31) La desconfianza en el pueblo cubano para desarrollarse moral o políticamente es un lugar común en las novelas de Travieso, que parece decirnos con el conjunto de su obra que estamos ante una sociedad enfermiza, como veremos más detenidamente al analizar *El polvo y el oro*. Por eso, la circularidad con que está estructurada la novela remite a la idea de que la isla se repite (Benítez Rojo 1989: 16), y que todas las historias son la misma historia. De hecho, Agustín Santa Rosa volverá a aparecer en *El polvo y el oro*, relacionado incluso con alguno de los miembros de la familia Valle, protagonista de la novela y punto de encuentro de las sucesivas repeticiones que se han dado en la historia de la isla (Esteban 2006: 288), y que generalmente hacen referencia a una posible maldición que asola a Cuba desde su ingreso en la historia (Arenas 1999: 176, Travieso 1999: 525, Ares 1991: 153-154, Carrión 2011: 289-290, Del Risco y García 2007: 281-282), y que entronca con esa literatura de corte naturalista que se dio a principio el siglo XX en Cuba y cuyo máximo representante es Carrión, como ya hemos adelantado al inicio de esta comparación.

En la novela aparecen diferentes voces narrativas. La historia está contada por diversos personajes, desde sus particulares puntos de vista, lo que otorga veracidad y credibilidad al relato. Uno de ellos, el señor José Fernández Trelles, reflexiona acerca de la situación política y social del país y defiende sus ideas y postura ante el gobierno. Él había apoyado las ideas anexionistas y más tarde se había convertido en reformista, con lo que mantiene la esperanza en la posible independencia de la nación. Sin embargo, en ocasiones deja asomar cierto matiz de pesimismo, pues le preocupan las consecuencias de la abolición de la esclavitud. El hombre compara a Cuba con la sociedad romana “tiranizada por César y luego arrasada por los bárbaros.” (Travieso 1983: 21) En el caso de la isla los bárbaros serían los negros esclavos, los que para él, por su condición de

animales, podrían causar grandes daños a la nación, sobre todo teniendo en cuenta lo que pasó en lugares como Haití.

Además de Fernández Trelles, hay otros personajes que, en primera persona, exponen sus preocupaciones, sentimientos, planes, contradicciones y conflictos. Agustín Santa Rosa, por ejemplo, se debate entre el amor que siente por María, la sobrina de su amigo y el compromiso que ha adquirido de luchar, a cualquier precio, por la libertad de Cuba. También Gaspar Rojas, tío de María, quien en otra época había conspirado contra el gobierno, y al convertirse en hacendado prefirió dejar a un lado los asuntos relacionados con la política, manifiesta su temor a ser descubierto ayudando a un cubano desleal a la corona, que para colmo se había convertido en prófugo de la justicia. A pesar de que el personaje intenta vivir una vida sosegada, su tranquilidad desaparece para siempre cuando Santa Rosa viene a pedirle dinero para la causa revolucionaria y protección ante la persecución de las autoridades.

En la obra también podemos encontrar ejemplos de narración en segunda persona, recurso que ya había usado Travieso en algunos de sus relatos y que se hace frecuente en la narrativa de los escritores de la década de los ochenta. En este caso, la segunda persona le habla al jefe de la policía, quien está dispuesto a terminar con la vida de los conspiradores, pues necesita quedar bien con el rey y el Capitán General. Por último, aparece asimismo el narrador omnisciente, que relata acontecimientos históricos verídicos acaecidos en Cuba: El grito de Yara, las reuniones de Carlos Manuel de Céspedes en su Ingenio, La Demajagua, la participación de algunos personajes históricos como Perucho Figueredo, quien más tarde redactara la letra del himno nacional, etc.

Esto último le otorga a la obra un interés especial dentro de la perspectiva de la narrativa histórica, puesto que los episodios de la historia real ocurren de manera simultánea a los sucesos de ficción, mezclándose con ellos, aunque el centro de atención se encuentra en los personajes que ha creado la imaginación del autor, que además se expresan cada uno a su manera, cediéndose o acaparando el

punto de vista, según se hable en primera, segunda o tercera persona. Para otorgar aún mayor verosimilitud a la historia, encontraremos una serie de cartas, expedientes judiciales, documentos oficiales, recortes de periódico y partidas de nacimiento de ciertos personajes, que en la narrativa histórica suelen adornar el hecho narrado con un toque de autenticidad, y nos vamos, así, acercando a los últimos procedimientos de la nueva novela histórica, que combina narración con una variada documentación (Gálvez 2006: 174, Aínsa 2003: 59-66), siendo esta una parte más del *modus operandi* de la propia narración. Aínsa cita, entre otros recursos “reales” que se introducen en la historia como parte de la narrativa histórica actual, no solo documentos, recortes de periódicos, partidas de nacimiento, expedientes judiciales, como en Travieso, sino también “íconos, gráficos, graffitis, publicidad y todo tipo de soportes visuales” (Aínsa 2003: 61).

El lenguaje empleado en la novela, tanto por el narrador como por los personajes protagónicos, es culto y refinado, ya que el género histórico pretende adecuar el tono a la época que se describe, lo que marca una diferencia con la mayoría de los escritores del *posboom*, que suelen hacer uso de un lenguaje sencillo, fácil y en ocasiones hasta vulgar. En este sentido, la novela tiene muchas más similitudes con el estilo de los integrantes del *boom*. En algunos pasajes de la narración recordamos al Carpentier de *El siglo de las luces*, envuelto una especie de culteranismo, y haciendo referencia, además, al pensamiento cartesiano, o a “Virgilio, Dante, El Quijote, Miguel Ángel, Copérnico, etc., etc.” (Carpentier 1974: 27) En la novela de Travieso se hace referencia a los filósofos clásicos: “Séneca afirmaba que no existía la pelea amistosa” (Travieso 1983: 34). En ocasiones hace alusión al ocaso del esplendor de Roma, y como lo hacía su paisano Alejo Carpentier en obras como *El recurso del método*, compara la sociedad romana con el sistema político de la isla: “Cuánto se asemeja esto a los últimos tiempos del Imperio Romano, cuando los emperadores se elegían entre la chusma de los campamentos. Hermoso y absurdo país España.” (Travieso 1983: 35)

Si bien es cierto que *Cuando la noche muera* no es una novela donde se analicen o describan marcadas pasiones o amores locos, en algunas escenas podemos encontrar matices de erotismo. Es el caso de la relación entre Gaspar Rojas, tío de la bella María, y Victoria, una mujer de vida alegre y dudosa reputación. Ella mantendrá, al mismo tiempo, relaciones con el señor Rojas y el jefe de la policía, Barón de Alcázar, sacando el máximo provecho de ambos y traicionando al más débil, Gaspar Rojas, para quedar bien con el amante poderoso, lo que podría constituir, también, una especie de homenaje a la gran novela histórica cubana del siglo XIX, *Cecilia Valdés*. Al describir a Victoria, el narrador apunta: “Su bata transparente dejaba ver unos senos duros, puntiagudos y desafiantes.” (Travieso 1983: 154) Es únicamente al referirse a este personaje cuando descubrimos en la narración un lenguaje desenfadado y coloquial, sin ningún tipo de refinamiento. En las cartas de la mujer a su amante, el jefe de la policía le llama Palomo o Pichón, contrastando con las frases de amor idílico que se profesan María y Agustín en sus misivas. Victoria escribe al Barón de Alcázar para informarle que, gracias a sus averiguaciones y artimañas, han apresado a Gaspar. La mujer se regocija, se burla del miedo que sentía su amante cuando lo detuvieron, quien le suplicó que avisara a su sobrina y secretario, ante lo cual ella confiesa: “me miraba como un buey que llevan al matadero. ¡A tu madre es a la que voy a avisar! -me dije yo.” (Travieso 1983: 227)

En la obra, el tratamiento del amor entre los protagonistas no dista demasiado de su anterior obra, *Para matar al lobo*. La diferencia entre las dos radica en que en *Cuando la noche muera* nos adentramos un poco más en los sentimientos y pensamientos de los personajes, quienes monologan acerca de lo que anhelan, sufren y sienten. En esta novela hay marcadas diferencias con algunos de los relatos publicados por Travieso, donde la pasión y la sensualidad resultan ser elementos visibles y tangibles, en lugar de los sentimientos de tipo espiritual. Fue el caso del amor loco de los protagonistas en el relato “Retorno a Tahití”, o el matiz de erotismo presente en “Hasta revolucionario”. En *Cuando la*

noche muera, el idilio entre Agustín Santa Rosa y su novia María se manifiesta de una manera más bien romántica, su historia de amor es una historia semejante a una novela del siglo XIX. Al pensar en ella, el joven sentía “deseos de reír, de saltar, de correr, de volver atrás.” (Travieso 1983: 36) Es algo que va a ocurrir también en *El polvo y el oro*, novela en la que transcurren casi dos siglos y el lenguaje y las costumbres van cambiando conforme avanza el tiempo cronológico, que no es el mismo que el del relato, ya que hay continuos *flashbacks* de un siglo a otro.

En *Cuando la noche muera*, prácticamente desaparece la sensualidad que había caracterizado los relatos del escritor cubano en los años sesenta, y en su defecto describe el amor entre Agustín y María como un sentimiento apacible, ensoñador y sacrificado, no tan apasionado como en sus previos relatos del volumen titulado *Los corderos beben vino*, ni como lo que luego lo será en su novela *Llueve sobre la Habana*. No hay entre María Mercader y Agustín Santa Rosa escenas de pasión, ni asomo del amor carnal. Al parecer, estos pasan una noche juntos, pues ella acudió a buscarle a su escondite, cuando el ferviente enamorado se encontraba prófugo de la justicia. Hay que suponer que los amantes se entregan esa noche; sin embargo, el narrador no describe la escena, no aporta detalles del suceso, solo se dice que Santa Rosa cierra la puerta del cuarto y que la pareja se despide “cuando el sol se perdía en el horizonte.” (Travieso 1983: 160)

Indudablemente, el centro de atención de la historia lo constituye la lucha independentista, el patriotismo, el relevante hecho histórico del levantamiento en el ingenio La Demajagua, y el heroísmo de quienes lucharon y murieron por la libertad. Es por ello que, aunque en esta novela los personajes están más trabajados que en la anterior, los sentimientos no se describen a fondo, ni tampoco las escenas de amor carnal, y es que el mayor sentimiento, el que domina y triunfa, es el amor a la patria, sentimiento que destaca por encima de todo y de todos. En ese sentido, la estructura del relato difiere de las novelas hispanoamericanas que trataban sobre esa época, escritas en los mismos años en que transcurren los

acontecimientos, cuyo máximo símbolo es *Amalia*, de José Mármol, la cual es, al mismo tiempo, uno de los primeros monumentos de la novela histórica en el subcontinente hispanoamericano. Aunque las tramas podrían ser paralelas (una historia de revolucionarios u opositores entremezclada con una historia de amor), la novela romántica pone tanto énfasis en el episodio político como en el trasunto amoroso, mientras que en Travieso, un escritor contemporáneo que se introduce en la novela histórica, la trama amorosa queda velada y sobreentendida para que destaque el tono heroico de la lucha revolucionaria.

Desde el exilio, Agustín le escribe a María, pidiéndole que no intente reunirse con él, pues en ese momento se encuentra enfrascado en preparar y organizar la lucha. El enamorado afirma: “muy pronto el sol de Cuba alumbrará para mí.” (Travieso 1983: 302) María no se siente ofendida al ver que su amante antepone el deber de la lucha por la independencia al deseo de reunirse con ella; por el contrario, la muchacha opta por convertirse en mambisa. Siguiendo el ideal de lucha del hombre amado, ella decide internarse en el monte junto a un grupo de insurrectos. Un triste día, mientras María curaba a los enfermos del campamento, fue atrapada, ultrajada, violada y asesinada por un grupo de cubanos que rondaban la zona, al servicio del ejército español, cazando mambises. En este aspecto, la novela de Travieso sí coincide con el modelo de conclusión de las novelas románticas, en las que, por una u otra razón, el amor no puede consumarse y la pareja es finalmente separada, incluso por la muerte de uno de ellos o de los dos, casi siempre de la mujer. Esta secuela romántica, por otro lado, remite también por analogía a la épica de la revolución. En obras anteriores, cuando Travieso quería alinearse con la epopeya, lo hacía directamente, presentando héroes que daban su vida por la patria en la lucha clandestina de los años cincuenta. Ahora lo hace por paralelismo con héroes históricos que pueden recordarnos a aquellos que nosotros hemos conocido y que ya no están porque ofrecieron su vida para que nosotros viéramos los frutos de la revolución que ya ha triunfado, algo parecido a lo que

Fernández Retamar describe en su poema “El Otro”, del 1 de enero de 1959, en el que se pregunta:

Nosotros, los sobrevivientes,
¿A quiénes debemos la sobrevida?
¿Quién se murió por mí en la ergástula,
Quién recibió la bala mía,
La para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
Sus huesos quedando en los míos,
Los ojos que le arrancaron, viendo
Por la mirada de mi cara,
Y la mano que no es su mano,
Que no es ya tampoco la mía,
Escribiendo palabras rotas
Donde él no está, en la sobrevida?

(Esteban y Gallego 2008: 701)

La muerte de María se acerca claramente a la de algunas heroínas que murieron en los enfrentamientos contra Batista, bien en las ciudades, bien en la Sierra Maestra. Otras no murieron, y tuvieron un gran protagonismo en la implantación del régimen que sucedió al triunfo revolucionario, como Celia Sánchez, Haydée Santamaría, Melba Hernández, Vilma Espín, María Antonia Figueroa, Asela de los Santos, etc. Mientras la analogía le sirve aquí a Travieso para la exaltación de la épica revolucionaria, ya hemos visto al final del capítulo anterior cómo a partir de los noventa esta clase de comparaciones sirven más bien para deslegitimar la historia oficial y establecer un pensamiento crítico sin nombrar directamente el blanco de los ataques, como hace Leonado Padura con

Fidel Castro cuando lo compara indirectamente con Tacón en *La novela de mi vida* o con Stalin en *El hombre que amaba a los perros*.

Pero hay más diferencias entre esta novela y las obras más representativas de la década de los ochenta. La escena de la violación de María, por ejemplo, lejos de ser cruda y gráfica como algunas de las narraciones de esta época, se presenta como una serie de acontecimientos más bien simbólicos, que nos hacen inferir lo sucedido sin que el escritor lo exprese claramente: “Jadeando, Federicón se dejó caer sobre María (...), poco después Federicón se inmovilizó. Cesó de jadear y con trabajo se alzó de la cama cerrándose la bragueta.” (Travieso 1983: 309)

La muerte de la chica tampoco es demasiado explícita o evidente. Se infiere al leer la frase: “Afuera, el sol cubría todo el horizonte de un rojo sangre.” (Travieso 1983: 309) Al final de la historia, cuando Agustín es condenado a pena de muerte, sus últimas palabras no son para la mujer amada, sino para la causa de la libertad: “Hermanos -continuó gritando mientras avanzaba- muero por Cuba, la libertad y la vida.” (Travieso 1983: 309)

La novela termina con una carta escrita por Francisco Javier Cisneros, personaje real en la historia de la nación cubana, ingeniero separatista, quien había militado en un grupo político que luchaba por la independencia del país. Más tarde, desde Nueva York, Cisneros siguió apoyando la causa de la independencia, incluso con la financiación económica, hasta su muerte. En la misiva que escribe a un amigo radicado en la Cuba, el ingeniero denuncia los abusos cometidos por el gobierno de España y por los isleños a su servicio. Por esta vía nos enteramos de que Gaspar Rojas había aparecido muerto en La Habana, “en circunstancias misteriosas” (Travieso 1983: 318). Evidentemente, el lector sabe a manos de quién fue ajusticiado. También el patriota cubano relata cómo a María, después de violarla toda la tropa del ejército español, “le cortaron la lengua y por último la machetearon.” (Travieso 1983: 318) El final de la epístola es alentador, refleja el anhelo de esperanza, una declaración de fe en la inminente independencia. Cisneros confía en que la próxima expedición que salga hacia Cuba, con armas y

provisiones para los insurrectos, dará al traste con el gobierno de la colonia, y manifiesta su disposición de cambiar la pluma por el fusil, despidiéndose con la frase ¡Patria y Libertad!

Una vez más, la obra nos hace recordar la literatura de la década anterior, en la que los miembros de la generación del *boom* emitían un mensaje de esperanza, para construir una América Hspánica sin injerencia de gobiernos corruptos ni de extranjeras potencias poderosas, dispuestas a usurpar la soberanía de los países de Hispanoamérica. El grito de libertad de Cisneros es el de tantos escritores hispanoamericanos que soñaban con una América autónoma e independiente. Pero también nos remite, como hemos apuntado, a la narrativa de los comienzos de la revolución, en la que se exaltaba los diferentes heroísmos protagonizados por los próceres de la historia de Cuba, reinterpretándolos a la luz del triunfo de la revolución del 59, y sugiriendo un cambio de perspectiva histórica que afectó hasta la figura del propio Martí, convertido a partir de entonces en un antecedente del proyecto de Fidel Castro. (Ette 1995)

3.3 Nuevo giro en la narrativa histórica: del romanticismo épico al realismo romántico.

Como ya hemos mencionado en el capítulo anterior, a partir de la década de los noventa la economía de la isla sufrió un fuerte resquebrajamiento y con ello cambió radicalmente el panorama social y político de la isla. Así, junto a estas transformaciones, el curso de la narrativa cubana tomó un nuevo rumbo. Julio Travieso es uno de tantos ejemplos de escritores que comenzaron a contar historias totalmente novedosas en dicho período, abordando temas que habían sido tabú en épocas pasadas y que en los años noventa, ante el inesperado auge de ciertos problemas sociales como la prostitución, el proxenetismo, la salida ilegal del país, etc., no hubo más remedio que comprometerse con la realidad y mirar al presente

convulso. En una entrevista publicada en el diario Juventud Rebelde, el 10 de Octubre del 2009, Travieso manifestaba: “Hay autores que se pasan toda una vida repitiendo uno o dos temas, con algunas modificaciones, pero siempre, más o menos, en el mismo escenario. Esto comprende a escritores internacionales de altísimo prestigio. Yo no puedo ser así. Parto del criterio de que todo debe cambiar, en la literatura y en la vida, pues lo que no se transforma se inmoviliza y, a la larga, se pudre.” (Travieso 2009b)

Evidentemente, la temática tratada por el escritor cubano toma una nueva vereda, dando paso a una nueva etapa en la narrativa cubana, esta vez para abordar los conflictos que aquejaban a los ciudadanos del momento histórico que se estaba viviendo. Eso es exactamente lo que hace la literatura de la década de los noventa: reflejar la cruda y difícil realidad de la sociedad isleña en el “período más negro de aquella economía” (Esteban 2008: 15) que, como ya sabemos, será denominado “período especial.” Después de la caída del muro de Berlín en 1989, el pueblo de Cuba perdió la ayuda de la antigua URSS, enfrentando la fase de “opción cero,” que significaba escasez de todo, incluyendo los artículos de primera necesidad como el jabón, la leche, el papel higiénico, entre otros.

Ante tales circunstancias surge una generación de escritores que se conocerá como “los novísimos” (Redonet 1999) y que decide relatar esa historia que les toca presenciar y dentro de la cual deben sobrevivir. Estos narradores ya no se remiten al pasado, sino que cuentan, con crudeza y exactitud, el impacto de nuevas leyes como la despenalización del dólar, la llegada a la isla de los turistas extranjeros a la caza de prostitutas baratas, quienes se vendían por un plato de comida o una invitación a pasar noche en Tropicana. Los novísimos inician una nueva etapa en la literatura cubana: “El punto de arranque de los noventa lo da Senel Paz con su singular relato ‘El lobo, el bosque y el hombre nuevo’.” (Esteban 2008: 16) Los temas que se van a tratar en este nuevo período se separan completamente de la concepción marxista de la historia, las descripciones de acontecimientos colectivos y el análisis del individuo como ser social, pasando a

la individualización de los personajes de cada historia, describiendo sus miedos, deseos, pasiones, bajos instintos, en una literatura donde “la ironía, lo grotesco y lo absurdo, el realismo sucio, pueden aparecer con frecuencia.” (Esteban 2008: 18) Durante esta época, el intelectual cubano se encontró inmerso, súbitamente, en una sociedad que se empezaba a contagiar de las costumbres del capitalismo que tanto se habían criticado a principios de la revolución. Para colmo de males, la búsqueda incesante de dólares por parte de la población propició el auge del jineterismo y el proxenetismo, lo cual trajo consigo la llegada a la isla de enfermedades venéreas como el SIDA (Valle 2006). Eran tiempos difíciles, en los que muchos intelectuales abandonaron sus profesiones para trabajar en hoteles y corporaciones extranjeras, ejerciendo oficios de camareros, cocineros, recepcionistas, etc., cualquier cosa con tal de tener acceso al turismo y a la adquisición de divisas. Esta es precisamente la realidad que Julio Travieso refleja en su novela *Llueve sobre La Habana*, en la que recrea una historia de amor apasionado entre un permutero y una jinetera.

El oficio de permutero se convirtió en algo muy común en los años noventa, dado que la compraventa de viviendas constituía un delito, que se encontraba tipificado y penalizado en el código penal cubano. El permutero era una especie de agente de bienes raíces que concertaba una permuta, un cambio de casa, entre dos ciudadanos, donde probablemente uno de ellos poseía una casa colonial habanera que se caía a pedazos y que a él le era imposible reparar, mientras que el otro, con dinero para dar a cambio de la suntuosa vivienda, ofrecía un pequeño apartamento. Al realizarse la permuta, el que entregaba la casona recibía dinero ilegalmente, daba un tanto por ciento al permutero y ambas partes quedaban satisfechas con la transacción.

A pesar de abordar estos temas que atañen tan directamente a la generación de los noventa, *Llueve sobre la habana*, sin lugar a dudas, no será completamente una obra representativa del período histórico en el que ha sido concebida. Ya sabemos que la mayoría de las novelas de este tiempo se caracterizan por abordar

la realidad de forma drástica y hasta un tanto cruel. Los personajes de los novísimos suelen ser antihéroes, seres humanos desarraigados, que viven el día a día sin aspiraciones ni sueños. Ellos generalmente actúan por instinto, buscando satisfacer los placeres del cuerpo, sin desarrollar sentimiento alguno hacia sus parejas o amantes, con quienes sostienen relaciones en las que predomina el placer del sexo, sin romance, ni metáforas, ni mucho menos amor. Travieso, sin embargo, expone una historia conmovedora y profunda, que tiene lugar en la época del período especial. Lógicamente, al encontrarse atrapados en una sociedad que regresa al capitalismo y de la cual se les prohíbe escapar, los protagonistas no serán aquellos románticos de otras épocas. El escritor, en su percepción un tanto nostálgica del proyecto descalabrado, muestra un amor que, como el futuro de la isla, se encuentra inevitablemente destinado al fracaso. En una entrevista, Travieso se refiere a su grupo como “una de las generaciones de escritores más afectadas por ese fenómeno (...) es decir la de aquellos que comenzamos a publicar a partir de los años sesenta. Habría que llamarnos la-generación-del-tiempo-perdido-y-no-recobrado. Perdido en todo tipo de tareas no literarias, útiles a veces, pero a veces sin sentido.” (Travieso 2010)

Es precisamente esta circunstancia la que provoca la creación una historia contada de manera un tanto *sui generis*, pues su relato no tendrá como protagonista al típico marginal desarraigado. En este caso el personaje principal es un hombre culto, inteligente, graduado de periodismo, quien por un revés del destino, o quizá por el fatalismo geográfico o histórico, se había convertido en un antisocial y sus circunstancias le habían llevado a vivir dentro de un ambiente de corrupción, mentiras y delincuencia. En ese entorno se enamorará de una mujer que se gana la vida vendiendo su cuerpo por dólares, quien tampoco será la típica prostituta deshumanizada y que se enamorará tanto como él. Esta resulta ser, sin lugar a dudas, una hermosa historia de amor. Lo maravilloso y sorprendente de *Llueve sobre la Habana* es que logra tratar la problemática social de la década de los noventa sin abandonar el romanticismo, rasgo que no caracteriza a la generación

de Leonardo Padura, Zoé Valdés, Daína Chaviano, Antonio José Ponte, Ronaldo Menéndez, Abilio Estévez, Amir Valle, Ángel Santiesteban, etc.

Al comienzo de la novela, el protagonista parece ser el antihéroe común de los noventa, un alienado social, que recuerda con nostalgia la época dorada en que disfrutaba de una buena vida, y que cambiará totalmente cuando, un desdichado día, sea expulsado de su empresa. Con un tono de decepción y pesimismo, “Él”, que así le llamará su amante porque no conoce su nombre, evoca el tiempo en que poseía una casa en la playa, un buen trabajo, ejercía su carrera y era un periodista brillante. Tenía también esposa y dos bellas hijas gemelas y todo acabó de un modo brusco, por culpa de un ex amigo, que irónicamente se hace llamar Maldonado, y quien tuvo la pésima idea de comentarle, en su casa, que pensaba salir del país.

El principal error del protagonista fue el de no informar. Más tarde, atrapado Maldonado en el intento de cometer el delito de salida ilegal, confesó que su amigo conocía sus intenciones, lo que desencadenó la furia de sus superiores y trajo consigo “la caída” de la que Él no logrará recuperarse jamás. Después de ser despedido por traidor, Él supo que “en lo adelante sería Nadie.” (Travieso 2004: 237) Y así fue. A partir de entonces se le cerraron todas las puertas, jamás pudo volver a ejercer el periodismo, y sus únicas opciones de trabajo estaban en “el cementerio o en la recogida de basuras.” (Travieso 2004: 19) Fue así como pasó a formar parte del enorme grupo de cubanos que vivían desterrados en su propio país.

Era aquella una época de decisiones drásticas. El Jefe del Estado cubano afirmaba constantemente que el país se encontraba prácticamente solo y había que tomar medidas para no perecer ni doblegarse ante el imperialismo. Todo aquel que diese muestras de desacuerdo o falta de incondicionalidad al sistema de gobierno de la nación, corría el riesgo de ser enjuiciado, expulsado de su centro de trabajo o ajusticiado. Nadie estaba exento. Incluso privilegiados del sistema como Arnaldo

Ochoa y Toni de La Guardia habían caído en desgracia, y fusilados, en el juicio abierto por la “Causa Número Uno”, en los comienzos de ese período.

Resignado, el protagonista confiesa que “en muchas puertas toqué y todas se cerraron al conocer el pecado que se me imputaba. No podía hacer otra cosa, beber y beber.” (Travieso 2042: 242) Y este hombre que de repente se transforma en un guiñapo humano, que pasa de ser un intelectual vestido de etiqueta, con coche y casa, a convertirse en un hombre ajado y triste, sigue teniendo sueños, aunque ya menos ambiciosos. Él, a diferencia de otros muchos personajes de la literatura de este tiempo, no pierde los valores fundamentales del ser humano, piensa en su vida, sufre, recuerda con cariño a sus hijas, se enamora perdidamente de Mónica y es capaz de sobrevivir en “esa ciudad de locos y neuróticos.” (Travieso 2004: 10) Esa esperanza, y esa lucha del intelectual para no caer en el vacío y recuperar la dignidad y el sentido de la vida, puede relacionarse fácilmente con la del cuento de Senel Paz “El lobo, el bosque y el hombre nuevo”, que dio lugar a la película *Fresa y chocolate*, donde un artista vejado por su condición de homosexual lucha contra las circunstancias y mantiene viva durante un tiempo la esperanza de contribuir al cambio del país. En unas circunstancias como en las de las obras a las que hacemos referencia, caer en desgracia por una delación viene a convertirse en un lugar común, ya sea alguien que es delatado, como Diego en el cuento de Paz o, como en *Llueve sobre La Habana*, alguien a quien se castiga por no haber delatado a un contrarrevolucionario. Es lo que González Acosta ha llamado “el síndrome de los hermanos de José” (González Acosta 2002-2003: 285), que veremos con más detenimiento al final del siguiente capítulo, en la sección de los lugares comunes en la obra de Travieso, donde se contempla el caso de *La novela de mi vida*, de Leonardo Padura, novela en la que hay una doble delación: Domingo del Monte, a comienzos del siglo XIX, delata por envidia la condición de independentista y masón de José María Heredia, y por ello este debe ir al exilio a México, y asimismo, el protagonista del siglo XX que ha vuelto a Cuba para investigar sobre la vida de José María Heredia, recuerda amargamente

los sucesos que le obligaron a exiliarse: alguno de sus amigos, no sabe todavía quién, lo delató, y tuvo que abandonar el país.

En la obra *Cuando la noche muera*, la historia es relatada por un narrador que, para otorgar credibilidad a la historia, cuenta hechos históricos reales, incorpora a los personajes históricos en su trama y presenta recortes de periódicos de la época, cartas y expedientes judiciales para validar los sucesos ocurridos durante el estallido de la guerra grande, y al mismo tiempo va alternando las escenas de personajes ficticios con los sucesos reales en el relato. Sin embargo, en *Llueve sobre la Habana* se patentiza la realidad histórica de un modo diferente, puesto que los cambios ocurridos en la isla y los acontecimientos que, de una u otra forma, marcaron la sociedad, se perciben al leer los relatos de cada uno de sus personajes, que resultan ser ficticios, pero que constituyen la muestra representativa de una parte importante de la población en los años noventa. Cada uno de ellos representa un trocito de la historia de la nación. De esta manera, el lector puede hacerse una idea de lo sucedido en Cuba al analizar el impacto que los acontecimientos causan en los personajes de la novela. Su actuación o comportamiento dependerá, en cada caso, de la realidad histórica que les ha tocado vivir. Cada uno de ellos, desde su perspectiva y narrando los sucesos de su propia vida, contribuirá a armar el cuadro de lo que ha sido la historia del país en una época tan difícil como fue el período especial en tiempo de paz.

En *Llueve sobre La Habana*, la narrativa histórica y el relato que refleja la relación de Mónica con Él van entrelazados; no podemos imaginar una parte sin la otra, a diferencia de *Cuando la noche muera*, en la que podíamos entender los acontecimientos históricos al margen de la pasión de Agustín y María y viceversa. *Llueve sobre la Habana* inserta la historia de amor en la historia de Cuba, convirtiéndolas en un solo relato. Tanto Mónica como su amante reflejan las vivencias de miles y millones de cubanos que tuvieron experiencias semejantes. Por tanto, ellos mismos forman parte de la historia, son un espejo que refleja los sucesos acaecidos en una época y un país determinados. Las voces narrativas

varían, van alternándose entre la primera, segunda y tercera persona, mientras que el lector activo debe, a medida que avanza en la lectura de la historia, colocar cada uno de los relatos, como piezas de un rompecabezas, en su justo sitio, a fin de comprender los sucesos en la novela. Cabe destacar al narrador omnisciente, quien a veces interviene en el relato que él mismo cuenta, para dirigirse al lector, prediciendo u opinando acerca de los personajes y sucesos ocurridos, tal como lo hiciera, por ejemplo, la novela histórica romántica del siglo anterior. Así, refiriéndose a Manol, una lesbiana del Vedado que se dedica a buscar mujeres guapas para presentarlas a los extranjeros que visitan la isla, afirma: “un cáncer de pulmón ya la corroe con voracidad (...) y la matará dentro de seis meses y veintiséis días (...) Pero eso será más adelante.” (Travieso 2004: 68) En ocasiones nos parece que este narrador pasa a formar parte de la historia, pues en algunos casos nos alerta, o nos hace descubrir ciertos detalles referentes a la trama o a los personajes: “Por supuesto, no debemos confiar en las palabras de Maruja, bruja tropical, cuyos oráculos se basan en la información previa que ha recibido.” (Travieso 2004: 117) También, al cambiar de escena o tema, este avisa al lector de que hará un paréntesis en la historia, indicando que luego retomará lo que se ha dejado inconcluso: “Pero dejemos a Camel por el momento, más adelante volveremos a encontrarle.” (Travieso 2004: 149) Todos esos detalles nos conectan con la novela tradicional del siglo XIX, en la que el narrador hacía constantes observaciones sobre lo que estaba sucediendo.

En el caso de la voz narrativa en segunda persona, esta, mucho más moderna, en la mayoría de las ocasiones, le habla a Malú, la jinetera amiga de Mónica: “Te agradan los largos crepúsculos del verano habanero (...) Te gustaría viajar a esos lugares de claridad permanente, para estar todo el tiempo despierta y ver el sol.” (Travieso 2004: 85) Dicha modalidad ya la había utilizado Travieso en su novela *Cuando la noche muera*, en la que el narrador, también en segunda persona, le hablaba al jefe de la policía como si fuese su conciencia: “vives ahora en un ambiente semi bucólico, servido por veinte esclavos, rodeado de cuadros

que cuelgan de las paredes de la sala, de la biblioteca, del comedor, iluminados por lámparas americanas del mismo estilo.” (Travieso 1983: 39)

Encontramos también, en *Llueve sobre la Habana*, el relato en primera persona, en este caso el protagonista, Él, de quien el lector tampoco llega a conocer el nombre, rememora la historia de su vida, sus ilusiones de juventud y su desencanto. Su historia podría perfectamente ser la de cualquier cubano de la misma generación: “Sería piloto, médico, astrónomo (...). En la adolescencia y primera juventud, la insurrección contra la dictadura cortó mis planes infantiles. Fui entonces un clandestino perseguido (...) sintiendo la satisfacción de pelear y morir por algo que consideraba justo (...). Bebí más ron (...) me vi joven, ambicioso, lleno de proyectos, sueños, ilusiones que, de repente, estallaron (...) quizá porque los globos siempre deben estallar.” (Travieso 2004: 294) ¡Qué maravillosa metáfora de lo que había sido su existencia!

En numerosas oportunidades Él monologa, reflexionando acerca de la vida y la muerte: “Morir, fallecer, expirar, fenecer, finar, perecer (...) cuántas y cuántas palabras, en español y en todos los idiomas, para indicar un mismo hecho.” (Travieso 2004: 7) El protagonista también hace un recuento de sus errores, de su pasado y vivencias, recapitulando los sucesos vividos con tanto lujo de detalle que, en ocasiones, nos parece que estuviésemos mirando una película, como cuando por azares del destino y después de muchos años se vio frente a su antigua casa, aquella casa en la que había sido feliz con su ex mujer Baby y sus dos hijas. Frente al manojito de recuerdos que le trajo su antigua vivienda, Él cavila y la imaginación lo remonta a aquella bella época en que era un hombre de éxito: “¿Quién viviría en ese momento en la casa? ¿Quizás un joven seguro de sí mismo, confiado en el porvenir, (...) en el interior de la casa una mujer desconocida dijo algo. -¿Quieres una cerveza? -preguntó Baby desde la cocina.” (Travieso 2004: 229) Así es como nos enteramos de cómo ocurre la caída del personaje, que en el momento que comienza a narrar ya había dejado de ser el brillante periodista que trabajaba para una gran empresa, viajaba a exterior, tenía casa y coche propios,

algo que en los noventa suponía un gran lujo en la isla. Ahora no era más que un indigente, un elemento antisocial, sin trabajo ni profesión fija, puesto que se ganaba la vida haciendo cualquier clase de negocios ilícitos.

También Mónica relata su historia en primera persona, virtiendo los sucesos más importantes de su vida en un diario, en el cual detalla lo que piensa, sueña, teme o espera. A través de su cuaderno de tapa roja podemos adentrarnos en su psicología y entender sus preocupaciones, dudas y frustraciones: “La mayoría de mis compañeras de estudio ha terminado la universidad y trabajan en sus profesiones (...). No pasan de ser unas esclavas muertas de hambre sometidas a sus cabrones maridos, que ganan en un mes lo que nosotras conseguimos en un día. Sin embargo, algunas viven sus propias vidas y son felices.” (Travieso 2004: 171-172) Su verdadero nombre es Caridad, que ella ha cambiado por Mónica con el propósito de encajar mejor en el mundo de los proxenetas y las jineteras, “un nombrecito vulgar y ridículo.” (Travieso 2004: 30) A medida que avanza su relación con Él, Mónica se cuestiona si ha hecho bien en elegir el camino del jineterismo, y reconoce que, muy en el fondo, le gustaría vivir junto a un hombre a quien amase locamente y que quizá había encontrado en Él, tener hijos y formar una familia. No sabe qué hacer, y cansada de su vida se pregunta: “¿Cuánto tiempo continuaré viviendo así?” (Travieso 2004: 172)

Evidentemente, ese amor verdadero, que todo lo logra, espera y alcanza, transforma completamente la vida de la pareja. Ella busca, por todos los canales posibles, la manera de ir a vivir a otro lugar, donde se puedan permitir el lujo de comenzar una nueva vida. Por su parte, Él, quien hasta ese entonces había tenido solamente amantes de ocasión, comienza a sentir emoción al estar con ella. La ama, eso es evidente, y por ello se dedica en cuerpo y alma a buscarla cuando comienza a sospechar que a su amada le podría haber ocurrido alguna desgracia.

La forma de pensar y actuar de Mónica va sufriendo transformaciones en la medida que se va enamorando de Él. Sus aspiraciones cambian, evolucionando de una chiquilla que se prostituye en el afán de “experimentarlo todo” (Travieso

2004: 170), cansada de las colas, las guaguas, los apagones de luz y la falta de emociones en la vida diaria, a una mujer a quien le preocupa la opinión de Él: “¿Qué pensará realmente de mí? Una jinetera, eso, una jinetera a quien se encuentra, se disfruta y se abandona.” (Travieso 2004: 171) La joven siente vergüenza y es a partir de ese momento cuando se propone cambiar de vida, tomar otro rumbo, explorar posibilidades, quizá recurrir a un ex amante canadiense para que la invite a su país y luego buscar la manera de llevarse a Él.

Con cierto matiz mágico realista, el escritor hace ver cómo la tragedia acecha a la protagonista. Ella tiene un presentimiento, un palpito que le anuncia que algo malo le va a suceder. Por eso visitó a un espiritista, para que leyera su suerte en los caracoles. El rito del santero se describe detalladamente: “Trajo varios caracoles y los hizo rodar por el piso mientras hablaba en una lengua extraña (...) Cuando abrí los ojos, don Genaro estaba rezando, las manos apoyadas en los hombros (...). Me miró como si yo fuera transparente (...). Algo malo. Para evitarlo tienes que tener mucho cuidado con los líquidos que te entran en el cuerpo. No tomes refresco ni ron. Sólo agua y batido de frutas.” (Travieso 2004: 153) Ciertamente, la muchacha morirá de un líquido que le entrará en el cuerpo, en este caso por contacto sexual. Este es el primer indicio de que la muerte, o Ikú, según el negro Genaro, se encuentra esperando a Mónica con sus alas abiertas. El Santero le recomendó que le ofreciera un pollo a Ikú y que no saliera a la calle cuando hubiese luna. Sin embargo, ella hizo caso omiso de sus consejos. La recurrencia al mundo de la santería es algo que va colmando la obra de Travieso desde la década de los ochenta, como hemos visto en su biografía y que, por ejemplo, en obras como *El polvo y el oro* es fundamental no solo para entender el destino de la familia Valle sino, en general, toda la historia de Cuba y su identidad sincretizada, como el mismo Travieso confiesa:

Las religiones afrocubanas me fascinaron, no como a un creyente, sino como a alguien que, de repente, descubre una realidad mágica que lo ha

rodeado toda una vida, sin conocer bien de su existencia. Ese mundo lo había vislumbrado en mi niñez. Entonces, cada día, yo veía junto a una enorme ceiba de más de doscientos años, cercana a mi casa, paquetes, envoltorios, que podían contener desde comidas y bebidas hasta centavos. En aquella época, yo no sabía que la ceiba es un árbol sagrado para los creyentes en la Santería (Regla de Ocha) y que los paquetes eran ofrendas de los creyentes a sus Orichas (Dioses). Como la mayoría de los cubanos, conocía los nombres de algunos orichas (Changó, Yemayá, Ochún) y algunas otras cosas, pero nada más. Aquel era un terreno secreto cuyo acceso estaba vedado para los profanos. Solo a mediados de los 80 entré en contacto profundo con él. Tal contacto y mi pasión por la historia me llevaron a querer escribir una novela que tuviera como base la historia de Cuba y las religiones afrocubanas. (Travieso y Aparicio 2012)

El segundo presagio, presentimiento de algo terrible que podría ocurrir, fue el hecho de que Mónica encontrara una bolita en uno de sus pechos. Obviamente, algo en su organismo no estaba funcionando bien, puesto que “aquel pequeño abultamiento es algo ajeno a su cuerpo.” (Travieso 2004: 205) Más tarde, la inesperada muerte de Charles, su perro, hace crecer el suspense, pues no se sabe a ciencia cierta cómo y de qué ha muerto el animal. Ya en el último capítulo, mientras Él se encontraba en casa, después de recorrer prácticamente toda la ciudad buscando a Mónica, en medio de una noche lluviosa, apareció ella para transmitirle la terrible noticia: “Tengo SIDA.” (Travieso 2004: 286)

Sin lugar a dudas, en esta novela existen elementos del romanticismo que había caracterizado la literatura cubana de algunas épocas anteriores. Estos se encuentran insertados en la misma temática que describe y refleja la cruda narrativa de los años noventa: el nacimiento de un amor puro, limpio, que, paradójicamente, tiene lugar en una Cuba que se caracteriza por el protagonismo de los fulas, que así se le llamaba a la moneda extranjera en el argot popular, la

marihuana, el SIDA, la falta de fluido eléctrico, de alimentos, y el ansia de sus habitantes de viajar a cualquier parte del mundo en busca de dólares o de libertad. En medio de semejante panorama era prácticamente imposible hablar de amor del alma, o reflejar un enamoramiento que fuese capaz de romper con toda clase de barreras y tabúes, y mezclarse con los aspectos más sórdidos de la sociedad. No es fácil para el ser humano amar, como diría Carpentier, “agobiado de penas y de tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar dentro de las plagas.” (Carpentier 1976: 143) Es por ello que la gran mayoría de las obras de este tiempo se alejan de esa temática para reflejar una realidad dura, insensible, en la que los amantes persiguen la satisfacción sexual o relaciones de conveniencia, sin buscar el alimento del alma.

Efectivamente, la realidad del país, y en este caso de La Habana, que es donde tiene lugar el relato, no deja de mostrarse tan cruda como es. Por ello podemos afirmar que las situaciones y temas abordados en la narrativa de Julio Travieso coinciden totalmente con los de la generación de los noventa. La capital de la isla se encontraba prácticamente en ruinas: “La ciudad vive bajo el poder de un acto de prestidigitación.” (Travieso 2004: 210) Por otro lado, sabemos que el dólar cobra un gran protagonismo en la literatura de dicha época, incluso genera empleos: cambiador de divisas, trabajador del Mercado por dólares, jineterismo, proxenetismo, etc. Todos lo buscaban, había que “conseguir” dólares para comprar jabón, leche, pues esta se les retiraba a los niños cuando cumplían siete años, aceite o champú. Lo más curioso es que los ciudadanos recibían su salario en moneda nacional y esa cantidad que percibían equivalía a un total que oscilaba entre doscientos y quinientos pesos mensuales, cifra que constituía un equivalente de quince a veinticinco dólares por mes; eso era en el caso de las personas que cobraban los mejores sueldos, profesionales con experiencia, médicos con la especialidad finalizada, profesores con estudios de posgrado, etc. Ya podemos imaginar que los trabajadores de industrias, centrales azucareros y obreros en general se hallaban en una situación bastante precaria, en un país donde los precios

en las shopping, que son las tiendas de divisas, se equiparaban a los del primer mundo. En esta coyuntura, Él, nuestro protagonista, es uno de tantos que se buscaban la vida ejerciendo como cambista de divisas. Por su testimonio conocemos la inestabilidad económica de la nación: “El dólar a siete pesos, a diez, compro, veinte, cincuenta, compro, compro, sube a sesenta, miles de personas se marchan del país en cámaras de camiones, el peso baja, el dólar sigue subiendo, a cien, a ciento veinte.” (Travieso 2004: 18)

Uno de los aspectos sociales más tristes y bochornosos de la sociedad isleña en la década de los noventa fue el auge de la prostitución o el jineterismo, ese denigrante germen capitalista que, aparentemente, había erradicado la revolución cubana a principio de los años sesenta. Y es justamente la protagonista de nuestra novela quien se presenta como jinetera, por lo cual, desde su realidad de prostituta perseguida por las autoridades, reflexiona: “Vivir es difícil, pero vivir en Cuba y ser jinetera lo es más aún. Sin embargo tiene atractivos, como lo son frecuentar hoteles, playas, discotecas y otros lugares lujosos.” (Travieso 2004: 14) Mónica no es una prostituta cualquiera, es culta, educada y conoce varios idiomas, “es una jinetera de clase, una jinetera de exclusividad.” (Travieso 2004: 16) Por el contrario, su colega Malú es lo que se llama una vulgar jinetera, no le interesa la cultura, ni la lectura, ni la buena música como a Mónica, sin embargo son muy buenas amigas. El narrador omnisciente nos presenta a ambas mujeres casi desde la primera página del libro. Así, hablando directamente al lector, modalidad de narrar que se asemeja al discurso de un profesor al impartir sus clases, afirma: “no nos interesan las jineteras en su totalidad. Nos interesa una en particular, Mónica. Luego nos interesará otra, Malú.” (Travieso 2004: 16) De esta manera nos percatamos de que los personajes principales serán, de un modo similar a lo que acontece en la novela histórica romántica de Walter Scott, heroínas medias que, a primera vista, podrían parecer chicas simples y mediocres.

Como ya hemos expuesto en el capítulo segundo, en esta época se les prohibía a los cubanos frecuentar hoteles y establecimientos destinados al turismo.

En la mayoría de las playas, discotecas y sitios de ocio se vendían las bebidas y comidas por dólares. Es decir, que las jineteras gozaban de ciertos privilegios que no podía permitirse el resto de la población. Tal fenómeno surge en Cuba, al igual que en tantos otros países de América, ante la necesidad de obtener la moneda extranjera, sin la cual era prácticamente imposible sobrevivir, por lo que había que encontrarla acercándose a los extranjeros: “Extranjeros dueños de dólares. Dólares que le permiten a Malú comprar más comida.” (Travieso 2004: 35)

De este modo, aquella ficción cubana que había tenido por nombre “hombre nuevo” se transformó en una juventud que se vendía por unos cuantos dólares. Muchos profesionales y estudiantes universitarios abandonaron sus puestos de trabajo y carreras para dedicarse a cualquier clase de negocio que les proporcionara la tan codiciada divisa. En la novela, el narrador describe perfectamente el panorama histórico cuando se refiere a los trabajadores del Mercado, donde “nadie es quien es en realidad. El librero es un electricista que se ha convertido en vendedor de libros; Marcos, el de los perros, no sabe nada de ellos y hasta hace un año estudiaba literatura griega; la china se apellida González Pérez, no descende de chinos y de tallados y barcos no conoce absolutamente nada (...). Los barquitos los talla su amante, un viejo dentista de manos hábiles y mucha paciencia.” (Travieso 2004: 45) Tanto los libros, como los perros y los barquitos tallados se venden por dólares en el Mercado, por el cual Mónica suele pasear para comprar obras como “*Celestino antes del alba* y *Las cien jornadas de Sodoma* por veinte dólares. El librero le propone *El pan dormido* pero ella no acepta ni tampoco acepta *Rayuela* en su primera edición cubana, porque ya tengo uno, dice y sonríe.” (Travieso 2004: 101) Obviamente, la joven forma parte de una generación que se siente saturada de lecturas, programas radiales y de televisión e historias referentes a las dictaduras de Batista y Machado, la épica mambisa o la revolución cubana. Es quizá por ese motivo que rechaza la novela de Soler Puig, la cual relata la vida de una familia pequeñoburguesa durante el régimen del dictador Gerardo Machado, pero sí que muestra interés y simpatía por libros de autores

como Reinaldo Arenas y Julio Cortázar, el primero prohibido por la censura, y el segundo publicado desde 1969 por Casa de las Américas, pero ambos difíciles de conseguir en la isla, por las circunstancias económicas y políticas derivadas del período especial. Además, ese tipo de detalles, frecuentes en las obras de Travieso, contribuye a la legitimación de una genealogía particular, como hemos apuntado al final del capítulo segundo: la novela histórica tiene en muchas ocasiones referencias a los autores del canon con los que el narrador cuenta para insertarse dentro de una tradición que le confiera valor. Se trata de rearmar la genealogía desde donde el escritor quiere ser leído (Fornet 2003: 18), que es algo muy propio de la nueva novela histórica, la de las últimas décadas, también en Cuba, y sobre todo en ella, por su constante necesidad de redefinirse identitariamente en relación con la nacionalidad. (Rojas 2000: 41-52)

Llueve sobre la Habana no solamente es la historia de amor entre Mónica y Él, son también las de Malú, Francis, Rojas, la madre de Mónica y Baby, la ex esposa de Él. Cada uno representa un aspecto de lo que ha sido la historia de la nación cubana y, entre unos y otros relatos, el escritor deja asomar las imágenes y características de lo que pasó a ser aquella sociedad socialista, que con tanto orgullo revolucionario se comenzara a construir en 1959. Estos personajes tendrán todos algo en común: viven en una sociedad que los llevará, inexorablemente, a la caída en un abismo, por lo que todas sus historias terminarán de manera triste o trágica, con excepción de Baby, quien logró escapar, yendo a vivir a Estados Unidos junto a su nuevo compañero, después de la caída de Él.

También Francis, el mejor amigo del protagonista, había llevado una vida digna hasta que la sociedad lo condujo por la senda de la vagancia e ilegalidad. Había sido uno de los combatientes del movimiento revolucionario contra el dictador Fulgencio Batista (tema recurrente en los textos de Travieso, de carácter autobiográfico, como sabemos por el capítulo tercero), había estudiado una carrera universitaria y trabajaba en un ministerio que le permitía viajar al exterior de vez en cuando y del cual fue expulsado bajo la acusación de golpear a su jefe. Fue esta

una mala jugada de la vida, pues en uno de sus viajes a España había cometido el error de hablar con Miranda, un ex compañero de lucha en la clandestinidad, quien más adelante, decepcionado, abandonó el proyecto revolucionario y por ello fue borrado del mapa de Cuba, ya que su conducta constituía un delito de alta traición. El segundo problema fue que Francis habló por teléfono con su hermano, también exiliado, puesto que en aquellos momentos en que era inaceptable anteponer la familia al deber de ser fiel a la revolución. Francis fue interrogado, y conminado a aportar los detalles de las conversaciones que había tenido con su amigo y hermano. Ante tal situación el hombre montó en cólera y le habló con cierta agresividad al alto funcionario que le interrogaba: “Sabes, cuando tú aún usabas culero, ya Miranda estaba conspirando contra Batista (...) En cuanto a mi hermano, sabrás, si tienes madre, que un hermano es siempre sangre de tu sangre, donde quiera que se encuentre y milite.” (Travieso 2004: 18) Eso fue todo. El hombre, fuera de sí, le pegó un puñetazo al director, quien había informado a sus superiores de su falta. A partir de entonces Francis, como Él, se ganaba la vida vendiendo “objetos de arte, cuadros, muebles antiguos” (Travieso 2004: 88), y el dinero que ganaba lo gastaba en fiestas, mujeres y orgías. Ya no había futuro para él, los sueños que había compartido con sus camaradas durante la lucha contra la tiranía batistiana se habían esfumado para siempre.

La historia de Rojas, antiguo jefe de Él, es también un ejemplo del individuo que, a pesar de haber luchado por un ideal aparentemente justo, termina en el baúl de los olvidados, al final de un callejón sin salida, pues de nada le valdrá el haber sido fiel hasta el final. Rojas había cumplido órdenes al expulsar a nuestro protagonista de su empleo, pues se le acusaba de desleal, por haber cometido el delito de omitir información valiosa acerca de la posible salida ilegal de un conocido suyo. Años más tarde, Él se había encontrado a Rojas por la calle, pero ya no era el mismo de antes. Estaba “desmejorado y mustio” (Travieso 2004: 244) y accedió a tomarse una cerveza en “un cuchitril cualquiera donde, en otra época, Rojas jamás hubiese entrado.” (Travieso 2004: 244) Fue entonces cuando le contó

a su ex subordinado que una de sus hijas había abandonado el país y que se dedicaba a hacer mandados y cuidar de sus nietos. Ante la pregunta de “¿Por qué tomaste aquella decisión tan dura para mí?”, el antiguo jefe respondió: “Tiempos difíciles aquellos (...). Éramos una fortaleza sitiada y no debíamos tolerar la más leve fisura (...), tú podías ser una de esas fisuras que resquebrajan, a la larga, los muros.” (Travieso 2004: 245) Obviamente, los muros habían comenzado a resquebrajarse desde la caída del de Berlín en 1989, pero en aquel momento no se podía, o no se quería aceptar semejante realidad.

De una forma u otra, todos los personajes de la novela habían visto arruinados sus sueños. Francis y Él por ser víctimas de las dudas o la inseguridad de sus superiores y Rojas, aunque había servido incondicionalmente a la revolución, al final también había tenido que prescindir de la buena vida que, durante mucho tiempo, había disfrutado, quizá por el hecho de tener una hija que abandonó el país, delito por el cual había condenado, posiblemente, a más de uno de sus subordinados. Lo cierto era que la sociedad cubana parecía un callejón sin salida, todos terminaban teniendo algo que lamentar; por consiguiente, estos tres hombres pasaron a formar parte de una generación que iba perdiendo poco a poco las ilusiones. Lo peor de todo es que, una vez derribados los muros, muchos no sabían vivir sin ellos. Le pasa a Rojas y a tantos otros como él. Wendy Guerra, en su novela de título emblemático, *Todos se van* (2006), muestra la preocupación de Nieve por su madre en 1989 cuando cede el de Berlín, y describe a una señora mayor, harta de cargar con ideologías pero a la vez desorientada sin ellas:

Se derrumban los muros (...). Mi madre dice que un día ella se va a derrumbar como un muro, (...) ella sin muros no sabe vivir, el muro es su barricada, allí se protege aunque lo odie, allí vive detrás de él. Si llegara el capitalismo, si llegara viva a tumbarse este muro de agua habría que aprender otra manera de sobrevivir. Mi madre no lo aguantará. (Guerra: 2006: 49)

Es imposible no pensar en la película de aquellos años sobre la caída del Muro, *Good Bye, Lenin* (2003), en la que dos hijos tratan de ocultar a su madre, ferviente comunista, el suceso que ha ocurrido mientras ella ha pasado una temporada en coma en un hospital. Al volver en sí, cuando rápidamente todo ha empezado a cambiar en Berlín Este, sus hijos intentan que nada turbe la convalecencia de la madre, y tratan, mientras están con ella, de que su entorno siga exactamente igual, para que ella no vea los avances del capitalismo. Quizá la escena más representativa y simbólica de la película es aquella en que unos operarios están colocando un cartel gigante de coca-cola en toda la pared lateral de un gran edificio, que puede verse desde la ventana de la habitación de la madre, y ellos reaccionan enseguida clausurando esa ventana. Como la madre de Nieve en *Todos se van*, o como Rojas en *Llueve sobre La Habana*, a muchos se les hará imposible vivir sin muros.

Mónica y Malú, sin embargo, al ser más jóvenes, pertenecían al grupo de cubanos que nacían con las ilusiones perdidas, sin apego a los muros. Ellas habían nacido y se habían formado dentro de la revolución, nunca habían viajado a ningún otro país, no conocían internet ni la prensa extranjera y, como diría el cantautor Carlos Varela, se habían cansado de llevar la manzana en la cabeza. Es quizá por esto que optaban por vender su cuerpo a extranjeros, accediendo a realizar actos un tanto degradantes con tal de vivir bien, dentro de los cánones del capitalismo incipiente en la isla. Uno de los amantes que había tenido Mónica, por ejemplo, solía utilizar “esposas, penes artificiales máscaras asfixiantes y toda clase de equipos lujuriosos sacados, probablemente, de una película de terror sexual.” (Travieso 2004: 71) Hernán, el turista alemán, le había dado una buena suma de dinero. Gracias a eso la chica decide tomarse unas vacaciones, pues “no deseaba volver a estar sometida a los gustos y caprichos de ningún extranjero que, a veces, pueden ser humillantes.” (Travieso 2004: 16)

Malú, la otra jinetera, a quien el narrador califica como “lesbiana y heterosexual,” había salido de un pequeño pueblecito del interior de la isla para asentarse en La Habana, donde vivía con una hermana esquizofrénica, en el cuartito de un solar. Malú había asistido a la escuela y era buena estudiante, había obtenido buenas calificaciones en la enseñanza secundaria, por lo que se ganó el derecho a ingresar en la universidad. Sin embargo, ella optó por ser jinetera y fue la primera de las dos que se inició en semejante oficio, “al principio por una comida bien servida en un lujoso restaurante o por una bella prenda de vestir. Luego, accidentalmente, por dinero. Cuando tuvo en su poder los primeros dólares (...) saltó de alegría y comenzó a entregarse con regularidad.” (Travieso 2004: 64) Ambas mujeres terminan sus vidas en el sidatorio de Los Cocos, donde el gobierno determinó encerrar a los enfermos a raíz de la proliferación del SIDA, enfermedad que llegó a la isla con el auge del jineterismo y el envío de cubanos a cumplir misiones internacionalistas al continente africano.

Tanto Mónica, que en ocasiones había plasmado en su diario el deseo de tener una familia e hijos y que finalmente había encontrado el amor de su vida, por quien estaba dispuesta a cambiar, como Malú, quien enloqueció al saber que estaba enferma, comenzando a dar gritos insultantes contra los extranjeros, amenazando con salir a infectarlos a todos y cuyo nombre, finalmente, Mónica confesó en el hospital de enfermos de SIDA para que esta pudiese ser obligatoriamente internada y atendida, morirán sin poder realizar sus sueños. Tampoco los realizarán Él, ni Francis, ni la madre de Mónica.

Al leer la literatura de esta época encontramos, en la mayoría de las obras, signos de un fatalismo que persigue a sus personajes, como si los cubanos estuvieran signados por un destino nefasto, pareciendo que los isleños se encontrarán marcados por el sino de la desgracia. Eliseo Alberto, escritor perteneciente a la generación de los noventa, escribe sobre ello en su libro *Informe contra mí mismo*: “Algún día tendrá que suceder, y Dios quiera que sea sin odios ni rencores: los cubanos nos sentaremos a repasar esta mitad del siglo XX, a

revivir las noches sin nosotros del exilio, las noches sin ustedes de la isla, a encarar los hechos y a sus hombres con la martiana serenidad de la justicia [...] nos veremos balseando en un mar de tiburones cebados por las carnadas de miles de náufragos hermanos, con la desesperada esperanza de llegar cuanto antes a la única tierra que parece prometida para todos los cubanos: irnos, todos, a casa del carajo. O lo que es lo mismo: a la mierda.” (Alberto 1997: 293)

El título de la obra de Travieso ya transmite las primeras señales de tristeza e inminente tragedia: *Llueve sobre La Habana*. La lluvia cae con fuerza sobre la ciudad y Mónica reaparece bajo un torrencial aguacero. Ciertamente es que en la isla suele llover con frecuencia, debido al clima tropical, pero no olvidemos que, para los cubanos, la lluvia puede tener otro significado: la muerte. Los isleños tienen la creencia de que llueve cuando ha muerto o va a morir alguien que ha sido muy bueno en vida; así, el comienzo de la novela podría interpretarse como un mal presagio: “Llovía con fuerza, como llueve en La Habana durante la temporada de lluvias, con violencia y rapidez (...) También mi reloj de pared se detuvo, un minuto antes de las doce de aquella noche de mayo de 1992, como señal de mal augurio.” (Travieso 2004: 7)

“Él” es quien comienza a relatar su historia, vaticinando el desencuentro amoroso: “Es un relato en el que Mónica desaparecerá, perdida, escondida, en La Habana, una ciudad bella, fea, sucia, escandalosa. Yo la buscaré (...) ella aparecerá, pero entonces ya no habrá tiempo para amar y vivir, solo el justo para contar lo ocurrido.” (Travieso 2004: 9) Parece contradictorio el hecho de que el narrador se refiera a La Habana como una ciudad bella y fea. Ciertamente, la capital de la isla ha sido una de las urbes más bellas e importantes de América Latina, como pone de manifiesto Carpentier en su obra *La ciudad de las columnas* (Phaf 1990, Álvarez-Tabío 2000). Sin embargo, a raíz de la caída del campo socialista, La Habana comenzó a sentir su decadencia y derrumbe.

En los años noventa la ciudad había sentido y sufrido con creces el cruel paso del período especial. Las calles se encontraban sucias, muchas de las casas

coloniales que otrora constituían el orgullo de la ciudad permanecían en mal estado y el gobierno no podía proveer materiales para ningún tipo de restauración, aunque estos podían ser adquiridos en el mercado negro, casi siempre por dólares, por lo que era muy difícil para las familias cubanas darse a la tarea de reparar sus viviendas. En el tratamiento de este tema, así como en otros tantos aspectos, *Llueve sobre La Habana* va a constituir una novela típica de los noventa. Esta vez el escritor ni se adelanta ni se remonta a épocas pasadas.

A diferencia de *Cuando la noche muera*, que se encontraba muy lejos de ser una obra representativa de los ochenta, en *Llueve sobre La Habana* Travieso se integra a la generación de narradores que, en estos tiempos difíciles, reflejan la decadencia de la sociedad cubana y de la habanera en particular. Su literatura pone al descubierto la verdad: los defectos del sistema socialista isleño que, al legalizar el dólar y las empresas mixtas, creó en la nación una sociedad desigual y clasista, donde los individuos que manejaban divisas tenían acceso a lujos que no podían disfrutar aquellos que no los poseían. Por último, describe la presencia en el relato de un sentimiento de nostalgia de aquello que fue la capital de Cuba en otro tiempo, admirada incluso por intelectuales de otros continentes y ahora derrumbada, descolorida y sucia, algo que contribuye a crear el mito de la constante maldición que se cierne sobre la isla, un fatalismo que en *El polvo y el oro* vamos a estudiar con mayor detenimiento (Travieso 1999: 31, 262, 423, Arenas 1999: 176, 455, Esteban 2006: 320, Del Risco y García 2007: 281-282, Carrión 2011: 289-290, Ares 1991: 153-154, Pichardo 1866: 4)

Muchos escritores de este tiempo toman La Habana como escenario para su historia, tal vez porque fue la que más sufrió la caída del socialismo y el proceso de rectificación de errores. En su narrativa, estos autores hacen un recorrido por la mágica ciudad rodeada de mar. Laura Redruello hace un recorrido por los escenarios ciudadanos habaneros en la narrativa cubana desde 1990 hasta 2010 y estudia los textos de Ricardo Arrieta, “Culpa” (1997), de Senel Paz, “El lobo, el bosque y el hombre nuevo” (1990), de Marilyn Bobes, “Pregúntaselo a Dios”

(1995), de Alberto Garrandés, “Fábula de un amor feliz” (2006), de Pedro Juan Gutiérrez, *Trilogía sucia de La Habana* (1998), *El rey de La Habana* (1999), *Carne de perro* (2003) y *Animal tropical* (2000), de Ronaldo Menéndez, *Las bestias* (2006), de David Mitrani, “No hay regreso para Johnny” (2006), todas las de Leonardo Padura, y de Ena Lucía Portela, *Cien botellas en una pared* (2003). Y llega a la conclusión de que la “condición de escenario interactivo explica la impresionante presencia de lo urbano en la literatura de los noventa en Cuba, una década [y la siguiente] donde la necesidad de muchos escritores de dialogar con el entorno y de testimoniar una sociedad en cambio, convierte a la polis en el medio idóneo para estrechar la relación entre la cultura y la realidad circundante” (Redruello 2010: 7). Este juicio es perfectamente válido para la narrativa de esa época de Julio Travieso pues, a medida que sus personajes pasean por ciertas calles o barrios de La Habana, el autor ofrece los detalles de cada lugar y establece un continuo diálogo con el medio: “Mónica sale al balcón de su apartamento y mira hacia abajo, hacia la calle 23, hacia La Rampa, el corazón de la ciudad, por donde fluye toda la sangre de La Habana (...), su verdadero centro (...). Pam, Pam, resuena el corazón cuando los ómnibus, los autos, los camiones, los taxis bicicletas, los carretones y hasta los coches de caballo, hacen sonar sus bocinas y avanzan hacia y desde el mar.” (Travieso 2004: 42) El protagonista de Travieso, en su oficio de permutero, debía recorrer varios kilómetros todos los días. Esto le permitía observar y valorar la ciudad con lujo de detalles: “Con frecuencia las calles eran oscuras, con baches y la mansión se hallaba flanqueada por uno de esos edificios de los últimos tiempos, estilo cajón con huecos, supremo exponente del mal gusto, y mi admiración se acrecentaba frente a la increíble relación entre lo bello y lo grotesco” (Travieso 2004: 10).

También se describe minuciosamente el Mercado, que algunos llamaban popularmente La Candonga. Este lugar surgió cuando el gobierno cubano aprobó la ley de Trabajadores por cuenta propia, quienes podían ejercer siempre y cuando ingresaran una buena suma de dinero al estado, en forma de patente, por poseer un

negocio propio. El Mercado se ubica frente a la casa de Mónica, en La Rampa, y allí es posible encontrar cualquier tipo de sorpresas: “Remberto el librero ha logrado vender, a buen precio, Muerte de Narciso, de Lezama Lima, pero aún nadie ha pedido El mundo alucinante ni Las cien jornadas de Sodoma. La China ya vendió cuatro veleros (...) y el primer comprador, un extranjero gordo y calvo, la invitó a comer (...), está contenta y piensa en lo que le dirá a su amante, el viejo dentista tallador de veleros (...). De los tres cachorros expuestos, Marcos vendió dos (...). La policía ha llegado y el vendedor de mariguana se escabulle.” (Travieso 2004: 83) Ciertamente, la descripción constituye una imagen viva, donde el lector puede visualizar cada detalle de la escena presentada.

Otra característica de la narrativa de esta época es la presencia del mar en los relatos. El mar como seña de identidad de la isla, el mar como símbolo de vida y de esa condición maravillosa con que cuenta el país que está rodeado de agua salada. En Cuba el mar es parte de la historia, por él habían llegado los españoles y los norteamericanos. Él había sido testigo del éxodo masivo de cubanos en los sucesos del Mariel y en los años duros había sido el cementerio de infinidad de isleños que perecían en el intento de llegar a Miami, a bordo de ruedas de coche o balsas caseras. El ensayista cubano Rafael Rojas afirma que, para los cubanos, “Ganar la tierra es siempre (...) perder el mar.” (Rojas 2011: 40) El eminente exiliado, en un ensayo titulado “El mar de los desterrados”, hace un análisis detallado de la importancia que ha tenido el mar para la literatura cubana de aquellos que, como él, durante la década de los noventa fueron conscientes de que la pérdida de la tierra era la ganancia del mar. En los comienzos de la revolución, la literatura hacía referencia a temas relacionados con “la conquista del suelo” (Rojas 2011: 39). Más adelante, con la desindustrialización de la economía, el cierre de los centrales azucareros y la apertura a inversiones extranjeras y el turismo en la isla, se dio paso a la recuperación de imágenes relacionadas con el mar, tanto en la poesía como en la narrativa cubana. En la novela más representativa de la literatura cubana de los noventa, *Tuyo es el reino*, de Abilio

Estévez, el efecto del mar omnipresente que deteriora la imagen de la tierra, es doble: por un lado, “la isla” es Cuba, y la maldita circunstancia del agua por todas partes se hace, en ocasiones, insoportable. El protagonista mira al mar y siente unos deseos irrefrenables de escapar. Pero, por otro lado, “la isla” es también una finca a las afueras de La Habana donde se respira, como en un microcosmos, un ambiente opresivo similar al del conjunto de la Isla. Allí vive una comunidad sobre la que se cierne una amenaza inaprensible. En aquel caserón vetusto, el “Más Acá”, rodeado de vegetación exótica y exuberante, los miembros de la familia esperan un acontecimiento que quebrará para siempre su inercia. El “Más Allá”, que llegará en la forma de un misterioso joven asaeteado, supone una ordenación geográfica y existencial paralela a la acotación que señala el Caribe en su perla. El efecto es parecido al que se patentiza en una de las obras maestras del cine cubano de finales de los setenta y principios de los ochenta: *Los sobrevivientes*, de Tomás Gutiérrez Alea, donde una familia cubana que vive a las afueras de la capital trata de resistir a las reformas implantadas por el régimen nacido de la revolución del 59, parapetándose en su finca y evitando cualquier contacto con el exterior, como una isla rodeada de una maldita circunstancia por todas partes, que deriva en un deterioro interno y una obsesión con el “más allá”.

Para el protagonista de *Llueve sobre La Habana*, quien ya no sentía ni el más mínimo arraigo por la tierra o las conquistas de la revolución, el malecón podría significar la esperanza de emprender un nuevo camino. Él siempre termina sus paseos frente al malecón, le agrada el mar, pues le hace pensar en su propia vida e historia: “Nuestras vidas son como la marea, con momentos de alta y momentos de baja. Marea alta y marea baja, vida feliz, vida desgraciada (...) la marea baja me envuelve.” (Travieso 2004: 11) Y por supuesto, el mar es la única vía de escape en un momento histórico en que el intento de salida se encontraba tipificado por el código penal como delito de “salida ilegal”. Mónica y Malú han considerado la posibilidad de abandonar el país en una balsa, un amigo común está preparando una y les ha ofrecido llevarlas consigo. Mónica no está del todo

convencida, pero Malú sí lo ha decidido, por lo que trata de persuadir a su mejor amiga: “Aquí vamos a vivir siempre así y terminaremos arrugadas si antes no nos matan para robarnos o meternos presas. Allá afuera viviremos como reinas con todos los tipos que queramos.” (Travieso 2004: 60) Ambas ven el mar como la solución a sus problemas. Malú quiere rodearse de lujos y comodidades que le proporcionen sus amantes; sin embargo, a Mónica le gustaría borrar el pasado, no quiere seguir siendo prostituta, ni amante de ocasión de hombres ricos; para ella el mar, la salida, sería la oportunidad de encauzar su vida hacia otra dirección y piensa: “yo no voy a llevar esta misma vida allá (...). Yo quiero volver a estudiar una carrera de verdad, graduarme, casarme y tener hijos.” (Travieso 2004: 60)

Otros de los aspectos recurrentes en la literatura de los noventa son la presencia del erotismo y el lenguaje vulgar. Ciertamente, Travieso incluye ambos elementos en su novela de manera muy peculiar, pues a diferencia del resto de los narradores de la época, Julio describe las escenas de erotismo utilizando expresiones en lenguaje figurado, de modo que las metáforas describan la escena sexual: “No llevaba puesta ropa interior y su inmensa selva me asombró. Incontenible, fui hacia ella y comencé a beber de su río que era largo y muy ancho. Furiosamente, mi lengua penetró en él, chupando, lamiendo, hasta encontrar su diamante rojo que yo, enloquecido, chupé, mordisqueé, mordí.” (Travieso 2004: 265)

La escena anterior se refiere al encuentro fortuito entre Él y la madre de Mónica, con la que, sin proponérselo, tuvo una relación que no llegó más allá del sexo. Con ella, a diferencia de su hija, Él buscó, como animal en celo, la satisfacción del cuerpo, el placer sexual, aunque más tarde el arrepentimiento castigara su conciencia por haberse dejado llevar por instintos y bajas pasiones. Muchas han sido las novelas de este período que han reflejado un cuadro similar, como las obras de Pedro Juan Gutiérrez, *Trilogía sucia de La Habana* y *Un rey en La Habana*, donde los personajes dan rienda suelta a los instintos corporales, sin que los sentimientos más espirituales tengan cabida. Sin embargo, la manera en

que Travieso presenta las escenas tiene, si se quiere, un toque romántico que marca una gran diferencia con obras como *Te di la vida entera* de Zoé Valdés o *El hombre, la hembra y el hambre*, de Daína Chaviano. De esta manera, escenas tan gráficas como el acto sexual, la penetración y eyaculación del personaje se describen de manera sublime, hermosa y hasta delicada y sensible: “Cuando ella casi estaba desfallecida extraje el garfio que se había agrandado y convertido en un inmenso arpón del capitán Abb, y, tomándolo por la base, comencé a golpearle todo el cuerpo (...). No pude contenerme y la lava, hirviente, poderosa, corrió por mi cuerpo y penetró en el suyo, quemándola.” (Travieso 2004: 265)

Claro que no todas las escenas y situaciones de los personajes se presentan adornadas con metáforas y símiles. Después de haber fornicado con su suegra, nuestro protagonista se arrepiente de haberse acostado con “su madre, con su puta madre.” (Travieso 2004: 271) Mónica, por su parte, es el conector entre dos épocas, dos mundos, dos códigos lingüísticos. Cuando está con Malú utiliza un lenguaje vulgar, de barrio bajo. Ante la pregunta de su amiga de si Él “¿No quiere templarte gratis ni chulearte ni pedirte dinero?” (Travieso 2004: 142), Mónica, cuyo verdadero nombre es Caridad, analiza: “Y si Lu tiene razón y Él es un cabrón, y otra vez me vuelven a joder.” (Travieso 2004: 142) En ocasiones la joven tiene que enfrentarse a chulos o delincuentes, a quienes llama “Hijo de puta” o “Maricón” (Travieso 2004: 159) Sin embargo, cuando estaba con Él, a quien sabía un hombre inteligente y culto, a pesar de que vivía en condiciones miserables, la joven se cuidaba de usar términos groseros, lo cual su amante agradecía y así lo confiesa: “me gustaba que no dijera templar, echar un palo, singlar o cualquiera de los otros verbos utilizados en Cuba en sustituto del clásico fornicar. Para hablar del sexo entre nosotros siempre decía ‘hacer el amor’.” (Travieso 2004: 31)

Evidentemente, es esta la característica que hace a la novela de Julio Travieso diferente, única y maravillosa, más aún, por tratarse de una época en que las condiciones históricas, políticas y sociales han estimulado el nacimiento de una

literatura que roza el realismo sucio (Birkenmaier 2001: 37-42). Al tomar ese enfoque, la narrativa abandona la certeza de que pueda existir un amor verdadero, desinteresado, que haga prevalecer los sentimientos por encima de las dificultades, las escaseces, las enfermedades o las plagas. *Llueve sobre La Habana* es en el fondo una novela de amor, romántica y trágica, insertada en la narrativa histórica que refleja fielmente la época en que se encuentra enmarcada. Es evidente que el tipo de sociedad y los modos de vida influyen directamente en la forma de pensar, actuar y crear de cada individuo, aportando, por ello, materiales valiosos para el arte y la literatura que este produce. Es tal vez por ello que Travieso, al pertenecer a una generación anterior que la de la mayoría de los narradores de los noventa, quienes por lo general habían nacido en la época del quinquenio gris, lleva consigo los vestigios de lo real maravilloso, que se extinguiría con el nuevo realismo del grupo de narradores que marcó la época del *posboom*.

El idealismo del escritor es, sin lugar a dudas, el que inventa un personaje protagónico capaz de rozar el estiércol y mantener el alma tan pura como la de un niño. Es por eso que, a pesar del rechazo social, del abandono de su mujer, de la pérdida de sus hijas, la expulsión de su empresa y el olvido forzado en que inevitablemente cayó después de que lo perdiera todo, Él, un hombre sin nombre, quien se describe a sí mismo como “un marginal, pero con ilusiones,” (Travieso 2004: 295) es capaz de enamorarse perdidamente de una jinetera, como un adolescente, lo que reconoce y afirma en sus reflexiones y ante su amada: “Hoy lo sé, la amaba mucho aunque, a veces, tuviéramos pequeñas discusiones (...) -El amor si existe porque yo te amo a ti.” (Travieso 2004: 67)

Y ese amor resulta ser correspondido, porque Mónica también lo adora. Así lo plasma en su diario, con tal vehemencia que no parece ser la misma mujer dura que conocimos al principio de la novela, capaz de plegarse a los caprichos más sórdidos de sus amantes por dinero: “lo amo, (suena a tango barato, pero es verdad) (...), en Él he encontrado lo que nunca encontré, cariño verdadero, preocupación hacia mí, desinterés.” (Travieso 2004: 67)

Lamentablemente, ese sentimiento se apoderó del corazón de Mónica cuando ya estaba enferma de SIDA. Y la precisa noche en la que la muchacha le confiesa a su amado que ha contraído la enfermedad por acostarse con un mexicano sin protegerse, el novelista describe la escena más sublime de todo el relato. Entre sollozos, ella le pide que le prometa que no la abandonará “aunque me convierta en una bruja, aunque la piel se me desprenda y el pelo se me caiga.” (Travieso 2004: 290) A lo que él, más enamorado y tierno que nunca responde: “Te lo juro, mi amor. Nos casaremos mañana mismo y tendremos muchos hijos y seremos muy felices.” (Travieso 2004: 291)

Después de que el SIDA se cobrara la vida de Mónica, él va a vivir al apartamento que pertenecía a la chica, en cuyo salón decide colgar su foto, para adorarla y recordarla y a pesar de que sigue teniendo mujeres, amantes de turno, nuestro héroe continúa recordando a Caridad como lo que fue: “El amor de mi vida, mi amor (...) el que nunca volveré a tener.” (Travieso 2004: 308) Julio Travieso es capaz de dibujar un amor constante que perdura más allá de la muerte y que a su vez nos parece creíble. Su historia nos reconcilia con la vida, dejando latente la esperanza de ver renacer una Cuba que rebase y supere los odios, rencores, heridas y sinsabores que le ha dejado impregnada la historia.

Capítulo 5: Análisis de *El polvo y el oro*

El polvo y el oro es, sin lugar a dudas, la novela cumbre del escritor Julio Travieso. En ella se relata la trayectoria de varias generaciones de una familia cubana, de estirpe española, en cuyos miembros se verán reflejadas las etapas más significativas de la historia de Cuba, desde la época de la colonia hasta los inicios de la revolución cubana, en la década de los sesenta. De este modo, a través de los miembros de la familia Valle, el lector puede llegar a conocer, con lujo de detalles, aspectos esenciales del desarrollo de la nación cubana a lo largo de un siglo y medio. El proyecto de la obra comenzó en 1986, cuando Travieso presentó la idea al recién inaugurado premio Razón de Ser, por el que el gobierno cubano financiaba ideas que luego iban a ser convertidas en novelas. Una vez ganado el concurso, comenzó la investigación sobre la saga, que culminó con la publicación de *El polvo y el oro* en 1993. Era la primera vez que el cubano acometía un trabajo de ese calado, ya que en sus novelas y cuentos anteriores, como hemos visto, se limitaba a narrar sus experiencias en la lucha clandestina contra Batista, a contar los primeros avatares de una revolución en marcha que necesitaba ser descrita, a

manifestar mediante “la literatura de la violencia” la oportunidad y profundidad de los cambios experimentados en Cuba en la mitad del siglo XX, a sugerir los primeros interrogantes y dudas sobre la pertinencia del proyecto revolucionario e imprimir cierta carga crítica a sus relatos, etc. Solo hubo hasta ese tiempo una obra claramente histórica, en el sentido estricto de amplia separación temporal con el tiempo de la escritura, que se adentraba en los acontecimientos de 1868 que supusieron el comienzo del proceso de independencia de la isla.

Por otro lado, Travieso llegaba a la década de los noventa siendo un escritor ya consagrado en su país, que debería afrontar el período especial de un modo coherente con su trayectoria particular pero también con las exigencias intelectuales que demandaba la nueva situación internacional y la penuria económica y la lenta agonía del sistema nacional. A diferencia de la generación más joven, la de los novísimos, la de los nacidos en los años sesenta y setenta, que comenzaba a despertar inserta directamente en el período más problemático de la historia de la revolución y que, por tanto, nacía mediatizada por el entorno, Travieso escribía en los noventa arropado por una trayectoria, y habiendo vivido tiempos mucho mejores. Sin embargo, la obra de los noventa de Travieso hay que insertarla en una situación que ya ha sido descrita por Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte*, al asegurar que, mientras los escritores se hacen más independientes, a medida que va terminando el siglo XIX y avanza el XX, como consecuencia de las estructuras del mercado del arte y su progresiva profesionalización, el espectro del mundo y del campo intelectual se va unificando cada vez más (Bourdieu 1995: 180-185). Paradójicamente, la conquista de la libertad de expresión, la multiplicación de los saberes y del modo de interpretarlos y la democratización del pensamiento moderno, que proyectan la imagen de un campo fragmentado y disperso, y destruyen la imagen tradicional del pensamiento único en las sociedades de corte feudal, remiten finalmente a una impresión de univocidad, como declaró Habermas al describir la formación de un “espacio público moderno” (Habermas

1981: 53). En este contexto, Rafael Rojas opina que en la Cuba de finales del siglo XX se dan estas características de un modo muy peculiar y especialmente intenso:

Todo campo intelectual, al menos en la modernidad, tiende a ser unívoco, centrípeto, ya que la esfera pública, conformada por editoriales, medios de comunicación, instituciones estatales y privadas, mercado, consumidores, críticos y académicos, gravita hacia un centro, el centro de las representaciones nacionales: el teatro donde los actores escenifican el drama de un sujeto abstracto y uniformante. Esta gravitación centrípeta hacia el sujeto nacional, que Bordieu describió para la Europa de fines del siglo XIX, es todavía aplicable a la América Latina de principios del siglo XXI y, en especial, a Cuba. (Rojas 2002: 41)

El modo de concretarse todo esto en el ámbito de Hispanoamérica depende de la realidad de que, en el subcontinente, la modernidad es todavía insuficiente y lucha por buscar acomodo en el espacio público, por lo que la propuesta cultural e intelectual de corte postnacional y multicultural libra una dura batalla con el medio, puesto que, dado su carácter insuficiente, sigue vigilada y castigada “por el sujeto nacional hegemónico” (Rojas 2002: 42), y cualquier iniciativa intelectual o artística se mantiene subordinada “a la lógica centrípeta de la representación nacional” (Rojas 2002: 42). En Cuba, estos presupuestos están matizados enormemente por la situación singular que la isla vive: mientras los cubanos residentes en la isla están condicionados por unas carencias de todos conocidas, el espacio de multiplicidades políticas, geográficas, económicas, tecnológicas, comunicacionales de los artistas e intelectuales cubanos que desarrollan su actividad en el extranjero, condena a su obra artística o literaria a una diferente interacción con políticas culturales, imágenes de identidad y concepción del espacio de la subalternidad. En lo que coincide toda la literatura cubana de las dos últimas décadas es en la generación de un cambio de perspectiva y de dirección en

lo que podría denominarse como un canon nacional. Es más, la misma noción de “canon nacional” experimenta una crisis como nunca antes se había manifestado, no solo por las hibridaciones temáticas de los productos culturales, sino también por el espesor ambiguo y múltiple del mercado, que marca las continuas alteridades transnacionales, construyendo un canon multicultural, que ya no es identificable con la geopolítica de la isla, sino que está globalizado por completo, mucho más que en otros países del orbe hispanoamericano y, por supuesto, del entorno occidental, donde los proyectos nacionales siguen teniendo una vigencia más clara. Existe, entonces, una posible desconexión entre la inercia de lo centrípeto y la natural tendencia centrífuga del fenómeno diaspórico. Para superar esta aparente paradoja, Rafael Rojas reflexiona sobre la relación entre las direcciones individuales y colectivas de los productos culturales y la apropiación que el poder se hace de ellos:

En América Latina, los discursos y las prácticas multiculturales son manipulados, nacionalmente, por sujetos que podríamos definir como “subalternos hegemónicos”. En Cuba, esa manipulación se practica de manera ejemplar. En los 80, el postmodernismo fue la matriz de poéticas peligrosas en las artes y las letras cubanas. Sin embargo, ya a mediados de los 90 la postmodernidad estaba domesticada por las instituciones, incorporada a los usos y costumbres del poder. A fines de la pasada década [en este contexto la de los noventa], el multiculturalismo apareció como un campo referencial que desestabilizaba las fuertes políticas de la identidad nacional. (Rojas 2002: 44)

En la evolución de la narrativa de Travieso, este mapa de progresiones se cumple a la perfección. Hasta los ochenta, temas y procedimientos apenas se salen de lo establecido por esos “sujetos hegemónicos subalternos”, pero en los noventa, a través de los procedimientos de la nueva novela histórica, Travieso irá

proponiendo otras estrategias para introducirse en el espacio de la posmodernidad, con una carga crítica hasta entonces imposible de concebir en Cuba. Y en sus últimas novelas, a partir de los últimos noventa y hasta la actualidad, esas estrategias se involucrarán de modo absoluto en los márgenes y en el cuerpo de lo multicultural, como una forma distinta de desestabilizar esas “políticas de identidad nacional”. Su ejemplo más claro es la novela *Yo soy el enviado*, de carácter histórico, pero contaminada por la filosofía, el esoterismo, la multiplicidad del mundo religioso y la pervivencia en todo el tiempo y el espacio de la actualidad de doctrinas ancestrales que se han reciclado en el debate de lo posmoderno, como la secta de los gnósticos.

En el caso de *El polvo y el oro*, debemos ubicarla dentro de una de las tres posibilidades que Rojas enumera como “políticas intelectuales de la escritura”, o lo que es lo mismo, “formas específicas de invertir el capital simbólico de sus poéticas con fines públicos” (Rojas 2002: 44). Es lo que el crítico villaclareño ha llamado la “política de la cifra”, es decir, una forma de interlocución culta y letrada con los discursos nacionales, que utiliza el corpus de la tradición literaria e intelectual cubana (Martí, Heredia, Villaverde, Casal, Carrión, Loveira, Ortiz, Novás Calvo, Lezama, Piñera, Eliseo Diego, Sarduy, Cabrera Infante, etc.) para traducir la identidad cubana en códigos de corte estético. El paradigma más evidente sería el de José Lezama Lima, para quien “Nuestra isla comienza su historia dentro de la poesía” (Lezama, Esteban y Salvador 2002: I, X). En ese círculo se han movido desde los noventa, además de Julio Travieso, en el que hay referencias constantes a la tradición literaria cubana y la occidental, Abilio Estévez, con *Tuyo es el reino* (1997), Reinaldo Montero, con *Misiones* (2000), Antón Arrufat, con *La noche del aguafiestas* (2000), Antonio José Ponte, con *Cuentos de todas artes del imperio*, José Manuel Prieto, con *Livadia* (1998) y *Rex* (2007), Roberto Méndez, con *Variaciones de Jeremías Sullivan* (1999), Eliseo Alberto, con *La eternidad por fin comienza un lunes* (1992), Leonardo Padura, con *La novela de mi vida* (2002), etc. La novela de Travieso dialoga con la historia de

la isla pero también con la literatura. Algunos personajes son escritores reales o se hace referencia a ellos, y en algunos casos aparecen escritores que nunca existieron pero que representan rasgos de personalidades históricas bien conocidas. No se trata, en ninguno de los casos, de referencias eruditas, sino de apoyos históricos, por un lado, y reflejo de las propias preferencias literarias del autor, que suele citar a los autores más cercanos a su sensibilidad estética, tanto a los cubanos como a los pertenecientes a la tradición literaria occidental.

En *El polvo y el oro*, la trama principal gira alrededor de la curiosidad que siente el único heredero de la estirpe Valle, quien radica en Miramar, barrio de La Habana, en la década de los cincuenta. Javier Valle lucha por descubrir los secretos y misterios que quedaron ocultos, sin aclarar, y que resultaron prácticamente borrados por el tiempo: “¿Quién mató a Javier Valle? ¿Dónde falleció Francisco Joseph? ¿Murió Francisco Valle de muerte natural?” (Travieso 1999:12).

El personaje busca insistentemente en sus álbumes familiares, cartas y recortes de periódicos, aquellos indicios que le permitan poner en orden las piezas que puedan reconstruir los hechos, para que a su vez, ellos le lleven a entender las causas del triste desenlace de sus predecesores. De esta forma, el escritor parece apoyarse en su personaje, para llevar a cabo la búsqueda de aquellas escenas que le lleven a retratar, de forma detallada y magistralmente realista, los sucesos históricos acaecidos en Cuba, en este caso, vistos a través de la familia Valle, quienes serán testigos de la conquista, el esplendor, la búsqueda de las riquezas, la llegada a la cima de la buena fortuna y, más tarde, el desmoronamiento de los miembros de una saga que parece representar la nación, la cual atraviesa, paralelamente a los Valle, por etapas similares, yendo al principio del polvo al oro y, años más tarde, desandando el camino, volviendo del oro al polvo. En cenizas se convierte el cuerpo del último heredero de la familia, con el fusilamiento del último de los Valle. De igual manera, la sociedad cubana, en especial La Habana,

pasa de ser una de las capitales más importantes del mundo a un pueblo en ruinas, cuyos hijos huyen, desperdigados, en diversos lugares del universo.

Curiosamente, Travieso parece asociarse con el protagonista de su novela para ir en la búsqueda de aquellas pistas que le ayuden a retratar los sucesos históricos más importantes acaecidos en la isla. En su novela, todos ellos serán vistos a través de los ojos de varias generaciones de cubanos, que serán los testigos presenciales de la conquista, el esplendor, la llegada a la cima de la buena fortuna y, más adelante, la desaparición progresiva de los integrantes de una estirpe, que se extingue justo cuando comienza el desmoronamiento de la sociedad cubana republicana, con el inicio de la dictadura castrista.

La novela se divide en dos partes. La primera, cuya historia se remonta al siglo XIX, cuando llega a Cuba el patriarca, Francisco Valle, joven de clase baja, proveniente de Cádiz, quien como tantos otros españoles viaja a la isla en busca de fortuna, encontrándose con La Habana, que era en ese entonces una ciudad sucia, atrasada y llena de negros (Travieso 1999: 13), y que más adelante se convertirá en “la tacita de oro del Caribe,” ciudad donde él triunfará, llegando a ser uno de los hombres más ricos y conocidos de la capital de la nación.

La segunda parte de la obra describe la ruina de la familia Valle, a la vez que dibuja la decadencia de La Habana, que comienza justamente cuando el último de los Valle es ajusticiado por un pelotón de fusilamiento que ejecuta la sentencia dictada por el tribunal revolucionario. Es precisamente este suceso el que da comienzo a la novela, aunque acto seguido la trama se remonta a la época de la colonia, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con la llegada de Francisco a La Habana. Luego, al final del relato, se vuelve a la escena del fusilamiento, haciendo que la narración sea circular, como corresponde al sistema de comunicación de los “pueblos del mar”, y también al de las culturas donde existe una extensa red de configuraciones sincréticas y una pervivencia de elementos de pensamiento mítico y conocimiento “narrativo” (Lyotard 1979: 18-19), como ocurre en toda la zona del Caribe, lo que incluye también la

fragmentación, la provisionalidad, el aislamiento, la complejidad cultural, la inestabilidad, la contingencia, la repetitividad de procesos históricos, el sincretismo, etc. Benítez Rojo asegura que la circunstancia del accidente geográfico en forma de archipiélago confiere a toda la región un particular sistema de funcionamiento, pues se trata de un sistema continuo de “condensaciones inestables, turbulencias, remolinos, racimos de burbujas, algas deshilachadas, galeones hundidos, ruidos de rompientes, peces voladores, graznidos de gaviotas, aguaceros, fosforescencias nocturnas, mareas y resacas, inciertos viajes de la significación; en resumen, un campo de observación muy a tono con los objetivos de Caos” (Benítez Rojo 1998: 16).

Como corresponde a esa imagen caótica de los pueblos del mar, a su llegada a la capital de la isla, el gaditano se encuentra con una ciudad salvaje y exótica, “negros semidesnudos cargan sacos y cajas en carretas tiradas por bueyes (...) perros sarnosos se disputan, entre gruñidos y mordiscos, las piltrafas que le arrojan desde el interior de la venta.” (Travieso 1999: 13) ¡Cuán lejos estaba Francisco Valle de imaginar lo que, años más tarde, sería la ciudad! Ciertamente, con el negocio del azúcar la isla llegaría a convertirse en uno de los países más ricos de América (Thomas 1973: I, 153).

Sin lugar a dudas, la historia de Cuba constituye una constante en la obra de Julio Travieso, por lo que los Valle, una vez más, resultan ser un reflejo de lo que ha sido el país. De la mano de los miembros de dicha familia nos adentramos en la época de la colonia, en la que Javier, personaje que vive entre las década de los cuarenta y cincuenta del siglo XX, busca constantemente los secretos del pasado familiar. Javier organiza, frecuentemente, tertulias en su suntuoso chalet habanero de Miramar, que terminan siempre girando alrededor de un tema que taladra su cerebro: la desgracia que ha rondado a los Valle, sus misterios, sus culpas y el casi exterminio de la saga.

Javier Valle busca de modo incesante, en su pasado, los detalles que sus antecesores se llevaron a la tumba y que pudieran aclarar sus dudas con respecto a

las muertes, desapariciones y locuras de algunos de sus antepasados. La idea le obsesiona: “Quién pudiera, le dices, mover las agujas del reloj hacia atrás en el tiempo y ver personalmente, unos minutos, lo que hacía Fernando y sus relaciones con Francisco.” (Travieso 1999: 158) Algo similar ocurre en la novela de Leonardo Padura *La novela de mi vida*, donde la idea de circularidad y repetitividad está también presente, en forma de investigación sobre algunos personajes históricos del pasado que remiten, por repetición de imágenes, a un presente. En el caso de Javier Valle es la familia, el apellido, la saga, y en el caso de Padura es la idea “de que Heredia era nuestro contemporáneo, de que a pesar de que había vivido a principios del siglo XIX, era un hombre que había tenido una vida de poeta romántico, una vida de revolucionario, una vida de hombre de su tiempo, pero también había tenido una vida en la que muchos elementos sustanciales de la cubanía, que se mantienen ahora, habían estado presentes. Fundamentalmente uno, el exilio” (Esteban 2006: 321).

De igual forma, Travieso hurga e investiga en el Archivo Nacional, mirando con lupa las cartas de la familia Valle, sus fotografías y los recortes de periódico de la época, tratando así de formarse una idea exacta de lo que fue la vida de los Valle-Iznaga, y a partir de ahí crear su novela histórica: “Cuando comencé a escribir la novela -nos aclara el autor- sabía que en el Archivo Nacional existía (aún debe existir) un fondo llamado Fondo Valle Iznaga, compuesto por 99 carpetas en las cuales se hallaban documentos de la familia. Mi madre Violeta, historiadora de profesión, fue la que me habló de tal fondo y me sugirió que escribiera la historia de una gran familia cubana. Acepté su sugerencia, me fui al Archivo, y, en el transcurso de un año, revisé las 99 carpetas. En ellas había cartas familiares, actas notariales, casamientos, bautizos y otros documentos relacionados con la familia. También estaba un árbol genealógico, hecho a mano y con lápiz, de la familia, desde 1840 hasta aproximadamente los años 50. Quién recogió los materiales existentes en las carpetas y quién hizo el cuadro es un misterio porque en las carpetas no había ninguna referencia a ello. Los empleados

del Archivo tampoco lo sabían. Me imagino que fue uno de los últimos miembros de la familia que recogió todo aquel material. Luego, al abandonar el país, su casa fue confiscada, y ese material ocupado y transferido al Archivo.” (Travieso y Aparicio 2012) El rigor histórico lleva al autor a la exquisita documentación sobre la época y la familia, del mismo modo que Padura se introduce en la vida de José María Heredia con la profesionalidad del historiador, pero sin caer, en ambos casos, en la tentación de la historiografía. Utilizan la historia para sus propósitos literarios, sin dar lecciones (Lefere 2004: 44-46). En esa misma línea podemos citar las obras de los cubanos Antonio Benítez Rojo, *El mar de las lentejas* (1984), sobre algunos sucesos relativos al descubrimiento y la colonización de América, de Ángel Tomás González, *Los ángeles tocan maracas* (2008), que realiza un detallado retrato de la sociedad habanera del finales del XIX, de Jaime Sarusky, *Un hombre providencial* (2001), sobre el famoso filibustero estadounidense William Walker, que se introdujo en varias ocasiones en diversos territorios de América Central y el Caribe en la mitad del siglo XIX, de María Elena Cruz Varela, *La hija de Cuba* (2006), sobre la vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Julieta Campos, *La fuerza del destino* (2004), un compendio de la historia de Cuba mediante los avatares de las 14 generaciones de su familia desde el siglo XVI, de Ernesto Peña, *Una Biblia perdida* (2010), sobre el esclavo Aponte y su insurrección, de Reinaldo González, *Al cielo sometidos* (2002), sobre dos personajes españoles que se embarcan hacia América en una de las carabelas de Colón, etc.

5.1. El azúcar: el oro en el polvo

En *El polvo y el oro* se explica cómo una buena parte de la historia de Cuba corre paralela a la evolución del cultivo del azúcar. Durante mucho tiempo, Cuba

vivió de la fabricación y exportación de ese “oro blanco” (Galeano 2004: 83), de los ingenios donde se producía, según las épocas, la cuarta parte, y hasta la mitad, del azúcar de todo el mundo, que significaba para Cuba, y para España, la mejor forma de conseguir oro a través del polvo blanco. Pero fue Cristóbal Colón el primero que acercó el producto a las costas isla de Madeira, y el que pensó que la caña podría cuajar en los territorios a los que había arribado. No en balde se sabía que el azúcar tenía un origen oriental, y que en las Indias se conocía desde hacía muchos siglos. Pero los intereses económicos de los españoles en América estaban centrados, desde el principio, en la explotación del oro. Cuando este desapareció, muy pronto, de la isla, los colonos abandonaron Cuba para extraer el metal abundante que existía en numerosos territorios continentales. La prosperidad que reinaba en la perla del Caribe se vino abajo a partir de la década de los veinte del siglo XVI, por lo que los treinta y los cuarenta fueron de franco declive, con menos salidas y llegadas de barcos. En 1520 se habían fundado algunos molinos, pero solo a partir de 1543 hubo un plan para trabajar a fondo con el azúcar, cuando Hernando de Castro, tratando de paliar el abandono en el que se encontraba Cuba, solicitó del rey la licencia para instalar un trapiche dedicado a su extracción. Ya a final del siglo la industria azucarera se había asentado convenientemente, gracias sobre todo a las importaciones del primer gran monopolista de la época, el portugués Gómez Reynal (Guerra 1964: 97). En los últimos años del siglo XVI, Cuba exportaba ciertas cantidades de azúcar a Castilla, Cartagena y Campeche. Su producción, en los primeros años del siglo XVII, alcanzó las 312 toneladas, procedentes de los 37 molinos que por entonces existían en todo el territorio insular (Thomas 1973: I, 46). Pero la explotación era costosa: requería de grandes capitales para ser puesta en marcha y necesitaba mano de obra barata. Por entonces comenzaron a llegar, aunque en escasas cantidades, algunos esclavos de África. A finales del XVII ya había más de 60 trapiches, aunque la producción total de la isla era bastante inferior a la de otros lugares como Jamaica, Haití o La Española.

Hacia la mitad del siglo XVIII se produce un cambio cualitativo y cuantitativo en la concepción de la industria azucarera. Muchas familias criollas, herederas de los españoles que recibieron las tierras en el XVI y el XVII, poseedoras de latifundios, dejaron la ganadería, que reportaba pocos beneficios, y construyeron ingenios azucareros. Cuando tuvo lugar la invasión inglesa y la toma de La Habana en 1762, se abrió el comercio de Cuba al mundo anglosajón, y la producción obtuvo un importante incremento, que supuso a su vez la introducción masiva de esclavos. En esta época se sitúa la llegada del primer Valle a Cuba, desde España, en la novela de Julio Travieso, y en la historia real. Por entonces, muchos españoles decidieron emigrar a la isla porque, entre otros problemas, la situación política en España era delicada, con conflictos internos de la realeza y pretensiones imperialistas por parte de los franceses, que llevaron a la Guerra de la Independencia en los primeros años del siglo XIX. Cuba ya era una potencia económica incipiente, los resultados de la explotación del azúcar eran cada vez mayores, la trata de esclavos estaba adquiriendo proporciones masivas, y las colonias continentales de España eran un hervidero de independentismo y violencia política. Julio Travieso elige un personaje prototípico de la España en decadencia de finales del XVIII y principios del XIX, que desea salir bien parado del caos que se está formando en el mundo hispánico. En los últimos años del Siglo de las Luces, cuando la corona española ha recuperado la isla y dictado leyes que favorecen la industria azucarera, llegó a haber 600 trapiches y una producción de 6000 toneladas, gracias también a que las revueltas independentistas en Haití habían dejado a aquella zona medio devastada.

La primera gran época, por tanto, del azúcar en Cuba se produjo en los primeros años del XIX, cuando Francisco Valle, un personaje que realmente emigró a Cuba e instaló un ingenio muy próspero, aderezado con la introducción de una gran cantidad de esclavos, se estableció definitivamente. El azúcar sustituyó al café en esa etapa histórica como principal fuente de riqueza. Se introdujo la máquina de vapor, perfeccionada por Richard Trevithick, y en 1830 ya

había más de mil ingenios, que llegaban a las 94.000 toneladas. La producción de azúcar se incrementó más todavía cuando en 1837 apareció la locomotora de vapor, y la isla se convirtió en el primer lugar de América Latina en tener ferrocarril y el séptimo del mundo. Los beneficios fueron mayores todavía porque se afianzó considerablemente la esclavitud. Entre 1823 y 1865 fueron importados unos 400.000 esclavos (Thomas 1973: I, 153). Cada ingenio era una unidad económica, con vivienda para los amos, sus familias y los barracones donde los esclavos vivían de un modo miserable. Asimismo, cada ingenio poseía una casa de máquinas, otra de purga, y otras para el administrador y para el mayoral (Márquez Sterling y Márquez Sterling 1996: 68). Esa organización social descansaba en la idea de la permanencia ilegítima de la esclavitud y de los abusos frecuentes de los patrones sobre los esclavos. Este hecho, por ejemplo, es crucial en el desarrollo de los acontecimientos de la familia Valle en *El polvo y el oro*, cuando los esclavos, hartos de su situación, maldicen a los amos y determinan con sus demolidores ritos el devenir fatal de varias generaciones, como veremos a fondo en el siguiente apartado.

Pero se hace necesario, a este respecto, introducir la situación económica de Cuba en relación con el azúcar, en el contexto americano y en de las relaciones internacionales que, por esas fechas, iban a cambiar el rumbo de las servidumbres económicas. Hasta el siglo XIX, los territorios coloniales se integraron en el sistema internacional de relaciones mercantiles, basado en los latifundios, con terratenientes primero españoles, luego criollos, y el nacimiento de una burguesía comerciante importadora y exportadora, y más de tarde de una pequeña burguesía industrial. Después de la independencia del continente, el poder fue ejercido por las clases que tenían en sus manos la producción. Sin embargo, los grupos de poder no estaban interesados en una transformación radical de la estructura económica basada en el latifundio, sino en consolidar y aumentar el predominio económico por medio del control político, es decir “poner toda la organización social que ahora dominan, en función de la estructura productora en la que basan

su existencia como clase” (Hernández 2002: 716). El resultado de esa política fue que los latifundios, lejos de ser eliminados, se desarrollaron más en las nuevas repúblicas latinoamericanas, según observó José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos...* (Mariátegui 1969: 34). De hecho, durante el siglo XIX, los grandes latifundistas recibieron tanta tierra como durante los tres siglos precedentes (Hernández 2002: 716). Por otro lado, la importación, en forma de avalancha, de productos manufacturados europeos, acabó con la producción artesanal interna que estaba asomando, como germen de una burguesía productora. Como colofón, la ausencia de la pequeña propiedad agrícola, de vital importancia para el mercado interno, agravó la situación de dependencia con respecto a los grandes terratenientes y el mercado internacional en alianza con ellos.

La perla del Caribe fue todavía mucho más dependiente que las repúblicas independizadas, por su condición insular, por el espejismo del tiempo detenido, por el excesivo control de la metrópoli, por el efecto económico y social que produjo la guerra a finales de siglo, por la continua acumulación de esclavos en el siglo XIX, y por la casi exclusiva promoción del azúcar como motor económico de la isla, cuyo sistema y proceso de explotación estaba pensado para llenar los mercados internacionales sin pasar por un proceso interno de manejo de los resultados. Así, es posible que el origen de muchos de los problemas económicos y sociales del pueblo cubano radicara en el latifundio azucarero. La dependencia económica fue causa de malformaciones no solo políticas, sino también culturales e identitarias. Ya acertó a matizarlo Enrique José Varona, en una frase lapidaria en 1919: “Hemos asegurado la independencia política de la patria. Es un gran deber que hemos cumplido. Nos falta otro. Asegurar por el trabajo bien dirigido la independencia económica del cubano; con esta, y solo con esta, se afianza la otra. Y cuando se cimenta con sangre una obra, hay que poner además todos los medios para que perdure” (Guerra 2002: 68). No resuelto el avatar de la independencia económica, de nada habría servido la política. Y con ellas, vendrían las más

escondidas, la cultural y la que se implica con el concepto de identidad y civilización.

Como veremos más adelante con las teorías de los años 30 y 40 de Fernando Ortiz, si en Cuba no existió al comienzo de la república una definición clara de lo identitario, ello se debió, en parte, a que el latifundio azucarero y la dependencia de las capas productoras con respecto a los usufructuarios del colonialismo, no permitieron la creación de una burguesía nacional pujante ni de un proletariado amplio, fuerte y con conciencia de clase. Francisco López Segrera destaca, en ese sentido, “la debilidad de la burguesía dependiente cubana en relación con la fortaleza que esta clase llegó a alcanzar en la mayoría de los países latinoamericanos” (López 1989: 97). Y con respecto a la existencia del latifundio, como una de las causas de la imposibilidad de desarrollo de la burguesía, Ramiro Guerra no puede ser más explícito cuando afirma a finales de los años veinte que “el latifundio ha sido la causa de la decadencia de las Antillas” (Guerra 2002: 68). El azúcar ha sido siempre fuente de progreso, riqueza y bienestar, y el capital, venga de donde venga, es un factor esencial de la producción. Pero su régimen de explotación es lo que destruye la economía nacional, y no solo eso, sino además la organización social, la soberanía política y la independencia patria (Guerra 2002: 69-70). Y lo es porque se desarrolla “territorialmente” u “horizontalmente”, girando en un círculo vicioso que lleva inexorablemente a la superproducción y al acopio de grandes extensiones en un número muy pequeño de empresas anónimas, por lo que termina destruyendo la pequeña y mediana propiedad que encuentra a su paso, sometiendo a un duro feudalismo económico a la que logra quedar en pie transitoriamente y desarraigando del suelo al cultivador, con la consiguiente destrucción de su poder de crear riqueza; a aumentar el monocultivo, causa universalmente reconocida de nuestra debilidad económica y de nuestra creciente dependencia de los mercados extranjeros; a afectar desfavorablemente al comercio, reduciendo el campo de acción de este; a limitar el desarrollo de las

comunicaciones y, finalmente, a minar, absorber y monopolizar todas las energías productivas del país (Guerra 2002: 70-71).

Hay otra edad de oro, además de la segunda mitad del siglo XIX, en la explotación de ingenio azucarero cubano, y se corresponde con la época que se denominó como la “danza de los millones”, en la segunda década del siglo XX, y de ella hay una amplia información en la novela de Travieso, en el recuento de las vicisitudes de las distintas generaciones de la familia Valle. Cuba ya era una república independiente, pero su dependencia económica con respecto a los Estados Unidos iba mucho más allá de lo recogido en el Enmienda Platt. Por esa razón, muchos historiadores han llamado a esa etapa de la historia de Cuba la de la “seudorrepública”. Durante el gobierno de Mario García Menocal (1913-1921) tuvo lugar el *boom* económico más determinante de Cuba, cuyas bases fueron, sobre todo, la creación de nuevos ingenios azucareros. Eran tiempos convulsos para las cosechas europeas, debido a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y Cuba multiplicó su producción y alargó los tentáculos de su producción y exportación azucareras a casi toda Europa, además del comercio sólido que ya tenía instalado con los Estados Unidos, debido no solo a su cercanía, sino también a que grandes compañías estadounidenses habían comprado numerosos ingenios y habían modernizado y multiplicado la producción, con el fin de comerciar sobre todo con su país. En aquella época Cuba llegó a acumular un cuarto de la producción mundial de azúcar, que era convenientemente distribuida. Los precios del azúcar siguieron en alza. En los primeros años de la guerra se abrieron al menos veinte nuevos ingenios, sobre todo en la zona del este de la isla, menos explotada y con grandes terrenos, semiselváticos y muy fértiles, en los que casi no había aprovechamiento agrícola. Muchos de esos ingenios fueron inyectados desde el inicio con capital norteamericano, lo que hizo que su construcción y explotación estuvieran a punto en muy poco tiempo, ya que las grandes cantidades de dinero agilizaban todos los procesos. El paro descendió considerablemente en la isla, hasta tal punto que los países cercanos enviaban abundante mano de obra.

Aquellas islas como Haití o Jamaica que varios siglos antes habían controlado las grandes producciones de azúcar, ahora se veían absolutamente rebasadas por el empuje de una isla que estaba experimentando un desarrollo impresionante, en ningún modo comparable al de cualquier otro país de Nuestra América. Había inmigrantes incluso chinos, que llegaron a formar una amplia comunidad en la isla durante aquellos años.

Uno de los impactos más visibles de esa bonanza y esa transformación, además de la ya consabida de las ciudades, sobre todo de La Habana, que creció y se enriqueció como ninguna otra en América, fue la desaparición de bosques vírgenes, que fueron transformados en tierras de labranza, para aprovechar el empuje del azúcar en esos años. En palabras de Teresa Casuso, “se incendiaban los bosques extensos e impenetrables, selvas enteras a las que se les metía fuego y luego eran arrasadas hasta el suelo a fin de dejar sitio para plantar caña de azúcar. Mis padres estaban desesperados porque los bosques tropicales más bellos y fragantes (...) ardían como sacrificio al frenesí de cubrir de cañaverales todo el país. En las noches la vista de ese horizonte en llamas me afectaba con una extraña ansiedad llena de temores, y el olor a madera quemada llegaba tan lejos, que era como el incienso que uno huele dentro de las iglesias. Pero la casa en que vivíamos estaba hecha completamente de cedro y era como un gran cofre perfumado.” (Casuso 1961: 92)

En un breve lapso, numerosos colonos llegaron a tener tanto poder adquisitivo como los mismos dueños de los ingenios y pudieron comprar tierras. Se trata de los nuevos ricos que pueden comprar sus mansiones en El Vedado, el barrio de moda de La Habana, lleno de casas de estilo colonial, con sus jardines, sus porches, arcadas y sus esculturas imitando el estilo clásico renacentista, sin escatimar el consumo del mármol más caro y elegante. Ese estilo proliferó también en otras ciudades y poblaciones, cuyo nivel de vida creció abruptamente; de hecho, pequeñas villas del interior se convirtieron en ciudades muy pobladas, con diversidad de barrios y centros de ocio. Al terminar la guerra europea, los

campos del viejo continente estaban destruidos en su mayoría, por lo que los productos cubanos de prestigio sobre todo el azúcar, siguieron teniendo una respuesta muy positiva por parte de los mercados internacionales, a la vez que los precios subían como la espuma, favoreciendo a los isleños. De todos esos detalles da cuenta Travieso en su novela, ya que la familia Valle observa, en cada momento de auge de la economía de la isla, desde comienzos del XIX hasta la “danza de los millones” cómo sus propios negocios azucareros corren la misma suerte que la perla del Caribe. Por ejemplo, en el capítulo XIII, Frasco da cuenta de la recuperación económica familiar, y el narrador añade un comentario sobre la fiebre del dinero que acompaña a los momentos de bonanza, toda vez que el capitalismo a ultranza es la única regla de juego de la economía cubana:

También la economía de la isla florecía con los precios del azúcar, más altos que nunca y las exportaciones a los Estados Unidos alcanzando niveles nunca vistos. Azúcar, mieles, alcohol, tabaco, café, abarrotaban los muelles de La Habana donde en menos de veinticuatro horas eran embarcados, en un constante ir y venir de la gran marea comercial que enriquecía a los hombres de negocios del país. Todos querían producir, vender, obtener dinero para nuevamente producir, vender y recibir más dinero. Dinero, mucho dinero. “Invierta, amigo, invierta”, se oía por todas partes, “invierta, sí, el precio del azúcar volvió a subir”. (Travieso 1999: 436-437)

Pero donde mejor se manifiesta ese ambiente alrededor de la explotación azucarera en momento de auge es en algunas novelas de la época de la “danza”. Por ejemplo, en *Las honradas*, de Miguel de Carrión (1917), se destaca cómo una parte importante de la economía cubana deriva de la acción de los latifundios y empresas relacionadas con el azúcar. De hecho, la circunstancia que genera la problemática fundamental de la novela remite a la situación laboral de Joaquín,

recién casado con Victoria, y su jefe, don Fernando Sánchez del Arco. Este es el dueño de una empresa que se dedica a la explotación de ingenios azucareros por todo el país. Victoria, al final del capítulo V de la segunda parte, se lo imagina “vanidoso, tieso y antipático como un reyezuelo salvaje”, y le entran deseos de “insultarlo a gritos”, mientras que Joaquín “nunca habla de él sin prodigarle los más calurosos elogios” (Carrión 1996: 204-205). Joaquín pertenece a una familia de muchos miembros y evidentes dificultades económicas. Por eso, su trabajo en los ingenios supone un rápido ascenso social: puede disponer de dinero, vivir cada vez en una mejor casa y un barrio más pudiente, aunque para ello tenga que hacer grandes sacrificios, como el de pasar largas temporadas fuera de su casa, separado de su mujer, en condiciones duras de vida y trabajo, mientras que don Fernando dirige los negocios sin esfuerzo, a pesar de sus continuos viajes por todo el mundo y desde su lujoso despacho de La Habana, descrito de esta manera por Victoria en su primera entrevista con el empresario:

Estábamos en una vasta pieza rectangular, mitad despacho y mitad biblioteca, amueblada con sobria elegancia e iluminada por cuatro grandes ventanas que se abrían a la calle. Los muebles eran de caoba, lisos y brillantes, y el tono malva de las paredes y los visillos de las ventanas contribuían a que se destacara con más firmeza, sobre el fondo claro, el rojo negruzco de la madera. La pared que se alzaba delante de mí aparecía totalmente cubierta por un gran tapiz de los Gobelinos, representando escenas caballerescas. Allí estaba la gran mesa de trabajo del dueño y a entrambos lados dos pequeños estrados con sillones y sofás, de la misma estructura maciza que el resto del mobiliario y forrados con oscuro cuero de Córdoba. No había cortinajes ni cuadros en las paredes. Un estante corrido, de la altura de un hombre, daba vuelta a toda la estancia, exceptuando el fondo, ocupado por el tapiz, y contenía millares de libros, finamente encuadernados, y esculturas de bronce colocadas de trecho en trecho sobre

la repisa. Junto a uno de los ángulos, un juguetero, de forma original, guardaba un misal antiguo, de inestimable precio, y algunas curiosidades parecidas coleccionadas por su propietario en los cuatro extremos del mundo. (Carrión 1996: 216)

De más está decir que todo lo que acaba de ser descrito por Victoria es de una calidad insuperable, propia de los mejores despachos europeos. Muebles de caoba, visillos en las ventanas, estructura maciza de todos los muebles, mesas, sillones, cuero de Córdoba, famoso en toda Europa desde el siglo XVI, tapices de los Gobelinos, exquisitas piezas francesas de decoración desde el siglo XVII, un misal antiguo de inestimable precio, etc. Cuando la entrevista acaba, don Fernando manda a uno de sus trabajadores a buscar el Panhard, automóvil francés al alcance de muy pocos, para que lleve a Victoria a casa. El ambicioso empresario, prendado de las bellezas de la esposa de su subordinado, compra la casa de al lado de ella para poder tenerla cerca y cortejarla, mientras Joaquín permanece muy lejos, en la otra esquina del país, trabajando duramente. Cuando la situación se vuelve irreversible y el daño está hecho, Sánchez del Arco vuelve a manifestar su poder. Él puede arreglarlo todo con dinero: deja embarazada a Victoria pero paga la intervención que ha de practicársele para evitar “el problema” y recompensa exageradamente a Joaquín con un puesto importante en la empresa y una dotación económica fuera de lugar, por lo que este sigue pensando que don Fernando es el prototipo de perfecto y justo empresario. En aquella época, los dueños de los ingenios y de las empresas solían ser extranjeros, pero aquellos cubanos, como don Fernando, que consiguen un estatus superior, se comportan como los extranjeros, a los que el país y el desarrollo les trae sin cuidado, mientras ellos puedan jugar con los cubanos, con sus subordinados, como piezas de un ajedrez donde todo está perfectamente estudiado para que el rey nunca pierda sus privilegios, sus defensas, y se mantenga el sentido de la sociedad a través del control de los medios de producción. Y los políticos se dedican a preservar ese

estatus, para que los que manejan los hilos de la macroeconomía continúen enriqueciéndose y alimentando a toda una subsociedad parasitaria que tampoco encuentra aliciente en ninguna dedicación laboral. El fasto de los nuevos barrios, el lujo de los nuevos ricos, la apariencia generosa de la vida cultural y sus símbolos, los teatros y los clubes, la opulencia de la Quinta Avenida, la proliferación de automóviles exclusivos, obras de arte europeo, vestidos y perfumes de extraordinario valor, son muestra de un desarrollo que es real pero, a la vez, engañoso. La mayoría de los dueños de ese boato, generalmente, no son cubanos, como dijo Joaquín en una ocasión, y ellos dejan “la política y los destinos públicos”, es decir, “el camino del fraude y la vida con poco trabajo” (Carrión 1996: 143) a los nacionales para que se entretengan y piensen que todo marcha sobre ruedas y que, además, ese camino llevadero y ávido de placeres es lo corriente, es asequible y puede perpetuarse. De hecho, esta tesis es obsesiva en Carrión: en *Las impuras* hay muchos juicios acerca del desfase entre la marcha del país, con su aparente opulencia, y los verdaderos hilos que mueven la economía y la política de la isla. Hay un párrafo memorable en el que el narrador extradiegético hace un análisis del funcionamiento de la vida cubana:

La América Latina no ha producido aún el paciente y modesto historiador de sus costumbres privadas que contribuya a explicar la génesis de esos grandes y disparatados movimientos políticos de rebeldía y de reacción que sacuden casi continuamente nuestros pueblos. El extranjero, cuya mirada no puede ir más allá de la superficie del cuerpo social, se pasma al observar que, entre nosotros, hombres de verdadero talento emiten las más inconcebibles paradojas políticas; que individuos de gran corazón se prestan a desempeñar infames papeles; que quien ofrendó la vida en aras de la libertad pueda ser convertido por las circunstancias en instrumento de la tiranía; que muchos de los que obedecen sacrifican gustosos sus intereses, con tal de que sean sus ídolos los que manden, y que, habiendo en nuestros

pueblos innumerables hombres inteligentes, cultos y probos, sea tan escaso el número de los que se distinguen por su honradez al frente de los intereses públicos. Y es que no saben hasta qué punto penetra en el corazón y la conciencia de la masa la inmoralidad de una clase directora, cualquiera que sea su color político, que considera al Estado como la mejor fuente de producción abierta a sus iniciativas. El mal ejemplo que corroe y que infecta viene sin cesar de arriba, y a fuerza de contemplar diariamente el espectáculo de la indisciplina, la injusticia y el fraude en las altas esferas, todo sentimiento sano acaba por embotarse en el alma de los de abajo, para dejar su puesto a las malas pasiones o al descreimiento. (Carrión 2011: 289-290)

El problema estriba en que la situación de riqueza mezclada con la corrupción y la pésima administración de la riqueza genera cada vez más un espejismo. La cara exterior de la ciudad y del país no se corresponde con un verdadero desarrollo de las estructuras económicas de la isla. Tarde o temprano, el sistema económico podría colapsarse o entrar a generar una crisis cuyas consecuencias serían desastrosas. Para Ramiro Guerra, la solución pasaría por el crecimiento vertical, “a modo de un gigantesco rascacielos”, buscando el aumento de producción en el cultivo intensivo y no en el extensivo, combatiendo las enfermedades de la caña, usando el abono en gran escala, proponiendo variedades de caña de mayor rendimiento, estableciendo sistemas de regadío, repartiendo tierras en lotes, creando una clase rural, “unida al ingenio por vínculos de interés económico permanentes, brindándole facilidades para realizar, con los grandes medios mecánicos de que el ingenio puede disponer, aquellas labores que requieren una maquinaria agrícola costosa” (Guerra 2002: 71). No es un nacionalismo estrecho y suspicaz el que le mueve a la crítica del latifundio, sino un ideal de civilización y justicia, que desea, por un lado, asegurar en el interior de la isla los beneficios de una organización económica sana y una distribución

equitativa de los productos del trabajo entre todas las clases y, por otro, reducir el estado de dependencia con respecto a potencias exteriores, comunidades consumidoras que logran elevar su nivel de vida gracias al agotamiento y al trabajo esforzado de los nacionales (Guerra 2002: 72). Es muy importante el uso de varios términos en esta reflexión del cubano: primero dice que se trata de un ideal de “civilización”, es decir, no es solo un sistema económico lo que está en juego sino una identidad, un modo de ser y actuar, y finalmente asegura que el progreso de la potencia que ejerce el neocoloniaje supone para Cuba no solo el debilitamiento físico, sino también la “decadencia intelectual y social” (Guerra 2002: 72).

No es extraño, por eso, que muchos intelectuales, historiadores y críticos formados al calor de la revolución de 1959 hayan interpretado la intervención estadounidense de principio de siglo XX como un periodo marcadamente negativo, pese al evidente auge económico que generó el negocio del azúcar. Las reacciones contra la política de los Estados Unidos y su influjo en la carencia de formación de una identidad nacional comenzaron, sin embargo, en los mismos años de construcción del andamiaje neocolonial, justo en el comienzo de la república, y sobre todo después de la segunda intervención norteamericana, de 1906. Por ejemplo, Julio César Gandarilla, con su ensayo *Contra el yanqui*; Álvaro Cata con *De guerra en guerra* (1905) y *Cuba intervenida* (1910). Pero raramente utilizan argumentos arielistas: más bien se centran en la retórica de las circunstancias políticas. No es una cuestión de superioridad de culturas o incluso razas, sino de una tendencia natural de los pueblos de manifestar su identidad frente a las imposiciones de los foráneos. Lo que sí se observa en los textos publicados en la isla a partir de los años sesenta es una necesidad de justificar la historia del siglo XX cubano en función del “necesario” triunfo de la revolución castrista y la obligada continuación del sistema. Solo así se llega a una “válida” formulación de la identidad cubana.

Este conjunto de críticos que reinterpretan la historia desde la perspectiva del triunfo del castrismo, divide las primeras décadas de la literatura y la cultura cubanas en dos periodos: uno hasta principios de los años veinte, y otro desde más o menos 1923, surgido a raíz de “la protesta de los 13”, el Grupo Minorista, la Liga Anticlerical, el Comité Cubano de la Revolución Nacional y Civil y los tímidos aportes de la vanguardia que cristalizarían años más tarde en la revista *Avance*. El primer periodo generaría un tipo de cultura nacional, pero todavía no popular, como ha matizado López Segrera: “La novelística será nacional en tanto que sea una crítica de los fundamentos de la relación neocolonial, del caudillismo y de la burguesía dependiente; y no llegará a ser nacional-popular, en la medida en que no reflejará la visión de la sociedad de las clases fundamentales (proletariado y campesinado), sino de la intelectualidad proveniente de la pequeña burguesía.” (López 1989: 119) Y, en concreto, refiriéndose a la obra de Carrión, echa en falta una verdadera preocupación por las clases bajas, para ser tratado como un escritor cubano que trabaja con los verdaderos problemas representativos de la identidad: “Pese a la profunda cubanía de las novelas de Carrión, estas no rebasan la visión nacionalista de la intelectualidad de las capas medias. Su lenguaje conceptual y distanciado, y su visión del mundo ajena a las maneras de pensar y sentir de las clases más populares del pueblo-nación, hacen imposible que lo califiquemos como representante de lo nacional-popular en la novelística cubana.” (López 1989: 122)

Uno de los críticos que más han profundizado en la distinción entre lo nacional y lo nacional-popular ha sido, sin duda, Jorge Ibarra, quien explica que la intelectualidad resultante del proceso de independencia se arrogó la representación ideológica y cultural del pueblo-nación y elaboró una cultura nacional, a partir de una serie de valores correspondientes a la hegemonía que la intelectualidad había tenido en ese proceso. Así, los valores de esa clase intelectual se propusieron como nacionales e incluso nacionales-populares, pero sin contar con el proletariado ni el campesinado. Legitimaron sus valores de clase, su psicología, su

lenguaje y su concepción del mundo y fijaron esos valores como los de la nación entera en las obras de la cultura nacional (Ibarra 2002: 420-421). Para Ibarra, esas clases no eran las “fundamentales” de la sociedad cubana, mientras que las que sí representaban de una forma legítima al pueblo cubano, las clases bajas, carecían de una concepción clasista sólida para imponerla o para forjarse una intelectualidad propia, por lo que el predominio de las clases medias, desde el punto de vista de su intelectualidad y protagonismo social, fue incuestionable en las dos primeras décadas del siglo XX. Resume Ibarra: “La intelectualidad cubana se planteará, por consiguiente, los problemas nacionales desde su punto de vista, o desde los bolsones dispersos, fraccionados y heterogéneos en que habían quedado divididas las clases que integraban el pueblo, nunca desde las posiciones del pueblo en su conjunto como una colectividad histórica, con conciencia para sí, o desde sus clases sociales fundamentales, pues estas no podían manifestarse como tales.” (Ibarra 2002: 421)

El crítico cubano pone de manifiesto la importancia de la crítica de Ramos y Carrión a la norteamericanización de las costumbres y a las tendencias absorbentes de la penetración neocolonial, pero a la vez les echa en cara que eran renuentes “a integrar los valores nacional-populares en su cultura propia” (Ibarra 2002: 422). Señala además la creación de un mercado capitalista a partir de las últimas décadas del siglo XIX, que pudiera sustituir a las relaciones de mecenazgo propias de la colonia, y la relación de esa circunstancia con la adopción del naturalismo para significar literariamente la sociedad de la época. Con respecto a ese problema, los novelistas republicanos nunca pudieron canalizar su obra del mismo modo que lo hicieron los naturalistas franceses, porque en la isla no existía un mercado literario, es decir, una clase media culta, que pudiera garantizarles, con el consumo de sus obras, un modo de vida independiente. Por eso buscaron y, con mucha frecuencia, fracasaron en su intento, integrarse en el sistema político adquiriendo los mismos cargos y beneficios que criticaban en sus obras, ya que ni

las instituciones culturales ni el Estado fueron sus patrocinadores (Ibarra 2002: 427).

Las condiciones impuestas por el ingenio azucarero influyeron en la creación y consolidación de una burguesía doméstica, distinta a la de otros países latinoamericanos, muy dependiente del capital norteamericano, que hacia 1914 poseía un 39% de la industria de azúcar (Ibarra 1998: 156-157). Esa burguesía se acomodó definitivamente a través de tres procedimientos: por herencia, por conversión de terratenientes ganaderos cubanos en dueños de ingenios y grandes colonos en virtud del alza de los precios del azúcar, y por la conversión del capital burocrático criollo, de dudosa procedencia, en burguesía agraria, principalmente azucarera. De ahí su escaso interés por los problemas de las clases bajas y, en general, por la construcción de una nación basada en sus elementos “fundamentales”. Del mismo modo, las clases adineradas, sobre todo las herederas de la tradición española y las relacionadas con el mundo norteamericano, educaban a sus hijos en colegios privados, principalmente de jesuitas o extranjeros, haciéndoles sentir, según José Antonio Ramos, “que su ciudadanía cubana es cosa que vale más simular o no tener mucho en cuenta” (Ibarra 1998: 158). Al no existir una burguesía propiamente nacional, todas las pequeñas y medianas burguesías procedentes de la ciudad se integraron rápidamente en una corriente burguesa dependiente. Según Ibarra, “la pequeña burguesía no estuvo a la altura del papel que le correspondía en la dirección de las luchas por la reivindicación plena de la soberanía nacional” (Ibarra 1998: 163).

Sin embargo, es necesario advertir que existen posibilidades identitarias diferentes a la conciencia de clase proletaria, y que esta no es ni la única de las opciones para definir un pueblo. El caso de Cuba es muy complejo porque, además de no haber procedido como otros países en la generación de una burguesía propia, la clase proletaria no tuvo ningún protagonismo porque apenas existía. Reconoce Ibarra que “la debilidad numérica, organizativa e ideológica del proletariado industrial en los primeros 20 años de república determinó que este no

podiera convertirse en la base social fundamental del pueblo-nación” (Ibarra 1998: 166). Y no pudo hacerlo porque la clase baja trabajadora constituía nada más el 33% de la población, y el proletariado industrial, dentro de esa clase trabajadora, era solo del 6%, mientras que la mayoría del país estaba formada por integrantes de la pequeña propiedad comercial e industrial, y por los estratos profesionales, artesanales y de empleados (Ibarra 1998: 166). Y esa es la razón por la que la clase proletaria no pudo tener ninguna iniciativa. Carecía de fuerza y no pudo expresar su conciencia antiimperialista. Por esa misma razón, lo que los novelistas están poniendo de manifiesto con sus críticas no alcanza al sector del proletariado, sino que se concentra en los males que de un modo más visible y profundo aquejan a las clases que forman el verdadero núcleo de la sociedad republicana, y en ese sentido son muy vehementes en sus críticas y llegan a todos los aspectos y matices que supone la ascensión de una serie de colectivos que en otros países no han adquirido la misma fuerza, porque no tienen recursos naturales que se lo permitan o no obtienen tantos beneficios de los recursos que poseen. Por eso, Cuba es en esos momentos uno de los países más prósperos de esa época, cuyos problemas tienen mucho más que ver con la corrupción y con el equivocado uso de las riquezas que con la necesidad de obtenerlas y repartirlas. El indudable crecimiento económico, el aumento demográfico a un ritmo del 3% anual hasta 1919, las grandes oportunidades de trabajo para la juventud de la época, hablan de la prosperidad rápida y espectacular de un país que había quedado, pocos años antes, casi destrozado por la guerra.

Uno de los textos que analizan toda esta problemática en virtud de la sacaroddependencia, es *Contrapunteo del tabaco y del azúcar*, de Fernando Ortiz, verdadera, profunda y consolidada tesis sobre el nacionalismo económico y sus reflejos sociales, sobre la base de las características del azúcar como producto y como elemento que hay que trabajar de un determinado modo, lo que implica una cultura a su alrededor. Forma parte, así pues, del debate que se establece entre la intelectualidad cubana desde los años veinte del siglo XX sobre la excesiva

dependencia de la economía cubana con respecto al cultivo casi obsesivo y casi excluyente de la caña de azúcar (Santí 2002: 50). Cuatro años antes de publicar su *Contrapunteo*, Ortiz colaboró en una obra general, *Geografía Universal*, de 1936, con un capítulo sobre las Antillas, y en él decía: “Hoy, más que nunca, Cuba es esclava del azúcar. El azúcar trajo a Cuba los hombres de la esclavitud africana; pero hoy ha esclavizado a toda su población. La industria azucarera de Cuba está en los días que corren profundamente perturbada” (Ortiz 1936: 205). Se refiere sobre todo a que el capital, los medios de producción, el disfrute de los beneficios y el poder de decisión sobre cantidades y calidades están en manos fundamentalmente extranjeras, es decir, de los Estados Unidos. Y daba un dato: el 80% del azúcar cubano depende del capital y la explotación norteamericanos. Sin embargo, Ortiz augura un cambio en la tendencia, hacia la nacionalización del sector. Y sus palabras fueron proféticas, ya que para 1950 más de la mitad del capital y de los ingenios pertenecían a propietarios cubanos, y en los años sesenta, por los motivos históricos que ya se conocen, el 100% del suelo cubano pasó a manos del Estado.

Ciertamente, Ortiz no solo anticipó el cambio de tendencia en los años cuarenta y cincuenta, sino que además defendió durante esa época la necesidad del control estatal. Esa fue la polémica más interesante del momento. Ramiro Guerra estaba propugnando, en su libro *Azúcar y población en las Antillas*, un modelo socioeconómico muy diferente al de Ortiz, a pesar de que los dos partían de las mismas críticas al latifundio. Guerra se acercaba más al liberalismo económico, dentro de una defensa de los intereses prioritariamente cubanos y nacionalistas, mientras que Ortiz deseaba, con un claro matiz de izquierda, cierta intervención del Estado en la realidad económica del país. Ortiz abogaba también por favorecer, desde la cúpula, la creación de pequeños ingenios, dirigidos por cubanos, trabajados por cubanos y disfrutados por cubanos. Algo que es muy diferente a lo que realmente ocurrió a partir de la llegada de Castro al poder. El control estatal fue desde entonces omnímodo. El ingenio, tal como se había concebido hasta

entonces, dejó de tener vigencia. Por eso, cualquier realidad pasada perdió su sentido. La novela de Travieso termina justo en ese momento crucial. La muerte violenta, a manos de los revolucionarios, del último vástago de la familia Valle, en aquellos juicios sumarísimos que hubo desde los primeros días de 1960, es todo un símbolo. El esplendor de los Valle en la época del esplendor de la Cuba de los millones que danzaban, ya no tenía cobijo en la nueva sociedad ideada por el nuevo sistema. La explotación del azúcar obedecería partir de entonces al arbitrio de los nuevos dirigentes, y el ciclo se cerraría definitivamente, aunque *El polvo y el oro* ya no lo contempla, con el fracaso estrepitoso de la zafra de los 10 millones, en 1970.

5.2. Esclavitud, amor y muerte en la novela *El polvo y el oro*

En Cuba, con desarrollo de los ingenios azucareros vino el incremento de otro jugoso negocio: la trata negrera o el comercio de esclavos. Los sacos de carbón, que así se les denominaba a los negros, eran indispensables para llevar a cabo la plantación de caña, el corte y la fabricación del azúcar. Francisco Valle era consciente de la necesidad de crecer en dicho ámbito para crear fortuna. Para él, “era este el negocio del siglo (...) quien controle la entrada de sacos de carbón dominará el país.” (Travieso 1999: 22) A su llegada a La Habana, el gaditano descubrió un sin número de esclavos semidesnudos que iban y venían cargando sacos y cajas por toda la ciudad y su atención fue captada por “tantos y tan raros negros: cobrizos, azules, achocolatados (...) que vociferan en un idioma que no es español, aunque en algo se le parece.” (Travieso 1999: 13)

Es así como el joven español se percata de que, en aquella ciudad, “quien no tuviera esclavos no sería considerado hombre de posición y nadie le otorgaría créditos.” (Travieso 1999: 13) De este modo, accede a casarse con Pilar, la poco

agraciada hija de Gaspar Lorente, un adinerado español radicado en la isla, amigo de su familia, quien seguramente le ayudaría a hacerse de oro.

Parecen ser estas nupcias las que, en principio, traen a Francisco la infelicidad e insatisfacción a la que más tarde hará referencia, aunque prefiere soportar la carga, pues puestos en una balanza el mal matrimonio y el considerable incremento de su peculio, parecía compensar la idea de hipotecar su vida junto a una mujer horrorosa y mojigata. Así justifica sus infidelidades: “tuve una esposa inadecuada, inútil para calmar mis naturales fogosidades de hombre joven y robusto.” (Travieso 1999: 13)

Para Francisco Valle, lo más importante fue siempre la tenencia de oro, por ello convence a su suegro de invertir en la trata y se encarga personalmente de supervisar los barcos que, cargados de negros, llegaban de África al puerto de La Habana. Tanto para él, como para muchos otros peninsulares radicados en la isla en aquella época, este negocio era una manera fácil y rápida de enriquecimiento. Por ello, trataban a toda costa de mantenerlo, a pesar de que se comenzaba a hablar de alguna ley que prohibiría el comercio libre de esclavos. Los años de Francisco Valle fueron buenos en lo referente a la trata y la esclavitud en los ingenios, porque los gobernadores de la isla en la primera mitad del XIX fueron permisivos en ese sentido. El ambiente peninsular derivado de la constitución española de 1812 no afectó en absoluto al destino de los esclavos en Cuba, pero sí a aquellos que, como el padre Varela, luchaban por proponer ideas de justicia e igualdad, autodeterminación y respeto a la dignidad humana. Tampoco afectó a ese ambiente la supresión de la trata en Gran Bretaña en 1807. De hecho, Muro y Salazar, que gobernó la isla desde 1799 hasta 1812, no tuvo ningún problema en sofocar el movimiento antiesclavista liderado por José Antonio Aponte y apoyado por la filosofía abolicionista de las Cortes de Cádiz (Childs 2006: 25-42 y Barcia 2008: 243-251). Más tarde, durante el gobierno de Tacón (1834-1838) se fomentó de un modo espectacular el comercio de esclavos (Armas y Céspedes 1866: 65-67). Así, los primeros años cuarenta fueron de notable expansión económica en

Cuba, aunque también surgieron numerosas insurrecciones de esclavos de 1839 a 1845 (Márquez Sterling y Márquez Sterling 1996: 69-71), y voces prestigiosas, claras y expeditas contra la trata, como la del cónsul de Inglaterra en La Habana, Turnbull, hombre de ideas radicalmente abolicionistas (Márquez Sterling y Márquez Sterling 1996: 71). Hasta 1879 no se abolió la esclavitud en Cuba, por orden del primer ministro en Madrid, el general Martínez Campos, que puso como fecha tope para cerrar el proceso de abolición el año de 1888 (Thomas 1973: I, 369). Se debe tener en cuenta que Martínez Campos fue un profundo conocedor de la situación en Cuba, porque había sido destacado en la isla cuando comenzó la Guerra de los Diez Años, en 1868, y fue gobernador general de Cuba de 1876 a 1879, justo antes de promulgar la ley abolicionista, y entre 1895 y 1896, en plena guerra final.

Pero, además del oro que llega a raudales gracias a la explotación de los negros, Francisco Valle y su destino están íntimamente ligados a la suerte de los esclavos de un modo diferente: el español llevará una infructuosa relación con una de sus esclavas a causa de la cual, según el testimonio de la misma, se sembrará otra de las desgracias que marcará el destino de la saga Valle. La joven negra, apresada por los traficantes de esclavos y traída desde África, será poseída por el amo y, a partir de ese momento, se mezclará la historia de las familias blanca y negra, alternando un tejido narrativo que combina las voces de unos y otros, las cuales se entrelazan de manera que no podrá entenderse una sin la otra. Probablemente, no sea una exageración afirmar que en esta novela “la estructura del relato tiene mucho más que ver con el polirritmo de las voces que interviene en la narración que con la evolución lineal de los hechos” (Esteban 2006: 286-287). El lector puede “ordenar” los hechos de la trama cronológicamente, desde finales del XVIII y principios del XIX hasta los comienzos de la época castrista, pero su aparición en la novela es totalmente circular. Las etapas históricas van y vienen, se entremezclan, conforme al esquema ofrecido por Benítez Rojo (1998: 16). Es importante señalar también que se pueden observar en todo el relato dos tipos

diferentes de discursos, que difieren fundamentalmente por su organización, por la naturaleza de los narradores y por el lugar desde donde se narran los hechos. En cuanto a la organización, los fragmentos en los que un narrador cuenta la historia externa de los Valle junto con la de Cuba poseen un orden que podríamos llamar racional, y que Benítez Rojo equipara a los “ritmos occidentales o blancos”. Se cuenta la historia externa, los hechos que suceden, casi siempre a través de una tercera persona omnisciente, de modo lineal: “Su concepto del tiempo es occidental, lineal, clásico, ceñido al tiempo cristiano que va de un antes a un después y corrobora nacimientos y muertes sucesivos” (Esteban 2006: 289). Los ritmos “blancos” se articulan, según Benítez Rojo, binariamente, como los pasos en la marcha o en la carrera, y constituyen la literatura “de la conquista y la colonización, de la producción en serie, del conocimiento tecnológico, de las computadoras y de las ideologías positivistas; (...) ritmos narcisistas, obsesionados por su propia legitimación” (Benítez Rojo 1998: 42). De algún modo, la misma estructura rítmica impone o trata de imponer una autoridad, un criterio de superioridad, de constatación de poder. Los ritmos de color, por el contrario, los negros, cobrizos, amarillos, poseen algo en común, que descansa en su pertenencia a los “pueblos del mar”, y son “turbulentos y erráticos, (...) todavía en formación; por lo tanto son ritmos sin pasado, o mejor, ritmos cuyo pasado está en el presente y que se legitiman por ellos mismos” (Benítez Rojo 1998: 42). Esas diferencias radicales tienen que ver con el tipo de conocimiento que sustentan cada una de ellas. Lyotard diferenciaba entre el “conocimiento científico”, propio de culturas “desarrolladas” (en el sentido occidental y contemporáneo) y “conocimiento narrativo”, ligado a las culturas o civilizaciones poco desarrolladas (Lyotard 1979: 18-19). En este segundo tipo la legitimación no es histórica o constatación de un orden, sino que viene reflejada por el mismo hecho de la recitación: “La práctica narrativa de los Pueblos del Mar es muy distinta a la del relato de legitimación de Occidente, pues en este el problema de la legitimidad es el referente de un dilatado proceso de indagación, verificación y comentario,

mientras que en aquella el relato provee su propia legitimidad de manera instantánea, al ser emitido en presente por la voz rítmica del narrador, cuya competencia reside solo en el hecho de haber escuchado el mito o fábula de boca de alguien” (Benítez Rojo 1998: 203).

Es importante también, como hemos dicho antes, en esta distinción, el lugar desde donde se narran los hechos en la novela de Travieso. Mientras los narradores “blancos” cuentan la historia externa, cuantificable y verificable, llena de datos de lugares (las calles de La Habana, los barrios, los edificios oficiales, las mansiones de los señores), momentos históricos (fechas, sucesos, batallas, gobernadores que llegan y se van, miembros de la familia Valle que nacen y mueren en un año concreto), etc., los narradores “de color” hablan desde su interior, cuentan sus sufrimientos, lo que piensan, sienten, aman, odian, sufren, etc., y solo sabemos en qué momento, dónde y en relación con quién se estructuran porque están colocados cerca de otros fragmentos de los blancos con los que se pueden contrastar, ya que Travieso dosifica sutilmente ciertos datos en el discurso negro que enseguida nos llevan al blanco. Ese sistema de narración reproduce las estructuras de poder en la que los dominantes introducen en un contexto a los dominados, como quien desea explicar al que no se sabe explicar. Es decir, se reproduce narrativamente lo que ocurre en la historia real, siendo los fenómenos narrativos índice de los históricos. Por eso, los ritmos de color, con su enorme diferencia con respecto a los blancos, suponen una posibilidad de legitimación y un modo de subversión: “Son maneras de establecer un mecanismo de lucha contra la maquinaria del poder blanco, y abrir una vía para la legitimación de la voz periférica. El contraste entre la fuerza de las primeras personas, frente a las terceras del relato criollo articula un clima de tensión continua que impregna la obra hasta sus últimas páginas” (Esteban 2006: 293). Un ejemplo de “subversión narrativa” reside en la diferente utilización de los tiempos verbales. En las narraciones “blancas” siempre se respeta el tiempo verbal en que se halla la situación: si hay un diálogo entre personajes se habla en presente, si hay

un comentario sobre un documento del siglo anterior se habla en pasado, si hay una referencia a algo que va a pasar se habla en futuro. Sin embargo, en los discursos “negros” hay frecuentes saltos de un tiempo a otro sin solución de continuidad. A veces aparecen mezclados presente, pasado y futuro, como en el siguiente fragmento:

Ah, en la mansión de los Lorente, y allí trabajé hasta mi muerte, limpiando, ayudando a las otras esclavas, cocinando cuando aprendí a cocinar. Seré obediente y sumisa, como desean los amos y debe ser; si soy buena, afirma la vieja, podré vivir bien y hasta casarme, “¿y ver a mis padres y hermanos?”, la vieja mueve la cabeza, como apartando malos recuerdos; aprenderé a hablar español. “Tuviste suerte, el amo decidió no mandarte para el ingenio”, la vieja habla con calma, “¿por qué?”, “eres linda”, la vieja sonríe, “y, seguro, le has gustado al amo Francisco”, “¿el amo Francisco?”, “todas las negras jóvenes y lindas le gustan”, ah, el amo Francisco, el hombre de los ojos turbios, “deberás hacer todo lo que él te pida y ordene”. (Travieso 1999: 45)

A medida que evoluciona la narración, cobra importancia la voz que, en segunda persona, le habla al fantasma de la esclava, quien tanto en vida como después de muerta, se dedica a perseguir a la descendencia de su verdugo. Así le interroga: “¿Fuiste esclava? ¿Conociste a los Valle?” (Travieso 1999: 29). A lo que la misma responde: “Más allá del agua, en la tierra de muchas lluvias, fui rey, mosquito, cocodrilo, sacerdote, guerrero, y aquí, en la tierra estrecha, fui esclava, perra...” (Travieso 1999: 29). Es ella quien lamenta su suerte “Ah, sufrir, pero no soportar al sucio blanco de barba negra, boca de hiena, que en el barco quiso forzarme (...) sufrir y soportar viendo a los hombres castigados a latigazos, sufrir al amo Francisco, sufrir.” (Travieso 1999: 31)

El narrador omnisciente establece que el espíritu de esta esclava, en su sed de venganza, regresará a la tierra después de muerta y entrará en la casa de sus amos, de múltiples maneras, en la piel de diversos animales o espíritus, con el fin de llevar a cabo su cometido: hacer pagar a la estirpe Valle sus desmanes. Al mezclarse las historias de blancos y negros, la voz de la esclava es la que parece vaticinar el final de los amos. Si recordamos el comienzo de la narración, nos percatamos de que ikú, que así se le llama a la muerte, es quien anuncia a la esclava que debe cumplir su misión en la tierra, aunque ello acarree dolor y sacrificio: “Hasta cuándo, pregunté. Hasta que el aire humee y los tambores de metal suenen por todas partes; entonces los tuyos te echarán entre los iguales a ti que no son los tuyos y te llevarán, ayudados por el mulo, y yo me reiré.” (Travieso 1999: 30)

Muy lejos está el lector, en este momento, de interpretar el significado exacto de tales palabras. Sin embargo, en la última página de la novela, la explicación salta a la vista, al leer la escena del fusilamiento de Javier Valle. “ ‘Abajo...’ repitió él, pero entonces alguien dijo ‘fuego’ y su postrer visión antes de caer fue las llamas que salían por los tubos negros de los fusiles. Seis llamas que avanzaron hacia él para derribarle, quemarle y matarle.” (Travieso 1999: 588)

Al leer este pasaje, nos damos cuenta de que los fusiles parecen simbolizar los tambores de metal y el aire humeante hace pensar en la pólvora que penetra en las entrañas del último de sobreviviente de esta familia. Es entonces cuando surge en el lector la interrogante: ¿Se debe la desgracia de la familia a la maldición de la negra, a las jugarretas del destino o al mal proceder de sus integrantes? La incógnita persiste durante la toda la historia, duda que, por consiguiente, se apodera de Javier Valle, quien parece cada vez más preocupado por descifrar el misterio que envuelve su pasado, en el que se mezcla lo blanco y lo negro, los vivos y de los muertos, lo visible y lo invisible. De esa forma, la narración de Travieso se inserta claramente en el concepto de “nueva novela histórica”, o novela posmoderna (Anderson Imbert 1952 y 1975, White 1973, 1978 y 1987,

Menton 1975, 1978 y 2003, Lukács 1976, Lyotard 1979, Aínsa 1986, 1991a, 1991b, 1997 y 2003, Hutcheon 1988 y 1989, Jameson 1991, Mata 1995, Spang 1995, Pulgarín 1995, García Gual 1995 y 2005, Binns 1996, Romera 1996, De Castro 1996, Barchino 1996, Pons 1996 y 1999, Spivak 1997, Kohut 1997, Mignolo 2000 y 2008, Morell 2001, Barrientos 2001, Fernández Prieto 2003, Lefere 2004, Bouffartigue 2004, Lozano Herrera 2004, Rubiano 2001, Corona 2001, Grützmacher 2006, Juliá 2006, Gálvez 2006, Perkowska-Álvarez 2006 y 2008, Veres 2007, Penadés 2007, etc.), que venimos estudiando. El lector nunca sabe a qué atenerse, pues el discurso negro, desmitificador, contradice constantemente al blanco, desde el punto de vista de lo contado pero también por el modo de ser contado, con esas enormes diferencias a las que hemos hecho referencia. La ambigüedad es absoluta, y nunca sabremos realmente si las cosas que suceden a los blancos son producto del azar, del devenir de la historia o de las maldiciones que los negros les proyectan, tanto en vida como desde el otro lado. Lo que sí nos queda claro es que la actitud desmitificadora, transgresora, subversiva y negadora de la historia oficial está presente en cada uno de los segmentos en los que el punto de vista no es el de un Valle blanco.

Constantemente, el narrador parece jugar a confundir al lector, dando pistas que indican la existencia de elementos o características sobrenaturales en los descendientes de Francisco Valle, por lo que no sabemos si atribuir los sucesos ocurridos a la casualidad, la fatalidad, o si simplemente debemos dar crédito al hecho de que sea el fantasma vengativo de la esclava quien cobra sus deudas: “Con excepción de Fernando y las dos niñas, (María Angélica y Natividad), los hijos de Francisco y Piedad nacieron ocho meses y quince días después de la noche en que ella quedaba embarazada” (Travieso 1999:30). Según la mentalidad de la época, era bastante vergonzoso y preocupante para el padre el hecho de que sus seis hijos varones, Modesto, Francisco Joseph, Clemente, Bruno, Ramiro y Carlos, vinieran al mundo antes de tiempo y que, al salir del vientre materno “lloraran desconsoladamente, más allá de todo límite, como si se negaran a vivir.”

(Travieso 1999: 39) Algunos de ellos, incluso, comenzaban muy pronto a padecer alguna clase de enfermedad mental.

De una u otra forma, cada uno de los miembros de la saga fue quedando marcado por la desgracia. El primogénito, por ejemplo, Modesto Gaspar, siendo un recién nacido lloraba sin cesar, día y noche, colmando la paciencia del progenitor y atormentando a la infeliz Piedad. Ante esta situación, los esclavos de la casa ordeñaron a una perra recién parida, cuya leche calmó, temporalmente, el llanto del pequeño, que semanas más tarde “despertó en medio de la noche gritando, como si tuviese pesadillas (...). Tales ataques se le repitieron regularmente hasta la adolescencia.” (Travieso 1999: 38) Las enfermedades mentales y la salud débil y quebradiza parecían ser heredadas de la madre, Piedad Lorente, quien murió prácticamente loca, cosa que para nada entristeció a su viudo.

El resto de los hijos varones, con excepción de Fernando, corrió una suerte igual o parecida a Modesto Gaspar: Ramiro y Carlos murieron muy jóvenes, Francisco Joseph se marchó de casa y nunca regresó ni se supo, a ciencia cierta, su paradero, y Clemente morirá en trágicas y enigmáticas circunstancias: “Sólo María Angélica y Natividad nacieron normalmente, bellas, regordetas, a los nueve meses.” (Travieso 1999: 39)

Como hemos antes mencionado, a diferencia de los demás hermanos, Fernando, “nació hermoso, sano y fuerte, para sorpresa de todos y alegría de su padre que le habló orgulloso: ‘Tú serás el Valle más famoso y tan poderoso como el oro’.” (Travieso 1999: 41). Era, por tanto, el hijo preferido de Francisco Valle y el nieto preferido de Gaspar Lorente, quien le había dejado en herencia la mitad de su fortuna al morir. El joven era el único de los hijos que compartía las ideas de su padre acerca del trabajo y el ansia de enriquecerse.

Como contraste al éxito de los Valle en el aspecto económico, el amor parece no poder triunfar entre sus miembros. Fernando se enamora apasionadamente de Rosario, hija de Jacobo Montero, a quien el mismo le impide

cortejar, pues para los miembros de esta familia de condes, la fortuna y el linaje de los Valle les parecía demasiado inferior a la suya, por lo que deciden comprometer a la chica con su pariente Roberto Montero y, a partir de entonces, el odio entre ambas castas se convirtió en una constante que perduró durante varias décadas. Así lo establece el patriarca: “no nos quieren porque no somos cubanos (...). Esos desgraciados Montero, Jacobo, Juan, han hecho todo lo posible por perjudicarme en los negocios, han hablado mal de mí en el palacio del capitán general. Me odian. Por eso te han negado a Rosario. Es a mí a quien se la han negado (...) pero van a pagárnosla.” (Travieso 1999: 123)

En cuanto a su hermana Natividad, cuando estuvo en edad de comprometerse, Fernando se ocupó personalmente de buscarle un buen marido. La joven, que se había enamorado de Félix Hidalgo, joven poeta sin fortuna, decide confesarle a Fernando la verdad sobre el amor que había surgido entre ellos, situación que este manejará rápidamente, amenazando al joven con acusarlo de independentista si sigue cortejando a la señorita Valle. Así las cosas, Natividad termina casada con el marqués de Monte Hermoso, “viudo y achacoso, procedente de una familia que venía de muy atrás en la colonia.” (Travieso 1999: 189) Lógicamente, su matrimonio fue infeliz, y esto contribuyó a incrementar “las manifestaciones de hostilidad de Natividad hacia Fernando y su larga cadena de amantes, interrumpida sólo con su muerte en Madrid, a los sesenta años.” (Travieso 1999: 191)

El distanciamiento entre Natividad y Fernando Valle fue radical y definitivo. Ya para entonces, María Angélica se encontraba en Roma, formando parte íntegra de su orden religiosa; Bruno, en los Estados Unidos, Clemente, en algún lugar de América, Francisco Joseph desaparecido y Modesto muerto y Francisco Valle, después de haber depositado toda su confianza en Fernando, descubre que este lo engaña, llevando a cabo inversiones y negocios a sus espaldas. El padre, furioso y decepcionado, sufrió una ataque que le hizo debatirse entre la vida y la muerte: “Francisco no murió ese día, ni al siguiente y vivió

muchísimos años más para alegría de pocos y disgusto de muchos, que hubiesen querido verle enterrado para siempre. (...) Al volver en sí tenía parte del cuerpo paralizado y no podía hablar.” (Travieso 1999: 165)

Fernando había sido, por compartir las ideas de su padre y parecersele en su carácter y entereza, el hijo preferido Francisco y el único de la familia que parecía no estar acechado por la muerte o la desgracia. Su progenitor lo había elegido para estar al frente de los negocios de la familia. Más adelante, al casarse con Caridad, parecía haber olvidado el desengaño sufrido con Rosario Montero, por lo que, para la familia, era como si se avecinara una nueva etapa de esplendor y bonanza. La nueva señora de Valle llegaba llena de ideas nuevas a la oscura mansión de La Habana Vieja, rompiendo con las tradiciones de luto y encierro que había guardado la familia durante tantos años, abriendo las ventanas y limpiando las habitaciones que se habían clausurado después de la muerte de Gaspar, Luisa, Modesto y Piedad. Respecto a las mismas ordena: “¡Pues que las abran y las limpien ahora mismo como Dios manda, esta no puede ser una casa de muertos!” (Travieso 1999: 226)

Del matrimonio de Caridad y Fernando nacerán tres hijos, los gemelos Gabriel y Frasco y una niña, Dolores Fernanda, quien parecía haber nacido normal “sin ningún síntoma de la terrible enfermedad que la atacaría” (Travieso 1999: 230). Sin embargo, más adelante una nueva preocupación acechó a los padres, porque “la niña tenía fiebre.” (Travieso 1999: 236) En aquel entonces, cuando parecía que la epidemia del cólera había llegado a la isla, Caridad y Fernando creyeron que su hija había contraído la terrible enfermedad. Como bien es sabido, el cólera ha sido una de las plagas más terribles que ha azotado al siglo XX. “Tantos eran los muertos en París que se había producido una verdadera especulación de los féretros y carrozas fúnebres... nadie, ni en España ni en Francia, sabía cómo combatirla. Lo mejor era, por supuesto, rezar mucho y ponerse en manos del señor.” (Travieso 1999: 238) La primera vez que la epidemia aparece explicada con profundidad en la novela de Travieso lo hace con

mayúscula y con el nombre común en lugar del propio: “La Enfermedad, el Mal (así simplemente, con mayúscula) había iniciado su marcha mucho tiempo atrás en la India” (Travieso 1999: 236). Esas palabras sugieren la magnitud y el alcance del cólera en el siglo XIX por todo el mundo (Joncour 1975: 298). La primera gran epidemia del siglo afectó sobre todo a Moscú, Varsovia, Berlín, Londres, París y Nueva York, y se desarrolló entre 1826 y 1836. Hubo una anterior, la que comenzó en la India y que es citada por las palabras del narrador omnisciente de Travieso, pero esa no llegó al mundo occidental (Joncour 1975: 298). La siguiente, de 1840 a 1861, que es la que se comenta en estos pasajes de *El polvo y el oro*, de 1840 a 1861, y fue peor que la primera y la de mayor repercusión geográfica. Solo en Rusia hubo más de un millón de víctimas. Las siguientes fueron entre 1863 y 1871, entre 1881 y 1896, y entre 1899 y 1923.

La posibilidad de que la pequeña hija de Fernando y Caridad estuviese infectada con el cólera, conociéndose en Cuba la magnitud que estaba teniendo la epidemia en Europa y América, fue la antesala de su posterior desgracia, aunque la preocupación de los Valle por la salud de la niña resultó ser una falsa alarma y, después de aquel verano, “el cólera abandonó triunfante la vencida ciudad (...) con la muerte de casi toda la dotación del Trinidad y de varios esclavos domésticos,” (Travieso 1999: 245) lo cual resquebrajó considerablemente la fortuna de los Valle, mermando los esclavos de su ingenio, lo cual, unido a las pérdidas que había acarreado el negocio del ferrocarril, agravó la preocupación del cabeza de familia.

Así pues, a pesar de que Dolores Fernanda había salido ilesa de la epidemia, de repente comenzó a actuar de forma extraña, pareciendo asustarse en muchas de las habitaciones de aquella mansión que su propia madre había descrito como una “casa de muertos” (Travieso 1999: 226). La chica no solo dejó de hablar, sino que también empezó a detenerse, igual que su tío Modesto, años atrás, en los corredores de su casa. En la narración, el suspense va en aumento cuando, una tarde, Caridad encuentra a su hija en un cuarto vacío de la casona, “las manos

sobre la boca, la vista fija en un hueco del piso, en el cual creyó ver, por un segundo, los ojos acechantes de una rata.” (Travieso 1999: 253) A partir de entonces, la niña se convirtió en un ser raro, introvertido y asustadizo.

Es entonces cuando el lector vuelve a cuestionarse si realmente Dolores Fernanda pudo percibir la presencia de un ser que parecía haber reencarnado en aquella rata, o si simplemente todo es fruto de una suerte de desequilibrios mentales, que los Valle iban transmitiéndose hereditariamente. La incógnita sigue vigente, aunque lo cierto es que la familia, por una u otra causa, termina siempre inmersa en situaciones que les conducen a la locura, la tragedia o la muerte.

La ambigüedad persiste y son los personajes quienes, desde sus perspectivas, dan fe de lo sucedido en la casa Valle. Así lo expresa la voz de la esclava, quien ya convertida en espíritu, regresa a la casona: “Penetré por una ventana y lentamente recorrí la planta baja. En la sala, Caridad jugaba con Dolores Fernanda que me miró asombrada sin saber quién era yo ni por dónde había entrado. Dejó de jugar y se mantuvo inmóvil siguiéndome con la vista mientras yo daba vueltas alrededor.” (Travieso 1999: 259)

Según este testimonio, la niña estaba dotada con la sensibilidad de percibir los espectros que rondaban su morada. La voz de la esclava lo constata: “Penetré por una ventana y lentamente recorrí la planta baja (...). Ah, los otros no, pero Dolores si era capaz de verme, y lloró cuando, haciéndole una mueca, extendí los brazos hacia ella.” (Travieso 1999: 259)

También el patriarca Valle, desde el estado de postración en el que había quedado, a causa de una embolia provocada por una fuerte disputa con su hijo Fernando, cree ver a Modesto, el hijo muerto, con quien habla y se desahoga diciendo: “Todos desean verme muerto, pero no les daré ese gusto y yo les enterraré a ellos. ¿Qué dices? No, no están muertos, ni Francisco Joseph, ni Clemente, ni María Angélica, eso es lo que afirma Fernando para demostrar que estoy loco y decrepito.” (Travieso 1999: 167)

Para los blancos -Caridad y sus hijos, Frasco y Gabriel-, Dolores Fernanda padece, sin lugar a dudas, una enfermedad mental o nerviosa, tal como había sucedido con su abuela y su tío Modesto. La voz de la esclava, por el contrario, da fe de que, efectivamente, la primogénita de Fernando Valle tiene poderes extrasensoriales, como quizá los había tenido Modesto, el primer hijo de su abuelo, y le corresponde al lector decidir, interpretar y buscar la verdad, tal como lo hace el personaje de Javier Valle. En este caso, es Francisco Valle, quien se encuentra cerca de la muerte, el enlace entre los dos mundos, el de los vivos y el de los muertos. Es interesante evidenciar cómo, en el esquema que hemos trazado al comienzo de esta sección alrededor de las categorías de Lyotard y de Benítez Rojo, los dos mundos que parecen autónomos y heterogéneos, alcanzan finalmente unos ligeros puntos por donde se comunican. Los ritmos blancos y los ritmos negros llegan a una breve y leve comunicación a través de personajes blancos que han sido atrapados por el sistema de subversión de los personajes negros, y padecen directamente y con toda su nitidez las consecuencias de la legitimidad negra, que es enunciativa, pero en un universo distinto al de los blancos, al que solo personajes como Francisco o Dolores Fernanda pueden acceder, para su mal. (Benítez Rojo 1998, Lyotard 1975, Esteban 2006)

El cuerpo del patriarca está inmóvil, no puede hablar, ni moverse, ni hacerse entender por su familia, a quienes odia. Su cuerpo está en el mundo de los vivos; sin embargo, su subconsciente puede ver y hablar con los fantasmas, sus muertos, esos muertos cuyas existencias son conocidas, relatadas y malditas por los narradores negros, esos muertos que tarde o temprano regresan al hogar que él mismo había fundado, y lo importunan: “Ayer, Modesto, vi a Francisco Joseph. Llegó de repente, (...) alto, fuerte, majestuoso, un verdadero Valle, en los hombros las charreteras doradas de coronel ganadas durante cruentos combates (...). Al mirarle a los ojos me estremecí, yo que nunca me estremezco. Eran dos cuencos enrojecidos, quizá por el mucho llorar. (Travieso 1999: 281)

Es entonces, y gracias a las pistas que genera la comunicación entre los dos mundos, cuando parece descubrirse la primera pista del asesinato de Clemente: “Retorné, Francisco, en busca de él, dijo y yo vi sus palabras manchadas de sangre. (...) El que ayer me hizo esto, continuó señalando su cuello cercenado (...), Clemente valle, coronel de las tropas de Sucre.” (Travieso 1999:281) Lógicamente, el enfrentamiento entre los hermanos Valle hace que se siembren entre ellos diferencias y rencores irreversibles.

Así, la descendencia Valle va quedando desmembrada, quizá por el hecho de no haber existido entre sus miembros verdaderos o sólidos lazos de amor, respeto o afecto familiar. Todo parece comenzar con el desprecio que siente Francisco hacia su mujer, a quien tilda de loca, y así refiere: “Ya sé por qué Modesto se volvió loco.” (Travieso 1999: 100) La muerte de Piedad no causó en su marido ni un ápice de tristeza: “Nunca la quiso y en los últimos años su sola presencia era motivo de irritación para él. No le molestaba tanto por su fealdad, su beatería y su timidez, como por su incapacidad de entender el cambiante mundo que la rodeaba.” (Travieso 1999: 101)

Los últimos días de vida del fundador de la casa Valle resultaron ser crueles y dolorosos. Decepcionado, confiesa al espectro de su hijo mayor: “Yo también estoy muerto, aquí, con los ojos abiertos, y nadie me llora, al contrario, desean verme con los ojos cerrados; tú, Modesto, estás muerto, pero vivo (...) Francisco Joseph, degollado (...), Clemente apuñaleado con un puñal familiar; María Angélica ahogada en oraciones que, seguramente, de tanto orar se le trabó la lengua y le vino la asfixia, como a Bruno, pero a éste el ahogo le debe haber llegado de mucho champán y whisky bebidos.” (Travieso 1999: 319)

Las muertes de Fernando y Clemente también habían sido acontecimientos extraños e inexplicables. Al regresar Clemente de su viaje por América, el enfrentamiento entre él y su hermano Fernando desencadenará, una vez más, la tragedia en la casa Valle. El regreso de Clemente al sitio donde, para entonces, se había instalado Fernando con su esposa e hijos, inicia la discordia entre los

hermanos. El recién llegado vuelve lleno de ideas novedosas acerca de la abolición de la esclavitud y la igualdad entre negros y blancos, cosa que a su cuñada le resulta totalmente absurda: “Pero eso es imposible. Los negros son salvajes que no pueden andar libres por ahí. Es una locura.” (Travieso 1999: 275) Clemente había estado en Venezuela, donde parecía haber peleado junto al General Simón Bolívar y por ello su hermano Fernando, hombre de negocios y afecto a la corona, se sentía en peligro de ser acusado de traidor. Por otro lado, no le hacía ninguna gracia el hecho de compartir la fortuna que solamente él se había encargado de incrementar.

Como en tantas familias cubanas, las ideas políticas terminaron enfrentando a sus miembros y, al calor de la discusión, se escucharon salir del despacho de Fernando una serie de insultos dirigidos a Clemente:

“Nunca vas a recibir un centavo de los Valle”, decía uno. “Lameculo del gobierno” exclamaba el otro. “Malnacido, masón, hijo de puta.” (...) Aquel desdichado día, mientras Clemente descendía por las escaleras, escuchó las últimas palabras de su hermano: “no vas a recibir ni una peseta de la fortuna, te lo juro, porque primero te mataré, te mataré.” (Travieso 1999: 279)

Es, en este caso, el oro por el que tanto había luchado Francisco, el que enfrenta a los hermanos y el que, en última instancia, desencadena los sucesos que terminarán en desgracia. Fernando resulta ser acusado del asesinato de su hermano y más tarde fallece en un trágico y confuso accidente. (Travieso 1999: 314-315)

Una vez más, fantasía y realidad se enlazan para dar lugar a un fatal suceso. Acerca de esto, el fantasma de la esclava cuenta lo acontecido al hijo menor de los Valle, interpretando, desde el mundo de los muertos y los espíritus, el mundo de los vivos al que se ha propuesto destruir: “Desde el campanario del convento de San Francisco seguí sus pasos por el puerto, descendí al ver el carretón ir a su

encuentro, el carretón con barriles, cegué al conductor, azucé al caballo, le pedí al ratón morder la cuerda que ataba la carga, soplé contra el barril más pesado para que rodara como una avalancha. Fernando quedó debajo, aplastado igual que una cucaracha, sus alas destrozadas y volé a la casona a dar la noticia.” (Travieso 1999: 315)

Nuevamente, el lector debe atar cabos para llegar a descifrar, o al menos hacerse una idea del misterio que envuelve las enigmáticas muertes de los Valle. La ambigüedad emana del hecho de que sean varias voces, blancas y negras, oficiales y subversivas, lineales y circulares, ordenadas y caóticas, las que narren los sucesos. Desde su postración, Francisco habla con el aparente fantasma de Modesto, su primogénito, con quien se desahoga, acusando a Fernando de ser el único responsable del crimen de Clemente: “Por eso Fernando mató a Clemente. Por el dinero y el azúcar, para quedarse con mis ingenios, mis negros y toda mi fortuna.” (Travieso 1999: 294) En dichas conversaciones, el patriarca Valle culpa al azar de lo que ha sido su vida: “Mi destino fue pasar a América en vez de permanecer en el bello Cádiz, casarme con una mujer fea y tonta, tener hijos, ser un mulo, apilar oro y, al final, verme convertido en polvo.” (Travieso 1999: 319)

Los inexplicables sucesos acaecidos en la familia se convierten en una obsesión para Javier, tataranieta de Francisco, que insiste en descifrar los secretos de sus antepasados, para así ser capaz de comprender su presente. A él le habla una voz en segunda persona: “Sabes cuándo y cómo murió Clemente, pero aunque mucho investigas, no logras averiguar quién lo mató verdaderamente.” (Travieso 1999: 292) Javier busca tanto entre sus álbumes familiares como periódicos y revistas de la época y descubre algunas pistas:

“Lo mataron los masones y los independentistas en un arreglo de cuentas”,
“la mano del Capitán general que quiso deshacerse de un revolucionario,
está detrás de este crimen.” Pero la interrogante sigue sin respuesta.

“¿Quién mató a Clemente Valle? Nunca se sabrá, piensas y la duda te asalta.” (Travieso 1999: 292)

Las causas de las extrañas muertes de sus familiares constituyen uno de los principales temas de conversación entre Javier y su novia Rosario. Lo que más les sorprende es el hecho de que estas se sucedan de forma tan misteriosa y consecutiva. Tras el fallecimiento de Clemente, Fernando y Francisco no habían tardado en morir, con muy pocos días de diferencia entre ellos, cosa que parecía un tanto extraña o inexplicable.

Más adelante, en una sesión de espiritismo a la que asisten por invitación de Raymundo, chofer del señorito Valle, la pareja encuentra respuestas a sus inquisiciones. Es en este caso Encarnación, la esposa de Raymundo, quien en su condición de médium logra conectarse con el espíritu de la esclava, que hasta la fecha había acechado a los pertenecientes a la saga Valle y que habla, por boca de Encarnación, para hacerse conocer entre los descendientes de Francisco, su verdugo. Este fue el primer contacto que tiene Javier Valle con la historia de la familia negra. Hasta el momento, su búsqueda se había centrado en lo referente al mundo de los blancos. Sin embargo, después de escuchar la revelación que Raymundo y Encarnación trajeran a su presente, Javier comienza a cuestionarse si fue la maldición de la negra lo que arrasó con su familia: “Quién eres, la mujer alza la cabeza (...) Ah, nací en Oyó, morí en la Habana y estoy enterrada en una fosa del cementerio Espada donde me tiraron..., dice la mujer con voz muy vieja, después de pronunciar algo en una lengua desconocida.” (Travieso 1999: 525)

Al inicio, el joven Valle se muestra un tanto incrédulo e irónico, sin embargo, la siguiente declaración de la médium, que se encuentra poseída por el espíritu de la esclava, le hará encontrar respuesta a una cuestión que venía rondado desde hacía mucho tiempo: “Ah, una noche oscura mi nieto Santiago, (...) fugado de la casa de los amos Valle, camina por la calle en busca de algún transeúnte a quien asaltar. Preparado iba Santiago, en la cintura, bien cerca de la mano, el puñal

con las iniciales F. V., tomado de la casona antes de huir (...) Santiago, ¿qué haces aquí a esta hora?, ven, acompáñame –continuó Clemente (...), pero Santiago no lo entendió así, ni tampoco el puñal marcado F.V., que iba sediento de sangre (...), [que] rajó la piel y le partió el corazón, por donde huyó una sangre oscura que manchó las manos de Santiago. (Travieso 1999: 525)

Comenzamos esta sección con el concepto de circularidad y los distintos tipos de tiempos en la configuración caótica del mundo del Caribe (Benítez Rojo 1998: 16). Para terminar con ella, volvemos con unas reflexiones que insisten en esa idea, pero desde el punto de vista del destino repetido. Existe en la literatura y el pensamiento cubanos una insistencia en señalar que la historia de los últimos cinco siglos obedece a una repetición de situaciones desastrosas, que hacen pensar en una maldición que se extiende por la geografía y el tiempo cubanos. Un destino común de desencuentros y catástrofes contra los que no se puede luchar. La novela de Travieso sugiere que tanto los esclavos, en su fatal destino histórico, como los terratenientes, con todo su poder, quedan sometidos por igual a los vaivenes, siempre destructivos, del fatum, de la maldición que se cierne sobre la isla. El oro siempre se convierte en polvo, podría ser la conclusión de la obra. Hemos visto cómo amor y muerte funcionan a merced de esos hilos fatídicos. Desde Francisco, el primer miembro de la saga, hasta Javier, el último de ellos, son acechados por la tragedia. De nada sirve el poder, el dinero, la fama, incluso la asunción de la aristocracia o la asimilación a ella. El resultado final va a ser siempre catastrófico. Las versiones populares de la maldición cubana son innumerables. Una de las más conocidas es la “maldición de Pelú”, cuya historia se basa en que hace muchos años, por Baracoa deambulaba un hombre con sus ropas raídas, muy sucio y una larga y descuidada caballera. No importunaba a nadie, pero la población lo rechazaba y hasta agredía. Un día lo apedrearon y sacaron a la fuerza del pueblo. Al alejarse, indignado por el maltrato, profesó una maldición eterna: el viento, la lluvia, los truenos y las catástrofes asolarían la localidad permanentemente. Y así suele ocurrir, ya que la localidad de Baracoa se encuentra constantemente

castigada por fenómenos atmosféricos devastadores. Otra de las maldiciones más comentadas de los últimos tiempos, bastante más reciente, es la que supuestamente cayó sobre Cuba en 1939, cuando el gobierno del país no quiso acoger un barco lleno de judíos procedentes de Alemania, quienes huían de la persecución nazi, porque el presidente Laredo Bru obedecía órdenes de los Estados Unidos. El barco estuvo varios días en las aguas cubanas pero no obtuvo el permiso para que los pasajeros tomaran tierra, y finalmente tuvo que ir a los Estados Unidos, donde tampoco fue recibido, y luego a Canadá, donde ocurrió lo mismo (Haenel 2011). Son algunas de las muchas maldiciones concretas, populares, que pasan de generación en generación. Pero también hay quienes han elevado el fatalismo a rasgo propio de la realidad y la historia cubanas. Desde los inicios de la historia de la isla hay hechos que se recuerdan no solo como material histórico o identitario, sino como realidades que siguen teniendo un reflejo en la vida cotidiana de los habitantes, y cuyo peso, positivo o negativo, determina la vida y el destino de los cubanos. El primero y más importante, por fundacional, es la leyenda de la Luz de Yara, que es contada por primera vez por Bartolomé de Las Casas en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542). La literatura del siglo XIX cubano la propagó y ha llegado intacta a nuestros días, a través de las recreaciones literarias, pero también gracia al testimonio de muchas personas que aseguran haber sido acompañados por el resplandor. Quien mejor la cuenta es Ricardo Rousset, en su *Historia de Cuba*, aunque luego, esa versión fue popularizada por Fernando Ortiz, que la transcribió íntegramente en la revista *Archivos del Folklore Cubano*:

Es una creencia muy generalizada en toda la provincia de Oriente, y particularmente, en el poblado de Yara, la de que en cierta época del año aparece en el cielo una claridad crepuscular a la cual le atribuyen ser una representación del cacique Hatuey, inmolado por los españoles en la pira, a virtud de no prestarle sumisión a los conquistadores. Dicha claridad

crepuscular es conocida con el nombre genérico de “Luz de Yara”. Y no se diga que esa creencia es peculiar entre las masas ignoras del pueblo: los orientales creen firmemente en la tradición maravillosa de esa luz, aunque pertenezcan a clases elevadas por su educación y cultura. (Rousset 1918: III, 231)

Existe otra versión de la aparición de esa luz, pero es mucho menos aceptada: un sacerdote se encontraba llevando el viático a una enferma de Yara, y en el camino se le derramó el óleo sagrado, lo que provocó que, desde entonces, aparezca la luz a los caminantes cuando pasan por el lugar exacto del suceso, que pierden la orientación de su destino cuando ven la luz. Lo que sí es cierto es que mucha gente sigue asegurando, hoy en día, que atravesar aquellos lugares y ver la luz significa perder el rumbo. Así lo ha corroborado el testimonio reciente de José Antonio García, historiador y bibliotecólogo de la Biblioteca Nacional José Martí, de La Habana:

La versión oral que encontramos hace pocos años en la población de la provincia Granma, más de un siglo y medio después de sus primeras variantes en forma literaria, mezcla las dos versiones que aparecen en la que hemos transcrito. En síntesis, hoy la población de esa zona del país se refiere a “la luz de Yara” como una esfera luminosa, de tamaño variable, que puede aparecerse de noche a quienes transiten por los alrededores del poblado de Yara, aunque el área donde cuentan que se ha aparecido la luz abarca los alrededores de las ciudades de Manzanillo, Bayamo y el poblado Bartolomé Masó (al pie de la Sierra Maestra); o sea, casi toda la provincia. Se cuenta que dichas personas al ver la luz en movimiento, sin saber por qué, siguen tras ella, hasta que pasado un rato se percatan de que han perdido el camino y están extraviadas. Es general el criterio de que la luz significa “el espíritu del indio Hatuey” que todavía deambula por las

cercanías del lugar donde fue asesinado. Sin embargo, también está generalizada la interpretación de la luz como el espíritu de Yara, quien según cuentan fue la indígena compañera de Hatuey, que vaga por estos lugares sufriendo aún la pérdida de su compañero inolvidable. (García 2009: 1)

Se supone que, en un principio, el contenido de la primera leyenda cubana debería tener un aspecto positivo, como una afirmación de la cubanía rebelde y deseosa de libertad, de la mano de su primer héroe, que lucha hasta la muerte por conseguir sus objetivos. Sin embargo, popularmente ha adquirido un sentido de fatalidad histórica, porque la luz de Yara, en lugar de alentar al peregrino o caminante, lo confunde. Ese estado de indefensión ante los embates del *fatum* es común en la cultura cubana hasta nuestros días. Esteban Pichardo publicó en 1866 su novela *El fatalista*, de corte costumbrista, que se proponía dibujar los rasgos más sobresalientes de la sociedad cubana de mitad de siglo XIX. En el prólogo, el escritor afirma que se propone “pintar nuestro mundo como es, anatomizar el cuerpo social cubano en todos sus miembros de uno u otro departamento buscando fácilmente el correctivo posible en los defectos, aislar en un individuo ideas dudosas de predestinación” (Pichardo 1866: 4). Y concluye que hacer todo eso no es “zaherir ni sentar axiomas de creencia” (Pichardo 1866: 4). De tres características que se propone retratar, supuestamente las más comunes en el pueblo cubano, una de ellas tiene que ver con la costumbre de pensar que todo está escrito y tiene que ver con el destino común, generalmente fatal, de un pueblo. Por eso, cuando comienza la búsqueda de la identidad cubana en el primer período republicano, a comienzos del siglo XX, muchos de los escritores y ensayistas de la época, alentados además por las doctrinas naturalistas, se dedican a describir los rasgos definitorios de lo cubano, y entre ellos aparecen las carencias nacionales y el destino común fatal. Miguel de Carrión es uno de los primeros novelistas que hace una disección completa del cubano, y concluye que este destino aciago tiene

mucha relación con el pasado español y la herencia de mala sangre que el peninsular ha dejado en la población de la isla. En 1921 cuando, además de sus intereses literarios había comenzado a aflorar el gusto por la acción política, publicó un artículo en la revista *Cuba Contemporánea* en el que hablaba de la imposibilidad del cubano por salir de su propio laberinto y cambiar el tenor de la historia, dada su naturaleza peninsular, con todos los vicios enquistados que ello conlleva:

Añadid unas gotas de sangre árabe al grupo de meridionales españoles que formó nuestro núcleo de origen, poned un poco de altanera indiferencia, de sensual olvido de las cosas serias, de melancólica alegría, de oriental imaginación (...), de individualismo arrogante y de risueña pereza en el molde; tripulad con aquellos hombres, y aun con lo peor de aquellos hombres las carabelas que cruzaron el Atlántico; hacedlos habitar después en comarcas poco pobladas y en pequeñas ciudades, viviendo primero del trabajo indígena y luego de los brazos del negro esclavo; permitid que se infiltre poco a poco en su espíritu el marasmo colonial, dejándolo sumido por siglos en la rutinaria explotación de sus plantaciones, y sin otro cambio que el ocasionado año tras año por la inmigración de los nuevos españoles; imaginad, más tarde, la simiente de la rebeldía germinando en el alma de una parte de esos colonos, poseedores, al principio, de la riqueza del país y arruinados después por la supresión de la trata, la abolición de la esclavitud y la subsiguiente transformación de la industria azucarera; llevadlos a la guerra civil (...) y seguidlos hasta el instante en que es menester crear un Estado y establecer las nuevas organizaciones. (Ares 1991: 153-154)

El sentido irónico es claro al final del fragmento porque, con todos esos rasgos de identidad que ha descrito, el cubano no será capaz de crear un Estado y establecer las nuevas organizaciones. Y en su novela *Las impuras* sostiene de

igual modo la imposibilidad del cubano para llevar adelante un empeño porque, además de las taras con las que nace, en el espacio político los que sobresalen y dictan leyes y normas, cualquiera que sea su color político, contagian a los habitantes del mismo mal: corrupción, fraude, injusticia. Cuba parece condenada por una maldición de la que no puede salir y que se transmite de padres a hijos, de generación en generación: “El mal ejemplo que corroe y que infecta viene sin cesar de arriba, y a fuerza de contemplar diariamente el espectáculo de la indisciplina, la injusticia y el fraude en las altas esferas, todo sentimiento sano acaba por embotarse en el alma de los de abajo, para dejar su puesto a las malas pasiones o al descreimiento.” (Carrión 2011: 289-290)

En los escritores de las dos últimas décadas, el acercamiento al tema suele ser alegórico, como es el caso de Travieso en *El polvo y el oro*, que resume los males incurables de un régimen que agoniza con una historia de dos siglos donde la conclusión es la probable existencia de un maleficio endémico, o bien satírico, dentro del ámbito de lo alegórico, como es el caso de los narradores Enrique del Risco, Francisco García o Reinaldo Arenas. Del Risco y García repasan los quinientos años de historia cubana en su obra *Leve historia de Cuba* en clave humorística. En el epílogo, después de haber dado cuenta de todos aquellos sucesos en los que puede observarse cierto tipo de maldición sobre el suelo cubano y sus habitantes, hacen comparecer al Superhéroe (Fidel Castro) y al indio Hatuey, el primer revolucionario, en la Gloria cubana, porque este ha de recibir con un discurso de bienvenida a aquel. Por ahí van desfilando todos los héroes de Cuba, desde Martí o Quintín Banderas hasta Camilo Cienfuegos. Consuelo, la maestra de ceremonias, consiente en reducir el texto que Hatuey ha de pronunciar, y su deferencia “tiene, como casi siempre ocurre, motivos muy íntimos. Son dos destinos marcados por el fuego. De suplicio a sabotaje, el fuego siempre es el mismo” (Del Risco y García 2007: 281-282). Este fuego, de resonancias cortazarianas, unifica e iguala a todos los cubanos desde el primer mártir de la causa cubana hasta el último saboteador, y los unifica en el destino maldito

común. Finalmente, Don Miguel Matamoros anuncia que va a tocar “Lágrimas Negras” en el momento en que se supone que debería llegar el Superhéroe, y todos los héroes de la leve historia de Cuba buscan pareja: “Ya empieza con el aunquetumehasdejadoenelabandono. Unos hacen coro mientras otros intentan bailar con alguna de esas escasas heroínas o incluso entre sí. Los más van hacia las hamacas arrastrando sus viejos pies, pero en todos logra ver Consuelo la irreductible confianza de que algún día llegará Aquel que los redima definitivamente de tanta eternidad y hasta cure al General Quintín Banderas de su infinita sed.” (Del Risco y García 2007: 283-284) El cubano necesita ser redimido de esa eternidad que nadie desea, la Gloria cubana, donde lo maldito se ha instalado, parece que definitivamente. Por eso Quintín Banderas, uno de los primeros héroes de la independencia cubana, que también tiene su acomodo en la novela de Travieso, tiene una sed infinita. No puede descansar en paz. Nadie puede descansar en paz.

Más grave es el planteamiento de Yanitzia Canetti en su novela *Al otro lado* (1997), un texto que sorprendió a finales de los noventa por la calidad de su prosa y la asimilación absoluta de los presupuestos posmodernistas (Thiem 2004: 1) de los que venimos hablando, en una primera obra de juventud. La protagonista, una cubana joven que busca su propio yo, “al otro lado” de sí misma, en una serie de visitas a una iglesia para confesarse con un sacerdote y extraer de ese modo su pasado y su razón de ser, realiza continuas reflexiones identitarias que exceden lo individual y que, constantemente, remiten a una identidad cubana colectiva e histórica. En una de las primeras páginas, la narradora homodiegética comenta:

Vivo a finales de siglo en una isla bien poblada y condenada por algún pecado en su otrora encarnación. Somos el pueblo elegido por Dios para competir con el Infierno. Ni Dante pudo jamás imaginar la tan prolífera sarta de diabluras que abundan en esta isla diminuta del Caribe. Dicen que es por la lluvia torrencial y porque los huracanes nos adiestran en

transgredir los límites de lo posible. Yo pienso que es porque tenemos dentro ríos de sangre tirando en todas direcciones. Somos una raza de muchas razas. Y por una de las calles de la isla, ando yo buscándome por aquí y por allá. (Canetti 1997: 10)

Pero es Reinaldo Arenas quien más amargamente se duele de la maldición cubana. Su última obra, póstuma, *El color del verano*, escrita y publicada en fechas muy parecidas a las de *El polvo y el oro*, remite a la misma circularidad que Travieso y Del Risco: todos los fuegos son el mismo fuego, todas las épocas son la misma, repetida, circular, todas las maldiciones son la misma maldición. En su última novela, Arenas repite constantemente argumentos y entrelaza historias que van y vienen, a semejanza de las obras misceláneas y fragmentaria de la Edad Media (Esteban 2006: 318), para corroborar las teorías de Benítez Rojo sobre el funcionamiento de los “Pueblos del Mar”. Uno de esos argumentos es el que se corresponde con los capítulos titulados “La historia”, cinco en total: el 20, 29, 44, 79 y el 115. Son muy breves y en ellos, la crítica a los tiranos va mucho más allá del rencor u odio concretos hacia Fidel Castro. La maldición cubana es universal en el tiempo y el espacio:

Esta es la historia de una isla atrapada en una tradición siniestra, víctima de todas las calamidades políticas, de todos los chantajes, de todos los sobornos, de todos los discursos grandilocuentes, de las falsas promesas y del hambre sin tregua. Esta es la historia de una isla sometida al desastre de la estafa, al estruendo de la fanfarria, de la violencia y del crimen durante quinientos años. Esta es la historia de un pueblo que vivió siempre para las grandes ilusiones y padeció siempre los más siniestros desengaños. Un pueblo que tuvo que aprender a mentir para sobrevivir, un pueblo que tuvo que aprender a humillarse y a traicionarse y a traicionar para sobrevivir. Esta es la historia de un pueblo que un día entona un himno de alabanza

hacia el tirano y de noche rumia una oración de furia y muerte contra el mismo. Un pueblo que de día se inclina y araña la tierra (...) y de noche roe la tierra bajo el mar tratando de socavar la isla donde solo manda el tirano. Esta es la historia de una isla que nunca tuvo paz, que fue descubierta por un grupo de delincuentes, de aventureros, de ex presidiarios y de asesinos, que fue colonizada por un grupo de delincuentes y asesinos, y que fue gobernada por un grupo de delincuentes y asesinos y que finalmente (a causa de tantos delincuentes y asesinos) pasó a manos de Fifo, el delincuente supremo, el sùmmum de nuestra más grandiosa tradición asesina. (Arenas 1999: 176)

El grupo de capítulos titulados “La historia”, aunque son muy pocos en comparación con la extensión de la novela (5 de 115), tienen una enorme importancia estructural, porque el último de ellos es el que cierra el libro, y da sentido general a todas las historias particulares que se han contado, que son las de todos los escritores clásicos y modernos de la isla y todos los personajes históricos de cierta relevancia. La repetitividad viene constatada, en el fragmento anterior, por ciertos términos como tradición, sin tregua, todos, sometida durante quinientos años, etc., y por la reiteración de expresiones o sintagmas (Esteban 2006: 320), pero en el último capítulo esta tendencia se intensifica, para mostrar de modo diáfano que la isla se repite en su eterna maldición:

Esta es la historia de una isla cuyos hijos nunca pudieron encontrar sosiego. Más que una isla parecía un incesante campo de batalla, de intrigas, de atropellos y de sucesivos espantos y de chanchullos sin fin. Nadie le perdonaba nada a nadie, mucho menos la grandeza. Cuando alguien tenía una idea genial los demás no colaboraban para que esa idea se desarrollase, sino para apropiarse de ella. Esta es la historia de una isla que salía de una guerra para entrar en otra aún más prolongada, que salía de una dictadura

para caer en otra aún más cruel, que salía de un campo de guerra para entrar en un campo de concentración. (Arenas 1999: 455)

En la novela de Travieso, como ya hemos sugerido y vamos a continuar demostrando, el malditismo insular se manifiesta a través de las desgracias que constantemente ocurren a la familia Valle, desde el desgraciado matrimonio y posterior enfermedad de Francisco, el primero de la saga, hasta el fusilamiento de Javier, el último de los Valle, en los albores de la implantación del sistema castrista. El final trágico de Javier da sentido a toda la búsqueda que él mismo había llevado a cabo para desentrañar el sentido de las maldiciones que los Valle padecieron durante casi dos siglos.

5.3. La duda: entre lo real y lo maravilloso

El polvo y el oro no es una novela común de la década de los noventa, período en que la literatura cubana se caracteriza, sobre todo, por reflejar historias que se enmarcan, por lo general, en un tiempo bastante cercano al presente que vive el escritor de este tiempo, y por convocar relatos matizados por la crudeza de la realidad cubana: el período especial, a través de la descripción, con lujo de detalles, de las situaciones que les tocaba vivir a los ciudadanos de dicho momento histórico.

A pesar de que la primera edición de esta novela se publica 1993, en México, su autor ya venía trabajando en ella desde los años ochenta, como hemos adelantado, y es quizá por ello que, en la historia, encontramos matices que son característicos de una y otra época indistintamente. El escenario inicial de *El polvo y el oro* se remonta al siglo XIX, con el concurso de personajes y ambientes bastante alejados del presente que vive el escritor y adornando el relato con una

mezcla de elementos de ficción y magia, que contrastan con el realismo de la gran mayoría de las novelas publicadas en la misma época, como las de Leonardo Padura, Daína Chaviano, Pedro Juan Gutiérrez o Zoé Valdés.

Obviamente, resulta casi imposible recrear el tema de la esclavitud sin hacer referencia a la magia, la hechicería y lo inexplicable. Travieso afirma: “Mientras trabajaba en mi novela, me di cuenta de que a la trama le faltaba algo: la historia de la familia negra.” (Travieso y Aparicio 2012) En la novela se mezclan las vicisitudes, problemas y creencias de negros y blancos, quienes al ligarse forman una sola historia, en la que no se pueden separar ni unos ni otros, por lo que tampoco podrá entenderse la trama de dicha obra sin atender al catolicismo y al espiritismo, lo palpable y lo imaginario, lo negro y lo blanco. Julio Travieso trabajó durante mucho tiempo con los elementos fundamentales de la santería y se informó convenientemente sobre numerosos detalles del mundo de la espiritualidad negra. A mitad de los ochenta se interesó de modo especial por un mundo en el que nunca había incursionado: el de las religiones, tanto el cristianismo, el catolicismo, como las afrocubanas. Entonces descubrió un mundo lleno de matices y sorpresas, que le llevó a investigar teóricamente y a sopesar emocionalmente, pues le recordó a ciertos sucesos de la infancia, que habían permanecido escondidos en los pliegues de su subconsciente:

Las religiones afrocubanas me fascinaron -comenta Travieso-, no como a un creyente, sino como a alguien que, de repente, descubre una realidad mágica que lo ha rodeado toda una vida, sin conocer bien de su existencia. Ese mundo lo había vislumbrado en mi niñez. Entonces, cada día, yo veía junto a una enorme ceiba de más de doscientos años, cercana a mi casa, paquetes, envoltorios, que podían contener desde comidas y bebidas hasta centavos. En aquella época, yo no sabía que la ceiba es un árbol sagrado para los creyentes en la Santería (Regla de Ocha) y que los paquetes eran ofrendas de los creyentes a sus Orichas (Dioses). Como la mayoría de los

cubanos, conocía los nombres de algunos orichas (Changó, Yemayá, Ochún) y algunas otras cosas, pero nada más. Aquel era un terreno secreto cuyo acceso estaba vedado para los profanos. Solo a mediados de los 80 entré en contacto profundo con él. Tal contacto y mi pasión por la historia me llevaron a querer escribir una novela que tuviera como base la historia de Cuba y las religiones afrocubanas. (Travieso y Aparicio 2012)

Julio Travieso comenzó a informarse sobre la santería, acudiendo a algunos de los libros clásicos sobre el tema, como los de Lydia Cabrera (*Anagó: Vocabulario Lucumí. El yoruba que se habla en Cuba*, de 1957; *El Monte*, de 1954; *Yemayá y Ochún. Kariochas, Iyalochas y Olorichas*, de 1974; *La Regla Kimbisa del Santo Cristo del Buen Viaje*, de 1977), de Samuel Feijoo (*Mitología cubana*, de 1986), de Fernando Ortiz (*Contrapunteo cubano del azúcar y del tabaco*, de 1940, *El engaño de las razas*, de 1946, *La africanía de la música folklórica de Cuba*, de 1950), de Cecilio Pérez (*Itá. Mitología de la religión yoruba*, de 1986), Enrique Sosa (*El carabalí*, de 1984), etc. (Bolívar 1995: 275-279). En la novela de Travieso, la religión afrocubana es algo más que una curiosidad intelectual y una atracción por sistemas de pensamiento desconocidos; es también una forma de dar estructura al relato y de conferir ambigüedad, más allá de la constatación de la realidad sincrética del mundo cubano, como vamos a ir demostrando.

En *El polvo y el oro*, el esclavo Juan, ante el reiterado cansancio del amo Francisco Valle, preparaba un brebaje que revivía al amo considerablemente y en el que su dueño podía percibir el aroma y sabor de una mezcla de hierbas y cierto olor a semen. A pesar de las amenazas y azotes de Francisco, el negro seguía afirmando que el brebaje no era más que una pócima, fabricada con los extractos de una planta africana, que no podría mostrar ni mencionar, so pena de morir él o su amo. Mágicamente, Francisco recuerda cómo, al beber la poción, “tuve que correr y a la primera esclava que vi, en los cuartos, derribarla y montarla, para que

mi tempestad se calmase”. (Travieso 1999: 183) El amo ya ha caído preso del embrujo negro, y no se podrá librar de él hasta su muerte. En el esclavo y, en general, en los esclavos, hay una doble reacción, de amor-odio, frente a los amos, a quienes a veces ayudan y agradecen, y otras maldicen y tratan de agraviar o vengarse de ellos. Esa doble reacción tiene que ver con la propia constitución sintética y promiscua de la nación cubana:

Los blancos, negros y mulatos de la Isla, revueltos en un crisol de nación y nacionalidad, terminarían por aceptar y jubilosamente vivir realidades insulares que, para entonces, serían razón y esencia de buena parte del continente y sus islas. En todo eso, mucho tuvieron que ver los orishas, sus hijos y devotos. Ellos, como la convivencia del esclavo con su amo, del siervo con su patrón, de la hirsuta peonada maldiciente con su explotador (...), establecerían vínculos de amor-odio, dialéctica interrelación definitoria, porvenirista. No por azar buena parte de los orishas que hoy adoran por igual blancos, negros y mulatos de Cuba, representa la forja, el esfuerzo de la siembra (...), porque reflejan necesidades y acuden a un diálogo imprescindible para quien busca respuesta y amparo. (Bolívar 1995: 11)

Reynaldo González asegura en el libro de Natalia Bolívar que lo que cuenta no es “folklore” ni “museo” sino “vida viviéndose”, y todo lo que parece mágico no es más que efecto de la actuación, real, de los orishas, “guardianes de la maternidad, las aguas, la naturaleza, el fuego, la adivinación, la salud y la muerte” (Bolívar 1995: 11). En *El polvo y el oro*, constantemente se nos presentan sucesos insólitos o inexplicables, en los que intervienen los esclavos, que aportan el toque de magia a la historia real, una magia que no pertenece al mundo de la *fantasía* sino al de la *imaginación*, como diría García Márquez haciendo referencia al realismo mágico (Cremades y Esteban 2002: 270). Al nacer el primogénito del

matrimonio de Francisco y Piedad, Modesto Gaspar, la desesperación se apoderó de la casa Valle ante el hecho de que el recién nacido lloraba incesantemente. Ante tal situación, los padres acudieron al consejo y la sabiduría de los esclavos, quienes “buscaron una perra recién parida y la ordeñaron (...), extrajeron una leche blanca y pastosa que enseguida llevaron al niño (...). Los ataques de llanto cesaron, pero, semanas más tarde, Modesto despertó en medio de la noche, gritando (...). Tales ataques se le repitieron regularmente hasta la adolescencia.” (Travieso 1999: 38) Esta escena, como muchas otras de la obra, impregnan el relato de ambigüedad, pues no se sabe realmente si Modesto enloqueció debido a una tara familiar, a la leche de perra que había bebido o a ambas cosas.

Al convertirse en una la historia de blancos y negros, se funden, como efectivamente sucedió en la isla, dos culturas, dos creencias, dos religiones, dos mundos. De esta forma, la vida de la familia Valle parece estar indisolublemente ligada a la de la esclava y viceversa. Ella, al tener un hijo con Francisco, su dueño, hace que se establezca entre ellos un vínculo indisoluble. La esclava tiene dos hijos, el primero con Mmbo, también esclavo, de quien se enamora y a quien el amo castiga mandando a los trapiches. La segunda criatura será un mulato, fruto de su relación con el amo blanco. La joven lamenta la suerte de su hijo negro: “Apenas un jovencito, lo separan de mí y lo envían castigado al ingenio. Pobre Obamoó, hijo mío, (...) se muere, se murió amarrado a una escalera mientras le pegan con un látigo, pero eso yo no lo sabía cuando parí otro hijo, un mulato. Entonces supe que los cocos volvían a marcar muerte para Obamoó y suerte para Félix.” (Travieso 1999: 96) La impuesta separación, tanto de su amado como de su primer hijo, hace que la madre jure vengarse de aquellos que provocaron su desgracia y la de sus crías: “Soy obediente (...), sumisa, pero en el cuarto adoro a los dioses y preparo la venganza.” (Travieso 1999: 76) Es su voz la que reafirma que, a partir de entonces, tanto en vida como después de muerta, perseguirá a aquellos que la hicieron ser infeliz, jurando que solo descansará tras la muerte o desaparición de todos los Valle. Es lo que Natalia Bolívar denomina como “magia

positiva”, la que desea producir algún efecto en alguien, aunque ese efecto sea nocivo, frente a la negativa, que trata de evitar algo. (Bolívar 1995: 30)

Al sentirse ultrajada, ella invoca a sus dioses y augura la suerte de sus enemigos: “Que el gato, el alacrán y todos sus hermanos te persigan, señorito Fernando, te arañen a ti y a los tuyos, y emponzoñen la vida, igual que tú heriste a los nuestros, ah, de rodillas Iroko, madre de Cuba, de rodillas te pido ayuda, maldícelo como yo, (...) que sigan enloqueciendo los Valle, convertidos en polvo.” (...) “Eso pedí y la lechuza (...) salió de las ramas de la madre y voló hacia la ciudad en busca del amo.” (Travieso 1999: 203) A partir de entonces, el insaciable espíritu perseguirá a la descendencia Valle, haciendo enloquecer a algunos de sus miembros como Modesto o Dolores Fernanda.

Naturalmente, tales sucesos resultan insólitos para Javier, cuya vida transcurre entre 1930 y 1960, aproximadamente. Desde su presente, el heredero de la casa Valle solo tiene acceso a las cartas que dejaron sus parientes, algunos recortes de periódico de la época y ciertos testimonios que ha podido recuperar a través del tiempo y que no resultan suficientes para aclarar el pasado. Lógicamente, él no conoce la existencia de la esclava, ni su historia, ni su protagonismo en la vida de sus antepasados. Hay, por tanto, en la novela, un tejido de anécdotas que solamente puede combinar el lector, y a pesar de que ambos mundos conviven, estos solamente se juntan en determinados momentos de la historia, y de manera muy ambigua, como si el narrador estuviese jugando a confundirnos. Ya sabemos que el espíritu de la esclava, cuya voz y testimonio se identifican en el texto al aparecer escritos en letra itálica o cursiva, asegura rondar la casona de la Habana Vieja y perseguir a los Valle doquiera que se trasladen. En reiteradas ocasiones pareciera penetrar en el mundo de los vivos, haciéndose ver por Modesto o por Dolores Fernanda, que enferman de locura y mueren desquiciados. Además del carácter subversivo que tiene el discurso de los negros, con sus peculiaridades, frente al ordenado de los blancos, como ya se ha visto desde las teorías de Lyotard y Benítez Rojo, debemos relacionar la novela de

Travieso con la corriente que, para Linda Hutcheon (1988 y 1989), resulta ser la más importante de la literatura posmoderna, lo que ella llama la “metaficción historiográfica”, en la que las obras son representativas de sucesos y personajes históricos “reales”, pero también autorreflexivas, y en ellas hay un claro diálogo con el pasado, alrededor de una serie de estrategias narrativas que tratan de conferir significado a un pasado que se presenta como inaccesible. El resultado más obvio de esa línea de actuación narrativa es que “se borra la frontera tradicionalmente impuesta por la historiografía entre lo real y lo ficticio, y la correspondiente frontera entre historia y novela histórica” (Binns 1996: 161). Por eso, se carga de sentido el interés por el autoesclarecimiento de Javier Valle cuando sigue la pista de lo que ocurrió a sus antepasados: es cualquier cubano, probablemente un intelectual, contemporáneo, que trata de dar explicación, mediante la reflexión histórica, a lo que le ha tocado vivir. Es ficción pero también es historiográfica, es necesidad de conocer la historia pero también necesidad de conocerse a sí mismo y explicarse. Javier es Travieso y es cualquier cubano que se pregunta cómo se ha llegado en los noventa a la situación que atraviesa el país. Realidad y ficción se confunden, tal como mundo objetivo y mundo subjetivo se entrelazan: lo que pasa históricamente ha de ir aderezado por lo que pasa en ese trasmundo en el que los negros hacen su guerra particular contra los blancos.

En la nueva mansión del Cerro, aquella que había construido Fernando para vivir junto a su esposa Caridad e hijos y que no llegó a disfrutar a causa de una muerte en sospechosas circunstancias, Dolores Fernanda parece encontrarse a la esclava convertida en tatagua, especie de mariposa negra que augura la mala suerte. Al ver a la tatagua, Lola la persigue, sosteniendo la vela que desencadenará la desgracia: “Mamá, quiere decir Dolores, gritar para llamar a Caridad, pero no puede (...). La mariposa también vuela en círculos, entre los insectos, majestuosa, como una reina rodeada de cortesanos. Mata (...), grita la voz y las palabras babean, gimotean a través de los dientes (...). Mátala, quémala, dice la voz en su cerebro y ella acerca la llama (...) quemando el cortinaje, las sábanas, la pared.

Incapturable, la mariposa aletea, cruza el cuarto y se pierde en el jardín (...), las llamas han comenzado a devorar la habitación.” (Travieso 1999: 374) Es evidente que no sabemos si la voz que escucha Dolores es producto de una enfermedad como la esquizofrenia, o si ciertamente la tatagua se ha encargado de convertir en polvo la casona de los Valle. Lo cierto es que la familia, después del siniestro, tiene que regresar a la vieja casona de la Habana Vieja, donde aún se respiraba el olor a desgracia y muerte.

A pesar de que Javier no cree demasiado en los ñañigos, espiritistas o brujos, en ocasiones comienza a cuestionarse la posibilidad de que existiera una brujería, maleficio o maldición que pesara sobre los suyos. Ante el álbum familiar, recuerda a “Modesto, hijo de Francisco, que murió loco, amarrado a una cama, gritando que dentro de él estaba un negro moro venido para matarlo (...). Piensas en Dolores Fernanda y en tu hermano Antonio, en sus visiones y en sus cuentos de que hablaba con gente en el pasado.” (Travieso 1999: 31) En ocasiones, lo que descubre le asusta: “Dios, una familia de locos.” (Travieso 1999: 423) A las alturas de siglo en las que Travieso escribe, y en las condiciones en las que lo hace, es necesario apuntar que su obra pudo engarzarse con tanta naturalidad en ese mundo mágico realista de ñañigos, santeros y espíritus vengativos, gracias a que el camino se encontraba ya perfectamente roturado por, al menos, dos generaciones antecesoras. La segunda es la del *boom*, en la que no es necesario insistir, por su absoluta identificación con la noción de realismo mágico (Anderson Imbert 1975: 39-44). Y la primera es la de narradores como Lino Novás Calvo y Alejo Carpentier, que vienen a corroborar que el Caribe y, en general, Hispanoamérica, es el lugar adecuado para que ese concepto tenga fortuna porque, como escribió José Hildebrando Dacanal, en su obra *Realismo mágico*, este es “un fenómeno [que] sólo puede ocurrir en nuestro continente, en aquellos países donde existieron grandes civilizaciones indígenas o prevaleció el elemento africano. No podría darse un movimiento tan grávido de particularidades sobrenaturales como en la América Latina, donde coexisten el misterio y el racionalismo, la civilización

y los mitos, lo antiguo y lo moderno, lo bello y lo extraño-maravilloso. Solo Iberoamérica pudo dar cabida al realismo mágico.” (Zapata 1975: 59) Los precursores del *boom* también lo son del realismo mágico, porque el descubrimiento de lo maravilloso o lo sobrenatural en la literatura, la incursión en la narrativa de la ambigüedad y la superación del regionalismo, para colocar a ese tipo de obras en el lugar de los mitos universales, fueron conquistas de esa primera generación, sin la que el *boom* sería difícilmente explicable. En Cuba, autores como Novás Calvo y Carpentier abren los espacios que luego ocuparán obras como la que estamos analizando. De hecho, y como lo demuestra Raymond Souza en su artículo “La imaginación y la magia en la narrativa cubana (1932-1933)”, el universo de los ñáñigos deja de ser un mero folklorismo regionalista cuando en 1932 Lino Novás Calvo publica su cuento “La luna de los ñáñigos” en la *Revista de Occidente* y al año siguiente ve la luz la primera novela de Carpentier *¡Ecué-Yamba-Ó!*. (Souza 1977: 89-93)

Por eso nos acostumbramos enseguida al entorno en el que se mueven los personajes que viven las religiones afrocubanas, y a esa vida “para dentro” que desarrollan los negros después de muertos. En uno de sus regresos a la tierra, la negra vengadora se encuentra con su hijo, el bastardo que había concebido con Francisco Valle y que trabajaba como calesero para dicha familia. La conversación entre el espíritu de la madre y el esclavo resulta un tanto confusa. “‘Ah, Félix, hijo mío, no puedo dejarte’, ‘vamos a nuestra tierra, ah, Obamoó, hijo mío, quiero pero no puedo’, ‘quédate’, ordena la nianza, ‘quédate’, pide Félix mientras duerme, ‘(...) ya estoy muerta Obamoó (...). Debo hacerles daño por siempre a los Valle, ese es mi camino’, ‘adiós madre, algún día, algún día regresarás’.” (Travieso 1999: 203)

A pesar de ser Félix el hijo natural de Francisco, este no fue tratado con ningún tipo de privilegios ni condescendencias. Su otro hijo, Remberto, fue vendido a un criollo independentista y murió joven. Así lo manifiesta, angustiado, el espíritu atormentado de su abuela esclava, que no deja de rondar la casa de sus

verdugos: “Tonto Remberto, morir antes de tener canas, por meterse en peleas de blancos contra blancos. Mucho busqué, pero nunca he visto sus huesos, probablemente dormidos en alguna tupida manigua, ni a su espíritu que debe estar regresando a nuestra tierra.” (Travieso 1999: 38)

El realismo mágico se evidencia en las primeras dos terceras partes de la novela. El espíritu de la esclava regresa al mundo de los vivos para martirizar a Francisco Valle, quien para entonces se encuentra en estado de postración, inmóvil y casi muerto. Ella, que en vida fue su víctima, busca incesantemente hacerle sufrir, pagar por todos los abusos y desmanes cometidos en vida, y así relata: “Ah, Francisco dormitaba en su sillón con los ojos llenos de nubes y recuerdos, cuando yo y una mosca gorda y negra entramos en la habitación (...). Cabrón, repetí, pero él no era cobarde y, en vez de huir en el sueño o despertarse, tomó una antorcha encendida y se dispuso a enfrentarme, pero yo me transformé en horrorosa serpiente de dos cabezas y encarnadas lenguas bífidas que buscaron su garganta. ‘Ay, ay’, gritó dentro de su mente (...) ‘¡Dios mío!’, exclamó, casi ahogado, y su vieja sangre huyó de la cabeza, arrastrándose hasta el corazón (...). Todo su cuerpo comenzó a enfriarse, los pies, los dedos, los brazos. ‘Cabrón, no vas a morirte todavía’.” (Travieso 1999: 316)

Más adelante, un insólito episodio llevará a su máxima expresión la presencia de ese ambiente mágico realista. El siguiente retorno que hace la esclava a la casa Valle, se produce convertida ella en la perra del joven Gabriel, nieto de Francisco e hijo de Fernando. A este último también odió y por ello lo había cegado para que muriese en trágico accidente. Hasta el momento, la esclava había repudiado a toda la estirpe Valle. Sin embargo, por el niño Gabriel sentía un cariño muy especial: “Ah, él era un Valle y yo debí tenerle odio, pero no pude (...). A todos los demás si los odié, a doña Caridad, vieja canalla (...), a Dolores Fernanda, loca asesina que quiso quemarme, a Frasco, igual a su padre y a su abuelo, sanguinario, fuerte, siempre intentando golpearme.” (Travieso 1999: 421) Más adelante comprendemos la razón de ese amor por Gabriel, cuando ella misma

se percata de que su querido amo Gabi no era más que su hijo Mmbo, que se reencarnaba en un hombre blanco “vuelto a la tierra para seguir sufriendo dentro de otro cuerpo.” (Travieso 1999: 421) Es entonces cuando el lector se encuentra ante la disyuntiva de si debe o no dar por cierto el testimonio de la voz narrativa negra, que es en este caso la de un fantasma. Según ella, tanto el rechazo de Gabriel hacia los suyos, como el desprecio que siente hacia él su hermano Frasco, pueda no ser causa de su personalidad afeminada, sino que acaso se deba a la influencia de fuerzas sobrenaturales, en este caso, al hecho de que Gabi, en una vida anterior, hubiera sido un negro esclavo, y más concretamente, el hijo de la esclava.

El lector será entonces testigo de otra enigmática y sorprendente escena, cuando Francisco Valle, reencarnado en rata, regresa a su casa y persigue a la perra, como antaño lo había hecho cuando esta era esclava, y vuelven a enfrentarse la víctima y el verdugo, pareciendo ser ella más poderosa que él. Refiriéndose al desafortunado encuentro, la perra, que es lo mismo que la esclava, afirma: “Estúpida rata, tonto Francisco, pensar que podía vencerme en un encuentro frente a frente (...). Con mayor fuerza tranqué las mandíbulas, y la rata, chillando, tuvo varias convulsiones hasta que dejó de agitarse, y cuando abrí la boca se desplomó inmóvil, el odio aún reflejado en los ojos. Había muerto la rata madre, la reina de las ratas, pero antes de morir pudo hincarme los dientes.” (Travieso 1999: 444) Una vez más, Francisco Valle la había vencido y ella, en el cuerpo de la perra, había contraído la rabia. Para colmo de males, presenciara la escena de la muerte de Gabriel, quien, después de una fuerte riña con su hermano Frasco, decide optar por el suicidio.

La narradora, desesperada, evoca el terrible suceso. “Ah, no lo hagas, niño, no me dejes sola, llévame contigo, quise gritar, llamar, advertir, impedir, pero yo nada más era una perra y de mi boca solo pudo salir un lastimero quejido (...). Estremecido un instante, se quedó quieto, inerte, la boca abierta, la lengua

colgando, unido por el negro cinturón que le abrazaba el cuello para siempre a ikú que ya volaba a lo lejos con él. (Travieso 1999: 458)

Una vez más, la revancha no se hace esperar y el can, aprovechando su hidrofobia, muerde a Piedad Angélica, esposa de Frasco Valle, quien termina sus días rabiosa y atada a una cama. También trató el animal rabioso de morder a Frasco, pero no tuvo suerte, pues en el intento encontró “un largo y fino puñal, que atravesó mi piel y me rajó el corazón, igual que su antepasado, el maldito Consejero, hizo conmigo muchos siglos atrás.” (Travieso 1999: 461)

En la novela, la mayoría de las reflexiones hechas por los personajes parecen estar encaminadas hacia una dirección: la maldición que pesa sobre los Valle. Natividad, nieta de Francisco, enumera los nombres de quienes habían caído en desgracia. “Modesto, papá, Clemente, Francisco Joseph, en esta familia ocurre algo.” (Travieso 1999: 331) Casi siempre, debido a una u otra razón, los miembros de la familia terminaban alejados o dispersos. María Angélica se había convertido en monja, Bruno se fue a vivir a Nueva Orleans y “Natividad se irá de Cuba y morirá en Madrid, a los 60 años. Se casa con un hombre que parecía ser extremadamente rico, pero que no lo era tanto y quien morirá, dejándola viuda.” (Travieso 1999: 195)

Javier Valle se pregunta “¿Por qué habían sucedido aquellas tragedias? Primero Gabriel y Piedad. Enseguida, en horrible cadena, Caridad y después Dolores Fernanda, muerta durante un ataque de locura.” (Travieso 1999: 46) Después del alucinante enfrentamiento entre la rata y la perra rabiosa, que terminó con las muertes de Piedad Angélica y el señor Marechal, amigo de la casa, Frasco quedó totalmente desconsolado. Cargaba en su conciencia la muerte de Gabriel, que se había ahorcado luego de sostener con su hermano una fuerte discusión. Ahora solamente le quedaba Florencio, el hijo, y no permitiría que fuese débil, sensible y afeminado como su tío.

A partir de entonces la narrativa comienza, gradualmente, a tomar un nuevo rumbo, y la voz de la mujer negra parece despedirse, saliendo casi completamente

del relato, después de pronunciar palabras que serán claves para la comprensión de la novela: “Al maldecir al monarca, el tronco principal caerá derribado por seis fuegos, pero ya sus hojas se habrán dispersado por los caminos junto con nuevas semillas que hincarán sus raíces en ajenas tierras.” (Travieso 1999: 262) Luego de presenciar, una vez más, la desgracia en la casa Valle, la esclava se regocija, dando paso a una nueva etapa de la historia: “Todo aquello vi desde el aire, satisfecha, gozándome de que los Valle pagaran otra vez sus culpas, por lo que habían hecho y harían. Ah, maldito Francisco, maldita Piedad, carne y sangre del miserable Francisco, sufran y lloren igual que yo sufrí y lloré.” (Travieso 1999: 465) Magia y maldición continúan unidas, realismo mágico y destino fatal recorren el mismo camino.

5.4. De lo maravilloso a lo real

En *El polvo y el oro*, la última parte de la narración se va alejando de la época colonial y seudorrepública para gradualmente acercarse un poco más al presente, centrándose esta en las luchas y contradicciones políticas existentes en la nación cubana, que acarrearán pérdidas irreparables para muchos cubanos (Márquez Sterling y Márquez Sterling 1996: 182-268), entre ellos algunos de los miembros de la familia Valle: “Los Valle formaron una familia esclavista de Santi Spíritus-Trinidad de la cual se comienza a tener noticias sobre 1830-1840 -comenta Julio Travieso, como resultado de sus investigaciones históricas-. Hacia esa época emparentan con los Iznaga de Trinidad, uno de cuyos miembros construyó la célebre torre Iznaga, que aún se conserva, del valle de Trinidad. Entre sus miembros hubo algunos (no muchos) independentistas. Entonces surgió el apellido compuesto Valle Iznaga. A fines del XIX el tronco principal se asienta en la Habana y, además del azúcar, se dedican a otras actividades económicas. De paso

te diré que la mansión (casi un palacio) residencia hoy del embajador mexicano fue donde vivió el cabeza de familia en 1958. A su lado, en otra supermansión, residencia actual del embajador francés, vivía su hermano.” (Travieso y Aparicio: 2012) Realmente, la familia que dio lustre a la saga desde su asentamiento en la isla fue la parte de Iznaga (nota 3 de nuestra edición de *El polvo y el oro*). Francisco Iznaga fue alcalde de Bayamo en 1540, muy poco después de que la ciudad fuera fundada por Diego Velázquez (1513). Pero las posesiones de los Iznaga por toda la zona fueron espectaculares en la época de la colonia. Dueños de numerosas tierras de labor, famosos por la construcción de la torre Iznaga en las afueras de Trinidad, cualquiera puede imaginarse el poder y el dinero que poseyeron nada más entrar en la admirable mansión que todavía se conserva. Los Valle fueron unos advenedizos, que llegaron a Cuba mucho más tarde que los Iznaga y en peores condiciones, como se narra en el comienzo de la novela, pero enseguida se enriquecieron y contribuyeron al lustre del apellido con el que se habían emparentado.

Julio Travieso pasó aproximadamente siete años trabajando en su novela, cuya primera edición se publicó en 1993, en México, donde ganó el premio Mazatlán. Siendo así, la última parte fue escrita durante los años noventa, por lo que, de cierto modo, al igual que la mayoría de las historias publicadas en esta etapa histórica, la historia refleja una realidad más cercana al narrador. Sin embargo, en este caso la narrativa presenta elementos de los dos períodos históricos representativos en los que fue escrita. Por un lado, la novela lleva implícitos varios rasgos típicos de la literatura de los ochenta: el relato, por ejemplo, busca en el pasado las causas del presente convulso en el que habitan sus personajes y solamente se adentra en él para entender o explicar el presente. Por otra parte, existen en la historia características típicas de la narrativa de los noventa (Casamayor 2010: 644-661, Redonet 1993: 25-29, Esteban 2008: 16-22): el realismo, la decepción, la tristeza y la desesperanza de los personajes, que, curiosamente y a diferencia del resto de las narraciones de la década, no luchan

por sobrevivir en el período especial, sino mucho antes, durante los últimos años de la dictadura del General Fulgencio Batista y los albores de lo que se denominó el período revolucionario.

Como ya sabemos, desde el comienzo de la historia los Valle se habían centrado en la búsqueda del oro y a pesar de haberse enfrentado a fuertes cambios económicos, pérdidas o disminución considerable del patrimonio, incluso, en reiteradas ocasiones, a la muerte de algunos miembros de la familia sobre los que recaía la responsabilidad de llevar a buen puerto los negocios, siempre, hasta llegar a la generación de Javier, Marcelo y Antonio Valle, hubo algún consanguíneo que se ocupara de ensalzar lo que Valle vale. Recordemos que el Patriarca, Francisco Valle, siempre tuvo una idea muy clara: “Si sabemos mantener el oro así, en nuestras manos- Francisco era solemne y sus ojos tenían el brillo de la moneda-, el que más valga no valdrá jamás más de lo que Valle vale.” (Travieso 1999: 132) Esta frase es clave en el relato, porque sintetiza lo que es importante para los Valle, el oro, porque es el punto de enganche más cercano a la realidad histórica. La famosa frase (el que más valga no valdrá jamás más de lo que Valle vale) aparece, precisamente, con su variante más concisa (el que más vale no vale tanto como Valle vale) en el escudo de la familia que puede verse todavía en la sala de la mansión de los Valle (nota 3 de nuestra edición). Curiosamente, esa frase, asociada a un apellido ilustre, no es exclusiva de los Valle de Cuba. Una de las tradiciones peruanas de Ricardo Palma, titulada precisamente así, hace referencia al escudo de armas de D. Alonso González del Valle y Álvarez de Buila, primer marqués de Campo Ameno y el vecino más acaudalado de Ica, el Departamento del centro-sur del Perú, de mitad del siglo XVIII, que exhibía la frase y enorgullecía la familia (Palma 1952: 594-597). Como puede observarse, este episodio histórico es anterior a la llegada de los Valle a Cuba, por lo que la frase es bastante más antigua, y es de suponer que hayan existido también ramas diferentes de los Valle en otros lugares de la península y del subcontinente latinoamericano.

Cuando Francisco ya no puede seguir iluminando el apellido de los Valle, su hijo Fernando será el encargado de continuar engordando las arcas familiares y, en aras de cumplir su objetivo es capaz de todo, hasta enemistarse con su padre, quien lamenta haber puesto el oro en sus manos: “Fernando me observa con odio, con ese mismo rencor que tuvo el día en que yo le reproché el capital perdido a mis espaldas, (...) pero yo no sabía nada de los negocios modernos, así me dijo, que yo solo estaba al tanto de cosas antiguas (...). Te imaginas, Modesto, decirme eso a mí, su padre, fundador de la casa Valle, señor de todo, dueño de mi riqueza.” (Travieso 1999: 167)

Más tarde, Fernando construirá, para su familia, una lujosa mansión en El Cerro, la que no llegará a disfrutar, pues morirá prematuramente y que tampoco gozarán los suyos, puesto que la casona se convertirá en polvo, quedará calcinada a causa de un voraz incendio, como ya hemos visto. Ante tal suceso, una vez más, frente a las ruinas del hogar que otrora hubiese levantado por su padre, Frasco Valle jura seguir y engrandecer los pasos de sus mayores: “Este polvo lo transformaremos en oro.” (Travieso 1999: 400) Y así lo hizo. Los Valle siguieron siendo inmensamente ricos y en especial Frasco incrementó considerablemente el patrimonio familiar: “Ahora la casa Valle es Valle, Palacios y Compañía Sociedad anónima, propietaria de ferrocarriles, ingenios y bancos. Ahora Frasco come en vajilla de plata que lleva sus iniciales, pues por algo es viudo de la hija de una marquesa, (...) a Frasco no le interesan, como a tu padre y a tu abuelo, los títulos. ‘¿Para qué sirven ya?’ , piensa pragmáticamente, lo importante es el dinero, el oro y nada más, miren a los americanos, no tienen nobleza y sin embargo son los más poderosos.” (Travieso 1999: 475)

Frasco había vivido encerrado en su despacho desde la muerte de su esposa Piedad Angélica, vestía de negro y, al percatarse de que su hijo Florencio se asemeja al tío Gabriel, sensible y debilucho, lo envía a España, a una academia militar, para que se haga un hombre de verdad. Poco tiempo después, para sorpresa y preocupación de Frasco, el hijo regresa a casa, sin previo aviso. Así lo

revela una misiva del padre angustiado: “De pronto sentí una gran preocupación (...) ¿qué había sucedido? ¿Estaría Florencio enfermo y llegaba en busca de reposo? (...) ¿Qué sucede, no te esperaba, por qué estás aquí y no en España, cómo no avisaste? (Travieso 1999: 476)

Ninguna de las anteriores preguntas tuvo respuesta. Florencio, como su tío abuelo Clemente, parecía estar involucrado en acciones contra el gobierno, hecho que, una vez más, trae un rompimiento entre padre e hijo, que se marcha de casa. Es entonces cuando Florencio decide pasar a formar parte de un grupo insurrecto, fundado por Agustín de Santa Rosa, personaje que el escritor retoma de su novela *Cuando la noche muera*. Más adelante, nuevamente sobreviene la desgracia, esta vez sin la intervención de las fuerzas o poderes sobrenaturales que persiguieron a la familia durante tantas generaciones: “Florencio trata a la hija de Iznaga, Flor (...). Flor, de quien Florencio se enamora locamente; (...) Flor, patriota como su padre (...), con quien se casa Florencio sin decirle nada a Frasco; (...) que le da dos hijos gemelos, Clemente Felipe y Simón Fabián (...), muerta en el parto, dejando destruido a Florencio”. (Travieso 1999: 477) El hijo había desobedecido al padre, abandonando su carrera en el ejército español, regresando a la isla, para disgusto de Frasco, con el que termina completamente enemistado. El hijo, a quien no interesan las riquezas ni las tradiciones de su familia, decide unirse a un grupo de conspiradores que buscan la independencia de la Cuba, liderados por Agustín Santa Rosa. Corrían entonces los tiempos de la víspera de la guerra chica, que estallara en 1895 y terminara en 1898 (Thomas 1973: I, 402-536). Eran momentos convulsos, pues los españoles no estaban dispuestos a tolerar la traición, por lo que no hubo clemencia para Florencio, que cayó prisionero del gobierno y fue juzgado y sentenciado a la pena capital. Ante este hecho, Frasco no mostró abatimiento o dolor alguno: “‘Siempre supuse que ese iba a ser su fin’, dijo Frasco por todo comentario, sin que moviera un solo músculo del rostro, cuando le anunciaron la muerte de Florencio.” (Travieso 1999: 484) Eso sí, como abuelo, responsablemente se encargó de educar a Clemente Felipe y Simón Fabián, que

habían quedado huérfanos, los hijos de su hijo, intentando “que no fueran ilusos, como su padre.” (Travieso 1999: 485) En estos pasajes, más que en muchos otros de la novela, se pone de manifiesto que Travieso se reconoce en las últimas tendencias posoccidentales y posmodernas relativas al papel y el modelo de novela histórica (Binns 1996: 159-161). Según McHale, la novela histórica posmoderna realiza una violación de límites ontológicos en la medida, por ejemplo, que representa personajes y acontecimientos históricos “reales” al lado de otros que son totalmente “ficticios”, los cuales se ensamblan entre ellos con la más discreta naturalidad, con el fin de revisar y desmitificar contenidos convencionales de la historia oficial (Binns 1996: 160). Agustín Santa Rosa es un personaje histórico concreto, pero aparece en un contexto en el que se mezcla con los personajes medios, que son los verdaderos protagonistas de la trama. Que Santa Rosa sea ajusticiado junto a un Valle y un Montero es un acto de transgresión porque, según McHale, se trata de esquivar contradicciones de la historia oficial, al permitir una improvisación ficticia en zonas oscuras de esa historia, desplazándola a gusto del autor (McHale 1987: 87-88), mediante la incursión de elementos ficticios en los históricos. Algo parecido pasa, incluso, con personajes que son totalmente ficticios pero que se basan en sujetos de la historia real, como el poeta Félix Hidalgo, que tuvo amores con Natividad. No hubo en Cuba ningún poeta romántico llamado así, pero sí hubo muchos poetas pertenecientes a una clase media baja, sin demasiados ingresos, que se enamoraron de muchachas jóvenes de clase alta o adinerada y que fueron amenazados por la familia de ella para que la dejara en paz, y obligados a salir del país. Travieso reconoce que Félix Hidalgo “es la suma o la síntesis de varios poetas cubanos de la época” (Travieso y Aparicio 2012). Y lo mismo se puede decir de la etapa, que comentaremos en breve, en la que Frasco vivió en los Estados Unidos, durante la guerra final, y alternó con Wood y Tomás Estrada Palma, y su colaboración con ellos, de vuelta a Cuba, cuando gobernaron el país, terminada la guerra.

Florencio termina preso en una mazmorra de la fortaleza del Morro por conspirar e intentar derrocar al gobierno y es juzgado y condenado a muerte por un tribunal militar. Sorprendentemente, nuestro personaje compartirá su celda con Juan Montero, biznieto del Conde Jacobo Montero, quien en vida había sido enemigo acérrimo de Francisco Valle. Cual jugarreta del destino, los hijos de las familias más influyentes de La Habana terminarán sus días en el paredón, fusilados por cometer delitos de rebelión y piratería. En esta etapa nos enteramos del paradero de Agustín Santa Rosa, que termina también fusilado junto a Florencio Valle y Jacobo Montero (vid nota 107 de nuestra edición).

Muerto Florencio, sus hijos Felipe y Fabián quedan bajo la custodia de Frasco, el abuelo, quien se promete a sí mismo educarlos con mano aún más dura que la que había usado con su hijo. La guerra parecía estar llegando a su fin, dejando en las familias la huella de numerosas pérdidas y rompimientos provocados por las diferencias entre sus ideales. El buen nombre de los Valle parecía tambalearse, así como su fortuna. La deshonra de tener un independentista en la familia se convertía en una sombra que los marcaba para siempre. Por esta razón, muchos comenzaron a mirar con recelo a los Valle: “incluso le habían insinuado [a Frasco], muy veladamente, lo oportuno de una declaración suya que dejase claramente establecido su distanciamiento con la conducta de Florencio y su reafirmación de total lealtad a la corona.” (Travieso 1999: 485) Una vez más se impuso el sentido común y Frasco emigró a los Estados Unidos junto a sus nietos. La novela entre, a partir de estos momentos, en un escenario en el que prácticamente ha desaparecido la magia y lo que se cuentan son los hechos externos, tal como sucedieron.

La muerte de Florencio Valle marca un momento importante en la novela. A partir de entonces comienzan a cambiar las perspectivas, ambiciones y puntos de vista de muchos de los personajes. Frasco, alterando el sistema de educación que se había seguido hasta la fecha en su familia, se aseguró de no inculcar exclusivamente a los gemelos Felipe y Fabián, sus nietos, los conocimientos que

había adquirido acerca de los negocios y que le llevaron a ser tan próspero en lo que al aspecto económico respecta. Para él, haber vivido en los Estados Unidos le había hecho mucho más conocedor de su realidad política e histórica. Había tratado allí a personalidades que tendrían un peso determinante en la historia de la isla, como el representante del Partido Revolucionario Cubano, Don Tomás Estrada Palma, quien luego se convertiría en presidente de la República, en el año en que esta quedase instaurada, 1902. También alternó con Leonardo Wood, quien iba a participar activamente en la guerra que declarase Estados Unidos a España (Thomas 1973: I, 575-625).

Los momentos más significativos de la historia se van presentando cronológicamente y en ellos tiene Frasco Valle un protagonismo clave. En el exilio, los “Valle norteamericanos”, que así los cataloga el narrador, se reunían en agradables celebraciones y cenas de negocios con el general, quien, convencido de que era a su país a quien correspondía la difícil tarea de salvar a Cuba, afirma: “Sí señor, creo que es el deber y el derecho de nuestra nación intervenir en la cruenta guerra y ayudar a ese pobre e infeliz país para que pronto salga de la barbarie.” (Travieso 1999: 496) En el exilio, Frasco había conocido a importantes personalidades, como José Martí. Sobre él comenta: “Habla muy bonito, pero en realidad me pareció un iluso, un iluso... -Frasco va a decir ‘como Florencio y el tío Clemente’, pero calla y contrae la cara al recordar a su hijo.” (Travieso 1999:488) Su simpatía por la política norteamericana salta a la vista. Por ello, al enterarse del estallido de la guerra entre el país del norte y España, afirma complacido: “Pronto estaremos de vuelta en la isla, le dijo a su nieto.” (Travieso 1999: 497)

Indudablemente, Frasco ve con buenos ojos la intervención americana, y así lo asegura al general Wood, pues en Nueva Orleans y Nueva York había aprendido perfectamente el idioma inglés, como también había pulido su cultura y conocimientos de economía y política: “estoy dispuesto a contribuir en la recuperación económica del país. Algún capital poseo y en sociedad con algunos

empresarios americanos, entre ellos el señor Kelly, quisiéramos invertir en tierras y producción de azúcar.” (Travieso 1999: 500) También apoya ciertos proyectos de alta envergadura como La Enmienda Platt “propuesta por el senador Platt, a la nueva Constitución cubana, dándole el derecho a intervenir en Cuba cuando aquí se produzcan desórdenes que pongan en peligro la paz y la riqueza.” (Travieso 1999: 499)

Una vez ganada la guerra por los Estados Unidos, Frasco apoya al presidente de la República, el señor Tomás Estrada Palma, quien llega incluso a ofrecerle algún cargo importante en el gobierno, el cual el señor Valle rechaza, aludiendo sus razones y dejando aflorar sus sentimientos de patriotismo y agradecimiento a los norteamericanos por haber librado a su patria del salvajismo y la ignorancia: “yo lo he dado todo por mi país. Como usted sabe un hijo mío murió peleando en la guerra y mis propios bienes sufrieron deterioro. Ciertamente fui autonomista, pero cuando comenzó la guerra me uní a los patriotas que como usted llevaban la guerra adelante. Sin embargo, soy un hombre de negocios (...). Déjeme que le apoye desde mi campo que son los negocios y el desarrollo económico de la nación.” (Travieso 1999: 504)

Sin embargo, muy pronto se enfrentará el señor Valle a la realidad cubana de elecciones fraudulentas, corrupción, juegos ilícitos, reacciones y revueltas de opositores al gobierno, etc. Tomás Estrada Palma no demuestra un claro liderazgo y, por tanto, en La Habana la situación se torna cada vez peor. Frasco, preocupado, piensa llamar a sus contactos americanos para solicitar ayuda, teme por su fortuna o la merma de sus bienes, se encoleriza, grita, trata de mover sus influencias, se altera al enterarse de que lo han dejado fuera en un importante proyecto que había presentado al gobierno: “Frasco no pudo terminar de hablar porque una violenta punzada en el pecho le hizo dejar caer el auricular del teléfono, desde el cual el senador decía palabras que él no oyó porque, encorvado en su asiento, la frente empapada en sudor, solo pudo balbucear ‘Echeverría, Echeverría, mientras una

punzada, cada vez más fuerte, descendió desde el pecho hasta la mano izquierda’.” (Travieso 1999: 506)

La función del narrador es, hasta este momento, la de poner al descubierto los sucesos sin emitir opiniones ni descubrir las de sus personajes. Refiriéndose a Frasco Valle, apunta: “Colabora con el gobierno y el ejército, pero muy secretamente, a través de ocultos intermediarios, hace llegar dinero, no mucho, a los conspiradores habaneros y a los representantes cubanos en el exilio porque ‘hay que estar con Dios y con el diablo’.” (Travieso 1999: 473) Evidentemente, Frasco había sabido jugar muy bien sus cartas y sacar provecho de cada situación; lo que no llegamos a conocer es cómo se siente, qué le preocupa o cuáles son sus incertidumbres. Para cuando Frasco regresa de los Estados Unidos, donde se había refugiado para escapar de la convulsa situación que se vivía en la isla, la guerra ha terminado, por lo que se encuentra con una Habana distinta, con alumbrado público, hoteles de lujo y “negros que se mueven libremente” (Travieso 1999: 487): había sido abolida la esclavitud. Son los últimos años del siglo XIX y, tal como ocurre en la literatura que se está haciendo en la época, el narrador suele ser omnisciente, se relatan hechos externos, se evitan los acontecimientos sobrenaturales y se tiende a seleccionar, para dar un matiz científico, el tenor de los sucesos que se relatan (Zola 1972: 113, Prendes 2003: capítulos 1 y 2). Es decir, esta zona de la novela, una vez que ha desaparecido la impronta mágica, al hilo de la aparición de los negros y sus servidumbres religiosas, se acerca al naturalismo conscientemente, mientras que la primera parte de la obra, con las continuas apariciones de una primera persona y las continuas percepciones subjetivas de los hechos, estaría más cerca del tipo de narrativa de la época, que es de corte romántico y, por tanto, subjetivo.

La muerte de Frasco Valle marca un momento importante de la novela. Sus nietos, asustados, se preguntan “¿Qué haremos sin él?” (Travieso 1999: 514) Como para adornar la escena con un toque de magia, poco común en esta parte de la novela, aparece el animal que simboliza la muerte y vemos en las páginas del

libro la letra cursiva que trae nuevamente al relato la voz de la esclava, desaparecida durante una larga temporada: “Croac, croac -chilló nuevamente el sapo y con su croar fue calentando el cuerpo del viejo Frasco cuyos ojos se abrieron y, por un momento, que para él fue el delirio de su mente, me vio parada a su lado.” (Travieso 1999: 514)

Con él desaparecen en su familia las ambiciones de seguir conquistando el oro e incrementar fortuna para seguir brillando, cada vez más, gracias a las riquezas adquiridas. A partir de las generaciones que emanan de Florencio, su hijo, no habrá en la descendencia Valle individuos emprendedores como había sucedido hasta el momento. Los nuevos herederos desarrollarán inquietudes políticas, sociales, o simplemente se dedicarán a disfrutar de lo que habían recibido de sus mayores, pero ninguno buscará la riqueza, la fama o la gloria asociada al poder. Es algo que, nuevamente, conecta la obra de Travieso con el espíritu de la época que de la que habla. El comienzo de la seudorrepublica genera enseguida una preocupación por la identidad cubana, y es muy frecuente que la literatura de la época, tanto el ensayo como la novela, elabore un retrato robot del cubano de la época para fustigar sus vicios (Rojas 2008: 31).⁴

Ya bajo el gobierno de Wood, antes de 1902, se organizaron muchas actividades alrededor de la idea del “carácter cubano”. Por ejemplo, Cristóbal de la Guardia veía en “lo cubano” ciertos aspectos negativos, como la pasión melancólica, el vicio del sufrimiento, la satisfacción de sentirse desgraciado o una

⁴ En las dos páginas siguientes resumimos una idea que ya ha sido trabajada con más profundidad en una de nuestras publicaciones anteriores a la tesis. Para cumplir con las nuevas disposiciones acerca del proceso que termina en la obtención del grado de doctor, concretamente en el título II, capítulo I, artículos 14º, 15º y 18º de las Normas Reguladoras de las Enseñanzas Oficiales de Doctorado y del Título de Doctor por la Universidad de Granada, publicadas en: <http://escuelaposgrado.ugr.es/doctorado/documentosnormativa/normasdoctoradoytitulodotor>, hemos hecho una referencia concreta a una de las publicaciones relacionadas con la tesis doctoral, que ha visto la luz en el tiempo que ha transcurrido entre la terminación del Máster (en nuestro caso, el DEA), y la presentación de la tesis. En este caso concreto, se trata de la edición de la novela de Miguel de Carrión, *Las impuras*, publicada en 2011 por la Editorial Cátedra. En las normas a las que se ha hecho referencia se recomienda la publicación de alguna obra antes de la obtención del grado, se manifiesta la necesidad de realizar investigaciones durante el periodo de formación doctoral y se contempla, incluso, que la tesis doctoral podría consistir en la entrega de varios artículos ya publicados con anterioridad por el doctorando. En este caso, toda la investigación doctoral es inédita, pero en estas dos páginas se han entresacado algunos datos de la obra, ya publicada, que se acaba de citar.

tendencia imaginativa opuesta a la meditación, en su libro *De los vicios y defectos del criollo*, y ellas sentaron la base para muchas de las opiniones de críticos posteriores.

En concreto, autores como Enrique José Varona, Francisco Figueras, Roque E. Garrigó, José Antonio Ramos y Fernando Ortiz, van mucho más allá al interpretar la cultura cubana como una “metafísica nihilista de tradiciones y costumbres” (Rojas 2008: 32), lo que les aleja absolutamente de la moda arielista que los principales intelectuales de muchos países del continente están siguiendo, a raíz de la publicación de la obra del uruguayo Rodó en 1900, donde se señalaba la supremacía espiritual, poética e imaginativa de la cultura latina frente al utilitarismo anglosajón. Según Figueras en *Cuba y su evolución colonial* (1906), no hay que hacer apología de lo cubano señalando sus virtudes y rechazando sus defectos. Más bien al contrario, Figueras anota la falta de capacidad para ser una nación independiente, y la acumulación de más vicios que virtudes, porque es cierto que los cubanos son hospitalarios y generosos hasta el extremo, pero también poco dados al comercio o al ahorro, vanidosos, indolentes y desposeídos de una clara noción de la verdad, poco perseverantes en sus propósitos y poco consistentes en sus principios, tienen poca rectitud de intención y no son abnegados. Y todo ello tiene que ver con la doble raíz africana y española, pero sobre todo con el contacto. (Rojas 2008: 33) Ahí es donde descansa la enorme diferencia entre Frasco, por ejemplo, y el carácter apático y aprovechado de sus descendientes de principio del siglo XX, que no harán fructificar lo que él construyó.

Con más rotundidad se manifiesta Roque E. Garrigó en su libro *La convulsión cubana*, de 1906, basado en la obra del argentino Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América, (Ensayo de psicología individual y social)*, de 1903, donde se adscribía a un positivismo que profundizaba en el darwinismo social propio de la época. La apatía del cubano tiene que ver con la raza y el origen de su cultura. Lo más llamativo de los teóricos de este periodo es el contraste entre la

carga negativa, común a la mayoría de los escritores de principio de siglo, y la opinión radicalmente opuesta de Fernando Ortiz en sus obras de los años cuarenta en adelante, cuando acuña el término “transculturación” para hablar de los aspectos positivos que tiene la mezcla de culturas, razas y psicologías. En ensayos como *Contrapunteo cubano del azúcar y del tabaco*, utiliza además otros símiles para reseñar cuestiones identitarias, como las características cerradas y monolíticas del azúcar (el producto y su proceso de explotación) frente a la estructura polivalente y abierta del tabaco. Es precisamente la unión de esas dos facetas lo que define al cubano. Ahora bien, en los ensayos de principio de siglo, su teoría va adquiriendo paulatinamente contornos sucesivos en la indagación de la cubanidad, que poco tienen que ver con los textos de mitad de siglo. En sus primeros escritos, Ortiz afirma claramente que la raza blanca influye en las clases bajas cubanas a través de ciertos vicios europeos que se agravan por las condiciones sociales del ambiente insular y que, además, la raza negra contribuye a reforzar esa circunstancia con sus supersticiones, su impulsividad y su particular psicología, desde la época anterior a la independencia. Esto aparece sobre todo en su colección de ensayos *Hampa cubana: los negros esclavos*, de 1916. En esa obra llega a proponer acciones concretas para evitar las supersticiones de las religiones afrocubanas (Castellanos 2003: 109).

Para el primer Ortiz, la circunstancia más problemática de Cuba es la misma que la de España: falta de civilización. Por eso, en las novelas de ese tiempo, y también en la obra de Julio Travieso, hay constantemente guiños irónicos acerca de la procedencia española de algunos personajes, a los que se considera vagos, inconscientes e hipócritas. Para Ortiz la solución del problema es clara: hay que americanizar Cuba, como europeizar España. No existe un dilema que enfrente lo latino y lo anglosajón, como pretendía Rodó, ya que lo español no coincide con lo latino. Lo anglosajón tiene sus virtudes y lo latino también. Pero no hay que confundir lo hispano y lo latino, porque en este último concepto hay elementos de superioridad con respecto a lo hispano, como el sentido de

modernidad de Francia o el humanismo de la cultura y la imaginación de Italia. Hay algunos pasajes muy interesantes de la novela de Miguel de Carrión, *Las impuras*, que coinciden exactamente con los presupuestos que Travieso desarrolla en el cambio generacional que se da en Cuba desde los últimos años de la colonia a los primeros de la seudorrepública. Así como el Frasco de Travieso es trabajador, ambicioso, tiene espíritu de superación, valora el esfuerzo y no se cree inferior a nadie, ni siquiera a los Estados Unidos, y sin embargo sus descendientes son apocados, desinteresados y derrochadores, en la novela de Carrión se contraponen don Rudesindo Sarmiento, hombre emprendedor, luchador, rico y poderoso, y su hijo Angelín, un picaflor que derrocha la riqueza familiar, no trabaja ni realiza actividad útil alguna. Si pudiéramos contrastar las edades “reales” de Angelín con las de Felipe y Fabián, observaríamos que son perfectamente coetáneos. Del mismo modo, en el capítulo VII de *Las impuras*, el narrador describe una fiesta en la habitación de los estudiantes Federico Cintura, Juan Francisco Masilla y Armando Quintales, en la que se manifiesta que ninguno de ellos tiene hábito de estudio ni le interesa lo que hace, porque son hijos de familias ricas y poderosas, que han trabajado mucho para conseguir lo que tienen, y ellos van a poder vivir de las rentas sin tener que realizar esfuerzos ni terminar estudios superiores (Carrión 2011: 284-287).

Frasco fue, al parecer, el más exitoso de los Valle en los negocios, aunque no en el amor. Educado en los Estados Unidos, sus ideas acerca de la economía y la política resultaban ser mucho más avanzadas que las de la mayoría de los ciudadanos cubanos de su tiempo. Como su bisabuelo Francisco, él había estado “manejando con tino sus negocios (especulaciones en la bolsa, acciones en el ferrocarril de Pensilvania, compra de terrenos en el sur de la Florida) sin descuidar las relaciones con Estrada Palma y la emigración cubana (...) pero, sobre todo, cultivando amistades entre hombres de negocios y de la política norteamericana, el oído bien atento a lo que sucedía en los entretelones de la casa blanca y el Congreso.” (Travieso 1999: 497)

Sin embargo, sus nietos Felipe y Fabián, al haber crecido lejos de los asuntos políticos y despreocupados de las cuestiones económicas, tal como él mismo había dispuesto, se limitaron a disfrutar de la fortuna Valle, a veces dilapidándola. Los hermanos contrajeron nupcias con dos ilustres damas de sociedad, de cuyos matrimonios nacieron Javier, a quien ya conocemos, y su hermano Marcelo. “Fabián y Teresa tuvieron cuatro hijos, pero Felipe y Fabiola solo dos.” (Travieso 1999: 518)

El conflicto generacional existente en la isla se pone de manifiesto en las opiniones de los biznietos de Frasco Valle, las cuales distan bastante unas de otras. Para Javier, el bisabuelo “fue un gran hombre (...) a pesar de sus muchos defectos. Su mayor virtud, ser infatigable y luchar siempre por entender a la familia. Pero ¿para qué? Tanto trabajo para que Fabián sin cumplir su promesa derrochara la fortuna y continuara su disipada vida, en carreras de autos y caballos, mujeres, borracheras (...). Tanto bebió y corrió en autos que una noche de regreso de un casino su coche se fue contra un árbol y a él le hallaron degollado.” (Travieso 1999: 521) Por el contrario, para Antonio Valle, el hijo ilegítimo de Felipe, Frasco había sido un ser detestable y funesto. Así lo asegura: “el desgraciado Frasco no se murió. Vivió pero sólo lo suficiente para ver cómo los inútiles de mi padre y mi tío arrasaban con su fortuna, lo destruían poco a poco con su indolencia, haraganería e incapacidad para todo, como no fuera el juego.” (Travieso 1999: 514)

En las primeras dos terceras partes de la historia, el narrador omnisciente se presenta como conductor de la historia, absteniéndose de penetrar en la psicología de sus personajes. En estos dos primeros tercios de la novela no hay reflexiones profundas por parte del narrador, ni tampoco de los personajes vivos, no así de los muertos, con excepción de los dos Franciscos (Francisco y Frasco Valle), que monologan para expresar el descontento ante su evidente fracaso.

Nuevamente se repite la historia del tronco familiar que se va desmembrando. Recordemos a Francisco Valle, que decepcionado y muy a su pesar vio caer, una por una, todas las hojas de su árbol. De igual manera Frasco,

quien curiosamente se llama igual que el patriarca, recrimina a sus nietos el hecho de no comportarse como auténticos Valle. El reclamo nos hace recordar la terrible pelea entre Francisco y su hijo Fernando, aquella riña que condenó al patriarca Valle a un sillón de ruedas hasta el día de su muerte. Igualmente, enojado, Frasco conmina a sus herederos “porque tú, Fabián, Frasco habla ahogado, negados los pulmones a recibir y enviar aire, hasta ahora solo te ocupas de las mujeres y de divertirme, y tú, Felipe, eres incapaz de comprender cómo se cotiza una acción en la bolsa y nada más sabes acostarte con criaditas (...). Mucho me esforcé y muy buena vida les di para que ahora ustedes tiren todo por la ventana.” (Travieso 1999: 520)

Ya sabemos que el gaditano fundador de la casa Valle había descubierto con rabia y desconsuelo el enfrentamiento de sus hijos y uno o varios posibles asesinatos cometidos entre los mismos. Por ello, se desahoga con Modesto, ya fallecido, cuya alma parece habitar en la casona: “Él le mató. Lo sé, Modesto. Le citó en la oficina, después le siguió aprisa, adelantándosele para aguardarlo en la oscuridad, y le clavó en el corazón mi puñal de mango de plata.” (Travieso 1999: 294)

Decepcionado, el padre acusa a Fernando, su hijo menor, de haber asesinado a Clemente, aunque previamente había recibido la visita de su hijo Francisco Joseph, cuyo espíritu regresaba a casa, bañado en sangre, en busca del culpable de su propia muerte. Solo el fantasma de la esclava y su padre, Francisco Valle, son capaces de ver al guerrero, que había perdido la vida en la guerra que tenía lugar en el continente americano. La voz de la mujer describe el regreso del joven asesinado por las tropas del General Sucre: “A la casa llega el niño Francisco Joseph. Lleva un tajo sangriento en el cuello, que se cubre con la mano y se extiende, como un río de aguas bermejas, hasta el pecho. Pasa por mi lado y no me ve porque también sus ojos están cubiertos de sangre (...). Entonces Francisco Joseph abandona la casa y va en busca de Clemente.” (Travieso 1999: 279-280) La tragedia se presiente y es la esclava quien se encarga de anunciar:

“Ah, la sangre llamaba a la sangre, la discordia sembraba la discordia, el Valle iría contra el Valle; la muerte, agazapada en su oscuro hueco, saldrá a la medianoche con las alas extendidas.” (Travieso 1999: 279) La suerte está echada, es evidente que la muerte ronda nuevamente a la familia y el autor, como para otorgar credibilidad al testimonio de la esclava, pone en boca de Francisco la descripción de su encuentro con el hijo muerto: “Quise explicarle que ninguna acción mía pasada fue por maldad sino con la intención de ayudarlo, pero las palabras no salieron de mi boca (...). Ya iba a traspasar el umbral cuando se volvió y sentí su voz imprecisa envuelta en una fría corriente de aire. ‘Retorné, Francisco, en busca de él’, dijo y yo vi sus palabras manchadas de sangre. ‘¿En busca de quién, hijo?’. ‘El que ayer me hizo esto’, continuó, señalando su cuello cercenado. ‘¿Pero quién?’, pregunté enfurecido. ‘Vuestra propia descendencia, padre, Clemente Valle, coronel de las tropas de Sucre’. Las últimas palabras rodaron ya fuera de la habitación.” (Travieso 1999: 281)

El desprecio existente entre los hermanos Valle pareció ser la base del definitivo desmembramiento familiar. La prole de Francisco y Piedad se odiaba, unos por asuntos de índole política y otros por cuestiones económicas, desencadenándose así una serie de discusiones, persecuciones, ofensas y disputas que terminan con la muerte, primero de Clemente y luego de Fernando, acontecimientos que, como ya sabemos, resultan confusos y ambiguos, por participar en ellos tanto los vivos como los muertos, ejerciendo el protagonismo unos y otros, de forma que no podría ser posible la comprensión de los sucesos ocurridos en la historia sin la participación de los espectros de la esclava y Francisco Joseph, que constituyen parte activa e indispensable en dichos acontecimientos.

Poco a poco, hacia la tercera parte de la novela, la forma de narrar va cambiando, así como los temas que se tratan. El relato va acercándose cada vez más al presente de Javier y sus hermanos. Es precisamente él quien había iniciado la investigación familiar, tratando de encontrar respuestas a muchos interrogantes,

como qué pasó con Clemente o cuándo nació Antonio y por qué lleva el apellido Valle. Las respuestas comienzan a aflorar gradualmente, unas veces por medio de confesiones, otras a través de los hallazgos descubiertos por el personaje y algunas incógnitas quedan sin respuesta, abiertas, por lo que el lector no tendrá más remedio que elaborar sus propias conclusiones.

Una de las incógnitas sin resolver sigue siendo la existencia de la negra esclava y la presencia de su espectro entre los Valle, aunque en esta parte de la narración su protagonismo va descendiendo considerablemente. Ella se aleja de la historia de manera bastante sutil, no sin antes hacer referencia a lo que parece ser la clave de la historia: “Recordé las palabras de Osombo, anunciándome que yo sólo partiría para siempre cuando la luz se le convirtiera en oscuridad a mi último tronco, que vería la centella del rayo, pero no oiría su trueno.” (Travieso 1999: 469) .

En la nueva etapa, la esclava aparece solamente para hacer referencia a la descripción de sus últimos días de estancia en la tierra, donde persigue el objetivo de proteger a su descendencia. Ya no se escucha su voz maldiciendo a los Valle, tampoco busca la ayuda de sus dioses para hacer cumplir su plan de venganza, por lo que vemos que el personaje va perdiendo cada vez más fuerza. Así, habla como si se tratase de una despedida: “¿Por qué Dios me hizo recorrer aquellos caminos? No sé, pero en la espera de partir, para siempre y nunca más, mucho pude ver. Vi a las ramas del tronco, vi a quienes el tronco y las ramas hirieron, vi el cloquear de la gallina, el empollamiento de los huevos y el crecer de los pollos y siempre interpuse mi hálito protector en torno a ellos para evitar los picotazos de los gavilanes (...). Amparé a Consuelo, la biznieta de la esclava que fui en mi última vida humana (...). No pude evitar el temprano vuelo de ikú sobre sus dos hijos, aunque sí protegí a Milagros (...). No herí más a los que siempre me hirieron y dejé que sus aguas corrieran ciudad abajo, turbulentas, sucias, enfangadas.” (Travieso 1999: 478-479)

Estas son las últimas palabras de quien, hasta el momento, había sido partícipe y protagonista en la vida, desgracia y muerte de casi todos los Valle. El personaje cuyo testimonio aparece siempre en el texto en letra itálica o cursiva, quien había provocado la muerte de Francisco, el incendio de la mansión del Cerro, la rabia y fallecimiento de la esposa de Frasco, la locura de Modesto y Dolores Fernanda, entre otros trágicos sucesos, ahora funge como espectadora, como si ya hubiese cumplido su misión en la tierra o, quizá, tranquila al saber que muy pronto se cumpliría la profecía de Osombo: “Cuando, junto al valle, a su último tronco la luz se convierta en oscuridad. Estallará el rayo, verá la centella pero no oirá el trueno. Entonces, montada en él, el tronco principal caerá, regresarás a la tierra (...), al maldecir al monarca derribado por seis fuegos, pero ya sus hojas se habrán dispersado por los caminos junto con nuevas semillas que hincarán sus raíces en ajenas tierras, pero tú no verás nada, porque entonces ya estarás conmigo.” (Travieso 1999: 262)

Como la mayoría de las obras de los años noventa, *El polvo y el oro*, aunque de forma más precoz y menos explícita, hacia la tercera parte de su novela comienza a prefigurar la diáspora cubana (Fornet 2003, Bejel 1994, Esteban 2008). La etapa en la que figura el desenlace viene a adquirir algunas de las características de una naciente generación de escritores que hacen referencia situaciones de su entorno y actualidad como el período especial o el exilio forzoso (Redonet 1993).

Al leer la primera página de *El polvo y el oro* podemos percatarnos del matiz de nostalgia con que se relatará la historia. El principio de la novela alude a un tema que se hace recurrente, desde este momento, para Julio Travieso, como también lo será para muchos de los novísimos. Al referirse al fusilamiento de Javier Valle, el narrador apunta: “Empujado por los escoltas, dando tumbos, fue hasta el muro, donde le colocaron frente a seis soldados, pequeños, todos iguales (...). En estos momentos, sus familiares dispersos en tres continentes y doce ciudades efectuaban transacciones bursátiles en Wall Street, se inyectaban cocaína

en una sucia habitación del Green Village, descansaban en Miami, almorzaban cabrito al horno en el Colmao de Madrid.” (Travieso 1999: 9)

El narrador, con pocas y precisas palabras, hace referencia a la diáspora, dejando asomar el dolor o la inevitable nostalgia que, en la vida o el corazón de muchos isleños, había marcado la huella de la historia: “En Nueva York, acostado en su viejo camastro, Antonio Valle se pinchaba el brazo izquierdo con una aguja hipodérmica y lentamente comienza a levitar hasta encontrar a su hermano Javier, jugando con él en la vieja casona familiar de La Habana Vieja, donde en un dorado rayo de sol flotaba el polvo acumulado de seis generaciones.” (Travieso 1999: 588)

En la obra que constituye nuestro objeto de análisis, las últimas cien páginas tomarán matices muy diferentes a las dos primeras partes de la narración. El lenguaje, hacia el final del relato, se torna un tanto coloquial o desenfadado y la historia abandonará completamente el realismo mágico, que con tanta fuerza, había estado presente en las primeras quinientas páginas de la obra. Una vez desaparecido de la historia el espíritu de la esclava, el relato versará sobre las décadas de los cincuenta y sesenta, escenario que recreará detalladamente la vida de los Valle en el lujoso barrio de Miramar, durante los tiempos convulsos del gobierno de Fulgencio Batista, su derrota, la toma del poder por parte del ejército rebelde, liderado por Fidel Castro y la reacción del pueblo ante los cambios acaecidos en dicha etapa.

Magistralmente, el escritor va intercalando dos épocas, mostrando el contraste entre dos escenarios políticos diferentes e igual de importantes en la historia de Cuba, marcados por un denominador común: la guerra. La narración realiza cada vez más saltos del presente al pasado y viceversa y encontramos, en la misma página, que mientras Frasco Valle presencia el final de la chica guerra, que se iniciara en 1868 y finalizara en 1878, su descendiente, Javier Valle, debate con sus amigos el suceso más reciente acaecido en Cuba: el golpe de estado del general Fulgencio Batista. Como siempre, las opiniones opuestas parecen

desencadenar la disputa: “Garriga lo defiende, Torrente se mantiene neutral, y Rosario y Reyes lo atacan.” (Travieso 1999: 85)

En sus tertulias, los acomodados amigos de Javier comparan y contrastan diferentes épocas, y así comentan: “En La Habana del siglo pasado era imposible descubrir un crimen, los métodos y la policía eran muy malos, sin contar, como dice Garriga, la gran cantidad de delitos” (Travieso 1999: 330). Entretanto, el presente sigue buscando sus raíces en el pasado y Antonio Valle interroga a Javier: “¿Qué hizo tu puñetero familiar cuando le mataron al hijo?” (Travieso 1999: 485) La respuesta es siempre la misma: nada. También Rosario emite su criterio al amante: “¡Pero Frasco fue un verdadero monstruo!” (Travieso 1999: 466)

Según va avanzando el relato, el tono de la narración se torna cada vez más desesperanzador, como si fuesen los mismos hijos de Cuba quienes, con su conducta egocéntrica y ambiciosa, hubiesen labrado tan triste destino. “En realidad, ¿con quién estuvo Frasco? -pregunta Rosario (...). Frasco estuvo con él, con Frasco, con sus intereses y eso no quieres reconocerlo. (Travieso 1999: 487)

Ya para entonces, nuestro narrador deja atrás, casi por completo, las historias de espíritus y maleficios. Se desprende, como lo hiciera la narrativa del *posboom*, de lo fantástico e insólito, para enfocar la novela en el presente de Javier y Marcelo, hermanos carnales, así como su relación con Antonio, el hijo bastardo de Felipe Valle y, por consiguiente, medio hermano de los nietos de Frasco, nieto de Francisco Valle. Así pues, los últimos descendientes de la saga que iniciara Francisco en la época de la colonia, serán en los años cincuenta los típicos pequeñoburgueses establecidos en la lujosa mansión ubicada en el barrio de Miramar. Javier y Marcelo habían recibido una buena herencia y se dedicaban a disfrutarla, por lo que los biznietos de Frasco llevaban una vida disipada, cómoda y sin sobresaltos, hasta que, sin prácticamente buscarlo, los Valle se ven envueltos en una vorágine que les llevará del oro al polvo, cumpliéndose la profecía de la esclava, a la que no se vuelve a mencionar en la última parte.

Al igual que en las anteriores etapas de la novela, Travieso describe los sucesos más importantes de estas décadas a través de la relación entre sus personajes y los sucesos históricos acaecidos en la época en la que los mismos tienen lugar. Con minuciosidad se describe a Fulgencio Batista y su gobierno, presentando al dictador, que toma cuerpo, convirtiéndose en un personaje más de la historia, que alega y expone las razones que le llevan a ejercer su gobierno de otra forma. También escuchamos sus razonamientos acerca de cuál es el método correcto para gobernar su país, aplacando con mano dura las revueltas en su contra y propiciando el orden: “Dominar, domesticar, comprar, liquidar (...). No existía otra posibilidad con quienes no se dejaban dominar ni domesticar. Por supuesto, él no amaba la violencia gratuita, se dijo. Siempre quiso evitarla, pero la mano al empuñar el timón del barco debía ser acerada. (...). En el fondo quería a su país, aunque debía reconocer, pensó, que gobernaba una nación de imbéciles y vagos, jugadores y rumberos, en la cual alborotaban unos ilusos equivocados, como los estudiantes universitarios y el loco de Fidel Castro”. (Travieso 1999: 532)

Nos encontramos entonces frente a la verdadera historia, que adquiere matices mucho más reales por ser contada de primera mano, pues es Fulgencio Batista Zaldívar, confiado en su poderío y buen tino para disolver cualquier grupo de revoltosos ingenuos y desorganizados, quien ofrece su versión acerca de los integrantes del movimiento “26 de Julio.” El General establece su opinión acerca del cabecilla del grupo, el joven abogado que se hacía llamar Fidel Castro, quien comenzaba a destacar como uno de los principales líderes enfrentados al gobierno. Sabiamente, el escritor coloca las palabras en boca del dictador, absteniéndose de seguir contando a través del narrador omnisciente, como hasta el momento lo había hecho: “Un incapaz, (...). Asaltar el cuartel Moncada sin un plan bien calculado, sin vigilar diariamente la fortaleza, atacar por una sola posta con casi todos los revolucionarios.” (Travieso 1999: 533)

En esta fase del relato, el narrador va adentrándose cada vez más en la mente de sus personajes, pasando de conductor a partícipe de la misma y dejando

conocer al lector, con lujo de detalles, lo que estos piensan, anhelan y temen. Es él quien penetra en la mente del General Batista, analizando sus pensamientos y dándolos a conocer al lector. A partir de ahí, la historia de los ascendientes de Javier Valle, que hasta el momento parecía ser el centro de atención de la novela, se convierte en el eslabón que llevará al último de la saga a entender su situación actual y con ella la de su país. De este modo, las escenas que recrean su investigación se hacen cada vez más recurrentes. Las tertulias entre los amigos de Javier Valle se presentan con más y más frecuencia, girando todas alrededor de los misterios que intentan descubrir lo que ya temían tanto Javier como su amante Rosario: “¿No pesará sobre los Valle una maldición? (...) Sí, una brujería o algo así.” (Travieso 1999: 376)

En reiteradas ocasiones se había aludido, durante las reuniones realizadas en la mansión de Miramar, a la fatalidad de los predecesores de Javier, cuestionando aquellas circunstancias que resultaban inexplicables: “¿Y no crees que tus antepasados pudieron estar bajo el poder de una maldición o brujería? (...) Francisco, estando inválido, que fue encontrado a dos pasos de su sillón. (Travieso 1999: 331)

Insistentemente, Javier revisa todas las cartas, fotos e indicios que aclaren sus dudas, y descubre en esos documentos que, después de la muerte de Caridad, Frasco se volvió un hombre hermético y triste, pero la narración ya no salta del presente al pasado, sino que avanza de forma lineal, dibujando el día a día de quienes cada vez cobran más protagonismo en el relato. Al heredero Valle le corresponderá vivir en una Habana de revueltas, donde los tiroteos, las persecuciones y el miedo están a la orden del día.

A pesar de que la trama, a estas alturas, se basa en acontecimientos reales, los elementos sobrenaturales o mágicos no desaparecen del todo, sino que adquieren matices diferentes, dejando de formar parte activa en la historia para simplemente adornarla, haciendo que esta sea al mismo tiempo ambigua y verídica. Desesperado, Javier decide visitar a Don Genaro, santero, que le aconseja

certeramente: “Usted debe cuidarse mucho.” (Travieso 1999: 402) El clima de la narración se torna cada vez más tenso, las preocupaciones de Javier se hacen mayores, se siente desasosegado, inquieto y asustado. Así, la segunda persona le habla al personaje, sacando a la luz hasta sus más mínimas cavilaciones: “Nuevamente la depresión te domina y sientes que estás a punto de caer en una crisis anímica. Esta vez la causa no son los negocios (...) ni el estrés, ni las relaciones con Rosario (...). Tampoco es la situación política provocada por el golpe de Estado del general Batista, a quien detestas, ahora más por sus asesinatos de civiles (...). No, es algo más profundo, impreciso que, sin causa aparente, te provoca el deseo de estar el día entero mirando al techo sin ver a nadie, mientras una sensación (¿temor?) de algo malo ronda cerca y te corroe por dentro.” (Travieso 1999: 492)

El punto culminante de tensión e incertidumbre se presenta con la muerte de aquel santero que le había aconsejado cuidarse, entregándole un amuleto en forma de collar que Javier, inconscientemente, había perdido. Al regresar a la casa de Genaro, “una sorpresiva y desagradable noticia los recibe (...): Don Genaro ha muerto repentinamente una semana atrás, víctima de un rayo que cayó sobre la ceiba de su patio y, de paso, lo fulminó a él.” (Travieso 1999: 493)

La extraña muerte de Genaro propicia la toma de lugar de la sesión espiritista que Raymundo, chofer de Javier Valle, había venido proponiendo a su patrón. En esta reunión parecen unirse, finalmente, todos los mundos y personajes retratados en la novela: acuden a ella, en la mente de Fernando, todos aquellos ancestros cuya historia había quedado inconclusa, las muertes sin resolver, o incluso algunos de quienes no teníamos conocimiento de su participación en la historia. Por otra parte, la esclava parece hablar por boca de Encarnación: “¿Quién eres? La mujer alza la cabeza, su cuerpo deja de contraerse, se yergue en la silla, totalmente inmóvil (...). Sólo sus ojos y su boca se mueven con extrañas muecas que le desfiguran el rostro, que en la penumbra de la habitación te parece negro,

muy negro, como si frente a ti estuviera una negra y no una mulata.” (Travieso 1999: 524)

Al leer la escena, es el lector quien puede interpretar, uniendo todas las piezas de su rompecabezas, que efectivamente es el espíritu de la esclava quien se ha apoderado de Encarnación y que a través de ella, refiriéndose a la muerte de Clemente, afirma: “Ah, huyó la sangre y escapó Santiago dejando tirado el cadáver del amo Clemente y a pocos pasos el puñal F.V.” (Travieso 1999: 525)

Una vez terminada la mágica escena, las preguntas de Rosario, impresionada, brotan con avidez y pareciese que el interrogatorio fuese también dirigido al lector, al que probablemente, después de esto, no le quede ninguna duda de la existencia de algún espíritu vengativo en la vida de los Valle, como tampoco le quedará a Javier: “¿Qué conclusión sacas de lo dicho por el espíritu de la esclava? ¿Cómo es posible que un muerto cuente la historia de tu familia, paso a paso, pero desde una perspectiva diferente a la conocida por ti? (...) Además no era solamente el espíritu de una esclava analfabeta. Fue el espíritu de muchas reencarnaciones.” (Travieso 1999: 52) Lo más insólito de la escena es que la médium pronunciara unas palabras que ya habíamos escuchado varias veces en la voz de la esclava: “¿cuándo desaparecerán los Valle?” (Travieso 1999: 538)

A partir de entonces la situación se torna cada vez más inquietante en la casa Valle, así como en la Habana. De regreso de la sesión espiritista, Javier y Rosario son testigos de la violencia que reinaba entonces en su ciudad: “un auto policíaco en el cual asoman (...) amenazantes, los picos de negras ametralladoras, pájaros de muerte, listos a desgarrar la carne con sus huevos de metal. Desde algún sitio, alguien le hace fuego al auto y las balas silban sobre ustedes y van a incrustarse en los muros de un edificio contiguo (...) Ay, ay, grita Rosario, presa de un ataque de histerismo.” (Travieso 1999: 528)

Más tarde, los acontecimientos históricos se agolpan unos con otros relatando los sucesos más significativos del ocaso de la dictadura batistiana y relacionando a los Valle con muchos de estos sucesos, como el intento de

asesinato del dictador: “¡Qué desgracia, qué desgracia, no pudieron matar al hijo de puta de Batista!” (Travieso 1999: 529), o como el movimiento 26 de Julio, que iba adquiriendo cada vez más fuerza, según el propio general Batista: “responsables de los atentados, las explosiones de bombas, los sabotajes.” (Travieso 1999: 534) Una pregunta resuena en la casa Valle “¿Raymundo? ¿Por qué no ha llamado Raymundo?” (Travieso 1999: 529)

Luego, el asalto al palacio presidencial: “Batista escuchó un segundo estruendo que se aproximaba y después, sin pensarlo dos veces, movido por el instinto, se levantó, volcando el asiento, y olvidando la pistola, fue hasta la pared y a través de una entrada secreta pasó un pasillo por donde huyó hacia la azotea minutos antes de que la puerta principal del despacho se abriera violentamente y dos jóvenes, armados de ametralladoras, llegaron para ajusticiarlo.” (Travieso 1999: 536)

La incertidumbre angustiaba entonces a Javier: “¿Qué le sucedió a Raymundo?” (Travieso 1999: 537) Pronto sabrá la respuesta, y se encontrará envuelto en una madeja de la que no podrá escapar. Tanto la radio como la prensa anuncian que Raymundo ha sido identificado como uno de los participantes en el atentado y asesinato del capitán Pérez Mata. La segunda persona entonces le habla a Javier, como si se tratase de la voz de su conciencia, recurso que Travieso suele utilizar en sus novelas *Cuando la noche muera* y *Llueve sobre la Habana*. Es así como podemos visualizar, como si se tratase de una película, los últimos días del heredero Valle: “Raymundo, conciso, breve, te solicita una entrevista, quiere hablar contigo de algo muy importante. El miedo no te abandona, pero accedes (...) ¿Vas a ir? -Rosario te observa intranquila (...). Por supuesto que vas. ¿No acudieron Clemente y Florencio Valle a citas semejantes? (...) A las nueve y quince Raymundo no ha aparecido (...). Esa tarde Raymundo volvió a llamar para disculparse. Raymundo está muy perseguido y no puede andar por las calles, por eso envió a su ayudante.” (Travieso 1999: 540-541)

Una vez más, la suerte está echada: Javier está dispuesto a enaltecer el honor de los Valle, aunque ya no piensa en el oro. No quisiera ser menos que Florencio y Clemente, necesitaba hacer algo por su país y recordaba las palabras de Antonio: “¿Por qué no haces nada contra el régimen?” (Travieso 1999: 549) De repente sucede lo que nos temíamos y presenciamos una escena que, protagonizada por la policía del gobierno de Batista, suponemos que ha ocurrido cientos de veces durante la dictadura real: “No se muevan -dice una voz, tras la cual se encuentra un hombre alto, fuerte y rubio, con una ametralladora en las manos; a su lado dos hombres armados. El estupor te paraliza, pero no a Raymundo que se pone de pie (...)-. Si te mueves te rompo, maricón -vocifera con odio (...). Otros esbirros entran. Dos de ellos se llevan, arrastrándolo, a Raymundo (...), uno vestido de teniente y otro de civil que te arranca tu carísimo reloj Rolex y se lo guarda presuroso en un bolsillo. Luego hunde violentamente su codo en tu abdomen.” (Travieso 1999: 548)

A partir de entonces los acontecimientos transcurren de manera mucho más rápida, las imágenes se asemejan a las escenas de una película de terror. Javier Valle es llevado a un calabozo de la prisión que dirigía el coronel Ventura Novo, personaje de la historia real, quien fuera jefe de la Quinta Estación de Policía de La Habana, conocido por todos como hombre elegante y un torturador profesional: “Si no fuera por su fama de criminal, el coronel podría parecer un respetable caballero en cuanto a porte y atildamiento.” (Travieso 1999: 551) Ventura interroga a Javier y a Raymundo, a este último lo viene a buscar un esbirro y su muerte se adorna también con un toque de magia: “En la oscuridad de la celda Raymundo se levanta del suelo. Entonces ve centellar el disparo hecho por el esbirro rubio, pero no llega a sentir el trueno (...) porque la bala, rápida como el rayo, le ha entrado por la frente, matándolo instantáneamente. En ese mismo momento, una enorme tatagua que, escondida, dormitaba en un alero de la mansión de los Valle en Miramar, despierta y alza el vuelo.” (Travieso 1999:557)

El final de la novela se asemeja a alguno de los cuentos de este autor, “Larga es la lucha”, del libro que lleva su mismo nombre, cuya trama se centra en el juicio y ajusticiamiento de un contrarrevolucionario. Así también nos viene a la mente su novela *Cuando la noche muera*, en la que Agustín Santa Rosa, prisionero de los españoles, aguarda la hora de su final. Pareciera entonces que *El polvo y el oro* se hubiese nutrido de todas las novelas y relatos anteriores, los cuales, sin lugar a dudas, constituyen un vivo reflejo de lo que ha sido la historia de la isla. Javier es, en cierto modo, Agustín Santa Rosa, el personaje de “Larga es la lucha”, y hasta el periodista de *Llueve sobre la Habana* que, decepcionado del proceso revolucionario, es condenado, aunque no a la pena capital, sino al olvido y a la desaparición de los círculos intelectuales.

También encontraremos en esta novela, como anteriormente habíamos mencionado, una imagen que, más adelante, será retomada y acrecentada en *Llueve sobre la Habana*. Tiene que ver con el fenómeno de la diáspora al que ya nos hemos referido en relación con los primeros párrafos de la novela, la suerte trágica y maldita de los cubanos desperdigados por el mundo como las hojas del tronco Valle: “Cuando la última bala penetraba en el cuerpo de Javier Valle Sánchez Torres, dos de sus primas almorzaban en un restaurante madrileño, el hijo de una seguía atentamente la conferencia sobre el existencialismo dictada por un eminente profesor de la Sorbona, otro especulaba en la bolsa de Nueva York y un tercero, Ramiro Portuondo, salía a la plaza Smolenkaia de Moscú (...). En Miami, Marcelo Valle se bañaba en la playa y su hijo era besado, en ese momento, por una prostituta mexicana.” (Travieso 1999: 588)

Lo más significativo del final podría ser la descripción del momento del fusilamiento, cuyas palabras parecen certificar el final que había vaticinado la esclava, haciendo referencia a los seis fuegos que terminarían con la saga Valle. Recordemos también la alusión a las hojas dispersas y a las raíces en tierras ajenas: “¡Viva Cristo Rey. Abajo la tiranía! -vuelves a gritar mientras caminas y te colocan de espaldas al muro gris, las manos amarradas a la espalda, frente a seis

soldados jóvenes (...). Los soldados se alinearon, a una orden cargaron sus armas, le apuntaron. (...). Entonces alguien dijo fuego y su postrer visión antes de caer fue la de las llamas que salían por los tubos negros de los fusiles. Seis llamas que avanzaron hasta él para derribarle, quemarle y matarle.” (Travieso 1999: 588)

La novela termina como comienza, para certificar la estructura circular de la que venimos hablando, apoyándonos en las teorías de Benítez Rojo. Sobre ella, la identificación de unas generaciones con otras, en ese juego de espejos de maldición que trata por igual a los miembros de las seis generaciones, para corroborar, mediante el fenómeno de la diáspora, lo que Leonardo Padura apuntó como tesis en *La novela de mi vida*: Heredia es un romántico pero también es un contemporáneo, porque en él se pueden ver todas las generaciones posteriores de escritores que, como él sufrieron las mismas maldiciones, y más en concreto, una, la que hoy en día ha provocado la realidad de la diáspora: el exilio. (Esteban 2006: 321) Para Alejandro González Acosta, Heredia es un “iniciador de caminos”, porque su historia se repite en la experiencia posterior de cientos de escritores e intelectuales que han transitado por los mismos derroteros. (González 2002-2003: 283-294)

5.5. El estilo y los temas: Lugares comunes en la obra de Travieso.

Como hemos venido apuntando, la narrativa histórica de Julio Travieso aborda algunos temas y procedimientos de forma recurrente. Nos referimos a los lugares comunes de su obra, que nos hacen pensar que, en cierta medida, tanto sus cuentos como sus novelas llegan a entrelazarse, como si sus diversos textos constituyesen, en última instancia, un todo único. Poco a poco nos percatamos de que una historia o relato nos va guiando a otro, consiguiendo que la producción literaria del escritor se pueda catalogar como una gran y única obra, adornada en cada una de sus etapas con matices diferentes.

En ocasiones nos sorprende descubrir en sus relatos a algún personaje que habíamos conocido anteriormente. Es el caso, por ejemplo, de Agustín Santa Rosa, a quien vemos por primera vez en *Cuando la noche muera*, y que más tarde hallamos en *El polvo y el oro*, donde podremos conocer y ser testigos de muchos más detalles acerca de su vida y muerte a manos del ejército español. En la primera de las novelas mencionadas anteriormente, el escritor nos hace partícipe del idilio entre Agustín Santa Rosa y María Mercader, recreando una sublime historia de amor entre una criolla de clase alta y un ferviente patriota, relación que nunca llega a buen puerto, puesto que el amante antepone la lucha por la libertad de la patria a su pasión por la joven, quien también termina vencida por la muerte, mientras luchaba, en plena manigua, junto al ejército libertador.

Naturalmente, uno de los temas recurrentes en la obra de Travieso, desde sus comienzos, es el amor. El escritor aborda numerosas modalidades de este sentimiento, haciendo referencia fundamentalmente al amor a la patria, al filial y al carnal, otorgándole a ambos igual y vital importancia. En sus historias, ambos sentimientos, de una u otra manera resultan infructuosos, viéndose reiteradamente frenados por circunstancias que, en la mayoría de los casos, resultan ser ajenas a los personajes de sus relatos y novelas, pero que terminan influyendo directamente en sus vidas y destino. Curiosamente, en *Cuando la noche muera*, su segunda novela, la idílica pasión se ve vencida por el amor a la patria. Sin embargo, en *Llueve sobre la Habana*, una de las más recientes novelas publicadas por Travieso, el amor de cuerpo y alma que sienten Mónica y Él perdura más allá de la muerte y del hastío que les causara el vivir en una dictadura, a la que culpan de su desgracia.

En *El polvo y el oro*, escrita en medio de las obras antes referidas, encontraremos un gran número de amores y desamores, algunos más carnales, otros más sublimes, pero todos tienen algo en común: la frustración y el fracaso, pues muchas veces se ve truncados por la muerte. Curiosamente, a pesar de que esta novela se encuentra lejos de ser una obra típica de los años noventa, presenta

un denominador común con resto de la narrativa cubana de dicho tiempo: el pesimismo.

No existen en las novelas de este autor los amores con finales felices, todos terminan deshechos por la desgracia, la mala suerte o la muerte. La mayoría de las relaciones afectivas se ven acechadas y vencidas por el odio o la tragedia. Lo mismo sucede con las relaciones familiares, donde los enfrentamientos entre padres, hijos, hermanos, etc., parecen estar destinados al alejamiento y los rencores que abrirán, entre los consanguíneos, una brecha infranqueable. En *Cuando la noche muera*, encontramos a la joven María Mercader, huérfana y a cargo de su tío, Gaspar Rojas, que no proporcionaba a la chica demasiado afecto o interés. *Llueve sobre la Habana* nos dibuja en cuadro de relaciones tirantes entre Mónica, cuyo nombre real es Caridad, y su madre, quienes viven totalmente distanciadas y prácticamente sin saber nada una de la otra. Irónicamente, el autor hace que Él, amante de Mónica, conozca fortuitamente a la madre, estableciéndose entre ellos un triángulo amoroso. La confesión del arrepentido amante pone de manifiesto, una vez más, las miserias humanas: “encontré a su puta madre, su bellísima madre, su puta madre, y ¿qué hice?, me acosté con ella, olvidándome de Mónica (...) Soy un mierda.” (Travieso 2004:269)

El polvo y el oro no será una excepción. Quizá por ser la más extensa de las novelas del escritor, su historia detallará más específicamente las diferencias y desencuentros de la casta Valle. De los hijos varones concebidos por Francisco y Piedad hubo solamente uno que pareció enamorarse de alguna mujer. Como ya sabemos, Clemente y Francisco Joseph volcarán toda su pasión en la lucha por la defensa de sus ideales, lo cual les conduce inevitablemente a la muerte, aunque luchan en bandos diametralmente opuestos. Fernando, sin embargo, se enamorará de Rosario Montero y su amor platónico y sublime nos recordará al idilio entre Agustín Santa Rosa y María Mercader: “Todo, a excepción de su amor, dejó de interesarle. Apenas comía y solo pensaba en el instante de ver a Rosario. Los domingos, vistiendo sus mejores ropas, corría a la iglesia a cuya puerta esperaba la

llegada de los condes, que le miraban como si fuera uno de tantos mendigos parados delante del templo; pero, no obstante, él era inmensamente feliz cuando ella, los ojos asustados, una leve sonrisa en el rostro, le lanzaba una furtiva mirada.” (Travieso 1999: 121)

El romance entre Fernando y Rosario no llega a consumarse, todo queda en anhelos, pensamientos y añoranza, lo que otorga a la historia matices románticos, lo mismo que sucedía en la novela *Cuando la noche muera*, donde el protagonista, emocionado y absorto en sus sentimientos, recordaba y soñaba con la joven amada: “‘Me quiere, me quiere’ -se repetía Santa Rosa cuando salía, al caer la tarde, de la casa de María. Tenía deseos de reír, de saltar, de correr, de volver atrás y besarla otra vez.” (Travieso 1981: 131)

El primer encuentro entre los jóvenes nos hace recordar los vestigios de romanticismo que quedaron, hacia la década de los ochenta, en aquellos escritores que habían sido partícipes del *boom* latinoamericano y que en una etapa posterior, el *posboom*, comenzaron a narrar historias que, aunque más reales y con menos tintes mágicos e idealistas, no perdieron del todo el sentimiento, la ternura y cierto toque de idealización. Así, en novelas como *El amor en los tiempos del cólera*, apreciamos en el enamoramiento de Fermina Daza y Florentino Ariza, los elementos de un amor similar al de los personajes de *El polvo y el oro*, publicada casi diez años después: “Trastornado por la dicha, Florentino Ariza pasó el resto de la tarde comiendo rosas y leyendo la carta, repasándola letra por letra una y otra vez y comiendo más rosas cuanto más la leía, y a media noche la había leído tanto y había comido tantas rosas que su madre tuvo que barbearlo como a un ternero para que se tragara una pócima de aceite de ricino.” (García Márquez 2003: 97)

De igual manera, en *El polvo y el oro*, nos emocionamos al leer la romántica descripción del primer encuentro entre los personajes: “Fernando vio, en la catedral, a Jacobo Montero con su esposa y su hija Rosario. Arrodillada, los ojos cerrados, la joven rezaba una plegaria y Fernando se deslumbró. Más allá de lo correcto, estuvo mirándola aturdido, diciéndose que era la muchacha más

hermosa que hubiese visto.” (Travieso 1999: 120) Como era de esperarse, este enamoramiento no se materializará, pues, cual pelea entre Montescos y Capuletos, entre los Valle y los Montero nacerán diferencias irreconciliables. Es en este pasaje de la historia cuando descubrimos a un Fernando verdaderamente enamorado y por ello mucho más humano: “adelgazó y se tornó tan melancólico como Clemente.” (Travieso 1999: 121) La negativa a la relación del Conde Montero fue irreversible, y para evitar cualquier acercamiento entre los jóvenes, casó a su hija con un primo, Juan Montero, lo cual destruyó a Fernando y enfureció a su padre, quien, convencido de la razón de la negativa del conde, argumentó, como si todo se tratase de una mera transacción comercial: “no nos quieren porque no somos cubanos (...). Esos desgraciados Montero, Jacobo, Juan, han hecho todo lo posible por perjudicarme en los negocios, han hablado mal de mí en el palacio del capitán general, me odian, por eso no te han dado a Rosario. Es a mí a quien se la han negado.” (Travieso 1999: 123)

Así terminó el idilio entre Fernando Valle y Rosario Montero. Desde entonces, el joven apasionado se transformó en un hombre frío y calculador: “en su interior algo estaba roto (...) y el amor por Rosario se transformó en odio hacia ella y toda su familia.” (Travieso 1999: 129) Fue precisamente esta decepción la que le hizo pensar, como su padre, solamente en las riquezas, aunque en este caso, a diferencia del patriarca, el criollo gastaba tanto como ganaba. Nuestro escritor dibuja en dicho personaje el conflicto vivido por una generación de cubanos, hijos de españoles, que nacieron en la época colonial: “Fernando no podía olvidar a Rosario y el sentimiento de que era inferior en posición social no le abandonaba. ‘Debo ser muy rico’, se dijo y el dinero comenzó a gustarle cada vez más (...), pero, a diferencia de su padre, cuando lo obtenía lo gastaba sin escatimarlo. Entonces deseaba más y más, sin importarle la forma de conseguirlo.” (Travieso 1999: 135)

En la obra, hemos sido testigos del rencor existente entre los hijos de Francisco Valle, Clemente y Francisco Joseph, que habían luchado en bandos

contrarios. Por otro lado, Fernando despreciaba a Clemente y no estaba dispuesto a compartir con él la fortuna que él, con tanto esfuerzo, había incrementado y, para colmo, Francisco termina despreciando profundamente a su hijo Fernando, que había usurpado su lugar en la casa Valle y a quien consideraba el asesino de Clemente.

Tal ambiente de rencores y odios seguirá reinando en la estirpe forjada por Francisco. La descendencia de Fernando irá por el mismo camino que los anteriores miembros de la saga, Frasco despreciará a su hermano Gabriel, por afeminado y débil, el poderoso hombre de negocios no se inmutará al conocer la muerte de su hijo Florencio y educará a sus nietos Felipe y Fabián, bajo los mismos preceptos en los que él había sido educado, siempre dentro de una severa rigidez, que les impidiera ser afeminados como su tío Gabriel o ilusos como su padre, Florencio. “Si con Florencio se equivocó, con Felipe y Fabián no iba a cometer el mismo error. Los criará a su lado, bien vigilados para controlarlos y educarlos a su manera.” (Travieso 1999: 485)

Sin notables expresiones de amor crecerán María Mercader, un tanto ignorada por su tío y tutor, Mónica, criada por su abuela paterna, las hijas de Él, que nunca volverán a ver a su padre y los hijos de Francisco Valle. Sus nietos, hijos de Florencio, estarán bajo la custodia del abuelo, ajenos a la política y las ideas independentistas que imperaban en muchos de los círculos del país, dedicados por completo a la buena vida en sociedad. Javier y Marcelo Valle, a quienes hemos visto figurar hasta ahora sin saber exactamente cuál era su procedencia, se presentarán los frutos del matrimonio de Felipe con la distinguida señorita Fabiola Sánchez Torres, mientras Antonio Valle se nos dará a conocer como el hijo bastardo de Felipe.

Poco a poco el lector puede percatarse de que hay odio entre padres, hijos y hermanos: es una semilla que una y otra vez vuelve a sembrarse en las familias cubanas de estas novelas, que tengan quizá relación con las maldiciones que sufre la isla desde su más remota historia. En *Llueve sobre la Habana* se nos presenta a

Yolanda, madre de Mónica, enfrentada a su hija por enamorarse ambas del mismo hombre. La madre, dolida y decepcionada, confiesa: “Me quitó al hombre que yo quería y con quien me iba a casar (...) Entonces, me insultó y se fue a vivir aparte... Me dijo que no me quería, estuve meses sin verla, sin saber dónde se encontraba -las lágrimas corrieron por las mejillas.”(Travieso 2004: 263-264)

En *El polvo y el oro*, las muestras de resentimiento de Antonio Valle hacia los suyos no se hacen esperar. Sintiéndose humillado y desplazado, deja emanar el rencor hacia su familia paterna y conocemos, de primera mano, su historia: “el desgraciado Frasco no murió. Vivió pero sólo lo suficiente para ver cómo los inútiles de mi padre y mi tío arrasaban con su fortuna, la destruían poco a poco con su indolencia, haraganería e incapacidad para todo, como no fuera el juego, y la buena vida en el tío Fabián, la pusilanimidad y el gusto por las mujeres de mi querido padre Felipe (...), mi querido padre que embarazó a mi madre la criada Manuela (...) me zurraban, me menospreciaban porque en mi interior corría un líquido más sucio, me menospreciaban el abuelo, el tío, las primas, todos y hasta mi padre de mierda que nunca tuvo el valor y el coraje suficientes para defenderme.” (Travieso 1999: 515-516)

La última generación que aparece en la novela es la de estos tres hermanos: Marcelo, Javier y Antonio y, de ellos, Javier parece ser el punto equilibrador, al único al que parece realmente importarle la tradición familiar. La tarea de Javier se torna difícil, puesto que parece ser, de los Valle que habían quedado en Cuba, el único preocupado por el enaltecimiento del apellido que tanto había brillado en la sociedad habanera. Ya había quedado atrás la búsqueda del oro por parte de los Valle, y ninguno hacía alusión a lo que había sido la insignia familiar: “El que más vale no vale tanto como Valle vale.” (Travieso 1999: 11) Ahora los negocios de la familia marchaban prácticamente solos, lo más importante parecía ser la tarea de no enlodar el pasado, tarea que llevaba a cabo Javier, puesto que a Marcelo parecía no importarle nada y Antonio atacaba el entorno familiar cada vez que se le presentaba la oportunidad. Así, con vehemencia, preguntaba a su medio hermano,

refiriéndose al bisabuelo Frasco: “¿Qué hizo tu puñetero familiar cuando le mataron al hijo? Seguro renegó de él y escupió sobre su tumba.”(Travieso 1999: 485) A diferencia de Antonio, Javier se siente orgulloso de su abuelo: “Frasco fue un gran hombre, piensas (...) su mayor virtud, ser infatigable y luchar siempre por engrandecer la familia. Pero ¿para qué? Tanto trabajo para que Fabián, sin cumplir su promesa derrochara la fortuna y continuara su disipada vida, en carreras de autos y caballos, mujeres, borracheras.” (Travieso 1999: 521)

La base de de las relaciones infelices en *El polvo y el oro* es la de Francisco y Piedad. El joven gaditano contrae matrimonio con la hija de un potentado, a pesar del desprecio que la muchacha le inspiraba: “Piedad habló por primera vez y su aliento olía a agua estancada” (Travieso 1999: 18) El desprecio de Francisco por su esposa se acrecentó con el pasar de los años, por lo que la muerte de esta le alivió considerablemente. Así afirma, mientras comparte un momento de placer con su amante, la mulata Mercedes: “Fue una tonta, incluso incapaz de criar a mis hijos.” (Travieso 1999: 101)

Ninguna de las semillas engendradas en esta unión dio frutos felices, tampoco hubo entre ellos manifestaciones verdaderas de amor filial. Cuando María Angélica decidió tomar los hábitos, la decepción tanto de su padre como de algunos hermanos fue inminente. Para su progenitor esto significaba un fracaso, solo por el hecho de no poderla casar con un buen partido, perdiendo así la oportunidad de engrandecer a la familia. Para el hermano Clemente era el hecho de no poder entender cómo “en un siglo como este, recién comenzado, de progreso y hechos extraordinarios, alguien decida por propia voluntad recluirse a cal y canto en un convento para entregarse a Dios que, como era perfectamente claro, exigía de sus fieles otros sacrificios y no éstos. María Angélica no pasaba de ser una tonta.” (Travieso 1999: 86) Fernando, el hermano menor, por el contrario, lo veía con la mayor normalidad del mundo, su poco afecto por la familia lo hacía ver todo con indiferencia: “Que partiera y asunto concluido. La separación no será para siempre y, además, ella escribirá.” (Travieso 1999: 86) Cada uno tenía su

opinión acerca de la decisión tomada por la joven, pero ninguno mostró la más mínima tristeza por el inminente alejamiento de la muchacha.

Otro de los desencuentros entre los miembros de la familia Valle ocurre cuando Natividad se convierte en una mujer en edad de casarse. La joven parecía admirar y estar bastante apegada al menor de sus hermanos: “siempre quiso a Fernando con una pasión casi religiosa que le hizo ver en su hermano a la persona más maravillosa del mundo.” (Travieso 1999: 188) Sin embargo él, con la frialdad que le había caracterizado desde el episodio con Rosario Montero, pensó en el matrimonio de la hermana como una simple operación comercial: “Ya es una mujer y habrá que buscarle un marido.” (Travieso 1999: 186) Confiando en su hermano, Natividad le confiesa su amor por el poeta Félix Hidalgo. La joven Natividad, resentida con su hermano Fernando por haberla alejado de su amado y obligarla a casar con el anciano marqués de Monte Hermoso, se entrega a una serie de consecutivos amantes, convirtiéndose en la comidilla de la flor y nata habanera: “Una puta, una puta sucia, piensa Fernando que sabe, como todos en la ciudad con excepción del marqués, de las relaciones no muy ocultas de los amantes.” (Travieso 1999: 193)

Muy pronto termina el idilio que sentía la joven por su hermano, quien se encargó de preparar un plan que separaría definitivamente a los amantes. Con toda la frialdad del mundo, el joven contrató al capitán Rojas para amenazar al poeta, prometiéndole que, de no abandonar el país, iría a parar directamente a la cárcel. De esta forma evitó el heredero Valle que su hermana se casase con un don nadie: “Natividad no se casó con Félix Hidalgo, sino con el Marqués de Monte Hermoso, viudo y achacoso, procedente de una familia que venía de muy atrás en la colonia.” (Travieso 1999: 189)

Algo similar ocurre en *Llueve sobre La Habana*, en el matrimonio entre Baby y Él. Ya desde el comienzo de la narración, el protagonista anticipa su desgracia al afirmar: “Categórica, Baby, mi ex esposa, habría afirmado ‘Eres un idiota’. (...) Un filósofo idiota, un resentido, sin sentido práctico.” (Travieso 2004:

42) Luego conocemos su triste historia, traicionado y abandonado por la esposa, que viaja a Miami con sus hijas, a las que no volverá a ver. Su familia queda totalmente desmembrada, al convertirse en un marginal. Con resignación relata: “Yo no sabía mucho de Baby y las gemelas, le expliqué, sólo que se hallaban en el extranjero, bien de salud y cada una llevaba su propia vida. (Travieso 2004: 244)

Aceptando su suerte, Él reflexiona acerca de su historia, explicando así su vida actual: “Era un joven y prometedor periodista que debía velar por su familia y soñaba con un brillante futuro y una casa de la playa. ¿Y después? Cuando ya no había ni futuro ni familia y la casa se quemó entre las llamas de imprevistos sucesos tomé una decisión mucho más drástica que la de Francis. No navegar en un bote por un mar receloso hacia otro país.” (Travieso 2004: 191)

Tanto Él como Javier Valle reconstruyen hechos, historias. El protagonista de *Llueve sobre la Habana* intenta comprender su presente mientras recapitula su vida, recordando lo episodios, testimonios y hechos cruciales que marcaran el rumbo de su destino. En *El polvo y el oro*, los sucesos van siendo presentados por Javier Valle, quien se encarga de reconstruir aquellos hechos que resultan más significativos en la vida de sus ancestros. En su obsesión por investigar todos los detalles de la evolución de la familia, relee las misivas de aquellos que, para entonces, ya se encontraban lejos de la casa paterna: “dos cartas, (...) una, enviada por Bruno con noticias frescas sobre los ferrocarriles en Estados Unidos y la marcha de los negocios en Nueva Orleans. En la otra carta, María Angélica anunciaba su próximo traslado a Roma en compañía de su madre superiora (...). ¿Ya tenía pretendientes Natividad? Dios le deparará un buen partido.” (Travieso 1999: 187)

Así, en su incesante búsqueda encuentra una antigua carta dirigida a Natividad, escrita por Félix Hidalgo, donde le pide la concertación de una cita. Es entonces cuando Javier, como en una obra de suspense e investigación policíaca, debe encargarse de reconstruir los hechos. Una vez más, la segunda persona le habla a nuestro curioso detective: “Nuevamente debes usar la imaginación para

construir, aproximadamente, los hechos. Hidalgo regresa a La Habana y habla con Natividad. Lo más probable es que cuenta su versión de amenazado y chantajeado por Fernando, y silencio, por supuesto, el dinero recibido.” (Travieso 1999: 191)

Al igual que en otras de sus novelas, Travieso hace volar nuestra imaginación, ayudándonos a viajar en el tiempo y, como si estuviésemos frente a la pantalla de un cine, nos permite visualizar los sucesos y escenas que él se encarga de dibujar con minuciosidad impecable. Para lograr dicho efecto, el escritor vuelve a utilizar el recurso de la voz en segunda persona, que le habla a Javier Valle: “Cierras los ojos para interiorizar aún más las imágenes, para sentir que estás allí junto a Fernando, Natividad, el marqués, el día de la boda. Te ves en el atrio de la catedral, una cristalina mañana de mayo, rodeado de un pequeño gentío (...). ¿Qué sucede?, preguntas o crees que has preguntado, y un hombre alto, de gruesas patillas y espeso bigote, le dice a una mujer que la novia no ha llegado (...). En ese momento una calesa entra en la plaza. ¡La novia, la novia!, exclama alguien y tú, los ojos aún cerrados, pero la gente muy atenta, te pones en primera fila y ves descender a Natividad del brazo de Fernando (...). Te deslumbra la belleza de Natividad, la perfección de sus rasgos, su blanquísima piel (...). ‘Oh, Dios, qué linda’, dices, ‘cuánto me gustaría tener una esposa así’.” (Travieso 1999: 190) ¡Qué magistral forma de pintar con palabras la ceremonia nupcial de Natividad Valle y el anciano conde de Monte Hermoso!

El mismo estilo estará presente en la novela *Llueve sobre la Habana*, en la que muchas veces el escritor es capaz de llevarnos, usando el poder de la palabra, a vivir en los lugares y las escenas que aparecen descritas en la historia: “Son las nueve de la mañana de un día cualquiera, mucho antes de que Mónica lo conociera a Él, y ella se encuentra durmiendo en su apartamento de un edificio en La Rampa que fue hermoso en otra época, pero hoy está en ruinas por fuera.” (Travieso 2004: 28) A través de este recurso, el escritor hace volar nuestra imaginación, de manera que podamos sentirnos, en ocasiones, parte de la historia misma.

La frustración, el desencanto y la muerte serán temas recurrentes en la obra de Travieso, resultando esta última ser una constante en las historias creadas por Julio Travieso. Desde los inicios de su trayectoria literaria descubrimos aunque más veladamente, personajes desencantados, inconformes ante su realidad política, social e histórica. En uno de sus primeros libros de cuentos, publicado en 1970, con el título *Los corderos beben vino*, comienza a traslucirse la crítica a la nueva sociedad cubana que se edificaba entonces. Ya sabemos que los años setenta constituyen una época de censura, prohibiciones y exhortación al fervor revolucionario por parte de los gobernantes. Sin embargo, los cuentos que se publican en este volumen, “Hasta revolucionario”, “Retorno a Tahití”, “Nieve en la iglesia” y “Extraños visitantes”, por citar algunos, son un claro ejemplo de la decepción sufrida por muchos intelectuales a raíz de la toma de posesión del gobierno revolucionario.

El primero de ellos, “Hasta revolucionario,” constituye una fuerte crítica a la situación suscitada en la isla a principios de la revolución, cuando las propiedades abandonadas por la disidencia se repartían entre quienes habían optado por quedarse en la isla, como premio a aquellos buenos “revolucionarios.” Era necesario aparentar la lealtad incondicional al sistema, decir “Patria o Muerte” para reafirmarse ideológicamente y esperar, soñando con el premio: “Ya yo me veo entre los grandes framboyanes.” (Travieso 1967: 20) “Retorno a Tahití” y “Nieve en la iglesia” transmiten la frustración de quienes, de repente, se encontraron atrapados en una especie de callejón sin salida. El primero, por causa de un amor frustrado: “Ahora, la ilusión de Tahití se va ahogando lenta y tristemente en las gotas de sudor de mi frente corren mientras que corto una caña con fuerza concentrada (...) pensando en ti, (...) en el instante en que salga de este maldito campo de concentración y pueda ir a buscarlos a los Estados Unidos.” (Travieso 1967: 38)

El segundo parece ser la metáfora perfecta de la vida en Cuba, después de la implantación del gobierno revolucionario. Un domingo de verano, a treinta y

dos grados de temperatura, un grupo de fieles quedó atrapado en la iglesia, a causa de una fuerte nevada, que les deja totalmente aislados, incomunicados con el resto del mundo, tal como muy pronto quedarían los cubanos, quienes perderían la libertad de entrar y salir de su patria a su libre albedrío. Mientras más nos adentramos en el relato, más familiares nos resultan sus escenas: “Nuestra posición era firme: no repartiríamos la escasa comida entre todos, aunque tuviéramos que luchar. Por su parte la chusma había gritado que nos quitaría la comida y se negaba a prestarnos mantas (...). No hay que desesperarse, pronto saldremos de aquí.” (Travieso 1967: 91) El final del relato transmite, como los demás, la tristeza y desesperanza que ha adornado la literatura cubana a lo largo de muchas décadas: “Desde entonces, mamá se dedica a cantar ópera y nosotros nos alimentamos como podemos.” (Travieso 1967: 99)

En la novela *El polvo y el oro*, el nivel de frustración y desencanto tiene que ver con el hecho de que la descendencia de Francisco Valle está destinada a desaparecer del seno familiar o morir trágicamente. Ya conocemos los detalles de las muertes de sus hijos y el exilio de las hijas. Por otro lado, su biznieto Florencio termina sus días en la cárcel, condenado a muerte y prácticamente abandonado por su padre. Después de que la muerte se llevase a su esposa de forma inesperada, el hijo de Frasco Valle se había entregado a la lucha clandestina, contra la corona española, y luchó hasta ser capturado y fusilado. El padre pasará toda la vida maldiciendo su suerte y recordando la trágica muerte de su mujer, que mordida por una rata fallece, hidrofóbica y atada a su cama, tirando mordiscos al aire, cual perra rabiosa. ¡Un verdadero caos!

Curiosamente, cada etapa de la historia del país parece estar retratada en alguna etapa o miembro de la familia de *El polvo y el oro*. Al principio de la novela conocimos los detalles más significativos de lo que fue la época colonial, la esclavitud, el despertar del sentimiento de los criollos y el nacimiento de la nación cubana, aspectos que se encarga de representar Francisco Valle, el colono que se enriquece gracias a las plantaciones de caña y al tráfico de esclavos, su hijo

Clemente, independentista y Fernando, criollo que se enfrenta al desprecio de los cubanos acaudalados y nobles. Más tarde hemos sido testigos de las luchas independentistas, en las que figura Florencio, que es juzgado y ajusticiado por el tribunal militar español por delito de alta traición. Luego, será Frasco Valle quien nos ayudará a conocer los detalles de la guerra chica, sus consecuencias para los cubanos, que se verán reflejadas en la merma de su propia fortuna y, para su beneplácito, la intervención norteamericana en la isla y la época de bonanza económica que precedió a este acontecimiento, no dejando de describir el panorama social, que no parecía ser tan maravilloso como el aspecto económico. Ahora es Javier quien se encarga de que asistamos a dos de los acontecimientos históricos más trascendentales de la época contemporánea: el golpe de Estado dado por Fulgencio Batista y el triunfo de la revolución cubana bajo el liderazgo del joven Fidel Castro. De la mano de Javier conoceremos los desmanes de la dictadura batistiana, las torturas, los abusos policiales, la lucha clandestina en la que nuestro personaje se ve súbitamente inmerso y después, para cerrar con broche de oro, siguiendo la pista del personaje llegaremos al corazón de la historia: los pros y contras del nuevo gobierno revolucionario.

Ya para la década de los cincuenta, de la estirpe Valle solo quedaban en Cuba tres herederos, quienes desde hacía mucho tiempo habían perdido el contacto con los familiares radicados fuera de Cuba. Después de Frasco, ninguno de los Valle había aportado al patrimonio familiar algún nuevo negocio, idea o proyecto que pudiese incrementar la fortuna construida por sus antepasados, por lo que, en el aspecto económico, la familia sufre cierto estancamiento, que luego desencadenará en total deterioro. Algo similar sucede con la historia de la isla, en la década de los cincuenta, Cuba se encontraba a la cabeza de Hispanoamérica, cuando de repente comienza a cambiar la situación política y con ella deviene un descenso considerable en la calidad de vida de sus ciudadanos, así como en el desarrollo del país. Algo similar les sucederá a los Valle.

Semejante a una metáfora de lo que ha sido la historia de Cuba, la familia Valle va desmembrándose a medida que aumentan las contradicciones entre quienes presentan puntos de vista u opiniones radicalmente opuestas y en pugna con respecto a cuestiones políticas. El enfrentamiento entre independentistas y afectos a la corona, esclavistas y antiesclavistas, anexionistas y separatistas, batistianos y revolucionarios, etc., llevó a la población a un estado de deterioro y, hasta cierto punto, retroceso. De esta forma, tanto *El polvo y el oro* como *Llueve sobre La Habana* dibujan una pintura bastante clara de lo que ha sido la vida de varias generaciones de isleños y los procesos que han dado al traste con el desarrollo.

Por lo que se refiere a *Llueve sobre la Habana*, es un claro reflejo de lo que fue la sociedad cubana de los años noventa y sus repercusiones en la posterior vida de sus habitantes. La descripción del cambio profundo y violento en 1959, luego la euforia y más tarde la decepción, nos resulta bastante familiar. La historia es esta vez narrada por un ex periodista, ahora dedicado al oficio de permutero.

En ambas novelas, la narrativa transmite matices desesperanzados con respecto al futuro de la isla, como si fuesen los mismos cubanos, su idiosincrasia y carácter, quienes constituyesen el mayor obstáculo para su desenvolvimiento y éxito. Ya desde la novela *Cuando la noche muera* encontrábamos ciertos vestigios de fatalismo geográfico y la poca fe, por parte de los propios isleños, en la gestión de los cubanos para hacer del país una nación próspera: “Los del 68 han perdido el espíritu de rebeldía (...). -Desearía que tuvieras razón... yo por mi parte he perdido la confianza en las capacidades de este pueblo para exigir sus derechos... algo se puede solicitar, pero nunca exigir. Por desgracia muchos amigos, Saco entre otros, piensan así.” (Travieso 1983: 31) También desde el bando opuesto, es decir, los representantes del gobierno español, se emite una opinión que no dista mucho de la enunciada por los independentistas. Así, la segunda persona le habla al capitán: “Te aprecias de conocer la psicología y el carácter de los cubanos (...). El mayor desprecio -te dices- lo sientes hacia el grupo de los anexionistas

embozados, que se han convertido en reformistas. Siempre has pensado que son unos cobardes sometidos, que debieran luchar con las armas, como los suramericanos, por su independencia.” (Travieso 1983: 86)

En *El polvo y el oro*, desde el inicio se hace explícita la opinión de numerosos criollos con respecto a su propio país. Así lo afirma Bruno, quien desde los Estados Unidos trata de persuadir a su cuñada Caridad, luego de haber quedado viuda, para que vaya a vivir al país del norte con sus hijos: “Cuba, con su incultura y atraso, su permanente inseguridad por posibles revueltas independentistas y, sobre todo, por la horrible masa de negros que, en cualquier momento, podrían rebelarse y asesinar a sus amos, no era lugar para una mujer como ella (...). En aquella ciudad, que tanto le gustara en su viaje de matrimonio, estaría muy bien, ya lo comprobaría con el tiempo, lejos de la apestosa y peligrosa Habana.” (Travieso 1999: 326)

También Gabriel Valle manifiesta su inconformidad con la sociedad en la que vivió atormentado e incomprendido: “Oscura sociedad esta, de patanes, rufianes y funcionarios de gobierno. Pueblo inculto e imbécil, sin refinamiento, desconocedor de los verdaderos placeres del espíritu, que se contenta con juegos, bebidas y mujeres.” (Travieso 1999: 428)

Muchos coincidían en la idea de que Cuba, a pesar de los logros económicos, era una nación salvaje y atrasada. Así lo expresa el general Leonardo Wood, quien en animada conversación con Frasco Valle, justifica la intervención norteamericana como un acto de ayuda a un vecino necesitado: “Sí señor, creo que es el deber y el derecho de nuestra nación intervenir en esa cruenta guerra y ayudar a ese pobre infeliz país para que pronto salga de la barbarie.” (Travieso 1999: 496) El norteamericano justifica la implantación de la Enmienda Platt, presentándose como los salvadores de una nación desordenada y caótica, por lo que afirma: “la guerra ha dejado arruinada a Cuba y el país requiere para reconstruir su economía e implantar nuevas instituciones democráticas de hombres capaces.” (Travieso 1999: 499)

Otro de los temas recurrentes en la obra de Julio Travieso es la descripción de un importante momento histórico: el triunfo de la revolución cubana, la ilusión de los ciudadanos ante la expectativa del cambio, la esperanza, el regreso de los exiliados y, más adelante, la decepción, el desencanto, las pérdidas, los enfrentamientos y, en muchos casos, la muerte. Dicho suceso histórico, como sabemos, da inicio a la nueva etapa revolucionaria y es presentada por el narrador omnisciente en sus obras siguiendo siempre la misma línea: euforia de la mayoría, decepción de unos cuantos, exilio de muchos de quienes vieron amenazado su patrimonio, separación de las familias que abrazaban ideales diametralmente opuestos y muerte de quienes osaron enfrentarse al nuevo gobierno.

En el caso de *Llueve sobre la Habana*, aunque hasta el momento había presentado un argumento completamente novedoso y diferente a los anteriores, principalmente por el hecho de relatar una historia ubicada en una época mucho más cercana al presente del escritor, manifiesta en este sentido gran similitud con el resto de la obra narrativa de Travieso. El protagonista, como Javier Valle, reflexiona acerca de su vida, hurgando en su historia, que es también la de su país, para poder explicar el convulso y lamentable presente.

La novela revela algunas de las características de la narrativa de los novísimos. Una de ellas es desesperación ante una realidad imposible de cambiar, cuyas explicaciones y culpas encuentra Él en su propio pasado: “Los recuerdos, como una gran rueda a la cual me encontraba atado, que una y otra vez pasaba sobre mí, aplastándome, giraron en mi cabeza y se transformaron en imágenes, en palabras, en emociones. Allí estaba yo de niño. Siempre deseando sobresalir, destacarme, y en buena medida lo conseguí. Era el primero en la clase, bueno en deportes, admirado por todos.” (Travieso 1999: 294) Nuestro protagonista, para explicar el fenómeno de su caída, se autoanaliza, declarándose a sí mismo como culpable, pareciendo que su reflexión fuese el espejo en el que podrían reflejarse tantos cubanos: “Pero yo no fui un santo, me dije. También sobre mis espaldas cargaba, como todos, culpas, confesables algunas, inconfesables otras. Como

todos, en una época había intentado subir, había rechazado a muchos caídos, había apartado e ignorado a Francis, después había engañado a Mónica con su madre, había aceptado, había...” (Travieso 1999: 295)

En *El polvo y el oro*, por su parte, el narrador también nos ayuda a encontrar las causas del mal que aqueja a sus personajes, recorriendo las etapas más importantes vividas en Cuba, desde 1959 hasta principios de los sesenta, pintando con palabras el momento de la huida de Batista y la entrada triunfal del nuevo líder. Fidel Castro llegaba a La Habana con sus tropas, a comienzos de enero del año 1959: “La ciudad era carnaval de abrazos, besos, felicitaciones, de gentes alborotadas, hombres, mujeres, niños, ancianos, trabajadores, estudiantes, amas de casa (...), los continuos disparos, ahora al aire y no para matar, ya no asustaban, (...) como tampoco asustaban las muchas personas armadas, todas, militares, civiles, con ametralladoras, fusiles, escopetas, pistolas, revólveres y hasta bazucas. (...) La ciudad siniestra había quedado sepultada transformándose en la ciudad resplandeciente, festiva, a la cual volvían Javier y Rosario que, al bajar del avión y pisar tierra, lloró emocionada.” (Travieso 1999: 563)

No se harían esperar, entonces, los conflictos que acarrearón las nuevas normativas y leyes implantadas por el gobierno revolucionario. Con lujo de detalle, la segunda persona dibuja el cuadro que refleja el nuevo presente de Javier y Rosario Valle, penetrando, como de costumbre, en la mente de Javier, para convertirse una vez más en la voz de su conciencia: “Con aquella compañía quisiste que todo fuera como antes, pero fue imposible. Las conversaciones no se encarrilaban a través de los temas acostumbrados y aunque mucho buscaste la avenencia siempre surgía una chispa de discrepancia cuyo foco era el mismo: las medidas del gobierno, que un día les sorprendía con una drástica rebaja de alquileres de viviendas urbanas, nocivas para los torrente, rentistas de varios edificios, y otro con la reforma agraria, leyes ambas que no te afectaron personalmente.” (Travieso 1999: 564)

Es a partir de entonces cuando más lugares comunes descubrimos entre esta novela y el resto de las producciones literarias del escritor. En la mansión de Miramar se harán declaraciones que nos resultan familiares, el proyecto revolucionario parece ser la razón de la sinrazón. Refiriéndose a los miembros del gobierno, Torrente asegura: “En conjunto son ignorantes que toman medidas absurdas (...) , como ese proyecto de desecar miles de hectáreas de tierra en la Ciénaga de Zapata o construir un internado educacional para veinte mil muchachos -¿ Y qué me dicen de las promesas de construir fábricas de automóviles, guaguas, camiones, motores? Aquí, en un país donde no hay hierro ni forma de obtenerlo. Locos, estos hombres están locos.” (Travieso 1999: 566)

Las contradicciones se hacen cada más fuertes entre los cubanos, fundamentalmente los pertenecientes a las clases sociales más acomodadas: “esto no dura seis meses. Cuba no puede vivir sin los Estados Unidos. Fidel no aguantará (...). -No lo subestimes. Es hombre inteligente y capaz de todo (...). -Lo apoyan los muertos de hambre, la chusma, los negros, los imbéciles que no ven más allá de sus narices y se han dejado engañar.” (Travieso 1999: 566-567) La situación parece hacerse cada vez más insoportable, llegando al clímax cuando, en una de las reuniones realizadas en la casa Valle, Torrente y su mujer exponen sus planes: “Cuando los marines vengán nosotros no vamos a estar aquí para verlos (...). -La semana próxima nos vamos a Estados Unidos.” (Travieso 1999: 567)

El siguiente Valle en abandonar el país es Marcelo, hermano de Javier, que le reclama indignado: “Ya ves, hermanito, adónde condujo tu jueguito, a la insurrección. Qué ingenuo eres, hermano, ¿no ves a tu alrededor? Ya quitaron la tierra y pronto nos quitarán las industrias, las casas donde vivimos, hasta la ropa que llevamos puesta y en su lugar nos darán uniformes grises y un tazón de arroz diario.” (Travieso 1999: 568)

Ante la partida de casi todos los seres cercanos, Javier reflexiona, tratando de justificar su decisión de quedarse. Ya no piensa en la historia de su familia ni investiga los misterios de aquellos sucesos inexplicables ocurridos en la misma,

ahora solamente puede pensar en el presente: “Yo amo a mi país, a pesar de su atraso, y mucho quisiera verlo convertido en una gran nación, fuerte, rica, desarrollada industrialmente en todos los campos.” (Travieso 1999: 568)

Para colmo de males, Rosario le hace partícipe de su decisión, y su declaración nos recuerda al cuento “Retorno a Tahití”, donde el protagonista se ve abandonado por la mujer amada. Así lo recuerda: “No puedo vivir así -decías- no puedo pintar (...). Rodeados de chusma y negros... enferma, enferma. (Travieso 1982: 96) En el caso de Rosario, la joven, agobiada, afirma: “¡Me voy -exclama de repente-. Ya no aguanto más la grosería y el mal trato generalizado! ¿Vienes conmigo? (...). -Lo pasarás muy mal - hay lágrimas en los ojos de Rosario y una mirada fatalista en los tuyos.” (Travieso 1999: 572)

La narración, en esta fase final de *El polvo y el oro*, es una síntesis exacta de lo que fue en Cuba la etapa posrevolucionaria. El escritor nos hace partícipes de una realidad histórica: las medidas implantadas por el nuevo gobierno eliminaban la propiedad privada, los grandes terratenientes desaparecían y las riquezas pasaban a manos del Estado que, mediante la expropiación de propiedades y latifundios, instauraba una sociedad libre de capitalistas y hombres acaudalados. Javier Valle no estuvo exento de las consecuencias que ello tuvo, pues recibió el aviso de mano de uno de sus ex sirvientes, que llegó a su casa vistiendo el uniforme de verde olivo: “Todo lo que la familia Valle adquirió a lo largo de decenios se ha pulverizado al estampar su firma en ese papel blanco, donde viene escrita la orden de expropiación.” (Travieso 1999: 572)

De esta forma, haciendo honor al título de la novela, presenciamos el desmoronamiento total de quienes, otrora, hubiesen sido dignos representantes de lo que más valía y brillaba en la isla. El miedo se apodera entonces de Javier, que espera a partir de ese momento lo peor y se intranquiliza ante el cruel destino que les espera a quienes decidan quedarse en la isla: “Ahora me quitarán también el auto y la casa o me dejarán un cuarto en ella y en las demás habitaciones pondrán a vivir a otras personas, igual que hicieron en Rusia. (...) Más tarde o más

temprano, cuando se instaure la nueva clase volverán las prostitutas, la corrupción y los mendigos, vivir para ver (...): lo único que han hecho es repartir la miseria entre todos. -¡Cabrones!” (Travieso 1999: 572-573)

Tanto en la historia de Javier Valle, como en la del hombre sin nombre de *Llueve sobre la habana*, la de algunos protagonistas de los relatos de Travieso como “Hasta revolucionario” o “Larga es la lucha”, por citar algunos, incluso en el caso de Agustín Santa Rosa en su altruista actitud que le llevara a la muerte por la libertad de su patria, en *Cuando la noche muera*, todos tienen un denominador común: la tristeza ante el fracaso, la certidumbre de haber luchado en vano por una causa perdida. Para nuestro protagonista Javier Valle, el remate viene cuando Antonio, su medio hermano, aquel que había estado a favor de la revolución desde los comienzos, quien le había censurado la conducta pacífica (“Apoyas a Batista porque no haces nada contra él”, Travieso 1999: 540), ese joven rebelde que criticara la dictadura, ahora le plantea: “Me voy el viernes por la tarde (...). Me han quitado los cigarrillos y el polvo, y sin ellos no puedo vivir.” (Travieso 1999: 574)

A diferencia de la primera parte de la obra, las últimas veinte páginas guardan bastante similitud con los relatos escritos por Travieso en libros como *Los corderos beben vino* y *Larga es la lucha*. Es evidente que en la década de los noventa (el final de la novela y sus obras posteriores) se produce un fuerte desprendimiento, por parte del autor, de su anterior estilo narrativo, que era precisamente el que había predominado en las primeras quinientas páginas de la historia de los Valle.

En esta nueva etapa, el realismo mágico queda desplazado por un estilo que, aunque no roza el realismo sucio como sucederá más tarde en *Llueve sobre La Habana*, pasará a ser mucho más coloquial y desenfadado. Así habla Antonio a su medio hermano Javier: “Mi madre, hermanito, fue una humilde criadita, violada por tu cochino padre y esclavizada por tu burguesa madre.” (Travieso 1999: 570) En la fase del desenlace de la novela, los diálogos y discusiones giran

siempre en torno al nuevo gobierno y los cambios acarreados por este. Javier Valle, como tantos otros personajes de los relatos de este escritor, experimenta la separación de algunos de quienes, hasta el momento, había considerado sus amigos: “Tienes duda sobre Reyes, pero no de tu primo Ramiro Portuondo. Viste uniforme de miliciano, con una pistola soviética Makarov a la cintura (...). Ha venido a visitarte de improviso y como de costumbre el tema de conversación gira en torno a la política: ‘El proletariado es la clase explotada y mayoritaria del país y por eso, en esta etapa, tiene derecho a imponer su dictadura a las demás clases sociales (...)’ -la ira ruge dentro de ti. ‘Este cabrón es tan burgués como yo, pero se debe haber vendido por un plato de lentejas’.” (Travieso 1999: 570)

La narración, en esta etapa de la novela, se presenta de forma lineal y sin la intervención de múltiples voces narrativas, como había sucedido en las primeras tres cuartas partes de la obra. En esta última fase los sucesos transcurren en un período de un año aproximadamente, desde la entrada de las victoriosas tropas revolucionarias a la ciudad de La Habana, hasta los comienzos de los sesenta, haciendo referencia a los duros tiempos de drásticos cambios y reafirmación revolucionaria impuesta por los dirigentes del nuevo gobierno.

En el final de la novela, como el de la mayoría de las escritas por Travieso, se dibujan la muerte y la desesperanza. La reflexión de Javier, ya condenado a pena capital por conspirar para derribar el gobierno y colaborar como asesor del elemento contrarrevolucionario Miguel del Campo, corrobora el título de la obra misma: “Qué absurdo, tantas luchas de la familia por la riqueza y todo el oro se ha convertido en polvo.” (Travieso 1999: 587)

Este pasaje nos recuerda a ciertos sucesos relacionados con los protagonistas de *Llueve sobre La Habana*. Él, agobiado ante la segura e inminente muerte de la mujer amada, reflexiona acerca de su vida y descubre, con pesar, que toda su existencia ha sido un equívoco casi total y rotundo, a juzgar por el desvanecimiento de todos sus anhelos y sueños: “Sería piloto, me decía, médico, astrónomo, capitán de barco. En la adolescencia y primera juventud, la

insurrección contra la dictadura cortó mis planes infantiles. Fui entonces un clandestino, perseguido, acosado (...), sintiendo la satisfacción de pelear y morir por algo que consideraba muy justo (...), me vi un joven ambicioso, lleno de proyectos, sueños, ilusiones que, de repente, estallaron como estalla el globo de un niño (...). ¿Quién había sido el responsable de que mi globo explotase? ¿Yo? (...). Quizás el globo, desde su misma fabricación, mucho antes de que llegara a manos del niño, estaba destinado a explotar a los pocos segundos de ser inflado (...). Reventó mi globo de la juventud.” (Travieso 2004: 294-295)

De igual manera, en muchas de las obras escritas por este autor, reconocemos un estilo recurrente: narración circular que comienza y finaliza en la escena del condenado a muerte. *Cuando la noche muera* es un buen ejemplo, pues la historia comienza prácticamente con la muerte. En su calabozo, Juan graba su nombre en la pared de su celda y afirma: “Sí -se respondió- moriré cuando la noche muera.” (Travieso 1983: 23) La escena nos sitúa en la celda de un condenado quien, ante la inminencia de la muerte se confiesa ante el sacerdote: “Padre nuestro que estás en los cielos... (...). A lo lejos, una bandada de gaviotas cruzó hasta el occidente. (...) Probablemente -pensó- la muerte era como aquellas gaviotas. (...) Al reflexionar sobre la muerte, la voz del sacerdote cobró vida para él, recordándole que las plegarias se decían con motivo de la muerte.” (Travieso 1983: 21-22) También *El polvo y el oro* presenta, en su primera página, al condenado que clama justicia frente al pelotón de fusilamiento que, al servicio de la revolución, se encargaba de ajusticiar, como lo había hecho el gobierno español, a los traidores a la patria: “Viva Cristo Rey (...). Abajo la dictadura -volvió a gritar con más fuerza, poniendo en la voz todo el odio guardado en su interior (...). Entonces tuvo miedo a la muerte que en su vida nunca fue algo tan inmediato y que ahora sí se hacía real, verdadera (...). Padre nuestro que estás en los cielos, rezó en silencio.” (Travieso 1999: 9) Algo similar ocurrirá en *Llueve sobre la Habana*, que desde la primera página nos revela la suerte que correrá Mónica.

“Ella vino y me dijo ‘Voy a morir’.” (Travieso 2004: 7) Estructuras circulares de las que ya hemos analizado su naturaleza en capítulos anteriores.

En la mayoría de los casos, el fracaso o la derrota parecen achacarse al carácter conformista y poco emprendedor del cubano. Así lo asegura Rojas es *Cuando la noche muera*: “Los cubanos son honrados porque saben hacer reverencias (...). Solo algunos no hacen reverencia, pero tampoco dicen nada... No tienen suficiente valor... incluyéndome a mí, claro está. (...) He perdido la confianza en las capacidades de este pueblo para exigir sus derechos..., algo se puede solicitar, pero nunca exigir.” (Travieso 1983: 30-31) También María Mercader, protagonista de la novela, expresa su concepto acerca de la isla en la que le ha tocado vivir: “País de bárbaros esta pequeña isla (...). Salvajes, incultos, eso eran.” (Travieso 1983: 43)

El pesimismo prevalece en sus obras, matizando cada vez más las historias escritas por el autor, principalmente a partir de los años ochenta. En *El polvo y el oro* se establece, desde los comienzos de la trama, una definición no muy halagadora de la isla, refiriéndose a la época de la colonia: “bien sabes que en estos días tuyos, tan distintos y tan similares a los de tus antepasados, el país es un emporio de corrupción, negligencia, dificultades.” (Travieso 1999: 111) Más adelante, el cambio del panorama político no modifica la idea de país fracasado y maldito, que se había estado presentando hasta el momento. Así pues, la segunda persona vuelve a hablarle a Javier Valle: “Dictadura del proletariado, dices, tú no peleaste contra una dictadura para caer en otra. Todas las dictaduras, meditas, han sido funestas, la de Julio César, Hitler, Mussolini, Franco, Stalin...” (Travieso 1999: 571)

Llueve sobre la Habana llega al clímax de la desesperanza, al presentar la trágica historia de amor en la que ella muere de SIDA y Él se convierte en un muerto en vida, en una época en que el gobierno revolucionario ya no fusilaba a sus desafectos, salvo algunas excepciones, sino que les borraba del mapa, como había pasado con Él, ex periodista que había sido cesado de su cargo e impedido

de volver a trabajar en su profesión, por haber incurrido en el delito de omitir información a sus superiores, acerca de una posible salida ilegal del país. Finalmente, Él se derrumba ante la noticia de la enfermedad de su amada: “La vida seguiría siendo la misma, un poco más dolorosa para mí, terrible para Mónica y Lu, pero la misma vida de siempre. Así era la cabrona vida que nos había tocado vivir.” (Travieso 1999: 302)

Los relatos parecen ser un homenaje a todos aquellos que dedicaron sus esfuerzos a la lucha por construir una nación más próspera y justa, y que fracasaron en el intento de lograr un cambio. Es evidente que la isla parece ser la metáfora de un callejón sin salida. La traición parece estar a la orden del día y va recrudeciéndose con el pasar del tiempo. En todos los casos, la deslealtad entre los cubanos parece ser el origen de la situación, y las dificultades políticas uno de los aspectos que más influyen en los destinos malditos. En *Cuando la noche muera*, Agustín Santa Rosa abandona a su suerte a María, pues entre ella y la lucha por la libertad, se decide por lo segundo. El amante le escribe, desde el exilio, a la joven, y en la misiva deja clara su decisión de permanecer separados, pues su prioridad es la lucha, equiparando el amor por María al sentimiento de patriotismo y anteponiendo el segundo: “Me preguntas cómo estoy. ¿Cómo puedo estar, lejos de ti y de mi patria? (...) Amor, no debes venir, (...) de un día a otro me preparo para ir a Cuba. Regresa a Francia y aguarda el fin de la tempestad que azota el país. (Travieso 1983: 298-300) Poco tiempo después, María será atrapada, violada y asesinada por soldados cubanos al servicio del ejército español.

Javier Valle también será traicionado en *El polvo y el oro*, en este caso, por alguien que había considerado de su absoluta confianza y que decide cambiar de bando, convirtiéndose en espía y engañando al joven Valle, que cae en su trampa: “Apenas has dormitado un poco, eres despertado y conducido al mismo despacho, donde junto al primer interrogador ves a Mauricio, uno de los enlaces de Raymundo contigo, que ahora viste uniforme con grado de capitán. (...) -Javier - dice Mauricio con tono amistoso-, es preferible que confieses. Nosotros lo

sabemos todo, pero queremos oírlo de ti. Tu silencio sólo te compromete más. (Travieso 1999: 584)

El protagonista de *Llueve sobre la Habana* no queda exento de enfrentarse al engaño, también al de su mujer, que le traiciona con su mejor amigo, aquel al que nuestro personaje no denunció al conocer de sus propósitos de abandonar el país: “Maldonado se portó bien con Babi y solo me perjudicó a mí. Así procede un amante enamorado, celoso del marido.” (Travieso 2004: 243) El personaje es despreciado y abandonado a su suerte por aquellos que parecían haber sido sus admirables compañeros, y su esposa Baby le tilda de borracho e incompetente, cosa que Él confirma afirmando: “Era un fracasado que no conseguía, ni conseguiría, un buen empleo, pero ¿cómo no serlo si estaba aplastado y nadie alzaba el peso que caía sobre mí? (...) Baby fue amante de Maldonado y cuando este desapareció lo fue de su nuevo jefe (...) Todos lo sabían, pero yo solo lo conocí años después.” (Travieso 2004: 242-243) Es lo mismo que proponen ciertas narraciones de los años noventa: Cuba está inserta en una tradición cainita por la que la traición, la delación, son moneda común en todas las épocas, y no solo en aquellas en las que reina el control y el terror de las dictaduras. Es lo que González Acosta ha llamado “el síndrome de los hermanos de José”, al hilo de una de las delaciones históricas más tristes: la que el poeta Domingo del Monte, amigo y colega de José María Heredia, protagonizó contra el primer romántico cubano, a quien acusó de masón e independentista por pura envidia. Como se sabe, Heredia tuvo que huir del país e instalarse en el México recién independizado. Dice González Acosta que ese mal endémico trata, en suma, de “la descalificación del semejante y que viene también de una añeja costumbre traducida en epítetos: filisteos, intocables, parias, ilotas, metecos, gentiles, herejes, bárbaros, circuncisos, infieles, esquirols, cipayos, colaboracionistas, mazorqueros, salvajes y cochinos unitarios, ñángaras, gusanos, escoria... En resumen: no-personas. Y aún más: la anulación del otro. Con el agravante ocasional de poder ser los ñángaras de ayer la escoria de después. (González Acosta 2002-2003: 285)

En el caso de las últimas obras de Travieso, la ingratitud o deslealtad va más allá de las ideas o principios políticos: se nos presentan individuos movidos por la envidia, los celos o el deseo de aplastar a sus semejantes, rasgos que ya se dibujaban en anteriores novelas y cuentos. Travieso pone al descubierto las astillas de una sociedad que ha ido degradándose, utilizando la metáfora del mismo escritor, pero a la inversa: del polvo al oro, para demostrar que esa circularidad de la que venimos hablando es, en el fondo, una repetición cíclica de maldiciones.

CAPÍTULO VI: EDICIÓN CRÍTICA DE EL POLVO Y EL ORO

Criterios de esta edición

Para realizar la edición de *El polvo y el oro* de Julio Travieso hemos seguido la versión publicada por la editorial española Galaxia Gutenberg en 1999, que es la tercera edición de la obra. La primera edición tuvo lugar en México en 1993, en la editorial Siglo XXI, ya que la novela fue ganadora del premio Mazatlán de ese año. En el año 1995 quedó finalista del premio Rómulo Gallegos de Venezuela, pero no se publicó allí. En 1996 vio la luz una segunda edición de la novela, en Cuba (Letras Cubanas). En 1997 recibió el Premio Nacional de la Crítica en Cuba y se reeditó en La Habana, Letras Cubanas, en el mismo año y también en 1998. Por tanto, hasta 1998 hubo dos ediciones diferentes, la mexicana y la cubana, llegando a tener esta dos reimpressiones más. Finalmente, en 1999 se publicó la edición española, que también tuvo una reimpression en 2002, por Círculo de Lectores.

Las ediciones hechas en América no sufrieron variantes, pero la española corrigió algunos aspectos formales y varias erratas diseminadas por todo el texto. Nuestra edición ha seguido la de Galaxia Gutenberg y ha corregido otras erratas que permanecieron en ella y ciertas formas poco adecuadas del francés y del inglés, a las que se ha adaptado una grafía actual en esos idiomas. Asimismo, se ha hecho una reestructuración conveniente de algunos signos de puntuación, sobre todo las comas, ya que el autor tiende a construir frases demasiado largas, sin pausas interiores. La edición de Galaxia Gutenberg se hizo eco de esa circunstancia y corrigió algunas, pero nosotros hemos adaptado de ese modo toda la obra.

Por lo que se refiere a las notas a pie de página, las ha habido de varias clases. En primer lugar, notas de carácter histórico. La novela cuenta una historia que se desarrolla en un contexto histórico de casi dos siglos, pero apenas aporta fechas y sucesos concretos, por lo que hemos facilitado al lector, si lo desea, la constatación del contexto temporal en el que se encuentra cada capítulo y cada fragmento. Como el texto salta de un momento histórico a otro, esas aclaraciones pueden ayudar al lector interesado por la historia de Cuba o la de España de los siglos XIX y XX. Además de las fechas y los sucesos, también se han aportado datos sobre personajes históricos reales, que no son los de la familia Valle, la cual, por otro lado, existió, sino los de los protagonistas de la Historia con mayúsculas que, como bien hemos demostrado en toda la justificación del concepto más moderno de novela histórica, son los personajes secundarios de la ficción.

Además de las anotaciones de carácter histórico, hay también abundantes datos sobre vocabulario: a veces son americanismos, otras cubanismos, en ocasiones palabras que se utilizaban en el español de la época que se describe pero que actualmente han quedado en desuso o, en general, vocabulario culto que utiliza el autor con frecuencia. El lenguaje usado por

Travieso denota un profundo conocimiento de todas las variedades del español, desde el punto de vista diacrónico, diatópico y diastrático, por lo que la riqueza de la expresión, en una novela tan larga, requiere continuas alusiones a palabras que el lector medio quizá no conozca o no entienda el contexto en el que están utilizadas. Esto es especialmente importante cuando el autor se adentra en el mundo de la santería afroamericana.

Debemos hacer constar, por último, que todo este trabajo no habría sido posible sin la colaboración del propio autor, que siempre nos atendió amablemente cuando se trataba de esclarecer una duda de cualquier naturaleza.

El polvo y el oro

Julio Travieso

Edición, prólogo y notas de Yannelys Aparicio

A mi querida madre Violeta que además de darme, como historiadora, el tema de esta novela me alentó en los momentos más difíciles con su palabra y su ejemplo.

Todo es vana ilusión, y todos paran en el mismo lugar, del polvo fueron hechos todos y al polvo volverán.

ECLESIASTÉS 3, 16

Habiendo muchos tentado a poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas.

SAN LUCAS, 1, 1

—¡Viva Cristo Rey! —gritó con voz ronca, nacida más abajo de los pulmones. ¡Viva Cristo Rey —repitió mientras se detenía para tomar aire y mirar el camino a recorrer que terminaba, varios metros más allá, frente a un muro gris de piedras calizas sobre el cual una solitaria lagartija le observaba mientras recibía los suaves rayos de un sol invernal—. Abajo la tiranía, abajo la dictadura —volvió a gritar con más fuerza, poniendo en la voz todo el odio guardado en su interior.

—Traidor, vendepatria —contestó alguien en las inmediaciones, pero él no prestó atención, sintiendo sólo sus propios sentimientos de rabia, odio y temor.

Empujado por los escoltas, dando tumbos, fue hasta el muro, donde le colocaron frente a seis soldados, pequeños, oscuros, todos iguales, parecidos a las figuritas de plomo de su niñez. Entonces tuvo miedo de una muerte que en su vida nunca fue algo tan inmediato y que ahora sí se hacía real, verdadera. La presencia de la muerte, fría ráfaga de aire, le hizo temblar. “Padre nuestro que estás en los cielos”, rezó en silencio.

En esos momentos, sus familiares dispersos en tres continentes y doce ciudades efectuaban transacciones bursátiles en Wall Street, se inyectaban cocaína en una sucia habitación del Green Village , descansaban en Miami, almorzaban cabrito al horno en el Colmao de Madrid, escuchaban, en la Sorbona, una conferencia sobre el existencialismo, se acostaban con una prostituta de la zona rosa de Ciudad México, salían, en Moscú, del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS a la plaza Smolenskaia, que hasta allá llegaron los miembros de una rama familiar, quizá la más inteligente porque supo adaptarse y sobrevivir en el absurdo mundo de los últimos tiempos, en el cual todo se había venido al suelo y ya nada importaba ni se mantenían sus valores seculares, en una locura, se dijo, donde la fregona de ayer era la señora de hoy, el porquerizo devenía dueño de la hacienda, el cochero en jefe de la caballería y el hermano de sangre en verdugo que clamaba por su misma sangre fraterna.

Aquellos familiares quizá guardasen entre sí viejas relaciones o se odiasen o no se conociesen bien, pero eran sus familiares y mañana, pasado mañana, dentro de una semana, un mes, un año, sabrían que él había muerto y probablemente ninguno lo lamentaría, con la excepción del drogadicto que, en esos minutos, luego de haberse pinchado, comenzaba a levitar.

“Viva Cristo”, quiso gritar, pero no pudo porque alguien dijo “fuego” y seis fusiles de grueso calibre dispararon balas de plomo y muerte. Una de ellas se incrustó, sin herirle, en el muro, otra le partió el hueso de la rodilla izquierda, dos perforaron el abdomen cerca del hígado, al que no dañaron, la sexta, después de entrar por el hombro, atravesó un pulmón, arrastrando consigo esquirlas de hueso, y fue a salir a la altura del omóplato a través de un boquete por donde escapó una sangre muy oscura que salpicó el muro. En realidad, no sintió dolor por el impacto de aquellas seis balas porque la primera en llegar hasta él le había partido limpiamente el corazón.

Durante mi misión en la América española, pocas ciudades de ella presentaban un aspecto tan asqueroso como La Habana.

BARÓN DE HUMBOLDT

Abres el álbum de fotografías, el viejo álbum, que, poco a poco, durante años se ha ido llenando de recuerdos, jirones de la vida familiar, desde fin del siglo, cuando Caridad comenzó a colocar esos pedazos de cartulina, ahora descoloridos por el tiempo, en este inmenso álbum que necesita dos hombres para ser levantado, pues hasta en eso la familia quiso demostrar grandeza: el ingenio más grande, la casa más fastuosa, los carruajes y autos más lujosos, el álbum fotográfico más voluminoso, lo mejor, lo superior, siempre propiedad de los Valle, “el que más vale no vale tanto como Valle vale” , orgullosa divisa escuchada desde la infancia cuando aún no tenías conciencia de quién eras. Dejas el álbum y revisas los documentos frente a ti, cartas, memorias, un diario personal, testamentos, actas notariales, papeles, algunos de más de un siglo, silenciosos guardianes de esa historia familiar que tú quieres reconstruir a través del laberinto del tiempo, los vericuetos y mentiras del pasado: los Valle en 1800, Francisco Valle, el fundador, sus hijos (Modesto, Clemente, Fernando, María Angélica, Natividad, Bruno, Francisco Joseph), la edad de piedra y látigo, como tú la llamas; en 1830 (Fernando y Caridad); después de 1850 (Dolores Fernanda, Gabriel, Frasco, Piedad Angélica, Florencio, Flor); a principios de la República (Frasco, Felipe, Fabián, Fabiola, Teresa); en la actualidad (tú, Marcelo, Antonio).

¿Qué buscas al armar este rompecabezas? ¿Practicar la investigación aprendida en la universidad de Yale? ¿Presumir de historiador frente a tus amistades, a las cuales les hablas de nuevos descubrimientos y sucesivos hallazgos en el cuadro genealógico, completado cada día con la incorporación de nombres y datos ayer ignorados? ¿Escribir una novela sobre los Valle?, tú, que ocultamente has soñado con ser un gran literato, un novelista, sin comprender que es labor absurda en este país. ¿Entretenerte y matar un tiempo que te sobra?

Quizá haya algo de todas esas motivaciones en tu deseo de revivir, como un gran artista, la epopeya (¿fue una epopeya?) de tu clan. Muchos colaboradores, pagados generosamente, te ayudan en la búsqueda; desconocidos párrocos de ignotas iglesias, historiadores y archiveros de lejanos archivos (Cádiz, Madrid, Nueva Orleans, Caracas), incansables, laboriosos, rastrear y hurgan en apolillados infolios para que tú, Javier Valle Sánchez Torres, puedas ir tejiendo, amorosamente, la urdimbre y la trama del tejido familiar. Sin embargo, mucho te falta aún por descubrir: ¿quién mató a Clemente Valle? ¿dónde pereció Francisco Joseph? ¿murió Francisco Valle de muerte natural?, largos caminos que no has podido explorar, los cuales

A las ocho de la mañana, la fragata de tres palos La Isabela, el velamen semirrecogido, remolcada por dos falúas, atraviesa la boca de la bahía, continúa por su canal y va a echar anclas en el muelle de La Caballería , donde ya un grupo de negros aguarda para tirar de los cabos de amarre. De pie, en cubierta, las piernas bien abiertas, las manos firmes sobre la borda, Francisco Valle Navarro escruta con curiosidad y algo de incertidumbre aquella villa, bordeada por una larga y serpenteante muralla, de casas de una planta y exuberante vegetación, muy diferente, a primera vista, a la imaginada por él.

Francisco deja su equipaje en el barco y entra en la desconocida ciudad en busca de la mansión de Gaspar Lorente para quien trae carta de recomendación. Lentamente da sus primeros pasos en tierra, tensa

la vista, como la cuerda de un arco, observa, oliendo, conociendo; todo es semejante y, al mismo tiempo, distinto, el cielo azul que parece bruñido a mano, el sol abrasador y un aire oloroso a vegetación, mar, frutas y también a carroña y excrementos, como si los aromas fragantes convivieran allí junto a las emanaciones más fétidas. Frente a él, en una gran plaza abierta, negros semidesnudos cargan sacos y cajas en carretas tiradas por bueyes y tras la plaza hay música y gritos que vienen de un mesón a cuya puerta perros sarnosos se disputan, entre gruñidos y mordiscos, las piltrafas que les arrojan desde el interior de la venta. Más allá, encuentra un convento de altísima torre y grandes campanas que comienzan a doblar con graves voces, prolongadas, como un eco, en los toques, cercanos, lejanos, de otros campanarios. “Ave María”, dice Francisco y ve, junto al convento y el mesón, calles de tierra por las cuales van hacia el puerto aguas turbias y pestilentes. Sin dudar, se interna en un embrollo de callejuelas, estrechas como alfileres, cuidando de no ser atropellado por alguno de los muchos carruajes que marchan aprisa y de esquivar a las innumerables negras vendedoras que, tarima en la cabeza o canasto bajo el brazo, vocean frutas, dulces, aves, lencería. Nunca ha encontrado Francisco tantos y tan raros negros; cobrizos, azules, achocolatados, de cabelleras en las cuales bien se pueden ocultar diez monedas de oro sin temor a que caigan al piso, que vociferan en un idioma que no es español, aunque algo se le parece. Todo a su alrededor es ruido y barullo, los pregones de los vendedores, el martilleo desde una tonelería cercana, el rodar de los quitrines, la grito de los caleseros exigiendo paso, las conversaciones, en alta voz de los transeúntes.

Francisco se detiene en una plazuela y, secándose la cara sudorosa, se desabotona la casaca de paño. Ya en el barco había comenzado a sufrir por la temperatura, pero ahora, en tierra, donde no sopla la más ligera brisa, el calor se le hace insostenible y le produce ahogo, como si estuviera encerrado en una estufa.

“¡Así que éste es el Nuevo Mundo!”, exclama media hora más tarde, sin haber encontrado la dirección buscada y maldice al capitán del barco, quien le había indicado equivocadamente el camino al palacio de Gaspar Lorente, y también maldice al mismo don Gaspar por vivir en sitio tan difícil de hallar. Cansado, se recuesta en un banco, inclina la cabeza, vuelve a secarse el sudor, y suspira, sintiéndose perdido y solitario como un náufrago.

—¿Os sucede algo?

Francisco levanta la cabeza y ve a un hombre blanco.

—Nada. Busco la residencia de don Gaspar Lorente —responde receloso, advertido por muchos en España de que La Habana era sitio para desconfiar, donde se podía ser asaltado y hasta apuñaleado a plena luz del sol.

—Ah, el palacio del señor Lorente. En esa dirección voy, yo os guiaré —dice el desconocido.

Con desconfianza, la mano cerca de la cintura donde siempre lleva un filoso puñal de mango nacarado, Francisco acepta y camina en silencio, pero, finalmente, al comprender que no trata con un malhechor, explica el motivo de su presencia en la ciudad.

—No podéis haber escogido mejor lugar —dice el hombre que se presenta como Fernando Toledo, comerciante en vinos de la calle del Obispo, y mientras caminan le informa sobre la vida en la villa.

—Ésta es la mejor panadería —Toledo señala un comercio desde cuya puerta le saludan—, cerca de la residencia de don Gaspar hay otra, pero, ya lo veréis personalmente, no es tan buena. En cuanto a la ropa, la mejor y menos cara se vende en la sastrería La Figura cuyo dueño es amigo mío.

Un gran charco de agua estancada y pestilente les obstaculiza el paso y mientras lo bordean, Toledo menciona un sitio no lejos de los muelles donde por unos pocos pesos se podían obtener buenas putas y al decir “buenas putas”, guiña un ojo como si compartiera un secreto.

Francisco escucha con atención, deseoso de conocerlo todo enseguida y se promete una visita, en cuanto pudiera, al burdel. Mucho es su deseo de hembras y el corazón se le agita al ver una falda tras la

cual se anuncia el santo misterio de unas redondas nalgas o el placer de senos solemnes y dulces como el vino sacro.

—Y algo importante —Toledo detiene a Francisco mientras un quitrín cruza frente a ellos salpicando lodo—, los negros se venden cerca del palacio del capitán general.

“Ya instalado”, le aconseja Toledo, “debía comprar dos por lo menos”. En La Habana quien no tuviera esclavos no sería considerado hombre de posición y nadie le otorgaría créditos.

El sol era un zarpazo cuando Toledo le mostró la mansión buscada y antes de despedirse le invitó a pasar por su vinatería para tomar una buena jarra de vino de Málaga o, quizá, un vaso de ron, aunque con los calores reinantes no se lo aconsejaba a un recién llegado de la península.

Frente a la residencia de Gaspar Lorente, Francisco tuvo otra sorpresa; aquél no era un verdadero palacio (así lo habían llamado, “palacio”, el capitán del barco y el propio Toledo) como los que él había visto en España. Si aquéllas eran majestuosas edificaciones con muchos pórticos, ventanas, altas torres, jardines y fuentes, ésta no era más que una casona oscura de gran portalada y pocos ventanales que, por ninguna parte, mostraba encumbramiento y riqueza en sus dueños. A la entrada, en vez de lacayo de calzón y chaqueta, lo recibió un negro viejo vestido con camisa blanca y pantalón rayado quien, tomando su carta de presentación, le pidió que pasara al recibidor y aguardara mientras avisaba al amo.

Francisco entró a un salón de cuyas paredes colgaban, frente a frente, como relucientes escudos metálicos, dos grandes espejos en los que, con satisfacción, contempló su cuerpo fuerte, de barbilla voluntariosa y ojos que parecían brillantes monedas en el fondo de una oscura caverna. Él le habló sin hablar a la figura del espejo que le respondió en un susurro que todo le saldría bien y triunfaría.

En ese instante el criado regresó sacándolo de sus reflexiones, y le anunció que su merced, don Gaspar, le recibiría.

Don Gaspar Lorente y Cerrato, sesenta años, comerciante, dueño de tierras de labranza y de un ingenio, leyó con atención la carta de Fernando Valle, comerciante gaditano, en la cual le solicitaba acogiera y ayudara a su sobrino Francisco Valle, interesado en instalarse en La Habana para representarlo y buscar fortuna. En la misiva se pedía, además, un envío de azúcar mascabado a entregarse en Cádiz bajo las condiciones anteriormente pactadas.

Don Gaspar concluyó la lectura, observó al recién llegado y mientras le invitaba a sentarse inquirió por Fernando Valle y la situación en España. Francisco respondió pausadamente, con voz ligeramente ronca.

—El tío Fernando con salud, gracias a Dios, trabajando mucho, como siempre. Los negocios inmejorables, pero en Cádiz... —Francisco se interrumpió, carraspeó— hay mucha preocupación por los sucesos de Francia y su repercusión en España.

—Sí, ya estamos al tanto, los locos franceses, destronar así a su rey —dijo don Gaspar pensativamente y calló por un instante—, ¿y qué noticias tiene sobre la prórroga del comercio libre de esclavos?

Francisco se movió inquieto en el asiento. No conocía bien el asunto y no le agradaba reconocerlo.

—Nada nuevo —respondió cauteloso.

Un negro entró en el despacho y colocó una botella de aguardiente y dos vasos en una mesita al alcance de la mano. Don Gaspar sirvió con largueza y Francisco bebió de un golpe la bebida fuerte y quemante.

—Muchos negros veo desde que desembarqué —dijo.

—Pocos hay todavía —don Gaspar bebió. Necesitaríamos miles más para incrementar la producción de azúcar. Yo mismo requiero de tres decenas para la cosecha de este año y se me dificulta encontrarlos.

Francisco se interesó. Anteriormente no había pensado mucho en los negros. En realidad, sólo sabía que en La Habana, una plaza más de las Indias, era posible hacer buenos negocios con el comercio, en especial el de azúcar.

—¿A cómo se venden los esclavos? —preguntó.

—El pasado mes las piezas costaron ciento ochenta y cinco pesos, los mulecones ciento setenta y cinco y los muleques ciento cincuenta, pero los precios suben constantemente y nadie sabe a cómo estarán mañana, todo depende de las cantidades recibidas que no son muchas para tantos solicitantes.

Francisco no pudo evitar un gesto de interrogación que no escapó a don Gaspar.

—Sabrá usted —dijo— que las piezas son los negros adultos recién llegados, los mulecones los jóvenes y los muleques los niños.

—Por supuesto —mintió Francisco y las ideas galoparon en su cabeza—. He oído decir que los ingleses manejan el comercio con África.

—Son los que tienen más experiencia y mejores condiciones —don Gaspar se levantó— pero ya tendremos tiempo de hablar de ése y otros asuntos, ahora vamos a almorzar porque se me figura que no habrá comido nada aún. ¿Su equipaje está en el barco? Mandaré por él.

Del despacho pasaron al comedor donde, frente a una gran mesa de caoba pulida, aguardaban la esposa y la hija de don Gaspar. Francisco besó las manos de doña Luisa y de Piedad, que le sonrió. Él la miró bien y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar enseguida la vista. Ella era fea, muy fea, con dientes picados y una nariz ganchuda y sólo los ojos verdes, transparentes, resultaban agradables en su rostro. “Un rosal en el centro de un pantano”, se dijo Francisco sonriéndole. Don Gaspar se sentó a la cabecera, Francisco a su lado, frente a doña Luisa y junto a Piedad que olía a jazmín y azahar. “Por lo menos huele bien”, pensó él y fue a decir algo, pero dos sirvientes comenzaron a servir la mesa y una vez más Francisco tuvo motivos para sorprenderse. Si aquella casa no era verdadero palacio, la comida sí era, por lo abundante, la de un príncipe, y lo servido allí bastaba y sobraba para alimentar a todos en casa de su tío varios días. Nunca se había sentado él a mesa tan rica a la cual trajeron, primero, una sopera humeante de caldo de pollo que pronto dio paso a fuentes con carne de puerco y de res guisada, bacalao en tomate, plátanos asados, maíz y calabaza. Cuando creyó que todos los platos estaban ya servidos, un negro puso en el centro de la mesa una bandeja sobre la cual venía un enorme pollo asado en su propia salsa y rodeado de rodajas de piña, fruta desconocida por Francisco para quien piñas, guayabas, mameyes, guanábanas eran manjares exóticos, nombres oídos alguna vez en el puerto de Cádiz de labios de marinos y viajeros procedentes de las Américas.

Después de la sopa, don Gaspar, sin mucho ceremonial, tomó una pechuga y también se sirvió plátanos y maíz. La familia probaba una carne y otra, uniéndolas a las viandas. Acostumbrado a la frugalidad, Francisco se preguntó qué clase de gente era aquella que vivía en calles llenas de fango, pero despilfarraba comida que, sin duda, sobraría y se botaría. En Cádiz, se dijo, esos alimentos no eran gastados con tanta prodigalidad.

Don Gaspar, viendo que su invitado, apenas sin beber, sólo comía del bacalao y no probaba otras carnes, le brindó una copa de vino y pinchando con el tenedor un pedazo de puerco de su propio plato se lo ofreció.

—Beba usted y brindemos por su arribo a La Habana —dijo y alzó su copa.

Francisco levantó la suya y después de beber, el calor y el vino le provocaron soñolencia y pesadez. Varias moscas volaban a su alrededor y él las apartó mientras luchaba por vencer la modorra.

“Estoy en La Habana”, se repitió y miró todo con asombro, como si al quedarse dormido en Cádiz hubiese despertado, de repente, en un lugar desconocido, junto a extrañas personas.

—¿Y qué planes trae? —le preguntó doña Luisa y mordió un muslo de pollo.

Francisco mantuvo en el aire la copa de vino.

—Como todos, establecerme, dedicarme a los negocios —dijo y bebió un sorbo—, algo traigo para comenzar y con alguna ayuda...

—¿Y luego regresar a la península? —Piedad habló por primera vez y su aliento olía a agua estancada.

“Por algo se echa tantos perfumes”, pensó Francisco.

—¿Regresará? —doña Luisa sonreía.

Para Francisco no había dudas en la respuesta. Después de enriquecerse iba a retornar a su tierra, allí donde estaban los suyos y su mundo. La Habana era sólo tierra de paso y de aventura. Igual hubiese podido marchar a Caracas o a México si su tío hubiese tenido relaciones en esas regiones.

—No sé aún. En Cádiz está mi tío —dijo evasivamente, no queriendo ser descortés con sus anfitriones.

—¿Y si se casa con una criolla? En La Habana no faltan mozas muy guapas —dijo doña Luisa.

Don Gaspar terminó de masticar un trozo de puerco.

—No regresará —exclamó enfáticamente y con un manotazo apartó una mosca de su plato—, se lo digo yo que conozco bien a los que vienen de allá. Se quedará en La Habana, igual que todos.

Por la noche, en el cuarto que los Lorente han puesto a su disposición, Francisco, abrasado por el calor bajo el mosquitero, se mueve inquieto y su mente es un río desbordado, henchido por una lluvia de ideas. Poco a poco, se va quedando dormido diciéndose que para un hombre hábil e inteligente, como él, no será difícil hacerse rico en La Habana, sólo necesitará trabajar duro y tener buenas iniciativas: ¿por qué permitir a los ingleses traficar con los negros, de los que se obtenían inmensas ganancias, y no traerlos él mismo?, se pregunta y cierra los ojos. “Me haré rico y regresaré enseguida a Cádiz.”

Por supuesto que no regresó, se quedó, el muy cabrón, toda la vida aquí para desgracia de los cubanos y en secas fornicaciones con la horrible Piedad, la de los dientes picados y el aliento podrido, engendró-fundó engendros desfondados, a todos los que llevamos, mal-llevamos, re-usamos su apellido y a otros muchos que no lo tienen y sí debieran tenerlo, tuvo a mi tatarabuelo y a mis tíos tatarabuuelos, y después copuló-procreó, con su cúpula de hierro a cientos de negras, bozales, cuarteronas, ochavonas, mulatas, blanconas, negras-mulatas, mulatas-blancas, chinas, chinas-mulatas, en las que sembró su semilla con floridos aguaceros, formando valles y vallecitos por toda la Isla, aunque en muchos no reluciera el tal apellido y llevaran el de Fernández, Manrique, López o cualquier otro, tomados de sus madres o de los maridos de sus madres, pero todos hijos de mi fructífero antepasado que maduró su idea, su formidable idea, brillante como un arcoiris, de suplantar a los ingleses en el negocio de trasladar felices-infelices africanos a Cuba e inundó el país de sacos de carbón (robles convertidos en cenizas), en cada barco cientos, doscientos veinticinco mil entre 1790 y 1820, yorubas, congos, minas, gangas lukumíes, mandingas, ararás, bambaras, guangui, riqueza de esta gloriosa Isla, bienestar de ilustres blancos, marqués de Casa Montero de la calle de Empedrado número diez, Julián de Zulueta, presidente del Casino Español y coronel de Voluntarios, viuda de Jústiz de la Calzada del Cerro, negros para Chacón, Hermanos y Cía. con bufete en la calle Línea 92, para Pedro Arencibia del Banco Arencibia, para el presidente constitucional Alfredo Zayas, para el presidente anticonstitucional Fulgencio Batista, para mi hermano Javier Valle, para mí, Antonio

Valle, manantial de hombres, brazos para el fomento de la agricultura cubana, salvajes, sacos de carbón, bultos, monos con taparrabos, piezas, muleques, mulecones, niches, totíes, capturados por reyes y reyezuelos africanos, transportados como reses al matadero en navíos ingleses, españoles, norteamericanos, portugueses, franceses, dinamarqueses, inmundos barcos de inmundos blancos, desde Río Gallinas, Río Pongo, Bonny, Nun, Calabar, vía Puerto Rico, hasta la gloriosa y siempre fiel, ésta, nuestra villa de San Cristóbal de La Habana. En el nombre del padre. Amén.

En La Habana Francisco no adelantaba en los negocios como hubiese querido y se desesperaba. Soñaba con grandes empresas y debía conformarse con la representación de los intereses de su tío. “No puedo continuar así”, pensó. Para vivir de aquella manera habría sido mejor quedarse en Cádiz o marchar a la Nueva España o a Venezuela, donde según se comentaba, los negocios eran magníficos. “Me iré a Cádiz o a cualquier otra parte”, se repetía cuando en el puerto vio un velero de tres palos llamado El Afortunado que le gustó por el porte marinerío, la reciedumbre de las maderas y lo amplio de la cubierta. Al saber que su capitán, un tal Rojas, sin carga aún para el regreso, buscaba algún negocio que rindiera buenas ganancias, Francisco dejándose llevar por una corazonada decidió que era el momento de llevar adelante un viejo plan. Sin pensarlo dos veces, fue enseguida a la mansión de los Lorente donde la familia se preparaba para almorzar.

Mientras comen, Francisco le habla a don Gaspar del Afortunado y del capitán Rojas.

Don Gaspar aparta el plato, bebe un sorbo de vino rojo y se limpia con una servilleta.

—Conozco al capitán —dice mirando a Francisco—, ahora estará empeñado en no perder su plata.

Doña Luisa termina de comer y coloca los cubiertos sobre el plato.

—Algo hará porque con las bodegas vacías no va a partir —dice y se pasa los dedos ensortijados por el cabello, recogido en un gran moño.

—Eso creo yo —dice Francisco y sorprende la furtiva mirada de Piedad que le observa con ojos inquietos. Él la mira pero ella, ruborizándose, baja la cabeza.

Un esclavo trae los postres y al terminarlos, doña Luisa y Piedad se retiran y Francisco queda a solas con don Gaspar.

—Ah, si no fuera por esta brisa el calor sería insoportable —don Gaspar respira con placer la brisa marina que entra por una de las ventanas del comedor.

Francisco mira hacia el puerto y divisa las velas del Afortunado.

—Tengo un negocio que proponerle —dice de pronto.

Don Gaspar cambia de posición en su asiento.

—¿Cuál?

Francisco se levanta. De la calle llegan gritos de personas que discuten.

—La contrata de un barco —dice y su voz es un hacha cortante.

—¡Un barco! ¿Y para qué necesito yo un barco?

En la calle los gritos se hacen más fuertes y desde la ventana Francisco observa indiferente una riña a golpes.

—Ya sabemos el gran negocio que se hace con los negros —dice.

—Al grano.

—Contratemos el barco del capitán Rojas. Pongamos el dinero y traigamos los negros por nuestra cuenta.

Don Gaspar se levanta también, se acerca a la ventana y mira hacia la calle, pero ya la riña ha cesado y otra vez todo está silencioso.

—Ése es un asunto de los ingleses que manejan los hilos del negocio en África —don Gaspar habla lentamente como si con la boca estuviera dibujando las palabras.

Francisco lo observa atento.

—He oído sobre un vasco dueño de una factoría en Río Gallinas donde siempre tiene hasta mil negros preparados para vender. Pudiéramos entrar en tratos con él y obtener los sacos de carbón a mucho menos precio que en La Habana. Una parte la venderíamos y la otra la reservaríamos para vuestras tierras.

Don Gaspar se sienta nuevamente.

—Ésos son rumores, habladurías de marino. Además mi negocio, bien lo sabe usted, es el azúcar y el comercio.

Impaciente, Francisco se domina para contener la ira que comienza a ganarle. “El miserable y tacaño viejo no quiere arriesgarse”, piensa.

—El negocio de los negros os producirá el doble.

—A los negros los necesito en mis tierras, pero traerlos y venderlos no es mi asunto —la voz de don Gaspar es muy baja.

Francisco extiende los brazos hacia arriba con las manos muy abiertas.

—Ése es el negocio del nuevo siglo, don Gaspar, quien controle la entrada de sacos de carbón dominará el país.

El rostro de don Gaspar tiene la serenidad de un santo.

—Ya estoy muy viejo para entrar en negocios complicados —el santo sonrío.

—Pero yo soy joven —Francisco apenas se domina.

—Ah, si usted fuera de la familia —la voz de don Gaspar se hace paternal—, ya sabe cuánto lo queremos todos aquí. Entonces sí podríamos hacer grandes negocios juntos.

Después de aquellas palabras, se separaron sin llegar a ningún acuerdo. Días más tarde, Francisco, luego de meditar en la vida que tendría al lado de una mujer fea y tonta a la cual no amaba, fue a ver al patriarca habanero y le pidió la mano de su hija. Don Gaspar lo abrazó con cariño y a la mañana siguiente le comunicó que doña Luisa y Piedad estaban de acuerdo con la petición. También le dijo que había reflexionado sobre el asunto de los negros y con gusto participaría en el negocio.

Esa misma tarde, Francisco visitó en su barco al capitán Domingo Rojas.

El capitán era hombre magro de carnes, pero fuerte, rostro pálido, barba muy negra y ojos como de estatua que no conocían el movimiento. Estaba vestido de negro y tenía una pequeña biblia entre las manos cuando recibió a Francisco en su camarote, en una de cuyas paredes colgaba un cuadro de Cristo en la cruz. Con un gesto le indicó a Francisco que tomara asiento.

Francisco fue directamente a su asunto sin perder tiempo. El capitán sufría, era obvio, pérdidas por la estancia en el puerto sin carga adecuada de regreso y seguramente buscaba un negocio ventajoso. Él venía a proponerle uno.

Rojas le miró, desde más atrás de los ojos y preguntó sin apenas mover los labios. La respuesta de Francisco fue inmediata. Traer esclavos desde África. Él pondría la parte principal del capital, Rojas, el barco y un poco de dinero. Las ganancias se repartirían, después de la venta de los negros, proporcionalmente a lo aportado por cada uno.

—Nunca hice ese negocio —dijo Rojas secamente.

Francisco se puso de pie.

—Yo tampoco, pero ahora es muy provechoso y los dos lo sabemos. Pensadlo y dadme vuestra respuesta mañana.

Poco a poco con precisión de taxidermista, has ido armando el esqueleto del pasado familiar. Ahora debes cubrirlo de carne, músculos, nervios, arterias, para hacer de él un cuerpo vigoroso, capaz de dar la imagen total de los Valle. “Sin embargo”, dice tu hermano Antonio y fuma un cigarrillo oscuro, fino, “algo falta, un detalle, sin el cual la obra quedará incompleta, como el retrato de un rostro al que no le pintaran las orejas”.

“¿Qué detalle?” “Los ene, e, ge, ere, o, ese”, Antonio es burlón, he ahí el detalle, la palabra de la casilla aún vacía en tu crucigrama humano, los negros, personajes también importantes en ese teatro histórico. “Ya has comenzado a situar a los blancos”, el humo fuerte, pestilente que sale por la boca y la nariz de Antonio te molesta, “pon a los negros”, tras el humo viene la risa alocada de tu hermano.

“¿Negros? ¿Para qué hacen falta? ¿Quién los necesitó en la familia?”, contestas molesto, pero sabes que mientes, sin ellos, sin su jugo agri dulce, rancio, el árbol Valle no hubiese crecido robusto; sin los más de diez mil africanos traídos por Francisco y Fernando no habrían molido los ingenios Valle, no se habría tendido la línea del ferrocarril.

“Sobre eso tengo mis opiniones”, ha dicho el profesor Torrente una noche mientras hablaban del pasado, “creo que las cañas hubiesen podido ser cortadas por peones blancos o chinos y en cuanto al ferrocarril una buena parte se construyó con asalariados canarios, irlandeses, norteamericanos... los negros nunca fueron imprescindibles y sólo han sido elementos de atraso en la nación y cultura cubanas”.

“No voy a discutir, ése es tu asunto”, te dice Antonio y mira el techo, “pero ¿y los cientos de negras que se tiró-forzó Francisco? Para hablar de él hay que tenerlas en cuenta y a sus hijos también. Verlos, oírlos, junto a los blancos en un gran coro polifónico”, te sorprende la manera de pensar de Antonio, aunque más te sorprende su actitud en defensa de los negros.

“¿Se estará acostando con una negra?”, piensas. Seguramente lo hace por ir a la contraria, como siempre, y mañana dirá que los negros son unos salvajes.

“¿Por qué no investigas la vida de aquella esclava que según esa carta”, Antonio señala un viejo papel amarillento en la mesa de trabajo, “mordió a Francisco en el puerto?”

Ahora eres tú quien ríe. No posees suficiente información, no puedes inventar, “no soy novelista”, has repetido con frecuencia.

“No es necesario pertenecer a la inmundicia de los descomponedores de palabras, mendicantes, buscadores de migajas, para conocer o imaginar esa historia.” Antonio no responde eso, pero sabes de sus criterios y por su mirada torcida deduces que pudiera pensar así.

“No conozco bien a los negros, ni sus costumbres”, explicaste una noche conversando con el profesor Torrente. “No importa, ¿quién los conoce bien?, ni ellos mismos se conocen”, la mirada de Antonio se hace indiferente, “con tu cultura general y un poco de investigación podrás entroncarlos en la historia familiar”.

En uno de los tantos viajes de El Afortunado al África, Francisco y Rojas calcularon traer cien esclavos, pero el capitán era hombre de carácter emprendedor y al ver, en Río Pongo, que la compra resultaba muy costosa, por los altos precios pedidos, decidió correr fortuna y navegar al sur, hacia una zona de africanos belicosos poco frecuentada por los tratantes, en la cual, según había oído, la mercancía se vendía más barata. La suerte le sonrió y pronto pudo hacer negocio con un reyezuelo local que, a cambio de veinte fusiles, diez barriles de pólvora, cinco atados de tela y dos barricas de ron, le propuso entregarle todos los cautivos que el capitán requiriese. Cuando el reyezuelo hizo su oferta, Rojas, recordando las dimensiones del velero, las provisiones que cabían a bordo, el tiempo de regreso y las posibles ganancias, no titubeó en la respuesta: doscientos negros. Enseguida ordenó despejar la cubierta, sacar de la bodega todo lo que no fuera imprescindible y echarlo al mar (y prescindibles fueron varias plantas de plátano llevadas para sembrar en La Habana y una cotorra enjaulada que ya molestaba mucho al capitán con sus chillidos nocturnos).

Cuando los africanos estuvieron repartidos entre la bodega y parte del puente, amarrados, sentados uno en las piernas de otro, hasta tres, Rojas llamó al contraмаestre “dos cucharones de agua y una galleta al día para cada saco de carbón”, dijo y se fue a descansar en su camarote, cansado de la negociación, por señas, con el reyezuelo local, quien al hablar, golpeándose el pecho con las manos, mostraba una blanca dentadura de dientes como de tiburón, limados y afilados.

Entre los cautivos, el capitán aceptó algunas mujeres, una de las cuales, al subir a bordo, le llamó la atención. Semidesnuda como todos, los senos firmes al aire, mantenía la cabeza erguida y sus ojos mostraban más sorpresa y admiración que temor. “Me gusta”, se dijo Rojas y ordenó ponerla aparte y alimentarla con ración especial. Cuando al atardecer del día siguiente la condujeron a su camarote, la contempló a gusto, con un deseo sexual exacerbado durante cincuenta días de navegación sin contacto carnal pues, a diferencia de otros capitanes, Rojas no era dado a sodomizar a sus hombres y rechazaba tal práctica, aunque la dura realidad marina le obligara a cerrar los ojos y permitir la frecuente sodomía entre la tripulación.

Por señas le ordenó a la cautiva que se acercase pero ella no se movió, la vista hacia arriba como si él no existiera. Rojas extendió el brazo, la esclava retrocedió y con la mano hizo un movimiento que el capitán había visto en ciertos africanos de la costa de Camarones considerados hechiceros. Rojas se detuvo sorprendido, pero enseguida, con un brusco movimiento, haló a la esclava, le acarició un seno y cuando quiso tocarle el bajo vientre ella le empujó, haciéndole perder el equilibrio. Él pudo asirse a su hamaca, colgada en el centro del camarote, e, irguiéndose, después de golpearla en el pecho la derribó sobre el piso.

A horcajadas sobre ella estaba, la mano alzada para abofetear, cuando fue interrumpido por gritos de alarma en cubierta. Dejando a la mujer, Rojas se puso de pie y tomó su pistola. Apenas salir del camarote un africano intentó pegarle con una barra de hierro, pero el capitán tenía los reflejos rápidos y, esquivando el golpe, disparó la pistola. El otro se dobló sobre sí mismo y Rojas le acuchilló dos veces el cuello con el puñal que siempre llevaba en la cintura. Sin aguardar a que el esclavo terminara de desplomarse, fue hacia el entrepuente donde los marinos peleaban contra varios africanos, uno de los cuales corrió y se lanzó al agua.

La rebelión se hallaba bajo control. Sin que se supiera cómo, once esclavos habían logrado desatarse y armarse con cuchillos y barras, pero, antes de liberar al resto de los cautivos, fueron descubiertos. Ahora, cuatro yacían muertos y seis heridos. “Hijos de putas”, gritó Rojas y tomó las disposiciones necesarias para el caso. Los marinos muertos serían sepultados en el mar, dentro de sacos atados a lingotes, cada uno con una pequeña cruz de madera entre las manos. “Que Dios les reciba”, exclamó el capitán en presencia de la tripulación cuando los cadáveres cayeron, uno tras otro, a un mar de aguas serenas y pulidas.

El médico de a bordo atendió a los heridos. Los marinos no estaban de cuidado y en poco tiempo podrían volver al bregar del buque. Los africanos en peor estado, algunos mal heridos, quizá tardaran en restablecerse. “Los quiero vivos. Ya hemos perdido dinero con los negros muertos y no quiero más

fallecimientos. Al señor Francisco no le gustará. Además, deben vivir para recibir su castigo, como ejemplo para todos”, dijo Rojas y observó cómo los cadáveres de los africanos, desnudos y sin ningún peso que los hiciera hundirse, eran lanzados al agua, donde ya rondaban los tiburones. “Hoy tendrán buen alimento”, pensó y recordó a la mujer en su camarote. Hombre muy supersticioso, el capitán se dijo que aquella negra le había traído mala suerte y perdiendo el interés, ordenó que se la llevaran. La esclava fue sacada del camarote y esa misma noche la violaron el segundo de a bordo y el contraataca que, sin compartir los prejuicios de su patrón, la encontraron muy de su agrado.

A la semana, el cirujano hizo el anuncio de que los esclavos heridos se hallaban fuera de peligro y podrían resistir el castigo. Mientras el médico hablaba, Rojas se puso la casaca y dio la orden de prepararlo todo y reunir en cubierta una buena cantidad de africanos para que presenciaran cómo los blancos castigaban a los revoltosos. Una hora después, al salir el capitán del camarote, ya un condenado, completamente desnudo, estaba atado por los pies y las manos a un mástil. Alrededor, un grupo de esclavos, rostros temerosos y macilentos, aguardaban silenciosos. A una orden de Rojas, un marinero pequeño y forzado como un gorila alzó un látigo y dio inicio a la azotaina. Después de cincuenta azotes, el marino se detuvo y miró al capitán, que ordenó continuar. La sangre corría por la espalda del castigado quien, a cada latigazo, gritaba, contrayendo el cuerpo en la espera del siguiente golpe. Finalmente, cuando su espalda era un gran verdugón rojo pardusco, donde la sangre se mezclaba con jirones de piel, aflojó el cuerpo y su cabeza colgó inconsciente. Enseguida, trajeron al segundo condenado, quien sólo resistió sesenta latigazos antes de caer desmayado. Un marino alto, fuerte, en cuyas manos el látigo parecía un juguete, inició la golpiza del tercer rebelde que, desde el primer golpe chilló y lloró, sin parar, hasta defecarse.

Rojas hizo un gesto de asco y, sacando de la casaca un pañuelo perfumado lo llevó a la nariz. Los marinos echaron un balde de agua salada sobre el flagelado que recobró el conocimiento y al sentir la sal en sus heridas volvió a chillar. Cansado de tantos gritos y del mal olor, Rojas mandó pasar al cuarto hombre, quien soportó cien azotes sin desmayarse y apenas gritar. “Un negro valiente, debe ser lukumí”, razonó el capitán y ya no se interesó en el castigo de los dos últimos rebeldes, cuyas heridas estaban mal cerradas y no soportaron más de sesenta latigazos cada uno.

“Es suficiente, con eso aprenderán”, gritó Rojas y fue a corregir la derrota del velero que aún tenía un largo camino por recorrer. En cubierta, el contraataca y dos marinos untaban las espaldas de los flagelados con un emplasto de pólvora de cañón, jugo de limón y pimienta en salmuera, preparado, y especialmente recomendado, por el cirujano de a bordo para cicatrizar y evitar la gangrena. Los castigados debían sanar, sin quedar tullidos, y ser vendidos como los demás esclavos.

Navegaron treinta días más y un plumizo amanecer, impulsados por vientos de popa que tensaban las velas y hacían crujir sordamente el maderamen de la embarcación, llegaron a la vista de La Habana.

Después de reconocer, a través de su catalejo, la silueta del Morro, Rojas ordenó tirar al mar a dos esclavos moribundos. “Qué lástima”, pensó disgustado, “si hubiesen resistido un poco más los habríamos vendido por lo menos en cien pesos”.

Francisco aguardaba en el muelle y saludó afectuosamente al capitán que le hizo un relato pormenorizado del viaje, aunque no creyó necesario informarle que el contraataca había muerto al caer, fortuita y absurdamente, de la vela mayor y el segundo de a bordo llegaba muy grave, aquejado de una súbita enfermedad.

Francisco escuchó el relato y lo aprobó todo. Ciertamente que, a partir de la segunda semana de navegación, el capitán tuvo que arrojar al mar, casi diariamente, a un africano, muerto o moribundo, y varios esclavos no valían mucho de tan depauperados, pero venían setenta sobre lo calculado originalmente. Aquello, pensó Francisco, compensaba con creces las otras pérdidas. La ganancia neta no bajaría de cincuenta mil pesos. “Dios mío”, se dijo contento, “qué hermosa es la vida en La Habana. Unos cuantos viajes más como éste y seré rico, muy rico”.

Ah, beco lei

—No te entendemos, habla como los cristianos.

Ah, agó

—¿Quién eres? Habla.

Más allá del agua, en la tierra de las muchas lluvias fui rey, mosquito, cocodrilo, sacerdote, guerrero, y aquí, en la tierra estrecha, fui esclava, perra...

—¿Fuiste esclava? ¿Conociste a los Valle? Háblanos de esa vida.

Ah, nací en Oyó y morí en La Habana durante la epidemia del cólera. Enterrada estoy en una fosa del cementerio del obispo Espada donde me tiraron, envuelta en un saco, el negro Miguel y el mulato Félix, también esclavos de la familia Valle a la cual yo serví durante muchos años.

Mi padre, un sacerdote sabio y fuerte como el cocodrilo, me instruyó desde niña en las cosas secretas, pero jamás pude ser sacerdotisa porque una mañana, poco antes de mi iniciación, mientras recogía frutas fuera de la aldea, tres ibibis de dientes limados, semejantes a los del tiburón, me atacaron, llevándome con ellos a la fuerza. Sin parar, caminamos tan lejos como el sol y, finalmente, un atardecer llegamos a una playa donde encontré, amarradas, a gentes de mi reino.

Apenas dormí aquella noche y cuando en la mañana desperté vi a hombres de piel lechosa quienes nos arrastraron hacia una canoa tan grande como dos elefantes juntos, con altísimas lanzas de madera que sostenían pedazos de telas. Mucho después supe que la canoa se llamaba nave, las lanzas mástiles y las telas velas.

A latigazos nos hicieron subir a la canoa y en ella descender por un hueco en el piso, al final del cual seguramente nos esperaban, me dije, para devorarnos. Yo no bajé. Un blanco, ojos de buitre, me llevó aparte y me dio de comer y beber. A mi alrededor vi vasijas y toneles con la boca abierta, donde ikú estaría oculta. ¿Por qué los blancos no cierran las viviendas de ikú? ¿Tienen pacto con ella?, me pregunté, pero nadie, ni el viento, contestó. Sólo algunas mujeres, temerosas de ser comidas, gritaron, llamando a los dioses, pero sus gritos fueron cortados por los látigos y no pudieron ir lejos. Entonces la canoa comenzó a navegar sin que ningún remero la impulsara, movida por la ayuda de los dioses blancos. La magia me rodeaba.

Al llegar la noche no me habían comido. Los dioses me protegen, dije, y fui quedándome dormida mientras miraba el cielo en el cual las estrellas eran chispazos de una gran hoguera. ¿Olofi, adónde vamos?

Ah, cuánto tiempo pasé en la gran canoa, sobre el agua que nunca termina, con tanta sed y hambre, sin árboles, lejos de la tierra, sin adorar a los dioses.

Dormida durante el día en uno de los huecos de la canoa, ikú salía al anochecer, pasaba junto a mí sin tocarme y, soplando en la cara de alguno de nosotros, le abría mucho los ojos y lo llevaba hacia nuestra tierra. Iba y venía en la oscuridad muy rápida ikú. Ya antes de salir el sol, yo oía su ruido al esconderse, como una rata, en aquellos huecos. ¿Por qué ikú no me sopló en los ojos para que también se abrieran y volver a casa? Varias veces se lo pedí, pero ella, sin responder, continuaba su camino, silenciosa como el leopardo, lejana como el cielo. Tanto se lo pedí que una noche se detuvo y sin mirarme habló. Mucho faltaba aún para mi viaje final. Mientras, debía sufrir y soportar. Ah, sufrir y soportar. ¿Hasta cuándo?, pregunté. “Hasta que el aire humee y los tambores de metal suenen por todas partes; entonces los tuyos te echarán entre los iguales a ti que no son tuyos y te llevarán, ayudados por el mulo, y yo me reiré”. Eso me dijo ikú, aquella noche y después desencadenó a un niño y partió con él, dejando su cuerpo tirado para alimento de los blancos.

Ah, sufrir, pero no soportar al sucio blanco de barba negra, boca de hiena, que en el barco quiso forzarme, sufrir y soportar a los dos marinos que me amarraron y me tomaron, sufrir y maldecirlos, sufrir y soportar viendo a los hombres castigados a latigazos, sufrir al amo Francisco, sufrir.

Con atención miras el álbum fotográfico y ves el daguerrotipo de la tatarabuela Natividad, sentada en un sillón de alto respaldo. Tras ella, de pie, su padre Francisco, fuerte, apuesto, viril, patillas y bigotes espesos, te acecha con ojos inmóviles que parecen clavos remachados, duros, de hombre acostumbrado a imponer su voluntad. Mucho te impresiona Francisco y esa su mirada obsesa de poseído. En broma te has preguntado qué harías si resucitara y te interrogara sobre si supiste cuidar e incrementar la fortuna de los Valle. Algunas veces la broma deja de ser tal y en los lugares más diferentes, en el baño, caminando por la calle, acostado en la noche, has tenido la rara sensación de que en tu interior una voz desconocida (¿la de Francisco?) te reprocha tus pésimos manejos financieros. “El estrés, la mucha carga emocional”, dice el psiquiatra y te receta unos calmantes. Tú los tomas, pero sigues preocupado y recuerdas a Modesto, hijo de Francisco, que murió loco, amarrado a una cama, gritando que dentro de él estaba un negro moro venido para matarlo. También piensas en Dolores Fernanda y en tu hermano Antonio, en sus visiones y en sus cuentos de que habla con gente del pasado. “La borrachera extrema puede producir las más insólitas alucinaciones”, explica el psiquiatra, “sería bueno que también él viniera por la consulta”.

Antonio siempre tan extraño; sus muchas fotos están ahí, en el álbum; recién nacido, jugando con una maruga, en la primera comunión, montando un poni, junto a ti, con el rostro lloroso, probablemente por alguna maldad de Marcelo, el más pícaro en preparar maldades de manera que la culpa recayera sobre ti o en el infeliz de Antonio, quien, después de unas cuantas fotos, ya tiene veinte años en esa fiesta del Biltmore en la cual se ve, como siempre, ausente, reconcentrado, semejante a un ermitaño en medio del desierto, perdido en cavilaciones. Sus otras fotos de adulto son similares. En la mayoría se encuentra solo y cuando aparece acompañado es como si estuviera aislado, el aire de tristeza, la mirada en la lejanía, las manos en los bolsillos o escondidas a la espalda. Sus últimas fotos son de Nueva York y La Habana. En una está sentado a la barra de un bar no identificado, quizá el Alí o el Twentyone que en todos ellos estuvo entonces. La fotografía, papel de mala calidad, movida, fue hecha, probablemente, por un fotógrafo aficionado, quizá otro bebedor o el mismo barman, pues entre las poquísimas gentes con las que se relacionaba estaban los barman. A su lado se encuentra una mujer de ojos grandes que sonrío con picardía a la cámara mientras mantiene su mano sobre la de él, que no la mira a ella y sigue triste, recogido en su propio mundo, sin importarle, por lo visto, la mujer, ni nada de lo que sucede a su alrededor. La misma mujer aparece en varias vistas más con Antonio, tomada de su brazo, apretada contra él, siempre sonriente, bella, fresca; en una de las fotos van por una calle, que alguien ha dicho que es de Madrid, pero no hay certeza, en otra están dentro de un bar, que ya, por los entrepaños, se ve que es el Montmartre y porque también ahí está fotografiado Charles el barman. Pero, la mujer, ¿quién es? Antonio nunca lo dirá porque sencillamente no recuerda lo hecho una hora atrás. Quizá el barman lo supiera y cuando en una oportunidad fuiste al Montmartre la curiosidad te picó y preguntaste. Él se acordaba, sí, y tú todavía recuerdas sus palabras aunque evocaban un hecho intrascendente: “se llamaba Marta”, dijo Charles, “y es lo único que sé de ella. Se conocieron aquí en el bar. Ella acostumbraba a sentarse en aquella mesa de la esquina y él en la barra, pero un día los vi conversando en la mesa. No, no era una prostituta, pero sí una mujer rara. Después comenzaron a venir juntos, casi todos los días sobre las nueve y se iban como a la una o a las dos de la madrugada. Sentados en la barra, pues a él siempre le gustó sentarse ahí, conversaban, más bien ella hablaba y él la oía y bebía en silencio; a veces, hablábamos algo; él se burlaba de algunos parroquianos muy estirados que venían por aquí”. “Míralos”, decía, “se creen muy importantes porque tienen cien pesos en el bolsillo y un auto en la puerta, pero son basura, yo también tengo cien pesos y puedo tener un auto y soy basura, son basura, Marta, son basura, Charles, yo lo sé bien”. “Cuando comenzaba a hablar así ya había bebido bastante y se ponía desagradable, y ella trataba de controlarlo con mucha delicadeza, pero él seguía repitiendo lo mismo y al final, antes de que ella se lo llevara, terminaba siempre igual: son basura, tan basura como los Valle que no son más que polvo.”

Los primeros esclavos bajaron hasta el muelle y se detuvieron al pie de la escalerilla del barco, entorpeciendo el descenso, sin saber qué hacer, aterrorizados frente a un paisaje nunca visto de carruajes,

hombres y edificios extraños. Sólo cuando los látigos golpearon sus espaldas volvieron a caminar y aprisa fueron conducidos, siempre a latigazos, a un galpón en el extremo del muelle. Allí los desataron y un hombre corpulento, estaca en mano, les ordenó, por señas, que se vistieran con ropas apiladas en el suelo. Sin comprender, los esclavos sólo atinaron a retroceder y mezclarse entre sí. El hombre repitió su indicación y al ver que no era obedecido levantó la estaca y con toda su fuerza golpeó al africano más próximo. Después, abalanzándose sobre otro, le arrancó de un tirón su harapiento taparrabos y le obligó a ponerse una de las piezas de tela; enseguida se fue contra un tercer cautivo, pero ya todos habían comprendido y se apresuraban a vestirse.

En un extremo del muelle, Francisco, después de hablar con el capitán Rojas, observaba el descenso de los esclavos y su entrada al galpón. A su lado, Fernando Toledo fumaba un grueso tabaco.

—Listos están esos sacos de carbón —dijo y aspiró el humo del tabaco.

—Pero llegan setenta por arriba de lo hablado y eso nos dará una buena ganancia aunque los vendamos muy baratos.

—¿Los aceptarán así? —Toledo se rascó la cabeza.

—Seguramente. La zafra comienza y es mucha la falta de brazos. Con tal de que corten la caña hasta cojos y tuertos los recibirán, lo importante es que puedan agarrar bien el machete.

—Se me figura que estos negros van a tener que agarrarlo con los dientes.

Francisco rió.

—Con los dientes o con lo que sea tendrán que cortar la caña —dijo y echó a caminar—, ya los deben de haber vestido, veamos cómo están.

—No soporto el olor que despiden —dijo Toledo y siguió a Francisco.

En la entrada de la barraca, el hombre del garrote, quitándose el sombrero, saludó respetuosamente. Ellos no respondieron al saludo y entraron. Adentro olía a humedad, orines, sudor, excrementos, carne putrefacta.

—Qué asquerosidad —Toledo se detuvo y se llevó el pañuelo a la nariz. Sin detenerse, Francisco caminó hasta el fondo donde se encontraban los africanos amontonados. Lentamente los fue observando, tocándolos, palpándole un músculo a éste, abriéndole la boca a otro, los ojos a aquél. Así de uno en uno hasta llegar a un negro joven tirado en el suelo que se quejaba sordamente. Francisco le golpeó levemente con la punta de la bota y al ver que no se movía se inclinó y le tocó la frente.

—Éste se muere —dijo y al pararse vio a una negra joven, alta, de senos grandes y erguidos, que le miraba. Él se acercó pero ella retrocedió, las aletas de la nariz dilatadas, el miedo y el odio en los ojos.

—¿Cómo te llamas? —dijo Francisco olvidando, por un instante, que los esclavos no entendían español. Por respuesta, la mujer hizo un ruido con la boca que a Francisco le pareció el gruñir de una fiera.

—¡Pero hombre, no os acerquéis. Es peligroso, los negros pueden estar infestados! —exclamó Toledo—, ¡salid de ahí!

—Éste es mi negocio y sólo así puedo escoger los mejores —dijo Francisco y, alargando el brazo, puso su mano sobre la mejilla de la esclava, le abrió un ojo, lo observó, le tocó la nariz, se detuvo en los labios, fue a abrirle la boca. No pudo porque la esclava le lanzó un violento mordisco.

—Cuidado —gritó Toledo.

Francisco retiró la mano, pero no tan rápido como para evitar que los dientes de la mujer le rasguñaran, y asombrado miró el pequeño hilo de sangre que corría por su dedo. Entonces, furioso, pateó violentamente en el estómago a la esclava que cayó al piso. Al ver lo sucedido, el guardián de la barraca comenzó a golpear con su garrote a la negra.

—Basta, basta —ordenó Francisco y el hombre detuvo la golpiza.

Toledo le tomó la mano herida.

—No es nada, sólo un rasguño —dijo Francisco.

—Os dije que no os acercarais. ¿Por qué detuvisteis el castigo?

—El mayoral casi la mata y no deseo perder mi dinero.

—Buena pieza es esta negra. Debe ser carabalí —Francisco se volvió hacia el mayoral.

—Incluidla en mi lote —dijo y fue hacia la salida—. Vámonos que nos aguardan.

Esa noche, en la cama, sintiendo la respiración entrecortada de Piedad, Francisco repasó mentalmente los sucesos del día y se sintió satisfecho. La reunión con los compradores había resultado mejor de lo esperado; al repartirse los negros él obtuvo una ganancia de veinte mil pesos y reservó para sí treinta y dos bozales de los más fuertes y saludables, incluida la negra que le mordió. “No está mal”, se dijo al recordarla. “A pesar del viaje se ve fuerte y hermosa. Tiene tetas firmes y nalgas grandes. Dentro de un tiempo cuando se recupere se verá mejor. La mandaré para la casona.”

Temprano comienzan a llegar tus invitados y a todos los recibes con agrado. Primero, el profesor Torrente y su esposa Carmen Montes, casi al mismo tiempo que el doctor Garriga y su mujer Rosa Martínez, después, el periodista Carlos Reyes y, por último, Rosario Estupiñán que lleva un vestido azul claro muy ceñido al cuerpo. En el bar, y sobre un carrito metálico, alineadas como soldados en revista, brillantes bajo sus etiquetas multicolores, están las bebidas, listas para quien las desee, whiskys Johnnie Walker, etiqueta roja de doce años, Seagram’s, Bourbon; brandis, Felipe II, Courvoisier; rones, Bacardí añejo y carta blanca, vodka Smirnoff; ginebra holandesa Fockin; vinos franceses e italianos, Chateau charmant, Chianti; vermouths, Cinzano, Gancia; champán, Veuve Cliquot con veinte años de añejamiento.

Cada visitante se acomoda donde quiere, sin formalidades, todos conversan, se sirven las bebidas y de otro carrito metálico toman pequeños canapés, redondos como monedas, de anchoa y caviar, de jamón, queso, pastelitos de hojaldre, cangrejos de jamón, aceitunas, maní. Tú te preparas un dry martini y te sientas en una butaca entre Torrente y Reyes, frente a Rosario. “Salud”, le dices al alzar la copa y le guiñas un ojo. Ella brinda contigo. Te sientes bien con tal compañía a la cual has ido contando, poco a poco, en estas tertulias íntimas, casi familiares, algo de tus averiguaciones sobre la historia de los Valle que, desde el primer momento, despertaron la curiosidad general.

—Qué interesante —dijo el profesor Torrente cuando hablaste de tus antepasados—, reconstruir el árbol genealógico de los Valle.

—Ésa es una afición de monarcas —comentó Reyes.

—Pero no de reyes —dijo Garriga ingenioso.

Eso dijeron aquella primera vez y desde entonces se acostumbraron a que en cada tertulia, después de hablar de cosas de la sociedad, de política, de todo un poco, tú les das noticias de lo descubierto.

—¿Y Francisco Valle, cuántos hijos tuvo con Piedad Lorente? —pregunta curiosa Carmen Montes y enciende un cigarrillo.

—Nueve, sí, nueve, dos murieron recién nacidos.

—¡Cuántos hijos! —exclama Rosario Estupiñán sorprendida.

—Antes las mujeres tenían muchos hijos —la voz de Rosa Martínez es cascada—, creo que mi bisabuela tuvo como trece.

Asientes y miras a Rosario.

—De los siete que vivieron cinco fueron hombres y dos mujeres.

—Por lo que veo, Francisco Valle fue un hombre extraordinario — dice Rosario.

—Sí —respondes con satisfacción—, pero sobre todo fue un hombre de mucho trabajar y eso trató de inculcárselo a su familia.

—Háblenos de él y de sus hijos —demanda Garriga.

—Sí, cuéntenos de él y su esposa y de cómo criaron a los muchachos. Me gustaría saber cómo criaban antes a los niños —pide Carmen.

—Bueno —respondes y te detienes por un segundo—, es demasiado el tiempo transcurrido y en realidad no es mucho todavía lo que sobre eso sé.

Con la excepción de Fernando y las dos niñas, los hijos de Francisco con Piedad nacieron ocho meses y quince días después de la noche en que ella quedaba embarazada. Al nacer el primero, Modesto Gaspar, Francisco, preocupado por saber si la criatura vivía y estaba sana, no le prestó mucha atención al parto adelantado. Aquél era su primogénito, un varón como él quería. Cuando se lo enseñaron, Francisco se desconcertó. La criatura, extraordinariamente pequeña, tenía un ojo medio abierto y el otro cerrado y una boca que recordaba el pico de un pájaro. Lloraba sin parar y del mucho llorar el rostro se le ponía azul, como si los ojos no fueran capaces de permitir la salida de tantas lágrimas que amenazaban con ahogarlo.

Desde su lecho, Piedad contempló con dulzura al recién nacido y después miró a Francisco con mirada de perra mansa.

—¿Es hermoso, verdad? —dijo emocionada.

De momento, él no supo qué responder, pero enseguida, depositando en la cuna al niño, que la comadrona le había puesto entre los brazos, observó a Piedad.

—Se parece a vos —dijo.

Quisieron ponerle su nombre, pero Francisco se negó. Mejor le llamarían, dijo, Modesto, como el tío paterno, y Gaspar, como el abuelo materno.

Modesto Gaspar no cesó por completo en su llanto. Lloraba a cualquier hora, por la mañana, al atardecer, en medio de la noche y lo hacía con tanta fuerza que despertaba a todos en la casa. Le dieron cocimientos, vinieron los médicos, pero él continuó en su llanto, durante semanas.

“¿Dios, hasta cuándo llorará?”, gritó Piedad desconsolada en la cocina ante varias esclavas. Entonces, una de las negras más viejas se le acercó y temerosa, pero segura, le dijo que el niño dejaría de llorar si era alimentado con leche de perra.

Cuando Francisco supo aquello tildó a Piedad de estúpida por oír tales consejos y amenazó con propinarle veinte azotes a la vieja esclava que los daba. Esa noche, Modesto comenzó a llorar a las diez, y a las cuatro de la madrugada aún no había cesado. Agotado, después de una noche sin sueño, Francisco le dijo a Piedad que podía hacer lo que quisiera y se fue de la casa antes del alba. Entonces, los esclavos, con la autorización de Piedad, buscaron una perra recién parida y la ordeñaron. La habían atado bien por si intentaba rebelarse, pero el animal permitió con toda mansedumbre que le exprimieran las ubres, de las cuales extrajeron una lecha blanca y pastosa que enseguida llevaron al niño. Modesto bebió golosamente y

se fue quedando dormido. A partir de ese instante los incontenibles ataques de llanto no volvieron y por unos días todos durmieron tranquilos en la casona. Los ataques de llanto cesaron, pero, semanas más tarde, Modesto despertó en medio de la noche gritando, como si tuviese pesadilla, y ya despierto, con los ojos abiertos y en brazos de Piedad continuó llorando y gesticulando. Tales ataques se le repitieron regularmente hasta la adolescencia.

Al conocer Francisco el rumor de que Piedad había parido a los ocho meses y quince días de quedar embarazada, se maravilló de que sus intimidades maritales se supieran. Sin comentar nada, sacó cuentas, comprobando que lo murmurado era cierto. El niño había nacido justamente en ese plazo. No podía existir equivocación, se dijo, porque después de la primera unión sexual no volvieron a tener relaciones íntimas por muchos meses. La noche de bodas, mientras los invitados aún festejaban, ellos fueron a la habitación nupcial, donde él apagó de un soplo la palmatoria, situada sobre una mesita, y nervioso comenzó a desnudarse. Anteriormente, sólo con prostitutas tuvo relaciones y ahora no sabía cómo tratar a su esposa, qué decirle, si desnudarla o no. Aunque ella fuera fea y no le gustase, sentía un fuerte deseo que le erizaba los vellos del pecho y le tensaba el vientre. Al terminar de desvestirse fue hacia Piedad tratando de abrazarla. No pudo tocarla porque ella corrió hacia el otro extremo de la habitación y volvió a correr al aproximarse él otra vez. Así estuvieron un buen rato, como jugando un juego que no era tal, hasta que, finalmente, Francisco pudo asirla por un brazo y con violencia la echó sobre la cama.

A media noche no había avanzado mucho en el proceso de desvestirla porque ella, en silencio, sin contestar ni una vez a sus ruegos y recriminaciones, se aferraba con terquedad a cada prenda que él luchaba por quitarle. Hacia la madrugada estaba desnuda, acurrucada en un extremo de la cama, semejante a un conejo perseguido, pero seguía resistiendo. Con las manos se sujetaba las piernas, cerradas fuertemente, como tenazas, y mucho tiempo y nuevos esfuerzos le costó a Francisco vencer aquella obstinada resistencia de fortaleza sitiada y conseguir abrir sus puertas. Finalmente, cuando ya se oían los ruidos de los vendedores matutinos, logró poseerla y así fue engendrado Modesto Gaspar, con precisión absoluta porque cada acto sexual con Piedad trajo siempre un embarazo posterior. Luego de aquella primera noche, y por largos meses, Piedad se negó, incluso violentamente, a copular, aduciendo primero, inexplicables para Francisco, motivos religiosos y de castidad, y después el argumento, concluyente para ella, de que se encontraba embarazada y una mujer en ese estado era intocable.

Transcurrido un mes del nacimiento de Modesto, Francisco sintió que Piedad se le pegaba en la cama. Estaba desnuda de la cintura para abajo y no opuso resistencia cuando él, sin gran entusiasmo, la poseyó, pero a partir de ahí volvió a rechazarlo. Ocho meses y quince días más tarde nació Francisco Joseph. En las mismas circunstancias fueron engendrados, y también nacieron antes de los nueve meses, Clemente, Bruno, Ramiro y Carlos. Los seis fueron pequeños como ratones, con una piel arrugada que recordaba el pergamino, y al salir del vientre materno lloraban desconsoladamente, más allá de todo límite, como si se negaran a vivir. Sólo María Angélica y Natividad nacieron normalmente, bellas, regordetas, a los nueve meses.

El nacimiento de Fernando fue diferente al de sus hermanos. No nació prematuro sino, por el contrario, a los nueve meses y veinte días, con gran alarma de la familia, consternada al ver el vientre de Piedad hincharse y convertirse en un enorme fruto que amenazaba estallar en pedazos. Finalmente, un domingo de noche, mientras los vientos de un furioso huracán golpeaban los muros de la vieja casona de los Lorente, Piedad comenzó a sentir dolores de parto. Bramaban los vientos, enloquecidos como caballos desbocados, y por las calles de la ciudad corrían en dirección al mar torrentes de agua que arrastraban palos, tejas, yaguas, basuras y hasta el cadáver de algún perro vagabundo que no encontró a tiempo donde guarecerse, Piedad se revolvía en la cama, mordía la sábana y gritaba cada vez que un pujo le llenaba el cuerpo de dolor. Junto a ella una comadrona española, ayudada por una esclava, hacía todo lo posible mientras que, en una esquina de la habitación, doña Luisa rezaba una plegaria a la virgen. La criatura venía, por lo visto, de nalgas y el parto se volvía complicado y muy peligroso. En la sala, sin hablar, aguardaban don Gaspar y Francisco que con fervor le pidió a Dios que la criatura naciera viva. A medianoche una violentísima ráfaga de viento chocó contra la casona, desportilló una ventana en la habitación de la parturienta y una enorme tromba de aire entró derribando un viejo retrato de Sancho Lorente, abuelo de Piedad que, vestido de casaca, jubón y medias de seda, miraba ceñudo la escena. Piedad, exánime en la cama, gritó y haciendo un gran esfuerzo expulsó a Fernando que, al salir del vientre materno, tenía la piel muy lisa, en nada parecida a la de sus hermanos. De momento, no lloró ni se movió y la comadrona pensó

que estaba muerto, pero Piedad, aún medio desfallecida, le hizo notar que el niño abría y cerraba el dedo índice como si señalara algo. Después se supo que mientras Fernando nacía y el ciclón asolaba La Habana, en alta mar naufragaba El Afortunado, arrastrando con él a parte de la tripulación y a doscientos esclavos que, desde Guinea, traía Francisco.

Al oír el llanto del niño, los hombres quisieron entrar en la habitación, pero la comadrona los detuvo en la puerta y sólo les dejó pasar media hora más tarde, cuando madre y criatura estuvieron arregladas. Piedad yacía en la cama, el pelo largo suelto y los ojos torcidos por el reciente dolor, pero contenta de haber pasado ya la difícil prueba del parto y tener a su hijo a quien todos encontraron hermosísimo. Francisco le contempló satisfecho.

—Tú serás el Valle más famoso y tan poderoso como el oro —dijo orgulloso—, te llamarás Fernando igual que mi abuelo y nuestro señor el rey.

Nació Fernando, cruzó el huracán y la población, temprano en la mañana, fue a ver los daños causados en la villa, a saber si la casa de la esquina había sido derribada, si el familiar o el amigo no sufrieron desgracias personales. De puerta en puerta, se inquirían noticias, se escuchaban y daban versiones diferentes de los sucesos, cada una más sorprendente que la otra: en la caleta de Juan Guillén el mar penetró arrastrando consigo a varias familias, en la calzada de San Luis Gonzaga los vientos arrancaron de raíz una enorme y antiquísima ceiba, la plaza del Mercado Nuevo se hallaba en ruinas. Pronto se supo con certeza que los vientos muy violentos, hacia la madrugada, derribaron casas viejas en las calles de la Tenaza y la Sabana, hicieron estragos en la torre del convento de San Francisco y causaron fuertes daños en los barrios de extramuros. Conocidas las novedades, todo fue movimiento en la desgarrada ciudad, donde al sonido de hachas y martillos, que destrababan puertas y ventanas clavadas celosamente, como tapas de ataúdes, se unían las voces de los hombres, pidiendo ayuda para quitar algún pesado gajo caído frente a sus casas, y el alboroto de los niños que, asombrados y divertidos, igual que en carnaval, contemplaban las huellas dejadas por el huracán. Por las calles, a pesar del fango y los derrumbes, volvían a rodar los quitrines y las negras a pregonar sus mercancías, mientras que, desde el interior de alguna vivienda, llegaba el rasgar de una guitarra, como si lo vivido en la noche pasada no hubiese sido más que una tragicomedia. En la propia mansión de los Lorente, apenas dañada en una o dos ventanas, hubo fiesta por el nacimiento del niño y ya al atardecer comenzaron a llegar parientes y amigos para felicitar y celebrar con la familia. Francisco ordenó abrir dos barricas de vino, cosecha de 1780, traídas de la vinatería de Fernando Toledo, pero pronto hubo que destapar dos más, mientras que los criados repartían fiambres y golosinas en la espera de la cena.

No duró mucho la alegría en la casona. Dos meses después, el tifus arribó a la ciudad más inesperadamente que el ciclón y doña Luisa murió, una noche de diciembre, vísperas de Navidad.

Desde el primer parto, hastiado de una esposa a la que no podía poseer, Francisco comenzó a desfogar su cada vez más creciente sexualidad en las prostitutas del puerto, en las esclavas, caseras y del ingenio, y, por último, en mulatas a las que instalaba en casas de extramuros. Con ellas procreó decenas de hijos, todos los cuales, negros, mulatos, casi blancos, eran fuertes, hermosos y sacaban los ojos azules y los enormes pies de Francisco.

Por el contrario, en la niñez, los hijos de Piedad fueron, con la excepción de Fernando, débiles y esmirriados, siempre propensos a contraer toda clase de enfermedades, por lo que dos de ellos, Carlos y Ramiro, murieron al poco tiempo de nacer y Clemente se vio al borde de la tumba, aquejado de una rara y desconocida enfermedad, en la cual algunos esclavos creyeron ver síntomas de un mal africano, traído a Cuba en los buques negreros.

El marqués de Someruelos , capitán general de Cuba, dejó sobre la mesa de trabajo los papeles que leía, caminó por el despacho y se detuvo frente al ventanal que daba a la Plaza de Armas y a la bahía donde, en esos momentos, largaba amarras la fragata Sapho de la marina de guerra inglesa comandada por el joven Richard Carlenton, quien días atrás le presentó sus respetos, a nombre propio y de su majestad Jorge III, y conversó animadamente con él sin que, en ningún instante, hubiera, por parte del inglés, la menor alusión a que, justamente cuarenta y nueve años atrás, su abuelo, el coronel Robert Carlenton al frente de los granaderos del rey voló y tomó el Morro de La Habana, esa misma fortaleza que, reconstruida por el ingeniero belga Agustín Kramerl, se alzaba nuevamente como escudo protector de la ciudad, capaz de rechazar, esta vez sin claudicar, cualquier invasión o sedición viniese de donde viniese. Pero Someruelos tenía olvidado al marino inglés cuando, mirando a través del ventanal, pensaba en lo que debía hacer durante sus últimas semanas en Cuba, próximo ya el arribo de su sucesor en la Capitanía y el traspaso de un mando prolongado a trece años.

En condiciones normales, trece años era mucho tiempo para cualquier gobernante, pero bajo el azaroso período del marqués los años se habían hecho más difíciles y pesados y Someruelos estaba fatigado del tan duro bregar. De todos los gobiernos anteriores, era el suyo donde se produjeron los acontecimientos nacionales e internacionales más graves y trascendentes, frente a los cuales el asalto a la ciudad por un Jacques de Sores o el ahorcamiento de doce vegueros rebeldes eran asuntos de poca monta. El capitán general respiró profundamente el aire que llegaba desde el mar, desde el Golfo, quizá desde el Atlántico o la misma España en la cual pronto estaría luego de tan larga ausencia. Después, apartándose del ventanal, miró la pared del despacho donde colgaba su propio retrato, hecho al óleo por Vicente Escobar , el retratista que también pintara a los anteriores gobernadores de la Isla. Desde el cuadro, su figura adusta le miraba con severidad. Someruelos se sentó en un butacón y cerró los ojos. Mentalmente hizo un recuento de su gobierno y se dijo que los habitantes del país podían sentirse satisfechos. Durante su mandato se habían traído más de sesenta mil esclavos para incremento del bienestar de la Isla, el sabio doctor Tomás Romay , con la ayuda del capitán general, propagó la vacuna contra la viruela, se eligieron diputados a Cortes, comenzó la verdadera riqueza del país. “Sí, el mío”, reflexionó Someruelos, “ha sido uno de los gobiernos más benéficos y habrá que aguardar mucho para ver otro igual, y todo sin derramamiento de sangre”. En eso pensaba el capitán general cuando su secretario le dio la noticia de una sublevación de esclavos en el ingenio Peñas Altas, donde los negros habían macheteado al mayoral e incendiado las viviendas. El marqués se sobresaltó y recordó sublevaciones similares, ocurridas días atrás en Puerto Príncipe y Bayamo, y la información dada por un mulato a las autoridades de que un esclavo calesero le había comunicado que La Habana pronto ardería hasta el cielo. “Algo sucede, algo raro e inusual”, se dijo Someruelos. La agitación y la intranquilidad reinaban entre los negros y de nada valía que en la Plaza Mayor de Puerto Príncipe, frente a una gran multitud, se ahorcara a los seis cabecillas de la sublevación y que otros treinta y uno fueran azotados, ocho de ellos hasta la muerte. Someruelos caminó por su despacho, las manos a la espalda, intranquilo, nervioso. ¿Estarían, se preguntó, ante una vasta conspiración de esclavos, similar a la de Haití? ¿Se verían sus últimos días en Cuba, perturbados por algo tan peligroso? “No lo permitiré, no lo permitiré”, se respondió y miró los ojos de su secretario, buscando respuesta a sus dudas.

—Continúa, ¿qué te sucedió al llegar? Habla.

Ah, nos bajan de la canoa y nos encierran en una cabaña. Junto a mí, tirado en el suelo, veo a uno de los hombres que se rebeló en el barco. Le ayudo a comer y beber. Se llama Mmbo y se encuentra muy débil. “No puedes morir”, le digo. Con los ojos me responde que no morirá y sonríe un poco, enseñando sus dientes muy blancos, como la pulpa del coco. En una esquina de la cabaña hay tela de araña. La tomo, la mezclo con tierra del piso, escupo en la mezcla y froto suavemente en la espalda herida de Mmbo.

Agachada estaba, cuidándole, cuando él entró y como el leopardo en la selva le sentí antes de verle y oírle. Era grande y fuerte, semejante a un enorme cedro y me asombré cuando le miré a los ojos,

amarillos, inmóviles y profundos como un pozo. La magia estaba en ellos. Vi que su Eleddá pedía sangre y volví a tener miedo, pero lo dominé. Por eso, cuando me pasa los dedos por la cara y deja su marca de muerte en mi piel le muerdo la mano. Entonces me pegaron, me pegaron hasta que no sentí más.

Ah, no recuerdo cuánto tiempo estuve inconsciente. Desperté en una extraña habitación donde una vieja me pasaba hojas por la frente y en el cuerpo. “Ya estás bien”, dijo en mi propia lengua y yo me alegré de encontrar a alguien que me entendiera. ¿Dónde estoy?, pregunté.

Ah, en la mansión de los Lorente, y allí trabajé hasta mi muerte, limpiando, ayudando a las otras esclavas, cocinando cuando aprendí a cocinar. Seré obediente y sumisa, como desean los amos y debe ser; si soy buena, afirma la vieja, podré vivir bien y hasta casarme, “¿y ver a mis padres y hermanos?”, la vieja mueve la cabeza, como apartando malos recuerdos; aprenderé a hablar español. “Tuviste suerte, el amo decidió no mandarte para el ingenio”, la vieja habla con calma, “¿por qué?”, “eres linda”, la vieja sonríe, “y, seguro, le has gustado al amo Francisco”, “¿el amo Francisco?”, “todas las negras jóvenes y lindas le gustan”, ah, el amo Francisco, el hombre de los ojos turbios; “deberás hacer todo lo que él te pida y ordene”.

II

No sin andar aún larga jornada, llegamos do el remero grita alerta: ¡Vamos! ¡Afuera! ¡Estamos en la entrada!

DANTE ALIGHIERI

Francisco despertó junto a la mulata Mercedes, dormida boca abajo, y al contemplar su cuerpo semidesnudo, apenas cubierto con la sábana, sintió que el deseo, acallado luego de una noche de besos, mordidas, gritos y ahogos, volvía a brotarle por cada poro. Suavemente, le pasó la mano por los muslos en un lento recorrido hasta la grupa, grande, dura, que acarició lujurioso. Al roce de los dedos, ella se viró boca arriba, mostrando una enorme selva, deslumbrante en su negrura, y los pechos, pequeños y redondos, rematados en pezones gordos y oscuros como uvas maduras. “Qué linda eres”, musitó él y la mano trepó vientre arriba rumbo a los senos. Mercedes abrió los ojos, soñolienta, bostezó y le miró indiferente pero ya él le besaba el seno, los pezones y sin darle tiempo a decir nada se le fue arriba, y su sexo, velero de duro

cedro, penetró una y otra vez en el río tibio y profundo de ella. Largo tiempo estuvo navegándola hasta que una violenta sacudida, como golpe de viento, le estremeció. Entonces se derrumbó sobre la cama, sin aliento, agotado, pero satisfecho. Durante unos minutos estuvo inmóvil, recorriendo con la mirada la habitación, donde además de la cama, ancha, de sólida madera, había una cómoda de gran espejo, una mesita, dos sillones y un reloj de pared que le hizo recordar su cita en horas de la tarde con el intendente de Hacienda para tratar la próxima llegada a puerto de un cargamento de esclavos. Al recordar la visita pensó orgulloso en lo mucho que había ascendido al punto de relacionarse, por ahora en asuntos de negocios, con tan alto personaje. No podía quejarse de su suerte en La Habana; de oscuro inmigrante se había convertido en sólido mercader de esclavos y en confiable prestamista, respetado en la ciudad. Todo gracias a su esfuerzo propio, audacia e inteligencia. Así se dijo y volviéndose en la cama encontró su figura en el espejo de la cómoda. No había cambiado mucho en aquellos años: los músculos conservaban la reciedumbre de antes y sus ojos eran los diamantes de años atrás. Sólo el vientre no seguía siendo el mismo, duro, liso, desde que, abandonando la frugalidad, se acostumbró a las opíparas comidas de los Lorente, y en su barba, muy espesa ahora, con aquel aire de distinción tan admirado por él en ciertos funcionarios de Palacio, como el señor intendente, refulgían algunas canas.

Contemplándose en el espejo escuchó, procedentes de la calle, y mezclados en algarabía de ruidos, los pregones del aguador, el panadero, el frutero, y el dulcero, el rodar de los quitrines y las voces de los caleseros, que pronto tuvieron como fondo el tañido de las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. Francisco se levantó y, después de desayunar, salió a la calzada de San Luis Gonzaga donde tomó una volanta de alquiler para ir al comercio de su amigo Fernando Toledo en la calle del Obispo. Tentado estuvo de pasar un instante por su casa, pero prefirió no hacerlo. En aquel momento, Piedad, ya de regreso de la misa en la iglesia de Paula, iba a recriminarle la noche pasada fuera y él respondería, como siempre, que importantes asuntos de negocios (la llegada repentina de un cargamento de esclavos, una reunión urgente) le hicieron imposible la vuelta a la casa, aunque todos supiesen, incluida Piedad, que había estado en la casita de San Luis Gonzaga, comprada especialmente para Mercedes. Probablemente, Piedad iba a llorar, como de costumbre. No, no deseaba tan temprano otra de aquellas escenas. Seguramente a la hora de almuerzo, delante de todos, ella no dijera nada y se guardara su dolor.

—Aprisa, aprisa —le dijo al calesero y el carruaje avanzó con rapidez, llegó al Campo de Marte y después de cruzar la plaza de toros, desierta a esa hora, se dirigió a la puerta de Tierra por la cual regresaban ya los vendedores de Extramuros, lecheros con sus vacas, proveedores de frutas y legumbres, los carboneros. Francisco respiró a todo pulmón y mientras miraba el cielo, majestuoso, sin nubes, repasó mentalmente sus actividades en el día. Además del encuentro con el intendente, en horas de la tarde, y de la visita a Toledo, recibiría al hacendado Juan Montero, casi arruinado por la muerte de cien de sus esclavos durante la pasada epidemia de tifus y muy necesitado de un urgente préstamo para salvar la zafra de ese año. El pensar en Montero le agradó a Francisco. Tiempo atrás, el hacendado no le saludaba en la calle y ahora debía acudir a él. Los malditos hacendados criollos, se dijo, tan vanidosos, seguros de sí mismos, derrochadores, finalmente comerían en sus manos y las de sus amigos que les demostrarían quiénes eran los verdaderos dueños de la Isla.

Al llegar a la puerta de Tierra, la volanta tuvo que detenerse para dar paso a un lujoso quitrín, en el cual, muy estirado y, como siempre elegantemente vestido, iba el conde de Aguas Claras acompañado de Jacobo Montero, primo de Juan Montero. Francisco saludó con la cabeza, pero ellos aparentaron no verle. Furioso por el desaire, Francisco golpeando al calesero en la espalda le gritó que acabase de cruzar la Muralla. Fustigado el caballo, la volanta atravesó aprisa el portón, siguió a toda velocidad por la calle de la condesa de Casa Bayona, y en la plaza del Cristo estuvo a punto de atropellar a una negra vendedora de pollos que no pudo evitar caer al piso con sus cacareantes aves. Sin parar, el carruaje llegó a la calle del Obispo y, finalmente, se detuvo frente al comercio de Toledo quien al ver a su amigo fue a recibirle y le condujo a la trastienda para hablar de negocios y rumores recién conocidos. El caos y la efervescencia eran dominantes en el Imperio español cuyas colonias americanas se sublevaban, una tras otra, en busca de su independencia, mientras que en la misma España, ocupada por las tropas francesas, un Consejo de Regencia, gobernando en nombre de un rey prisionero de Napoleón, llamaba a la lucha contra los invasores y proclamaba una Constitución, la convocatoria a Cortes y la libertad de reunión e imprenta, medidas estas dos últimas que el capitán general Someruelos implantó después de jurar fidelidad a Fernando VII y guerra a Francia. En la conmocionada Habana, unos, los más, respaldaban a España y a su

prisionero monarca, mientras otros, en la semipenumbra de los salones, discutían la anexión a los Estados Unidos, y algunos, muy pocos, se mostraban favorables a una posible independencia.

Toledo había sabido muy confidencialmente, que en las residencias del marqués del Prado y de Jacobo Montero se celebraban misteriosas reuniones y se afirmaba, Toledo miró con desconfianza hacia la puerta de la calle, que a ellas acudía un comerciante norteamericano propugnador de la incorporación de la Isla a los Estados Unidos.

—Este país nunca dejará de ser español aunque para ello tengamos que cortar muchas cabezas, entre ellas la de ese Jacobo Montero. Lo acabo de ver —la voz de Francisco tenía la violencia y rapidez del rayo.

Toledo volvió a mirar hacia la puerta y le hizo señas a su amigo para que se calmara, pero Francisco no se contuvo y, metiendo la mano abierta en un saco, sacó un puñado de garbanzos.

—Así hay que hacer con esta gente —dijo y trituró con fuerza los granos en su mano.

Toledo se intranquilizó. Ya varias personas, entre ellas algunos cubanos, entraban en la tienda y podían oír a Francisco.

—No habrá que llegar a esos extremos —dijo apaciguador—, la mayoría de los hacendados ha dado repetidas pruebas de fidelidad al rey, y, al igual que nosotros, defiende el comercio de negros. Francisco respiró hondamente, tratando de calmarse.

—Esa gente está muy perra y necesita una lección —dijo—, pero vayamos a nuestros asuntos. El cargamento de negros que me llega debe ser de mucha calidad y me propongo venderlos en subasta, pero para vos reservaré los mejores y a un precio especial. ¿Cuántos queréis?

Después de ponerse de acuerdo, Toledo acompañó hasta la puerta de la calle a Francisco que fue caminando hacia su oficina, donde recibiría a Juan Montero.

Están todos en la terraza, cómodamente sentados en las sillas de mimbre, las bebidas y saladitos al alcance de la mano, los cigarrillos entre los dedos, las sonrisas en los labios, disfrutando del suave frescor de la noche de abril y de la conversación. En la mano izquierda sostiene un vaso con dry martini y observas a tus invitados. Te sientes a gusto esta noche. “Con tal de que no aparezca Antonio y estropee la velada”, piensas y bebes un sorbo. Por un buen rato comentan la campaña política para las próximas elecciones, en las cuales, es la opinión general, ganará el candidato del gobierno, respaldado por los votos que se propone comprar.

—Aunque la oposición puede dar una sorpresa —la voz aflautada de Reyes suena junto a ti.

Garriga niega con la cabeza y alza una mano como si jurara en un juicio.

—Imposible —dice—, es demasiado el dinero echado a rodar.

—Lo imposible no existe en francés, dijo Napoleón y en Cuba tampoco. Aquí todo es posible —Reyes ríe por lo bajo.

—Si Bonaparte hubiese dispuesto del dinero que aquí se va a gastar en votos, aún sería emperador —Garriga es sentencioso.

—Sí, emperador, pero de Cuba. Hasta eso es posible en este paisito —Reyes vuelve a reír.

Carmen cruza las piernas, largas, bien torneadas, y bosteza discretamente.

—La política es lo único que les interesa a ustedes —se queja y con el dedo regaña a Reyes.

—No solamente —Reyes mira a Rosario.

—Es verdad —dice Rosa—, sólo hablan de política. Mejor que Javier nos cuente de las pesquisas sobre sus antepasados. No olviden que yo soy profesora de historia.

Extraes un cigarrillo de su cajetilla y no respondes mientras lo enciendes. Después relatas algunos de los hechos que has averiguado de la vida de Francisco. Todos te escuchan, Carmen y Garriga sin mucho interés, y cuando haces una pausa para beber un trago, frío y refrescante, del maravilloso martini, el profesor Torrente habla:

—En aquellos primeros años del siglo —está diciendo con su tono doctoral, solemne— se jugó el destino del país.

—¿Por qué? —pregunta Rosario.

—Fue el momento del inicio de la independencia de casi todas las repúblicas hispanas y en Cuba también pudo haber sido así.

—En realidad, querido profesor —mientras habla, el doctor Garriga tiene en la mano un palillo con una aceituna—, usted lo sabe bien, eso era imposible por el poderío de España aquí, la debilidad de los cubanos y la cantidad de negros.

—Pudo ocurrir un intento de independencia —Reyes es provocador—, pero los cubanos importantes de la época no tuvieron valor y se vendieron a España. Es la triste verdad.

Garriga se siente desafiado y alza la mano en la que aún sostiene, como si fuera una maza de combate, el palillo con la aceituna.

—No fue asunto de valor. Los cubanos siempre lo hemos tenido, sino de posibilidades reales —afirma y mueve el palillo.

Reyes sacude la cabeza, igual que un toro, listo para el ataque.

“Oh, no, lo peor y más aburrido que pueda suceder”, piensas disgustado, “una discusión histórico-política sobre las peculiaridades de los cubanos”. Detestas las discusiones, en general, pero éstas, en especial, te hastían.

—No siempre hemos tenido valor, por ejemplo... — comienza a decir Reyes y los ojitos le tiemblan tras los cristales de sus espejuelos.

Esa mirada te recuerda a la de Antonio en los instantes de delirio. ¿No pensarán igual Antonio y el periodista? “No debí invitarlo, no lo invitaré más”.

—...desde el inicio del siglo y hasta 1868, durante más de sesenta años, ningún movimiento antiespañol, independentista o anexionista, y hubo muchos, recibió franco apoyo de los cubanos —Reyes habla satisfecho de sus argumentos.

— Bueno... —Torrente carraspea llamando la atención— las situaciones fueron muy diferentes y no se puede llegar a una conclusión única.

Un sirviente viene de la cocina, retira las bandejas vacías y trae otras llenas.

Garriga muerde, finalmente, su aceituna, la mastica y con mucha elegancia devuelve el hueso que pone en un plato, junto a otros huesos de aceitunas, limpios ya de su carne.

— ¿Usted cree —dice y pincha un cuadrito de jamón— que los cubanos estaban a favor de España?

— No he dicho tanto —Reyes suspira.

—¿Entonces?

El gatillo ya está apretado. “Ahora seguiremos esta tonta conversación”, piensas. “¿A quién le interesa si estuvimos a favor o no de los españoles?”. Quisieras intervenir para desviar o acabar la charla, pero no es parte de tu carácter interrumpir a nadie y te reprimes.

Rosario, que ha estado escuchando mientras fumaba, coloca su cigarrillo, largo y fino como un dedo, en el cual no hay huellas de creyón de labios, en el borde de un cenicero.

—Creo que fuimos y somos valientes —su tono es el suave sonido de una campana— pero, ¿por qué nos demoramos tanto en comenzar la Guerra de Independencia?

Garriga, masticando su jamón no puede responder y Reyes contesta enseguida, como si esa fuera la pregunta que aguardara.

— Porque vivíamos bien, muy bien, bajo el dominio español. Mejor que en todas las repúblicas recién independizadas, y no queríamos perder esa comodidad. A los cubanos lo que nos gusta y queremos, sobre todas las cosas, es vivir bien, como sea.

“¡Oh, Dios ya esto es demasiado!” Con velado disgusto miras a Reyes y, por fin, te decides a intervenir, pero Carmen llega en tu ayuda.

—Otra vez volvieron a la política —dice—, eso es muy aburrido. Hablemos de otra cosa.

—Ya llega, ¿quieres hablar?

Ah, sí.

—¿Qué ves? ¿A quién ves?

Ah, a María.

—¿Quién es María?

Ah, la vieja que me ayudó. Así se llama en lengua de blancos. Me cuida y me quiere como a una hija. Al amanecer nos levantamos antes que nadie y acompañadas por la luna vamos al mercado. Camino a su lado y voy viendo las maravillas de los blancos, sus enormes casas, los carruajes, los palos que lanzan rayos. “Los blancos”, le dije, tienen magia fuerte que nos vence, ¿por qué? “Los dioses lo han querido así, están molestos por algo malo que hicimos”, responde con tristeza. María es mujer de Osombo el congo, llamado Juan por los blancos, que en su tierra fue sacerdote y aquí trabaja de calesero. El amo don Gaspar le aprecia y frecuentemente le envía al campo en busca de provisiones. Con él hago esos viajes. Por primera vez atravieso las murallas de la ciudad y pronto llegamos al monte. Ah, allí están mis árboles y también otros palos desconocidos que nos miran pasar y mueven sus hojas. En ése y en otros viajes, encontré bejucos, cañas bravas, calabazas, iguales a las de mi tierra, pero no vi señales de Olofi. ¿Dónde estaban el creador y los demás dioses? María me lo explicó de vuelta del mercado al pasar frente a una casa de puertas enormes por donde entraban y salían muchos blancos. “Están allí dentro y ahora se llaman Lázaro, Mercedes, Caridad, Bárbara”, dijo y yo me sentí confusa.

Un día su ama doña Luisa nos lleva a la casa de puertas grandes para oír a un blanco vestido de negro que nos echa agua en la cabeza. María se inclina frente a los dioses. Están sentados en sus tronos, cubiertos de telas, rodeados de luces. Tienen la piel blanca y hay velas encendidas a sus pies en lugar de comida. No les dan calabaza, ni miel, ni palomas y deben pasar hambre, sed, sufrir. Ah, ¿qué dioses son éstos? “Los nuestros disfrazados para engañar a los blancos”, dice María en voz baja y me lleva a la pequeña habitación de la casona donde vive con Osombo, empuja un mueble arrinconado y tras él veo a Elegguá, sonriente, a Orula, a Obatalá, todos con sus comidas servidas. “Ah, ¿cuánto tiempo estarán

disfrazados y escondidos?” “Pronto, muy pronto saldrán y también Ogún , Changó , Ochosi con los rayos, las espadas, las lanzas y acabarán con los blancos. Entonces seremos libres.”

No eran aún las ocho cuando Francisco llegó a su comercio. Con rapidez cruzó el patio central, atestado de sacos de arroz, garbanzos, cajas de arenques, jamones, pencas de bacalao y tasajo colgadas del techo, y, sin mirar a los negros que descargaban de un carretón grandes bocoyes de azúcar, subió a una oficina donde cuatro hombres, sentados en sillas de madera, revisaban libros de contabilidad. Todos se pusieron de pie y al acercársele Irizábal, el empleado principal, Francisco ordenó que le llevara a su despacho los papeles sobre el pedido del hacendado Montero, quien llegó instantes después. Vestía a la moda, con pantalones blancos sin pliegues, casaca larga, chaleco y camisa de seda, rematados por un corbatín alto. Al verle, Francisco se molestó. El hacendado, casi al borde de la ruina, gastaba su dinero en ropas lujosas, mientras que él sólo se permitía telas corrientes y baratas. “Así son las cosas”, se dijo, “pero por ese camino pronto la gente como éste andará en andrajos”. Montero se sentó y Francisco fue directamente a su propuesta: estaba dispuesto a refaccionar la cosecha de Montero y a entregarle treinta mil pesos inmediatamente, claro, a un treinta por ciento de interés pagadero al final de la zafra.

Montero se puso de pie. Lo usual, dijo, era un veinte, a lo sumo un veinticinco, pero un treinta era algo insólito, inaceptable.

Francisco le miró fijamente, los ojos atornillados en sus cuencas.

—Corro mucho riesgo avanzando ese dinero —dijo con lentitud—, lleváis dos años continuos de pérdidas y puede que os ocurra lo mismo este año y no paguéis. Comprended que el riesgo amerita una buena recompensa.

Montero se volvió a sentar y sus manos se movieron sin control.

—Es mucho —exclamó—, más de la cuarta parte de las ganancias.

Sobre el escritorio de Francisco yacía un crucifijo y él lo acarició.

—Don Juan —dijo, la mirada en el crucifijo—, os juro que como están los negocios no puedo pedir menos. No me ofenderé si recurrís a otra persona.

Dejando el crucifijo, Francisco puso las manos sobre el escritorio. Montero no dijo nada y se mantuvo inmóvil en su asiento, la cabeza agachada. Ambos sabían perfectamente que en ese período era muy difícil que alguien prestase tanto dinero. Un momento estuvieron silenciosos, valorando cada uno sus posibilidades. Finalmente, Francisco se levantó.

—Mi estimado don Juan, permitidme un consejo de amigo —dijo y en sus ojos hubo un fugaz chispazo de picardía—, reducid vuestros gastos personales y los de vuestra familia. Entonces veréis que las ganancias serán suficientes para pagarme, completar la zafra y vivir con moderación.

Montero se irguió, en su cara la furia de un guerrero en combate, pero se contuvo.

—Pensaré en su oferta —contestó con rabia no disimulada.

Francisco le extendió una mano que el otro apenas apretó.

— No os dilatéis —le dijo—, quizá mañana no pueda, aunque quiera, mantener mi oferta. En esta ciudad el dinero es tan necesario como el agua y quien lo tiene debe hacerlo correr aprisa para que vuelva en un caudal mayor.

Poco después de salir Montero, de la planta baja llegaron un grito y voces agitadas. Irizábal fue a conocer lo ocurrido y trajo la noticia de que uno de los pesados bocoyes estibados en el patio había caído sobre el esclavo Gerónimo, aplastándole el brazo.

—¿Qué brazo?

—El izquierdo.

—Menos mal —dijo Francisco y ordenó que un médico viera inmediatamente al esclavo. Le había costado quinientos pesos y una inversión así, pensó, debía cuidarse.

Después de ordenar que las labores en el patio no se detuvieran, Francisco revisó los libros de cuentas. El negocio marchaba bien, a pesar de la baja en el precio de las exportaciones, compensada ampliamente con el comercio de esclavos y el incremento de los ingresos por préstamos, como el de Montero, porque, Francisco no lo dudaba, el hacendado aceptaría. El negocio de los créditos era extraordinario, se alargaba una mano llena de monedas de cobre y, al poco tiempo, en lugar de ellas, aparecía mucho oro, meditó Francisco, dejándose llevar por el dulce placer de soñar el futuro. Quizá, al pasar los años, obtuviera un título de nobleza, marqués, conde del Valle, capaz de perpetuar, para siempre, su apellido.

Entonces, nadie valdría más que la familia Valle y sus descendientes se casarían con gentes de linaje. “Ah, Francisco, nada es imposible”, se dijo.

Un ruido en la calle le sacó de sus sueños y le hizo volver a los libros. El resto de la mañana se le fue en revisarlos y en responder la correspondencia con Cádiz.

Las doce campanadas del gran reloj del despacho le recordaron la hora del almuerzo y se dispuso a partir. Iba a salir cuando Irizábal le anunció que Juan Montero solicitaba verle nuevamente.

—Que pase— dijo malhumorado. Sentía mucha hambre y le desagradaban las interrupciones inesperadas. “¿Qué querrá éste ahora?”, pensó.

Al entrar en el despacho, Montero no era el mismo hombre abatido de las primeras horas de la mañana. Sonreía satisfecho, seguro. Con un gesto Francisco le pidió que se sentara.

—¿Y bien, mi estimado don Juan? —dijo.

Montero cruzó las piernas e introdujo sus pulgares en los bolsillos del chaleco.

—Vengo a decirle que ya no necesito su crédito. En otro lugar lo he obtenido a precio más satisfactorio —Montero hablaba lentamente, disfrutando las palabras, deseoso de ver la sorpresa en Francisco.

Francisco se sorprendió pero su rostro se mantuvo imperturbable.

—Excelente —dijo con indiferencia—, así no tendré que correr el gran riesgo de un préstamo que os hubiese sido muy difícil de pagar.

La mirada de Montero se hizo dura.

—Siempre le habría pagado —dijo con hosquedad.

—No lo dudo, no lo dudo... ¿y quién os ha hecho el favor de prestaros el dinero?

—Mi primo Jacobo Montero y algunos de sus amigos.

Francisco volvió a recordar el encuentro con Jacobo Montero esa mañana. “Hijo de puta”, pensó.

—Por supuesto, para eso es la familia, para ayudar desde el primer instante.

Montero comprendió la ironía de Francisco.

—En principio, no quise molestarle, pero al conocer él las condiciones de usted no ha dudado en ayudarme.

—Don Jacobo es un hombre muy rico y puede darse el lujo de tirar el dinero por la ventana, pero yo no —por primera vez la voz de Francisco fue agresiva— y espero que no le pese.

—No le pesará. Téngalo por seguro —Montero se levantó—. Buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo Francisco sin levantarse y cuando el hacendado estuvo afuera golpeó la mesa con el puño. “Cabrones Montero, hijos de puta”, nuevamente el puño golpeó la mesa.

—Irizábal... degenerado.

Irizábal demoró en llegar.

—¿Dónde te metes, comemierda?

—Mande, don Francisco.

—La volante.

—A sus órdenes.

Irizábal salió y Francisco, dominado por la cólera, caminó por el despacho. “Qué negocio me ha hecho perder ese hijo de puta de Jacobo, pero ya me las pagarán, como que me llamo Francisco Valle.”

Ah, trajeron a Mmbo.

—¿Mmbo?

El hombre herido en el barco a quien ayudé al llegar aquí. Estuvo en un lugar donde el amo Francisco cura a los negros que vienen enfermos para después venderlos. Mmbo sanó, pero ya no puede mover bien el brazo izquierdo. Nadie lo quiso comprar y tampoco sirve para cortar la caña. Es fuerte y hermoso Mmbo que ya no se llama así, sino Manuel y el amo lo puso para ayudar a Osombo con los caballos del quitrín. Cuida los caballos, les da de comer y beber, los baña. Los quiere y cuando nadie mira conversa con ellos, suavemente, contándole cosas de su tierra y ellos responden diciéndole lo que ven al marchar, enganchados al quitrín por la ciudad o el campo, rumbo al ingenio de los amos. Gracias a los caballos, Mmbo conoce dónde están los caminos y montes más seguros para escapar y volver a nuestra tierra. Sólo es necesario ocultarse bien y después ir en dirección del nacimiento del sol. Me lo explica mientras baña a la yegua que relincha de satisfacción. Ah, me asombro. No tienes una gran canoa. Mmbo me mira seguro de sí mismo. Los dioses ayudarán y dejarán cruzar el agua.

Una tarde Mmbo está a mi lado, el pecho musculoso descubierto, oliendo a caballo y paja. Me mira y sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa y estamos callados, sintiéndonos. En el fondo de la cochera la yegua relincha inquieta. Él avanza la mano y trata de tocarme la cara, pero yo retrocedo. Tengo miedo, pero también deseo sentir sus músculos. Otra vez alarga la mano y otra vez retrocedo. Entonces salta sobre mí, me derriba entre la hierba seca y de un golpe alza mi sayón. La yegua vuelve a relinchar y mueve las patas suavemente. Mmbo está sobre mí, huelo su sudor, siento la fuerza de su brazo sano que me aprisiona como una cadena, pegándome contra su cuerpo. No resisto más, con las manos le aprieto la espalda y algo muy duro me quema y duele entre las piernas. Soporto el dolor y lo aprieto más fuerte. La yegua no relincha ya y todo está quieto en la cochera donde sólo se oyen nuestras respiraciones.

“Ahora eres mi mujer”, dice cuando nos levantamos y yo me pego a él como si no quisiera apartarme nunca de su lado y le pido que siempre esté junto a mí y no intente escapar. Él me besa.

Una noche, por la madrugada, me levanto. En la casa oscura y silenciosa duermen. Sin hacer ruido enciendo una vela y consulto a los dioses con el coco. ¿Escapará Mmbo?, les pregunto tirando, en el suelo, los cuatro pedazos de coco. Por un postigo de la ventana sopla el viento y a la luz temblorosa de la vela veo

cuatro pedazos todos negros. Ah, malo, malo. ¿Qué va a pasar? ¿Morirá Mmbo? Vuelven a rodar los cocos. Ay, desgracia, en silencio marcan muerte. Ikú vendrá pronto.

Ah, de nada sirvió que limpiara a Mmbo con un pollo negro, le diera un gallo y una jicotea a Changó, invocara a Orula. De nada sirvió. Una noche la mulata Mercedes nos sorprende abrazados en el piso de la cochera y se lo cuenta al amo Francisco. A mí no me castigan, “eres demasiado linda para pegarte”, dice el amo, pero a Mmbo lo condena a cincuenta latigazos. Temprano en la mañana lo llevan a la cárcel para azotarlo y de allí lo enviarán al ingenio, bien recomendado al mayoral para hacer trabajos duros, aunque tenga el brazo enfermo. Lo veo ir y tras él reconozco a ikú, disfrazada de negra vieja, que le sigue lentamente a lo largo de la calle. Nunca más le volveré a ver.

Ah, pasan las semanas, corre el agua de los ríos y un atardecer Osombo, de regreso del ingenio, me lo cuenta, Mmbo huyó y días después encontraron su cuerpo colgando de una ceiba. Ahora viaja con ikú. ¿Cuándo ella me llevará? Busco señales, pero no hay humo en el aire ni escucho tambores metálicos. Debo sufrir y soportar.

En la casona sólo aguardaban por Francisco para comenzar el almuerzo. Con gravedad, el ceño fruncido, aún pensando en Jacobo Montero, él tomó asiento frente a una de las cabeceras de la gran mesa de caoba, don Gaspar en la otra, Piedad y los hijos en el medio.

Flaco, desgarbado, Modesto Gaspar, el mayor, tenía la mirada triste de un moribundo y el silencio en la boca. En las madrugadas vagaba por la casa sombría, y, parado en los rincones más oscuros, pronunciaba extrañas palabras como si hablara con alguien invisible. Así lo vieron, diferentes noches, el mayordomo español, varios sirvientes negros y Francisco, quien al sorprenderle frente a un manto de tinieblas, la mirada fija en la oscuridad, le preguntó qué hacía. Sin responder, Modesto continuó inmóvil y después, lentamente, fue hacia su habitación mientras susurraba: “son ellos”. Pronto el mayordomo comenzó a murmurar que el joven Modesto se hallaba sometido al hechizo de brujas llegadas de las islas Canarias, pero los esclavos afirmaron que todo era un castigo de sus dioses que así vengaban los maltratos de Francisco a los negros. Sin conocer los rumores, Francisco se decepcionó de su primogénito, incapaz de realizar o aprender actividades que requiriesen voluntad y persistencia. Su hijo nunca sería la continuación del linaje deseado por él, se dijo, y la responsable era Piedad, que no quiso entregársele de buena gana, por lo cual Modesto fue mal engendrado. Aquella idea sobre la culpabilidad de su esposa hizo aumentar en Francisco el rencor que siempre sintió hacia ella, haciéndole más despótico y cruel.

Completamente diferente a su hermano, Francisco Joseph tenía los hombros anchos, poderosos, manos grandes y un rostro enérgico y voluntarioso. A todas horas iba tras las sirvientas domésticas, forzándolas en la caballeriza, en las alcobas desiertas y en sus propias habitaciones, con lo cual provocaba la cólera del mayordomo, quejoso de la indisciplina que el joven introducía entre las negras, quienes, después de estar con él, eran malas cumplidoras de sus obligaciones.

Francisco no prestó atención a las quejas del mayordomo y a las andadas de su hijo hasta el día en que al entrar de improviso en una lejana habitación de la casona lo halló en el suelo, desnudo, refocilándose con dos negras desnudas también. Sin decir nada, cerró la puerta, pero al siguiente día ordenó vender a las esclavas y se dijo que era necesario casar pronto al joven con un buen partido y acabar de introducirlo en el manejo de los negocios de la Casa Valle. Con otros planes, Francisco

Joseph no sentía deseo alguno de ocuparse de un trabajo entre libros de contabilidad, bocoyes de azúcar, sacos de garbanzos y sucios esclavos. Decidió ser militar, sentar plaza en los ejércitos de su majestad en guerra contra los franceses invasores de la Península, cubrirse de gloria, recorrer el mundo y, por supuesto, tener muchas mujeres.

La guerra era la conversación en la mesa al sentarse Francisco.

—Pronto los franceses se verán obligados a retirarse de la Península a pesar de los refuerzos enviados por Napoleón —afirmaba Francisco Joseph.

—Bonaparte es un gran militar —dijo Clemente de pronto.

Francisco se volvió hacia él. Clemente alto, pero no desgarbado como Modesto, tenía un rostro reflexivo y atento.

—¿Qué dices? —le preguntó con su habitual voz dura y seca en la cual había disgusto.

—Que Napoleón es un gran militar y será harto difícil derrotarle — respondió Clemente con firmeza.

En la mesa todos miraron a Clemente menos María Angélica. Sin prestar atención, ella continuó con la vista perdida más allá del ventanal que daba al puerto. Pensaba en lo sucedido aquella mañana en la iglesia de Paula durante la misa de maitines a la que siempre asistía, cuando, después de oír un sermón sobre la redención por la fe, algo maravilloso se produjo en su interior como si todo su cuerpo vibrara y pudiera levitar. Entonces le pareció que, desde el altar, Cristo, los brazos extendidos, el cuerpo herido, los ojos suplicantes, la miraba. No pudo contener el llanto y mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas tomó la decisión de hacerse monja y consagrar su vida al amor de Dios. Ahora la voz furiosa de Francisco Joseph la sacó de sus meditaciones.

—¡Bonaparte un gran militar!

—Nunca ha sido derrotado —el tono de Clemente era muy calmado.

Francisco Joseph se enfureció.

—¿No?, ¿Y Bailén?

—Los derrotados fueron sus generales, no él personalmente.

—Pero, ¿cómo puede ser un gran militar ese perro que mantiene encarceladas a sus majestades e invade la Patria? —chilló furioso Francisco Joseph.

—Invade España, no Cuba —los ojos de Clemente parecían metálicos.

Una vez más en el día, la cólera dominó a Francisco. Levantándose de la silla avanzó hacia Clemente.

—España es Cuba y Cuba es España y quien no piense así es un cochino y no puede sentarse a mi mesa.

Clemente puso la servilleta junto al plato y salió con paso rápido del comedor sin responder al “majadero insolente”, gritado a su espalda por su padre.

Modesto rió y, en voz baja pero que todos pudieron oír, dijo mordisqueando un muslo de pollo, “Cuba es España, Cuba es México, Cuba es todo.”

“Ya le hablaron gordo a Clemente”, pensó Bruno, “en esta casa todos están poseídos, pero yo no seré como ellos”.

Don Gaspar, que no había intervenido durante la discusión, hizo una seña con la mano y un esclavo colocó una cacerola sobre la mesa.

—Bueno está —dijo con suavidad—, comamos el asado que huele muy bien y olvidémonos del Corso.

Fernando miró a su abuelo sin comprender mucho de lo discutido entre Francisco y sus hermanos mayores. Quería a su padre pero más le temía por su carácter violento e irascible. En cuanto a sus

hermanos, Modesto era alguien ido del mundo, Clemente, Francisco Joseph y Bruno, siempre ocupados en sus estudios, bailes y reuniones, apenas le prestaban atención. Piedad, como María Angélica, vivía para misas, Fernando solamente se relacionaba con don Gaspar quien era para él abuelo, padre, compañero, la única persona en la casa capaz de entenderle y enseñarle algo.

Después de la discusión todos callaron esperando que Francisco hablara para reanudar la conversación, pero él se mantuvo silencioso, tan irritado como sorprendido, preguntándose de dónde Clemente había sacado aquellas ideas.

Un sirviente trajo dos fuentes más, una de bacalao sazonado en tomate y otra de olla podrida, el plato preferido de Francisco que, a pesar del mal humor, comió con mucho apetito. Enseguida, tras beber un café bien negro encendió un gran tabaco. En España jamás había fumado, pero en La Habana, desde que Fernando Toledo le ofreciera el primer tabaco, aceptado con temor y curiosidad, se había ido adentrando en el placer de aquellos enormes cigarros que le llenaban de voluptuosidad, luego de una comida regada con un buen clarete. “El tabaco y las mulatas son mis costumbres cubanas”, repetía entre sus conocidos. Siempre, después de comer, fumaba sentado en su butacón preferido y mientras nubes de humo lo envolvían, la modorra le iba ganando hasta transformarse en sueño. Quien le despertara en esos instantes era víctima de su cólera, como Piedad, empujada una tarde tan violentamente que fue a caer en el piso. Por eso cuando Fernando Toledo se apareció de improviso en la casa, urgido de verle, nadie se atrevió a interrumpir su sueño y el mismo Toledo tuvo que despertarle, con mucho cuidado.

Francisco miró irritado a su amigo sin comprender por qué se le turbaba.

—¿Qué sucede? —dijo aún medio dormido.

Algo grave. Los esclavos del ingenio Peñas Altas se habían sublevado, quemando el ingenio y macheteando al mayoral. Toledo no poseía más información, pero pensaba que el ingenio de Francisco, colindante con el Peñas Altas, corría peligro.

—Últimamente, los negros están muy contestones y agitados en todas partes —dijo inquieto—, y si se sublevan en un ingenio es posible que lo hagan en otro e incluso en toda la ciudad.

Francisco reflexionó al recordar el comentario de la mulata Mercedes sobre extrañas e inusuales reuniones de negros y mulatos en una casita cercana a la suya donde vivía un tal José Antonio.

Uno de los asistentes a tales reuniones era conocido de Mercedes y le había dicho que pronto los negros, libres y poderosos, tendrían nuevo rey. Francisco no le prestó atención a lo contado por Mercedes, creyendo que aquellas palabras no eran más que invenciones de esclavos, siempre prestos a toda clase de fantasías, pero ahora, al pensarlo bien, se dijo que quizá las reuniones y las palabras del negro escondieran algo más grave, tan grave como una conspiración.

—¿Qué haremos? —preguntó Toledo muy preocupado.

Francisco se puso la levita.

—Dar mucho cuero —respondió mientras caminaba hacia la puerta—. Vamos, creo que poseo una información valiosa para las autoridades.

Muchas eran ya las señales, las evidencias, repetidas día a día, como un prolongado eco, a través de toda la Isla, de un gran complot de esclavos para provocar en Cuba los sucesos de Haití. Su centro se desconocía, pero, por los informes recibidos, muy bien podía estar en La Habana, se dijo el capitán general Someruelos y dio orden de actuar con toda rapidez y mucha severidad. Entonces comenzaron las detenciones. A las once de la mañana fue apresado el mulato José Antonio Aponte mientras almorzaba en su casa de la calle Jesús Peregrino, en cuyas paredes colgaban retratos de Henri Christophe, rey de Haití, de Toussaint Louverture, George Washington y del mismo Aponte. Con minuciosidad de sabuesos los

agentes policíacos registraron rincón a rincón de la vivienda y hallaron documentos, mapas, un estandarte blanco y la imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Pronto eran detenidos otros negros y mulatos y enviados a la fortaleza de la Cabaña donde ya estaban reclusos los pocos esclavos del Peñas Altas capturados vivos.

Con eficacia y agilidad se realizó el proceso y gracias a las confesiones de varios detenidos se comenzó a destejer el vasto manto de la conspiración. Bajo tortura, uno de los presos declaró que “se iban a reunir para quemar casas y distribuirse en partidas; algunos para matar a los que concurrieran al incendio, otros en las calles para hacer lo mismo con los que transitaran por ellas y los mejores para asaltar el cuartel, hacerse de pólvora, balas y fusiles”.

El capitán general leyó aquella confesión y un informe de todo el proceso, y a medida que leía la ira lo iba dominando y llegó al máximo al saber que existía la posibilidad, sin confirmar, de que algunos blancos estuvieran implicados, junto a los negros, en la conspiración. “Horrible, horrible”, exclamó, “¿qué hubiese sucedido si a tiempo no descubrimos la conjura? Hombres asesinados, mujeres violadas, fincas incendiadas, el terror, los salvajes negros gobernándolo todo”. Someruelos respiró profundamente y se desabotonó los dos primeros botones de la casaca. “Y esos blancos que no conocemos, ¿quiénes son y qué pueden estar haciendo, coño, mezclados con los cabrones negros?” Furioso, tiró el marqués los papeles del proceso sobre el escritorio y manoteó en el aire. “Debo dar un gran escarmiento”, pensó. “Los negros están muy perros, son bestias que muerden la mano del amo y necesitan un castigo gordo. Yo les enseñaré que sé darlo y ahora mismo.”

De pie, su secretario aguardaba.

—¿Ha tomado alguna decisión, excelencia? —preguntó.

—Que los cuelguen.

—¿A todos? Los dueños de los esclavos del Peñas Altas los reclaman. Si los matamos perderán mucho dinero.

Someruelos hizo un gesto de contrariedad.

—Al Aponte ese y a los otros cabecillas.

—¿No haremos juicio? —se atrevió a preguntar el secretario.

—El juicio se acaba de celebrar —respondió Someruelos malhumorado—. Que los cuelguen mañana mismo y que la cabeza de Aponte sea expuesta en lugar público. A todos los otros que se les azote y a los más connotados enviadlos a presidio.

Esa noche, a solas en su alcoba y ya calmado, el marqués meditó sobre los acontecimientos del día. Nunca había sido partidario de medidas extremadamente rigurosas y se preguntó si habría actuado correctamente al sentenciar, sin juicio y por su sola voluntad, a los acusados. El calor era sofocante y Someruelos se abanicó. “No hay dudas”, se dijo, “la sentencia es ejemplificante y no puedo dictar otra. Con los negros se impone tener el puño muy duro porque si se les da la menor oportunidad nos acuchillarán a todos los blancos, sin distinción de posición”.

Temprano llegó Francisco a la explanada de la Punta para no perder un solo detalle de la ejecución de Aponte, “el perro Aponte”, como ya le llamaban en la sorprendida villa, donde no se recordaba tal temor e intranquilidad. Lo que desde la Revolución en Haití era espera, sospecha, miedo de las familias blancas, había sucedido finalmente: una conjura de negros y mulatos para acabar con el dominio blanco y devastar al país. Ahora, de repente, de la noche a la mañana, los amos recibían la noticia de que se había producido no una cimarronada más, un apalancamiento cualquiera, sino un verdadero complot, bien organizado y ramificado a lo largo de la Isla. Por La Habana corrieron las noticias, cada una más alarmante que la

anterior; en una casa del barrio del Horcón se habían descubierto sacos de pólvora, destinados a volar el palacio del capitán general, la escuadra del rey Christophe de Haití se acercaba a Cuba con armas para los rebeldes.

Aun después que los conspiradores fueron detenidos cobró fuerza el rumor de que la conjura no estaba totalmente sofocada y nuevos levantamientos se podían producir en cualquier instante. Los cabildos de negros sólo esperan una orden para alzarse y degollar a todos los blancos, incluso mujeres, niños y ancianos, murmuraban en las calles, y las mujeres hacían la señal de la cruz y los hombres iban en busca de armas. Se olvidaron los sucesos de la península, la lucha contra los franceses, se calmaron las disputas entre españoles y criollos. El miedo reinaba.

El propio capitán general tuvo que declarar que la situación se hallaba bajo control y los detenidos en la espera de castigo. Entonces, todos a una, los hacendados, los comerciantes, exigieron mano dura y justicia ejemplar. Que los ahorquen, gritaban en las tabernas, pedían en los salones, demandaban en los despachos.

Que los acaben de ahorcar, vociferaba la multitud congregada en el lugar de la ejecución cuando Francisco descendió de la volanta con sus hijos. Había decidido que presenciaran la ejecución para que endurecieran el carácter y supieran cómo se hacía justicia en gente tan canalla, dijo.

Modesto, Francisco Joseph y Fernando bajaron aprisa de la volanta y rodearon a su padre. Faltaban Bruno y Clemente. Bruno padecía de calenturas y, a pesar de sus ruegos, no se le permitió asistir por temor a que las fiebres aumentasen. Clemente, cuando ya todos estaban montados en la volanta, anunció su decisión de no ir y de nada sirvió que su padre le increpara duramente ni que Francisco Joseph le prometiera un espectáculo muy divertido. “Algo así”, dijo, “como tomar un pollo por el cuello y darle vueltas en el aire para matarlo”. Sin responder, Clemente bajó la cabeza cuando su padre le peleó y mantuvo un obstinado silencio. En cuanto a don Gaspar, dijo que no valía la pena moverse de la casa para ver a unos negros ahorcados.

Los condenados llegaron un instante después que Francisco y sus hijos. Iban acompañados de un sacerdote y lentamente subieron a la tarima que serviría de cadalso, donde aguardaban el verdugo y su ayudante, Aponte primero, detrás los demás hasta ocho. Estaban débiles por los días de interrogatorio y a uno tuvieron que ayudarle a subir, pero Aponte se mostró sereno, con aire de dignidad y superioridad, como si no se encontrara en los últimos minutos de su vida. Su actitud llamó la atención de Francisco.

—Muy perro se muestra —dijo—, por eso con estos negros no se puede ser blando.

Aponte fue el primer ahorcado y la ejecución transcurrió rápidamente hasta llegar al último condenado que se debatió en el aire, como un muñeco de trapo, jadeando, resistiéndose a morir pues el lazo corredizo, alrededor del cuello, no apretaba bien. Impaciente, la multitud se agitó como una fiera dispuesta a concluir ella misma con la vida del reo, pero el verdugo le haló las piernas hasta que éste tuvo una última convulsión y quedó inmóvil con la boca abierta.

Mientras del mar soplaba un fuerte viento, los cuerpos se balancearon lentamente, semejantes a péndulos, y fueron derrumbándose sobre el patíbulo al cortar el ayudante las sogas que les asfixiaron. Entonces el verdugo, con un limpio golpe de hacha, cercenó la cabeza de Aponte.

—Vámonos, padre —dijo Modesto al sentir que una enorme repugnancia se apoderaba de él.

—¿Qué harán con la cabeza? —preguntó Fernando.

—Mirad —dijo Francisco.

El verdugo se inclinó y tomando la cabeza por los pelos la mostró, como un trofeo, al público que aplaudió mientras algunos gritaban “se lo merece”, “perro”, “negro miserable”.

—Muy bien, muy bien —exclamó Francisco entusiasmado—, ¿vieron con qué habilidad cortó la cabeza el verdugo?

—¿Qué harán con ella? —volvió a preguntar Fernando.

—Por orden del capitán general la exhibirán en una jaula en la calzada de San Luis Gonzaga. Así deben morir los...

Francisco no pudo terminar la frase porque Modesto cayó desmayado.

Ah, me levanto antes que el sol, limpio la casa, ayudo a María a preparar la comida, la llevo, con otros esclavos, a la mesa donde están sentados su merced don Gaspar, su ama doña Luisa, su ama doña Piedad, gorda por el niño en su vientre, y el amo don Francisco que me vigila con ojos de cazador, me observa cuando estoy de espalda. Siento su mirada prendida en las caderas, en mis nalgas, en mis senos duros y redondos como la calabaza. Soy la negra más linda, me lo dice María, y en nada me parezco a la esclava flaca y hambrienta que en el barracón cuidó a Mmbo.

Una noche, el amo me coge por un brazo en uno de los pasillos más apartados de la casa, me empuja hacia un cuarto vacío y alza mi sayón. Sus ojos son los del leopardo, preparado a saltar sobre la presa, sediento de sangre y carne. Se abre el calzón y saca su palo enorme, largo como la cola de un cocodrilo, que se agita con violencia. Ah, no lo quiero, no lo quiero aunque sea el amo. Lo empujo, lo rechazo, le clavo las uñas en los brazos. Ah, está levantando el puño, lo veo, me pega en el pecho, está cogiendo un pedazo de madera, lo levanta, golpea, me está golpeando los brazos, el pecho, grito, me tapa la boca con la mano, si gritas te mato, pega en la espalda, en las nalgas, estoy cayendo, caigo, pega, pega en el suelo, me saca el sayón, la cola de cocodrilo se mueve furiosa, baja, y se clava, removiéndose, zas, zas, coletazos en mi laguna, desgarrándome. Saca la cola, fuerte, dura, me voltea, estoy tirada boca abajo, ah, agarrándome con una mano el pelo, con la otra las nalgas, ah, busca mi pozo oscuro, lo tantea con los dedos, ah, con un coletazo durísimo entra en sus profundidades que se llenan de sangre. Negra, perra, perra, te lo cojo, perra, repitió mientras me hincaba, hincaba, hasta que algo explotó en mi interior y sentí dolor, mucho dolor, subiendo por todo mi cuerpo hacia la boca.

Ah, no arañarle, debí morderle el cuello, como el tigre a la gacela, para que toda su sangre escapara del cuerpo, aunque después me hubiesen azotado hasta morir. Ah, maldito seas amo Francisco. Que te pudras para siempre en el fondo de un hueco sucio rodeado de culebras y picado por alacranes.

A Modesto, al despertar de su desvanecimiento, el cuerpo le temblaba como si estuviese aquejado de fiebres y dijo sentirse muy débil. Encolerizado con su hijo por lo que calificó de cobardía, Francisco ordenó a un criado que le condujera a la casa y él, con Fernando y Francisco Joseph, se dirigió hacia el sitio donde sería expuesta la cabeza de Aponte.

Cuando llegaron ya los verdugos se habían adelantado y la jaula de barrotes con la cabeza dentro colgaba en una de las esquinas de San Luis Gonzaga. El rostro de Aponte, semejante a una grotesca máscara, tenía los ojos fuera de sus órbitas, las fosas de la nariz muy abiertas como si buscara el aire que le quitó la cuerda de ahorcamiento, y los labios caídos por los cuales asomaba una lengua pardusca.

Con la mano Francisco le señaló la cabeza a sus dos hijos.

—Así terminan los traidores —dijo en tono aleccionador—, no lo olviden nunca.

—Bien merecido se lo tiene por querer sublevar a los negros —dijo un hombre pobremente vestido—, malhaya la hora en que nació.

—Es más feo que el diablo —dijo un gordo que estaba junto a ellos y comía dulces de un pequeño paquete.

Un hombre alto y bien vestido fue hasta la jaula y escupió con desprecio.

—A ingrato y miserable nadie le gana —dijo y se apartó lentamente.

—Vámonos ya —Francisco empujó a sus hijos hacia la volanta—, mucho debo hacer hoy y me esperan en el almacén.

Al ir a montar, Fernando se detuvo y miró hacia la jaula. Le dio la impresión de que los ojos enormes de Aponte, aún abiertos, le observaban fijamente con odio, y la boca desfigurada le hacía una mueca de burla. Quedó paralizado por el miedo y sólo la voz imperiosa de su padre le hizo subir a la volanta. Rumbo a la casa, cerró los ojos y nuevamente vio el desfigurado rostro del condenado. No lograba borrarlo de la mente y nunca lo lograría. Durante toda su vida, hasta la muerte, la imagen de la cabeza cortada y grotesca mirándole fijamente le perseguiría.

En la mansión les dieron la noticia de que Modesto había sufrido otro desmayo. Estaba inconsciente, acostado en su cuarto con fiebres y convulsiones y al volver en sí, por momentos, nadie atinaba a entender las incoherencias que decía. Llorando, Piedad le pasaba la mano por la frente. Junto a ellos, María Angélica oraba y le pedía a Dios que se compadeciera de su hermano y no se lo llevara. Creía que Modesto iba a morir y, reprochándose no haber sido antes lo suficientemente cariñosa con él, juró que, si se salvaba, ella peregrinaría a Santiago de Compostela y después entraría de inmediato a un convento en España. Llamado con urgencia, el médico observó atentamente al paciente, le abrió la boca, le escrutó los ojos y diagnosticó calenturas como resultado de una súbita irritación de la sangre producida por los calores imperantes, inesperados y prematuros para el mes de abril y los vientos del sur que agitaban el temperamento. Todo se había exacerbado, sentenció, con la prolongada permanencia del enfermo al sol durante el ahorcamiento de los negros. Sangría, reposo en la habitación aireada, pero sin ninguna exposición a la luz eran las medidas imprescindibles para que curase en pocos días.

Al oír aquellas explicaciones Francisco torció los labios.

—Modesto —dijo— no padecía ninguna inflamación de la sangre. Estaba así por loco y cobarde y para diagnosticar eso no era necesario pagar a un medicucho, bastaba con mirar a su hijo y verle caminar de noche por los corredores para comprender que era un cretino lunático, incapaz de presenciar, tranquilamente, como todo el mundo, la ejecución de unos negros canallas.

El pronóstico médico no se cumplió y Modesto estuvo entre la vida y la muerte, atacado de fiebres intensísimas, que le hicieron delirar, y de convulsiones tan fuertes que fue necesario sujetarle constantemente pues podía resbalar del lecho, como una noche en que, dejado solo por un instante, cayó al suelo. A veces, cuando no deliraba se adentraba en una larga inconsciencia y permanecía días enteros rígido, como una momia, la piel de un color cadavérico. Por deseo de Piedad, se trajo a la casa a un segundo médico, el doctor Suárez Rey, hombre de mucha reputación, recién llegado de la Península que, después de palparle cuidadosamente el vientre y preguntar cuáles habían sido sus últimas comidas antes de enfermar, explicó que fiebres y convulsiones eran producidas por algún alimento envenenado o en mal estado y, por tanto, era imprescindible purgar al enfermo. Modesto fue purgado, luego de lo cual las fiebres cedieron, pero las convulsiones aumentaron y su estado de debilidad y enflaquecimiento se hizo mucho más agudo.

Desde que su hermano enfermó, María Angélica se mantuvo a su lado, colocándole compresas frescas en la frente, alimentándole, sujetándole, durante sus violentas convulsiones. Para estar más cerca, puso su cama en un cuarto contiguo con la puerta siempre abierta. Al ceder las fiebres, decidida a bañarlo ella misma, mandó traer al cuarto del enfermo una tina grande con agua tibia. Su madre, consternada, le dijo que una señorita no podía ver desnudo a un hombre que no fuera su esposo, pero María Angélica respondió que Modesto no era un hombre, sino su hermano y ella una sierva del Señor, obligada a practicar la caridad, no una señorita. Al decir “sierva del Señor” la emoción la dominó, reafirmando su decisión de ingresar al convento. A diferencia de su hermana Natividad, a María Angélica no le interesaban los paseos, los vestidos o los bailes.

Misas y lecturas sagradas, en especial las vidas de los santos, eran su quehacer principal y única satisfacción, que se fue acentuando día a día durante la enfermedad de Modesto, quien al mes de enfermar

mejoró, libre ya de fiebres. Comía con apetito, recuperó el peso y el color rosado de la piel. Una mañana, María Angélica le vio levantarse de la cama y caminar muy tranquilo por el cuarto.

Recobró la salud física, pero su estado mental empeoró y si antes sólo vagaba de noche, ahora lo hizo a cualquier hora y sus monólogos se llenaron de palabras incomprensibles y de relatos sobre viejos sucesos en la vida de los Lorente, relacionados con la historia de la isla.

Pronto el rumor de que el joven Modesto era poseído de los espíritus se hizo más fuerte y pasó de la servidumbre a la calle. “Allí vive el poseído”, decía la gente al cruzar frente a la casa, “el señorito Modesto habla con los fantasmas”.

Francisco Joseph supo el rumor y lo comentó delante de la familia.

—Tonterías, las historias que cuenta las leyó en mi libro — Clemente mostraba en las manos un ejemplar de La historia de Cuba de José Antonio Valdés.

—¿Cómo es eso? —dijo con rabia Francisco que nunca pensó que un hijo suyo pudiera leer a un autor, sospechoso de deslealtad al rey—. ¿Dónde obtuviste ese libro?

—Es muy interesante —Clemente desafiaba—, todos los cubanos deben leerlo.

Francisco quiso decirle algo, pero Piedad fue más rápida.

—¿Y las frases y palabras que no entendemos?

—Del latín. Sacadas de mis cuadernos y de lo que dice el cura en la iglesia.

—¿Qué diablos sabes tú de latín ni de nada? —gritó Francisco—. Modesto es un loco y un cobarde.

—Debiera verle nuevamente el médico —dijo María Angélica.

El doctor Suárez Rey regresó para sentenciar “humores y sangre se mantienen aún revueltos. Es necesario sangrarlo diariamente dos veces”.

No pudieron cumplir sus indicaciones porque al siguiente día de la visita médica, Modesto, después de lanzar contra el piso el espejo de su cuarto, tomó un pedazo de vidrio roto y abalanzándose contra Francisco en el corredor le hizo un rasguño en el hombro. Enseguida, al ver la sangre, tiró el cristal y gemiqueando se acurrucó en un rincón.

Le recluyeron en su cuarto y no opuso resistencia, pero desde ese instante no pronunció una palabra más. Llamado urgentemente, el padre Martín le habló con dulzura, pero él no le respondió ni tampoco a su abuelo. Sus ojos siempre abiertos estaban fijos en lo alto, los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho, las manos cerradas, las piernas unidas y apretadas. Así se mantuvo, en absoluta inmovilidad, igual que un Buda, sin prestar atención al llanto y súplicas de Piedad para que le respondiera, ni a las caricias de María Angélica. No reaccionó ante el asombro de sus hermanos, quienes le miraron largo rato como si vieran un extraño animal. Le trajeron bebidas y alimentos y al no comer ni beber durante dos días, Piedad comenzó a gritar que, de seguir así, su hijo iba a morir. Entonces Francisco dio la orden de alimentarlo por la fuerza. Modesto no se resistió cuando, entre María Angélica y una esclava, le hicieron abrir la boca y tragar unos sorbos de agua, algo de sopa y un poco de picadillo, pero luego no volvió a cerrar la boca que mantuvo muy abierta, como petrificada. Probaron todo, sanguijuelas, cataplasmas, cocimientos, pero fue inútil y él se mantuvo en estado de rigidez absoluta.

A la semana, la situación en la casa se hizo insostenible pues entre el llanto de Piedad, la tristeza de María Angélica y los comentarios públicos de que Modesto era un hechizado nadie podía permanecer tranquilo y andaban como trastornados, sin saber qué hacer, si sangrarlo diariamente, según el consejo del médico, resignarse a verlo así para siempre o aceptar que sobre él existía efectivamente un hechizo que era necesario romper de alguna manera. Frente a tantas disyuntivas para las cuales no tenía respuesta, Francisco decidió enviarlo al ingenio. “Allí estará”, explicó, “hasta que se restablezca y luego volverá”.

Cuando María Angélica supo la decisión y quiso acompañar a su hermano, Francisco se opuso. “Si me pudo herir”, dijo, “sería capaz de atacar a cualquier otro familiar”. A Modesto le acompañaría el doctor Suárez Rey, encargado de velar por él e informar a la casa del proceso de curación. Todo se dispuso con rapidez y se avisó al ingenio. El día antes de la partida, Piedad entró silenciosamente en el cuarto de su hijo y no pudo contener las lágrimas. Sentado en el mismo sillón donde le meciera cuando era niño, Modesto había abandonado su rigidez y su figura reflejaba tal indefensión y tristeza que Piedad, llorando, se echó sobre él y le abrazó tiernamente.

—Hijo mío, hijito, ¿qué te pasa?

Modesto se movió.

—Señora, señora, ¿por qué llora usted? —dijo indiferente.

Piedad estuvo toda la noche hablándole, acariciándole y a sus preguntas Modesto respondía que estaba bien y no recordaba nada de lo sucedido. En su última visión iba con su padre y hermanos rumbo a la ejecución de Aponte. Después la niebla y la noche entraron en su cabeza y la memoria era un silencioso laberinto del cual sólo llegaba un oscuro sonido, semejante a un silbido de alguien que llamara lejos, muy lejos. Luego vino el deseo de no querer hacer nada, de dormir, inmóvil para siempre como un árbol. En la siguiente madrugada, Modesto fue despedido en la puerta cochera de la casa por Piedad, Francisco, don Gaspar y María Angélica.

—Ya todo pasó y ahora te sentirás mejor —le dijo María Angélica al abrazarle—, no te preocupes, el Señor te iluminará y te sanará completamente. Yo rezaré por ti cada día.

Modesto se volvió hacia don Gaspar.

—¿Es que estoy enfermo? —preguntó asombrado.

—Nada, hombre, nada —respondió con nerviosismo el viejo—, una tontería. En el ingenio te pondrás bien y pronto regresarás o te iremos a visitar allí.

Modesto montó en la volanta, el calesero chasqueó el látigo y el carruaje partió.

—Se me figura —dijo Piedad y se echó a llorar— que no volveré a verle más.

—Quita, mujer —dijo don Gaspar sombrío—, en un mes estará bien y todo se dará al olvido. Los aires del ingenio le sentarán.

Tumbas del cementerio, blancas, grises, negras, de mármol, granito, cemento o simplemente tierra, en criptas, panteones, bóvedas individuales y dobles, flanqueadas por silenciosos cipreses cuyas raíces, como largas barbas, se hunden profundamente en la tierra.

Encuentras atrayente la serena belleza del camposanto, sobre todo al atardecer, cuando la brisa corre entre las sepulturas acariciándote al pasar. Te agrada mirar los mausoleos oscuros, misteriosos, las capillas cerradas, descubrir, en la inmensa geografía de la ciudad muerta, los sepulcros de patriotas y hombres famosos, saber que están aquí junto a los desconocidos de siempre. Con cuidado lees los epitafios, algunos borrosos, por el tiempo, imaginas cómo fueron las personas enterradas, sus últimos días, la época que les tocó vivir.

Hoy vas por la avenida principal, pasas el panteón de la familia Montero, llegas a la capilla central de la cual sale un cortejo luego de oír misa de difuntos, doblas a la izquierda y al pie de un sepulcro viejo y desconchado ves un envoltorio de papel roto, en cuyo interior hay plátanos secos y la cabeza de un gallo. Brujerías de negros, ¿hasta cuándo va a continuar este atraso en Cuba?, piensas y caminas aprisa, como si quisieras escapar de un posible maleficio de gente que no respeta, dices, ni los lugares sagrados. Cruzas

frente a grandes panteones y dos calles más allá llegas a la sepultura de los Valle, sombreada por un inmenso y viejo álamo. Te gusta este mausoleo de mármol intensamente negro en forma de pirámide, en cuyo frontispicio hay una sola palabra: VALLE. Ahí están Francisco Valle, Fernando, Modesto, Clemente, Caridad Toledo, traídos de sepulcros más antiguos, unos al lado de otros en pequeños osarios de mármol blanco de Carrara, sus nombres grabados al relieve en sobrias letras negras. Faltan Piedad, don Gaspar, doña Luisa, cuyas tumbas se perdieron al ser demolido el viejo cementerio de Espada, y Bruno, enterrado en Nueva Orleáns junto a su esposa Mary Townsend, bajo una sencilla lápida, roída por el tiempo, en la cual apenas se puede leer su nombre. Falta María Angélica que yace con sus hermanas de fe, en un pequeño cementerio italiano, visitado por ti una tarde de octubre cuando las hojas otoñales de viejos sauces, amarillas, rojas, volaban impulsadas por el viento entre sepulturas y estatuas sagradas. Una de aquellas hojas va a caer a tus pies, la recoges, la guardas en un libro y después le pides a un transeúnte que con tu cámara te tome una foto, la misma del álbum familiar, donde te ves pensativo y triste. Falta Francisco Joseph, muerto en desconocido lugar, sabe Dios durante qué batalla, pelea o trifulca, tan amadas y buscadas por él que nunca tuvo paz con los hombres y la vida, como demuestran sus poquísimas cartas rescatadas por ti a precio de oro (“mañana entraremos en combate contra el general Sucre, esa inmunda rata”, “te juro que me gusta pelear y demostrar mi valor”, “ayer fui herido en un tiroteo, nada de importancia; en estos días volveremos a la carga para acabar con los cochinos criollos”). Tampoco Natividad duerme junto a los suyos. Nunca lo quiso. En su testamento (del que posees copia) expresó la voluntad de ser enterrada en Madrid, incluso si moría en La Habana durante sus viajes a Cuba. En Madrid yace, dentro de un sepulcro de mármol jaspeado sobre el cual está escrito “marquesa de Monte Hermoso”, arriba de “Mirabile visu”, curioso epitafio, quizá solicitado por la propia marquesa, quizá obra de alguno de sus muchos adoradores. Esa sepultura, contigo a un lado, también está recogida en el álbum familiar, donde, inexplicablemente, no hay fotos del panteón habanero (“habrá que tomarlas pronto”) cuyos más recientes osarios son los de Felipe y Fabiola, Fabián y Teresa, junto a Flor, Frasco, Dolores Fernanda, Piedad Angélica y Gabriel (sepultado en camposanto después de muchas dificultades y gracias a la intervención del señor obispo). Falta también Florencio, enterrado, con otros patriotas, en fosa común nunca hallada. Aquí se encuentra tu lecho, vacío por el momento, donde algún día reposarás, unido a los Valle.

Con la llavecita dorada que sólo tú posees abres la puerta, entras, bajas tres peldaños y te acomodas en un pequeño banco. Ahí, entre las paredes de la cripta, sin nada perturbador, te sientes en contacto con tus familiares, como si, cerrando los ojos, en tu mente proyectaran una película silente en la cual ellos fueran los personajes. “Me parece que ya sé”, dice Antonio, al descubrir casualmente tus visitas a la necrópolis, “quien continúa la línea de los locos en la familia”.

III

La historia empieza con un misterio; mi esperanza, se lo juro a ustedes, es que al final ustedes lo entiendan todo.

CARLOS FUENTES

Ah, entra, lo soporto.

—¿Quién?

Ah, el amo Francisco.

—¿Qué entra?

Su enorme cola. Tan grande era que un día tuve gusto. Es Changó que llega en ese momento, haciéndome girar como el remolino. Gozo con su rayo que penetra en la carne por mis tres bocas, aunque el placer mayor es cuando pasa a través del oscuro camino en un viaje que aprendí con él y pronto preferí a los otros. Gozo y después sufro, pensando en el mal que me ha hecho. Lo odio, lo maldigo mientras recuerdo los latigazos recibidos, a Mmbo, pero le doy gusto, mucho gusto, cuando me clava y se hunde en mi interior.

Tanto gusto le doy que me muda para un pequeño cuartico de la casa y me quita de los trabajos pesados. Sirvo a la mano a su ama doña Luisa, aprendo español, no lo hablo bien como ahora, pero todos dicen “qué negra tan inteligente, no habla bozal ni parece de nación”. Soy obediente, sumisa, pero en el cuarto adoro a los dioses y preparo la venganza.

Juan Ruiz de Apodaca , conde de Venadito, teniente general de la Real Armada, gobernador general de la Isla de Cuba, iba a firmar las sentencias de los dos últimos detenidos por la conspiración de Aponte cuando, desde la ventana de su despacho, vio cruzar por la bahía al Santa Elena, hermoso velero de recia arboladura pero no le prestó atención. Decenas de buques tan hermosos como aquél había visto en sus cincuenta y ocho años de vida, la mayor parte pasados en el mar. El conde, además de hombre culto, era un notable marino, orgulloso de sus combates navales, como el de Cádiz, al frente de la armada española que derrotara a la escuadra francesa del almirante Rosilly, y de sus viajes por medio mundo, a Manila, cruzando el Pacífico, al Perú, Estambul, a Londres en calidad de embajador.

Acostumbrado a la visión de tantas ciudades, al llegar a La Habana, Apodaca pensó, igual que Francisco Valle años atrás, que la villa era un saco de suciedad y abandono. Las calles por las cuales dio sus primeros pasos seguían sin empedrar y de ellas se alzaba un polvo rojizo que enseguida ensució la casaca bordada en oro del conde. Le explicaron que siempre era así en períodos de seca. Durante las lluvias, como pronto vería su excelencia, se transformaban en un lodazal de imposible paso. El conde respiró con resignación. Ya estaba informado de que en La Habana no hallaría, por supuesto que no, un Escorial con sus mil cien ventanas y dieciséis puertas exteriores, ni un palacio de Buckingham, donde tantas tardes pasara en amables conversaciones a la hora del té con lord Clarendon, pero lo visto al entrar en la ciudad fue mucho más allá de lo esperado y se sintió realmente deprimido. Casas de una planta, a lo sumo dos, ninguna edificación comparable a la catedral de Ciudad México o a la Universidad de San Marcos. En cuanto a cultura, La Habana era una aldea. Exceptuando al señor obispo Espada a quien, desde la primera conversación, tuvo por hombre de luces, al doctor Romay, introductor en el país de la vacuna contra la viruela y al hacendado Arango y Parreño, ameno conversador y muy al tanto de los problemas cubanos y europeos, las demás personas conocidas por él sólo hablaban de azúcar y esclavos y le parecieron tontas y aburridas. Cierta que vivía alguna que otra gente culta como el presbítero Varela , pero Apodaca prefirió no tratarle cuando le informaron de su actitud revoltosa e independentista.

Antes de rubricar las sentencias de muerte y, pensando precisamente en Varela, el capitán general meditó sobre la efectividad de tales ejecuciones. Como militar, pero también como buen diplomático, consideraba que la integridad de España en América, muy amenazada en los últimos tiempos, se conservaría mejor a partir de una política preventiva que se basara en la diplomacia y, sobre todo, en la vigilancia meticulosa de los revoltosos y posibles separatistas. Si Someruelos hubiese tenido, pensó, una buena vigilancia previa, como la que él ahora organizaba, la conspiración de Aponte no se habría dado. Vigilancia previa o, para ser más exacto, espionaje, era lo requerido en las Américas. Así se lo había dicho al ministro de Estado cuando ultimaban los detalles de su próxima gobernación en Cuba.

Apodaca firmó y entonces, sin ningún motivo, le vino a la mente el retrato del marqués de Someruelos que había estado colgado en aquel despacho donde él ahora firmaba. “Horrible pintura”, dijo Apodaca al verla por primera vez y alguien le explicó que era obra de un tal Escobar, quien también hizo el retrato de otros capitanes generales, pues siempre hubo la intención de formar una galería con los retratos de los gobernadores.

“Lo de la galería está bien”, respondió Apodaca, “pero yo no posaré para el Escobar ese. ¿Cómo se llama el pintor francés recién llegado a La Habana? ¿Vermay? Dicen que es bueno, pues invítadle y a este cuadro horroroso buscadle acomodo en otra parte”. Una semana estuvo el cuadro sin ser sacado del despacho, por una causa u otra, hasta que Apodaca montó en cólera por el incumplimiento de su orden. “Es insoportable y sorprendente cómo en Cuba no se cumple lo dispuesto”, meditó el conde, mojando la pluma en el tintero para escribirle un informe al ministro. Pero en España tampoco lo mandado, la pluma se detuvo en el aire, se ejecutaba enseguida, como si una molición general lo gobernara todo. Ellos mismos, los capitanes generales, la pluma descendió hasta el papel, se permitían no ejecutar reales órdenes con un “se acata, pero no se cumple” “y yo no cumpliré la disposición superior de cerrar el puerto habanero al comercio con extranjeros”, pensó Apodaca, mientras movía la pluma con lentitud, como si fuera incapaz de poner la primera letra. Se acata, pero no se cumple, los mandatos se engavetan para mañana, para pasado, para nunca, y probablemente, por muchos informes que escribiera sobre la actividad de los revoltosos, el ministro de Estado no tomaría las medidas precisas para combatir la sedición o no las tomaría a tiempo o si las tomaba a tiempo no se ejecutarían correctamente. Entonces, su labor, meditó Apodaca, era inútil, todo iba a perderse, eso le decía su larga experiencia como funcionario y leal servidor del Imperio. Desalentado, Apodaca suspiró, rompió la carta ya encabezada, dirigida al ministro, y puso la pluma junto a los papeles que aguardaban ser revisados. Entre ellos había una solicitud a nombre de Francisco Valle y Fernando Toledo para traer doscientos esclavos de África.

Durante la primera parte del viaje al ingenio, Modesto, taciturno, inmerso en un torrente de asfixiantes pensamientos, apenas habló con el doctor Suárez Rey. Al mediodía, se detuvieron bajo la sombra de un enorme ceibo y comieron de las provisiones llevadas con ellos. El camino, cubierto hasta allí con el enramaje de gruesos árboles, a través del cual los rayos de sol tejían hilos luminosos sobre la tierra oscura, continuaba más allá a lo largo de la extensa monotonía de un cañaveral.

—Ésas son las tierras del Teresa —la mano del médico señaló las cañas.

Modesto se mantuvo silencioso, más interesado en el correr de una hormiga que en la conversación de Suárez Rey.

—Cómo ha cambiado el paisaje —continuó Suárez—. Hace treinta años aquí sólo se veían árboles y ahora la caña lo invade todo. Hasta el gran bosque de Los Horcones ha sido talado y sembrado de caña.

El médico calló y observó al calesero ocupado en atender al caballo.

—En mi juventud nunca vi tantos cañaverales ni tantos negros. Es asombrosa su multiplicación. En todas partes hay un cañaveral y junto a él un lote de negros.

Modesto apartó la vista de las hormigas.

—¿Es usted de aquí? —preguntó.

Suárez Rey hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Cuando joven estuve en el Amalia, el ingenio de los Montero que se halla después del Trinidad. Ésos dos eran los únicos en la zona.

Modesto quiso decir algo, pero, al ver una mata de mango, su atención se desvió y, olvidando lo que quería decir, fue hacia ella. Le gustaban los mangos con pasión, los comía sin hartarse, goloso frente a cada nueva fruta, saboreando la semilla que chupaba hasta el cansancio. Los mangos colgaban de las ramas del árbol y él arrancó varios con avidez. Al regresar, mordisqueaba uno.

—También es asombroso cómo se han reproducido los mangos en la Isla —los dedos de Suárez Rey acariciaron su barbilla—. No ha veinte años en La Habana se vendieron en cinco onzas de oro los primeros cinco cosechados en Cuba; hoy hasta silvestres se dan. No coma usted mucho que no están lo suficientemente maduros y pueden hacerle mal.

Modesto continuó mordisqueando la fruta y el médico se puso de pie.

—Todo es extraordinario —dijo—. Apenas días atrás usted se negaba a probar bocado y ahora mire cómo come. Parece estar totalmente sano. Milagros de la naturaleza.

Modesto arrojó violentamente el mango al suelo.

—Yo no he estado enfermo —dijo hosco.

Sonriente, Suárez fue hacia la volanta.

—Por supuesto. Usted sólo ha estado indispuerto unos días y en el ingenio acabará de restablecerse.

—¿A qué vamos al ingenio? —había incertidumbre en la mirada de Modesto.

—Ya se lo dije. A que se restablezca.

—¿Cuánto tiempo? —los dedos de Modesto atraparon una hormiga.

—Tan luego se restablezca regresaremos a La Habana. Los aires del campo son saludables y le vendrán bien. Allí hasta tomará baños de mar. ¿Nunca se ha bañado en el mar? —Sin esperar la respuesta, Suárez Rey apresuró a Modesto—: Vamos, que se hace tarde y aún falta un buen pico de camino.

Juan el calesero se había acercado y tomando a Modesto por un brazo le ayudó a subir al quitrín, y después de montar Suárez Rey el carruaje se puso en movimiento.

Cruzaron las tierras de tres ingenios en las cuales los esclavos cortaban las cañas bajo la mirada vigilante de mayores y contramayores. En uno de los campos un mayoral pateaba con furia a un negro tirado en el suelo.

—¿No ha venido usted nunca a un ingenio? —preguntó el médico al ver la mirada sorprendida de Modesto.

—Dos veces —Modesto estaba taciturno otra vez.

—En el Trinidad es distinto —Suárez Rey bostezó—, nunca se castiga a un negro durante el trabajo. Don Francisco lo tiene prohibido.

Poco antes de entrar al ingenio, en un recodo del camino, vieron una torre sucia y desconchada de aspecto lúgubre con un campanario en lo alto.

—¿Qué es eso? —Modesto tuvo temor.

—La antigua torre de vigilancia y alarma del ingenio. Cuando hay un incendio o un esclavo fugado se tocan las campanas para avisar a otras haciendas. Ésta se quemó hace unos años.

Suárez Rey observaba el camino y no desvió la vista para mirar la torre, en cuyo campanario Modesto creyó ver a un hombre fuerte, de rostro amenazante, con un látigo en las manos, parecido a las personas que él encontraba por las noches en los corredores de la mansión, aunque aquellas eran blancas y éste oscuro, como un indio.

—En la torre —susurró.

—¿Sí?

—En la torre...

—No vive nadie. Después del incendio levantaron otra —sin prestarle atención, el médico señaló unas edificaciones—, mire usted, ya tenemos allí al Trinidad.

Modesto miró hacia donde indicaba el médico pero enseguida volvió la cabeza hacia atrás. El hombre no estaba ya en la torre, pero desde ella llegó el tañido de una campana, lento como el rodar de una carroza fúnebre, que no era escuchado por Suárez Rey ni por el calesero, una campana doblando a muerto, se dijo Modesto, por su propia muerte.

Al ingenio entraron cuando los esclavos regresaban de sus faenas. Venían en fila, precedidos del mayoral quien, reconociendo a los visitantes, fue a presentarles sus respetos, junto con el administrador, también advertido de la llegada. Los dos saludaron y el administrador le informó a Suárez Rey que las habitaciones para él y Modesto estaban preparadas y en un momento podían cenar.

Aunque anteriormente había estado en el ingenio, Modesto no recordaba nada y todo, el campo, el batey, los esclavos, le pareció nuevo y sorprendente. Los esclavos, el contramayoral a un lado, látigo en la mano, se mantenían callados, esperando a que el mayoral decidiera quiénes trabajarían en las calderas del ingenio hasta medianoche y quiénes dormirían ahora para trabajar de madrugada. Entre los negros estaban una embarazada de abultado vientre y un esclavo con las manos atadas al cuello. “Es un negro muy perro”, explicó el mayoral, “que se ha portado mal en el corte y su bocabajo lo recibirá si no esta noche porque es muy tarde no más allá del avemaría de mañana”.

Modesto miró el cielo donde la luna era un gran ojo, amarillo, sin pestañas, acechante. Los párpados de Modesto se cerraron para no ver la luna y entonces a su mente vino la imagen del hombre de la torre, unida al tañido de la campana fúnebre y voces susurrantes que repetían “acompañanos”. Nervioso se tapó los oídos con las manos y al abrir los ojos vio que el administrador y el médico le observaban. “¿Se siente bien?”, dijo Suárez Rey. Sin responder, Modesto fue hasta la casa vivienda. A su espalda resonaron la voz del mayoral y el sonido del látigo, silbante en el aire como la cola de una serpiente enfurecida.

—Muévanse, ajilen —gritaba el mayoral.

Nada quiso comer y el médico le aconsejó que se acostara y descansara, pues, por lo visto, el cansancio del viaje le había afectado los humores. Esa noche, en un intranquilo sueño, se vio junto al brocal de un pozo desde cuyo interior alguien le llamaba por su nombre. Al inclinarse, tratando de saber quién era el llamante, distinguió en lo profundo el rostro de su abuelo Gaspar, semejante a una flor gigantesca que flotara en el agua. “Modesto, ven, acompáñame”, decía el rostro abriendo y cerrando sus labios pétalos. Iba Modesto a saltar al interior del pozo cuando junto a él aparecieron Francisco, el hombre de la torre y el mayoral, armados de látigos, las miradas torvas. “No debió hacerlo, señorito”, dijo el hombre de la torre. “Ahora tendremos que castigarlo duramente”, rugió el mayoral, alzando el látigo. “Hijo mío, ¿por qué lo hiciste?”, dijo Francisco contrariado. “¿Qué hice?” “No, no, por Dios”. El brazo del mayoral descendió quemante como una tea encendida.

Modesto despertó en la madrugada, bañado en sudor, agitado. Desde afuera llegaban gritos, quejidos y el chasquido de un látigo. Amodorrado se sentó en la cama y vio que el picaporte de la puerta del cuarto se movía al mismo tiempo que una voz dentro de su cabeza le susurraba “escapa, vienen por ti”.

Un oxidado machete estaba tirado en un rincón del cuarto y, tomándolo, Modesto se acurrucó junto a la pared. El movimiento del picaporte se detuvo, cesaron los ruidos externos. Siempre con el machete en la mano, se fue aproximando a la ventana de la habitación para saltar por ella. De súbito, la voz en el interior de la cabeza le estremeció, haciéndole soltar el machete. “Asesino, asesino”, gritaba dentro de él. Las piernas se le inmovilizaron y su respiración se hizo el jadeo de un asmático. “Dios mío, Dios mío, no”, exclamó al ver abrirse la puerta y nuevamente tomó el machete.

Por la mañana, al entrar Suárez Rey en el cuarto le encontró temblando, el machete en alto, repitiendo “¡no, por favor, no, por favor!”.

Hubo que someterlo a la fuerza y atarle. Dos días después, sin notar mejoría, el médico decidió regresar con él amarrado a la ciudad. Allí, deshecha Piedad en llanto, conmocionados todos, Francisco ordenó encerrar a su hijo en una de las habitaciones más aisladas de la casa.

Al cuidar a Modesto por un tiempo, luego de su regreso del ingenio, María Angélica estuvo frente a un dilema: quedarse junto a su hermano o cumplir su promesa a Dios.

Sumida en la duda, al fin triunfó su vocación y le pidió a Piedad que se lo explicara a Francisco.

—No y mil veces no —gritó él, sin dejarla terminar de hablar, y Piedad retrocedió.

Aquella era una resolución absurda, afirmó Francisco ya más tranquilo, provocada por el nerviosismo de tantas noches en vela de María Angélica junto a su hermano. Paseos en volanta o una temporada en el ingenio acabarían tan alocada idea. Bien era concurrir a misa y repartir limosnas, pero no más. Su plan de casar a María Angélica con un buen partido amenazaba derrumbarse por la beatería, dijo, de su tonta hija, influida, a no dudarlo, por su más tonta madre, sólo interesada en avemarías y padrenuestros. No, él no iba a permitir tal reclusión y casaría a María Angélica con alguien que le diera lustre a la familia.

Después de oírle en silencio, Piedad apretó los dientes dispuesta a enfrentar, por primera vez, a Francisco. Estaba de acuerdo con María Angélica, entre otras cosas, porque en su adolescencia ella misma quiso ser monja y luego de casarse su único consuelo era la religión. En los asuntos divinos, dijo categórica, los ojos ardientes, nadie podía interponerse y María Angélica iba a entrar en el convento aunque Francisco se opusiera una y mil veces.

Los demás miembros de la familia acogieron de distintas maneras la decisión de la joven. A don Gaspar le agradó porque quería tanto a su nieta que todo lo decidido y hecho por ella lo encontraba bien. A Francisco Joseph, Bruno y Natividad, preocupados por sus propios asuntos, les fue indiferente. Francisco Joseph, en sus afanes de unirse al ejército y partir a la guerra, no tuvo tiempo para pensar en el problema. A Bruno no le importaron ni la decisión ni los motivos de su hermana, pero le agradó la idea del viaje a España y con gusto la hubiese acompañado para, desde Madrid, embarcar a Francia, los Estados Unidos o a cualquier parte, se dijo, donde no tuviera que soportar la suciedad, el calor y el ambiente de La Habana. Hacía mucho que detestaba la vida en la isla y sólo aguardaba una oportunidad para irse; en cuanto a Natividad, transformada en una hermosa jovencita de ojos azules y cabellos rubios, su única preocupación eran los paseos por la Alameda de Paula, donde ya la cortejaban algunos jóvenes.

La actitud de María Angélica decepcionó a Clemente. Será posible, se dijo, que en un siglo como éste, recién comenzado, de progreso y hechos extraordinarios, alguien decida por propia voluntad recluírse a cal y canto en un convento para entregarse a un Dios que, como era perfectamente claro, exigía de sus fieles otros sacrificios y no éstos. María Angélica no pasaba de ser una tonta, disculpada sólo por su inmensa bondad.

Para Fernando el viaje y noviciado de su hermana no eran causa para tanto alboroto. Que partiera y asunto concluido. “La separación no será para siempre y, además, ella escribirá”, dijo con indiferencia.

Al conocer la decisión de su padre, María Angélica no dijo nada pero, encerrándose en su cuarto, las manos sobre el pecho con un pequeño crucifijo de hierro entre ellas, se negó a comer. Pocos días de ayuno se necesitaron para que su rostro adquiriese la palidez de un cadáver y los ojos se le apagaran. Al igual que con Modesto, al verla así, Piedad se horrorizó. “Se muere, se muere”, gritó y fue en busca de Francisco decidida a todo. “Si a mi hija le sucede algo”, le dijo, “Dios le castigará a usted, pero primero yo me vengaré, le juro que me vengaré”.

Asombrado de la actitud de Piedad, Francisco se dijo que quizá él había ido muy lejos con su negativa. “Pero, mujer, yo sólo quiero el bien de la niña, no es para...”, no pudo concluir la frase porque desde el ala derecha de la casa llegaron ruidos y golpes. El estruendo venía del cuarto en que se encontraba encerrado Modesto y al ir Francisco encontró a su hijo, totalmente desnudo, gritando y golpeando las paredes con los puños.

Después que los esclavos lograron dominar a Modesto y amarrarlo a la cama, Francisco se volvió hacia Piedad que lloraba desconsoladamente. “Que tu hija vaya a donde quiera, que todos vayan a donde quieran”, gritó y, dando un portazo, se largó a la calle.

Semanas más tarde iniciaron los preparativos para la partida de María Angélica. Luego de escuchar la opinión de don Gaspar se decidió que la joven viajara hasta Cádiz en compañía de Fernando Toledo, quien iba a la Península en asuntos de negocios. Con gusto hubiese Francisco realizado aquel viaje a España para ver su ciudad natal, muy cambiada, según decían, después de la guerra contra los franceses, pero le era imposible alejarse de La Habana. En breve, llegaría un gran cargamento de esclavos entre los cuales quería seleccionar, personalmente, los treinta mejores para su ingenio, donde la zafra ya comenzaba. En Cádiz, muerto su tío, enriquecido con el comercio cubano, se encontraba su primo, bajo cuya protección quedaría María Angélica hasta la peregrinación a Compostela y posterior entrada al convento.

El día de la partida, María Angélica madrugó y enseguida fue al cuarto de Modesto. La casa estaba en silencio, todos dormidos, menos unos pocos esclavos levantados ya, y ella caminó por los oscuros corredores hasta la habitación de su hermano. Allí lo encontró despierto, acostado boca arriba, los ojos moviéndose incesantemente en sus cuencas, atento, como si escuchara algo inaudible para los demás. María Angélica le dio un tierno beso. “Adiós, hermano, que Dios te acompañe”, murmuró, las lágrimas en los ojos, y enseguida corrió hacia la puerta.

Por la mañana, mientras la familia desayunaba, un gorrión vino volando desde la calle y se posó cerca de ellos. Fernando fue el primero en verlo. “No lo espantes”, dijo María Angélica mientras le arrojaba migajas de pan picoteadas con avidez por el ave. “Un pájaro que llega de improviso a tu casa es signo de buena suerte”, dijo don Gaspar.

Al entrar en el comedor una esclava, el pájaro asustado voló hacia afuera.

—O señal de que alguien se va y no vuelve —musitó Piedad con pesadumbre.

Al muelle llegaron cuando ya los primeros pasajeros comenzaban a reunirse junto al Santa Elena. El barco, con sus tres palos por los que trepaban los marinos para tender foques, estays y la vela mayor, blanca como la cera, le pareció a Fernando mucho mayor que cualquiera de las naves en las cuales su padre traía esclavos y le gustó. En un barco así, se prometió, también él viajaría alguna vez.

María Angélica se llenó los pulmones con el aire del mar y miró hacia la ciudad. En la Plaza Vieja continuaba el movimiento habitual de hombres y carruajes, del convento de San Francisco salían varios frailes y en la taberna El León de Oro los esclavos limpiaban la entrada. A lo lejos, las torres de las iglesias de Paula y del Espíritu Santo parecían al alcance de la mano. María Angélica sintió deseos de llorar pero se contuvo y volvió la vista hacia el barco. Uno de sus baúles era izado en ese momento y ella se preguntó si no habría olvidado algo. Su devocionario, los libros sobre la vida de santa Gertrudis y la virgen de Lourdes, un precioso abanico de nácar, regalo de Clemente y un mantón traído desde Manila, obsequio de su abuelo,

se hallaban junto a ella en un pequeño bolso de mano. Al recordar el abanico y el mantón, tuvo duda de si no sería pecado de vanidad para una novicia poseer dos objetos tan valiosos, pero se tranquilizó, prometiéndose que en España los regalaría a alguna persona pobre y necesitada.

—¿No te marearás durante el viaje? —la voz de Fernando la arrancó de sus pensamientos.

—No, no —respondió. Estaba segura de no soportar bien la travesía, pero aquella era una prueba más a sufrir por el amor de Dios.

Pronto llegó Fernando Toledo y casi al mismo tiempo Juan Montero, acompañado de su mujer y de su primo Jacobo. Francisco les miró con rabia sin saludarlos y ellos no le prestaron atención.

—¿Qué hacen esos canallas aquí?— le preguntó a Toledo.

—Don Juan viaja a España por asuntos de negocios. Dicen que le va muy bien.

La frente de Francisco se contrajo.

—Ya lo he oído.

—También dicen que don Jacobo gestiona un título de nobleza y ahora su primo va a encargarse del asunto en la corte.

—¿Un título de nobleza? —el furor sacudió a Francisco— ese ... cubano, mal nacido, mal español y nosotros aquí sin recibir ninguna recompensa.

Toledo sonrió.

—Donde hay dinero para pagarlo...

Francisco quiso decir algo pero en ese instante un oficial anunció que ya podían subir al barco. Todos callaron sin saber qué decirse en la despedida. Nuevamente, María Angélica hizo un esfuerzo por no llorar pero no pudo impedir que las lágrimas se le escaparan al abrazar y besar a Piedad que lloraba sordamente. Después fue besando a sus hermanos y por último abrazó y besó tiernamente a su abuelo y a su padre.

—Adiós, padre —le dijo con dulzura a Francisco y volvió a besarlo—, cuide mucho a Modesto.

—Cúdate, hija y que Dios sea contigo —él la besó en la frente.

—Dios te bendiga y te haga santa —le gritó Piedad cuando ella ya subía por la pasarela.

Los marinos soltaron las amarras y pronto el buque navegaba por el canal de la bahía. De pie, en cubierta, María Angélica veía por última vez La Habana y a sus familiares que, parados en el embarcadero, se iban haciendo cada vez más pequeños mientras el barco se alejaba.

Jacobo Montero le dijo adiós con la mano a su primo y regresó a su volante. Al pasar junto a Francisco, desvió la mirada hacia otro lado.

—¿Qué sucedió con los hijos varones de Francisco? —Carlos Reyes se acaricia la barbilla con la mano izquierda—. ¿Has logrado reunir información sobre ellos?

—Bastante —respondes y atizas los recuerdos.

Mucha información posees ya sobre aquella gente, casi puedes reconstruir, con un poco de imaginación, sus acciones, paso a paso, verlas.

Francisco Joseph había comunicado su firme decisión de sentar plaza en un regimiento que se formaba en la ciudad para reconquistar la isla de Santo Domingo y Francisco se dijo que, incluso sin autorización, su hijo marcharía a la guerra. Se disgustó al ver desbaratado su plan de convertirlo en un negociante, pero, en el fondo, aprobó tal conducta. Él, con veinte años menos, también hubiese ido a pelear. Bruno expresó igualmente su deseo de salir de Cuba, no a la guerra, sino a los Estados Unidos donde, en Nueva Orleans, residían parientes lejanos de los Lorente. Allí podría, le dijo a Francisco, conocer el mundo de los negocios y ayudar al comercio de la Casa Valle que importaba maderas y bacalao a través del puerto norteamericano. En realidad, todo era un pretexto de Bruno para irse de la isla y vivir su propia vida en el extranjero. Eso bien lo sabía Francisco, pero no le molestó mucho la decisión de su hijo a quien siempre había tenido por un flojo, un holgazán, que se levantaba a las diez de la mañana, concurría todas las noches a un baile y derrochaba el dinero que le daban don Gaspar y Piedad. “Que se largue de una vez”, dijo, “aquí sólo sirve para gastar dinero”. Francisco Joseph y Bruno partieron para el extranjero con pocas semanas de diferencia, uno en medio de fanfarrias y festejos de despedida al regimiento de reconquista que pronto sería derrotado; el otro acompañado sólo por sus familiares. “Dos hijos menos”, pensó Piedad.

— ¿Por qué Bruno no quiso vivir en Cuba? — pregunta Rosario.

—Qué pregunta, mujer, ¿quién deseaba vivir en aquel tiempo en Cuba, entre la suciedad y los negros? —Rosa bebe un sorbo de highball.

El profesor Torrente mueve el corpachón en el asiento y enarca sus tupidas cejas.

—No fue exactamente así —pronuncia con voz profunda—, en el siglo pasado se vivía muy bien en La Habana, sobre todo con mucha tranquilidad.

Reyes se quita los espejuelos y muestra sus ojos miopes.

—¿Los negros también? —pregunta suavemente y se vuelve a poner los espejuelos.

—Por supuesto que no, éstos vivían y vivirán siempre mal por brutos —los párpados de Torrente aletean.

Juan Ruiz de Apodaca salió al balcón de su despacho y miró hacia la Plaza de Armas. Afuera llovía con lenta suavidad y la lluvia limpiaba el pavimento y los árboles de la Plaza que resplandecían como cristales pulidos. El capitán general se mantuvo inmóvil por un momento, disfrutando el placer de ver la lluvia y respirar su olor. Después se volvió hacia el pintor Jean Baptiste Vermay que, con diligencia, terminaba de colocar su caballete en una esquina del despacho y trasteaba entre pinceles y pomos de pintura. Vermay sonrió y Apodaca fue hasta el sillón donde debía sentarse para posar.

—Así es, señor pintor Vermay, que vos acabáis de llegar de España y traéis recomendación nada menos que de don Francisco de Goya y acá os avala el señor obispo de Espada — dijo.

Vermay apenas entendía el español, pero al escuchar su nombre y el de Goya comprendió que les relacionaban.

—Oui, oui, monsieur Goya —dijo con voz nasal.

—¿Cómo está don Francisco? —preguntó Apodaca.

Vermay tomó otro pincel y se acercó al caballete.

—Je ne comprends pas, monsieur, le capitaine général —dijo.

—Ah, no comprendéis —Apodaca se sentó en el sillón—, entonces mucho mejor, así podré decir lo que me acomode y vos responder lo que queráis, porque yo hablo muy poco el francés moi aussi ne parle pas bien français.

Vermay no dijo nada y midiendo con la mirada al capitán general comenzó a pintar. Apodaca se mantuvo quieto observando cómo Vermay deslizaba el pincel sobre la tela, pero enseguida cambió de posición y movió la cabeza.

—Ne bougez pas, monsieur.

—¿Que no me mueva? Bien, no me moveré, pero por lo menos hablaré porque si no sería muy aburrido.

Vermay continuó pintando. Daba un trazo, detenía el pincel, miraba fijamente al capitán general o hacia el techo, volvía a pintar.

—¿Y por qué abandonó su merced la hermosa Francia, señor pintor Vermay?

Vermay alzó los hombros, dando a entender que no comprendía y sonrió.

—Sí, ya sé, no comprendéis, pero no necesitáis responder para que yo comprenda la causa de vuestro viaje. Vos sois bonapartista y al caer el emperador habéis pensado que en esta isla, lejos de la turbulenta Europa, se podría estar seguro un tiempo y luego regresar a casa cuando todo se calme. ¿No es así?

Vermay no respondió.

—Por mí, podréis estar tranquilo, no me importa lo que hayáis sido con tal de que este retrato quede bien y no os inmiscuyáis en los asuntos políticos de la isla, de lo cual yo me enteraría inmediatamente porque si algo funciona bien acá es la policía política.

Apodaca rió con ironía y volvió a moverse en el butacón. Impaciente, Vermay puso el pincel a un lado.

—Mais monsieur, le capitaine général, je vous demande de ne pas bouger.

—Bien, no os enfadéis, señor pintor, ne fachez vous pas, pero pintad aprisa que ya me canso y pronto llegará mi ayudante el comandante Expósito con importantes asuntos para despachar.

—Oui, oui— masculló Vermay y retornó a sus pinceles.

—¿Qué os decía? —preguntó Apodaca—, ah, sí, que acá se puede vivir en paz. Estaos tranquilo, como yo en este butacón, pintad bien y seguramente seréis bien recompensado.

Vermay se detuvo, observó atentamente lo pintado, después al capitán general y removió la pintura en la paleta,

—Sí, ahora no sois peligroso —dijo Apodaca insistente— pero no está de más que yo os lo recuerde, aunque vos no entendáis bien el español.

Apodaca calló y sólo se escuchó el suave roce del pincel.

—A veces —dijo Apodaca en voz baja, para sí— tengo la impresión de que lo que decimos nadie lo entiende, incluso los que hablamos la misma lengua o que cada uno lo comprende a su manera. ¿Es igual en... á la France?

—¿A la France? —dijo Vermay sin entender nada.

—Sí, la France, en Francia... claro que con tantos cambios allá debe de ser peor que en España: Luis, la Revolución, los jacobinos, los girondinos, Napoleón y al final otro Luis —Apodaca estornudó, sacó

un pañuelo de su levita y se sopló la nariz—. Tantos cambios en Francia y al final lo mismo, otro rey, sólo que incrementado en dos números, antes Luis XVI y ahora Luis XVIII. Para eso no valían la pena tantas convulsiones y muertes. Por eso, vos tenéis que estar aquí, escuchándome sin entender.

Apodaca estornudó nuevamente.

—¿Etes vous enrhumé? —preguntó el pintor mientras marcaba otro trazo en el lienzo, pero Apodaca no le hizo caso.

—¿Su merced tiene familia en Francia? —dijo en voz baja— ¿famille?, ¿mujer, hijos?

—Famille, moi?, mais oui.

—Maravilloso, yo también, pero si queréis volver a verla, mon ami, pintad y nada más. Otra cosa es locura. Esto no es Francia, ni siquiera España, es América, la Isla de Cuba y nada más...

Vermay detuvo su trabajo y colocando el pincel en la paleta, cruzó los brazos sobre el pecho la vista fija en el capitán general.

—Ya sé —continuó Apodaca— que en vuestro expediente se dice que vos siempre fuisteis un fiel y leal servidor de la monarquía, pero eso no debe ser cierto, o si no no seríais recomendado de Goya; su merced seguramente estuvo entre los que bailaron cuando le cortaron la cabeza a Luis.

—Mais monsieur le capitaine général, je vous ai dit que je ne comprends pas... je ne comprends! —exclamó Vermay con mal humor y pensó que el capitán debía estar loco.

—No comprendéis, pero si entendéis, amigo mío, habéis hecho mal en ser antirrealista, jacobino, bonapartista. Ahora debéis vivir desterrado en Cuba, lejos de los vuestros. Habéis salido de un rey para caer en otro, de Luis a Fernando y sin provecho alguno. No os hubieses mezclado en nada, no hubieses bailado cuando decapitaron a Luis y ahora seríais un hombre feliz, junto a la lumbre del hogar —Apodaca se alisó los pliegues de su casaca y Vermay continuó pintando—. Siempre ha sido igual en todas partes, ya veis, en España tuvimos a nuestro Carlos III, al conde de Aranda, Feijoo, Jovellanos que tanto quisieron hacer y reformar y ahora nuestro amado y deseado Fernando VII lo arruina todo y tontamente pierde las Américas —Apodaca se levantó, fue hasta una mesa, donde había una bombonera, tomó un bombón, le ofreció otro al pintor que no aceptó, y regresó al sillón—. Por suerte vos no entendéis nada de lo que yo hablo —prosiguió—, lo que no comprendo es por qué, precisamente, elegisteis esta isla como refugio, ¿Dinero?, yo os pagaré bien, pero no tanto como para haceros rico. Claro, seguramente habéis leído todas esas tonterías sobre el hombre bueno y salvaje, la vida sana y primitiva de los trópicos, la palabrería de Rousseau que, aunque vos lo dudéis, yo también he leído allá en Londres. Mentiras —Apodaca frunció el entrecejo y con la mano golpeó el brazo del sillón, pero enseguida volvió a sonreír—. Aquí, como ya habréis comprobado, la gente es más estúpida y sucia que allá y de buena tiene tanto como los lobos hambrientos. En todo caso, su merced debió haber marchado a México, a Buenos Aires, a Lima; hubieseis obtenido más dinero, aunque nadie sabe, mirad las revueltas que se producen en esas regiones y que yo debo ayudar a reprimir, y vos, querido pintor, ya no estáis para esos trotes, queréis que os olviden y estáis dispuesto a bailar con la música que toquen, lo veo, lo sé, por eso no me importa lo que hayáis sido, ahora sois simplemente pintor, lacayo, fiel súbdito —Apodaca amenazó con el dedo a Vermay quien, sin prestarle atención, pintaba con mucha energía—. Haced como todos, trabajad, comprad esclavos, disfrutad, pero no se le ocurra a vuestra merced, ya os lo dije —Apodaca se enserió—, comentar o hablar aquí de Voltaire, Rousseau o Marchena, nada de libros franceses...

—Voilà! —exclamó Vermay y se separó unos pasos del retrato.

Sobre el lienzo ya se esbozaba la cabeza de Apodaca en la cual los ojos miraban fijamente y la boca se mantenía cerrada.

Ah, corren los meses y las lluvias. Mi vientre comienza a hincharse como una calabaza. María me pone la mano en la barriga. “Estás preñada”, dice contenta y yo tuve miedo porque no sabía si el alma que estaba en mi interior era negra o blanca.

Crece la barriga igual que una laguna desbordada, soy un sapo de fea. El amo Francisco me ve así y no le gusto. No pregunta de quién es el niño, pero yo le digo que es suyo y le pido que lo liberte cuando nazca. Sin responder, se va y no vuelve. Comienza a visitar a la mulata Mercedes. Me alegro, ya no tendré que reprocharme mi gusto con él ni disimular el odio que le tengo.

Cuido el espíritu que viene. Que no sea abikú. Purifico el ambiente con hojas de álamo, coloco detrás de la puerta siete gajos de anamú para protegerme de las malas influencias. Les hago ofrenda a los dioses, les alimento.

Pasan las semanas, tengo como clavado un cuchillo en el estómago. Grité, grito, el niño sale de golpe, María lo recibe, le corta y amarra el cordón, me lo enseña.

Es negro, negro como un tizón, como yo. Hijo de Mmbo. Lloro. Ah, ¿por qué es tan negro?, ¿por qué no mulato?, ¿por qué no el hijo del amo? Hubiese sufrido menos.

Ruedan los cocos y marcan desgracia para el niño, muestran la muerte y yo hago rogación por él. Sacrifico una paloma, limpio el cuarto con albahaca y granada. Trato de abrir su camino, pero la desgracia será más fuerte y le esperará escondida en las ramas del algarrobo. Viene el amo Francisco, mira a la criatura, “un negro más”, y se va, viene don Gaspar y manda que lo bauticen “para estar con Dios y la Iglesia”, le echan agua mientras llora y le llaman Luis, pero nosotros le llamaremos Obamó y lloramos porque ha venido a sufrir y padecer. Se va don Gaspar y viene doña Luisa y ordena que le dé mi leche al recién nacido de doña Piedad. Le alimento; él, como un bejuco, se prende a mi teta, chupa la leche. La toma toda, pero no para de llorar. Se queda con hambre. “El hijo de Piedad es un espíritu abikú que vino a morir y quiere llevarse también a mi hijo”, le digo a María. Osombo prepara un amuleto muy fuerte para Obamó y lo echamos en una bolsita que cuelgo en el cuello del niño. El abikú de doña Piedad sigue llorando. “Vete, abikú, vete solo”, le decimos y le pegamos con un gajo de escoba amarga. Comienza a enflaquecer, y pronto se va, pero sin mi hijo. Doña Piedad enloquece. “Mi hijo murió porque esta negra no le alimentó bien”, grita llorando cuando se llevan a su criatura para la casa de ikú y amenaza con azotarme. Ah, su hijo murió no porque yo, sin que me vieran, le quitara la teta y le diera la leche al mío. Murió porque era abikú y venía del cielo a morir aquí y llevarse a otro niño con él. No pudo y tuvo que irse solo.

Obamó crece, sano, lindo, fuerte, parecido a mi padre. Le beso, juego con él. Que algún día sea libre, pido.

Ah, los dioses no lo quisieron así. Doña Piedad le guarda mala voluntad, nos odia, tiene celos de mí. El amo Francisco ha vuelto y cada noche en el cuarto me clava su lanza hasta lo más profundo, Piedad se venga. Los trabajos más duros son para mí, castiga al niño, y cuando ve que mi barriga vuelve a crecer le hace mal de ojo a Obamó.

Por mucho tiempo el resguardo le protege, pero un día la bolsa que lleva al cuello se le pierde y ya nada puede salvarlo. Nada, ni las rogaciones, ni los trabajos que haga Osombo. Los cocos no mintieron. Su camino estaba decidido. Apenas un jovencito lo separan de mí y lo envían castigado al ingenio. Pobre Obamó, hijo mío, se va a morir, se muere, se murió amarrado a una escalera mientras le pegan con un látigo, pero eso yo no lo sabía cuando parí otro hijo, un mulato. Entonces sólo supe que los cocos volvían a marcar muerte para Obamó y suerte para Félix, mi hijo con el amo.

IV

Contemos:

La locura que recuerda

la locura que aúlla

la locura que se ve

la locura que se desencadena

Ya sabéis lo demás

que 2 y 2 son cinco

que el árbol maúlla

que el árbol saca las castañas del fuego

que el hielo se alisa la barba.

AIMÉ CESAIRE

No tuvo que pasar mucho tiempo desde su llegada a Cuba para que el capitán general Juan Ruiz de Apodaca comprendiera que los problemas en la isla eran muy graves. Toda una mañana había gastado con el intendente de Hacienda en revisar el estado de las finanzas públicas, pero por mucho que buscaran soluciones y sacaran cuentas los fondos no alcanzaban. No había para pagar las tropas de línea, tan pocas y mal armadas, que no ya un pequeño ejército, sino hasta un fuerte destacamento de piratas, como el que en 1806 tomara la aldea de Batabanó, podría derrotarlas. El fantasma de la ocupación de La Habana por tropas inglesas apareció ante los ojos del agotado capitán general, dolido, como viejo marino, de que tampoco la isla contara con una armada capaz de perseguir a los muchos corsarios colombianos, merodeadores de las costas cubanas, quienes, en su atrevimiento, osaron abordar, frente a Santiago de Cuba, la goleta Cristina cargada de telas y vinos.

—¿Ninguna nave pudo salir en auxilio de la goleta? —gritó Apodaca al recibir la noticia.

—En el puerto no había ni un solo barco para repeler a los corsarios —le explicó el intendente.

—Si continuamos así la isla corre gran peligro y también la Florida y todos los territorios del continente —desalentado, Apodaca suspiró—, eso le he escrito al ministro de Estado. Se me figura —prosiguió— que no podremos hacer mucho. Demasiados enemigos afuera y pocos nuestros recursos.

Sentándose, Apodaca se secó el sudor de la cara. Estaba cansado del calor y el polvo de la isla, de su gente inculta, pero, sobre todo, de recibir a diario noticias adversas sobre la situación de España en su imperio americano. Desde la Florida los comandantes de Mobila y Pensacola clamaban por urgentes refuerzos en hombres para proteger sus indefendibles plazas de un probable ataque de las tropas de la Unión norteamericana, en Venezuela los insurrectos arrollaban a los soldados del general Monteverde quien demandaba ayuda monetaria para completar sus diezmadas huestes, y, para colmo, Apodaca suspiró, el Reino Unido y los Estados Unidos se trababan en una guerra que, por lo pronto, había paralizado la llegada a La Habana de harinas y otros productos norteamericanos. Diligente, el conde enviaba sus mercados recursos a las tropas continentales, urgía a sus espías y soplones en el Caribe para que desenredaran los ovillos de las conspiraciones independentistas, le informaba semanalmente al Ministerio, secreteaba con los representantes de la Gran Bretaña y los Estados Unidos en La Habana, propiciaba semiclandestinas entradas de harina, pero todo era inútil y sus gestiones se venían abajo como diques de arena.

Sin embargo, si de algo podía sentirse satisfecho era de la fidelidad mostrada por los habaneros. Lo que en otras tierras constituía motivo de sedición aquí se trocaba en adhesión, cuando allá se clamaba por democracia y un régimen constitucional, en La Habana vitoreaban la vuelta de la monarquía absoluta con un monarca como Fernando VII que, inmediatamente, ordenaba suprimir todas las libertades constitucionales.

Al recibir la orden de derogar la Constitución y la libertad de prensa, vigentes desde los últimos años de Someruelos, Apodaca se apresuró a ponerlas en ejecución. Lo mejor sería, pensó, hacer pública la voluntad real en presencia de las tropas y una amplia concurrencia de población civil. “Los actos solemnes”, le dijo al intendente, “con gran despliegue de soldados, banderas, fanfarrias y discursos, impresionan al populacho, propiciando acatamiento y temor a la autoridad, la cual siempre debe dar muestra de fortaleza y poder”.

El intendente tomó las medidas necesarias y una clara mañana los soldados formaron frente al palacio de los capitanes generales, en uno de cuyos balcones ondeaba, majestuosa, la bandera gualda de España. En la Plaza de Armas aguardaban los miembros del Ayuntamiento, del Real Consulado, de la Sociedad Económica, del Protomedicato, el rector, y los decanos de la Universidad, los hacendados, los comerciantes, deseosos de ver y ser vistos. Vestían las mejores ropas, propias de un día de fiesta, y conversaban animadamente de sus asuntos cotidianos. Al salir Apodaca por uno de los balcones de Palacio, todos callaron respetuosamente y el silencio cruzó a través de la Plaza como una ráfaga de aire.

Al lado del capitán Rojas, de Francisco Joseph y de Fernando, Francisco escuchó claramente las órdenes que el gobernador leía con voz grave y reposada: “Desde este instante queda abolida la Constitución y el imperio se regirá por las disposiciones del soberano. Son nulas las últimas elecciones a Cortes de los representantes de la isla, queda abolida la libertad de prensa y sólo se autorizarán las publicaciones oficiales, queda...”

—Cuánta sabiduría —musitó Rojas.

Francisco asintió satisfecho. Aquél sí era un rey capaz de situar las cosas en su lugar y actuar con mano firme, pensó y quiso decírselo a Rojas, pero ya la lectura concluía. Entonces la multitud se movió agitada, semejante a una inmensa ola. “...y siendo mi real voluntad...”, leyó Apodaca y Francisco se emocionó al recordar la muy querida, para él, figura de Fernando VII.

—¡Viva el rey! —gritó a todo pulmón.

—¡Viva! —Rojas le hizo eco.

—¡Viva el soberano! —gritaron las tropas.

—¡Viva el rey! —gritó la muchedumbre al unísono.

—¡Viva el absolutismo! —gritó alguien en un extremo de la plaza.

Piedad y don Gaspar murieron con pocas semanas de diferencia, un mes de abril de vientos que, soplando a diario sobre la ciudad, desfloraron los muy cargados árboles de mango y esparcieron por calles y casas un polvillo pardusco. Luego de enloquecer Modesto y partir María Angélica hacia España, Piedad se encerró en un opresivo mutismo que la hizo dejar de hablar y recluirse en el dormitorio, del cual sólo salía para ir a la mesa donde apenas probaba la comida. Todas las tardes, al caer el sol, parada frente a la ventana de su habitación, sollozaba culpándose por la desgracia de Modesto.

Poco a poco la tristeza y la melancolía se acentuaron en ella hasta dominarla. Entonces dejó de ir a comer y los alimentos tuvieron que llevarse a la alcoba. También dejó de asearse y peinarse y hubo que lavarla y arreglarla. Una tarde, durante la siesta, escucharon gritos y al acudir la encontraron convulsa y llorosa. Mientras la calmaban explicó que, dormida, había visto su propio funeral, donde era conducida por la calle Ancha hacia el cementerio en carroza negra tirada por caballo blanco. “En el entierro”, dijo, “no estaban ni don Gaspar, ni Francisco Joseph”.

“Ya sé por qué Modesto se volvió loco —dijo Francisco cuando le contaron lo sucedido—, de cerca le venía.”

Varios meses estuvo Piedad en aquel estado de abatimiento y tristeza durante los cuales se fue consumiendo lentamente. Una mañana, la esclava que la cuidaba la halló muerta en el lecho, los brazos en cruz y una expresión de angustia en el rostro que la muerte no pudo borrar. Enterrada al otro día, al sepelio no acudieron ni Francisco Joseph, ni don Gaspar. Francisco Joseph había partido con el ejército y don Gaspar estaba muerto desde dos semanas atrás, sin que Piedad notara su desaparición ni nadie se lo comunicara para no agravar su melancólico estado. El anciano falleció al anochecer mientras la lluvia y el viento azotaban con furia la vieja casona de los Lorente. Días antes tuvo un cansancio generalizado y el deseo de no hacer nada, sólo estar acostado, descansando. “Se me ha puesto,” le dijo a Fernando tomándole la mano, “de que ya es hora de que rinda cuentas en lo alto”. Fernando no prestó atención a las palabras de su abuelo, pero a la mañana siguiente le encontró sentado en un gran sillón con una apacible sonrisa en los labios, muerto.

En su testamento, don Gaspar legó la mitad de su fortuna a Fernando, la cuarta parte a María Angélica y el resto en pequeñas porciones iguales a los otros nietos. También otorgó la libertad a dos viejos esclavos quienes siempre le sirvieron lealmente. A Piedad no le daba nada. “Maldito viejo,” dijo Francisco, “no le dejó nada para que no me correspondiese a mí. Debió morirse mucho antes”.

La muerte de Piedad no entristeció a Francisco. Nunca la quiso y en los últimos años su sola presencia era motivo de irritación para él. No le molestaba tanto por su fealdad, su beatería y su timidez, como por su incapacidad para entender el cambiante mundo que la rodeaba. Cuando se casaron, Francisco sabía que ella sólo representaba el acceso a una familia habanera de posición, aunque secretamente abrigó la esperanza de que su esposa le apoyara en la lucha hacia la riqueza y el encumbramiento, pero pronto supo que estaba equivocado. Piedad no veía con buenos ojos que él no asistiera a misa un domingo por estar recibiendo un cargamento de esclavos, que, por trabajar doce horas seguidas, estuviese todo el día fuera de la casa y luego se acostara sin persignarse. Nada entendía. Ni que la esclavitud no fuera ya la misma, que a los esclavos tratados antes blandamente se les aguijoneara como bueyes pues sólo así se podía obtener más azúcar. No, tales cosas no eran comprendidas por Piedad, se dijo Francisco, a quien, constantemente ella molestaba, pidiéndole no faltar a misa o que a los negros no se les castigara tan a menudo.

—Fue una tonta, incluso incapaz de criar a mis hijos —le dijo Francisco a Mercedes.

Había ido en busca de la mulata inmediatamente después del entierro de Piedad, sintiendo que el contacto con la muerte le atizaba el deseo por la vida y el sexo. Apenas cerrada la puerta de la casa se fue sobre Mercedes, la derribó en el piso y allí mismo comenzó a quitarle la ropa. Sorprendida, ella protestó, cuidando de que no se rompiera un vestido acabado de comprar. No estaba bien, dijo, que se hiciera en el suelo algo para lo cual estaba la cama. Besándole la boca, él la acalló y después de quitarle la última enagua se puso sobre ella. Mercedes extendió las piernas, largas y finas, le aprisionó las caderas y comenzó a subir y bajar su vientre, lentamente, como un muelle. “El piso no está limpio”, dijo susurrante. Francisco le mordió un seno y ella gimió, pero no detuvo el movimiento del vientre. Él la apretó más como si quisiera que el cuerpo de la mulata penetrara en el suyo. Así estuvieron unos minutos, la respiración galopante, hasta que él, calmado su ardor, se echó boca arriba.

—Fue una perfecta idiota —ya de pie, Francisco se abotonaba la ropa.

Mercedes le miró intrigada y se puso la enagua.

—¿Quién fue idiota?

—Piedad. Me hizo la vida imposible.

Mercedes conocía aquello y sin decir nada terminó de vestirse.

—Una santurrona tonta —dijo Francisco.

—Ya está muerta. Respeta.

—Nunca me ayudó a ser rico —Francisco hablaba para sí.

—¿Pero no lo eres?

Muerto su abuelo, a quien mucho quiso, distanciado de su padre, Clemente se refugió en los amigos del Seminario San Carlos y en la lectura de libros que, poco a poco, le hicieron comprender mejor el complejo mundo que le rodeaba. Uno de aquellos libros, *El contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, muy apreciado por sus compañeros, era el que leía, sentado en un banco del solitario, a esa hora, patio del Seminario. En una página gastada por el uso, Clemente encontró un juicio sobre los gobernantes de los cuales se decía: “no son los amos del pueblo, sino sus empleados y el pueblo debe nombrarlos y destituirlos cuando guste”. “Los gobernantes no son los amos”, Clemente detuvo la lectura y reflexionó, “pero el rey Fernando actúa como Señor todopoderoso cuyos caprichos son leyes a quien nadie se atreve a contradecir. ¿Cuál es el derecho de Fernando? ¿Qué derecho posee el gobernante para imponer su voluntad omnímoda y decidir sobre el destino de los gobernados sin frenos ni cortapisas?”

La vista de Clemente fue del libro al suelo y del suelo al libro mientras las ideas chisporroteaban en su cerebro.

“¿En nombre de qué se justifica un poder inmenso y opresivo?, precisamente el poder que nos domina. ¿Bienestar, tranquilidad? No todos gozan de tranquilidad, yo, por ejemplo, no siento tranquilidad al no poder pensar, hablar, escribir, libremente, ni contradecir lo dispuesto ni elegir entre dos posibilidades porque sólo hay una posibilidad, la ordenada desde arriba, de obligatorio cumplimiento. A nada tengo derecho, nadie tiene derecho pues vivimos en una prisión, inmensa torre fortaleza custodiada por crueles y rapaces guardianes”.

Dos sacerdotes, cruzaron frente al banco y un pájaro voló en círculos sobre el patio, pero él no prestó atención, absorto en sus pensamientos.

“¿Acaso la relativa tranquilidad de algunos, el cotidiano bienestar, justifican este no vivir, este morir en el vivir de cada minuto, atado como una bestia, al poste de la sumisión? ¿Tendremos que vivir

siempre así, sabiendo que no somos dueños de nuestras existencias, y que la voluntad de cada uno está subordinada a toda clase de absurdas decisiones de aquéllos que nos dicen cómo hacer cada cosa, sufriendo la prepotencia e intolerancia de quienes nos sofocan y doblegan con su poder absoluto, de ese mismo poder proclamado infalible e incuestionable? Sin embargo, lo cierto es que todo poder es recusable y nadie puede ir más allá de la voluntad de los gobernados. Nadie puede obligarnos a aceptar un gobierno absoluto, venga de donde venga. ¿Acaso somos niños, para que siempre se nos dirija?”

Respirando con fuerza Clemente inclinó la cabeza. Sobre las losas del patio un caracol avanzaba pulgada a pulgada en lenta marcha. “¿Pero qué puedo hacer? ¿Qué podemos hacer? Todo es tan confuso, tan complicado. Yo soy como ese caracol. Yo también me arrastro sin conocer mi camino, pero deseo correr, volar, no arrastrarme, y escapar de esta cárcel. Oh, Dios, qué difícil hallar el camino acertado. Unos van en busca de concesiones de parte del rey, otros desean unirse a los Estados Unidos, mis amigos y yo queremos la independencia. ¿Tendremos fuerzas para conseguirlo? ¿Qué sucederá con los negros? Tantos, y nosotros, los blancos, tan pocos, cercados por esa marea oscura. Pudieran aprovechar la lucha contra España para sublevarse y acabar con todos los blancos. Horrible. ¿Qué sucedería con mi familia?”

Clemente caminó por el patio, la frente contraída, los ojos fijos en el piso.

“¿Qué hacer con los negros? ¿Qué sucederá con ellos? Claro que no son bestias, como dice mi padre, pero sí seres de los cuales se puede esperar cualquier acción, sólo basta verles cuando llegan del África. Entonces, ¿debemos permanecer inmóviles y aceptar las arbitrariedades? En ese caso, el rey seguirá aplastándonos. ¿Qué es mejor, vivir aceptando un gobierno despótico o correr el riesgo de ser barrido por nuestras acciones de protesta? ¿Sucederá aquí como en Haití? ¡Quién fuera clarividente! Dios mío, ¿por qué no me iluminas?”

Clemente se frotó la frente con la mano como si, con el gesto, quisiera forzar sus ideas. “Pero de las dos calamidades”, se dijo, “la española es inmediata y la de los esclavos futura”. La mano descendió sobre la barbilla. “El presente es mi vida actual en la cual estoy avasallado y no debemos renunciar a cambiar el presente por el peligro del porvenir. No necesariamente los esclavos se alzarán si sabemos manejarlos bien. Con la llegada de las tropas de Bolívar y un alzamiento de los cubanos podremos derrotar rápidamente a los españoles e incluso muchos negros se nos unirían si les prometemos la libertad”. Clemente se detuvo. “¿Darle la libertad a los negros?” Otra vez la mano subió hasta la frente. “¿Por qué no? Todos los hombres nacen iguales, ya lo dice la declaración universal de derechos humanos. Pero será nuestra ruina.” Los ojos azules de Clemente parpadearon, “en todo caso la ruina de mi padre y sus amigos y a mí qué me importa. Mejor arruinarse, mejor morir de un golpe, antes que morir un poco cada día, como ahora, asfixiado en este país donde todo se asfixia, las ideas, las palabras, los hombres; qué importa arruinarse y morir si es por algo justo como la libertad”. Clemente apretó bajo el brazo el libro de Rousseau y al salir del Seminario la brisa marina le despeinó. Por la boca de la bahía entraba El Intrépido con un cargamento de esclavos para la Casa Valle. Clemente caminó en dirección al puerto, sin notar que un hombre pequeño y barbudo le seguía.

Palabras, palabras, palabras, nos rodean, nos envuelven, se introducen en nuestros cuerpos, en nuestras cabezas a través de los oídos, pronunciadas por bocas, insinuadas con los gestos, con los ojos, escritas en los periódicos, en los libros, en las revistas, los letreros, pequeñas, grandes, tontas, sucias, altisonantes, pomposas, huecas, siempre las palabras, las mismas a lo largo de los siglos, amor, odio, gobierno absoluto, liberal, progresista, dictadura, libertad, represión, lucha, repetidas por los mismos labios, libertad-igualdad-fraternidad, comprensión, bien, haga un bien y no mire a quien, arriba-arriba los pobres, de pie-de pie los esclavos, bienaventurados los pobres, de ellos será, padre nuestro que estás, compañeros, camaradas, hágase tu voluntad, gracias María, bendita seas, transformar el mundo; para qué nos sirven, tantas, tantas palabras juntas, como bandadas de pájaros, disparadas como pistoletazos, proclamadas como sentencias, exclamadas, gritadas como pregones, murmuradas como confidencias, para qué Señor; nos aplastan, nos quieren aplastar con ellas porque todos tienen su palabra, también Clemente Valle, mi ilustrísimo antepasado poseyó, proclamó la suya, “no puedo pensar, hablar, escribir libremente, contradecir

lo ordenado por los superiores, nada puedo, asfixiado en la inmensa ciudad-cárcel, cárcel-fortaleza, fortaleza-torre, torre-ciudad, torre-torre, debemos rechazar el poder, alcanzar la independencia”, falso, farsa, falsa farsa, mentiroso, astuto, cuentero, embustero, libertario, mendaz novelista, farsante libertador, embustero liberal, patrañero libertino, falaz independentista, bocón libre, bulista liberioso, burlón irreligioso, fabulista, librepensador; por qué, Señor, palabrero, infundioso lenguaraz, chismoso vocinglero, paparruchero, embrollador, sermonero, falseador inverecundo, fullero, malhablado, Señor, patrañero lengüilargo, quimerista descocado, faramullero desollado, calumniador desvergonzado, disimulador deslenguado, descarado engañoso, pensador de mierda que no hizo nada, Señor, por qué, palabras, más palabras, por qué, Señor, no me diste a mí, Antonio Valle, la mía.

Ah, le rogué a Osombo que me instruyera en sus misterios. Él se mantuvo inmóvil, como si no hubiese oído, pero yo volví a pedirle. Me mira y en sus ojos leo sus pensamientos: “No eres de nuestra gente”, piensa, Me echo a sus pies y le abrazo las piernas. “Soy como tu hija”, le dije, “ya eres viejo, dame tu saber”. Con suavidad me levanta del suelo. “Está bien”, dijo, “eres mi hija”. Poco después comenzó a instruirme.

Una noche se queda callado, mirando el techo del cuarto, da unos pasos, se detiene y con una voz que no parece suya me dice que me hablará de trabajos y de palos santos muy poderosos para cambiar la suerte, capaces de matar a los enemigos y también a quien los maneje y no sepa dominarlos.

—¿Qué te enseñó?

Sin moverse, los ojos fijos en mí, Osombo habló y yo escuché atentamente.

—Para dominar a una persona, el papel donde está escrito su nombre se debe clavar con nueve agujas y nueve alfileres en el fruto del caimito .

Osombo volvió a caminar.

—Junto a ese caimito enciende una vela y, al consumirse, otra más y así hasta nueve, durante nueve días.

Un cocuyo entró en el cuarto y fue a posarse en un brazo de Osombo. Él lo dejó allí.

—Debes tener muchísimo cuidado y vigilar las velas, porque si una sola de ellas se apaga antes de consumirse enteramente te pueden ocurrir cosas muy malas.

—¿Qué cosas?

—Una pierna, un brazo se pueden secar, pero escucha y no interrumpas —dijo irritado.

El cocuyo que estaba en su brazo voló hacia la ventana perdiéndose en la noche.

—Al noveno día recoges los restos de las velas, haces un paquete atado con un hilo rojo, lo tiras en la puerta de la casa de la persona y dices “amarrada estás y harás lo que yo quiera”.

Osombo entornó los ojos y yo no interrumpí su silencio. Cuando habló de nuevo, su voz era mucho más vieja.

—Sí, el caimito es un palo muy fuerte y también sirve para transformar al perseguido y que nadie lo reconozca.

Me estremecí y recordé a Mmbo.

—Ah, Padre, con la ayuda del caimito los rancheadores y los perros se habrían despistado y Mmbo no se hubiese ahorcado.

La mano de Osombo hizo un gesto en el aire como apartando algo invisible. A la luz de la vela que nos alumbraba su cara era cenicienta.

—No, Mmbo no quiso salvarse y el caimito no podía ayudarlo de ninguna forma. No importa que los rancheadores estuvieran cerca. Se ahorcó porque su hora llegó y debía partir con ikú. Él lo sabía.

Tuve mucha tristeza, pero en la oscuridad del cuarto, Osombo no vio o no quiso ver el dolor en mí al continuar con sus enseñanzas.

—Tan fuerte como el caimito es la cuaba . Es un palo muy maldito y si cuando lo tomas no le das unas gotas de tu sangre no te entregará sus poderes.

Recordé la cuaba de mi tierra. Vivía no lejos de nuestra casa, pero entonces yo no supe de sus fuerzas, aunque algo oí sobre ella en boca de mi padre.

—La cuaba son dos hermanas, una blanca y otra negra. La blanca cura a los embrujados, pero la negra amarra, destruye.

Ah, ¿cuántas veces habría Osombo usado el poder de la cuaba negra?, pensé y los ojos me brillaron.

—Sólo una vez —dijo él, como si, por el brillo de los ojos, hubiese visto la pregunta en mi mente.

—¿Qué hace?

—Cosas terribles. Cuando la cuaba negra se une con avispa —dijo y yo vi la cuaba en las manos de Osombo—, carcoma y huesos sacados del cementerio a las doce de la noche, mata y también puede matar al que hace el trabajo si no tiene resguardo bueno.

Osombo volvió a callar y toda la fuerza que salía de él vino hasta mí y me inmovilizó. No quise preguntar más sobre la cuaba negra.

Otro cocuyo llegó y su luz parecía una pequeña vela encendida moviéndose en el aire. Cerrando la mano, Osombo lo aprisionó. Después fue abriendo lentamente los dedos hasta dejarlo escapar. Pensé en la calabaza. Sabía que era buena para dar suerte. Que tu suerte crezca como el tallo de la calabaza, había que decir y amarrar el tallo al cuerpo de la persona. Pero también se podía hacer mucho daño con la calabaza.

—¿Y la calabaza, Padre? —dije.

—¿La calabaza?

—Explíqueme lo que se puede hacer con ella cuando se quiere hacer daño.

Osombo alargó el brazo y tocó mi frente con su mano. Estaba tibia y yo sentí una gran tranquilidad y bienestar interiores, como cuando en mi tierra oía a mi padre.

—Ahora no —dijo—, ya es muy tarde y mañana temprano debo tener la volanta preparada para ir al campo con el amo Francisco. Otro día te enseñaré nuevos poderes, pero antes debes saber cómo evitar los trabajos que se hagan contra ti.

Hoy lees cartas. Todo un muestrario de letras, afiligranadas, cursivas, góticas, romanillas, palmer, rectas unas, irregulares otras. Algunas cartas están bien escritas, varias muestran faltas de ortografía. Una carta, amarillenta ya, dirigida a Clemente por uno de sus amigos del Seminario San Carlos te hace meditar.

“El absolutismo colonial en su bastarda esencia se compone de brutalidad militar, aristocracia pecuniaria, egoísmo torpe, ciego y aristocrático, ignorancia y descuidos metropolitanos, y en nuestra tierra,

para coronar la obra, ferocidad general de corazón y laxitud casi mujeril, provenientes del cancro que nos corroe que es la esclavitud doméstica”, escribió el remitente, quien era, sonríes al pensarlo, dueño de cientos de esclavos y nunca hizo nada contra la esclavitud. Reflexionas y recuerdas el tema de la conversación de la última noche sabatina con tus amigos.

—Los hombres del siglo XIX fueron muy contradictorios —dijo el doctor Garriga.

Estaban, como siempre en la terraza, pero sin Reyes que se excusó de asistir por un trabajo urgente en el periódico.

—¿Por qué contradictorios?

Garriga no responde enseguida, quizá en busca de la respuesta exacta.

Por una parte eran cultos...

—¿Más cultos que los hombres de hoy? —Rosario le interrumpe.

Garriga sonríe, satisfecho de poder tocar un tema que considera muy importante.

—Depende de cómo lo veamos. Hoy tenemos más conocimientos de materias especializadas, pero hace cien años un hombre culto poseía un volumen de saber mucho más vasto, universal...

“Garriga, eso lo sabe hasta un niño de escuela y no es necesario explicarlo”, piensas y miras la luna, redonda, como una gran bola de billar, que apunta a tu cabeza.

—...esos hombres —Garriga reflexiona— digamos Luz, Arango y Parreño, Del Monte, Aldama, leían y conocían a Voltaire, Rousseau, Quesnay, Comte y estaban muy al tanto de todo lo que pasaba en el mundo.

—Querido Garriga —Rosario es incisiva—, hoy leemos a Nietzsche, Russell, Sartre.

Te asombra. “¿Será verdad que los ha leído?” te dices. Pero, ¿por qué fueron contradictorios nuestros antepasados?

Carmen muestra curiosidad. Garriga mira a todos con aire de sapiencia.

“Ahora dirá, elemental Watson”, piensas, pero no, Garriga no respondió como Holmes, dijo algo muy cercano a lo que tú mismo opinas mientras lees la carta del compañero de Clemente.

—Fueron contradictorios en su cultura y en sus intereses. Admiraban y conocían a las personas amantes del progreso y la libertad, pero ellos mismos eran dueños de cientos de esclavos para los cuales no existía la palabra libertad.

“Bravo, Garriga, sí, esa gente ilustrada les compraba esclavos a Francisco y Fernando Valle”, razones y ahora, a través de la ventana abierta de tu despacho, ves que la luna desaparece devorada por una bandada de nubes oscuras. En tus manos la carta para Clemente desde sus afiligranadas letras, pálidas por el tiempo, te hace interrogarte. “¿Eran cobardes, escépticos, ciegos, aquellos hombres? ¿Eran justos?” Te irrita esta carta de la cual salen cuestiones para las cuales no tienes respuestas. La pones a un lado, como si al dejar de tocarla pudieras apartar esas dudas, pero cuando llevas la mano a la frente las preguntas suben por los dedos, llegan al cerebro y te muerden la mente. “¿Se puede ser piadoso y vivir en el pecado? ¿Honesto y robar a diario? Quizá en inocencia”, te respondes, “es posible, como el salvaje que come carne humana sin tener consciencia de su acción. Pero aquellos hombres cultos de La Habana sabían que sus esclavos flagelados y martirizados, no vivirían más de diez o quince años después de llegar a Cuba”.

Con un poco de imaginación (nunca te ha faltado) te ves en el centro de La Habana, junto a Fernando mientras camina por el Paseo del Prado. En las cercanías, una banda toca una música que te recuerda cierta canción cantada por tu abuela cuando apenas tú tenías cinco años. Pasan hombres en briosos caballos, que tascan el freno mientras avanzan al trote y mujeres hermosas en quitrines y volantas conducidas por negros. Negros son también los vendedores de frutas y horchatas y los que limpian el paseo del estiércol de las bestias. Esclavos por todas partes y también arrogantes militares. Eso hiere tu sensibilidad. ¿Qué hubieses hecho de vivir a principios de aquel siglo de cubanos esclavistas y liberales, enredados en la madeja de sus temores ante los negros, su oposición a los españoles y el deseo y el temor de rebelarse?

“Pero ¿qué haces tú ahora?”, te puede preguntar, te pregunta Antonio al saber de tus cavilaciones. “Vives también bajo un gobierno de bandidos.”

“Es diferente, éstos son otros tiempos, yo no tengo esclavos ni robo”, respondes y mueves la cabeza como queriendo apartar un mal pensamiento, pero bien sabes que en estos días tuyos, tan distintos y tan similares a los de tus antepasados, el país es un emporio de corrupción, negligencia, dificultades.

“Tú no haces nada por acabar con ese estado de cosas y, sin embargo, te consideras justo y virtuoso”, dice Antonio y mueve los labios con desprecio.

Ah, esa noche sin brisa el calor era sofocante y en la penumbra del cuarto sólo los insectos se movían revoloteando alrededor de la vela que nos alumbraba. Frente a mí, Osombo callaba. Yo no me atreví a romper el silencio y lo observé largo rato. Allí conmigo, no era el viejo calesero de todos los días.

—Una vez —dijo finalmente, como si pensara en alta voz y no me hablara— un negro me hizo algo muy fuerte y malo. Nos habían traído en el mismo barco, éramos carabelas, amigos, pero a los dos nos gustaba María, Entonces, él, para obtenerla, preparó un trabajo y se lo puso a una sopa que ella tomó.

—¿Qué trabajo?

—Polvo de corazones tostados de un palomo y una paloma enamorados mezclados con pedacitos muy pequeños y finos del pelo de María.

—¿Dio resultados?

Por primera vez en aquellas noches Osombo rió.

—Ella me prefirió a mí —dijo orgulloso—. Esos trabajos nunca fallan, pero seguramente él lo preparó mal porque si no María no lo hubiese rechazado.

En el cielo, después del parpadeo de un relámpago retumbó el trueno.

—Por eso él me cogió odio y comenzó a buscar la forma de vengarse. Estuvo mucho tiempo consultando a los dioses y me hizo un trabajo muy duro, con bejuco jicotea . Entonces yo empecé a sentirme decaído, a perder fuerzas, porque el bejuco me amarraba y me halaba hacia ikú.

La marca que Osombo tenía en la frente se hinchó y yo vi al bejuco enroscado en su cuerpo, ahogándolo.

—Casi me seca —continuó y su respiración era lenta—, pero, por suerte, otro carabela supo lo que sucedía y me lo dijo. Entonces, yo no tenía el resguardo de mi nganga y tuve que hacer limpieza.

—¿Con el álamo?

—Nunca uses el álamo —dijo iritado—, no es para nosotros. Otro trueno y enseguida la lluvia. Yo fui a cerrar la ventana y cuando regresé Osombo estaba quieto, como si dormitara. Así estuvo mucho tiempo y después sin abrir los ojos habló lentamente.

—Contra los malos espíritus lo mejor es el baño de anamú. Con él me quité al bejuco y recobré las fuerzas.

Recordé los siete gajos de anamú detrás de la puerta del cuarto de María y Osombo, amarrados por una cinta roja. Ah, la albahaca y el álamo también son muy fuertes contra los espíritus malignos, pensé.

—¿Qué pasó con su enemigo? —dije.

Osombo sonrió nuevamente y le vi satisfecho.

—La cuaba negra se encargó de él —dijo y abrió los ojos. Llovía con mucha fuerza y el agua golpeaba contra la ventanita del cuarto como si quisiera entrar para oír nuestra conversación. A veces, el agua es muy chismosa y corre por ahí y cuenta las cosas que ha escuchado.

—Enséñeme de la calabaza —dije en un susurro para que el agua no pudiera oírme.

Muy disgustado y preocupado estaba Francisco con Clemente. Sabía sus manifestaciones de desdén hacia España, admiración por la Revolución Francesa y aprecio por los movimientos separatistas de América. La culpa de aquellos criterios era, según Francisco, del Seminario San Carlos donde Clemente ingresó por el deseo de don Gaspar. Allí le habían trastornado el cerebro con las peligrosas ideas esparcidas en las Américas, procedentes de Francia, y que comenzaban a penetrar en la isla en la boca de personas tan nocivas como el presbítero Varela, uno de los maestros del Seminario, pero él, Francisco, no permitiría que Clemente se manifestara así, primero le molería a palos o le enviaría amarrado a España, todo antes de aceptar que en su familia, en la familia Valle, alguien fuera separatista.

—¿Participó Clemente Valle en las conspiraciones independentistas? —pregunta Rosario con esa voz suya, dulce, fresca, que tanto te gusta.

—Sí, en una de las de principios de siglo —respondes orgulloso de poder exhibir a un patriota en la familia.

La sirvienta trae más bebidas y saladitos. Reyes toma unas aceitunas.

—Siempre me he preguntado qué lleva a un hombre a ingresar en una organización clandestina subversiva en la cual puede perder la vida —dice y mastica las aceitunas con rapidez.

—El patriotismo, los ideales —opina el doctor Torrente—, siempre ha sido así, cuando la independencia, cuando...

—Sí, claro —Reyes le interrumpe—, pero son pretextos. En el fondo de toda acción clandestina hay una motivación exhibicionista.

Rosario observa con interés al periodista miope.

—¿Una motivación exhibicionista? —exclama sin comprender.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Garriga.

Reyes espera que todos presten atención para responder.

—Quien ingresa en una organización clandestina sabe que probablemente será detenido, encarcelado o asesinado.

—También puede triunfar sin ser detenido —dice Rosario, deseosa de saber adónde quiere llegar el periodista que la mira como un profesor al alumno más retrasado.

—Sucede raramente, pero es lo mismo. En todos los casos, el subversivo al ser detenido, asesinado o, hipotéticamente, triunfar, pasa del anonimato a figura conocida de todos, generalmente glorificada. Eso es lo que él busca, consciente o inconscientemente, la gloria y el reconocimiento público; es como una especie de artista... —la voz de Reyes parece el teclear de una máquina de escribir, monótono y rápido.

—Pero el asesinado no puede disfrutar la gloria— Garriga se toca una oreja.

—La disfruta antes porque sabe que al morir la Historia lo glorificará —Reyes remueve el hielo de su bebida.

—Pero eso es vanidad, es decir, el clandestino realiza sus acciones para ser conocido y satisfacer su vanidad —Rosario se echa hacia atrás en el asiento y sus senos son dos puntiagudas lanzas desafiantes.

—Algo así —Reyes no puede evitar una mirada codiciosa dirigida a los senos de Rosario.

—Usted quiere decir que nuestros patriotas actuaron motivados por la vanidad —exclama Carmen y te mira buscando ayuda.

Tú guardas silencio y, tapándote la boca con la mano, bostezas discretamente. Reyes es un excéntrico, te dices y es él quien busca satisfacer su vanidad expresando ideas inusitadas.

Rosario observa tu gesto y adivina tu aburrimiento.

—Nos estamos apartando del tema y aún no sabemos que pasó con Clemente Valle — dice.

Clemente conversa con varios amigos, partidarios de la independencia como él, lee mucho y medita en busca de una verdad que aún no ha encontrado. ¿Qué somos? ¿Por qué vivimos así bajo la opresión? ¿Por qué aceptamos tranquilamente algo tan horripilante como la esclavitud?, son algunas de sus preguntas que pronto dan paso a nuevas inquietudes: ¿Qué razón tuvo Dios para dividir a los hombres en blancos y negros, libres y esclavos, felices e infelices? Si Dios formó al mundo, ¿por qué ese mundo es imperfecto y las criaturas creadas por él, sus propias criaturas, se apartan de su lado haciendo daño y maldad, la maldad de tener sojuzgado a todo un pueblo o flagelar a un esclavo indefenso? Quizá el hombre paga la culpa, como dice la religión, de un pecado primigenio, pero, si era cándido en el instante de pecar, ¿por qué se le dio la posibilidad de errar y por qué si no tenía conciencia de su culpa, semejante a un niño, debe arrastrar eternamente una sanción?

Inquieto, Clemente buscó respuestas a sus interrogantes en el padre Martín, pero el viejo sacerdote luego de hablarle de Adán y Eva y la fruta prohibida, se quedó dormido en su sillón, atrapado por la modorra del mediodía y el calor de la tarde. No, con personas tan obtusas como el viejo sacerdote no era posible conversar temas trascendentes, se dijo Clemente. En el Seminario San Carlos, fuera de La Habana sus maestros más cercanos, emigrado el padre Félix, tampoco tenía con quién discutir. Los libros le acercaron a la verdad pero no se la revelaron en su totalidad. No eran muchos los que podía conseguir en La Habana, apenas un *Tímeo* y un *Politicus* de Platón, donde se explicaba a Dios como guía de todas las cosas movibles, el *Physicorum libri* y el *Metaphysica* de Aristóteles, en los que se volvía a insistir en un Dios, causa prima, a partir de la cual se iniciaba el proceso de movimientos, las series causales del mundo; y dos rarísimos libros, escondidos celosamente por un amigo del Seminario, *Theologia mystica* de un tal

Dionisio el Areopagita y De docta ignorantia de Nicolás Cusa, cuyas lecturas sumieron aún más en la confusión a Clemente pues por mucho que meditase no lograba engarzar en una cadena coherente la bondad infinita del Señor, su papel como creador del hombre, y las iniquidades cometidas a diario en la isla, tanto por parte de los blancos contra los negros, como de los gobernantes.

Confundido estaba, pensando ya en la posible no existencia del Creador y que la injusticia y el absurdo eran las potencias dominantes en un mundo quizá olvidado del Señor o, peor, conquistado y regido por el diablo, cuando el mismo amigo que le facilitó los libros de Dionisio y de Cusa le puso en contacto una tarde en el café El Universal con un extraño hombre de barba muy negra, ojos cubiertos por estrechos espejuelos, y gastada levita, que se presentó a sí mismo como Agustín de Santa Rosa, librepensador y artesano.

El amigo partió, dejándolos solos, y pronto Clemente comprendió que la cultura y conocimientos de su interlocutor iban más allá de los de un artesano porque Santa Rosa, siempre atento a lo dicho por Clemente, decía cosas profundas, citaba libros desconocidos y exponía conclusiones atinadas y precisas. Entre taza y taza de café, luego de una media hora de conversación, el tema giró hacia la situación de la isla y la opresión política.

—Imposible de soportar —afirmó Clemente confiando en un desconocido, acabado de presentar.

Santa Rosa se quitó los espejuelos, los limpió con un pañuelo y observó a Clemente.

—La única solución posible —dijo recalcando las palabras— es la insurrección y la independencia de la Isla. ¿Usted qué opina?

Sorprendido por pregunta tan directa, Clemente receló estar en presencia de un provocador, de un espía encubierto, pero inmediatamente descartó la idea. Santa Rosa, se veía enseguida, no era de esos hombres.

—Estoy de acuerdo y cuanto antes se actúe mejor.

Desde ese día volvieron a verse regularmente en el mismo café o en el pequeño cuarto de Santa Rosa, atestado de libros hasta el techo, donde el único mobiliario lo constituían un catre, dos sillas y una pequeña mesa, siempre cubierta de papeles. Del tema de la independencia pasaron al de la religión y Clemente expuso sus dudas.

—¿Nos ha abandonado el Señor o acaso no existe realmente y éste es un mundo donde reina el caos?

—No, no, ¿cómo puede afirmar tal cosa? —Santa Rosa gesticuló con los brazos—. Dios existe.

—Entonces, ¿por qué triunfa el mal?

—Porque el Señor es sólo el artífice del mundo, su Creador, pero nada más. El bien y el mal, la conducta del hombre son atribuciones exclusivas del ser humano que debe decidir sobre ellas, pero nunca responsabilidad de Dios —Santa Rosa hurgó en una pila de libros recostados contra la pared, y tomando uno leyó una página— “pues si un cordero dijera a un lobo: faltas al bien moral, Dios te castigará, el lobo respondería: yo hago mi bien físico y parece que Dios no se preocupa mucho de que yo te coma o no te coma” —Santa Rosa puso el libro sobre la mesa—. Nosotros los hombres, los corderos, somos los encargados de discernir entre el bien y el mal e impedir que los lobos existan, no Dios.

—¿Qué libro es?

—El tratado de metafísica de Voltaire. ¿Lee usted francés? Magnífico. Se la presto. Es obra rara, prohibida y difícil de obtener. Me la regaló, poco antes de morir ahorcado, un hermano masón francés.

—¿Es usted masón? —dijo Clemente tomando el libro.

—Sí.

Clemente leyó a Voltaire y, poco a poco, guiado por Santa Rosa fue entrando en contacto con obras nuevas para él. Viejos libros en gastadas ediciones de escritores que desconocía, Scoto Origena, Plotino, Eckhart, Jacob Boehme, o que sólo había oído mencionar, San Irineo, Filón de Alejandría, Spinoza, a los que se unieron autores de temas netamente políticos, como Locke y Hobbes.

Un día cuando ya la gran pila de libros amontonados contra la pared había pasado por las manos de Clemente, Santa Rosa se le acercó.

—Creo —dijo— que ya es tiempo que ingrese en la Fraternidad.

La Fraternidad era la masonería, practicada en Cuba en su rito escocés, fundada, según algunos, durante el reinado del rey Salomón; nacida, según otros de la desintegración de la orden de los Caballeros Templarios, quienes habían creado una nueva sociedad secreta para poder mantener, bajo otro nombre, su proscriba asociación; tributaria, en opinión de unos pocos, de los Rosacruces. Nada de aquello le explicó Santa Rosa a Clemente al proponerle ingresar en la organización, sólo que en ella encontraría a otros hombres como él, honestos, interesados en el saber y el progreso, creyentes en un Dios universal al cual se podía llegar a través de la obra personal, y, sobre todo, deseosos, la mayoría, de obtener la libertad de la isla.

Clemente no duda en aceptar. Una noche parte en compañía de Santa Rosa, que, luego de recorrer varias calles lo lleva a una casa en las afueras de la ciudad, de aspecto común, cuyo único rasgo externo singular era una gran puerta de roble en la cual Santa Rosa da tres golpes secos.

La puerta se abre lentamente y un hombre alto y delgado les recibe, y luego de saludarlos conduce a Clemente, en silencio, a un cuarto y le deja en compañía de un anciano vestido todo de negro que, también en silencio, le venda los ojos y luego, tomándole de la mano, le hace dar vueltas y vueltas, a través de oscuros corredores, en un laberíntico y mareante andar. Entonces bajan una empinada escalera de caracol hasta un sótano en donde el anciano sienta al joven de espaldas a la entrada y le retira la venda. Clemente parpadea y a la tenue luz de una lámpara sepulcral ve el local en que se encuentra, de paredes negras en las cuales están adosados huesos formando aspás, calaveras y extrañas pinturas semejantes a jeroglíficos.

Poco a poco los ojos de Clemente se van acostumbrando a la penumbra que reina, y frente a él, casi al fondo del local, divisa una mesita negra sobre la que hay un vaso de agua, un pedazo de pan, una copilla, papel y pluma. Delante de la mesita ve un banquillo y detrás un esqueleto de pie, cuya mano derecha sostiene un puñal.

—Acércate a él —le ordena el anciano, un maestro experto.

Lentamente, Clemente avanza hacia la mesita y entonces sorpresivamente encuentra junto a ella, en el piso, un ataúd descubierto en cuyo interior yace un cadáver. Impresionado, Clemente da un paso atrás, pero enseguida, sobreponiéndose, continúa avanzando hasta llegar al esqueleto que, en los dedos de la mano izquierda, tiene un papel en forma triangular.

—Tómalo y léelo —las palabras del maestro experto son un ventarrón de aire frío en los oídos de Clemente que, cuidadosamente, toma el papel donde está escrito en letras rojas:

¿QUÉ DEBE EL HOMBRE A DIOS?

¿QUÉ SE DEBE A SÍ MISMO?

¿QUÉ DEBE A SUS SEMEJANTES?

¡HACED VUESTRO TESTAMENTO!

El maestro se acerca a Clemente, le pone una mano en el hombro y con la otra le indica el ataúd.

—Medita en lo que te sobra en la vida —le dice con voz paternal—. En ese mismo papel responde a las preguntas formuladas y pon tu última voluntad en la mano del esqueleto. Cuando hayas concluido golpea tres veces la puerta.

El maestro sale y Clemente queda solo; se sienta en el banquillo y a la pálida luz del candelabro mortuorio, observado por las cuencas vacías del esqueleto, medita largamente y comienza a escribir. Al terminar pone lo escrito entre los dedos del esqueleto, golpea en la puerta y va a la sala donde le aguardan los hermanos masones que le iniciarán en la Fraternidad.

La muerte de Piedad, pero sobre todo la de su abuelo, fue un duro golpe para Fernando, que era ya un joven de anchas espaldas y rostro voluntarioso donde despuntaba un bigotico transparente como una voluta de humo. “Nunca lo olvidaré, abuelo”, dijo, mientras las paletadas de tierra caían sobre el féretro de don Gaspar en una fosa del nuevo cementerio de la ciudad que, día a día se iba extendiendo, más allá del tentáculo de sus murallas, en tranquilos caseríos de descanso para los blancos, como el Cerro, y en míseros barrios para negros, como Jesús María y La Salud, de chozas prontas a incendiarse al primer chispazo.

Con don Gaspar se fueron sus relatos sobre los Lorente: Juan, el fundador, recompensado por el mismo gobernador con tierras de labranza en la zona de los Güines; Luis, dueño del ingenio Trinidad; Sancho, constructor de la casona familiar. Se acabaron también los recorridos en volanta por la ciudad. Acompañado de Fernando, don Gaspar iba al Teatro Principal a informarse personalmente de los estrenos, a los que nunca faltaba, o a la estrecha calle de Los Oficios para encargarse personalmente, en alguna de sus pequeñas talabarterías, olorosas a cuero y resina, un par de botas o una silla de montar repujada. De Los Oficios seguía en busca de algún regalo para la familia o simplemente, por el placer de mirar, hasta la calle de Los Mercaderes, tan concurrida de público que el calesero debía gritar y chasquear el látigo, exigiendo paso. La tarde la terminaban en el café La Paloma, donde panecillos y chocolate por delante, don Gaspar proseguía sus historias.

Los domingos, lista la volanta desde temprano, salían por la puerta de Tierra, a Extramuros, al Campo de Marte y el Jardín Botánico. “Ah, esto sí es aire”, exclamaba alegre el anciano y le ordenaba a Juan el calesero continuar hasta la Calzada Real y el Cerro, donde visitaba unos amigos. Luego de regreso, recostado en el asiento de la volanta, entonaba canciones de su juventud.

“No te olvidaré”, repitió Fernando mientras echaba un puñado de tierra sobre la tumba de su abuelo, su mejor amigo y compañero.

Un año después, Fernando vio, en la Catedral, a Jacobo Montero con su esposa y su hija Rosario. Arrodillada, los ojos cerrados, la joven rezaba una plegaria y Fernando se deslumbró. Más allá de lo correcto estuvo mirándola aturcido, diciéndose que era la muchacha más hermosa que hubiese visto. Durante las siguientes semanas la volvió a encontrar en la iglesia acompañada de los condes que cruzaban por su lado, despreciativos.

Pronto, a través de un amigo, supo la opinión de los Montero sobre él. “Ese jovencuelo es un insolente por mirar a la niña así, sin comprender la diferencia entre nosotros”, dijo la condesa, “¿quién es?”, “un Valle, uno de esos ricos advenedizos”, dijo el conde.

Fernando se sintió humillado. Los Valle eran ricos efectivamente, pero su fortuna no poseía la antigüedad ni era comparable con la de Jacobo Montero, recientemente hecho conde de Casa Montero. Sin hablar de su pasión, Fernando le comentó a su padre la diferencia entre ellos y algunos aristócratas habaneros.

—Nada es eterno —dijo Francisco con su habitual parquedad.

Nada es eterno, razonó Fernando, pero de mantenerse aquella diferencia, los condes siempre lo rechazarían y Rosario no sería suya. Entristecido, todo, a excepción de su amor, dejó de interesarle. Apenas comía y sólo pensaba en el instante de ver a Rosario. Los domingos, vistiendo sus mejores ropas, corría a la iglesia a cuya puerta estaba a la llegada de los condes, que le miraban como si fuera uno de los tantos mendigos parados delante del templo; pero, no obstante, él era inmensamente feliz cuando ella, los ojos asustados, una leve sonrisa en el rostro, le lanzaba una furtiva mirada. Así, semana tras semana, durante las cuales intentó hablarle en otro lugar, pero la joven, por la reciente muerte de su abuela, no iba a fiestas y las pocas veces que salía era acompañada de su madre.

Fernando adelgazó y se tornó tan melancólico que Clemente, preocupado, le habló. Sus relaciones eran distantes, pero ahora Fernando, sin poder contenerse, le contó todo.

—¿Ella te ama? —dijo Clemente luego de escuchar, en silencio, la historia.

—No sé, creo que sí.

Clemente le puso una mano en el hombro.

—Debes saberlo. Tener la certeza de su amor es lo más importante.

—Lo importante es que los padres me consideran como al hijo de un comerciante, inferior en fortuna —dijo Fernando apesadumbrado.

—Eso no es lo principal, lo importante es que ella te ame.

Convencido por su hermano, Fernando hizo llegar a la joven, a través de una esclava, una esquila amorosa y al no recibir respuesta volvió a escribir. A los pocos días, la esclava trajo una carta de Rosario donde le decía que él no le era desagradable, pero sus padres le rechazaban. Nuevas cartas secretas se cruzaron, en las cuales, Rosario, aceptando el amor de él, le confesaba el suyo, aunque todo era imposible, escribió, por la oposición de los condes.

—Tienes que luchar —le dijo Clemente al conocer la desesperación de Fernando.

Fernando no pudo seguir el consejo de su hermano. Los condes partieron de improviso hacia España con Rosario y allá estuvieron más de seis meses durante los cuales Fernando no tuvo respuestas a sus cartas.

Por fin, los Montero volvieron y el primer domingo después del regreso, Fernando se paró en la puerta de la Catedral, impaciente por encontrar a su amada. Ellos llegaron, acompañados de Roberto, hijo de Juan Montero, quien orgulloso llevaba del brazo a su prima Rosario. Ella se veía más radiante que nunca y Fernando, la respiración entrecortada, buscó sus ojos, pero la joven desvió la vista y su mirada fue un pájaro que voló lejos. Entonces, él, haciendo un gran esfuerzo para dominarse, musitó un “buenos días” no respondido por nadie.

Fernando tuvo la sensación de que se ahogaba y, ganado por el despecho, corrió a su quitrín y al saber, esa misma tarde, que Rosario era la prometida de Roberto Montero se sintió abatido, igual que un árbol talado.

—¿Quiéres que rete a duelo a Roberto? —le propuso Francisco Joseph, al tanto de lo ocurrido.

Fernando negó con la cabeza.

—Eso no solucionará nada —dijo.

Pronto anunciaron la boda de Rosario y la desesperación de Fernando llegó al máximo. Se sentía burlado, despreciado, pero no era capaz de olvidar a Rosario, releía sus cartas, trataba de verla. Enflaqueció. Tan mal se puso que Francisco, sin conocer del asunto, le preguntó qué le pasaba y Fernando le confesó la historia.

Francisco frunció los labios,

—Los Montero, nada menos que los Montero. Tenías que enamorarte de una Montero, con tantas mujeres hermosas que hay en la ciudad.

Fernando se desconcertó.

—¿Qué sucede con los Montero que yo no sepa?

Las manos de Francisco se cerraron, como si apretasen la empuñadura de un sable.

—Nos desprecian, no nos quieren, nos odian... y yo también a ellos.

Fernando se asombró. Nunca había escuchado de tal odio.

—Nosotros no somos Montescos y Capuletos.

—¿Qué tiene que ver eso? —vociferó Francisco sin comprender la alusión de Fernando—, no nos quieren porque no somos cubanos.

— Pero yo soy cubano.

Los brazos de Francisco, agitados en el aire, semejaban garrotes.

—Esos desgraciados Montero, Jacobo, Juan, han hecho todo lo posible por perjudicarme en los negocios, han hablado mal de mí en el palacio del capitán general. Me odian. Por eso no te han dado a Rosario. Es a mí a quien se la han negado...

—Pero yo no sabía. Usted nunca nos ha dicho nada.

Francisco le miró de reojo y con las manos hizo un gesto que significaba “¿qué sabéis vosotros de mis asuntos?” La sangre embestía en las venas de su cuello que estaban muy hinchadas, el rostro enrojecido.

—Me las pagarán, me las pagarán —con el dedo índice apuntó hacia Fernando—, por mí y por ti.

El dedo, a pocas pulgadas de la cabeza de Fernando, parecía una pistola con el gatillo alzado, lista a disparar.

Fernando no supo qué decir. “¿Y si efectivamente nos odian?”, se dijo confundido, como un asaltado en medio de la noche. “Puede ser que por mala voluntad hacia mi padre me hayan rechazado”, la rabia comenzó a dominarlo.

—Sí, padre —musitó, recordando el desprecio de los condes—, van a pagárnosla.

—Además de independentista, ¿Clemente Valle fue masón? —Rosario termina de beber su segundo highball, y coloca el vaso, perlado de gotitas de agua fría, en el carrito metálico sobre el cual están las bebidas y los fiambres.

—Qué patriota no fue masón. En aquel entonces estaba justificado —dice el profesor Torrente.

—¿No habrá, por casualidad, algún comunista en tu familia? —Rosario te hace un mohín con la boca.

Tú le sonríes y masticas unas galleticas con pâté de foie gras.

—Nunca he entendido bien —dice Garriga lentamente— qué pensaban hacer los independentistas de principios del XIX con los negros. Si entonces hubiese habido un alzamiento, los negros lo habrían aprovechado para machetear a los blancos.

Una voz les sacude, como un disparo, desde la entrada de la terraza y tú te vuelves.

—Por supuesto que sí y hubiese estado muy bien y ahora también estaría muy bien que machetearan a todos los blanquitos —está diciendo la voz de tu hermano Antonio que acaba de llegar, medio ebrio como siempre.

Ustedes le miran y nadie dice nada, sorprendidos de lo dicho y, sobre todo, del tono tan agresivo. De repente no sabes qué hacer para salir de la embarazosa situación, pero, por suerte, Reyes y Rosario vienen en tu ayuda.

—Eso hubiera estado muy bien —en la voz de Reyes hay burla—, así mis antepasados habrían emigrado y mi madre no me hubiese parido aquí sino en otra parte, quizá en Francia. Siempre he querido nacer en Francia.

—Quizá un negro pudo violar a tu bisabuela blanca y tú serías un negro— Antonio infla las mejillas como un payaso.

Has visto ese gesto más de una vez y sabes que ahora puede remedar con la boca el sonido de una ventosidad. “No, aquí no se atreverá”, piensas.

Reyes se rasca la nariz, busca una respuesta ingeniosa, pero Rosario se le adelanta.

—¿A mí también me machetearían? —pregunta y muestra sus brazos de piel muy blanca.

La agresividad de Antonio disminuye.

—No, a ti te violarían.

Rosario le mira coqueta y en su mirada está el sol.

—¿Cómo?

Antonio se le acerca y la toma del brazo.

—Ven, yo te explicaré.

Rosario se levanta y camina con Antonio por el caminito de gravilla del patio hasta el seto de buganvillas. Todos respiran aliviados, aunque tú sigues molesto; él puede volver y continuar sus groserías. Debes hablarle, te dices, prohibirle tales desplantes, pero en el fondo, sabes que no lo harás. Ya una vez intentaste y los criados debieron intervenir para contener su ataque de furia.

En la terraza beben y fuman en silencio. Alzas la cabeza y hoy ves, tras el alto pino del patio, la luna, redonda, como un rostro ovalado, inmóvil, “luna de locos”, piensas.

—¿Es verdad que desea ser francés?— es Carmen la primera en hablar, rompiendo el molesto silencio.

—¿Por qué no?— le responde Reyes y al mirarla sus ojos miopes parpadean, como un meteorito al ingresar en la atmósfera y quemarse.

—A mí me gustan más los Estados Unidos —dice Rosa con indiferencia—. Washington resulta maravilloso en primavera y en otoño. Pero, claro, como España no hay nada.

—¿Y qué me dicen de Nueva York? Es fantástico en la temporada teatral —Garriga habla entusiasmado—, el año pasado vimos a Brando en *A street car named desire*. Fantástico.

La pronunciación del inglés en Garriga haría llorar a un perro norteamericano, te dices y observas a tus amigos que comienzan a hablar de las maravillas y bellezas de ciudades: Miami, Nueva York, Los Ángeles, París, Londres, Madrid (“¿qué les parece Madrid?, cerca de la Puerta del Sol hay una tabernita donde cocinan maravillas”), miras hacia el patio en el cual, al final del caminito de gravilla, Rosario y Antonio conversan animadamente, muy cerca uno del otro, sus sombras entrecruzadas. Tú también desearías vivir en alguna de esas ciudades y a La Habana sólo venir de vacaciones, piensas, pero, desgraciadamente no puedes. Siempre hay algo que te amarra a la ciudad, los negocios, una mujer, ahora tu investigación familiar. “En cuanto la termine me iré”, te prometes, el año que viene, cerrarás la casa y le propondrás a Rosario irse contigo.

—Pero todavía no nos has dicho por qué prefieres vivir en París —Carmen se dirige a Reyes que no ha intervenido en la conversación sobre las ciudades.

Reyes calla de momento y con la mano se acaricia las mejillas como si dudara en la respuesta.

—De las ciudades civilizadas donde puedo vivir es la que menos negros tiene.

“Ya dijo una de las tuyas. Todos esperaban que explicara que le gustaría vivir en París por sus bellezas, la cultura, las mujeres, y sale con los negros”, piensas y pinchas una cebollita encurtida.

—¿Sólo por eso? No lo puedo creer —Rosa apenas mueve los labios al hablar y su cutis parece polvo de arroz.

—Sólo por eso.

—Y si en La Habana no hubiera negros, ¿preferiría vivir aquí?

—Por supuesto, me gustan mucho los mangos —contesta Reyes.

Tú sabes que se burla de ustedes, que hasta hace poco su amante era una mulata casi negra. “¿O quizá no es broma, quién sabe?”.

—Qué obsesión con los negros. ¿No habrá alguno en lo profundo de tu familia? —Rosa agujonea al periodista.

—Cómo no, tengo entendido que uno de mis antepasados tuvo relaciones con tu bisabuela.

Todos ríen, menos Rosa, por la aguda respuesta de Reyes que les observa satisfecho.

—Sí, los negros han sido una verdadera calamidad para el país —al hablar, Torrente da la impresión de estar frente a sus alumnos de la Universidad.

Rosario y Antonio han regresado y escuchan las palabras del profesor. Nuevamente te pones en guardia. Ahora Antonio volverá a decir algún disparate. Pero no, se mantiene callado, la vista fija en el pino del patio cuya copa oscila levemente movida por el viento.

Es Reyes quien habla.

—¿Por qué calamidad? —pregunta.

—Qué cosa —Garriga hace un gesto con las manos, como preguntándose si Reyes detesta o defiende a los negros.

—Fueron y son la incultura y el atraso para Cuba —Torrente es enfático—, si hubiésemos traído colonos blancos en lugar de negros el país estaría mucho más adelantado.

Miras hacia el pino y te parece una larga e inmensa lanza que avanza para clavarse en una nube gorda y blanca como un carnero. Los esclavos, los negros, el eterno problema de la nación, meditas, masticas otra cebolla y prestas atención a Rosario.

—Estoy de acuerdo con usted —está diciendo—, pero el asunto es que ellos no vinieron, nosotros los trajimos.

—Sí, ése es el problema —dice Torrente apesadumbrado.

“Una gran calamidad que permitió a Francisco y Fernando Valle hacerse ricos” afirmará ahora Antonio, te dices, pero no, él no habla, sigue inmóvil como un erizo. Eres tú quien tiene ese pensamiento aunque no lo expreses.

Ah, estábamos en el cuarto de Osombo y María, al oscurecer, después de comer. Ella salió y él y yo nos quedamos solos, en silencio.

—¿Quieres aprender sobre la calabaza? —preguntó Osombo, recordando mi pedido.

—Sí, Padre.

—¿Para qué? —en sus ojos hubo un destello de picardía que se extinguió enseguida —tú conoces mucho de ella.

—Sé lo bueno, pero quiero saber lo malo que hace —dije sin pensar en mi respuesta.

Por primera vez vi a Osombo molesto, irritado, como si hubiese sido picado por un alacrán.

—La calabaza ni ningún otro palo —dijo y su voz sonó violenta, como la del amo Francisco —hacen nada malo. Ellos sólo cumplen lo que los dioses le ordenan para castigar.

—¿Y por qué los dioses castigan? —pregunté confundida.

—Porque nosotros se lo pedimos, pero son ellos los que deciden. A veces no quieren oír un pedido y nuestros trabajos no sirven.

Osombo caminó por el cuarto y se detuvo frente al rincón donde estaban los santos.

—¿Y si rogamos con mucha fuerza, los dioses oirán mejor nuestro pedido?

—Depende del pedido y de cómo lo hagas —Osombo calló, sopesando sus palabras—, por eso cuando cortas un palo debes hablarle con humildad, pero también con autoridad para que te respete.

—¿Y si pido daño para el amo Francisco?

—Ah, el amo Francisco —dijo él y se tocó la frente. Allí, tenía marcada una L. Ahora estaba hinchada y latía con fuerza. Nunca me habló de aquella marca, pero María me contó que cuando los trajeron a Cuba, muchos años atrás, lo primero que les hicieron, al desembarcar, fue marcarles, con un hierro al rojo vivo, la inicial de los amos Lorente; a él en la frente, a ella en el pecho. “Tú tienes suerte”, me dijo un día María con tristeza, Y me enseñó su marca sobre el seno “a ti no te calimbaron”.

—Debes saber que todavía es temprano para pedir contra los amos — dijo Osombo lentamente—. Ahora tienen mucha protección de sus dioses y cualquier trabajo puede volverse contra nosotros. ¿Entiendes?

—Sí —respondí y toqué el resguardo que llevaba en el pecho. La L en la frente de Osombo se tranquilizó y él volvió a hablar de la calabaza.

—Con ella se pueden hacer dos trabajos —dijo bajando la voz— fuertes, muy fuertes. Hoy te enseñaré uno de ellos.

—Enséñeme los dos.

—Todavía no. No se deben aprender al mismo tiempo. Escúchame bien —dijo y acercó su cabeza a la mía—. En un papel muy viejo escribes el nombre de la persona que quieres trabajar y lo envuelves con la hoja de una calabaza verde que pondrás en una cazuela —Osombo respiró lentamente—. De tres fogones coges cenizas muy calientes y las echas en la cazuela, tapando la hoja.

Por un momento sentí la fuerza de la ceniza ahogando a la calabaza.

—Entonces, piensa con todo tu odio en la persona y repite muchas veces “tú también te harás ceniza, tú también”.

Osombo se detuvo un momento antes de continuar.

—Cuando las cenizas se hayan enfriado coges la cazuela con la mano izquierda, sólo con la mano izquierda, y la tiras en un río o en un pozo, diciendo “húndete como la ceniza y la cazuela”.

—¿Qué pasará?

—Tú enemigo se irá hundiendo, consumiendo poco a poco, hasta morir.

Aquella noche, Osombo me habló de la calabaza y durante el resto de su vida me enseñó de otros palos santos. Aprendí del limón para dar impotencia, del ají guaguao para cargar fuerte los trabajos, del maíz que esclaviza, de la bijiguara que trae la locura, del helecho de la clarividencia.

Ah, ¿cuándo podremos usarlos contra el amo Francisco? insistí nuevamente, mucho tiempo después.

Osombo me observa con aquellos ojos que clavaban en el piso.

—El momento se acerca. Yo te avisaré.

El muerto cierra un pacto con el vivo y hace todo lo que el vivo le manda. Nganga quiere decir muerte, espíritu. Nganga es lo mismo que Nkiso, que Villumba, espíritu del otro mundo. Misterio.

LIDIA CABRERA

Con el tiempo, Fernando se fue serenando, pero en su interior algo estaba roto. No volvió a la iglesia por mucho tiempo y el amor por Rosario se transformó en odio hacia ella y toda su familia.

Meses después, Francisco le anunció que había decidido prepararlo en los negocios. Aquello fue de su agrado. Prepararse en los negocios significaba, se dijo, conocer a hombres importantes, asistir a la llegada de las cargazonas de negros, penetrar en el misterio de libros guardados celosamente en la caja fuerte.

—Vendrás todos los días a las siete de la mañana a la oficina —dijo Francisco, y Fernando comenzó a levantarse de madrugada y antes de la hora fijada estaba ya en el comercio. Exactamente a las siete y quince Francisco llegaba y subía a su despacho, sin saludar a nadie, ignorando la presencia de su hijo, a quien trataba igual que a un subordinado cualquiera. Desde el primer momento, Fernando fue no el hijo del dueño sino un aprendiz y al avanzar en aprendizaje y conocimientos se le consideró como un empleado más de la Casa. Así lo veían todos, desde Irizábal hasta el jefe de almacén, quienes no escatimaban reprimendas y burlas cuando una tarea encomendada a él no era cumplida con presteza. En cambio, al hacer algo bien nadie le felicitaba, como si lo hecho no tuviera importancia y constituyera parte de la rutina. Sólo años después, dueño ya del negocio, supo que aquel trato, frío, despótico a veces, obedecía a la orden de Francisco de que se fuera muy riguroso con él.

El primer día de asistencia, Francisco le llamó a su despacho. Sentado tras su gran mesa revisaba libros de contabilidad que, por un momento, dejó para atenderle.

—Hoy comenzarás —dijo— a trabajar en uno de los renglones más modestos, pero más sólidos de la Casa Valle, la tonelería.

Tonelería era la parte del negocio dedicada a ensamblar duelas y aros para convertirlos en barriles de todo tipo que luego se vendían a los hacendados. Fernando se sorprendió de que algo tan sencillo como un tonel no lo construyeran los propios hacendados y se lo compraran a Francisco y a otros comerciantes como él. “¿Por qué?” Irizábal sonrió al oír la pregunta. “Muy sencillo, si no compran toneles no se les da crédito.”

Fernando no hizo comentarios. Aprendió la lección y comenzó a entender que el negocio de su padre era mucho más complicado de lo que a simple vista le pareciera y no se limitaba a vender azúcar y garbanzos.

Cuando conoció lo suficiente de toneles, Irizábal, a quien Francisco había confiado el aprendizaje de su hijo, le llevó al patio del comercio donde varios esclavos, dirigidos por un negro corpulento y manco, estaban las mercancías que entraban y salían.

—Como usted sabrá —le dijo Irizábal—, aquí y en el almacén de la calle de la Sabana guardamos los géneros.

—¿Todos éstos, tan diferentes, son nuestros? —dijo Fernando, nuevamente sorprendido de que su padre comerciara mercancías tan disímiles.

I rizábal respondió cortante.

—Una parte es de la Casa Valle, el resto de sus clientes. Desde aquí los embarcamos al extranjero o los enviamos al campo.

Fernando no preguntó por qué los hacendados no almacenaban y embarcaban ellos mismos sus mercancías. Le bastaba con la lección de la tonelería. Pronto supo que ésa era otra de las condiciones para recibir préstamos. Quienes quisieran obtener créditos de Francisco Valle tenían que confiarle el transporte y almacenamiento de sus productos.

“¿Qué otras cosas nuevas aprenderé?”, se dijo satisfecho de ir conociendo un mundo extraño para él en el cual su padre se le aparecía, por primera vez, como una persona inteligente, hábil, capaz de dominar en la sociedad.

Irizábal le sacó de sus pensamientos, indicándole con la mano a un hombre blanco que, sentado dentro de una caseta de madera en una esquina, escribía sobre una tablilla.

—La tarea más importante del almacén —dijo.

—¿Cuál?

—La del apuntador. Usted le ayudará a contar todo lo que entre y salga de aquí. Y cuide bien de que no se pierda nada. Ni un clavo. Su señor padre se pondrá muy furioso si sabe que usted ha sido negligente —dijo Arizábal autoritario.

Meses estuvo Fernando contando cada saco, cada barril, cada bulto, cargados y descargados y ya, de un solo golpe de vista, podía decir cuál era su peso y contenido. También, de paso, le había perdido el miedo a ratones, arañas y cucarachas que tanto le aterrorizaron en su niñez y que aquí, en el almacén, andaban por todas partes.

Una mañana de invierno en que la lluvia caía en cansinas ráfagas, Fernando, ocupado en el conteo de los sacos de un carretón acabado de descargar, vio entrar a su padre que, como siempre, no saludó.

—¿Cómo te sientes en esto? —le preguntó sin prestar atención a la lluvia que le resbalaba por la cara.

—Bien, padre.

—¿Adelantas? Irizábal dice que sí.

—Sí, padre.

Los dedos de Francisco apartaron unas gotas de agua de su cara.

—Hoy comenzarás —dijo— a aprender el negocio de las exportaciones y las importaciones.

La Casa Valle exportaba azúcar y mieles a España, los Estados Unidos, Inglaterra, Francia e importaba maderas para construir toneles y cajas, tasajo y telas para alimentar y vestir a los esclavos, harinas, bacalao para la población. Pronto las cartas, las facturas, los avisos de embarque comenzaron a pasar por las manos de Fernando que, infatigable y diligente, en un rápido aprendizaje, conoció las principales firmas extranjeras, los mecanismos de las cotizaciones internacionales, los precios de los fletes. Cuando Francisco no tuvo dudas de la competencia de su hijo en aquellas cuestiones, le trasladó a las cuentas de intereses, manejadas personalmente por él con la ayuda de Irizábal. Fernando se fue adentrando en el tortuoso y envolvente, como una tela de araña, negocio de los préstamos, a corto, a mediano plazo, para refaccionar las cosechas, para traer esclavos, para comprar un nuevo ingenio, para salvar de la ruina inmediata. Créditos a quince, veinte, treinta por ciento de interés, gigantescas olas, que arrastraban dinero que, a su vez, en sucesivos préstamos, atraía nuevo dinero, en remolino sin fin donde eran atrapados los deudores. Fernando sintió orgullo al ver la lista de figuras habaneras que tenían o habían recibido créditos de su padre.

—¿Cómo gente tan importante ha quedado endeudada con usted, padre? —quiso saber.

Francisco le miró, el rostro ceñudo. Después extrajo de su chaleco una reluciente moneda de oro.

—Ésa es una larga historia —dijo mostrando la moneda—, pero recuerda que lo importante es el oro. Quien lo posea tendrá a todos por el cuello.

Francisco alzó la mano derecha entre cuyos dedos la moneda, fuertemente agarrada, centelleaba como si tuviera luz propia y Fernando nunca olvidaría las palabras de su padre en aquel momento.

—Si sabemos mantener el oro así, en nuestras manos —Francisco era solemne y sus ojos tenían el brillo de la moneda—, el que más valga no valdrá jamás más de lo que Valle vale.

Fernando regresó a sus labores en la contabilidad. Cuidadosamente, con letras menudas semejantes a un fino bordado, anotaba los créditos, los reembolsos, los intereses cobrados. En los primeros tiempos ayudó a un viejo empleado, pero, a medida que ganaba en experiencia, Francisco le fue confiando esa tarea a él solo. La realizaba con gusto, satisfecho de ser más importante cada día y sentirse apreciado en la oficina no como el hijo del amo, sino por su propia capacidad.

Llegó a dominar todas las operaciones de la Casa con la excepción del comercio de esclavos, convertido en el renglón más ventajoso del negocio. Si los préstamos, el azúcar y las otras actividades rendían buenos beneficios, las utilidades provenientes de la trata eran fabulosas.

—Formidable. Es como un árbol que en vez de frutas da pepitas de oro. El único riesgo que se corre es trepar para cogerlas —exclamó al conocer de aquellas ganancias y fue a ver a su padre.

—Déjeme dedicarme al negocio de los sacos de carbón —le pidió.

Francisco le miró de arriba abajo. Fernando era ya tan alto como su padre, pero mucho más fuerte, de hombros anchos, poderosos y aparentaba más años de los que, en realidad, tenía.

—Demasiado pronto. El negocio es muy complicado y requiere mucha experiencia —dijo Francisco—. Más adelante veremos.

Sin replicar, Fernando se retiró. Bien sabía que las decisiones de Francisco eran inapelables, pero desde ese instante no pudo dejar de pensar en el comercio de africanos. Comenzó a ver el viaje de ida y vuelta a África no sólo en términos de ganancias sino como una extraordinaria y peligrosa aventura en la cual participaría personalmente con mucho gusto.

—Una asquerosidad que da deseos de vomitar —le dijo Irizábal al comentarle Fernando su opinión—. ¿No ha subido nunca a un buque acabado de regresar del África? Yo sí y le aseguro que la peste a excrementos y cosa putrefacta es tal que los ijares deben apretarse bien para no vomitar allí mismo.

Fernando oyó a Irizábal con disgusto, molesto por haberle hablado. Era un chupatintas, un flojo, se dijo, incapaz de resistir lo que él, Fernando, sí soportaría. Cuando estuviese al frente del negocio le iba a poner de patitas en la calle.

Sin decirle nada a Francisco, en el siguiente arribo del Intrépido, Fernando, para probarse a sí mismo y demostrar su temple, acudió al puerto. Allí sorprendió a Irizábal, que iba hacia la nave, de la cual ya bajaban los primeros esclavos. Encadenados por el cuello y los brazos, venían en una larga fila y dos forzudos marineros, látigo en mano, les hacían descender aprisa.

De pie en cubierta el capitán controlaba toda la operación y al ver a Irizábal le saludó alegremente con la mano.

—Subamos —le dijo Fernando a Irizábal provocadoramente.

—¿Para qué? —Irizábal no se movió—, desde acá puedo hacer mi negocio.

La mirada de Fernando fue de reto. Sin contestar, trepó por la escalerilla de proa y se dirigió hacia el capitán con la mano extendida. Al pasar junto al castillo de popa respiró un vaho a orina, excremento, bilis, carne quemada, todo mezclado en una pestilencia insoportable. Asqueado se detuvo y al llevarse la

mano al bolsillo en busca de un pañuelo perfumado vio que, desde el muelle, Irizábal le observaba con una sonrisa de burla. Entonces hizo un esfuerzo, se sobrepuso al asco, y sin extraer el pañuelo fue hacia el capitán.

—Soy el hijo de don Francisco —dijo con naturalidad mientras le estrechaba la mano.

—Lo sé —dijo el capitán— y tengo mucho gusto en conocerle, don Fernando.

Los esclavos eran sacados de la bodega y Fernando los contempló.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—Magnífico. Los vientos fueron muy favorables y sólo tuvimos diez negros muertos. Traemos trescientos sacos de carbón, la mayoría piezas de indias, veinte mujeres nada más y ningún muleque. Todos fuertes y saludables.

—¿A qué precio cada negro?

El capitán calló, la vista en el mar, donde, a lo lejos, se veían dos buques navegando hacia la ciudad.

—Bueno —dijo finalmente—, de acuerdo con el precio del ron, la pólvora, las telas y los pañuelos que entregamos, yo calculo que cada bulto nos costó cincuenta pesos.

Fernando no hizo comentarios, pero se sintió muy complacido.

“Muy buen precio”, se dijo “los venderemos a trescientos pesos cada uno. Muy bien.”

Fernando no podía olvidar a Rosario y el sentimiento de que era inferior en posición social no le abandonaba. “Debo ser muy rico”, se dijo y el dinero comenzó a gustarle cada vez más, pero, a diferencia de su padre, cuando lo obtenía lo gastaba sin escatimarlo. Entonces deseaba más y más, sin importarle la forma de conseguirlo. En la casa, en la mesa, en cualquier momento sólo hablaba de negocios y de dinero.

—El dinero no lo es todo —le dijo Clemente quien, desde el fracaso amoroso de Fernando conversaba a veces con él.

—Sí ¿y qué es lo importante? —la ironía saltó de Fernando sin que él se lo propusiera, como un bofetón.

—Otras cosas —Clemente hizo una pausa buscando las palabras necesarias—, las ideas, los principios...

—Por supuesto —esta vez el tono de Fernando fue irónicamente calculado.

—La situación política en que nos encontramos —Clemente continuó sin reparar en el tono de su hermano—. ¿No ves que así es imposible continuar en este país?

La ironía se hizo indiferencia en Fernando con un gesto de los hombros.

—Yo vivo bien con tal situación —dijo—, en ella se hacen buenos negocios. Lo importante, querido hermano, no es la política sino el oro —la palabra oro se alargó en la boca de Fernando como una invocación mágica—. Quien lo posea dominará a todos y hará los cambios que quiera.

Por primera vez los ojos de Clemente se entrecerraron para dar paso a una mirada de disgusto.

—Te equivocas —un dedo de Clemente se alzó—, así no se puede vivir —el dedo se agitó en el aire—, todos debemos hacer algo en contra de esta situación por el bien de la Patria.

—¿España? —la indiferencia fue burla.

El dedo bajó, mientras la cólera subía al rostro de Clemente.

—¿España?!, bromeas, Cuba, lo sabes bien, Cuba, nuestro país.

La cólera de Clemente tuvo su reflejo en los ojos azules de Fernando.

—¿Quién hará algo en contra? —Fernando quiso ser indiferente, pero la agresividad se sentía tras las palabras, punzantes como alfileres—. ¿Tú?

—Yo, sí, yo, y todos los buenos cubanos —los ojos de Clemente chocaron con la mirada desafiante y rabiosa de Fernando.

—¡Los buenos cubanos! Querrás decir los gritones y malos españoles.

Clemente aspiró profundamente y contuvo sus manos.

—Quiera Dios que algún día no te pese tu actual conducta —dijo y al caminar hacia la puerta oyó las palabras de Fernando.

—Ojalá a ti no te pese ahora... cubano.

—Idiota —se dijo Clemente deteniéndose. Fue a volverse pero, dominándose, salió de la sala.

“Cretino”, pensó Fernando.

Ah,

—Ya tienes mucho fundamento y debes prepararte para recibirlo —dice Osombo y sus palabras corren por el interior de mi cuerpo.

—¿A quién? —pregunto asustada, aunque sé a qué se refiere.

Osombo me mira como si yo fuera un perro incapaz de entender a su amo.

—Al Rey —contesta y su voz no es su voz—, a quien todo lo puede y da, al dueño de lo oscuro y profundo.

—¿Él me recibirá?

—Si tú le gustas, sí.

Ah, como el leopardo volvió a correr el tiempo.

—Pronto será —dice Osombo y yo espero impaciente.

—Esta noche —ordena y soy preparada por María que, al atardecer, hace un cocimiento muy amargo de flores blancas, semejantes a campanas. Lo bebo de un golpe y enseguida mastico unas semillas dulzonas, redondas y pequeñas, que me adormecen la lengua. Mareada, caí en un extraño sueño donde vi un tigre rojo que rondaba a mi alrededor. Sobre el tigre iba montada una lechuza que batió las alas.

El ladrido de un perro me despierta. No sé qué hora es ni cuánto he dormido. La cabeza me pesa y apenas entiendo a Osombo que me dice “llegó el momento”.

Con Osombo y Miguel, su mayordomo, salimos por secretos caminos en busca de la ceiba. Ya cerrada la noche la encontramos. Arrodillada frente a ella, bebo otra vez el cocimiento de María que

Osombo ha traído y mastico más semillas dulzonas, mientras Miguel pone hojas de ceiba unidas con fango sobre mi cabeza. Cuando me alzo, la cabeza me estalla, los ojos giran en sus huecos como trompos, la vista se me nubla, la ceiba desaparece y aparece, pero después todo se tranquiliza y siento que puedo volar junto a las lechuzas que revolotean alrededor de nosotros. Soy fuerte y poderosa como las raíces de un árbol joven. De un saco, Miguel extrae una vela, que enciende, y el hueso de un muerto sacado ayer de su tumba, y me los da. Los tomo y veo todo rojo. Entonces Osombo se inclina y con un cuchillito de plata pica suavemente la piel de mi cara, una, dos, cuatro veces, arriba de los ojos. La sangre corre al suelo, igual que lágrimas, para alimentar la ceiba. Osombo comienza a cantar, Miguel canta, la ceiba canta, la tierra canta. “Ven”, ruega Osombo, “ven”, pide Miguel, “ven, yo te llamo, ella te quiere”, Osombo tiene la boca cerrada y la voz le sale del pecho.

Ah, algo me golpea. Caigo al suelo y me retuerzo en la tierra. Mi cuerpo es una hoguera, la vista roja, negra, roja.

Ah, Él llega, me abre la boca de la cual saca la lengua, que se mueve como una serpiente, y habla por Él, “cabrona, perra”, el fuego me está quemando la cabeza, los ojos, “no me buscaban, aquí estoy ya, ahora eres mi yegua, mi perra”, “sí, soy tu perra”, “cabrona”. Él me coge por la nuca, baja por la espalda hasta el fondillo, lo besa tres veces, lo abre y mete su lengua enorme, hirviente que me abrasa los intestinos, me monta, en cuatro patas me arrastro, “no querían verme, mírenme montado en la espalda de la perra”, su lengua, mi lengua, lame mi cuerpo y el hueso que sostengo en la mano, come fango, juega conmigo. Cuando se cansa del juego se detiene y su grito inmoviliza todo, el viento, el chillido de las lechuzas, el murmullo de los muertos. “Eres mía, me gustas mucho”, grita.

Un relámpago cruza en el cielo y a su luz Osombo escupe y habla fuerte “y tú a ella, ella está contigo ahora, pero tienes que ayudarla siempre Lugambé, siempre”, dice y sus palabras se pierden en la risa de Él.

—Hijo de puta, hijo de puta, ¿cómo hizo eso? —grita Francisco después de escuchar al capitán Domingo Rojas, su antiguo socio en el comercio de esclavos. Un poco ha engordado Rojas, pero su mirada y sus ojos siguen siendo el mismo pozo seco de años atrás cuando ordenaba flagelar en cubierta a un marino o a un esclavo.

Decidido a tener una vida más sosegada luego de salvarse milagrosamente en el hundimiento del Afortunado, Rojas entró al servicio de su viejo conocido el capitán general Apodaca que le empleó en tareas secretas de toda confianza. Al partir Apodaca, el capitán supo ganar el aprecio de otros gobernadores, en especial el del general Dionisio Vives para quien, según decían en La Habana, espiaba.

—Calma, don Francisco y recuerde, todo debe quedar entre nosotros —La voz de Rojas es un susurro—. Yo, por mi parte —continúa Rojas en el mismo tono misterioso—, no informaré todo, pero debéis tomar las medidas necesarias para que esto no se repita.

Francisco calla. “¿Quién más sabrá del asunto?”, se dice. “¿Podré confiar en este hombre?” “¿Qué quiere de mí?”

Los dos guardan silencio y se miran midiéndose. Francisco es el primero en desviar la mirada, incapaz de resistir los amarillentos ojos muertos del capitán.

“¿Qué querrá?”, vuelve a pensar Francisco.

—Esto lo hago por el aprecio que os tengo —explica Rojas.

—Lo agradezco, lo agradezco —musita Francisco maquinalmente—, siempre podréis contar con mi gratitud.

—Quizá en un futuro tenga necesidad de ella —responde Rojas imperturbable.

Francisco da unos pasos por la habitación y se sienta en un gran butacón de cuero.

—Pero, ¿cómo mi cabrón hijo ha podido hacer esto? Esas son, ya lo sabía, las malditas influencias del Seminario —exclama ya más calmado.

Por primera vez en la entrevista Rojas parpadea, pero enseguida sus ojos de lechuza vuelven a la inmovilidad habitual.

—Locuras de juventud —dice como si pensara en alta voz—, ahora lo importante es vuestra posición pública en relación con esta conspiración, y, sobre todo, qué haréis con Clemente. No tengo que decir que yo siempre ayudaré en cualquier gestión.

Pronto la gran detención de personas dio pie al rumor de que una vasta conspiración independentista había sido descubierta por el gobierno. Fernando pensó enseguida en Clemente, pero no hizo ningún comentario con Francisco y sólo a Natividad le preguntó si sabía adónde iba Clemente en las noches.

—Andará por ahí —dijo ella despreocupada— con sus libros y estudios. Además, es posible que tenga enamorada.

Sin confiarle sus sospechas, Fernando la besó en la frente y fue hacia su cuarto. En el corredor, detrás de él, resonó la voz de Francisco.

—Prepárate mañana, a las diez, para hacer una visita importante conmigo —dijo.

Fernando no preguntó adónde irían, pero por una corazonada se dijo que la visita guardaba relación con Clemente y la recién descubierta conspiración.

Al siguiente día, a las once en punto, montaron en la volanta y se dirigieron al palacio del capitán general, a cuyas puertas, Francisco le dijo a la guardia que tenía cita con el general Vives. Fernando se asombró de tal encuentro, pero no tuvo tiempo de reflexionar porque ya entraban en el despacho del gobernador. Aquella mañana, en una de las riñas de gallos de las que mucho gustaba, había ganado un ave de Vives y el capitán tenía muy buen humor. Atento y afable escuchó a Francisco.

Un hijo suyo estaba complicado en la maldita conspiración, pero no por deslealtad hacia España, ni mucho menos por revolucionario. Francisco tragó saliva. No, nada de eso, sino por ser un joven confundido, arrastrado en locuras pasajeras de la juventud. El habla de Francisco se hizo atropellada. Él garantizaba que aquello no se repetiría jamás...

Fernando no podía creer a su padre y estuvo a punto de interrumpirle, pero se contuvo. Quizá, se dijo, hubiese un oculto sentido en todo el discursar de Francisco, en el cual lealtad, obediencia, español, se repetían una y otra vez.

Cuando Francisco concluyó, Vives se mantuvo callado, inmóvil la cabeza semejante a un busto de yeso. Fernando le observó de perfil. “Parece un muñeco de cera”, pensó, “probablemente se empolva la cara”. En silencio estuvieron un tiempo que a Fernando le pareció infinito. Finalmente, el capitán general habló grave, pero afable. Él lo comprendía todo. El asunto iba a ser estudiado con cuidado, pero estaba seguro de que contra Clemente no se tomarían medidas, aunque era imprescindible su marcha al extranjero. En cuanto a Francisco, hizo muy bien en informar. Vives tosió suavemente, con elegancia. Aquella prueba de lealtad, dada por Francisco, era muy valiosa y él la tendría en cuenta. Vives hablaba con marcado acento madrileño y grande fue la sorpresa de Fernando por lo que oía. Por supuesto, las actividades de Clemente eran conocidas, en parte, de las autoridades que, desde un principio tuvieron en las manos los hilos de la conspiración y ya habían detenido al cabecilla, pero con su honradez y patriotismo, Francisco les ahorra tiempo.

La cabeza inclinada, las palabras de Francisco se arrastraron desde sus labios. “No sabía cómo agradecerle a su excelencia, quizá necesitase algunos negros, lo que quisiera, lo que quisiera.” Las manos de Vives se alzaron, dando a entender que el asunto ya no tenía importancia. “Nada, nada, a lo sumo un par de gallos finos.” El gobierno le quedaba muy reconocido a Francisco y si tuviera algún problema en el futuro podía dirigirse a él, Vives, en cualquier momento. Por de pronto, Francisco y también el joven, Vives se dirigió a Fernando por primera vez, estaban invitados a su valla de gallos en la cual se reñían todos los sábados peleas muy hermosas. ¿Les gustaban a ellos las lidias de gallos? Él las prefería incluso a las de toros.

—¿A quién no le gustan? —contestó Francisco y el capitán general hizo otro gesto con la mano y se levantó, indicando que la entrevista había concluido.

Mientras descendían las escaleras de Palacio, Fernando iba molesto, rabioso.

—¿Por qué? —dijo cuando salieron a la Plaza de Armas.

Francisco le miró sin comprender.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué le denunció? —la cólera dominaba a Fernando.

—¿Denunciar?! —Francisco se detuvo—. ¿A tu hermano?... Yo no lo denuncié, yo lo salvé. Si no lo hubiese hecho así, ellos habrían averiguado de todas maneras y Clemente hubiese ido a la cárcel. ¡Yo lo salvé, que te quede bien claro! —Francisco volvió a caminar y Fernando fue tras él.

—¿Cómo lo supo?

—¿Que tu hermano anda en esos trajines? —Francisco se sentó en la volanta y el calesero arreó los caballos—. No me mamo el dedo y tengo buenos amigos que me informan.

Fernando se recostó en el asiento.

—¿Por qué me hizo ir con usted a la entrevista?

Francisco no respondió enseguida. La volanta avanzaba por la calle del Obispo, muy concurrida a esa hora.

—Quería que te aprendieras la lección —dijo—, los grandes lo conocen todo y contra ellos no se puede luchar; hay que estar con ellos. Todo lo demás son pamplinas y cretinadas.

Al llegar a la calle del Aguacate, la volanta dobló a la izquierda.

—Además, quería que el capitán general, en persona, viera de qué lado estás tú.

—Pues ya lo sabe —dijo Fernando con sequedad.

El gallo canelo, la cresta sangrante por el filoso picotazo de su rival, retrocedió escurridizo, dio lenta vuelta a la izquierda, seguido del gallo blanco que, confiado se aprestaba a rematarlo, y de repente, con un rapidísimo giro a la derecha, saltó sobre su desprevenido enemigo, sajiéndole, de un certero espolonazo, el cuello por donde escapó la sangre y la vida del blanco, derrumbado, abatidas las abiertas alas, la cabeza desmadejada.

—¡Así, así se pelea, carajo! —el capitán general Francisco Dionisio Vives no pudo evitar la exclamación de alegría al ver a Canelo, su gallo preferido, triunfante una vez más, no tanto por su fuerza como por su agilidad y astucia para atacar en el instante preciso.

Aquél fue el último combate de la mañana, luego del cual Vives regresó a Palacio donde recibió a Francisco y Fernando Valle y después se dispuso a leer y responder la correspondencia llegada de la península, pero antes de abrir el primer sobre lacrado, meditó, en la entrevista con los Valle, quienes le habían agradado, en especial Francisco, no tanto por su supuesto españolismo (eso no le importó mucho al capitán general) sino por la habilidad demostrada durante la conversación. Al revelar la culpa de su propio hijo, Francisco le había salvado de una pena severa pues, bien se veía, se dijo Vives, el padre estaba al tanto de que la policía conocía de las andanzas del hijo. “Hombre hábil este Francisco Valle”, meditó el capitán general. Ésa era la gente que triunfaba, que le agradaba, inteligentes, prácticos y astutos, como él mismo. La vida era un gran juego en la cual sólo los más prácticos, los astutos se imponían. Astucia para conseguir lo deseado, para elevarse desde una posición oscura y encumbrarse, para navegar en las azarosas aguas de la política, para servir lealmente a un rey, empecinado y vengativo y, al mismo tiempo, no dejarse manipular como un títere.

Astucia para gobernar un país como Cuba, de gente bárbara, con más negros que blancos, habilidad para decir sí y hacer no, para pronunciar no y luego aprobar el sí, para mostrarse ultraespañol, ultramonárquico, partidario de las medidas más duras y represivas, tan gustadas por Fernando VII, y enseguida favorecer a los ricos cubanos, no por amistad hacia ellos, sino por la propia conveniencia del reino, del rey y, sobre todo, de sí mismo. Qué difícil resultaba todo aquel juego, razonó el general, donde política e intereses personales iban a la par. Y sus intereses personales no concluirían hasta que él, Vives, no se encumbrara aún más, fuera prócer del reino, noble. Pero para ello eran necesarias la mano dura y la mano blanda y que ninguna impidiera el trabajo de la otra, como tampoco que un oído oyera las palabras escuchadas por el otro, ni que los pensamientos ocultos llegaran a la lengua. Por eso no iba a proceder contra el joven Clemente Valle ni tampoco procedería duramente contra los cabecillas de la recién descubierta conspiración, que, desde un principio, fue conocida por él. Naturalmente, ni aquella ni ninguna otra conspiración independentista tendría posibilidades en la isla por la sencilla razón de que los cubanos prominentes estaban contra la independencia. Vivían bien, muy cómodamente y no arriesgarían la pérdida de sus comodidades en una loca contienda contra la península, en la cual seguramente, los beneficiados, los triunfadores serían los salvajes negros. Eso lo sabían muy bien los aristócratas cubanos más temerosos de los negros que de los españoles.

Vives tomó un delgado folleto, Reflexiones de un habanero sobre la independencia de esta isla, que yacía sobre la mesa de trabajo y al azar leyó uno de sus párrafos: “Los jóvenes, los aventureros, los descamisados, la gente de color, los esclavos... ¡Cuántos enemigos si un ejército de revolucionarios enarbola en nuestras playas su bandera de reclutas.” Con satisfacción, el gobernador devolvió a la mesa el folleto escrito por el hacendado y patricio Francisco Arango y Parreño.

Los negros y el encumbramiento de los criollos hasta un límite, se dijo, ahí estaba la clave, la jugada maestra del gobierno para mantener sujeta a Cuba. Traer muchos, muchos esclavos, convertir la isla en islotes blancos rodeados de una inmensa corriente negra, atemorizar a los criollos con la pérdida de sus dotaciones, prontas a levantarse en gigantescas olas de rebelión y muerte. Así se lo había escrito el secretario de Estado. Vives recordó un párrafo de la carta enviada la tarde anterior: “Los propietarios que subsisten unidos a la madre patria lo estarán sin variación mientras les acose el temor de perder o exponer sus esclavitudes, que constituyen el nervio primero y más considerable de sus fortunas.” Temor a la pérdida de sus esclavos, a sus alzamientos, por una parte, pero también entrega a los ricos hacendados de títulos de nobleza, ahí estaba la otra carta triunfadora, la sota de oro deseada por todos: marqueses de Campo Florido, de Aguas Claras, de la Candelaria, condes de Bainoa, de San Fernando, de los Andes... Veintidós títulos de nobleza otorgados graciosamente por su majestad Fernando en catorce años mientras que anteriormente, durante trescientos años, sólo se habían dado veintiocho dignidades. No, aquellos nuevos nobles, nuevos ricos del azúcar y de los sacos de carbón, Vives sonrió, no harían nada por la independencia. Estaban comprados, atados, igual que corderitos bien nutridos. Todos jugaban al mismo juego: él, los hacendados criollos, los Valle, los Montero, los Palacios, todos participaban en la misma mascarada aunque con caretas diferentes. La suya, Vives se tocó la cara, como si estuviera palpando una máscara, era doble. De frente, en el rostro mostraba una faz benévola de amplia sonrisa, y atrás, sobre la nuca, enseñaba los colmillos de un lobo, presto a morder. Porque también se podía morder, si era necesario llegado el momento, a los que no temiesen el levantamiento de negradas ni aspirasen a títulos de nobleza, a gente que desafiasen un poder indesafiado, por lo menos en Cuba. Para algo había solicitado al rey y obtenido, con gran beneplácito del monarca, la implantación en la isla de una comisión militar permanente que le daba facultades

extraordinarias para juzgar y castigar, como en plaza sitiada, a cualquiera que atentase contra los poderes estatales. Nadie, fuese quien fuese, tuviese el rango que tuviese, podría enfrentar impunemente la autoridad estatal. No, los rebeldes, los Varela y compañía no tenían cabida en la isla. Aquél era el resultado de sus esfuerzos, de sus gestiones. Vives suspiró satisfecho mientras comenzó a rasgar el sobre lacrado. Sin embargo, se dijo, trataría, por todos los medios, de no utilizar nunca aquellas facultades, de bajá en tiempo de guerra, conferidas por el soberano. Mejor la mano blanda aunque en la dura se mostrase un hacha impresionante y aterrador. En realidad, era saludable para la paz pública que el hacha del verdugo descendiese poco. Así tendría él en un puño, en aquel puño pequeño, Vives se miró la mano, en uno de cuyos dedos relucía un anillo de masón, a los criollos capaces de pensar. Eso era astucia, como sagacidad resultaba haber hecho ingresar a hombres de toda confianza en los centros masónicos, verdaderos nidos de conspiradores independentistas. Por supuesto, él fue el primero en hacerse masón. Aquellos confidentes le habían puesto al hilo de extensas tramas subversivas tejidas en las secretas sesiones de las logias.

Sí, los hacendados criollos, los nobles, los masones, los conspiradores, todos estaban bajo control. En cuanto a la chusma analfabeta, dependientes de comercio, vendedores callejeros, tabaqueros, artesanos, mulatos, sastres, bastaba con darles groseras diversiones, bebidas y juego, muchos juegos, monté, bacará, faraón, pirinola, gallo pinto, lidia de toros, peleas de gallo, lotería, para aquietarlos y tenerlos contentos. No solamente ellos gustaban de jugar. También demasiados miembros de la clase alta deseaban jugar y jugar día y noche. Mejor, así no había tiempo para pensar. Y no era nada grave si, por tantos juegos, se producían reyertas o se apuñaleaba durante la noche e incluso a plena luz del sol. Al robar, prevenirse de los ladrones o perseguirlos también se perdía un tiempo que nunca iba a ser empleado en reflexionar sobre espinosos temas, como la libertad. La reflexión era, meditó Vives, la madre de la rebeldía, como bien lo demostrara la Revolución Francesa. Además, un poco de inseguridad en las calles evitaba el peligroso movimiento de gentes por la ciudad en horas de la noche, pues las autoridades no podían precisar cuándo se iba de visita o a conspirar. “Pero, señor mío, no salga a la calle de noche si no quiere ser robado.” Vives rió al recordar esa respuesta dada días atrás a un hacendado cubano que se le quejó de la inseguridad nocturna en la villa, “siga mi ejemplo, que permanezco desde la caída del sol en palacio, trabajando en la grata compañía de mi familia”.

Los dedos de Vives terminaron de rasgar el sobre pero se detuvieron antes de extraer la carta de su interior, mientras el capitán general pensaba en su respuesta al hacendado. Qué importaba un asalto más que otro, la realización de algunos latrocinios por parte de los funcionarios coloniales enriquecidos y fieles partidarios del gobierno, de los cuales siempre andaban quejosos los habaneros, si a cambio de todo aquello la isla gozaba de una altísima prosperidad, no igualada por ninguna de las recién independizadas repúblicas americanas. “Todo tiene su precio en la vida”, se dijo Vives y cualquiera en su sano juicio comprendería que el bienestar material del país no era opacado por los continuos robos, en las calles y en las oficinas públicas, ni por la relativa inseguridad con que se vivía, robos e inseguridad imposibles, por otra parte, de eliminar. Algo había intentado hacer, al principio de su mandato, contra ambos males, pero pronto se convenció de que resultaba tiempo y esfuerzos perdidos inútilmente. En la isla era necesario *laissez faire*, *laissez passer*, dejar hacer, dejar pasar. Que cada cual buscara su acomodo sin estorbar a los demás acomodarse, por supuesto teniendo siempre en cuenta la principal regla del juego jugado por todos, no atentar contra el gobierno, es decir contra su majestad el rey y contra él, Francisco Dionisio Vives, capitán general. Regla férrea, cuyo quebrantamiento no conduciría a nada práctico, pensó Vives, no solamente por sus medidas de orden interno, sino por el hecho capital de que ninguna de las grandes naciones, Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos, estaba dispuesta a permitir la libertad de Cuba. Eso lo sabía bien él, como amigo personal que era, desde su época de embajador en los Estados Unidos, de los presidentes Adams y Monroe, y por la mucha información internacional de carácter confidencial, desconocida para los infantiles separatistas, que a diario pasaba por sus manos. Si en la isla casi todos jugaban al juego de la gran mascarada, también las naciones jugaban su partido de trampas, embustes y zancadillas, tendiente a que ninguna adquiriera lo que todas deseaban para sí, una rica y feraz isla. Como ningún país era capaz de imponerse a los otros, todos preferían dejar pasar el tiempo y mientras tanto garantizar el dominio español sobre Cuba. También México, Colombia, Venezuela jugaban al mismo juego. Nada harían Bolívar y el presidente de México, Guadalupe Victoria, timberos tramposos, insignes fulleros, que a los idiotas cubanos les prometían futuras ayudas en hombres y armas mientras amenazaban a España con invasiones a Cuba, pero sólo para amedrentar a un tonto rey, Vives miró a un lado y a otro cuando las palabras “tonto rey” cruzaron por su mente, como Fernando, incapaz de adentrarse en la trama del juego y comprender que todo

era chantaje o, dicho en términos diplomáticos gustados por el ministro norteamericano Clay, presiones con el fin de que España dejara de maquinarse la reconquista de las perdidas naciones hispanas, a cambio de conservar su dominio en Cuba. No, a él, Vives, experto en fulleras y tretas, capaz de cargar bien las espuelas del gallo sin que nadie lo advirtiera, no se le podía engañar con fintas de principiantes y jugarretas de tahúres baratos. Desde el primer momento, descubrió las martingalas de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Bolívar y Guadalupe Victoria, confirmadas luego a través de las noticias de sus informantes en Washington, Londres, e incluso México. Pero más tontos que el rey Fernando resultaban los independentistas cubanos, desconocedores no ya de las reglas del juego, sino del juego mismo, pésimos galleros, ignorantes de las situaciones reales, obsesionados por una sola palabra: libertad, como el idiota Clemente Valle, cuyo padre sí era un hombre sagaz. Por ser un iluso lo había puesto en libertad, junto a los demás jóvenes ilusos como él. No valía la pena ahorcarlos. Bastaba con unas pocas condenas, a unos cuantos años de presidio, para los cabecillas. Ahí estaba precisamente su otro juego. Satisfecho, entusiasmado con sus pensamientos, Vives puso la carta sobre la mesa y, por un momento, se olvidó de ella. Aquellas conspiraciones le resultaban necesarias. Cada una de ellas, la de los Soles y Rayos de Bolívar (“qué nombrecito tan pomposo”, se dijo el capitán general), la del Águila Negra (“más ridículo aún, en Cuba la única águila soy yo”) y otras similares le habían permitido elevar ante el rey su prestigio de gobernador vigilante, obtener poderes extraordinarios, asustar a los ricos cubanos con el fantasma de una destructiva revuelta y emerger frente a los españoles de la isla como su Cid Campeador. Que siguieran conspirando aquellos muchachos, siempre vigilados por él, dos o tres años más, el tiempo que le restaba para finalizar su mandato en Cuba. Después que sucediera cualquier cosa, el diluvio caribeño, el hundimiento de la isla, la siempre soñada y esperada invasión de los revolucionarios hispanoamericanos. Ya entonces él estaría en la península, con sus gallos, pero con un título de nobleza y prócer del reino.

Vives rió y riendo retomó la carta colocada frente a él y apenas comenzar su lectura su buen humor desapareció. La carta de un íntimo y viejo amigo, persona muy bien situada en la corte de Fernando VII, pero, al mismo tiempo, con amplias y ocultas relaciones entre los liberales, narraba en detalles los últimos sucesos ocurridos en Madrid con la detención y muerte del general Riego.

“Riego muerto”, se dijo pensativo Vives. Nunca habían sido amigos, pero el capitán general lo respetaba por su valor al desafiar a Fernando e imponerle la proclamación de una segunda Constitución en España, aunque él, Vives, no estuviera de acuerdo con ella y, al igual que Apodaca años atrás al suprimir la primera, había cumplido inmediatamente con gusto la orden de derogar en Cuba esta segunda Constitución. “Iba Riego”, escribía el amigo de Vives, “montado en vieja carreta tirada por un asno, el uniforme sucio, desgarrado, y, como burla, en la cabeza le habían encasquetado un gorro verde adornado con una corona de hojas de robles. A medida que cruzaba por las calles la multitud le insultaba y muchos le lanzaban huevos y toda clase de inmundicias. Mantúvose sereno, no obstante, el general, reconcentrado, pálido, sin mirar a nadie, ni tratar de evitar lo que le arrojaban. Tal parecía que ya nada le importase. Con la misma dignidad que hizo el recorrido por la ciudad, bajó del carricoche y subió al cadalso donde en contados segundos el verdugo le puso la soga al cuello y el cuerpo se balanceó en el aire hasta que, cortada la soga, cayó al suelo. Entonces se le aproximó mi tendero y le abofeteó el rostro...”

Vives hizo una mueca, como si el abofeteado fuera él.

“...su majestad ha entrado ya en Madrid “proseguía la carta “y proclamado su intención de llevar a efecto holocaustos de piedad que ya, por cierto, han comenzado. La chusma saquea las casas de los constitucionalistas y muchos de ellos son muertos a pedradas y palos en las calles y en las mismas puertas de sus viviendas. Los jueces tampoco están ociosos y no se cansan de condenar a muerte no sólo a los más prominentes partidarios de Riego, sino también a todos aquellos que en el Parlamento botaron por la Constitución, como es el caso de los tres diputados cubanos a Cortes, entre ellos el sacerdote Félix Varela, que han salvado sus vidas refugiándose en Gibraltar... Me imagino que en La Habana pronto tendréis vuestros propios holocaustos de piedad...”

Vives terminó de leer y colocó la carta en una carpeta blanca.

“Terco y estúpido Fernando”, se dijo “ésta no es forma de gobernar, eso no es inteligente”. La mano derecha había cortado la izquierda y en un gobierno eran necesarias ambas manos. Ciertamente que en La Habana los hacendados criollos no eran constitucionalistas ni liberales, todo lo contrario, excelentes y

leales defensores de Fernando se habían mostrado siempre, pero entre los jóvenes intelectuales sí se encontraban liberales, defensores de la Constitución. Él no se malquistaría con ellos ni daría oportunidad de que bajo el pretexto de demostrar fidelidad al rey se cobrasen agravios y se cometiesen venganzas personales. No, en La Habana no habría holocaustos, nadie iba a ser perseguido ni se permitiría que las turbas entrasen a saco en las casas de personas pacíficas e indefensas. Que todo siguiese como hasta ahora, sin grandes violencias porque sus últimos años de mandato en Cuba no iban a ser empañados con un recuerdo sangriento. Continuaría gobernando con sus dos manos, izquierda y derecha, y ya se las arreglaría para engañar al tonto Fernando y demostrarle que en la isla no se precisaba de holocaustos porque todos los isleños eran piadosos y fidelísimos amantes de su majestad. Eso era astucia.

Ante ti varios documentos sobre la vida de Clemente Valle, entre ellos una carta suya a Bruno en la cual habla de “los gloriosos y tristes momentos de aquellos días en que mis sueños estuvieron a punto de convertirse en realidad, y si no hubiese sido por la triste delación de un cobarde, hoy tendríamos un país libre”, ¿quién sería el delator de la conspiración a la cual obviamente se refiere Clemente? Él no explica nada más y tú no tienes otras referencias. Sólo sabes que Clemente no estuvo oficialmente implicado en la causa durante la cual cientos de personas fueron detenidas. Entre ellas el jefe, Agustín de Santa Rosa, condenado a diez años de cárcel en España. Desde ese momento, Clemente es más cauteloso y poco después embarca hacia Nueva Orleans, donde Bruno le recibe con mucho cariño y lo aloja. De allí va a Nueva York y en esa ciudad pierdes sus huellas hasta que descubres su partida hacia América del Sur, en gestiones independentistas cerca de Bolívar. Hasta allá le sigues el rastro como un buen perro de caza.

“Veamos”, dices y rasgas el sobre blanco con sellos postales de Caracas. Antes de ver la firma, reconoces la letra fina y precisa de don Melchor Ocampo, tu pesquisador en aquella ciudad, a quien has encomendado una minuciosa investigación de los pasos de Clemente.

No es mucho lo averiguado por don Melchor. “Efectivamente, el señor Valle, acompañado por otro cubano, vino a Caracas, en busca del Libertador y al no encontrarlo vivió meses en la ciudad mientras aguardaba por noticias suyas. En ese tiempo, colaboró en varias publicaciones y frecuentó familias mantuanas. Finalmente, al tener informes de la presencia de Bolívar en Perú, salió hacia allá.” Don Melchor enviaba copias de los artículos publicados por Clemente y un libro de memorias de la época donde se mencionaba, de pasada, la estancia del cubano en Caracas.

Lees otra carta, ésta desde Perú, firmada por el historiador y periodista Sebastián Varcárcel que te informa de una entrevista de Clemente y otro cubano en Lima con Bolívar quien les prometió una futura ayuda para la independencia de Cuba. Según las averiguaciones de Varcárcel, Clemente permaneció algún tiempo en Lima y después partió sorpresivamente sin dejar indicios del lugar hacia donde iba.

Nuevamente y por mucho tiempo Clemente se vuelve a perder en los caminos del tiempo y la geografía, como si no quisiera dejar huellas de sí. De él sólo tienes unas pocas cartas, muy espaciadas: a Bruno desde México, a María Angélica desde Nueva York, a Natividad desde París; son pequeños destellos en la oscuridad, que te indican su posible recorrido que concluirá (al igual que su vida) muchos años después en La Habana de forma misteriosa.

—¿Cómo murió Clemente? —te preguntarán mañana o dentro de un mes tus amigos en la reunión del sábado.

—¿De qué murió Clemente Valle? —te está preguntando el profesor Torrente, pero tú aún no tienes respuesta.

Ah, nunca descansé en la casa de los Valle, trabajando, trabajando todo el día. Después de trabajar, cuidaba a mi hijo Obamoó, atendía a los santos y aprendía con mi padrino Osombo.

—Ya tienes trato con Él. Ahora necesitas hacer tu nganga con un espíritu dentro. Cuando llegue la luna llena iremos a buscarlo —me dice Osombo y por la ventana veo la luna en menguante, pálida fría, como una sepultura, que muere entre las nubes.

Ah, madre luna, pronto, nueva, creciente, me preparo para recibir al espíritu, luna llena que entras en la cabeza y me das energía cuando vamos al cementerio. En un saco, Miguel lleva pico y pala.

—¿Dónde está? —pregunta Osombo y su voz es tan oscura como la noche.

—¿De quién era? —digo.

—De Matías, el que colgaron por matar a la mujer —Miguel se acerca a la tumba del negro Matías que se agita dentro de la sepultura cuando nos oye.

Unos murciélagos vuelan por arriba de nosotros y se pierden más allá de la luna. No tengo miedo porque Lugambé nos protege y estoy al lado de mi padrino.

De su ropa saca una botella y echa aguardiente sobre el sepulcro. Después se mantiene inmóvil, invocando al espíritu de Matías. Los murciélagos vuelven a pasar, pero uno de ellos se separa de la bandada y se posa en un árbol cercano. Miguel excava y Osombo le ayuda. La tierra es blanda como cáscara de huevo y pronto aparecen los huesos de un esqueleto que aún tiene prendidos trozos de carne.

—Ayúdame —me dice Osombo.

Entre los tres sacamos el esqueleto y mi padrino separa el cráneo, los huesos de las manos y los pies y lo envuelve todo en un paño negro. Miguel recoge un puñado de tierra de la sepultura y la guarda en un pañuelo.

—Ya está. Vámonos.

En silencio volvemos, pero antes, mientras Miguel entierra lo que queda del muerto, Osombo y yo nos dirigimos a las cuatro esquinas del cementerio y en cada una cogemos tierra y la echamos en un saquito. Regresamos a la casa y entramos por la ventanita de mi cuarto. Allí Osombo pone, con mucho respeto, los huesos sobre un saco marcado, en yeso, con cinco cruces. Crujen los huesos mientras son colocados entre las cruces y los rodeamos de palos santos. Osombo toma un cuchillito de plata y me corta un dedo. Apurada la sangre sale de mi cuerpo y cae sobre los huesos para que el espíritu se alimente bien y se sienta satisfecho. Tiene mucha hambre y se la traga enseguida.

Sobre los huesos ponemos piedra de rayo, tierra del cementerio y de bibijagüero, sobre los palos comején, arriba de todo, corazón de perro, cabeza de tiñosa, camaleón, majá, ciempiés, gusano, alacrán, avispa.

Osombo conversa bajito con el espíritu.

Ah, no quiero decir el trato que cerró mi padrino con el difunto ni lo que le ofreció en mi nombre. Cuando termina de conversar se vuelve hacia mí y a la luz de la vela del cuarto su cara era tan blanca como los huesos del muerto.

—Ya tienes tu muerto y él se ha comprometido a servirte. No olvides de alimentarlo y darle de beber. Ahora la nganga es tuya y puedes trabajar con ella.

—¿Ya puedo hacer un trabajo contra los amos?

De repente la vela se apagó y todo quedó a oscuras porque la luna también se había apagado. Desde las penumbras, Osombo habló, pero no fue su voz la que oí sino la del espíritu.

—Pronto te avisaré — dice el muerto y a la luz de un relámpago que anunciaba tormenta vi su boca sin labios.

Clemente fue al exilio, Francisco Joseph a la guerra, transcurrió el tiempo, la Casa Valle prosperaba, pero Fernando se dijo que de seguir así, con los mismos negocios, nunca serían tan ricos como los más ricos, tan poderosos y opulentos como los Montero, los marqueses de Jaruco o Julián de Zulueta. Necesitaban audacia y nuevas empresas que reportasen más ganancias. Obsesionado con esa idea, una mañana al ver en el puerto la hilera de carretas, que descargaban sus productos directamente al pie de los barcos, se preguntó si no sería provechoso edificar cerca del muelle un gran almacén, donde se pudieran guardar las mercancías, en la espera de buques y carretas, y cobrar derecho de almacenaje a sus dueños.

—¿Por qué habrían de guardarlas en tal almacén? —preguntó Francisco al explicarle Fernando su idea.

—¿No lo ve usted? Ahora los productores deben traer y retirar sus géneros sólo cuando el barco está surto en puerto. En nuestro almacén las mercancías podrían permanecer largo tiempo sin tener que depender del arribo y estancia de las naves. Obtendremos inmensas ganancias por concepto de alquiler.

—¿Y los patios de los comercios? —Francisco no se dejaba convencer.

—Son muy pequeños, están abarrotados y muchos productores no tienen patio.

La réplica de Francisco fue tajante.

—Hay que invertir dinero y es arriesgado. No me interesa.

Fernando probó atacar por otro punto.

—¿Y si los Montero acometieran ese negocio? —dijo insinuante—. Nos tomarían la delantera.

— Son demasiado listos para hacer un mal negocio —Francisco no cedía y Fernando jugó su última carta.

—Entonces, déme mi parte de la herencia del abuelo Gaspar. Yo mismo construiré ese almacén, pero le advierto que después no le daré participación —por primera vez, Fernando desafiaba a su padre.

—¿Qué dices? ! —gritó Francisco dominado por la ira. ¿Cómo era posible, se dijo, que su propio hijo se le opusiera?

Fernando se mantuvo inmovible.

—Piénselo padre —dijo y se fue.

Francisco aceptó la propuesta. Puso el sesenta por ciento del capital y el resto lo invirtieron dos comerciantes más. Compraron terrenos baldíos a la orilla de la bahía, adquirieron maderas, contrataron maestros carpinteros, albañiles, trajeron esclavos de los ingenios y, cuando no fueron suficientes, alquilaron otros. Una mañana, al comenzar las obras, Francisco vio que de unos carretones descargaban planchas de metal.

—¿Para qué queremos esas planchas si nos sobra la madera? —dijo.

Fernando le miró como a un niño.

—Para la edificación. Esto no arderá como las casuchas de los negros —respondió y fue a supervisar la labor de los capataces. Pronto una armazón de metal y madera, semejante al carapacho de una enorme tortuga, con una gran boca al frente por la que todo podía caber, se elevó a un costado del puerto

para recibir las carretas cargadas de bocoyes y cajas de azúcar, tercios de tabaco, barriles de ron y aguardiente, de miel y cera, sacos de café, que partían con pencas de bacalao, telas, frijoles, maderas.

Las ganancias subieron prodigiosamente, como las aguas de un río acrecentado por una extraordinaria lluvia. Entonces Francisco llamó a Fernando a su despacho. Estaba muy serio, el cuello y la cabeza estirados, y Fernando creyó que pronto vería uno de los ataques de cólera de su padre.

—Quiero proponerte algo —dijo, sin brindarle asiento a Fernando—, quiero asociarte en parte del negocio de la Casa.

Sin reflejar su turbación, Fernando se asombró. Nunca hubiese esperado que Francisco, luego de la disputa por el asunto del almacén, le hiciera una propuesta así.

—Tendrás participación en la ganancia. No muy grande, pero mucho mayor de lo que recibes ahora y deberás trabajar muy duro.

Francisco había tomado tal decisión por necesitar a alguien de toda su confianza que atendiera los cada vez más crecientes negocios de la Casa y quién mejor que su hijo, serio, capaz, pero también porque, por primera vez en la vida, se sentía cansado.

La vida de Fernando se hizo mucho más complicada. Continuó levantándose muy temprano; trabajaba desde el amanecer y después del almuerzo volvía enseguida a la oficina o al almacén. Meticulosamente revisaba todas las tareas, cuando un empleado era ineficiente lo despedía y a los negros negligentes o lentos los mandaba azotar. Con aquel método pronto obtuvo que los carretones y los barcos consignados al almacén cargasen y descargasen en la mitad del tiempo usual. Las ganancias volvieron a crecer, pero eso no calmó la irritación y el mal humor de Francisco a quien le habían informado secretamente que la trata sería suprimida pronto.

Los informantes no mintieron. El rey, presionado por Inglaterra, había prohibido la entrada en Cuba de esclavos obtenidos más arriba del ecuador africano y anunció que, pasados tres años, la trata sería suprimida totalmente.

—Cabrones, hijos de puta, ya sabía yo que los ingleses acabarían el negocio de los negros —exclamó Francisco al conocer la real disposición y pateó el suelo con el tacón de su botín. Después, agitado, tuvo que sentarse. Últimamente, al encolerizarse, la sangre fluía a la cabeza, el corazón le palpitaba y sentía que se ahogaba.

—En el fondo la medida nos conviene —dijo Fernando y los ojos de Francisco le interrogaron—, ahora los negros valdrán más porque será muy riesgoso traerlos. Duplicaremos las ganancias. Sólo es necesario tener barcos muy ligeros que burlen a los cruceros ingleses en el mar.

—¿Y las autoridades españolas de Cuba?

Los labios de Fernando se abrieron en una sonrisa.

—Padre, usted mismo me ha enseñado que siempre se pueden sobornar. Bastará con darles una buena parte y tendremos todos los negros que queramos.

Tuvo razón Fernando. En cantidades cada vez mayores, los esclavos continuaron llegando, ya no por el puerto de La Habana, sino por Cojímar, Arcos de Canasí, Bahía Honda, Mariel, Batabanó, por cualquier lugar donde hubiera una bahía, una ensenada, una playa, desiertas, con suficiente profundidad para un buque ligero y de mediano calado.

Fernando comenzó a estar presente en el momento de la llegada de los barcos negreros. Le agradaba estar allá, frente al mar, montado en su caballo, ver pasar las filas de africanos, contarlos con la vista, oír del capitán de la nave que sólo unos pocos habían muerto durante el viaje, pensar que todo aquel cargamento representaba más ganancias.

De la costa, los esclavos eran conducidos en largas caravanas, flanqueadas por perros de presa, hasta barracones en las afueras de la ciudad o directamente a las fincas de los compradores. Fernando veía la fila de hombres perderse en la negrura del monte y la noche y regresaba a la ciudad donde daría a las autoridades, personalmente, ocho pesos por cada esclavo desembarcado. Pudo haber encomendado la tarea de entregar el dinero a una persona de su confianza, pero prefería hacerlo él mismo para disfrutar oyendo a los funcionarios sonrientes, obsequiosos, que al recibir el dinero, murmuraban “a sus órdenes, don Fernando,” siempre dispuestos a servirle.

Aquellas muestras de servilismo le hacían sentirse importante. Esa misma sensación de superioridad la experimentaba cuando al frecuentar el Paseo del Prado, vestido a la última moda, montando en un caballo árabe, las miradas de las jóvenes se dirigían a él. Sin animarse a entablar conversación continuaba su paseo, sabiéndose admirado y poderoso. La vida resultaba hermosa y más hermosa sería en el futuro, se dijo, cuando todos los negocios planeados se llevaran a cabo y lo hicieran más rico. En tales instantes era muy feliz, pero la felicidad concluía al pensar en Rosario y en su familia de quienes quería vengarse.

Relee los papeles enviados por tus corresponsales e investigadores contratados. Con deleite, como si fueran golosinas, pasas de un material a otro, decantando, sopesando lo descubierto, y formando tus propias conclusiones. Aquí una carta de Fernando a Bruno: “Tenemos sobreabundancia de sacos de carbón, por lo visto, la prohibición de su comercio sólo ha servido para que todos traigamos más y más y los precios caigan. En realidad no esperaba esta situación que tanto nos afecta”.

Nuevamente te fijas en la letra de Fernando, cuidadosa, menuda, de trazos regulares y firmes. “Probablemente la letra reflejaba su personalidad”, meditas y piensas en tu propia letra, descuidada, irregular, poco firme. “Letra de esquizoide”, te dijo un grafólogo a quien se la enseñaste sin decirle que era tuya. “Tonterías”, pensaste en aquel momento, pero después comenzaron en ti los extraños síntomas que tanto te alarman. “Quizá haya, efectivamente, una relación entre la letra y la personalidad.”

Enciendes un cigarrillo, Camel como siempre, aspiras profundamente el humo y lo devuelves con deleite. Tratas de olvidar tus problemas y extendiendo la mano tomas otra carta, también de Fernando a Bruno, escrita en un papel afiligranado, lujoso, de los que ya no se encuentran, fechada en La Habana, pero un año más tarde que la primera.

Fernando escribe que los precios de los esclavos se han estabilizado y los negocios marchan bien. ¿Podría Bruno averiguar en los Estados Unidos sobre una máquina novísima, probada recientemente en La Habana por algunos hacendados, que funciona sobre la base del vapor y posibilita una más rápida molida de la caña?

Aplastas el cigarrillo contra un cenicero de cristal, regalo de tu hermano Marcelo, en cuyo fondo están talladas las iniciales de la familia. “Aunque nuestro negocio principal son los sacos de carbón, los préstamos y el almacén, no está mal que sigamos atentamente esas invenciones que van cambiándolo todo en este siglo, revuelto ya con tantas alteraciones del orden y la paz. Si comprobara que el artefacto surte efecto yo lo probaré en nuestros ingenios. Te confieso que estoy muy impresionado con tales máquinas, las cuales, como sabrás, sirven también para mover barcos. Uno de esos barcos ha sido importado por Juan O’Farrill, socio del canalla Montero, para enlazar sus ingenios de Matanzas con La Habana. ¿Qué sucedería si empleáramos tales navíos en nuestras navegaciones desde el África? ¿Harían el trayecto en menos tiempo? ¿Quién sabe? Por el momento parecen más lentos que los buques a vela. La principal dificultad con ellos es que la leña para alimentar la caldera ocupa un espacio muy grande y limita la cantidad de negros a traer.”

Te recuestas en la silla giratoria y te admiras de los atinados juicios de Fernando que sigue hablándote desde el pasado: “Tengo otros proyectos, ya verás. Por supuesto que de mis ideas no le he dicho nada a papá. No las aprobará ni entenderá. Cada día está más violento, hurraño y silencioso, como si nos

odiara o rechazara a todos, a mí, a Natividad, a los amigos. No sé a qué atribuir tal comportamiento a no ser su ancianidad y posible decrepitud, aunque no es tan viejo”.

Dejas de leer y contemplas frente a ti el enorme reloj de pared que lentamente mueve sus brazos y deja escapar once campanadas, disparadas una tras otra como once flechas. Es una reliquia que jamás se atrasa y siempre ha estado con ustedes, sirviendo fiel, eficiente, comprado probablemente por tu bisabuelo al amueblar la residencia del Vedado. “¿Quién pudiera”, te dices, “mover las agujas del reloj hacia atrás en el tiempo y ver personalmente, unos minutos lo que hacía Fernando y sus relaciones con Francisco?”

VI

...lo vio levantarse, triste y desguarnecido, y se dio cuenta de que los recuerdos le pesaban más que los años.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Ah, un anochecer de luna menguante, al retumbar el portazo de una puerta empujada por el viento, María dejó de respirar y dos semanas después Osombo se ahorcó y fue en su busca. Nunca estuve tan sola y triste y muchas veces pregunté cuándo ikú me llevaría hacia ellos. El viento y la lluvia corrieron por las calles y el mar trajo nuevos barcos cargados de gente de mi tierra antes de que, una madrugada, al encender el fogón de la cocina donde sustituía a María, un brillante pájaro negro entrara volando por la ventana y se posara en un rincón. Inmóvil, me miró con sus grandes ojos amarillentos, sin asustarse cuando me acerqué. Tendí las manos para tocarle, pero él, alzando el vuelo, revoloteó y vino a posarse tras de mí. A su ronco graznido, lentamente me volví. Estaba inquieto, picoteando el suelo vacío, aleteando y enseguida supe que era Osombo, portador de un mensaje. Por su incesante picoteo y lo largo del camino recorrido debía tener mucha hambre y yo, tomando un puñado de maíz lo puse en un plato cerca de él. Con rapidez tragó unos cuantos granos y después me observó tranquilo.

—¿Traes un mensaje?—le interrogué y él aleteó suavemente.

—¿María está bien?

Movió la cabeza asintiendo mientras picoteaba un grano.

—¿Debo acompañarte?—dije, aunque todavía no había visto las señales anunciadas por ikú.

Él se mantuvo quieto y yo entendí la respuesta negativa.

—¿Quieres que haga algo por ti?

Dos veces aleteó.

—¿Una ofrenda?

Silencio, sólo roto por los ruidos de los lecheros que en la calle arriaban sus vacas.

De momento no supe interpretar su mensaje, pero iluminada por los dioses recordé nuestras últimas conversaciones y mis pedidos. Sentí alegría, lleno de gratitud mi corazón.

—¿Ya puedo hacer algo contra los amos?—pregunté, segura de la respuesta.

Osombo respondió picoteando otro grano, el último, y se limpió con el pico las plumas, satisfecho de haber sido entendido. Yo me arrodillé, las manos unidas, y musité una oración de gracias a los dioses.

Así, reconcentrada, estuve mucho tiempo y pensé en mi familia, en Mmbo herido de bala y perseguido, en María con su marca de fuego sobre el pecho, en Osombo ahorcado. Cuando abrí los ojos, Osombo-pájaro había partido sin hacer ruido y en el sitio donde estuvo posado vi una piedrecita redonda, semejante a una lágrima, oscura como el azabache. La puse en una bolsita de cuero que siempre llevé colgada al cuello y con la cual me enterraron cuando ikú vino por mí. Ah, pero para que ikú me llevara, batiendo sus grandes alas, aún faltaba por remontar la corriente de un extenso río y esa misma noche los caracoles al caer sobre el piso y marcar muerte confirmaron el mensaje de Osombo.

Preparo todo poco a poco, pimienta china y de Guinea, bien molida y trabajada, azogue, sal, cazo una gorda araña peluda que vive en un hueco de la cocina, la guardo en un pomo; busco en la calle un gato negro, pero todos comprenden lo que quiero y cuando me ven huyen, el pelo engrifado. Ah, sin el gato no puedo hacer nada, dije y vi al de la niña Natividad. La niña Natividad, majadera, mortificante, odiosa, “negra, la comida no sirve, llévatela, negra, limpia aquí”. Ven, tigrecillo, ven a comer esta carnita, le dije y él no se erizó como de costumbre; fue a la cocina, muy temprano en la madrugada, el sol aún dormido, y lo sacrificué allí mismo. No le pedí perdón porque era un mal gato que siempre quiso arañarme, concedor, quizá desde su nacimiento, de lo que yo haría con él. Le corto la cabeza, le quito la piel y la carne, guardo los huesos, limpios ya, junto al pomo con la araña, hago un paquete con el resto del cuerpo y lo boto por la mañana en los mangles del puerto. En la casa buscan al gato toda una semana, me preguntan: Natividad, doña Piedad; “no sé, ayer por la noche lo vi correr por el tejado detrás de una gata”. Ah, ya tengo el gato, me falta el perro. Lo busco y al regresar de compras del mercado, uno, todo blanco, me acompaña mansamente hasta la casa oscura y silenciosa. Ah, el perro no tiene la misma intuición ni el alma maldita del gato. Es el animal de Babalú Ayé, bueno y sumiso y yo le pido perdón al sacrificarlo, escondo los huesos de su cabeza lejos del gato y la araña y sus restos los entierro en un lugar seco no lejos de las lagunas de San Lázaro.

Ah, el amo Francisco me ve alegre y le enciendo el gusto. No sabe lo que le espera y esa noche vuelve a mi cuartico. Muchas veces me clava su lanza, pero no siento nada porque sólo pienso en el fin del trabajo. Faltan la tierra, la pica-pica, el aroma y el guao.

Una noche de luna llena, antes de que cierren las murallas, salgo de la mansión, me escondo en los matorrales de Extramuros y a las doce voy, acompañada de mi espíritu, al cementerio. Nunca había estado allí sola y al caminar temblaba de miedo. Si los blancos me encontraban podían acusarme de fugada y entonces nada ni nadie me salvaría del látigo o de ser enviada al ingenio. También en el cementerio, un espíritu maligno mandado por otro brujo podía atacarme. Apreté mi resguardo y la fuerza de mi nganga me dio valor para continuar.

La luna era un gran cirio en el cielo cuando llegué y lo primero que hice fue pedirle permiso a los muertos que allí vivían y ellos me lo dieron, desde lo alto de un ciprés, con los graznidos de una lechuza. Ah, la lechuza. Ahora que estamos cerca una de la otra ya conozco de su extraordinario poder, pero

entonces no sabía mucho de ella y sin hablarle seguí de largo en busca de siete tumbas recién cavadas. En todas cojo puñados de tierra y dejo dulces, tabaco y aguardiente para que los difuntos no se molesten y me permitan marcharme. Luego voy a las cuatro esquinas del camposanto y en cada una deposito monedas como tributo a la diosa y guardiana del país de los muertos.

Al amanecer regreso a la casona y echo la tierra de las sepulturas en una cazuela de cobre. Ah, ya casi tenía todos los ingredientes. Sólo faltaban los palos.

Voy al monte y cuando la sombra del cuerpo es tragada por la hierba me acerco con mucho respeto al guao. Le hablo en voz baja para que no se irrite, le explico mi pedido y arrodillada espero su respuesta. Largo tiempo él guarda silencio, seguramente pensando en si podía creerme. Quizá a Osombo le hubiese respondido enseguida, pero yo le era extraña y desconfiaba. Pudo matarme, pero no lo hizo. Vuelvo a hablarle y trato de que mi espíritu se una al suyo. Huelo su aroma a resina y tierra mojada que entra por la nariz y me recorre el cuerpo, revisándome por dentro para conocerme bien. Abro la boca para que su aroma entre y salga pronto y le diga quién soy, pero no todo se va. Una parte permanece conmigo porque él ya ha comenzado a tomar confianza. Escucho su voz que viene por la tierra y me sube por los pies hasta los oídos, autorizándome a cortarlo.

Un pájaro dice tu-tu y otro le responde. En el centro del cielo el sol es muy fuerte y me aplasta con su enorme fuerza. Me inclino, beso el suelo, cierro los ojos y al abrirlos veo al camaleón que saca su larga lengua roja desde los gajos del guao.

Poco a poco, con un cuchillito, le voy cortando hijos recién nacidos, pequeños retoños verdes, mientras le pido perdón por el dolor que le causo. Él no se queja, pero sé que le duele y prometo hacer una ofrenda en pago de los hijos que me llevo. Termino, agradezco nuevamente, y sin darle la espalda, siempre de frente, me voy. El viento sopla y él se inclina, despidiéndome. Ahora somos amigos y podré venir cuantas veces quiera.

Ah, el guao estaba conmigo. Lo guardo cuidadosamente y sin prisa me dedico a terminar el trabajo. Los polvos hechos del guao, junto a los de pica-pica, la araña molida, la pimienta, los huesos, el azogue, la sal, el carbón, la tierra de muertos. Todo en la cazuela. Cada noche, guiada por mi espíritu, le presento la cazuela a la gran luna para que le dé fuerza. Del cuarto de su ama Piedad robo un medallón que tiene el retrato del amo Francisco. Francisco, te escupo mil veces el corazón.

En un viejo papel escribo los nombres de los miembros de la familia. Gaspar que hizo marcar a María y a Osombo, Piedad que quiso matar a mi niño, sus hijos que se burlan de mí y me castigan sin motivo. Solamente no pongo el nombre de doña Luisa porque me enseñó a hablar y escribir y el de Clemente. Todos los demás sí. Malditos todos. Con tantos alfileres como nombres atravieso el papel, escupo sobre él y lo hundo en el fondo de la cazuela, debajo del guao, la pica-pica, la araña, los huesos de perro y el gato, el azogue, la sal, el carbón, la pimienta, la tierra de muerto. Pongo la cazuela sobre un paño negro, sobre el fogón entre dos velas encendidas que comienzan a apagarse. Cerrando los ojos, me arrodillo y llamo a las Fuerzas. Aplasten al amo Francisco y a su familia. Te lo pido Kaluga, te lo mando Kiyumba, te lo ruego Lugambé, hazlo Satanás. Que enloquezcan, sufran, les llegue la desgracia, locos, ellos y sus descendientes.

Abro los ojos. Las velas se han consumido y llevo la cazuela a los manglares de la bahía. Que con ella se hundan, para siempre, todos los Valle, molidos, convertidos en polvo.

Fernando fue invitado frecuentemente a la valla de gallos del general Vives a quien le había simpatizado, y allí conoció importantes personas del grupo cercano al general, Julián Zavala, tratante de esclavos y don Joaquín del Toro, rico comerciante, igualados todos por un mismo interés: sacar provecho de su relación con el capitán general y obtener los máximos privilegios.

Una mañana, entre pelea y pelea de gallos tan fieros que ya dos habían muerto y otro perdido un ojo, Del Toro le habló a Fernando de lo ventajosas que podían ser las inversiones en ciertas casas comerciales españolas cuyas ganancias aumentaban por momentos. Fernando no hizo comentario y apostó al gallo canelo de pico fino y cresta engrifada que, después de varios revoleos, dejó tendido a su rival con el cuello rajado por un certero espolonazo. “La suerte está conmigo”, se dijo al recibir el dinero de la apuesta. Esa misma tarde y en los siguientes días investigó y poco después pudo comprobar que lo afirmado por Del Toro era cierto. “La suerte está conmigo”, se repitió y sin decirle nada a Francisco invirtió en secreto una fortísima suma de dinero en las casas españolas. Pronto tuvo que lamentar su decisión.

Estaba en el almacén cuando le dieron las primeras informaciones, recién llegadas en el último barco, sobre la sorpresiva caída de precios en el mercado español que se estremecía, dominado por el pánico. “Oh, Dios, mi dinero”, Fernando fue en busca de noticias y enseguida supo que las casas donde invirtió habían quebrado estrepitosamente y Joaquín del Toro le confirmó lo que él ya sospechaba: en la quiebra, las firmas comerciales se habían tragado el dinero de los accionistas.

—Por suerte, no fue demasiado lo invertido por mí, pero así son estos negocios —Del Toro suspiró—. Hoy ganas mucho, pero mañana puedes perderlo todo. ¿Pierde usted mucho?

—Un poco, pero ya me las arreglaré —Fernando suspiró también y en su interior maldijo al comerciante. “Hijo, de puta”, pensó, “tú estás tranquilo, pero yo pierdo una fortuna”.

Lentamente, a pie, regresó a la oficina. Allí Irizábal lo aguardaba.

—El señor Francisco quiere verle enseguida. Está en la casona y muy colérico —Irizábal hablaba sin mirar a Fernando—. ¿Es cierto la quiebra de algunas firmas españolas? ¿No nos afecta?

Fernando no respondió y se dijo que seguramente Irizábal había descubierto sus inversiones y, por supuesto, informado a Francisco. Temeroso de la reacción de su padre fue a la casona y al verle supo que algo desagradable iba a ocurrir. Francisco, sentado en su sillón de siempre, la mirada quemante, le observó largo rato en un silencio que Fernando no se atrevió a romper, sintiéndose indefenso y tonto como un payaso.

—Así que hiciste un gran negocio —la voz de Francisco, reconcentrada tenía un timbre amenazante—, un gran negocio...

—Padre...

—Un gran negocio de gran imbécil, ja, ja —la risa sonó falsa.

—Padre, yo quise...

—Hijo de puta —rugió Francisco al levantarse.

—Déjeme explicarle...

—Cretino, comemierda, cien mil pesos perdidos y yo sin saber nada, ahora me vengo a enterar por Irizábal, cabrón —Francisco se abalanzó sobre Fernando con el brazo levantado. Tenía el rostro alterado y sus ojos eran dos puños listos a golpear.

Fernando sólo atinó a levantar la mano para parar el golpe que iba contra su cara. Entonces Francisco, agarrándolo por los hombros lo zarandó y lo empujó violentamente. Fernando fue a dar contra la pared y de allí al piso donde Francisco lo pateó.

—Padre, no —suplicó Fernando mientras trataba de esquivar los golpes.

De repente, Francisco se detuvo, como un muñeco al que se le acaba la cuerda, y, llevándose las manos al pecho, se derrumbó.

A los gritos y el escándalo habían acudido Natividad y algunos criados que recogieron a Francisco inconsciente y lo trasladaron a su habitación mientras avisaban al médico.

Varios días estuvo Francisco entre la vida y la muerte. Sin reconocer a nadie mantenía la vista en el cuadro desde el cual Sancho Lorente, al igual que durante los sucesivos partos de Piedad, miraba ceñudo la escena. Le aplicaron sanguijuelas, le hicieron lavativas sin que mejorara y una tarde comenzó a despedir un olor fuerte y raro. ¿Qué olor es ése?”, exclamó Fernando. “A muerto, niño”, dijo un viejo sirviente de la casa. Fernando fue a decirle al esclavo que se equivocaba, que su padre no iba a morir, pero entonces Natividad rompió a llorar desconsoladamente. “Se muere, se muere”, gritó echándose en los brazos de su hermano quien, por primera vez, tuvo un sentimiento de culpabilidad por lo sucedido a su padre.

Francisco no murió ese día, ni al siguiente y vivió muchísimos años más para alegría de muy pocos y disgusto de muchos, que hubiesen querido verle enterrado para siempre. No murió, pero al volver en sí tenía parte del cuerpo paralizado y no podía hablar. Nunca más pudo moverse libremente ni hablar y sólo logró, con el tiempo y mucho esfuerzo, articular sordos sonidos, apenas entendibles.

Al enfermar Francisco, Fernando quedó totalmente al frente del negocio y su primera medida, al saber que su padre no se recuperaría, fue llamar a Irizábal.

—Hemos decidido —le dijo— prescindir de sus servicios.

Irizábal le miró con temor.

—Llevo muchos años en la casa —dijo suplicante—, su señor padre no haría nunca esto.

Fernando hizo un gesto desdeñoso.

—Puede buscarse otro amo y otro collar. Aquí no requerimos ya de un perro así.

Poco después, Fernando comenzó a interesarse en una nueva empresa, la construcción, al igual que en Inglaterra y los Estados Unidos, de un camino de hierro en La Habana.

¿De qué sirvió todo mi esfuerzo, Modesto, mi trabajo, mi lucha? ¿Qué recibí? ¿De qué sirvió dejar España, dejar mi tierra, sus olores, sus huertos, sus tabernas y venir a este lugar para cargarme a la horrorosa Piedad? Mejor hubiese sido permanecer en Cádiz, no salir nunca de allí. ¿Qué dices, Modesto?, es decir, ¿qué piensas? porque tú no puedes hablar, aunque a veces, por la forma en que me miras, creo que vas a decir algo muy inteligente sin duda, que tú, de hablar, dirías cosas más juiciosas que muchos hombres que he conocido. ¿Qué piensas-dices? ¿Que no perdí el tiempo, fundé una familia y ocupó un lugar destacado en la sociedad?

Prefiero no tomar en consideración ese juicio, pasarlo por alto. Mi familia no existe, mi familia somos tú y yo. Los demás no existen porque me ignoran, me odian, desean mi muerte. Me despreciaron, me desprecian, por fuerte, por blando, y sólo aguardan mi fallecimiento y así poder librarse de una imagen desagradable. Para Clemente fui un tirano, para Bruno un avaro, para María Angélica un anticristo que martirizó a su madre, para Francisco Joseph un blando que ayudó a un independentista como Clemente, para Natividad un oscuro y sucio inmigrante, para Fernando alguien que estorba y no comprende el mundo actual.

Sí, ya sé que nunca lo declararon abiertamente, pero yo lo sabía, lo intuí, lo vi en sus hipócritas miradas, en sus taimados silencios, en sus cuchicheos de insectos. Todos se confabularon, conspiraron contra mí para postrarme en este sillón frente al mar.

Les estorbaba porque era enérgico y mandaba con mano dura por el bien de la familia. Todos desean verme muerto, pero no les daré ese gusto y yo les enterraré a ellos.

¿Qué dices? No, no están muertos, ni Francisco Joseph, ni Clemente, ni María Angélica, eso es lo que afirma Fernando para demostrar que estoy loco y decrépito.

Están vivos, los veo, lo mismo que tú ves cosas en las sombras de la casa que yo no veo. Ellos vienen, Francisco Joseph, Clemente, Piedad, Bruno, Natividad, Fernando, todos, pasan por mi lado como si ya estuviera muerto y no encadenado a este sillón, pasan sin hablarme, sólo tú te detienes y conversas conmigo. Hablas y me voy quedando dormido igual que un río al entrar en el mar, aunque no quiero dormir sino hablar, pero no puedo evitarlo porque la cabeza comienza a pesarme y los ojos se me enturbian, como cristales empañados, y al quedarme dormido finalmente he soñado que todo es igual que antes y estoy en mi despacho, pero nadie me ve ni cuenta conmigo, lo mismo que ahora, sólo que ahora me ven y aparentan no verme; quizá en el sueño también me están viendo y aparentan no verme. Yo quiero dar órdenes y grito. Entonces despierto y ya tú te has ido y en tu lugar Fernando me observa con odio, con ese mismo rencor que tuvo el día en que yo le reproché el capital perdido a mis espaldas en las casas españolas y le prohibí tocar un centavo más de mi dinero y él me respondió, con ese odio en los ojos que eran culebras venenosas, que en los negocios especulativos sucedía así, para ganar se debe arriesgar, pero yo no sabía nada del mundo de los negocios modernos, así me dijo, que yo sólo estaba al tanto de cosas antiguas, traer esclavos, dar préstamos, nada más, te imaginas, Modesto, decirme eso a mí, su padre, fundador de la Casa Valle, señor de todo, dueño de mi riqueza, no pude contenerme y salté sobre él como si empuñara una espada, pero antes de que pudiera alcanzarle, algo se nubló en mi cabeza, nubes de sangre ahogaron mis horizontes, caí al piso, pero eso tú lo sabes hace tiempo y no sé por qué te lo cuento, quizá porque ahora sólo puedo comunicarme contigo.

Sofocante era el calor al salir Fernando de su habitación con el propósito de acudir a una cita en la mansión de Julián Zavala, donde varios hombres de negocios discutirían la posible construcción en La Habana de un ferrocarril. Con paso rápido se dirigió a la puerta de la sala y mientras cruzaba por el corredor vio, a través de la puerta abierta de su alcoba, a Francisco, mirando hacia el puerto. “Buenos días, padre”, murmuró sin detenerse.

Para él Francisco era como un objeto de la casa, al que apenas prestaba atención y saludarlo constituía una costumbre, lo mismo que persignarse frente a las imágenes sagradas, pero esta vez tuvo lástima al notarlo más acabado, mustio y triste que nunca, como si de su cuerpo brotara toda la soledad y tristeza de un cementerio. “Poco le queda”, se dijo y salió a la calle.

Muchos habían llegado ya a la casona de Zavala cuando Fernando entró. Él estrechó algunas manos y al ir a sentarse vio a Jacobo Montero. Sentado, muy erecto en un butacón, la mirada altanera, cruzadas las piernas, los pies calzados con pequeñas y relucientes botas de cuero, fumaba en silencio y su cabeza apenas sobresalía del respaldar del asiento. Indiferente, como si mirase al aire, observó a Fernando que le devolvió la mirada con odio. “Este perro también aquí. Que un hombre tan pequeño me haya producido un dolor tan grande”, se dijo y enseguida reflexionó que la presencia de ambos allí para discutir un posible negocio común era un triunfo moral para él y una humillación para el conde, que se veía obligado a tratarlo como un igual. Sus reflexiones fueron interrumpidas por la voz de Zavala, quien, después de recibir a los últimos invitados, pasó al asunto que les congregaba.

La comisión de gobierno, dijo, constituida por orden del capitán general para estudiar el proyecto inicial del ferrocarril quedaba disuelta, luego de cumplida su función, y recomendaba que una organización privada acometiese la ejecución de la obra. La cuestión era, Zavala fue al punto esencial de la reunión, si los presentes, representantes prominentes del comercio y los negocios, estaban dispuestos a constituir tal asociación privada y aportar el capital para la construcción del ferrocarril.

Concluida la exposición, y al pedir Zavala opiniones, nadie dijo nada de momento, sopesando cada uno de sus intereses y el alcance del proyecto. Finalmente, cuando parecía que el silencio les amortajaría, un hombre calvo y barrigón pidió la palabra. ¿Cómo iban ellos a construir semejante máquina en La Habana si en la península aún no lo habían hecho? Los murmullos, pájaros escapados de sus jaulas, volaron por la sala hasta que Joaquín del Toro, sentado junto a Fernando, habló, abriendo sus largos brazos, semejantes a remos. Lo fundamental no era si en España había o no ferrocarril, lo fundamental era si podían introducirlo en La Habana. Él, personalmente, opinaba que sí.

—¿Pero qué beneficios concretos nos dará? —graznó el hombre calvo y barrigón.

—Eso, eso es lo principal —dijeron a la vez varios invitados— ¿qué ganancias recibiremos exactamente?

Una pequeña algarabía se produjo en el salón hasta que Zavala impuso silencio.

—Según los cálculos iniciales, los beneficios pudieran ascender hasta el veinte por ciento, de la inversión inicial. Piensen en todas las mercancías y personas que podrá transportar el ferrocarril.

—Muy poco es —opinó un hombre alto y pálido.

—¡Veinte por ciento! Eso lo obtengo yo con mis vacas sin tener que meterme en el negocio de esa máquina —exclamó alguien desde un rincón.

—Don Arturo, las reses se le pueden morir de repente en una epidemia y la máquina no —dijo otro hombre detrás de Fernando.

—La máquina se puede romper —bufó don Arturo.

—Además nos puede matar las reses a su paso por los potreros. ¿Y quién pagará estas reses? —al hablar, el hombre calvo y barrigón estaba envuelto en una nube de humo proveniente de su inmenso tabaco.

—¿No dicen que la máquina funciona con candela? Entonces una chispa puede saltar y quemarnos los cañaverales —las palabras vinieron del hombre pálido.

Fernando escuchaba con gran atención, olvidado el conde, concentrado en el negocio. Fue a opinar, pero se contuvo, diciéndose que antes era prudente oír otras opiniones.

—Señores, permítanme dar mi opinión —la voz de Montero, hueca, cascada, saltó de repente irritando a Fernando.

—Por supuesto, hable señor conde, que hable el conde, silencio —dijeron varias personas a la vez.

Fernando miró a Montero, ahora de pie, la cabeza erguida, el cuerpo rígido, la levita, del mejor paño, muy entallada.

—Señores, para mí éste es el negocio del futuro, un gran negocio —la voz de Montero cobró vigor y se hizo clara—, las ganancias son altas, sin mucho riesgo, seguras. Creo que podemos construir esa máquina de hierro o como se llame, aquí en La Habana. Eso será el progreso para nuestra ciudad y nos reportará grandes beneficios —la pierna izquierda de Montero se balanceó levemente—. Piensen que seremos el séptimo país del mundo donde funcionará ese ferrocarril, primero que en cualquier país de la América hispana y antes que la propia España.

Fernando se movió en su asiento. Los negocios eran los negocios, pero ¿entrar él en una asociación con Montero?, se preguntó. ¿Estaría de acuerdo el conde en asociarse con él?

—Ése es el asunto—murmuró alguien en sordina cerca de Fernando—, no se introduce porque quizá no sirve.

Otro asistente, alto y corpulento de rostro colorado, se levantó y habló con arrogancia.

—Para discutir de ganancias u otras cosas hay que saber primero cuánto costará la empresa.

—¡Don Máximo lleva razón! —exclamaron algunas voces—. ¿Qué inversión inicial se requiere?

Fernando miró a Máximo Blanco, comerciante, tratante de esclavos. “En alpagatas comenzaste y ya gritas”, pensó.

Zavala tuvo que volver a pedir calma y cuando se impuso el silencio, habló. Un balance preliminar arrojaba una suma de un millón quinientos mil pesos.

—Un millón quinientos mil pesos... ¿De dónde vamos a sacar tanto dinero? —exclamaron.

Una asociación de los presentes pudiera aportar el capital y acometer la empresa —dijo Joaquín del Toro.

El calvo y barrigón rió de forma desagradable.

—Bien es tener dos o tres socios, pero unirse con tanta gente resulta una locura nunca vista. Así no se hacen los negocios —dijo y algunos le acompañaron en la risa.

—Un millón quinientos mil es mucho dinero—opinó el hombre pálido.

—Demasiado.

—No para mí —Montero fue desafiante.

Fernando no pudo contenerse.

—El proyecto es prometedor —dijo cauteloso y todos, incluso Montero, le escucharon—, pero antes de decidirme quisiera saber por dónde pasará el camino de hierro en su recorrido.

—Por supuesto debí haber comenzado por este punto. La vía va a través del Rincón, Bejucal y San Felipe hasta los Güines —dijo Zavala y con la vista interrogó a sus invitados, pero sólo el silencio fue respuesta.

—Entonces, caballeros, ¿cuál es vuestra decisión? —concluyó—. Debo aclarar que no me anima ningún interés personal, únicamente el de contribuir al progreso y riqueza de la isla.

Cuando los murmullos cesaron Máximo Blanco intervino.

—Yo también veo —dijo con solemnidad— que el negocio es prometedor, pero, por ahora, y creo que es el sentir de la mayoría, no ha madurado y mucho será el riesgo a correr si colocamos nuestros capitales en semejante empresa.

En la sala se escucharon murmullos aprobatorios.

A las cuatro de la tarde, cuando se separaron, no habían llegado a ningún acuerdo y el proyecto quedaba pendiente para un futuro impreciso. Fernando se despidió de Zavala y camino de la casa le ordenó al calesero que diera un amplio recorrido por Extramuros. Necesitaba reflexionar sobre lo discutido y nada mejor para la reflexión que el aire puro fuera de la ciudad. El calesero arreó al caballo y la volanta, después de avanzar recto por la calle de la Lamparilla, dobló junto a la platería de José Jorrín, cruzó frente a las sastrerías de la calle del Aguacate, muy concurridas a esa hora, donde se exhibían los últimos modelos femeninos llegados de Madrid y, dejando atrás la panadería de Damián Izcajarrubias y las tenerías de los catalanes, olorosas a cueros y tinturas, fue hasta la puerta de Tierra por la cual salió a la calzada de Jesús del Monte.

Recostado en el asiento de la volanta, Fernando meditaba. ¿Qué interés especial tendrían Montero y algunos otros para defender con tanto ahínco aquella empresa? ¿Qué beneficios verdaderos eran los del carril de hierro?

—Su merced, ¿adónde vamos? —preguntó el calesero.

—Por ahí, a cualquier parte.

La volanta torció hacia la calzada de los Güines y Fernando continuó meditando. Debía ser cuidadoso y no arriesgarse en otra aventura similar a la de las casas españolas, pero no tanto como para desaprovechar buenas oportunidades. Sin duda tendrían una ganancia por el pago del viaje, mercancías y

pasajeros, en aquella ridícula carreta metálica, se dijo, pero no era seguro que compensara las inversiones iniciales. Junto a la volanta cruzaron mulas cargadas de azúcar rumbo a los muelles. Fernando las vio pasar en su marcha de hormigas. Quizá para otros no, pero para él resultaba claro que el azúcar se transportaría mil veces más rápidamente hacia los muelles en la máquina de acero que a lomo de mula, pero ése sería el azúcar de los ingenios cercanos a la vía y los suyos se hallaban alejados.

Al llegar a una bifurcación del camino el calesero detuvo el caballo sin saber hacia dónde ir. “Regresa a la ciudad, José, rápido, vamos a la oficina.”

En la oficina, Fernando le pidió a Luis Sánchez, su nuevo secretario, que indagara, con la mayor discreción, por las propiedades de Montero y otros negociantes, y por las tierras en venta a lo largo del camino Habana-Güines. Pronto Sánchez obtuvo la información necesaria. El conde Montero poseía grandes extensiones de tierra en Bejucal y un mes atrás había comprado un ingenio, precisamente en la zona del Rincón, por donde pasaría el tren. Otras fincas e ingenios estaban también en manos de amigos de Montero y de Máximo Blanco. En venta sólo se hallaban unas pocas tierras y los ingenios Providencia y Josefina.

“Muy interesante, muy interesante, ya veremos cómo jugar en este juego”, se dijo Fernando y le pidió a Sánchez que obtuviera más detalles, precios, fertilidad, capacidad de molida, de las propiedades en venta e inquiriera la posibilidad de adquirir otras que no se vendían. Luego hizo una carta para Bruno solicitándole información sobre el negocio del ferrocarril en los Estados Unidos.

Qué solo me han dejado, Modesto, qué triste la soledad cuando aún sientes latir el corazón y los recuerdos te picotean el cerebro, como aves de presa, insaciables en devorar tu carne; recordando los años, los días, las horas desde mi llegada a La Habana. Qué sólo me han dejado, en este sillón, frente a esa ventana y esa puerta por la cual Fernando acecha para comprobar mi inmovilidad y si no interfiere en sus negocios, en realidad míos, no suyos. Me vigilan Piedad y don Gaspar que siempre me odiaron, y el capitán general, deseoso de saber si ayudo a Clemente y a los independentistas.

Pobre Clemente. ¿Qué provecho tuvo de sus lecturas? ¿qué ventajas da rodearse de libros? Nunca podrás conocerlos, ni saber realmente lo que quieren decir porque están formados de palabras y las palabras son engañosas, confunden, te atrapan, como al pez, en sus redes laberínticas, y te llevan a cometer disparates.

Mejor conocer el dinero, entrar en sus goces, mejor descubrir una mujer, explorarla, penetrarla hasta lo último de tu potencia, mejor preñar la tierra de hijos; todo lo demás es tontería, pérdida de tiempo y esfuerzo.

Mujeres, al pensar en ellas todavía siento un impulso en todo el cuerpo que me estremece el bajo vientre. Por eso digo, Modesto, que no estoy muerto en vida, como afirma el miserable de Fernando, que se cogió mi dinero, que me tiene tirado en este sillón, que quisiera verme definitivamente muerto; pero no le daré ese gusto. Continuaré molestándolo mucho tiempo con mi presencia, cada vez que pase delante de esta habitación deseoso de conocer cuánto más seguiré vivo, impidiéndole que reciba la herencia Valle. Pero no podrá acabar conmigo, igual que hizo con sus hermanos, porque siempre estaré vivo, aunque inmóvil como una muralla, y los ojos bien abiertos que lo ven todo, Modesto.

No obstante el interés despertado, ninguna asociación privada se pudo crear para llevar adelante el proyecto del ferrocarril. Entonces el general Vives ordenó que el gobierno realizara la obra, a través de su Junta de Fomento, en la cual designó a Fernando vocal. Satisfecho porque desde su cargo le era posible influir en el proyecto y estar bien informado, Fernando, ya desde antes del nombramiento, había dado órdenes de comprar el ingenio Providencia, situado en los alrededores de la futura línea férrea. Fue

imposible obtenerlo porque veinticuatro horas antes lo habían vendido a Máximo Blanco. Fernando quiso el Josefina, igualmente cercano al ferrocarril. “Lo acaba de adquirir don Máximo Blanco”, le dijo Sánchez. “Me parece que ese hombre se está atravesando en mis planes”, pensó Fernando y para su sorpresa Blanco lo visitó, días después.

—Estimado amigo —los dedos de Blanco, cortos y regordetes, fueron hacia Fernando—, hace tiempo que deseo conversar con usted.

Fernando estrechó la mano de su visitante, cuyo cuerpo, oloroso a perfumes baratos, irradiaba energía y salud.

—Yo también he pensado en usted —dijo Fernando mientras le invitaba a sentarse.

Sentándose, Blanco se desabotonó el saco de alpaca, con lo que puso al descubierto un blanco chaleco de seda del cual colgaba una gruesa leontina de oro. “Si la leontina es tan costosa, el reloj debe haber costado una fortuna”, se dijo Fernando admirado.

—He oído —Blanco fue al grano— que usted tiene interés en la compra de ingenios.

Fernando se puso en guardia. ¿Cómo sabía Blanco sus planes si las gestiones de compra fueron hechas muy discretamente?

—Quizá —Fernando abrió un pequeño armario con botellas y copas adentro—. ¿Vino, ron?

—Vino. Gracias.

Llenando dos copas hasta la mitad, Fernando tendió una a Blanco y la suya la acarició suavemente.

—Excelente vino —Blanco probó la bebida—, debe valer un pico.

—Procedente de los viñedos de mis familiares en la península —mintió Fernando, dándose importancia.

—Muy bueno, buenísimo.

Callaron mientras bebían lentamente, Blanco paladeando el vino, Fernando en la espera de que Blanco explicara el motivo de su visita.

—Lamento haberme adelantado en las compras de los ingenios — dijo Blanco luego de encender un grueso tabaco.

Con las manos Fernando hizo un movimiento de indiferencia.

—Compraré en otra parte.

Blanco cruzó las piernas y una bocanada de humo, salida de su boca, llegó hasta Fernando.

—He ahí la cuestión. Comprar se puede en cualquier parte, menos en las inmediaciones del camino férreo, que es precisamente el lugar que usted desea —las cenizas del tabaco de Blanco cayeron al suelo—, en ese rumbo todo está comprado por el conde Montero y sus amigos y por los míos —los labios de Blanco mordieron el tabaco—, por eso he venido a proponerle un negocio.

—¿Un negocio?

—Le vendo la mitad de un ingenio —con el dedo meñique Blanco apartó de entre los dientes una hilacha de tabaco.

—¿A cambio de qué? —Fernando era cauteloso.

—Por de pronto, información de lo que aprobará la Junta y la defensa en ella de mis, es decir, de nuestros intereses comunes, ahora que seríamos socios. Por supuesto, nadie se enterará.

Fernando fue hasta la ventana del despacho y miró hacia la calle por donde cruzaba un carretón cargado de cajas de azúcar.

—¿Por qué no aceptó usted integrar la sociedad para construir el ferrocarril? —dijo sin volver la cabeza.

En la sonriente boca de Blanco aparecieron dos brillantes dientes de oro.

—Dejemos al gobierno —dijo— tender la línea, que es lo más difícil; después, lo sé, no podrán manejar debidamente la explotación del ferrocarril y lo traspasarán a manos privadas. Entonces me será preciso contar con vuestro capital para que, unido al mío y al de otros buenos amigos, tomemos el negocio.

Nuevamente las palabras de Blanco desconcertaron a Fernando. “Es más astuto y pícaro de lo que creí”, pensó, “pero ¿cómo tiene tanta seguridad en la venta del ferrocarril después de construido?, ¿dónde habrá obtenido esa información?”

—¿No estará Jacobo Montero entre sus buenos amigos? —dijo.

La boca de Blanco se contrajo.

—El engreído condesote quiso adelantárseme en la compra de los ingenios, pero conmigo no se juega y recibió esto —el antebrazo de Blanco doblado con la mano cerrada se alzó en el aire.

—Comprendo.

Otra bocanada de humo avanzó hasta el rostro de Fernando.

“Qué tabaco tan malo fuma este hombre”, las aletas de la nariz de Fernando se contrajeron.

—Y bien, ¿cuál es su respuesta? —la mirada de Blanco era fría.

—Una oferta tentadora, pero repentina para mí. Déme tiempo para responderle —en la cara de Fernando había una expresión ingenua.

Levantándose, Blanco arrojó su tabaco, medio consumido, en un cenicero de cobre que representaba un águila con las alas extendidas.

—Bien. Le estoy poniendo un gran bocado delante. Sólo debe abrir la boca y tragar, pero no se demore mucho porque otros pueden comer por usted —Blanco tendió la mano y sus dedos gordos apretaron como garfios los de Fernando.

Después de marcharse su visitante, Fernando ordenó que limpiaran las cenizas en el piso. “Qué vanidoso y sucio es este hombre”, se dijo mientras un esclavo barría el despacho. “Pero a inteligente y pícaro nadie le gana y hay que tomarlo en cuenta.”

Esa misma mañana Fernando hizo averiguaciones muy discretas sobre las relaciones de Blanco con el palacio del capitán general, pero no pudo saber nada concreto. Dos días después, su respuesta era enviada con un propio. Aceptaba si, además de la participación en el ingenio, Blanco le cedía buenas tierras en la zona de Bejucal. Con el mismo propio vino la contestación. En papel corriente estaba escrito con letras torpes e irregulares: “De acuerdo. Espere mi visita. Socio. B.”

He soñado, Modesto, que mucho oro tenía, muchísimo más de lo que nunca pensé tener. Cuatro quitrines en el patio cochera de uno de mis dos palacios, quinientos negros en cuatro ingenios eran míos y

dentro de la caja fuerte de la oficina tres millones de pesos en efectivo y pagarés por otro millón. Entre mis deudores: los condes de Jaruco, de Jibacoa, el marqués de Arcos, el maldito Jacobo Montero y hasta el mismísimo capitán general. ¡Cuánta riqueza! Su excelencia, el señor superintendente de Hacienda iba a mi casa para consultarme gravísimos problemas y demandar dinero con que socorrer a las tropas del rey, trabadas en combate contra Bolívar en el continente. Pero lo más importante de todo ese sueño que he soñado, que sueño todavía, es que el rey me otorgaba, Modesto, el marquesado en recompensa de mis muchos méritos y afanes: marqués de Casa Valle. Muy orgulloso me sentí al obtener lo siempre anhelado y paseaba en mi quitrín sin responder el saludo de nadie, como corresponde a un aristócrata; la gente, respetuosa, se inclinaba a mi paso, quitándose los sombreros y exclamando, sobre todo las mujeres, que yo era un hombre extraordinario, encantador, capaz de aspirar a la mujer más hermosa de esta sociedad. Eso decían al verme y se preguntaban cómo era posible que soportara ya tantos años a una mujer horrible como Piedad, pero yo conocía de su muerte y me interrogaba a mí mismo, en el sueño, si no era sueño que hubiese estado casado con ella, quizá, en realidad, no fue mi mujer y entonces mis hijos, simplemente no existían, no nacieron a los ocho meses y quince días de embarazo, ni se habían muerto, ni regado por el mundo como militares, monjas, pisaverdes, revolucionarios e ingratos, y entonces pensé en mis otros hijos, los tenidos de todas las negras y mulatas con las que forniqué lujuriosamente, como sólo yo supe hacer, incansablemente, mi arado rasgando sus tierras negras, una, dos, cuatro veces. Pregunté por ellos en el sueño, pregunto ahora y nada más puedo ver al que tuve de aquella negra, ¿cómo se llamaba?, que un día me mordió la mano y a los otros dos que procreé con Mercedes. A los demás, cincuenta, sesenta, no los conocí, nacieron y se perdieron en la isla, como el agua en la arena; deben de haber fundado familias numerosas y si cada uno tuvo seis hijos y éstos tuvieron, entre todos, unos treinta hijos y así sucesivamente, dentro de cuatro generaciones más de setenta mil personas descenderán de mí. Te imaginas, cuántos Valle nacidos en mi manantial, igual que un enorme río, engendrados con éste, mi portentoso falo.

Movida por los dedos inquietos de Máximo Blanco, la leontina se balanceó arrastrando con ella en su movimiento al reloj de oro, una verdadera joya en su género, cuya tapa al levantarse dejaba escapar la música, aprisionada en su interior, de una popular zarzuela española. Cuando discutía negocios importantes, a Blanco le gustaba abrir el chaleco, tocar el frío metal de la gruesa leontina y balancear el reloj, como si a través del balanceo, pudiera influir en su interlocutor, en esta oportunidad Fernando.

Desde el acuerdo de unirse en la futura empresa del ferrocarril habían pasado los calores de un verano, los vientos del norte, y las lluvias de abril que fueron sustituidas por nuevos calores y los calores por otros vientos y lluvias. Mientras tanto, en la construcción de la vía férrea, bajo la dirección de la Junta de Fomento, habían muerto cientos de esclavos, atacados por el vómito negro, siempre acechante en los pantanos y malezas de la zona, reemplazados con jornaleros norteamericanos y de las islas Canarias, pronto diezmados por el implacable mal, cuyas tumbas, apenas visibles bajo sus rústicas cruces, corrieron paralelas al camino abierto. Nuevamente los negros desbrozaron el monte y en una capa de balasto tendieron grandes sillares de cantería, cada uno de los cuales exigía hasta cuatro hombres para ser alzado, y pequeños polines de piedra, sobre los cuales colocaron raíles ingleses de la mejor calidad, hasta que finalmente desde la estación Garcini en La Habana, donde se reunieron cientos de personas, entre ellas Fernando y Blanco, partió hacia la villa de los Güines, a la cual llegaría pocas horas más tarde, una locomotora norteamericana marca Baldwin, conducida por las manos expertas de un maquinista de Filadelfia. El primer ferrocarril cubano, séptimo del mundo, era una realidad.

Dos meses más tarde, en el despacho de Fernando, Blanco hacía mover, con lentitud, la leontina de su reloj.

—¿Ya sabe la noticia? —dijo Blanco.

Con un movimiento brusco, Fernando apartó una mosca que se le había posado en el brazo. El insecto voló con rapidez, cruzó sobre la cabeza de Blanco y fue a pararse en el marco de la ventana, inmóvil, como si estuviera atento a las palabras de los hombres. Por supuesto que Fernando conocía la decisión del gobierno de vender el ferrocarril a la empresa privada que mejor propuesta hiciera. Si algo

había aprendido en aquellos años era que la información valía dinero. Quien primero y mejor se informase obtendría mayores ventajas y él estaba bien informado.

—Es nuestro momento —Blanco se frotó las manos que sonaron como papel de lija al pulir una superficie.

Aquella costumbre desagradaba a Fernando, pero ahora él no le prestó atención, muy molesto por algo que seguramente Blanco ignoraba. En el más absoluto secreto se había formado otra sociedad para rivalizar con la de ellos en la adquisición del ferrocarril.

Cuando Fernando se lo dijo, el entusiasmo de Blanco desapareció y las palmas de sus manos chocaron entre sí como pesados escudos. Asustada, la mosca voló hasta el escritorio y se escondió tras unas carpetas de cuero.

—Cabrones —el rostro de Blanco comenzó a enrojecer—, ¿quiénes integran tal asociación?

La respuesta de Fernando no fue inmediata. Pronunciar los nombres rivales era para él como masticar una hierba amarga.

—No muchos... Del Toro, el marqués de la Cañada, Montero.

—El renegado Del Toro, debí suponerme. ¿Qué ofrecerán?

—Cien mil pesos más que nosotros.

El aire almacenado en los pulmones de Blanco estalló en su boca con un sonido similar al de un globo que se desinfla.

—Es mucho dinero —por primera vez en sus relaciones Blanco se mostró abrumado y Fernando, aunque también afectado, saboreó el desconcierto de su socio, siempre fanfarrón y seguro de sí mismo.

—Puede haber una solución —Fernando aparentó indiferencia.

Blanco se sorprendió.

—¿Cómo? Yo ya no puedo invertir un peso más ni creo que nuestros amigos estén en condiciones. Este año la zafra no ha sido muy ventajosa, el precio de los negros es cada día más bajo y para colmo mi último cargamento de sacos de carbón fue atrapado por los ingleses casi a la vista de Arcos de Canasí.

Al responder, Fernando no miró a Blanco sino hacia la ventana, desde la cual un dorado rayo de sol caía directamente sobre el lugar del escritorio donde la mosca aguardaba el fin del ruido de las voces para alzar vuelo y escapar.

—Pidámosle a don Julián Zavala que se una a nosotros y ponga parte del dinero. Doscientos mil no será mucho para él.

La nariz de Blanco se arrugó como si oliera a algo desagradable.

—¿Zavala? No me gusta. No es un caballero, sino un pillo en quien no se puede confiar.

—Mi estimado don Máximo —Fernando se echó hacia atrás en su asiento y su sonrisa era una media luna en un cielo claro—, ¿en quién se puede confiar hoy en día? Le haremos una buena oferta.

—¿Cómo cuál? —Blanco se mostraba cauteloso.

La media luna desapareció en el rostro de Fernando.

—Seis por ciento sobre su capital, además de las ganancias corrientes y la secretaría de nuestra sociedad.

—Es mucho —los brazos de Blanco espantaron la mosca que, alarmada, huyó.

—No hay otra solución para recabar más dinero. Bien sabe usted que no falta mucho tiempo para la subasta pública del ferrocarril.

—Montero no se dejará arrebatar tan fácilmente el pastel.

“Montero, el cabrón viejo Montero”, pensó Fernando, hasta un hombre como Blanco le temía. Pero él no.

—Esta vez le aplastaremos —las palabras salieron rápidas y mortíferas de la boca de Fernando, como la lengua de una serpiente venenosa—. Le pisaremos la cabeza. A él y a todos sus compinches.

—No esté tan seguro. Es persona de muchos recursos y amigos.

—Nosotros también —los ojos de Fernando se convirtieron en oscuros carbones—, hable usted con nuestros asociados que yo me encargaré de convencer a don Julián.

—Me preocupa la posición del gobierno.

Por primera vez Fernando sonrió.

—De eso me ocupo yo. El capitán general siempre nos ha visto con simpatía y ahora mucho más si Zavala se nos une.

Al marcharse Blanco, Fernando, sin prestar atención a la mosca, que persistente y boba, volaba cerca de él, meditó madurando sus planes. En cuanto tomaran el control del ferrocarril, se dijo, era necesario situar los apeaderos, aún no construidos, bien lejos de las tierras de Montero y sus amigos. Después habría que buscar la manera de deshacerse del taimado y ambicioso Zavala quien podía ser un socio muy peligroso, y también, ¿por qué no?, de Blanco, cuya falta de capacidad para maniobrar le había sorprendido y decepcionado.

No creas, Modesto, lo que de mí dicen quienes me odian y calumnian. No creas las mentiras de tu madre, de Fernando, Clemente o cualquier otro familiar. Tampoco prestes oído al sordo rumor de la calle, donde mi nombre es enlodado por aquéllos que no tuvieron valor para alzarse frente a mí. Bien sé que me imputan egoísmo, altanería, brutalidad. Nada es cierto y cuanto hice fue sólo por vuestro bien, por el bien de la familia, para convertirla en una de las más poderosas y admiradas del país. Sí, a veces fui duro, pero pensando en vosotros. Bien sabe Dios que las mujeres fueron mi único pecado y lo cometí, primero, porque tuve una esposa inadecuada, inútil para calmar mis naturales fogosidades de hombre joven y robusto, y después porque me aficioné al brebaje que me preparó el esclavo Juan.

¿Te acuerdas de Juan? No importa. Cuando conocí a los Lorente, él ya era calesero de la casa y su mirada estaba tan gastada y muerta como el cauce de un río seco. En cambio, con su cuerpo musculoso y su ágil inteligencia podía pasar por un hombre joven. Era un excelente cochero capaz de conducir hasta con los ojos cerrados y desde el primer momento me gustó por lo mucho que conocía de caballos. Aquellas cualidades las alabé con don Gaspar.

—No sólo conoce de caballos —dijo pensativo el viejo y me contó que, gracias a los cocimientos y emplastes recomendados por el calesero, habían salvado la vida, años atrás, dos pequeñas niñas, presas de extrañas y violentas fiebres, ya desahuciadas por los médicos.

Sin hacer caso de aquellas historias, pronto me aficioné a él como cochero y persona de confianza. Casi adivinaba, sin preguntar, adónde íbamos y delante de la familia nunca hizo un comentario del lugar donde estuvimos, ni con nadie habló de mis visitas a Mercedes. Una mañana temprano, al regreso de allá, yo, probablemente, me veía muy cansado con profundas ojeras y deslicé alguna imprudente alusión sobre mi agotamiento luego de montar tantas veces a Mercedes. Como siempre, él no dijo nada, pero esa tarde se me acercó en la caballeriza y me ofreció un vaso con una bebida oscura en la cual flotaba una hoja.

“¿Qué es esto?”, le dije, asombrado de que me brindara algo desconocido que yo no pedía.

“Buena, su merced, tómalala”, me dijo con voz sumisa, pero al mismo tiempo convincente, y sin saber por qué apuré la bebida de sabor agridulce, como si en ella hubiesen mezclado melaza, vino tinto, canela y algún fruto verde (quizá guayaba). Oía un poco a esos ingredientes, pero, sobre todo, dominaba un aroma fuerte y penetrante de algo conocido que en aquel instante no alcancé a identificar. Sólo tiempo después, cuando hube bebido muchas veces aquella poción y recibido sus efectos, creí identificar el desconocido olor como el del semen.

Sí Modesto, semen, la segregación de los testículos, pero Juan siempre negó, aún bajo amenaza de azotarlo, que el extraño olor viniera de los derrames testiculares de cualquier persona o animal. Mientras más le amenazaba yo (y hasta llegué a pegarle) más repetía que la poción era sólo de una planta traída de África, desconocida para todos, menos para él y unos pocos negros, a la cual adoraban. “Negro imbécil”, le grité, ordenándole traerme la planta, pero nuevamente se negó con terquedad de roca, aduciendo que se trataba de planta muy sagrada y él moriría, y yo también, si me la mostraba.

El caso es, Modesto, que, aquella primera vez, cuando comencé a beber el oscuro brebaje, una ola de calor recorrió mis piernas y mi verga se alzó igual que un peñasco violentamente arrojado al aire por súbita erupción, y el fuego quemó mis testículos, pugnando por salir a la luz y escapar de su prisión. Inmediatamente, sin lograr dominarme, un ansia desenfadada se apoderó de mí y tuve que correr y a la primera esclava joven que vi, en los cuartos, derribarla y montarla, para que mi tempestad se calmase.

Al regresar a la caballeriza, Juan estaba en el mismo lugar. “¿Buena, verdad, su merced?”, dijo y yo fui a pelearle por haberme dado algo tan brutal y maravilloso, pero entonces sentí que el fuego me abrasaba nuevamente. Recordé a Mercedes y tuve la urgencia, la imperiosa necesidad, de estar con ella de inmediato, pues mi espada volvía a levantarse hambrienta de carne. Olvidándolo todo, mandé a Juan que preparase el quitrín para ir enseguida a casa de la mulata.

Aquella tarde el trabajo quedó sin atender y probablemente algún dinero habré perdido, pero te puedo jurar, Modesto, que a cambio obtuve un placer tan intenso y grande como nunca. Yo siempre fui un macho poderoso, capaz de desjarretar de un solo golpe a la hembra más salvaje, pero allí con Mercedes (y en el futuro también) me convertí en un torrente donde ella estuvo a punto de morir, ahogada entre las rocas de mis piernas, destrozada por mi oleaje que la bañaba una y otra vez, como si mi cuerpo fuera un gran río y el suyo el mar hacia donde iban mis aguas. Jamás tuve sensaciones parecidas. Qué bien recorrí el oscuro camino que comunica con la boca (no te rías, Modesto) y fue algo extraordinario porque la mulata no había sido explorada en esa región y chilló, chilló como una señorita. Qué maravilloso sentir mi placer y su dolor unidos, mientras la domaba montado en su grupa y transformaba el sufrimiento de ella en gusto, hasta que nuestros cuerpos fueron como dos nubes, una blanca y la otra negra, que se fundieron y derramaron sus aguas al mismo tiempo.

Que Dios me perdone, Modesto, porque desde aquel día sólo pensé en beber la oscura bebida.

—Canalla, traidor —colérico, la levita desabotonada, Fernando se mueve por la oficina de Blanco.

—Yo lo advertí. En Zavala no se puede confiar. No tiene palabra —Blanco es acusador.

—Nunca lo pensé, nunca —Fernando se detiene en seco—, nuestra oferta era muy buena, ¿cómo pudo traicionarnos?

Blanco enciende un tabaco y de su boca salen humo y palabras.

—A última hora, Montero le hizo una oferta mejor. Su propio secretario me acaba de vender el secreto.

Fernando se sienta.

—¿Cuánto le ofrecieron?

—Un diez por ciento de interés y la vicepresidencia de la sociedad. Debimos haberlo pensado, Pero yo le previne a usted sobre esto —Blanco insiste en sus reproches a Fernando—, Zavala es un miserable y Montero hombre de muchos recursos y gran ingenio.

—Un cabrón, hijo de mala madre —Fernando vuelve a pasearse inquieto.

—Más cabrón es Zavala. Hasta el último momento nos estuvo prometiendo el dinero y el día anterior a la subasta nos lo niega y se lo da al grupo de Montero. Buena jugada. Qué bien le engañó a usted.

Fernando no responde.

Blanco toma el tabaco entre los dedos y apunta con él a Fernando.

—El asunto es que Montero y sus amigos tienen ya el ferrocarril y ahora seguramente tratarán de colocar los apeaderos bien lejos de nuestras tierras. Nos va a costar un pico la jugada.

—Esto no se va a quedar así —grita Fernando.

—¿Retará a Montero a duelo? —Blanco es irónico.

—No puedo batirme con un viejo... —Fernando vacila— además está prohibido y ya no se usa. Me batiré con él en otro terreno...

—¿Y lo destruirá, como ya me dijo una vez? —el tono de Blanco se hace burlón, pero Fernando, en su ira, no lo nota y continúa caminando por la oficina.

—...me batiré con él en los negocios... sí, construiremos un ferrocarril más rápido y barato que desplace al suyo...

—¿Construiremos? ¿Me está proponiendo que nos asociemos en un nuevo ferrocarril? —Blanco deja caer la ceniza de su tabaco en el suelo y su tono es de asombro.

Fernando se para frente a él.

—Por supuesto que sí.

—Usted está loco —dice Blanco y le extiende la mano—, le prometo que lo pensaré.

El tendido de la nueva vía férrea en Matanzas, construida por la recién creada compañía de Fernando y Blanco, avanzó con celeridad y los terrenos en las inmediaciones duplicaron su valor, provocando una gran especulación en favor de los dueños de la compañía. Parte de las tierras compradas, Fernando las vendió con excelentes ganancias. Su nombre se hizo más respetable y comenzaron a invitarle a los lugares más exclusivos de la sociedad, aunque él no iba, a no ser que pudiera encontrarse con alguien con quien discutir un buen negocio. A veces paseaba, por el Prado, con la secreta esperanza de ver a Rosario, pero a excepción de esos breves momentos, todo su tiempo lo dedicaba al trabajo. Comenzó a acostarse muy tarde y siguió siendo el primero en levantarse. En la cocina de la casona, desayunaba café negro sin azúcar, sardinas, pan mojado en aceite y ajo. Al mediodía, almorzaba en la oficina con los empleados, y cenaba en la casona junto a Natividad que era de las pocas personas, fuera de los negocios, con quien conversaba.

—Trabajas demasiado —le dijo ella una noche después de comer mientras bebían chocolate en la sala.

Él se secó el bigote con una servilleta y no respondió enseguida.

—Tengo muchos negocios —dijo con voz cansada.

Moviendo la cabeza, Natividad señaló la habitación de Francisco.

—Tantos negocios y mira cómo acabó él.

—Es diferente. Padre no tenía serenidad.

Natividad suspiró.

—Modesto, papá, Clemente, Francisco Joseph. En esta familia ocurre algo —dijo en un susurro.

Los sombríos pensamientos de su hermana, siempre alegre y ahora tan pesimista, sorprendieron a Fernando.

—¿Qué tiene que ver? ¿Por qué habría de pasarme algo así? Sólo trabajo mucho, nada más. Todo me va muy bien.

Natividad terminó de beber su chocolate.

—No sé, no tiene importancia, perdóname. Tengo sueño, buenas noches.

Ella se dirigió a su habitación y Fernando quedó a solas en las penumbras del comedor. “Ya es una mujer y habrá que buscarle un buen partido”, pensó mientras lentamente concluía de beber. Una gran mariposa negra salida de algún rincón voló en círculo alrededor de Fernando que, instintivamente, se puso tenso. La tatagua anuncia la muerte, trae desgracias, decían los criados, los esclavos. “Tonterías, no es más que un hermoso insecto nocturno”, le explicó don Gaspar, pero una enorme mariposa, Fernando lo recordaba claramente, espectral, las grandes alas extendidas como mantos negros, había volado sobre la cama de Piedad la noche antes de su muerte. Ahora la tatagua hizo un giro y fue a posarse, como una sombra, en la pared. Fernando se santiguó, tomó una palmatoria y apagando los candelabros de la sala, sin volver la cabeza para no ver la mariposa, fue hacia su despacho que, en otra época, había sido la habitación de Clemente. Al cruzar junto al cuarto de Francisco, sordos ruidos llegaron hasta él. Tuvo la intención de abrir la puerta, pero se contuvo. Adentro estaría Francisco, insomne, vigilante, como siempre, con aquella mirada que a Fernando tanto le impresionaba. “Serán ratas”, se dijo. No se detuvo y al entrar en el despacho a oscuras, tropezó con un libro en el suelo que casi le hizo caer. Junto a la puerta, en lo alto de un anaquel, aún quedaban unos pocos libros de Clemente, aquéllos no llevados por él al salir de Cuba y que, milagrosamente, escaparon del fuego al convertirse el cuarto en despacho. Probablemente el esclavo de la limpieza había tumbado sin darse cuenta aquel ejemplar que yacía en el piso abierto por el medio. Fernando lo recogió, irritado, diciéndose que castigaría al esclavo, y leyó el primer párrafo de la página abierta: “La ley de resolución y firmeza no nos ordena que dejemos de evitar, en tanto que de nuestras fuerzas depende, los males y desdichas que nos amenazan, ni, por consiguiente, que abandonemos el temor de que nos sorprendan. La constancia consiste principalmente en soportar a pie firme las desdichas irremediables”.

De un golpe, Fernando cerró el libro y vio su título sobre el lomo, empastado en cuero muy gastado por el uso, Experiencias y discursos de Miguel, señor de la montaña.

—Basura —dijo tirándolo en el cesto de papeles—, mañana mismo haré que quemem todos esos libracos.

Sobre la mesa de trabajo, larga de roble fino, estaban dos cartas y él tomó una, enviada por Bruno con noticias frescas sobre los ferrocarriles en los Estados Unidos y la marcha de los negocios en Nueva Orleans. En la otra carta, María Angélica anunciaba su próximo traslado a Roma en compañía de su madre superiora: “Era una gran felicidad poder estar más cerca del Santo Padre”, escribía. “Cada noche oraba por todos sus hermanos y por Francisco, suplicándole al Señor se compadeciera de su miserable estado. ¿Ya tenía pretendientes Natividad? Dios le deparará un buen partido.” Fernando comenzó a responderle a Bruno, pidiéndole noticias detalladas sobre el precio de esclavos y barcos en la región del Mississippi y en medio de la escritura se detuvo. “Si, ya es hora de casar bien a Natividad”, pensó mientras cabeceaba sin poder contener el sueño. Frente a él la vela de la palmatoria se extinguía cuando sus ojos se cerraron.

Natividad siempre quiso a Fernando con una pasión casi religiosa que la hizo ver en su hermano a la persona más maravillosa del mundo. Muertos Piedad y don Gaspar, siendo ella aún una niña, Francisco fue un padre colérico y gruñón y sus otros hermanos estuvieron demasiado lejanos en sus problemas y ocupaciones como para darle ternura. Fernando, en cambio, fue alguien muy próximo, en edad y carácter, con quien conversar, reír, compartir secretos. Por eso, al corresponder al amor del poeta Félix Hidalgo se lo dijo enseguida a él.

Ella era ya una muchacha muy hermosa, rodeada de ricos pretendientes, e Hidalgo un joven sin fortuna, protegido de la familia Montero, cuyo bien más notable lo constituían sus poesías, casi todas de fuerte ardor patriótico, leídas en algunos salones habaneros marcadamente independentistas.

En silencio escuchó Fernando el relato de su hermana sobre su amor y su preocupación en cuanto a la diferencia de fortuna entre ella y su amado. Todo estaba bien, dijo él, pero habría que buscar el momento más oportuno un poco más adelante para arreglar y formalizar las relaciones. Cuando volvieran de su estancia en el ingenio, donde debían pasar las fiestas de Pascua él, personalmente, se encargaría del asunto. Natividad le besó y feliz fue a preparar sus cosas para el viaje al ingenio.

Esa noche, en la cama, Fernando no pudo conciliar el sueño pensando en la confesión de su hermana. Había visto un par de veces a Hidalgo y desde el primer instante le tuvo por un picaflor, un poeta, nada menos que un poeta, sin honra ni provecho, siempre viviendo de migajas al amparo de los odiosos Montero. No, por el bien de Natividad, no podía, aunque le pesase, permitir aquellas relaciones. Si Hidalgo se casaba con Natividad la haría infeliz porque no sería capaz de proporcionarle todo lo que ella necesitaba. Otros pretendientes eran más indicados.

El silbido de un mosquito junto a su cabeza lo sacó de sus reflexiones. Fernando se levantó, y encendiendo una vela lo buscó infructuosamente. Después, desvelado por completo, se sentó en la cama meditabundo.

Algo debía hacer rápidamente, pero con tacto y discreción, para cortar aquellas relaciones, que, estaba seguro, andando el tiempo, no serían más que una chiquillada para Natividad.

Días más tarde, un viernes, partieron hacia el ingenio y la noche antes, Natividad se despidió furtivamente de su amado a través de la reja de una ventana, prometiéndose ambos un pronto encuentro. Ésa fue la última vez que se vieron así porque al regresar Natividad a La Habana, quince días después, supo asombrada que Hidalgo había abandonado el país sorpresivamente sin dejar rastro ni carta para ella.

—Es un miserable que no te quiso verdaderamente —le dijo Fernando consolándola.

En aquel instante, Natividad no pudo imaginar, que durante la estancia en el ingenio, Fernando había encargado a un hombre de toda su confianza, el capitán Rojas, conversar con el poeta. Si éste persistía en las relaciones con Natividad, Fernando poseía amigos y medios para hacerlo aparecer como independentista y enemigo de España. Rojas miró torvamente a Hidalgo, mientras le hablaba con voz fría, para lo cual ciertos versos leídos por Hidalgo y algunas cartas comprometedoras serían más que suficientes, bajo el gobierno del nuevo capitán general. Si Hidalgo aceptaba partir inmediatamente al extranjero recibiría cinco mil pesos en el instante de la salida y cinco mil al llegar al país elegido.

—Decidid ahora mismo —la voz de Rojas cortaba.

—Ya verás como pronto lo olvidas y encuentras un pretendiente más digno de ti —le dijo Fernando a Natividad y la abrazó tiernamente.

Sí, Natividad no casó con Félix Hidalgo sino con el marqués de Monte Hermoso, viudo y achacoso, procedente de una familia que venía de muy atrás en la colonia. Absurdo casamiento, piensas, absurdo como otras cosas de esta familia cuyas acciones no siempre son las más correctas.

¿Hubieras casado a una hija, una hermana, con un hombre así? No tienes hijas ni hermanas, pero te respondes que no. Los tiempos cambian, quizá la gente era más dura antes, más interesada, porque, a no dudar, sólo razones de interés, no amorosas, pudieron conducir a una boda entre una joven y un hombre tan mayor. Imaginas los hechos: el marqués en el Prado, en la iglesia, contemplando a Natividad, prendándose de su belleza, de la carne fresca y lozana; después las conversaciones con Fernando que sopesa los pro y los contra, la riqueza, la edad del pretendiente, y se levanta con una sonrisa en los labios y le abraza. Cierras los ojos para interiorizar aún más las imágenes, para sentir que estás allí junto a Fernando, Natividad, el marqués, el día de la boda. Te ves en el atrio de la Catedral, una cristalina mañana de mayo, rodeado de un pequeño gentío. En los balcones de los palacios colindantes hay personas asomadas, esperando también.

“¿Qué sucede?”, preguntas o crees que has preguntado, y un hombre alto, de gruesas patillas y espeso bigote, le dice a una mujer que la novia no ha llegado aún. En ese momento una calea entra en la plaza. “¡La novia, la novia!”, exclama alguien y tú, los ojos aún cerrados, pero la mente muy atenta, te pones en primera fila y ves descender a Natividad del brazo de Fernando. De repente, como si estuvieras en una habitación totalmente oscura donde se enciende una luz, te deslumbra la radiante belleza de Natividad, la perfección de sus rasgos, su blanquísima piel, afelpada, tersa. “Oh, Dios, qué linda”, dices, “cuánto me gustaría tener una esposa así”.

En tu despacho el teléfono, sumiso perro negro, deja escapar un quejido largo, punzante que te hace abrir los ojos. Las imágenes desaparecen. Insistente, suplicante, suena el teléfono, pero no respondes.

Te mantienes inmóvil, asombrándote de tu fantasía que te ha permitido inventar a una mujer a la cual sólo has visto en un retrato de cuando ella tenía sesenta años. El teléfono enmudece y vuelves a pensar en Natividad y en su boda. ¿Qué dijo de aquel casamiento? No podía querer a un hombre mucho mayor que ella. ¿Por qué aceptó? Las mujeres no eran libres, la presión del hermano, el deslumbramiento del título, razones. Por fin un Valle conseguía un título nobiliario, marquesa de Monte Hermoso, pero eso no le trajo la dicha.

Con cuidado tomas una carta apergaminada, verdadera pieza de museo, escrita por Hidalgo a Natividad después de la boda. En ella esperabas encontrar la respuesta de cómo la joven supo de la responsabilidad de Fernando en el alejamiento del poeta. No, la misiva no revela nada, sólo pide un encuentro para aclararlo todo. Nuevamente debes usar la imaginación para reconstruir, aproximadamente, los hechos. Hidalgo regresa a La Habana y habla con Natividad. Lo más probable es que cuenta su versión de amenazado y chantajeado por Fernando, y silencio, por supuesto, el dinero recibido. En el fondo no era más que un pobre diablo, sin valor ni carácter.

¿Creyó Natividad enteramente la historia de su primer amor? No lo sabes, pero después de aquella revelación comenzaron las manifestaciones de hostilidad de Natividad hacia Fernando y su larga cadena de amantes, interrumpida sólo con su muerte en Madrid, a los sesenta años.

Al entrar en la mansión de los Monte Hermoso, luego de la boda, Natividad temblaba de miedo, pero a diferencia de lo esperado nada doloroso le sucedió. Con sus dedos largos y finos como tijeras, el marqués comenzó a desvestirla en la alcoba nupcial, zafando lentamente cada botón, cinta, encaje, de la ropa, recreando la mirada en las partes del cuerpo desnudadas y después tendida ella en la cama, su lengua le recorrió el cuello, los hombros, senos, abdomen, pubis, vulva, muslos, tobillos, pies, dedos, en un minucioso escudriñar de la carne y enseguida, volviéndola boca abajo, hizo el recorrido a la inversa de los

pies a la cabeza, con lento y largo palpamiento de las nalgas. Por último, cuando a la lengua no le quedaba ningún rincón de la piel por gustar, el marqués tuvo un fuerte estremecimiento y, derrumbándose en el lecho, dejó escapar un quejido sordo de animal herido, antes de sumirse en un profundo sueño de silbantes ronquidos. Así fue la primera noche con el marqués y todas las demás, durante las cuales, Natividad, llorosa y rabiosa, juró vengarse.

Hoy Natividad se mueve en la cama y se ve a sí misma desnuda en el gran espejo colocado a un costado del lecho. “Qué hermosa soy”, piensa mientras se acaricia el cuerpo y se observa en el cristal. Ayer el marqués de Monte Hermoso partió hacia España para resolver un pleito y ahora ella aguarda al joven conde de la Asunción. El conde que, en la misma boda, comenzó a mirarla con ojos codiciosos que se clavaban en sus senos desafiantes bajo el corpiño. Al sentir aquella mirada de bestia en celo, Natividad se azoraba y su piel semejante a una fruta madura, estallaba bajo el vestido.

Una tarde, estando el marqués fuera de la ciudad, el conde se presentó de improviso en la mansión y Natividad estuvo, por primera vez, a solas con él. “He venido”, dijo él tomándole las manos sin terminar la frase. Natividad no supo a qué había ido verdaderamente y nunca olvidaría la tensión desprendida de aquel cuerpo joven, fuerte, que se le aproximaba. No hizo resistencia cuando el conde la besó en los labios ni tampoco cuando él, alzándola en sus poderosos brazos, la condujo a la alcoba y la puso en el lecho donde le arrancó la ropa con furia. Poco después de iniciadas aquellas relaciones, Natividad quedó embarazada y el marqués muy orgulloso se pavoneó delante de todos por la virilidad mostrada a su edad. “Qué le parece, cuñado, un hijo mío y de su hermana. Natividad es maravillosa”, le dijo a Fernando al anunciarle el embarazo y le abrazó.

“Una puta, una puta sucia”, piensa Fernando que sabe, como todos en la ciudad, con la excepción del marqués, de las relaciones no muy ocultas de los amantes. “En efecto lo es y usted muy afortunado”, responde y palmea en el hombro al marqués.

Embarazada, Natividad se encontró gorda, fea, deforme y no quiso que nadie la viera así. Decidió cesar sus relaciones con el conde y encerrarse en la finca de los Monte Hermoso en la espera del parto. “Que sea varón, virgen santísima, que sea varón”, rogó con fervor, arrodillada ante la imagen de la virgen María. No deseaba tener una hija que quizá, se dijo, pudiera alguna vez sufrir, al igual que ella en sus relaciones con su viejo marido. “Si es varón no engañaré más al marqués”, prometió como prueba suprema de su deseo por un hijo. Seis meses más tarde tuvo los primeros dolores de parto y a las doce de la noche daba a luz.

—¿Qué es? —preguntó desfallecida y la comadrona le mostró una criatura arrugada y pelona.

—Una niña, una niña —gritó el marqués emocionadísimo— y muy linda.

Natividad no pudo evitar el llanto. “Oh, Dios, se dijo, la virgen no quiso escucharme.”

Al ver lágrimas en los ojos de su esposa, Monte Hermoso le acarició la cabeza suavemente.

—No llores —dijo— ya todo ha pasado.

Natividad le miró con odio.

—Déjeme sola.

Durante su encierro en la finca, Natividad no tuvo noticias del conde de la Asunción y después de parir y regresar a La Habana supo que se había casado con una prima. Su primera reacción fue llorar, luego querer buscarle y abofetearle, pero se calmó y al aproximarse el bautismo de la niña, llamada Piedad Angélica en memoria de la abuela y la tía, el conde era sólo un recuerdo, una sensación, como el sabor de un manjar agradable conservado en el paladar, nada más. Por eso, cuando el marqués le preguntó si debían invitarle a la fiesta de bautizo ella no puso objeción y durante la celebración tuvo para él una helada sonrisa. En aquella fiesta conoció a Nicolás Casablanca, considerado el hombre más elegante y libertino de la ciudad. Era hermoso como un Adonis y cuando fueron presentados ella se sintió deslumbrada. “Oh, Dios, qué hombre”, se dijo sin notar que al besarle la mano, él se la retuvo más tiempo de lo debido

mientras le miraba directamente a los ojos, como si quisiera entrar en su cuerpo a través de ellos. “¿Acaso es posible que nunca nos hayamos visto?”, dijo y Natividad no supo qué responder.

Desde entonces se encontraron en muchos lugares, los paseos, el teatro, y la misma mansión de los Monte Hermoso que Casablanca empezó a visitar con diversos pretextos. Un mes después, eran amantes. Diciéndole al marqués que iba de compras, de visitas o al Paseo, Natividad corría a una discreta casita de Extramuros, propiedad de Casablanca, y allí se encerraban en una habitación donde el único mobiliario era la cama, enorme, y cuatro espejos, en las paredes, uno frente a la cama, dos a los costados y uno en el techo. “¿Para qué tantos?”, preguntó Natividad sorprendida, la primera vez que entró en el cuarto. “Ya verás, ya verás”, dijo él y al desnudarla los cristales reflejaron los perfectos senos de ella. “No está bien hacerlo así”. “¿Cómo?”, Casablanca ya desnudo concluyó de desvestirla y le mordisqueó el cuello. “Así delante de los espejos”, mientras protestaba vio en el cristal la lengua de él sobre uno de sus pezones. “No es correcto”. “Ya verás, verás”, brutal, Casablanca mordió el seno. Guiada por su amante, Natividad pronto tuvo placer también al contemplar en los espejos, desde diferentes ángulos, sus cuerpos trenzados en las más lujuriosas e inimaginables posiciones. “¿Cómo sabes hacer esto tan bien?”, le dijo, recordando al marqués y al inexperto conde. Casablanca, envanecido, tensó el pecho. “Ma petite, he vivido en París”. Con habilidad, Casablanca la fue introduciendo en todas las formas del placer amoroso rápidamente dominadas por ella a la perfección, pero no satisfecha quiso experimentar nuevas sensaciones y una tarde, mientras hacían el amor febrilmente, en un silencio sólo roto por quejidos y gritos, Natividad, desprendiéndose del abrazo de Casablanca salió sorpresivamente de la habitación. Al regresar traía un látigo de cochero en las manos y lo arrojó sobre la cama. “Golpéame”, dijo y volviéndose presentó las blancas nalgas. Casablanca se desconcertó. “¿De dónde has sacado esa loca idea?”, dijo sin atreverse a tocar el látigo, que como una serpiente yacía enroscado sobre sí mismo en la sábana revuelta. El rostro de Natividad era de lujuria. “Lo leí en una de esas revistas francesas que tienes ahí”, dijo y se echó de espaldas en la cama.” Quiero que me pegues y saber qué se siente”.

Aquellas relaciones duraron hasta la muerte del marqués de Monte Hermoso, quien una mañana fue encontrado en su alcoba colgando de una lámpara, los ojos vidriosos y la lengua amoratada asomada a la boca como un pedazo de carne de res en un garfio. Hacía meses que Natividad, con el pretexto de estar junto a Piedad Angélica, dormía en habitación separada y al acudir, por los gritos de los criados, y ver a su esposo muerto se desmayó. Al despertar no pudo explicar nada de lo ocurrido. “¿Cómo es posible que un hombre tan bueno y feliz hiciese esto?”, gimoteó ante todos. Por unos días el suicidio del marqués fue la comidilla de la sociedad que se preguntaba por qué un hombre apreciado y rico había dado tal paso. Entonces, como torrentes de agua turbia, por la ciudad corrieron diversas versiones, ninguna confirmada, ninguna desmentida, “El marqués estaba arruinado y no quiso verse en la pobreza”, “enfermo de una misteriosa e incurable enfermedad prefirió evitar, a tiempo, futuros dolores”, fueron algunos de los comentarios, pero en las mesas del café El Favorito los hombres dijeron que Monte Hermoso, al descubrir las infidelidades de Natividad, no pudo soportar la humillación y vergüenza. Unas poquísimas voces, entre ellas la del capitán Rojas, insinuaron un posible asesinato del cual la única beneficiada era Natividad, heredera junto a su hija de los bienes del marqués, quien no tenía otros familiares. Tal versión fue prontamente calificada de sucia calumnia y rechazada por casi todos los hombres y mujeres de posición, quienes consideraban a Natividad desvergonzada por su infidelidad, pero encantadora como mujer y, por supuesto, incapaz de una acción criminal.

Poco tiempo después, al calcularse la herencia de Monte Hermoso se supo que no era tan inmensamente rico como se creía, pero tampoco se hallaba arruinado, y lo que dejaba sería suficiente para sostener una vida lujosa. Desconsolada, llorosa, Natividad oyó la lectura del testamento por el cual recibía la mayor parte de la fortuna y quedaba como albacea de los bienes heredados por Piedad Angélica hasta su mayoría de edad. Su primera decisión de viuda fue romper con Casablanca a quien encontró demasiado presumido y ya no tan fogoso en el lecho como ella deseara. En ese momento era considerada una de las damas más hermosas de la ciudad. Apenas trataba a Fernando, que ocupado totalmente en sus negocios no visitaba los salones frecuentados por ella quien, en uno de ellos, después de cumplirse el luto por el marqués, conoció al coronel Robles-Olivo, ayudante del nuevo capitán general, que pronto fue su amante.

Natividad, Natividad, te imagino, veo tu pelo rubio, tu boca, pequeño túnel por donde penetro gozoso, erguido, con mi pico alzado, acaricio tu cuello de paloma y lo circundo con mi serpiente bucal, conozco tu pecho, mar tranquila que se agita cuando lo exploran mis manos, grandes veleros de dedos largos como mástiles, te deseo Nati y comienzo a desnudarte aquí en la penumbra de mi habitación, en la oscura soledad de mi mente, iluminada por el fuego y el humo de este cigarrillo al que doy vida encendiéndolo, que me da vida, que tomo amorosamente, con tanta delicadeza como si fueras tú misma, ven, olvida a Hidalgo, al conde, a Casablanca, al coronel, a todos, no será Javier con sus sucios papeles quien te traiga y posea sino yo, Antonio, con mis medios, aunque sea incestuoso, ¿incestuoso?, es que acaso soy incestuoso, Dios, por querer poseer a mi tatarabuela, no importa, ven, te desabotono el largo vestido blanco, inmensa cárcel que guarda tus carnes, abro las rejas de tu miriñaque, rajo tu corset, trituro el corpiño, descorro las enaguas y me deslumbro con tu cortina oscura que aparto codicioso en busca de la perla roja en el tajo sangriento, de rodillas, estoy de rodillas y el humo corre por mi sangre, ah, ah, sale por mis oídos, por los ojos, ah, ah, entro en tu gran túnel con mi cigarrillo encendido, ep, ep, yo soy el látigo que necesitas, que quisiste probar y tú una esclava a flagelar, te enseñaré, instruiré, castigaré, y me castigarás, ap, ap, me castigarán por castigarte, bendita seas, madre de la madre de la madre de mi madre, malditos sean los demás, todos, malditos, ah, ep, ep ...

VII

Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniago.

VALLE INCLÁN

El Soberano, navío de línea de setenta y cuatro cañones, construido en los astilleros de La Habana, aprovechó los últimos vientos de un dorado atardecer veraniego y puso proa hacia el Morro donde se izaban banderas de bienvenida para saludar el arribo del nuevo capitán general, don Miguel de Tacón y Rosiques, quien con su catalejo, divisó las señales de recibimiento, y, volviéndose hacia su ayudante el

coronel Robles-Olivo, ordenó que a su llegada esa noche no se hiciera ninguna ceremonia oficial. Él dormiría, dijo, en el barco y a la mañana siguiente efectuaría su entrada en la ciudad, con el protocolo y la solemnidad establecidos para tales ocasiones. El ayudante fue a cumplir la orden y Tacón quedó a solas, meditando en la conducta a seguir en los próximos días. Antes que todo, escuchar, ver, y actuar en consecuencia con su propio criterio y no por el que otros quisiesen imponerle. Aquella fue una de las condiciones que puso para aceptar el cargo: manos libres en su labor. También había pedido, de paso, pero no como condición, sí como favor, el nombramiento de embajador en los Estados Unidos para su hermano, el de su hijo como primer secretario de la embajada española en Inglaterra y una plaza para su cuñado dentro del séquito que le acompañaría a Cuba. “Por supuesto, don Miguel, podéis hacer y deshacer en la isla, siempre que la mantengáis bien sujeta”, le respondió el jefe de gobierno, “en cuanto a los nombramientos dadlos ya por firmados”. Manos libres y vista tan atenta que, por de pronto, no se quedaría en el buque e inmediatamente después y del atraque iría a recorrer la ciudad, de incógnito, para conocer el terreno.

Apenas atracado El Soberano, el general bajó a tierra con prisa y luego de estrechar unas cuantas manos pidió un carruaje.

—¿Un carruaje, su excelencia?

—Un carruaje he dicho, coronel.

Acostumbrado a los prontos de su jefe, Robles-Olivo no replicó y poco después un coche los aguardaba a la salida del muelle de La Máquina. A él subieron Tacón y Robles-Olivo. El comandante general de la marina fue a acompañarlos, pero el gobernador lo detuvo.

—Su excelencia puede ir a descansar —dijo cortante—, el cochero nos basta. Supongo que entiende español y conoce la ciudad.

—Por supuesto, general —el comandante estaba asombrado—, pero la ciudad es peligrosa de noche.

—Eso mismo quiero verificar —Tacón se impacientó.

—Hay muchos negros y bandidos, sin escolta pudierais ser asaltado.

—He estado en lugares más peligrosos —Tacón tocó al cochero con su bastón—, hagamos un recorrido por toda la villa —le dijo y el carruaje partió.

Avanzaron recto por la Alameda de Paula hasta el Teatro Principal, después doblaron a la derecha por la calle de la Merced y de allí a la de la Muralla. Tacón se mantuvo callado mientras pasaban por calles silenciosas y oscuras, apenas alumbradas por faroles de grasa que desprendían un humo sucio y pestilente. Dos horas más tarde continuaban en su recorrido y Robles-Olivo a duras penas lograba estar despierto.

—Observo —Tacón habló por primera vez desde que montaron— que la limpieza y el ornato de la ciudad dejan mucho que desear. Las calles son un estercolero, pocas las plazas y deficiente el alumbrado público.

—Robles-Olivo asintió y no pudo reprimir un bostezo. Por suerte, en ese momento, el general miraba hacia otro lado.

—También veo muchos hombres que se han ocultado a nuestro paso, probablemente malhechores —dijo Tacón y apretó los puños—. Pero todo lo pondremos en orden, coronel. En esta ciudad pronto habrá limpieza y seguridad.

La llegada del nuevo capitán general Miguel de Tacón no fue del agrado de Fernando, a quien tanto Vives como su sucesor, Ricafort, distinguieron con frecuentes invitaciones a Palacio y le facilitaron la entrada en la isla de partidas de esclavos cada vez más crecientes. Ahora todo podía variar. Tacón llegaba precedido por una fama de hombre intransigente, duro, y, lo más peligroso, lleno de rencor hacia los criollos. Lo que oliera a nativo, a no puramente español, era mirado con suspicacia y mala voluntad por el nuevo capitán general. Fernando se intranquilizó. Ciertamente que por su padre y por sus propios sentimientos él era considerado un español, pero también descendía de una rancia familia cubana y se hallaba formalmente unido a otra desde el casamiento de Natividad. Además estaba aquella historia de Clemente. Tacón, según los enterados, veía con especial inquina a los familiares de los independentistas y a quienes les prestaron ayuda o intercedieron a su favor. Francisco y él no habían cooperado con Clemente, todo lo contrario, pero le facilitaron abundantes recursos para marchar cómodamente al extranjero y un hombre como Tacón, venático y prepotente, podía interpretar como quisiese tal conducta. Francisco ya no importaba, pero Fernando no quería ser víctima de la cólera del capitán general, cuyo desprecio hacia los criollos pronto se puso de manifiesto. En palacio se dio una gran fiesta para celebrar el cumpleaños de la reina regente y Fernando, al igual que otros muchos cubanos importantes, entre ellos los Montero, no fue invitado.

Desde aquel día no volvieron a llamarle de Palacio y poco después supo que Tacón iba a perseguir con mano dura la trata de esclavos.

—¿Qué va a suceder?! —pensó nerviosísimo y fue a casa de Blanco.

—No se inquiete —le dijo Blanco mientras bebían unas tazas de chocolate.

Fernando miró a su socio dubitativamente. Después de la llegada de Tacón, Blanco era recibido en Palacio y se decía que formaba parte de un pequeño grupo de españoles muy estimados por el nuevo capitán general.

—El general no me aprecia —dijo Fernando intranquilo—, creo que tomará medidas contra mí. Tengo los negocios semiparalizados.

—Nada, hombre, nada —Blanco lo tranquilizó—, en el fondo el general vale un Potosí y nosotros necesitamos a gente como usted, respetables, amantes de España y dispuestas a cooperar en el crecimiento de la riqueza de la isla. Yo lo arreglaré todo.

Una semana más tarde Fernando recibía, a través de Blanco, una invitación para visitar en palacio al capitán general.

El día de la entrevista Fernando vistió su mejor ropa: frac negro, chaleco bordado, ancho corbatín, pantalones de carraclán y un lujoso bombín de copa, regalo de Bruno, y dispuso que el quitrín estuviera listo desde temprano. En el camino a Palacio mientras el carruaje iba lentamente por la calle del Inquisidor, se sintió inquieto. Necesitaba aquella entrevista y, al mismo tiempo, la temía. De ella podían salir muchas cosas beneficiosas para él, pero también negativas porque Tacón, con su carácter errático, violento, era imprevisible en sus reacciones y lo mismo elevaba que hundía.

“Lo más importante es”, le dijo Blanco, “no llevarle la contraria. Odia que le contradigan y cuando se encoleriza es capaz de todo”.

A la hora en punto llegó Fernando a Palacio a cuyas puertas esperaba Blanco. Con prisa subieron las escaleras de mármol reluciente que conducían al despacho del capitán general y en la antesala un ujier les pidió que aguardaran. Las manos de Fernando sudaban pero su rostro se mantuvo impasible. Finalmente el ujier abrió las puertas del despacho: el capitán general les recibía. Allí estaba, de pie, muy erguido, la casaca entorchada con hilos de plata, los pantalones perfectamente blancos, el mentón voluntarioso, los labios rectos y apretados. Detrás de unos pequeños lentes, los ojos altaneros miraban agresivos.

Todo en la persona de Tacón respira mando, voluntariedad, soberbia, la misma que se nota en sus retratos, que tú has visto en los libros de Historia. Por eso, no te asombra el trato que le da a tu antepasado en esta entrevista a la que tú también asistes, mudo e inmóvil, aunque nunca presenciaste ese encuentro,

sino que lo reconstruyes pues algo de lo tratado allí se escribe en la correspondencia de Fernando con Bruno.

No te sorprende que Tacón sea grosero y no responda al saludo de sus visitantes, pero sí te choca el servilismo de Fernando a quien, hasta ahora, has tenido por hombre de orgullo, y que, en este momento, se está encogiendo en su asiento, como un niño castigado, mientras Máximo Blanco explica el motivo de la entrevista.

—Su excelencia —dice Blanco—, mi amigo el señor Fernando Valle desea, como buen súbdito e hijo de español, testimoniarte personalmente a vuestra excelencia y a su majestad la reina gobernadora su fidelidad más absoluta.

—Su excelencia —comenzó a decir Fernando, pero se interrumpe cuando Tacón va hacia una ventana y mira por ella—. Su excelencia —repite cuando Tacón se aparta de la ventana y le observa desconfiando.

—Eso está bien —dice Tacón sin prestarle atención, como si le hablara a sombras—, la lealtad siempre ha estado bien, mucho más ahora cuando algunos ingratos, mal nacidos —el tono de la voz del general se eleva por un momento— trabajan contra mí y para que la isla se emancipe de la madre patria...

Tacón se acerca a Fernando que mantiene el cuerpo contraído.

—Revoltosos, partidarios de la anarquía, éstos son los que me acusan y quieren independencia —el general hace una pausa y observa la reacción de Fernando.

Por un instante te asombra el discurso del general, tan virulento, agresivo. Tal parece que hablara no para Fernando sino para un gran público. “Extraño hombre este”, te dices.

—Pero yo les partiré las patas —concluye Tacón con odio.

—Su excelencia —interviene Blanco—, el señor Valle nunca ha dado pruebas de deslealtad a la Patria.

Tacón caminó hasta su escritorio, abrió una gaveta, extrajo unos papeles y los leyó lentamente. Después se volvió hacia Fernando.

—¿No fue vuestro hermano, Clemente Valle, un conocido separatista a quien vos brindasteis ayuda? ¿No sois amigo de la camarilla que me combate y calumnia a la cual habéis otorgado amplios créditos? —Tacón era incisivo.

Fernando se estremeció sintiéndose atravesado por los ojillos del general.

—De ninguna manera, excelencia, de ninguna manera, yo no ayudé a mi hermano Clemente, todo lo contrario, no soy amigo de los Aldama, ni de los Montero, ni de los Del Monte. Mi otro hermano, Francisco Joseph, murió por la causa española y mi padre Francisco Valle...

—Vuestro padre nada, carajo —grita Tacón—, estoy muy bien informado, sé lo que sucede con vuestro padre, sé todo lo que ocurre en esta isla, estoy muy bien informado, mejor de lo que se piensa.

—Su excelencia —dice Blanco rápidamente—, todo eso son cosas del pasado, malos entendidos, ahora el señor Valle ha venido para decirle que está completamente a vuestras órdenes, con su fortuna, con sus relaciones todo ...

Tacón se sentó, serenándose.

—Eso está bien —dijo finalmente— y me alegro que hayáis venido a visitarme porque muy pronto tomaré medidas contra mis enemigos y necesito saber quién está conmigo y quién en contra.

—Eso es, precisamente —dijo Blanco conciliador.

—Por supuesto, su excelencia, lo que usted ordene, lo que usted ordene —susurra Fernando.

Ah, la nganga viene y me lo dice, el viento llega y lo cuenta, el ratón lo ve, las hormigas informan, yo lo sé, sí, el amo Francisco sufre, es una roca en medio del desierto, se seca como río sin lluvia, se enmohece su espada que ya no puede clavarme ni atravesar a ninguna mujer; que se desangre lentamente y se ahogue en su sangre.

El amo sufre, pero el niño Fernando está alegre, próspero, trae negros, vende negros, me grita cuando el pollo no tiene suficiente manteca, cuando el arroz tiene mucha manteca, me amenaza, maltrata a mi hijo Obamaó que, sin responder, le mira con ojos revirados, ah, el amo Fernando.

Le hablo a la nganga, ella me escucha y responde con su voz muerta de viento frío. Ella y yo vamos a la ceiba una noche tan negra como el gato que llevo en un saco y el alacrán color carbón que furioso agita las tenazas tratando de cortar el cordel amarrado a su cuerpo y descarga el agujón contra la madera de la cajita donde está encerrado. Madre ceiba, pido permiso para entrar bajo tus ramas, y despertar los espíritus fumbi . La ceiba mueve uno de sus gajos autorizándome a pasar y yo doy tres vueltas a su alrededor y canto madre ceiba, madre ceiba, dame la sombra, no se oponga, abra la puerta, pa' esta, su muerta; arriba en las ramas hay luces, se iluminan los ojos de los fumbi, se oyen voces, un murciélago viene volando, sus alas oscuras me rozan, y regresa a la ceiba para decir quién soy; los fumbi callan, apagan sus ojos y uno me indica el camino hacia el corazón de la madre, ah, gracias, gracias, enciendo una vela, la pongo en un plato sobre el suelo y con un palo golpeo el saco con el gato adentro que chillaba enfurecido, ah, ojalá hubiese estado Osombo allí, pero debí hacerlo todo yo sola ayudada por mi nganga.

Cuando sentí al gato enloquecer, lleno de mucho odio, palpé su cuerpo a través del saco y con el machete que llevaba en la cintura le corté la cabeza de un golpe.

A la luz de la vela y de la luna, la sangre sale espesa y la echo sobre la gran raíz de la madre. Ah, madre ceiba, que el odio y la furia de este gato garren al amo Fernando, gato, arañale la vida al amo.

Con mucho cuidado sacó el alacrán negro de la caja y lo sostengo por el cordel; alacrán, alacrán, dije y le escupo, ah, él se agita furioso, coleteando, abriendo y cerrando las tenazas, grandes como navajas; le pincho con un alfiler del amo Fernando, robado de su cuarto; el bicho herido mira enloquecido el alfiler, alacrán, te pincha el amo, recuérdalo, te pincha el amo; ah, traspaso el alacrán con el alfiler y lo hundo bien profundo en la ceiba. Que el gato, el alacrán y todos sus hermanos te persigan señorito Fernando, te arañen, a ti y a los tuyos, y emponzoñen la vida, igual que tú heriste las nuestras, ah, de rodillas Iroko, madre ceiba, de rodillas te pido ayuda, maldícelo como yo, destrúyelo para siempre, igual que su padre, que sigan enloqueciendo los Valle, convertidos en polvo. Eso pedí y la lechuza montada por un fumbi salió de las ramas de la madre y voló hacia la ciudad en busca del amo.

—¿El general Tacón? —dice desde su vaso de highball Carmen—. En la escuela siempre decían que gobernó a taconazos.

—Algunos taconazos hubo —Garriga bebe— pero no se puede negar que trajo el orden y la tranquilidad al país, ¿no cree usted, Javier?

—Más bien hubo algunas patadas —Reyes no te da tiempo a contestar y tú te limitas a oír.

—Pero, hombre —los gruesos espejuelos de Garriga se deslizan un milímetro sobre su nariz—, el general acabó con el bandolerismo, dio trabajo, embelleció la ciudad. ¿Qué más se puede pedir? A cambio de eso se le debe perdonar que haya tenido la mano algo dura.

—Paz, trabajo y progreso, salud —dice Antonio, repitiendo el lema del general Batista mientras alza su vaso.

Tú lo miras inquieto, pero él no nota tu mirada. Bebe lentamente y vuelve a callar. Así ha estado toda la noche, silencioso, escuchando a los demás, bebiendo y estas son sus primeras palabras.

—Salud —responde Reyes y brinda con él, pero Leopoldo Garriga no les presta atención.

—Gobernantes así son los que necesitamos, que construyan y pongan orden en el país —dice.

—Bueno, no se puede negar que los hubo peores —mientras habla los senos de Rosario estallan provocadores bajo el ajustado vestido. Tú se los miras mientras le sirves ginebra en su vaso semivacío.

—Y durante el gobierno de Tacón, ¿a qué se dedicó la familia de ustedes? —dice el profesor Torrente.

—Bueno, a muchas cosas, por supuesto al azúcar, al ferrocarril, eran dueños de un almacén en el puerto, al comercio...

Así respondiste en la reunión, pero no mencionaste el tráfico de esclavos. Te pareció bochornoso reconocer que una buena parte de la fortuna Valle provenía del infame comercio, aún practicado por Fernando bajo Tacón. Sí, los temores de Fernando fueron infundados. El capitán general no revisó las causas de los antiguos independentistas ni hizo nada contra el comercio negro, te dices en la soledad de tu biblioteca al leer los papeles de la época. Entonces te asombra de la gran cantidad de esclavos traídos al país en esos años con la complicidad de las autoridades. Un documento donde están las respuestas de un hacendado habanero, amigo de Clemente Valle, a un funcionario inglés abolicionista, te llama la atención y decides mandar a fotocopiarlo mañana. Ahora lo lees con calma.

—¿Las riquezas adquiridas en la trata se quedan en Cuba y aumentan el comercio legal de la isla? —pregunta el funcionario inglés y tú piensas en el comercio de los Valle.

—Sí —responde el hacendado cubano.

—¿Es cierto que los Capitanes Generales reciben ocho pesos por el permiso de desembarcar a los negros? —el inglés habla con lentitud tratando de pronunciar bien el español.

El hacendado medita (tú también lo haces) al contestar.

—Sí, la pensión es de ocho pesos y reales —dice—. Antes del general Tacón tomaban esa gabela para sí los allegados de los gobernadores, aunque se ignora si de acuerdo con ellos; pero Tacón la organizó de manera que llegase completa a sus manos.

—¿A cuánto asciende lo que recibió el general Tacón por esta gabela durante los cuatro años de su gobierno?

—A cuatrocientos cincuenta mil pesos —responde el cubano y a ti te hubiese gustado ver la expresión del inglés.

—¿A qué distancia de la casa de recreo de Tacón están situados los barracones de los bozales?

—A unas cien o ciento cincuenta varas.

Terminas la lectura y hasta ti llegan las imágenes de los barracones colindantes con la residencia de campo (en la llamada Quinta de los Molinos) del capitán general, que junto a su ayudante Robles-Olivo pasa frente a ellos en su coche, hosco, huraño, pensando en el dinero recibido ayer de Fernando del Valle por una partida de trescientos esclavos que se hacían ya en las barracas.

“Qué inmoralidad, qué desvergüenza”, dices y ves a los esclavos, como si estuvieras allí, hueles sus sudores, y, por un instante, te sientes ahogado en la marejada de fetidez que es el barracón.

Rechazas la desagradable visión y, poniendo el documento a un lado, razones que no es objetivo tuyo juzgar al pasado y a sus hombres.

“Inmorales y corruptos hubo, hay y habrá”, piensas y revisas nuevos papeles recién llegados.

General mierda, negrero, corrupto, vanidoso, perdonavidas, fanfarrón, y Garriga un miserable por disculparlo, casi defenderlo ayer en la reunión sabatina ante las sebosas y nalgonas amistades de Javier, pensadoras con el culo, los pies, la lengua, serias, formales, amantes del orden y la limpieza, igual que el generalito Tacón, adoradores del cemento, el hormigón armado, las construcciones majestuosas, las grandes mansiones estilo Valle, los edificios estilo cajón, las casas tetas, los rascacielos pene, erguidos, largos, metálicos; fanáticos del empedrado, el asfalto, las calzadas, avenidas, plazas, paseos, me cago en todos y en Tacón, me taconeó en Tacón, generalote analfabeto, astuto alarife de lo grandioso monumental, construido para hacer olvidar sus desafueros, su enriquecimiento con la trata de inmundos negros, padrino de codiciosos y groseros traficantes, enemigo encarnizado de cubanos, avaro del poder total no compartido, soñador de glorias eternas, te conozco parte inferior y última del zapato, eres como tantos de ahora, general a caballo, dependientes de otros poderosos señores, te conozco pavimentador de calles pisadas con tu apellido, cuánto costaron los monumentos perpetuadores de tu memoria, veo tus maniobras, tu apareamiento con mis ilustres antepasados, con Fernando Valle, perruno admirador de la grandeza, idólatra de la autoridad y el poderío, él igual a ti, tú igual a él, todos iguales, cabrones, mentirosos, tramposos, hijos de puta, cazadores de hombres, perseguidores de inocentes, quieren acabar también conmigo, siempre me han odiado, me acechan y cercan dentro del cerebro, pero no lo permitiré, no, los burlaré, cerraré la mente, sin pensar, no pensaré, no hablaré, la boca cerrada como un grifo por donde no goteará una sola idea, un solo recuerdo, una sola palabra.

Los Montero, Modesto, los malditos Montero, arrogantes, engreídos, despilfarradores, siempre me llevaron la contra, perjudicándome en los negocios, hablando mal de mí, prosperando más que yo. Un barco mío con negros era apresado por los ingleses pero el navío que traía esclavos para ellos pasaba por las mismas aguas al otro día sin ser visto. Qué suerte. Para colmo recibían un título de nobleza, conde de Casa Montero, y yo, Modesto, que siempre soñé con tal distinción, debí conformarme con el tratamiento de don, dado a cualquier simple comerciante. Los Montero, desdeñosos del idiota de Fernando que nunca ha visto más allá de sus narices aunque se cree muy inteligente.

Qué rabia les tenía y les tengo, Modesto. Cómo quisiera verlos aplastados contra el suelo, convertidos en mendigos. Aquél era mi deseo y cuando Juan el calesero me oyó hablar mal de ellos me dijo que él conocía la forma de hacerles daño. De momento pensé que me hablaba de un asesinato o algo por el estilo, acción a la cual yo jamás habría recurrido, pero el negro, como si me hubiese leído el pensamiento, habló con su boca tortuosa, enseñando sus dientes de cocodrilo. “No, su merced.”

No era crimen ni nada así. Algo más sencillo, “alguno de los Montero se marchitará como planta sin sol”. El calesero me miró provocador (qué atrevido) por un segundo y en el fondo de sus ojos saltaron las mismas chispas que vi en ellos cuando me propuso tomar el brebaje afrodisíaco.

Que Dios me perdone, Modesto, por no haber rechazado de inmediato la propuesta. No supe qué responder y me pregunté por qué se mostraba tan interesado en ayudarme. En realidad, después de la muerte de don Gaspar, yo no había sido mal amo y de mí, aparte de dos bien merecidos castigos a latigazos por impuntual y soberbio, siempre recibió buen trato. Era inteligente y listo y quizá buscaba, pensé, ganarse mi favor para después pedirme su libertad o la de su esposa.

Fuera cual fuese su interés, me estaba proponiendo vengarme de los Montero y aquello lo hubiese aceptado hasta del mismísimo diablo. Pero, razoné ¿qué podía hacer aquel infeliz negro contra gente tan poderosa como los condes? Ciertamente me había proporcionado un misterioso y asombroso brebaje, pero ahora se trataba de algo distinto. Yo había oído, Modesto, rumores de que algunos negros, adoradores de extraños dioses, practicaban la hechicería, pero dar por ciertas tales cosas era como creer, igual que los canarios, que las ristras de ajos, puestas bajo el brazo, les permite volar a las brujas o que verter sangre en la estatua de san Roque atrae su benevolencia. Tonterías, comadreos de viejas, pensé, pero al mismo tiempo, recordé a Jacobo Montero, humillando a Fernando.

“Haz lo que quieras”, le dije a Juan y él se inclinó respetuosamente. Dios me perdone, Modesto, por aquellas palabras.

Poco después, el menor de los hijos de los condes de Casa Montero enfermó de viruelas negras y, tras mucho sufrir, consumiéndose lentamente como una vela, murió. Su madre, la condesa, quedó trastornada. Envejeció prematuramente y nunca se ha recuperado del todo de ese golpe.

Aunque no soy muy devoto, creo en el Señor y te juro, Modesto, que mi único deseo fue que los Montero se arruinasen y se vieran humillados ante mí, nunca que muriera una criatura ni que su madre se trastornara.

Apenas supe del fallecimiento del niño mandé en busca de Juan para pedirle explicaciones, reprenderle, no sé, azotarlo, quizá mandarle al ingenio. Nada pude porque le encontraron muerto, colgado de una soga. Quizá Dios lo haya perdonado. Pero a mí sé que no.

Desde entonces, poco después de la muerte del calesero, la desgracia comenzó a visitar esta casa, como si el daño a los Montero lo pagara yo. Empecé a sentirme débil (yo un hombre siempre fuerte) como un árbol al que le van cortando las raíces, no tuve más noticias de Francisco Joseph (probablemente muerto) ni de Clemente, mis barcos eran apresados con frecuencia, y de repente el desengaño, la mentira de Fernando y la sangre en los ojos, el atontamiento. Luego despertar en este sillón.

Ahora siento que me estoy muriendo poco a poco, que mi sangre ya no circula impetuosa por las venas; por ellas se mueve lentamente el fango, algo me aprieta el cuerpo, Modesto, y me tira hacia abajo, como si quisiera hundirme en el piso, arrastrarme hasta el fondo de la tierra, algo o alguien me hala para convertirme en momia. ¿Ves tú, al detenerte, en los oscuros corredores, el alma del pequeño Montero? Yo sí. La veo en el atardecer, entre sombras y luces, volando a mi alrededor y llamándome. Que Dios me perdone.

Muy enseriado iba el capitán general Tacón en su coche por la calle de la Muralla, desierta a esa hora, vacíos sus comercios, las tabernas, los almacenes, en la cual el único sonido era el lento resonar de las ruedas del carruaje sobre el empedrado. Junto al general, su ayudante el coronel Robles-Olivo guardaba respetuoso silencio, conocedor de que la cólera de su jefe se debía a la aparición, aquella mañana, de un pasquín contrario al gobierno y al haberse recibido cartas de España con noticias sobre el grupo de cubanos que, en Madrid, constantemente lo atacaba por la prensa.

—¿Qué quieren, coronel? —chilló Tacón y su voz era como cristales al ser aplastados—. Yo os lo diré. No me perdonan el severo orden implantado en el país. Quieren continuar con la anarquía y el caos, liquidados por mí, en los cuales ellos cabalgan muy bien, para enriquecerse aún más, sin freno ni cortapisas. Tacón se ajustó los espejuelos al rostro muy batido por el viento.

—Aquí existe, coronel, una facción anárquica, desorganizadora, de malos hijos de la patria, revoltosos solapados que nos acechan para dispararnos por la espalda de improviso y que pronto, si no los atajamos, nos harán la guerra de frente.

Robles-Olivo miraba muy atentamente al general, pero, en realidad, pensaba en Natividad Valle y en la próxima cita para esa noche.

—¿Qué era La Habana cuando yo llegué? —con la mano Tacón señaló la limpia calle por donde iban—. Un muladar, un basurero, un antro en el cual un hombre honrado no podía salir de la casa después de las ocho de la noche sin el temor de ser asaltado en cualquier lugar de esta ciudad de timbas y garitos, bandoleros y fulleros.

El carruaje cruzó la puerta de Tierra y corrió hacia la calzada de San Luis Gonzaga, fustigado el caballo por el cochero. Aunque el aire le venía de frente, Tacón sudaba y su rostro generalmente pálido se veía muy colorado.

—¿Y la limpieza, coronel? ¿Cómo se mataban las reses en el matadero, y se distribuía su carne? —Tacón continuó su largo monólogo, que era como el borboteo del agua—. Recientemente le escribí a la reina gobernadora dándole cuenta de que los animales, en vez de ser degollados de un golpe, eran mal heridos por ineficientes matarifes negros y se les dejaba morir en una zanja pestilente, llena de sangre corrupta, donde, por efecto de la descomposición, aumentaban de peso, y sólo mucho después se les descuartizaba en pedazos irregulares con sucias hachas. —Sí, coronel, esas verdades le conté a la soberana, so pena de despertar su repugnancia, para que pudiera apreciar mis medidas contra el mal.

Cruzaron frente a la plaza de toros y Tacón extrajo de su uniforme un pañuelo perfumado para no tener que respirar el desagradable olor que llegaba desde allí. El coronel ya conocía lo contado por el general, pero simuló llenarse de asombro ante aquellas noticias. Sabía que Tacón no se cansaba de repetir, para después escuchar elogios a su persona, las cosas mal hechas solucionadas por él.

—El modo de transportar la carne es todavía más repugnante, así le acabo de escribir a la reina —dijo Tacón y miró a Robles-Olivo con sus pequeños ojos miopes—, éstas se ponen en las ensangrentadas y sucias albardas de un caballo, guiado por un negro andrajoso que monta casi encima de la carne y así se llevan hasta las asquerosas casillas del mercado.

Robles-Olivo recordó el rumor de que Fernando Valle era propietario de algunas de aquellas casillas.

—De inmediato contraté a dos expertos matarifes norteamericanos —continuó Tacón como si se hablara a sí mismo, olvidado de la presencia de su ayudante— para que enseñaran el método de matanza seguido en todos los países civilizados y ordené el traslado de las carnes en carros cerrados...

En la avenida, al paso del coche varios hombres reconocieron a Tacón y lo saludaron descubriéndose.

—Su excelencia actuó muy acertadamente y estoy seguro que la reina le felicitará —ante el halago de Robles-Olivo el general no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué sucedió? —dijo con agrado—. Aquí todos lo saben pero su majestad no. Los ignaros matarifes se niegan a seguir el saludable método y los encomenderos y dueños de casillas, que reciben dinero del pútrido engorde, me tildan de entrometido y déspota, pero yo les haré entrar en razones o dejo de ser capitán general...

El caballo, ahora al trote, entró en el Paseo de Tacón y se aproximó a la quinta de recreo del capitán general, desde la cual ya llegaban, impulsados por el viento, los olores de los árboles frutales. Robles-Olivo aspiró a todo pulmón aquellas fragancias y volvió a recordarse de su cita nocturna con Natividad. Si el general lo retenía largo tiempo con su conversación, se dijo, corría el peligro de llegar tarde.

Al avanzar por el Paseo, Tacón se mantuvo silencioso, el rostro repentinamente sombrío y en sus ojos, transparentes como el cristal. Robles-Olivo pudo ver que se había contrariado al pensar en los múltiples ataques de sus enemigos y la ingratitud de muchos cubanos.

—Pero, decidme, coronel ¿quién empedró estas calles, acabó con criminales y ladrones, instituyó el cuerpo de serenos, abrió plazas y caminos, construyó un teatro mejor que el de Madrid, extendió el alumbrado público a toda la ciudad? —el cuerpo de Tacón tembló como el de un poseso y Robles-Olivo tuvo temor de que le sobreviniera uno de sus famosos ataques de convulsiones.

—Su excelencia —dijo tratando de calmarlo—, y fue su excelencia quien mandó erigir una nueva cárcel con un trato más humano para los presos, y dragó el puerto, y ordenó abrir cloacas en las calles y una nueva pescadería y nuevos mercados, eso lo sabemos todos los buenos españoles y también los cubanos leales.

Robles-Olivo se detuvo al ver que el general se tapaba el rostro con una mano como si no le escuchara.

—Ingratos —musitó Tacón y su voz era como si saliera de una caverna—, ingratos y miserables. Sé que pronto conseguirán mi relevo.

Llueve en gotas cortantes y duras que barren las solitarias calles de la ciudad. Llueve y por los techos chorrean, como de la garganta de un degollado, oscuras aguas que van a engrosar el turbión que corre hacia el puerto, muy sucio ya por largos días de continuas turbonadas, interminable concierto de vientos y lluvias que golpean contra techos, puertas y ventanas.

En la semipenumbra de su despacho, alumbrado por una palmatoria, Fernando, ajeno al rumor de la lluvia y el viento, reflexiona sobre la noticia que le ha dado Máximo Blanco. “El general Tacón ha sido sustituido, él mismo me ha informado”, dice Blanco y la preocupación se marca en su rostro.

“Tacón se va, pero nosotros nos quedamos”, se dice Fernando y trata de analizar con toda lucidez las posibles consecuencias del cambio de gobernador. Muchas son las preguntas que debe responder para no dar pasos en falso: ¿cambiará la política de Madrid hacia los cubanos?, ¿continuarán las autoridades permitiendo la entrada de esclavos?

De una garrafa blanca Fernando vierte vino en una copa, se sienta en un sillón y bebe aprisa como si quisiera atizar sus pensamientos con la bebida.

—¿Y si el nuevo capitán general trae instrucciones de perseguir con dureza el contrabando de negros? Fuerte es la presión del gobierno inglés sobre el español para eliminar la trata —le preguntó a Blanco.

El traficante de esclavos fumó su tabaco antes de responder.

—Siempre se habla de eso, pero nunca se cumple.

Fernando no estuvo de acuerdo.

—Pero quizá los ingleses puedan obtener del gobierno español que todos los esclavos traídos ilegalmente a la isla después de 1820 sean declarados libres.

Blanco no respondió y a Fernando le asaltaron desagradables ideas.

“Será la ruina total, pero antes nos uniremos a los Estados Unidos o quemaremos la isla” piensa Fernando y de un manotazo aplasta el insecto que se le ha posado en el brazo. Después termina de beber y escucha el sonido del agua al caer. La lluvia se ha hecho más intensa y el arroyón de agua sucia que corre por la calle arrastra basuras, pedazos de madera y hasta el cuerpo de alguna rata muerta.

—Nada va a cambiar, demasiados intereses hay comprometidos en el negocio —dijo Blanco.

Fernando se balancea y el sillón rechina con el sordo crujir de un viejo velero. “De todas formas”, razona, “el comercio de los negros se está haciendo muy complicado y menos ventajoso. ¿Cuánto tiempo más dejará ganancias?”.

Nuevos insectos vuelan alrededor de la palmatoria y él la apaga de un soplo. La habitación queda a oscuras y Fernando trata de concentrarse para que sus pensamientos discurren con claridad. “Es necesario ir pensando en qué hacer si la esclavitud misma es abolida.”

Blanco ríe desde el interior de la mente de Fernando: “La esclavitud nunca será abolida aquí aunque Inglaterra lo haya hecho en sus islas y en España algunos locos lo pidan”.

Un carruaje cruza por la calle y Fernando oye al mojado cochero maldecir mientras azuza al caballo.

“Todo es posible, ¿qué hacer?, ¿traer colonos libres? Tonterías, ningún blanco estará dispuesto a cortar la caña como un negro.” Fernando contiene sus pensamientos y en la oscuridad se sirve y bebe nuevamente. Ha dejado de llover y desde la calle llega la voz de un sereno que grita “las doce en punto y lluvioso” y continúa su solitaria ronda. Fernando bosteza y se estira en el sillón, mientras sus pensamientos se van apagando lentamente, como los leños de una hoguera. “¿Qué hacer?” se vuelve a preguntar.

Tacón se marcha y Robles-Olivo lo acompañará. Ha concluido su período de servicios en Cuba y debe regresar a España donde seguramente será promovido, por el buen trabajo, a un cargo más importante. De golpe se lo dice a Natividad que está en la cama junto a él. “Me voy”, repite en un susurro y la acaricia. Ella se incorpora a medias y le mira sorprendida, como si no hubiese escuchado bien. “¿Qué? ¿Cuándo?”. Robles no sabía exactamente la fecha, pero en cuanto terminasen los trámites de la entrega del mando embarcaría. Natividad siente que los ojos se le humedecen y le falta el aire. Él era el único hombre a quien después del poeta Hidalgo había querido verdaderamente y ahora lo pierde. Amaba su figura alta, fuerte, sus gestos, precisos, marciales, los ojos fieros y tiernos a la vez, las manos, grandes y férreas como mazas capaces de contener un caballo encabritado y de acariciarla suavemente, pulgada a pulgada mientras exploraba su cuerpo desnudo. Aquél sí era un hombre, se dice, y ahora se iba para siempre. Él la atrae y la besa en la frente y en los labios. Natividad se cuelga de sus hombros y suspira con fuerza. “No te dejaré ir”, dice y llora sordamente. “Imposible, debo partir.” “¿Entonces marcharé contigo!”, exclama Natividad y se siente feliz por haber tomado una decisión tan importante.

Robles se levanta de la cama y se para disgustado, las manos en jarras. “¿Y mi mujer?”. Natividad se seca las lágrimas con la sábana, hace un esfuerzo por no volver a llorar y habla. “En Madrid continuaremos haciendo la misma vida que en La Habana, viéndonos discretamente, nadie se enterará.” El coronel da unos pasos por el cuarto, se lleva las manos a la cabeza. “Pero Nati de mis dolores, cómo vas a marcharte, ésta es tu ciudad, aquí tienes a tus familiares.” Ella se pone de pie en la cama y al dejar caer la sábana su cuerpo queda desnudo, los senos duros y punzantes, el vientre terso sobre un mar de oscuros rizos. “No soporto”, grita y él piensa que volverá a llorar, “no soporto esta mugrienta y aburrida ciudad de negros y bandidos”. Robles la observa contrariado. “Siempre pensé que te divertías aquí”, dice irónico y hace una pausa. “Además, desde que llegó Tacón la ciudad es limpia, alegre, ya se acabaron los robos y asesinatos.” Natividad pasa del llanto a la cólera y con la mano señala su cuerpo, “me divierto con esto y desde que llegó Tacón hay más negros que nunca, con ellos el peligro siempre amenaza, nunca se sabe, tengo miedo, mucho miedo”. Gesticula, baja de la cama, se mueve inquieta. Robles se desconcierta, nunca pensó que Natividad, tan despreocupada, tan alegre, sólo interesada en su propio placer, viviera con aquel temor. “Tonterías, siempre ha habido negros y esclavos, pero nunca harán nada serio, son muy brutos.” Natividad hace un puchero y las lágrimas corren por su cara. “No sabes, no sabes”, jeringuea, “cuando yo era niña, en la conspiración de Aponte, los esclavos violaron y mataron a unas señoritas...” Al verla desnuda y sollozando, Robles siente el deseo nuevamente. “Habladurías”, dice a media voz. “Es cierto, me lo contó mi abuelo.” Natividad se acerca, lo abraza. “Vámonos a Madrid, me muero de tedio, aquí sólo hay dos teatros, dos paseos, quiero ver otras ciudades, otra vida.” Robles la besa, la acaricia. “Madrid es más sucio y apestoso y en cuanto a seguridad...” Natividad lo aparta bruscamente. “Pero es Madrid. Vámonos.” “¿Y tu padre y tu hermano?” Natividad le mira con rabia. “Mi padre está medio muerto y a mi hermano lo odio más que a la ciudad”, se pega a él, fricciona su cuerpo con el suyo, lo atrae hacia la cama, “vámonos”.

Ayer partió Natividad hacia España con el pretexto de antiguos litigios del difunto marqués que ella debe solucionar viendo personalmente a cierta persona influyente de la Corte. En realidad, se fue detrás de ese miserable mal nacido R que tanta vergüenza y bochorno ha echado sobre nuestra familia. No pude hacer nada por impedir su partida (como tampoco pude nada contra esos escandalosos amores). La vi y le hablé con el corazón en la mano, pero ella se burló y después se encolerizó. Me ofendió diciéndome que yo era un miserable egoísta que sólo pensaba en negocios y dinero y casi le había destruido la vida. No puedes imaginar cuán desagradable fue todo aquello. Me marché de su casa enfurecido pero también con un gran sentimiento de tristeza que no me abandona. Yo la quiero a ella igual que a ti y a todos los demás y lo hecho por mí, bien lo sabes, ha sido siempre para bienestar y felicidad de nuestra familia, por cuyo nombre he trabajado muy duro todos estos años, sin pensar en descanso ni reposo. Ahora estoy solo en La Habana, pues papá es como si no viviera; su estado se ha ido agravando y ya no es más que una sombra viviente, una mezcla de idiota, loco y muerto.

En lo que se refiere a los negocios nada ha cambiado después de la partida de Tacón. Mis temores eran vanos; los sacos de carbón siguen llegando como si fueran arrastrados desde África por la corriente, y estoy seguro de que a pesar de la cochina oposición de los ingleses continuarán entrando por miles durante muchos años más. Ahora hay tantos aquí como arena en las costas y esto parece una plaga de oscuros insectos. ¿Se ven tantos negros en Nueva Orleans? A veces siento que estamos sentados sobre un barril de pólvora con todos estos salvajes dispuestos a despedazarnos si les damos la oportunidad. Sin ir más lejos, el mes pasado hubo dos sublevaciones en los ingenios colindantes al nuestro de Matanzas, sofocadas, por suerte, prontamente. Eso nos tiene muy preocupados a todos y en la ciudad circulan muchos rumores. ¿Te acuerdas cuando de niños fuimos a ver la ejecución del perro Aponte y todo lo que se decía en aquellos días? Ahora es igual, pero la preocupación es mayor porque tenemos más negros. Yo, por mi parte, estoy bien preparado y he ordenado que redoblen la vigilancia en nuestros ingenios y no se tengan contemplaciones con ningún sospechoso o bocón .

Esperamos la llegada del nuevo capitán general O'Donnell que, según dicen, es hombre recto y de gran valor.

Te abrazo

Fernando

Colocas la carta junto a las demás del paquete. Vas a tomar otra, pero bostezas y sientes sueño. En la semipenumbra del despacho la luz de la pequeña lámpara que está sobre el buró cae sobre tus ojos cansados. Los cierras y todo queda a oscuras, los abres y ahí están nuevamente los papeles, el buró, los muebles del despacho. Miras el reloj de pared. Marca las once y treinta y piensas que se ha hecho muy tarde. Con cuidado, amorosamente, ordenas los papeles y los dejas preparados para la siguiente lectura. Bastante te queda por buscar, leer, y escribir pero próximamente no podrás dedicarte a ello como quisieras. Mañana todo el día en la oficina y luego en esa aburrida comida ofrecida por Garriga en honor del senador Robaina a la cual debes asistir. El martes tienes varias reuniones y por la noche saldrás con Rosario que no tiene mucha cultura histórica, te dices, pero es una maravillosa hembra. El miércoles y el jueves también serán complicados y sólo el viernes podrás entrar nuevamente en la historia de la vida familiar, en la cual hallarás el matrimonio de Fernando con Caridad Toledo.

VIII

Ayer se fue; mañana no ha llegado; hoy se está yendo sin parar un punto: soy un fue, y un será, y un es cansado.

QUEVEDO

Caridad, hija de Fernando Toledo, no conoció a su madre, muerta durante el parto, y fue criada por sus abuelos primero y por las monjas después. A los quince años, cuando regresó a la casa paterna, era pequeña, tierna y tenía la sonrisa fresca, como un río manso, ojos verdes aguamarina, una piel olorosa a jazmín y manos prodigiosas, capaces de lograr los más difíciles y finos bordados.

Bordaba cuando Fernando la volvió a ver, después de muchos años, al pasar por la casa de Toledo, a quien frecuentaba poco en los últimos tiempos. El comerciante había salido por un instante y Fernando, decidido a esperarlo, pasó a la sala tras el sirviente. Allí, sentada junto a una ventana, desde la cual un blanco rayo de sol le iluminaba las manos, Caridad tejía. Él se detuvo sorprendido. La última vez que la había visto sólo era una niña y ahora, de repente, encontraba a una bella joven, mucho más hermosa que Rosario o cualquier otra mujer conocida.

Tan humillado y ofendido había quedado Fernando después del fracaso con Rosario, que le era imposible entablar una conversación de galanteo aunque en los ojos de las jóvenes que le hablaban hubiese provocadoras miradas de seducción. Aquello era de su agrado, pero en esos momentos una fuerte timidez, el recuerdo de Rosario, el temor a un nuevo fracaso le impedían pasar más allá, aunque lo quisiese, de unas pocas palabras. Quiso ocultar su timidez tras la altanería, en él no mirar a nadie, y, finalmente, dejó de frecuentar la Alameda y otras reuniones sociales y se concentró en los negocios. “Cuando sea inmensamente rico”, se dijo, “todas las mujeres estarán a mis pies sin necesidad de conversar con ellas”. Tampoco había tenido experiencias sexuales, ni con las prostitutas ni esclavas. Siendo niño, al ir en busca de una sirvienta, vio a su padre en una lejana habitación de la servidumbre cuya puerta, mal cerrada, fue entreabierta por una repentina corriente de aire. Francisco estaba desnudo, tendido sobre una esclava y ellos no notaron su presencia. Por un instante, los espío, observando cómo su padre bufaba y se movía convulsionado. Aquello no se lo dijo a nadie, ni a su abuelo, ni a sus hermanos, pero un sentimiento indescriptible de asco hacia lo visto se apoderó de él y fue haciéndose más fuerte en la adolescencia y pubertad. Después, ya hombre, al conocer la desaforada vida sexual de Francisco, se juró que él, en tales cuestiones, nunca sería así. Su primera mujer, se prometió, tendría que ser su esposa.

Allí, en casa de Toledo, sintió que, rotos sus diques interiores, una corriente de simpatía le arrastraba hacia Caridad, ahogando su timidez. Con placer le sonrió mientras respiraba el perfume de jazmín de su piel.

“Dios mío”, se dijo ella, también emocionada, al ver aquellos ojos que la contemplaban cálidamente, y le miró de frente, sin desviar su mirada de la suya. Hubieran estado así un buen tiempo, extasiados, sin hablar, gozándose mutuamente con las miradas, si Toledo no hubiese regresado en ese momento. Dándole un beso a su hija y la mano a Fernando les presentó formalmente. Fernando besó la mano de ella y enseguida se fue con Toledo a otro cuarto para hablar de negocios. Al terminar y salir, la buscó con la vista, pero Caridad no estaba en la sala y él sólo supo que la joven había venido para quedarse a vivir definitivamente con su padre.

Por la noche en su casa después de comer, Fernando no pudo concentrarse en varias cartas de negocios recién recibidas. No lograba olvidar a Caridad, su sonrisa, sus ojos verdes, pero, sobre todo, no lograba olvidar el perfume de jazmín que brotaba de su cuerpo y le producía el incontenible deseo de tocar, acariciar, besar, aquella piel, tersa como un cielo sin nubes. Ese olor, esa mujer tienen que ser míos, se dijo autoritario, pero enseguida se confundió. ¿Cómo hacerlo? No era cuestión, pensó, de ir a ver a Toledo y declararle sin más, su amor hacia Caridad. Conocía la adoración por su hija de Toledo quien, posiblemente, no acogiese bien un sentimiento tan repentino. “Pero si no la conoces”, podría responderle. “Es verdad”, se dijo Fernando, “no la conozco, pero sin ella, sin su olor más nunca seré feliz”. Y ella, ¿qué pensaba de él? ¿Quizá no le causó buena impresión, quizá lo encontró demasiado mayor, quizá todo terminase en un nuevo fracaso, como el de Rosario?, su mente angustiada no dejaba de hacerse preguntas. No, no iba a ser así, se dijo. Cuando lo de Rosario, él era un joven inmaduro, sin gran prestigio, y ahora tenía una sólida fortuna. Además, Caridad no era una aristócrata, sino la hija de Fernando Toledo, el viejo socio de su padre. ¿Qué hacer? Nadie con quién consultar, Frente a él una decisión mucho más difícil que cualquier negocio donde se jugaran miles de pesos.

“Las doce en punto y sereno”, desde la calle, el cascado grito del sereno le sacó de golpe, como un empujón, de sus cavilaciones. Sí, regresaría a la casa para verla, declararle su amor, proponerle matrimonio, se dijo resuelto. Luego, al acostarse y apagar la vela volvió a ver el rostro de Caridad con su tierna sonrisa.

Dos días después, con un pretexto cualquiera fue a la casa, pero ella no apareció mientras él conversaba con su padre. “Cari no se siente bien”, dijo Toledo sin ningún otro comentario. Tres días después en una nueva visita, ella tampoco salió. “Cari sigue sintiéndose mal”, le respondió Toledo a su pregunta y la desesperanza hizo presa en Fernando. “No le agrado”, se dijo, “no iré más a la casa”.

Caridad se recluía en su habitación no porque él le desagradase, sino por temor a encontrarse con un hombre a quien, desde el primer momento, había amado de sus pocos años. “Soy una niña y él una persona muy importante que jamás se fijará en mí”, pensó con la idea de que volver a tratarlo sería muy doloroso. En verdad, espíandole desde su cuarto, le había visto en las dos oportunidades en las cuales él estuvo de visita y cada vez le halló majestuoso, elegante, seguro.

Una semana después, rompiendo su decisión, Fernando retornó a la casa, pero a una hora inusual en que Toledo acostumbraba salir, y esta vez Caridad no tuvo tiempo ni posibilidades de esconderse. Ella bordaba encajes para las monjitas del convento de la Merced y en su turbación no pudo notar el nerviosismo de él. “He venido a invitarles”, dijo Fernando en un murmullo, “a usted y a su padre al paseo del domingo en la Alameda”.

El domingo fueron juntos a la Alameda en la calesa de Fernando y a partir de ese momento volvieron a salir en compañía de Toledo, a otros paseos y fiestas. Poco tiempo después, Fernando pidió la mano de ella y al finalizar el año se casaron en la Catedral, en una extraordinaria y lujosísima boda, recordada durante mucho tiempo, en la cual se sirvieron las mejores comidas y bebidas. Después de la ceremonia, los recién casados partieron hacia Nueva Orleans, invitados por Bruno. Fernando nunca había salido de Cuba y deseaba conocer otro país, ver cómo eran los negocios allí. Los días posteriores a la boda serían un buen momento, le dijo a Caridad, para tal viaje.

Viajaron en el vapor Louisiana y la primera noche a bordo fueron invitados a cenar por el capitán que descorchó una botella de champán en honor de los recién casados. Bebieron champán y vino rojo para acompañar un pavo al horno, especialmente preparado para ellos, y a las diez de la noche se retiraron.

El buque se mecía suavemente en un mar sereno cuando Fernando, alzando a Caridad en sus brazos, entró en el camarote, donde el olor de mar se unía al aroma de las rosas, gardenias y azucenas colocadas en grandes búcaros por toda la habitación. Luego, mientras ella iba al baño, él, desnudándose aprisa, apagó la luz y acostado aguardó ansioso. Sentía un enorme deseo, pero, sin lograr olvidar a su padre fornicando con la esclava, la idea de que no debía ser lujurioso como Francisco le torturaba.

Caridad vino envuelta en un largo ropón de seda y tímidamente se pegó a él, que sintió, a través de la tela, los pechos pequeños y firmes de ella. Con manos torpes le alzó el ropón, tocando una carne suave y tibia que se estremecía como las alas de un pájaro a medida que los dedos subían por las piernas, llegaban a las caderas y luego a los senos. Fernando quiso sacarle el ropón por la cabeza, pero, al enredarse la prenda de vestir en el cuello y los brazos de Caridad, él se puso aún más nervioso, sin saber qué hacer. Entonces, ella, parándose, dejó caer de un golpe la ropa y Fernando contempló, a la luz de la luna que entraba por la claraboya, un vientre poderoso bajo el cual se extendía un tupido bosque, tan extenso que sus lindes iban hasta la parte superior de los muslos, muy blancos y espléndidos como rugientes cataratas. Vestida, su joven esposa era bella, pero él nunca supuso que desnuda fuera tan excitante. Con rudeza la puso sobre la cama y comenzó a besarla violentamente mientras trataba infructuosamente de introducir su sexo en el de ella. Afiibrado, falto de experiencia, guiado sólo por su instinto, fue un mar furioso capaz de arrasarlo todo, hasta que, de repente, sintió que desde la nuca y por la espalda bajaba una irrefrenable ola de placer que, como inmensa burbuja, estalló entre sus piernas y le produjo un maravilloso goce, sustituido enseguida por un estado de satisfecho relajamiento que le hizo yacer inmóvil sobre Caridad.

Esa noche y en las siguientes, Fernando no pudo poseer a su mujer y, cuando desembarcaron en Nueva Orleans, Caridad era virgen aún y Fernando se sentía rabioso y culpable frente a ella, quien, sin decirle nada, le miraba con ojos de reproche.

Bruno los recibió en el muelle. Vestía elegantemente, a la moda, y por su piel muy blanca y sus ojos azules parecía un americano. “Cómo has cambiado”, le dijo Fernando admirado ante un hermano que no era ya el adolescente flacucho y desgarbado de La Habana, sino todo un hombre bien plantado, a quien, a juzgar por su ropa y el lujoso coche que los aguardaba, le iba muy bien. Cariñoso, Bruno abrazó a Fernando y besó la mano de Caridad. “No pensé que mi cuñada fuera tan linda”, dijo galanteador camino de su casa, donde se alojaron. Después de cambiarse y descansar, Caridad quiso dar un paseo por la ciudad. Fernando no lo deseaba, pero ante el ruego de ella y la insistencia de Bruno accedió de mala gana. Estaba tenso e irritado y apenas prestó atención a las explicaciones de su hermano sobre la ciudad y a las exclamaciones de Caridad, para quien todo era maravilloso y más lindo que en La Habana. Fernando había perdido el interés por Nueva Orleans y sólo pensaba en su próxima noche con Caridad. “Hoy sí podré”, se repetía mientras miraba con indiferencia a través de la ventanilla del coche.

Esa noche, Bruno invitó a cenar a varios hombres de negocios y a sus esposas. Algunos hablaban español (un armador de buques, ex capitán negrero, el gerente de la Casa Dawson, un banquero de origen francés) y lo hablado en inglés por los otros lo traducía Bruno con un dominio del idioma que a Fernando le pareció perfecto. Después del postre, los hombres quedaron solos y mientras bebían y fumaban conversaron de negocios. “¿Cuánto obtiene usted de ganancia por un cargamento de, digamos, doscientos negros?”, le preguntó a Fernando el armador. “¿A cuánto monta el interés sobre el crédito para una cosecha de caña?”, inquirió un hombre gordo y colorado a quien Bruno había presentado como propietario de grandes plantaciones de algodón. “¿En La Habana, cuántos bancos facilitan dinero?”, quiso saber el banquero. Fernando fue respondiendo y, a su vez, hizo preguntas. Algo conocía de los negocios en los Estados Unidos, pero allí, junto a aquellos hombres que, entre copa y copa de brandy, hablaban, con la precisión de un notario, de dinero, esclavos y mercancías, quedó muy impresionado por la eficacia y agilidad con que manejaban sus negocios. En la despedida, todos le invitaron a pasar por sus oficinas para conversar, con más calma, de actividades que podían ser mutuamente provechosas. Fernando prometió visitarles, y después, al retirarse Caridad a su habitación, se quedó con Bruno para tomar la última copa y comentar lo conversado. Bebieron más de una copa y a propósito él demoró la conversación. Luego, con paso inseguro y la cabeza dándole vueltas fue a la alcoba. Caridad estaba completamente desnuda, tendida boca abajo en

la cama y sus nalgas eran dos rosadas frutas que pedían ser mordidas. Fernando se estremeció y sin quitarse la ropa se echó sobre ella. Por fin, esa noche, después de varios intentos infructuosos, pudo poseerla brevemente.

La ciudad como tal no le agradó a Fernando, pero lo que durante la cena fue sorpresa se convirtió en admiración al visitar en los días siguientes, casas comerciales, bancos, agencias de seguro, haciendas. Lo prohibido en La Habana en la Unión era estimulado; si en la isla no existía un banco de crédito comercial, allí operaban varios, facilitando dinero a manos llenas. Aquélla sí era una forma de ganar dinero, mucho más de lo que se pudiera soñar en Cuba, se dijo Fernando, pero recordó su fracaso con las casas comerciales españolas.

—Eso es en España, acá es distinto y seguro —le dijo Bruno y Fernando decidió invertir en la Casa Dawson and Company y colocar una gruesa suma en dos bancos comerciales.

—Te proporcionarán buenas ganancias que te pondrán a cubierto de posibles pérdidas en Cuba — Bruno hablaba entusiasmado.

Fernando estuvo de acuerdo.

—Tienes razón y, sabes, si algún día, Dios no lo quiera —Fernando golpeó ligeramente con los dedos la madera de su sillón— la isla tuviera que separarse de España, la única opción posible, práctica y eficaz, es la unión a los Estados Unidos. Conservaremos los negros y duplicaremos las riquezas.

Una semana más tarde, Bruno les dijo adiós desde el muelle donde les recibiera. De pie, en cubierta, junto a Caridad, Fernando agitó la mano, despidiéndose de su hermano, sin saber que nunca más lo vería. Después tomó a Caridad del brazo y la condujo al camarote. Desde la noche de la cena en casa de Bruno no había podido, a pesar de sus esfuerzos, volver a poseerla y ahora en el barco, respirando el fresco aire de mar, sentía el deseo dentro de él, abrasándole, como agua hirviendo que pugnara por salir del recipiente donde se encontraba encerrada, y no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera su mujer desnuda. Ella se quitó la ropa lentamente y con mano hábil le ayudó a desvestirse, pero tampoco ahora él tuvo éxito en sus intentos. De madrugada, mientras Caridad respiraba suavemente a su lado, Fernando, insomne, se preguntó si su incapacidad para dominarse y tener relaciones con su esposa (“como Dios manda”, se dijo) no sería un castigo divino por ser él tan lujurioso como Francisco. Esa idea atormentadora le hizo odiar a su padre, y también a sí mismo.

Dos meses después del viaje, Caridad le dijo que estaba embarazada y Fernando respiró aliviado. Nervioso, atrapado entre un inmenso apetito carnal y sus sentimientos de culpa por aquella lujuria, pocas veces pudo poseer a su esposa en ese tiempo. Ahora, a partir del embarazo, ya no iba a sufrir con su irrefrenable rapidez sexual porque el padre Martín le había explicado lo inconveniente de molestar a la esposa con deseos de macho durante la gestación, pues existía el riesgo de que la criatura naciera deforme. Al pensar en la criatura, una nueva preocupación atormentó a Fernando, conocedor de los rumores de que él y sus hermanos nacieron fuera de plazo y con dificultades. “¿Correrá mi hijo esa misma suerte?”, se preguntó cada día hasta el nacimiento de Dolores Fernanda.

Con sus cuartos desiertos y tristes, los laberínticos y oscuros corredores y sus pocos ventanales siempre cerrados, la casona de los Lorente-Valle le pareció espantosa a Caridad cuando, a su regreso de Nueva Orleans, fue a vivir a ella con Fernando. La mañana siguiente después de instalarse, comenzó a recorrerla en compañía de un viejo criado y por la tarde aún no había concluido de revisar todas las habitaciones, muchas cerradas con llaves que nadie sabía donde hallar. “¡Horrible!”, exclamó Caridad al ver tanto descuido y se detuvo frente a una puerta de doble cerradura. “Ahí está el amo Francisco”, respondió el criado a la pregunta de ella. “Ábrela”, ordenó. “Sólo el amo Fernando entra ahí”, dijo el criado temeroso. “Ábrela te he dicho.”

Adentro reinaban las penumbras y cuando el criado descorrió la pesada cortina que cubría el ventanal ella vio a su suegro.

Francisco estaba sentado en un sillón, de cara a la ventana, y ni siquiera pestañeó al pararse Caridad frente a él. “Pobrecito”, dijo mirándole con ojos cariñosos. “¿Cuánto lleva así?” El criado movió los hombros: “Mucho”. Los dedos de Caridad tocaron el respaldo del sillón y se ensuciaron de polvo. “Que limpien esto ahora mismo, que lo limpien”, gritó y salió seguida por el criado. “¿Y aquellas otras habitaciones por qué están cerradas?”, dijo señalando unos cuartos más adelante en el corredor. “En ellas murieron don Gaspar, doña Luisa, el niño Modesto, doña Piedad”, dijo el criado en un susurro. “¿Pues que las abran ahora mismo y las limpien como Dios manda, ésta no puede ser una casa de muertos!”, exclamó Caridad y fue hacia la cocina, donde una negra de ojos hundidos la miró con desconfianza mientras trajinaba, cucharón en mano, entre cazuelas y sartenes. “Es Milagros, la cocinera”, explicó el criado. “¿No era María?” “María murió, su merced, ahora yo soy la cocinera”, la esclava se inclinó respetuosamente, sin dejar de mirarla. “Bueno, ¿sabes guisar a la francesa, como en Nueva Orleans?”, dijo Caridad recordando los maravillosos platos probados en casa de Bruno. “No, su merced, pero puedo aprender”, la voz de la negra era ronca.

Esa noche Fernando aceptó los planes de su esposa para transformar la mansión (“tan lúgubre”, dijo ella). No le agradaron y hubiese preferido que todo continuara como antes, pero era incapaz de negarle nada a Caridad.

Pronto en la casona hubo un intenso movimiento en un ir y venir de sirvientes por cuartos y salones, llevando y trayendo cuadros, cortinas, tapices. Se pintaron paredes, techos y los muebles de la sala principal y el comedor fueron reemplazados por otros nuevos. “Y esos dos enormes y horribles espejos del recibidor, quítenlos y en su lugar pongan cuadros alegres”, ordenó Caridad y fue a inspeccionar los arreglos en la planta alta. Allí, en uno de los cuartos más oscuros y apartados, vio un baúl dentro del cual halló mustios y tristes papeles, impregnados de humedad, algunos comidos por los ratones. “¿Qué es esto?”, se dijo al comenzar a revisarlos. Había facturas, recibos de compra-venta, correspondencia comercial y muchas cartas personales dirigidas a don Gaspar y a su padre Sancho Lorente (escritas en Madrid, Trinidad, Puerto Príncipe) mezcladas con algunas misivas para Francisco. Grande fue su asombro cuando al leer, por curiosidad, una de éstas supo que en un hospicio de franciscanos de Madrid vivía encerrado por loco, un tal Faustino Valle Rosique cuyo parentesco con Francisco no se aclaraba. La carta, enviada por el director del hospicio mucho tiempo atrás, sólo decía que el estado de salud del recluso era mejor (“ya no lame las paredes ni anda a cuatro patas ni grita en noches de luna llena, y dada su fortaleza es posible esperar alguna recuperación en el futuro”) y rogaba la ayuda siempre misericordiosa de don Francisco para el cuidado del enfermo y el mantenimiento del asilo.

Fernando movió los hombros con indiferencia al oír lo descubierto por Caridad. Nada sabía del loco ni tampoco de los papeles de aquel baúl. “Seguramente el abuelo Gaspar los guardó allí, quémalos si quieres”, dijo, sin darle importancia al asunto. Caridad no quiso. “No, esos papeles tienen valor. Quizá alguna vez sirvan para reconstruir la historia familiar y debemos guardarlos bien”, dijo con seguridad, “lo que sí mandaré al desván es ese horrible retrato colgado en la habitación donde naciste tú”. “¿El del abuelo Sancho?, siempre ha estado ahí.” Caridad volvió a hablar mientras tomaba las manos de Fernando. “Por eso mismo, aquí se necesitan cosas nuevas. ¿No viste la maravillosa mansión de Bruno donde no hay nada viejo?”

Los papeles fueron sacados del baúl, limpiados y guardados en las gavetas de un escritorio por la misma Caridad, que sólo quemó la carta del director del hospicio franciscano no sin antes anotar su nombre y dirección. “No es bueno”, se dijo, “que otros conozcan sobre locos en la familia, pero escribiré al hospicio, quizá ese infeliz todavía esté vivo y necesite nuestra ayuda”.

Caridad transformó y embelleció la mansión con un gusto y refinamientos tales que no eran de esperar en la hija de un comerciante en vinos.

—Si algún día tenemos un título de nobleza como quería tu padre, ésta tiene que ser la casa de un aristócrata —le dijo una noche a Fernando en la cama.

Fernando se recordó de Natividad.

—Ya tenemos un título en la familia y no nos ha servido para nada, sólo para disgustos.

Caridad llevó la mano de él hacia el vientre de ella.

—No importa. Toca —dijo y Fernando le acarició el vientre muy abultado—. Éste será varón y noble.

Fernando apagó la vela de la palmatória.

—Lo importante es ser muy ricos, lo otro es tontería —dijo mientras se quedaba dormido.

Esa noche Caridad se durmió muy tarde pensando en la criatura y en el futuro que deseaba para ella. “Será conde, eso es, y mucho más importante y conocido que todos nosotros, conde del Valle.”

Justo a los nueve meses de quedar embarazada, Caridad dio a luz a una hermosa niña y Fernando se tranquilizó. A pesar de todas las habladurías y comentarios sobre los extraños nacimientos en la familia Valle, su hija había nacido normalmente y era sana. “Se llamará Dolores Fernanda”, dijo Caridad con una firmeza que no dejaba dudas sobre la decisión, “Dolores por la virgen a quien le rogué tener una niña sana y Fernanda por ti y por papá”. El bautizo se celebró pronto y Fernando le pidió a Máximo Blanco que fuera el padrino de la niña. “Es un honor, un honor para mí”, Blanco le abrazó efusivamente, “ser compadre de mi socio y amigo”.

Apenas nacer la niña, Caridad decidió despedir de la casa a Manuel, el mayordomo español. “Es un haragán incapaz que sólo sabe azotar a los esclavos por gusto. Además, creo que nos roba”, le dijo a Fernando mientras se acostaban. “Debemos echarlo.” Él la miró y sin responder se puso su gorro de dormir. Caridad siempre le hacía sus peticiones al acostarse, cuando él se sentía más abochornado y culpable frente a ella, luego del nacimiento de Dolores Fernanda, por su repetida incapacidad para satisfacerla a plenitud como hombre. “Hazlo si te place”, dijo, “pero ¿quién lo sustituirá?” “Yo”, respondió Caridad y una semana más tarde tuvo en sus manos la administración completa de la casona, sin descuidar, por ello, la crianza de Dolores Fernanda a quien amamantó personalmente desde el parto. Destituído el mayordomo, quiso enviar al ingenio a dos esclavos que no le agradaban, uno de ellos el calesero.

—¿A Luis, el hijo de la cocinera? —dijo Fernando—, es joven y hábil.

—Precisamente por ser joven se muestra muy soberbio y respondón cuando se le manda algo. No me gusta.

—Pero hace poco me pidió permiso para casarse con una de nuestras negras —dijo Fernando no muy convencido, aunque él también consideraba orgulloso y poco sumiso al calesero sobre el cual había recibido quejas por pleitos con otros esclavos—, se le puede dejar en la casa y darle cualquier trabajo. Su madre está muy apegada a él.

—Aquí no hay otras tareas para él —el tono de Caridad fue resolutorio—, que vaya al ingenio un tiempo y si se porta bien allá lo traeremos de vuelta para que se case.

“¿Por qué el negro le es tan desagradable?”, se preguntó Fernando, nada gustoso de perder un excelente calesero, pero Caridad tenía, a veces, opiniones caprichosas y no era el caso discutir por un esclavo, se dijo.

—Haz como quieras.

Caridad le besó complacida.

—En su lugar se puede comprar al calesero que vende la viuda de Madrigal. Marcha definitivamente a España y ya no lo necesita. Dicen que es serio y capaz —dijo.

—¿Cuánto piden?

—Ochocientos pesos.

—Muy caro.

—No tanto si tiene experiencia y conduce mejor que Luis. Hace unos días la volanta casi se vuelca en el camino de la Vuelta Abajo por su culpa.

Fernando se sobresaltó al pensar en el peligro que pudo haber corrido su esposa.

—No sabía, no me dijiste nada.

—Estás muy preocupado por los negocios y no quise molestarte —dijo Caridad mimosa— sabes, si no compramos al calesero de la viuda pudiéramos probar a Félix. Es muy inteligente y ya ha manejado la volanta.

A Milagros, la cocinera, Caridad la sacó de la cocina y la puso a realizar otras tareas. “Guisa pésimamente y no conoce los platos franceses”, explicó y trajo una esclava nacida en Haití. A Francisco le rodeó de cuidados. Su cuarto se limpió diariamente y todas las mañanas ella misma iba a ponerle flores en un búcaro y sonriente le decía algo a su suegro que, inmóvil en el sillón, las pupilas muy abiertas, de ciego, la miraba como si ella no estuviese frente a él. Caridad, sin irritarse por aquella indiferencia permanente, volvía a la siguiente mañana con nuevas flores y su sonrisa.

—No sé por qué te ocupas tanto de la momia —le dijo Fernando al conocer de tales cuidados.

—Es tu padre y el abuelo de nuestra hija —respondió ella con pasión mientras se acostaban.

—Sí, ya lo sé —con un bostezo, Fernando se volvió hacia el otro lado de la cama y al momento los ronquidos borbotearon en su garganta.

Irritada por la indiferencia de su marido, Caridad no pudo dormir enseguida, pensando en Francisco, recordándole joven, fuerte, en sus visitas a la casa de Toledo, las manos siempre prestas a regalar caramelos y bombones o a levantarla en el aire hasta la cabeza de él donde ella veía su mirada tierna. Ahora tal recuerdo le hacía sentir cariño por el viejo, quien, desde la muerte reciente de Fernando Toledo, era el único abuelo vivo de la pequeña Dolores Fernanda.

La niña, antes de tiempo, comenzó a caminar y hablar, fuerte, sana sin ningún síntoma de la terrible enfermedad que la atacaría. A pesar de sus múltiples ocupaciones, Caridad estaba siempre a su lado, henchida de satisfacción cuando la pequeña era alabada por su belleza. “Es una bendición de la virgen, algún día será marquesa”, se dijo y comenzó a guardar todo lo relacionado con la criatura: sus primeras boticas y baticas, sus juguetes, un sonajero, una pequeña cruz de madera (benedicida por el Santo Padre) regalo de María Angélica, una gran muñeca de trenzas rubias, obsequio de Bruno. “¿Para qué guardas esas cosas?”, le preguntó Fernando. “Para cuando la niña sea una marquesa nos recordemos bien como era de pequeña”, contestó con orgullo. Al crecer el pequeño museo de Dolores Fernanda, Caridad se propuso ampliarlo e incluir también en él cartas y otros objetos, de ella misma y de Fernando, que tuvieran relación con su hija. “Para la historia Valle-Toledo”, le dijo radiante a Fernando y recordó las viejas cartas guardadas en el escritorio.

No satisfecha con transformar la casa, quiso también cambiar los hábitos de vida de su esposo que vivía, según ella, como un ermitaño, dedicado en cuerpo y alma a los negocios, sin hacer vida social. “Un hombre de tu posición debe relacionarse más”, le dijo una noche mientras comían. “¿Para qué?, conozco a todos y todos me conocen. Es suficiente.” “No ahora”, replicó Caridad imperturbable, “te conocen solamente en los negocios y deben verte más en sociedad. Además, yo me aburro mucho”.

Admirado, Fernando se preguntó cómo su joven esposa, criada entre monjas, en la soledad de un convento, se había transformado en aquella mujercita que deseaba vida social. “Cuánto has cambiado desde la boda”, le dijo medio en broma, mientras le besaba la mejilla tiernamente. “No, siempre he sido así”, respondió ella muy seria, “pero tú no me conocías bien”.

Fernando no accedió de inmediato y mucho trabajo tuvo Caridad para convencerle de ir, finalmente, el día del cumpleaños de la reina madre, al teatro Tacón, donde una compañía italiana cantaba Norma de Bellini.

Vestido desde temprano, Fernando esperaba en la sala a que su esposa terminara de arreglarse y al verla salir de la alcoba quedó deslumbrado. Ella llevaba un vestido negro, escotado, que resaltaba la piel muy blanca de su pecho, donde lucía un collar de esmeraldas, regalo de él en el primer aniversario de casados. Su talle, preso del miriñaque y tan fino como antes de dar a luz, parecía caber entre las dos manos.

—Qué linda estás —le dijo y quiso abrazarla, pero ella lo rechazó con suavidad.

—Vamos a llegar tarde.

Las grandes puertas del teatro, especialmente engalanado en honor del cumpleaños de la reina madre, estaban abiertas de par en par al llegar ellos momentos antes de comenzar la función. A prisa entraron y ocuparon sus butacas en la platea. Caridad recorrió con la vista el local que le pareció enorme. Todo era majestuoso, las altas paredes, los decorados en oro pálido, la enorme araña de cien candelabros, blanquísima, brillante como un diamante, que pendía de un techo abovedado. “Mira qué hermosura de lámpara”, le susurró al oído, pero él no miró la lámpara sino a ella. Esa noche, Fernando apenas prestó atención a la ópera, sin importarle la extraordinaria voz de la señorita Rossi en el papel de Norma o el final del segundo acto cuando el público se puso de pie y aplaudió a rabiar. Sólo tenía ojos para Caridad, para su pecho donde los senos eran dos palomas que se movían suavemente al compás de la respiración.

“Atiende la música”, le cuchicheó ella y con la boca le hizo un mohín cariñoso, “¿no te gusta la ópera?”. “Me gustas tú”, respondió él y le acarició las manos suaves y tibias.

Al regresar a la casa y apenas entrar en la alcoba, Fernando empezó a besarla mientras la desnudaba. Con furia, pero con tino, la fue poseyendo varias veces y sólo al amanecer se durmieron profundamente, satisfechos los dos por primera vez.

A partir de entonces comenzaron a salir con frecuencia. Fueron al teatro Tacón, donde Fernando alquiló un palco permanente (“toda la gente importante tiene palco”, dijo Caridad) al teatro Principal, al Diorama, a las Fiestas de la Filarmónica, en las cuales bailaban fandangos, valeses, contradanzas, a la plaza de toros y cada tarde paseaban en volanta por el Prado. Fernando olvidó las tensiones y disgustos de los negocios, a Francisco, a los Montero, a Rosario.

—Soy feliz —le dijo en la habitación mientras la sentaba en sus piernas. Ella le besó la boca y él, alzándola en peso la condujo hacia la cama donde la acostó con delicadeza.

—Hay algo que debes saber —dijo ella y le besó los ojos.

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

¿Por qué hay tanto humo en la calle, Modesto y repican constantemente las campanas? ¿Qué sucede? ¿Por qué todos van de aquí para allá como hormigas locas? Hormigas, las envían Fernando y el conde Montero para espíarme. Ellas me acechan para conocer mis secretos. Desde aquel agujero en la esquina están mirándome, siempre una de guardia, grande, de ojos redondos, antenas largas y finas, intentando averiguar si anteriormente hubo locos en mi familia, si mi tío le aullaba a la luna, si mi bisabuelo comía excrementos. La centinela recibe información de las exploradoras e inmediatamente envía noticias por el interior de los túneles de su cueva que comunican con la habitación de Fernando y, más allá, bajo tierra, con la residencia de los Montero. Ellos mandan a preguntar si yo estoy loco, pero yo finjo hablar contigo, Modesto, y nunca les revelaré el secreto de mi potente miembro, capaz de crecer hasta una vara de alto y partir, de un solo golpe, tres galletas marineras como hacía de joven en Cádiz, como bien saben Mercedes y todas las negras, mulatas y blancas que me forniqué, menos Piedad que nunca quiso saber de mi mulo cabeza de hierro ni cogerlo con las manos y mucho menos catarlo con la lengua, como Dios manda; las hormigas sí intentan conocerlo y medirlo, suben por mis pies, y sigilosamente trepan por la pierna cuando piensan que estoy dormido, pero yo nunca duermo, Modesto, sólo apago los ojos para poder

soñar y recordar, finjo dormir y mi mente está tan abierta como la entrada del hormiguero, y mis dos manos, vigilantes guardianes, cogen a los pérfidos insectos y los aprietan hasta destrozarnos, pero siempre escapa uno que da cuenta del fracaso y Fernando y Montero envían nuevos espías, esta vez moscas que ronronean alrededor de mi cabeza para atraparlos los pensamientos, pero yo cierro la mente, Modesto, también los ojos, igual que un muerto, para que nunca conozcan el secreto de mi habilidad en los negocios. Abro los ojos, las moscas siguen ahí, zumbonas, taimadas, tratando de entrarme por los oídos y yo les envío pensamientos como púas de puerco espín. Ellas retroceden, y al poco rato vuelven al ataque, capitaneadas por una gorda y oscura como una rata, seguramente alimentada por el propio Fernando, que quiere verme morir pronto y le ha pedido averiguar cuándo pienso fallecer; pero voy a vivir cien años más, hasta el día en que de noche haya sol en todas las calles; zzz dice la mosca gorda, zzz dicen atrás sus secuaces mientras se aproximan amenazantes, Modesto, entonces de la calle llega el humo, mandado por mis amigos (¿quiénes son?, Modesto, ¿quizá los mandas tú?), más negro que las moscas y todas huyen junto con las hormigas que han seguido vigilando y corren a dar la noticia del nuevo fracaso, Modesto, a Fernando y a Montero, quienes furiosos mandan a la rata, que sale por el hueco de las hormigas, la cola pelona, las patas de caballo, los dientes de cocodrilo, la rata, Modesto, ¿no la has visto?, ¿no te visita?, que abre la boca y me interroga sobre quién denunció a Clemente, claro que no fui yo, tú lo sabes, fue Fernando, Fernando rabioso conmigo porque le dejé nacer a los ocho meses y quince días, Modesto. Fernando que quiere quedarse con toda la fortuna Valle. Por eso asesinó a Clemente, te mató a ti y trata de acabar conmigo, Modesto.

“Santa María, madre de Dios”, arrodillado, la cabeza inclinada, Fernando repitió la plegaria del sacerdote, coreada por cientos de fieles en el interior de la iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje, “ruega por nosotros los pecadores”, el sacerdote hizo una levisima pausa y al continuar entre los congregados se alzó un clamor de súplica cuando repitieron: “Ruega por nosotros los pecadores ahora y en el momento de nuestra muerte, amén”.

Santiguándose Fernando dijo “muerte, amén” y se preguntó si sería posible que, cuando era tan feliz junto a su esposa embarazada y a su pequeña hija, él o alguno de los suyos pudieran encontrarse entre los castigados por Dios, ¿por qué? ¿acaso no era aquello un gran castigo del Señor por todos los pecados que, a diario, cometían los habitantes de la ciudad? Pero él no era un gran pecador, se dijo, ya no estaba poseído por la lujuria como Francisco, amaba a su familia, a nadie le hacía daño gratuitamente, y eso Dios debía verlo en el instante de elegir a los castigados. Ciertamente que, últimamente, apenas iba a la iglesia y se dejaba ganar por la ira y el afán de dinero, pero todo tenía arreglo, pensó, y se prometió enmendarse si quedaba vivo y si su mujer e hija no eran atacadas. “Virgen santísima, iré todos los días a la iglesia a rezarte y haré que te construyan un gran altar, pero compadécete de mí y mi familia”, suplicó, y dijo otra plegaria. Al concluir, la procesión ya estaba en marcha, al frente, en andas, una gran estatua de la virgen, de pie, hermosa, ricamente vestida, las lágrimas, talladas a la perfección, corriendo por su rostro de rosadas mejillas que parecía vivo. A su lado marchaban los sacerdotes, el viejo padre Martín delante de todos, detrás los monaguillos, esparciendo incienso y al final, con cirios encendidos en las manos, los feligreses que oraban en alta voz.

Afuera, a la salida del templo, un tumulto se produjo y la imagen de la virgen, llevada en andas, estuvo a punto de caer al piso por el empuje de cientos de fieles que no habían logrado ingresar a la iglesia durante la misa y ahora, atropelladamente, trataban de acercarse a la santa. Finalmente, el orden se impuso, la procesión continuó y al llegar a la Plaza del Cristo las campanas de las iglesias doblaron con voces que volaron sobre la villa como pájaros heridos. “Misericordia, señor”, gritaron en las calles y desde los balcones de las casas colindantes, “misericordia”, repitieron en la procesión, cada vez más larga, acrecentada con decenas de negras lavanderas que, en las aceras, aguardaron el paso de los blancos para unirse a la cola del desfile que ya arrastraba a cientos de personas.

Cerrado estaba todo: los comercios, las tabernas, sastrerías, casas de juegos, las puertas de las viviendas, en cuyas fachadas pendían crespones de luto, y pocos eran los que no se incorporaban al cortejo que, al llegar a la intersección de la calle Compostela se detuvo. Entonces un rumor, como de lejana resaca,

se escuchó y pronto se vio venir, procedente del templo de San Francisco de Asís, otra larguísima procesión, delante la imagen lacerada y sangrante del Cristo de la Vera Cruz con una mano de madera extendida en señal de perdón. Al encontrarse las dos procesiones los peregrinos cayeron de rodillas. “Sálvanos, Señor”, “haz un milagro”, “no nos desampares”, los gritos de súplica se oían entre los rezos y el tañir de las campanas, mientras el aire se espesaba con el humo traído por el viento desde el puerto y Extramuros donde se encendían fogatas para ahuyentar las miasmas y los malos espíritus.

Unidas las dos procesiones, con la virgen delante, tomaron por la calle Compostela hasta la pequeña iglesia de Santa Teresa, a la cual sólo unos pocos pudieron pasar para oír misa.

Entre los que no pudieron penetrar en el templo, a pesar de sus esfuerzos, estaba Fernando. Lentamente, pesándole las pisadas, retornó a la mansión donde le esperaba Caridad, a quien no le había permitido ir a la procesión aunque ella mucho lo quiso. “Con tu embarazo puede ser peligroso, es preferible que te quedes aquí con Dolores Fernanda”, dijo terminante y desde muy temprano fue a la iglesia del Cristo del Buen Viaje. Ahora, de regreso, se sentía abrumado. “Cómo puede cambiar la vida de un momento a otro”, pensó y volvió a considerar la posibilidad de la muerte. Atrapado por sombríos pensamientos llegó a la casona y al ver a su esposa llorando en la sala tuvo una angustia horrible. “¿Qué sucede?” “La niña tiene fiebres”. Ante el largo sollozo de Caridad, Fernando tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar él también (los hombres jamás lloran, le había enseñado su abuelo).

—No puede ser, no puede ser —exclamó y corrió al cuarto de Dolores Fernanda que, acostada en la cama, tenía el rostro enrojecido y sudaba febrilmente.

—Dios mío, ayúdame —la cabeza de Fernando cayó abatida.

—Hay que hacer algo —dijo Caridad conteniendo el llanto.

—¿Qué, qué?

—No sé... —Caridad buscó firmeza en su interior—. Ahora llamar al doctor Suárez Rey.

—Fernando alzó la cabeza y, por primera vez en muchos años, las lágrimas corrieron por su cara.

—Se va a morir —dijo entre sollozos.

—Dolores Fernanda no va a morir. Lo sé —gritó Caridad.

—¿Qué sabes tú?

Caridad apretó el pequeño crucifijo de madera, bendecido por el Santo Padre y enviado desde Roma por María Angélica.

—Algo me lo dice.

—No, no, nada se puede contra el cólera.

La Enfermedad, el Mal (así simplemente, con mayúscula) había iniciado su marcha mucho tiempo atrás en la India, pero su verdadera carrera comenzaba en Persia y Turquía, desde donde cabalgó con las tropas rusas, de regreso a sus tierras, luego de una feroz guerra contra el Imperio de la Sublime Puerta. Pronto estuvo en la vieja Tiflis, en sus sucias callejuelas y covachas, desde las cuales las deyecciones eran lanzadas a la vía pública para satisfacción de moscas y cucarachas. De Tiflis, saltando los muros del antiquísimo kremlin de Kazán, diezmó a los mercaderes de Nijni Novgorod, y poco después hizo su entrada triunfal en Moscú donde la aristocracia aterrada huyó al campo o a San Petersburgo. En Moscú, el Mal dividió sus fuerzas y mientras unas perseguían a los boyardos hasta la ciudad de Pedro, otras iban tras los húsares polacos derrotados por las tropas rusas y con ellos aparecían a las orillas del Vístula, asolando los guetos judíos para enseguida arremeter contra los palacios ducales. El Mal, convertido ya en Gran

Epidemia, traspuso las puertas de la Europa civilizada y un verano tan caluroso, que las carnes comestibles se descomponían a las pocas horas, se presentó en Berlín, Danzing y Hamburgo. Allí una de sus columnas navegó, sobre pequeños navíos, a Edimburgo y a la península escandinava, que supo de los malignos vómitos durante un invierno muy benigno en el cual la nieve no pudo cubrir los cientos de tumbas recién abiertas ni los cadáveres insepultos en aldeas que no tuvieron tiempo y gente dispuesta para enterramientos, porque todos huían a la vista de muertos y enfermos (“obra de Satanás”).

La Habana estuvo ajena a todo hasta que la prensa española y las primeras cartas llegadas del extranjero dieron cuenta de la aparición del Mal en París y Londres, donde en pocas semanas hubo más de seis mil muertos, sobre todo en el barrio pobre de Soho, según el diario madrileño La Noticia que citaba la intervención del primer ministro inglés en el Parlamento. “Pero a España no ha llegado”, dijeron algunos en La Habana, “ni llegará”, opinaron los más optimistas, “los Pirineos son una barrera infranqueable para cualquier mal”. Por cartas de un pariente en Cádiz, Fernando supo que, por el momento, en la península no había aparecido ningún síntoma de la Enfermedad, pero todos andaban muy agitados porque era voz pública que ya había alcanzado Marsella. Un comerciante español (escribía el pariente de Fernando) acabado de llegar de aquella ciudad, informaba que las autoridades francesas no atinaban en nada. Tantos eran los muertos en París que se había producido una verdadera especulación con los féretros y carrozas fúnebres, cuyos precios andaban por las nubes y sólo los ricos podían darse el lujo de comprar un ataúd y alquilar un carruaje decente para conducir a sus deudos al cementerio. El resto de la población debía contentarse con rústicas cajas de madera (a veces ni eso) y una carreta, usada frecuentemente para transportar varios cadáveres.

En realidad, concluía el pariente gaditano, nadie, ni en España ni en Francia, sabía cómo combatir la Enfermedad, divididos los criterios entre los partidarios de usar bismuto y cloro y los defensores de la quinina, y hasta de los baños de vapor. Lo mejor era, por supuesto, rezar mucho y ponerse en manos del Señor.

También Fernando recibió carta de Bruno. En los Estados Unidos no había la menor señal y nadie hablaba de tal Enfermedad, entregada la inmensa mayoría de la población a los trajines de la próxima elección presidencial. “Si no está en España ni en los Estados Unidos, entonces Cuba no corre peligro”, razonó Fernando, pero de todas maneras no pudo tranquilizarse y le contó sus temores a Caridad. Ella le miró serena mientras colocaba un ramo de rosas rojas en un gran florero. “Aquí nunca pasará nada”, dijo. Él sacudió la cabeza. “Quizá debiéramos irnos al campo por un tiempo.” “¿Al campo ahora con tantas cosas por hacer en la casa? Ni loca, además no hay la más ligera huella de ninguna enfermedad. La virgen nos protege. Esto no es Europa donde todos andan a la greña y Dios los castiga por eso.” Caridad colocó la última rosa en el búcaro.

Apenas un mes después, en un velero rápido, llegaba una noticia alarmante: en la frontera española con Francia se habían dado los primeros casos. Por ese mismo barco, Fernando recibió una carta de un tal Diego de Arana (un desconocido para Fernando, probablemente el último amante de su hermana) quien comunicaba que mucho se temía por la vida de Natividad, atacada, en París, por la Enfermedad. “Dios no permitirá que llegue aquí”, clamaron entonces los sacerdotes y las misas se sucedieron a diario en todas las iglesias, pero Dios no hizo caso de los ruegos y pronto el Mal entró en la villa, llegado, según se afirmó, no desde España sino en un barco de Nueva Orleans, cuyos marinos, sin presentar todavía los síntomas malignos, tuvieron tiempo para refocilarse con las prostitutas del puerto. De allí, antes de que los huesos de los marinos americanos se pudrieran en el pequeño cementerio habanero para extranjeros, que por protestantes y réprobos no tenían derecho a reposar en santa tierra católica, la Enfermedad asaltó a la ciudad, pronto aterrada por la cantidad nunca vista de muertes diarias. La Habana no sufría un huracán más, siempre terrible pero pasajero en veinticuatro horas, no un incendio destructor, sino la Gran Epidemia cuyo término y costo en víctimas humanas sólo Dios podría saber. La Enfermedad estaba en la ciudad, en las alcobas de los blancos, en los barracones y cuartuchos de los negros, especialmente en los barrios de Jesús María, La Salud (donde falleció la mulata Mercedes) y el Manglar, en los cuales los cadáveres de los negros enfermos eran tantos que carruajes y tumbas no alcanzaban para los entierros. Entre los amos blancos se lloraba a Julián Zavala, al marqués de Aguas Claras, a Rosario, a su esposo y a su madre, la condesa de Montero, cuyo esposo Jacobo también se debatía entre la vida y la muerte. Al conocer el fallecimiento de Rosario, Fernando tuvo dolor y confusión. ¿Aquel dolor era porque la amaba aún?, se preguntó y se dijo que no. Su sentimiento significaba condolencia por una persona conocida a la que quiso,

pero no amor. Su único y verdadero amor era Caridad, y a ella y a Dolores Fernanda debía ponerlas a salvo, costase lo que costase.

En la habitación de su hija, Fernando, controlando las lágrimas, se puso al lado de la cama y sus manos tomaron las de la niña. “Que no muera, Señor”, rogó con fervor y sus labios musitaron una plegaria. En ese momento tocaron a la puerta y entró Luis Sánchez.

—Malas noticias, don Fernando —dijo nervioso mirando con recelo hacia Dolores Fernanda. El contacto con un enfermo, lo sabían todos, era un gran riesgo.

—¿Qué pasa? —dijo indiferente Fernando sin soltar la mano de su hija.

—Del Trinidad acaba de llegar a revienta caballos Federicón el mayoral —Sánchez hizo una pausa para secarse el sudor que le mojaba como si fuera él quien hubiese llegado al galope.

—¿Y? —los dedos de Caridad apretaron su crucifijo.

—La epidemia, casi toda la dotación tiene el cólera.

—Dios mío —parecía que los ojos de Caridad miraban a un fantasma y no a Sánchez.

Fernando no hizo ningún gesto de sorpresa y sólo sus manos se contrajeron un poco. Sánchez, conocedor de lo desagradable de la noticia, quiso dar otra que, quizá, pensó, resultase bien recibida.

—¿Ya saben que el conde Montero se encuentra grave? -dijo.

Al responderle la voz de Fernando era la de un hombre viejo y agotado.

—Sí, ya estamos al tanto —dijo como si el asunto no le interesara y soltó la mano calenturienta de Dolores Fernanda.

En realidad, la enfermedad del conde, su posible fallecimiento, así como la epidemia entre los esclavos cuyas muertes podían significar miles de pesos en pérdidas, no le importaban en ese instante, abrumado como estaba, por la enfermedad de su hija. “Que se mueran todos los negros si eso salva a Dolores Fernanda, que se salve el conde si, a cambio, también se salva ella”, se dijo con amarga serenidad y de repente tuvo la idea de que, quizá, la enfermedad de la niña era un castigo por el gran pecado cometido al odiar profundamente a los Montero. “Virgen santísima, si Dolores se salva y el conde está vivo para entonces, te juro que iré a reconciliarme con él”, pidió interiormente y aquel pedido le hizo sentirse reconfortado. La virgen no podía, no podía, pensó, dejar de escuchar un ruego, como aquél que representaba el olvido de grandes odios y agravios. Por eso, al volver a hablar, la voz de Fernando era totalmente diferente, serena y optimista.

—Todo tendrá solución. La virgen no nos abandonará en esta hora tan difícil —exclamó.

Sentada en una butaca, Caridad volvía a llorar silenciosamente.

—Hay que llamar al doctor Suárez Rey —repitió.

—Que le manden a buscar enseguida —ordenó Fernando.

Sánchez fue en busca del médico, pero apenas acababa de partir cuando Félix, el nuevo calesero, pidió permiso para entrar en la habitación. Tenía los ojos enrojecidos como si hubiera llorado y la mirada titubeante.

—Su merced —dijo, mirando al suelo—, en la casa hay varios negros enfermos.

—¿Aquí ?!

—Sí, su merced, mi madre y cuatro más.

—Cristo, sólo eso nos faltaba —gritó Fernando y se derrumbó en un butacón.

El doctor Suárez Rey no pudo ir hasta bien avanzada la tarde. Muchos eran los pedidos de visitas a cumplir a veces adelantándose al cura, a veces con él, y por mucho que corriera en su viejo quitrín por toda la ciudad no le alcanzaba el tiempo para ver a tantos enfermos, la mayoría ya moribundos, a los cuales sólo podía reconfortar con palabras antes de que el sacerdote completara la tarea y les prometiera una vida más feliz en el más allá. Preocupados por un posible contagio, los amigos le pidieron que no viera demasiados casos o que, por lo menos, si su valor y conciencia le obligaban a tales visitas, no se acercara mucho a los enfermos y usara una máscara protectora. Suárez Rey, desoyendo aquellos amistosos consejos, explicaba que, de acuerdo con las más recientes investigaciones, la primera medida para evitar el cólera era rechazar el terror que la enfermedad suscitaba; si se vencía ese miedo instintivo, así como cualquier idea triste que se presentara al respecto, había poquísimas posibilidades, casi ninguna, de ser contagiado. Por supuesto, resultaba posible contraer la enfermedad (nunca por contagio), pero, siguiendo sus indicaciones, Suárez era enfático, el peligro se alejaba considerablemente. Al explicar su método, el dedo índice del médico se movía inquieto en el aire: beber vino mezclado con agua corriente, tener cuidado con las verduras, y sobre todo, nada de carnes duras, pescados ahumados o salazones, en especial aquéllas que ya tuvieran síntomas de putrefacción, Suárez Rey subía una octava el tono de la voz y miraba directamente a los ojos de sus oyentes.

“Nada de carnes putrefactas”, se repetía a sí mismo el médico, al llegar a la casona de los Valle donde inmediatamente le condujeron al cuarto de la enferma. Dolores Fernanda yacía en la cama, desfallecida y calenturienta. Poniendo el sombrero en una silla y sin quitarse la levita, Suárez fue hacia ella y le escudriñó largamente los ojos, le palpó el cuello y le observó el interior de la boca. Después, levantando la colcha que la cubría, le exploró el vientre y le hizo mover las piernas que Dolores Fernanda agitó sin dificultad.

Junto a la cama, Caridad y Fernando asistían angustiados al reconocimiento.

—¿Cuántas diarreas ha tenido la niña? —preguntó al terminar su examen.

Avergonzada por pregunta tan íntima, Caridad no supo contestar. Fernando fue a responder, pero el médico se le adelantó con una nueva pregunta.

—¿Cuántos vómitos tuvo?

—Dolores Fernanda no había vomitado ni una sola vez y ya iba para tres días sin realizar necesidades mayores.

De su chaleco, Suárez extrajo un pañuelo oloroso a agua de colonia se frotó cuidadosamente las manos con él y después se sirvió un vaso de agua de la jarra de porcelana que estaba sobre una mesita.

Caridad y Fernando le observaron con zozobra.

—¿Está muy grave? —Caridad tenía las manos apretadas, la cruz entre ellas.

—¿Se va a salvar? —la desesperanza estaba en la cara de Fernando.

Suárez se rascó la cabeza donde la calvicie sólo había respetado mechones de pelo a los lados y atrás.

—Esta niña no está enferma —los dedos del médico se deslizaron entre los mechones— es decir, no tiene el cólera.

De momento Caridad y Fernando no reaccionaron.

—¿No tiene la epidemia? —Caridad fue la primera en hablar.

—En lo absoluto.

—¿Qué tiene entonces? —Fernando no podía creer la afirmación del médico.

—Empacho, un simple empacho —el tono del doctor se hizo profesoral—. Una purga y dentro de unos días estará perfectamente bien.

—¿Y la fiebre elevada y la epidemia? —dijo Caridad dudando.

El médico se impacientó. Aún debía acudir a cuatro llamadas urgentes.

—El empacho, ya le dije, el cólera se produce con muchos vómitos y diarreas. Ustedes debieran saberlo.

Sin prestar atención a las palabras de Suárez, Fernando abrazó a Caridad.

—¡La niña está a salvo! —exclamó emocionado—. ¡Un milagro, un milagro de la virgen!

—Gracias, Dios mío —Caridad cayó de rodillas, las manos unidas en plegaria.

—Bien amigos, me esperan con urgencia en otras casas —Suárez quiso tomar su sombrero.

Caridad, poniéndose de pie, le detuvo.

—Doctor, tenemos negros enfermos.

El rostro de Suárez se alarmó.

—¿Hay más enfermos aquí? ¿Negros? ¿Por qué no me lo dijeron?

—Lo más importante era la niña —dijo Fernando.

—Por supuesto —asintió Suárez meditabundo— ¿Tienen vómitos, diarreas, dolores estomacales, fiebres altas?

Fernando y Caridad no habían visto a los enfermos, pero los otros esclavos decían que presentaban esos síntomas.

—Es la epidemia —Suárez no dudó.

—Dios mío —dijo Caridad intranquila—, ¿qué podemos hacer? También en la dotación del Trinidad se ha presentado la Enfermedad.

—Por de pronto, sacar de la casa a los esclavos enfermos y mandarlos a cualquier parte, al barracón, o a otro lugar, pero bien lejos de aquí. En cuanto a ustedes, será muy beneficioso que abandonen la mansión mientras dure la epidemia y se vayan a vivir fuera de la ciudad, a Guanabacoa, al Cerro donde los aires no son mefíticos —Suárez se puso el sombrero.

—¿No debemos hacer nada más? —Fernando volvía a recuperar la tranquilidad y la seguridad—. Algunos se están refugiando en las iglesias.

“Cuánta incultura y atraso en asuntos tan vitales”, pensó Suárez con disgusto y por la ventana abierta de la habitación vio un cortejo fúnebre que pasaba por la calle precedido por un sacerdote, que rezaba una plegaria, y varios monaguillos cuyos incensarios, rítmicamente agitados, despedían un tenue humo gris.

—¡Nada de eso, al campo! —exclamó imperioso y tomando la jarra de agua, vertió su contenido por la ventana hacia la calle en la cual algunos de los acompañantes del cortejo fueron salpicados— y, sobre todo, beber buen vino mezclado con agua, pero no ésta —Suárez señaló hacia la jarra vacía— sino corriente, preferentemente filtrada en polvo de carbón. Y nada, nada de rones o bebidas irritantes, especialmente en ayunas.

Caridad le miró ofendida.

—Aquí nunca bebemos esas cosas.

—Ya lo sé —Suárez suavizó su tono y repitió lo que siempre explicaba sobre la ingestión de carnes y la necesidad de tener mucho cuidado al comer legumbres y vegetales crudos, los cuales no debían probar, en absoluto, las personas de estómago débil.

—Pero si no comemos carnes, ni pescados, legumbres y vegetales, ¿de qué vamos a vivir? —dijo Fernando quien, desde que la epidemia estallara, era atormentado, sin saber la causa, por un hambre feroz.

—Miel, frutas bien lavadas, pan, leche fresca, queso —la nariz de Suárez olfateó el aire—, con menos de eso subsistió nuestro Señor Jesucristo.

—¿Va a examinar a nuestros negros? —la voz de Caridad fue suplicante.

—¿Los del ingenio? Están muy lejos.

—No, los de la casa, algunos son como de la familia —Caridad avanzó un paso hacia el médico.

Suárez miró su reloj y recordó las cuatro visitas pendientes y también el consejo de los amigos sobre el peligro del excesivo contacto con los enfermos.

—Mañana quizá —dijo evasivo—, hoy es muy tarde y ahora debo correr a casa del señor Montero.

—¿Cómo se encuentra? —Fernando no pudo reprimir la pregunta.

—Dentro de su gravedad, algo mejor —Suárez se dispuso a salir—. Sigán mis consejos, ustedes para el Cerro o Guanabacoa y allí nada de disgustos ni ataques de ira, los malos humores predisponen hacia la enfermedad. Los negros enfermos aquí los mandan bien lejos —al ver el gesto de contrariedad de Caridad, Suárez reflexionó—, es posible que, si tengo tiempo, pase a echarles una mirada donde se hallen. En cuanto a los esclavos de la dotación no puedo hacer nada. Que los atiendan en la enfermería de allá, aunque no creo que sirva de mucho y que Dios se compadezca de ellos.

Finalmente, después del verano, el cólera abandonó triunfante la vencida ciudad, dejando atrás más de siete mil muertos y, a través de España y Portugal, regresó a Europa para castigar aquellas ciudades que aún no le habían pagado tributo. A pesar de tantas víctimas y de los miles de pesos perdidos con la muerte de los esclavos, los habaneros respiraron aliviados los primeros vientos del norte. Las misas de gracias, organizadas por los sobrevivientes, comenzaron a sucederse y las procesiones salieron nuevamente a las calles para dar loas a Dios y la virgen por su misericordia al alejar el Mal.

Con la muerte de casi toda la dotación del Trinidad y de varios esclavos domésticos, la fortuna de Fernando sufrió un duro golpe que se unió a imprevistas pérdidas dejadas por el nuevo ferrocarril, donde había invertido una fuerte suma no tanto por afán de lucro como por contraponerse a Jacobo Montero y su grupo. Fernando aceptó con entereza aquellas desgracias a las cuales vino a sumarse la muerte, en Roma, de María Angélica, víctima del cólera que ya asolaba la Ciudad Eterna. Lo más importante, se dijo, era que él, Caridad y Dolores Fernanda se hubiesen salvado. Gracias a Dios, lo demás tendría arreglo y la fortuna se recuperaría con la ayuda de los amigos y socios. También Natividad estaba viva, milagrosamente, como ella misma escribía en carta desde París, en la cual agregaba que durante su enfermedad le juró a Dios perdonar todas las ofensas recibidas, en especial las de Fernando. Otra vez, volvía a quererlo y deseaba venir a La Habana para abrazarlo y conocer a Caridad. Fernando guardó aquella carta en su escritorio y meditó sobre lo inesperado del destino del hombre, hoy saludable, mañana fallecido, ayer medio muerto, hoy sano, como Jacobo Montero, a quien la muerte no quiso llevarse cuando ya le daban por perdido. Sin embargo, el conde, todos lo comentaban, más amargado, despreciativo y hostil que nunca, hubiese preferido morir con sus familiares, de los cuales sólo se salvaron su hijo menor Leopoldo, su nieta, la hija de Rosario y su primo, Roberto Montero. Al pensar en el conde, Fernando no olvidó la promesa hecha a la virgen y se dijo que le visitaría en la primera oportunidad.

Poco a poco, al igual que con los ciclones, los habitantes de la ciudad, como hormigas de un pisoteado hormiguero, fueron recuperándose y a los seis meses ya nadie mencionaba la Enfermedad, y para fines de año se aprestaron a celebrar la Navidad. El embarazo de Caridad era muy avanzado y Fernando

decidió no partir al ingenio, como todos los años, sino quedarse en La Habana durante las fiestas. Su decisión fue correcta porque el 24 de diciembre Caridad dio a luz a dos hermosos gemelos.

—¡Qué maravilla! —exclamó Fernando y besó a su esposa en la frente—. Les llamaremos... —dijo, dispuesto esta vez a decidir el nombre de sus hijos, pero ella le interrumpió poniéndole cariñosamente un dedo en la boca.

—Fernando por ti y mi padre, y Francisco por el tuyo —le dijo juguetona.

—Demasiados Fernandos y Fernandas en la familia —gruñó él.

—Entonces Gabriel por el arcángel y Francisco por san Francisco de Asís. Soy muy devota de los dos.

Al ir a celebrar el bautizo de los gemelos, Fernando se dijo que era el momento de visitar a Montero. El conde le recibió en una oscura habitación en la cual entraba, a través de una ventana enrejada, la opaca luz de un atardecer invernal. Vestía de frac negro y a sus pies descansaba un mastín de piel moteada y grandes orejas.

—Señor Valle —con indiferencia Montero estrechó levemente la mano que le tendía Fernando y le invitó a sentarse—, ¿a qué debo el honor de su visita? Le advierto que no me interesa conversar de ferrocarriles.

Desconcertado, Fernando no supo qué contestar al comprender de repente la imposibilidad de explicar que, por una promesa a la virgen, venía a reconciliarse con su enemigo.

—Usted y yo —dijo indeciso— hemos tenido diferencias. Yo he venido a pedirle que las olvide y me considere, desde hoy, su amigo.

El conde elevó el mentón y Fernando vio la misma mirada, despreciativa, que le había lanzado años atrás en la iglesia.

—No sé a qué diferencias se refiere señor Valle —Fernando tuvo un estremecimiento de ira que fue aumentando a medida que Montero hablaba—, en cuanto a amigos, los poco que tenía los perdí, junto a mi familia, en la epidemia —Montero respiró con dificultad, como si el recuerdo de lo pasado le fatigara—, y no sé por qué debo aceptar nuevas amistades ahora que sólo deseo recordar a mis muertos. Usted debe de estar en un error.

La ira se convirtió en humillación y en un nuevo odio al oír las últimas palabras del conde.

—¿Acaso, por su actual posición económica usted necesita de mi ayuda? —dijo el aristócrata y Fernando se contrajo como si le hubieran pegado con un látigo.

—Por supuesto que no, señor Montero. Acabo de cometer un error y no se repetirá. No lo dude —Fernando se puso de pie y el perro gruñó.

—Así lo espero, señor Valle —el conde acarició al perro que volvía a gruñir.

Mientras salía de la casa, acompañado de un esclavo, Fernando no cesaba de reprocharse aquella visita y en su interior insultó al conde. “Viejo hijo de puta, cabrón, debiste haberte muerto, pero ya me las pagarás.”

Ah, no veo, no veo, ¿qué tengo sobre los ojos? ¿dónde estoy? Quiero moverme y no puedo, ¿dónde estoy?, quiero recordar, recuerdo el toque de las campanas, lejano, muy lejano, la procesión que pasa, ave María bendita, unos blancos que me miran, sin acercarse mucho, llévensela dice el largo y flaco parecido a un aura tiñosa, no me lleven, quiero decir, pero no puedo, tengo la boca pegada con saliva

negruzca, vienen un negro y un mulato, ¿quiénes son?, ah, Miguel y Félix, hijo mío, no dejes que me lleven, Miguel no lo permitas, está muerta, pobrecita ya descansa, ¿estoy muerta?!, ¿dónde estoy?, recuerdo, me envuelven en un saco de cañamazo, no me envuelvan, hijo mío, no me envuelvas, me cubren la cabeza, me levantan entre los dos, me lleva, no me lleven. El saco se corre y puedo ver el piso de la carreta donde me ponen junto a otros negros cubiertos y sin cubrir, la pobre, ni siquiera tiene un ataúd como Dios manda, ¿estoy muerta, Félix?, no alcanzan con tantos fallecidos, de nada sirvió mi resguardo, el de los amos sí, ni la nganga, pero ellos son amos, la carreta camina tirada por un mulo flaco que no quiere mirar hacia atrás ni a los lados, sólo al frente, uno de los negros de la carreta, dientes de tiburón, limados, se vira y su mano cae sobre mi pierna, quita la mano negro viejo, no responde, negro sucio, quiero halar la pierna, no puedo, no se mueve, ¿dónde estoy?, en la calle veo a ikú disfrazada de mendiga que se ríe con su boca sin dientes y, transformándose en aura tiñosa, se posa sobre el carretón. De repente el aire se llena de humo y sonidos de campanas. Ah. “Cuando el aire humee y los tambores de metal suenen por todas partes, los tuyos te echarán entre los iguales a ti que no son tuyos y te llevarán ayudados por el mulo y yo me reiré”, dijo ikú. Ya estoy muerta, cruzaré el mar, encontraré a mi familia, a Osombo, a María. Muerta, la carreta se detiene, muerta, ikú vuela lejos y a mí me llevan hacia un hueco profundo y oscuro, como cueva de ratones. ¿Ya me van a enterrar? Esperen, aún estoy viva, adiós madre, el cura no me ha bendecido, no me despedí de los santos ni les hice ofrendas, no entregué la nganga, esperen, adiós, aayy, madre, ayyyy. Me tiran, igual que agua sucia, caigo en el fondo del hueco, pero no siento dolor por la caída, sólo el deseo de descansar, ah, el negro viejo del carretón se derrumba, aplastándome, no quiero descansar con este hombre que no es de mi tierra, es ibibi, lo siento, huelo su piel, su pelo, no puedo ver, pero sí oler, recuerdo el olor de mi madre, suave, dulce, el de mi padre, el de Mmbo, duro como un cedro, respiro el olor a mierda de la gran canoa donde me trajeron, el olor agrio, rancio del amo Francisco. Ah, Francisco, ojalá se te pudran todos los huesos sin volver a oler tu tierra, ah, la primera paletada cae, el ibibi rueda y me deja libre, otra paletada, los terrones cubren mis piernas, el pecho, voy a descansar, la boca, voy a dormir y soñar, mis ojos se cubren, ah, no veo ...

Ah, sueño, mucho tiempo, soñé que me despertaba, ¿dónde estoy?, no puedo respirar ni mover el cuerpo, no necesito respirar, la tierra se aparta, se deshace en pedazos resacos dentro de la boca, con mucho esfuerzo me levanto, poco a poco, no puedo, no puedo, el negro ibibi, me hala hacia abajo y me enseña sus dientes de tiburón manchados de tierra y sangre, me va a comer, lo empujo, ayúdame Olofi, dame fuerzas, lo empujo, lo empujo, sus huesos se desmoronan y se hunden más en la fosa.

Ah, en la lengua tengo sabor a tierra, escupo, pero la saliva no sale, sólo el viento pasa a través de la garganta y con él floto, como el polvo, soy polvo, subo, subo, allá abajo en un hueco oscuro se quedan dos negros y una negra igual a mí, con la boca abierta llena de tierra agusanada que no me puede mirar porque en los ojos le están naciendo dos maticas.

Grazna ikú, vestida de aura tiñosa, y yo agarrada a su graznido, que repite el eco, salgo volando sobre las tumbas y por arriba de una gran procesión en la cual, en un coche negro, rodeado de curas y seguido de muchas volantas, llevaban acostado al doctor Suárez Rey cubierto de flores blancas. Junto a la procesión, con un cirio en la mano, iba Félix. Hijo, le dije, pero él siguió de largo sin responderme.

Ah, quiero ir a mi tierra, grité pero ikú no quiso y con su chillido me condujo a otro lugar. Pasamos la casa de los Valle, déjame buscar al amo Francisco, pedí a ikú y ella dijo no con el pico; cruzamos cerca del puerto en una de cuyas tabernas se emborrachaba el capitán Rojas, ah, maldito capitán, dije, pero no pedí permiso para buscarlo porque mucha prisa llevaba ikú. Volamos arriba del palacio de los capitanes generales que, alumbrado por los últimos rayos de sol, se veía rojizo, y justamente al pasar sobre la puerta de entrada, por la cual salía el capitán general, ikú abrió el fondillo y le cagó con fuerza, ah, yo también lo hubiese hecho, pero no podía, no era ave, no era nada, sólo viento. Aprisa seguimos por los barracones de los bozales en las cercanías de palacio y después el suave resplandor de la ciudad se fue quedando atrás mientras volábamos en la oscuridad, transformada ahora ikú en lechuza de ojos como lunas, que relucían al mirarme.

Ah, en la distancia vi luz en una gran torre y luego pequeñas luces que se movían de un lugar a otro. ¿Qué sitio es éste?, sé que ya estuve aquí alguna vez, dije, pero la lechuza sin responder desapareció y desde el alero de un barracón me observó un murciélago espectral.

Ah, sí, era el ingenio Trinidad y el hombre enorme que avanza con un látigo en las manos es Federicón el mayoral y aquél de pies grandes como botes, Remigio el rancheador y aquellos dos negros, Evaristo el contramayoral y Mateo, su ayudante y el hombre amarrado a una escalera es, ah, Obamoó mi hijo.

—Oye, negro hijoputa, vas a hablar o no —el látigo del mayoral muerde, igual que un perro fiero, la espalda desnuda de Obamoó que se retuerce y grita, ah—, mono de mierda, habla —el mayoral se seca el sudor y el látigo del rancheador se enrosca en la piel de mi hijo, ay, una, diez, cincuenta veces, ah, ayyy—, habla, maricón, habla —ah, qué pasa, qué debe decir Obamoó, qué has hecho, hijo.

—Mejor dínos qué negros se iban a alzar contigo —la voz del mayoral le golpea.

Ah, un alzamiento,

—Dilo, ya lo sabemos todo, pero queremos oírlo de ti, cabrón. Dale tú, Evaristo, dale duro.

—Sí señor.

Un alzamiento, Obamoó, hijo, contra los blancos no se pueden hacer alzamientos, mejor prepararles trabajos como yo.

—Dale más duro Evaristo o quieres que te dé a ti.

—Sí señor, no señor.

Ah, no le den más, no le den, me acerco, trato de ayudar a Obamoó, pero sólo puedo soplar como el viento y refrescarle las heridas por las cuales corre la sangre.

—Este negro está emperraó, tráiganme un cartucho de pólvora.

—Ah, Federicón ¿qué vas a hacer?, mayoral ¿qué vas a hacer?

—Ahora veremos si habla o no, échenle un cubo de agua para revivirlo que se desmayó, así, ya, dame el cartucho, agárrenlo.

—Hijo mío.

—Ahora ábranle bien el culo.

—¿Qué vas a hacer mayoral?

—Le metemos el cartucho por el culito, encendemos la mecha y si en contando diez no ha dicho nada irá a hacerle compañía a todos sus puñeteros antepasados monos, así, el culo bien abierto.

—Al señor Fernando no le va a gustar que le matemos un esclavo.

—¿No nos autorizó para hacer hablar a los negros de cualquier forma?, entonces, mira, mira, el cartuchito que te va a hacer volar.

—Ah, ikú, ayúdalo, haz algo, hijo.

Ah, la lechuzza graznó y voló allá arriba en lo alto, entre la luna y nosotros, y se fue acercando lentamente en círculos hasta pasar sobre Obamoó.

—Te lo meto, hijoputa.

—Señor.

—¿Qué, coño?

—Éste no se mueve.

—¿Y qué?

—Creo que ya se murió.

Ah, ikú lo levanta, él me mira y se sonrío sorprendido, ah, ella se lo lleva volando y yo me les uno. Ah, volamos juntos lejos, muy lejos, rumbo a la costa.

Con gran boato se celebró el primer cumpleaños de los gemelos en una fiesta dada en la casona Valle. “Traigan lo mejor, y no escatimen nada”, ordenó Fernando, y el día anterior comenzaron a llegar barricas de ron y vino, carnes, viandas, frutas. Por la mañana, mientras la familia iba a misa, en una volanta ricamente engalanada, tres lechones, abiertos al medio y cubiertos con un mojo de naranja agria, ajo y perejil se colocaron sobre las brasas de la cocina, donde, al mismo tiempo, se cocinaban carneros, pollos, pescados. “¡Ésta será una fiesta para recordar siempre!”, exclamó orgulloso Fernando y miró a sus dos hijos. Con sus cabellos rubios y los ojos verdes aguamarina de Caridad eran hermosísimos. Lloraban, reían y hacían sus necesidades al unísono y los dos chupaban con la misma fuerza de los senos, henchidos de leche, de la madre que, satisfecha, sentía en los pezones oscuros los tirones de sus bocas. Mamaban incansablemente y luego dormían, ahítos como animalejos, durante largas horas. “Maman mucho, traeré a una negra para darles el pecho”, dijo Fernando, pero Caridad no quiso. Eran sus hijos y los amamantaría mientras tuviera leche y fuerza.

Sin abandonar la administración casera, Caridad criaba a los gemelos y a Dolores Fernanda que, en aquella época, comenzó a preocuparla. La niña era hermosa como un arco iris, alegre e inquieta como un pájaro, pero, desde el día en que la llevaron, por primera vez, al cuarto de los recién nacidos, lleno de gente que no le prestó atención a ella, empezó a mostrarse retraída. Poco a poco fue dejando de hablar y por último sólo respondía con monosílabos (no, sí, yo) cuando se le preguntaba algo. Preocupada, Caridad se lo dijo a Fernando. “Cosas de la infancia, ya se le quitará”, contestó él y fue a la habitación de los gemelos.

Dolores Fernanda no sólo dejó de hablar sino que también empezó a detenerse, igual que su tío Modesto, años atrás, en los corredores oscuros de la casa, sin que nadie pudiera hacerla moverse aunque la llamasen ofreciéndole dulces o juguetes. “La niña tiene algo”, le dijo Caridad a Fernando. “Yo la veo sana y sonrosada.” “No está bien”, insistió ella cuyo instinto materno le decía que algo muy raro pasaba. Tanto persistió que trajeron al médico, no a Suárez Rey, muerto de cólera en los últimos días de la epidemia, sino al joven doctor Santana quien después de su examen no halló mal a la criatura, sólo un poco delgaducha. “Aire de campo”, sentenció, “y todo irá bien”.

Enviaron a Dolores Fernanda al ingenio Trinidad acompañada de un aya francesa tomada poco antes por Caridad, en contra de la voluntad de Fernando. “¿Para qué queremos a nadie de la calle y además extranjero?”, protestó, “si tú no tienes tiempo, una negra puede encargarse”. “Los negros son brutos, y en mi ausencia a mi hija debe cuidarla una persona inteligente”, contestó Caridad terminante, “además así hacen las familias de los condes de Lombillo y de Bainoa y también las de Nueva Orleans”.

En el Trinidad, a Dolores Fernanda la alojaron en la misma habitación donde estuvo Modesto. Paseando con el aya, montando a caballo volvió a hablar poco a poco y cuando regresaron a La Habana, conversaba como antes, normalmente. Caridad la recibió con lágrimas en los ojos. “Mi hijita, mi hijita”, le dijo abrazándola. Alegre, Dolores Fernanda contó lo que había hecho en el campo y después, conducida por sus padres, fue al cuarto de los gemelos.

Dolores Fernanda recuperó el hablar, pero semanas más tarde comenzó nuevamente a pararse, inmóvil, en lugares oscuros. Al encontrarla, un atardecer, en un cuarto solitario y vacío de la casona, las manos sobre la boca, la vista fija en un hueco del piso, en el cual creyó ver, por un segundo, los ojos acechantes de una rata, Caridad tuvo un ataque de nervios. “Ay, Dios mío, qué es esto”, gritó y a la carrera sacó de allí a Dolores Fernanda. “¿Por qué el aya no estaba con la niña?”, dijo agitada y furiosa y la asustada mujer le confesó que, a veces, Dolores Fernanda se le escapaba y luego aparecía en los cuartos vacíos. “Maldita casa, con tantas habitaciones oscuras y feas y además con ratas. En mi casa nunca hubo

ratas”, el furor de Caridad fue en aumento, esta vez contra la casona y Fernando. “Es imposible”, dijo él, “después del cólera se hizo una limpieza total y acabamos con todas”. “Pues en ese hueco yo vi una y pudo haber atacado a la niña”, sostuvo ella. Molesto, Fernando ordenó buscar la rata o las ratas donde quiera que estuviesen y exterminarlas. Por toda la casa se armaron trampas, ratoneras, se colocaron venenos, pero días más tarde ningún roedor había sido capturado. “Te confundiste”, dijo Fernando y ella le miró encolerizada. “Le vi los ojos y además, ahora oigo sus chillidos”, reafirmó Caridad que, en las últimas noches, creía escuchar el ruido de animales, moviéndose en la casa. “Entonces vamos a encontrarlas de una vez”, los labios de Fernando se cerraron disgustados. Ese mismo día, tres esclavos, armados de picos y palas, fueron al cuarto donde Caridad creyó ver la rata y comenzaron a abrir el hueco. Era muy hondo y estrecho, pero en él no había, por lo menos al comienzo, señales de animales, aunque sí, a los pocos pasos, apareció una fila de hormigas, salidas de un agujerito lateral. Los sirvientes continuaron escarbando y finalmente, después de romper muchas piedras de cantería y pisos en varias habitaciones, descubrieron que la cavidad desembocaba en la alcoba de Francisco quien les recibió con su mirada ciega. En cuanto a la rata no había la más ligera huella de ella en todo el trayecto recorrido.

“Era una rata así de grande”, los brazos de Fernando se abrieron en abanico y su risa fue burlona. Entonces Caridad estalló furiosa como un vendaval. Aquella horrible casona seguía siendo insoportable a pesar de todos los esfuerzos de ella por arreglarla y alegrarla. No era posible vivir entre tantos corredores oscuros, cuartos vacíos y antiquísimas paredes sin ventanas que sólo rezumaban humedad y tiempo. Por vivir así había enfermado Dolores Fernanda. “¿Qué tiene que ver el empacho con la casa?”, Fernando estaba sorprendido por el tono de su esposa.

Caridad no hablaba del empacho, sino de la actual situación de la niña, siempre silenciosa y mustia, como si estuviera afectada con la atmósfera que se respiraba allí, cargada, desagradable. Ella lo sentía en su propio cuerpo. “Bueno, es cierto que el aire que nos llega no es el mejor”, concedió Fernando, “pero siempre lo he respirado y soy un hombre saludable. Aquí nacimos todos nosotros y mi madre y mis abuelos”, la voz de Fernando era conciliadora, y creo que hasta mis bisabuelos”.

“Y también murieron aquí, entre ellos Modesto. ¡Ésta es una casa de muertos!”, después de exclamar aquello, Caridad se contuvo al ver el rostro contrariado de Fernando. “¿Y qué vamos a hacer?”, dijo él. “Irnos para otra mansión.” “Eso cuesta demasiado”, la terquedad comenzó a dominar a Fernando y Caridad jugó su última carta. “Si ocurre una sublevación de esclavos aquí estamos en gran peligro, quizá en otro lugar estaríamos más seguros”, dijo conocedora de que apenas una semana atrás Federicón el mayoral del Trinidad le había dado noticias a Fernando de extraños movimientos y secretes entre los negros del ingenio. Nuevamente volvían a correr rumores por la ciudad sobre la posibilidad de un gran alzamiento negro propiciado, esta vez, por agentes ingleses en La Habana que alentaban la libertad inmediata de los esclavos. Frunciendo la frente, Fernando dio unos pasos por la habitación. Caridad sabía que cuando se ponía así lo mejor era callar y dejar que hablase. “Bien”, dijo después de un largo silencio, “cambiaremos de mansión, pero ¿para dónde?” “Mi amor”, Caridad le abrazó y lo besó mimosa, “pudiéramos ir al Cerro, para allá se está mudando mucha gente de valer porque los aires son más sanos y no hay tantos negros en los alrededores. ¿Recuerdas lo bien que estuvimos allá cuando la epidemia?” Fernando la miró inseguro. “Pero aquélla era una casa alquilada y muy pequeña.” “Ahora construiremos nuestra propia casa, una gran mansión. Ésta la podemos vender o arrendar para que alguien se quede con sus muertos”, dijo Caridad y le volvió a besar sin ver que Dolores Fernanda les observaba, silenciosa, desde la puerta.

Ah, cuando la oscuridad comienza a esconderse bajo la tierra y la luz a caminar sobre ella, la lechuza parte con la luna y llegamos al mar, cerca de una gran ceiba. Ah, Obamoó y yo miramos las olas azules, tranquilas de espumas blancas que vienen de mi tierra y nos invitan a regresar en su compañía. Ah, me inclino, beso el agua con un beso de aire y de ella sale un pez majestuoso, ojos de mujer, cola de pavo real, cuerpo rojo como el sol con una mancha negra en la aleta, que abre y cierra la boca al contarme la muerte de mi padre en una guerra contra los hombres ibibi, quienes se llevaron a mis hermanos para venderlos como esclavos. Ah, ah, grité furiosa a través del viento oscuro. La mar se encrespó y en el cielo restalló un rayo color sangre. Ah, ah, el odio, negro machete, cortando el aire.

Ah, volé a una rama de una ceiba y allí estuve hasta que la mar y el cielo volvieron a ser azules. Desde lo alto de la ceiba, vestida de aura tiñosa, me observaba ikú con sus ojos inmóviles. En la playa Obamóó jugaba con las olas. “Vamos”, me dijo y una gran ola le besó las manos, “quiero partir ya”, “vamos”, dijeron el pez y las aguas, “vamos”.

Ah, miro la ceiba donde la tiñosa agita las alas y se prepara a volar tierra adentro. Ah, bajo una ceiba como aquélla estaba guardada mi nganga y me halaba con toda su fuerza. Ah, sí, aún debía hacer muchos trabajos aquí, aún algunos Valles vivían, reían, disfrutaban y debían pagar por todo, aún tenían a Félix con ellos. “Vamos”, grita Obamóó y avanza a través del agua.

Ah, Félix, hijo mío, no puedo dejarte, “vamos madre a nuestra tierra”, ah, Obamóó, hijo mío, quiero pero no puedo, “quédate”, ordena la nganga, “quédate”, pide Félix mientras duerme, “te matarán madre”, ya estoy muerta Obamóó, “nunca descansarás, regresa a tu tierra, a donde están tus sepulturas”, quiero pero no puedo, debo salvar a Félix, “vamos”, debo hacerles daño por siempre a los Valle, ése es mi camino, “adiós madre, algún día, algún día, regresarás”, adiós hijo mío, adiós.

Ah, Obamóó se une al agua que le acaricia y parte con el pez. Ah, nunca más le vi; en la ceiba el aura tiñosa chilla al emprender vuelo y yo regreso tierra adentro con ikú.

Este año, Modesto, voy a morir. Ayer lo soñé. ¿No te ha pasado por la mente, a ti, a quien dan por muerto, la idea de la muerte? ¿Qué habrá más allá? ¿A quién encontraré? Difícilmente a mis padres porque apenas los conocí y no podré identificarlos, por mucho que deseara, entre tanta gente. No quisiera ver a mi tío, que me crió desde pequeño, pues de seguro me reclamará una cuenta sin saldar y que nunca le abonaré. Entonces, ¿a quién veré? ¿A mis familiares cubanos? Bastantes años sufrí a la fea y mojjigata Piedad para tenerla otra vez de compañía, y Francisco Joseph y Clemente volverán a molerme la paciencia con sus constantes peleas. ¿Continuaremos allá cómo aquí? No puede ser. ¿Qué sentido tiene entonces hacer viaje tan corto y tan largo si el decorado es el mismo? Probablemente me aguarda el Señor para pedirme cuenta por ciertos pecadillos y yo trataré de huirle y esconderme en algún sitio si es que allá hay tales escondites. Estoy blasfemando, Modesto, y no debo. Por supuesto que el Señor conoce cada rincón de su pradera y nada escapa a sus ojos. ¿Será en verdad una pradera, una hacienda con árboles frutales y caña? Pero si hay caña habrá esclavos. ¿Los habrá? Que Dios me perdone, Modesto, pero estoy seguro que sí. ¿Dónde si no va a meter a los negros bozales, salvajes y brutos como animalitos? Quizá algunos negros, los menos estúpidos, anden sueltos, alimentándose de las frutas del Señor. ¿Qué crees tú, Modesto? ¿Nunca has soñado que te morías? En mi sueño de ayer, cuatro personas sin rostro, pero a quienes conocí por las voces, Piedad, Gaspar, Clemente y Francisco Joseph, me llevaban a través de una doble hilera de árboles frutales hasta un lugar amurallado de ladrillos blanquecinos, y rejas metálicas, el camposanto, me dije, y atravesando una enorme doble puerta coronada de ángeles seguimos un camino de gravilla hasta una gran cripta negra en forma de pirámide, sobre la cual en letras blancas estaba escrito “Valle”. Aquélla era, Modesto, mi sepultura y me preparé para descansar y soñar, pero entonces desperté y vi que todo era sólo sueño y advertencia de mi próxima partida.

A veces, raramente, pero a veces, y que la Iglesia me perdone, creo que quizá no encontremos nada después. Quizá sea como si navegara solo, sin hallar a nadie, en un bote por un inmenso lago cuyas orillas no se divisan. Así siempre, hasta rogarle al Señor que el bote se hunda para descansar de la soledad que me aprisiona, igual que ahora en esta habitación. Quizá, Modesto, el Señor se compadezca de mí, olvide mis pecados, y sin hacer que el bote se hunda te siente a ti en la popa y nos permita conversar para siempre. Pero, si tú estás muerto, según dicen, ¿no estarás ya en el bote y yo, muerto, te hago compañía? ¿No será esta habitación el gran lago y este butacón el bote?

IX

Los entendimientos torcidos no pueden captar esto. Interpretan los símbolos literalmente.

AUGUSTO ROA BASTOS

—Cuál fue tu camino? Cuéntanos.

Ah, por extraños lugares regresé en busca de la nganga y al encontrarla su espíritu me pidió romper nuestro pacto. Era el espíritu de un ahorcado por matar a su esposa infiel, pequeño, de voz rajada, hecha con pedazos de muchas voces que antes estuvieron dentro de un árabe traficante en esclavos y en decenas de cuerpos más. Estaba cansado y quería volver al monte para descansar, convertido en palma. “Me voy”, dijo con un soplo de aire frío y vi la fatiga de todas sus vidas juntas, más grande que la de una mula vieja cargada cada día durante mil años. “¿Y el caldero y las otras partes de la nganga?”, pregunté. “Esta noche, Miguel el mayordomo de Osombo recibirá, dormido, la orden de buscarlas y enterrarlas en una cueva de bibijaguas”, respondió él mientras partía, dejándome sola. Entonces sentí la fuerza que me halaba hacia el sitio donde yo debía permanecer largo tiempo: la casa de los Valle.

En su busca fui, guiada por sus esclavos constructores aún gimientes, de quienes salían emanaciones oscuras, duras, tristes, como las tiñosas, los latigazos, las sepulturas. También me llegaron los fluidos de sus moradores. Negro en Francisco, Carmelita, Fernando, blanco puro el de la señora Caridad, morado, la niña Dolores. A medida que me aproximaba iba recibiendo más y más emanaciones, de los sirvientes, del aya francesa, y dos muy unidas entre sí, pero diferentes: una roja sangre, quemante como el sol, del niño Frasco que quemaría a todos, y otra violeta débil del niño Gabriel que se quemaría de dolor. Casi a las puertas de la mansión sentí, igual que un aire fresco, el amarillo vida y el verde monte de mi hijo Félix. Llegaba en la calesa y yo le rocé con mi aliento. “Félix, hijo”, dije y él volvió la cabeza sin verme.

Penetré por una ventana y lentamente recorrí la planta baja. En la sala, Caridad jugaba con Dolores Fernanda que me miró asombrada sin saber quién era yo ni por dónde había entrado. Dejó de jugar y se mantuvo inmóvil siguiéndome con la vista mientras yo daba vueltas alrededor.

Ah, los otros no, pero Dolores sí era capaz de verme, y lloró cuando, haciéndole una mueca, extendí los brazos hacia ella.

—Lola, ¿qué te pasa, por qué lloras? —dijo Caridad alarmada.

Dolores escondió la cabeza entre los brazos de su madre.

—Allí, allí —dijo y sus dedos señalaron el rincón oscuro y vacío de la habitación donde estaba yo.

—¿Allí qué? —los ojos de Caridad sólo vieron sombras—. Hija, no llores más.

Ah, yo también había llorado mucho y era el tiempo de que ellos lloraran.

—¿Por qué hacer daño?

Ah, era necesario.

—No se debe hacer daño. Dios no lo quiere.

Ah, ah, Dios, a mí me mandaba Lugambé.

—¿Te manda ahora?

Ah, ah,

—¿Te manda? Contesta, no te vayas.

Ah, ah, no, no, eso fue entonces, antes de ser perra y estar en la nganga del congo.

—¿Viste a Lugambé?

Una vez.

—¿Qué te ordenó?

Hacerle daño a los Valle.

—Dios es misericordioso. Te perdonará. Oraremos por ti.

Ah, Ah

—No te vayas, continúa.

En su despacho hallé al señor Fernando, alegre, satisfecho. Escribía y yo le grité con toda la fuerza del aire que giraba dentro de mí, “Fernandooo asesino”. No pudo oírme, pero la pluma se le resbaló y un borrón de tinta se hizo sobre el papel. “Mataste a Obamó”, volví a gritar y esta vez se puso muy intranquilo, como si algo le mortificara. “No puedo concentrarme”, oí que pensó y tirando nervioso la pluma se fue de la habitación. Ah, no iba a dejarle en paz y le seguí. No caminé mucho porque en el corredor me atrajo el resplandor de Francisco. Ah, el aire se enfrió a mi alrededor, el chacal, la hiena asquerosa miraba hacia el lugar del puerto donde me bajaron a latigazos del sucio barco. Qué gusto encontrarle así, moribundo, ver su dolor.

“¿Eres tú Modesto?”, dijo al sentirme. No, no es Modesto, soy yo maldito, le dije y lentamente le fui envolviendo, igual que el bejuco al árbol, apretando, apretando, mientras llamaba a ikú, entonces comenzó a fallarle la respiración, “me ahogo”, dijo, abriendo la boca en busca de aire y yo entré por ella para terminar de ahogarlo por dentro, “me muero”, muérete, chacal, ah, ikú vino y se detuvo en la ventana, el pico levantado.

Ah, ah, no morirás tan rápido, debes sufrir mucho más, le cuchicheé al oído convertida en mosca zumbona, y sus ojos se desorbitaron enloquecidos, volveré todos los días, todas las noches, para que cada hora sufras y mueras un poco más, estaré en tus sueños con horribles pesadillas, confundiré tus ideas hasta la locura, miserable.

Ah, el aleteo de ikú se fue perdiendo a lo lejos y salí al corredor de ventanas abiertas, a través de las cuales la luna amarilla me daba fuerzas. A su luz vi el espíritu del joven Modesto parado en un rincón frente a extrañas sombras, zigzagueantes, como dedos agitados en el aire, formadas por los espíritus de un

hombre, un tigre, un pájaro y una lombriz, hablando, rugiendo, cantando, arrastrándose. Al joven Modesto, prisionero de aquellas sombras, le volví a encontrar en mi siguiente estancia en la casona, como perra, parado en el mismo sitio y muchas muertes y nacimientos se sucedieron antes de que pasara a otro plano convertido en paloma.

Ah, ¿dónde estarán Osombo y María?, me dije y continué mi deambular.

—Salud, rey —escuché y una luz cegadora me envolvió haciéndome retroceder. Frente a mí, Osombo, fulguraba intensamente, pero no fue al calesero a quien vi sino a un gran sacerdote, engalanado, en su mano el bastón de mando.

—Salud, rey —repitió mientras me acariciaba con su calor—, te esperaba kani.

Ah, ¿rey?, yo era, había sido esclava, pero nunca kani.

—Rey y muchas otras existencias tuviste. Mira aquí —dijo, mostrándome la palma abierta de su mano derecha, iluminada por plateados destellos que se transformó en un espejo en el cual vi todas mis vidas anteriores.

Ah, en la primera, era yo un poderoso monarca cuyos dominios abarcaban infinitos bosques, infinitos ríos y lagunas, miles de súbditos e incontables guerreros que, por mis órdenes, mataban a quienes no se sometieran o no pagaran a tiempo los tributos. Rodeado de guardianes andaba por el palacio, siempre receloso de la traición y de que alguna voz quisiera suplantar la mía, la única autorizada por los dioses para volar y ser escuchada en la inmensidad de mis tierras y más allá. Eso vi en el espejo y también las noches junto a mis reinas, quienes me acariciaban el cuerpo con sus lenguas pulposas, una la boca, otra el pecho, la tercera los muslos. Ah, qué placer sentir la maestría de mi reina preferida que con su boca prodigiosa, palpaba mi flecha hirviente, la mordía tiernamente, tironeándola, tragándola poco a poco, hasta hacerla desaparecer entera tras la humedad de sus labios. Maravilloso ser rey. Cuántos momentos agradables me fueron revelados por el espejo antes de enturbiarse. Entonces, entre sombras, un puñal descendió sobre mi cuerpo dormido y la sangre del monarca, mi sangre, se derramó, enrojeciendo el cristal y manchando la mano que empuñaba el arma, la mano del amo Francisco, mi gran sacerdote, primer consejero. Ah, cuánto lo odié al verle reír y escupir sobre el cuerpo que ya se enfriaba, satisfecho de su traición y de su próximo ascenso al trono.

Por mucho tiempo el líquido rojo empañó el espejo por el cual pasaron oscuras imágenes de confusas vidas hasta que, poco a poco, en un lento gotear de sangre al suelo, se fue aclarando y me vi cruzar transformado en un gordo mosquito, tan hinchado por el mucho picar reses en la orilla del río que no tuve rapidez para escapar del pico del pato que, en un recodo de la corriente, me engulló de golpe.

Un pato me tragó y pato fui más tarde, hermoso, grueso, satisfecho, hasta que un cocodrilo, acechante y astuto, escondido en las malezas de la ribera, vino hacia mí, semejante a un tronco a la deriva, y con una rápida dentellada obtuvo mi cuerpo y mi vida. También fui cocodrilo, fuerte, temido en toda la comarca y viví tantas lluvias como gotas de agua hay en la laguna, alimentándome de patos, garzas, y de hombres ahogados o de los que, vivos, me eran echados desde tierra por otros hombres para calmar a los dioses y propiciar la buena suerte. Qué agradable carne, tan jugosa y tierna que pronto la preferí a cualquier otra y por ella morí, atragantado con el niño al que quise engullir de un solo mordisco.

Durante un instante que pudo significar mil años no hubo imágenes en el espejo, pero luego aparecí, entre luces y colores, vestido de sacerdote, reverenciado como el ser más sabio, y rodeado de fieles cuyas lágrimas al morir yo, en paz por primera vez, mojaron la mano de Osombo que tembló cuando me vi en ella, sable en mano, en una tierra enrojecida por los muchos guerreros decapitados por mis hombres que se aprestaban a encadenar a las mujeres y niños prisioneros.

—¿Fuiste guerrero?

Lo fui, peleador, valiente, de dientes afilados.

—¿Mataste a muchos?

Maté, robé, vendí esclavos en la costa.

—Continúa.

Ah, en la resplandeciente mano de Osombo vi todas aquellas vidas más y también la de perra y confusos girones de mi partida junto al cochero. Quise ver más, pero Osombo cerró la mano, el espejo se quebró y cientos de cristales luminosos brillaron y desaparecieron, como centellas, llevándose trozos de mis existencias.

—Vamos —le oí decir a Osombo y me condujo a la planta alta.

En un cuarto oscuro, doña Piedad, temblorosa, rezaba una plegaria y sus manos transparentes cubrían las sombras de su desnudo cuerpo. Yo la miré con lástima.

—Aún cree que está viva y tiene miedo de Francisco —el sonido, procedente de Osombo, era fosforescente.

En un rincón vi destellos informes, descoloridos chispazos que saltaban y giraban en remolinos sin dirección ni sentido, semejantes a una nube de mosquitos.

—Son espíritus muy antiguos y atormentados —la fosforescencia de Osombo se hizo débil— de personas que murieron aquí antes de construirse la mansión. Presos del espíritu de la casa no se han podido ir de este lugar y sufren enloquecidos porque no se les permite reencarnar ni tampoco descansar para siempre.

—¿Qué hubo antes aquí?

—Un barracón.

Los atormentados giraron más fuertemente, chocando entre sí, atropellándose, cayendo y levantándose. Por un momento, aquella nube enloquecida se acercó a nosotros, pero Osombo, con un gesto, la hizo retroceder hacia su rincón donde volvieron a empujarse y yo, a través del confuso remolino de sus cuerpos, escuché tristes lamentos.

Recordé a doña Luisa y a don Gaspar.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Viven en otros cuerpos.

—¿Y María, por qué no está contigo?

—Fue para siempre al monte —el espíritu de Osombo se transformó en un fino hilo de luz que lentamente se apagaba.

—Aguarda ¿adónde vas?

—Al monte, María me espera.

—Llévame contigo.

—No ha llegado tu tiempo.

—¿Cuándo llegará?

Osombo refulgió y por última vez lo sentí a mi lado.

—Cuando, junto al valle, a tu último tronco la luz se le convierta en oscuridad. Estallará el rayo, verá la centella pero no oírás el trueno. Entonces, montada en él, regresarás al monte de tu tierra, pero hasta ese instante continuarás unida al árbol que te ahoga —la luz de Osombo se fue difumando en el aire, como humo.

—Un momento, por favor, ¿cuándo desaparecerán los malditos Valle?

Desde más allá de la oscuridad llegó el sordo sonido de una voz semejante al correr de un lejano río.

—Al maldecir al monarca el tronco principal caerá derribado por seis fuegos, pero ya sus hojas se habrán dispersado por los caminos junto con nuevas semillas que hincarán sus raíces en ajenas tierras, pero tú no verás nada, porque entonces ya estarás conmigo —la luz se apagó—. Adióos kani, adióos Mwale.

Reyes traga el canapé que, al desaparecer en su inmensa boca, parece un pececito devorado por un gran pez.

—Inmejorable este caviar —comenta y se relame de gusto.

—Sí, es bueno —el doctor Garriga también saborea otro.

—No está mal —Carmen termina de masticar y con sus dedos regordetes en los cuales brilla una sortija de amatista toma un rollito de jamón y lo lleva a la boca—, ¿dónde lo consiguen?

—¿El caviar? Lo traen directamente desde Nueva York, comprado en Lausson and Lausson a un precio muy alto, pero que pagas gustoso para disfrutar lo mejor. El jamón es de la Casa Patín.

Carmen mastica suavemente, traga y toma un pastelito de hojaldre relleno de queso.

“Si sigue comiendo así pronto su figura, apretada bajo la faja, pero hermosa hasta ahora, se convertirá en un saco de papas”, piensas.

El hielo se agita en el vaso, cuando Rosario lo alza y bebe su gin-fizz.

—Siempre me ha maravillado el buen gusto de los Valle para elegir las cosas —el hielo resplandece al mismo tiempo que la sonrisa de Rosario.

Sí, los Valle han tenido mucho gusto para construir sus palacetes, éste de Miramar, el del Vedado y, antes en el Cerro.

—¿Vivieron los Valle en el Cerro? —Carmen saborea ahora una ruedita de huevo con queso.

—¿Quién no vivió en el Cerro? En el siglo pasado todos tuvieron mansión allí —Rosario exhibe el orgullo de alguien cuya familia posee una historia de más de cien años y radicó en el lugar indicado en el momento preciso, en este caso el lujoso y floreciente Cerro, centro de la alta sociedad, no el actual barrio de pobres.

—Creo que el primo del padre de mi tatarabuelo por línea materna fue el primero de la familia en tener una quinta allí.

—¿Quién?

—Jacobo Montero.

—El conde Casa Montero —Rosa se sorprende.

—Sí —el vaso de Rosario se mueve gozoso en su mano.

—No sabíamos que tuvieras un antepasado conde —Reyes hace una venia—, señora, la condesa.

—Lo supe hace poco —responde Rosario, ahora con modestia—, el título pasó a un descendiente que, a finales de siglo, se fue a vivir en España.

“¿Quién lo hubiese pensado”, te dices, “Rosario descendiente de un Montero”. Tu amante proviene de los antiguos enemigos de los Valle. ¿Sería Rosario Montero tan hermosa como su lejana pariente Rosario Estupiñán? No haces comentarios y saboreas un martini seco. Desde su asiento, Torrente les mira. Ha estado silencioso casi todo el tiempo, bebiendo scotch on the rock, sin apenas comer.

—¿Los Valle construyeron en el Cerro antes de la Conspiración de la Escalera? —pregunta.

—Sí, efectivamente, Fernando y Caridad comienzan la mansión antes de la represión desatada por el general O'Donnell que significó tortura, prisión y muerte para cientos de negros y mulatos, procesos judiciales y hasta destierros para algunos blancos.

—¿Se vio la familia afectada por la conspiración? —Torrente parece un fiscal en juicio.

“No, por supuesto que no. Afortunadamente en nuestros ingenios no hubo contratiempo. Por lo visto, los negros no eran maltratados en las propiedades de Francisco Valle.” Así contestaste, aunque no estabas muy seguro de la respuesta.

—¿Dónde construyeron ustedes su mansión? —Rosario te mira a través de su vaso.

—Aquí, en la Calzada Real, cerca de las mansiones de Máximo Blanco y de los condes de Santovenia haremos la casa —desde el quitrín, Caridad señala la quinta de los condes, más allá de la cual se ve la de Blanco, y Fernando observa una mansión que comienza a levantarse un poco más lejos, sobre un recodo del camino.

—¿Qué construcción es aquella? —pregunta.

Caridad no sabía, pero esa misma tarde Fernando averiguó. La mansión era para el conde Montero que había decidido recluirse fuera de la ciudad con su hijo, su nieta y un nieto.

—No podemos construir en ese lugar —dice Fernando al acostarse y Caridad hace un gesto de asombro.

—¿Por qué no? Es un hermoso sitio.

—Ahí vivirá Montero y no quiero estar cerca de él.

Caridad termina de quitarse el vestido y se queda en enaguas.

—¿Hasta cuándo vas a mantener ese rencor contra el conde?

Fernando se detiene en su movimiento de quitarse la camisa.

—Es el conde quien me odia y desprecia.

—Cualquiera que haya sido su falta ya la ha pagado con la muerte de su hija —Caridad deshace su peinado y el pelo, muy largo, le cae sobre los hombros—. ¿La quisiste mucho?

Fernando arroja la camisa sobre una silla y calla. Caridad se le acerca.

—Querer te quiero a ti. Ella me gustó y nada más.

—Olvida al conde y construyamos allí —Caridad le besa el pecho.

—Imposible.

Caridad se aleja unos pasos.

—Si no es allí no me mudaré —su voz es desafiante primero y después melosa—. Al Cerro va todo lo que vale y brilla, Los Santovenia, tu compadre Blanco, todos. Si tanto te molesta el conde, moléstalo tú a él y haz una mansión más lujosa que la suya.

Fernando la mira contrariado un momento, pero enseguida la atrae hacia él.

—Está bien —dice y la besa en la boca.

—La más hermosa —musita ella.

Pronto comenzaron las labores de desbroce del terreno donde se alzaría la mansión de los Valle. “La haremos a mi gusto”, dijo, Caridad, “con jardines extensos, un gran patio central, amplias ventanas para que la luz entre por todas partes, vitrales azules... sí, azules, es mi color favorito, rodeada de un soportal al cual se abrirán las cámaras de la planta baja”. “Nos costará una millonada”, refunfuñó Fernando. “No te arruinarás”, Caridad le hizo un mimo, “hasta ahora hemos vivido en la casa Lorente, sombría, horrorosa”, Caridad se puso seria. “La primera morada de los Valle tiene que ser diferente y la mejor, cueste lo que cueste.”

Sólo detalles faltaban a fines de año para hacer habitable la mansión. A través de una recta avenida, flanqueada por framboyanes rojos, se iba a un jardín donde las rosas, los jazmines y los geranios convivían con olorosas enredaderas de bignonias y piscualas, en cuyo centro un pastorcillo, petrificado en el mármol de una fuente, derramaba por un caramillo un chorro de agua sobre un estanque cubierto de helechos reales. Tras el jardín, la casona de dos plantas: majestuosa puerta de cedro, zaguán de vitrales, patio árabe, salas y cámaras de pisos marmóreos, ventanas luminosas y una escalera con molduras de caoba en el pasamanos que conducía hasta las alcobas, encristaladas y de balcones corridos, de la planta alta.

—¿No es linda? —dijo Caridad extasiada.

Por primera vez llevaba a Dolores Fernanda, pero la niña, silenciosa, no se entusiasmó con la mansión.

—Es maravillosa —afirmó Caridad sin prestar atención al desinterés de su hija.

—¿Mamá qué es eso? —con el dedo Dolores Fernanda indicó un grueso árbol, casi en el límite de la posesión, colindante con los terrenos del conde Santovenia.

La misma pregunta pero con un sentido de sorpresa, se la hizo Caridad al arquitecto de la casa meses atrás, después del desbroce del terreno, un día en que ella había ido a ver los primeros trabajos de construcción.

—Una ceiba, señora. Un árbol muy común en el campo. A mí me gusta y me parece que su grandiosidad entonará con la futura mansión —el arquitecto se detuvo vacilante—, por eso no quise tumbarla con las demás matas que hubo aquí. ¿Ha visto alguna igual?

Decenas de ceibas había visto Caridad en el cafetal de su padre, en los caminos de los Güines y de la Vuelta Abajo, pero ésta era diferente, no tanto por las enormes dimensiones de tronco y ramas, muy superiores a las de otras ceibas, sino por el color de las hojas, de un verde más oscuro, y las raíces, gruesas, nudosas, semejan a dedos retorcidos, clavados en la tierra como garfios.

—Si lo desea mandaré que la corten —dijo el arquitecto.

Caridad dudó. El árbol le recordaba, por lo imponente y feo, a un pulpo gigantesco, pero algo en él, quizá su reciedumbre, la atrajo.

—No, déjela ahí. Cuando la casa esté terminada veremos.

—Es linda —dijo Dolores Fernanda y caminó unos pasos hacia la mata sobre cuyas ramas más altas, iluminadas por la luz del sol poniente, una tiñosa, largo el cuello de jirafa, las alas, prontas al vuelo, les observaba acechante.

Muy ocupado en los negocios, Fernando apenas tuvo tiempo para seguir la construcción y dejó todo en manos de Caridad. Al final estuvo de acuerdo con lo hecho pero encontró que la cantidad de dormitorios era excesiva.

—¿Para qué necesitamos tantas alcobas? —dijo mientras conversaba con Caridad en el jardín de la mansión.

—La familia puede crecer —satisfecha, Caridad acarició con la mano su vientre.

—Aun así sobrarían.

—Tenemos que estar preparados para recibir visitantes —Caridad cortó una rojísima rosa y la miró a trasluz como si fuera el vino de una copa.

—¿Visitantes? Nunca recibimos a nadie —la indiferencia estaba en la voz de Fernando.

Caridad se volvió hacia él.

—Tengo el presentimiento de que pronto recibiremos gente —la rosa se movió en la mano de Caridad— ¿no has pensado que quizá vengan Natividad y Bruno o regresen Francisco Joseph o Clemente?

—A Natividad y Bruno no les gusta la isla. Francisco Joseph y Clemente están muertos.

—Nunca obtuviste confirmación.

—Ha pasado mucho tiempo. Si estuvieran vivos hubiesen escrito o habríamos recibido noticias de ellos —Fernando recordó las últimas y contradictorias versiones sobre las andanzas de sus hermanos en la insurgente América hispánica. Estaba convencido de la muerte de Francisco Joseph en combate, pero ¿y Clemente? Desde su viaje a Venezuela nada se había vuelto a saber de él.

—¿No te gustaría verlos? —los dedos de Caridad pasaron sobre los pétalos de la rosa.

“¿Deseaba verlos otra vez?”, se preguntó Fernando. Quizá a Francisco Joseph sí, pero a Clemente no. Ya bastantes problemas había provocado y su presencia en La Habana podría producir nuevos conflictos con las autoridades. Además, se dijo, cualquiera de los dos o los dos juntos podían reclamar su parte de la fortuna familiar después de la muy cercana muerte de Francisco, incluso con él vivo si demostraban su decrepitud y casi locura. No, no deseaba ver el regreso de sus intranquilos hermanos, se respondió.

—Por supuesto que sí —dijo.

—Pues estoy segura de que uno de los dos regresará. Me lo dice el corazón —al apretar Caridad la rosa, una espina le pinchó un dedo del que brotó sangre.

—No es nada —dijo—, las rosas son así, te dan perfume pero te pueden herir.

Ah, aquí en los rincones, en las habitaciones oscuras donde el sol apenas entra por falta de ventanas o porque las ventanas están cerradas, me siento a gusto, vigilo la casa y a todos sus ocupantes. Al atardecer salgo, voy a la sala, recorro los pasillos, entro en los cuartos. A veces el enjambre de sombras enloquecidas se acerca, sin tocarme, y me sigue en mi recorrido. Busco a Fernando, le rodeo y concentro toda mi fuerza para que se cargue de influencias negativas. Poco a poco, el temor, la inseguridad, le van llenando hasta que inclina la cabeza, agobiada por sombríos pensamientos y, abandonando lo que hace, camina intranquilo, con la sensación de que todo le saldrá mal, de que sus socios le traicionarán. Perturbado, se rasca la cara, como un animal picado por avispas, agita la cabeza, alrededor de la cual revolotea, vibrando, la nube de espíritus atormentados que descarga sobre él sus emanaciones de tristeza y locura. El corazón se le agita a Fernando, la sangre se le envenena. Va en busca de Caridad y sólo verla y

entrar en contacto con el blanco plata que sale de ella comienza a serenarse. Nada puedo contra el fluido de colores, muy puros, que sale de Caridad pero cuando no está presente me acerco a sus hijos. Dolores Fernanda mientras más me mira más silenciosa se queda y después pasa días enteros sin hablar, su mente concentrada en mi recuerdo. Me pego al niño Gabi que llora mucho y llorará siempre. Del niño Frasco sale un rojo sangre muy fuerte. Me rechaza y no se deja dominar. Algo muy poderoso le protege. No importa, alguna vez el rojo le cegará y yo estaré cerca.

Cuando se hace noche voy en busca del amo Francisco. Animal inmundo, le dije al meterme en su cerebro y le mezclé las sensaciones, los recuerdos, los convertí en pesadillas en las cuales se vio de esclavo en un ingenio. “Ay, ay”, gritaba mientras era azotado por el mayoral, ah, “cuenta los latigazos sin equivocarte”, ordena el mayoral, uno, en la espalda, dos, en las nalgas, tres, cuatro, cinco, ah, seis, ocho, “te equivocaste, vamos a comenzar otra vez y cuenta bien”, “uno, dos”, ah, gime en el sueño el amo, despierta bañado en un sudor viscoso que huele a sangre y yo me voy porque no quiero que durante el sueño parta para siempre, pero regreso cada noche y le hago ver nuevas cosas, algunas desconocidas para él, luces, colores, gentes, lugares extraños que trastornan su mente confundida y mortificada, le muestro hermosas mujeres desnudas de piernas abiertas que no puede hincar porque ya no tiene lanza, se le ha convertido en un pequeño dedo, frío y sin vida; otras veces su lanza es poderosa y dura, pero al ir a clavarla frente a él aparece una vieja bruja, bizca y sin dientes.

“Modesto, ¿que es esto, Modesto?”, comenzó a decir, al hacerle soñar que su hijo se encontraba en la habitación y no abajo envuelto por el espíritu hombre-tigre-pájaro. “Fernando te espía”, le cuchicheo, “el capitán general te acecha, Piedad quiere dañarte, Gaspar matarte”, ah, sufre, consejero traidor, hiena sucia que me asesinaste por la espalda mientras dormía sin dejarme purificar para ir limpio ante los dioses quienes me castigaron convirtiéndome en mosquito, desángrate, yo el kani, el rey Mwale poco a poco acabaré contigo.

Quemado por el sol, el hombre podía tener cuarenta, cincuenta años, cualquier edad y su barba era una gran maleza, pero no verde, sino blanquísima en contraste con sus oscuras ropas, gastadas por el tiempo y el agua que pedían una urgente planchada. Todo era viejo y estropeado en aquel cuerpo con la excepción de los ojos azules que aún relucían con fuerza al tocar en la puerta de la mansión Valle, pero el criado que abrió no observó los ojos, sino la figura y lo tomó por uno de los tantos pedigüños en busca de trabajo que, a diario, importunaban. Ya iba a echarle, sin oírle, cuando el otro, con una voz reseca por el polvo de los caminos, que podía ser de todos los lugares y de ninguno, pidió que le avisara al señor Francisco. “El amo se halla enfermo y no recibe”, dijo el criado y se dispuso a cerrar la puerta; “bien, a Fernando”, “el amo Fernando no se encuentra”, respondió el sirviente, molesto ante la insolencia de llamar al amo Fernando por el nombre de pila y sin utilizar el “señor”. Entonces el visitante, empujando la puerta entreabierta, penetró en la casa. “Un momento, no se puede pasar”, gritó el indignado esclavo mientras le cerraba el paso. El hombre se detuvo y, por primera vez, le miró fijamente. “¿No me reconoces, Miguel?”, dijo. El criado no supo qué responder y el extraño fue hasta la sala, observándolo todo con curiosidad.

“Así que han arreglado la vieja casona”, se dijo, “no está mal”.

Caridad bajaba por la escalera y al verle se detuvo sorprendida ante aquella rara persona que, con desenfado, puso en el piso el saco de marinero que traía a la espalda y miraba todo como si aquella fuera su propia casa.

—¿Quién es usted? —dijo, presintiendo que algo iba a suceder.

El hombre se volvió hacia ella con una mirada triste.

—Soy Clemente Valle Lorente —dijo suavemente—, busco a mi familia.

—¡Clemente! —Caridad terminó de bajar aprisa la escalera y le tendió la mano.

Clemente, de regreso, tras muchos años de ausencia, sin dar noticias, cuando todos lo creían muerto. Regresaba acogido a un permiso del gobernador para que perseguidos y desafectos políticos pudiesen retornar al país.

Al verle Fernando le abrazó sin mucha efusión y esa noche, después de contarle sobre el estado de Francisco y la partida de Natividad, ellos escucharon parte de la historia, narrada a regañadientes, de Clemente, quien luego de su entrevista con Bolívar, y en la espera de que el Libertador pudiese enviar tropas a Cuba, se había unido a las fuerzas independentistas del continente y peleó en las batallas de la Bombona, Pichincha, Junín . A medida que hablaba, Clemente se fue entusiasmando y Fernando ensombreciendo. No le gustaban aquellas historias de las triunfantes batallas insurrectas. “Por lo visto, Clemente ha olvidado mi opinión sobre la independencia, pero lo de Junín es ya demasiado”, se dijo.

—¿Junín? —exclamó interrumpiendo a su hermano—, allí fue donde desapareció Francisco Joseph.

Clemente se desconcertó.

—¿No había marchado a Santo Domingo? —otra vez su voz se hizo apagada.

—De allí fue al continente —el tono de Fernando era impersonal, como si en lugar de conversar con su hermano estuviera tratando con un desconocido—, luego de Junín no supimos más nada, deben haberle matado los bandidos —al decir “bandidos” una nota de furia vibró en su voz.

Clemente calló, tenso. Caridad notó aquella tensión y sonrió amablemente mientras le servía café a su cuñado.

—Bueno ésas son cosas desafortunadas, pero del pasado y ya nadie las puede remediar —dijo conciliadora y sus manos revolotearon entre las tazas de café y la cafetera—. ¿Después de las independencias de las repúblicas qué hizo? Ha pasado ya un buen tiempo y nosotros sin noticias suyas.

No fue mucho más lo que quiso contar Clemente, ahora huraño, receloso, parecido a un hombre que pisa terreno enemigo y sus pocas palabras, envueltas en un reticente misterio, que mucho intrigó a Caridad y molestó a Fernando, no aclararon el por qué ni el final de sus actividades en el continente. De Suramérica había pasado, dijo sin indicar la razón, a México, donde escribió en periódicos, fue secretario de algunos importantes políticos y él mismo tomó parte en la política.

Echándose hacia atrás en su butacón, Fernando encendió un grueso tabaco.

—Se me figura que en un país tan desorganizado y libre como México no te haya ido muy bien y ahora vienes a refugiarte en la tiránica y próspera Cuba —dijo hiriente.

Clemente fue a contestar, pero se contuvo y, poniéndose de pie, caminó hasta la ventana por la cual llegaba la incierta luz de una farola.

—No quería —dijo en voz baja, como hablando para sí— morir sin ver otra vez a mi país.

—No diga eso, usted es aún joven y vivirá mucho.

Los dedos de Fernando se movieron intranquilos sobre el brazo del butacón.

—Y hasta tu muerte ¿de qué piensas vivir? —dijo, mirando el saco y la ropa raída de su hermano.

Clemente se volvió y en su cara había serenidad.

—No sé, algún dinero traigo —dijo meditabundo— y además aquí debo tener algo de la herencia del abuelo y de la fortuna de Francisco.

Fernando también se puso de pie.

—Bueno, de eso ya hablaremos con calma, recuerda que padre está aún vivo y nosotros no es mucho lo que poseemos.

Clemente pasó la vista por los muebles nuevos de la casa.

—¿Estamos arruinados?

—No todo lo que brilla es oro —Fernando se movió inquieto.

—Entonces, ¿en qué nos hemos convertido?, ¿en polvo?

Hubo filo en la mirada de Fernando.

—Tendrás que alojarte en una de las habitaciones vacías. Tu antigua alcoba la transformamos en despacho.

Clemente no se inmutó.

—Estoy acostumbrado a dormir en cualquier parte.

—Pronto nos mudaremos para el Cerro —nuevamente Caridad sonrió— y allí tendrá una alcoba bonita.

Esa noche, en su habitación, Fernando no pudo conciliar el sueño. “¿A qué habrá venido?”, se dijo. Seguramente a coger parte de la fortuna y con ella volver a sus aventuras independentistas, pero por Dios y mi madre que no va a tocar ni un solo centavo aunque esta vez tenga que meterlo preso.

Las sospechas de Fernando sobre las intenciones de Clemente crecieron cuando supo que le habían visto saliendo de su antigua logia masónica, y las sospechas se convirtieron en furor al enterarse de la visita de su hermano al viejo conde Montero, quien era tenido como poco leal al gobierno de su majestad.

“Pero cómo es posible que hayas visitado a ese miserable enemigo nuestro”, le dijo furioso una noche al regresar Clemente de la calle. “Tu enemigo, no el mío, yo no tengo cuentas con él”, respondió Clemente impasible y fue a su habitación donde se encerró a leer. Se acostaba muy tarde, dormía hasta bien avanzada la mañana y después de desayunar café y un pedazo de pan con ajo regresaba a la habitación, donde, echado en la cama, leía o miraba al techo durante largas horas, absorto en sus pensamientos. Sobre las dos o las tres almorzaba algo ligero en la soledad de la cocina y enseguida se iba a la calle, de la cual volvía hacia la medianoche, sin que nadie en la casa supiese exactamente cuáles eran sus andanzas en la ciudad. Decían verle en muchos sitios, en el café La Paloma, rodeado de individuos tan raros como él, caminando por el Paseo de Tacón, en el Campo de Marte o vagando por solitarias calles de Extramuros, en barrios de negros, e, incluso, en Guanabacoa y el Cerro. “Ese cabrón está metido en algo y nos va a perjudicar como la otra vez, pero antes le botaré de esta casa”, le dijo Fernando a Caridad. “Es tu hermano y ésta es también su casa, no tienes derecho”, dijo ella. “Sí, sí tengo derecho porque la casa la mantengo yo y la fortuna familiar la incremento yo, no ese desgraciado con su haraganería y sus ideas”, al gritar, las venas del cuello de Fernando se hincharon.

Caridad quedó confundida sin entender la rabia de su esposo hacia Clemente. Encontraba raro a su cuñado, pero no desagradable ni peligroso. Al verla, él la saludaba con una afectuosa sonrisa que ella devolvía con timidez. “No parece un mal hombre, y si pasa tanto tiempo acostado, leyendo o mirando el techo, es porque debe estar muy cansado por su vida anterior”, se dijo y tuvo curiosidad de saber exactamente lo hecho por su cuñado. Una tarde, él, en vez de ir a su habitación después del desayuno se quedó en la sala leyendo un pequeño libro. Ella le vio y no pudo contener su curiosidad. “¿Qué lee?”, preguntó cohibida. Clemente se lo dijo y Caridad no supo qué decir. Nunca había oído mencionar ni al autor ni el título. “No he leído mucho, sólo el catecismo y algunas vidas de santos. Eso de leer es para la gente que, como usted, ha viajado mucho”, musitó penosa. La sonrisa de Clemente fue un manantial que brotara entre la maleza de su barba hirsuta. “No tiene importancia y si yo he leído ha sido por placer y necesidad y no por viajar mucho”, dijo con suavidad.

Caridad pensó en todos los lugares de América en los cuales él seguramente había estado. “Oh, sí, usted debe de haber viajado mucho”, por un instante se detuvo insegura en lo que iba a decir, “y también sufrido mucho”. Clemente meditó antes de que su boca se abriera. “Sí, un poco de las dos cosas, pero no tanto como usted, quizá, cree”, dijo y sus manos acariciaron la barba.

Caridad le miró admirada.

—¿Y de qué trata el libro?

—De la esclavitud.

—¿La esclavitud? —Caridad se sorprendió de que alguien escribiera sobre tal tema —¿y qué dice?

—Que debe ser abolida —las palabras de Clemente eran suaves y frescas como la brisa llegada del mar.

—¡Abolir la esclavitud! —la sorpresa de Caridad fue en aumento.

—Sí.

—Pero eso es imposible. Los negros son salvajes que no pueden andar libres por ahí. Es una locura.

Clemente sonrió.

—¿Y los que ya son libres no andan?

—Es distinto. Ésos llevan años aquí, están civilizados y creen en Dios. Me refiero a los bozales y a los otros que todavía son salvajes.

—Pero si son tan salvajes, ¿por qué los traemos y no les dejamos en sus selvas?

Clemente hablaba como un maestro.

Caridad no pudo responder de momento, asaltada por la duda.

—Pero ¿cómo cortaríamos la caña y recogeríamos el café —dijo, satisfecha de haber encontrado una respuesta.

—Ése es el asunto —Clemente se paró frente a Caridad—, si los traemos y esclavizamos no es porque sean salvajes, sino porque nosotros los necesitamos.

Nuevamente Caridad quedó confundida. “¿Y si tiene razón?”, pensó.

—Usted está loco y a Fernando no le gustarían esas ideas —dijo.

—Alguna vez tendrá que aceptarlas.

Desde aquel día Clemente comenzó a leer en la sala después del desayuno y cuando no leía conversaba largamente con Caridad, de sus estancias en la América hispana, en los Estados Unidos, o en España y París. También, entre historia e historia, le explicaba el contenido de algún libro y Caridad empezó a leer a escondidas de Fernando. Mientras ellos hablaban, los gemelos corrían por la sala o sentados junto a Clemente le tiraban de la barba tupida. Dolores Fernanda no corría ni jugaba. En un sillón, tranquila, silenciosa, oía a su tío que, a veces, la sentaba en sus piernas, acariciándola.

Una mañana, al salir los niños con el aya, Caridad tuvo valor para preguntar lo que siempre quiso saber, sorprendida de que un hombre como Clemente pudiese soportar el sistema imperante en Cuba.

—¿Por qué regresaste verdaderamente? —dijo tuteándole por primera vez—. ¿Aquí se está mejor que donde te hallabas?

Él pensó largamente antes de responder.

—Aquello era un asco —dijo y ella sintió su pesimismo.

—¿Y esto?

—Otro asco —el pesimismo se hizo más fuerte.

—¿Entonces por qué viniste?

—Quizá aquí pueda hacer algo para acabar con el asco para siempre.

Caridad recordó las palabras de Fernando y tuvo miedo, pero por Clemente.

—Puedes correr mucho peligro.

La barba de Clemente se agitó en el aire.

—No me importa —dijo—, además desde hace un tiempo llevo el presentimiento de que no viviré mucho.

—Por Dios, por Dios, no digas eso —las manos de Caridad tomaron entre las suyas las de Clemente.

Esa noche en la habitación, al lado de Fernando, Caridad no pudo dejar de recordar a su cuñado. “Es un hombre que lleva tristes caminos por dentro”, dijo y le contó a Fernando la conversación con Clemente sobre la esclavitud. Fernando se viró en la cama, disgustado. Aquél era un día muy desagradable para él. Del ingenio llegaron alarmantes noticias sobre el comportamiento levantisco de algunos esclavos y se confirmó que Santiago, el hijo del calesero Félix, se había fugado de la casa. Muchos esfuerzos costaría encontrarle, sobre todo, si estaba escondido en barrios de negros, y ahora, Fernando respiró hondo, Caridad le contaba las estúpidas opiniones de Clemente.

—Es un imbécil a quien ya no soporto y no quiero enterarme de que en esta casa vuelve a decir cosas tan absurdas sobre los esclavos. Mira a Santiago. Siempre le hemos tratado muy bien a él y a su padre y nos paga huyendo.

Caridad observó pensativa a su esposo.

—Santiago no es malo, ni tampoco sus hermanos. Quizá huyó al enterarse de que pensabas azotarlo.

Fernando se irritó aún más.

—No, ésa y otras huidas son la consecuencia de las ideas de gente como Clemente. Cada día me convenzo más de que es un canalla.

Desde el primer momento, Fernando sintió como una amenaza la llegada de Clemente y lo temido pronto tuvo lugar. Los enemigos del gobierno, gran parte de la juventud, querían conocer, saludar a Clemente, el cubano recibido por Bolívar, el participante en las batallas por la liberación de América. Primero lo buscaron en la calle, pero después fueron hasta la residencia de los Valle. “No lo aceptaré”, se dijo Fernando, “hablaré con él y tendrá que irse de esta casa”.

A la siguiente noche, Fernando esperó a Clemente en la sala.

—Quiero hablarte —le dijo con mala cara.

—Bueno.

Fernando vio a Caridad que se acercaba con un libro en las manos.

—No, no aquí. Mañana en la oficina a las once. No faltes aunque tengas que madrugar.

Puntual acudió Clemente a la oficina donde Sánchez le hizo pasar enseguida al despacho de Fernando.

—Siéntate —la voz de Fernando no era acogedora.

Clemente se sentó y observó el despacho que se mantenía igual que en tiempos de Francisco.

—Quiero verte —Fernando se interrumpió mientras tomaba un abrecartas metálico, —para decirte que no puedes continuar viviendo en mi casa.

—¿Qué dices?!

—Debes marcharte lo más pronto posible. Nos perjudicas a todos.

—¿Tu casa? —Clemente chasqueó la lengua—. ¿Desde cuándo es tuya?

Con el abrecartas Fernando apuntó hacia Clemente.

—Desde que todos ustedes se fueron y yo mantuve los bienes y la fortuna de la familia.

—Tú lo has dicho, la fortuna de la familia, no tuya.

El abrecartas se agitó con furia en la mano de Fernando.

—Nada te pertenece, papá está enfermo y yo lo sustituyo. Mientras tú ibas por ahí en tus andanzas de mierda, yo conservé e incrementé la fortuna que si no se hubiese perdido —el abrecartas parecía un puñal listo a clavarse.

La mano abierta de Clemente se elevó en el aire como un escudo contra el puñal abrecartas.

—¿Andanzas de mierda?! —por primera vez Clemente subió la voz—. Gracias a ellas somos libres ya en el continente.

Al levantarse, Fernando tenía el rostro congestionado.

—Eso, eso quería oír —gritó—. Has regresado porque quieres acabar con el gobierno y con nosotros. Pero no lo lograrás. Ni tú ni tus amigos podrán echarnos de aquí y mucho menos usando el dinero de los Valle. Nunca. Este país continuará así —Fernando estaba a dos pasos de Clemente—, siempre, aunque tengamos que matar a muchos como tú.

En la antesala del despacho, Sánchez y los demás empleados oyeron los gritos.

—Perro infeliz, lamebotas —el cuerpo de Clemente estaba contraído, como cuando en la batalla, iba a lanzarse a una carga de caballería.

—Nunca vas a recibir un centavo de los Valle —la respiración de Fernando era agitada.

—Lameculo del gobierno.

Con disimulo, Sánchez se acercó a la puerta semicerrada del despacho desde donde llegaron palabras, cada vez más violentas.

—Mal nacido, masón, hijo de puta —Fernando alzó el brazo donde empuñaba el abrecartas, pero no tuvo tiempo de evitar el bofetón en pleno rostro que le dejó una marca rojiza en la piel. Entonces se lanzó contra Clemente y los dos cayeron en el piso.

Cuando Sánchez y los empleados entraron les vieron entrelazados, golpeándose, y a duras penas pudieron apartarlos. Fernando jadeaba ahogado por el esfuerzo, la ropa desordenada y en el rostro mostraba dos rojos hematomas. Clemente tenía una leve cortadura en el hombro y su enorme barba semejava la revuelta melena de un león. En el piso estaba tirado el abrecartas.

Inclinado, Fernando trataba de recobrar el aire. Después, con mucho trabajo, se irguió y miró a Clemente que se hallaba junto a la puerta, detrás de Sánchez.

—Si te vuelvo a ver otra vez te mato, coño —rugió con voz enronquecida—, por Dios, te mato.

Mientras Clemente descendía por la escalera oyó las últimas palabras de su hermano “y no vas a recibir una peseta de la fortuna, te lo juro, porque primero te mataré, te mataré”.

Ah, la sangre llamaba a la sangre, la discordia sembraba la discordia, el Valle iría contra el Valle; la muerte, agazapada en su oscuro hueco, saldrá a la medianoche con las alas extendidas. A la casa llega el niño Francisco Joseph. Lleva un gran tajo sangriento en el cuello, que se cubre con la mano y se extiende, como un río de aguas bermejas, hasta el pecho. Pasa por mi lado y no me ve porque también sus ojos están cubiertos de sangre. Sigue lentamente, se aleja del blanco resplandor de Caridad, no presta atención a Modesto, se detiene por un momento junto a Francisco, que se estremece al notar su presencia, le dice algo y continúa su camino. Es a otro a quien busca. Entra en los cuartos sombríos, vaga por los mudos corredores. Mientras camina el tajo se le va abriendo y veo el sable que le raja el cuello y corre hasta el pecho en una carga de caballos y soldados enloquecidos que se tajan mutuamente. Veo al hombre trigueño, barba encrespada y ojos azules velados por el sudor y la sangre que, instintivamente casi a ciegas le hunde el sable y sigue al galope, mientras Francisco Joseph abre la boca y por última vez aspira antes de caer al suelo donde otro caballo le patea la cara destrozándole los ojos.

Vaga Francisco Joseph, descubre a los gemelos dormidos, se para largo rato junto a Frasco, le toca la espalda con su mano ensangrentada y sobre el hombro le deja una mancha oscura como un florón; penetra en la habitación de Dolores Fernanda que solloza, mientras los dientes le suenan igual que el picotear de un pájaro contra un árbol, y se tapa la boca con las manos; toda la vida continuará así, tapándose la boca, pero no es a Dolores Fernanda a quien busca Francisco Joseph; va adelante y el tajo en su cuerpo tiembla al ver a Fernando. Se le acerca, le envuelve y cuando se aparta la sangre de Fernando hierve en las venas más roja que nunca, y sus ojos cortan como el filo del puñal. Entonces Francisco Joseph abandona la casa y va a la calle en busca de Clemente.

Ah, por un momento quise advertirle a Clemente que se cuidara, que no saliera aquella noche, pero no, era un asunto entre Valles, cuyas cuentas pendientes venían de antiguos tiempos y lejanas tierras cuando uno quemó al otro en la hoguera y éste le abrió a aquél el cuerpo de un sablazo.

Ayer, Modesto, vi a Francisco Joseph. Llegó de repente, con el viento que penetra por esa ventana, alto, fuerte, majestuoso, un verdadero Valle, en los hombros las charreteras doradas de coronel ganadas durante cruentos combates. En el cuello le resplandecía un tajo color púrpura que le llegaba hasta el pecho, semejante a la condecoración de una banda real. Gravísima herida y sorprendente que no hubiese muerto a consecuencia de ella, pero tratándose de mi hijo era posible porque fue, quiero decir, es hombre capaz de resistirlo todo, educado por mí en la temeridad y el coraje. Un hombre entero, y a cambio de ese tajo, habrán rodado muchas cabezas de sus enemigos, en Santo Domingo o en cualquier parte donde se diera el combate.

Al mirarle los ojos me estremecí, Modesto, yo que nunca me estremezco. Eran dos cuencos enrojecidos, quizá por el mucho llorar. No, mi hijo jamás lloró y aquel color lo tenía seguramente por las salpicaduras de sangre de los enemigos atravesados con su sable.

Él se detuvo junto a mí, observándome como si yo no fuera su padre. “Francisco Joseph, hijo, regresaste a verme”, le dije pero no respondió, atento a los murmullos que llegaban desde fuera del cuarto. Quizá, Modesto, había quedado ciego y no me vio, aunque bien pudo identificar mi voz. “Hijo mío”, dije y

nuevamente no obtuve respuesta. ¿Estaría aún enojado conmigo por haberle golpeado una vez, con un bastón, en la cabeza queriendo enseñarle y convertirle en un hombre verdadero, cuando él sólo era inexperto mozalbete? ¿El enojo sería por creer que di ayuda a Clemente en sus actividades independentistas? Quise explicarle que ninguna acción mía pasada fue por maldad sino con la intención de ayudarlo, pero las palabras no salieron de mi boca y él continuó su camino hacia las sombras. Ya iba a traspasar el umbral cuando se volvió y sentí su voz imprecisa envuelta en una fría corriente de aire. “Retorné, Francisco, en busca de él”, dijo y yo vi sus palabras manchadas de sangre. “¿En busca de quién, hijo?”, “Él, que ayer me hizo esto”, continuó, señalando su cuello cercenado, “¿Pero quién?”, pregunté enfurecido, “vuestra propia descendencia, padre, Clemente Valle, coronel de las tropas de Sucre”, las últimas palabras rodaron ya fuera de la habitación.

¿Qué visión fue aquella, Modesto? ¿Un sueño? ¿Vino realmente Francisco Joseph? Pero, ¿cómo pudo su hermano matarlo? ¿Me estaré volviendo loco?, como afirma Fernando. No, seguro fue sueño, de éstos que me provoca Fernando con sus comidas para trastornarme el juicio y quedarse con mi fortuna.

Ah, perro sarnoso, todo es realidad, Francisco Joseph estuvo aquí contigo, y también en el continente donde el sable de su hermano prosiguió una historia comenzada mucho antes, en España. Yo vi la carreta en que condujeron a Clemente a la plaza central, llena de hombres del pueblo, frailes y soldados. Traía las manos atadas y un hábito desteñido que apenas le cubría el cuerpo enflaquecido por los muchos ayunos y torturas en las mazmorras de los sacerdotes cuyo superior, el padre Francisco, inquisidor mayor de Toledo, aguardaba cerca de una enorme hoguera de leños verdes. Sobre ella colocaron al reo y el pregonero leyó la sentencia, en la cual Clemente, llamado entonces doctor Martín, era culpable de andar en secretos tratos con el diablo para abrir a personas recién muertas en busca de sus órganos y quitarles el alma. Antes de que la lectura terminase, el inquisidor se aproximó a Clemente.

—Por última vez, hermano, te pregunto, ¿confiesas tus pecados y te arrepientes de ellos? —dijo y al no recibir respuesta hizo una señal con la cabeza. Entonces prendieron la hoguera y el humo, negro como un cuervo, subió hacia el cielo, cubriendo con sus alas al condenado.

— Maldito seas, hermano Francisco —gritó entre las llamas una voz vacilante—, ya nos volveremos a encontrar.

Ah, así le dijo el que ya no es tu hijo a quien fue tu hijo, y al cortarle la cabeza, en una batalla de caballos, cumplió su juramento.

—¿Es ésta la residencia de don Clemente Valle Lorente?

Caridad se sobresaltó al ver al hombrecillo vestido de negro y rostro de pajarraco que muy temprano, a una hora inusual, inquiría por Clemente, quien, desde la pelea en la oficina con Fernando, llevaba varios días desaparecido. Ella supo del incidente por Félix, que aquella misma mañana acompañaba al amo.

—No debiste ser tan violento con Clemente —le dijo a Fernando, preocupada por la desaparición de su cuñado—. ¿Dónde estará?

—Seguramente reunido con sus cochinos amigos independentistas —Fernando se molestó—. Que no vuelva y tú no te entrometas en estos asuntos ni me hables más de ese perro.

—Es tu hermano.

—Ése no tiene familia.

Los días transcurrieron y la incertidumbre en Caridad aumentó al no recibir noticias de Clemente. Fernando, en cambio, se veía muy tranquilo.

Ahora aquel hombrecito la miraba con ojos de búho.

—¿Vive aquí? —insistió, y Caridad tuvo el presentimiento de que era portador de malas noticias.

—Vivía —la voz de Fernando, detrás de Caridad, la sobresaltó aún más—, ¿qué sucede? ¿por qué se inquiere?

El hombrecillo movió la nariz y respiró como si olfateara una presa.

—¿Son ustedes sus familiares?

—Sí, ¿qué desea? —irritado, Fernando avanzó unos pasos y le hizo un gesto a un sirviente, dispuesto a echar al hombre si continuaba importunando.

—De orden del señor capitán pedáneo deben comparecer ante él esta misma mañana —graznó el hombrecillo, satisfecho de transmitir una noticia así a personas más importantes que él.

—¿Al capitán pedáneo? —Fernando no pudo ocultar su asombro.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —Caridad se dijo que su presentimiento de una desgracia estaba a punto de cumplirse.

El hombre de negro respiró satisfecho por su nariz de búho.

— El señor don Clemente Valle ha sido encontrado muerto en la madrugada de hoy y sus familiares deben identificar el cadáver y comparecer ante el capitán pedáneo.

—¿Qué?! —exclamó Fernando.

—Dios mío, Clemente muerto, ¿cómo puede ser? —las lágrimas corrieron por las mejillas de Caridad que retrocedió y miró a Fernando.

—Vamos —dijo él y caminó hacia la puerta.

—Yo también iré —dijo Caridad.

—No, de ninguna manera —Fernando se detuvo.

—Es algo desagradable, señora —dijo el hombrecillo.

—Iré. Yo también quiero verle —el tono de Caridad no admitía réplica.

El cuerpo de Clemente yacía sobre una mesa de mármol, en el rostro una expresión de asombro, como si aún mirase a la muerte penetrar en él a través de un hueco en el pecho.

Después de cerrarle los ojos a su hermano, Fernando, acompañado de Caridad, pasó al despacho de Domingo Rojas, convertido, en la vejez, en capitán pedáneo del barrio en el cual se había producido la muerte de Clemente.

—No tengo que decirle cuánto lamento esto, don Fernando, ya conocéis mi aprecio a vuestra familia —Rojas les ofreció asiento y miró de soslayo a Caridad que sollozaba—. Si os he causado la molestia de venir aquí es porque así lo dispone la ley —Rojas hizo una pausa, la vista fija en Fernando—, algún familiar debe identificar al occiso, pero claro, con vuestra presencia era suficiente, la señora no debió haber venido. Ahora ya cumplido el trámite podéis retiraros inmediatamente, yo lamento...

—¿Qué sucedió —Fernando habló, tratando de mantener la calma—. ¿Cómo fue?

—Un sereno halló el cadáver a las doce de la noche en la calle de la Amargura, muy cerca de vuestra oficina —la mirada del capitán fue hacia Caridad, que ya sin sollozar oía la explicación—. Le dieron una puñalada que le produjo la muerte.

—¡Una puñalada! —Caridad se estremeció.

—Sí, lo mataron de una puñalada. No encontramos el arma, pero lo sabemos por el tipo de corte —los ojos de Rojas se clavaron en Fernando—. Lo raro es que los maleantes generalmente portan cuchillos y no puñales, pero aún es temprano para sacar conclusiones.

—Dios mío —Caridad sintió que iba a llorar otra vez, pero se contuvo—, cuánto debe haber sufrido.

—En lo más mínimo —el tono de Rojas era seguro, profesional—, el puñal le partió el corazón de un solo golpe y, aunque el médico no ha terminado aún su informe, estoy convencido que la muerte fue instantánea, sin dolor. He visto muchos casos semejantes y se lo puedo afirmar.

—Algún dolor tuvo que sentir —Caridad no pudo evitar las lágrimas otra vez. En el poco tiempo de trato con su cuñado le había cobrado gran afecto y ahora algo en su interior la apretaba, dificultándole la respiración. “¿Cómo un hombre tan bueno”, pensó, “moría así?”

Rojas esperó que Caridad se calmase para continuar.

—En su ropa encontramos unos papeles con su nombre, pero tan cambiado estaba físicamente que tuvimos dudas de si era él en realidad —el tono de Rojas se hizo íntimo— y pensar que le conocí joven y lleno de vida —Rojas miró a Fernando— ¿vivía con vosotros?

—Sí, desde su regreso del extranjero —Fernando se turbó.

—Seguramente volvía a la residencia cuando el criminal —Rojas reflexionó— o los criminales le interceptaron y le mataron.

—Pero, ¿quién fue? —casi gritó Caridad—, ¿y por qué? Un hombre tan bondadoso.

Rojas respondió desalentado.

—Señora, si conociéramos al criminal no os estaría molestando y en cuanto al móvil, quién sabe. Ésta es una ciudad muy peligrosa de noche, a pesar de los esfuerzos del general Tacón por acabar con los bandidos. No creo que quisieran robarle porque en la cartera aún tenía unos pesos. ¿Sabéis si, por lo general, llevaba mucho dinero con él?

Fernando se movió inquieto. Se sentía intranquilo y deseaba marcharse cuanto antes.

—Es posible —dijo cauteloso.

Caridad le miró sorprendida.

—Nunca tenía una peseta —exclamó.

Los pulgares de Rojas se clavaron en los bolsillos de su chaleco negro. “Extraño que un Valle anduviera sin blanca”, pensó, pero no hizo ningún comentario.

—¿Sospecháis de alguien? —dijo, dirigiéndose a Fernando—, ¿tenía algún enemigo?

—Todos le queríamos —después de contestar, Caridad recordó la pelea entre Fernando y Clemente y quedó muy confusa.

El rostro de Fernando se fue demudando. De momento no respondió a la pregunta del capitán, y al contestar se hallaba muy nervioso.

—No estoy tan seguro —dijo sin mirar a nadie, la vista en el suelo—, mi esposa conocía mal a Clemente, yo, por supuesto, mucho mejor que ella y estaba al tanto de sus actividades... —Fernando calló.

Caridad se sorprendió primero y después se encolerizó por las palabras de Fernando “¿Cómo es posible que afirme tales cosas”, se dijo, “él que apenas le dirigía la palabra a Clemente y casi nunca le veía”.

Fernando prosiguió con más seguridad.

—No es un secreto que mi hermano era masón y que tuvo ideas independentistas y después abandonó el país cuando algunos de sus amigos fueron detenidos...

Rojas escuchaba atentamente.

— ...tengo entendido que ahora, al regresar, frecuentó a personas tildadas de desafectadas al gobierno, quizá a los masones...

—¿Y? —Rojas se interesó.

— ...quizá entre ellos hayan surgido discrepancias, rencillas por la anterior actitud de Clemente de escapar mientras otros eran detenidos —Fernando se interrumpió—, no sé... tratándose de esa gentuza todo es posible, usted bien lo sabe, capitán.

Rojas se puso de pie y le tendió la mano.

—Por supuesto, son basura y en esa dirección dirigiremos nuestros pasos, ¿conocéis el nombre de alguna persona de las frecuentadas últimamente por vuestro hermano?

—El conde Montero.

—¡El conde Montero! —por primera vez en la voz de Rojas hubo un tono de sorpresa.

—Sí —Fernando sintió una gran satisfacción al involucrar a su odiado enemigo—, se rumora que es desafecto a su majestad.

—Lo averiguaremos todo —la voz de Rojas recuperó su gravedad—. Tampoco hay que descartar un encuentro fortuito en la calle con delincuentes. En estos momentos buscamos a muchos negros, escondidos en la ciudad, escapados de sus amos y a varios criminales.

Al oír al capitán, Caridad recordó a Santiago, el hijo de Félix.

—¿El entierro cuándo será? ¿Mañana? Contad con mi asistencia. Quizá pueda dar algunas noticias, —dijo Rojas.

En la volanta, de regreso a la casa, Caridad no miró ni una vez a Fernando que iba absorto en sus pensamientos, pero al llegar, se volvió hacia él.

—¿Por qué no le contaste que Clemente llevaba una semana desaparecido de la casa?— dijo con incertidumbre y recelo.

Al responder Fernando su rostro se veía cansado y envejecido.

—Pensé que no tenía importancia —contestó susurrante.

El entierro se celebró aprisa, con sencillez, y muy pocas personas asistieron, entre ellas Máximo Blanco, el capitán Rojas y algunos individuos, desconocidos para Fernando, cada uno de los cuales dejó caer una rosa roja sobre el ataúd en el momento que descendía a la fosa. Después, cuando la tierra ya cubría a Clemente, un sacerdote dijo una oración y habló de las virtudes del difunto como buen hijo, hermano y hombre amante de la comunidad donde nació y murió. Mientras el sacerdote hablaba hubo un ligero murmullo entre los desconocidos asistentes, que se marcharon con ostensible desagrado, antes de terminar

el responso. “Seguramente masones”, se dijo Fernando al verles ir, “ni siquiera respetan este lugar”. El capitán Rojas también vio a los desconocidos que para él no eran tan desconocidos, y le hizo una indicación al hombrecillo de negro y rostro de pajarraco que les siguió discretamente cuando se retiraron.

Junto a Caridad, Dolores Fernanda y los gemelos miraban sin comprender exactamente la ceremonia que tenía lugar delante de ellos. Fernando no quiso que fueran al cementerio, pero Caridad sí. “Es su tío y deben acompañarlo hasta el último minuto, además ya están grandes para acostumbrarse a estas cosas”, dijo y se fue a vestir a los gemelos.

—¿El tío Clemente está muerto?— preguntó Gabriel.

—Sí, mi amor.

—¿Y adónde irá?

Caridad le miró tristemente mientras le abotonaba el chaleco negro con el cual tenía la apariencia de un hombrecito en miniatura.

—Al cielo porque fue un hombre muy bueno.

—¿Y quién le mató? —dijo Frasco mirándose en el espejo—. Dicen que un enemigo de España.

—¿De dónde has sacado esa idea? —Caridad se sorprendió de la afirmación de su hijo—. Aún no se conoce el culpable, pero sea quien sea es un hombre muy malo e irá al infierno —dijo.

—¿Por qué al infierno? —Frasco alzó la cabeza al preguntar y el asombro de Caridad fue en aumento.

—¿Cómo por qué? Por matar, no se debe matar.

Frasco se puso la casaca sin la ayuda de su madre.

—Y el tío Clemente, ¿no mató en la guerra? Seguro él también va al infierno.

De momento Caridad no supo qué responder, desconcertada ante los razonamientos de su hijo.

—Oh, no, es distinto, él era un hombre muy bueno —explicó y quiso agregar algo más, pero entonces sintió voces en la habitación de Dolores Fernanda.

Dolores Fernanda gemiqueaba sentada en la cama.

—No quiero ir, madre, no quiero ir —dijo y se llevó la mano a la boca.

—Pero es tu tío y todos debemos acompañarlo hasta su última morada —Caridad secó las lágrimas de su hija—. Él te quiso mucho y tú a él.

Dolores Fernanda habló a través de la mano entreabierta que le cubría la boca.

—Pero yo no quiero verle, no quiero verle ahora.

—No le verás, sólo su entierro —el tono de Caridad se hizo suavemente enérgico—, ya eres grande y debes acostumbrarte a estas cosas, arréglate.

En el cementerio, mientras el féretro descendía a la fosa, Dolores Fernanda apretó fuertemente la mano de Caridad.

—Tío, tío —gritó, estremecida por los sollozos.

Gabriel también lloró con desconsuelo. Sólo Frasco se mantuvo tranquilo y al finalizar la ceremonia se acercó a la tumba para ver la tierra caer sobre el ataúd.

Fernando se volvió molesto hacia sus hijos. “Tanto llanto por este cabrón a quien apenas conocían y quizá cuando yo me muera no vayan a mi entierro”, se dijo y condujo a la familia a la volanta que aprisa partió guiada por Félix.

Atrás quedaba la tumba de Clemente en la cual, debajo del nombre de su cuñado y las fechas de vida y muerte, Caridad había mandado inscribir “Dulce et decorum es pro patria mori”.

—Ésta es la inscripción que me gustaría tener en mi sepultura —le había dicho Clemente, mostrándosela en un libro.

Caridad se echó a reír.

—¡Pero qué cosa piensa, usted, vivirá cien años y morirá después de mí!

—Qué tontería esa —exclamó Fernando al ver la inscripción ordenada por Caridad para la sepultura.

—Fue su deseo y hay que respetarlo —contestó ella enérgica.

—Mamá, ¿que significa lo escrito en la tumba? —preguntó Gabriel mientras iban de regreso a la casa.

Frasco le miró con aire de superioridad.

—Tonto, ¿no estudias latín? —le dijo y tradujo—: “Dulce y bello es morir por la patria”.

—¿Qué es la patria? —Gabriel volvió a preguntar.

—¿La patria? ... —confundido, Frasco no pudo contestar.

—Dejen eso ya y cállense —dijo Fernando colérico.

Por la tarde, Máximo Blanco llegó a la mansión.

—Horrible, horrible, todos estamos consternados por el crimen. En la ciudad no se habla de otra cosa. Tengo entendido que el propio capitán general ha dado órdenes de que se esclarezca —la voz de Blanco se hizo confidencial—, ¿qué se sabe? Estoy seguro que los miserables masones independentistas andan tras el asunto. Se comenta que tienen viejas rencillas entre sí.

—Hasta ahora nada. El capitán Rojas ha prometido resolverlo todo y tenerme informado.

—Rojas —había desprecio en la cara de Blanco— es un cretino bandolero, incapaz, ladrón. Por veinte pesos se dejaría comprar por el asesino.

—No tengo que decirle que yo y mis amigos estamos a su entera disposición para cualquier cosa que precise en este asunto.

—Lo sé. Gracias —la mirada intranquila de Fernando fue hasta el rostro de Blanco y enseguida se desvió— pero tengo la certeza de que el asesino nunca aparecerá. Quizá dentro de cien años siga en el misterio.

—Aparecerá, se lo aseguro y entonces le apretaremos el cuello así —las manos de Blanco cercaron una invisible garganta.

Fernando suspiró.

—Si es un negro cimarrón de los muchos que andan por la ciudad será muy difícil identificarle.

—Si es un negro le cogeremos y entonces yo mismo le mataré a latigazos —Blanco hizo el gesto de empuñar un látigo—. Claro, eso lo hago por usted y su familia... porque, en realidad, el difunto, y usted perdone —Blanco no concluyó la frase— ...en fin que Dios le haya perdonado sus graves errores.

Esa noche, Fernando apenas pudo dormir, desvelado por el recuerdo de lo sucedido en las últimas horas y por la imagen de su hermano, herido por él con el abrecartas, cuya expresión era de asombro, Fernando lo recordaba muy bien, semejante a la de una persona que recibe la noticia inesperada de la muerte de sus padres y su boca, aunque cerrada parecía gritar “pero qué haces, hermano”. “Oh, Dios”, los labios de Fernando musitaron una plegaria pidiendo perdón. A su lado, en la cama, Caridad se movía inquieta y aunque mantuviera los ojos cerrados, Fernando supo que estaba despierta, pensando en lo mismo que él. “Que Dios me perdone”, se repitió y sólo muy de madrugada, cuando ya los primeros vendedores y lecheros iban por las calles, el cansancio y la tensión le rindieron, adentrándole en un inquieto sueño. Al despertar, Caridad no estaba a su lado y él se sintió el cuerpo pesado, como un enorme costal de piedras, imposible de alzar. Por primera vez en mucho tiempo no quiso ir a la oficina. “Que Sánchez se ocupe y al diablo todo”, se dijo desalentado mientras se vestía. Tocaron a la puerta y un sirviente llegó con el aviso de que el capitán Rojas se hallaba en la sala y solicitaba verle urgentemente.

Nervioso, Fernando fue al encuentro del capitán y le hizo pasar a su despacho. Rojas le devolvió el saludo con gravedad y se sentó con el cuerpo rígido muy echado hacia atrás. Su cara se veía imperturbable.

—Tengo noticias, don Fernando —su tono era seco, oficial, en nada parecido al cálido y comprensivo de días atrás—, pero antes quisiera hacer algunas preguntas.

—Usted dirá.

Rojas le miró fríamente.

—¿A qué hora regresasteis a vuestra casa la noche en que mataron a Clemente?

—¿Cómo dice?!

X

No tengo miedo al infierno, sino a la muerte... Mejor dicho a la pesadilla, al sueño de la muerte.

MARIO VARGAS LLOSA

Sabes cuándo y cómo murió Clemente, pero aunque mucho investigas no logras averiguar quién lo mató verdaderamente. Conoces que, al volver del extranjero se refugia en la vieja casona de La Habana Vieja, dirigida por Fernando, donde Francisco, postrado, comenzaba a disparar. Allí las peleas de los hermanos fueron frecuentes y de ello dan fe algunas cartas celosamente guardadas por ti: de Caridad a Bruno (“ayer Fernando, que, como tú sabes es muy bueno, pero violento, tuvo una fuerte discusión con Clemente, la segunda en pocos días”); de Fernando a Bruno (“ya no soporto más al imbécil de Clemente con sus estúpidas ideas. Papá, cada vez está peor en su chochera”); de Bruno a Natividad (“por lo visto, las cosas en La Habana se han puesto muy tirantes con la aparición allá de Clemente”).

En cuanto a las posibles actividades revolucionarias de Clemente a su regreso no tienes ninguna información. ¿Prosiguió en secreto su labor revolucionaria o, como el poeta Heredia, vino a La Habana, cansado, desilusionado, para vivir sus últimos días en la tierra donde nació? Nada puedes afirmar, pero Clemente, razonas, no estaba acabado físicamente y no tenía por qué venir a morir. Además, frecuentó (lo dice Fernando en carta a Bruno) una logia masónica. Y de súbito, la muerte, misteriosa, en una silenciosa calle, en una oscura noche. ¿Por qué? ¿Para qué? Enseguida los rumores incendiarios por toda la ciudad: “lo mataron los masones y los independentistas en un arreglo de cuentas”, “la mano del capitán general que quiso deshacerse de un revolucionario, está detrás del crimen”, “pregúntenle al capitán Rojas, él sabe todo”. Después la revelación sensacional, el escándalo, como un inesperado huracán, “se acusa a Fernando Valle de ser el asesino”, “qué miserable”, “tengo pruebas concluyentes”, declara el conde Montero, “calumnias, calumnias de los masones y los malos cubanos que quieren enfangar el nombre de un hombre honrado y leal a la corona”, grita Máximo Blanco en el café El Principal y con su bastón golpea a un elegante joven quien acaba de afirmar “lo hizo para quedarse con la fortuna familiar”, “no, no calumniadores”, “sí, fratricida”, “Fernando es el asesino”. Al final, igual que en el teatro (¿no fue aquello un drama?), el desenlace tan inesperado como el nudo de la obra, pero más patético. “La mano de Dios”, dice el coro de la tragedia, “se hizo justicia de una forma u otra”, proclama el conde Montero, “oh, Dios, no puede ser”, grita Caridad. Enseguida el silencio, como si, caído el telón, los espectadores se hubiesen retirado aprisa, deseosos de olvidar el espectáculo y los críticos no quisiesen comentarlo. Desde entonces ningún documento revelador de la verdad, únicamente algunos comentarios en cartas que nada nuevo agregan y la versión escuchada por ti en la niñez en la boca de tu abuela (¿quizá tu tía abuela?), sobre la existencia de un homicida en la familia Valle. Sólo eso. Nada que pueda confirmar o desmentir la acusación.

¿Quién mató a Clemente Valle? Nunca se sabrá, piensas y la duda te asalta. La duda, peligroso gusanillo, entra en tu mente. Una duda lógica: con Francisco a punto de fallecer, el beneficiario de la muerte de Clemente fue Fernando, cuya parte en la herencia aumentaría y que quizá pudo haber ordenado... ¡ridículo, absurdo!, exclamas. Fernando no era una bestia asesina, ningún Valle sería capaz de matar a otro. Comentas el asunto con tus hermanos. “Así que, además de locos, tuvimos un Borgia en la familia”, dice Marcelo irónico, “me parece, hermano, que lees demasiadas novelas policíacas”. Antonio se muerde las uñas cuando le haces el relato y le expones tus conjeturas. “Todo es posible en esta familia de miserables hipócritas”, dice y te mira con esos ojos de místico, “y tú, ¿no me matarías por quedarte con mi dinero?”.

Él le mató. Lo sé, Modesto. Le citó en la oficina, después le siguió aprisa, adelantándosele para aguararlo en la oscuridad, y le clavó en el corazón mi puñal de mango de plata con las iniciales F.V. Ese mismo puñal que me robó, igual que me ha robado tantas cosas. El puñal hecho en Toledo por un orfebre judío expulsado de su ciudad por blasfemar de Cristo. El puñal de Felipe Valle que, en Lepanto, atravesó el corazón de un turco infiel. El puñal sangriento con el cual Francisco Valle hincó la piel de un médico brujo al que hizo quemar en la hoguera en busca de su confesión de adorador del diablo. El puñal de mi abuelo Florencio, hundido en el pecho del hombre que intentó deshonrarle a la hija. El puñal que usó mi padre Fernando para cortarse el cuello después de su ruina. El puñal con el cual mi hermano Baltazar Federico intentó matarse una noche de luna llena y aullidos de lobos. El puñal que me dio mi tío y yo me traje a la América, siempre en la cintura, bien cerca de la mano para sacarlo rápidamente y defenderme porque ésta es tierra donde te acuchillan por dos pesetas a plena luz del sol, no digo ya de noche; eso me lo advirtieron en Cádiz, antes de partir, pero yo no hice caso y me vine a esta isla de mierda, lugar de paso, de hombres que viven de lo que dará el mañana y la fortuna, la flota, la zafra, el juego. Tierra de negros, mulatos,

blancos, corruptos y haraganes, por el mucho sol y las fornicaciones diarias, que es lo único que se hace aquí, fornicar y sudar, sudar y fornicar, para otra cosa el clima no sirve, ni para la vid, el olivo, las manzanas, la cebada, el trigo, la lenteja, plantas benditas; tierra que no se presta al trabajo ni a la inventiva, muerta entre tanto calor y humedad. De nada vale esta tierra, donde sólo se vive de comerciar azúcar que no es planta de Dios, sino del demonio que la trajo de las extrañas regiones de Bengala. Azúcar y muerte es lo mejor que se da en estos horizontes. A cambio de ellas obtienes dinero y luego, si quieres recibirlo en mayor cantidad, debes entregar más azúcar y muerte. Por eso Fernando mató a Clemente, por el dinero y el azúcar, para quedarse con mis ingenios, mis negros y toda mi fortuna. Me lo explicó la lechuza que me visita cada noche. Me lo dijo la cucaracha que recorre la casa y me cuenta lo que ocurre en ella. Mi fortuna. Por ella Fernando también mató a Francisco Joseph y a Bruno, para quedarse con el oro de la familia. Eso no me lo contaron, lo vi yo mismo en el sueño de anoche, y mandará a matar a Natividad y a María Angélica. Acabará contigo, Modesto, aunque dicen que tú estás muerto, pero no es cierto, sólo que sabes cuidarte y no te dejas ver; me matará, finalmente, a mí, el muy hijo de puta, igual que a Clemente y me tirará en la calle de la Muralla o entre las miasmas del puerto, como si yo fuera una rata inmunda, una carroña; pero la rata es él, la carroña es él y tendrá que pagar por sus crímenes, pagar por la muerte de Clemente, apuñaleado súbitamente, igual que un cerdo, sin tiempo de encomendarse a Dios, aunque Clemente no creía en el Señor y ahora estará quemándose en el infierno. Allí también irá Fernando. Yo rezaré todas las noches para que vaya pronto y no pueda apoderarse de mi oro. No logrará encontrarlo, porque lo tengo escondido en el interior del cuerpo, Modesto, en los intestinos y lentamente lo transformo en mierda, y si algún día, Fernando, al matarme, descubre el escondrijo sólo verá polvo porque el oro se habrá trasmutado en mierda y la mierda se convierte en polvo, Modesto.

—¿A qué hora regresasteis a la casa la noche del crimen? —Rojas repite su pregunta.

—No sé, no recuerdo —Fernando duda—, ¿por qué?

Rojas se para frente a él.

—Ese día no volvisteis temprano a la casa, sino más tarde de lo habitual. Haced memoria.

La mirada de Fernando va de Rojas al piso y del piso a sus propias manos que sudan.

—Es posible. Sí, efectivamente volví tarde porque me quedé en la oficina revisando unos asuntos urgentes.

—¿A qué hora?

—Como a las nueve. Sí, daban las nueve en la iglesia de San Francisco.

—¿Estuvisteis acompañado en la oficina? ¿Alguien os vio salir?

—No, le dije a Sánchez que se retirara y me quedé solo. Yo mismo cerré la puerta con llave.

—¿Regresasteis en la calesa? —Rojas camina y se para al costado de Fernando que le mira aturdido.

—No, esa noche Félix había llevado a Caridad a una visita y regresé caminando para tomar el fresco de la noche. Pero ¿por qué diablos me está preguntando todo esto? —Fernando se para, el rostro muy serio.

Sin responder, Rojas enciende su pipa y aspira el humo del tabaco.

—¿Alguien os vio entrar en la casa?

La mirada de Fernando pierde su dureza y la incertidumbre aparece en sus ojos.

—No sé, ya le dije que Caridad estaba fuera... algún sirviente debió verme. Pero le estoy preguntando qué sucede.

En negras volutas el humo sale de la boca de Rojas.

—Mal asunto, don Fernando, mal asunto —dice mientras el humo se dispersa en el aire— y yo lo lamento.

—¿Qué mal asunto? —hay ira contenida en Fernando—. ¿Qué lamenta?

Rojas no se inmuta y aspira otra vez el humo que corre por su boca hasta los pulmones.

—He recibido información de que, días atrás, reñisteis violentamente con vuestro hermano, hiriéndole y prometisteis matarle si volvíais a verle. ¿Es cierto?

—Pero eso fue una simple pelea entre hermanos, un acaloramiento mío —Fernando se yergue—, espere, ¿qué está usted pensando? ¿qué insinúa?

—Nada, no insinúo nada —Rojas es cortante— compruebo hechos. Para eso me pagan.

—¿Y no le pagan para averiguar qué le hicieron los perros masones a mi hermano? ¿Ya sabe por qué Clemente visitó al conde Montero? —la mirada de Fernando encuentra a la de Rojas y por un instante ambas pugnan en el aire.

Volviéndose Rojas hurga dentro del maletín que ha traído consigo. De allí extrae, envuelto en un paño, un puñal.

—¿Y esta arma, la conocéis? —pregunta y coloca el puñal ante los ojos de Fernando.

Fernando se agita.

—¿Qué es eso?

Una mueca parecida a una sonrisa, aparece y desaparece en los labios del capitán.

—Un puñal, como podéis ver. Y en el mango tiene grabadas las iniciales F.V. —Rojas le da el puñal a Fernando—. ¿Lo reconocéis ahora?, ¿es vuestro?

Fernando se sienta.

—Es de mi padre. Hace un tiempo se le perdió. ¿Por qué está en poder de usted?

—Eso mismo me pregunto yo, porque este puñal apareció, ensangrentado, no lejos del lugar del crimen, don Fernando.

—¿Qué? —Fernando salta de su asiento como una fiera enfurecida.

—Mal asunto, don Fernando, y lo lamento —repite Rojas—, hay testigos que dicen haberlo encontrado no a las nueve, sino mucho más tarde, aproximadamente a la hora del crimen y cerca de allí.

—¿Qué?!, pero ¿cómo se atreve? ¿Quiénes son los canallas que dicen eso?

Rojas guarda el puñal en el maletín y después observa en silencio a Fernando.

—Un criado del conde Montero asegura haberos visto en la calle de la Amargura cerca de las diez de la noche.

Violento Fernando se contiene.

—Infamias, calumnias de Montero para enfangarme.

—También un sereno cree haber visto, a esa hora, y en ese lugar a una persona que se os parece.

—Pero, cómo —Fernando se aprieta la cabeza con las manos—, a mi propio hermano, cómo pueden pensar eso...

—Me temo, don Fernando, que debo pasar el asunto al juez que probablemente iniciará una causa por homicidio. Lo lamento mucho pero es mi deber...

Máximo Blanco escucha silencioso a Fernando que habla despacio, la cabeza hundida en el pecho.

—¡Una calumnia, una infamia! —exclama, cuando Fernando concluye—, por supuesto que le creo, usted no tuvo nada que ver, todos le creeremos. No se desanime.

Fernando alza la cabeza.

—No estoy desanimado. Sólo me siento impotente ante tal mentira.

—Es más que una mentira —Blanco camina por la habitación, enciende un tabaco, fuma— es una intriga del cochino Montero para dañarle y desprestigiar a nuestro círculo, del cual es usted uno de los pilares.

—Está la declaración del esclavo.

—Obligado por Montero —Blanco hace una mueca de rabia.

—¿Y el sereno?

—Comprado. Unos cuantos pesos y dice cualquier cosa. Ese viejo canalla lo ha preparado todo. Seguramente hay más gente detrás de él en esta intriga. Pero no se lo permitiremos —Blanco abre la boca como una fiera lista a morder y enseña sus dientes de oro, semejantes a colmillos amenazantes—. Sólo hay algo que no acabo de comprender.

—¿Qué? —Fernando le mira inquieto.

—El puñal. ¿Cómo apareció allí?

—No tengo idea. Era de mi padre y creo que se le había perdido.

Blanco le observa preocupado.

—¿Qué se puede hacer? —Fernando vuelve a hundir la cabeza entre los hombros y recuerda a Caridad, a sus hijos. “Dios mío, que esto se arregle”, piensa.

Blanco mueve los labios mientras la ceniza se desprende de su tabaco y cae al piso.

—Con dinero todo lo arreglaremos.

—¿Dinero?

—Dinero. En este país todo se puede comprar usted bien lo sabe. La policía, los testigos, hasta el propio capitán general —Blanco ríe, pero enseguida se enseria—. No, por supuesto que a su excelencia no. Si Montero compró, nosotros compraremos también aunque paguemos más caro. ¿De cuánto dispone usted?

—De cuanto sea necesario —Fernando suspira.

El tabaco se mueve inquieto en la boca de Blanco.

—El asunto está todavía en manos de Rojas que debe elevarlo al juez instructor quien investigará a fondo y puede elevar o no el caso a los magistrados de la audiencia —a medida que menciona nombres y cargos, Blanco cuenta con los dedos—, y éstos nombrar fiscal y el fiscal acusar o no, y sólo si acusa tendrá

lugar un juicio. Mucha gente a la que se puede convencer con sólidos argumentos —Blanco guiña un ojo— de que todo quede como está y busquen al verdadero culpable en otro sitio.

Fernando se asombra del conocimiento de Blanco sobre los vericuetos jurídicos.

—¿Y?

—Deje usted el asunto en mis manos que yo me encargaré. ¿Cómo se llama el sereno que cree haberle visto? ¿No lo sabe? No importa. Ya lo averiguaré —los dientes de oro brillan en la boca de Blanco—. Empezaré con el viejo capitán Rojas que no es más que un pirata —Blanco toca uno de sus dientes— en busca de oro como éste y yo se lo daré. Vaya usted a reposar con su esposa que buena falta les hace. ¿La casa del Cerro ya es habitable? Vayan allá que pronto tendrán noticias mías.

Al otro día, muy temprano, un hombre alto, desgarbado, le hizo una visita al capitán Rojas que le escuchó con mucha atención. “De acuerdo”, le dijo el capitán al hombre, sin reparar en su ayudante, Venancio, el hombrecillo vestido de negro, que, desde la habitación contigua, les espiaba. A media tarde de aquel mismo día, el hombre desgarbado fue a la oficina del señor juez instructor que, amable, como viejos conocidos que eran, le invitó a café mientras conversaban en privado. El juez asintió varias veces y al despedirse se estrecharon las manos. Después de visitar al juez, el hombre alto y desgarbado buscó a Heriberto Herrera, el sereno del barrio de Monserrate, mientras hacía su ronda nocturna y después de conversar por un momento, le introdujo, con mano rápida, un pequeño sobre en el bolsillo de la chaqueta.

En horas de la mañana del siguiente día, Venancio Pérez se presentó en la mansión del conde Montero a quien le habló con voz susurrante y gesto servil. “Canallas”, pensó Montero al escucharle, pero su rostro se mantuvo impasible sin reflejar su rabia. Al partir el ayudante de Rojas, Montero le ordenó a su secretario hablar con el fiscal. “Por el dinero no se preocupe, que pida lo que quiera”, le dijo el secretario y fue a su biblioteca. Allí le comunicaron que alguien pedía verle. Mientras oía al viejo de rostro perruno parado frente a él, el conde se animó. “Ese canalla no quedará sin castigo y las pagará todas juntas”, se dijo y mandó enganchar la volanta para ir a La Habana, donde visitaría al presidente de la Audiencia.

Veinticuatro horas después de recibir la visita del hombre desgarbado, Domingo Rojas entró en su oficina dispuesto a solucionar el asunto de Fernando Valle y al encender su primera pipa de la jornada le informaron que un tal Heriberto Herrero pedía verle. “Que pase”, dijo Rojas y se arrellanó en su asiento, la pipa en la boca, el ceño grave.

Muy nervioso, el sereno juró haberse confundido en su primera declaración. En realidad, dada la lejanía y oscuridad de aquella noche, le era imposible, después de pensarlo bien, mantener que Fernando Valle fuera la persona vista por él en la calle de la Amargura, cerca del lugar del crimen. “El señor capitán debe comprender”, dijo el sereno. “Lo comprendo, lo comprendo”, Rojas se frotó las manos. Lo importante era decir la verdad a tiempo, como don Heriberto, quien en lo adelante, debía olvidar aquel desagradable asunto. Al marcharse el sereno, Rojas comenzó a redactar un escrito para el juez informándole que, hasta el momento, no existía ninguna evidencia cierta en el asesinato de Clemente Valle. “La primera declaración, en poder de la policía, no era confiable por proceder de un esclavo que, además dada su avanzada edad, tenía muy poca visión y escasa capacidad mental. El segundo testigo se había retractado”. Rojas reflexionó sobre qué poner a continuación. “Cerca del lugar del crimen”, la pluma se deslizó con precisión por el papel, “encontraron un puñal ensangrentado, pero era imposible afirmar que fuera el arma homicida ni mucho menos identificar al dueño”. Rojas tragó el humo de su pipa, releyó lo escrito y se dijo que el riesgo de silenciar que en el mango del puñal estaban grabadas las iniciales F.V. bien valía los veinte mil pesos recibidos. De ellos le daría, para amordazarle la boca, cinco mil a su ayudante Venancio, la única persona, además de él, conocedora de tales iniciales. El puñal verdadero sería sustituido por cualquier otro, manchado con sangre animal.

“Hecho”, dijo Rojas al firmar el escrito y una oleada de humo negro salió de su satisfecha boca. Enseguida llamó a su ayudante. Al entrar en el despacho, Venancio Pérez sostenía un sobre con la mano izquierda y una sonrisa colgaba bajo su nariz de pajarraco.

—Una carta del señor juez de instrucción —dijo antes de que Rojas pudiera hablar, complacido de adelantársele a su jefe—, es urgente.

“¿Qué será?”, Rojas abrió el sobre y mientras leía su rostro se contrajo en un gesto de disgusto.

—¿Malas noticias?

—Véalo usted mismo —con rabia, Rojas le alargó el papel y se dijo que el asunto se complicaba. El presidente de la Audiencia pedía al fiscal y al juez de instrucción informes detallados sobre la marcha de las investigaciones en el asesinato de Clemente Valle. El juez ordenaba que Rojas le enviase el sumario del caso, en el cual había aparecido un nuevo e importantísimo testigo.

—¿Un nuevo testigo? —dijo Venancio con voz contrariada, aunque alegre en su interior por el dinero recibido del conde Montero en pago de sus confidencias.

El fuego dejó de latir dentro de la pipa de Rojas que, levantándose, tomó el informe.

—¿Quién diablos será el maldito testigo? —dijo—. Ahora mismo voy a ver al juez.

El licenciado Morales, juez de instrucción, andaba sorprendido y molesto porque el presidente de la Audiencia quería conocer cómo iba el caso de Clemente Valle, y cuando le comunicaron que una persona solicitaba verle por ese mismo caso su malhumor aumentó. Luego, mientras el viejo flaco de rostro perruno hablaba, el juez se dijo que todo se estaba complicando mucho y probablemente no obtendría los diez mil pesos que le prometieron a cambio de no hurgar demasiado y aprobar el informe del capitán Rojas. Después del interés mostrado por el presidente de la Audiencia y de aquella declaración iba a ser muy difícil, pensó, dejar el asunto en la oscuridad.

Al llegar Rojas a la oficina del juez, el viejo de rostro perruno aún se encontraba allí y, levantándose, saludó con familiaridad al capitán.

—¿Se conocen? —preguntó extrañado el licenciado Morales—. Mejor, así todo será más rápido. ¿Puede usted repetir su declaración ante el señor capitán?

El viejo dijo sí y a medida que le escuchaba el rostro de Rojas se fue ensombreciendo y al final de la declaración era un cielo tormentoso.

—Creo, señor juez —Rojas guardó en el bolsillo de la levita el informe que traía preparado—, que debemos interrogar nuevamente al señor Valle.

El juez observó atentamente al capitán por arriba del cristal de sus espejuelos. “¿Qué carta estará jugando éste?”, se dijo, “pero cualquiera que sea, la mía no irá contra la del presidente de la Audiencia ni de mi carrera que se halla en sus manos”.

—Estoy de acuerdo —dijo y ordenó al secretario del juzgado tomarle declaración por escrito al testigo y citar inmediatamente a Fernando Valle.

El secretario y el viejo salieron del despacho y el juez se volvió hacia Rojas.

—Bien, señor capitán, creo que tenemos casi resuelto el caso. En la Audiencia estarán satisfechos. ¿Tiene usted terminado su informe?

Rojas respondió con cautela, temeroso del nuevo terreno que pisaba.

—Sí, señor, pero con esta nueva prueba que ha surgido preferiría reconsiderar los hechos y entregar mi informe un poco más tarde.

El juez miró con picardía al capitán.

—Hágalo, aunque no lo demore mucho porque el presidente de la Audiencia en persona está interesado en el esclarecimiento del caso —el juez consultó su reloj—. Ya es tarde, pero mañana a las diez nos reuniremos aquí con el señor Valle para ver qué dice.

—Por supuesto, excelencia, para entonces tendré listo mi informe.

Todo había sucedido como en una pesadilla. Dos hombres se presentaron en la casa del Cerro y, amable, pero firmemente, le pidieron a Fernando acompañarles de inmediato al despacho del juez.

—¿Yo? ¿Ahora? —Fernando sintió una gran aprensión, como si un peligro se ocultara detrás de aquel pedido.

—Sí, don Fernando. El señor licenciado le aguarda y le ruega nos acompañe —dijo el más viejo de los hombres.

Fernando se dispuso a partir.

—Yo también iré contigo —Caridad fue nerviosa hacia él.

El hombre más viejo dudó un instante al mirar a su compañero.

—Perdón, señora, pero el licenciado Morales reclama solamente a don Fernando.

La mano de Fernando acarició la de Caridad.

—Quédate y avísale a Blanco. Yo volveré enseguida.

Partieron y camino a la oficina del juez, Fernando se preguntó qué le aguardaba y cuándo terminaría por fin, aquella horrible historia comenzada desde la absurda pelea con Clemente.

En el despacho, además del juez, estaban su secretario y el capitán Rojas, quien se puso de pie al ver a Fernando.

—Don Fernando, lo lamento profundamente —la mano abierta de Rojas fue a su encuentro.

—Por favor, don Fernando, siéntese— el juez la indicó una silla cercana a su escritorio.

—¿Por qué me han traído aquí? —el tono de Fernando era arrogante y agresivo.

El juez tosió y sus dedos tamborilearon sobre el escritorio.

—Han surgido nuevos indicios en el crimen de su hermano.

—¿Cuáles? —las manos de Fernando se apretaron las rodillas.

El juez le hizo una indicación al secretario que comenzó a leer varias hojas, escritas con una letra apretada y regular. A medida que el secretario leía las manos de Fernando temblaban. “¿Por qué, Dios, por qué?”, se dijo y sintió las palabras como esputos de sangre que le lanzaran a la cara.

—Que siendo las nueve de la noche —la voz del secretario era monótona, pero clara— el declarante cruzó frente a la oficina de la Casa Valle, cerca de la cual reside y al ver luz en su interior se sorprendió por cuanto, como él bien sabe, la oficina siempre se encuentra vacía y cerrada a esa hora —el

secretario hizo una pausa— por eso, y previendo un posible robo, el declarante se detuvo. Entonces, desde el interior de la oficina le llegaron voces airadas que discutían. La luz se apagó y vio salir en forma descompuesta a los señores Fernando y Clemente a quienes conoce hace mucho tiempo —el tono del secretario se elevó con gravedad—, el señor Clemente primero y tras él el señor Fernando con el rostro colorado, quien le gritaba. Desde la oscuridad el declarante les vio detenerse en la puerta, y después siempre discutiendo, se alejaron por la calle de la Amargura hacia arriba, don Clemente delante, detrás don Fernando que agitaba los brazos como si quisiera detener a su hermano. En ese momento el declarante comprobó la hora en su reloj y vio que eran las nueve y treinta, por lo cual se retiró hacia su vivienda. Y no teniendo otra cosa que declarar, firma la presente...

—Mentira, falso —Fernando se alzó iracundo— ¿quién es el miserable que firma esa calumnia?

Los ojos del juez se movieron autoritariamente y el secretario abrió la puerta por la cual entró el viejo de rostro perruno.

—El señor Nicolás Irizábal —dijo el juez lentamente.

—Hijo de puta —las palabras fueron más lentas que las manos de Fernando que tomaron a Irizábal por el cuello apretándolo.

Rojas y el secretario debieron intervenir para soltar a Irizábal de las manos de Fernando que le ahogaban. Finalmente, fuera de sí, la respiración entrecortada, Fernando se sentó, la mirada torva, fija en Irizábal, quien tenía el rostro alterado y se pasaba los dedos por el cuello enrojecido.

—¿Reafirma su declaración? —el juez le habló a Irizábal.

—Sí, señor —el miedo y el odio salieron unidos de la boca del antiguo empleado de la Casa Valle.

—Puede retirarse —dijo el juez y el secretario acompañó al viejo fuera del despacho.

—¿Qué tiene usted que alegar, don Fernando?

—Es una calumnia. Una maquinación de mis enemigos.

—Hay algo más —el juez se detuvo, esperando la reacción de Fernando que se movió en su asiento, los nervios tensos como un dique a punto de saltar por la presión del agua. La mano del juez extrajo un objeto de la gaveta del escritorio—. Este puñal con las iniciales F.V. hallado cerca del lugar del crimen.

ernando quiso gritar que ignoraba, como ya había dicho, por qué aquel puñal apareció cerca del lugar del crimen y que le dejaran tranquilo de una vez y por todas, pero no pudo. En ese momento la puerta del despacho fue abierta nuevamente y entró Máximo Blanco, el rostro más colorado que nunca, transpirando fuertemente.

—Señor licenciado Morales, ¿cómo se atreven a detener al señor Valle? —gritó furioso.

—Amigo Blanco, el señor Valle no está detenido, sólo lo interrogamos —el juez era conciliador.

—Todo esto es una conjura, carajo, una conjura de los masones y enemigos nuestros para enfangar a un buen amigo —las cejas de Blanco se unieron sobre su entrecejo—, una conjura a la cual se prestan unos cuantos traidores y bandoleros que se dejan sobornar por el mejor postor —Blanco miró a Rojas con desprecio—, pero si ahora mismo no ponen en libertad a mi amigo el señor Valle, voy a quejarme inmediatamente al capitán general y ustedes saben que puedo hacerlo —los dientes de oro de Blanco relucieron amenazantes. “Este hombre es capaz de todo”, pensó el juez asustado.

—No es para tanto. El señor Valle no será detenido —dijo lentamente en busca de una solución— ...por el momento. Tratándose de quien se trata se le pondrá en libertad bajo fianza —el juez suspiró—, pero las investigaciones continuarán y si no aparecen nuevos elementos a su favor tendrá que comparecer ante el tribunal. La ley es la ley y todos debemos cumplirla.

—¿Cuánto hay que pagar, carajo? —como si fuera a sacar un revólver, Blanco llevó la mano al bolsillo de su chaleco donde llevaba la cartera.

Fernando fue puesto en libertad bajo fianza y en el camino de regreso al Cerro, acompañado por Blanco, no pronunció una sola palabra y nada dijo al despedirse de Blanco que le pidió pasara al siguiente día por su oficina.

En su casa Fernando encontró a Caridad echada en una butaca.

—Dios mío, ¿qué pasa? ¿para qué te querían? —gritó y se arrojó en sus brazos.

Mientras le acariciaba el pelo, Fernando le dio su versión de lo ocurrido en el juzgado.

—Una calumnia —dijo—, una calumnia, pero todo se aclarará.

Apartándose de él, Caridad le miró con los ojos llorosos.

—¿A qué hora dicen que murió Clemente? —preguntó.

—Entre las nueve y treinta y las diez.

Ella agitó la cabeza como si no entendiera lo escuchado.

—Pero no es cierto que tú regresaras a las nueve, como declaraste.

—¿Qué dices? —Fernando estaba estupefacto.

—Sí, salí a una visita y volví antes de tiempo. Tú no me viste al llegar porque estaba en la cocina, pero yo sí te oí y miré el reloj.

El temor y la vergüenza deformaron la cara de Fernando.

—Eran las diez y quince. ¿Por qué mentiste a la policía?

—¡Yo!... yo...

—¿Qué le hiciste a Clemente? —en el silencio de la casona, el grito de Caridad fue el sonido de un violento portazo que estremeció a Fernando.

—Nada, te lo juro —Fernando dio un paso hacia atrás.

Ella avanzó, el brazo, la mano, el dedo índice extendidos en gesto acusatorio.

—¿Por qué mentiste?

—No tuve más remedio.

—¿Qué le hiciste?

Fernando abrazó a Caridad y su cabeza se escondió en el pecho de ella.

—¿Cómo es posible que creas eso? —la voz de Fernando era sollozante y al alzar la cabeza, Caridad le vio lágrimas en los ojos—. A mi propio hermano.

—Pero, por Dios, ¿qué pasó?

Fernando contuvo los sollozos. Aquella noche, dijo, sabiendo que Caridad iba de visita, se quedó solo revisando papeles en la oficina hasta tarde. Entonces, de repente, había llegado Clemente, más desastrado que nunca, la barba muy crecida, los ojos enloquecidos, como si hubiera bebido...

—Imposible —la sospecha estaba otra vez en Caridad—, Clemente no bebía nunca.

Fernando sostuvo la mirada de su esposa.

—Es verdad, pero aquella noche Clemente iba muy raro —los recuerdos se trenzaron en las palabras de Fernando—, actuaba de una forma distinta, como si estuviera embriagado —Fernando se detuvo—, no, no olía a bebida ni hablaba como un borracho, era como si estuviera movido por algo extraño en su interior... —Él le había pedido disculpas por la anterior pelea y le dijo que podía volver a la casa.

Fernando calló, meditabundo, como si al contar lo sucedido volviera a estar en la oficina esa noche. Sin escucharle Clemente le insultó. “Lameculo de los gobernantes” —así me llamó— dijo Fernando. Discutieron.

—¿Y después? —Caridad se sentía ahogada en medio de aquella horrible historia.

Nada. No había pasado nada.

—Salimos a la calle. Clemente tomó por Amargura hacia arriba, en dirección a la Puerta de Tierra y yo, hacia abajo, rumbo a la casona —Fernando suspiró, liberado de un gran peso.

—¿Y la declaración de Irizábal de que partieron juntos? —Caridad aún dudaba.

—Una mentira —Fernando se serenó, Irizábal le odiaba y quería comprometerle o quizá alguien le pagó por aquella declaración.

—¿Te dijo Clemente a qué fue a verte? ¿Dónde estuvo en la semana después de la pelea contigo?

—No, todo pasó como te lo cuento —la voz de Fernando volvió a quebrarse—. Lo juro por ti, por nuestros hijos que todo fue así —Fernando alzó su mano derecha temblorosa, y la puso delante de los ojos de Caridad—, que Dios me corte esta mano si te estoy mintiendo. A la policía le menté por temor. ¿No me crees?

—Te creo, te creo —Caridad le abrazó y las lágrimas de ambos se unieron.

Aquella noche, Fernando no pudo dormir hasta muy tarde. Cuando, al fin, cayó rendido en un pesado sopor tuvo extrañas visiones y despertó muy de madrugada, bañado en sudor, con la sensación de que alguien le había estado llamando. Caridad dormitaba intranquila y él le dio un suave beso en la frente, se vistió y después de desayunar a solas en la cocina se dispuso a partir. Félix el calesero se le acercó. Tenía la mirada triste y el rostro sumiso de cada día.

—Su merced, don Fernando —dijo indeciso—, yo quisiera...

—Sí.

—He oído decir que mi hijo Santiago anda por la ciudad...

—¿Y? —Fernando respiró profundamente, tratando de vencer la pesadez causada por la mala noche.

—Quisiera suplicarle que si lo capturan no sean muy duros con él. Es buen muchacho. Se equivocó una vez, pero le juro que no lo hará más.

Fernando observó con curiosidad a Félix, el hijo de la antigua cocinera y un mayoral, que la embarazó durante una de las estancias de la familia en el ingenio, según afirmaba Francisco, quien pronto despidió a su empleado. Félix era un buen esclavo, obediente, leal, hábil.

—No te preocupes —Fernando no parecía ser él de siempre—, todo se arreglará. No debemos tratar con demasiada severidad a quienes yerran una vez. Vamos ya.

En el camino, se cruzaron con otros carruajes, pero Fernando, absorto en sus pensamientos, no miraba nada ni a nadie. “¿Por qué tuvo que suceder esto?”, se dijo, “Ahora ya nunca volverá a ser como antes. Qué vergüenza, Dios mío, quizás ya muchos conocen de la acusación contra mí y me condenarán o

se condolerán hipócritamente, quizá me retiren el saludo. Dios mío, ¿qué pensarán mis hijos cuando crezcan, qué creerán? Todo por la cólera y la violencia que nunca debió tener lugar entre nosotros.” Fernando miró hacia el cielo, resplandeciente, sin nubes. “El responsable de todo es Francisco por transmitirnos esta violencia ciega que impide razonar, pero Clemente también fue culpable. Me insultó, me llamó cobarde, vendido y no debió hacerlo, aunque yo tampoco debí responderle.” Fernando se hundió en el asiento de la volanta.

Cruzando la Puerta de Tierra, la volanta entró en la ciudad amurallada y al pasar por la calle del Aguacate Fernando vio a dos comerciantes conocidos y ellos también le vieron, pero desviaron la vista para no tener que saludarle. Dos calles más allá sucedió lo mismo con un matrimonio que iba en su carruaje. “No quieren tratarme, me rechazan, pero antes de condenarme debieran oírme, saberlo todo, escuchar lo ocurrido hasta el final”, se dijo muy abatido.

En la entrada de la oficina le aguardaba Sánchez cuyo rostro era compungido, como de luto.

—Don Fernando —dijo solemne— quisiera testimoniarle que yo y sus demás empleados lo comprendemos todo y le respaldamos a usted.

Por un momento, Fernando no supo qué responder. “¿Cuál será el significado de lo comprendemos todo? ¿Qué comprendían ellos y cómo se habían enterado de todo?” Si gente de poca importancia como Sánchez y los empleados estaban al tanto, seguramente toda la ciudad ya sabría la noticia de la acusación, razonó Fernando.

—Gracias, Sánchez.

—Le aguardan en su despacho, señor —dijo Sánchez.

—¿Quién? —en ese instante Fernando no deseaba ver a nadie.

—El abogado Roberto Mendoza —el tono de Sánchez era de persona enterada de secretos—; le envía don Máximo Blanco quien se disculpa por no poder venir ahora y le pide que, luego de la entrevista con el abogado, acuda a verle en su oficina.

Roberto Mendoza, joven, alto, hermoso, vestía a la última moda, como si en vez de un abogado fuera uno de los tantos ricos lechuguinos recién llegados de Madrid o del mismo París. Al entrar Fernando en el despacho, se puso de pie y le extendió la mano.

—Soy el licenciado Mendoza —su voz era agradable— y me envía don Máximo para ponerme a su disposición en este lamentable asunto —al pronunciar lamentable asunto la sonrisa se transformó en un gesto de gravedad.

Fernando le estrechó la mano y le pidió que se sentara.

—Don Fernando —el abogado fue el primero en hablar— el asunto es delicado, ya he leído el acta acusatoria, pero creo que con una buena defensa, y moviéndonos en las esferas correspondientes usted será absuelto.

Fernando miró a Mendoza con indiferencia y aire ausente.

—No necesito abogado —la voz de Fernando salió de la garganta y se arrastró por los labios igual que un animal herido—, yo no maté a mi hermano.

Mendoza volvió a sonreír.

—Por supuesto, todos lo creemos, pero es necesario demostrarlo jurídicamente —Mendoza consultó unas notas—. Si dejamos a un lado la declaración del esclavo, de poco peso en cualquier tribunal serio, podemos concentrarnos en la declaración del testigo principal... —Mendoza leyó—, Irizábal, sí, este Nicolás Irizábal quien afirma haberle visto salir con su hermano...

Sin prestar atención a las palabras del abogado, Fernando miró a través de la ventana del despacho más allá de la cual se divisaban las torres del convento de San Francisco. “No soy responsable, pero nadie lo creerá aunque me absuelvan cien veces”, pensó.

—... quiero decirle —Mendoza continuó su exposición— que hay muchos puntos oscuros en el testimonio de este señor, los cuales podemos atacar —Mendoza llenó sus pulmones de aire, satisfecho de sus propias ideas—. En primer lugar declara que la oficina estaba cerrada y él oyó voces provenientes del despacho, pero yo me pregunto —Mendoza se detuvo teatralmente—, ¿cómo es posible escuchar voces desde un despacho cerrado que se encuentra en un segundo piso?

Fernando no oía a Mendoza, pensaba en Caridad. “¿Me creerá ella?”, se dijo.

—Don Fernando, ¿me sigue usted? —Mendoza detuvo su exposición y con la mirada interrogó a Fernando.

—Sí, por supuesto, prosiga, por favor.

—Un pequeño detalle antes de pasar al segundo punto oscuro —Mendoza se puso de pie y caminó por la habitación como si ya estuviera ante los jueces—. Irizábal dice haber creído que en la oficina había ladrones y se quedó allí vigilando, pero todos saben que él es un cobarde y un cobarde en vez de esperar corre en busca de un celador —Mendoza se detuvo—, pero ésa no es más que una suposición, aunque muy importante, sobre la reacción lógica de una persona. Pasemos al segundo punto oscuro, el rostro colorado y alterado que, según Irizábal, usted tenía al salir a la calle junto a su hermano.

Fernando volvió a pensar en Caridad.

—Ése es el asunto —entusiasmado Mendoza casi gritó—, si en la puerta de la oficina apenas había luz, ¿cómo es posible a treinta pasos del rincón oscuro donde supuestamente se ocultaba Irizábal, ¿cómo le fue posible, repito, distinguir las facciones coloradas y alteradas de usted?

Por primera vez Fernando prestó atención a las palabras de Mendoza.

—¿A dónde quiere llegar usted?

Mendoza habló triunfante, seguro de si mismo.

—A que Irizábal, al igual que el esclavo, no es más que un testigo falso, posiblemente comprado.

—¿Falso? ¿Comprado?

—En primer lugar, y eso lo demostraremos en el juicio, Irizábal le guarda rencor porque usted lo despidió de la oficina por incapaz y ladrón.

—¿Ladrón? —Fernando se sorprendió.

—Un ladrón. Ya tengo un testigo dispuesto a declarar que Irizábal les robaba a los Valle mientras trabajó para ustedes —Mendoza movió la cabeza, los ojos chispeantes, como queriendo decir “ya ve lo rápido que actuó y lo competente que soy”.

—Pero eso no es cierto. Es un imbécil, pero no un ladrón.

—Lo fue —el tono de Mendoza era imperioso— y usted en el juicio declarará que el robo constituyó la causa principal del despido. Se trata de él o usted. Por eso le tenía odio y decidió vengarse.

Fernando no respondió.

—El deseo de vengarse y el que alguien le untara las manos motivaron el falso testimonio de Irizábal —dijo Mendoza.

—¿Quién pudo comprarle? —las conjeturas entraron atropelladamente en la mente de Fernando como una estampida de reses.

Mendoza se sentó.

—Eso es ya más difícil de probar, yo diría casi imposible, pero no obstante sembraremos esa duda en el tribunal —la voz del abogado se hizo susurrante, conspirativa—. ¿Quién es su principal enemigo en la ciudad? ¿Quién le odia y así lo ha declarado más de una vez?

—¡El conde Montero! —Fernando se levantó.

—Voici l'homme! —exclamó Mendoza gustoso de demostrar su conocimiento del francés.

—Imposible, don Jacobo es mi enemigo, pero incapaz de una acción tal.

Aproximándose a Fernando, Mendoza casi le habló al oído.

—Mi estimado don Fernando —dijo en tono paternal, como si, a pesar de las diferencias de edades y posición, él fuera el maestro y Fernando el discípulo—, en esta ciudad todos somos capaces de todo y eso usted bien lo sabe. Lo importante es triunfar. Permítame que le recuerde que yo, usted, el conde, queremos ganar al precio que sea. Además, hay algo que usted ignora.

Fernando volvió a sentarse.

—Desde hace tiempo, Irizábal realiza algunos trabajos para el conde. Poseo información sobre eso —Mendoza se veía satisfecho.

“Dios mío”, se dijo Fernando, “y si en verdad Irizábal miente y no me vio salir de la oficina con Clemente y todo lo inventó; en realidad, cuando salimos no íbamos discutiendo, la discusión fue en el despacho, pero entonces no me podrán condenar”.

Mendoza se pasó la mano por el cabello muy rubio y cortado al estilo francés.

—Ya le dije que la declaración del esclavo no tiene mucho valor. Podemos demostrar que está medio senil y casi ciego y, además, sugerir que fue influido por su amo para que declarara así. Ahora, lo más importante es que don Máximo y yo estamos buscando y creo que la encontraremos —Mendoza mostraba su última y más importante carta— una persona que diga haber visto a Irizábal lejos de la oficina a la misma hora en que él afirma haber estado allí. Por otra parte, no estaría mal que algún criado declarase haberle oído llegar a usted a la casa antes de las nueve.

—¿Y el puñal con las iniciales F.V.?

Mendoza reaccionó como si esperase aquella pregunta desde el inicio de la conversación.

—En primer lugar, no se halló junto al cadáver sino en las cercanías y nada demuestra que sea el arma del crimen. En segundo lugar, pertenecía a su señor padre y no a usted —Mendoza meditó—, ¿es que acaso se acusará al señor Francisco porque su puñal fue, supuestamente, utilizado en un crimen? —el abogado negó con la cabeza—, claro que no, y, en tercer lugar, el puñal llevaba un tiempo perdido como pueden afirmar varios criados de la casa. ¿Cuándo y dónde exactamente se perdió? No lo sabremos porque, lamentablemente, don Francisco no se halla en condiciones de responder. Pudo haber sido encontrado por alguien, pudo haber sido robado, cualquier cosa es posible tratándose de un puñal tan bello. Por cierto, luego que termine el juicio deben devolvérselo como una prenda de la familia.

—¿Qué saldrá de todo esto?

—La demostración de la absoluta inocencia de usted, un juicio contra Irizábal por perjurio y el desprestigio para el conde sobre quien recaerá la sospecha de haber maquinado esta conjura.

—¿Y el asesino de mi hermano? —la voz de Fernando tembló.

Mendoza se encogió de hombros.

—Dudo mucho de que se le encuentre. Puede ser cualquiera. Un ladrón, un negro cimarrón, hasta el señor conde pudo ordenar el crimen para después inculparlo a usted —Mendoza calló por un instante—. Bien, me retiro, no olvide que don Máximo le espera.

Al marcharse Mendoza, Fernando quedó sumido en sus reflexiones, intranquilo, pero un poco más seguro. La lógica del abogado, se dijo, era impecable, convincente. Tendrían que absolverlo y entonces nadie iba a dudar de él. Nadie, ni sus conocidos, ni sus familiares; ¿y Caridad? Ella le dijo que le creía, pero él vio la sospecha en sus ojos. “Dios mío, que no me condenen, que Caridad me crea, que se aclare todo”, Fernando reclinó en el escritorio la cabeza, las manos sobre ella. Así estuvo un largo tiempo inmóvil, atormentado, hasta que las tristes campanadas del reloj del despacho le recordaron la cita de Blanco.

Fernando descendió a la planta baja de la oficina, donde le aguardaba Félix.

—¿Traigo la volanta, su merced? —preguntó.

—No, prefiero caminar —dijo y vio los ojos tristes y sumisos del calesero—. Ya te dije que no te preocupes por tu hijo. Nada le pasará si promete no hacerlo más.

Lentamente, Fernando caminó por la calle de la Amargura, siguiendo el mismo recorrido que había hecho con Clemente aquella noche, pero no llegó hasta el lugar del crimen. Al doblar a la derecha en la calle Cuba se detuvo frente a una tienda donde se exhibían vestidos femeninos de alegres colores. “A Caridad le gustaría uno así”, pensó. Fue a entrar para verlos mejor, pero se contuvo. “¿Qué me pasa?”, se preguntó, mirando su ropa negra. “¿Estoy enloqueciendo? Blanco me espera para asuntos de vida o muerte y yo aquí pierdo el tiempo y miro vestidos de colores, cuando en casa todos debemos vestirnos de luto, Dios mío.” Intranquilo Fernando continuó su camino.

Al llegar a la oficina de su socio le dieron la noticia de que Blanco, después de aguardarle largo rato, había ido, apenas minutos atrás, al muelle para revisar un cargamento acabado de llegar, pero le rogaba le esperase allí porque no demoraría mucho. Fernando se sentó, pero enseguida, movido por un súbito impulso, se puso de pie y decidió buscar a Blanco en el muelle.

“Aguarde, el amo no demorará”, le dijo un empleado. Sin hacerle caso, Fernando salió a la calle del Inquisidor y aprisa fue hacia el puerto. A su alrededor la ciudad bullía en la grito de los vendedores, en el rodar de los carruajes, en el sonido de las herramientas de los artesanos, pero Fernando caminaba sordo a los ruidos, inmerso en sus pensamientos. “Todo se va a resolver”, pensó al llegar al muelle, donde al pie de la escalerilla del Buena Fortuna vio a Blanco, quien le hizo señas para que se acercara. “Todo va a resolverse”, repitió mientras avanzaba entre los carruatos y mercancías recién estibadas.

—Cuidado —gritó Blanco.

Alertado por el grito, Fernando tuvo tiempo de ver el carretón cargado de barriles que, a toda carrera iba a su encuentro, el caballo enloquecido, el cochero incapaz de frenarlo, pero no pudo esquivar el enorme barril que, zafado en lo alto del carruaje, saltó, como una roca por un precipicio y cayó sobre él, aplastándole.

Cuando, finalmente, lograron mover el barril, en los ojos de Fernando había expresión de asombro, como si no comprendiera lo ocurrido, y su mano derecha estaba completamente triturada.

—¡Dios mío —exclamó Blanco, quitándose el sombrero—, está muerto!

Ah, la calabaza, el guao, el bejuco, la cuaba, la araña, la carcoma, la nganga, el gato, y el alacrán, yo, todos habíamos hecho nuestro trabajo y Fernando estaba pagando; no se puede ir contra nuestros

poderes, maldito amo, que te pudras en el infierno, picado por el alacrán, mordido por el gato, roído por la carcoma.

Desde el campanario del convento de San Francisco seguí sus pasos por el puerto, descendí al ver el carretón ir a su encuentro, el carretón con barriles, cegué al conductor, azucé al caballo, le pedí al ratón morder la cuerda que ataba la carga, soplé contra el barril más pesado para que rodara como una avalancha. Fernando quedó debajo, aplastado igual que una cucaracha, sus alas destrozadas y volé a la casona a dar la noticia, la susurré al enjambre de espíritus atormentados que giró sobre sí mismo con más fuerza, se la grité a Modesto, pero él era un reloj sin cuerda, sus ojos, inmóviles manecillas tras el cristal, y no tuvo ninguna reacción, se la dije a doña Piedad y, por primera vez, en sus pupilas sin fondo hubo un chispazo y los labios descarnados detuvieron su plegaria, vi a Dolores Fernanda y no tuve que contarle nada porque al encontrarnos lo supo enseguida y comenzó a llorar. Busqué a Caridad y cuando mis dedos de aire pasaron en ráfaga sobre su frente ella se alzó del butacón donde tejía y me miró sin verme. “¡A Fernando le ha pasado algo!”, exclamó y sus manos temblorosas dejaron caer el tejido al piso.

Ah, Francisco dormitaba en su sillón con los ojos llenos de nubes y recuerdos, cuando yo y una mosca gorda y negra entramos en la habitación. Sonreía en su dormitar y el sillón se movía lentamente, hacia atrás y hacia adelante, como un bote en la mar. Sin dificultad me introduje en su mente y vi que soñaba conmigo, desnuda, acostada, boca abajo, mientras su puñal de carne hería mis profundidades, “cabrón”, le susurré y en el sueño me volteé convirtiéndome en un lobo de afilados dientes. Él dio un grito de horror y su mástil empinado se vino al suelo. “Cabrón”, repetí, pero él no era cobarde y en vez de huir en el sueño o despertarse tomó una antorcha encendida y se dispuso a enfrentarme, pero yo me transformé en horrorosa serpiente de dos cabezas y encarnadas lenguas bífidas que buscaron su garganta. “Ay, ay”, gritó dentro de su mente, convertida en campo de batalla, como si los dientes venenosos de la serpiente le hubiesen hincado, igual que un latigazo en el cuello. “Dios mío”, exclamó, casi ahogado, y su vieja sangre huyó de la cabeza, arrastrándose hasta el corazón que se estremeció sin poder enviar nueva sangre a las manos para luchar. Todo su cuerpo comenzó a enfriarse, los pies, los dedos, los brazos. “Cabrón, no vas a morirme todavía”, le dije y él despertó muy cansado como quien vuelve de un largo viaje.

“Fernando está muerto”, murmuré, “Fernando está muerto”, zumbó a su alrededor la mosca venida conmigo. “Muerto”. Los ojos de Francisco se llenaron de lágrimas y sus ideas, barcas arrastradas por la corriente, navegaron en el cerebro, en busca de la conocida imagen de Fernando, pero sólo hallaron un rostro destrozado y una mano deshilachada de la cual brotaba un manantial de sangre.

“Ay”, quiso gritar, pero en vez de palabras de su boca escapó una saliva verdosa con olor a carroña.

“Carroña”, le grité muy alto para que en sus taponeados oídos pudiera entrar bien la corriente de aire de mis palabras, “preparate porque pronto vendré por ti definitivamente”.

—¡Cómo! ¿Fernando muerto? —Caridad dio unos pasos hacia Blanco— ¿qué? no puede ser, Dios mío —gritó y se derrumbó en los brazos de Blanco, las manos en la cara, la boca temblorosa.

Acudieron los criados, el aya, le dieron a oler sales, le pasaron un pañuelo impregnado en esencia por las mejillas, la abanicaron. Sus hijos la rodearon. Gabriel, asustado y nervioso al ver a su madre en aquel estado comenzó a llorar y de momento Dolores Fernanda se mantuvo como ausente.

—Mamá, ¿por qué papá ha muerto? —a duras penas Frasco contuvo el llanto.

Caridad trató de serenarse.

—Mamá, ¿dónde está papá? Gabriel estaba ahogado por las lágrimas.

—¡Ayiii! —más que un grito de la boca de Dolores Fernanda salió un alarido antes de caer al suelo donde se revolcó presa de convulsiones, los ojos desorbitados, la lengua fuera de la boca. Los criados

tuvieron que dominarla para que no se lastimara y entonces Caridad, haciendo un esfuerzo, dejó de llorar, besó a los niños y ordenó que se los llevaran.

—Mamá, quiero quedarme contigo —dijo Frasco muy serio.

—Amor, debes ir y ayudar a tu hermano— los dedos de Caridad acariciaron el pelo de su hijo.

Cuando los niños salieron, Caridad, ya más controlada, se dirigió hacia Blanco.

—Quiero que el funeral de Fernando se realice con el esplendor que él se merece y que todos sus amigos y conocidos asistan, al igual que las autoridades civiles y eclesiásticas —dijo, pensando que sólo un gran funeral, muy concurrido, era la forma de mostrar que nadie creía en la absurda acusación contra Fernando. Por eso, para reafirmar aquella opinión todos debían acompañar al difunto. Blanco no tuvo el mismo criterio. “Al entierro de una persona acusada de asesinar a su hermano no van a concurrir muchos”, se dijo pero no puso ninguna objeción.

—Por supuesto doña Caridad, así se hará, yo me encargaré.

Al quedar sola, Caridad fue a la habitación de Francisco para darle la noticia. El anciano estaba, como siempre, en su sillón, la mirada errante, con aquel aire de inútil y desvalido que a Caridad le recordaba a un viejo y desgastado juguete de trapo abandonado en un rincón.

—Don Francisco, ¿me oye? —le dijo suavemente.

Él la miró con ojos indiferentes, el rostro una gran máscara blanca, inmóvil.

—Don Francisco... Fernando ha muerto, ¿me oye? ...muerto —Caridad no pudo evitar un sollozo.

La máscara estuvo quieta un instante frente a Caridad y después de un lento giro de tornillo oxidado se volvió hacia la ventana.

—Dios mío —sollozante Caridad salió de la habitación.

Satisfecha, la máscara contemplaba el horizonte. Ayer, Modesto, vino esa mujer, esa mujer, Caridad, y quiso sorprenderme al decir que Fernando estaba muerto. ¿Qué pretendía? ¿Que estallase en lágrimas por la muerte de mi amado hijo? Tonta. Como si yo no supiera que había muerto, me lo dijo la lechuza, que lo ve todo, igual que la cucaracha. Hace tiempo murió en mi corazón, pero no en mi mente, y esa mujer pretendía contemplar el manantial de mi llanto, sin saber que mis pozos están secos para siempre, porque todos mis líquidos se me fueron no por las cuencas de los ojos sino por el orificio de la vida, en miles de fornicaciones, dulces como la miel, extenuantes como el halar de un burro. Un burro, eso fui siempre, pero no lo era cuando ella vino a decirme susurrante “Fernando ha muerto”. ¿Y qué? Yo también estoy muerto, aquí, con lo ojos abiertos, y nadie me llora, al contrario, desean verme con los ojos cerrados; tú Modesto, estás muerto, pero vivo; Piedad, la tonta, esta muerta; Francisco Joseph degollado por el sable de algún miserable que algún día conoceré; Clemente apuñaleado con un puñal familiar; María Angélica ahogada en oraciones que, seguramente, de tanto orar se le trabó la lengua y le vino la asfixia, como a Bruno, pero a ese el ahogo le debe haber llegado del mucho champán y whisky bebidos, que sólo en eso pensaba y no en el trabajo; todos estamos muertos, unos más que otros aunque algunos parezcamos vivos, semejantes a espantapájaros, como yo, pero es mentira, Modesto, no lo creas, al final vendrán los pájaros y nos picotearán los harapos de carne, nos sacarán los ojos de botones, bien muertos somos y muertos están ya mis descendientes, siempre perseguidos por una falta que ignoro y aunque se escondan en profundos huecos y simulen ser topos, serán encontrados y castigados, como mis hijos a quienes de nada les sirvió querer huir de su triste destino. Eso es imposible porque hay un destino Valle, un destino Blanco, otro Montero, Rojas, y nunca podrás escapar de él. Me lo explicó la lechuza, en sus visitas nocturnas, la sabia lechuza que junto a ti y la cucaracha son los únicos seres que me quedan en esta muerte.

Mi destino fue pasar a la América en vez de permanecer en el bello Cádiz, casarme con una mujer fea y tonta, tener hijos, ser un mulo, acumular dinero, apilar oro, y, al final, verme convertido en polvo, igual que una roca masticada por el viento. Hoy vino esa mujer, Modesto, esa mujer que dice ser muy buena y me llena de comodidades, de falsas e hipócritas comodidades porque ambiciona mi oro, que escondo y nadie sabe dónde se encuentra, sólo tú. Ella quiere hallarlo y me sonsaca con sus sonrisas de cocodrilo, la boca taimada muy abierta de dientes preparados a triturar. Hoy vino y me dijo, con lágrimas de cebolla en los ojos, que Fernando iba a ser sepultado y que la familia se trasladaría definitivamente para el Cerro porque en esta casona eran muy penosos los recuerdos. Allá en el Cerro yo tendría una hermosa pieza, fresca, con aire puro, no este pestilente del puerto, así dijo ella, y que otro esclavo me atendería, no el nieto de aquella negra, la que me mordió la mano y después lamía mi proa suavemente, igual que el mar la arena, provocándome remolinos de placer en el vientre. No me atenderá ya Santiago, así creo que le pusieron al negro, aunque quizá fuera Juan, Roque, Remigio, Manuel, que así se llaman o no se llaman mis cientos de nietos esclavos, pero el nombre no importa, ni ellos tampoco, negros son, nietos o no nietos míos, y su destino, igual que su apellido verdadero, es Esclavo, no Valle, no Blanco, Montero, Rojas, y como tal deben actuar y vivir, y las negras dejar que les hunda mi espolón por sus tres bocas, que si cuatro tuvieran también por ellas entraría ...

¿Qué te contaba, Modesto?, ah, sí, vino esa mujer y me dijo aquello con su lengua de serpiente paradisíaca, pero yo no le mordí la fruta, aunque me hubiese gustado probar su verdadera manzana, seguramente pulposa, rojiza, a pesar de ser la mujer o la llamada viuda de mi hijo vivo, y enseguida comprendí que todo no era más que una jugarreta para sacarme de aquí y revisar mi cuarto en busca del oro y lo del aire puro simple engañifa. ¿Para qué quiero otro aire?, siempre he respirado éste y me ha ido muy bien, el aire del puerto, del tasajo, de las cargazones de negros, harinas, azúcar; nunca enfermé del vómito negro ni del cólera y aún estaría saludable si no hubiese sido por el maldito de Fernando, al carajo tu aire del Cerro, eso quise decirle pero no pude y del esfuerzo la saliva me chorreó por la boca y ella dijo “don Francisco,” dando brinquitos a mi alrededor como un pajarito y con un trapo me limpió los labios, al carajo tú, tu aire, tu trapito, tus brinquitos de pájaro, le grité en mi cabeza, Modesto, y mientras le abría bien los ojos, grandes, muy grandes, como hacen los locos, abrí con fuerza mi ojo oscuro, “don Francisco, ¿qué se ha hecho?” y me cagué allí mismo para que ella supiera de una vez y por todas, Modesto, que de aquí no me iré nunca.

Blanco se equivocó. Al funeral asistieron cientos de personas. Si al conocer la acusación contra Fernando hubo asombro, duda, y muchos creyeron en su culpabilidad, al producirse la inesperada muerte casi todos se condolieron por la tragedia y el sufrimiento de una familia que, en menos de un mes, perdía a dos hermanos. El crimen fue olvidado y entonces se habló de la mala suerte de Fernando y del sufrimiento de Caridad y Francisco. “Pobre mujer”, dijeron, “pobre padre, dos hijos muertos uno tras otro”, “una familia muy desgraciada”, “qué fatalidad, si Fernando hubiese llegado un minuto antes a la oficina o hubiese esperado a Blanco nada habría ocurrido”. Sólo unos pocos, entre ellos el conde Montero, se atrevieron a decir que el castigo de Dios se veía en la muerte de Fernando, simbolizado en su mano derecha triturada, la mano fratricida que clavó el puñal, pero aquellos comentarios pasaron inadvertidos entre las múltiples y sinceras manifestaciones de pésame recibidas por Caridad, en especial la del propio capitán general quien, conocedor del estado de opinión reinante en la ciudad, y después de conversar con Blanco, ordenó que un piquete de soldados rindiese honores al difunto durante la ceremonia luctuosa.

Una mañana de aire diáfano y cielo transparente, alfombrado de pequeñas nubes, se puso en marcha el cortejo fúnebre, al frente un piquete de cazadores a caballo de la reina, con sus uniformes de gala, detrás frailes franciscanos, cantando salmos, y monaguillos de cuyos incensarios, movidos rítmicamente, al compás de las oraciones, se desprendía un humo suave y perfumado. Después, un caballo blanco tiraba de un coche negro, descubierto, sobre el cual iba un ataúd, forrado en terciopelo oscuro guarnecido de galones de oro, donde yacía Fernando, las manos sobre el pecho y en el rostro una bella serenidad. El cochero era Félix, vistiendo librea plateada, que, mientras conducía con mano hábil, pensaba en la mala suerte de su hijo Santiago quien, cuando fuera atrapado, no sería protegido por el amo.

Tras el coche caminaban los otros hijos de Félix y los demás esclavos de la casa, también de librea y calzón corto, sosteniendo grandes cirios encendidos de los cuales caían al suelo, como lágrimas, pequeñas gotas de esperma. Enseguida venían decenas de volantas, en la primera Caridad y sus hijos, todos de luto, y al final cerraba la procesión un piquete de soldados.

Lentamente recorrió el cortejo la calzada de San Lázaro y por último se detuvo a la puerta del camposanto, donde los ocupantes de las volantas descendieron. Blanco, Mendoza y dos hombres más cargaron el féretro y, seguidos de familiares y amigos, entraron en el cementerio, mientras que los soldados y los negros se quedaban afuera. Caridad y sus hijos iban detrás del ataúd, Dolores Fernanda casi a rastras, cogida de la mano de su madre, temblando, pero sin llorar, Gabriel gimiendo ruidosamente, Frasco con los ojos llorosos, tratando de sobreponerse. En la casa, antes de partir, Caridad le dio un beso a cada uno y al besarle a él le dijo: “Ahora tú eres el hombre de la familia y debes dar el ejemplo”. “¿Y Gabriel?”, fue a preguntar Frasco, pero no lo hizo. “Gabriel es un tonto llorón”, pensó mientras caminaba en el cementerio, dominado por un doble sentimiento: de dolor debido al fallecimiento de su padre y de curiosidad ante todo lo nuevo que veía.

Llegaron a la capilla, pintada de negro mate, con un pórtico de cuatro columnas que a Frasco le parecieron altísimas y en cuyo frontispicio, bajo una cruz negra brillante, estaba escrito en grandes letras de bronce doradas “Ecce nun in pulvere dormian” que él tradujo con dificultad “Ahora aquí duermen en el polvo”. “Mi padre se va a quedar aquí y más nunca lo veré”, se dijo y no pudo evitar que las lágrimas le mojaran la cara, pero al entrar en la capilla se dominó. Adentro, donde reinaba la semipenumbra y olía a humedad, polvo e incienso, Frasco apenas prestó atención al responso fúnebre. El octogenario padre Martín, lentamente, con voz quebrada, dijo una plegaria, pidiendo por el alma del difunto a quien el señor había llamado tempranamente a su lado, y enseguida habló de sus bondades como hijo, padre, esposo, y hombre respetado en la sociedad. “El que mira al viento no siembra y el que mira a las nubes no cosecha”, el sacerdote citó el Eclesiastés, “Fernando Valle podemos decir que tú sembraste y cosechaste y por eso te ganaste el cariño de todos”, en los ojos del viejo sacerdote asomaron las lágrimas al pronunciar aquellas últimas palabras, pero Frasco no las vio. Su mirada recorría la capilla, detrás de cuyo altar un cuadro pintado al fresco le llamó la atención. En él, un ángel con su trompeta convocaba para el Juicio Final a los muertos que salían de sepulturas similares a las de aquel cementerio, los justos a la derecha, bellos, serenos, a la izquierda los réprobos, llorosos, deformes, monstruosos, algunos intentando huir, horrorizados todos. Sobre el cuadro la frase “Surjan los muertos y vengan al Juicio”.

También Caridad vio, entre lágrimas, el cuadro y se preguntó si Fernando después de comparecer ante el Señor, no iría a parar al infierno, pero inmediatamente, ahogada con un sollozo, rechazó, como si fuera una visión maligna, aquel pensamiento y oró fervorosamente por el alma de su esposo.

Después de contemplar el cuadro, los ojos de Frasco prosiguieron su inspección del recinto en una de cuyas paredes estaba grabado “Fe, Esperanza, Caridad”. “Mi madre también aquí”, pensó y no pudo evitar una sonrisa, apagada de inmediato al ver en el suelo una fila de hormigas, pequeñas como granos de maíz, que subían por la pared en busca de una ventana. “Hasta en un lugar como este hay hormigas”, se dijo asombrado, “seguramente estarán también en la tumba de mi padre”. Al volver a pensar en Fernando se preguntó qué iba a pasar con la familia ahora que él había muerto. No pudo responderse porque ya salían de la capilla, el ataúd nuevamente en los hombros de los amigos, Caridad sollozante y desfallecida, Dolores Fernanda convulsionada y Gabriel lloroso. Afuera el aire se había espesado como polvo blanco y se respiraba el olor de una tormenta llegada desde el mar a través de un cielo transformado de cristalino en oscura bóveda, por la cual volaban nubes gordas como odres inflados, prontos a reventar. De prisa fueron hacia el cuadro del campo destinado a las personas de la posición social de Fernando, situado entre los campos de las grandes figuras eclesíásticas y del gobierno y el de la gente pobre. Allí junto al sepulcro de Clemente y delante de un obelisco de jaspe negro con la inscripción “Exultabunt ossa humiliata”, estaba abierta una sepultura de mármol en la que lentamente comenzaron a introducir el ataúd de Fernando. En ese momento la espada luminosa de un rayo, prolongado en el galopante sonido de un trueno, cortó el cielo en dos, rajando las gordas nubes cuyas aguas, al caer, mojaron la tapa del féretro antes de que el sepulcro se lo tragara.

Entonces varias auras tiñosas, que posadas en el muro del cementerio, miraban la ceremonia, alzaron el vuelo, espantadas por la tormenta, y volaron sobre las tumbas.

Después del entierro, las semanas pasaron amargamente para Caridad, atolondrada, desesperada, sin saber qué hacer ni cómo continuar la vida. Con su padre fallecido, sin hermanos ni otros parientes que pudieran ayudarla, la inesperada muerte de Fernando la puso en un estado de soledad e indefensión. Ella era capaz de administrar la casa y cuidar de sus hijos, pero no entendía de negocios, de producción y venta de azúcares, almacenes, préstamos y, mucho menos, de la ilegal importación de esclavos. “Fernando, qué falta me haces”, se dijo una noche acostada en la habitación a oscuras, y al tocar la parte vacía de la cama donde él durmiera lloró amargamente. “Oh, Dios, ¿qué haré?”, se preguntó angustiada y, encendiendo una palmatoria comenzó a escribir una larga carta a Bruno.

Dos días después vino a verla Máximo Blanco. Estaba muy bien enterado, dijo de lo que le sucedía, y, como amigo de Fernando y de ella, deseaba hablarle. Caridad le brindó café y mientras lo bebía, él encendió un tabaco. Mucha era su preocupación, dijo, después de beber, por la suerte de los negocios de la Casa Valle que, desde la muerte de Fernando, no iban bien porque los administradores y mayores eran unos incapaces ladrones que nada atendían y sólo pensaban en robar para sí. La mano de Blanco fue hasta la boca para fumar el tabaco. Si aquello continuaba así, al garete, Blanco se detuvo a aspirar el humo, la riqueza de los Valle se vería en peligro y todos los esfuerzos de don Francisco y Fernando por levantar una sólida fortuna habrían sido inútiles. Él no deseaba otra cosa que prevenirla y ayudarla. Blanco volvió a callar esperando la reacción de Caridad, pero ella no hizo ningún comentario. Además estaba el problema de la herencia, el tono de Blanco era bajo y cauteloso. “¿Qué problema?”, los ojos de Caridad interrogaron a Blanco a través del humo del tabaco. Hasta el momento la fortuna y los negocios de la Casa los había manejado Fernando, a nombre de don Francisco, pero, Blanco suspiró, todos conocían el estado de Francisco y ahora Natividad o Bruno, quizá los dos, podrían pedir que se declarase a su padre incapacitado y, por consiguiente, la partición de la herencia entre los herederos. Así le había explicado el abogado Mendoza. Caridad miró más allá de la cabeza de Blanco hacia la pared donde colgaba un cuadro de Cristo en la cruz, regalo de la madre superiora de las Ursulinas.

—¿Qué puedo hacer? —dijo sordamente.

Blanco se puso de pie muy serio, el tabaco entre los dedos.

—Venda, véndalo todo y despreocúpese de los negocios. Aún tiene tiempo.

Los ojos de Caridad fueron en busca de los de Blanco.

—¿A quién?

—A cualquiera —Blanco desvió la mirada—, a mí, si quiere.

Estoy dispuesto a comprarle, pero apresúrese, más tarde no sé si se pueda. Por otra parte están esos rumores —la voz de Blanco fue más baja, como si temiera que alguien los escuchara.

—¿Qué rumores?

Antes de responder, Blanco aguardó a que una sirvienta retirara la taza de café y saliera de la habitación.

—De otra conspiración de los negros —dijo la vista en la puerta por donde había salido la sirvienta—. Usted con su tragedia familiar no está al tanto pero yo sí. En La Habana no se habla de otra cosa. Los negros vuelven a estar muy perros y no creo que si sucede algo —las arrugas se acentuaron en la frente de Blanco—, usted sola pueda hacer nada contra sus negros, que son capaces de cualquier cosa, hasta de matarla.

Caridad se mantuvo por un momento con la expresión ausente, como si la conversación hubiera dejado de interesarle.

—Muchas gracias, don Máximo —dijo finalmente—, le estoy muy agradecida y lo pensaré todo bien.

Al irse Blanco, Caridad llamó a Félix.

—Prepara la volanta —le dijo mirando con desconfianza al calesero.

—No, no, deja, hoy no saldremos— la inseguridad tiñó de miedo la voz de Caridad.

“¿Será Félix capaz de matarme, serán mis negros a quienes siempre he tratado tan bien, capaces de hacerme daño? —se preguntó nerviosa mientras se santiguaba mirando el cuadro de Cristo.”

Desde un extremo de la casona llegaron ruidos sordos y voces que discutían, pero cesaron enseguida. Caridad puso atención y entonces volvió a oír sobre su cabeza, como provenientes del techo, los extraños sonidos, no escuchados desde hacía tiempo, que tanto la habían asustado, semejantes al correr del agua por una tubería. “Tenemos que irnos, tenemos que acabar de irnos”, gritó “de esta maldita casa”.

Poco después recibió contesta de Bruno, casado con una norteamericana y padre de dos hermosos y saludables hijos. A él todo le iba bien pero la noticia de la muerte de Fernando lo había anonadado y lamentaba no haber podido estar en el entierro. En cuanto a las inquietudes de Caridad su respuesta era sólo una: que vendiera todo lo vendible y se marchara de La Habana con los niños. Cuba con su incultura, y atraso, su permanente inseguridad por posibles revueltas independentistas y, sobre todo, por la horrible masa de negros que, en cualquier momento podían rebelarse y asesinar a sus amos, no era lugar para una mujer como ella. En los Estados Unidos, en Nueva Orleans había también esclavos, pero no eran tantos ni tan estúpidos y belicosos como los de La Habana y no se esperaban revueltas. Caridad debía vender de inmediato —terminaba Bruno su carta— e irse a vivir con él a Nueva Orleans. En aquella ciudad, que tanto le gustara en su viaje de matrimonio, estaría muy bien, ya lo comprobaría con el tiempo, lejos de la apesosa y peligrosa Habana. Mary, su esposa, la saludaba y también era del criterio de que Caridad se fuera a los Estados Unidos.

Encerrada en su habitación, oyendo lo que para ella era el jadeo de las ratas en el techo, las paredes y el piso, Caridad releyó atentamente la carta de Bruno, recordó las palabras de Blanco y reflexionó, sopesando los pros y los contras de la venta de todo y su probable marcha a Nueva Orleans. Tenían razón, se dijo, Blanco tenía razón, a ella sola le era casi imposible lidiar con los negocios de los Valle, Bruno tenía razón, La Habana era una ciudad sucia, inculta y peligrosa en la cual cualquier cosa podía suceder en cualquier instante, desde un crimen nocturno, jamás descubierto, hasta una revuelta de esclavos salvajes. Caridad colocó la carta sobre una mesita y recordó a Fernando. Poco antes de que regresara Clemente, él le dijo que el gran sueño de ella quizá se cumpliera. Ya eran muy ricos y con sus relaciones en el gobierno sería posible, en el futuro, recibir un título de nobleza. Aquel sueño, pensó Caridad encendiendo una vela a la imagen de la virgen María, era también una ambición de Francisco. Caridad se puso un camisón y se acostó. Francisco estaba senil, pero seguramente no querría partir al extranjero ni ella iba a forzarlo ni tampoco dejarlo abandonado en Cuba. ¿Y sus hijos? ¿Qué sería de sus hijos en La Habana, expuestos a los peligros y calamidades de la ciudad?, meditó. Pero, la mansión del Cerro recién terminada y que mucho le agradaba, ¿cómo iban a dejarla ahora así, luego de tantos esfuerzos para construirla? “¿Qué harías tú en mi lugar, Fernando?” musitó y comenzó a rezar. “La virgen me iluminará”, se dijo santiguándose antes de quedar dormida.

Una semana más tarde, después de escribirle a Bruno hizo llamar a Blanco quien, al atardecer, poco antes de la cena, fue a la casona. Sonreía y de su persona llegaba el inseparable olor a tabaco malo.

—Doña Caridad, ¿ha llegado a una decisión? —los dientes de oro de Blanco quedaron al desnudo.

Caridad movió lentamente la cabeza.

—¿Y?

—No venderé —el rostro de Caridad era firme. La sorpresa saltó de los ojos de Blanco mientras los dientes dorados se escondían en su cueva.

—Pero eso es una locura —las palabras borbotearon en la boca de Blanco—. ¿Qué va a hacer usted sola?

Caridad respiró como si buscara fuerzas en el aire que llenaba sus pulmones con los olores del puerto.

—Designaré un administrador de confianza para que se encargue de las cosas prácticas en los negocios, pero yo tomaré las decisiones importantes. Por supuesto, usted me aconsejará.

La cara de Blanco parecía decir “es una locura”, pero enseguida recobró su impassibilidad.

—Estoy a su disposición; ¿en quién piensa para administrador?

—¿Administrador? —dijo Caridad como si no hubiera escuchado la pregunta de Blanco—. Al abogado Mendoza, me parece persona competente y leal y creo que Fernando estaría de acuerdo con mi decisión.

En la sala, el reloj de pared dio siete campanadas y Blanco esperó a que sonara la última para hablar.

—Sí, me parece un hombre capaz —dijo— y si usted lo tiene ya decidido...

—Hay dos cosas más que quisiera pedirle.

—Usted dirá.

—He decidido mandar a los gemelos a vivir y estudiar en Nueva Orleans con su tío Bruno. Ya le he escrito a él y quisiera que usted se ocupara de los asuntos de los pasajes y del viaje.

Blanco se volvió a asombrar. “Mandar a sus hijos a estudiar a los Estados Unidos y no a España, eso es absurdo”, pensó.

—Con mucho gusto. ¿Cuál es su otro deseo?

—Por fin en los próximos días me mudaré para el Cerro. Como usted sabe, hace tiempo que estaba decidida la mudanza, pero con todos estos problemas —Caridad se detuvo— se fue postergando. Ya no soporto vivir más aquí, me trae muy malos recuerdos...

—La entiendo —Blanco asintió con la cabeza.

—Quisiera que usted gestionara la venta o quizá alquiler de esta casa.

—Me parece muy bien. Creo que alquilándola obtendrá usted más beneficios —Blanco titubeó—, pero, y don Francisco, ¿irá también al Cerro?

Caridad dio unos pasos y se detuvo delante del cuadro de Cristo.

—Tengo la impresión de que no le agrada pero no hay otra solución, o se va conmigo para el Cerro o se queda a vivir aquí y eso es imposible —la voz y el gesto, de Caridad eran firmes.

—¿Cuándo piensa trasladarse?

—El próximo lunes. Deseo irme lo antes posible.

—Si lo necesita puedo enviarle a varios de mis criados para que la ayuden en la mudanza.

Caridad sonrió.

—Usted, como siempre, tan amable.

Aquel lunes, Caridad no pudo mudarse. Por la mañana, al entrar en el cuarto de Francisco, lo hallaron tirado en el suelo, boca arriba, mirando hacia el techo con expresión de horror. Muerto.

XI

...se me barajan, se me revuelven, se me trastruecan, desdibujan y redibujan, todos los mapas conocidos.

ALEJO CARPENTIER

—Tres familiares muertos casi en menos de un mes —Rosario sacude la cabeza con un gesto de asombro y el pelo dorado muy largo, se agita sobre sus hombros desnudos—. Hay que tener mala suerte.

—Así que Clemente, Fernando y Francisco Valle murieron uno tras otro. Vaya suertecita — Carmen habla como si viera un fantasma.

—Sí, así fue —asientes, tú que has relatado la muerte de los Valle, omitiendo, por supuesto, la acusación de asesinato contra Fernando; “desagradable decir tal cosa”, pensaste mientras hacías la historia que culmina esta noche con el hallazgo del cadáver de Francisco tirado en el suelo a veinte pasos de su sillón de inválido.

El tema, con visos de novela policíaca, interesó a todos inmediatamente.

—¿Y el asesino de Clemente no fue encontrado nunca? —Carmen está muy intrigada.

—Nunca —respondes, satisfecho de haber suscitado tal interés.

—Imposible de encontrar. En aquel tiempo La Habana era un criadero de ladrones y asesinos, llena de negros huidos que por las noches robaban y por el día se escondían en el Manglar —afirma Garriga.

—¿El Manglar?, ¿dónde estaba eso? —inquire Rosa sorprendida ante el nombre.

—Más o menos cerca de los actuales Cuatro Caminos, por el rumbo de la Plaza, todavía hay una calle que se llama Manglar —mientras habla, Reyes mueve entre las manos su vaso de bebida—, allí hace unos días un negro mató a su mujer de dos puñaladas.

Carmen deja a medio camino, en el aire, el canapé que llevaba a la boca.

—¡Qué horrible!

Rosario enciende un cigarrillo Lucky Strike mentolado.

—Y seguramente el periódico tuyo publicó el hecho con lujo de detalles, incluso la sangre corriendo por el piso.

—Por supuesto —Reyes bebe—, esas noticias gustan mucho.

El profesor Torrente carraspea suavemente, su señal de que desea hablar.

—En La Habana del siglo pasado casi era imposible descubrir un crimen; los métodos y la policía eran muy malos, sin contar, como dice Garriga, la gran cantidad de delitos.

Reyes mira a Torrente de medio lado.

—¿Y cree usted que hoy en día tenemos menos delitos, menos bandidos y asesinos y que la policía es mejor?

—Sin duda. En proporción a la cantidad de habitantes hay menos asaltos y crímenes y la policía está mucho mejor preparada —el profesor es convincente.

—Bueno, si se refiere a su capacidad para dar golpes en las estaciones a los detenidos —Reyes se niega a ceder—, hace unos días vi en el vivac a un preso detenido por robo, que tenía toda la piel, desde la cintura al cuello, morada de los palos que le dieron los policías.

Rosa aplasta su cigarrillo Camel en el cenicero y sale en defensa de su esposo.

—En el siglo pasado a los detenidos se les daba latigazos.

—Bueno, entonces la única diferencia es que antes se utilizaba el cuero y ahora un palo —Reyes mira de frente a Rosa.

—Adelantos técnicos hay sin duda —tú no sabes si la voz de Garriga es conciliadora o erudita—, las huellas con la parafina, por ejemplo. Si hubiesen existido en aquella época las huellas digitales se habría logrado averiguar quién empuñó el puñal que asesinó a Clemente.

—Las huellas siempre existieron, lo que no se conocía era el procedimiento para identificarlas —Reyes es mordaz.

Garriga le mira con rabia.

—Claro que lo sé. A eso me refería —dice.

—Como sea, el caso es que nunca descubrieron al asesino de Clemente Valle —Carmen bebe un sorbo de gin and tonic y se revisa las uñas de los dedos pintados con laca muy roja.

—Ni se descubrirá a no ser que Javier encuentre inesperados y secretísimos documentos —Rosario ríe y su risa disipa la ligera tensión creada entre Reyes y Garriga.

—Lo que no entiendo —dice Torrente— es cómo un paralítico...

—Hemipléjico —le corrige Garriga.

—Sí, un impedido de caminar —continúa Torrente— fue encontrado muerto a varios pasos del sillón del cual no podía levantarse.

—My god, another murder, otro crimen en la familia Valle —las palabras de Rosario terminan en una gran carcajada.

Con ojos burlones, Reyes te mira. Su aspecto es muy serio, pero la burla se esconde tras las palabras.

—¿Y no crees que tus antepasados pudieron estar bajo el poder de una maldición o una brujería?

“Qué tontería”, piensas, pero te haces la misma pregunta de Torrente, en la cual ya habías meditado: “¿Cómo Francisco, estando inválido, fue encontrado a varios pasos de su sillón?” El hecho no se hizo público y tú lo llegaste a saber por una carta de Caridad a Bruno, en la cual le contaba la historia secretamente.

No, en aquel momento, Caridad no reveló tal detalle. Fue la segunda persona en penetrar en el cuarto, llamada por los gritos del esclavo que halló el cuerpo y entre los dos, sin saber aún que Francisco era cadáver, le acostaron en la cama. Más tarde, comprobada la muerte, ella se extrañó, pero decidió no decir nada. Bastantes indagaciones y rumores habían surgido alrededor de la familia para que ahora se añadiera algo más. Probablemente Francisco, en su estertor final, logró ponerse de pie y caminar unos pasos para pedir socorro, dedujo Caridad, pero ¿y la expresión de horror en su cara? Aquél era un misterio sólo conocido por Dios, se dijo, guardándose sus dudas, y, completamente agotada por las tres muertes casi sucesivas, hizo los preparativos para los funerales de su suegro que se celebraron con tanta magnificencia como los de Fernando, aunque a ellos el capitán general no enviase soldados. Francisco fue sepultado una tarde de sol abrasador entre las tumbas de Clemente y Fernando. Sobre su sepultura, Caridad mandó a grabar: “Francisco, fuiste el tronco que hundió sus raíces en esta tierra, del cual brotaron nuestras ramas. Te recordaremos.”

Una semana después del entierro, Caridad se trasladó hacia la mansión del Cerro y la casona de La Habana Vieja fue alquilada. El dolor por la muerte de Fernando era muy reciente y profundo, pero al llegar al Cerro y contemplar la avenida de framboyanes, estallante en sus flores de fuego, la majestuosa serenidad de la fuente de helechos, el jardín con sus hileras de rosas rojas como soles, los jazmines, los geranios, las lujuriosas selvas multicolores de piscualas y bignonias, Caridad sintió que renacía y recuperaba la tranquilidad. “Tengo el presentimiento”, dijo, “de que aquí seremos felices.”

Ah, en el asiento del cochero, junto a Félix, fui a los entierros y junto a Félix salí de la vieja casona, donde se quedaron Modesto, Piedad, el enjambre enloquecido y todos los otros espíritus condenados a estar allí por mucho tiempo. Yo seguí a la familia, hasta la nueva casona, porque ése era mi camino. Sus cuartos, sus corredores, brillantes, luminosos, sin sombras ni huecos, me rechazaron, pero al fondo vivía la vieja ceiba y ella me recibió gustosa. Sentada en sus ramas más altas, inmensos puentes aéreos, caballos de hojas verdes, vi la vida de Félix y sus hijos.

—Háblanos de ellos.

Ah, Félix, en esos días era una flor mustia, muy triste por la desaparición de Santiago, su hijo, pero andando el tiempo vivió tranquilo, como anunciaron los cocos, porque ése fue el deseo de los dioses, y yo le di toda mi ayuda. Murió muy viejo y con la mulata Remigia, lavandera de los Valle, tuvo tres hijos varones y una hembra: Santiago, Remberto, Nicolás y Esperanza.

Casi un niño, Santiago se hizo cimarrón. Escondido en una casucha del Manglar, salía al atardecer, amparado por las sombras, en busca de alimento o a visitar, en la calle del Aguacate, la casita de su amante, una morena libre a quien no pudo ver mucho porque una noche, cerca de la Muralla, mientras robaba a un transeúnte, le sorprendieron los celadores que le mataron de un tiro en la cabeza al intentar huir. Transformada en lechuza vi su muerte, imposibilitada de hacer nada, sólo graznar muy fuerte, sin que él me prestara atención, para avisarle de la presencia de los vigilantes, y ya muerto limpiarle con mi pico la sangre de la cara. Pobre Santiago, en su corta vida hizo algunas cosas feas que contaré después, pero no merecía tal muerte.

Ah, mi nieto Remberto fue separado de sus padres y vendido a un hacendado cubano. “No lo venda, doña Caridad”, imploró Félix, “por Dios no lo separe de mí”, suplicaba la madre, pero Caridad sacó cuentas. “Si no lo vendo ahora, tendré que vender a dos negras”, se dijo y lo entregó al hacendado que lo condujo a la ciudad de Puerto Príncipe. Allí Remberto se fue al monte con su nuevo dueño, quien, después de alzarse por la independencia, le dio la libertad. Tonto, Remberto, morir antes de tener canas, por meterse en peleas de blancos contra blancos. Mucho busqué, pero nunca he visto sus huesos, probablemente dormidos en alguna tupida manigua, ni a su espíritu que debe haber regresado a nuestra tierra.

Mi nieto Nicolás también murió en una pelea, pero de ñañigos.

“Hijo mío, no te hagas abakuá, esa gente es peligrosa”, le dice Félix y él no escucha, “no te unas a esos negros de dientes limados, no son de tu raza”, le susurran mis vientos antes de dirigirse al plante para juramentarse donde le matarán. Camina muy orgulloso de su fuerza y de su valor y orgulloso entra en una casa del pueblo de Regla, en la cual le reciben con apretones de mano y le vendan los ojos para la ceremonia. Ah, pobre Nicolás, con los ojos vendados escucha el bramido del tambor secreto y la voz del escribiente al preguntar si alguien conocía un impedimento para su ingreso en la hermandad. Vendados los ojos oye una desconocida voz cuando dice “para ser abakuá hay que ser hombre y Nicolás no lo es porque de jovencito hizo mariconerías con un señorito blanco”. Ah, con los ojos descubiertos ve al negro cabeza de puerco contar lo dicho por una negra que vivió con él. Todos miran tensos y los ojos de mi nieto se cubren de sangre porque en una iniciación abakuá no se le puede decir a un hombre que no es hombre sin que la sangre huya de su morada. Y la sangre salió, pero primero salieron los cuchillos, filoso y corto el de Nicolás, luego el del negro cabeza de puerco, de hojas muy blancas los dos, que se volvieron muy rojas al cortarle Nicolás el brazo al negro y al pincharle el negro el corazón a Nicolás, que cayó de espaldas, la boca abierta, quizá llamando al señorito con quien le vi hacer cosas de marica cuando yo fui perra.

Ah, Santiago, Remberto y Nicolás no pudieron tener descendientes, pero, con un mulato, mi nieta, Esperanza, tuvo cuatro hijos: Luzarda, José María, Victoriano y Consuelo.

Luzarda y José María fallecieron de tifus aún niños y Victoriano nunca se casó ni tuvo hijos. Murió gordo y feo como un sapo en el hospital de San Dionisio donde le encerraron por loco sus amos los condes de la Herradura, a quienes sirvió de zapatero y limpiabotas. Fue el único de mis descendientes falso, mentiroso y malagradecido, a quien no quise ayudar. Poco después de la muerte de Victoriano, los amos declararon que los esclavos eran libres y podían hacer lo que quisieran. Hacia un pueblo de campo fue mi bisnieta Consuelo con su marido, un carpintero blanco y sus tres hijas. Dos de ellas perecieron por las enfermedades y el hambre. La tercera hija sobrevivió, fuerte y suave como el viento, diferente e igual a mí. La veo, está aquí, corre, ríe, hermosa, hija de Yemayá, estoy a su lado cuando la santa se le asienta en la cabeza. Milagros, de ella salió con quien saldré por última vez.

—¿Qué quieres decir?

Ah.

—Habla. No te vayas.

Ah.

La partida de los gemelos hacia Nueva Orleáns se fue posponiendo de una semana para la otra por diferentes causas, entre ellas, la más importante, un prolongado viaje de negocios de Bruno a Nueva York. “Mándalos, mi mujer los atenderá igual que yo”, escribió él, pero Caridad no quiso enviar a sus hijos mientras el tío no estuviese presente para recibirlos. Luego, una epidemia de tifus asoló la ciudad norteamericana, un hijo de Bruno enfermó, sin llegar a morir, otra vez Bruno estuvo de viaje y así fueron pasando las semanas y los meses. “¿Cuándo nos iremos?”, preguntaba Frasco, deseoso de partir y conocer una ciudad, donde, según oyó, había muchos más paseos y diversiones y el alumbrado público y privado era superior al de La Habana. Gabriel no mostraba interés y al tratarse el tema el rostro se le ensombrecía. “No quiero ir a Nueva Orleáns”, le dijo nervioso a su madre. “Pero mi amor”, Caridad le acarició la cabeza, “allí estarás muy bien y aprenderás cosas útiles”. “No quiero ir”, repitió él con voz quebrada que no era de niño aunque tampoco de hombre. Él y su hermano habían crecido mucho, pero si Frasco tenía una constitución fuerte y maciza, Gabriel era débil, flaco, larguirucho y su pálido semblante y poco apetito traían muy preocupada a Caridad. “Los humores”, diagnosticó el doctor Santana, mandado a buscar por ella. “Gabriel, a diferencia de Frasco, es un muchacho de temperamento nervioso, ahora más excitado por algún motivo, quizá la posibilidad del viaje, pero no se preocupe, en Nueva Orleáns se tranquilizará y engordará.”

Por fin, a mediados de septiembre, todo estuvo listo. En la casa comenzaron a empaquetar, pero dos semanas antes de la partida, Gabriel fue atacado por fiebres altísimas, con convulsiones, escalofríos y tal sudoración que las sábanas de la cama, cambiadas cada dos o tres horas, parecían trapos mojados y el mismo Gabriel semejava un muñeco, sacado de un charco. “Se muere”, gritó Caridad. “Se salvará con mi tratamiento y la ayuda de Dios”, dijo el médico.

En medio del desasosiego y la agitación, ocupados de la salvación de Gabriel, todos, olvidaron el viaje a Nueva Orleáns, menos Frasco.

—Madre —le dijo a Caridad—, sólo faltan unos días.

Caridad no entendió.

—Tu hermano no puede partir así.

—Pero yo sí. Yo quiero ir ahora —dijo Frasco resueltamente—, Gabriel podrá ir más tarde, cuando se mejore.

Caridad observó a su hijo y razonó que quizá resultara conveniente la partida. Si la enfermedad de Gabriel era contagiosa, Frasco no correría peligro; si Gabriel sanaba viajaría más tarde o si iba a morir, Caridad rechazó la idea, Frasco no sufriría los últimos momentos de su hermano.

En breve, Frasco embarcó hacia Nueva Orleáns y Caridad, con lágrimas en los ojos, le dijo adiós al pie de la escalerilla del barco, y con lágrimas en los ojos regresó a la mansión. Veinticuatro horas más tarde las fiebres de Gabriel cedieron tan inesperadamente como llegaron y poco después estaba completamente curado.

“¡Un milagro de Dios!”, exclamó Caridad y quiso recuperar la felicidad. Muy temprano en la mañana, el rocío aún fresco, iba al jardín a cortar flores que después colocaba en búcaros por toda la casa, a través de cuyas ventanas, abiertas de par en par, el sol penetraba hasta los últimos rincones en radiantes torrentes de luz que se unían a la risa, al principio vacilante, de Caridad que pronto tuvo invitados en el almuerzo. Algunos insinuaron lo prematuro de tanta vida y movimiento en una casa a mantener cerrada, donde el luto no era concluido, pero Caridad no les hizo caso. “Necesitamos vivir. Si Fernando, desde lo alto, me ve aprobará mi actitud”, pensó y aquel pensamiento de que Fernando estaría de acuerdo con ella la hizo trazar sus normas de conducta.

Luego de recoger flores y desayunar se ocupaba de la administración casera, almorzaba temprano, frecuentemente con algún invitado, y por las tardes, dos o tres veces en la semana, recibía a Roberto Mendoza para conocer el estado de los negocios. “Dios y Fernando me ayudarán”, se dijo la primera vez que asesorada por Mendoza y Blanco, tuvo que enfrentar la toma de decisiones propias, pero, poco a poco, fue aprendiendo, habituándose, y meses más tarde comenzó ella misma a disponer, a decidir, incluso contra

los criterios de Mendoza y Blanco. Entre aquellas decisiones estuvo, para sorpresa de sus consejeros, abandonar el negocio de la trata.

Una tarde de reunión, Mendoza había traído noticias sobre otra conspiración de esclavos. En Matanzas, un negro, preso por sospechosas idas y venidas, había delatado, bajo la amenaza de ser volado por un cartucho de pólvora introducido en el ano, a varios conspiradores de la ciudad. Las investigaciones y arrestos sólo comenzaban y se extendían a La Habana. El capitán general iba a castigar severamente, era el rumor generalizado, a todo comprometido, fuera quien fuera, pues existían fundadas sospechas sobre la participación de mulatos y blancos en el complot.

Caridad, las manos en el regazo, el rostro tranquilo, escuchó el relato de Mendoza.

—Siempre hemos tenido el temor de un gran levantamiento —dijo—, y al final, sólo son rumores, a lo sumo cimarronadas.

—Pero, doña Caridad, ahora sí parece cierto.

Caridad contempló las esplendorosas rosas puestas en un búcaro sobre una mesa de cristal del despacho, y a su mente volvieron las historias, contadas por su padre, de la conspiración de Aponte.

—Por este camino —dijo pensativa—, vamos a pasarnos la vida siempre temerosos de que los negros nos degüellen.

Bajo el espeso bigote de Mendoza relumbró una sonrisa que a Caridad le resultaba muy agradable.

—Eso es cierto, pero necesitamos a los negros —la boca de Mendoza se tragó la sonrisa—, yo los ahorcaba a todos ahora mismo o los mandaba de vuelta a sus selvas africanas, pero no se puede porque nos son imprescindibles.

Caridad caminó por la habitación, se detuvo delante del enorme ventanal desde el cual veía el jardín y el paseo de framboyanes.

—Nada es imprescindible —dijo lentamente—, Fernando me era muy necesario y sin embargo ahora está muerto y yo sigo viva —la voz de Caridad se hizo melancólica.

—Sí, claro, doña Caridad —los dedos de Mendoza atusaron el bigote.

—Por eso he decidido —Caridad encaró a Mendoza— dejar el negocio de la trata. Además de ser inhumana, con ella aumentamos la intranquilidad y el peligro al traer más y más negros.

—Pero es una locura.

Una locura, un absurdo, muy perjudicial, las mayores ganancias llegaban de la trata, si los Valle no traían esclavos otros seguirían haciéndolo, opinaron Mendoza, Blanco, todos, pero Caridad no cedió. El negocio de los sacos de carbón, dijo, quedaba cerrado para ella. Si Blanco, o cualquier otro, lo deseaba, podrían comprar su parte en el comercio de negros.

—¿No querrá también usted dar la libertad a sus esclavos? —el mal humor dominaba a Blanco.

—Por supuesto que no— Caridad le miró como si observara a un insecto.

La trata fue eliminada de los negocios de la Casa, pero las demás actividades continuaron como siempre. Las tardes en que no se reunía con Mendoza, Caridad revisaba cuentas, contestaba correspondencia y si quedaba tiempo libre, leía algún libro, costumbre adquirida desde la llegada de Clemente. “Cómo he cambiado, Fernando”, se dijo un atardecer al cerrar un libro y el recuerdo de su marido le llegó de repente, dejándole un sabor de tristeza.

Siempre atareada por el día, las noches eran exclusivamente para escribirle a Frasco y estar con Dolores Fernanda y Gabriel.

Ya sano, aunque pálido por la falta de sol, Gabriel vivía casi todo el tiempo encerrado en su habitación, en la cual sólo entraban, además de la esclava de la limpieza, Caridad y el esclavo Nicolás, hijo de Félix, para llevarle refrescos y limonadas que él bebía en la cama, leyendo con avidez libros que pertenecieron a Clemente, y otros nuevos, comprados por Caridad.

—Gabi, estás muy paliducho, debieras salir más, quizá ir al ingenio, montar a caballo —le dijo ella.

Los ojos de él eran tristes.

—Así me siento bien —su tono se había afirmado, pero no era aún el de un hombre.

—Debes pensar en el viaje a Nueva Orleáns —los dedos de Caridad descendieron hasta la mejilla de su hijo.

—Nunca iré a Nueva Orleáns, quizá a otro lugar sí, pero a Nueva Orleáns no —Gabriel trató de sacar de la garganta el tono de voz más fuerte.

—Pero, Gabi —Caridad se turbó—, tu hermano y tu tío te aguardan.

—No iré, madre, no iré —dijo Gabriel sollozante—, quiero estar contigo, quedarme en mi cuarto.

Si Gabriel se encerraba en la habitación, Dolores Fernanda, siempre en su mutismo, se detenía delante de una de las ventanas del fondo de la casa y allí pasaba largo rato mirando hacia afuera. Caridad se intranquilizó por el estado de sus dos hijos y nuevamente el doctor Santana vino a la casa.

—Nada de importancia, cosas de la edad y de la melancolía, muy de moda ahora con esas lecturas de Werther, que, en algún momento, todos padecemos —dijo el médico y su rostro tuvo una expresión resplandeciente como las rosas en el jarrón frente al cual se hallaba. “Yo nunca tuve melancolía”, fue a decir Caridad, pero guardó silencio.

—¿Cómo era esa Caridad tan mencionada por ti? —te pregunta Antonio sarcástico y tú comienzas a explicarle que fue una mujer de carácter dulce, pero firme, que sostuvo la familia en momentos difíciles.

—Probablemente tan puta como la Natividad —dice interrumpiéndote.

¿Por qué piensa eso? ¿Se está burlando? ¿Qué sabe él de Caridad o Natividad? Sólo lo contado en las noches del sábado, quizá algún comentario tuyo ocasional, nada más. Ya cansa Antonio, molesta su ironía, el constante menosprecio hacia la familia y sus valores, el resentimiento con que habla de ella. Los posibles traumas, provocados por el desagradable rumor sobre su nacimiento, no le dan derecho a comportarse así. Te disgusta particularmente lo dicho sobre Caridad. Caridad que renuncia a la trata y lucha por incrementar la fortuna que puede quedar reducida a un tercio después de la repartición de la herencia de Francisco.

—¿Un tercio? ¿Sólo se quedarán mis hijos con un tercio?

—Sí, doña Caridad —al avanzar Mendoza unos pasos ella respiró el agradable olor que se desprendía de su cuerpo—, la ley dispone la distribución a partes iguales entre los hijos vivos. Cuando un hijo ha muerto su parte pasa a sus propios hijos.

—¿Eso significa que...?

—Que la fortuna Valle se divide en tres partes: una para Natividad, otra para Bruno y la parte que le correspondía a don Fernando la recibirán Dolores Fernanda y los gemelos.

—¿Y Francisco Joseph?

—Se le tiene por muerto y por tanto no entra en la repartición. Lo asombroso es que hasta ahora sus cuñados no hayan reclamado nada, pero ya se ha recibido una petición de doña Natividad —Mendoza se aproximó más—, pero no se preocupe, lucharemos para que sus hijos obtengan las mejores propiedades —Mendoza titubeó—, siempre podrá contar conmigo para todo, yo soy su amigo.

Caridad se puso tensa, cuando, con delicadeza, Mendoza extendió una mano hacia ella, y sintió que la saliva fluía aprisa en su boca.

—Si ésa es la ley, que se cumpla —ahora, además de la saliva, el sudor la mojó, como si cada uno de sus poros se hubiese abierto de golpe, dispuesto a dejar escapar todas las secreciones del cuerpo.

Igual que una suave brisa, la mano de Mendoza tocó la de ella y al contacto de los dedos de él, tibios, Caridad tuvo un estremecimiento.

—Caridad, yo...

Caridad retiró la mano y trató de dominarse.

—¿Y cuándo se iniciará el proceso? —dijo nerviosa.

Como un niño sorprendido en falta, Mendoza escondió las manos tras la espalda mientras suspiraba.

—En breve. Hay rumores de que doña Natividad vendrá a La Habana.

—Será bienvenida —la voz de Caridad se hizo impersonal—, no creo que haya que pelear con ella y mucho menos con Bruno por la herencia.

No hubo disputa. Bruno declaró que aceptaría la repartición que acordaran su hermana y su cuñada. Le iba muy bien en Nueva Orleans, donde ya Frasco se había convertido en un fornido joven, y no regatearía pesos más o menos. En cuanto a Natividad, marquesa de Monte Hermoso, llegó semanas después, sin su hija Piedad Angélica. No era ya la bella joven que abandonara La Habana, sino una hermosísima y deslumbrante mujer de opulentas formas apenas escondidas tras el vestido hecho a la última moda de París. Traía treinta y dos baúles, catorce cajas, un secretario francés, joven, rubio, de rostro angelical, y dos gigantescos sirvientes negros de pelo lacio, vestidos a la usanza árabe. Había cambiado mucho físicamente, pero ahora era más parecida que nunca a Francisco. Tenía el mismo aire familiar, la seguridad de los Valle, de Francisco, Fernando, Clemente, como ellos la barbilla voluntariosa, la nariz recta, fina, de fosas muy abiertas, hechas para absorber mucho aire y los ojos grandes, hundidos, que en Natividad resultaban hermosos. Aquel parecido hizo que al descender por la escalerilla del barco, Caridad la reconociera enseguida aunque sólo guardase de ella un ligero recuerdo de infancia. Con ternura, Natividad abrazó y besó a Caridad, a Dolores Fernanda, a Gabriel quienes también habían ido al puerto a recibirla. “Qué sobrina tan linda”, le dijo a Lola, “pero cómo has crecido y qué hermoso eres, muchacho”, exclamó al besar a Gabriel, que, ruborizado, bajó la mirada, pero ya Natividad se volvía hacia el joven rubio parado ceremoniosamente tras de ella y lo presentaba, “éste es Michel Le Normand de Mercier, mi secretario particular”, dijo y dirigiéndose al joven le explicó en francés quiénes eran Caridad y sus hijos. Él besó las manos de Caridad y Dolores y estrechó con sus suaves dedos la diestra de Gabriel que no cesaba de admirarse ante todo lo visto: su desconocida tía, hermosa como una estatua, que al besarle, le rozaba ligeramente el hombro con sus senos, el rubio extranjero, incapaz de entender una palabra en español, los sirvientes negros, vestidos con largos túnicos, semejantes a los de las mujeres, los enormes baúles y cajas de Natividad.

—¿Y tu hija? —preguntó Caridad.

—Piedad Angélica no pudo interrumpir sus estudios y preferí dejarla. Está muy bien.

—¿Todo ese equipaje es tuyo? —Caridad no salía de su asombro al ver tantos baúles y cajas.

—Por supuesto.

—Entonces, vienes por una larga temporada.

Natividad sonrió y sus dientes pequeños blancos como la sal más pura quedaron al desnudo. Gabriel vio su dentadura y se dijo que le gustaría tener unos dientes así, tan diferentes a los suyos, grandes y dispares.

—Claro que no —la voz de Natividad era cantarina y con un ligero acento francés—, sólo lo necesario para solucionar nuestro asunto. Si esta ciudad no ha cambiado, y creo que no —Natividad escudriñó más allá del muelle—, no soportaré un minuto más aquí. En realidad pude haber confiado todo el asunto a un apoderado, pero quise hacer el viaje para conocerte bien, a ti y a mis sobrinos y, de paso, mostrarle a Michel —Natividad fue hasta su joven secretario— un país tropical. El pobre, sólo ha estado, por suerte, en Alemania y España. No sabe del calor y de los negros, pero quiere saber y yo lo complazco.

Gabriel no pudo dominar su curiosidad.

—¿Para qué trae tantos baúles y a esos dos esclavos tan raros? —dijo.

Natividad le acarició las mejillas con sus dedos largos y ensortijados.

—En ellos tengo mis objetos personales y regalos para ustedes, y esos negros no son esclavos, son mis sirvientes, pero libres, del reino de Marruecos —con un pañuelito de encaje Natividad se secó el sudor que comenzaba a correrle por la cara—. Mais allons que el sol es horrible, Michel, chéri, partons.

Por un momento, Caridad se sintió como una pueblerina frente a su deslumbrante cuñada.

—¿Cómo aprendiste francés tan bien? —dijo.

Natividad estaba radiante.

—Todo se aprende —dijo orgullosa y les habló a sus sirvientes en un extraño idioma.

—¿Y también habla marroquí? —Gabriel se sentía excitado.

—No, amor, es árabe y sólo conozco unas pocas palabras —Natividad caminó hacia la volanta que les aguardaba.

Los sirvientes alzaron uno de los baúles más pesados y al mirar sus músculos tensos por el esfuerzo, sus rostros negros pero de narices finas, Gabriel sintió una rara emoción y se dijo que le agradaría palpar aquellos músculos y tocar las narices. Caridad le sacó de su contemplación.

—Gabi, vamos —dijo.

Partieron y al ver que el camino seguido no era el de la vieja casona de La Habana Vieja, Natividad se extrañó.

—Ahora vivimos en el Cerro —le dijo Caridad—, con tantas desgracias últimamente no tuve tiempo de escribirte. La casa de La Habana Vieja la alquilamos.

—Merveilleuse, chérie! —exclamó Natividad—, aquella era una casa de desgracia, de tristeza, nunca la quise y el Cerro es un lugar espléndido; el abuelo Gaspar me llevó una vez allí en compañía de Fernando —por primera vez la voz de Natividad tuvo un matiz triste—, me figuro que para ti habrá sido horrible toda esa historia —Natividad vaciló mientras miraba a su cuñada— de Clemente, Fernando y papá.

—No te lo puedes imaginar —Caridad se emocionó.

—Pobrecita —dijo Natividad y puso su brazo sobre el hombro de Caridad — pero ya todo pasó. En cuanto a la herencia no te preocupes. No vengo a pleitear y nos pondremos de acuerdo.

Pronto repartieron la herencia. Al realizarse un detallado inventario de los bienes se pudo comprobar que la fortuna no era tan grande como se pensara. En los últimos tiempos, algunas desafortunadas operaciones de Fernando con casas comerciales extranjeras la habían mermado, pero lo existente no era despreciable ni mucho menos. Caridad, en nombre de sus hijos, conservaría las propiedades principales (los ingenios, el ferrocarril, el almacén, las tierras), Bruno y Natividad, acciones del ferrocarril y dinero en efectivo, una parte inmediatamente, otra a pagar, durante un período, de las ganancias que Caridad fuera obteniendo. En cuanto a la decisión de Caridad de salir del negocio de la trata los dos la aprobaron. “Es una asquerosidad cette affaire noire”, dijo Natividad. “Va resultando improductivo”, escribió Bruno, “incluso aquí en Nueva Orleans donde los negros son mejor y más sabiamente explotados. Las ganancias del futuro están en la industria y por eso, pienso trasladar mis operaciones hacia el norte, hacia Nueva York.”

—Ha sido muy ventajoso para usted el acuerdo —opinó Mendoza cuando la repartición de la herencia estuvo concluida y besó la mano de Caridad, felicitándola.

Seguían reuniéndose tres veces a la semana, para ver la marcha del negocio, pero él no había vuelto a aproximarse de aquella forma que a ella tanto la excitara.

Caridad se sentía tranquila. Atrás quedaba lo desagradable y ahora todo iba bien. Sus cuñados fueron bondadosos en la repartición de la herencia, Frasco se hallaba bien en Nueva Orleans, Gabriel era gozo y satisfacción en compañía de Natividad y Dolores Fernanda no se mostraba tan encerrada en sí. Sólo el recuerdo de la muerte de Fernando le dolía aún, como una antigua herida, pero comenzaba a desaparecer, poco a poco, en los vaivenes de la vida cotidiana.

Le habló a su cuñada de su presente tranquilidad. Estaban sentadas en sillones en la terraza de la mansión a la luz del sol poniente que arrancaba pequeñas sombras oscuras de sus cuerpos. Natividad respiró satisfecha el aire cargado con el olor de las flores del jardín.

—Lo veo —dijo y se arregló el cabello tironeado por un repentino vientecillo.

—El recuerdo de Fernando es lo único que me entristece —Caridad suspiró.

—¿Lo querías mucho?

—Mucho, fue un gran hombre —Caridad desvió la mirada hacia el jardín donde unos pájaros revoloteaban entre los gladiolos.

“Un gran hombre que me engañó impidiéndome casarme con el hombre que amé, un gran hombre que no quiso bien a papá”, pensó Natividad, pero decidió no decir nada, “Caridad no tiene la culpa.”

Los pájaros abandonaron las flores y en bandada volaron sobre la casa. Natividad los vio cruzar frente a ella.

—¿Adónde van?

—¿Los pájaros? Seguramente a la ceiba. Allí duermen.

—Esa ceiba es lo único que no me gusta de esta casa —los ojos de Natividad se movieron siguiendo el vuelo de los últimos pájaros—, debieras cortarla. Nunca me han gustado las ceibas, son tan... —Natividad se detuvo buscando las palabras— raras, gigantescas, parecen gigantes de muchos brazos, amenazantes.

—Creo que has vivido demasiado en Europa —Caridad se balanceó en el sillón—, a mí me parecen majestuosas.

Por unos minutos estuvieron calladas, escuchando los murmullos del atardecer mientras los sillones se balanceaban suavemente.

—Bueno, ahora que ya todo está arreglado me marcharé pronto — dijo Natividad nostálgica.

—¡ Cómo! —Caridad detuvo el movimiento de su sillón—. Pensé que te quedarías. Aquí estás muy bien, todos te queremos, Gabi tiene locura por ti y yo me sentiré mal si te vas. Quédate.

—Yo también les quiero a ustedes, pero extraño a Piedad Angélica y me aburre La Habana. En cuanto recoja y me despidas de las amistades me iré de inmediato.

Natividad no partió de inmediato. Estuvo más de un año en La Habana, siempre renegando de la ciudad, anunciando su ida de un día para otro, pero siempre posponiéndola con toda clase de pretextos: “Michel aún no ha visitado la Vuelta Abajo”. “Yo quisiera pasar una temporada en el ingenio”. “Le debo una visita a la condesa de Revillagigedo que se encuentra en sus posesiones de Trinidad”. “En esta temporada el mar se pone muy peligroso”, fueron algunas de las explicaciones que dio y se daba a sí misma. Desde su llegada se había convertido en la comidilla de los salones y en la mujer más solicitada que, incansable, frecuentaba todos los sitios de reunión social en su lujosa volanta, guiada por los sirvientes árabes, cuyas vestimentas y porte llamaban la atención, que concurría por las tardes al Paseo de Tacón, a veces sola, otras con Caridad y Gabriel, o con su joven secretario, admirado de las habaneras por su angelical belleza, a quien consideraron su amante hasta el día en que ella después de un baile de gala en la Filarmónica comenzó a pasear con Marcos Rivero, el hijo mayor de una de las familias más ricas de La Habana. Solamente Dolores Fernanda rehuía a Natividad y hacía todo lo posible por no encontrarla. En cambio, Gabriel estaba extasiado con su tía.

—Esta tía tuya —le dijo Mendoza en una oportunidad y con los labios hizo un gesto risueño.

—¿Mi tía qué?! —Gabriel, siempre apacible, era ahora agresivo. No le agradaba Mendoza y mucho menos que alguien insinuara algo de Natividad.

El abogado vio el disgusto en el rostro de Gabriel.

—Es la sensación de la ciudad —dijo apaciguador.

Desde su llegada, Gabriel había vivido en un estado de agitación provocado por las historias de Natividad sobre la vida en Madrid y París, y también por las murmuraciones, conocidas por él, acerca de la vida de su tía. Una tarde, después de la siesta, al cruzar delante de la habitación de ella, se detuvo y, sin saber por qué, siguiendo un impulso irresistible, abrió la puerta y entró. Natividad estaba de espaldas, parada frente a un espejo, completamente desnuda y Gabriel vio sus nalgas grandes, redondas, sus muslos firmes, las piernas perfectas. Sorprendida ella se volvió, mostrando, por un instante, antes de alargar la mano y cubrirse con una toalla, unos senos poderosos, semejantes a sólidas columnas y un pubis tan tupido que parecía una frondosa enredadera negra. “Gabi, Gabi”, exclamó ella fingiendo enojo, “se toca antes de entrar”.

Él cerró la puerta dominado por un confuso sentimiento de vergüenza por haber entrado sin tocar, de excitación ante la imagen del cuerpo desnudo, y de admiración por su hermosura. “Dios mío”, se dijo, “qué linda es, quién pudiera tener esa belleza”.

Pero no solamente Natividad excitaba a Gabriel. También la presencia de Michel y de los sirvientes árabes le fascinaba. Con el francés, “el bello Michel”, como ya le llamaban en la ciudad, se comunicó por gestos primero y más tarde en una mezcla de francés y español que les sirvió para hablar de todo un poco. Una noche, en la habitación del galo, entre bromas y risas por los disparates cometidos en el manejo del idioma del otro, Gabriel extendió una mano y con sus dedos rozó el rostro de Michel. “Qué lindo eres”, dijo aprisa y vaciló, “y yo tan feo.” “Toi, tu n’es pas feo, tu es beau”, replicó cariñoso el francés.

A los árabes, Gabriel les veía a escondidas de su madre (“no son más que esclavos”, dijo ella despreciativa) en una de las últimas habitaciones de la casa, donde por insistencia de Natividad (“son mis

servientes y no esclavos”, proclamó) fueron alojados. También al principio se comunicaron con gestos hasta llegar Gabriel a dominar torpemente algunas palabras de su idioma, que no obstante su complejidad, le atrajo, al igual que ellos, por su novedad y rareza.

—Gabi, amor, estás muy raro últimamente, ¿te pasa algo? —le dijo Caridad, una noche, cuando ya era inminente y cierta la marcha de Natividad.

—Nada mamá, nada, ¿qué va a pasarme?

Efectivamente, esta vez Natividad iba a partir. “Me voy Cari, ahora sí me voy, de verdad. Quiero volver a París. Basta ya de La Habana”, dijo con voz triste.

Caridad se atrevió a preguntarle algo que quizá en otro momento no hubiese preguntado.

—¿Y Marcos Rivero?

Natividad encogió los hombros.

—No sé, ¿qué me importa a mí? Lo único que me importa es que me voy y se acabó. Ya separé los pasajes en el barco.

En la casa comenzó un agitado empaquetamiento de las múltiples y variadas pertenencias de Natividad que, después de haber repartido en la ciudad la mayoría de los objetos traídos en sus treinta y dos baúles y catorce cajas, había comprado otras tantas cosas y necesitaba muchos más baúles y cajas. Al saber de la partida definitiva de su tía, Gabriel se encerró en el mutismo y apenas salía de su cuarto. Alarmada, Caridad recordó la anterior enfermedad de su hijo cuando Frasco marchó hacia Nueva Orleans. Por eso, una tarde, fue a la habitación de Gabriel y le encontró tendido en la cama, mirando el techo. “Gabi, amor, ¿qué te sucede?”, le dijo y le acarició la frente. Estaba muy caliente y Caridad retiró la mano asustada. “Oh, Dios mío, Gabi estás enfermo.”

Él la miró y en su semblante había desolación.

—Mamá —dijo—, quiero irme con la tía Natividad.

Ah, Francisco, el viejo tronco estaba caído, su palo penetrado por la carcoma, el corazón mordido por el gato, picado por el alacrán que le metió su veneno en la sangre y el veneno le contrajo el cuerpo y la cara, de dolor y horror, el veneno le hizo caminar unos pasos en busca de la vida que se le iba con el aire de los pulmones, el veneno lo tumbó panza arriba como un cerdo: el viejo puerco se fue desinflando, su cochino espíritu le salió por el culo y dando vueltas de tirabuzón se perdió en un hueco de la tierra, tan hondo que mil hombres de pie, uno sobre el otro, no llegarían a su fondo. Huyó el espíritu del cabrón puerco, pero sus puerquitos se quedaron aquí.

—¿Por qué no les dejaste en paz? Ellos no tenían ninguna culpa, no te habían hecho daño.

Ah, todos eran culpables, todos habían hecho daño, debían pagar y yo cobrar.

Ah, Frasco partió, pero los otros no iban a escapar tan fácilmente de mí y desde lo alto de la ceiba comencé a actuar. Cada noche descendía y el aliento de mi sombra rozaba a Natividad, hacía que se viera desnuda en una habitación desconocida, acariciando el pico de una botella vacía o mirando, por el hueco de una cerradura, a sus padres en la cama. Yo cruzaba las paredes y a Caridad le traía los recuerdos de Fernando, iba más allá y a Dolores Fernanda la asustaba con mi visión.

Ah, todos hubiesen enloquecido pronto, pero una noche sentí que algo muy fuerte, semejante a un remolino, me halaba con mucha, mucha fuerza y, de repente, desapareció la ceiba, la mansión, y me vi en mi propia tumba, recién abierta, junto a la cual un negro viejo de hablar gangoso y piel cuarteada recogía mis huesos y los metía dentro de un saco oscuro.

Ah, dejé de oír y ver y cuando recuperé la visión estaba en un cuarto, con el negro viejo que, ayudado por su mayordomo, puso mis huesos en una gran cazuela de barro, mis huesos secos que sedientos pedían beber, y él cortándose la mano con un cuchillo, me dio su sangre. Qué rica me supo, dulce, fresca y cómo me quitó la sed. Olvidé todo, olvidé a los Valle y sólo quise beber más, como si mi rajado esqueleto deseara emborracharse. “Dame más”, reclamaron mis huesos, “dame más”, pidió mi sombra, pedí yo, pero el congo era hombre enérgico, kimbisero, conocedor y con un gesto me contuvo. Si hacía pacto con él, dijo, me daría mucha más sangre y todo lo que quisiese, pero debía servirle fielmente. Si no aceptaba, él tenía manera de enviarme a un lugar donde iba a estar rodeada de espíritus locos y atormentados.

Acepté porque me gustó la sangre y no quise estar unida al enjambre de espíritus. Entonces el congo José me encerró en su nganga y allí estuve, bebiendo sangre, sirviéndole, hasta su muerte.

Caridad no pudo evitar el deseo de Gabriel de marchar con su tía a París. “Quiero irme con ella y si no me dejas me enfermaré como cuando Frasco partió”, le dijo él lloroso y amenazante. “Déjalo venir conmigo, le sentará bien conocer París”, dijo Natividad. “Bueno, si el muchacho insiste en ir”, Blanco hizo un gesto de aprobación, “pero mejor yo lo enviaría a Madrid para que se eduque bien.” “En realidad, no le hará daño el viaje”, opinó Mendoza. Caridad estuvo varios días indecisa. De sus hijos, Gabriel era el favorito, el mimado, y ahora él también la dejaría. “Mujer”, Natividad la tomó de las manos, “ni que el muchacho fuera al infierno, no te intranquilies.” “Pero es muy débil y joven aún”, Caridad dudaba. Las manos de Natividad se agitaron enérgicas. “Tonterías, te lo devolveré hecho un hombre”, dijo y Caridad tomó su decisión. “Está bien, irá”, dijo y un nudo se le hizo en la garganta.

Gabriel acompañó a su tía que llevaba consigo treinta y seis baúles, dieciocho cajas y diez jaulas con papagayos, loros y periquitos (“de regalo, para que mis amigas las cotorras de allá puedan ver a sus parientes de aquí”, dijo burlona Natividad). “Pero, ¿para qué necesitas tanto equipaje?”, preguntó Caridad y su cuñada frunció los labios, “¿crees”, dijo, “que una marquesa decente puede viajar con algo menos que eso? Si así fuera nadie me respetaría”. Con Natividad partieron Michel y los sirvientes árabes.

Nuevamente Caridad fue al muelle, acompañada de Mendoza y Dolores Fernanda, para despedir a otro de sus hijos, pero esta vez no lloró en la despedida. Con entereza se sobrepuso al llanto mientras abrazaba fuertemente a Gabriel al pie de la escalerilla del barco. “Cuídate mucho, mi amor”, le dijo. “¡Mamá!”, exclamó él y llorando comenzó a subir. “Dios mío, qué familia tan trágica, ni que esto fuera un funeral”, dijo Natividad y después de abrazar y besar a su cuñada y a su sobrina subió ayudada por Michel.

Arriba, ya en cubierta, Natividad y Gabriel dijeron adiós con las manos mientras el barco era desatracado. Caridad les respondió agitando un blanco pañuelo de seda, regalo de Natividad. Junto a ella, muy seria, Dolores Fernanda estaba absorta, las manos apretadas sobre el pecho, la mirada fija adelante. “Cuando Gabi regrese”, dijo lentamente y en voz baja mordiendo las palabras, “será otra persona”. Mendoza la oyó “Claro que será otro, hasta yo cambiaría en París. Vamos, las invito a beber una naranjada”, dijo alegremente y tomó del brazo a Caridad y Dolores Fernanda.

XII

La noche, mucho más allá de la medianoche. Y las voces...

JUAN RULFO

A solas en su habitación, sentada frente al escritorio desde el cual la luz blanquecina de una lámpara parpadeaba tenuemente, Caridad se inclinó y comenzó una carta a su hijo Frasco:

Hijo, ¿cómo estás? Ya son varias semanas sin tener noticias tuyas y me preocupo. ¿No habrás enfermado? Dios no lo quiera. No, no puede ser, porque si no tu tío me hubiese escrito enseguida. Me calmo un poco, pero si deseas verme tranquila escíbeme inmediatamente. ¿No estarás, acaso, enamorado de alguna rubiecita norteamericana y el amor por ella te hace olvidar a tu madre? Confío en que no, porque me gustaría verte casado con una cubana. Muchas hay aquí, bellas y de excelentes familias, como la hija de Socarrás, Concha, a quien conociste, ¿recuerdas?, durante tu última vacación en La Habana, o Elena, la menor de las Gelats. ¿No te gustó ninguna de las dos? Tú a ellas sí y mucho.

En lo de escribir toma ejemplo de Gabi que me remite una carta todas las semanas contándome lo que hace y cómo se siente en París. Le va muy bien y tanto domina el francés que, a veces, se le olvida el castellano y escribe palabras que yo no entiendo. ¿No te ha escrito?

Yo estoy bien. Si no fuera por la ausencia (que acabe pronto) de ustedes mi felicidad sería completa. Sí, ahora, después de mucho tiempo, soy feliz porque...

Caridad se detuvo y puso la pluma a un lado de la carta. ¿Haría bien contándole ya a Frasco de su relación con Roberto Mendoza? Caridad volvió la cabeza y el espejo de la cómoda del cuarto reflejó su rostro donde los ojos resplandecieron al recordar las últimas semanas. ¿Escribirle a Frasco que los años de viudez eran un largo plazo durante el cual Fernando se fue borrando de sus sentimientos a medida que Mendoza entraba en su vida, poco a poco, pero irresistible? Mendoza obsequioso, amable, apuesto, gentil, con aquella mirada que la hacía estremecer y bajar la vista que, en su descenso, contemplaba con placer y miedo su cuerpo musculoso. La cintura estrecha, ceñida por los apretados pantalones de pana y el abultamiento que, estallando, empujaba la tela de las entrepiernas. “Qué vergüenza pensar tales cosas”, se

dijo horrorizada la primera vez que sintió aquella excitación que la llevaba hacia él. Quiso mantener vivo el recuerdo de Fernando, no olvidarlo. “Nunca habrá otro hombre en mi vida y sólo debo ocuparme de mis hijos”, se prometió, tratando de vencer el lento pero implacable asedio de Mendoza que no se apresuraba en el asalto final, seguro de sí mismo y de cuál sería el resultado del combate. Ella resistió mucho tiempo, pero la soledad, el deseo y los sentimientos se impusieron al pasado y los recuerdos cuando una tarde, en el mismo despacho de la casa donde trataban asuntos de negocios, él sonriente, se le acercó y después de decir “Caridad, la amo”, la besó con furia en la boca. Ella se dejó besar y mientras una de sus manos apretaba la nuca de Mendoza la otra rozó, sin poder evitarlo, el gran bulto de las entrepiernas. Entonces pudo comprobar lo que siempre fue sospecha: en magnitud, la virilidad de Mendoza sobrepasaba con creces la de Fernando, y cuando, después de cerrar la puerta, él se desnudó, ella vio que el tacto no la había engañado.

Tendida en el sofá, debajo de él, refrenando los gritos que pugnaban por salir de su boca, Caridad se dijo que Mendoza era extraordinario y frente a él Fernando no pasaba de ser un hombre débil. Mendoza era un prodigioso amante y también un hombre maravilloso en cariño y delicadeza que, cada día, le mandaba una jarra de flores siempre diferentes, más hermosas y exuberantes con los nuevos envíos; un hombre que se portaba como un caballero feudal, atento y galante con su dama, dispuesto a defenderla y a complacer el más pequeño de sus deseos.

Caridad se acarició el cabello que, suelto y largo caía sobre sus hombros en doradas hebras. ¿Cómo decirle a Frasco que Mendoza insistía en casarse? ¿Cómo podía él entender que ella, cada noche, aguardaba ansiosa la subrepticia llegada del abogado y ya no soportaba más aquella situación de amante? También quería casarse. No, por supuesto, eso no lo diría a Frasco que idolatraba la imagen de Fernando tanto como detestaba a Mendoza, a quien apenas le dirigió la palabra durante su última estancia en La Habana, Pero él tendría que entenderla y aceptar su decisión, se dijo Caridad resuelta y al empuñar la pluma el espejo mostró su rostro serio, concentrado.

“Frasco, cariño, quiero anunciarte algo muy importante para mí y para todos nosotros... Mendoza y yo pensamos casarnos”. Caridad se detuvo nuevamente, suspiró, rasgó la carta y la arrojó a un cesto, donde los blancos pedazos de papel roto cayeron como desarticulados huesos sin vida. No, lo mejor era no dar noticias por el momento, aguardar carta de Frasco, escribir después, quizá él estuviera enfermo y le hiciera daño conocer aquella situación. A Dolores Fernanda tampoco le había gustado cuando los sorprendió furtivamente, a ella y Mendoza, cogidos de la mano en el comedor, y quizá por eso estuvo una semana en total silencio, rehuyéndola. No, a Dolores Fernanda no le agradaba el abogado, pero ¿quién agradaba a su hija? Oh, Dios. Caridad se apretó la frente como si tratara de expulsar algo molesto que tuviera en el interior de la cabeza. Después, descendiendo, sus dedos empuñaron la pluma bajo la cual la otra mano había colocado una nueva hoja de papel blanco. “Frasco, hijo querido, ¿cómo estás?”, por un instante la pluma se movió lentamente, pero enseguida, impulsada por la mano, se deslizó suave y rápidamente, semejante a una araña que tejiera su tela, deteniéndose sólo en las íes sobre las cuales dejaba un negro y grueso redondel.

...Lola silenciosa como siempre. Últimamente no está bien. Ha comenzado a padecer unas extrañas crisis de nervios, con gritos y desmayos. Dice el doctor que con la edad y el tiempo se le pasará. Dios lo quiera así. En estos días la veo más sonriente y algo conversa conmigo, sobre todo de las plantas y árboles del jardín y el patio. Parece que es el tema que le interesa ahora. También, por las noches, la he visto leyendo algún libro de los dejados por tu tío Clemente (que en paz descanse) o los comprados por mí antes de la muerte de tu padre. Yo sí que, entre la administración de la mansión y la dirección de los negocios, no tengo casi tiempo para más nada, aunque a veces, hago un esfuerzo y robándole tiempo al sueño, leo un librito, generalmente una novelita, si es posible de Walter Scott, ese escritor inglés que tanto me gusta. ¿Lo has leído? Desde tu partida, en La Habana hay mucha agitación. El capitán general inflexible y terco quiere mantenerlo todo bajo su control y jurisdicción; en España, el gobierno inglés presiona para que se revise la situación de nuestros esclavos y quizá, se elimine la esclavitud aquí, como sucedió en Jamaica. Todo eso provoca gran malestar y corren rumores de conspiraciones y planes para producir la incorporación de la isla a los Estados Unidos. Se dice que allá hay personas (así me lo ha afirmado Blanco) preparadas a invadirnos

y que el gobierno de los Estados Unidos se encuentra detrás de todo. Personalmente no vería con malos ojos unirnos a los Estados Unidos, nación fuerte y rica, dentro de la cual no tendríamos el miedo constante a una terrible sublevación de nuestros negros ni la zozobra de que nos los quiten, pero me atemoriza la idea de que tú estés comprometido con los que allá intenten realizar tal invasión. Prométeme que no te involucrarás en nada. Sólo entonces estaré tranquila.

Aquí han cesado los rumores de un nuevo levantamiento negro. Por suerte no estabas en Cuba cuando se produjo el último de ellos. Espantoso. Nunca sabremos qué puede ocurrir con los esclavos. Pero para qué hablar de ellos. A ojos vistas su entrada disminuye en el país, de lo cual me alegro mucho. Siempre repetiré que mi decisión de separarnos del comercio de esclavos fue correcta y justificada. Ellos, como bien decía tu tío Clemente, no son bestias sino seres humanos. Salvajes e inferiores en entendimiento, pero humanos al fin y como tales se les debe ver.

Con tantos rumores e intranquilidad, pero, sobre todo, por la baja de los precios del azúcar, nuestros negocios no van muy bien y algo hemos perdido, especialmente en el almacén del puerto. Pienso deshacerme, en un futuro, de ese espantoso almacén (quizá también del ferrocarril) y concentrarme sólo en los ingenios. Así me lo ha aconsejado Roberto Mendoza. Mucho me ayuda y no sé qué sería de mí sin él. Durante tus vacaciones, a ti nunca te fue simpático, pero en realidad es un gran hombre que bien les quiere a ustedes y vela por nuestros intereses. Algún día, quizá muy pronto, podrás aquilatarlo en todo su valor. No sabes cómo espero el fin de tus estudios y tu regreso y cuánto te extraño y necesito junto a mí. Sé que con Gabi no podré contar (ya conoces su carácter) y tú tendrás que ayudarme en los negocios, para luego hacerte cargo de ellos. Recibe todo mi cariño y un gran beso. Tu madre que te adora

Caridad

P.D. Hace unos días me encontré con Concha y te envía saludos. Dice que le escribas.

De un tirón estas líneas te arrastran en la corriente del tiempo, llevándote unos cuantos años adelante, en la historia familiar. Atrás quedan, en forma de tristes recuerdos, Fernando, Clemente, Francisco, cuyos huesos ya se han convertido en polvo al escribir Caridad su carta, leída por ti, mucho, mucho después, cuando el propio cuerpo de ella, disuelto en la tierra no es ni siquiera polvo. ¿Qué sucedió exactamente luego de la muerte de Fernando? No lo sabes bien, pero a través de la incompleta información que manejas lo puedes suponer. La vida, como un arco iris, sigue brillando en su bullicio multicolor, los gemelos crecen. Frasco, bajo el ala protectora de Bruno, estudia en los Estados Unidos, visita La Habana durante sus vacaciones; en París, Gabriel, sin la tutela directa de Natividad que vive su propia vida, dice estudiar pero, en realidad, se adentra en un mundo sorprendente por extraños caminos que le llevarán muy lejos de su hermano. En La Habana, Caridad rige los negocios familiares con la ayuda de Mendoza, se reúnen frecuentemente, conversan no sólo de negocios. Caridad es joven y está sola, el abogado es apuesto e inteligente. ¿Por qué, desde el primer instante, le resultó antipático a Frasco? No lo sabes, pero debieron ser celos de hijo que ve en otro hombre a un competidor por el amor de la madre. Sin embargo, a pesar de la antipatía de Frasco, Caridad se casa con Mendoza en una discreta ceremonia a la cual no asisten sus hijos, Dolores negada, como siempre, a salir de la casona, los gemelos en el extranjero. Por primera vez en mucho tiempo, Caridad, al lado de Mendoza, vuelve a sentir la alegría de la vida. Juntos van en las tardes al recién inaugurado Paseo de Tacón que recorren una y otra vez en una nueva volanta regalo de Mendoza; por las noches acuden al teatro o escuchan la retreta en la Plaza de Armas. Caridad hubiese sido totalmente feliz a no ser por Frasco. Aquel casamiento le irrita y sus cartas son duras, rayanas en la falta de respeto. “Madre”, escribe en una de ellas, “no me gusta esa boda. Debo decirle de una vez que Mendoza no me agrada. Nunca me ha gustado por su zalamería arrulladora de canario dorado, bajo la cual debe esconderse

el plumaje oscuro de un buitre. No estoy seguro de que sus intenciones hacia usted y nosotros sean desinteresadas. Probablemente persiguen un oculto fin. Yo he hecho averiguaciones aquí, en Nueva Orleans, donde varias personas lo conocen y no tienen buena opinión de él. Lamento decirle todo esto... qué diferencia con mi padre. Estoy en desacuerdo con la venta, sugerida por Mendoza, del almacén del puerto y, mucho menos, de nuestra parte en el ferrocarril. El ferrocarril será el gran negocio del futuro. De ninguna manera venda. Espere mi regreso allá, que no demorará mucho, y juntos decidiremos.”

»En cuanto a lo que me dice sobre conspiraciones aquí para invadir la isla, parece ser cierto por lo que he visto, pero sería yo un papanatas si me mezclara ahora con alguno de esos tontos alborotadores que sólo saben hablar de política. Duerma usted tranquila que yo sólo intentaré conquistar La Habana con mi capacidad y riqueza. En cuanto a los negros, no creo que debamos seguir preocupados. Ya recibieron su merecido y nunca más intentarán nada contra nosotros, pero si nuevamente osaran levantar la cabeza se la cortaremos, esta vez para siempre aunque a los propietarios nos cueste un pico.”

Vaya, vaya, te dices. Desde temprano Frasco mostró carácter. Tan joven y ya opinando sobre complejos asuntos (“el ferrocarril será el gran negocio”), dando órdenes (“de ninguna manera venda. Espere mi regreso”), revelando ambición y energía (“intentaré conquistar La Habana con mi capacidad y riqueza”, “la cabeza se la cortaremos”). Qué lástima que tales ímpetus para mandar (heredados sin duda de Francisco) se perdieran porque después de él ya nadie en la familia (ni Felipe o Fabián, ni tú o tus hermanos) fue así. En cuanto a Florencio, no tuvo tiempo de mostrar su capacidad. Por lo visto, todo tiende a la decadencia, los imperios, las familias, los hombres, reflexionas, y recuerdas un libro acabado de leer, La decadencia de Occidente : “¿Ha decaído la familia? Los Valle no son ahora más ricos pero sí más cultos”, te respondes y tus manos palpan amorosamente la mesa de caoba pulida sobre la cual escribes y la vista recorre tu biblioteca. Anaqueles de libros empastados en cuero, muchos de raras ediciones príncipe , junto a valiosos cuadros, Romañach , Menocal , y, como joya inigualable, un Modigliani comprado durante tu primera estancia en París a precio de ocasión. Pero no es sólo el valor de esas obras, es el gusto, el refinamiento que se desprende del conjunto lo que da el toque de poder y distinción, reinante en toda la casona. No, no hemos decaído, aunque Marcelo sea un tarambana, Antonio un alcohólico, tú te encargarás de mantener por siempre el lustre familiar, le dices sin palabras a la carta de tu antepasado, abierta sobre la mesa y continuas hurgando en la correspondencia de aquellos años. Ves a Caridad, que, a la luz de la lámpara, relee otra carta de Frasco. Afuera la lluvia tamborilea monótonamente sobre las tejas rojas de la mansión y, por los canales de desagüe, corre hasta las enredaderas del jardín, dobladas por el mucho peso del agua caída en los últimos días.

“Muy poco tiempo falta para mi regreso”, escribe Frasco, “entonces podré ayudarla en todo como usted se merece. Muchas cosas de las que se hacen aquí se pueden poner en práctica allá. Ya verá. Tengo grandes planes para cuando esté definitivamente instalado al lado de usted. Hasta entonces le ruego nuevamente que no tome ninguna decisión importante, mucho menos si es aconsejada por el señor Mendoza”.

Frasco fue a escribir “su hijo que mucho la quiere”, pero detuvo la pluma, alzó la mano y al bajarla escribió “su hijo Frasco”.

¿Pero cómo podía su hijo escribir tales cosas? Ésta era la gota que llenaba la copa. ¿Quién pensaba ser para dar aquellas órdenes: “no tome ninguna decisión”? Dios, mantener una desconfianza constante, sin motivos, hacia el maravilloso Roberto, hablar así de él. Irritada, Caridad tira la carta de Frasco sobre el escritorio. Había aceptado lo dicho por él en su primera carta, considerándolo una chiquillada, pero aquella segunda misiva iba más allá de lo conveniente. “No lo permitiré”, se dijo. Con decisión toma papel y pluma y se dispuso a responderle.

“Frasco, quiero decirte que estoy molesta contigo”, la pluma cruzó aprisa a través de la hoja blanca que fue cubriéndose de gruesas letras negras, “debes cuidar lo que escribes porque...” Caridad se contuvo mientras reflexionaba, buscando las palabras más severas y precisas. No le agradaba regañar a sus hijos, pero sabía que debía hacerlo, sobre todo tratándose de Frasco, tan impetuoso y dominante, se

dijo, y la pluma regresó al papel, pero un grito, seguido de un estruendo la detuvo. “¿Qué pasa?”, se preguntó Caridad levantándose de la silla. Tocarón en la puerta del cuarto y al abrir, vio a una esclava de rostro asustado. “¿Qué sucede?” La esclava señaló con los brazos hacia el fondo de la casa del cual vino otro grito. “La niña Lola está mal, su merced”, dijo la negra.

—Déjame, vete, déjame —los dientes de Dolores Fernanda castañetearon y a través de sus labios escapó una baba oscura que se deslizó por la barbilla como la lava de un volcán.

—¿Lola, qué tienes? —Caridad fue hacia su hija mientras que desde la puerta del cuarto los esclavos miraban sin atreverse a entrar.

—Ay, mamá.

—Pero, por Dios, ¿qué es esto? —dijo Caridad asustada.

Estremecida, jadeante, los ojos en blanco, Lola se desplomó sobre el piso, pataleando.

—Ayúdenme —al grito de Caridad los esclavos corrieron y por pies y manos sujetaron a Dolores que forcejeaba con fuerza inusitada para ella.

—La lengua, Dios mío, se morderá la lengua.

Fuera de su boca, la lengua de Dolores era una serpiente, larga y rosada, que se agitó enfurecida hasta que los dientes se cerraron para morderla, pero la mano de Caridad fue más rápida y, antes de que pudieran trozar la lengua, logró tirar de la mandíbula hacia abajo e introducir una pequeña almohadilla entre los labios de su hija. Entonces Dolores se desmayó.

Así que Dolores Fernanda fue epiléptica, te dices al leer las cartas donde se habla de sus primeros ataques, porque, no cabe duda, aquellos síntomas eran los de la epilepsia. Qué familia esta, piensas con desconsuelo, locos, putas epilépticos. Sin embargo...

—Pero no es posible, tiene que haber una cura —los ojos de Caridad reflejan ansiedad, temor, al hablarle al doctor Moreno, el nuevo médico de la familia.

—Señora, lamentablemente este mal es irremediable. El emperador Napoleón lo padeció y nada pudo contra él.

—Pero ¿está usted seguro de que ésa y no otra es la enfermedad? —dice Mendoza.

—Sin duda todas las manifestaciones están presentes: convulsiones, pérdida del conocimiento.

—¿Y no podrá ser —Mendoza toca la perilla que lleva recortada al estilo de Luis Napoleón— demencia?

—¡Roberto!

Caridad lleva las manos hacia la cabeza, como si quisiera taparse los oídos.

—No lo creo —el médico medita—, otros serían los síntomas.

—Perdone, doctor, pero ¿y lo que dice durante las crisis? Ayer nos insultó con las palabras más groseras —Mendoza se vuelve hacia Caridad, buscando apoyo, pero ella baja la mirada—. No parece ser Lola la que dice esas cosas, es decir, Lola en estado cuerdo.

—Situaciones así son raras, pero posibles —el médico habla con seguridad— y han sido descritas por galenos franceses.

—¿Por qué mi hija tiene esta enfermedad, doctor? —nerviosa, Caridad entrelaza las manos—, ¿qué podemos hacer?

—Señora, la ciencia aún no lo sabe. Pensemos que es la voluntad de Dios. En cuanto al tratamiento, estas gotas de belladona dos veces al día —Moreno muestra una botellita oscura—, pero, sobre todo, no provocar irritación en la joven, tenerla vigilada y en caso de ataque sujetarla e introducirle algo entre los dientes para evitar la cortadura de la lengua.

En las dos semanas siguientes los ataques fueron en aumento, cada vez más fuertes, con convulsiones que desfiguraban el rostro de Dolores, gritos salvajes y groseros insultos dirigidos a Caridad, como si la joven se complaciera en herir a su madre delante de todos. Después de cada crisis, dormía profundamente, al despertar guardaba silencio, huraña, distante, y cuando se le preguntaba sobre los ataques respondía, a regañadientes y muy nerviosa, no recordar nada.

—Pero no es posible que de pronto cambies así —le gritó Caridad a solas con ella en la habitación, perdido ya el control de sí misma, mientras la sacudía violentamente por los hombros—, algo debes recordar. Dímelo por Dios.

Dolores se agitó y Caridad tuvo temor de otra crisis.

—Hijita, perdóname —Caridad la atrajo hacia sí y al abrazarla sintió el temblor de su hija, cuya cabeza acercó a la suya.

—Mamá —las palabras volaron de boca a oído en silencioso aleteo—, una mariposa negra viene y... —las palabras se detuvieron.

—¡Una mariposa! —Caridad trató de separar la cabeza para mirar a su hija de frente, pero no pudo. Las manos de Lola le atenazaban la nuca.

—...viene y me entra —la voz de Dolores era sollozante— por la boca, madre...

—¡Qué!

—Entra y se mete aquí —unos dedos garfiosos se hincaron en la parte superior de la cabeza de Caridad—, viene para hacerme daño, revolotea, quiere matarme, ayúdeme, madre...

—¡Lola!

No, por lo visto no era sólo epilepsia. Quizá hubo locura también, la misma que la del tío Modesto, piensas al terminar de leer la carta en la cual Caridad, horrorizada, le cuenta a Frasco la enfermedad de Dolores: “Aún resuenan sus gritos y yo sin poder hacer nada. No sabes cuánto sufro y quisiera tenerte aquí para ayudarme en esta situación. Mendoza me consuela diciéndome que todo pasará, que ella sanará, pero yo soy pesimista. ¿Qué es esto? ¿Qué le sucede a Lola? Los médicos, como siempre, incompetentes, no saben nada. ¿Por qué Dios me castiga así? ¿Qué falta he cometido?”

Caridad escribe y mira hacia la ancha cama de roble en la cual Mendoza aguarda a que ella concluya. Está vestido con una bata azul de seda, semiabierto, que deja al descubierto un pecho musculoso y velludo que él se acaricia lentamente. Caridad ve el movimiento de la mano a través del bosque oscuro de vellos, y de repente siente el deseo borbotearle en los senos, correrle hacia las piernas cuando él se lleva la mano hasta el vientre y la deja allí, los dedos abiertos, extendidos, apuntando hacia un sexo que, desafiante, se eleva tras la suavidad de la tela. Por la ventana entra una bocanada de viento húmedo que trae olores a lluvia, y a Caridad la piel se le tensa y calienta, las manos le sudan y los pechos se le hinchan. Sabe lo que

sucede cuando se siente así y, volviéndose, mira a Mendoza que estira y abre las piernas en la cama, largas, duras. Sin concluir la carta, Caridad deposita la pluma sobre el escritorio y hace ademán de levantarse, pero se detiene. ¿Y si el cielo la estuviera castigando, se dijo, por aquellas relaciones con Mendoza? ¿Quizá la desenfadada lujuria, que pronto los trenzaría sobre el lecho, era un gran pecado que Dios condenaba a través de Dolores Fernanda? Indecisa se detuvo. ¿Y Fernando? ¿Qué diría si los estuviera viendo? “Oh, Dios, ¿cómo no me he dado cuenta hasta ahora? La enfermedad de Lola es una advertencia y un castigo por mis relaciones con Roberto”, pensó consternada. Al ver su indecisión, Mendoza se levantó y fue hacia ella.

—¿Ocurre algo? —dijo mientras se abría la bata y mostraba el excitado sexo que a Caridad le pareció más enorme que nunca.

—Nada, nada —balbuceó tratando de no mirar.

—Ven.

—No, hoy no.

—Ven —repitió él exigente.

—No.

—Sí —las manos de Mendoza sujetaron a Caridad y la halaron con fuerza hacia el lecho.

—Déjame, déjame.

Sin responder, Mendoza la echó en la cama alzándole el ropón, se tendió sobre ella y comenzó a besarla.

—No, no, por favor.

—Sí, mi amor, sí —su cuerpo era un ariete que golpeaba sordamente contra la oscura puerta de Caridad, una y otra vez, tratando de romper la terca resistencia de ella—. ¿No te gusta? ¿No te gusta?

—No, sí —gritó Caridad, y cuando finalmente una gran oleada de calor la invadió le pidió a Dios que la perdonara por su debilidad.

En el escritorio la llama roja de la palmatoria, impulsada por el viento tiembla, se alarga y muere de golpe, dejando en penumbras la habitación en la cual se oyen los gruñidos de Mendoza y los quejidos de placer de Caridad.

Dolores Fernanda camina por su habitación, se detiene junto a la ventana y escudriña el oscuro patio donde la vieja ceiba parece un gigante de largos brazos tendidos hacia la mansión en penumbras. Afuera hay un sordo croar de sapos, unido al lento chirriar de los grillos. Dolores no les presta atención. Momentos atrás cree haber escuchado un fugaz silbido proveniente de la ceiba. Inmóvil, aguza los oídos, tratando de oír, pero el sonido no se repite. Sólo grillos y sapos rompen el silencio nocturno y ella vuelve a caminar de un extremo al otro del cuarto, iluminado con la débil luz de una vela que se desangra lentamente.

Dolores mira hacia la ventana por la cual ve entrar, volando, una enorme mariposa negra que va a posarse en la pared cerca de la vela. Con las alas muy abiertas, la tatega parece una gran mancha de tinta. Atemorizada, Dolores se queda quieta y abre la boca. Entonces ve a la mariposa volar en círculos cada vez más cercanos a ella, y que, de repente, le roza la boca. Dolores intenta gritar, mover la lengua, escupir, pero no puede, su boca está petrificada y tiene la sensación de que la mariposa ha entrado en su cuerpo y, revoloteando dentro de él, le sube hasta la cabeza.

Una violenta arqueada sacude a Dolores que lucha por expulsar lo que tiene adentro, pero sólo gritos salen de ella, gritos que despiertan a todos en la casa.

Una extraña voz corre, como agua hirviendo, por la garganta de Dolores que cae y tirada en el suelo se aprieta la boca con las manos, para acallar esa voz que la ahoga. Por un momento se hace el silencio en la habitación, roto por los golpes en la puerta dados por Caridad y Mendoza. Caridad que grita “Lola, ¿estás bien?”, y empujando la puerta, entra.

Dolores se retuerce en el piso, enmudecida la voz, pero sintiendo ahora que la mariposa vuela nuevamente dentro de su cabeza. “Ay, ay, me quiere matar, me va a matar”, balbucea y, al abrir la boca, la voz trepa por la lengua y sale unida a sus palabras: “mierda, puñeteros, asesinos, los mataré, ay, la mariposa”.

Caridad se inclina sobre su hija que se revuelca. “Dios mío, haz algo, Roberto, hagan algo, Lola se muere”, exclama y ayudada por Mendoza la sujeta, tratando de dominar sus convulsiones.

Dolores tiene un estremecimiento y mira la mariposa que, en la pared, mueve las alas negras y, levantando el vuelo, pasa varias veces sobre Caridad antes de salir por la ventana hacia la noche.

Luego, mientras Caridad y Mendoza acuestan a Dolores, unos recios golpes sobre la puerta de entrada resuenan en la casona.

—Por Dios, Roberto, nada bueno puede ser. Felicia, Amparo, abran —ordena Caridad y va tras las esclavas.

—El niño Frasco —grita alguien en la planta baja.

—Dios mío —dice Amparo, la esclava que abre, y, sin saber qué hacer, se queda mirando al hombre enorme, casi tan alto como la puerta, hombros de leñador, bigote color azafrán y manos parecidas a martillos que la apartan de un golpe al trasponer el umbral.

—¡El niño Francisco! —exclama Felicia, la otra esclava.

—¡Frasco! —Caridad empuja a las esclavas y se lanza en brazos de su hijo. Tras ella, viene Mendoza.

—Hijo, ¿qué haces aquí? —Caridad le besa, le pasa las manos por la cara, ¡gracias a Dios que has vuelto!

Frasco besa a su madre, después la aparta suavemente y mira a Mendoza, que, confundido, sólo atina a extenderle la mano.

—¿Qué sucede aquí, madre? —pregunta sin estrechar la mano de Mendoza.

—Tu hermana está mal —susurra Caridad llorando—, parece que... — no puede terminar porque un alarido, llegado desde la planta alta, la interrumpe.

—Dios mío, Lola —grita y corre escaleras arriba seguida por Frasco y Mendoza.

Alterada Dolores, escudriñó a Frasco con recelo. A su lado, una esclava trataba de sujetarla e impedir que se levantara de la cama.

—Lola, ¿qué pasa? —Frasco fue hacia ella.

Dolores se incorporó a la fuerza y sus ojos giraron un instante en las cuencas, como corchos en la corriente, y al detenerse se convirtieron en dos oscuros huecos sin vida.

—Cabrón, ¿a qué viniste? —rugió.

—¡Lola!, soy yo Frasco.

—Perro, maricón, viniste para acabar conmigo, fuera, pero no podrás.

—Virgen santísima, Lola, es tu hermano —Caridad la tomó por los hombros.

—Asqueroso Francisco.

Aproximándose a Dolores, Frasco alzó la mano y la abofeteó con fuerza varias veces. Entonces ella se derrumbó en brazos de Caridad.

—¡Frasco! ¿qué haces?, es tu hermana.

Frasco se separó de la cama, donde Dolores, los ojos cerrados, la respiración imperceptible, no se movió como si estuviera muerta.

—Así se trata a los posesos en Nueva Orleans —dijo y salió de la habitación.

Así que llegó en instante tan dramático, en medio de la noche, sorpresivamente; otra vez la correspondencia, indiscreto testigo, chismosa mujer, te ha entregado, como cámara fotográfica, borrosas instantáneas, oscuros fragmentos de un paisaje desaparecido. Una carta, conservada entre los papeles (un diario, la correspondencia de París, un cuaderno con reflexiones) que sobrevivieron a Gabriel después de su trágico fin, te sirve como pieza en el rompecabezas armado por ti. Es de Frasco y está escrita en una carilla con aquella su letra ancha y firme.

“Las noticias de casa eran alarmantes”, le cuenta Frasco a su hermano, te está contando a ti, “amenazas de invasión a Cuba, mamá influenciada por Mendoza, Lola enferma (no se sabe de qué, pero huelo que sigue por el camino de tío Modesto). No pude soportar más y me embarqué de súbito hacia allá, sin avisar a mamá, para sorpresa del tío Bruno y de toda la familia. Que los estudios se vayan al diablo, me dije, ya habría tiempo de reanudarlos o si no al carajo. Tomé el primer barco que zarpaba y, debido a un poco de mal tiempo, La Habana la avistamos al anochecer. El capitán ordenó fondear en la bahía y desembarcar por la mañana, pero yo no iba a esperar toda la noche a bordo y dejando mi equipaje tomé una chalupa junto con algunos marineros y me largué a tierra, a tiempo para coger un coche y cruzar las murallas justo antes de que las cerraran. Qué cambiada vi la ciudad y qué gusto me dio recorrerla sintiendo el aire fresco de la noche, viendo los árboles en mi camino hacia el Cerro. Llegué pasadas las diez y me sorprendí cuando, al acercarme a la puerta, oí gritos adentro y luces encendidas en la planta alta. Mamá misma acudió a abrir y tras ella estaba Mendoza. No pude decir nada, preguntar qué sucedía porque mamá se abalanzó enseguida, abrazándome fuertemente. “Lola está muy mal”, me gritó llorando “Sí, Lola está muy mal. Mamá también y es necesario ayudarlas.” Luego de contar el final del incidente, y de otras noticias, Frasco continúa:

”Ahora, ya no me importa haber abandonado Nueva Orleans. Aquí hay muchas cosas interesantes que vale la pena ver. Pienso quedarme y poner en práctica algunas ideas que siempre he tenido.”

Frasco en La Habana, repites sin terminar de leer la carta que aproximas a tus ojos como si, por el hecho de acercar el papel, pudieras verlo mejor a él. Pero por hoy basta de investigaciones, piensas y devuelves a sus carpetas, sobre el buró, los papeles leídos. Dentro de poco, al anochecer, recibirás a tus amigos, y ahora debes conversar seriamente con Antonio que ha prometido venir antes de la reunión nocturna. Su conducta, piensas, su escandalosa conducta, de mujeres, borracheras y, sabe Dios, si hasta de drogas, ha llegado a un límite y vas a decirle que no permitirás más una situación que sólo contribuye a enlodar el buen nombre de la familia. Bien está que beba un poco o tenga una o dos queridas, pero es imperdonable que llegue borracho y acompañado de una puta (sí, Marta, esa mujer es una puta) a tus reuniones sabatinas, como hizo la semana pasada. Por suerte, los sirvientes te avisaron a tiempo y lograste detenerle en la sala y, finalmente, convencerle de que no pasara a la terraza. Qué vergüenza, Dios mío, delante de la servidumbre, delante de Lucrecio, el viejo chofer, siempre tan solemne y estirado, que les vio

crecer a ustedes, sujetar a Antonio por un brazo para impedir su caída, tan borracho estaba. “Venga señorito, venga por aquí”, dijo Lucrecio, pero él no se dejaba conducir a las habitaciones de la planta alta, agarrado a Marta, soltándose sus ebrias palabras. “Ja (así se llama últimamente, Ja y no Javier), Ja, Ja, si no fueras mi hermano, perdón, medio hermano, te diría que eres un cabrón hijo de puta.” Eso dijo y entonces ella le haló hacia la salida, “vamos, Antonio, vamos”, “¿a dónde?”, “a beber la penúltima copa”, y le convenció de terminar la noche y la borrachera en el Hotel Nacional, pero ya en la puerta él te gritó: “Ja, cabrón”.

¿Por qué ese oculto rencor, esa ironía punzante, fermentada Dios sabrá en qué absurdos motivos? Siempre le has ayudado en todo lo posible, le amparaste y evitaste cualquier referencia a su problema. No eres culpable de lo sucedido con su madre, en realidad nadie fue culpable, así lo quiso la suerte, el destino, pero, quién puede evitar lo dispuesto por el destino, meditas y enciendes un cigarrillo que te sabe a hierba seca. Extraño, los Camel siempre son suaves, agradables y ahora este sabor a resequedad en el estómago. Sí, hace días sientes una ligera pesadez, una irritación que te sube por el esófago hasta la garganta. “¿Y si tuviera un cáncer estomacal?” No, no es cáncer, seguramente alguna comida mal digerida, dices y con los nudillos tocas tres veces la madera del sillón. La muerte (tu muerte), piensas, está muy lejana (en realidad no tanto como crees), en la familia casi todos murieron longevos, menos Fernando que no pudo escapar a su triste destino, ni tampoco pudo Clemente evitar su suerte, que le condujo a una solitaria calle en una oscura noche. Pero, Dios, ¿para qué meditar en cosas tan desagradables como la muerte y el destino? No hay duda, en todos los Valle, incluso los cuerdos, existe un toque de hipocondría y melancolía. ¿En todos? “No en mí”, afirmas y ves morir lentamente tu cigarrillo sobre el borde de un cenicero de cristal pulido. No, tampoco Marcelo es así. Para ése la vida es una eterna diversión, un juego, de fiesta en fiesta y de casino en casino, a quien nada le importa la familia, ni tú, ni Antonio.

Antonio, ya son las ocho y no ha venido. Nuevamente incumplidor, piensas, y lo peor es que, quizá, le haya sucedido algo, un accidente, una pelea, hasta detenido puede estar. Todo es posible, tratándose de él, como su última riña cuando la mujer que le acompañaba (otra de sus tantas queridas) fue molestada, en un café del puerto, por un marino a quien él le rajó la cabeza de un silletazo y luego tuviste, para obtener su libertad, que ir a la policía y hablar con un capitán llamado Abejón Puñal (¿será su verdadero nombre?) muy conocido en la ciudad por sus bestialidades. Claro, pudiste llamar a tus amistades, al senador Robaina, al doctor Garriga, al banquero Gutiérrez, pero te dio vergüenza decir que tu hermano estaba preso, probablemente borracho.

Tener que acudir a una estación de policía. “Mal lugar, señor”, dijo Lucrecio al saber hacia dónde iban. “Mal lugar”, repitió en voz baja, mientras conducía el auto. “Ese Abejón es un salvaje. A un conocido mío lo encerraron en un calabozo y lo golpearon varios policías, entre ellos, Abejón.”

—Dios mío, ¿qué hizo su conocido?

Sin volver la cabeza, Lucrecio contesta.

—Nada, un sargento que le tenía enemistad personal por asunto de mujeres le acusó de hablar mal del gobierno. Se lo llevaron para la estación, mi amigo tuvo unas palabras con el capitán y le dieron una paliza.

Sin hacer comentarios, reflexionas. “¿Y si Antonio le contestó en mala forma al capitán?”, piensas, pero no, por suerte no dijo nada. Está sentado en un banco de la estación, silencioso, meditabundo, y el capitán te recibe con la mejor de sus sonrisas al saber quién eres.

—Por supuesto, puede llevarse a su hermano —te dice y tras sus palabras llegan gritos de un corredor cercano, pero él no les presta atención y continúa hablando—, si su señor hermano se hubiese identificado a tiempo no estaría aquí, pero desde que vino no ha abierto la boca y uno no es adivino.

El capitán sonrió.

“¿Por qué las gentes serviles, de inferior jerarquía social sonreirán siempre ante personas de más nivel?”, te preguntas.

En cuanto al marino herido no era necesario preocuparse. El capitán volvió a sonreír. Por lo visto se había caído él mismo y la rotura de cabeza se produjo no por el silletazo sino por la caída.

A rastras sacas de allí a Antonio que no se encuentra borracho, sino más bien atontado (¿drogado?, sospechas) y lo llevas al auto parqueado en la esquina donde aguarda Lucrecio, pero al ir a montar aparece la mujer con la cual anda Antonio. Él la mira, se vuelve hacia ti y sin subir al auto te grita delante de todos “vete al carajo, Ja” y se va caminando con ella.

Las ocho y media y Antonio aún no ha venido. Al diablo Antonio, al diablo la familia, dices. Bastante tienes con tus problemas para, además, ocuparte de los de otros. Los negocios no marchan bien, el clima político empeora por minutos, las inversiones se contraen, las ventas caen y para colmo hoy Lucrecio te avisó que no seguirá trabajando de chofer. Es viejo y no se siente bien de salud, explica. Estás acostumbrado a él, por serio y trabajador y ahora la contrariedad de buscar un nuevo chofer, probarlo. Lucrecio te recomienda un sustituto. “¿Quién?” “Mi amigo, el del problema con el capitán”. “No, nada de gente en líos con la policía.” “Él no tuvo la culpa y se lo garantizo como si fuera yo, mejor chofer y persona no va a encontrar.” En fin, ya verás. El timbre de la puerta interrumpe tus pensamientos. Los amigos comienzan a llegar.

Al anochecer en la sala de la mansión, Frasco extrajo del chaleco su reloj de oro y miró la hora. Le gustaba aquel reloj, regalo de Caridad por su cumpleaños, durante una de las vacaciones de él en La Habana. “Ya eres un hombre y debes poseer un reloj de calidad”, dijo ella, al entregarle el regalo. Frasco abrió la tapa dentro de la cual estaban grabados su nombre y la fecha. “Es lindísimo”, dijo, “debe de haber costado una fortuna”. “No somos tan pobres que no pueda hacerte un regalo así”, Caridad satisfecha le besó en la frente. “Te lo mereces, cuidalo y guárdalo siempre como recuerdo mío.”

Antes de devolver la prenda al bolsillo, los dedos de Frasco acariciaron con placer el metal dorado, agradable al tacto que, en extraña asociación de ideas, le recordó el cuerpo desnudo de la rubia prostituta con la cual se acostaba tres veces por semana en un burdel del puerto. La imagen de la mujer desnuda, tendida en la cama, le excitó e hizo pensar en la esclava que llevaría hoy a su cuarto cuando todos durmieran en la casa. Las noches con aquellas mujeres, que gemían, gritaban, mordían, se arqueaban bajo él como el metal más dúctil, y los largos recorridos por el Paseo de Tacón, montando una yegua negra, resabiosa, pero finalmente obediente, que él sentía palpar entre sus piernas, constituían lo más agradable de su actual vida en La Habana, que hubiese sido totalmente maravillosa, Frasco suspiró al pensar en eso, si no hubiese sido por Roberto Mendoza. En la mente de Frasco las figuras de las mujeres fueron sustituidas por la de Mendoza, llevando del brazo a Caridad, y una oleada de mal humor corrió a través de su cuerpo.

Mendoza amable, cariñoso, con una respuesta para todo y para todos. Mendoza pretendiendo ser el nuevo padre de ellos, vigilante de la salud de Dolores Fernanda, aleccionador y educativo para él. “Mierda, yo sólo tuve un padre”, el rostro de Frasco se contrajo al recordar la última conversación con su madre. “Ya te he dicho que ese hombre no me gusta”, las palabras sonaron airadas en los oídos de Caridad. Estaban sentados en el jardín de la casona y en el aire había olores a bignonias, piscualas y margaritas entre las que revoloteaban vistosas mariposas de alas multicolores y una pareja de zunzunes. No lejos, en la ceiba, cuyo enramaje se abría como un gigantesco paraguas verde, cantaban los pájaros. “Te prohíbo que hables así de Roberto, no tienes derecho”, Caridad se movió inquieta en el asiento, la vista fija en su hijo, “es como un padre para ustedes y ha hecho mucho por nosotros”. Sin responder, Frasco contrajo los labios y miró hacia la ceiba en la cual los pájaros alzaron el vuelo al aproximarse una enorme aura tiñosa que se posó sobre una de las ramas más altas. “No tienes”, la irritación dominaba a Caridad, “el menor motivo para no quererle”.

“Sí, tengo y muchos”, se dijo Frasco con rabia y guardó el reloj en la faltriquera, aquel hombre, un abogadito sin mayor fortuna, un advenedizo, les había robado el amor de Caridad, con quien se casó sólo por interés, y además pretendía dirigir los negocios de la familia a la cual arruinaba con sus desatinados consejos y sus especulaciones financieras. Frasco se secó el sudor de la frente con un pañuelo blanco de hilo en una de cuyas puntas estaban bordadas las letras F.V. Él no aceptaría que lo suyo por derecho propio mermara o, quizá, se perdiera de un plumazo. Bien se lo habían advertido algunos amigos: “Los manejos

financieros de don Roberto son muy peligrosos, cuídate, Frasco”. No, por supuesto que no iba a quedarse cruzado de brazos. Pero, ¿qué hacer?, Caridad era ciega y sorda o no quería ver ni escuchar nada que se dijera contra Mendoza. Caridad que... Frasco no pudo concluir su pensamiento porque en ese instante a la sala llegó, silenciosamente, Dolores Fernanda, vestida con un largo camisón blanco hasta los pies, cubierta la boca por un pañuelo que llevaba en la mano derecha. Se detuvo en el centro de la sala y a través de la ventana abierta miró temerosa hacia el jardín, desde el cual las primeras sombras del anochecer avanzaban hacia la casona, aún iluminada por la declinante luz del sol. Después, sin reparar en Frasco, el pañuelo siempre pegado a los labios, siguió caminando. Aquel recorrido de Dolores a través de la casona al caer la tarde, aquella mano sobre la boca, su triste mutismo y el silencio como respuesta a las preguntas del doctor Moreno comenzaron meses atrás, luego de la crisis en que Frasco la encontró al regresar de Nueva Orleans. Desde entonces, Dolores sólo apartaba un poco el pañuelo de la boca para comer y beber, la cabeza gacha, muy cercana al plato, los ojos inquietos, la mano alzada, lista a cubrir la boca, y durante la noche dormía con el pañuelo amarrado a la nuca. Cada atardecer abandonaba su habitación de ventanas cubiertas con gruesas cortinas negras, en la cual pasaba la mayor parte del día, y lentamente vagaba por la mansión, la mano con el pañuelo sobre la boca, la mirada acechante dirigida hacia los innumerables ventanales.

Dolores caminó rumbo al corredor y su sombra, grande y oscura, se proyectó momentáneamente sobre la pared para enseguida deformarse y desaparecer entre los mosaicos del piso.

“Loca, está completamente loca y habrá que encerrarla en un hospicio porque es capaz de hacer cualquier barbaridad”, se dijo Frasco y una corriente de aire frío llegada desde el jardín lo hizo estremecer. Abotonándose el chaleco recordó la conversación sostenida días atrás entre Caridad, Mendoza y el doctor Moreno.

—No, yo insisto en que es pasajero —el doctor Moreno había mirado primero a Caridad, después a Mendoza, ignorando a Frasco—, lo que sufre la señorita Dolores es pasajero, probablemente provocado por alguna impresión muy fuerte que ha sufrido y que nosotros aún desconocemos —el médico fijó la vista en un punto más allá de sus dos interlocutores—, o quizá también el miedo a los ataques del pequeño mal, incluso la propia llegada sorpresiva del señorito Frasco, han podido colocarla en ese estado...

—¿No cree usted que sería conveniente internarla —Mendoza titubeó— en un, digamos, hospicio?

—¡Qué dices, Lola en un hospicio! —Caridad alzó la voz—, jamás.

—Por supuesto que no —el médico era enfático—, la señora Caridad tiene razón. Lola debe permanecer aquí, bien atendida, y pronto se recuperará. No lo duden.

Frasco fue hasta la ventana y observó el jardín en penumbras, donde la oscuridad desfiguraba la verdadera forma de las plantas y las flores. Más allá, el silencio era roto por un perro que ladraba lúgubrememente a las sombras de la noche. Cerrando de golpe la ventana, Frasco regresó a su asiento y encendió un tabaco. Sí, Mendoza, pero también Lola le estaban haciendo la vida desagradable en La Habana”, se dijo rabioso, “quizá hubiese sido mejor quedarse en Nueva Orleans, junto a Bruno y la familia americana”. Frasco expelió el humo del tabaco. No, en Nueva Orleans siempre hubiese sido el sobrino, el primo, el joven querido por todos, pero relegado a un segundo plano, sin facultades para tomar decisiones importantes y él quería tomarlas, tener poder de decidir, para eso había vuelto a La Habana. Acariciándose el ya muy tupido bigote que se dejó al partir hacia La Habana, Frasco meditó en sus planes para el futuro, en primer lugar, cómo acabar con la influencia de Mendoza y demostrar su charlatanería e incapacidad. En tales reflexiones estaba cuando Caridad entró de repente en la sala.

—Hoy llegó carta de París —dijo de un tirón—. Gabi anuncia su regreso.

—¿Gabriel regresa? —Frasco se sorprendió—, ¿para qué?

Caridad se detuvo a dos pasos de su hijo.

—¿Cómo que para qué?! —exclamó confundida—, para quedarse con nosotros. En menos de dos meses lo tendremos aquí.

En medio de la noche, Dolores Fernanda despierta bañada en sudor. Semidormida, lleva las manos a la cabeza dentro de la cual siente dolor y un ruido sordo, semejante al chocar de olas contra arrecifes. Sus dedos aprietan con fuerza las sienas, el ruido cesa y el dolor disminuye hasta no ser más que una leve punzada sobre los ojos que ella, ya completamente despierta, abre mucho, tratando de ver en las tinieblas de la habitación que es una bóveda oscura y silenciosa. Un escalofrío recorre el cuerpo de Dolores que comienza a sentirse mareada. “Padre nuestro”, musita y, saliendo de la cama, los dedos contra las sienas, va hacia la mesita de noche donde hay una palmatoria. A tientas la busca, pero al quitarse las manos de la cabeza el ruido vuelve. Ahora ya no es chocar de olas sino un silbido agudo, fuerte, más fuerte, que se transforma en el insoportable zumbido de miriadas de mosquitos que siente volar a su alrededor, sus fosforescentes alas rozándola. Temblorosa, se tapa la boca con la mano izquierda, con la derecha se santigua y cierra los ojos. Entonces, la oscuridad y el silencio entran en su cabeza y ella permanece en el centro de la habitación, la boca y los ojos fuertemente apretados. Al abrirlos ya no oye a los insectos y sólo escucha a través de la ventana entreabierta, el lejano canto de un gallo. Dolores enciende la palmatoria cuya luz siembra sombras informes en las paredes de la habitación que ella va mirando lentamente, hasta detener la vista en una mancha oscura que le recuerda la cabeza de una mujer. Desde la ventana sopla la brisa, parpadea la vela, la sombra se agranda y, a los ojos de Dolores, la cabeza muestra unos labios torcidos, una oreja deforme, cortada a la mitad, y unas cuencas vacías sobre el agujero de lo que fue una nariz.

Dolores quiere gritar, huir, pero no puede. Tiene la boca cerrada, presa de su mano izquierda que no la obedece al igual que no la obedecen las piernas.

La brisa se hace más fuerte, la vela casi se apaga y la sombra desaparece con tanta rapidez como se formó. En su lugar quedan puntos oscuros que Dolores ve trepar por la pared hacia el techo, semejantes a patas de invisibles insectos, y allí se detienen engendrando una forma parecida a un pájaro cuyo pico apuntara hacia la cama. Dolores alarga la mano derecha, toma la palmatoria, y al volverse ve que la pared tras la cama se ha llenado de otras sombras en movimiento, que suben y bajan, amenazantes figuras de alacranes con tenazas como garfios, engrifadas arañas peludas, alargados ciempiés, y arriba de todo, en lo alto, la silueta de la gigantesca tatagua, cuyas alas tiemblan al recibir la luz de la vela. “Ayy”, grita Dolores, pero enseguida su boca es tapada por la mano izquierda cuando ve volar la mariposa hacia ella.

En su alcoba, Roberto Mendoza despierta y escucha con atención, pero el grito que cree haber oído, que le ha despertado, no se repite. Desvelado se mueve en la cama y mira a Caridad que, un brazo sobre los ojos, el otro en el pecho, duerme sobresaltada y musita incoherencias llegadas desde algunos de los extraños sueños que tiene en los últimos tiempos. Caridad balbucea palabras incomprensibles y Mendoza logra distinguir una sílaba “ma”. Con cuidado, tratando de no hacer ruido, él se levanta y va hasta la ventana abierta. Afuera, en el patio y el jardín, todo está oscuro, el silencio sólo roto por el canto de un gallo y el lejano ladrido de un perro. “¿Qué pasa?”, pregunta Caridad que se ha despertado. Aproximándose Mendoza le besa la mano. “Nada, me pareció oír un ruido”. “¿Un ruido?”. “Sí, pero debe haber sido idea mía, no se oye nada”. Mendoza vuelve a la cama y abraza a su esposa. “Te quiero”, le dice y la besa suavemente. “Y yo a ti”, susurra ella. Por un instante se mantienen con los ojos abiertos, las manos cogidas, escuchando los murmullos de la noche que llegan unidos a la fragancia de las flores. Después ella se va quedando dormida, su mano entrelazada con la de Mendoza.

En la habitación contigua a la de Dolores, destinada a la esclava que la cuida, no hay nadie. La sirvienta no se encuentra allí. Frasco se la ha llevado, cuando ya todos dormían, a su propia habitación en la planta baja y ahora, echado sobre ella, duerme profundamente y los ronquidos escapan de su garganta, como burbujas. En su cuarto, Dolores aprieta la boca, y al cerrar los ojos la tatagua y las sombras desaparecen, pero en el interior de la cabeza vuelve el zumbido de los mosquitos al cual se une una voz con palabras deshilachadas “ma”, Dolores se estremece y la palmatoria tiembla en su mano, “ma”, repite la voz, “mamá”, quiere decir Dolores, gritar para llamar a Caridad, pero no puede, el zumbido de los mosquitos, cada vez más fuerte, le obliga a abrir los ojos, y al mirar nuevamente los encuentra en todas partes, por miles, volando a su alrededor. La mariposa también vuela en círculos, entre los insectos, majestuosa, como una reina rodeada de cortesanos. “Mata”, el brazo izquierdo de Dolores cae a un costado y su boca se abre,

furiosa, gesticulante, “mátala”, grita la voz y las palabras babean, gimotean a través de los dientes, “mátala, quémala”. Recorrida por un violento escalofrío, Dolores se retuerce, alza la palmatoria y va hacia la pared donde está posada la mariposa. “Mátala, quémala”, dice la voz en su cerebro y ella acerca la llama, pero la tatagua huye, se posa sobre la cortina de la ventana, luego en la cama, otra vez en la pared, siempre perseguida por Dolores que utiliza la palmatoria como una antorcha, quemando el cortinaje, las sábanas, la pared. Incapturable, la mariposa aletea, cruza el cuarto y se pierde en el jardín. Por un instante, Dolores se detiene ante la ventana por donde escapó la tatagua, mira la oscuridad y sin dudarlo salta hacia afuera en su persecución. Mientras cae, las llamas han comenzado a devorar la habitación.

Después de investigar los sucesos en la casona del Cerro el pensamiento de la muerte no sale de tu mente. Te abruma y para olvidarlo invitas a Rosario a cenar en el Monseñor. Luego se irán a la cama, harán el amor, es decir, harán la vida, el mejor remedio contra la muerte. Sin embargo, no todo sale como tú quisieras. No es tan fácil quitarse el polvo que ha penetrado en los poros. Mientras comen, vuelves, imprudentemente, a tocar el tema de la historia familiar y lo último averiguado por ti.

—Dios, cuánta tragedia y dolor hubo en los Valle —dice ella—, cuánta muerte absurda.

Sí, personas que pudieron haber vivido mucho más murieron sorpresiva y prematuramente, piensas.

—¿Qué habrán sentido en el instante de la muerte? ¿Qué se sentirá? ¿Ahogo, mareo, decaimiento, vista nublada? Quizá todo eso junto y enseguida la oscuridad absoluta, esa oscuridad, de sala cinematográfica antes de comenzar la película —dices reflexivo, dominado otra vez por tu idea obsesiva.

—¡Caramba!, qué pensamientos tienes últimamente —Rosario te observa curiosa, como un gatico al ovido de un carretel, y bebe un sorbo del vino blanco que han pedido con la langosta, especialmente recomendada esta noche por Mauricio, el chef del restaurant.

—Me gusta —los ojos de Rosario brillan tenuemente igual que el vino de la copa, iluminados por el candelabro de bronce que se encuentra a la izquierda de la mesa. Cuando los ojos de Rosario brillan así es señal de que luego, en la cama, deberás satisfacerla muchas veces, hasta que ella llegue a eso que llama, con tono científico, orgasmo paulatino, múltiple y continuo.

—¿Mi pensamiento? —preguntas extrañado.

—Por supuesto que no. Me refiero a la langosta —Rosario sonríe y calla. Durante unos minutos come en silencio—. Esas cosas que ocurrieron en tu familia me dan un poco de miedo —susurrante, ella inclina el cuerpo hacia ti y aproxima su cabeza a la tuya—, ¿no has pensado que sucedieron hechos inexplicables?

—¿Inexplicables?!

—Todas las muertes, asesinatos, incendios, suicidios que me has contado, ¿no tienen algo de misterioso?

Sin responder sonríes y bebes. Ella continúa con su razonamiento.

—¿No pesará sobre los Valle una maldición?

—¡Una maldición!

—Sí, una brujería o algo así.

¿Se estará burlando? Si mal no recuerdas ya es la segunda vez que te dicen una cosa semejante. Sin embargo, está muy seria, pero ella, bien lo sabes, es capaz de mantener la seriedad de un embajador cristiano frente a un sultán enemigo, aunque esté haciendo la más increíble broma.

—Tonterías —dices cauteloso—, en Cuba no se hacen brujerías. Eso era en Europa y en el medioevo.

—No me digas —Rosario es ahora doctoral—, ¿y qué hacen los negros? ¿Nunca has visto los paquetes al pie de las palmas y las ceibas? ¿No sabes que contienen maní tostado, cabezas de pollos, pescado, calabazas, cocos y sabe Dios cuántas otras porquerías? ¿No sabes que los tiran los brujos?

Vaya con la señora doctora, piensas, cómo conoce cosas. Claro que has visto, sobre todo en el cementerio, pero no vas a revelar tu extraño gusto de pasear a solas por el camposanto.

—Sí, ya sé eso, pero de ahí a creer que las desgracias que sucedieron en mi familia fueron por una brujería hay un gran trecho. También nos pasaron muchas cosas, la mayoría buenas... —te detienes tratando de no ser inmodesto, pero no puedes contenerte—, por eso somos ricos, más ricos que otros —vuelves a detenerte porque intuyes, aunque no se vea, el desagrado de Rosario, cuya familia no tiene tanto dinero como la tuya—, y por eso... podemos beber ahora este delicioso vino y comer estas maravillosas langostas que no ponen en los paquetes de brujería.

—Yo no afirmo nada —Rosario se bate en retirada— sólo digo que en este país todo es posible.

—Entonces brindemos por la brujería —alzas la copa.

—Chis —dice ella sin mucho entusiasmo y entrechoca su copa con la tuya.

—Pero, además, de algo puedes estar segura y es que, brujerías o no, a mí no me asesinarán en la calle, ni me quemarán en la casa, ni me suicidaré. Moriré a los cien años y en mi cama.

—Bueno, en la cama quisiera verte, pero ahora. Quizá allí te mate yo —eso dijo Rosario y los dos rieron, bebieron y terminaron de comer.

Después fueron, en tu carro, manejado por Raymundo, el nuevo chofer, a bailar y ver el show del Sans Souci y a las cuatro de la madrugada, medio borrachos ambos, regresaron pero Rosario no quiso ir a tu casa. “Estoy muerta de sueño”, dijo y tú le ordenaste a Raymundo que fuera hasta el apartamento de ella en la calle Línea. “Chao, mi amor”, te dijo al descender del auto mientras te besaba, “cuidado con las brujerías”. “Y tú cuídate de los espíritus”, le respondiste, continuando la broma. “¿De los espíritus?” “Sí, te pueden visitar por la noche en la cama.” “No te preocupes, si vienen cerraré bien los ojos.” “Mejor cierra otra cosa mucho más abajo”, le gritaste cuando ya el auto arrancaba.

A toda prisa avanzaron por Línea rumbo a Miramar y tú te acomodaste en el asiento, amodorrado por el efecto del vino, el martini, los mojitos y los daiquirí, que nunca se deben mezclar las bebidas, y después no sabrás si fue sueño de la borrachera o realidad todo lo que hablaste con Raymundo, más bien lo que él te dijo pues tú no podías hablar mucho.

—El caballero me disculpa —dice el chofer y ves sus ojos mirándote por el espejo retrovisor cuando el auto se detiene en la intersección de la calle Paseo, paralizado por el ojo ciclópeo, inyectado en sangre, de un semáforo.

—Sí, Raymundo —contestas, la lengua estropajosa.

—Le oí hablar de los espíritus...

—Sí, los espíritus... —haces un esfuerzo por mantener la compostura. No te agrada que la servidumbre te vea en mal estado.

Desde el espejo retrovisor, Raymundo no aparta la vista de ti. Tiene las cejas tupidas, muy negras y unidas, y los ojos grandes y oscuros, hundidos en profundas cuencas. Sacudes la cabeza y miras hacia la calle, totalmente desierta, para no ver esa mirada fija hipnotizante que te recuerda la del siquiatra o, más bien, quizá, la de un faquir. Un faquir, sí, eso parece Raymundo, con sus cejas, sus ojos, su rostro siempre inmóvil y su voz fuerte y misteriosa, como salida de una caverna sin fondo o de una oscura botella. ¿Una botella?, ¿una lámpara? Raymundo es el genio de la botella, de la lámpara y sólo necesita cambiar la gorra

de chofer por un turbante. Eso, un turbante, “ordene, mi amo, soy Raymundo, el genio de la lámpara”. “Haz que Marcelo no pierda en el bacará y recupérame los cincuenta mil pesos que perdí con la inversión en las arroceras.” “Ahora mismo, mi amo”, tus pensamientos te hacen reír y el chofer te observa interrogador.

—Cuidado —gritas al divisar el enorme Oldsmobile negro que sin respetar la luz roja del semáforo se les abalanza, como un rayo, cuando el auto de ustedes avanza después del cambio de luces que le da vía libre. Raymundo ha visto el peligro, sus reflejos son rapidísimos y, dando un giro hacia la derecha, evita el inminente choque. Sin detenerse, el Oldsmobile se pierde, a la misma velocidad que venía, en las sombras de la noche.

—¡Hijo de puta! —gritas, sacando la cabeza por la ventanilla, pero tu grito queda sin respuesta. Raymundo enciende el motor del auto que se ha apagado y con toda calma vuelve a conducir.

—Era un auto con chapa oficial —dice—. Creo que de la policía. La gente del gobierno no respeta nada.

—¡Pudimos habernos matado! —exclamas nervioso.

—Sólo nos morimos cuando está marcado y hoy no nos tocaba a nosotros —continúa Raymundo imperturbable, pero tú adormilado, no le respondes. En silencio recorres parte del camino y cuando llegan al puente sobre el río recuerdas que el chofer te decía algo antes del incidente.

—Perdón, Raymundo, usted me hablaba de...

—Sí, señor, de los espíritus —Raymundo calla mientras el auto atraviesa el puente, más allá del cual comienzan las residencias señoriales.

—Los espíritus, sí...

—Sabe, caballero... yo no los niego...

El auto, ahora a gran velocidad, cruza frente a la pequeña torre del reloj, que en ese instante marca las cinco y junto a la residencia del ex presidente de la República, sigue más allá de la iglesia de la calle Veintiséis y siempre arrastrando su sombra cuadrada, semejante a un perro paseado por el amo, entra en el Country .

—Qué interesante —dices indiferente, no porque el tema no te atraiga sino porque ya no puedes con el sueño y el cansancio—, muy interesante —repites y los ojos se te cierran.

Cuando despiertas estás en tu cama y el reloj de la repisa marca las dos de la tarde. Lentamente, bostezando, te levantas, pero el dolor de cabeza (¿dolerá así una cuchillada en el pecho?), te inmoviliza. La resaca de una mala noche. Horrible, piensas mientras disuelves un Alka-Seltzer en un vaso de agua y tratas de recordar todo lo que hiciste y dijiste. Por de pronto, no sabes cómo bajaste del auto y llegaste a la habitación. ¿Tan borracho estabas? Recuerdas la cena, Sans Souci, a Rosario, los locos del Oldsmobile, a Raymundo y sus espíritus, nada más. Tus pensamientos son ahora como las burbujas del Alka-Seltzer, disuelto en el agua, que miras un instante antes de tragarlo. Los espíritus, ¿andarán así por el aire, en forma de burbujas? No puedes contestarte porque recibes otra cuchillada en el cerebro, más bien un mazazo que te hace llevar las manos a la cabeza. Si la resaca es tan dolorosa, ¿cómo podrá Antonio andar permanentemente borracho? Debes preguntarle, piensas, pero no preguntas nada al encontrarle esa noche, repuesto tú de los efectos del alcohol, luego de otros dos Alka-Seltzer y una ducha reparadora, bien vestido él, serio, sobrio como nunca. No comentas los efectos de la borrachera, pero sin saber por qué (¿obsesión inconsciente?) cuentas la conversación con Rosario sobre la quema de la mansión del Cerro y las muertes en la familia. Repites la pregunta que le formulaste a ella, ahora con un matiz diferente: ¿Qué ocurrirá más allá de la muerte?

Apenas terminas de plantear la cuestión comprendes que, tratándose de Antonio, has cometido un error y tú mismo contestas, afirmando que es interrogante tonta porque no puede tener respuesta.

—Nadie regresa del lado de allá para contar su experiencia, suponiendo que haya algo para contar —afirmas.

—¿Nadie? —dice Antonio.

—Claro que nadie.

—¿Y los espíritus?

¿Pero qué es esto? Ayer el chofer, hoy Antonio. Seguramente Raymundo ya le habló de su conversación contigo y él quiere burlarse. Aún te duele un poco la cabeza y no estás para burlas.

—Idioteces —exclamas contrariado—, creencia de ignorantes, ¿quién cree en eso?

—¿No sabes que Conan Doyle, el padre de tu admirado Sherlock Holmes, era un convencido espiritista y escribió un libro sobre la historia del espiritismo? —Antonio pronuncia en correcto inglés el nombre del libro, quizá para recordarte que, cuando está sobrio, tú no eres el único instruido de la familia. Él también habla inglés fluidamente, francés y alemán.

—¿Y tú crees en los espíritus?

—Antonio levanta la barbilla, llena el pecho de aire y sus ojos parecen los de una lechuza que te mira a través de sus párpados entornados.

—No sólo creo, me comunico con ellos, los veo cuando deseo.

Polvillo maravilloso, blanco, suave, dulce, amargo, tierno, fino, delicado, rico, sembrado tan lejos, Turquía, la India, Colombia, Bolivia, Perú, para entrar en mi cuerpo, unirse conmigo como la mejor hembra y hacerme sentir este placer, ya, ya, bajando, subiendo por el brazo, el pecho, los pulmones, las piernas, la cabeza, que me hace volar, flotar, salir de la piel del cochino cuerpo y subir, subir bien arriba, soy el amo del universo, gozando la tranquilidad de lo infinito, sereno, majestuoso, Javier abajo, Marcelo abajo, Rosario con su culo y sus tetas de mierda, todos abajo, pigmeos de mierda, el aire dándome en la cara, acariciándome, lamiéndome el cuerpo, llevándome bien lejos, lejos, ehh, así vuelo, el polvito me hace volar, por sobre las casas, más allá de la ciudad, eehhhh, más allá de la tierra, soy un pájaro, muevo las alas, Dios, qué maravilla, me voy, escapo del asqueroso mundo, un águila, sí, un águila, rauda, veloz, planeo suavemente en el espacio, balanceado por el viento, impulsado por las corrientes de aire, eeehhhh, soy viento, soy aire, no tengo cuerpo, giro en torbellino, me enfurezco, me calmo, entro en las casas, atravieso las paredes, veo a las parejas, unidas trenzadas entre sí, dobladas, uno sobre el otro, como raíces torcidas, sigo, sigo, más allá hasta la casona de tejas rojas y luces fosforescentes que me llaman, me hacen entrar, me empujan hacia una habitación donde veo a un joven blanco encabritado sobre una negra que gime cuando él le clava su cuerno, una, dos, tres, mil veces, eeeehhh, yo también quiero clavar mi cuerno, pero no puedo, subo volando, y llego a un cuarto en el cual una muchacha, rodeada de sombras, jeremiquea y se cubre la boca con la mano cuando me ve. Revoloteo a su alrededor para calmarla con mi belleza, pero ella se acerca a mí con una vela en la mano, quiere quemarme, ay, me quema un ala, me persigue por toda la habitación, vuelo, huyo sin poder evitar el fuego que me abrasa, me consume desde dentro, un ala, un brazo, no, no, el polvo no puede abandonarme ahora, quiero gritar, pero de la garganta no salen palabras, sólo un ronco sonido, el sonido del crepitar del fuego en mis entrañas, en mi abdomen, en mi cola, me desplomo en el suelo, al igual que el hombre que acaba de entrar en la casona en llamas, él aplastado por un madero ardiendo, yo cubierto con un vómito blancuzco que libera mi obstruida garganta y me permite gritar en demanda de auxilio porque, aunque el fuego me rodea, mi cuerpo se va enfriando poco a poco y si alguien no viene pronto a sacarme de este infierno frío moriré, eeehhhh, moriré para siempre.

El ladrido de un perro, agudo, persistente, despertó a Frasco que soñaba estar paseando por el calvero de un tupido bosque, donde su hermano Gabriel, amarrado a un árbol, reía y le gritaba, en un extraño idioma, incomprensibles palabras. Frasco se movió en la cama y sus dedos descansaron sobre el pecho de la esclava dormida a su lado cuyos senos desnudos se alzaban lentamente al pausado ritmo de la respiración. Él extendió la mano y con placer tocó la carne tibia de ella, que volviéndose boca abajo, mostró la grupa, apenas cubierta por la sábana. Contemplando, ahora bien despierto, aquellas nalgas negras, Frasco sintió una oleada de deseo y con furia se fue sobre ellas, en busca del oculto redondel de su anillo de cobre.

Al sentirse penetrada, la esclava chilló de dolor, pero su grito fue acallado por nuevos ladridos, más fuertes y cercanos del perro furioso.

—Estate quieta, cabrona —musitó Frasco, entorpecido por los huidizos movimientos de la esclava, molesto con los aullidos de la bestia, ahora lúgubres, lastimeros—. Maldito perro —gritó.

—Mi amo, algo pasa, ese animal no ladra por gusto —la voz de la esclava temblaba— ...huelo a humo.

—¿Humo?

—Sí, humo.

Frasco respiró con fuerza y hasta su olfato llegó la brisa de la noche que traía los ladridos, y olor a quemado. Dejando a la negra, se levantó, fue hasta la ventana y sorprendido vio llamas en la planta alta de la mansión.

—Fuego —gritó—, fuego...

Roberto Mendoza no volvió a conciliar el sueño aquella noche. Con las manos de Caridad entre las suyas intentó dormir pero sólo logró caer en un pesado sopor que pronto fue roto por una voz llegada desde la planta baja. Alguien gritaba violentamente. Alguien. Era Frasco y a sus gritos se sumaban otras voces y ruidos, acompañados de un extraño olor a humo que entraba por la ventana.

—Cari, despierta —Mendoza sacudió a su esposa, profundamente dormida.

—¿Qué pa... —Caridad no pudo terminar la pregunta. Una oleada de aire caliente la envolvió haciéndola toser.

—Fuego —la palabra la escucharon ahora claramente y cuando miraron por la ventana vieron un gran resplandor, como una mancha rojiza, que cubría el ala derecha de la mansión.

—Se quema la casa.

—¡Dios! —cogidos de la mano salieron al corredor por el cual huían asustados los sirvientes. Delante de la puerta de una habitación estaba Frasco y tras él la esclava encargada de cuidar a Dolores, ambos semidesnudos.

“Frasco”, quiso decir Caridad, asombrada de ver a su hijo así y con aquella esclava, pero no pudo. A unos pasos de ella cayó un pedazo de madera humeante desprendido de la planta alta.

—Cuidado —Mendoza la atrajo hacia sí y la abrazó, protegiéndola.

—Corran —gritó Frasco que se había acercado y tomando a Caridad del brazo la hizo avanzar por el corredor hacia la puerta de la calle, Mendoza detrás.

—Dios mío.

—Cuidado.

—Por aquí.

Dominando toda la planta alta, el incendio comenzaba a invadir la baja. Atropelladamente salieron al jardín y allí se detuvieron, tosiendo, sofocados por el humo y las llamas que subían deslumbrantes hacia el cielo como un gran pájaro de alas rojas.

—Pronto, traigan agua —ordenó Mendoza—. Aprisa.

—Ya no vale la pena —Frasco contempló la mansión convertida en una pira humeante.

Caridad le miró y enseguida se volvió hacia Mendoza.

—¿Y Lola? ¿Dónde está Lola? ¿Alguien la ha visto? —exclamó con voz alterada.

—Quizá esté aún en su habitación —dijo en un murmullo la esclava encargada de cuidarla.

—¡Mi hija! —sin pensarlo, Caridad echó a correr hacia la casa, pero Mendoza la detuvo bruscamente.

—No, no, voy yo —gritó y antes de que Caridad pudiera reaccionar penetró en la mansión cuyo techo comenzó a desplomarse momentos después.

“De calle ganaremos las elecciones”, profetiza desde una página de la revista Bohemia, el general Batista, pero tú no haces caso de su mentira (una más) ni de su foto y pasas la hoja. En la siguiente, un hombre ceñudo, vestido de negro, a la usanza del siglo XVII te observa con severidad. Junto a él, letras muy negras proclaman un mensaje de misterio: RENATO DESCARTES —UN ROSACRUZ — ¿QUÉ PODER POSEÍA ESTE HOMBRE? Usted también puede adquirirlo. NOSOTROS se lo transmitiremos. Escríbanos. ANTIGUA Y MÍSTICA ORDEN ROSACRUZ (AMORC). Cierras la revista y la tiras sobre un sillón. Rosacruces, espíritus, maleficios, brujerías y últimamente hasta platillos voladores y extraterrestres. Demasiados absurdos, tan falsos como las promesas de los políticos, en una nación tan pequeña, piensas, y para colmo tu hermano, un hombre instruido, afirma (al igual que otras personas cultas) poder comunicarse con el más allá. Loco, está completamente loco. Tiene razón Rosario, en este país todo es posible: “asentársele” el santo en la cabeza a un creyente, es decir, ser poseído por un dios africano, vestirse enteramente de blanco en honor de ese dios, hablar con los espíritus, predecir el futuro de acuerdo con la posición en que caen unos pedazos de coco o unos caracoles, al ser lanzados por un curandero, creer en los milagros que un hombre dice lograr a través de un vaso de agua y el pensamiento, tener fe en las curaciones de una mujer que proclama hablar con Cristo, escuchar, toda una noche, igual que en la selva, el sonido salvaje de un tambor, encontrar, frente a la puerta de la casa, un paquete con brujerías, cosas de santeros, brujos, abakuá o quienes sean.

—No, no confundas las cosas —Carlos Reyes sonríe con ingenuidad que, bien lo sabes, no es tal, sino una careta para ocultar sus sentimientos de superioridad, muy frecuentes en hombres de baja estatura.

Están en la sala de la mansión, a la cual Reyes acaba de llegar para conversar contigo y, de paso, preguntarte qué te ha parecido su artículo sobre la mujer en cuyos muslos se forman, como marcadas con un hierro candente, las letras sangrientas INRI, publicado en esa misma revista Bohemia que tú acabas de arrojar al butacón.

—Interesante trabajo —respondes evasivo porque, en realidad, no te gustó— pero ¿no te dedicas a las cuestiones políticas?

—Sí, pero en este mundo hay que hacer de todo y el director quiso que su reportero estrella —otra vez la sonrisa ingenua en la boca— escribiera sobre esta loca que afirma estar tocada con la gracia divina y habla con Cristo. Pero no me limité a un reportaje informativo. Investigué el problema a fondo y, de paso, aunque con toda intención, lo relacioné con las dificultades del país y el fanatismo de la población. La pobre mujer es de un pueblito...

No pretenderá Reyes contarte la historia completa. No solamente él la ha escrito. En todas partes cuentan la vida de esa guajira de Pinar del Río que alzándose la saya, muestra unas piernas flacas y los muslos enrojecidos, donde se ven finas rajaduras en la piel, como si fueran hechas con un cuchillo, que semejan las letras I, N, R, I, INRI, “Jesus Nazaret Rey Judios”, explican sus seguidores. “Cristo me manda a curar a los enfermos”, dice ella desfallecida y orgullosa. Ya dos tullidos y una epiléptica se han declarado curados por la “milagrosa”.

—Absurdo, estúpido, igual que las brujerías de los negros santeros —lo interrumpiste.

—No, no confundas las cosas —dijo Reyes.

—¿Cómo que no confunda? No me negarás que tiran esos paquetes de brujería por ahí.

—No sólo afirmo que los llamados “santeros” no son brujeros y no todos son negros, algunos blancos también hay.

—Tu mano y tu cabeza se mueven al mismo tiempo en un gesto indefinido que lo mismo puede ser de negación que de asombro, pero Reyes ve en él una interrogación y, sin darte tiempo para hablar, prosigue con su explicación.

—Los santeros, ¿cómo decir?, profesan una religión denominada Regla de Ochá, de origen africano practicada en la zona del río Níger llamada Calabar, de ahí el nombre de los esclavos procedentes de allí, carabalíes...

—¿Los negros del Níger no son los yorubas?

—Bueno, carabalíes y yorubas es casi lo mismo —Reyes se ve confundido por un segundo, pero enseguida se repone—, esos esclavos trajeron su religión y sus cultos a Cuba, que son los practicados hoy en día, aunque sincretizados los santos africanos con los católicos.

—Sí, claro, Changó-santa Bárbara, Yemayá-la virgen de las Mercedes —quieres demostrar que en este tema no eres totalmente inculto.

—No, perdón —la sonrisa de Reyes ahora sí es vanidosa—, Yemayá no se identifica con las Mercedes sino con la virgen de Regla, Mercedes es Obatalá.

Te sientes descubierto. No te agrada y decides guardar silencio para no ser nuevamente pillado en falta de lesa cultura africana.

—En fin, el panteón yoruba, es decir, el de la santería es muy vasto, pero lo que quería significarte es que los sacerdotes de esa religión, santeros y babalao...

—¿No es lo mismo santero que babalao?

Reyes hace un gesto, como queriendo decir “por favor no interrumpas y escucha hasta el final”.

—No, son dos estados diferentes —explica—, el santero es como si fuera un sacerdote y el babalao un obispo.

—Entonces todo babalao es un santero —interesado no puedes contener la pregunta.

—No siempre, a veces alguien puede pasar su iniciación como babalao sin haber sido iniciado como santero..., pero eso es muy complicado para explicarlo ahora... lo que quiero decirte...

Caramba con Reyes, piensas, sabe mucho de estas cosas, ¿dónde las aprendió? ¿Se las habrá enseñado la mulata con la que dicen que vivió hasta hace poco?

—...es que los paquetes que tú ves por ahí no son necesariamente brujería, es decir maleficios para dañar a alguien o provocar el mal.

—¿Y entonces qué son?

—Ofrendas a los dioses para contentarlos y pedirles algo para sí o para alguien. Es igual que cuando le enciendes una vela a la virgen en la iglesia y le ruegas una curación, un milagro, la salud, la riqueza, sacarte la lotería.

Bueno, desde ese punto de vista, Reyes tiene razón, piensas, ¿qué diferencia hay entre una vela encendida debajo de una imagen de yeso y un coco al pie de una palma o ceiba?

—Pero no me vas a negar que en Cuba se hacen brujerías, maleficios, desde niño vengo oyendo eso.

—Sí, pero ni los santeros ni los babalaos respetables hacen maleficios, brujerías.

—¿Quiénes las hacen?

Por primera vez de Reyes se pone serio.

—Los tatas ngangas —el periodista se mueve en su asiento y mira hacia la Bohemia en el butacón, abierta por una de sus páginas, en la cual Renato Descartes sigue inmóvil, la vista dirigida hacia ustedes.

—¿Quiénes?

—Los padres, los practicantes, los sacerdotes, por llamarles de alguna forma, de una creencia de origen congo denominada Regla de Palo Monte. Son gente terrible y muy temida. Se dice que pueden hasta matar con sus brujerías.

Bueno, nacer, vivir en un país, pensar que lo sabes todo sobre él y al cabo de los años descubrir que aún hay cosas ignoradas por ti...

—¿Tú conoces a alguno de esos tatas... ganga?

Aunque no hay corriente de aire, la Bohemia se cierra, probablemente doblada por su propio peso, y Renato Descartes, junto a los Rosacruces, se hunde entre sus hojas. Reyes se levanta y la coge.

—Nganga, con n al principio. Sólo he oído hablar de ellos.

—¿Dónde aprendiste esas cosas de negros?

Reyes se sienta.

—Bueno, mi propia profesión me hace relacionarme con toda clase de gente y debo estar informado. Además conozco al doctor Fernando Ortiz quien ha investigado mucho en este campo y algo me ha explicado.

—¿Conoces a negros santeros o babalaos?

—Sí, a esos sí, pero ya te he dicho que también hay blancos entre ellos. En Madruga vive uno que tiene más de cien ahijados, es decir, creyentes iniciados por él. ¿Te gustaría visitar a alguno?

¿Por qué no? Ver a un santero de carne y hueso. Entrar en su casa. Desde niño has escuchado esas historias de caracoles, cocos, fiestas con tambores, “bembés”, “toques de santo”, quizá puedas presenciar alguno, ¿por qué no?

—Con gusto. ¿Dónde? ¿En Madruga?

—No, mucho más cerca. En el reparto Párraga, ¿lo conoces?

De tal barrio has oído simplemente hablar, quizá mencionado por Raymundo en alguna oportunidad. Se encuentra algo así como a mil kilómetros de Miramar, piensas, no por supuesto que no, un

poco más acá, pero siempre en la periferia de la ciudad, allí donde termina la civilización y comienza el salvajismo, en Extramuros, como diría Frasco Valle.

—Sí, lo conozco bien —mientes descaradamente.

—Yo te avisaré. Probablemente iremos sobre el 4 de diciembre, día de Changó, perdón de santa Bárbara. En Párraga hay una iglesia dedicada al santo.

—¿A Changó?

—Por supuesto que no. Consagrada a santa Bárbara. En ella oficia un cura negro y va mucha gente importante. Dicen que hasta el general Batista.

El general Batista. Candidato a presidente en las próximas elecciones donde no tienen muchas oportunidades de ganar, a pesar de su optimismo y su afirmación en Bohemia “de calle ganaremos las elecciones”. Ahora, dejando la santería pasan al tema de la política, mucho más importante y práctico, aunque a ti te es indiferente quien gane. Claro, te disgustaría que fuera Batista, que nunca te ha gustado, pero ningún candidato va a afectarte en tus intereses, incluso los demagógicos “ortodoxos”; claro, los comunistas del Partido Socialista Popular sí pudieran dañarte, pero está descontado, piensas, que esa gentuza pueda triunfar. En todo caso, preferirías un gobierno que adecentara el país, propiciara una gran industrialización, lo hiciera más avanzado, menos corrupto, más honesto como la administración norteamericana, y liquidara las pandillas de gangsters que a diario intranquilizan la ciudad con sus tiroteos y reyertas.

—Te garantizo que los “ortodoxos” barren de calle —Reyes es categórico y circunspecto.

Otra hora más hablan de política, de mujeres, de reuniones sociales, de las carreras de perros en el canódromo de la playa (donde Marcelo perdió quinientos pesos en las patas de Spid-White), del “jai-alai” en el frontón de Concordia (donde también perdió la semana pasada trescientos pesos en la cesta de mimbre de Guara el mayor). Por último, Reyes mira su reloj, un Longines de oro. “¿De dónde sacará dinero para adquirir tales prendas?”, te preguntas. Seguramente es un regalo de la madre, poseedora de suficiente dinero como para comprar la fábrica suiza de relojes, que le regala todo al hijito y sin la cual él no podría dedicarse al periodismo, que no da para tales relojes.

—Debo marcharme. Me esperan en la redacción —dice Reyes y le acompaña hasta la salida. En la puerta al ir a tenderle la mano, te viene a la mente tu última conversación con Antonio.

—¿Y de los espíritus qué crees? —preguntas.

“Un martes trece asesinaron a Clemente Valle y Fernando pereció también un día trece, demasiada casualidad”, piensas y cuentas con los dedos.

—¿Qué haces? ¿Tienes calambres? —dice Rosario al verte mover los dedos.

—Saco cuentas.

Están juntos en la cama, después de amarse, en un tranquilo atardecer, como a ti te gusta, cuando el día y la noche comienzan a unirse.

—¡Cuentas ¿Qué cuentas?

Frente a ustedes, sobre la cómoda de caoba, el reloj marca las ocho. Lo miras de reojo y te parece que las manecillas se han detenido.

—Sabes, Clemente y Fernando Valle murieron, los dos, un día trece y la suma de ambos números da veintiséis, que fue el día en que falleció Francisco Valle.

Rosario te observa intrigada. Tú prosigues con tus cálculos.

—Dolores Fernanda nació un martes tres.

Rosario se sienta sobre tus piernas. Está desnuda y tu pecho recibe el suave calor de su pubis.

—¿Y? —pregunta y te pasa la mano por los labios.

—Ese tres, sumado al veintiséis de la muerte de Francisco da veintinueve —te interrumpes pensativo. Rosario escucha atenta— y un día veintinueve se quemó la casona del Cerro.

Las piernas de Rosario se mueven.

—¿Un 29 de noviembre? —exclama y se arrodilla. Entre sus piernas, tu cuerpo parece una carretera que cruza bajo un alto puente.

—¿Noviembre? ¿Por qué? —dices.

Rosario vuelve a sentarse.

—No sé, pensé que como la suma interna de veintinueve, dos más nueve es once y noviembre es el mes once, ése pudiera ser el mes del incendio... pero sería demasiada coincidencia...

Escapas del cerco de sus piernas y la miras serio.

—No, no fue en noviembre, fue en febrero de un año bisiesto, ¿no te recuerda nada?

—¿El veintinueve de febrero?

—El día de mi nacimiento, también en un año bisiesto.

De momento, el rostro de tu amante expresa estupor pero enseguida cambia, su boca se dilata y estalla en una violenta carcajada.

—Ya lo decía yo, ustedes están malditos y tú el último, pero yo te salvaré.

—Ríete.

Rosario se arrodilla y con la mano derecha hace como si se santiguara, llevando sus dedos a los pezones de sus senos, a la boca y, finalmente, al nacimiento de su sexo, desde donde extiende hacia tus labios el dedo del medio.

—No me gustan esas gracias —tú retiras la cabeza.

Ella no deja de reír, tratando de alcanzar tu boca con el dedo.

—Loco, estás loco, ¿de dónde has sacado toda esa teoría de los números? —dice ya sin reír, mientras se inclina y con la boca busca tu oído—. Loco —repite y sientes en el interior de la oreja la tibia succión de su lengua. Te estremeces y la abrazas con furia.

—Ahora te voy a enseñar mi locura —murmuras.

Abrazados están cuando suena el timbre del teléfono, inquietante, persistente.

—Déjalo, no contestes —Rosario te muerde el cuello.

Tratas de no escuchar el rabioso sonido del teléfono, pero no puedes, y tampoco puedes concentrarte en el placer de Rosario. Molesto, levantas el auricular.

—Sí —dices y escuchas.

—Muy bien, mañana a las cuatro.

Rosario te mira expectante.

—¿Quién era?

—Reyes. Mañana a las cuatro debemos vernos.

Cuando Rosario conoce el objeto de tu cita con Reyes se empeña en ir con ustedes y, aunque no quieres, no puedes negarte.

Almuerzan juntos y después van, en el auto guiado por Raymundo, en busca del periodista a quien parece no agradarle la presencia de ella, pero sin hacer comentarios sube al carro; Rosario y Reyes, muy serio él, detrás; delante tú y Raymundo.

—¿Adónde, caballero? —pregunta Raymundo sin mirar a nadie, inmóvil como siempre, la vista al frente.

—A Párraga, Raymundo —responde Reyes por ti.

El auto arranca, avanza por la calle 23, dobla a la derecha, cruza frente a la Universidad, en cuya escalinata un grupo de jóvenes están reunidos, sigue hasta la Calzada de Infanta y se interna en ella.

Avanzan lentamente, cercados por guaguas, camiones, autos privados y de alquiler, que marchan prisioneros unos de otros, haciendo sonar sus bocinas en demanda de un paso que nadie cede.

—Qué calle esta —exclama Rosario—, nunca me ha gustado. Tan ruidosa y sucia.

Diez minutos después, en línea recta, han llegado a la esquina de Agua Dulce y, siempre ascendiendo por la Calzada de Jesús del Monte, cruzan el barrio de Santos Suárez, el de la Víbora y continúan adelante.

—Pero, Dios ¿adónde vamos?, ¿al fin del mundo? —Rosario mira por la ventanilla.

—Imagínense este viaje en volanta o a caballo en el siglo pasado —dice Reyes pensativo—. Ésta es la avenida más larga de La Habana, empieza en el mar y se puede decir que termina en el pueblito de Managuas.

—Me imagino a Cecilia Valdés o a Francisco Valle por estos caminos, en época de lluvias —murmura Rosario.

—Los Valle nunca tuvimos tierras aquí —comentas tú—, pero creo que tus antepasados, los Monteros, sí.

—Ya estamos llegando, caballero —dice Raymundo.

El chofer, piensas, tiene una forma especial de hablar, como si en lugar de dirigirse a ti le hablara al timón del auto.

Atraviesan una estrecha línea de ferrocarril y más allá, en un entronque del camino, el auto toma a la derecha y comienza a trepar una pequeña loma. Desde mucho antes, las casas se han convertido en casitas, muchas de madera, todas pobres, algunas miserables y ahora se ven más negros y gente mal vestida. Rosario saca la cabeza por la ventanilla del auto.

—¿Qué lugar es éste? —pregunta curiosa.

—Estamos entrando en Párraga, señorita —contesta Raymundo y hace girar el carro en una curva cerrada, a partir de la cual las casas son aún más pobres—. ¿Cuál es la dirección, caballero?

—Nueva Gerona, Raymundo, es por aquí recto y creo que después a la izquierda, cerca de la iglesia —dice Reyes con indecisión.

—Conozco la dirección, señor, es la casa de don Genaro —el rostro del chofer se ve imperturbable.

“Caramba, ¿cómo conocerá Raymundo tan bien este lugar y que en esa casa vive el tal Genaro?”, te dices, pero no tienes tiempo de inquirir. En las proximidades descubres una pequeña iglesia de tejas rojas.

—La iglesia de santa Bárbara ¿o de Changó?, ¿verdad Raymundo? —dice Reyes irónico.

—Yo, señor, de esas cosas no conozco mucho —responde el chofer, que lleva el auto a la derecha y lo detiene frente a una casa de madera, puntal bajo, ventanas estrechas, rodeada de un enorme terreno donde crecen plantas, arbustos, enredaderas de extraños olores, unidos, como en una gran orquesta, que al respirarlos te traen a la mente antiguas sensaciones, quizá olvidadas por ti, quizá nunca bien conocidas. En aquel monte identificas un caimito y un álamo, viejo, aprisionado por el cuerpo de un bejuco que, semejante a una larguísima serpiente, trepa en espiral por su tronco.

Rosario baja del auto y se detiene sorprendida ante el mundo vegetal en cuyo interior la vivienda parece la casita de un enano.

—Dios mío, cuántas matas. ¿Qué plantas son ésas? —con la mano señala hacia la parte más tupida del terreno.

—Baga, albahaca, anamú, cuaba, pinipiche —responde en voz baja Raymundo, pero enseguida calla, aguardando tus órdenes.

—Espéranos aquí —le mandas mientras contemplas la enorme ceiba que se alza al final del terreno, tan grande, piensas, que ni veinte hombres abrazados podrían rodearla.

—Qué ceiba —exclamas.

—Afirman que es la más grande y vieja de Cuba —explica Reyes y los conduce hacia la entrada de la casa donde les recibe un mulato de barba cerrada, edad indefinida, ojos pequeños, que les mira con suspicacia.

—Don Genaro —dice Reyes—, éstos son mis amigos y vienen porque han oído hablar de usted y quieren conocerle.

Don Genaro inclina la cabeza con solemnidad y su mano indica la puerta.

—Adelante.

Lentamente, como si llegaran a un santuario, entras en la vivienda de don Genaro, la mirada atenta, lista a captar el más mínimo detalle de todo lo que encerrara aquella casa, misteriosa para ti y Rosario. Don Genaro les hace pasar a un pequeño zaguán y al cerrar la puerta ves en ella, prendida con alfileres la hoja de una planta y algo parecido a un pequeño delantal hecho de guano. Junto a la puerta y sobre el piso observas un armario de madera abierto en cuyo interior hay dos cazuelitas de barro y de hierro, ambas con una estatuilla de cemento en su interior. Te sorprendes cuando Reyes se inclina respetuosamente, toca el armario tres veces y pronuncia extrañas palabras. Cruzas la mirada con la de Rosario y los dos tienen la misma muda interrogación “¿qué es esto?”, pero no puedes ni pensar ni decir nada porque ya don Genaro los lleva a una sala pequeña y estrecha en la cual la luz que entra por pequeñas ventanas cae directamente sobre un enorme altar (y ésa es tu primera impresión, lo desmedido del altar para el tamaño de la habitación) donde, sentada en un trono, reconoces la imagen de santa Bárbara, el rostro sonriente, en las manos una espada y una copa, que refulgen al igual que la corona que ciñe su cabeza. Tanto brillan los objetos que, por un instante, llegas a pensar que son de oro, pero no, te dices, es imposible que en la vivienda de un pobre santero haya tal riqueza. Al lado de santa Bárbara identificas, en estatuas más pequeñas, a santa Teresita y a santa Rita, los rostros de las dos fruncidos, muy serios, las miradas severas, que nunca viste en sus representaciones eclesíásticas.

Don Genaro los invita a sentarse y Reyes le pregunta por la familia, la salud y por otras cosas sin importancia. El viejo (ahora al verle bien, de cerca, compruebas que es un viejo) responde con monosílabos y no deja de observarles a ti y a Rosario, pero sobre todo a ti. Reyes vuelve la cabeza hacia ustedes y enseguida mira al viejo.

—Don Genaro, mis amigos quieren conocer... —explica y deja la frase en suspenso.

¿Estará loco este hombre?, piensas, ¿qué significa este “conocer”?, quizá el santero creará que ustedes quieren algo de él, de la santería. Tú sólo has venido por curiosidad, por la insistencia del periodista, aunque en verdad, te gustaría saber algo de este mundo desconocido hasta ahora...

—Eso está bien —el viejo interrumpe tus ideas—. Conocer es bueno, pero si hay respeto.

“Caramba, no habla como un negro analfabeto”, piensas sorprendido.

—Lo hay, don Genaro, lo hay —Reyes es protocolar.

—Si usted los recomienda.

—Perdone, don Genaro, aquello qué significa —Rosario ha estado escudriñándolo todo y su mano señala el gajo colgado tras la puerta de entrada.

—¿La hoja? Un gajo de caimito para que las malas influencias no puedan entrar en la casa —don Genaro habla pausadamente.

—La estatua grande, ¿es santa Bárbara?

—Santa Bárbara-Changó —dice Reyes, queriendo demostrar, como siempre, sapiencia.

—Y las dos a su lado son santa Rita y santa Teresita —dices.

Ahora es Rosario la que te mira sorprendida, quizá preguntándose cómo puedes identificar a dos estatuas de santas no muy conocidas. Le devuelves la mirada, acompañada de un gesto afirmativo, con el cual quieres recordarle que sí lo sabes perfectamente, para algo estudiaste de niño en un colegio de curas.

—Lindas la espada, la copa y la corona de santa Bárbara —Rosario se aproxima para verlas de cerca— y son de...

—Oro —otra vez Reyes habla en lugar de don Genaro.

“Oro”, pero ¿cómo es posible? Deben valer una fortuna y este hombre apenas tiene para comer, pero “cosas veredes Mío Cid”, razones entre asombrado y burlón.

—¿Podemos visitar el resto de la casa? —pregunta Reyes.

Don Genaro no responde enseguida, como si no hubiese escuchado, pero después mueve la cabeza gravemente aprobando y les hace entrar a otra habitación.

En el recorrido por la casa, encontraste muchas cosas cuyo verdadero sentido, encubierto bajo sus formas externas, no entendiste entonces: un gran armario con puertas encristaladas, arriba del cual estaban dos muñequitos negros sentados en sillones, y en cuyo interior pudiste ver, de pasada (aquél no era un museo y no hubo tiempo para todo) brillantes soperas, plateadas, amarillas y rojas, verdes; pulsos dorados, collares, una pluma de pavo real, caracoles, muñecos de trapo. En el suelo pesados tocones de madera, semejantes a pilones, y sobre ellos palanganas con comidas; siete vasos de agua, y una jícara (con un tabaco cruzado encima, colocada arriba de una rústica mesa de madera). Demasiadas sorpresas para un día, para unas horas, para unos minutos. La significación de aquellos objetos la conocerás mucho después, y sólo a medias, por las explicaciones de Reyes (quien en realidad, sabe mucho menos de lo que aparenta) y de Raymundo, sí, Raymundo el chofer.

—¿Y allí qué hay? —curiosa Rosario señala un estante grande cerrado con un candado.

Don Genaro se detiene de golpe.

—Nada que usted deba saber —responde abruptamente y les lleva aprisa hacia un patio pequeño, donde dentro de una palangana, nada una diminuta jicotea, y hasta cuyas lindes llega, como un enorme brazo, una rama de la gigantesca ceiba.

Con la misma solemnidad con que los recibió, don Genaro se despide de ustedes en la puerta, pero Reyes antes de salir, extrae la cartera y le entrega un billete de cinco pesos.

—Para sus santos —dice y toca tres veces el armario de madera al lado de la puerta.

Sin decir nada, don Genaro toma el dinero como quien está haciendo un favor y te observa. Durante toda la visita no ha dejado de mirarte con ojos fijos y rojizos como cuajarones de sangre. Te sientes cohibido y sacando la cartera del bolsillo extraes el primer billete que encuentras, veinte pesos, y se lo tiendes.

—Yo también, don Genaro —dices turbado sin saber por qué— quisiera ayudar.

—Gracias —los labios del viejo apenas se abren al hablar.

Ya están saliendo cuando él te detiene a espalda de Reyes.

—Usted —murmura— tiene problemas y debe cuidarse mucho. Vuelva por aquí si me necesita, pero mientras tanto, tome —el viejo lleva la mano al bolsillo y de su pantalón extrae un collar rojo de cuentas de semillas que te entrega sin que Reyes le vea—, esto lo protegerá.

Instintivamente, en un gesto de buena educación, extiendes la mano y tomas el collar ante el asombro de Rosario. Por primera vez el anciano sonrío. Tras él, en la sala, ves el rostro de santa Rita y el manto rojísimo de santa Bárbara, iluminado por un rayo de sol que le hace fulgurar como el fuego.

—Dios mío —musitó estupefacto Gabriel al contemplar los restos de la gran casona del Cerro, un amasijo de maderos carbonizados, derrumbados unos sobre otros, como cuerpos muertos, entre los cuales aún se alzaban un solitario horcón y una viga formando una cruz negra.

—Todo se quemó. Hasta las plantas del jardín y varios esclavos. Sólo la ceiba no fue alcanzada por la candela —la voz de Frasco era reseca, como si también ella, a pesar de los días transcurridos estuviese afectada por el fuego.

—Virgen santísima —Gabriel abrazó a su hermano y, apoyando la cabeza en su hombro, sollozó quedamente—. Dios, ¿por qué tuvo que ocurrir esto?

Había llegado el día anterior, al amanecer, y cuando, desde la cubierta del buque, vio a Frasco en el muelle, vestido de negro, sin Caridad y Dolores, se dijo que algo malo sucedía. Frasco estaba parado con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho, indiferente a la gente que pasaba por su lado y en su figura había tal soledad y reciedumbre que Gabriel quedó impresionado. “¡Cómo ha cambiado! Qué alto y fuerte está. Parece la estatua de un dios griego”, se dijo y luego al desembarcar y acercarse a su hermano vio en él, por primera vez, aquella mirada taladrante, fija y penetrante que siempre le acompañaría. Dejando su maletín de mano en el suelo, Gabriel corrió hacia Frasco que le abrazó fuertemente.

—Gabi —dijo al oído con una voz que también sorprendió a Gabriel—, algo ha pasado.

Nervioso, Gabriel se deshizo del abrazo.

—¿Mamá?! ¿Está muerta? —las manos de Gabriel aferraron la solapa de Frasco.

—¡No, por Dios!

—¿Y Lola?, ¿por qué no vinieron?

—Ya están bien, pero las dos deben reposar.

Gabriel se separó varios pasos. Junto a ellos cruzaron varios marinos y un capitán de barco que saludó respetuosamente a Frasco.

—¿Reposar? ¿Y por qué estás de luto?

—Por Roberto Mendoza. Lo enterramos hace quince días.

—¡Mendoza!, Dios mío, ¿y mamá?

Un hombre alto y delgado vestido de militar se acercó a ellos y, quitándose el sombrero, musitó “don Francisco, lamento mucho lo sucedido”, que Frasco respondió con un “muchas gracias, coronel”.

—Pero, por Dios, ¿qué ha ocurrido? —casi gritó Gabriel al alejarse el militar.

Los dedos de Frasco le tomaron el brazo y Gabriel sintió la presión de la mano, ancha y fuerte, sobre su piel.

—Cálmate —dijo Frasco—, por el camino te contaré todo.

Mientras un esclavo se encargaba del equipaje, ellos fueron hasta la volanta detenida a la entrada del muelle y partieron aprisa. Sentado muy erguido, la vista al frente, sin apenas mirar a su hermano, Frasco le hizo el relato de los hechos.

Nadie sabía cómo se inició el fuego en la planta alta. Según los expertos que recorrieron el lugar, el siniestro había comenzado en la habitación de Dolores o cerca de allí. Frasco calló mientras saludaba a los ocupantes de otra volanta y después prosiguió. El incendio consumió todo en cuestión de minutos, tan violentamente que apenas entrar Mendoza en la casa para rescatar a Dolores parte del techo se vino abajo, aplastándolo.

Consternado, Gabriel se representó la escena, las llamas, el abogado quemado, a Caridad dando gritos.

—¿Y Lola, cómo se salvó?

—Milagrosamente, antes de que la candela la alcanzara, Félix el calesero la encontró inconsciente en el suelo, bajo la ventana de su habitación, viva y sin quemaduras aunque lesionada por la caída desde lo alto. Probablemente saltó al verse rodeada por las llamas.

—¿Cómo está?

—Bien, sólo tiene una pierna fracturada, pero...

—¿Qué le sucede?

—No ha vuelto a hablar desde entonces.

La volanta avanzó rápidamente por la Alameda de Paula, torció a la izquierda, después a la derecha y de repente, Gabriel se encontró frente a las puertas de la vieja casona de su niñez, que ahora le parecía más oscura y lúgubre que nunca, semejante a un viejo castillo abandonado. Sin aguardar a su hermano, fue hacia ella, dominado por la emoción. Adentro reinaban las penumbras, olía a humedad, a polvo y el aire estaba cargado de la tristeza que venía de las paredes grises, desconchadas en algunos sitios, de los muebles antiguos, las cortinas oscuras que impedían el paso de la luz. Por un momento, Gabriel se detuvo, haciendo un esfuerzo para orientarse en aquellas tinieblas.

—Todo está hecho un asco. La casa estuvo deshabitada, sin alquilar, casi dos años, pero mamá no ha querido arreglar nada desde que vinimos para acá. Tampoco permite descorrer las cortinas —Frasco hablaba detrás de Gabriel—. Ella no se ha repuesto aún completamente,

—Frasco ¿quién está ahí? —la voz, lenta, vacilante, como el andar de un ciego, salía del rincón más oscuro de la sala.

—Soy yo, madre, Gabriel.

—¿Gabriel?

—Sí, mamá —los ojos de Gabriel se aguaron.

—¿No andabas por Francia? —la voz se interrumpió como si buscara en los recuerdos—, ¿qué haces aquí?

Tratando de contener las lágrimas, Gabriel caminó hacia su madre.

—He vuelto para quedarme con usted... para siempre —dijo y mientras abrazaba y besaba a Caridad se asombró de cuánto había cambiado.

Caridad no era ya la mujer lozana y bella que le despidiera en la escalerilla del barco, sino una anciana temblorosa, de profundas ojeras y labios caídos en un rictus amargo que le abrazó desfallecida.

—¿Por qué, Gabi, por qué Dios me ha castigado así? —dijo llorosa.

—Ésa fue su voluntad, madre y debemos soportarla.

A Gabriel le pareció que la voz de Frasco vacilaba un instante, pero enseguida se hizo dura.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé y lo soporto —Caridad inclinó la cabeza y sus manos se unieron muy apretadas sobre el regazo.

Gabriel no supo qué hacer, qué decir para expresar su dolor, para aliviar el de su madre, para romper el silencio que se hizo entre ellos.

—Quiero —dijo finalmente— ir al Cerro, ver la mansión.

Frasco lo tomó suavemente por el brazo.

—Hoy no, debes descansar. Mañana a primera hora iremos —dijo mientras lo separaba de Caridad—. Deja ahora a mamá que está muy nerviosa y luego conversarás con ella.

Fueron al Cerro al siguiente día, muy temprano, apenas amaneció, en la volanta guiada por Félix, y en el camino no hablaron nada.

—Dios mío, todo se ha quemado —Gabriel no podía creer lo que veía—, todo se hizo polvo.

Frasco se acercó a las ruinas y con su bota de cuero golpeó un leño renegrido del cual escapó un polvillo oscuro.

—Este polvo lo transformaremos en oro —dijo tenso—, construiré una mansión mil veces más lujosa y rica que ésta, de oro, te lo prometo.

XIII

—Asombroso —Rosario se reclina en el asiento del auto y mueve la cabeza.

—¿Qué? —dices absorto, pensando en las últimas palabras del santero “usted debe cuidarse mucho”.

Regresan de Párraga, a la caída de la tarde y las casas de madera y las calles de tierra van quedando atrás.

—¿No te das cuenta? —Rosario habla con rapidez, entusiasmada—, cerca de nosotros, apenas a unos kilómetros, hay gente, totalmente diferente, que vive en otro mundo.

—¿Don Genaro? —dices y ves a una negra joven rodeada de tres niños, todos sin zapatos.

—Sí, claro —Rosario enciende un cigarrillo con una fosforera de plata, regalo tuyo un catorce de febrero, aspira el humo, lo expulsa con elegancia y sigue hablando—, ese hombre vive en el primitivismo, aquí en medio de la civilización. Yo nunca lo hubiese creído.

Reyes sonrío y su sonrisa te recuerda la boca semiabierta de un caimán.

—¿Por qué en el primitivismo? —pregunta suavemente.

Rosario lo mira como a alguien que afirma el más absurdo de los disparates.

—¿Por qué? —Rosario se da un golpecito en la frente con los dedos—. Dios, ¿no vieron la jícara con ron, el tabaco, el gajo tras la puerta, los vasos de agua y las palanganas de comida, seguramente para sus dioses?; y eso ¿no es primitivismo?

Reyes abre la boca, como el caimán listo a tragarse su presa.

—Pero los chinos les ponen comida a sus muertos y nosotros le encendemos velas de cera a la virgen pidiéndole algo. ¿Son primitivos los chinos, somos primitivos nosotros? ¿Qué diferencia hay entre las comidas de los chinos y las de este santero, entre sus vasos de agua, su tabaco y nuestras velas?

Ya has oído semejante argumento. Veamos qué responde Rosario. Una arruga cruza su frente, signo, lo sabes, de disgusto en ella.

—No es lo mismo. Nosotros...

—Somos blancos —Reyes ya no sonrío.

Rosario arruga toda la frente y los ojos.

Va a explotar, piensas, pero no, contesta muy calmada.

—No digo eso. Nosotros ponemos la vela en un acto de recogimiento interno para... para que nos ayude a meditar, no porque creamos que la virgen puede ser influenciada por la cera o por la luz que sale de ella.

Touché Reyes. Bravo, Rosario, piensas.

El auto atraviesa la Avenida de Acosta, pasa junto al paradero de ómnibus y es detenido por el semáforo de la Avenida Santa Catalina. Raymundo maneja muy atento, pero tú notas que no pierde una palabra de la conversación.

—Depende de quien ponga las velas —replica Reyes sin mucha convicción, pero enseguida se anima—, ¿y los que hacen promesas a un santo por esto o lo otro y van arrastrándose kilómetros hasta el santuario de San Lázaro?

El automóvil dobla a la izquierda y el resplandor del sol, cegándote, te da de lleno sobre los ojos. Los cierras y la conversación de Reyes y Rosario deja de interesarte. Entre punticos negros que se agitan en tus pupilas vuelves a ver la casa del santero, la estatua de santa Bárbara con su manto rojo, brillante, como esa luz que te baña la cara. “Usted debe cuidarse mucho”, te está diciendo el viejo.

—Ésos también son primitivos —la voz de Rosario suena lejana.

—Sí, lamentablemente, este país está hecho de gente primitiva —como siempre, al final de sus discusiones, Reyes contemporiza.

¿Por qué el santero te dijo eso?, piensas. Sí, efectivamente estás en un mal momento, las últimas jugadas en la bolsa han sido muy arriesgadas, al igual que las inversiones en el arroz, pero el viejo no podía saberlo. ¿Le habrá Reyes contado algo de ti previamente? Imposible.

Por unos minutos viajan en silencio hasta que el auto da un frenazo y se detiene de golpe. Abres los ojos y ves un semáforo en amarillo, junto al cual un policía observa atento a Raymundo. Detrás de ustedes frena también un gran camión metálico, semejante a un rinoceronte, que casi les embiste. El motor del camión ruge con fuerza y de su vientre escapa un espeso humo negro que llega hasta ti y te hace toser. Rosario te mira y después se vuelve muy seria hacia Reyes.

—¿Reyes, tú crees —su tono es ahora dudoso— en esas cosas de santería? —dice y arroja a la calle la colilla de su cigarrillo, manchada de carmín que va a caer sobre el pavimento, donde es aplastada por la rueda de una moto.

—¿Yo? Peor que eso, creo en la brujería —Reyes ríe falsamente, pero Rosario se mantiene silenciosa, ensimismada.

Raymundo aprieta el timón con los dedos y observas en él un fugaz gesto de contrariedad que desaparece cuando el ojo del semáforo se hace verde y el auto avanza perseguido por el camión de acero.

—Raymundo, déjeme allí —Reyes señala una casita de tejas rojas en cuyo portal una mulata joven se mece en un columpio de madera.

—Sí, señor.

—¿No ibas hasta el Vedado? —Rosario es inquisitiva.

El auto se detiene y Reyes desciende.

—No, voy a visitar a mis brujos —la carcajada de Reyes se queda atrás al arrancar Raymundo muy aprisa el auto.

Sentado en el asiento trasero junto a Rosario vuelves a pensar en las palabras del santero y tocas el collar que te entregó.

—¿Qué te dio el viejo? —Rosario extiende la mano—, déjame ver.

Extraes el collar y se lo muestras. Está tallado en diminutas cuentas rojas como frijoles engarzadas en un fino cordoncillo negro.

—Es lindo —dices.

—Claro, te costó veinte pesos. Sólo a ti se te ocurre darle tanto dinero a un hombre así.

—Fue el primer billete que saqué de la cartera —tratas de justificarte.

—Por eso puede tener una estatua con una corona de oro, aunque estoy segura de que es falso. Debe ser imitación de oro —Rosario enciende otro cigarrillo y calla.

El auto ha llegado a la avenida Veintiséis y cruza por un costado del Zoológico desde el cual llega, fugazmente, el apagado rugido de un león.

—La casa estaba muy bonita, parecía de muñecas —dice Rosario y tú asientes—, pero, qué ojos tiene, ¿no te diste cuenta de cómo te miraba? Parecía un brujo de verdad.

—Un vampiro —exclamas riendo y, abalanzándote sobre el hombro de ella, como si fueras a morderla, le besas la oreja.

—¿Vamos a la mansión, caballero? —los ojos profundos de Raymundo te vuelven a escrutar a través del espejo retrovisor.

“Qué hombre este para la solemnidad y las interrupciones, piensas”, “tal parece que el caballero es él y yo el chofer. ¿No se reirá nunca?”

—No, Raymundo, déjeme en casa —Rosario responde por ti.

—Sí, señorita.

Después de dejar a Rosario en su apartamento del Vedado llegan al Malecón y siguen por la Quinta Avenida. Con satisfacción miras las lujosas casonas señoriales que se alzan a ambos lados de la calle. Recuerdas a Párraga y te parece que has hecho un viaje al otro mundo. “Dios, ¿cómo es posible vivir en tal lugar, en casas tan pequeñas y apiñadas?”, piensas mientras te recuestas cómodamente en el asiento. Inconscientemente tocas el collar que has devuelto al bolsillo, lo sacas y lo vuelves a mirar. “Loco, debo estar loco”, reflexionas, “al haber aceptado la invitación de Reyes y más loco por darle veinte pesos al santero y aceptar el collar. En cuanto llegue lo tiro en la basura.” “¿Cómo supo que tengo problemas?”, vuelves a preguntarte, “pero ¿quién no tiene problemas hoy en día?” “Por eso se atrevió a adivinar. Es un charlatán, un farsante.”

—Perdón, caballero —la voz de Raymundo te saca de tus meditaciones cuando ya están a la altura de la calle Cuarenta y dos.

—Sí, Raymundo.

—Quisiera advertirle que tenga cuidado con ese don Genaro, no es un buen hombre.

“Será adivino este chofer”, te dices,” eso mismo vengo pensando y me lo corrobora”.

—¿Por qué? ¿Qué sabes?

Raymundo disminuye la velocidad del auto y por primera vez te mira directamente desviando la mirada del camino.

—Yo me crié en Párraga y le conozco bien.

—¿Sí? No lo sabía.

—Es un hombre malo y peligroso. Por dinero deja que la gente rica vaya a su casa, como turistas, para divertirse.

Un auto descapotable, conducido por un joven rubio, pasa a toda velocidad junto a ustedes y la vista de Raymundo regresa al camino.

—¿Y?

—Pero no es un verdadero santero. En realidad, él está rayado en palo, es mayombero.

Rayado en palo, mayombero, qué diablos está diciendo el chofer, no, basta, demasiadas cosas nuevas y distintas para un solo día. Para ti resulta suficiente.

—¿Mayombero?

—Brujo. Prepara brujerías malas contra la gente.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace tiempo, cuando yo era niño hizo un trabajo de brujería contra mi padre.

Cristo, ¿qué es esto?, quieres exclamar, pero te contienen.

—Brujería? ¿Tú crees en eso?

Raymundo te mira nuevamente y en sus ojos encuentras vacilación mientras calla un instante.

—Mi padre sí creía —responde finalmente cuando ya se aproximan a la mansión— pero yo... no... yo en la brujería no creo.

—¿Y en qué crees? —preguntas intrigado.

El auto ha llegado a la puerta de la mansión y Raymundo toca el claxon para que abran la verja de entrada. Mientras aguarda se vira completamente de frente hacia donde tú estás.

—En el espiritismo, ya se lo dije el otro día —responde muy serio—, gracias a los espíritus la brujería de don Genaro no nos hizo daño.

—¿Y cómo fue eso? —la curiosidad puede más que nada en ti. En el fondo eres un gran curioso, quizá por eso investigas la historia de tu familia.

—Mi esposa señor, tiene mediunidad.

—¿Quieres decir que es médium?

—Desde niña, señor.

—¿Y habla con los espíritus?

—Sí, señor y... —Raymundo se detiene indeciso.

—¿Y? —¿qué te irá a decir?

—Con todo el respeto, por el caballero...

—Sí, Raymundo.

—Yo sé que usted averigua de sus antepasados y, con todo el respeto, y no lo tome a mal... ¿por qué no va a mi casa?, quizá mi esposa pueda traer al espíritu de alguno de sus familiares muertos.

—¿El espíritu?!

—Sí, señor, no pierde nada con probar.

Con manos temblorosas, Caridad se contempló a sí misma en un amarillento daguerrotipo que le devolvió un rostro joven, hermoso, de boca sonriente. Estaba sentada y a su lado Roberto Mendoza miraba risueño hacia la cámara que, segundos después, dejaría impresa aquella imagen de los recién casados. “Oh, Dios, cuánto ha cambiado todo”, se dijo mientras devolvía el daguerrotipo a la gran caja de madera, que ella cada noche abría para revisar una y otra vez, retratos, cartas y papeles que, en los últimos años, fue guardando celosamente. Las cartas, muy pocas de Fernando, decenas de Mendoza, muchas de sus hijos, sobre todo de Gabriel, algunas de sus cuñados, amarradas con un hilo de seda rojo, yacían junto a los daguerrotipos, envueltos en un blanco y fino papel que, cual sudario, cubría las imágenes marchitas. Caridad releía las cartas, miraba los rostros de otros tiempos, lentamente pasaba la mano sobre ellos, recordando jirones de su vida, el día en que Fernando y ella se conocieron, la noche de bodas, el nacimiento de los gemelos, la primera visita de Mendoza a la casa, sus miradas ardientes, los ramos de rosas, muy rojas, fragantes, enviadas por él cada mañana desde el día en que la poseyó, el primer ramo con la nota “a quien me da su amor yo le entrego el mío, presente en los pétalos de estas flores”.

“Roberto, ¿dónde estás?”, balbuceó Caridad y vio en el espejo de la cómoda su pelo ceniciento y su rostro arrugado por el cual corrían lágrimas, “¿dónde?”, repitió y tarareó la melodía de una danza bailada con Mendoza. “Qué hermosa”, se dijo y levantándose comenzó a bailar por el cuarto mientras cantaba en alta voz, el retrato de Mendoza en las manos.

—Madre, ¿sucede algo? —las palabras de Frasco la paralizaron en el centro de la habitación.

—Mamá, ¿qué te pasa? —Gabriel también habla desde el corredor.

—Nada, niños, nada, ¿qué me va a pasar?

—Te oímos hablar -dijo Gabriel nervioso.

—Cantaba un poco, sólo eso, buenas noches.

—Buenas noches, mamá.

—Que duermas bien, madre.

Los pasos se alejaron lentamente por el silencioso corredor y Caridad después de guardar la caja de madera fue hacia la cama y se acostó, las manos cruzadas sobre el cuerpo, la vista perdida en la oscuridad del techo. No, no estaba loca, se dijo, en aquella familia de locos, ella no iba a terminar loca; solamente se sentía un poco agotada, incapaz por el momento de hacerle frente, como antes, a los negocios familiares. Los párpados de Caridad se cerraron, pero su mente continuó despierta, meditando. Que Frasco se encargara de todo. Enérgico e inteligente era. Enérgico como Fernando, inteligente como Roberto, se dijo y nuevamente las notas de la música llegaron a sus oídos. Que Frasco velase por Gabi. “Pobre Gabi, hijo mío, tan flacucho y débil, siempre tosiendo, Natividad no lo cuidó bien, había incumplido su promesa de hacerlo un hombre fuerte”, le escribiría reprochándole y también que no le hubiese escrito inmediatamente después de la muerte de Mendoza. Las lágrimas corrieron por el rostro de Caridad que no hizo ningún movimiento para secarlas. Sí, haría una carta muy extensa contándole que Frasco era el cabeza de familia y cuidaba, como un padre, de Gabi, de Lola, y de ella misma que sólo tenía fuerzas y ánimos para visitar cada mañana la tumba de Roberto, llevarle las rosas rojas que tanto le agradaron y por las noches sacar los recuerdos familiares y contemplarlos; no, eso no lo escribiría, era algo muy personal e íntimo como la imagen de Roberto, dijo, y poco a poco se fue quedando dormida, otra vez la música en la mente, sin oír el juguetón ladrido que llegaba de la planta baja.

—¿Qué ladrido es ése a estas horas? —Frasco se detuvo sorprendido.

—Nada —Gabriel titubeó—, sólo una perrita que me regalaron esta mañana. No pensé que ladrara de noche.

—¡Una perrita! Tú y tus ocurrencias. Si continúa ladrando así, mañana mismo la botas. Para animales estamos.

Los ladridos cesaron y Frasco echó a caminar seguido de Gabriel.

—Mamá está muy mal —dijo.

—Sí.

—De continuar así quizá tengamos que mandarla para el ingenio un tiempo junto a Lola.

Los dedos de Gabriel se aferraron al brazo de Frasco.

—No, no nos separemos nunca más de ella —las palabras salieron atropelladamente de la boca de Gabriel—, por lo menos yo... —la voz se hizo sorda—, si hubiese estado con ella, quizá, aquí no hubiese sucedido lo que ocurrió.

Frasco se desasíó violentamente de los dedos de su hermano.

—¡Tú! ¿Qué diablos hubieses evitado tú? —exclamó, pero enseguida se contuvo—. Yo no he dicho que sea imprescindible que mamá vaya al ingenio y si marchara sería por un tiempo para reponerse. Yo también la quiero a mi lado.

En silencio caminaron hasta llegar a la escalera y descendieron a la planta baja tenuemente alumbrada por dos grandes candelabros. Al ir a despedirse, Gabriel volvió a tomar a su hermano del brazo, ahora suavemente.

—¿Qué haremos? —dijo en un murmullo—. Sin mamá ¿quién se encargará de todo?

—Yo, por supuesto —los hombros de Frasco se elevaron.

—¿Y esta casa?

—Pronto construiré otra, ya te lo prometí.

—¿En el Cerro?

—No, en esa zona de nuevas residencias cerca del mar, el Vedado, me gusta mucho —los dedos de Frasco acariciaron por un instante la nuca de su hermano—. No te preocupes, yo me ocuparé de todo.

Nuevamente hasta ellos llegaron los ladridos del perro.

—Ahora mismo calla a ese perro y mañana échalo a la calle —dijo Frasco y fue hacia su habitación.

Ah, ah, fuego, sombras, rojo espuma, remolinos, agua sucia, por qué me halan, no me lleven, sangre, quiero sangre, la humedad de la cazuela, el calor de los huesos, descansar en la oscuridad de los brazos sin color, carcomidos por el tiempo, ah, fuego, rojo, adónde me llevan, déjenme aquí, junto a mi Dueño, mi Señor, mi Aliado. Él está inmóvil, inmóvil su cuerpo, sus huesos inmóviles, muerto el congo kimbisero de ojos sangrientos, mi Amo; lo meten en un cajón de madera, lo guardan en la tierra, ah, no quiero, no quiero, la cazuela no, la nganga no, hundida al pie de la ceiba, no; abren el hueco, la tapan, nos tapan, no quiero estar en la tierra, no veo, tinieblas, sombras, oscuridad arriba, abajo, no quiero estar aquí, fango, sáquenme, Eshu, Lugambé, un lago de azufre hirviendo, volcanes, lava, fuego quemante, ardo por

mucho tiempo hasta que me halan hacia un saco, una bolsa de líquido oscuro, pegajoso, me apago y ahogo, hundida en la baba, envolvente, pegajosa, la bolsa explota, me echan por un túnel negro y estrecho con calor, frío; el túnel se cierra, me va a comprimir, se abre, puja, se retuerce semejante a la serpiente, avanzo a ciegas, arrastrándome, impulsada por el túnel, golpeada, dolor, frío, calor, hambre, mucha hambre, no puedo salir, ahogada, ah, sáquenme de aquí, aire, quiero aire, quiero vivir otra vez, Lugambé, el túnel se agranda, es la boca de la iguana, aire, entra aire, el viento empujándome hacia afuera, los ojos cerrados, el cuerpo contraído, la nariz bien abierta, olfateando humedad, polvo, cuerpos, dónde estoy, quiero gritar, no puedo, de mi garganta sólo sale un débil gruñido, gruño, gruño, ladro, y una perra color canela corta con sus dientes el cordón que nos une y me lame tiernamente.

Ah, yo era perra, blanca, hermosa con manchas negras sobre la frente y el pelo encrespado y largo. Si antes fui rey, mosquito, pato, cocodrilo, sacerdote, guerrero, ahora venía al mundo como perra que, hambrienta, empujando a otros perritos se pegó a la teta de su madre y bebió una leche caliente, espesa, que corrió por mi garganta, adormeciéndome. ¿Cuánto tiempo estuve junto a mi madre, mamando, fortaleciéndome, hasta que en mi boca crecieron filosos diente-cillos y mi lengua pudo gruñir? No sé. Sólo sé que una mañana al despertar, acostada junto a la perra canela y los otros perritos, vi a un hombre joven que, agarrándome del lomo, me levantó en el aire. Chillé y él me pasó la mano por la espalda. Qué agradables aquellos tibios dedos que me hicieron dormir nuevamente.

Cuando recobré el sentido estaba en una habitación distinta al cuarto donde viví hasta ese momento. La habitación me era extraña, pero hasta mí llegaron emanaciones, conocidas de muy antiguo, a viejas maderas, muebles, retratos y mientras salía por la puerta entreabierta olfateé un olor humano familiar, que era tufo a muerte más que de persona viva. Curiosa, caminé el largo pasillo en busca del olor hasta la puerta entornada que empujé con el hocico. Adentro, oculta entre las penumbras, una anciana se mecía en un sillón, la mirada prendida de un crucifijo colgado en la pared. Al sentir bien su olor a cosa muerta me enfurecí, como si estuviera frente a un gato. Gruñí amenazante, los pelos erizados, los diente-cillos deseosos de morder aquellas piernas huesudas de la vieja que gritó algo incomprensible para mí, con una voz de sorpresa y miedo. Yo era perra y no comprendía las palabras aunque no lo necesitaba porque la vista, el olfato y los oídos lo captaban todo y por ellos supe que la vieja temía y me odiaba. Mis dientes se aprestaron a morder, pero entonces un joven, el mismo que me había levantado en el aire, entró en la alcoba, trayendo su perfume suave, cálido y sus manos me agarraron nuevamente, mientras yo, contenta, movía la cola.

Ah, sí, era el señorito Gabriel, mi nuevo amo. Su ola de cariño vino hacia mí y yo quise lamerle la mano, pero él, sonriendo, me apartó. Después, cargada en sus brazos, fuimos por un largo corredor poblado de extrañas sombras, finas y tenues como hilos, acostadas en el piso, pegadas a las paredes, pendientes del techo, que él no veía y yo sí. A nuestro paso, algunas amenazaron, hinchadas de odio y rabia. Gruñí y ellas regresaron obedientes a sus lugares. El señorito dijo algo y, comprendiendo que pedía silencio, me acurrucé en sus brazos. Acurrucada llegamos a su cuarto y él trajo leche en un platillo que bebí golosa. Después, por señas, me mostró la parte baja de una cama alta y supe que ése iba a ser mi lugar. Allí dormiría hasta mi muerte, poco después de la del señorito Gabriel, a quien encontré una noche de invierno colgando de la lámpara del techo, ahorcado con su cinto.

Las manos de Frasco acariciaron lentamente la gran mesa de caoba y después abrieron, una por una, sus gavetas y hurgaron en su interior. “El escritorio de papá y del abuelo Frasco”, se dijo satisfecho. Ahora era suyo, como suya era la oficina y la Casa Valle.

Todo estaba como lo dejara Fernando porque Caridad no quiso volver a aquella oficina, prefiriendo tratar los negocios familiares en la mansión. Desde allí, sus decisiones eran trasladadas a la oficina por Mendoza, que tampoco deseó ocupar aquel despacho, sino una pequeña habitación contigua.

En la última gaveta, los dedos de Frasco encontraron un filoso puñal, de empuñadura con las letras F.V. Frasco lo contempló extrañado. “Bella arma, ¿de quién sería?, ¿de papá?, ¿del abuelo?”, se preguntó.

—Sánchez —dijo y a su llamado vino el viejo secretario—, ¿de dónde procede este puñal?

Los labios del secretario se movieron en un gesto de duda. Creía haberlo visto, muchos años atrás, sobre aquella misma mesa, colocado allí por don Fernando, pero después nunca más lo vio. Por los ojos de Sánchez pasaron los recuerdos, como en una procesión fúnebre y su voz se hizo vacilante.

—Quizá el señor Mendoza lo había guardado en la gaveta.

—Gracias, Sánchez —Frasco puso el puñal en el estuche— que no se me moleste por nada —dijo y despidió al viejo.

Después, al terminar de escudriñar las gavetas, comenzó a revisar la contabilidad general de la Casa y un paquete de cartas comerciales, algunas no enviadas debido a la repentina muerte de Mendoza. Muchas horas estuvo inclinado sobre los papeles, revisando, hurgando, sumando, comparando. Finalmente, los ojos fatigados de Frasco parpadearon varias veces y las manos frotaron con fuerza los párpados. Las luces ya estaban encendidas y en la oficina todos se habían marchado, menos Sánchez que en otra habitación aguardaba.

—Sánchez —gritó y al entrar el secretario le señaló los papeles colocados sobre el escritorio.

—¿Qué es esto?

Sánchez lo miró sin comprender.

—¿Qué, señorito?

—Esto, la situación de la Casa, por lo que constato aquí tenemos grandes pérdidas.

La mirada de Sánchez fue de Frasco al piso.

—Así parece.

—¿Parece?!

—Así es, señorito, su señora madre, aconsejada por el difunto señor Mendoza, realizó muchos negocios desventajosos.

—¿Los préstamos sin las garantías adecuadas a los propietarios de las pequeñas vegas de tabaco?

—Sí, señor, y también el fomento de cafetales en la Vuelta Abajo. Una verdadera locura, un desastre.

La cólera fue dominando a Frasco a medida que escuchaba a Sánchez y recordaba a Mendoza.

—Además la inversión en el nuevo tramo del ferrocarril resultó más grande de lo pensado inicialmente y aún no ha dado ninguna utilidad. Si usted agrega la venta del almacén del puerto y los enormes gastos en la casona del Cerro... —Sánchez se interrumpió al ver que Frasco se levantaba de su asiento.

—Hijo de puta, siempre supe que arruinaba a mamá —gritó enfurecido—, bien muerto está, hijo de puta.

Sánchez retrocedió dos pasos.

—¿Y usted no pudo hacer nada, no dijo nada?

—Le advertí varias veces al señor Mendoza, quise hablar con doña Caridad, pero últimamente, con el señor Blanco en España, ella sólo veía por los ojos de él, y él me respondía que no me preocupara, que todo se iba a resolver, que tenía grandes planes.

—¡Grandes planes!, grandes planes, estamos al borde de la ruina, hijo de puta.

Sánchez retrocedió aún más.

—No tanto, señorito, todavía conservamos los ingenios, los préstamos y el comercio de...

—¡Sí, no me diga!, con el precio del azúcar por el suelo y las ventas a los Estados Unidos paralizadas, no me diga —Frasco vociferaba—, viejo cretino.

—Señorito.

—Váyase a la mierda.

Asustado, Sánchez dio media vuelta y fue a salir, pero se detuvo.

—Se me olvidaba —dijo, volviéndose a medias—, hace un instante enviaron un propio con una nota para usted.

—Una nota, ¿qué nota?

—Enseguida —Sánchez salió y trajo un sobre en cuyo extremo superior derecho estaba dibujada una corona.

Sin aguardar a que Sánchez se fuera, Frasco rompió el sobre y leyó una pequeña esquela que estaba dentro:

Mi estimado señor Francisco Valle:

Mucho me complacería que me visitara en mi mansión, de ser posible, el miércoles en la tarde. Tengo asuntos que tratar con usted.

Q.S.M.B.

Jacobo, conde de Casa Montero

A pesar de todos los esfuerzos de Fernando y Caridad por construir la mansión más espléndida, la residencia de Jacobo Montero era, por fuera, mucho mayor y rica, y al penetrar Frasco en ella el miércoles pudo ver un interior aún más suntuoso que el exterior, con un lujo y refinamiento, presentes en los muebles, los cortinajes de la inmensa sala, de cuyas paredes colgaban cuadros al óleo, probablemente miembros de la familia Montero, de escenas religiosas y campestres, pintados por Vermay, Escobar, Velázquez, Goya. Absorto estaba Frasco en la contemplación de las pinturas cuando el criado que le abrió la puerta y fue a anunciarle, le dijo que el señor conde le recibiría en la sala de armas. Luego, al ir hacia ella por un largo corredor de grandes ventanales, por los que penetraba la suave luz del atardecer, Frasco oyó la lejana música de un piano y se preguntó quién sería el ejecutante, pero no tuvo tiempo de seguir pensando en aquello porque ya el criado le daba paso a un inmenso salón en el centro del cual, sentado en una butaca de cuero de alto respaldo, un anciano erguido le escudriñaba con ojos astutos.

—Adelante, señor Valle, buenas tardes —la voz era seca y cansada.

Frasco avanzó curioso por conocer al hombre del cual tanto había oído hablar, con odio a su padre, a algunos con admiración, a otros con temor.

—Buenas tardes, señor conde —dijo respetuosamente y extendió la mano que los dedos de Montero apenas rozaron.

—Tenga la bondad de tomar asiento —dijo el conde señalando una butaca cercana, y, mientras se sentaba, Frasco le pudo observar bien. Estaba vestido elegantemente, a la última moda, tenía las mejillas hundidas, la piel apergamorada, pálida, y sólo en sus ojos había un resplandor de vida.

—Me agrada mucho conocerle, señor Valle —dijo lentamente.

—A mí también, señor conde— los ojos de Frasco se apartaron de la figura de Montero y recorrieron la habitación en la cual sobre las paredes, en grandes panoplias o guardadas en vitrinas, había armas de todos los tipos y formas. A la izquierda, mazas de combate, hachas, lanzas, picas, alabardas artesanas se unían en prodigioso desfile a espadas, dagas, puñales, mandobles, floretes, sables, alfanjes y cimitarras. A la derecha, estaban las armas de fuego: arcabuces, escopetas, carabinas, fusiles, pistolas de sílex, de pistón, de uno, dos y varios cañones, revólveres, pequeños, medianos, grandes. Junto a las armas blancas y las de fuego, colgaban de la pared escudos, rodela, petos, cascos y, en el piso, tras el asiento del conde, se alzaba la enorme armadura de un caballero medieval, negra, resplandeciente, de visera abierta, a través de la cual la vista se perdía en un oscuro hueco sin ojos.

Montero vio la mirada curiosa de Frasco ante aquel muestrario bélico y en sus labios jugueteó una sonrisa.

—Éste es mi pequeño museo de guerra —levantándose con rapidez, el conde fue hasta una de las panoplias y Frasco se sorprendió de su agilidad.

—Aquí, durante años, he reunido, con la excepción de cañones, casi todas las armas bélicas utilizadas por el hombre. Venga, venga usted y mire —dijo y Frasco fue hasta la panoplia de la cual Montero había tomado una pistola de mango plateado y cañón bruñido.

—Una rareza. Quizá de las primeras pistolas —Montero le pasó el arma a Frasco—, hecha en Italia durante el siglo XVI. Pagué una verdadera fortuna, pero vale la pena.

Frasco se maravilló. ¿Cuánto le habría costado la colección al conde?, ¿estaría loco al gastar así su dinero?

—¿Y aquella espada? —preguntó señalando una rara espada de larguísima y fina hoja.

—¿Ésa? Una espada asiática, muy superior a cualquiera de Damasco o Toledo. Su acero es tan perfecto que puesta contra la corriente de un río, puede cortar las hojitas y raíces arrastradas por el agua — el conde blandió la espada con las dos manos como si fuera a luchar, pero enseguida la puso en su lugar y de otra panoplia tomó una pistola de cañón muy largo.

—Vea —dijo mientras sus dedos acariciaban tiernamente el arma—, una Wogden inglesa. La mejor pistola para duelo fabricada nunca —el conde suspiró—, lamentablemente los hombres de hoy no aman los duelos y se comportan como mujerzuelas de mercado.

¿Qué se proponía el anciano con aquella demostración? ¿Presumir? ¿Impresionarle?, se dijo Frasco y hasta sus oídos volvieron a llegar las notas del piano que había escuchado en el corredor.

—Le estoy mostrando mi pequeño museo y aún no le he preguntado si le agradan las armas — Montero regresó al asiento. A su espalda la negra armadura parecía un guardián listo a defenderle.

—A veces —el tono de Frasco fue indiferente.

—Sí, he oído decir que no es usted hombre de armas ni de guerra.

—Prefiero otro tipo de guerra —hubo irritación en la respuesta de Frasco.

—¿Cuál?

—La guerra de los negocios.

—Se dice que es usted un hombre de mucha experiencia en ese tipo de guerra —Montero era irónico.

Frasco fue a levantarse, la cólera dominándole, pero se contuvo, “viejo de mierda”, pensó.

Una tos seca, desde el fondo de los pulmones, sacudió al conde cuyos hombros se estremecieron.

—Perdón —musitó ya más calmado—, sabe, yo conocía a su abuelo y a su señor padre, pero lamentablemente nunca logramos ponernos de acuerdo en asuntos de negocios.

—Lo sé muy bien.

—Precisamente, para conversar de negocios le he rogado venir —Montero hablaba lentamente, apenas sin mover los labios, parecidos a una larga y fina cicatriz.

—¿Sí?

—Conozco que los Valle después de sus últimas desgracias, las cuales deploro profundamente —el conde hizo una ligera pausa— atraviesan un momento difícil.

“Pero ¿cómo diablos habrá sabido?”, Frasco se movió inquieto en el asiento.

Montero, sin prestar atención a la inquietud de Frasco, continuó hablando.

—El ferrocarril de ustedes, cuyo último tramo les ha sido muy poco rentable, pasa cerca de algunas propiedades mías y un ingenio de ustedes se encuentra en las inmediaciones de mi ferrocarril...

—¿Qué quiere usted? —las palabras salieron violentamente de la boca de Frasco.

—Que me venda sus acciones en el ferrocarril y el Dos Palmas. Pagaré un precio elevado con el cual usted y su familia podrán seguir viviendo muy bien aquí o quizá —el conde sonrió— irse a Nueva Orleans.

Los músculos de Frasco se tensaron al máximo. Tenía el ceño arrugado y los labios apretados.

—Creo que usted se equivoca.

Los ojos de Montero le miraron de hito en hito y en ellos había burla aunque su rostro era férreo, semejante al de la armadura.

—No, no me equivoco. En la actual situación la Casa Valle no podrá resistir mucho. Además —el conde jugó su carta más importante—, usted, joven, y, perdóneme que se lo diga con toda franqueza, no tiene experiencia en los negocios y no será capaz de enfrentarlos.

—Está en un error. Me preparé muy bien en los Estados Unidos con mi tío —después de decir aquello, Frasco se arrepintió, molesto consigo por darle explicaciones al viejo.

—Esa preparación no sirve aquí. Éste es otro mundo.

Frasco se puso de pie, furioso.

—Señor conde, pierde el tiempo.

—A mi edad el tiempo no existe. Hace mucho que se me acabó, por eso me sobra —el dedo índice de la mano derecha de Montero apuntó hacia Frasco—. Le estoy dando una magnífica oportunidad, piénselo, jovencito.

Al verse tratado de jovencito, la furia aumentó en Frasco, haciendo que su respiración se agitara y no pudiera medir las palabras.

—Señor conde, puede usted... —Frasco iba a decir “irse a la mierda”, pero en ese instante la puerta se abrió y en el umbral se detuvo una joven que, sorprendida, miró a Frasco.

—Oh, perdón, no sabía que tuvieras visita, abuelo —dijo dulcemente.

—No importa —una verdadera sonrisa iluminó el rostro del anciano—. Señor Valle, permítame presentarle a mi nieta Mariana.

La joven tendió su mano y al inclinarse para besarla, Frasco se turbó igual que su padre, años atrás, por primera vez frente a Rosario en la puerta de la iglesia. “Qué hermosa es”, se dijo, sintiendo una fuerte atracción, y hubiese querido mantener su mano entre las suyas y poder seguir mirándola a su gusto por mucho tiempo. Ella tenía los ojos azules, la piel blanca y los cabellos negro azabache que se desbordaban en una cascada de bucles sobre sus hombros.

—Encantada. Con permiso —ella fue a retirarse.

—No, quédate. El señor ya se marcha —el conde la retuvo, tomándola por un brazo, mientras se dirigía a Frasco—. Entonces, puedo confiar en que usted pensará en mi propuesta.

—Sí, lo pensaré —dijo y después salió de la casa lentamente, como si quisiera quedarse allí para siempre al lado de aquella mujer de pálido rostro angelical y cabellos como la noche.

Este hombre está loco, eso es ridículo, bien está visitar, como turista, la casa de un santero, pero proponerte a ti, Javier Valle Sánchez Torre, graduado de Yale, culto, inteligente, formado e imbuido del más puro pensamiento racionalista, que veas a una espiritista resulta absurdo, incluso parece una falta de respeto. Así pensaste (y piensas ahora en tu despacho), pero no tuviste tiempo de responderle nada al chofer porque en ese instante, apenas traspuesta la verja de entrada, el mayordomo te avisó que el profesor Torrente estaba al teléfono.

“Aguarde, Raymundo”, dices y vas al despacho, donde levantas el negro auricular a través del cual escuchas la conocida voz del profesor. Sí, alguien deseaba vender unos papeles, supuestamente relacionados con la historia familiar. No, el profesor no conocía al vendedor, simplemente comentó, entre algunos amigos, tu búsqueda y poco después un desconocido le telefoneó preguntándole si no estarías interesado en ciertos documentos sobre los Valle. Por supuesto que sí, estás interesado, siempre y cuando no sea un engaño, el teléfono del vendedor, Heriberto Brito, es M-30-35. Muchas gracias, profesor, ahora mismo lo voy a llamar.

Eso hiciste, telefonar al tal Brito que afirma tener papeles y cartas firmadas por Gabriel Valle Toledo en venta por un precio razonable. “Estaban dentro de una maleta olvidada que perteneció al hermano de mi abuelo”, es la explicación un tanto confusa dada por el vendedor. “Yo sólo les eché un vistazo y no me interesaron mucho, quizá a usted sí”, dijo y después de cobrar se despidió sin dar más detalles sobre la relación de tu antepasado con el suyo ni cómo los papeles habían ido a parar a sus manos.

Sólo con hojearlos en el momento de la compra el deseo de leerlos te quemó interiormente y quizá por eso, ese mismo día, en la reunión nocturna con tus amistades apenas conversaste, pensando en los manuscritos. Rosario te ve abstraído y en un breve aparte contigo te pregunta si pasa algo. No, no pasaba nada dijiste, sin querer hablar aún de los documentos comprados, pero cometiste el error (sí, fue un error) de contarle lo dicho por Raymundo sobre su esposa médium y la propuesta que el chofer te hizo. “¡Asombroso!”, exclama Rosario, “tenemos que ver eso”. “¿Qué se debe ver?”, Reyes se ha acercado, indiscretamente, “para ver estamos los periodistas”. “Nada de importancia”, respondes secamente y, dejando a Rosario y a Reyes juntos, vas hacia el profesor Torrente que te hace señas para que te aproximes. “¿Vio al comprador? ¿Sirven los documentos?”, pregunta curioso. “Sí, pero no agregan nada que ya no supiera”, con indiferencia mientes y guardas silencio. Probablemente por ese silencio tuyo, por tu evidente falta de interés en la conversación, todos se marchan temprano, incluso Rosario, y entonces te encierras en

el despacho para leer, a tus anchas, esos papeles, desteñidos por el tiempo y la humedad, escritos con una letra fina y regular. ¿Cómo habrán llegado a manos del familiar de Brito?, te preguntas sin tener respuesta. Cartas hay, unas pocas, en el paquete, compuesto, en su mayor parte por notas y apuntes reunidos en pequeños cuadernos con portadas de diferentes colores, especies de memorias, sin fechas, ni orden cronológico, en los cuales tu antepasado volcó sus sentimientos. Sentándote cómodamente, enciendes un cigarrillo, al azar tomas el cuaderno de tapa azul y comienzas a desgranar esas palabras viejas pero actuales, llegadas del pasado, que te conducen, como el lazarillo al ciego, al mundo íntimo de Gabriel Valle Toledo.

Heme aquí, nuevamente en La Habana, semejante al esturión que, impelido por el instinto, vuelve al riachuelo, a la cavidad que le vio nacer, que le verá desovar y morir a manos de rapaces pescadores. Ése es su destino inevitable y, por lo visto, el mío también, perecer entre rapaces gentes. Yo he vuelto, pero a diferencia del pez no tengo nada que desovar, nada que dejar en esta oscura cavidad como recuerdo ancestral de mi fugaz aleteo.

¿Para qué regresé, dejando atrás el luminoso y brillante París? Fou, eso es, je suis vraiment fou. Abandonar a mis amistades, al caro Michel, con quien rompí en un arrebató de cólera, a todos, y venir a esta Isla de negreros, negros y moscas. ¿Por qué he retornado? El recuerdo, probablemente sea eso; como el esturión que memoriza su lugar de nacimiento, yo llevaba guardadas las imágenes de mi niñez y adolescencia y deseaba reencontrarlas pasados los años: mamá acariciándome, las volantas (tan diferentes a los coches europeos), los paseos, la vista del Morro, el mar, los juegos con el negro Nicolás. “Qué bueno, su merced don Gabriel ha vuelto”, me dijo bozalón, “nada de don, sigo siendo el niño Gabi y todo será como antes”, le respondí y él sonrió mostrando su dentadura esplendorosa, qué alto y fornido está. Pero no tanto como Frasco. Duro, macizo, enérgico con esa vitalidad suya, tan diferente a mí. Sólo él podía salvarnos, a mamá, a Lola, a todos, luchando, trabajando día y noche incansablemente, sin reparar en las horas, pero sufriendo, al mismo tiempo, por el amor de Mariana Montero. “Gabi, no puedo más”, me confesó un día de mucho agobio, cuando su pasión era incontenible. “Necesito a esa mujer, sin ella no puedo vivir”. Yo le consolé lo mejor que pude, con palabras torpes pues si algo Dios no me ha dado es el don de la palabra, pero él se repuso enseguida y en sus ojos vi brillar aquel ímpetu de caballo salvaje que nunca le abandonó.

Llama la atención, en estas pocas líneas leídas, el que Gabriel, a veces, escriba como si estuviese viviendo los hechos y a veces como si se tratara del pasado. Continúas la lectura.

Frasco se sobrepone pero esa mujer va a destruirle. Coquetea con él, le da esperanzas, le rechaza, vuelve a sonreírle. En el fondo no le quiere. Lo sé, me lo dice mi instinto que nunca me traiciona. Él se aleja de ella, orgulloso, pero luego vuelve, sin poder contenerse, igual que el pez atraído por la succulenta carnada del anzuelo, igual que aquellos pobres de París, adictos al opio. El opio que nunca logró dominarme a pesar de sus maravillosos efectos, rechazado por mí cuando quise. Comprendo a Frasco, no le critico porque aunque tuvo resolución para abandonar la droga, yo, como él, no poseo el valor para escapar del goce supremo de mi existencia, sin el cual no puedo vivir, el placer que me atrae y repelo, que me hace vivir y morir, llegar al éxtasis y llorar de tristeza, arrepintiéndome cada día, para enseguida volver a caer en tentación y pecar en cuanto siento el impulso, más fuerte que yo, que me arrastra a los paraísos de la gloria y al infierno de la vergüenza. Soy Jano, el dios de las dos caras, pero siempre obligado a presentar públicamente sólo una de ellas, la que odio, y a esconder en la oscuridad de las habitaciones, en las catacumbas de los iniciados, mi genuina faz ¿es ése, mi rostro oculto, el verdadero? ¿Será ésta mi real

naturaleza o, por el contrario, habré deformado, pervertido, mi cuerpo y mi espíritu, trastocando, con mis irresistibles impulsos, la obra y el mandato de Dios? El Señor no se equivoca en sus obras. Soy yo el transgresor de sus leyes y mis desenfrenos me hacen culpable ante él y el mundo. Deberé pagar y seré destruido por el fuego hasta que mis huesos sean polvo. Pero, ¿habrá que aguardar por el fuego? ¿Acaso no pago constantemente, cuando, después de llegar a la gloria, sin fuerzas para evitarlo, como la ola que siempre lame la orilla, siento deseos de morir? ¿Por qué el Señor me condena a este martirio? Escorpiones de afilados garfios clavados en mi piel. ¿Por qué no pudo darme fuerzas para resistir? ¿Por qué no me hizo como Frasco, y permitió, que apenas un adolescente, el fuego me abrasara por dentro, lentamente, llevándome a aceptar lo que debí rechazar? ¿Por qué, entonces, el padre Martín, en vez de ayudarme, gritó en el confesionario, alzando los brazos, “horrible, eso es horrible, no quiero oír más y si vuelve a suceder Dios te odiará para siempre y yo también”? Nunca más he regresado al confesionario. Lo deseo ardientemente, pero ni el padre Martín, ni ningún otro entenderá ni me explicará por qué Dios y ellos deben odiarme. Yo también soy una criatura del Señor y si peco, aunque merezca castigo, digno soy de lástima y no de odio.

Ah, él era un Valle y yo debí tenerle odio, pero no pude, quizá porque así estaba dispuesto en aquel camino mío como animal. A todos los demás sí los odié, a doña Caridad, vieja canalla, que muchos años atrás envió a Obamoo al ingenio, a Dolores Fernanda, loca asesina que quiso quemarme, a Frasco, igual a su padre y a su abuelo, sanguinario, fuerte, siempre intentando golpearme.

El niño Gabi era débil, de hombros estrechos y brazos blandos que yo veía todas las noches al ponerse el camisón. Lentamente se iba quitando la ropa hasta quedar completamente desnudo, enseñando entre las piernas dos bulticos tan chiquitos como huevos de codorniz y un palillo más fino y corto que el de Sultán, el perro pachón que quería montarme. Cubierto con el camisón se sentaba mucho tiempo frente a una mesita y escribía, pero, a veces, lloraba, en silencio, tendido en la cama y yo le lamía la mano que le colgaba. Otras veces, al acostarse, tosía sin poder dormir, y tosiendo era sorprendido por el amanecer, conmigo a su lado, echada junto a él en la cama. Entonces, mientras me decía cosas incomprensibles para mí, se iba quedando dormido, un soplado del pecho escapando entre los labios.

Qué diferente a su hermano. Calzado con botas de cuero, caminaba como un rey y yo, los colmillos siempre afuera, le huía al verle porque gustaba de lanzarme patadas como aquella que me alcanzó en el costado y me tuvo varios días derrengada y al niño Gabriel temeroso por mi vida, preguntándose qué había ocurrido. Ah, esos golpes aumentaban mi deseo de morder, de clavar los colmillos que ya eran grandes y filosos en la piel de aquella gente, y sólo el cariño por Gabi me contenía. Juntos paseábamos por las avenidas, juntos íbamos fuera de la ciudad, al campo, mi lugar preferido donde podía olfatear gustosa los olores de los árboles, de otros animales y de la tierra, que despertaban en mí dormidos recuerdos. Qué feliz era, en aquella vida de perra, cuando el niño Gabriel rodaba conmigo por la tierra, abrazándome dulcemente, mientras yo simulaba morderle los brazos. Luego, cansados los dos, él se tiraba boca arriba, los ojos alegres, el sol acariciándole la piel que yo lamía. Ah, cuánto me quiso el niño Gabi. Cuánto le quise, sin saber entonces que no era Gabriel, sino Mmbo, vuelto a la tierra para seguir sufriendo dentro de otro cuerpo. No podía saberlo porque yo era perra, venida también para sufrir.

Cuando el niño no estaba, me sentía triste y nerviosa. Vigilando al amo Frasco, huyendo de Sultán, gruñéndoles a las sombras, vagaba por la casa oscura, en la cual, un atardecer, vi entrar, acompañada por dos sirvientes a una mujer que cubría la boca con un pañuelo. Ella, al verme, comenzó a temblar pues enseguida me reconoció bajo mi nueva piel y supo quién era yo. Temblando y llorando la llevaron a su habitación, cuya puerta arañé con mis patas porque quería entrar y rodearle el cuello con los dientes, igual que la había rodeado, mucho tiempo atrás, la mariposa negra. Junto a la puerta estuve hasta que una esclava gorda me echó de allí a escobazos. Tuve que huir, el rabo entre las piernas, y refugiarme en el cuarto de Gabi. Con él estaba Nicolás, muy cerca el uno del otro y los dos reían y temblaban, pero de una forma diferente a Dolores Fernanda, las manos del negro en el pelo del niño, sus caras casi unidas, como si quisieran penetrarse. Ah, cochino negro, esclavo atrevido, mis colmillos salieron de su cárcel y gruñí amenazante. El niño Gabi era mío y no permitiría que nadie me lo quitara.

“Dios, una familia de locos y para colmo uno así, qué barbaridad”, piensas y prosigues la lectura de los papeles de Gabriel.

Maman está muy mal. Casi no come, apenas habla, encerrada en un mutismo indiferente de silenciosas contestas y sólo conmigo conversa, a veces, cuando el peso de los recuerdos la obliga a buscar la compañía de alguien. Entonces me dice que yo soy lo único que la mantiene viva. ¿Y Frasco? quisiera preguntar, pero no me atrevo, temeroso de exacerbar su dolor, aunque veo la frialdad de ella al hablarle en las pocas ocasiones que lo hace. Él la llena de cuidados, se preocupa por su bienestar material, pero ella no es afectuosa con él. ¿Será cierto el rumor, que me contó Nicolás, de que, la noche del incendio, la esclava encargada de cuidar a Lola no estuvo junto a ella en aquel instante porque Frasco se la había llevado a su propia habitación en la planta baja? ¿Considerará maman a Frasco culpable de que Lola no tuviera ayuda a tiempo para escapar, razón por la cual Mendoza pereció al ir a rescatarla? No sé. La esclava fue mandada al ingenio, pero, que yo sepa, maman no le hizo ningún reproche a Frasco. Para conocer qué ocurrió exactamente allí aquella trágica noche tengo que preguntarle a maman o a Frasco, pero no soy capaz de escarbar en las cenizas del dolor. Los negros no saben mucho y sólo la esclava pudiera, quizá, revelarme algo, pero habría que ir al ingenio y eso es para mí muy desagradable. No resisto la visión de los esclavos cortando la caña y los mayores látigo en mano. Es la única forma que tenemos para vivir, pero no lo soporto. En París jamás vi un espectáculo tan deprimente.

Es necesario cuidar con ternura a maman y eso sólo puedo y debo hacerlo yo. Sé que tendré que permanecer aquí sin volver a París, por lo menos mientras ella no sane. Después quién sabe, aunque el corazón me dice que jamás regresaré y mis huesos se pudrirán en esta tierra húmeda. Tal fue el vaticinio de aquella gitana que Michel y yo vimos una lluviosa tarde cerca de la Rue de la Vieille Lanterne donde, en medio de la noche, se colgó de un poste Gerard de Nerval, mi amado poeta. Allí, al doblar la calle, a la puerta de una inmunda covacha, semejante a una rata que custodia la entrada de su madriguera, vimos a una mujer vestida de arrugas y rostro oscuro, cuyos ojos cenicientos me escrutaron de lejos, como si me conocieran de siempre, llamándome sin hablar. Caminé más aprisa, quise escapar, pero Michel, burlón, su brazo aferrado al mío, me arrastró hacia ella. No pude resistirme y entramos al tugurio seguidos por la bruja que con un gesto nos invitó a sentarnos frente a una rústica mesa de madera. Enseguida, entrecerrando los ojos, murmuró algo en lengua incomprensible y comenzó a echar sobre la mesa unas cartas tan sucias y grasientas como su rostro, probablemente como su alma.

—De muy lejos viene el caballero —dijo en voz queda. Michel rió.

—Eso se ve enseguida y no es necesario interrogar a las cartas para saberlo.

Ella, sin prestar atención, prosiguió con su juego.

—Solo está... —dijo lentamente.

—No es verdad, está conmigo —rezongó Michel.

Las cartas fueron cayendo, una a una de las manos de la mujer hacia la mesa, hasta que un oscuro as de bastos cubrió las otras barajas. Entonces la gitana masculló algo inaudible.

—¿Qué dicen las cartas?, —pregunté nervioso.

—Solo estás, solo seguirás unido a tu tierra, el gran sol siempre en la cabeza sin poder partir hasta que el cuello le...

Tan mal y tan bajo hablaba que no entendí bien la última palabra, ¿qué dijo, “embrasse” o “embrase”, abraza o abraza? Michel me sacó de la duda.

—¿Qué dices, estúpida? ¿Quién le va a abrazar el cuello? —gritó muy molesto.

La mujer sonrió, mostrando una boca donde sólo navegaban cuatro oscuros dientes y después echó tres cartas más: las reinas de copas, bastos y espadas.

—Una rubia, una morena y una negra —dijo sumisa.

—Mentirosa, él no necesita esos abrazos. Por decir mentiras no te daré nada —dijo Michel, pero riendo tiró unas monedas sobre la mesa y salimos de allí.

Michel, ¿dónde estarás ahora? Tanto tiempo sin tus cartas. Por ti la tía Nati se indispuso conmigo y no quiso verme. Por ti alcancé la gloria.

Sí, la profecía de la gitana se está cumpliendo porque estoy solo, terriblemente solo, en esta soledad de páramo infinito, donde ni la compañía de Nicolás (pobre y noble bruto) ni las fiestas y bailes a los que asisto por obligación (quién ha visto que un joven hermoso como usted no frecuente los bailes, me dijo una señora no hace mucho), a los cuales voy para que nadie me tilde de extraño (“el raro Gabi”, pudieran llamarme), logran borrar la sensación de angustia y desolación que corre en mi interior, que me ahoga por dentro, semejante a una turbulenta corriente. Cuánto recuerdo aquellos versos de Musset que Michel me leía mientras mirábamos por la ventana de nuestra chambre caer las primeras nieves de invierno.

J'ai perdu ma force et ma vie
et mes amis et ma gaieté;
j'ai perdu jusqu'à la fiereté
qui faisait croire a mon génie.

Los versos te hacen interrumpir la lectura y buscar un diccionario. Mientras revisas el librero te reprochas el no haber profundizado, como Antonio, en el francés. Hallas el diccionario y lentamente vas engarzando, en español, las palabras que cual perlas forman el poema de Musset, escrito, piensas, seguramente, después de su rompimiento con George Sand . Terminas la traducción literal, la arreglas y lees en alta voz,

Perdí mi fuerza y la vida
los amigos, la alegría
y hasta el orgullo que me hacía
creer en mi genialidad.

“¿Qué sucede contigo, Gabi?, te veo tristón”, me dijo Frasco hace unos días. “ya todo se está arreglando”, continuó. “¿Y Mariana?”, pregunté y vi la tristeza posarse en sus ojos. “No, eso no”, dijo y se fue, abandonándome a mi soledad. ¿Será mi hermano capaz de entender lo que bulle en mi interior? Él sufre por falta de amor y yo también, pero de una manera distinta. Necesito el amor, el verdadero, fuerte, palpitante, que perdí allá lejos, en París, una noche de tantas estrellas en el cielo como reproches en mi lengua, cuando Michel decidió, sorpresivamente, reconciliarse con tante Nati y acompañarla a España en un viaje donde yo no participaría (me dijo él) porque la tía me detestaba. Sí, yo también necesito un amor tierno, pero mis sentimientos, ocultos diamantes, no puedo mostrarlos a nadie. No sé qué sucedería si Frasco llegara alguna vez a enterarse. Sólo de pensarlo tiemblo.

Frasco no podía dormir bien por las noches. Bebía grandes cantidades de cocimiento de tila, como le aconsejara el médico, se iba a la cama, por fin lograba quedarse dormido, pero media hora más tarde despertaba bañado en sudor. Entonces caminaba por el cuarto a oscuras o parado largo tiempo frente a la ventana, abierta hacia el puerto, veía las luces titubeantes, como espectros, de los barcos anclados. Así, hasta la madrugada en que, totalmente agotado, era vencido por un cansancio que le hacía dormitar un par de horas. Pero ni siquiera en esas horas hallaba tranquilidad porque un mismo sueño se le repetía una y otra vez en diferentes variantes: él y Mariana juntos, caminando, paseando por el Paseo de Tacón, en los bailes de la Filarmónica, Mariana sonriente, Mariana amorosa e incluso desnuda con él en la cama. En aquel último sueño, al despertar sobresaltado, vio que su camisón estaba mojado en las entrepiernas y sintió vergüenza. En realidad, había logrado acercarse a la joven, siempre vigilado por la mirada suspicaz del conde, hablar con ella, estar juntos en un baile. Sin negarse a escuchar sus galanteos, que, poco a poco, fueron subiendo en pasión, ella le sonreía y Frasco creyó ser correspondido. Mientras tanto el conde insistía en recibir una respuesta definitiva a su propuesta de negocios que Frasco trataba, por todos los medios, de retrasar para así poder seguir viendo a Mariana. En cuanto el negocio estuviera resuelto, se dijo Frasco, el conde impediría aquella relación de su nieta. Finalmente tomó una decisión.

—Quiero confesarle algo muy importante —le dijo a Mariana, una tarde, de visita en casa de Montero, aprovechando que el conde fue al despacho en busca de algunos papeles. Había ido allí supuestamente para tratar de negocios, en realidad para hablar con ella.

Mariana lo miró sonriente, como siempre, los ojos azules clavados en él.

—¿Sí?

—Mariana, la amo intensamente, cátese conmigo —Frasco intentó tomarle una mano, pero ella, alejándose, le dio la espalda. Al volverse ya no sonreía.

—Se lo agradezco, pero eso es imposible —dijo con mucha suavidad.

Al igual que su padre años atrás, Frasco se sintió aplastado por un instante, antes de que la cólera y el despecho lo dominaran.

—¿Por qué?

—Yo amo a otro.

Frasco no tuvo tiempo de hablar porque ya el conde estaba de vuelta.

—¿Y bien, señor Valle? ¿Qué ha decidido usted?

Frasco se paró delante del conde y lo miró de arriba abajo. Frente a él, el anciano, delgado, endeble, parecía un niño raquítico junto a un gigante.

—No habrá ningún negocio. Ni ahora ni nunca —dijo con voz baja y reconcentrada y sin saludar salió de la mansión.

De vuelta a la casa, en la volanta, dominado por la rabia, Frasco recordó las palabras de su padre sobre el conde escuchadas por él cuando era un niño: “Esos Montero”, dijo Fernando, “son todos unos canallas simuladores”. Sí, pensó Frasco, Mariana lo había engañado con sus falsas sonrisas, engañosas miradas y aparentes esperanzas y el conde aprovechó toda aquella farsa; un poco más de tiempo y hubiese obtenido lo que perseguía; cerrar el negocio, pero no, eso no se quedaría así, él, Frasco, se vengaría, ahora sí, para siempre, de los malditos Montero.

Al llegar a la casa, Gabriel le recibió en la sala con un sobre en las manos.

—Carta para ti. De la tía Natividad.

Encolerizado, Frasco rasgó el sobre y leyó la carta enviada por Natividad desde España, en la cual, después de preguntar por la familia, sin especial alusión a Gabriel, y dar noticias suyas (“en este aburrido Madrid ya me es imposible vivir”, contaba) y pedía que recibieran a su hija Piedad Angélica, quien deseaba pasar un tiempo en Cuba y conocer La Habana; quizá, más adelante, ella misma volviera para ver a sus familiares y amigos. Frasco hizo un gesto de contrariedad.

—¿Algo malo? —Gabriel no pudo reprimir su nerviosismo.

— La prima Piedad quiere venir a Cuba.

—¿Piedad Angélica?

—¿Y cuál otra se llama Piedad? —la cólera de Frasco se hizo burla— , cada día eres más tonto.

—¿A qué viene?

—¿Qué sé yo? A pasear, a conocer La Habana. ¿Habla bien español?

—Por supuesto. Estuvo en Madrid con las monjas —a la memoria de Gabriel llegaron borrosos recuerdos de su prima.

—¿Cómo es?

—No sé bien. La última vez que la vi era apenas una jovencita llena de pecas y bastante fea — Gabriel se detuvo, tratando de precisar sus ideas—, entonces me pareció malcriada... y triste.

—Sólo eso me faltaba. Tener que cuidar a una idiota.

Nuevamente tienes a Gabriel ante ti y los fragmentos de su vida se aprietan bajo tus manos mientras lees.

Oscura sociedad esta, de patanes, rufianes y funcionarios del gobierno. Pueblo inculto e imbécil, sin refinamiento, desconocedor de los verdaderos placeres del espíritu, que se contenta con juegos, bebidas y mujeres. Tener que vivir, como Prometeo, encadenado a esta isla roca, rodeado de buitres, incapaz de librarme de sus agudos picos que hurgan en mi alma. Yo, a diferencia del dios, pudiera huir, pero no quiero. Maman me necesita. Bastante tiempo estuve lejos, pensando sólo en mí, sin ocuparme de ella. Ahora, mientras ella viva (ojalá sea por mucho tiempo) estará a su lado, aunque yo sufra. Después (me lo he jurado) no permaneceré ni un minuto más en este país ni en esta casa, donde Frasco se muestra cada día más irritable y nervioso desde que sabe que Mariana no le quiere. Ella, debo reconocerlo, es cautivante, con esos ojos aguamarina y su exquisita sonrisa, parecida a la de la Mona Lisa. Y qué aroma escapa de su cuerpo, como si todas las flores agradables estuvieran en su interior. Incluso en mí despierta extrañas

emociones, mínimos aleteos, repentinos estremecimientos en la piel que me han llevado a pensar en un posible cambio de vida para escapar de mi infierno burdo e imposible. Ya dos veces lo intenté (con la esclava y con madame Duclos) y nada pude, muerto mi cuerpo, muertas mis sensaciones. Horrible. Yo soy como soy y nada me podrá hacer cambiar ni lo deseo. Soy distinto y basta. Distinto, igual que fueron, son, y serán muchos.

En el fondo de Mariana hay algo que no me agrada, algo de gata que te busca ronroneante para obtener la leche y luego escapa ágilmente, dejándote con el deseo de acariciarla. Quizá ese rasgo le venga del abuelo. Viejo tenebroso, semejante al lobo hambriento con sonrisa de cordero y mirada de Medusa. Al verle por primera vez me dije que alguna cosa trama contra nosotros y ojalá me equivoque. Por suerte, Frasco comparte mis criterios en ese punto. Está enamorado de la nieta, pero sabe quién es el abuelo. “Sí, ya sé que es un taimado. Abuelo y papá lo detestaban, aunque con nosotros no podrá”, me dijo.” “¿Y Mariana?”, dije. Los ojos de Frasco se ensombrecieron y se fue molesto, sin responderme. Anda el día completo fuera de la casa, entregado de lleno a los negocios, y sólo regresa muy tarde, casi de noche. A veces tengo vergüenza de no hacer nada mientras él lleva todo el peso, pero nunca me ha pedido que realice alguna tarea y yo lo prefiero así. Prefiero quedarme aquí, con mami, y no salir a la calle por la cual corren muchos rumores sobre conspiraciones, para unir la isla a los Estados Unidos o para independizarla de España; no sé, nunca he entendido bien esas cosas y Frasco no da explicaciones porque él sí está informado. Yo, por mi parte, sólo deseo que haya paz. ¿Por qué se odian tanto los unos a los otros?, los independentistas a los integristas, los integristas a los independentistas, ¿por qué no podremos vivir en armonía? Una guerra, le tengo horror, con sus secuelas de sangre, muerte, destrucciones y las bajas pasiones enseñoreándose. No lo permita el Señor.”

Hoy conocí a P en el Paseo de Tacón. La semana próxima llegará mi prima Piedad Angélica.

Piedad Angélica llegó a La Habana una mañana de fuerte viento sur que estremecía las jarcias del barco donde vino y rizaba las aguas del puerto. En tierra la aguardaban Gabriel y Frasco que, al verla, se dijo que la prima era, efectivamente, muy pecosa, como se la describiera Gabriel, pero nada fea. Algo delgada para su gusto, aunque tras su delgadez se adivinasen formas redondas y bien modeladas.

Sonriente, se acercó y ellos fueron a besarle la mano, pero antes de poder hacerlo ella les detuvo.

—Aguardad, si somos cousins debemos comenzar por besarnos como tal —dijo con un acento ni español ni francés y, acercándose, sus labios rozaron levemente las mejillas de ambos.

Sorprendido ante aquel inesperado gesto, Frasco sintió en su rostro el breve contacto de unos labios húmedos que escaparon al momento.

“Caramba con la prima”, se dijo, mirándola bien mientras ella hablaba animadamente, mitad en francés, mitad en español, con Gabriel a quien le daba noticias de Francia. Natividad había vuelto de España, cada día más extravagante, pero qué se podía hacer, “tu connais ma mère, elle est toujours la meme, nerveuse, inesperé, incomprehensible”; Piedad Angélica hizo un movimiento de desaliento y vio la mirada de Frasco.

—Oh, pardon, Frasco, estoy aquí entre vosotros y debo siempre hablar español —dijo y las pecas de su rostro brillaron bajo la luz del sol que caía directamente sobre ella.

—No se preocupe, prima, no tiene importancia —Frasco trató de aparentar indiferencia y disimular la turbación que le causaba Piedad Angélica.

—Mais non, Frasco, nada de usted, sólo tú, entre nosotros tuteémonos —cariñosa, Piedad Angélica le tomó del brazo—, ¿de acuerdo?

Gabriel oía a su prima sin atreverse a preguntar lo que más deseaba saber, pero finalmente, viendo que las noticias de Francia se habían terminado, se decidió.

—¿Y Michel, cómo está Michel?

Piedad Angélica soltó el brazo de Frasco y en su rostro hubo una fugaz expresión de complicidad.

—Michel, oui, Michel —Piedad se alisó el cabello—. No sé... riñó con mamen y desapareció. No lo hemos vuelto a ver, dicen que anda por Turquía o Marruecos.

—¿Marruecos?! —Frasco tomó a Piedad Angélica por el brazo.

—Sí, un lugar del África, mamen tuvo dos sirvientes que eran de allá, pero no entiendo cómo alguien puede vivir en Marruecos.

—Au revoir, mademoiselle Piedad, mis respetos, señorito Gabriel —la voz sonó junto a ellos y Gabriel, al levantar la cabeza, vio a un hombre cuarentón que se quitó el sombrero mientras pasaba de largo, seguido de un esclavo que cargaba al hombro un baúl.

—Au revoir, monsieur —respondió Piedad Angélica con agrado.

Frasco notó el agrado de su prima y la turbación de Gabriel.

—¿Quién es? —preguntó curioso.

—¿Monsieur Marechal? —Piedad Angélica movió los hombros—, un conocido nuestro de París. Vino en el mismo barco conmigo, creo que para asuntos de negocios.

—¿Es conocido tuyo, Gabi? —dijo Frasco, pero Gabriel no pudo responder porque su prima se le adelantó.

—Pero, ¿a quién le importa el señor Marechal? —exclamó impaciente—. ¿Adónde vamos ahora?

—A casa, por supuesto —Frasco les hizo señas a dos esclavos de que montaran el equipaje de Piedad Angélica en una de las volantas que aguardaban.

Piedad Angélica negó con la cabeza.

—No, primero quiero recorrer la ciudad, ver si es tan hermosa como dicen algunos o tan aburrida y sucia como afirma mamen.

—Pero estarás cansada del viaje.

—En lo absoluto —Piedad Angélica subió a la volanta sin aguardar por Frasco—. Vamos primos ¿qué esperáis?, ¿a que comience a llover? Me dijeron que aquí llueve todos los días a las once en punto de la mañana.

“Dios mío, qué mujer”, se dijo Frasco sentándose entre ella y Gabriel.

—¿Adónde, amo? —preguntó el calesero.

—¿Adónde? —Frasco no supo qué responder.

—A pasear por toda la ciudad —ordenó Piedad Angélica reclinándose en el asiento— y al galope.

Fustigado el caballo, partieron aprisa por la Cortina de Valdés hacia el centro de la ciudad que Piedad Angélica observaba con curiosidad infantil, preguntando, inquiriendo sobre los más mínimos detalles, haciendo que la volanta se detuviera frente a las iglesias, los talleres de los artesanos de la calle de los Oficios y las puertas de la Muralla que quiso ver una por una hasta que, al llegar a la de Tierra, insistió en salir por ella hacia Extramuros.

—Llegaremos tarde a casa para almorzar —los dedos de Frasco sostuvieron su reloj abierto.

Piedad Angélica hizo un gesto de indiferencia mientras su mano cubría el reloj de Frasco.

—Qué importa eso con tantas cosas que ver aún. Almorzaremos en algún lugar del camino, ¿es que aquí no hay tabernas?

—Sí, claro, a la entrada del camino de Güines —Gabriel gustoso y sorprendido por aquel paseo no pudo evitar la respuesta aunque le desagradase a Frasco.

Pero Frasco también se sentía complacido. Por primera vez en muchas semanas olvidaba a Mariana Montero y todas las demás preocupaciones de los negocios. Había pensado pasar el día en la oficina después de recibir a Piedad Angélica, pero ahora, con ella a su lado, viéndola reír y hacer las preguntas más increíbles sobre La Habana, se dijo que bien valía la pena perder el tiempo junto a su prima que, aunque nacida en Cuba, no conocía nada del país.

—¿Y qué otras cosas te contaron de La Habana? —los ojos de Frasco miraron con picardía a Piedad Angélica.

—Bien, que, a veces, hay tantas vacas en la ciudad que resulta imposible caminar por ella, que cuando llega un ciclón llueve tanto que se debe salir en bote a la calle y las olas cubren las casas más bajas y arrojan a la orilla enormes peces muertos, que en el mar, no lejos del Morro, merodean pulpos de cabezas como toneles y tentáculos tan largos como ramas de árboles que pueden alcanzar de un extremo de una calle al otro, y tiburones gigantescos dentro de los cuales se han hallado cuerpos humanos enteros...

—¡ Dios, ¿quién te dijo eso?! —Frasco se divertía.

—Todos en Francia —Piedad Angélica no prestaba atención a la risa de su primo.

—¿Y qué más? —Gabriel también se divertía.

—Pues que aquí hay árboles anchos como dos casas juntas y altos como el campanario de una catedral.

—Exageraciones, las ceibas no son tan grandes.

Al ver a un negro viejo, Piedad Angélica bajó la voz.

—Y que también hay negros brujos muy malos —dijo susurrante.

—¿Brujos? —por primera vez en el día durante el paseo, Frasco se puso serio—. Eso es tontería, como todas las otras, ya ves que son casi las once y no ha llovido.

Piedad Angélica miró a su primo con aire de superioridad.

—Lloverá.

—Pero, no hay nubes en el cielo — Gabriel rió.

—Lloverá, aunque se retrase la lluvia, lloverá, estoy segura.

Se detuvieron en una pequeña fonda del camino y apenas terminar de comer, de regreso a la ciudad rumbo a la mansión, una nube oscura, traída por un viento repentino, cubrió el techo y pronto la lluvia caía a cántaros sobre ellos. A la casa llegaron al atardecer mojados y cansados, pero alegres.

— Ya veis —dijo riendo Piedad Angélica mientras entraban en la sala— , yo sé más de la ciudad que vosotros.

Con el agua aún corriéndole por el cuerpo Frasco miró a su prima y se dijo que era encantador su rostro infantil mojado por las gotas de lluvia . Ella vio su mirada y bajó la cabeza.

—Estoy horrible —dijo.

—Estás maravillosa, prima —Frasco la tomó de la mano—, ven para que conozcas tu casa y veas a mamá.

Los vientos de marzo trajeron a Piedad Angélica, pero no me dieron nuevas de Michel y, de golpe, comprendí que nunca más le vería. Al llegar mi prima tuve la secreta esperanza de una carta, o, por lo menos, un mensaje suyo, pero no, ha desaparecido, Dios sabrá en qué intrincados lugares, Turquía, Marruecos, donde (recuerdo los cuentos de los servidores de la tía Nati) los hombres pueden ser bestias y las bestias hombres. ¿Qué le condujo allá? ¿El afán de aventuras, el placer por la novedad, al cual era tan adicto, el gusto de abandonar (dominado por el spleen) lo conocido para buscar el posible goce en el misterio de los peligros desconocidos? Como quien no se cansa de escalar montañas o explorar cavernas. No sé, no lo sabré nunca, como tampoco comprenderé aquel maldito y soberbio pronto que me hizo romper con él. Querido Michel, cuánta falta me haces. También a mí me domina el spleen y para escapar de sus garras haría cualquier cosa, incluso vender mi alma, permitir al diablo poseerme, si él fuera capaz de darme una sensación nueva por un minuto, diferente a la que recibo del negro Nicolás, a quien, a veces, conduzco a excesos que le pueden perjudicar.

Oh, Dios, ¿qué pienso? Perdóname, no sé lo que digo. Mi alma está conturbada, presa de la folía . ¿Acaso seré un demente como otros miembros de la familia? No, cuerdo soy, pero necesito arrepentirme, confesar mis culpas, pero no tengo a quién. Si alguien las conociera en toda su profundidad me rechazaría para siempre, como hizo el padre Martín o diría que me he vuelto loco. Solo me encuentro y solo continuaré.

Por suerte, la prima Piedad ha traído consigo una bocanada de aire fresco, un soplo de alegría para todos, para maman, para Frasco quien se ve muy animado últimamente, para mí. Con ella puedo conversar horas y horas, incansablemente, de París, de modas, de literatura (cuántos libros nuevos traje, G. Sand, Musset, Hugo, Vigny, quienes, por supuesto, aquí están prohibidos o no se pueden adquirir). Ella, como yo, detesta la canallesca esclavitud (“incroyable, incroyable”, exclama, “en París ni un esclavo, aquí miles”), pero, lamentablemente, no podemos hacer nada en contra, “sí, nada se puede, sólo ser bondadoso con los negros”, reconoce con tristeza y yo le pregunto cuánto tiempo más se quedaría aquí, donde nada real la ata, “¿acaso, después de haber visto nuestra vida, no prefiere París y sus encantos?” “Pronto, pronto partiré”, me contesta sin mucha convicción y sé la causa. Veo sus disimuladas miradas a Frasco, la agitación que la turba cuando él llega tarde a la casa, el empeño en agradarle lo más posible. Él también la mira gustoso y yo me alegro. Frasco tan irritable, tan disgustado porque los negocios no marchan bien (nada me cuenta, pero yo lo sé) y no puede adelantar la construcción de la nueva mansión, se sosiega en compañía de Piedad Angélica; juntos pasean en la volanta, o vamos los tres al teatro. El amor, ese amor que mucho necesita, que tanto le hizo sufrir en la persona de Mariana (que se acaba de casar con Gustavo Varcárcel) ha vuelto a entrar en su corazón, esta vez para pacificarle el carácter. Ya no ordena azotar a los esclavos por la más mínima falta, ni camina con los puños crispados y el ceño fruncido como si se dispusiera a golpear a alguien. Ahora sonríe mucho y habla conmigo. “Gabi”, me dijo hace unas noches, “todo va muy bien.” “¿En los negocios?”, dije. “Sí, tengo grandes planes, ya verás.” “¿Y Piedad Angélica?”, me atreví a preguntarle y él me miró con malicia, los dedos acariciándose el tupido bigote. “¿Piedad?... sí, para ella también tengo planes.” “¿La quieres?” “Sí, Gabi, la amo.”

Dios, ¿quién pudiera volver a querer?, en una entrega absoluta y total. Lo deseo, pero tengo temor al posible desengaño y a las complicaciones que eso pueda acarrear en una ciudad como ésta. He vuelto a encontrarme con P y su magnética personalidad se ha apoderado de mí enseguida. Tiene la hermosura de un adonis, la delicadeza de una madona italiana y, al mismo tiempo, algo de la fuerza de un titán. Hablamos de todo un poco y al final me pidió vernos nuevamente en próxima función del Tacón. Acepté impulsivamente aunque ahora me arrepiento. En realidad no conozco si él siente como yo, si por su interior corren los mismos ríos que agitan mi cuerpo y tiemblo al pensar que pueda ocurrir algo parecido al bochornoso incidente de aquella noche parisiense, cuando por haber reñido con Michel, fui en busca de distracción y bebí con un desconocido en una cave cualquiera, sucia y oscura, hasta que mi mente se transformó en resbaladizo pantanal a través del cual reptaron traidoras serpientes, largas, finas, que descendieron por mi brazo y dedos que, sin control, se enroscaron, acariciantes, en la cintura del hombre,

tan ebrio como yo, pero aún capaz de adivinar mis secretas intenciones y levantarse tambaleante, los puños alzados, el insulto restallante en la boca “mais, qu’est-ce que tu crois, salaud?”

El bofetón no llegó a marcarme el rostro, pero aún lo llevo en el corazón grabado al fuego. Huí, perseguido por las risas y los insultos de los escasos (afortunadamente) presentes, quienes enseguida comprendieron lo sucedido. Corrí en las oscuras callejuelas sin saber hacia dónde, y cuando me detuve en un sitio desierto vomité y a los vómitos se unieron lágrimas de vergüenza, odio y temor. Sólo recordar aquello me hace mal. Por suerte el hombre no era más que un desconocido y nadie supo nada, pero tal vergüenza no puede repetirse nunca. No debo, no puedo permitir ser arrastrado por los impulsos, repentinos, quemantes, salidos de ese instinto diabólico y malsano que vive en mí.

Y sin embargo, he aceptado la cita con P, olvidando que en la ciudad se encuentra el repugnante señor Marechal, quien quizá supo algo de mi amistad con Michel y puede infamarme aquí. Un simple rumor correría por todas partes como estos vientos de marzo que ahora nos azotan. Pero, ¿a qué temo? Un encuentro, una conversación amistosa entre caballeros no reviste mayor importancia. Dos amigos se ven a la salida del teatro y deciden beber unas copas juntos. Nada más. Estoy seguro de que ésa y no otra es la intención de P. Sin embargo, algo en su mirada, en la forma de despedirse, me dice lo contrario, llenándome de esperanza y de miedo al mismo tiempo. Esperanza de encontrar un alma gemela a la cual poder abrirme a plenitud; temor de que todo termine como con Michel y mi corazón reciba otra profunda herida. También, por momentos, me aterrorizo pensando que, al finalizar las copas, o en cualquier instante, la mano de P se alce y sus labios griten la eterna palabra. Entonces no podré huir escondiéndome, porque esto no es París, sino La Habana, donde todos conocen a Gabriel Valle Toledo, el hijo y nieto de Fernando y Francisco Valle, el hermano de Frasco Valle.

Confiado y optimista estaba Frasco, satisfecho con la marcha de los negocios. Vendiendo aquí, comprando allá, con tino y habilidad, siempre con mano dura, había logrado ir mejorando la situación de los negocios familiares que, poco a poco, fueron recuperándose de las pérdidas ocasionadas por Mendoza. También la economía de la isla florecía con los precios del azúcar, más altos que nunca, y las exportaciones a los Estados Unidos alcanzando niveles nunca vistos. Azúcar, mieles, alcohol, tabaco, café, abarrotaban los muelles de La Habana donde en menos de veinticuatro horas eran embarcados, en un constante ir y venir de la gran marea comercial que enriquecía a los hombres de negocios del país. Todos querían producir, vender, obtener dinero para, nuevamente producir, vender y recibir más dinero. Dinero, mucho dinero. “Invierta, amigo, invierta”, se oía por todas partes, “invierta, sí, el precio del azúcar volvió a subir”, “de Boston piden otro cargamento”, “seremos ricos, muy ricos”, “pero ¿usted no piensa que...?”, “nada, hombre, nada de eso, se lo garantizo yo, invierta, produzca”, “¿y si...?” en lo más mínimo, ridiculeces, vea al conde Montero, a Julián de Zulueta, al marqués de Lombillo, a Máximo Blanco.”

“Sí, ampliaré el negocio y pronto sobrepasaremos el nivel de antes”, se dijo Frasco al llegar a la casa, después de cerrar una importante transacción.

Piedad Angélica estaba sentada en la sala, leyendo un libro en francés que puso a un lado cuando él entró.

—Sabes, prima, nuestra suerte ha cambiado desde tu llegada, tú nos has traído la suerte.

Piedad Angélica sonrió satisfecha.

—Oh, no, pura causalidad, has sido tú, con tu esfuerzo, quien has hecho todo.

Él se sentó junto a ella y por un instante estuvo silencioso.

—Eso no es nada, todavía es muy poco —los dedos de Frasco acariciaron su leontina—. Tengo grandes planes para el futuro.

—¿Cómo cuáles? —la curiosidad dominó a Piedad Angélica.

—Fundar un banco de créditos.

—¿Un banco?

—Un banco —Frasco se aproximó a su prima.

—Pero, tú, es decir, la Casa Valle presta dinero ahora.

—Sí, pero a título personal y mis fondos no son suficientes. Es necesario reunir capitales por acciones y fundar el banco, del cual yo sería presidente —Frasco se fue entusiasmando a medida que explicaba su idea—. Guardaremos el dinero de otros y con ese capital y el propio banco financiaremos cosechas, daremos préstamos con grandes ganancias. Así se hace en todo el mundo, menos aquí.

—¿Y los dos bancos que ya hay?

Los ojos de Frasco se movieron inquietos.

—No sirven, no quieren asumir el riesgo de grandes créditos, a mediano y largo plazo.

—¿Y tú sí?

—Sí, si a cambio logro obtener buenas ganancias. Es un negocio fabuloso.

—Vraiment, yo no entiendo nada de eso, pero ¿quién, además de ti, aportará su capital para constituir el banco?, ¿quién querrá correr el riesgo contigo?

Frasco se puso de pie, frente a Piedad Angélica, las manos en los bolsillos del chaleco.

—El tío Bruno, Máximo Blanco, don Luis Palacios, y el señor Marechal; ya estamos de acuerdo.

Piedad Angélica también se puso de pie muy cerca de Frasco.

—¿No será muy peligroso? —dijo lentamente su mirada puesta en los ojos de él.

—No —Frasco le tomó las manos—, si tú te quedas aquí y continúas trayéndome la buena suerte.

Sin responder, ella bajó la cabeza, pero no retiró las manos.

—Te necesito, Piedad, ¿me prometes que no regresarás, que te quedarás con nosotros?

Piedad Angélica alzó la cabeza y sus ojos resplandecieron.

—Te lo prometo —dijo en un susurro.

—Entonces, éste y todos mis otros negocios triunfarán —Frasco se aproximó y la besó suavemente en la frente—. Te lo aseguro.

Dos meses más tarde el Crédito Territorial Inmobiliario, del cual Frasco era uno de los principales propietarios, abrió sus puertas y poco después Piedad Angélica y Frasco se casaban en la iglesia de las Mercedes.

XIV

Cuando se habla de confusión lo que casi siempre hay es confusos.

JULIO CORTÁZAR

Extrañas a tus amistades, dispersas fuera de La Habana durante este verano de calores febriles (¿cuándo no?), los Garriga hacia Roma en largo periplo vía Madrid, Pamplona, Lourdes, París; los Torrente en Varadero; Reyes en Santa Clara, atareado con un reportaje; Rosario por Miami, donde se refugió inmediatamente después de la tonta pelea que sostuvieron una semana atrás. De tus hermanos, Marcelo visita la finca camagüeyana y Antonio está desaparecido (nada raro), seguramente acompañado de una nueva mujer.

Sólo tú permaneces aquí, presionado por negocios impostergables. Cuánto darías por reconciliarte con Rosario, dejarlo todo y partir con ella a cualquier lugar. Estás abrumado y lo peor es que no ves solución verdadera para nada ni sentido a la vida. ¿Quién eres realmente? ¿De qué ha servido tu existencia?, te preguntas. Nunca has hecho lo que realmente quieres. Detestas los negocios y debes dedicarte a ellos, odias las responsabilidades y eres el cabeza de familia, deseabas ser escritor, pero nunca has escrito nada. Últimamente, dominado por la irritación, todo te sale mal. Por eso comienzas a beber, aunque la bebida no levanta tu ánimo, al contrario, lo deprime más. “La mala suerte me persigue”, piensas una noche mientras contemplas el vaso de whisky en tus manos, cuyo hielo desaparece lentamente tragado por su propia agua. Bebes un sorbo. ¿Mala suerte? Tú, un hombre rico desde la cuna. Tonterías. Otro sorbo y el alcohol, poderoso genio, se esparce en tu estómago, pasa al torrente circulatorio y llega hasta las células del cerebro, aturdiéndolas de golpe. Ellas, atrapadas por el alcohol, crean un absurdo pensamiento: “¿y si efectivamente hubiera algo...”, las células detienen la idea en busca de una definición de la palabra “algo”: destino, predestinación, karma y enseguida continúan su proceso de reflexión, “que decidiera previamente la vida de las personas?”. Desde otro rincón del cerebro, un grupo de células, quizá no contaminadas por el alcohol, envían un mensaje contrario, lógico, surgido en el racionalismo mamado desde la juventud, sublimado en la enseñanza universitaria: no hay buena ni mala suerte, nada está predestinado, el hombre mismo es quien decide su destino y su vida. Él y sólo él. Un mendigo lo es por ser un estúpido con bajo cociente de inteligencia. Los tontos sufren, pierden, los inteligentes triunfan, disfrutan.

Mueves el vaso y el entrecocar del hielo en su interior produce sonidos que resuenan en tu cabeza, parecidos a “ji, ji, ja, ja”. Los sonidos se apagan, y ves sobre la cómoda una de las cartas de Gabriel.

Gabriel, tan inteligente, tan culto, ¿por qué fue más desgraciado que su hermano Frasco?, tú mismo, ¿por qué has sido más infeliz que el tonto de Marcelo? y Antonio, ¿por qué ha tenido tan mala suerte?

Otro trago (¿el cuarto, el quinto?) y todo comienza a mezclarse en el cerebro. Y la familia Valle, ¿por qué, a pesar de su riqueza, ha sido infeliz?, cargando siempre con esos locos, abrumada por súbitas desgracias, fulminantes rayos en despejados cielos. ¿No has pensado que sobre la familia pesa una maldición?, hasta ti llegan las palabras aquellas de Rosario que no tomaste en serio, y la voz de don Genaro: “Cuídese”. Efectivamente, luego de esa visita al santero han ocurrido muchas cosas malas para ti, un inesperado cólico nefrítico, pérdidas en los negocios, el rompimiento con Rosario, como si la suerte se ensañara en tu persona. Pero sobre todo, desde entonces no has cesado de tener ese persistente sentimiento de temor inexplicable que no puedes contar al siquiatra porque hasta él se halla fuera de La Habana. Tal sensación va acompañada por un peso sobre los hombros, como si algo te aplastara. Justamente eso sientes en este instante. Bebes un nuevo trago que hace inclinar tu cabeza y dormir. Despiertas muy tarde, con un rayo de sol entre los ojos, la cabeza adolorida. Desayunas café bien negro y pasas la mañana en la casa. Al diablo los negocios, que se ocupen otros, dices y llamas a tu abogado. Por unos días tratas de olvidar los problemas refugiándote en la investigación de la familia, abandonada semanas atrás, pero los nuevos apuntes del diario de Gabriel que lees no hacen sino aumentar tu depresión. “Finalmente”, la letra de Gabriel es minúscula, apenas legible:

luego de tanta angustia, duda y dolor ante la incertidumbre del posible fracaso, ha llegado el placer y el goce del amor correspondido. Sí, estoy enamorado como nunca, con un sentimiento tierno y, al mismo tiempo, salvaje, como el frenesí de Sultán por mi perra Loba. Nunca antes experimenté tal pasión (ni con Michel, ni con nadie más) que me hace transpirar violentamente, delirar, enfermar del dulce piacere de ser amado. Todos mis temores fueron vanos. A pesar de las apariencias, a pesar de su situación, P es como yo, su corazón siente al unísono del mío, es un alma gemela y me quiere. Más que amarme, me adora y yo le idolatro. Me lo ha demostrado desde el primer encuentro cuando yo, aún receloso, temía su reacción. Afortunadamente, sólo fue necesaria una mirada, un roce de manos, mariposas en breve aletear, una sonrisa cómplice, para que los dos comprendiéramos la mutua atracción y saltaran las barreras. Se rompieron los diques, pero no de un golpe; poco a poco las aguas fueron saliendo de sus cauces hasta unirse en un solo y delicioso líquido que sació nuestra sed implacable. Dulce P, inesperado remanso de mi vida, súbito oasis del páramo desierto que debo atravesar cada día, poderoso Hércules que me saca del Hades. Renazco, bañado en su río dorado, soy otro, un niño alegre e ingenuo pronto a dormir en sus brazos encantados y a permanecer, para siempre, con Circe, en su isla. No necesito huir en busca de Itaca, no necesito a Penélope. P es Circe, Penélope, Odiseo, todos al mismo tiempo, en una sola persona y por él estoy dispuesto a beber el brebaje de la maga, creador de las más maravillosas ensoñaciones. Mágicos sueños que me elevan sobre las cosas, más allá de cualquier horizonte, conduciéndome a regiones paradisíacas donde no existe la vergüenza, ni la calumnia, ni el odio, sólo el Amor. Esta vez, Dios ha tenido compasión. Pero, ¿hasta cuándo? En el fondo del alma sufro el temor de que su cólera caiga nuevamente sobre mí y me expulse de la Gloria.

Ese temor se acentúa cuando encuentro al señor Marechal (convertido en socio bancario de Frasco), al descubrir su fingida cortesía y deferencias conmigo, tras lo cual se oculta la más páfida hipocresía. Es un simulador cuya maledicencia puede dañarme. Sutilmente inquiera sobre mí cuando visita la mansión y habla con Piedad Angélica, cuya mayor virtud, la simpatía, es comparable a su peor defecto, el amor por el chisme. Cuánto ha cambiado ella desde su llegada a La Habana, como si el clima y la soledad de esta mansión hubiesen trastocado su carácter, pero, sobre todo, cuánto ha variado después del nacimiento de su hijo, cuyo parto en extremo difícil y doloroso puso en peligro la vida de madre e hijo. Carantoñera ella me sonrío, habla cariñosa, pero en su interior, estoy seguro, hay el secreto deseo de penetrar los ocultos misterios de mi vida íntima, los cuales (de conocerlos) le contaría enseguida al señor Marechal (que es como decir a toda La Habana) y a Frasco. ¿Qué extraño sentimiento la acercará a Marechal, un hombre tan desagradable? Que Frasco mantenga relaciones con él es comprensible, pero de ella no esperaba tal aprecio, a veces, mi mente entra en tortuosos senderos e imagina ignominiosas relaciones, bastardas empatías entre ambos, rechazadas enseguida por la lógica. Ella ama demasiado a Frasco, lo idolatra (al igual que adora a su hijo Florencio) y cualquier traición hacia él está descartada. Precisamente, en ese amor enfermizo por Frasco quizá esté la causa de su secreta mala voluntad (nunca demostrada, nunca dicha, siempre presente) hacia mí. Quiere a Frasco para sí solamente, sin ninguna

interferencia y cualquier otro cariño (como el mío) resulta un estorbo, algo peligroso que es necesario atajar, y hasta destruir llegado el momento, y qué mejor arma para destruir a una persona que la maledicencia y el chisme. En el fondo les temo a los dos, al señor Marechal y a Piedad Angélica, pero no permitiré que me infamen ni destruyan mi actual felicidad. Estoy dispuesto a luchar con uñas y dientes si es necesario. Soy un ser débil e indefenso, pero en determinadas circunstancias puedo transformarme en un animal salvaje, peor que Loba.

La perra, animal de raro instinto, presiente el peligro de Piedad y sólo verla acercarse se le eriza el pelo y ruge amenazadora.

“Por Dios, Gabi, ¿cuándo echarás a esa perra salvaje? ¿No ves como ruge? Es fiera y algún día morderá a alguien”, así me dice y yo no le respondo que primero desaparecerá ella de esta casa antes que la perra.

Loba también le ruge al señor Marechal quien la mira asustado. “Bravo, rúgeles, muérdelos”, pienso, deseando transmitir mis pensamientos a Loba que, de día en día, se torna más agresiva.

Ah, ando por la casa, evito los rincones donde viven las sombras, olisqueo los huecos por los cuales asoman los ojos fosforescentes de las ratas. Sigilosas acechan, esperando un descuido mío para mordirme, pero cuando enseño los colmillos y rujo huyen a través de sus profundos túneles. Ah, sólo al morir nuevamente supe que en aquellos cuerpos rabilargos, parduscos, sucios, apestosos, vivían espíritus malignos, entre ellos el peor y más odioso, el de Francisco Valle, convertido en la rata mayor, la rata madre, de dientes como puñales. Las ratas me espiaban y yo a ellas, escondida detrás de un mueble. A veces, alguna salía de su madriguera sin advertir mi presencia y yo, de un salto, impedía su regreso. Entonces comenzaba un juego, alegre, rapidísimo, furioso. Evitando sus cortantes dienteillos acorralaba a la bestia, golpeándola una, dos, varias veces, con mis poderosas patas para atontarla y hacerla moverse igual que un borracho. Así jugábamos un rato, ella corriendo tambaleante, yo bailando a su alrededor hasta que, cansada le clavaba los colmillos en el cuello que crujía al partirse. Decenas de ellas cacé, pero nunca, por mucho que quise, pude atrapar a la rata madre, cuyos ojitos rabiosos no dejaban de vigilarme. Aquellos cadáveres de cuellos partidos, encontrados putrefactos días después en las habitaciones de la mansión, provocaban la cólera de Piedad Angélica, que, en lugar de agradecerme el exterminio de los sucios bichos, aumentaba el odio contra mí y sus demandas de que me echaran a la calle.

Maldita Piedad Angélica, huelo la mala voluntad que siente hacia Gabi, veo sus rencorosas miradas clavadas en la espalda de él, que no sabe defenderse. Pero yo sí sabía y una mañana mordí furiosa, hasta destrozarla, la escoba con que quiso golpearme, mandada por Piedad Angélica, la negra cocinera que huyó aterrada cuando, rota la escoba, avancé con los dientes fuera de la boca, el pelo como púas, los ojos enfurecidos.

“La perra enloqueció”, gritaron Piedad y la cocinera y a sus gritos acudieron otros negros con palos y cuchillos en las manos, listos a matar, pero también vino Gabi y sólo fue necesaria una orden suya para que yo me detuviera, agachara las orejas y con el rabo entre las patas huyera hacia su habitación donde me escondí bajo la cama.

Bajo la cama estaba un atardecer, dormitando, tumbada patas arriba, agotada por el mucho calor, cuando olfateé un olor amenazador y cercano que produjo el inmediato endurecimiento de mis músculos y un sordo gruñido en la garganta. Apenas tuve tiempo de voltearme y ver a la gran rata madre, enorme, fuerte, ojitos saltones y dientes salivosos, que se lanzó contra mí, pero yo fui más rápida y esquivé su rabiosa mordida. Ah, cómo chilló enfurecida al ver que no pudo alcanzarme. Largo tiempo estuvo chillando, tratando de mordirme, mientras yo daba vueltas a su alrededor en la espera del momento oportuno para clavarle los colmillos. Estúpida rata, tonto Francisco, pensar que podía vencerme en un encuentro frente a frente. Sólo el mucho odio o la locura pudieron llevarla a semejante ataque, en el cual, perdida la sorpresa, nada más le quedaba la huida o la muerte. Escapar resultaba imposible porque me interpuse en el camino de la madriguera, ella tampoco lo intentó, como si en verdad hubiese enloquecido.

Pronto la muerte sería su compañera y ambas lo sabíamos, pero yo no apresuraba el fin. Quería prolongar aquel combate, transformarlo en juego, pero la maldita, sin rendirse, sacando fuerzas desconocidas tiraba zarpazos desesperados que aumentaron mi furor. Ah, yo era el leopardo, el león, el rey, y enfrente tenía a un miserable y desarmado cazador. Enceguecida, golpeé una, dos, tres veces con la pata izquierda y, sin esquivar las mordidas, mis colmillos avanzaron de frente en busca de su cabeza. Entonces, cuando los dientes traspasaron la piel y partieron el cuello de un hachazo, sentí una rápida punzada en el pecho. Con mayor fuerza tranquilé las mandíbulas y la rata, chillando, tuvo varias convulsiones hasta que dejó de agitarse, y cuando abrí la boca se desplomó inmóvil, el odio aún reflejado en los ojos.

Había muerto la rata madre, la reina de las ratas, pero antes de morir pudo hincarme los dientes, haciéndome dos pequeñas heridas por las cuales corría un hilo rojo que lamí suavemente, sintiendo en la boca el sabor dulzón de mi propia sangre.

Ah, allí no supe que, por aquellas pequeñas heridas, acababan de penetrar en mí la locura y la muerte, en compañía de la rabia.

Como una gallina inquieta andaba por la casa Piedad Angélica, igual que Caridad, años atrás, dando órdenes a la servidumbre, removiendo trastes, seleccionando muebles, guardando los mejores, botando los viejos, preparándolo todo para el gran acontecimiento que pronto iba a producirse: el traslado hacia la nueva mansión de los Valle. En vez de construirla, como le prometiera a Gabriel, Frasco la había comprado al conde de Bainoa y después mandó a remodelarla a su gusto. “Una maravilla, una verdadera maravilla”, los dedos de Piedad entrelazaron suavemente los de Frasco y sus cabezas se unieron, hombro con hombro en un movimiento de palomos que se arrullan. Parados en la sala de la mansión miraban satisfechos el recién terminado trabajo de albañiles, carpinteros, ebanistas y pintores que, derribando tabiques y paredes para alzar otras, habían colocado puertas, ventanas, de la madera más fina, y luego pintaron todo de colores tenues, azul claro, pastel, crema, con una decoración moderna totalmente nueva para la ciudad, “porque así”, Piedad hablaba con seguridad, “se construyen hoy en día las grandes residencias de París”. De la sala pasaron al comedor y a los cuartos, amplísimo el de ellos, con un lecho especialmente mandado a hacer por Frasco en la mejor mueblería de la ciudad, tan grande que bien podían dormir seis personas en él. “¿Para qué tan inmenso?”, Piedad se sorprendió, “¿Qué tú crees?”, mientras sus dedos acariciaban la cadera de ella, Frasco pensó en las noches de amor con su esposa, cuando, al máximo su desenfadada excitación sexual, había caído de la cama en medio de una voltereta. “Ahí vamos a hacer las cosas que aún no hemos hecho”, los dedos se deslizaron más abajo de la cadera, pero Piedad los separó con delicadeza. “Quita, que nos pueden ver.” “Estamos en nuestra casa.” “Terminemos de verla entonces.” Pasaron al cuarto de Florencio, cuadrado como una casa de muñecas y pintado al pastel. Después, antes de llegar al final del corredor, se detuvieron junto a una escalera de caracol que descendía hacia un sótano donde Frasco pensaba guardar las botellas de vino. “La única parte de la casa que no me gusta”, la mirada de Piedad Angélica fue hacia el fondo de la escalera, “demasiada oscuridad y humedad”. “Eso es precisamente lo que se necesita para añejar bien los vinos”, Frasco atrajo hacia sí a su esposa y continuaron caminando por el corredor, entrando y saliendo de las habitaciones donde ya todo estaba listo para recibir a los nuevos dueños, hasta una de las últimas alcobas, al final de la casa. “El cuarto de Gabi”, Frasco fue a entrar pero Piedad le detuvo. “Mejor no, quizá a Gabriel no le guste”, dijo. “¿Por qué?, debemos revisar toda la casa”, los dedos de Frasco tomaron el picaporte y abrieron resueltamente la puerta. Adentro, además de la cama, estrecha, casi militar, de un armario, una cómoda, y un gran espejo ovalado había dos grandes libreros repletos de libros. Frasco se detuvo frente a ellos y en sus ojos hubo disgusto cuando sus manos asieron uno de los tomos en cuyo lomo estaba escrito: “Gerard de Nerval, Prose et poésie”. Con premura las manos devolvieron el libro a su lugar. “Qué basura”, pensó. “Gabriel lee demasiado”, dijo, recordando viejas historias de Fernando sobre el daño que la mucha y nociva literatura había ocasionado en el tío Clemente. Piedad le observó dudosa. “Leer no es malo y sus lecturas no son las que me preocupan sino...”, dijo y se detuvo. “¿Sino qué?”, intrigado Frasco fue imperioso en la pregunta. Piedad no contestó enseguida, pero ante la mirada inquisitiva de su esposo, se decidió a decir lo que mucho tiempo atrás tenía guardado. “Últimamente Gabriel está muy raro”, los ojos de Piedad escudriñaron la puerta como si temieran ver aparecer a Gabriel, “me trata como si yo fuera su enemiga, como si no lo quisiera. Lleva una

vida muy rara; se encierra el día entero en su habitación y el criado que le sirve cuenta que se pasa mirando el techo horas enteras, a veces, parece que solloza...”. Piedad se contuvo aguardando la reacción de Frasco que se preguntó si en la familia no tendrían otro loco. Al ver a Frasco silencioso, cargado de dudas, prosiguió: “En la casa, anda siempre con esa maldita perra que acuesta en la cama y con la cual, por lo visto, conversa como si ella fuera una persona”. “¿Conversa?”, el estupor de Frasco iba en aumento. “Pero ¿cómo no he sabido nada de eso?, ¿por qué no me lo has contado antes?” “Tú estás siempre fuera de la casa y...”, Piedad vaciló, “y quieres demasiado a Gabi y no ves sus defectos. Yo no he querido molestarte contándotelos, demasiados problemas tienes ya con los negocios”.

Frasco se separó unos pasos de su esposa.

—Esa perra Loba, me asusta —Piedad encontró firmeza para sus palabras—, ha querido morder a varios en la casa, a mí y a Florencio nos ronda amenazante. Se lo he dicho a Gabi, pero él no hace nada, sólo me mira como si me tuviera odio... y yo, te juro, no le he hecho nada.

—¿La perra te amenaza a ti y a Florencio?!

—Gabriel está mal —Piedad fue concluyente—, sobre todo, me preocupan sus amistades.

—¿Sus amistades!

—Más exactamente, su amistad con el señor Pedro Villarreal.

—¿Qué sucede con el señor Villarreal?

—El señor Marechal me ha contado que hay rumores, insidiosos, sucios, rumores al fin... —nuevamente esta vez hubo vacilación en Piedad.

—¿Qué rumores?, termina de hablar de una vez —las manos de Frasco aferraron los hombros de Piedad Angélica.

—No sé... de que son muy amigos, que siempre están juntos, que se les ha visto en lugares apartados, y a Gabi saliendo, a altas horas de la noche, de la casa donde Villarreal vive solo —Piedad se detuvo, asustada ante el gesto de Frasco, cuya pierna derecha, calzada con una bota de cuero, golpeó violentamente el quicio de la puerta.

—No puede ser, no puede ser, eso es mentira, Gabi afeminado, no puede ser, es mentira...

—Yo no digo eso, sólo son rumores... —Piedad Angélica no pudo concluir porque un rugido se escuchó a espaldas de ellos. Al volverse vieron a Loba que, parada en el corredor, junto a la puerta del cuarto de Gabriel, les miraba con ojos saltones, la boca abierta mostrando unos colmillos muy blancos y el pelo del lomo erizado.

El rugido volvió a repetirse y entonces la cólera de Frasco se desbocó. Yendo hacia el animal le lanzó, sin alcanzarlo, una violenta patada.

—Maldita —gritó.

Siempre rugiendo, la perra huyó por el corredor hasta perderse en las profundidades de la casa.

—Hoy mismo haré que la boten o la maten —Frasco salió de la habitación tratando de calmarse. Después, desahogada la rabia, se dijo que no podía ser cierto lo murmurado sobre Gabriel, pero al analizar los hechos con frialdad razonó que él mismo había notado ciertas actitudes poco varoniles en su hermano, achacadas, entonces, a una crianza materna en extremo benigna y protectora, y que, ahora, se alzaban sospechosas, acusadoras. “No, no es posible”, se repitió, deseoso de que todo no fuera más que un sucio enredo. Sin embargo, era necesario averiguar mucho más porque si fuera cierto, si Gabriel hubiese hecho aquello, él le iba a..., Frasco no tuvo valor para concluir su pensamiento.

Falaces agoreros, chismosos, enredalenguas, murmuran, caen sobre mí, al igual que cayeron sobre Gabriel, como moscas en el excremento, disfrutando, ensalivando sus lenguas viperinas con el zumo de mi vida, ¿por qué andan tras mis huellas? ¿por qué me indican el camino a seguir?, como el lobo a Caperucita. Su verdadero, oculto deseo, es comerme, merendarme, engullirme, apetitoso bocado, reconfortante alimento para sus grasos estómagos, pútridos intestinos de retorcidas vueltas por las cuales quieren pasarme bien masticado y deglutido, ¿por qué no me dejan tranquilo?, ¿por qué les importo?, ¿en qué les hago daño? Asquerosos escatófagos, vermes neófobos, epigrafistas del fimo, epulones del chisme, Javier, Marcelo, Rosario, Torrente, poliúricos del rumor, ¿a quién le interesa lo que bebo, fumo, me inyecto o cago?, ellos viven allá con su apócrifo decálogo, yo aquí bajo el eón supremo, al que me uno a través del humo de mi cigarrillo que navega mi sangre hasta el corazón y el cerebro, dejen en paz a los vivos, no invoquen más a los muertos, tampoco molesten a Gabriel; ¿a quién le importa su amistad con el señor P?, ¿a quién le interesa lo que ambos practican en oscuros subterráneos, ergástulas de placer?, miserables Frasco, Piedad Angélica, Marechal, poliédricos chacales, husmeadores de intestinales residuos, polutos polizontes en busca de crímenes contra natura, de falsos aquelarres, Torquemadas isleños, quemadores de gente extraña, distinta, que no sigue el curso medio de la corriente, y nada a contrapelo de ella, escudriñadores, con agigantada lupa, de minúsculos defectos, exaltadores de excelsas virtudes que nunca han poseído, carroñas que me han hecho la existencia imposible, que acorralaron a Gabriel, lo quemaron a fuego lento, atizado con calumnias e infundios, poco a poco lo fueron asfixiando y, por fin, lograron matarlo colgándole una noche de luna roja, en la lámpara de su habitación. Pero conmigo no podrán hacer igual, primero los mataré a todos, sí, los liquidaré cuando termine de fumar y el humito me alce y me lleve volando, a sus aposentos. Por Dios que los mataré y vengaré a Gabriel.

La sorpresa de Frasco fue creciendo a medida que nuevos aspectos en la vida de Gabriel, ignorados hasta ayer, le eran conocidos. Allá un rumor no confirmado, pero siempre sospechoso, sobre raros encuentros nocturnos de su hermano con P, en cafés muy discretos, acá un comentario ocasional de alguien que viviera en París y se refería a la extraña conducta de Gabriel a quien había visto merodear, acompañado de un joven rubio, por calles y antros de pésima reputación, muchos de ellos fumaderos de opio; al oír la palabra opio, Frasco se quedó estupefacto. Gabriel era un narcómano, ésa y no otra era la verdad; claro, el informante no aseveraba el hecho, pero sí haber visto a Gabriel entrar más de una vez en aquellos tugurios asiáticos.

“Cierto, en París se murmuraba sobre la amistad entre Gabriel y monsieur Michel, cuya vida privada, luego que la señora Natividad lo expulsara de su mansión, dejaba mucho que desear, con sus visitas a los fumaderos de opio, tráfico de mercancías ilícitas, quizá robadas, tratante de prostitutas turcas, actualmente desaparecido en Turquía o Abisinia, ojalá para siempre”, el señor Marechal hablaba mostrando unos dientes manchados por la nicotina. Estaban sentados en el despacho de Frasco quien después de tratar algunos asuntos de negocios había pasado al tema de su interés: Gabriel en París. No necesitó dar muchas vueltas para que Marechal comprendiera el asunto y desatara la lengua que, entre chasquido y chasquido, se pasaba por los labios. “Lamentablemente, Gabriel era un entusiasta admirador del corrupto Michel”, Marechal cruzó las piernas, “Yo diría que se le sometía enteramente, por eso, según tengo entendido, la tía de ustedes, la marquesa de Monte Hermoso, rompió con Gabriel y no le permitió que la acompañara a España en su último viaje”, Marechal extrajo de su chaleco de piqué una tabaquera de oro de la cual tomó polvo de rapé que aspiró con fruición. “Yo usted cuidaría más a ese muchacho”, las palabras sonaron burlonas en la boca de Marechal, “aquí en La Habana se comenta con insistencia su amistad con el señor Pedro Villarreal sobre el cual también existen informaciones confusas y muy poco agradables”, Marechal chasqueó otra vez la lengua mientras miraba a Frasco, cuyas orejas enrojecieron y que, inmediatamente, desvió la conversación hacia otros asuntos. Cuando Marechal se fue, media hora más tarde, Frasco caminó por el despacho, “Carajo, y que esto me pase a mí”, se dijo, “pero no, todavía no hay suficientes pruebas, sólo rumores, que deben ser confirmados”, Frasco se sentó, “debo comprobarlos antes de tomar una determinación y en la ciudad hay un hombre que puede informarme”, agitando una campanilla llamó a su secretario. “Que me busquen al capitán Rojas, quiero verlo inmediatamente.”

Domingo Rojas era muy viejo pero, aunque en sus manos las venas parecían gruesos bastones y el rostro pergamino, los años no se le reflejaban en los ojos, vivaces, inquietos. Como siempre, vestía todo de negro, y, al igual que antes, era capitán pedáneo e informante secreto de los capitanes generales. Fumaba su pipa de tabaco negro mientras oía a Frasco que, avergonzado, con circunloquios, le pedía averiguara de la vida del señor Pedro Villarreal quien tenía alguna amistad con Gabriel y quizá..., Frasco titubeó indeciso en si proseguir o no... podía ser perjudicial para la familia Valle.

Los ojos de Rojas picotearon a Frasco antes de responder.

—No hay nada que averiguar... —Rojas fumó y una fumarola ascendió hacia el techo en oscuros hilillos— conozco perfectamente a Villarreal a quien debí tratar por mi trabajo...

—¿Por su trabajo?

Sin responder la pregunta, Rojas continuó.

—Eso fue hace unos años; entonces Villarreal tuvo que marchar a la península y ahora ha regresado, por lo visto con sus mismas costumbres.

—¿Qué pasó?

Lentamente Rojas rellenó la cazoleta de la pipa con más tabaco.

—Un asunto muy feo —pequeñas chispas chisporrotearon al aspirar Rojas el humo.

—¿Cuál?

—Cierta relación amorosa con un jovencito de las más ilustres familias de la ciudad, cuyo nombre me reservo. Un escándalo que se pudo tapar a tiempo y con el cual tuve que ver porque el jovencillo intentó suicidarse, ingiriendo láudano, por fortuna sin graves consecuencias. El jovenzuelo fue enviado al campo y al señor Villarreal yo le aconsejé personalmente, por encargo de la familia, que se marchara al extranjero. Lo mejor para todos.

—¿Entonces, Villarreal es un...? —Frasco no concluyó la pregunta.

—Un marica de primera —Rojas disfrutó la respuesta—. Eso sí, muy discreto y reservado, especialmente después de su regreso.

“Dios mío, el íntimo amigo de Gabi, entonces todo es cierto”, los pensamientos aturdieron a Frasco que, no obstante, aún quiso dudar, temeroso de hacer la pregunta que le quemaba y que, finalmente, no pudo reprimir.

—Entonces, ¿su compañía es nociva para Gabriel?

Los dientes de Rojas mordieron la boquilla de la pipa como si se hincaran en un apetitoso bocado.

—Hijo mío —dijo y sus ojos parecían sonreír aunque el rostro era muy serio—, y os llamo hijo porque conocí y fui amigo de vuestro señor abuelo y de vuestro padre —los ojos se velaron tras el humo del tabaco—, no puedo ocultaros la verdad y me sorprende que no la sepáis, que no lo hayáis notado nunca, vuestro hermano Gabriel es...

A medida que Rojas hablaba, Frasco sentía que las palabras del capitán le abofeteaban una y otra vez hasta hacerle inclinar la cabeza avergonzadísimo. Después se había despedido apresuradamente, pidiéndole al capitán guardar silencio sobre aquel asunto y prometiéndole ayudarle en ciertas gestiones con el intendente de Hacienda. Al quedar solo, Frasco puso la cabeza entre las manos. “Dios mío, Gabi, qué has hecho, qué vergüenza, Señor, qué humillación para la familia, si papá, si abuelo vivieran y lo supieran, Dios mío”, los latidos del corazón de Frasco se hicieron más fuertes, “y ya toda la ciudad lo debe conocer, sólo yo no lo sabía, he hecho el papel de idiota”, los pies repiquetearon contra el piso, “Gabi se ha burlado de mí, el hijo de perra ha desprestigiado a la familia y a mí personalmente”, los puños, al golpear contra los brazos del sillón se unieron al repiqueteo de los pies, “Gabriel, maldito maricón”.

“Gabriel, mal nacido, has deshonrado a la familia que yo fundé, has lanzado paletadas de mierda sobre todos nosotros, yo, tu padre, mi padre, el padre de mi padre, sobre nuestros huesos, un Valle maricón, mejor hubieses nacido muerto, mejor haberte estrangulado en la cuna con mis propias manos.” “Gabriel, hijo, ¿por qué hiciste eso, en qué me equivoqué al educarte, acaso no te mostramos con nuestro ejemplo cómo se debía ser en la vida, recto, honrado, cabal, acaso fuimos inmorales, sucios, viciosos, es que no te enseñamos que la primera virtud de un hombre es ser hombre y no un miserable pervertido, flojo y lánguido?, ¿viste alguna vez flaqueza en mí, debilidad de carácter?” “Mierdero, no eres sobrino mío, eres cualquier cosa menos mi familiar, haber entrado en tantas batallas, haber recibido tantas heridas y cortado tantas cabezas, cubrirme de gloria, para honrar a la familia, ser siempre un hombre entero, capaz de resistir la extracción, en frío, de una bala en el pecho y no desmayarme, capaz de darle gusto a tres mujeres al mismo tiempo y luego partir al combate sin que me temblaran las piernas ni el pulso y al final tener un sobrino debilito: ¿a cuántas mujeres les diste gusto tú? A ti sí te dieron buen gusto, pero no las mujeres; no te conocí, pero si te hubiese conocido te habría cortado la cabeza de un buen golpe de sable y asunto concluido, mejor un sobrino muerto que un maricón vivo.” Tales voces resonaban en la cabeza de Frasco mientras iba hacia la casona en busca de Gabriel. Aquéllas y no otras serían, se dijo, las palabras, condenatorias, duras, de Francisco, Fernando, Francisco Joseph, hombres bragados, como todos en la familia Valle, cuya memoria era enfangada por un asqueroso pervertido, culpable, Dios sabía de cuántas aberraciones (opio, sexo, orgías). Echaría a Gabriel de la casa, lo pondría de patitas en la calle, que se fuera a España, a Francia, que viviera con su amiguito. Al pensar en Pedro Villarreal, Frasco se detuvo y acarició la culata del revólver que había tomado consigo al salir de la oficina. No, primero que hablar con Gabriel haría una visita a Villarreal, seguramente el iniciador de la relación, tan o más responsable que Gabriel en aquel vergonzoso episodio, se dijo Frasco, y cambiando de rumbo, se fue en busca del amigo de Gabriel.

Villarreal lo recibió con rostro soñoliento. Era alto, lampiño y tenía unos agradables ojos verdes que mostraron sorpresa al ver a Frasco que, hosco, entró sin saludarle.

—¿El señor Villarreal?

—Sí, ¿qué se le ofrece?

Frasco avanzó y se detuvo frente a Villarreal, las manos en jarras, una de ellas muy cerca del revólver.

—Así que es usted el niño lindo.

—¿Qué dice? —asombrado, Villarreal quiso retroceder, pero Frasco, sin darle tiempo, le tomó, con una mano, por el brazo y con el puño de la otra le pegó violentamente en pleno rostro. Al recibir el golpe, Villarreal cayó al suelo.

—Pero qué... —murmuraron sus labios ensangrentados que ya comenzaban a hincharse, pero no pudo terminar la frase porque las botas de Frasco, una primero, la otra después le patearon el pecho, el estómago, las caderas.

—Ay, ay —medio atontado, Villarreal sólo pudo cubrirse la cabeza con los brazos.

—Hijo de puta, perra sarnosa —a medida que golpeaba el furor iba en aumento dentro de Frasco.

—Marica, vas a aprender para siempre —jadeante, sudoroso, Frasco sintió el salvaje deseo de acabar, de una vez, con aquel ser. Entonces, como un borracho, extrajo el revólver y fue a disparar.

—No me mate, no me mate —balbuceó Villarreal.

Frasco se contuvo. En el suelo, Villarreal era un cuerpo enroscado sobre sí mismo del cual brotaban sangre y quejidos. Sin escucharlos, Frasco dio media vuelta, el revólver aún en la diestra, y salió de la casa. En la calle, una ráfaga de viento, procedente del mar, le hizo detenerse. ¿Qué había hecho? Lo correcto.

Los labios de Frasco se contrajeron con dureza. Ya aprendería Villarreal a no realizar cochinas impunemente. ¿Estaba mal herido? Peor para él. Se debía acabar con tales gentes, sucias, asquerosas. Gente así sobra, era basura. Las manos y todo el cuerpo de Frasco sudaban. Necesitaba beber un trago.

Lo tomó en el León de Oro, pero no uno, sino media botella de aguardiente. Después al ir hacia la mansión, se sintió satisfecho por la golpeadura propinada a Villarreal. Así se debía hacer siempre y nadie se lo iba a impedir jamás: golpear sin contemplaciones, no sólo a los negros, también a los blancos miserables y, si era necesario, matarlos de inmediato, a todos, al conde Montero, al pretendiente de Mariana, a Gabriel. Al pronunciar el nombre de su hermano, la cólera, alimentada por el alcohol, se hizo marejada gruesa y oscura en el cerebro de Frasco. “Hijo de perra, ahora vamos a conversar tú y yo”, dijo y apresuró el paso.

Tendido sobre el sofá de la habitación, en bata de casa, Gabriel fumaba lentamente de la larga pipa turca, regalo de Michel, y pensaba gozoso en su encuentro de esa noche con Villarreal cuando, transportado a la dicha y el placer, nuevamente se le abrían los mundos de gloria. “Dios mío, cuánta felicidad y todo gracias a...” no pudo terminar su pensamiento. La puerta del cuarto se abrió de pronto y entró Frasco, el ceño amenazante, la mirada torva. Gabriel lo observó sorprendido.

—¿Sucede algo? —dijo inquieto.

Sin responder, Frasco avanzó hacia él y en silencio estuvo mirándole largo rato de hito en hito.

—¿Qué pasa, Frasco?

—Mierdero, basura —la voz de Frasco, muy seca, dura, no se ha alzado, pero viene cargada de tanta agresividad que estremece a Gabriel.

—¿Qué dices?

Dos pasos más y el rostro de Frasco está frente a su hermano que huele su aliento alcoholizado.

—Nos has desprestigiado a todos, a la familia, a mí.

—Pero ¿qué dices?, ¿por qué? —Gabriel comienza a sentir miedo.

—Mi propio hermano, mi jimagua —la voz desciende y es como si Frasco hablara para sí mismo.

—Por Dios, explícate —Gabriel trata de escapar del cerco que le tiende el cuerpo de Frasco y alcanzar la puerta, pero no puede. El corpachón de su hermano le impide el paso, paralizándolo.

—¿Explicar qué? —Frasco alza la voz al igual que su brazo derecho.

—No te entiendo.

—Degenerado, mal nacido —el brazo de Frasco, disparado en el aire, con la mano abierta, cae sobre la mejilla izquierda de Gabriel, dejando en la piel la marca rojiza de cinco dedos.

—Mal nacido, basura —la mano, ahora cerrada, convertida en puño, golpea, esta vez el tabique de la nariz que se parte y deja escapar un hilillo de sangre.

Aterrorizado, sintiendo el dolor de los golpes en el rostro, Gabriel no sabe qué hacer y sólo atina a gritar, pero los gritos enardecen aún más a Frasco que, con la mano izquierda, le toma del cuello y comienza a apretar violentamente.

—Maricón, maricón —los gritos resuenan en toda la casa y alarman a Piedad Angélica, que corre hacia la habitación de Gabriel, seguida de algunos sirvientes. Cuando entra ve a Frasco que con una mano abofetea a Gabriel y con la otra le aprieta el cuello.

—Maricón, mierdero —Frasco pega, sin poder dominarse.

—Dios mío —Piedad Angélica aferra la mano izquierda de su esposo que ya comienza a asfixiar a Gabriel.

—Basta ya, déjalo —la voz imperiosa de Piedad Angélica domina a Frasco que, dejando de golpear, abre la mano y suelta a Gabriel que se tambalea medio ahogado.

—¿Qué pasó, Frasco? —Piedad Angélica no entiende nada de aquella absurda situación.

Frasco retrocede unos pasos, mira a Piedad, a los sirvientes, que parados en la puerta contemplan asombrados la escena, alza el dedo índice y lo apunta amenazador como un revólver hacia Gabriel, cuya nariz sangra y que recostado contra la pared, se frota con los dedos el cuello enrojecido.

—Ese bastardo, mal nacido, es marica, mil veces marica —Frasco vuelve a caminar hacia Gabriel, pero Piedad lo contiene a medio camino—, se acuesta con Pedro Villarreal, otro ilustre marica.

En la puerta los sirvientes murmuran entre sí.

—Pero en mi casa no vivirá más —Frasco se pasa la mano por el cabello despeinado—, entre los Valle no puede haber gente así. Hoy mismo te largas de aquí, de esta casa...

—Pero Frasco, es tu hermano, ¿adónde irá? —Piedad duda entre mantenerse junto a su marido o ir a socorrer al golpeado Gabriel.

—Al diablo... a la casa de su marido —Frasco da media vuelta y sale de la habitación seguido por Piedad Angélica. Derrumbado en el suelo, la cabeza entre los hombros, Gabriel solloza mientras la sangre le mancha la bata.

Ah, en la oscuridad de la cochera jugábamos Sultán y yo, sin escuchar el repiquetear de la lluvia sobre las tejas del techo. Mucho tiempo me persiguió el perro pachón del amo, siempre rechazado por mí, pero, finalmente, cuando el calor corrió entre mis patas, humedeciéndome el hocico, no pude resistirme y acepté sus suaves mordiscos, las embestidas e intentos por cubrirme que yo aún esquivaba, saltando, alejándome, para después detenerme mansa, recular y permitir el acoso fiero de las patas sobre mi lomo y el violento empuje de su gusano rojo bajo mi rabo que yo alcé satisfecha. Después, trabados en un único cuerpo, nada más lo sentí a él en mi interior, sin importarme la inoportuna gotera que, desprendida del techo, me salpicaba el hirviente hocico, ni el relinchar de los caballos, ni los lejanos gritos que llegaron del ala izquierda de la casona. Nada noté y escuché porque sólo existíamos Sultán y yo, y allí estuvimos, trenzados, hasta que el primer gallo cantó en los patios del vecindario, anunciando el fin de la lluvia y la caída de la tarde cuando, adormecida la flor púrpura de Sultán, nuestros cuerpos destejieron su madeja, agotados, pero satisfechos, y nos separamos cada uno por su lado. Sultán a la cocina, adonde me invitó con cariñoso ladrido, en busca del hueso de un pollo o la oreja de cerdo que la negra cocinera siempre le regalaba, yo, rechazando su llamado, a la habitación del niño Gabi hacia la cual me halaba, de repente, el oscuro presentimiento de una desgracia, que fue en aumento a medida que, en el corredor, los chisporroteantes destellos de las informes sombras me salían al paso, bloqueándome la puerta de Gabi. Rugí, las sombras se apartaron, empujada con el hocico la puerta se abrió con sordo quejido y adentro vi a Gabi bañado en lágrimas. Sollozante escribía y las lágrimas mojaban el papel mientras la pluma corría sobre él. ¿Por qué lloraba así Gabi? Al verme me llamó. Sumisa me acerqué, queriendo secar su llanto con mi lengua. Él me acarició la cabeza y dijo incomprensibles palabras para una perra, dulces y tristes en el tono, que me llenaron de dolor. ¿Qué había sucedido? Mis colmillos rechinaron cuando el olfato me trajo olores a disputa que identifiqué con Frasco y Piedad. Ellos le habían peleado a Gabi, lo podía oler en el aire de la habitación, cargada de odio, por ellos Gabi volvía a sufrir.

Maldito Francisco, maldito Frasco, miserable Piedad, la saliva bañó mi lengua que se contrajo, dejando escapar un seco gruñido. Gabi me miró triste, puso la pluma junto al papel y fue hasta la cómoda de donde tomó un largo y ancho cinturón. Ah, creí que, disgustado conmigo, iba a pegarme y escondí el

rabo entre las patas, pero él después de acariciarme otra vez la cabeza, puso una silla sobre el escritorio, trepó sobre ella y allí lentamente, como si rezara una lenta oración, ató un extremo del cinto a la lámpara de bronce que del techo pendía y luego la otra punta a su propio cuello, y por un momento se mantuvo inmóvil, mirando hacia arriba, como si pudiera ver más allá de las paredes y las tejas de la casa, el cielo oscuro del atardecer, por el cual volaba, sobre la mansión, extendidas las alas en cruz, el pico cerrado, una negra aura tiñosa.

Ah, no, no lo hagas niño, no me dejes sola, llévame contigo, quise gritar, llamar, advertir, impedir, pero yo nada más era una perra y de mi boca sólo pudo salir un lastimero quejido que se convirtió en un prolongado aullido cuando los pies de Gabriel empujaron la silla y su cuerpo, estremecido un instante, se quedó quieto, inerte, la boca abierta, la lengua colgando, unido por el negro cinturón que le abrazaba el cuello para siempre a ikú que ya volaba a lo lejos con él.

Ya nada importa como no sea mi decisión final. Lanzado al pozo negro de la desesperación, nuevamente he sido rechazado por Dios. Señor, ¿por qué me abandonaste?, ¿por qué no viniste a salvarme, ni atendiste mis ruegos? Me has hundido hasta el polvo de la muerte. Como perros, una bandada de maledicentes me rodeó y desgarró. Dios, ¿de qué soy culpable? ¿De ser distinto a los demás? Pero tú mismo me hiciste así, no me apartaste de la tentación, me diste esta naturaleza diferente, anormal. ¿Anormal?, ¿es qué soy anormal? Tú eres tan culpable como yo y sin embargo a ti te adoran y a mí me condenan. ¿Dónde están, entonces, el bien y el mal? Si tú eres el bien todopoderoso, ¿por qué permites que yo sea el mal indefenso? ¿Quizá me hayas hecho así para burlarte y jugar? No has sido justo conmigo, nadie es justo, nadie me quiere, ni Frasco, ni Piedad Angélica, ni el mismo Pedro que ha escapado cobardemente, huyendo de la cólera de Frasco y del escándalo. Ahora sé que todos saben. Algunos, hipócritamente, fingían ignorar y los que no conocían ya saben por la acción de Frasco. Maldito hermano, cuánto lo quise y cuánto lo odio, a él, a Piedad, a Marechal. Ellos son los responsables verdaderos de mi situación. Que sobre ellos caiga mi odio, que sufran y el dolor los retuerza, como a mí ahora. ¿Qué seré en lo adelante? El hazmerreír de la gente. Igual que aquella noche en el cafetín de París, me señalarán acusadores. Ya oigo los comentarios, las voces susurrantes y burlonas: ahí va Gabi, ¿que Gabi? Gabriel Valle el de... no me digas... el mismo... ¿pero, cómo pudo?... nada menos que con... dicen que Frasco... ¿lo botó de la casa?... pobre Gabi... bueno, se lo merece por... No, no soportaré el repudio abierto, ni las burlas veladas, ni la falsa misericordia. Nadie tiene derecho a condenarme. Sólo Dios puede hacerlo y él, sin apiadarse, se ha olvidado de mí. Pero tampoco podré soportar el escarnio, ni la soledad en la que tendré que vivir de ahora en adelante, pues nadie me aceptará de buen grado, lo harán con una mordaz sonrisa en los labios. Soy un miserable, un bastardo que ha enlodado el buen nombre de la familia. Sólo tengo un camino que me librerá, para siempre, del sufrimiento, del bien y del mal...

Y bien, luego de leer estas últimas líneas del diario de Gabriel te dices que, sin duda, Gabriel fue un débil, incapaz de resistir los golpes de la vida y meditas mientras paladeas un trago de coñac, fuerte, picante, que te calienta el cuerpo. Realmente su problema no era tan terrible. Sí, descubrieron su afeminamiento, ¿y qué?; no por ello lo iban a matar. Pederastas hubo, hay y habrá por miles y no todos son rechazados ni se cuelgan. En el fondo, Gabriel sufría un fuerte sentimiento de inferioridad porque, desde la niñez, se vio postergado y superado por el robusto y dominante Frasco, el hijo preferido. Ese sentimiento de inferioridad, unido a un complejo de culpa, en pugna con su reprimida fe religiosa, lo condujo al suicidio.

“Vaya, vaya, ya habló el Freud cubano”, te dice el invisible Antonio, sentado frente a ti en un butacón que, en realidad, no está ocupado, sobre el cual sólo se asientan las penumbras de la habitación. “¿Has pensado en la manera de vivir de aquella época, tan o más puritana y conservadora que la actual?”, la sombra de Antonio habla con voz firme, a pesar de su ebriedad, y segura, como si conociera muy de cerca

los sucesos relacionados con la vida y muerte de Gabriel. La verdad es que sólo sabe lo contado por ti, nada más, lo demás lo supone o lo dice por hablar.

Locuras de la imaginación, piensas, Antonio pudiera hablar así, pero ahora no está en la habitación y, por tanto, continúas en tu soliloquio mental sin contestar a la sombra de tu hermano. Sí, la época era mucho más intransigente que la actual, pero Gabriel pudo haber tomado otros caminos, irse a Francia, quedarse y desafiar a todos, como anunciara en las páginas anteriores del diario, exigirle a Frasco la división de la herencia. Sin embargo, se mata. ¿Qué hubo en aquel acto? ¿Autocastigo? ¿Deseos de hacer recaer la culpa de su muerte sobre sus familiares? En todo caso, las palabras de Gabriel, al pedir que ellos sufrieran y se retorcieran de dolor igual que él, fueron proféticas porque no pasaron muchos días luego del suicidio cuando la vida de Frasco se transformó en un infierno con la terrible agonía y muerte de Piedad Angélica.

Ah, mi querido, adorado Gabi estaba muerto. Ikú se había llevado nuevamente a Mmbo, dejándome sola. Otra vez sola, con toda la tristeza en el corazón. Tristeza y dolor. Desde el sitio donde me mordió la maldita rata madre el dolor fue avanzando lentamente por la corriente de mi sangre, igual que una astuta anguila, hasta mis patas que se contrajeron, hasta los pulmones que, primero, no pudieron respirar y después fueron un fuelle enloquecido, cuyo aire escapó a través de los colmillos, incontrolables en su agitación. El dolor, saliendo del corazón, llegó a la cabeza que, convertida en un mar tormentoso, se llenó de sombras. Agotada me derrumbé en un rincón, el rabo entre las patas incapaz de moverme, sin querer hacer nada.

“A esta perra le pasa algo”, dijo una sirvienta al verme así y pronto vino con otra esclava. “Sí, está mal, parece enferma, mira como babea, quizá quiera agua”, exclamó y me puso delante un cántaro con agua fresca. Con dificultad me incorporé y quise beber. No pude. Atenazada, la boca no se abría, mi garganta era una puerta tapiada. Luché por destrabar los dientes encarcelados, y cuando por fin logré romper las rejas de la prisión, sentí que el agua me daba asco y repugnada me aparté. Entonces, nublada la vista, la cabeza me dio vueltas y de la boca salió un ladrido ronco, ahogado, que hizo que las dos esclavas se apartaran temerosas y recularan cuando vieron mi pelo erizado, los colmillos babeantes. “Ay, la perra está loca”, gritaron y corrieron.

“¿Qué sucede?”, la voz vino del fondo del corredor y enseguida supe de quién era. Piedad Angélica me miraba asombrada y yo sentí enseguida el miedo de su cuerpo. Maldita, maldita, debí haber gritado, pero yo sólo era perra y rugí amenazante mientras un deseo incontrolable de morder se apoderó de mí. La boca abierta, la lengua colgante, los dientes filosos cuchillos, salté hacia Piedad Angélica que huyó despavorida pero no tan rápidamente que no pudiera alcanzarla y clavarle los colmillos en la pierna izquierda. “Ay”, gimió mientras caía al piso. “La perra esta rabiosa, rabiosa”, chillaron las esclavas, pero yo no las oía. Iba a hincar nuevamente mis colmillos en el cuerpo caído de Piedad Angélica cuando desde una habitación cercana llegaron voces conocidas. Ah, Marechal y Frasco. El instinto fue más fuerte en mí y abandonando a la mujer fui en busca de los hombres, mordiendo a diestra y siniestra, en el aire, las sombras oscuras.

A los gritos de las esclavas acudieron sirvientes armados de palos y machetes pero no pudieron evitar que continuara mi enloquecida carrera hacia la habitación, y aunque alguien logró golpearme, empujé la puerta y penetré en un cuarto en el cual a quien primero vi fue a Marechal, que no supo reaccionar a tiempo para evitar mi mordisco en su pierna, de la cual salió sangre oscura. Más allá, tras un escritorio, estaba Frasco de pie. Por un instante nuestras miradas se cruzaron y quizá, gracias a eso, él supo hacia dónde yo saltaría porque con agilidad hurtó el cuerpo y en vez de su carne hallé, sostenido por el brazo un largo y fino puñal, que atravesó mi piel y me rajó el corazón, igual que su antepasado, el maldito Consejero, hizo conmigo muchos siglos atrás. Entonces un buche de sangre me subió a la boca y caí a sus pies sin que mis colmillos hubiesen tenido tiempo de morderle.

¿Por qué habían sucedido aquellas tragedias? Primero Gabriel y Piedad. Enseguida, en horrible cadena, Caridad y después Dolores Fernanda, muerta durante un ataque de locura. Horrible, horrible, sobre todo Piedad Angélica. Frasco se estremeció al recordar sus últimos momentos, amarrada a la cama, rabiosa, apretada la boca, por cuyas comisuras escapaba una saliva gruesa. Y él junto a ella, desafiando el posible contagio de la enfermedad de origen desconocido. Así, día tras día, hasta que la muerte misericordiosa sobrevino en medio de un estertor final, que fue el de un animal desangrándose.

Los dedos de Frasco acariciaron el medallón con el retrato de Piedad que siempre llevaba consigo y luego apretaron su propia cabeza, como si la presión de la mano pudiera destruir recuerdos. ¿Por qué el destino lo había castigado así? Los dedos abandonaron la cabeza que, encanecida en poco tiempo, ya raleaba sobre las sienes, y se dirigieron en lento recorrido hacia el rostro que no era el rostro de tiempos atrás, sino una máscara luctuosa y arrugada de ojos hundidos bajo los cuales negreaban las ojeras. Insensible, el rostro no reaccionó al contacto de la mano temblorosa que cayó sobre las piernas. No, él no era un mal hombre, murmuró, nunca le había hecho daño premeditadamente a nadie, era fiel con los amigos, a los esclavos les trataba benignamente, sin castigarlos en exceso e incluso permitía que algunos comprasen su libertad; cierto, no asistía regularmente a la iglesia, pero ofrecía donaciones. Sin embargo, la suerte se ensañaba con él. ¿Por qué? Frasco inclinó la cabeza y con las manos en cruz se apretó la frente. Dios, de repente aquellas espantosas desgracias cuando los negocios progresaban, cuando él y Piedad se amaban más que nunca y Florencio crecía sano y robusto. ¿Por qué él? ¿Qué había pasado? La pregunta, mosquito sediento de sangre, regresó otra vez. “¿Quizá fui muy duro y violento con Gabriel?”, se dijo. Pero su hermano había desprestigiado a la familia y él tuvo la obligación de tratarle así. Cualquier otro hubiese hecho igual. Dios, ni nadie, podía recriminarle el trato dado a Gabriel ni mucho menos echarle en cara el suicidio. Entonces, lo sucedido con Piedad Angélica no era un castigo divino por su actitud hacia Gabriel. Se castigaba a los culpables, a los malvados y él no era ni lo uno ni lo otro, se repitió. En cambio, aquellos que sí eran canallas, malos hijos, malos esposos, hombres tramposos y de poca dignidad, vivían felices, sin que la tragedia tocara a sus puertas. Y para colmo, los amigos de Marechal le consideraban responsable de su muerte por haber tenido un animal furioso como Loba en la casa. “Maldita perra”, se dijo, “debí haberla mandado a matar o botarla como Piedad quería.” Él había sido demasiado benevolente al consentir aquella perra y la vida irregular de Gabriel, sin conocer qué ocultos caminos corrían por ella. Si desde el primer instante hubiese sabido de aquella vida disipada, si hubiera echado a la perra la primera vez que mordió a los sirvientes, nada habría sucedido. Piedad, Marechal y Caridad estarían aún vivos. Sí, también Caridad porque la muerte de su hijo y la tragedia con Piedad acabaron con su poca voluntad de vivir. Al pensar en el fallecimiento de su madre, un mes después que el de Piedad, los ojos de Frasco se cerraron, como si quisieran impedir la entrada de la luz y el dolor.

¿Cómo viviría en lo adelante? Frasco apretó los dientes. No, el destino no iba a derrumbarlo, se dijo. Gabriel, Piedad, Caridad, Lola estaban muertos, quizá por mala suerte, pero él no aceptaría ser aplastado. Nada iba a destruirle. Eso sí, en el futuro sería más duro, más inflexible, siempre alerta, sin permitir que personas débiles, como Gabriel, le amargaran la vida, sin aceptarlas jamás a su lado.

Al pensar en el carácter débil de Gabriel, Frasco recordó a su hijo Florencio, permanentemente mimado por Piedad y las esclavas, siempre junto a la madre e incluso junto a Gabriel. Florencio jermiqueante al caerse, al recibir el menor rasguño, temeroso de montar a caballo y que para dormir necesitaba oír un cuento. No, tampoco iba a permitir que Florencio, cuya crianza quedaba enteramente en sus manos, fuera debilucho como su tío, sentimental como su abuela o ligero como su madre. Él, Frasco, golpeado por la vida, iba a endurecer aún más su propio carácter y haría de Florencio un hombre tan duro como él.

Levantándose, Frasco llamó a grandes voces y ordenó que se le ensillara inmediatamente una yegua. Cuando se la trajeron saltó sobre ella y partió rumbo a Extramuros y ya fuera de la ciudad se internó en el campo, azuzando con las espuelas al animal, exigiéndole el máximo de velocidad. Necesitaba desahogar sus emociones, sentir el viento en el rostro, esconder el dolor, tirarlo en un manigal, no pensar, olvidar.

Sólo al anochecer regresó, sudoroso, polvoriento la cara que ya no parecía una máscara luctuosa sino un rostro pétreo de ojos fijos y cenicientos, donde jamás se volvió a encender el fuego, y labios contraídos que eran dos finos arroyos secos.

Ah, el golpe con aquel puñal en cuyo mango estaban grabadas las letras F.V., penetró a través de la piel partiéndome, igual que un hacha el cuello de un decapitado, el corazón por el cual escapó un chorro de sangre que me mojó la boca, mientras mi cuerpo caía sobre el piso como un saco lleno de plomo. Tuve una violenta sacudida, dolorosa, punzante, pero luego sentí una total ligereza y, semejante a un pájaro, me elevé en el aire, impulsada por una súbita corriente de viento. Nuevamente volvía a ser capaz de ir a donde quisiese, libre, sin ataduras.

Abajo, en el piso de la habitación, la sangre de la perra que había sido yo era un fino hilo que se unía a las gotas de sangre vertidas desde las dos profundas incisiones que dejaron mis colmillos en la pierna del señor Marechal que, confuso, en la cara el aturdimiento de la liebre acosada por los perros, no comprendía lo sucedido, sin poder imaginar que dentro de pocos días iba a pagar todas sus canalladas y estaría tan muerto como el animal derrumbado frente a él. Tras el escritorio, Frasco, nervioso, tiró el puñal y se miró la mano salpicada de sangre, mi sangre. Después, receloso, con andar de cangrejo fue hasta la perra, la golpeó con la bota, primero levemente, y después, al no encontrar reacción, le dio un violento puntapié que hizo que el cuerpo se volteara mostrando la boca abierta que parecía sonreír. Iba Frasco a golpear nuevamente el cadáver cuando en la habitación entraron sirvientes con la noticia de que Piedad Angélica, mordida también, se encontraba inconsciente en su alcoba luego de un ataque de nervios, al escuchar que la perra estaba rabiosa.

—¿Rabiosa?! —gritó Frasco fuera de sí.

—¡Rabiosa! —gritó histérico el señor Marechal, mirándose, con ojos desorbitados, las incisiones de la pierna por donde le salía la sangre y le entraba la rabia que ya, para ese momento, le estaría alcanzando los riñones en su camino hacia el cerebro.

Dejando a Marechal tirado en un sillón, llorando sin saber qué hacer, Frasco corrió hacia la habitación de Piedad Angélica, en la cual un negro esclavo muy viejo y sumiso echado a sus pies, le chupaba la herida para tratar que la enfermedad entrara en su boca y no subiera por la pierna del ama desmayada. Pero para desgracia de Piedad Angélica sus venas no estaban obstruidas y, a pesar del esfuerzo del vil esclavo, la enfermedad avanzó impetuosa.

—Piedad, Piedad —clamó Frasco también histérico—, un médico pronto, busquen un médico.

Todo aquello vi desde el aire, satisfecha, gozándome de que los Valle pagaran otra vez sus culpas, por lo que habían hecho y harían. Ah, maldito Frasco, maldita Piedad, carne y sangre del miserable Francisco, sufran y lloren igual que yo sufrí y lloré. No tendré piedad con ustedes, como ustedes no la tuvieron conmigo.

¿Qué sabes tú de amargura y tristeza? ¿Cuáles son tus problemas? Angustias existenciales de rico intelectual, en nada comparables con la tragedia vivida por la familia de tu bisabuelo Frasco. Hasta ti, a través de un siglo, te llega en cortante ráfaga su dolor. ¿Qué sabes tú de la muerte? Espeluznante, de ésa que sólo conoces por los libros y películas de horror, la de un hombre cuyas extremidades están atadas a cuatro caballos que, al correr enloquecidos, los despedazan vivos, la de otro, devorado, todavía consciente, por una jauría de lobos, o un tercero, asfixiado en un compartimento cerrado que se llena poco a poco de agua. Quizá algo semejante debió sentir Piedad Angélica cuando, atada a la cama, mordiendo, jadeando, pero lúcida, tuvo el ataque final de rabia. Rabia, la rabia. Buscas el diccionario que explica sus síntomas en

los animales: tristeza, apatía, hidrofobia, excitación, parálisis y muerte, pero, por supuesto, no aclara lo que se siente en cada etapa y mucho menos en un ser humano. Rehúyes esa visión dantesca y piensas en Frasco, al lado de su esposa todo el tiempo, viéndola sufrir y morir, incapaz de ayudarla, impotentes los médicos ante el desconocido mal. No es de extrañar, piensas, que Frasco se transforme en un ser amargado, resentido con la vida y el destino que le ha golpeado tan duramente, en un hombre prematuramente envejecido que habla a latigazos y mira a cuchilladas. Es una persona que, en el fondo, guarda rencor contra todos los que murmuraron de Gabriel y la familia Valle, entre ellos, muy en especial, el anciano conde Montero y sus parientes. Ese hombre, cuyo corazón es un nido de escorpiones, educa con mano de hierro a su hijo Florencio, “para que no sea”, le confiesa a su socio Luis Palacios, “un flojo como el maricón de su tío Gabriel”. “¿Y qué piensa hacer con él?”, Palacios está impresionado por la amargura de Frasco. “En primer lugar enviarlo a una academia militar en España. Allí harán de él un verdadero hombre.” Ése es el Frasco Valle Toledo, te dices, que en diciembre de 1868 ayuda a financiar el cuerpo de voluntarios españoles, donde le dan el grado de comandante honorario y que, años después, recibirá, sin inmutarse, la noticia de que su hijo Florencio ha muerto fusilado en Santiago de Cuba.

—Pero Frasco fue un verdadero monstruo —exclama Rosario.

Están en la cama, nuevamente reconciliados, al regreso de ella de los Estados Unidos. No es el lugar ni el momento apropiado para tales historias, pero tú (siempre obsesivo) le cuentas, luego de hacer por primera vez el amor, parte de la vida de tu bisabuelo.

—No tanto —dices y tu mano acaricia su vientre—, más bien un hombre muy desgraciado a quien la vida maltrató y, en cierta manera, lo hizo ser muy duro.

—¿Duro?! ¿A la crueldad la llamas ahora dureza? Mira el trato dado a su hermano, que se suicidó por su culpa.

—No lo disculpo, pero lo comprendo —tu mano continúa el juego sobre el vientre de Rosario y avanza hacia su pubis de un vello tupido y muy rubio—. El siglo pasado fue inflexible, casi puritano, con el homosexualismo, algo muy pecaminoso y perseguido, peor que la peste. Él hizo lo que cualquier otro. En nada fue culpable.

—¿Sólo en el siglo pasado? —los ojos de Rosario son los de un gato en la oscuridad—. Tú también patearías a tu hermano si supieras que es marica.

—Por supuesto que no —al contacto de tus dedos, los vellos de Rosario se han erizado levemente y sediento bajas la cabeza, en busca de su río de miel. Al sentir en su entrepierna la succión de la lengua, vertiginoso remolino de carne, Rosario tiembla, pero no está dispuesta a finalizar la conversación sin exponer antes todas sus opiniones.

—Éste es y fue un cochino mundo de machos... escúchame —dice sin mucha convicción, pero tú prosigues, sordo en tu accionar, la lengua endurecida, convertida en el grueso pincel de un pintor que aprisa se mueve a través del lienzo carnoso de su pubis.

—Ay —gime Rosario que aún no se da por vencida y haciendo un esfuerzo se aparta y te obliga a mirarla—, espérate.

Te refrenas y tratas de prestar atención a sus palabras, molesto contigo mismo por haber iniciado una conversación así en el momento menos oportuno y con una mujer como Rosario.

—Así que Frasco no fue culpable de nada, eh, macho de porquería...

Así te llama, “macho de porquería”, a ti que no tienes nada de machista, pero ya conoces el carácter y las ideas de Rosario al respecto, probablemente fortalecidas en su reciente contacto con las

jodidas gringas, te dices y prefieres no responder porque todo este delicioso encuentro puede irse al diablo, como durante la última pelea que les separó.

—¿Y cómo trató Frasco a su hijo Florencio, eh?

Ah, contemplaba la tragedia de la maldita familia, gozosa de su desgracia, cuando sentí que una fuerza extraña, incontenible me atrapaba, halándome hasta el centro de un oscuro remolino que me succionó como un madero barrido por las olas de una tormenta marina, hacia las infinitas tinieblas de un inmenso túnel cuya entrada era la boca de un cadáver descompuesto. Empujada por la corriente de fuerza continué adentrándome en túneles cada vez más sombríos, donde no existía la luz pues el sol nunca había nacido allí, en los cuales me disolví en lo negro, convertida en una partícula más de la tiniebla, sin otra sensación que la de flotar en un mar de humo y cenizas frías, al que constantemente llegaban nuevas partículas, como yo, que flotaban y giraban enloquecidas. ¿Qué lugar era ése donde todos estábamos inmóviles por momentos para enseguida agitarnos vertiginosamente, chocando unos con otros, lastimándonos, hiriéndonos? Parecía una botella de cristal oscuro, de boca muy estrecha, por la cual caían las nuevas partículas. A veces, muy raramente, el cristal se aclaraba algo y más allá de él podía ver las imágenes de mis anteriores vidas: yo rodeado de mis reinas, junto a mi padre, con Mmbo. Como un hambriento ante la comida, al mirar aquellas escenas me lanzaba hacia ellas, pero entonces el invisible cristal se ennegrecía, chocaba contra él y la desconocida fuerza me succionaba hacia atrás, hacia la onda de partículas en movimiento, incansables en su baile, girando en zig-zag enloquecedor que me hacía perder los recuerdos, la conciencia de quién era y había sido yo, deseosa únicamente de girar y atacar a quienes estuvieran cerca de mí, que, a su vez, me mordían y arañaban sin compasión. Destrozada, exhausta, lograba, a veces, salir del torbellino, pero poco después, obligada por algo muy poderoso, regresaba para morder y ser mordida. ¿Cuánto tiempo permanecí allí? ¿Un año, dos, diez? No tengo idea. ¿Qué voluntad superior, qué Dios, había decidido condenarme en aquel lugar y por qué? Es algo que no sé, como tampoco supe cuál fue mi falta. Probablemente muy grande porque tanto dolor como el que recibí sólo se explica por un enorme crimen. Cada día tuve que luchar con todos y cada uno de los miembros del enjambre que, a su vez, luchaban entre sí, pues nadie perdonaba a nadie, todos contra todos y todos contra uno, aunque en especial el ensañamiento era mayor con las partículas recién llegadas, sometidas a mordiscos, semejantes al de una jauría de lobos, a desgarraduras y heridas que nunca cerraban porque, aunque éramos simples burbujas de aire, sombras de sombras, sin cuerpo, sentíamos dolor y más que dolor el sufrimiento de la soledad en medio de tantos seres, enloquecidos, perversos, tan perversos como yo. A veces, algunos se elevaban lentamente igual que medusas en el mar, pasaban a través de la boca de la botella y desaparecían para siempre, sin que supiéramos adónde se dirigían. Digo “sentíamos”, “supiéramos”, aunque en realidad, no sé si los otros sentían o conocían pues durante aquella eternidad jamás tuve comunicación con ninguna de las oscuras partículas. Nunca conocí hacia qué lugar iban, pero siempre me dije que, fueran adonde fueran, la partida de aquel infernal sitio significaba un escape. Por momentos, presa del dolor y la desesperación yo enloquecía y entonces era la que más mordía, arañaba, empujaba, gozosa de ver el sufrimiento en los demás, gozosa de que cada herida recibida en mi cuerpo fuera devuelta por decenas de mordiscos míos en los otros. No siempre peleábamos. En oportunidades, parecía que el opaco cristal de la botella se rompiera en pedazos, invitándonos a salir juntos. Instintivamente, impulsados por la fuerza invisible que nos dominaba, avanzábamos en manada contra todo lo que viéramos más allá del cristal, animal, persona, y, envolviéndolo, girábamos a su alrededor, zumbábamos en un silencio que penetraba hasta los últimos rincones de su ser y poco a poco lo trastornábamos. Después la fuerza nos devolvía a la botella sin permitirnos huir o disgregarnos. Así durante años y años hasta un instante en que sentí que yo misma era elevada, sin saber cómo ni por qué, hacia arriba, hacia el estrecho cuello de la salida, más allá del cual encontré nuevamente la luz, pero no la luz del sol, sino otra luz, suave, esplendorosa, que me condujo convertida en aire, hacia regiones desconocidas donde vi cosas que no puedo nombrar porque no existen palabras para ellas y vi a mis padres, a mi familia, a Mmbo, a María, a Osombo, caminando por inmensos jardines de árboles cargados de frutas, bañándose desnudos, sin ninguna vergüenza, en ríos de agua transparente, donde los cocodrilos comían hierbas en lugar de devorar hombres. Todo eso vi, como en un sueño, guiada por la suave luz a la cual le rogué que me dejara allí, junto a los míos, pero mi hora no había llegado.

Recordé las palabras de Osombo, anunciándome que yo sólo partiría para siempre cuando la luz se le convirtiera en oscuridad a mi último tronco, que vería la centella del rayo, pero no oiría su trueno. Mientras tanto yo continuaría unida al árbol que me ahogaba.

Ah, ese momento no era llegado aún y otra vez debí regresar a la tierra dolorosa para estar al lado de mis descendientes.

Frasco Valle se transformó en un hombre completamente diferente. Para siempre vistió sólo de negro y nadie supo que volviese a tener relación con alguna mujer y tampoco nadie le vio reír ni concurrir a fiestas o espectáculos. Cada mañana muy temprano iba a la oficina de la cual regresaba entrada ya la noche. En los primeros años, fue cada domingo a la tumba de Piedad Angélica con un ramo de rosas, pero nunca visitó la de Gabriel, a cuya sepultura en tierra santa se opusieron los sacerdotes a causa del suicidio, aunque finalmente, ante la promesa de una generosa dádiva para la parroquia mayor, accedieron. Con el tiempo, a medida que el carácter se le acidaba, las visitas al cementerio se espaciaron hasta cesar completamente. Encerrado hasta doce horas en la oficina, vigilaba con ojos de mercader árabe y garras de león la marcha de los negocios. Pronto el banco de crédito inmobiliario cuadruplicó el capital inicial al tiempo que las acciones en el ferrocarril duplicaron su valor. Muerto Máximo Blanco, sus nuevos socios, Luis Palacios, Roberto Echeverría y Gustavo Molina se reunieron con él para sacar balance y trazar planes futuros.

En el viejo despacho de la Casa Valle, el mismo de Francisco y Fernando, donde sólo el mobiliario había sido modernizado, se sentaron los socios alrededor de una mesa oval. Frasco escuchó con rostro adusto las propuestas de ampliar los ramales del ferrocarril e incrementar la entrega de créditos. Después de hablar todos, se puso de pie y sus ojos escrutaron a cada uno de los presentes.

—Señores —dijo y los demás esperaron atentamente sus palabras—, aunque estamos en un momento de alza la situación no es como para invertir en Cuba. Todo lo contrario. Debemos retirar nuestros capitales y trasladarlos a lugar más seguro.

Las dudas y preguntas no demoraron.

—Pero ¿cómo dice usted eso...?

—Nos va muy bien.

—Éste es el instante de invertir, de aprovechar la oportunidad...

—Pero ¿en qué se basa para tal pesimismo? —Luis Palacios fue preciso y concluyente.

—En la guerra, señores, en la guerra.

—¿La guerra?... ¿Qué guerra?...

—De independencia —Frasco tosió—, señores, en poco tiempo la tendremos aquí. El aire es de pólvora y cuando estalle nadie podrá pagar los créditos contraídos ni el ferrocarril transportará pasajeros y mercancías.

No se puede medir el tiempo como el dinero, por centavos o por pesos porque los pesos son iguales y cada día distinto.

JORGE LUIS BORGES

Golpes en la puerta retumbaron en la mansión del Vedado con fuerza de tambor batiente, golpes que atravesaron la sala, corrieron a través de la galería, en la que los retratos, óleos, pasteles, temperas, de los pintores más afamados, colgados en las paredes, no se movieron, golpes que despertaron al negro Gregorio, quien a esa hora, seis de la mañana, ya debía estar de pie, y que luego de un largo recorrido, entraron, muy amortiguados, en la habitación de Frasco que, profundamente dormido, la cabeza entre las manos, la boca abierta, no oyó nada, pues se había acostado a las dos de la madrugada después de una extensa reunión con sus socios, donde discutieron la posición a tomar frente al fracaso de las gestiones de los cubanos que demandaban reformas económicas y políticas para la isla. No sólo el fracaso de los reformistas se discutió. También se habló de las actividades, nuevamente pujantes, de los partidarios de la independencia. En la sala de la reunión, enrarecida por el humo de los tabacos, Palacios, Echevarría, Molina, Sánchez Torres, el nuevo abogado de la sociedad anónima, hablaron con vehemencia, frialdad, objetividad, pero Frasco se mantuvo silencioso, atento a los criterios de los demás y sólo al final expuso el suyo.

—Señores, todo lo planteado está bien, pero ahora debemos vender para, en el futuro, tener asegurada liquidez monetaria, es decir, dinero en las manos —explicó claramente, pero no dijo que ya, por su propia cuenta, había comenzado a vender algunas propiedades—. En estos momentos los precios están altos, pero pronto descenderán. Entonces volveremos a comprar y más tarde, cuando todo acabe, revenderemos en cinco veces su valor inicial.

Molina le miró sin comprender.

—¿Cuando acabe qué? —dijo.

—La guerra —Frasco estaba tranquilo en su asiento.

—¡Guerra!

—No habrá guerra —Palacios fue enérgico—, los cubanos siempre han protestado, pero nunca han tenido ni tendrán coraje para rebelarse en masa.

—Quizá el señor Valle tenga razón —opinó Sánchez Torres.

—España es muy fuerte. No habrá guerra.

—Todo es posible. Hay individuos muy exaltados.

—Si algún loco la comienza no durará setenta y dos horas.

A las dos de la madrugada se habían separado sin llegar a ningún acuerdo, citándose para dos días más tarde, y Frasco, agotado, se marchó a dormir.

Retumbaron los aldabonazos contra la puerta de roble, como puñetazos en el rostro, el esclavo Gregorio fue a abrir y Frasco despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede? —gritó y se puso una bata de seda— ¿Qué sucede, Gregorio, qué escándalo es éste?

Una nota enviada por Palacios con uno de sus criados. Una nota que Frasco leyó aún medio amodorrado: “Venga a verme inmediatamente. Por lo visto se han producido alzamientos armados en la zona de Cuba. Usted tenía razón. Parece que la guerra ha comenzado.”

La guerra. Batallas, combates, avances, retrocesos, hostigamientos, cañoneos, fusiladas, bayonetazos, cargas al machete, cornetas, clarines, de avance, retirada, al degüello, de silencio, fúnebres. Miles de muertos. La sangre escurriéndose, penetrando en el suelo, como lluvia en tierra seca. Las auras tiñosas, el pico y las patas enrojecidas, tiñendo el cielo. La Muerte. La guerra durante la cual Frasco aporta dinero para los batallones españoles y se apresura a comprar las propiedades confiscadas a los emigrantes cubanos vendidas por el gobierno a precios irrisorios.

—¿El ingenio Las Delicias? Cómpralo —ordena a sus testaferros—. El potrero de... compre... la hacienda... compre... la residencia de... compre... compre... siempre compre; adquiera y, por último, la joya más preciada de sus adquisiciones, el palacio, y los bienes confiscados del conde Montero, muerto a la semana de comenzado el conflicto y cuyo biznieto, muerta su madre Mariana en el parto, fallecido su padre poco después, complicado en la conspiración independentista, huye al extranjero de donde retornará a Cuba, para incorporarse a los patriotas, en un viejo buque, apresado por un crucero español, que conduce a los expedicionarios a Santiago de Cuba, donde es fusilado el joven Montero.

Ahí está frente a ti Frasco enriquecido, enriqueciéndose aún más con la guerra. Es cierto que la tea incendiaria de los rebeldes hace arder dos de sus ingenios, que su ferrocarril, requisado casi todo el tiempo, apenas transporta pasajeros y mercancías, que el precio del azúcar cae, que pierde muchos esclavos huidos al campo insurrecto, pero sabe arreglárselas para compensar sus pérdidas con las propiedades confiscadas a los patriotas, con la importación de mercancías para avituallar al ejército y, sobre todo, con las magníficas ganancias obtenidas de las inversiones que, a tiempo, hizo en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos. Colabora con el gobierno y el ejército, pero muy secretamente, a través de ocultos intermediarios, hace llegar dinero, no mucho, a los conspiradores habaneros y a los representantes cubanos en el exilio porque “hay que estar con Dios y con el diablo”, piensa y mira el nuevo reloj suizo de pared, recientemente adquirido en un remate de bienes incautados por el gobierno. “Una maravilla que podrá durar cien años sin atrasarse un minuto”, proclama el subastador y muestra el reloj que perteneciera a Miguel Aldama, cuya mansión fue saqueada por las turbas, el reloj que, por milagro, escapara del pillaje para llegar hasta la subasta donde Frasco alza los dedos y con el gesto se convierte en dueño de esa obra maestra de la relojería suiza que servirá a Javier Valle y no se atrasará nunca en más de cien años. Ahora Frasco le está mirando porque en dos horas debe llegar el paquebot de España con correspondencia de la península y noticias de Florencio quien ya es un hombrón corpulento, de hombros fornidos y ojos azules como Frasco, aunque la mirada sea suave como la de Caridad. Noticias de Florencio, a punto de concluir sus exámenes en la

academia militar donde se encuentra recluido, piensa Frasco, ansioso por saber del hijo, pero que, en realidad, ha abandonado los estudios, hastiado de una disciplina de cuartel que su sensibilidad no soporta más y admirado de las proezas militares de los cubanos a quienes siente mucho más próximos que los españoles, por ser hijo de cubanos, sobrino nieto de un independentista y haber nacido en Cuba, aunque buena parte de su vida haya transcurrido en España.

Florencio abandona los estudios y regresa a Cuba en el mismo paquebot por el cual Frasco espera recibir carta suya sobre sus adelantos en la carrera militar. No es carta lo que recibirá Frasco, sino a su propio hijo que baja del buque y se dirige a la casa familiar del Vedado, sin saber a ciencia cierta lo que le dirá al padre, qué explicación dar, pero completamente seguro de que no retrocederá en su determinación de unirse a los rebeldes.

El reloj da nueve largas campanadas, lentas como una procesión religiosa, Frasco se levanta de su silla giratoria, regalo del difunto tío Bruno y da una vuelta por el despacho, que es el mismo local que utilizaron su padre y su abuelo, pero con muebles y archivos nuevos y hasta una pequeña caja fuerte de fabricación norteamericana. Como de costumbre, desde la ya lejana muerte de Piedad Angélica, viste de negro, sobre los ojos lleva unos espejuelos de cristal redondo y patas metálicas que, junto con la ropa negra, le dan un aspecto solemne y majestuoso que, en mucho, hace recordar a su abuelo Francisco cuyo retrato, pintado a partir de un medallón, cuelga en una de las paredes del despacho.

Que a Frasco le fuera bien en los negocios y que Florencio abandonara los estudios lo sabes a través de los papeles revisados y los cuentos de familia, pero la presencia de Frasco en el despacho, su porte altanero, la impaciencia por recibir noticias de su hijo, es parte de tu imaginación. En realidad, a medida que avanzas en la investigación familiar la imaginación (lo visionado, diría Antonio) se te hace cada vez más indispensable para reconstruir todo. ¿Ha vuelto Frasco a ser feliz? Los fríos papeles del pasado no lo revelan, pero piensas que continuó siendo una persona amargada, seca. No tienes ninguna prueba concluyente para comprobarlo, pero prefieres imaginarlo así, adusto, triste, como corresponde a un hombre que no se volvió a casar y no se le conocieron nuevas amantes, entregado en cuerpo y alma a su negocio, pero ya no con el espíritu aventurero (de pirata, también diría Antonio), de Francisco o el afán de engrandecerse de Fernando, sino como un individuo rico, aceptado y asentado en una sociedad que le aprecia (le teme, según Antonio) y respeta por su prudencia, solidez y honradez. Atrás quedaron la trata y la usura al treinta por ciento de interés, los negocios turbios de la familia, la venta de garbanzos y lentejas. Ahora la Casa Valle es Valle, Palacios y Compañía Sociedad Anónima, propietaria de ferrocarriles, ingenios y bancos. Ahora Frasco come en vajilla de plata que lleva sus iniciales, pues por algo es viudo de la hija de una marquesa, aunque (asuntos de heráldica y litigios familiares, piensas) el título de marqués no pasara a él, sino se quedara en Europa, en poder de Natividad y, a la muerte de ella en cama, plácida, tranquila, lo recibiera uno de sus tantos maridos. Lo que tú no sabes, ni nunca sabrás pues hay cosas, pequeñas, grandes, que permanecen ocultas aunque mucho se indague, es que litigio no hubo pues Frasco se contentó con ceder sus pretensiones al marquesado a cambio de una buena suma; sí, no te asombres, a Frasco no le interesan, como a su padre y a su abuelo, los títulos. “¿Para qué sirven ya?”, piensa pragmáticamente, “lo importante es el dinero, el oro y nada más, miren a los americanos, no tienen nobleza y sin embargo son los más poderosos”. “Pero yo, nosotros, siempre luchamos por un título de nobleza”, le reprocha su abuelo Francisco que, escandalizado, sale de la tumba. “Soy un banquero, un azucarero, y no quiero ser un noble de pacotilla; para los banqueros el oro es lo principal, quien lo posee será el más poderoso”, medita Frasco, recordando la vieja sentencia, escuchada de su propio padre, “si se tiene el oro nadie valdrá más de lo que Valle vale”. Pero tú no puedes saber esa forma íntima de pensar de Frasco, sólo sabes de su impaciencia por recibir noticias de los estudios de Florencio en Madrid que llegarán esta mañana por el paquebot Princesa, rápida nave que hace el recorrido Cádiz-Habana en la mitad del tiempo gastado diez años atrás.

El reloj golpea ahora once veces en un prolongado tan-tan, mientras un coche se detiene frente a la vivienda y de él salta un mocetón rubicundo, de largas patillas y resuelto andar, cuyo equipaje es un saco de marinero cargado a la espalda. No llegan noticias. Llega el propio Florencio que sube de dos en dos los

escalones que conducen a la habitación de Frasco, abre la puerta sin tocar y dice simplemente “padre, estoy aquí”.

¿Cuál fue la reacción de Frasco ante aquella imprevista aparición? En este caso, los papeles sí vienen en tu ayuda y te revelan la escena íntima. “De pronto sentí una gran preocupación”, cuenta Frasco en una carta, “¿qué había sucedido? ¿Estaría Florencio enfermo y llegaba en busca de reposo? Pero se veía fuerte y rozagante, muy curtido por los vientos marinos. ¿Por qué estaba en Cuba cuando debía hallarse en Madrid?”

Después de abrazar a su hijo, Frasco se separa dos pasos y le contempla confuso. “¿Qué sucede, no te esperaba, por qué estás aquí y no en España, cómo no avisaste?” Quizá todas esas preguntas fueron hechas por la boca de Frasco, quizá pensó que Florencio había matado a alguien en un duelo y buscaba refugio en La Habana, quizá sólo dijo: “¿Qué diablos haces fuera de tu academia? ¿Desertaste acaso?”, y le acuchilla con la vista mientras Florencio retrocede sin hallar palabras precisas para explicar su conducta al colérico Frasco.

Ignoras la explicación dada por Florencio. ¿Tuvo valor para revelar a Frasco sus planes de incorporarse a la insurrección? Fuera cual fuera la explicación, nuevamente, al igual que años atrás con Clemente, hay un evidente rompimiento familiar. Florencio casi no para en la casona y poco después se muda a una pensión de la calle Tejadillo, colindante con la pequeña imprenta Iznaga y Hermanos, donde conoce a su dueño Manuel Iznaga, miembro de una vasta familia de diez hermanos que, a la par de anuncios para comercios habaneros, se dedica a imprimir proclamas y panfletos subversivos que luego distribuyen sus hermanos y amigos, todos independentistas y miembros de la logia masónica Fraternidad Universal, uno de los tantos centros conspirativos de la ciudad, en la cual ingresa Florencio, amistado en poco tiempo con Iznaga, hombre muy dado a conversar, en las tibias noches, de filosofía, política y anarquismo. Iznaga que le da trabajo en la imprenta a Florencio, falto de recursos desde la ruptura con Frasco y le enrola en su grupo clandestino insurrecto, fundado por el viejo conspirador Agustín de Santa Rosa quien, cumplida su condena en España, regresa a Cuba clandestinamente y luego del alzamiento del 10 de octubre, tuvo que huir al extranjero, dejando la jefatura en las manos del impresor. Pero no sólo con Iznaga conversa Florencio. Entre charla y charla, entre tazas de café o frente a la máquina impresora, de la cual, junto con un anuncio que pondera las virtudes del purgante y vomipurgante Leroi, van saliendo panfletos, llamando a la insurrección, Florencio trata a la hija de Iznaga, Flor, cuya sonrisa es un espléndido arco iris, de carácter, igual que el del padre, vital y expansivo como el enramaje de un joven árbol. Flor, de quien Florencio se enamora locamente; Flor, su primer y único amor durante su corta vida; Flor que le va dejando en el corazón una suave caricia de olas mansas al retroceder sobre las arenas de la playa; Flor, ingenua y madura, que sabe reír, bromear, pensar; Flor, patriota como su padre; Flor con quien se casa Florencio sin decirle nada a Frasco; Flor que le da dos hijos gemelos, Clemente Felipe y Simón Fabián; Flor, muerta en el parto, dejando destruido a Florencio que, durante un tiempo, es un árbol desgajado por los vientos del huracán, pero que, poco a poco, va recobrándose obligado por las exigencias de las actividades revolucionarias (recolección de dinero, propaganda, obtención de armas) a las cuales se entrega enteramente, hasta el día en que la policía política dirigida por el barón del Alcázar da con el rastro de los conspiradores y cae sobre ellos, deteniendo, de un solo golpe, a los hermanos masones, a los impresores de los volantes, a los custodios de las armas, y también a Manuel Iznaga, condenado poco después a diez años de trabajos forzados en Ceuta, de los cuales sólo cumplirá dos porque a los veinticuatro meses en prisión morirá tuberculoso. De la redada sólo escapa milagrosamente Florencio porque ese día en vez de acudir, como era su costumbre, a la imprenta, ha ido, por primera vez en mucho tiempo, a la mansión del Vedado para encontrarse con Frasco quien le ha rogado que le vaya a ver, pues tiene graves asuntos que tratarle. Florencio escapa, pero ya no hay lugar para él en la ciudad, donde la policía le acosa y huye, precipitadamente, a los Estados Unidos.

Ah, floté en los rayos de la luz, me moví a través de las invisibles partículas de polvo, respiré por los pétalos de una flor, aleteé transformada en mariposa, convertida en zunzún, subí arriba, arriba, a caballo, sobre una nube blanca, descendí en forma de lluvia que golpeó los techos, las ventanas, los patios y

escuché conversaciones, secretos de alcoba que guardé conmigo mientras corría en claros y frescos ríos rumbo a las aguas del mar en las cuales me sumergí gozosa para, tiempo después, ser tragada por el sol que me hizo nube, y bajé nuevamente en gruesas gotas de lluvia que, unidas a la tierra, se convirtieron en una frondosa enredadera, desde donde salí volando en las alas de una mariposa.

Aire fui, flor fui, mariposa, zonzún, lluvia, nube, lluvia, enredadera, paloma fui y en todo aquel inmenso camino se fueron quedando mis odios y al final yo era tan ligera y suave como la luz.

¿Qué Dios me hizo recorrer aquellos caminos? No sé, pero en la espera de partir, para siempre y nunca más, mucho pude ver. Vi a las ramas de mi tronco, vi a quienes el tronco y las ramas hirieron, vi el cloquear de la gallina, el empollamiento de los huevos y el crecer de los pollos, y siempre interpuse mi hábito protector en torno a ellos para evitar los picotazos de los gavilanes que les atacaron, y de los cuales no siempre los dioses me permitieron defenderlos. Amparé a Consuelo, la biznieta de la esclava que fui en mi última vida humana, pero no pude evitar el temprano vuelo de ikú sobre dos de sus hijos, aunque sí protegí a Milagros, la tercera, de quien salió el fruto que desarrolló el tronco con el cual partiré para siempre.

Rompí todos los pactos y libre del fuego y la ponzoña no herí más a los que siempre me hirieron y dejé que sus aguas corrieran ciudad abajo, turbulentas, sucias, enfangadas, golpeándose entre sí, hasta el puerto donde desaparecerían, como todos, para luego convertirse en nubes y más tarde volver a ser agua que correrá otra vez corriente abajo.

Otras dos arrugas navegaron en la frente de Frasco, parecida a un mar rizado, y los ojos, hundidos en sus cuencas, se escondieron tras las pestañas, buscando, en la ausencia de luz, un minuto de reposo y respuestas a viejas preguntas. “¿Qué había sucedido con Florencio? ¿Por qué un joven de futuro tan prometedor abandonaba todo de repente y se unía a los independentistas?” Vana empresa aquella de la independencia con muy pocas probabilidades de triunfar, no porque los insurrectos no tuvieran, en parte, la razón. Sí, la tenían. Frasco abrió los ojos y la vista exploró sus propias manos. La prepotencia de los funcionarios españoles y, sobre todo, su afán de controlar los negocios, desplazando a los cubanos, incluso los más leales, era ya insoportable. Hasta a él intentaban marginarlo, pero la solución no estaba en la guerra. España era demasiado poderosa para que un grupo de hombres mal armados pudiera derrotarla. El camino iba por otro lugar, más sutil, más torcido y más práctico. Ponerse, aparentemente, del lado de España e ir dominando la economía, las finanzas, los bancos, los ingenios, hasta que el gobierno no tuviera más remedio que ceder y dejar el dominio de la isla en mano de los grandes negociantes cubanos. Así había intentado explicárselo, sin ningún resultado, al loco de su hijo en la última entrevista, que sostuvieron el día de aquellas detenciones en la ciudad. No, Florencio no entendió nada, simplemente no poseía flexibilidad y agudeza de pensamiento para analizar los problemas en su justo valor. “La guerra es el único camino, padre”, dijo con la dureza de un hacha, tan terco y empecinado como el abuelo Francisco. Por eso había abandonado los estudios y la casa familiar y se había casado en secreto con aquella insignificante mujer, hija del iluso masón independentista. Y él impotente, sin poder evitar nada, ignorante de los pasos de Florencio, de su grado de comprometimiento con los insurrectos, de que la policía tenía los hilos en sus manos, en la espera de completar el rompecabezas investigativo para echarle el guante a toda aquella gavilla de tontos, incapaces de comprender que contra el poder absoluto era imposible luchar.

Los pulmones de Frasco se sacudieron con una tos súbita que calmó bebiendo un vaso de agua. Y para colmo, su salud no era la mejor. Por suerte, Florencio había logrado escapar y tuvo el suficiente tino de aceptar el dinero que él le ofreciera y los contactos con el capitán del velero que le transportó hasta los Estados Unidos.

¿Qué obtuvo Florencio con sus acciones, qué obtuvieron sus amigos? Nada, sólo la muerte y la prisión para algunos, el destierro para otros. Frasco carraspeó, sintiendo que un nuevo ataque de tos era inminente. En La Habana todo seguía igual, los negocios continuaban, la mayoría de la gente trabajaba y nadie se preocupaba si algunos imbéciles eran detenidos, ejecutados o desterrados. Y así sería siempre en la vida. Los de abajo, abajo, los de arriba, arriba, y si se pertenecía a los de abajo, la única posibilidad de

cambiar las cosas era trepar por una escalera, con un sable en la boca, dispuesto a degollar a quien obstruyera el paso de las alturas. Afortunadamente, los Valle, Francisco, Fernando, él, habían comprendido bien esa regla de la vida y se hallaban arriba, pero el tonto de Florencio no, probablemente porque la sangre que le llenó las venas fue la de Clemente. La sangre de un perdedor, de un fracasado, o quizá también hubiese habido mezcla con la sangre de Gabi, otro fracasado. No, Gabi no, bien macho había demostrado ser Florencio. Por primera vez una ráfaga de orgullo galopó a través de Frasco, pero enseguida desapareció en las profundidades de la mente cuando sus pulmones se inflamaron nuevamente y una violenta sacudida le hizo arquear el cuerpo, mientras las manos buscaban aprisa las gotas recomendadas por el médico, convertidos los pulmones en un fuelle, en el cual apenas entraba aire. Finalmente los labios bebieron las gotas mezcladas con un poco de agua y poco a poco la respiración se fue serenando.

Aquella maldita tos, aquellos médicos con sus recetas y pócimas que en nada le aliviaban, por el contrario, cada día se sentía peor, pero ni tos ni médicos podrían liquidarlo. Él iba a vivir cien años para ver el fin de la guerra, el final de todos, aunque las desgracias y disgustos le persiguiesen y asaltasen cuando menos lo esperaba, como con Florencio. Tonto hijo, se dijo, que no pensó no ya en él mismo sino tampoco en la familia, en sus hijos, los jimaguas, abandonados a su propia suerte, en manos de una tía materna estúpida, pobre e independentista. Pero aquello no duraría mucho, no, sus nietos no se criarían en otra casa que no fuera la suya, la de los Valle, como les correspondía.

Frasco respiró hondo y se puso la mano sobre el corazón que se agitaba saltándole dentro del pecho. Ya todo estaba arreglado, conversado con el abogado, el juez de acuerdo; en ausencia del padre, la custodia pasaba al abuelo y la semana entrante los gemelos estarían con él, para educarse en el ambiente que necesitaban. No más ropa de pobres, no más carencia de nada, no más aquellos absurdos nombres, Clemente Felipe y Simón Fabián, obviamente en honor del tío Clemente y de Bolívar, que si ya no podían ser cambiados al menos darían paso simplemente a Felipe y Fabián, borrados para siempre el Clemente y el Simón. Ellos, los gemelos iban a ser quienes continuasen el tronco Valle, en ausencia de Florencio.

Frasco detuvo sus pensamientos y nuevamente el corazón se agitó en su interior. “¿Acaso va a desaparecer Florencio para siempre?, ¿Nunca volverá a su casa, Dios?”, se dijo, pero no pudo responderse, acometido por un violento acceso de tos que hizo que, en su interior, los latidos del corazón se transformaran en la desenfrenada carrera de un caballo.

No, Florencio no regresó jamás al hogar paterno. Imposibilitado de pasar, desde La Habana al campo insurrecto, perseguido por la policía, huye a los Estados Unidos en una pequeña goleta conseguida por Frasco. Allí, en contacto con Agustín de Santa Rosa, se une a la Junta Patriótica Cubana y una ventosa mañana de invierno embarca hacia Cuba en una nave de lento andar, sobrecargada de hombres y armas, que, a la altura de Guantánamo, poco antes de llegar al lugar de desembarco, es descubierta y apresada por un bien artillado crucero español que conduce embarcación y tripulantes a la ciudad de Santiago de Cuba, donde los expedicionarios son encerrados en la fortaleza del Morro.

En su mazmorra, sobre un acantilado, Florencio respira la débil corriente de aire marino que entra por el ventanuco enrejado a través del cual se ve la oscura silueta del mar y más allá, en el horizonte, el pulsar de las estrellas, brillantes unas, opacas otras, lejanas todas. Bajo la ventana, las olas, tenaces, lamen las rocas de la fortaleza que no se deja horadar y el monótono murmullo del oleaje llega, como señal de peligro, hasta Florencio, que no puede conciliar el sueño, acosado por los recuerdos que le reptan por dentro. Junto a él, acostado en un sucio camastro, su compañero de celda tampoco duerme, en la espera de la incierta mañana que quizá nunca llegase.

—¿Tienes un cigarrillo? —el otro se sentó en el camastro y a la luz del fósforo que se encendió para prender el cigarrillo, Florencio vio unos ojos cansados, marcados por gruesas ojeras.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Juan —dijo el otro y aspiró el humo del cigarrillo—, Juan Montero. ¿Y tú?

—Florencio Valle.

Una ráfaga de viento apagó el cigarrillo de Juan Montero.

—No tengo más fósforos —dijo con pesadumbre—, ¿tienes tú?

Qué importaba que los fósforos se acabaran ahora, qué importaba fumar o no si dentro de pocas horas, quizá minutos, lo que acabaría sería la propia vida.

—Acercándose al ventanuco Florencio interrogó a la noche. ¿Qué estarían haciendo en ese instante sus hijos, su padre?, ¿Cómo recibirían la noticia de su muerte? Porque de allí, estaba seguro, no iban a salir vivos.

—Es interesante... —Montero se detuvo, buscando las ideas precisas.

—¿Qué?

—Que hayamos venido en la misma expedición, que estemos juntos aquí y que sólo ahora nos conozcamos personalmente.

—Éramos muchos en el barco... así es la vida —Florencio no deseaba seguir hablando. Quería conservar aquellos últimos momentos para pensar en su familia. ¿Le recordarían sus hijos? ¿Qué pensarían de él?

—Te conozco —Montero se empeñaba en hablar, quizá para olvidar su propia angustia—. Eres de la familia Valle. Mi bisabuelo hablaba mucho de ustedes.

—¿Tu bisabuelo?

—El conde Jacobo Montero.

El conde Jacobo Montero. Por un instante los recuerdos se desviaron en la mente de Florencio que rememoró viejas historias de disputas entre las dos familias. “¿Qué extraña es la vida, venir a parar a la misma celda con el biznieto del enemigo de mi abuelo!” se dijo y en el horizonte, a través de la ventana, atisbó una franja blanquecina, anunciadora del amanecer. No pudo verla mucho tiempo porque en ese momento la puerta de la celda se abrió y dos soldados, oscuros, grises, bayoneta calada, entraron y lo llevaron, con Juan Montero, a través de un estrecho corredor hasta una pequeña estancia donde, detrás de una vieja mesa, se sentaban tres militares de ojos duros, quizá tan cansados como los de los prisioneros.

Todo fue mucho más rápido de lo que Florencio pensara.

—Florencio Valle —dijo mecánicamente, sin animosidad, uno de los oficiales—, os acuso de rebelión y piratería, ¿tenéis algo que declarar?

—Vine a luchar por la libertad de mi país.

—Entendido —otro oficial habló con tono cansino—. ¿El abogado defensor desea decir algo más?

—No, excelencia, sólo reiterar el pedido de clemencia y recordar que este joven al igual que mi otro defendido, Juan Montero, pertenecen a las familias más distinguidas de La Habana.

—Lo sabemos, pero éstos son los más peligrosos siempre. La chusma no tiene ideas. Lamentablemente los jóvenes son impulsivos y sus pensamientos alocados —dijo el tercer oficial, un viejo con grados de mayor, en un tono que a Florencio le pareció paternal. El Tribunal se retiró a deliberar y pronto estuvo la sentencia lista.

—Florencio Valle. Se os condena a la pena máxima por fusilamiento —el mayor, después de leer el veredicto apresuradamente, se quitó los espejuelos y miró a Florencio con pena. “Qué lástima”, se dijo, “este joven pudiera ser mi hijo, pero así es la guerra.”

De regreso a la celda, Florencio no pensó en la sentencia y la pronta ejecución, sino en sus hijos y en ellos pensaba cuando oyó los pasos de los soldados que se aproximaban, abriendo celdas y gritando nombres: “Luis Bello, Agustín Santa Rosa, Juan Montero, Florencio Valle”. Tampoco le arrancaron de sus pensamientos los gritos de los otros prisioneros: “Viva Cuba libre”, “Hermanos, valor”, “Adiós, Agustín”. Indiferente, acompañó a los soldados que se pararon frente a él y mientras le apuntaban seguía recordando a Flor y a sus hijos y recordándolos estaba cuando una voz dijo “fuego” y algo muy duro le pegó en el cuerpo, haciéndolo caer hacia adelante, la vista nublada y un borbotón de sangre en la boca que manchó el polvo sobre el cual cayó de bruces.

“Siempre supuse que ése iba a ser su fin”, dijo Frasco por todo comentario, sin que se le moviera un solo músculo del rostro, cuando le anunciaron la muerte de Florencio. Después, al quedar solo en su despacho, sus puños golpearon repetidas veces la madera del escritorio hasta que, agotado, la cabeza se le escondió en el pecho y los ojos se le aguaron. “¿Por qué? ¿Por qué Florencio?”, se dijo. “¿Por qué, Dios, por qué tuvo que ser él? Se lo advertí, se lo advertí. Él fue el culpable de lo que le sucedió. Él y sólo él.” Sentándose, Frasco meditó largo tiempo y al levantarse su decisión estaba tomada. Desde ese momento el nombre de Florencio no sería pronunciado más por él, como si nunca hubiese tenido un hijo fusilado por independentista. En cuanto a los gemelos, se encargaría bien de que no fueran ilusos, como su padre. Si con Florencio se equivocó, con Felipe y Fabián no iba a repetir el mismo error.

Los criaría a su lado, bien vigilados para controlarlos y educarlos a su manera, pero para eso era necesario apartarlos de toda posible tentación independentista, de todo el peligro que significaba la guerra. Debía alejarlos a ellos y también alejarse él. Ya, algunos, al saber de la muerte de Florencio, comenzaban a tratarlo con cierto recelo, como si él hubiese compartido las ideas de su hijo, e incluso le habían insinuado, muy veladamente, lo oportuno de una declaración suya que dejase claramente establecido su distanciamiento con la conducta de Florencio y su reafirmación de total lealtad a la Corona. No, él no iba a hacer eso. No era partidario de los independentistas; cualquiera, en su sano juicio, lo sabía, aunque ¿quién andaba en sus cabales en aquellos momentos?, pero él no iba a rebajarse, con una declaración, más o menos pública, condenando a Florencio y a sus compañeros. Condenar a Florencio era condenar a la familia Valle y la familia estaba arriba de todo. La guerra parecía concluir, pero ¿y después? ¿No vendrían acaso nuevas tentativas bélicas provocadas por los cubanos vencidos ahora, pero siempre rebeldes? El momento era de partir, con los gemelos, y regresar cuando las cosas estuviesen en orden, con el gobierno que fuese.

—¿Qué hizo tu puñetero familiar cuando le mataron al hijo? Seguro renegó de él y escupió sobre su tumba —la pregunta de Antonio te sorprende mientras revisas papeles de Frasco y tú le respondes lo mismo que respondiste noches atrás en una nueva reunión de los amigos.

Han regresado todos de sus viajes por el extranjero y otra vez están sentados en la terraza, hablando hoy del tema del día: el golpe de estado del general Batista, pero al ver que la conversación puede convertirse en disputa pues Garriga lo defiende, Torrente se mantiene neutral, y Rosario y Reyes lo atacan, cambias el giro de la charla y, en la primera oportunidad, vuelves a tus antepasados. Sin embargo, como de política y lucha política se ha estado hablando, la pregunta salta por sí sola: ¿qué hicieron los Valle o, más exactamente, Frasco durante la Guerra Grande?

Por supuesto que lucharon por la independencia, al extremo de que Florencio Valle fue ejecutado, luego de ser capturado el barco con armas en el que iba hacia el campo insurrecto. En cuanto a Frasco, ayudó en todo lo que pudo a los independentistas habaneros, y luego de la ejecución de Florencio tuvo que emigrar porque su situación en La Habana era insostenible, asediado por la policía.

Así respondiste, consciente de la mentira, pero no toda tu versión (contada para honrar a la familia) es falsa. Efectivamente Frasco emigra luego del asesinato de Florencio, a quien mucho lloró en

secreto, y tampoco es falso que algunos comenzaron a mirarle con recelo, tanto por lo de Florencio como porque algo se supo sobre su ayuda financiera a los independentistas habaneros.

—Bueno, ¿en realidad con quién estuvo Frasco? —pregunta Rosario que no ha creído mucho tu historia en lo que se refiere a Frasco. Todos se han marchado y están ustedes dos solos en la terraza bebiendo el último trago antes de irse a la cama juntos. Tú mueves los hombros y no contestas porque la respuesta hubiese sido que, efectivamente, Frasco estuvo con él, con Frasco, con sus intereses y eso no quieres reconocerlo.

—¿Y adónde se fue?

A los Estados Unidos, pero no a la vieja casona familiar de Nueva Orleans junto a la rama norteamericana de los Valle, sino a Nueva York, donde ha invertido buenas cantidades de dinero en la bolsa y en bienes raíces. Se lleva a los gemelos y allá aguarda el cercano fin de la guerra, sin descuidar entrar en relaciones con la colonia de patriotas emigrados a quienes, de cuando en cuando, les entrega algún dinero, ni de informar al cónsul español de las actividades de la colonia y, a veces, a la colonia de las actividades del cónsul.

—Ese Frasco era un canallón y un pícaro —dice Rosario.

Sí, Frasco era muy astuto, piensas. Termina la Guerra Grande, pero no se apresura a regresar. Vuelve más tarde. En esos tiempos algunos cubanos, autorizados por el gobierno, han fundado un partido, que lucha por un régimen autonómico para la isla, donde sus dirigentes, entre ellos sus socios y amigos Palacios y Echevarría, le piden que ingrese: “porque un hombre como usted, recto, honesto, amante del país pudiera hacer mucho por Cuba”. Frasco demora su respuesta y mientras se dedica a pulsar la situación social, a recorrer la ciudad, tan insegura en cuanto a robos y asaltos en la calle como años atrás, pero muy cambiada en su aspecto externo, sin murallas que la circunden, con un alumbrado público recién inaugurado, calles nuevas, servicio de agua corriente y hoteles tan confortables como los de los Estados Unidos. Por todas partes los negros se mueven libremente y ya no se escucha el chasquido del látigo porque la esclavitud ha sido abolida.

Las puertas de la mansión del Vedado, clausuradas largos años, se abren y dolorosos recuerdos llegan hasta Frasco, al penetrar en la habitación matrimonial compartida con Piedad Angélica, cuando sus ojos ven el mismo mobiliario, los mismos retratos familiares, todo igual que antes, pero impregnado por el polvo del tiempo y las huellas de la humedad. A la entrada de la casa le recibe Félix el calesero, viejo y libre que, aunque ya no es esclavo, ha preferido, sumisamente, quedarse al servicio de los amos. Félix, cuya única hija, Esperanza, es la cocinera.

“Félix, no has cambiado nada”, Frasco palmea el hombro del antiguo calesero que sonríe satisfecho, orgulloso de que su amo lo recuerde. Tras Frasco los gemelos escudriñan todo, entran y salen de las habitaciones vacías, en las cuales los muebles están cubiertos por telas blancas. En el desván hallan el viejo retrato, en el cual la pátina ha dejado su huella, de Sancho Lorente, que llevan con ellos, como si fuera un trofeo y preguntan quién es. Frasco sólo tiene una vaga idea, proveniente de su niñez, sobre el hombre pintado, el abuelo o el bisabuelo de mi abuelo, dice dudoso, una pésima pintura, pero los gemelos no están de acuerdo con su opinión; el cuadro les parece interesantísimo por lo raro y lo trasladan para su propia habitación, donde lo cuelgan entre risas y bromas.

Frasco se instala en la casona del Vedado y finalmente accede a ingresar en el partido autonomista porque ha comprendido que de los funcionarios, interesados en acapararlo todo para ellos, no obtendrá grandes beneficios. Pero antes de ingresar importa maquinaria de los Estados Unidos y moderniza sus tres ingenios azucareros, en los cuales la caña ya no es cortada por esclavos, sino por negros contratados.

—En el fondo hemos ganado con la abolición —le dice a Palacios mientras beben café en la casa del Vedado—, ahora, gracias a los nuevos equipos que he traído, obtengo el doble de azúcar con menos caña molida.

—Eso será usted que ha tenido suficiente capital para importar nuevas maquinarias, pero a la mayoría de los productores con sus viejos cachimbos y teniéndoles que pagar jornal a los negros, les va mucho peor —Palacios sopla sobre la taza de café humeante—. Cada día nos aprietan más y más. Por eso debemos luchar por el autonomismo, para que no nos ahoguen como ahora.

—Pero el banco les está dando créditos a los productores.

—No es suficiente. Bien lo sabe usted —Palacios bebe y deposita la taza en su plato.

—Y bien ¿qué le parecen las medidas planteadas por el partido ante la corte?

Frasco termina de beber.

—Sabe, Palacios, me he afiliado al partido sobre todo por usted, pero no creo que el autonomismo consiga nada. Otra vez huelo pólvora en el aire y estoy seguro que pronto estallará, Demasiados partidarios tienen Gómez, Maceo y ese abogadito que anda agitando por ahí...

—¿José Martí?

—El mismo —el sillón de Frasco se mueve rítmicamente como un abanico—. Sabe, en Nueva York tuve la curiosidad de verlo y oírlo en un mitin...

—¿Y? —Palacios se echa hacia adelante en su asiento.

—Habla muy bonito, pero en realidad me pareció un iluso, un iluso... —Frasco va a decir “como Florencio y el tío Clemente”, pero calla y contrae la cara al recordar a su hijo.

Palacios se mece en el sillón y los dos callan por un instante.

—Pero si usted piensa que una guerra puede comenzar, ¿por qué invirtió el dinero en sus ingenios? —Palacios detiene el balanceo del sillón. Frasco también detiene el suyo y se inclina para estar más cerca de su amigo.

—Sabe usted, amigo Palacios, una vez siendo yo muy niño, le oí decir a mi padre que el oro siempre dominaría.

Frasco hace una pausa para secarse, con un pañuelo de seda, el sudor de la cara.

—En Cuba, más que los bancos, más que el comercio, más que el ferrocarril, el oro es el azúcar...

Por la mirada de Palacios, Frasco ve que su amigo no entiende pero no le importa, habla para sí mismo.

—...y el azúcar existirá siempre aquí. Con los españoles, con los cubanos, con los norteamericanos, con cualquiera, con guerra o sin guerra, siempre viviremos del azúcar y quien domine el azúcar dominará la isla, por eso amplié mis ingenios.

Ah, yo era luz, pero era aún más porque la luz muere en las tinieblas y yo existía también en lo oscuro, igual que en la claridad. Corría con el viento, formaba parte de él y como viento veo a mi descendiente Milagros, de piel casi blanca que crece alta, hermosa. Estoy junto a ella al parir a su hijo, mi último tronco, que será cochero y rey del mundo, su hijo de padre blanco. Estoy a su lado cuando recibe a la santa que se le asienta en la cabeza, la orisha que la protegerá para siempre.

Ah, ah ...

—Habla, no te detengas.

Hay cosas que no se deben revelar ...

—Por una vez y para bien sí, habla.

Ah, Milagros, a los pies del santero Marcelo, los caracoles mostraron el santo que debía entrar en ella. Marcelo le dice la ofrenda pedida por el santo y mi tataranieta, ayudada por su padrino Remberto y su madrina Gloria, comienza a prepararse para recibirlo. Ellos la instruyen, la adentran en lo desconocido. Pasa el tiempo con las nubes del cielo y una tarde Remberto le cuelga al cuello el collar de mazo cuyas finas cuentas brillan bajo la mirada de Milagros.

—Mañana será y ya estás prendida —le dice Remberto y ella sabe que desde ese momento ya no se pertenece a sí misma.

Al siguiente día, acompañada por su padrino, va a la casa templo, a la ile-ocha, y yo les voy abriendo el camino hasta la casita del reparto Párraga en la cual lo primero que hace es la ofrenda que le marcaron los caracoles: el ebbo de entrada, un gallo, dos palomas, dos cocos y dos centavos prietos. Se sacrifican los animales, se unen a los cocos y los centavos y bien envueltos son colocados al pie de una palma real, como tributo a la santa que le despejará el camino y limpiará todo lo malo acumulado anteriormente.

Al anochecer, va al río Milagros junto a Sofía, su segunda madrina, Gloria y Remberto. No es profundo ni ancho el río, pero las aguas corren en él y llevan su homenaje a la diosa del mar. En los alrededores todo está oscuro y desierto, sólo las ranas hablan entre sí y un perro ladra a lo lejos y llama a sus hermanos, cuando Milagros entra a las tibias aguas que la limpian y purifican, arrastrando con ellas las impurezas de su cuerpo, ahogadas en la corriente amiga.

Ah, qué linda es Milagros al penetrar desnuda en el río, en cuyo fondo busca, a tientas, guiada por la santa, la piedra, que pondrá en su altar, pero más hermosa es cuando sale del agua, mojada y tersa la piel, igual a una criatura recién nacida. Quiero ser Milagros, pero solamente soy aire, viento. Esa noche mi descendiente ha comenzado a nacer aunque todavía no podrá dormir. Aún le falta mucho antes de acostarse en su estera de paja, junto a la anterior ahijada de su madrina.

Lentamente regresamos a la casa donde esperan para la rogación de cabeza de Milagros, la ceremonia de ofrenda a su Ángel de la Guarda, a su Eleddá, porque si Él no está contento y bien alimentado ella no podrá ser dichosa.

Descalza, con las manos en las rodillas, las palmas abiertas vueltas hacia arriba, los ojos cerrados, Milagros se sienta en una pequeña silla. Frente a ella la madrina sostiene dos platos blancos nuevos con comida. Siento hambre y en su momento comeré, pero ahora este alimento no es para mí. Pertenece al Eleddá de Milagros que se muestra hambriento. La madrina lo sabe, pero antes de ofrecerle la comida enciende dos velas, les reza a los santos y canta en honor de cada uno de ellos. Todos cantamos cuatro veces. Milagros mantiene los ojos apretados, concentrada, muy seria, mientras la madrina le pide al Ángel de la Guarda que cuide la cabeza de Milagros para que nadie abuse de su persona y haga que siempre esté fresca.

La madrina calla, alza los platos y los presenta a la frente, la nuca, los hombros, las manos, las rodillas, los pies de Milagros que se estremece cuando su Eleddá comienza a comer goloso. La madrina reza y después, poniendo los platos en el suelo, se moja los dedos índices en un recipiente con agua bendita y con ella hace una cruz en la frente de Milagros, le humedece la nuca, las manos, los pies. Ah, ah.

—Continúa.

Largo es el camino. El camino que yo nunca pude recorrer completo en la tierra durante mi vida de esclava.

—Por favor, continúa.

Ah, Eleddá ha comido, pero tiene sed. Necesita beber para vivir y hacer vivir sana a Milagros. Eso también lo sabe Gloria y en la coronilla de la cabeza de mi tataranieta echa un poco de sangre de un gallo, unida a una pasta con pedacitos de coco y cacao que acaba de mascar, y enseguida cubre la cabeza con plumas del ave sacrificada, algodón y un pañuelo blanco nuevo. La ofrenda esta casi terminada y Eleddá satisfecho. Mañana con mucho cuidado, recogerán los residuos que Él no ha comido y, envolviéndolos en otro pañuelo blanco, los tirarán en un oscuro lugar del monte bien escondidos del sol.

Esta noche ya Milagros puede dormir. La acompaño hasta su estera donde se acostará vestida de blanco. Velo junto a ella mientras duerme. Soplo y caliente el aire del cuarto, le doy sueños agradables en los cuales ella es una reina rodeada de súbditos que la adoran, la reina que yo no pude ser cuando fui esclava. Milagros duerme y sonrío. Mañana la espera un día muy largo, el día de su total nacimiento.

Nuevamente la depresión te domina y sientes que estás a punto de caer en una crisis anímica. Esta vez la causa no son los negocios, que marchan bien, ni el estrés, ni las relaciones con Rosario, estabilizadas luego de la última disputa. Tampoco es la situación política provocada por el golpe de estado del general Batista, a quien detestas, ahora más por sus asesinatos de civiles como represalias por los ataques a militares y cuarteles. No, nada de eso es motivo suficiente para provocar el estado de angustia en que casi te hallas, del cual el siquiatra no te saca; por el contrario, con sus sesiones empeoras. No, es algo más profundo, impreciso que, sin causa aparente, te provoca el deseo de estar el día entero mirando el techo sin ver a nadie, mientras una sensación (¿temor?) de que algo malo ronda cerca te corroe por dentro. “Dios mío”, dices, “¿seré yo verdaderamente el loco de la familia?”, ese loco que inexorablemente (lo has constatado en las investigaciones), aparece en cada generación de los Valle, “¿seré yo y no Antonio?” No, no es verdad, en la generación de Felipe y Fabián no hubo locos ni tampoco Florencio fue loco. Desde Florencio no hay orates en la familia, ni tampoco se puede decir que Antonio sea un loco real, ni tú tampoco lo eres, pruebas has dado de ello. “Sólo tengo un poco de depresión”, razones, “unos antidepresivos (nada de las largas y costosas consultas del siquiatra) y todo estará arreglado”. Tomas los antidepresivos, pero no hacen efecto, el malestar interior prosigue avanzando, secándote, como el lento y firme avance de las arenas de un desierto sobre tierras fértiles.

De repente recuerdas las palabras pronunciadas por don Genaro, el santero, “usted tiene problemas y debe cuidarse mucho”, te dijo el viejo al entregarte un collar rojo de cuentas de coco. “¿Dónde está ese collar?” te preguntas. Debe haberse perdido porque más nunca lo has vuelto a ver, probablemente se te cayó en la calle. Eso es, la pérdida del resguardo ha provocado este malestar. Por un instante esa idea, tonta, absurda, te muerde el cerebro. La rechazas, pero eso no impide que quede flotando en el subconsciente, terco náufrago negado a morir, y constantemente trate de salir a la superficie. Expulsada por tu mente racional vuelve a su oscuro sitio, pero se venga y navega a través de tus sueños, raros, fantásticos, en los cuales don Genaro te amenaza con graves males por la pérdida del amuleto. Tan depresivo y abrumado estás que se lo dices todo a Rosario una noche en la cama. Con ella las cosas comienzan a ir de mal en peor en cuanto al sexo, pues en el último mes no han podido tener una sola relación y todo por culpa tuya. Sencillamente tu miembro viril, desobediente, hostil, te niega su erección por mucho que la desees y se la pidas. “¡Dios mío, me he quedado impotente!”, exclamas y el siquiatra pone su tratamiento. Rosario comprende y trata de ayudar, aunque nada, al igual que la depresión, surte efecto. Quizá depresión y erección, piensas, están unidas.

Le hablas a Rosario de los sueños con don Genaro, de la pérdida del amuleto y de tus ocultos y supersticiosos temores, pero ella no sería quien es si no hubiera respondido como respondió: “Mañana mismo vamos a ver a don Genaro”.

Viajan nuevamente a Párraga en el auto guiado por Raymundo, pero una sorpresiva y desagradable noticia los recibe al llegar a la casita del viejo santero: don Genaro ha muerto repentinamente una semana atrás, víctima de un rayo que cayó sobre la ceiba de su patio y, de paso, lo fulminó a él. “Pero ¿cómo es posible que en Cuba, hoy en día, alguien muera así?”, va diciendo Rosario por el camino y esa

noche tampoco puedes hacer el amor con ella ni logras conciliar el sueño. Quizá por eso, porque estás medio atontado, cuando a la mañana siguiente Raymundo vuelve a insistir en su antigua propuesta de visitar a su esposa espiritista “que quizá pueda ayudarle y aclararle muchas cosas, caballero”, le respondes “está bien Raymundo, prepare la visita para el próximo sábado”.

Ah, temprano en la mañana hago ruido en el cuarto y despierto a Milagros. “Aprisa, aprisa, levántate”, le susurro al oído, “hoy es el día más importante de tu vida porque vas a nacer otra vez”. Ella se levanta, me mira pero no me ve y yo la dejo cuando llega la segunda madrina con su desayuno, cuatro pedacitos de coco, un pedazo de pescado ahumado y otro de jicotea.

Dejo a Milagros y voy al cuarto secreto, donde Gloria, Marcelo y otros santeros preparan cuidadosamente, con amor, el líquido sagrado que lavará las prendas, los atributos de los santos, la bebida que tomada por Milagros le dará vida y fuerzas. Arrodilladas en el suelo, sobre una estera, las mujeres piden el permiso de los santos orichas y van desmenuzando manojos de hierbas que previamente Marcelo ha presentado al sol. Escupe Marcelo sobre cada manojito para transmitirle su poder, su “aché”, recogido en la saliva, la gracia divina otorgada a él por Orula, el dios adivinador. Todos cantan rezos y las hierbas picadas en finos pedacitos van cayendo, como mechones de luz en recipientes alineados junto a la estera, en los cuales se mezclan con agua bendita, de lluvia, miel de abejas, aguardiente, manteca de corajo, pimienta de Guinea, trocitos de pescado ahumado y sangre de animales.

Transformada en agua, sentí nadar en mi interior las hierbas benditas y a los alimentos sagrados que refrescaron y fortalecieron mi cansado espíritu.

El líquido maravilloso, el omiero, estaba listo y con él lavaron las prendas de los santos dentro de sus recipientes. Yo también lavo los remos, el ancla, el bote, la tinaja, el yunque, de la reina del mar que pronto acompañará a Milagros.

El Oro y el Ossaín habían sido hechos y la bebida de la vida se vertió en una gran cazuela de la cual cada presente bebió un jarrito y de donde diariamente se sacaría una jícara para alimentar a Milagros. Sólo ella faltaba y fui a buscarla porque su día era llegado.

Comenzada era la guerra nuevamente y todas las represas saltaban resquebrajadas por la corriente de violentas aguas que arrasaban cualquier obstáculo, arrastrando hombres, animales, vidas, fortunas. A su nuevo despacho de la calle de los Oficios le llevaron la noticia a Frasco que, sin hacer comentarios, terminó de firmar documentos para enviar ese mismo día hacia los Estados Unidos. A media mañana, nuevas informaciones se supieron a través de un bando oficial, anunciador de que una partida de forajidos se había alzado en armas cerca de Matanzas, pero, dispersos inmediatamente, eran perseguidos por tropas del gobierno. Después de almuerzo, llegaron Palacios y Echevarría, con versiones frescas, obtenidas de personas cercanas al capitán general, en cuya opinión, compartida por ellos, el alzamiento no pasaba de ser una intentona, como tantas otras, que pronto sería liquidada. Ahora, lo importante era, Palacios habló de prisa, que la dirección del Partido Autonomista se reuniera y dejara bien sentada su posición de condena al levantamiento para que los más intransigentes no pudieran acusarles de estar mezclados en los hechos. Luego de escuchar a sus amigos, Frasco se puso de pie.

—Señores, éste no es más que el comienzo. El movimiento no será sofocado y rápidamente veremos nuevos brotes. Esta vez los independentistas, estoy seguro, ganarán la guerra —dijo a los sorprendidos Palacios y Echevarría—. En cuanto al partido, haga lo que haga, está liquidado.

No se equivocó Frasco. En menos de un año, los insurrectos, salidos de Oriente alcanzaban La Habana y el extremo más occidental de la isla. Cuando, en su marcha invasora, los rebeldes quemaron el

viejo ingenio Trinidad, el primero y más antiguo de la familia Valle, Frasco, convencido de que Cuba no resultaba lugar seguro, marchó nuevamente hacia los Estados Unidos, en compañía de los gemelos, “porque la guerra es como un ciclón”, le dijo a Palacios poco antes de partir, “sólo escapa de él quien se encuentra lejos de sus vientos”.

—¿Y el partido, que será del partido, qué será de nosotros? —Palacios estaba consternado como nunca.

Frasco terminó de lacrar un sobre, lo introdujo en una carpeta y observó a Palacios con su habitual mirada penetrante.

—Al carajo el partido. Nunca me interesó verdaderamente. En cuanto a nosotros, es decir yo y usted, siempre seremos necesarios en este país, con cualquier gobierno, porque somos hábiles, inteligentes y, lo más importante, tenemos el oro.

—Ése es el problema —un tic nervioso contrajo el ojo derecho de Palacios—, la guerra puede destruir nuestros capitales.

Los labios de Frasco hicieron una mueca.

—No para quienes sepamos ponerlo a buen recaudo lejos del fuego —dijo y sus labios volvieron a ser el mismo río seco de siempre.

—Pero le acaban de quemar el Trinidad.

—No sea ingenuo, Palacios. Al Trinidad lo aseguré en tres veces su valor dos meses antes de comenzar la guerra.

—¿Y el resto de sus propiedades? Pueden ser quemadas, saqueadas... ¿Y nuestra compañía?

—La mayoría aseguradas y las que no lo están y sean dañadas alguien me las indemnizará al final. En cuanto a nuestra compañía, ¿no se queda usted aquí para representarla y defenderla?

La tos de siempre acometió a Frasco que semiahogado tuvo que sentarse.

—Entonces, ¿se va? —dijo Palacios cuando la tos hubo pasado.

—Dentro de dos semanas.

Frasco se fue y el resto de la guerra la vivió entre Nueva Orleáns y Nueva York, donde tuvo el buen cuidado de conocer al representante del Partido Revolucionario Cubano en el exilio, don Tomás Estrada Palma, “un viejo tozudo”, pensó Frasco, luego de tratarle, y a otros emigrados a quienes ayudó, en secreto, financieramente y relacionándolos con importantes norteamericanos amigos suyos.

En Nueva Orleáns, su primo Roberto Valle Townsend le presentó al general Leonardo Wood, de paso por la ciudad, a quien los Valle norteamericanos le dieron una cena de bienvenida en la cual el general, hombre enérgico y perspicaz, conversó largamente con Frasco sobre la guerra en la isla, muy interesado en saber la posición de los hombres de negocios cubanos (“no los independentistas, sino los serios”, recalcó el general) en el conflicto. Por su parte, Frasco tuvo buen cuidado de averiguar discretamente si el general, conocido como amigo personal del candidato a presidente MacKinley, consideraba posible la intervención armada de los Estados Unidos en la guerra. Wood se mostró reticente, pero luego del quinto vaso de whisky, en un gesto de familiaridad inusual en él, puso su mano sobre el hombro de Frasco al responderle: “Sí, señor, creo que es el deber y el derecho de nuestra nación intervenir en esa cruenta guerra y ayudar a ese pobre e infeliz país para que pronto salga de la barbarie”.

Varios años vivió Frasco en los Estados Unidos, manejando con tino sus negocios (especulaciones en la bolsa, acciones en el ferrocarril de Pensilvania, compra de terrenos en el sur de la Florida) sin descuidar las relaciones con Estrada Palma y la emigración cubana, siempre informado de las noticias provenientes de la isla que le demostraban, cada día, los progresos incontenibles de las fuerzas rebeldes y la derrota del gobierno, pero, sobre todo, cultivando amistades entre hombres de negocios y de la política norteamericana, el oído bien atento a lo que sucedía en los entretelones de la Casa Blanca y el Congreso.

Tan bien informado estaba que no le sorprendió en lo más mínimo, por el contrario lo esperaba hacía tiempo, que en abril de 1898 los Estados Unidos declarasen la guerra a España. “Pronto estaremos de vuelta en la isla”, le dijo a su nieto Felipe y envió numerosas cartas, entre ellas a Tomás Estrada Palma, felicitándole por la marcha exitosa que tomaba la guerra, y al general Wood agradeciéndole, en lo que al militar correspondía, como norteamericano y amigo del presidente, la decisión tomada por la Casa Blanca. En misiva secreta, enviada con un propio, a Palacios, que durante toda la contienda se había mantenido en La Habana al frente de la Casa Valle-Palacios, Frasco le urgía comprase a la mayor brevedad posible todas las propiedades que aún estuviesen en venta dentro de la isla: fábricas, tierras, y sobre todo ingenios, cuyos precios andaban por los suelos a causa del conflicto.

“Compre, ahora, con la participación de los norteamericanos en la lucha y la segura derrota de España. A corto plazo, cuando cesen las hostilidades esas propiedades, al igual que en 1878, valdrán el triple, porque los americanos están interesados en reconstruir, para su provecho, la economía cubana.”

No tuvo que aguardar mucho Frasco. A los tres meses de entrar los Estados Unidos en el conflicto, España pedía la paz y poco después las tropas norteamericanas, comandadas por el general Brooke, llegaban a La Habana. Tampoco esta vez apresuró Frasco el regreso. “Cuando se calmen un poco las pasiones allá, retornaré”, le escribió a Palacios.

Meses más tarde, embarcaba hacia Cuba en pos de la comitiva del nuevo gobernador de la isla, sustituto de Brooke, el general Leonardo Wood, su antiguo conocido, investido con poderes especiales por el presidente MacKinley, quien apenas instalado en la Habana en el mismo despacho en el cual, décadas atrás, el capitán general Someruelos posara para el pintor Vermay, desde cuyo balcón Ruiz de Apodaca anunciara la derogación de la Constitución de 1812, donde Dionisio Vives recibiera a Francisco y Fernando Valle, estaba el general Leonardo Wood, pensando en las peripecias del destino que lo había llevado a mandar en un país totalmente desconocido para él, con la encomienda expresa de su presidente de imponer una regulación política que sería de muy difícil aceptación por parte de gente tan levantisca como los cubanos, siempre prestos a estallar por cualquier motivo. Y cualquier motivo podía ser una ofensa, pero también un incidente sin importancia, como una riña callejera, donde en pocos minutos se aglomeraban decenas de personas para, simplemente presenciar el espectáculo o tomar partido por los contendientes, en cuyo caso era de esperar un escándalo público de hombres que se golpeaban sin que, al final, nadie supiera bien a quién y por qué pegaba. No, aquello jamás sucedería en Boston o en Nueva York, con todo y la presencia cada vez más numerosa de los miles de inmigrantes italianos, vociferantes y violentos. Probablemente, la influencia española estaba presente en aquel rasgo de rebeldía de los cubanos, se dijo el general, mientras se asomaba al balcón desde el cual se divisaba la bandera norteamericana izada en el cercano Castillo del Morro. Levantiscos e irreflexivos, pero, al mismo tiempo, cándidos como niños a quienes se podía engañar, mostrándoles un juguete falso, y ese rasgo seguramente venía de los negros, torpes e infantiles, como si aún vivieran en sus sociedades tribales. El general se secó el sudor de la cara. Si no fuera por aquel calor, el país sería un paraíso, se dijo, gente así, no podía ser tratada con violencia, pero sí con halagos, prometiéndoles el oro y el moro, para, al final, obtener de ellos lo que se quisiese. Y él, Wood, iba a conseguir que la instrucción que le diera MacKinley se cumpliera: Cuba sería una República sólo en el caso de aceptar la posible intervención de los Estados Unidos en los asuntos internos de la isla cuando en ésta hubiese litigios o peligro para los intereses norteamericanos. Wood se guardó en el bolsillo superior de su guerrera el pañuelo con el que se secaba el sudor. Aquella disposición, se dijo, era inevitable tratándose de un pueblo primitivo, aún semisalvaje, como el cubano, sin ninguna experiencia en la vida democrática y sin instituciones. Para llevar adelante la encomienda del presidente debía tener mano dura y blanda a la vez. Dura en el sentido de hacerles saber a los cubanos que la Casa Blanca no abandonaría su propósito, blanda para atraerse a cubanos serios, responsables, que estuviesen de acuerdo con él y ayudasen a levantar y rehacer el país sobre las ruinas dejadas por la guerra. Sí, hombres como Francisco Valle, respetable, diligente, excelente conocedor del inglés y de los Estados Unidos, eran muy necesarios en aquel

momento. Por eso lo había mandado a buscar en cuanto supo de su presencia en el país. Wood miró el reloj, en el cual las manecillas plateadas marcaban las diez. En ese instante en el despacho entró un ordenanza militar y anunció que el señor Valle aguardaba en la antesala. “Hágalo pasar.”

Frasco avanzó hacia el general que, la mano extendida, lo saludó calurosamente mientras le invitaba a sentarse. Tomaron asiento en dos butacas de cuero, sonrieron al mismo tiempo y conversaron en inglés. Después de recordar, por unos minutos, su encuentro en Nueva Orleans y las amistades comunes, Wood fue a su objetivo.

—Mister Valle —dijo con su típico acento bostoniano—, la guerra ha dejado arruinada a Cuba y el país requiere para reconstruir su economía e implantar nuestras instituciones democráticas de hombres capaces —Wood volvió a secarse el sudor de la cara—. Usted mismo perdió un hijo en la contienda y sabe lo necesario que es el esfuerzo de todos en esta tarea común. Usted es uno de esos hombres capaces y por eso le pido que nos ayude, a mí y al futuro gobierno cubano, que estoy seguro, se formará en cuanto se acepte la enmienda, propuesta por el senador Platt, a la nueva Constitución cubana, dándonos el derecho a intervenir en Cuba cuando aquí se produzcan desórdenes que pongan en peligro la paz y la riqueza. Estará de acuerdo en que esa cláusula es imprescindible para la buena marcha de la isla y la seguridad de los Estados Unidos.

—Por supuesto, señor general, le entiendo muy bien —por el acento, el inglés de Frasco apenas se diferenciaba del de Wood.

—Entonces colabore conmigo y con el próximo gobierno que deberá estar integrado por hombres honestos y moderados como usted. ¿Conoce al señor Estrada Palma? Pienso que sería el presidente ideal para los cubanos.

—El señor Estrada Palma me ha honrado con su amistad y usted con su confianza. Por supuesto que recibirá mi ayuda y la de mis amigos, pero... —los dedos de Frasco tironearon su oreja— por el momento preferiría, por razones personales, no inmiscuirme en la política, que, probablemente, pronto comenzará para la elección del presidente y del Senado.

Wood hizo un imperceptible gesto de desencanto que no pasó inadvertido a Frasco.

—En cambio estoy dispuesto a contribuir en la recuperación económica del país. Algún capital poseo y en sociedad con algunos empresarios americanos, entre ellos el señor Kelly, quisiéramos invertir en tierras y producción de azúcar. En lo que se refiere a la política le puedo recomendar a varios amigos, hombres honestos y moderados de mucha utilidad.

—¿Quiénes?

—Los señores Palacios, Echevarría, Molina, el abogado Sánchez Torres, entre otros. A todos los garantizo.

—Lamento que usted no desee participar en los problemas políticos, pero si tiene amigos de confianza pueden venir a visitarme. En cuanto a las inversiones que se proponen realizar... —Wood dejó en suspenso la frase.

—Necesitaríamos una mínima cooperación de parte de usted que nos evite leguleyismo y trabas jurídicas de las impuestas por España, y que ahora algunos cubanos quieren mantener y nos permita comprar donde deseamos.

—De acuerdo, tendrá la ayuda —Wood se puso de pie.

—Algo más, señor general, mucho apreciaría un gesto suyo que me ayudara a cobrar indemnización por las propiedades más destruidas durante la guerra, entre ellas el ingenio Trinidad.

Wood sonrió mostrando una dentadura muy blanca y pareja.

—Despreocúpese, mister Valle, usted será indemnizado. Ah, y mándeme a sus amigos.

Ah, vestida de blanco, Milagros va hacia el cuarto secreto, caminando lentamente, un poco asustada por lo que verá, oirá y sentirá. Dentro de su cabeza mi voz la anima para que no desfallezca. Después de tocar tres veces en la puerta y pedir permiso de entrada, pasamos al cuarto donde la esperan sus mayores, babalao que tienen hecho santo, santeros, santeras. Entonces, la segunda madrina le pide que cierre los ojos y al cerrarlos le afeitan la cabeza. Poco a poco van cayendo sus largos cabellos y con ellos se marcha buena parte de su antigua vida. Cuando el último cabello ha sido eliminado le pintan en el cráneo cuatro círculos concéntricos, blanco, rojo, azul, amarillo, los colores de los santos que ayudarán a su entrada.

Traen a los animales para los santos, el carnero que morirá en silencio sin balar, el chivo de ojos locos, el gallo bravío de plumaje encarnado, la gallina negra que aleteará una sola vez cuando la segunda madrina le arranque la cabeza de un golpe, la paloma, blanca y sumisa, siempre asustada, el pato cacareante, la rara jutía, la perezosa jicotea. Milagros frota su cabeza con la del chivo, le escupe en la cara un poco del coco que ha estado masticando, le habla al oído para que el animal le lleve sus pedidos a los santos, enseguida le clava un cuchillo en el pescuezo y prueba su sangre.

Todos los animales serán sacrificados, primero los de cuatro patas, luego los de dos, y Milagros prueba un poco de la sangre para recibir la vida de ellos, la vida que se entrega a los santos, a quienes, descuartizados los animales, les van presentando sus carnes. Cada santo recibe, en su recipiente, la ofrenda que tanto le gusta. Deben comer y estar bien alimentados para sentirse satisfechos y darle protección a Milagros. Primero se le entrega su comida a Elegguá y por último a Yemayá. Cuando los santos han sido alimentados, la dueña de la casa retira las ofrendas y las lleva a la cocina para hacer la comida de la cual comerán todos los presentes. Sólo la cabeza del chivo queda junto al recipiente de Elegguá.

Rezamos y cantamos, invocando a los santos, a los orichas, y Milagros tiembla cuando el canto se hace más fuerte, más fuerte e intenso. Tiembla y se agita. Yo también tiemblo y me agito en torno a ella. De repente, pone los ojos en blanco y cae al suelo presa de convulsiones, pronunciando palabras que vienen de otra boca, de mi boca porque, sin poder contenerme, he entrado en mi tataranieta, estoy junto a ella, corro por su sangre, soy ella, espero a la santa que nunca pude recibir.

Mientras ruedo por el piso, varios santeros toman por sus puntas cuatro pañuelos, blanco, rojo, azul, amarillo, y los abren, como una gran sombrilla, bajo la cual otros santeros alzan los recipientes, donde se guardan los atributos de los santos, y los van presentando, uno a uno, a Milagros, que se contrae y se queda quieta cuando la segunda madrina levanta el recipiente del santo principal y lo hace descansar sobre la cabeza de mi tataranieta, mi cabeza.

La santa ha comenzado a entrar en el cuerpo de Milagros. La segunda madrina le abre la boca y con una navajita da un pequeño corte en la lengua, de donde corre un hilillo de sangre, en la cual pone enseguida miel de abejas, tres granos de pimienta y unos pedacitos de pescado ahumado y jutía. Entonces, de un golpe rápido, le arranca la cabeza a una gallina y un poco de su sangre caliente la derrama sobre el cráneo de Milagros, que ha recobrado el conocimiento, así la santa podrá beber y fortalecerse dentro de la nueva iniciada, su nueva ahijada, donde vivirá desde ese momento.

Milagros ha nacido otra vez. Mañana, luego de dormir en una estera, conmigo siempre a su lado, y ya protegida por la santa, se levantará muy temprano para, en unión de su nueva familia, reverenciar al padre sol. Después, vestida con el traje y los colores de la santa, sentada en un pilón, su trono, recibe, como una reina, a todos sus parientes y amigos que vienen a felicitarla, a celebrar con ella su nacimiento, a desearle buena suerte en la vida. Con ellos almuerza con apetito parte de los animales sacrificados, porque al otro día deberá estar bien preparada para oír y ver su pasado, presente y futuro.

Ruedan nuevamente los caracoles, lanzados por el italero, y marcan lo que Milagros puede y no puede hacer, indican el camino de la madre de mi último descendiente, el que me hizo descansar para siempre. Marcan los caracoles los tributos que debe pagar Milagros para que en su camino no haya nada

malo, que se arrojan al mar envueltos en un papel oscuro: una paloma blanca, dos babosas, manteca de cacao, dos plumas de loro, algodón, un pañuelo blanco, cuatro pesos y cinco centavos.

No, Frasco no participa directamente en las campañas políticas que dieron origen a la República, pero vuelca su fortuna e influencias a favor de don Tomás Estrada Palma. “Peña”, le ordena a su nuevo secretario, “encárguese de que todos los trabajadores de mis ingenios, todos, absolutamente todos, voten por don Tomás. Al que no vote por él despídalo y que no piensen que con eso del voto secreto me podrán engañar. Deje bien claro que si en un ingenio donde tengo trescientos trabajadores, don Tomás no obtiene trescientos votos, los despide a todos”. “Molina, oye bien, tienes que movilizar a tus amigos y conocidos a favor de don Tomás; es un interés especial mío y del general Wood.” “Sánchez Torres, ya sabe usted que el loco de Masó no puede ser electo presidente de ninguna manera. Imagínense, votar ese viejo cretino contra la Enmienda Platt. Su elección sería funesta para nuestros intereses. ¿Cómo andan las gestiones para la compra del Providencia? ...Magnífico. Salúdeme a sus hijas. Venga con ellas a casa el domingo.” “Echevarría, ya sabes qué hacer, sí, el general está muy satisfecho de tu trabajo.” “Palacios... ¿qué dices? ¿El Partido Liberal se niega a concurrir a las elecciones por falta de garantías? ...Mejor, así don Tomás saldrá de calle, sin contrarios... no importa... ¡que la oposición diga lo que quiera!” “Felicitaciones, ya tenemos el primer presidente de Cuba.”

Frasco apoya a Estrada Palma, pero no acepta ningún cargo en el nuevo gobierno cuando el presidente se lo propone. “Ayer don Tomás me hizo ir hasta el Palacio y estuvo conversando largamente conmigo”, le escribe a Roberto Valle su primo en Nueva Orleans, “fue muy amistoso y al final me pidió que ocupara una responsabilidad en su gobierno, pero decliné el pedido”.

“Señor presidente”, Frasco habla con voz reposada a Estrada Palma que se acaricia los bigotes, “yo lo he dado todo por mi país. Como usted sabe un hijo mío murió peleando en la guerra y mis propios bienes sufrieron deterioro. Ciertamente que fui autonomista, pero en cuanto comenzó la guerra abandoné el partido y en el exilio me uní a los patriotas que como usted llevaban la guerra adelante. Sin embargo, soy un hombre de negocios, y ya estoy muy viejo como para adentrarme en el desconocido mundo para mí de la política. Ahora sólo me ocupo de los negocios y de mis nietos. Déjeme que le apoye desde mi campo que son los negocios y el desarrollo económico de la nación”.

Lees esa carta y otras similares que te adentran en el mundo de los Valle a principios del siglo, cuando Frasco ya sólidamente establecido en la isla, luego de la guerra, compra nuevas propiedades en asociación con capital norteamericano. Gracias a tales inversiones, te dices, se construyen ferrocarriles, se moderniza el transporte y otros servicios públicos, se abren caminos, se crean nuevas fuentes de trabajo, el país se estabiliza y progresa luego de más de tres décadas de sangrientas guerras. Cuba, país semisalvaje, comienza a abrirse al mundo. Y hombres como Frasco contribuyen a ese progreso. Frasco incansable a pesar de que ya es un viejo. “Peña, pídale una entrevista al señor secretario de Agricultura y Comercio.” “Sánchez Torres, ¿ya están preparados los documentos de compra?” “Hello, Mister Kelly, ya podemos comprar.” “Compre, Sánchez”, “Compre, Palacios”, “Compre, adquieran, compren, la firma Valle-Palacios-Kelly and Company con razón social en Nueva York y La Habana garantiza las compras.” “Ahora es el momento, luego será tarde”, “sí, señor, se crea un nuevo país en el inicio del siglo. Se abre una República donde no se producirán los desórdenes ni la anarquía que tuvieron lugar en los países hispanos luego de sus independencias”.

Se equivocó Frasco en esa apreciación, te dices. Pronto el nuevo gobierno enfrenta la protesta pública de sus opositores, agrupados en el Partido Liberal, que le reprocha al gobierno la ausencia de un programa económico y social y le acusa de perseguir a los liberales cuando llegan las nuevas elecciones, en las cuales don Tomás es reelecto presidente de la República, como candidato único pues, otra vez, sus rivales se han negado a concurrir a elecciones, amañadas, fraudulentas, según ellos.

—En Pinar del Río se alzaron ayer los liberales —Roberto Echevarría acaba de entrar en el despacho de Frasco— y en La Habana la situación está muy tensa, Frasco.

Las gotas de sudor corren por el rostro de Frasco que las seca con un pañuelo blanco oloroso a colonia.

—¿Y don Tomás? —Frasco habla lentamente, como si le pesaran las palabras.

—Ése es el problema. No hace nada concreto. No acepta ninguna propuesta. Continúa afirmando que las elecciones fueron honestas y se mantiene empeñado en seguir de presidente, aunque le den candela —Echevarría sonrío—, claro a estas horas todo el mundo sabe que en Santa Clara los votos contados a su favor superaban la cifra de electores inscritos.

—Ese viejo es un terco —Frasco siente que la respiración se le dificulta— antes que darle participación en el gobierno a los liberales es capaz de renunciar y pedir la intervención de los norteamericanos. Lo mejor para nosotros en esto es ponernos en comunicación con nuestra gente en Estados Unidos.

—Lo peor es que estamos muy comprometidos con el presidente.

Frasco se levanta y camina por el despacho, rabioso. “Y todo pasa ahora, justo cuando mi proyecto estaba para ser aprobado en el Senado. Pero a mí no me hacen esto”, piensa y la cólera se incrementa con el ritmo de la respiración, ahora muy rápida, zigzagueante.

—Peña —grita, llamando a su secretario—, póngame con el Senador Molina inmediatamente.

—¿Qué vas a hacer? —Echevarría se intranquiliza.

—Hablar con el imbécil de Molina sobre nuestro asunto —dice y toma el teléfono—. Molina, sí, Frasco. ¿No iban a aprobar mi proyecto ayer?... ¿cómo?... que el momento no está para esos asuntos... Bueno, yo moví mis influencias y dinero para que tú salieras, no fue don Tomás quien te sacó, fui yo, y con don Tomás o sin él debes acabar de solucionar el asunto... ¿qué dices?... ¿que no grite?... grito cuando me da la gana, oyes bien, cuando me da la gana, por algo soy Frasco Valle, idiota, y ahora mismo voy a ver al presidente del partido para...

Frasco no pudo terminar de hablar porque una violenta punzada en el pecho le hizo dejar caer el auricular del teléfono, desde el cual el senador le decía palabras que él no oyó porque, encorvado en su asiento, la frente empapada en sudor, sólo pudo balbucear “Echevarría, Echevarría”, mientras una punzada, cada vez más fuerte, descendió desde el pecho hasta la mano izquierda.

Don Tomás Estrada Palma, recién electo para un segundo mandato presidencial en unas elecciones sin contrincante, se atusó los espesos bigotes, caminó, las manos a la espalda, por su despacho en el antiguo palacio de los capitanes generales, y se detuvo frente a su ministro que, nervioso, no quiso ser el primero en opinar sobre la noticia, acabada de recibir, del avance, incontenible de tropas rebeldes al gobierno, hacia La Habana, donde también se habían realizado pronunciamientos, aplastados algunos, otros no.

—Ingratos, ingratos —gritó Estrada Palma.

—Así es señor presidente, ingratos, pero también traidores y envidiosos. No le perdonan la reelección ni que la población le ofrezca todo su apoyo por ser el hombre más honesto del país. Ese apoyo ya lo vimos en la absoluta mayoría de votos recibidos por usted en Santa Clara. Usted, no me canso de repetirlo, es el único hombre en quien los cubanos pueden y deben confiar. Sin usted al frente la nación se perderá...

Un gesto de Estrada Palma contuvo la verborrea del ministro.

—¿Cuáles son las últimas exigencias de los alzados? —dijo y sus manos pasaron de la espalda a los bolsillos del traje negro, pasado de moda, algo gastado el puño, que mucho usaba. Aquél y dos similares, también negros, además de un frac de gala, eran su ropa de vestir oficial. “Un presidente debe poseer un guardarropía más amplio y costoso. Mira al presidente Roosevelt”, decía su esposa Genoveva, la Veva, siempre atenta, pero él, sin hacerle caso, continuaba con la misma ropa. No iba a gastar, dijo, el no muy amplio presupuesto de la presidencia en derroches inútiles de trapos, como tampoco los gastaría en decenas de peticiones, hechas a diario por parte de antiguos combatientes independentistas, en demanda de cargos en el gobierno o ayuda monetaria. No, la presidencia no era una organización filantrópica de socorro para pobres y desamparados, gustásele o no a los pedigüeños, como el viejo general Quintín Banderas, muy ofendido por los cinco pesos recibidos en respuesta a su solicitud de ayuda económica y cuya carta, rechazando el dinero, mucho había molestado al presidente. Que pensasen como quisieran gentes iguales a Banderas, derrochadores, haraganes, incapaces de levantarse económicamente a sí mismos y a la República con ellos. Por eso, Estrada Palma se alegró cuando le dieron la noticia de la muerte de Banderas, también alzado en armas contra el gobierno. Él había recibido el erario público con menos de medio millón de pesos y ya tenía acumulados diez millones. Aquello era gobernar sabiamente, con honradez, moderación y prudencia, pensó, pero a eso le llamaban sus enemigos tacañería, incapacidad gubernativa, falta de un plan de desarrollo económico y social para el país. Ingratos. Y ahora ¿qué más querían?

—La renuncia del gobierno en pleno, la anulación de las últimas elecciones por... fraudulentas.

El ministro hizo un esfuerzo para pronunciar la palabra “fraudulentas” y después se detuvo esperando la opinión del presidente, pero éste, sentándose en la silla presidencial, se mantuvo callado, deseoso de olvidar al ministro, la situación del país y recordar. Recordar y explicarse bien por qué lo atacaban tan enconadamente si, cuatro años atrás, durante su primera elección, todos lo aclamaron, ¿No estuvo acaso él entre los alzados con Carlos Manuel de Céspedes en la Guerra de Independencia del 68, durante la cual fue ministro y presidente del gobierno en armas? ¿No mantuvo una actitud dignísima al caer prisionero y ser encarcelado en España? ¿No vivió humildemente en el exilio y gracias a su trabajo pudo alcanzar una sólida posición económica a la cual renunció para luchar nuevamente por la independencia de la isla? ¿No fue amigo y protector de José Martí en los Estados Unidos? Probablemente su gran error había sido, meditó, considerar que un país como Cuba, recién salido de cuatro siglos de colonización, tenía capacidad para convertirse en República independiente y democrática. Las ideas que alguna vez mantuvo sobre la necesidad de que la isla se uniera a los Estados Unidos, razonó, parecían ser ahora correctas. Imposible la democracia en una sociedad donde no existían verdaderos ciudadanos y en Cuba muy pocos lo eran.

—Señor presidente, ¿se siente bien? —la mirada ausente de Estrada Palma intranquilizó al ministro.

—Perfectamente, prosiga.

—Quisiera decirle, que también me parece totalmente inaceptable la propuesta mediadora de algunos generales en cuanto a que usted sólo conserve el cargo, pero renuncie en pleno el gabinete y sean declaradas nulas las elecciones de todos los demás electos.

Al oír aquello, Estrada Palma alzó la cabeza irritado.

—Dígale a todos esos señores que mientras los sublevados no depongan las armas, no habrá ningún acuerdo conmigo.

—Lo respaldo plenamente, señor, pero —el ministro titubeó— el problema es que nuestras fuerzas armadas son escasas y débiles.

—Las tropas norteamericanas que pedí me apoyarán.

—No estoy muy seguro, presidente. Los representantes norteamericanos recibieron esta mañana a una comisión de los sublevados.

¿Cómo era posible aquello? se preguntó Estrada Palma. Los norteamericanos, el general Wood, los presidentes MacKinley y Cleveland siempre le respaldaron. Para algo había aceptado el derecho del gobierno norteamericano, a través de la Enmienda Platt, a intervenir en Cuba cada vez que en la isla hubiese disturbios políticos, por algo vivió más de veinte años en los Estados Unidos donde fundó y dirigió una escuela modelo donde los niños latinoamericanos aprendían, entre otras cosas inglés, idioma que él dominaba perfectamente. Por algo era ferviente admirador del sistema político norteamericano, democrático, dinámico, respetuoso de la vida ciudadana, esa misma vida ciudadana tan necesaria en Cuba que él y sólo él podía implantar en la isla. Ninguno de los incultos generales de la Guerra de Independencia se hallaba preparado para tal tarea, de eso estaba convencido y se lo reafirmaban a diario sus amigos, sus subalternos, los senadores, los ministros, este mismo ministro, todos los que le rodeaban, “Don Tomás, Tomás, Tomasito, es la única persona capaz de llevar el país hacia la civilización y el progreso.” Los hombres como él, se dijo el presidente meses antes de la reelección, como su ministro, como Frasco Valle, moderados, emprendedores, educados, amantes del progreso y el orden eran los únicos posibilitados para sacar a la nación de su secular marasmo. Ésa era la causa y no otras, pensó, por la cual aceptó la reelección, sabiendo que se cometieron fraudes, que se persiguió y se perseguía, encarcelándolos incluso, a los enemigos del gobierno. Y ahora los norteamericanos entraban en tratos con esos enemigos. “¡Cuántas cosas amargas en la vida!”. Mejor hubiese sido quedarse en su colegio de Nueva York, en paz y tranquilidad, no regresar jamás al país para no conocer la ingratitud de un pueblo. Pero con él no iban a jugar, no iba a permitir tranquilamente que unos bribones se salieran con la suya. Eso significaría la implantación del desorden en el país, igual que había ocurrido y ocurría en muchas naciones latinoamericanas. Mejor que la isla pasara nuevamente al control de los Estados Unidos. Mejor un malo conocido que un bueno por conocer. Que el presidente Roosevelt se encargara de domesticar a los indómitos cubanos. El tiempo y la vida se encargarían de poner en su lugar el papel jugado por él en la historia de Cuba, “pero si los americanos no aprietan las tuercas”, se dijo “ se verán muchos bandoleros, asesinos y locos en este sillón presidencial que yo ocupo”.

—Le pediré la renuncia a todo el gabinete y renunciaré yo mismo a la presidencia —dijo secamente.

—¿Cómo? —la confusión se apoderó del ministro.

—Voy a renunciar sin nombrar a nadie provisionalmente para sustituirme.

—Pero, señor presidente, eso significa... —el ministro no pudo terminar.

—La intervención del gobierno norteamericano en Cuba. La prefiero a cualquier otra opción. Legalmente ellos tienen derecho a intervenir y el pueblo de Cuba se lo merece porque —el presidente iba a decir “ha sido incapaz de entender y apoyar a un hombre como yo”, pero no tuvo valor para tal inmodestia— no ha sabido respetar su propia libertad.

Dolor, dolor punzante, profundo, en el centro y parte izquierda del pecho que se extiende por el brazo hasta los dedos, hasta el cuello, la arcada dentaria, la espalda, en sucesivas puñaladas, pujos de un niño al nacer, mientras el sudor, repentino, frío, moja todo el cuerpo que se contrae, pálido el rostro, jadeantes los pulmones, la respiración entrecortada en busca de un aire cada vez más insuficiente para alimentar la vida cuando el corazón comienza a galopar locamente, el ritmo trastornado. Entonces la ansiedad y una sensación de muerte inminente llenan la mente de Frasco.

—Me muero, Echevarría, me muero.

Entraron Peña y otros empleados.

—El señor está mal.

—Me muero, aquí, aquí, me duele, me muero.

—Un médico.

—Corran, busquen un médico.

—Al hospital, traigan el auto.

—Corran.

—Con cuidado.

—Doctor.

—Un infarto.

—Con cuidado, no lo muevan, súbalo a la camilla, a la sala.

—Un infarto, llamen al profesor Muñoz Franco.

—Profesor Muñoz.

—Un infarto.

—farto

—to

—Profesor, aquí.

—Pronto, diez miligramos de morfina. Oxígeno.

Una mujer vestida de blanco se acerca y pincha con una jeringuilla la nalga correosa de Frasco, que siente y ve todo, mientras otra le toma sangre de una arteria y una tercera, gestos mecánicos, precisos, le introduce por la nariz una sonda a través de la cual llega un oxígeno vivificador. El dolor va cediendo, pero no la sensación de muerte ni esa extraña frialdad que le comienza a subir desde los pies hacia las piernas.

—¿Tensión?

—Sesenta y treinta.

—¿Pulso?

—Imperceptible.

Un joven le cubre el pecho con finos cordones, semejantes a tentáculos de pulpo, conectados a un aparato metálico y cuadrado, del cual empieza a salir una cinta de papel llena de líneas.

—Electrocardiograma con supradesnivel del segmento ST de V1 a V6 —dice el joven.

La frialdad se acentúa, gana las piernas y sube hasta la cadera y Frasco siente deseos de dormir, no hacer nada, no soportar aquellos pinchazos y aquella gente.

—Hay que hacer abordaje venoso profundo por la yugular.

El profesor se acerca y Frasco ve las manos enguantadas, pero no el corte que le dan en la arteria yugular, luego de anestesiar los bordes del cuello, ni siente el catéter que le introducen y llega hasta la aurícula derecha del corazón. Tampoco puede ver, pero sí siente, la finísima goma que han introducido a través de su pene, y penetra en la uretra. Ahora el frío comienza a subir más allá de la cintura, siempre en busca del corazón y la cabeza. Un frío adormecedor.

—Profesor, hay extrasístoles ventriculares en salva.

—Arritmia.

Tac-tic-tac, late el corazón y su latido se refleja en la onda de un electrocardiograma que vigila el médico enmascarado de verde.

Tac-tac, el latido se hace cada vez más débil y el pulso comienza a caer.

—Lidocaína, cien miligramos.

—El pulso no se siente.

—La presión sigue cayendo.

Ahora el frío es más intenso y llega hasta el borde del corazón de Frasco que ya no oye ni ve, inconsciente.

—Aprisa, electrodesfibrilador. Apártense todos —el profesor hace un gesto imperioso y los demás se retiran a unos pasos.

Las paletas metálicas comprimen el pecho de Frasco, el profesor aprieta los botones y la descarga de un corrientazo de cien watts atraviesa la carne, los músculos y llega al corazón que se estremece y salta, como un hombre violentamente golpeado.

—¿Pulso?

—No se siente.

Nuevamente las paletas se preparan a lanzar su rayo de vida.

—Apártense.

Otro golpe en el pecho.

—Hay ritmo sinusal normal.

—Subió la presión a sesenta y noventa.

—Tiene pulso, profesor, seis por minuto.

El profesor se aparta, agotado, sudoroso a pesar del aire acondicionado de la habitación.

—Por el momento, éste no se queda —dice y se quita los guantes—. Pásenle cien miligramos de procainamida por el catéter.

El profesor sale de la sala donde Frasco recupera lentamente el conocimiento, rodeado de enfermeras y dos médicos jóvenes que le miran con simpatía.

Detienes ya tu imaginación que ha reconstruido, paso a paso el ataque cardíaco de Frasco (muy similar al sufrido por ti hace años) y te dices que a principios de siglo el tratamiento del infarto debió ser

otro, menos sofisticado, sin tantos equipos modernos eléctricos, pero, en el fondo, todo era lo mismo, lograr que un órgano recuperara su capacidad de funcionamiento o más exactamente impedir que dejara de funcionar.

—Así que Frasco no murió ese día —Rosario te pasa la mano por el pecho y sus dedos se detienen justamente donde debe estar tu corazón. Están en la cama, luego de otro fracasado intento, por parte tuya, de hacer el amor y al tocarte, ella por un momento se pregunta cómo será el dolor que se experimenta durante el infarto.

—No, Frasco vivió un tiempo más, pero tuvo que retirarse de los negocios.

—No, señor Valle, usted ha salvado la vida, pero por ahora deberá reposar y mantenerse alejado de cualquier actividad que le pueda provocar tensión —el médico se quita de los oídos el estetoscopio que cuelga de su pecho como un ancla.

Desde su lecho, Frasco le mira molesto e impotente.

—Eso es imposible. Hay asuntos urgentes que debo atender.

—Ya me oyó, descansar es la palabra. Que otros se ocupen por ahora de esos asuntos. Sus socios, sus familiares... cualquiera menos usted.

“¿Mis nietos?”, piensa Frasco, “sí, ya es hora de que hagan algo, que entren en los negocios”.

—¿Cuánto tiempo más estaré así? —pregunta.

La respuesta del médico es incierta.

—Depende de cómo usted evolucione. Medio año, quizá un año, pero nunca podrá volver al mismo ritmo de trabajo de antes.

“Sí, Felipe y Fabián deben ocuparse de esto, ocuparse más de cosas serias y dejar de divertirse”, Frasco no contesta nada y dormita.

Ah, siento la música, los cantos y de golpe entro en Milagros a través de sus oídos. Estoy en su interior, subo a su cabeza donde la música me estremece. Giro en remolino y agito a Milagros para que baile como yo nunca podré bailar. A su alrededor se reúnen todos cantando, los padrinos, las madrinas, los santeros, los ahijados, los tamboreros, los tambores, y yo bailo, ella sudorosa, incansable, frenética, hasta que siente un trueno en su interior cuando la santa la posee y cae derrumbada en el piso.

Salgo por su boca y entonces desde muy lejos, muy lejos, me llegó el lento latir de un corazón que se apagaba. Enseguida supe de quién era y abandonando a mi descendiente, volé guiada por los latidos, cada vez más débiles, del corazón, hasta una sala donde entre muchas personas vestidas de blanco yacía el cuerpo de un anciano dentro del cual su corazón parecía un sapo moribundo sin fuerzas para brincar. Cerca, en otra sala, dos jóvenes rubios, de ojos azules, inclinaban las cabezas, angustiados.

—Papá se muere —dijo uno y sus palabras llegaron hasta ikú que vino volando y se detuvo a los pies del moribundo que comenzaron a enfriarse.

—¿Qué haremos sin él? —dijo el otro y las frías manos de ikú subieron por las piernas del viejo.

—Croac, croac —croó lentamente el sapo en el pecho del anciano.

—No, papá no puede morirse ahora —sollozó el joven más alto.

No, el señor Frasco no iba a morirse todavía. No estaba marcado en su destino y aún debía de vivir más. Así se lo dije a ikú y ella, deteniéndose en la cintura de su presa, me observó un instante con sus ojos transparentes cuya mirada ningún ser vivo podía sostener y partió tan sigilosamente como vino.

—Dios mío que nunca se muera —dijo el más pequeño de los jóvenes.

—Croac, croac —chilló nuevamente el sapo y con su croar fue calentando el cuerpo del viejo Frasco cuyos ojos se abrieron y, por un momento, que para él fue el delirio de su mente, me vio parada a su lado.

Derribaron al miserable de Estrada Palma, pero el otro canalla, el desgraciado Frasco no se murió. Vivió pero sólo lo suficiente para ver cómo los inútiles de mi padre y mi tío arrasaban con su fortuna, la destruían poco a poco con su indolencia, haraganería e incapacidad para todo, como no fuera el juego, y la buena vida en el tío Fabián, la pusilanimidad y el gusto por las mujeres de mi querido padre Felipe. Mi padre que se casó con la altanera y envidiosa Fabiola Sánchez Torres, hija y nieta de los Sánchez Torres, en los cuales me defeco diez veces, por no decir groseramente me cago, mi querido padre que embarazó a mi madre la criada Manuela. La criada Manuela a quien Fabiola Sánchez Torres, enterada de todo, echó de la casa apenas parida y también me hubiese echado a mí rumbo a un bohío cualquiera de un campo cualquiera si mi muy ilustre abuelo Frasco no hubiese dicho que no era posible echar a la calle a un miembro de la familia, aunque fuera espurio e ilegítimo, que botaran a la criadita, pero que al niño lo dejaran porque además podía darse un escándalo si alguien conocía que la criatura había sido desahuciada, que me dejaran en la casa e inventaran cualquier cosa, con el tiempo todo se olvida, pero nada se olvida, todo se sabe, y los que quisieron conocieron quién era yo verdaderamente, un Valle de segunda categoría, a pesar de haberme criado en colegios costosos, un segundón, un hijo de nadie o más exactamente el hijo de una criadita que desapareció por algún lugar del campo o en la cama de un prostíbulo, y todo gracias a mi padre y la magnanimidad de mi cabronísimo abuelo Frasco, y también a la condescendencia de Fabiola Sánchez Torres que, finalmente, aceptó presionada por el abuelo y ante el temor del escándalo, Fabiola Sánchez Torres que siempre me trató como a un recogido, como a un niño de hospicio, a quien se le da la peor ropa, la usada, un niño siempre lleno de defectos, porque, claro, con la sangre viene lo bueno y mi sangre era muy mala, tan mala que para limpiármela me zurraba a diario y me separaban de mis hermanos que eran y no hermanos, eran hermanastros, me zurraban, me menospreciaban porque en mi interior corría un líquido más sucio, me menospreciaban el abuelo, el tío, las primas, todos y hasta mi padre de mierda que nunca tuvo el valor y el coraje suficientes para defenderme y decir que se había acostado con la criadita (y con otras muchas más) porque Fabiola Sánchez Torres era frígida, más tiesa y dura en la cama que un leño, que bien los espíe una noche cuando la puerta del cuarto se les quedó sin cerrar y yo abrí cautelosamente y adentro estaban ellos, mi padre sobre Fabiola, bufando, jadeando, como una locomotora, y ella inmóvil, sin que se le moviera ni un dedo del pie, los brazos colgando del colchón, la mirada en el techo hasta que él soltó todo su vapor y se tendió de lado, extenuado, y me mostró su animalito, que yo vi al igual que todo lo demás, a la luz de la lámpara que ella siempre dejaba encendida de noche, me mostró su animalito aún más pequeño que el mío que acababa de cumplir ocho años, más pequeño que mi dedo meñique. Eso era mi padre, un Meñique adulto, sin valor para nada, ni para enfrentársele al abuelo Frasco que le gritaba en público “comemierda de porquería, cuándo te harás un verdadero hombre”, con lo cual el abuelo mostraba su incultura porque al decir comemierda no era necesario agregar de porquería porque mierda y porquería son casi sinónimos, ni tuvo valor mi padre para defenderme frente a la ilustre Fabiola Sánchez Torres, ni valor para acariciarme una sola vez en mi vida, ni felicitarme cuando obtuve las mejores notas en el colegio, por arriba de Javier y Marcelo. Sólo tuvo coraje para pegarme una bofetada la primera vez que me vio fumando, a los doce años, un cigarrillo. Fuera de aquella bofetada recibí de él sus malditas historias sobre el pasado familiar, sobre lo grande que han sido los Valle, el lustre acumulado por ellos durante decenios, cuando en realidad no fueron más que unos asquerosos tratantes de esclavos, unos prestamistas de mierda, oportunistas de basura, fornicadores de negras sirvientas que siempre me han mirado con desagrado porque soy quien soy, el hijo de una criadita, fumador de cigarrillos negros que me llenan los

pulmones de vida y dulzura y me hacen soñar que no nací en esta familia de mierderos sino en otra cualquiera de un pueblo cualquiera. Por eso, cuando Felipe murió no acudí a su entierro. Por eso cuando mi tío, el borracho Fabián Valle de Sánchez Torres, se mató no fui tampoco a su entierro. Por eso en el único entierro que estuve fue en el de Fabiola Sánchez Torres pero para poder escupir sobre su tumba. Por eso fumo mariguana y ahora me inyectaré con esta maravillosa aguja en el brazo derecho.

XVI

¿Y dejas pastor santo
tu grey en este valle hondo, oscuro
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

FRAY LUIS DE LEÓN

Entre dos guerras independentistas crecieron Clemente Felipe y Simón Fabián, muy alejados de los problemas políticos de la isla, tal y como quiso Frasco a quien superaron, ya hombres, en estatura y robustez, y apenas regresar del exilio conocieron a las hermanas Fabiola y Teresa, hijas del abogado Froilán Sánchez Torres, dueño de uno de los bufetes más prestigiosos de La Habana, encargado de la representación legal de la compañía Valle-Palacios-Kelly y de los intereses personales de Frasco Valle. Conocieron a las hermanas en una fiesta de sociedad, a la cual asistió el nuevo presidente de la República Tomás Estrada Palma, y un año más tarde se casaron con ellas en una boda doble oficiada por el propio obispo de la ciudad, quien, al brindar más tarde con los recién casados les deseó una numerosa y próspera descendencia. Los deseos del obispo se cumplieron en parte, porque Fabián y Teresa tuvieron cuatro hijos,

pero Felipe y Fabiola sólo dos. Todo eso lo conoces muy bien porque de aquellos matrimonios nacieron tus primas Renata, Carlota, María Fernanda y Susana, casi al mismo tiempo que nacieron tú y Marcelo.

“¿Y Antonio cuando nació?”, te puede preguntar Rosario y debes tener mucho cuidado con la respuesta porque no es agradable confesar que Antonio es sólo tu hermano de crianza, hijo de padre desconocido y una criadita de la casa que le abandonó recién nacido, a quien tus padres, por lástima, recogieron, criaron y le dieron el apellido Valle. Por lo menos, esa es la historia (bastante folletinesca) que te contaron, en secreto, aunque tú sospechas de su veracidad y crees que Antonio es, verdaderamente, un hijo ilegítimo de tu padre Felipe. Piensas en Antonio y recuerdas otras historias sobre tu nacimiento y el de Marcelo.

—¡Un varón, un varón! —exclama Felipe orgulloso y acaricia a Fabiola.

La enfermera que tiene al niño en brazos sonrío y mira a los padres.

—¿Cómo le van a poner? —pregunta.

—Francisco por mi padre y Froilán por el tuyo —dice Felipe y con la mirada consulta a Fabiola que, ahora, tiene al niño en los brazos.

—Nada de eso —exclama ella imperiosa—, muchas F en nuestras familias. No me gustan las letras F, demasiadas palabras desagradables comienzan con ella: feo, feroz, felón, fanfarrón...

—Pero también felicidad, fe, feliz, fecundidad...

—Le llamaremos Javier —dice ella sin prestar atención al criterio de su marido—, es el nombre de un actor español que mucho me agrada.

Desde ese momento quedó claro que al nacer otro hijo el nombre podría ser cualquiera menos uno que comenzara con F.

—Marcelo —dice Felipe, y Fabiola está de acuerdo.

—Me gusta —dice—, así se llama un gran actor italiano.

Tal cuento te lo hizo una y mil veces la tía Teresa. Lo sabes muy bien, como bien conoces la vida de tus padres, tíos y primas. Eso es presente, parte de lo vivido por ti. De hecho, tu investigación toca a su fin y sólo te quedan por dilucidar algunos aspectos relacionados con la actividad de Frasco, después de sufrir el primer infarto, cuando, obligado a retirarse de los negocios, se ocupa de construir, a toda prisa, la mansión de Miramar (esta mansión en la cual vives) como si presintiera su próximo fin y quisiera verla terminada antes de morir.

Habla Frasco con el ingeniero, con el arquitecto, revisa los planos, diseña él mismo algunas partes, se agita e impaciente, en contra del criterio médico, vuelve a ocuparse de los negocios, le sube la presión. “Debe reposar”, le ordena el cardiólogo. Frasco no responde, prosigue en su febril actividad y una mañana siente la punzada premonitoria en el centro del pecho. Entonces abandona sus tareas, llama a un notario y hace testamento. Después manda venir a sus dos nietos y sostiene una larga conversación con ellos. Tu padre Felipe estaba allí en la casa, pero tu tío Fabián tuvo que interrumpir su estancia en Varadero y perderse la regata de botes, en la cual su club era el favorito. Regresa Fabián manejando su Ford último modelo con motor especialmente mandado a reformar para alcanzar mayor velocidad. Llega a la casa, sonriente, simpático, besa a todos, le toca, de pasada, las nalgas a la criada, y se dirige al cuarto de Frasco, quien, con un gesto de disgusto, le ordena sentarse. “Les he llamado...” comienza a decir.

La versión de aquella entrevista la conoces también por tu tía Teresa. Frasco les pidió, casi les exigió, que se ocuparan de los negocios de la familia, “porque tú, Fabián”. Frasco habla ahogado, negados

los pulmones a recibir y enviar aire, “hasta ahora sólo te ocupas de las mujeres y de divertirte, y tú, Felipe, eres incapaz de comprender cómo se cotiza una acción en la bolsa y nada más sabes acostarte con criaditas”, Frasco calla, agitado y sus nietos escuchan con la cabeza gacha. Por fin, los pulmones de Frasco acceden a recibir un poco de aire y él vuelve a hablar trabajosamente. “Mucho me esforcé y muy buena vida les di para que ahora ustedes tiren todo por la ventana. Deben, tienen que preservar la fortuna y nuestro apellido.” Así habló el viejo, te cuenta Teresa que supo de la conversación por Fabián, y luego les hizo prometer a los nietos que nunca permitirían la destrucción de lo que tanto sacrificio costó a varias generaciones de Valle.

—Por supuesto, abuelo —Fabián abraza a Frasco y le besa la frente.

—Claro, puedes confiar en nosotros, pero a ti no te pasará nada y dirigirás los negocios por muchos años más —musita Felipe y se le aguan los ojos.

Esa misma noche moría Frasco Valle Toledo, a cuyo sepelio asistió todo lo que valía y brillaba en La Habana, a quien enterraron en el panteón de mármol negro mandado a construir por él, en el cementerio de Colón, ese mismo panteón que tanto te agrada y al cual Frasco hizo llevar los restos de sus antepasados, dispersos en diferentes cementerios y tumbas.

“Frasco fue un gran hombre”, piensas, “a pesar de sus muchos defectos. Su mayor virtud, ser infatigable y luchar siempre por engrandecer a la familia. Pero, ¿para qué?” Tanto trabajo para que Fabián sin cumplir su promesa derrochara la fortuna y continuara su disipada vida, en carreras de autos y caballos, mujeres, borracheras y, luego de la muerte del viejo, juego, mucho juego, bacará, monte, ruleta, siete y media, treinta y una, cualquier medio que permitiera ganar y perder de un golpe, sobre todo perder porque Fabián fue un perdedor nato que se jugó lo que era y no era de él. Tanto bebió y corrió en autos deportivos, que una noche de regreso de un casino su coche se fue contra un árbol y a él le hallaron degollado por el cristal del parabrisas, cercenada por completo la cabeza y mucho esmero tuvieron que poner los funerarios para coserla al cuerpo. Sin embargo, el rostro no sufrió heridas y dentro del féretro conservaba el aire de dignidad y nobleza que siempre tuvo, ese aire, te dices, tan característico de los Valle.

Tu padre sí cumplió su promesa y, en la medida de su capacidad, se ocupó del negocio familiar. Pero tu padre, bien lo sabes, era una nulidad para las transacciones comerciales. Su mundo siempre fue el de la música, los libros, la cultura, y mucho esfuerzo tuvo que hacer para poder mantener en equilibrio una casa de naipes que se venía al suelo, abatida por el huracán de la crisis del 29. Por suerte, luego de la separación con Kelly, tuvo la suficiente cordura (aconsejado por Fabiola) de poner las decisiones en manos del viejo Palacios quien, timoneando contra viento y marea, sacó a flote la compañía, no obstante los embates de la tormenta. Tu padre supo también terminar la mansión de Miramar y elevar, en lo formal, el lustre familiar, aunque, hasta el final de su vida, continuó con la costumbre de perseguir a las criadas. Un año después de la muerte de Palacios, apenas regresado tú de Yale, tuvo la fea ocurrencia de morir de un infarto mientras fornicaba con la mucama de Fabiola. Entonces, a pesar de tu rechazo al mundo de los negocios, debiste hacerle frente a la situación y ocuparte de la compañía y de los demás negocios familiares, porque con Marcelo, al igual que sucedió con el tío Fabián, no se podía contar y Antonio, bueno es Antonio, y mejor dejarlo en paz.

—¿Y tu mamá cuando murió? —te pregunta Rosario.

—Un año más tarde que mi padre —respondes y la acaricias.

Estás en la cama, repuesto ya de la depresión que te atormentó por varias semanas, capaz nuevamente de disfrutar el sexo y hacérselo disfrutar a Rosario, como ya has hecho esta noche en dos ocasiones.

—¿Y crees que en la sesión espiritista puedas hablar con ella o con algún familiar tuyo?

Rosario te hace recordar la propuesta de Raymundo de visitar a su esposa y te reprochas haber aceptado, pero ya has hecho el compromiso, fijado la fecha, y no vas a negarte ahora. Probablemente la esposa de Raymundo haya cancelado algún encuentro para esperarte a ti. Además, lo sabes muy bien, la

curiosidad te come por presenciar una sesión espiritista, aunque, estás seguro, no se presentará ningún espíritu.

—¿Por qué? —dice Rosario que, desde el primer momento, cuando le contaste de la propuesta, se autoinvitó.

—Por la sencilla razón de que los espíritus no existen —afirmas categórico.

—¿Entonces por qué vas?

Buena pregunta. “¿Por qué voy?”

—Para reírme de un espectáculo —respondes sin mucha convicción— donde los espíritus se inventan.

—¿Quién sabe? —contesta Rosario pensativa.

En la habitación en penumbras, iluminada por la opaca luz de una lámpara cubierta con un manto oscuro, se sientan alrededor de una mesa circular. Tú, entre Raymundo y su esposa, más allá Rosario y dos mujeres desconocidas, una blanca y la otra mulata. Has llegado al anochecer, y Raymundo les presenta a su esposa Encarnación, una mujer muy delgada, alta y cetrina de ojos saltones que les saluda solemne y cohibida. En la sala de la casa, muy pequeña, apenas caben dos sillones, una mesita de centro y un sofá, pero no tienes tiempo de mirar mucho porque enseguida Raymundo descorriendo una cortina, los conduce a la habitación donde el único mobiliario es una mesa circular cubierta con un tapete blanco y siete sillas, seis de ellas alrededor de la mesa y una colocada más atrás, cerca de la pared, junto a la cual, sobre un velador se encuentra una lámpara tapada por un paño negro. Las mujeres que están sentadas se ponen de pie y Raymundo las presenta, pero tú no prestas atención a sus nombres, fascinado por el ambiente de recogimiento y misterio que reina en la habitación, donde la opaca luz de la lámpara engendra oscuras formas sobre el piso y les da a los rostros de los reunidos una coloración fantasmal. Precisamente así te imaginaste siempre el ambiente de una sesión espiritista. Con un gesto, Encarnación invita a sentarse. Rosario quiere estar a tu lado, pero ella la toma suavemente de la mano y la lleva un asiento más allá de ti, junto a Raymundo. Sentados en silencio permanecen un tiempo que parece infinito, durante el cual tienes la impresión de que la luz de la lámpara ha disminuido, pero no puedes precisarlo porque el velador se halla a tus espaldas y se te dificulta volverte. “Tomémonos de las manos”, dice la mujer de Raymundo y tú sientes entre las tuyas la mano dura, callosa de Raymundo y los dedos húmedos y fríos de su esposa. Cogidos de las manos, inmóviles, vuelven al silencio que se rompe, finalmente, cuando la música de un violín, melancólica, triste, suena detrás de ti. Quisieras ver de dónde viene exactamente la música pero las manos de Raymundo y Encarnación te tienen bien agarrado y ahora tampoco puedes volver la cabeza. Las notas del violín, pausadas, profundas, se elevan, dominándolo todo en la habitación hasta el ritmo de la respiración que a ti se te hace, involuntariamente, más lenta. “¿Qué clase de sesión es ésta?”, quisieras decir, nunca oíste mencionar que en ellas se tocara el violín. Miras a Rosario tratando de comunicarle tus pensamientos, pero ella tiene los ojos entornados y en su cara hay una profunda concentración, que jamás has visto, como si rezara o meditara intensamente. Los demás presentes también mantienen los ojos cerrados, con la excepción tuya y de la mujer de Raymundo, que también cierra los ojos, respira lentamente, muy lentamente y te parece que su rostro comienza a transfigurarse. “Hermanos, oremos”, dice, apenas sin despegar los labios y un murmullo, semejante al zumbido de insectos, se une a las notas del violín. “Padre nuestro”, oyes que musita Raymundo, “que estás en los cielos”, susurra Encarnación, pero tu sorpresa no tiene límites cuando escuchas a Rosario muy bajito, muy bajito, decir “santificado sea tu nombre” y entonces, instintivamente sin saber por qué, te unes al coro y murmuras “ven a nos” y cierras los ojos.

El rezo concluye y luego de unos minutos, durante los que la música no ha cesado, la mujer de Raymundo dice, con voz gangosa que no es la suya, “¿a quién buscamos, quién está ahí?”, y contesta Raymundo “a los familiares del señor Valle”, “que vengan si quieren, que vengan entonces a nosotros, bien

recibidos serán”. Encarnación te aprieta con fuerza la mano y tú sientes sus dedos, más fríos y húmedos aún, a través de los cuales te transmite la vibración que hay en ella. “¿Quién eres? ¿Quién eres?”, pregunta, “estás dando vueltas y no acabas de bajar, ven”. Abres los ojos y ves el semblante pálido, muy pálido de Encarnación que afloja la presión de sus dedos sobre tu mano y tiembla como un afiebrado. “Ya, ya, estás aquí, habla.” El violín enmudece y de repente escuchas a tu derecha una voz encallecida, rugosa que sale de la mulata sentada junto a Rosario. Ah, dice la mujer y su cuerpo se contrae como si sufriera un gran dolor y se derrumba en su silla, la cabeza ladeada, caída sobre los hombros. Ah, repite. “Habla, habla”, ordena la esposa de Raymundo, “si eres de esta familia o tuviste algo que ver con ella habla por Dios. ¿Quién eres?” La mujer alza la cabeza, su cuerpo deja de contraerse, se yergue en la silla, totalmente inmóvil, como una vela. Sólo sus ojos y su boca se mueven con extrañas muecas que le desfiguran el rostro que en la penumbra de la habitación te parece negro muy negro, como si frente a ti estuviera una negra y no una mulata.

Ah, nací en Oyó, morí en La Habana y estoy enterrada en una fosa del cementerio Espada donde me tiraron..., dice la mujer con voz muy vieja, después de pronunciar algo en una lengua desconocida.

Esa noche, una larga historia fluyó de los labios de la mulata, interrumpida sólo por las preguntas breves, restallantes de la mujer de Raymundo, hasta que, desmadejada la médium, agotada, la voz enmudeció y el silencio se hizo sudario cubriéndolos por un instante. Entonces Encarnación puso los ojos en blanco y prosiguió la historia allí donde había sido cortada, ahora a través de una voz silabeante, imprecisa, interrumpida, a veces por preguntas de la tercera mujer, blanca, rubia.

Incrédulo, mucho escuchaste sin saber si reír, levantarte y marcharte, suspendiendo aquella pantomima, o creer en lo imposible, mientras a través de las tres mujeres la oscura voz fue desgranando su increíble historia, un fragmento de la cual te impresionó en extremo.

Ah, una noche oscura mi nieto Santiago, cuenta la voz desde su mundo neblinoso, fugado de la casa de los amos Valle, camina por la calle en busca de algún transeúnte a quien asaltar. Preparado iba Santiago, en la cintura, bien cerca de la mano, el puñal con las iniciales F.V., tomado de la casona antes de huir, cuando de repente al doblar una esquina tropezó, cara a cara, con el señorito Clemente.

—Santiago, ¿qué haces aquí a esta hora? —dijo el Valle, ignorante de la fuga de Santiago—, ven, acompáñame —continuó Clemente queriendo hacer su camino en compañía de alguien conocido, pero Santiago no lo entendió así, ni tampoco el puñal marcado F. V. , que iba sediento de sangre, no bebida en muchos años. El puñal se movió inquieto cuando los dedos de Santiago se acercaron a él mandados por la mente, desconfiada, segura de que Clemente quería llevarlo detenido de vuelta a casa de los amos.

—Mi amo... no... —el puñal pasó de la cintura a la mano.

—Vamos negro, ven conmigo —dijo el Valle sin ver el rapidísimo salto del puñal en el aire que avanzó hacia su pecho, rajó la piel y le partió el corazón, por donde huyó una sangre oscura que manchó las manos de Santiago.

Ah, huyó la sangre y escapó Santiago dejando tirado el cadáver del amo Clemente y a pocos pasos el puñal F.V.

¿Qué conclusión sacas de lo dicho por el espíritu de la esclava? ¿Cómo es posible que un muerto cuente la historia de tu familia, paso a paso, pero desde una perspectiva diferente a la conocida por ti? Tales preguntas hace Rosario, que ha quedado muy impresionada, te las haces tú mismo, luego de la sesión.

De momento no puedes responder, sorprendido, estupefacto, ante un hecho de carácter inverosímil, pero luego tu mente racional encuentra la respuesta adecuada para todo.

—Superchería, una superchería —explicas nervioso porque, en realidad estás alterado, pero no convences a Rosario.

—¿Y la música del violín, de dónde salió?

—Un disco a nuestras espaldas.

—No lo parecía —Rosario también está nerviosa—. Pero, dime, ¿cómo es posible que el espíritu hablara de tantas cosas secretas, de brujería y santería?

—La esposa de Raymundo sabe de eso —respondes y contraatacas—. Pero, dime tú, ¿por qué el espíritu, supuestamente de una esclava africana, habló en perfecto español y no en bozal o como una negra analfabeta?

—Tú mismo lo viste —Rosario es categórica—, al principio la médium le dijo que no la entendía y le pidió hablar de forma que la comprendiéramos. Además no era solamente el espíritu de una esclava analfabeta. Fue el espíritu de muchas reencarnaciones.

“Fue un espíritu”, ha dicho Rosario. Por tanto ella cree en todo lo sucedido, piensas, pero no te das por vencido.

—Estás loca. Todo eso es absurdo.

Rosario tampoco quiere ceder. Quizá, no crea al igual que tú, pero ya no quiere perder la discusión.

—¿Y la voz del espíritu, diferente a la persona de la cual salía —pregunta satisfecha—, era totalmente diferente a las voces normales de las médium?

—Cualquiera, con un poco de habilidad, puede desfigurar la voz —explicas.

Rosario te toma del brazo y se detienen ante un semáforo con luz roja. Después de almorzar en la Tasca española van caminando y discutiendo por Prado rumbo a la calle San Rafael donde Rosario quiere hacer unas compras.

Antier, Raymundo te pidió la tarde libre y ayer llamó diciendo que estaba enfermo y solicitaba permiso para no trabajar. Muy raro anda Raymundo en estos días, antes y después de la sesión espiritista. Por supuesto, le dijiste que sí y que descansara. No te gusta manejar y hoy prefieres ir con Rosario en taxi, luego caminar y regresar también en taxi.

—Muy bien —dice Rosario mientras atraviesan la calle—. ¿Y por qué en casa de Raymundo conocen tantos hechos de la historia de Cuba y de tu familia?

Buena pregunta, piensas y te detienes, de repente, provocando que alguien tropiece contigo.

—La mujer de Raymundo no es analfabeta. Es maestra y, por otra parte, Raymundo ha escuchado mucho de lo dicho por mí sobre la familia y yo mismo le he contado cosas a él.

—Pero eso quiere decir que Raymundo y su mujer son unos farsantes y han buscado aprovecharse de ti. ¿Pero qué han obtenido? —del mar llega una leve brisa que mueve el pelo largo de Rosario.

¿Qué provecho material busca Raymundo de todo esto?, te preguntas. No cobraron nada, no pidieron ningún dinero, y sin embargo...

—No sé, quizá... —no puedes concluir la frase.

A espaldas de ustedes se escuchan disparos que pronto se transforman en loca sinfonía de armas de todo tipo, gritos, golpetear de puertas al cerrarse, carreras de transeúntes y, como un gran coro polifónico que se eleva amenazante, el ulular de sirenas, sin que puedas precisar el lugar exacto de donde procede el ronco tam-tam-tam, probablemente de ametralladoras, que resuena en rapidísimas cadencias o el bam-bam-bam de tímpanos y platillos, semejante al estallido de bombas y, al final, una seca explosión, violento golpetear sobre el teclado de un órgano. Luego el silencio, lúgubre advertencia de acechantes peligros. Aturdido, sólo atinas a echarle al suelo, empujando contigo a Rosario que pierde la cartera al caer.

Muy a tiempo se han tendido porque inmediatamente resuenan otra vez los metales mientras que por la calle cruza, bramando, un auto policíaco en el cual asoman (y eso lo puedes ver claramente desde tu posición en el suelo), amenazantes, los picos de negras ametralladoras, pájaros de muerte, listos a desgarrar la carne con sus huevos de metal. Desde algún sitio, alguien le hace fuego al auto y las balas silban sobre ustedes y van a incrustarse en los muros de un edificio contiguo. Allí quedan los orificios, mudos testigos de los hechos, que tú reconocerás semanas más tarde cuando vuelvas al lugar.

“Ay, ay”, grita Rosario, presa de una crisis de histerismo y muy fuerte la debes sujetar para que no se pare y corra enloquecida. La empujas y, a rastras, avanzan unos metros y luego, protegidos por las columnas de un edificio, ganan una calle colateral y huyen entre el gentío que, bestias enloquecidas, corre despavorido. Finalmente, con grandes dificultades, logran tomar un taxi y regresan a la mansión a través de una ciudad que parece una plaza sitiada, con autos policíacos y policías armados hasta los dientes, en cada intersección importante, que detienen, husmean, registran y, a veces, entre empellones y golpes se llevan a alguien con ellos, generalmente un joven.

Cuando llegan a la mansión, Rosario se encuentra totalmente descontrolada y deben acostarla y darle un fuerte sedante que la hace dormir. Tú te vas a la cocina y bebes de un golpe un gran trago de whisky, que repites enseguida. Entonado por la bebida, acudes al teléfono en busca de noticias sobre lo sucedido, pero no es necesario que llames a nadie, ya la radio está transmitiendo un parte oficial donde se afirma que un grupo de forajidos asaltaron el palacio presidencial, pero, gracias al valor y destreza de los soldados, fueron rechazados, con grandes bajas por parte de los cobardes atacantes. Dentro del palacio se encontraba el señor presidente Fulgencio Batista que, personalmente, dirigió la defensa. A causa del ataque las garantías constitucionales quedaban suspendidas. “Dios mío”, dices, “¿adónde vamos a parar con esta situación y este hombre mandando en el país?” No te gusta Batista, hace años que no te gusta, pero ahora la situación ha llegado a un callejón sin salida. El teléfono suena insistente. “¿Quién será?” Es Marcelo que pregunta si todos están bien en la casa. No te tomas el trabajo de contarle tu aventura, pero sí inquieres por Antonio. No, Marcelo no conoce donde está.

Cuelgas inquieto, preocupado por Antonio. Su odio contra Batista es furibundo y Dios sabrá lo que pueda decir por ahí sobre todo si está borracho, aunque tratándose de un Valle, razones; pero en un día como hoy todas las barreras están abolidas, de nada cuenta un apellido ilustre frente a una soldadesca desorbitada. Afortunadamente, Antonio se hallaba muy lejos del lugar de los hechos y regresa por la noche, medio borracho y con el rostro muy entristecido. “¡Qué desgracia, qué desgracia”, exclama, “no pudieron matar al hijo de puta de Batista!”. Rosario se ha despertado y luego de bañarse, ya más tranquila, se sienta contigo en la sala a escuchar las noticias, llamando por teléfono a sus amistades en busca de versiones frescas y verdaderas de los hechos. Pero nadie sabe más de lo dicho en la radio y televisión. Los atacantes fueron rechazados, su principal dirigente, el presidente de los estudiantes universitarios, muerto, junto a otros compañeros, al igual que un conocido senador opositor. “¡Oh, Dios mío!”, exclamas y piensas en el senador a quien conocías muy bien. Rosario oye tu exclamación, cuelga el teléfono y se vuelve hacia ti. “¿Raymundo?, ¿por qué no ha llamado o venido Raymundo?”, pregunta, pero tú no tienes respuesta.

Humeaba caliente el café en la tacita de porcelana, tendida en bandeja de plata, por el sirviente al general que, al tomarla en sus manos, aspiró el aroma fuerte, profundo, del líquido negro, paladeado por él con placer, diciéndose que no existía otro fruto cafetalero comparable al sembrado, bajo sombra, en las zonas montañosas de Oriente. Pero ¿todo no era bueno en Oriente? En rápida asociación de ideas, el general relacionó el café con la provincia más oriental de Cuba. El níquel, el cobre, las mejores cañas, los ingenios más grandes, las montañas más altas y bellas, los mangos más exquisitos eran de Oriente. Igual con los hombres. A excepción de José Martí, cuyo retrato colgaba en una pared, frente al general, los más importantes próceres de la independencia nacieron allí. “Los orientales somos gente muy esforzada y valiente”, se dijo y le sonrió a Martí. También él, procedente de una familia humildísima, había nacido en Oriente, en un pequeño pueblito y gracias a su inteligencia y capacidad estaba en la posición cimera del país, la presidencia de la República. De eso sus coterráneos se enorgullecían, como le demostraron durante la última visita que hiciera a su pueblo. Entusiasmados le aclamaron, entre ellos los antiguos compañeros

de escuela primaria, Elías, el bizco, y Lorenzo. También Pedro y Cuco, hijos del guardavías y del dueño de la única tienda del pueblo, así como Pancho, el primero en calificaciones que siempre le dejaba atrás en la clase. También en los juegos, Pancho le superaba, como todos los demás, porque él nunca fue bueno en sus juegos infantiles, sobre todo en la pelota. En cualquier posición donde estuviera, pitcher, primera base, catcher, outfielder, no daba la talla pues, aunque mucho se esforzara, la pelota caía de su mano en el lance culminante o no lograba enviarla con la fuerza y la velocidad necesarias. Por eso Cuco, el capitán del equipo, y los otros le excluyeron y ante su protesta le dijeron claramente que él era un “out vestido de pelotero”, incapaz de capturar o batear, incluso un melón. Así le gritaron y el general se quedó con los deseos de jugar y el resentimiento por dentro; entonces se prometió hacer todo lo posible por no quedar nunca más excluido en nada y ser en la vida, al igual que Cuco, en la pelota, el jefe, el capitán del equipo.

Quizá por gustarle la palabra capitán ingresó en el ejército de simple recluta y, poco a poco, con gran esfuerzo, alcanzó los grados de sargento taquígrafo, traductor del inglés. Depositando la tacita en la mesa de trabajo, el general fue sonriente hasta el balcón de su despacho, en el tercer piso del palacio presidencial, desde el cual se divisaba un mar azul intenso y manso. El general dejó a la imaginación navegar libremente. Por esas aguas, si se iba siempre en línea recta hacia la salida del sol, podía llegar hasta su pueblo. Viaje relativamente breve por mar, pero extenso en la vida de un hombre, si ese hombre se llamaba Fulgencio Batista y Zaldívar, como el general, cuyo bogar duraba ya más de treinta años. Atrás, en el pueblo quedó el joven de piel terrosa, cabellos como gruesos surcos, rebeldes al peine, rústicos pantalones y botas enfangadas, para dar paso al caballero de pelo sedoso, traje de la mejor tela, cutis oloroso a colonias y perfumes de primerísima calidad, emblanquecido por pomadas, cremas, jabones franceses. Con el joven terroso quedaron también los integrantes del equipo de pelota, Elías, Lorenzo, Pedro, Pancho, Cuco.

Satisfecho, Batista respiró la brisa marina. A todos los vio durante la visita, ansiosos por acercársele. Ellos también eran diferentes a los muchachos jugadores de la pelota. Ahora, Elías, el bizco, vendía periódicos; Pancho, el inteligente Pancho, la promesa infantil, era maestro de primer grado en una escuelita semidestruida, la misma donde habían estudiado; Lorenzo despachaba café, un café similar al bebido por el general, pero no tan puro ni aromático, en una cafetería; Pedro, con suerte, heredó el puesto de guardavías del padre y Cuco, cuyo padre, arruinado durante la crisis del 29, se había suicidado, estaba desempleado. Quizá por estar sin empleo fue Cuco quien más forcejeó para llegar hasta él, la boca, los brazos abiertos (“general, general, se acuerda de mí, soy Cuco”) probablemente deseoso de rogar un puestecito cualquiera en el gobierno, a cambio de un lejano recuerdo, ya sin importancia para el general, y de una camaradería juvenil en realidad nunca existente porque al futuro general le excluyeron del equipo sin tomar en consideración sus súplicas.

Todos quisieron saludar, tocar, estrechar la mano del gran triunfador, su mano, Batista se miró los dedos de uñas pulidas, en uno de los cuales resplandecía una costosa sortija de amatista. Mucho esfuerzo tuvo que hacer la guardia presidencial para mantenerlos alejados a prudente distancia, porque el presidente de la República no podía reconocer que aquellos muertos de hambre, aquellos perdedores, hubiesen sido, en otros tiempos, sus compañeros de infancia. Por supuesto, algo les daría a través de su secretario, unos pesos para todos, quizá un trabajo para Cuco en la administración de correo, no, mejor en la limpieza de calles para que conociera (si ya no lo conocía) el gusto de andar sucio y enfangado y recordara bien que alguna vez le dijo a él, al general, que no sabía distinguir entre una pelota y un melón. Aquel pensamiento le hizo reír en sordina y le trajo a la memoria la historia contada sobre uno de los anteriores presidentes de la República, quien siendo estudiante, fue sorprendido por torrencial aguacero junto a un compañero de estudios rico, mientras ambos bajaban la escalinata de la universidad. El otro abrió un enorme paraguas, bajo el cual no tuvo más remedio que ofrecerle refugio a su acompañante. Así, hombro con hombro, descendieron hasta la calle donde un auto aguardaba al dueño del paraguas que, cerrándolo, montó en el coche y dejó bajo la lluvia a su discípulo, electo, años después, presidente de la República. El nuevo mandatario, al tomar posesión y revisar la lista de empleados de la mansión presidencial, halló el nombre del rico, ahora empobrecido, e inmediatamente lo hizo cesantear. El compungido cesanteado obtuvo audiencia del presidente para pedir su reposición, invocando la vieja relación estudiantil. Amable, el presidente escuchó al otro, habló de los viejos tiempos en la universidad y finalmente recordó el día del aguacero y del paraguas.

—El problema es, amigo mío —dijo socarrón el presidente—, que en estos momentos el paraguas es mío y por eso se lo cierro. Buenas tardes.

“Maravillosa anécdota”, se dijo Batista, “pero ahora el verdadero dueño del paraguas soy yo”.

Él y sólo él era el ganador, meditó, mientras se deleitaba con la visión del mar y del Malecón por el cual corrían los autos. Dueño, amo, gracias a su osadía, astucia, y coraje, pero, sobre todo, a su capacidad para saber convertirse en el hombre necesario en el momento preciso, burlando a sus enemigos quienes no supieron aquilatar su real capacidad. “Un sargento patriota”, “un coronel bien intencionado”, “un animal”, “una bestia fácil de domesticar”, “un engreído”, “un traidor vendido”, “un generalote analfabeto”, dijeron de él. No, no era nada de eso, pensó, todos se equivocaron, subestimándolo tontamente. En realidad, había dominado a unos y domesticado a otros por más de veinte años y a los imposibles de dominar y domesticar los liquidó.

El general se enserió y sus dedos se movieron inquietos mientras reflexionaba. Dominar, domesticar, comprar, liquidar, resultaban palabras básicas en el vocabulario de un capitán de equipo. Quien pretendiera ser jefe único, amo de la finca, dueño del paraguas, debía conocerlas y emplearlas muy bien a diario, especialmente “liquidar”. No existía otra posibilidad con quienes no se dejaran dominar ni domesticar. Por supuesto, él no amaba la violencia gratuita, se dijo. Siempre quiso evitarla, pero la mano al empuñar el timón del barco debía ser acerada. Amaba a su familia, a sus numerosos hijos, en el fondo quería a su país, aunque debía reconocer, pensó, que gobernaba una nación de imbéciles y vagos, jugadores y rumberos, en la cual alborotaban unos cuantos ilusos equivocados, como los estudiantes universitarios y el loco de Fidel Castro.

Batista se apartó del balcón y se sentó en un gran butacón, frente a su escritorio, sobre el cual se erguía, modelada en yeso, la cabeza de Napoleón Bonaparte, que los dedos del general acariciaron. Napoleón. Un verdadero hombre, un genio, un estratega sin par. Su admiración hacia el corso no tenía límites y por eso pagó gustoso los miles de pesos que le pidieron por dos pistolas suyas. Un hombre surgido de la pobreza, del anonimato y que, como él, por su valor y astucia, llegó a la cúspide. “Tú sí supiste conducir magistralmente las operaciones militares”, le dijo Batista al busto de Napoleón y nuevamente le vino a la mente la imagen de Fidel Castro. “Un incapaz”, el general recordó los hechos del 26 de julio de 1953. “Asaltar el cuartel Moncada sin un plan bien calculado, sin vigilar diariamente la fortaleza, atacar por una sola posta con casi todos los revolucionarios.” Los labios de Batista se contrajeron despreciativamente, mientras miraba al busto de yeso. “Tú y yo no hubiéramos concentrado las fuerzas en una sola posta”, mentalmente el general se dirigió al emperador, “no, las habríamos dispersado para asaltar, simultáneamente, las cinco entradas del cuartel”.

Las manecillas de un reloj de pared marcaron las tres y un suave “gong” resonó en el despacho, pero Batista no le puso atención, concentrado en sus ideas. “Y después que le perdono la vida y le indulto, el muy imbécil y cabrón anuncia la fecha de su invasión desde el extranjero y viene en un barquito medio hundido”. Batista rió. Pero, ¿a quién se le ocurría anunciar la fecha de inicio de una insurrección? “Solamente a un loco. Por eso debe andar huyendo, como una cucaracha, pero yo lo cogeré cuando me dé la gana.” Al pensar en las andanzas del jefe guerrillero por las montañas el general se molestó. Por el momento, bien lo sabía, le era imposible mover desde las ciudades ni tan siquiera una compañía de soldados, por no hablar de regimientos y divisiones, para perseguir y atrapar al grupo rebelde de la Sierra Maestra. Demasiado era el peligro en la capital y en las principales ciudades del país, donde bombas, sabotajes y atentados personales se sucedían diariamente con la amenaza de desestabilizar al gobierno y derribarlo de una forma u otra. Incluso se sospechaba la existencia de conspiraciones dentro de las propias Fuerzas Armadas. Batista recordó el último informe del nuevo jefe del servicio de Inteligencia Militar. No, por ahora no podría mover grandes fuerzas en persecución de los rebeldes. Pero qué importaban unas cuantas decenas de montaces guerrilleros, perdidos en lejanas montañas. El verdadero peligro estaba en las ciudades, en los fanáticos clandestinos del Movimiento 26 de julio, responsables de los atentados, las explosiones de bombas, los sabotajes, y en los revoltosos estudiantes, eternamente díscolos, autores, apenas cuatro meses atrás, de la muerte, a balazos, del anterior jefe del servicio de Inteligencia Militar, uno de los oficiales más apreciados y queridos por el general. “Canallas, hijos de puta”, Batista se encolerizó, pero, al mismo tiempo, se puso nervioso al pensar en aquel atentado y en los estudiantes universitarios quienes habían prometido no descansar hasta no matarlo a él mismo. “¿Qué pretenden con tantos crímenes y

matanzas?” El odio apareció en los ojos del general presidente. “Yo hago todo lo posible para el avance del país en su economía, para que se realicen nuevas inversiones, se viva mejor y me pagan pidiendo mi cabeza. Pero no la tendrán jamás. Primero acabaré con todos ellos. Por eso es necesaria la mano muy dura, puño de hierro, implacable, como el del coronel Ventura . Ése sí es un hombre entero, leal, valiente.” Irritado, Batista se puso de pie, movido por uno de sus tantos presentimientos. Oscuros presentimientos, parte inseparable de su personalidad, en los cuales creía firmemente, que le hicieron cambiar dos veces de auto durante su golpe de estado en 1952, por los cuales variaba repentinamente las calles de su recorrido a través de la ciudad, o, de improviso, pedía hacer un viaje a provincias en auto en vez de avión. Ahora el presentimiento le hizo estremecer y acudir aprisa hacia el balcón del despacho. A esa hora, la tarde estaba silenciosa y tranquila, con un barco a lo lejos, dirigiéndose a puerto, escaso el tráfico por la avenida frente al Palacio, a través del cual se movía un camioncito escoltado por dos autos. Ni por un instante pudo sospechar Batista que en los tres vehículos viajaba hacia palacio un numeroso grupo de civiles fuertemente armados.

Más calmado, Batista volvió a sentarse. Su corazonada era inmotivada, se dijo y retornó a sus cavilaciones. No, no abandonaría el gobierno, aunque mucha fuera la presión interna y externa. “Vámonos ya, Fulgencio, deja esto. Con el dinero que tenemos en España y Suiza podemos vivir mejor que aquí y con tranquilidad”, le suplicó su esposa Martha la noche pasada al acostarse. De ninguna manera. Aquello sería un acto indigno y cobarde frente a sus enemigos y la historia. No iba a marcharse, primero por él mismo y después por el país. Sin su presencia, los revoltosos, los locos extremistas, entronizarían el caos, conduciendo a la isla a la ruina y el desorden. Volverían las pandillas de gangsters, como en el anterior gobierno, retornarían las agitaciones de los comunistas, las huelgas, las provocaciones estudiantiles; el capital norteamericano, que con tanta habilidad logró atraer, se retiraría de Cuba cuando él faltara. Él era imprescindible, él y sólo él, respaldado por las Fuerzas Armadas y parte de la población, podía controlarlo todo y hacer prosperar la nación. No, con bombitas y guerrillitas no lo derribarían. Los dedos del general abrieron una gaveta del escritorio, dentro de la cual yacía una niquelada pistola marca Colt. Sí, él iba a continuar en el poder cuanto tiempo fuera necesario para proseguir su obra...

Los pensamientos del general fueron cortados abruptamente, cuando, desde la planta baja del palacio, llegaron como retumbar de tambores, disparos de fusiles y ametralladoras que inmediatamente treparon las escaleras, en compañía de las explosiones de bombas y granadas, hasta el primer piso de la mansión. Batista escuchó un segundo el estruendo que se aproximaba y después, sin pensarlo dos veces, movido por el instinto, se levantó, volcando el asiento, y olvidando la pistola, fue hasta la pared y a través de una entrada secreta pasó a un pasillo por donde huyó hacia la azotea minutos antes de que la puerta principal del despacho se abriera violentamente y dos jóvenes, armados de ametralladoras, llegaron para ajusticiarle.

Nunca volviste a las sesiones espiritistas ni lograste aclarar los hechos con Raymundo, cara a cara. Esa noche duermes muy intranquilo y al levantarte, tarde en la mañana, te dicen que Raymundo no ha ido a trabajar. Intranquilo tomas una ducha, almuerzas solo pues Rosario se ha marchado temprano y a medio día suena el timbre del teléfono. El criado que descuelga y responde te mira dudoso si pasarte la llamada o no, pero finalmente se decide. La esposa de Raymundo habla del lado de allá de la línea, la voz llorosa, temblorosa y te suplica que intercedas por su marido.

—¿Qué le sucede? —preguntas.

Se hallaba preso en una unidad policíaca, bajo sospecha de estar involucrado en los hechos del día anterior.

—Por favor, por favor —los sollozos te llegan con fuerza—, haga algo, ¿no puede el caballero con su influencia interceder por Raymundo ante la policía?

Por supuesto que sí, ¿dónde lo tenían detenido?

—En la cuarta estación con el capitán Pérez Mata.

Cuelgas el teléfono e inmediatamente discas el número del doctor Garriga, quien es ahora furibundo batistiano y muy allegado al ministro de Gobernación. “Para algo son los amigos”, responde él amablemente y se dirige contigo a la estación, donde les recibe en persona Pérez Mata. Por suerte, sobre Raymundo sólo había ligeras sospechas de ser amigo de uno de los atacantes muertos. El capitán accede a ponerlo en libertad, pero antes de llamarlo a presencia de ustedes les advierte que el chofer se puso algo perro e insolente cuando lo detuvieron y hubo que darle su correctivo. El habla de Pérez Mata te recuerda la de los mayores esclavistas, pero bien te guardas de hacer ningún comentario al ver a Raymundo, cuyo rostro está hinchado por los golpes recibidos.

Aprisa salen de la estación, temerosos de que el capitán reconsidere su actitud, te despides agradecido de Garriga y tú mismo montas a Raymundo en el carro y guías. Le propones ir a ver un médico, pero él se niega y te pide le lleves a su casa, “No es nada lo que tengo, caballero”, dice con calma mientras atrás quedan las torres grises de la estación de policía. En silencio avanzan por la Calzada de Infanta rumbo a Párraga, Raymundo absorto, pensativo, tú confuso ante tantos hechos sorprendidos en pocos días. Finalmente, al llegar a la Esquina de Tejas te atreves a preguntar.

—¿Qué sucedió, Raymundo? —dices con respeto pues el chofer ha adquirido para ti, de repente, una dimensión nueva—, ¿tuvo usted verdaderamente que ver con los hechos del ataque?

Raymundo te mira con una mirada profunda, reconcentrada, que nunca antes viste en él y piensa su respuesta.

—No, señor —dice con dificultad pues tiene el labio inflamado—, yo sólo era íntimo amigo de uno de los asaltantes muertos con quien estuve en un lugar público dos días antes del ataque —Raymundo calla mientras el carro corre por la Calzada de Jesús del Monte—. Él no me dijo nada ni yo hice nada, pero le juro por los restos de mi madre Milagros y por ésta —el chofer besa los dedos en cruz— que de ahora en adelante sí voy a hacer y van a tener que arrancármela de verdad, porque a ese capitán y a otros como él les voy a echar plomo, por la virgen y mi madre lo juro.

—Calma, Raymundo, calma —dices, sorprendido ante el lenguaje agresivo de tu chofer, inusual en él.

Raymundo no responde y el resto del viaje lo hace mirando a través de la ventanilla. Al llegar a la casa, desciende del carro y te tiende la mano abierta que tú estrechas.

—Muchas gracias, señor Javier, sepa que siempre le quedaré eternamente agradecido.

—No tiene importancia, Raymundo —musitas impresionado por su reciedumbre—, cuídese, descanse unos días, no vaya a trabajar y, sobre todo, no haga locuras.

—No se preocupe, señor Javier, todo irá bien. Pronto tendrá noticias mías.

Sólo dos veces más volviste a ver con vida a Raymundo, el hombre que durante años manejó tu coche.

Tampoco esa noche, puedes conciliar el sueño a pesar de los dos barbitúricos que tomas. Las ideas, las sensaciones, los recuerdos van y vienen en tu cerebro, como voraces peces, sin darte tregua. Muchos sucesos inesperados, en menos de una semana, han ocurrido. De repente, en medio del confuso caos de pensamientos que te abruman recuerdas un instante de la sesión espiritista y vuelves a escuchar, como si estuvieras allí, a la médium a través de la cual el supuesto espíritu preguntaba: “¿Cuándo desaparecerán los Valle?”

Poco a poco, como la tierra que se reseca falta de lluvia, los amigos van dejando de reunirse en tu casa. Los tiempos peligrosos, inesperados, no están para convites ni fiestas con tantos torturados, asesinados, que, a diario, la policía tira en las calles, y entristecen a cualquiera. Otras razones hay también: los Torrente partieron hacia Estados Unidos, Garriga es un furibundo batistiano mientras Reyes y Rosario son declarados enemigos del gobierno. Tú odias a Batista, pero, por el momento, aún no lo manifiestas públicamente. ¿De qué hablar entonces fuera de la política? Los negocios, la situación económica, van de mal en peor con una zafra insegura, cañas quemadas, fábricas saboteadas, tiroteos en la ciudad, cables eléctricos cortados que, de repente, sumen a todos en las tinieblas y la incertidumbre. El caos. Tampoco puedes narrar tus investigaciones familiares. Han concluido. Ya sabes lo que querías saber (en realidad, ¿qué quisiste saber?) y nada nuevo hay para agregar.

¿Obtuviste algo con tales averiguaciones? Por supuesto, respondes. En primer lugar, comprobar que los Valle, a pesar de todos sus defectos, contribuyeron, al igual que muchas otras familias del patriarcado cubano, al desarrollo del país. A su progreso, por no hablar ya de la activa participación de dos de sus miembros en las luchas independentistas. Eso es algo que te enorgullece.

Antonio, otra vez Antonio (que está, pero no está frente a ti porque es sólo una imagen en tu mente), se ríe estrepitosamente, contorsionándose, encorvándose y su risa es tan fuerte que puede volar, llegar hasta el cementerio (piensas) y despertar a tus antepasados en sus sepulturas. Ja, ja, ja, Antonio abre y cierra la boca como una gran pala mecánica, ja, tú sabes muy bien que los Valle fueron unos cochinos negreros, usureros, antiindependentistas, políticos corruptos durante la República, jugadores, borrachos. “No es cierto, no es cierto, ¿y Clemente y Florencio?” respondes y dentro de tu cerebro discutes con Antonio y contigo mismo. “Excepciones, granos de arena en la playa, los demás Francisco, Fernando, Frasco, Felipe, Fabián fueron y son tan reaccionarios como tú, ja” “Yo no soy un reaccionario”, le dices a Antonio que ha salido de tu mente y se encuentra, de verdad, frente a ti, sentado con las piernas cruzadas y sobre ellas un periódico abierto que muestra la foto de dos jóvenes acribillados a balazos por la policía de Batista. “Pero eres amigo del doctor Garriga.” “Ser amigo de un batistiano es una cosa y apoyar a Batista es otra”, te defiendes. “¿Y por qué no haces nada contra el régimen?”, grita Antonio acalorado. “¿Y tú por qué no haces nada?”, le devuelves la estocada. “Yo, yo voy a matar a Batista, lo mataré, si señor”, masculla él y se va, tan rápidamente como vino, medio ebrio, dejándote a solas con tus pensamientos. “¿Qué se puede esperar de un borracho?”, te preguntas. Simples fanfarronadas esas de matar a Batista, pero sus afirmaciones y preguntas te intranquilizan. “¿Eres un reaccionario?” “¿Soy un reaccionario?” Por supuesto que estás a favor de los negocios y de vivir bien, pero la imagen de los niños mendigos, de los guajiros hambrientos, hiere tus sentimientos. Algo has hecho por remediar esos males. Los fines de año contribuyes a la distribución de juguetes y medicamentos para los niños pobres, apoyas a la Iglesia en sus campañas a favor de los menesterosos, en tus negocios sólo se despide a alguien por causas muy justificadas, eres un hombre piadoso. “Eres un tonto, hermano”, quien habla es Marcelo “que tiras tu dinero al mar con todas esas obras de caridad y asistencia social. Desigualdad y mendigos hubo, hay y habrá siempre con cualquier régimen social porque así es la vida. Por eso te va mal en los negocios”. Antonio regresa y arremete contra ti nuevamente. “Apoyas a Batista porque no haces nada en contra de él.” “¿Por qué no hago nada contra Batista?”, la pregunta te da vueltas y vueltas en la cabeza durante días. “No soy un joven, ni un hombre de acción”, dices. Además estás en contra del terrorismo, de las bombas que estallan a diario en la ciudad, porque pueden herir (y hieren) a personas inocentes. “Además, no conozco a ningún revolucionario”, piensas y ésa es tu principal justificación para tu inercia frente al sádico vandalismo que practican los esbirros cuyo terror reina en la capital. Así pasan los días y las semanas hasta que una tarde oyes la noticia de que el capitán Pérez Mata fue muerto en un atentado. La policía busca al jefe de los atacantes. Su foto y nombres aparecen en la primera página del diario, al lado del cuerpo del capitán acribillado a balazos: Raymundo Troncoso Arenas, cuyo rostro identificas enseguida a pesar de los espejuelos oscuros con los cuales aparece en el periódico.

Desde ese día comienzas a encontrar, frecuentemente, el nombre de Raymundo en los informativos de la tele, en las páginas de los diarios, acusado de ser uno de los jefes clandestinos más importantes de la ciudad. Tanto escuchas su nombre que comienzas a pensar en él, en qué hará y cómo será su vida de hombre perseguido, acosado, hasta que recibes una llamada de alguien, (el criado no sabe de quién) que pide hablar personalmente contigo. Tomas el auricular y oyes la voz conocida de Raymundo (quizá ahora un poco cansada) y de repente sientes miedo, mucho miedo. Raymundo, conciso, breve, te solicita una entrevista, quiere hablar contigo para algo muy importante. El miedo no te abandona, pero

accedes. “De acuerdo, mañana a las nueve”, dices y cuelgas. Entonces recuerdas las palabras de Antonio: “¿Por qué no haces nada contra el régimen?”.

—¿Vas a ir? —Rosario te observa intranquila—, puede ser muy peligroso. La policía lo busca. Rosario calla un instante, asustada.

—¿Qué querrá de ti?

Por supuesto que vas. “¿No acudieron Clemente y Florencio Valle a citas semejantes? Entonces ¿por qué no acudiría yo?”, piensas, sintiéndote un poco héroe, similar a aquéllos de las películas de espionaje que tanto te agradan. Te crees héroe, pero te tiemblan las manos cuando llegas al lugar de la reunión, una cafetería de un barrio periférico en la cual tratas de aparentar naturalidad mientras bebes un refresco y con la mirada cautelosa miras insistente la hora. A las nueve y quince Raymundo no ha aparecido, ni tampoco a las nueve y treinta cuando, finalmente, decepcionado y cansado de esperar te levantas para irte. Entonces una voz baja, firme, pronuncia tu nombre.

—Un momento, señor Javier —dice la voz, está diciendo un hombre joven que se acerca a tu mesa. Lleva espejuelos oscuros y no se nota en él ningún signo de intranquilidad. Por el contrario, parece un amigo que acaba de hallar a otro y se dispone a saludarlo.

El joven te tiende una mano que tú estrechas en movimiento mecánico y te invita a sentarte.

—Vengo de parte de Raymundo —dice rápidamente—, él no puede venir —y enseguida con naturalidad—, soy Ramón.

—¿Qué quería de ti? —Rosario está ansiosa por saberlo todo.

Cooperación. Ayuda material, es decir dinero. Raymundo pedía aquello, conociendo la clase de hombre que eres tú.

—¿Y cómo sabes que, efectivamente, venía de parte de Raymundo? ¿Por qué no fue él personalmente a la entrevista? ¿No será todo un engaño?

No, no fue un engaño. Esa tarde Raymundo volvió a llamar para disculparse por no asistir y pidiéndote que confiaras y lo tramitaras todo a través de Ramón, le explicas a Rosario, “Raymundo está muy perseguido y no puede andar por la calle. Por eso envié a su ayudante”.

En realidad, agradeciste que Raymundo no asistiera y acudiera Ramón en su lugar, con lo cual disminuyó el riesgo para ti. Después, cuando detuvieron y mataron a Ramón (sin que una sola palabra suya comprometiera a nadie), fue Bernardo tu contacto por poco tiempo y enseguida Mauricio, y al partir éste hacia la Sierra Maestra lo sustituyó Miguel. A todos les entregas dinero para la organización, valiosas informaciones que le sacas a Garriga y medicinas destinadas a los guerrilleros.

—Me gusta ese hombre —le dices a Rosario una noche, después de haber entregado un gran lote de medicamentos.

—¿Quién?

—Fidel Castro.

Te simpatiza el jefe guerrillero, fuerte, valiente, osado. Quizá siempre has soñado con tener esas cualidades.

—Torrente me dijo una vez que era comunista.

—Tonterías. Estudió en el Colegio Belén y es muy creyente.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Marcelo.

Tu ayuda a los clandestinos prosigue día a día en un intenso trabajo de hormiga que acarrea todo lo posible hacia el hormiguero. Te secundan Rosario y Reyes, con quienes formas, autorizado por Ramón, una especie de célula. De hecho, eres un miembro activo de la resistencia y corres los mismos peligros que cualquier otro, por supuesto no tan graves como los hombres de acción que directamente enfrentan en las calles a los esbirros.

Es Reyes quien trae noticias de otro grupo de resistentes mandado por un médico y un periodista, miembros de una red mucho más vasta en la cual ambos, como puntas de un iceberg, son elementos de una gran organización, mucho más grande de lo que supones, que colabora con combatientes urbanos y rurales, dirigida (según Reyes) por un ingeniero muy conocido por ti de actividades sociales sumergido ahora en la más profunda clandestinidad. No, tú, Rosario, Reyes no son los únicos caminantes en el campo de tu grupo social. Junto a ustedes, pero ocultos en la espesa niebla del clandestinaje, avanzan silenciosamente otras gentes iguales.

Te entrevistas con el periodista y accedes a colaborar con su grupo, pero tu ayuda principal se la seguirás prestando a Raymundo y sus compañeros. “Sería una traición, una deslealtad dejar de ayudarlos en el momento en que más necesidad tienen de ti, piensas y continúas dándoles dinero y vituallas.”

Una noche Miguel conversa contigo. Esa mañana han aparecido tirados en la calle, apenas a unas cuadras de tu residencia, los cadáveres de dos jóvenes de rostros irreconocibles por los golpes y los disparos. Miguel está muy serio al hablarte.

—Javier —dice. Atrás ha quedado lo de “señor Valle” o “señor Javier”. Para estos jóvenes eres simplemente Javier y nada más—, Raymundo le pide un gran servicio.

—¿Cuál? —tus ojos se mueven inquietos. Nunca has logrado acostumbrarte a estas peligrosas entrevistas, durante las cuales, bien lo sabes, puede llegar la policía.

—Esconder en su casa o en la de cualquier persona de confianza a un compañero herido —Miguel enciende un cigarrillo—. Por supuesto es peligroso para usted y si no quiere lo comprenderemos.

No, no te negaste. A tu casa fue Homero, herido durante el atentado a un esbirro, y lo escondes en una lejana habitación a la cual sólo tiene acceso Lucas, el viejo mayordomo de toda confianza. Luego, recuperado de sus heridas, trasladadas a Homero en tu propio automóvil al sitio desde el cual partirá hacia la Sierra Maestra. Nunca te ha gustado manejar, pero ahora conduces el auto porque Severo, el nuevo chofer, no es persona de absoluta confianza ni de clara militancia política.

Al joven Homero siguieron otros, heridos unos pocos, la mayoría no, simplemente hombres acosados por la policía en busca de un escondrijo donde permanecer seguros algún tiempo para luego regresar a la selva urbana, a la caza de la liebre por el lobo, en la cual los esbirros eran los lobos y ellos las presas que, frecuentemente, aparecían en las calles, incluso las más céntricas, con el cuerpo perforado a balazos y punzonazos o colgados de los árboles.

A todos los recibes con la sonrisa en los labios y el miedo en el corazón. El miedo que nunca logras expulsar al pensar que contigo puede suceder algo semejante. Detenido por los esbirros del coronel Ventura (ese hombre de vestir impecable, fino bigote y mirada muerta) serías torturado, tu cuerpo lacerado a latigazos, pinchado con punzones, quemado con tabacos encendidos, reventados los tímpanos por los golpes repetidos, una y otra vez, rápidos, fulminantes, de las palmas abiertas de las manos contra los dos oídos.

No, a un Valle, hombre de posición social y grandes relaciones jamás le harían eso, piensas, pero recuerdas la imagen desfigurada por los balazos del senador Pelayo Cuervo, una gran figura pública, altamente estimado en la sociedad, salvajemente torturado y asesinado luego del ataque de los revolucionarios al palacio presidencial.

Tienes miedo aunque lo dominas. Por fuera sigues siendo el mismo hombre de siempre, continúas atendiendo los negocios, manteniendo las relaciones sociales de costumbre, pero dentro llevas a otra persona, muy diferente al frívolo anfitrión sabatino, derrochador del tiempo en investigaciones genealógicas, solitario caminante del cementerio, al cual, por cierto, no has vuelto. Eres otro. Otro que ha cambiado sin conocer las verdaderas causas del cambio. Quizá se encuentren en la sensibilidad que siempre has tenido, la sensibilidad de Caridad Toledo y de Flor Iznaga, quizá sea la sangre que corre en tus venas, la sangre de Clemente y Florencio Valle. Sí, Clemente y Florencio de los cuales te sientes un poco el continuador.

—¿Estás loco? ¿No sabes en lo que andas metido? ¿Lo que te puede suceder? ¿El compromiso en que nos pones a todos? —farfulla Marcelo que ha conocido tus actividades clandestinas—. Un hombre de posición unirse a una chusma de facinerosos —la rabia de Marcelo brota por cada poro de su cuerpo.

Le observas indiferente.

—Soy mayor de edad, el mayor de los hermanos, y sé perfectamente lo que hago —contestas.

—Precisamente por eso, por ser el cabeza de familia. Debieras pensar en ti y en la familia.

Antonio escucha la conversación en silencio, hoy completamente sobrio.

—¿Dónde carajo está esa familia? —dice lentamente—. ¿Tú, yo? ¿Las primas? Al carajo todos.

Sin prestarle atención, Marcelo prosigue en sus reproches.

—Batista nunca se va a caer, pero si se cayera, ¿qué ministerio te darán ti? ¿De qué serás ministro?

“¿Ministro?” Nunca has pensado en eso. Ayudas a los revolucionarios desinteresadamente, no para recibir recompensa material.

—Hermano, perdona que te lo diga, pero eres un tonto iluso —Marcelo muerde las palabras al volver con sus reproches habituales.

“¿Iluso?” Ésa era la palabra preferida de Frasco al referirse a su hijo y a todos los que no pensarán como él.

Marcelo se sirve un largo trago de whisky, lo bebe y ya más calmado habla.

—Bueno, en realidad nos conviene que Batista se caiga porque con él ya no se pueden hacer negocios —Marcelo vuelve a beber—, el problema es quién va a venir después. Si son los campesinos analfabetos de la Sierra Maestra y el demagogo populista de Fidel Castro, todo va a estar muy mal. Lo conozco bien y sé que sólo busca satisfacer su ambición de poder personal.

“¿De dónde conocerá Marcelo a Fidel Castro?”, te dices, pero no le preguntas.

Marcelo se sienta, enciende un cigarrillo.

—Si ese cabrón se encarama en el poder nos va a joder a todos —dice y expele el humo del cigarrillo.

Antonio ríe sin motivos.

—Con tal de que no me quite esto ni esto —Antonio señala el cigarrillo que tiene entre los dedos y la botella de whisky—, por mí que se jodan todos.

Marcelo mira con rabia a Antonio.

—Que Batista se caiga está bien —continúa—, pero lo importante es que lo sustituya un gobierno de hombres serios y responsables, preparados para dirigir el país y no la banda de analfabetos e incapaces que andan sueltos por ahí.

Así hablaron ustedes aquella noche, pero tú, sin hacerle caso a Marcelo, mantuviste tus actividades. El país estaba demasiado corrupto y necesitaba un cambio político, necesitaba también nuevas industrias, no solamente la azucarera, sino otras, como las que tú querías desarrollar.

Siguieron los perseguidos escondiéndose en tu casa, a veces en la de Rosario o Reyes, prosiguieron las entregas de dinero y mercancías, el traslado de revolucionarios en tu carro. Continuaron apareciendo en la calle jóvenes asesinados por la policía y aumentaron los policías muertos en atentados. Muchas veces volviste a encontrar en la prensa el nombre de Raymundo, intensamente buscado por la policía. Raymundo, que de chofer se ha transformado en figura pública. No lo has vuelto a ver, pero recibes noticias suyas a través de Miguel, que una noche llama por teléfono.

—Javier, el rey quiere verte personalmente —dice y da una dirección.

Al saber la noticia, Rosario se desconcierta. Tampoco ella es la misma de tiempo atrás porque en esta época los días son meses y los meses años que transforman a las personas como árboles que crecieran aceleradamente. También ella ha aceptado, de buena gana, compartir tus riesgos y colaborar con Raymundo, un hombre de posición social inferior a ustedes.

—Ten cuidado. ¿Quieres que vaya contigo? —pregunta.

No, Raymundo ha pedido verte a ti solo. Rosario manejará el auto en que irán a la dirección dada por Miguel, probablemente una casa bien apartada y escondida, piensas, pero quedas sorprendido cuando, luego de dejar a Rosario dentro del coche al doblar de la calle, en elemental medida de seguridad, ves que en la dirección no hay ninguna vivienda sino una pequeña cafetería de mesas desocupadas, menos una, de la cual se levanta alguien que viene a tu encuentro y sonrío.

Con dificultad reconoces a tu antiguo chofer en el hombre de pelo canoso (probablemente teñido), espeso bigote y grandes espejuelos que le dan el aire de un viajante de comercio o un vendedor de libros a plazos. Aprisa se sientan y después de encargar cervezas al mozo que ha salido de la trastienda a tomar el pedido y a la trastienda regresa al servirles, Raymundo te observa mientras bebe lentamente. Estás muy nervioso y apenas mojas los labios en el líquido amarillo y espumoso.

—Las vueltas que da la vida, señor Javier —dice Raymundo con calma—, ¿quién nos iba a decir a nosotros hace unos años que nos encontraríamos en estas circunstancias? —su voz conserva el antiguo tono de respeto de otras épocas, pero en ella hay algo nuevo, un timbre de autoridad y seguridad desconocido para ti.

Vas a decirle que no es necesario tratarte de señor, pero él no te da tiempo y comienza a explicar en pocas palabras, por qué ha querido verte personalmente.

—En primer lugar es una especie de despedida con usted pues dentro de poco partiré hacia las montañas.

El cerco alrededor de Raymundo es mucho y la jefatura superior ha decidido ponerlo a salvo en la relativa tranquilidad de las guerrillas, donde, por supuesto, lo pueden matar, pero peleando con un fusil en las manos y no acosado, sin dormir, cazado en una trampa o sorprendido a la vuelta de la esquina. Raymundo bebe otro sorbo y la cerveza deja un círculo espumoso alrededor de sus labios que se limpia con la lengua. Está mucho más delgado, pero de su cuerpo se desprende una fuerza contenida semejante a la de un animal en acecho. Decidido el viaje, antes debía arreglar un asunto de capital importancia para la organización urbana.

El camarero sale de la trastienda, mira hacia la puerta de la calle por la cual penetra un ventarrón de sol, y a ti te parece que hace un imperceptible gesto con la cabeza. Aquel posible gesto, la soledad y

tranquilidad del lugar te ponen en guardia, pero Raymundo, sin reparar en tu tensión, prosigue su explicación.

—Un gran cargamento de armas, parte de las cuales debe trasladarse hacia las montañas, está en venta por una suma considerable.

—¿Cuánto? —preguntas interesado, olvidándote del camarero que ha vuelto a la trastienda.

—Diez mil pesos. ¿Podría usted facilitar ese dinero y... —Raymundo no puede terminar la frase porque en ese instante una voz seca, dura, llegada desde la puerta lo interrumpe.

—No se muevan —dice la voz tras la cual se encuentra un hombre alto, fuerte y rubio, con una ametralladora en las manos, a su lado dos hombres más, armados.

El estupor te paraliza, pero no a Raymundo que se pone en pie, lleva la mano a la cintura y extrae una pistola. No tiene tiempo de usarla porque el hombre de la ametralladora es más rápido; de dos zancadas llega junto a él y le apunta directamente a la cabeza.

—Si te mueves te rompo, maricón —vocifera con odio y cuando Raymundo alza los brazos le golpea violentamente la cabeza con la culata de la ametralladora. Entonces Raymundo cae al suelo mientras su sien se torna roja.

Otros esbirros entran. Dos de ellos se llevan, arrastrándolo, a Raymundo semiinconsciente. A ti te registran y luego de comprobar que estás desarmado te sacan a empujones de la cafetería y a empujones te tiran en el asiento posterior de un auto que parte inmediatamente a toda velocidad. Vas sentado entre dos esbirros, uno vestido de teniente y otro de civil que te arranca tu carísimo reloj Rolex y se lo guarda presuroso en un bolsillo. Luego hunde violentamente su codo en tu abdomen.

—Ay —gimes y el teniente sonrío.

—Te jodiste, viejito —dice—, ¿sabes con quién caíste?, con Venturita. En la estación lo vas a cantar todo como una gallina clueca.

El miedo, el terror, te hace estremecer y sudar al mismo tiempo. Estás preso, detenido, en las manos del asesino más brutal de la ciudad, el coronel Esteban Ventura Novo. ¿Qué siente un hombre entre bestias sanguinarias? ¿Qué sensaciones experimentará, además del dolor físico? ¿Angustia, soledad, indefensión, pánico?, son preguntas que siempre te has hecho y ahora puedes responder, pero en este instante no tienes tiempo para meditar en esas cosas. Luego, en la estación, a solas contigo y tu conciencia, quizá logres contestar tales cuestiones, pero en el auto no piensas en nada de eso. Sólo piensas en la horrible situación en la cual te hallas y cómo salir de ella.

—Un momento, teniente —dices y te sorprendes de la seguridad y altivez de tu voz—, no sé por qué me han detenido. Esto debe ser una lamentable confusión. Soy el doctor Javier Valle Sánchez Torres, amigo personal del doctor Garriga, médico y amigo del ministro de Gobernación —el esbirro de civil amenaza con pegarte en la boca, pero un gesto del teniente lo detiene—, además soy condiscípulo y amigo del senador Robaina, mi hermano es el contratista principal del Ministerio de Obras Públicas y amigo del ministro Machado y yo mismo soy dueño... —el teniente te escucha atento y por su mirada ves que lo has impresionado. Entonces ya más seguro continúas—, en mi cartera encontrará teléfonos y direcciones de todos esos señores a quienes pido llamar. Hagan el favor de respetarme debidamente —las últimas palabras las pronuncias en un rapto de temeridad que bien te puede costar un puñetazo en pleno rostro.

Pero no, los esbirros no te golpean. Por el contrario, se apartan algo de ti y el resto del camino lo hacen en un silencio, sólo roto por las transmisiones de la planta radial del auto que constantemente va dando, a través de una sorda voz, instrucciones e informaciones para los autos policíacos. El hombre que viaja en el asiento delantero, el mismo que les apuntó con la ametralladora, se inclina sobre el micrófono de la radio y transmite: “P2, P2, aquí P4, P4, cambio”, la voz sorda contesta, “Aquí P2, adelante P4, cambio”. Al hablar, el esbirro de la ametralladora está eufórico, “Díganle al Principal que tenemos un peje grande y a un M y los llevamos al punto 5, cambio.” “Entendido, P4, cambio.”

Precedido por el coche donde han montado a Raymundo, el auto avanza a gran velocidad sin respetar las luces rojas de los semáforos, por la Calzada de Infanta en dirección al mar. “¿Adónde vamos?”, te preguntas, pero la contesta no demora porque los autos se detienen frente a un edificio gris, con arquitectura de fortaleza medieval, como todas las estaciones policíacas, al fondo de la cual hay un pequeño parque: el centro represivo del coronel Ventura.

Aprisa, como si no quisieran que nadie les viera te conducen a un cuarto, donde hay un buró y dos sillas y en el que, a través de una alta y enrejada ventana, penetra el brillante sol del mediodía. Al entrar en la habitación observas de soslayo que detrás de ti traen, empujándolo y golpeándolo, a Raymundo, que ya ha recuperado el conocimiento. En el cuarto quedas solo y entonces sí tienes tiempo para pensar y meditar en tu situación. ¿Qué va a pasar contigo? Estas bestias no tendrán escrúpulos en torturarte, matarte, hacerte cualquier cosa. Para ellos un prisionero es nadie, nada, en todo caso un muñeco al que se puede pinchar, quemar, descuartizar y luego arrojar los restos en el latón de basura. No, no se atreverán, eres un Valle. Un hombre con relaciones e influencias, vuelves a repetirte. Con quien no van a tener piedad es con Raymundo. Pero si él llega a decir algo de tu actividad en la organización entonces sí no te respetarán. También serás torturado en busca de nombres y lugares. Jamás imaginaste que esto pudiera llegar tan lejos. Tú, torturado. Recuerdas a Rosario. No la entregarás, te juras, aunque te crucifiquen. Eres un Valle, te dices, y los Valle, Francisco, Clemente, Fernando, Francisco Joseph, Florencio, siempre fueron hombres duros. Negarás todo, dirás que casualmente entraste en aquella cafetería a comprar cigarrillos y por casualidad encontraste a Raymundo, tu antiguo chofer, a quien invitaste a una cerveza. Pero ¿qué hacías en aquel barrio si vives en Miramar y tus oficinas están en el Vedado? Por un momento, quedas desconcertado, en busca de la coartada salvadora. Ya, claro, tu vieja tía María Fernanda vive sólo a unas cuadras de allí e ibas a visitarla. Eso es. Debes mantener aquello una y otra vez y exigir que te comuniquen con Garriga, con Robaina, con Machado, con Marcelo, con toda la gente importante de tu mundo que vendrá inmediatamente a sacarte de este antro de fieras. “¿Soportará Raymundo la tortura? ¿No te involucrará? No, no lo hará. Es un hombre verdadero.”

Las manos, la frente, todo el cuerpo te sudan y sientes unos deseos enormes, inaguantables, de beber hasta reventar. Vas hacia un rincón de la habitación, adonde no llega el rayo de sol, y te acurrucas en el suelo y entonces escuchas, a través de la puerta, unos alaridos desgarradores, que recuerdan los de un cerdo al ser sacrificado, gritos que te hielan, que te estremecen y hacen que tus testículos se reduzcan. Los gritos se prolongan por mucho tiempo. Luego de repente cesan y llega el silencio. Un silencio oneroso, amenazante, aterrante porque no sabes qué va a suceder.

En la soledad del silencio, recuerdas a Marcelo y sus consejos. Recuerdas a don Genaro, el santero y su advertencia premonitoria. Recuerdas a Florencio Valle, tu abuelo, en su mazmorra, antes de ser fusilado, ¿tendría los mismos sentimientos que tienes tú ahora?

No tienes tiempo de responderte porque la cerradura cruje con un sonido de metal mohoso, la puerta se abre y el teniente, ojos de gavilán, manos de buitre, te hace salir y caminar por un largo y estrecho pasillo hasta una puerta metálica que empuja.

—Pase —dice con deferencia. Dentro, sentado tras un buró metálico, reconoces al coronel Ventura Novo cuya mirada muerta choca con la tuya.

Si no fuera por su fama de criminal, el coronel podría parecer un respetable caballero en cuanto a porte y atildamiento. Viste un impoluto traje blanco que combina con una corbata azul de seda, cruzada por un pasador de plata en forma de llave y en la muñeca lleva un Rolex similar al tuyo.

Con un gesto, te invita a sentarse frente a él, el teniente a tu espalda. Te sientas y sin dejar de mirarte revisa los documentos que te han quitado.

—Así que usted afirma ser Javier Valle Sánchez Torres, amigo del senador Robaina y del doctor Garriga, hermano de Marcelo Valle —dice y su voz parece salida de una película sobre los bajos fondos de Chicago. Con la misma voz debió hablar Al Capone.

—Sí, señor coronel, si me lo permite puedo llamar a esos señores —tu mano se tiende hacia el teléfono sobre el buró, pero la mirada oscura del policía la detiene.

—No es necesario —dice—, ya lo hicimos nosotros.

—¿Y? —hay duda y temor en tu pregunta.

—No están localizables.

—Pero, insista, deben estar almorzando. Más tarde seguro los encuentra —el miedo te domina.

—Ya nos ocuparemos de eso —los dedos del coronel acarician una fusta de cuero que tiene arriba del buró—. Pero antes nos interesa que nos aclare que hacía en compañía de Óscar Miranda.

—¡Óscar Miranda! No conozco a ese señor.

—No se pase de listo. Estaban juntos en la cafetería cuando los detuvimos —las palabras del teniente te acosan por la espalda.

Vas a volver la cabeza para responderle, pero su grito es paralizante.

—No vire la cabeza, coño, mire al coronel.

—No conozco a ningún Miranda —insistes tercamente.

—Tráiganlo —ordena el coronel y la puerta se abre y cierra a espaldas tuyas cuando el teniente sale.

—Conozco de vista al señor Marcelo Valle —dice con falsa amabilidad Ventura—, incluso hemos compartido la misma mesa de juego en el Montmartre.

—Sí, mi hermano acostumbra a jugar allí —contestas.

La puerta se vuelve a abrir y oyes pasos.

—Usted afirma no conocer a este hombre —el tono del coronel ha perdido la afabilidad y en su lugar hay cólera reprimida.

El teniente toca tu hombro para que ahora sí vuelvas la cara y cuando miras hacia atrás te cuesta trabajo reconocer a Raymundo en el hombre de rostro desfigurado por los golpes y camisa desgarrada bajo la cual se muestra una piel sanguinolenta y contusa llena de hematomas.

—¿Lo reconoce ahora? —sonríen las palabras del teniente que para ti son un fustazo.

—Éste no es Óscar Miranda, éste es Raymundo mi antiguo chofer —dices sobrecogido.

—Lo sabemos, lo sabemos, aquí lo sabemos todo —el coronel ironiza— ¿y qué hacía en su compañía?

Las manos te tiemblan, el cuerpo te tiembla, los testículos se te han recogido nuevamente, pero logras dominarte.

—Iba a casa de mi tía que vive cerca de esa cafetería, entré a tomar algo, encontré a mi antiguo chofer a quien hace años no veo y le invité a una cerveza —afirmas lo más convincentemente posible.

—Así que todo fue casual —la ironía es reemplazada por la duda en la voz del coronel que se vuelve hacia Raymundo—, ¿y tú?, so maricón, yegua de mierda, ¿qué dices?

Los labios de Raymundo, partidos, hinchados se abren con un gran esfuerzo para dejar pasar el esputo de una voz que no es la suya.

—Lo dicho por el señor Valle es la verdad. Él no tiene nada que ver conmigo. Es un hombre muy rico que no se mete en estos asuntos y mucho menos con gente sin plata como nosotros.

—Eso parece cierto si este señor es en verdad el señor Valle —el coronel apunta a Raymundo con la fusta y le habla al teniente—: ¿Apretaron duro a este hijo de puta?

—Mírelo cómo está.

—Peor, mucho peor va a estar dentro de un rato —el coronel se levanta y con la fusta toca varias veces el rostro hinchado de Raymundo—. Así que tú asesinaste al capitán Pérez Mata y eres muy duro. Tan duro eres que dentro de un rato te vamos a romper para que te pongas blandito. Llévanselos.

El teniente empuja a Raymundo y te hace un gesto para que lo sigas.

—Un momento señor coronel, todo esto es una confusión. Verifíquelo bien. Mi amigo el senador Robaina puede hablar con el jefe de la policía y hasta con el señor presidente —le dices aterrado.

—Si efectivamente usted es quien dice ser lo comprobaremos enseguida. Llévate los.

Vuelven a caminar por el corredor, delante, el esbirro rubio de la ametralladora, detrás, Raymundo y tú, al final, el teniente, pero ahora no regresas a la habitación enrejada sino que tuercen a la izquierda y descienden por una estrecha escalerilla de hierro que los lleva a un sótano iluminado con un enorme bombillo, en el cual un esbirro abre una enorme puerta metálica y empujándolos los tira dentro de un calabozo, oscuro pozo ciego, donde, al cerrarse la puerta, todo queda sumido en la más completa oscuridad, como si el día se hubiese hecho noche de repente.

—Raymundo —musitas y tratas de orientarte con las manos—, ¿dónde estás?

—Aquí, señor Javier, aquí en el suelo —Raymundo te tiende una mano y te sientas junto a él sobre un suelo rugoso y húmedo.

—¿Qué lugar es éste? —preguntas mientras intentas ver algo en la total oscuridad de la mazmorra.

—El calabozo de la muerte —responde Raymundo con dificultad—, muy pocos salen vivos de aquí.

—¿Es que van a matarnos? —casi gritas.

—A usted no, por ser quien es, pero a mí sí. Ya yo estoy sentenciado.

—Pero eso es imposible. Yo te ayudaré, haré gestiones por ti, hablaré con el senador Robaina.

—No hay tiempo. Sé que ya me van a matar y eso es todo —la mano de Raymundo deja de sujetar la tuya—. Pero antes de separarnos para siempre, quiero confesarle algo que me he reprochado y mucho me ha pesado.

—Por Dios Raymundo, ¿qué es?

La mano del chofer vuelve a tomar la tuya y sientes la presión de sus dedos duros y callosos.

Raymundo tose, escupe y tú adivinas que es sangre lo escupido. “Probablemente está reventado por dentro, de los golpes”, piensas.

—¿Recuerda la sesión espiritista en mi casa? —pregunta, tosiendo.

¿Cómo no recordar aquella noche y tus discusiones con Rosario sobre la veracidad o no de lo oído en ella, tu negativa racional, pero terca de aceptar, como verdadera, la aparición de un supuesto espíritu? ¿Cómo no recordar la historia de la muerte de Clemente, contada por la esclava y los vaticinios que le hicieron? El de la familia Valle siempre quedó grabado en ti, pero la profecía sobre ella misma se te ha borrado, en parte, de la mente. “Fue... sí, fue así”, recuerdas: “Tu tiempo de partir llegará cuando junto al Valle, a tu último tronco, la luz se le convierta en oscuridad. Estallará el rayo, verá la centella, pero no oírás el trueno. Entonces, montada en él, regresarás al monte de tu tierra”, eso le respondió el espíritu a la esclava.

Raymundo deja de toser y haciendo un esfuerzo habla.

—Sabe, señor Javier, yo vengo de una familia muy pobre. Aunque parezco blanco mi bisabuela y mi abuela fueron negras. Mi madre, que en paz descansa, tuvo que trabajar mucho para criarme.

“¿Por qué Raymundo me cuenta todo eso ahora?”, te preguntas, “¿Se habrá vuelto loco por los golpes?”

—El caso es que por ganarme la vida tuve que hacer cosas no muy correctas porque el hambre y la necesidad obligan.

—¿Y?

“¿Adónde querrá ir a parar este hombre?”, te preguntas.

—Entre esas cosas incorrectas estuvo la sesión espiritista.

—¿Qué quieres decir?

—Mi mujer era efectivamente algo médium, pero la sesión que organizamos con usted y la señorita Rosario fue falsa...

—¡Falsa! —lo que siempre sostuviste se confirma. Lástima que Rosario no esté presente para oír esto.

—Sí, falsa, todo lo preparamos para que ustedes creyeran que allí llegaba el espíritu de una esclava. Yo había oído bastante de sus historias sobre la familia, incluso un día pude leer algunos de los apuntes de usted, dejados en el carro, y como mi mujer era maestra y tenía ciertos conocimientos históricos, no nos fue difícil montar con la ayuda de unas primas de mi mujer la sesión.

“Dios mío, qué revelaciones y en qué lugar”, piensas estupefacto.

—Pero, ¿por qué lo hiciste, Raymundo? ¿Por qué me engañaste si no te dimos dinero ni ganabas nada?

—Prestigio, señor Javier. El que ustedes fueran a nuestras sesiones y las creyeran nos daba prestigio entre la gente, e incluso podíamos conseguir que amigos de ustedes asistieran a otras sesiones que sí cobraríamos.

De momento no sabes qué decir.

—Quiero que usted me perdone, señor Javier —el tono de Raymundo vuelve a ser el mismo del chofer que trabajó para ti años atrás.

—Eso ya no tiene importancia, Raymundo, por supuesto que estás perdonado. Lo importante ahora es saber si podremos salir con vida de aquí.

Los dos callan y en silencio están por largo rato. En vano intentas oír algo pues más allá de la puerta no llega ningún ruido. Lo único que escuchas es el latir de tu corazón y la respiración fatigosa, jadeante de Raymundo. Tratas de acostumbrar la vista a la oscuridad, pero la negrura es tan fuerte que no divisas tus propias manos. Tal parece que se encuentran en otro mundo donde el tiempo ha desaparecido, y sólo quedan el tacto y el olfato como únicos sentidos que permiten palpar la rugosidad del suelo y oler el vaho a orines y humedad que rezuma la mazmorra.

Estás solo contigo y tu valor para afrontar esta situación que puede concluir, piensas, en la tortura o en la muerte, a pesar de ser quien eres, si Raymundo, nuevamente torturado, habla. ¿Cómo descubrieron a Raymundo? Quizá Miguel fue capturado y habló. En ese caso “estoy perdido, Dios mío”, musitas y de repente, tú, que nunca fuiste muy creyente y siempre presumiste de racionalista, comienzas a rezar una oración. Al concluir la aprietas bien los ojos y, concentrándote, le pides a la Caridad del Cobre que te salve, que no torturen más a Raymundo, y que te saque de este infierno. Le prometes a la virgen llevarle una

ofrenda a su santuario, creer siempre en ella, defenderla y ayudarla con tus obras. Haces pedido y promesa y entonces sientes una especie de tranquilidad interior. “La virgen no me fallará”, piensas con gran fervor, “no me fallará”.

—Señor Javier —Raymundo te saca de tu concentración—, ¿tiene un cigarrillo?

No, no tienes. Los esbirros se lo han llevado todo, el reloj, la cartera, los cigarros, hasta el cinturón.

—Siempre hacen así, lo roban todo —Raymundo habla con gran esfuerzo.

—¿Y para qué el cinturón?

—Para que nadie se ahorque. Carlos, uno de mis hombres se suicidó, cortándose las venas, en este mismo calabozo, con una cuchillita que tenía escondida en el zapato.

Vuelven a callar. Raymundo, en su sordo jadeo, tú, imaginando al revolucionario clandestino con las venas cortadas, desangrándose, quizá en el mismo lugar donde estás sentado ahora.

—¿Qué hora será? —preguntas para apartar la imagen del suicida.

—No tengo idea. Aquí siempre es noche total.

—¿Cuándo vendrán por nosotros?

—¿Quién sabe? Ahora probablemente estén moliendo al dependiente de la cafetería. Cuando terminen con él vendrán. Usted manténgase en su declaración y no tendrá problemas.

—Pero, ¿por qué nos han puesto juntos? Saben que podemos ponernos de acuerdo.

—A veces lo hacen así, para que el más débil trate de convencer al más duro de que confiese en bien de los dos. Aunque ya usted dijo lo suyo y ellos saben que de mí no sacarán nada aunque me muelan en una máquina de carne.

Vas a preguntarle si le dieron muy duro, pero no tiene sentido. Tú mismo has visto el estado en que se encuentra. También quisieras saber si Raymundo tiene algún mensaje para los hombres de su organización, en el caso de que te pongan en libertad pero el chofer, te dices, no puede confiar en una persona como tú, que todavía puede ser torturada y hablar.

—Señor Javier —la voz de Raymundo es muy cansada—, quiero pedirle que al salir le diga a mi esposa que la quise mucho y a todos los demás que me porté como un hombre, como un verdadero hombre.

“No te pasará nada”, quieres decirle pero no puedes porque la puerta metálica se abre de golpe, dejando entrar la luz de la potente bombilla que ilumina el calabozo y muestra sus sucias paredes en algunas de las cuales te parece distinguir nombres garabateados con sangre. En la puerta están el teniente y el esbirro rubio.

—Vamos —dice el teniente y Raymundo y tú se levantan—. No, tú no —el teniente empuja violentamente a Raymundo que retrocede y cae—, sólo el señor. A ti te vamos a poner a dormir por un tiempo —el teniente ríe y te conduce del brazo por el salón iluminado.

Tras de ustedes, el otro esbirro saca su pistola, entra en el calabozo y cierra la puerta. Has caminado apenas unos pasos cuando sientes el disparo. Te detienes estremecido e imaginas lo sucedido en el calabozo.

En la oscuridad de la celda Raymundo se levanta del suelo. Entonces ve el centellar del disparo hecho por el esbirro rubio, pero no llega a sentir el trueno atronador de la detonación porque la bala, rápida como el rayo, le ha entrado por la frente, matándolo instantáneamente. En ese mismo momento, una enorme tatagua que, escondida, dormitaba en un alero de la mansión de los Valle en Miramar, despierta y alza el vuelo.

Sí, el coronel te puso en libertad. No deseas recordar lo sucedido. En un acto de autodefensa (“bloqueo mental defensivo”, dice el siquiatra) tu mente borra la mayor parte de lo ocurrido y sólo guardas confusos girones de aquellas horas. Sin atreverte a volver la cabeza hacia el calabozo, donde ha restallado el disparo, sigues al teniente que te conduce al despacho del coronel junto a quien están el senador Robaina y el doctor Garriga, muy serios y circunspectos, ambos avisados por Rosario. Rosario que, al dejarte cerca del lugar de la cita, desciende del coche poco después, impaciente camina hasta la esquina, y ve cómo te conducen al auto policíaco.

Recuerdas, nebulosamente, que alguien, Garriga o Robaina (no puedes determinarlo) dijo: “¿Estás bien?”, y tú asentiste con la cabeza sin mover los labios, la mirada fija en el coronel que sonrío.

—Por supuesto que está bien —afirma—, señores, aquí no destripamos a nadie, no somos bestias como dicen los revolucionarios. Sólo nos limitamos a interrogar, con rigor, por supuesto, pero más nada. Como ustedes ven, el señor Valle se encuentra perfectamente bien y ha sido tratado con el debido respeto.

—Claro, coronel, claro, nadie piensa otra cosa —Robaina es adulón.

—Efectivamente —afirma Garriga nervioso—, le estamos muy agradecidos, coronel, y se lo diré al ministro de Gobernación.

—Nada hay para agradecer. Sólo cumplimos con nuestro deber —el coronel se pavonea—. En cuanto al señor Valle todo ha sido un lamentable error...

—Eso, un error —reafirma Garriga cada vez más nervioso.

—El señor Valle —continúa el coronel sin reparar en las palabras de Garriga— se encontró, digamos que casualmente —el coronel te mira fijamente y su tono es amenazador—, con un asesino muy buscado por nosotros...

—¿Quién? —se atreve a preguntar el senador.

—...un criminal, culpable de la muerte de varios policías, entre ellos un capitán. Por eso mis agentes, al detener al asesino se llevaron con ellos al señor Valle. Si no, nunca hubiese sido molestado.

—Por supuesto, coronel.

—Claro.

Tú oyes la conversación y tienes deseos de gritar “acaben de sacarme de aquí”, pero callas.

—Bueno, señores, su amigo está a la disposición de ustedes —Ventura se muestra amabilísimo.

Robaina y Garriga se levantan. Tú has permanecido todo el tiempo de pie y Garriga, tomándote de un brazo, te arrastra con él, pero antes de salir, Ventura se dirige a ti.

—Bueno, señor Valle, puede irse, pero le aconsejo, por su bien —los ojos secos te atraviesan, igual que un cuchillo la carne—, que nunca más se encuentre ni tenga relaciones con asesinos semejantes a ese ex chofer suyo. Si vuelve a ver alguno por ahí me llama enseguida —los labios del coronel parecen sonreír, pero en ellos ves la muerte.

Aprisa salen de la estación, llegan a la calle y cuando respiras el aire fresco de la tarde casi te desmayas. Garriga tiene que sostenerte y ayudarte a entrar en su auto donde Rosario te abraza y besa.

—¿Estás bien, estás bien, no te golpearon? —dice llorando.

Garriga se despide de Robaina con un rápido apretón de manos y penetra enseguida en el auto.

—Vámonos inmediatamente, el asesino de Ventura puede cambiar de idea —exclama y pone en marcha el auto.

—¿Raymundo? —preguntas o quizá crees que preguntaste.

—¡¿Raymundo?! —Garriga se sorprende.

—Su ex chofer —explica Rosario.

—Qué importa ese hombre. Lo importante es que tú estás vivo —Garriga acelera y el auto parte a toda velocidad.

No volviste a tener más contactos con ningún revolucionario. En el teléfono de Miguel nadie respondió y sólo meses después supiste, al encontrarlo vestido de capitán del Ejército Rebelde, que había partido hacia las montañas luego de escapar milagrosamente a la captura de Raymundo y su gente, provocada por un revolucionario detenido que, incapaz de soportar la tortura, entregó a hombres y lugares de citas, entre ellos la cafetería. Tampoco tuviste suerte al visitar la antigua vivienda de Raymundo en busca de su esposa para contarle de su marido. Encarnación se había mudado y nadie conocía su paradero. En vano intentaste también averiguar la suerte de Raymundo. La policía no lo presenta a los tribunales, en la cárcel no se encuentra ni tampoco en el necrocomio a donde envías para identificarlo a un criado de confianza. Nadie sabe de él y su cuerpo muerto no aparece ni nunca aparecerá, probablemente tragado por el mar o escondido en alguna oscura tumba.

Desconocido era también, de momento, el paradero de Reyes, quien, asustado y sin previo aviso tomó un avión, largándose a los Estados Unidos, rompiendo los posibles vínculos con el grupo del periodista y el médico.

—Vámonos, ya no soporto más esto. Ayer tiraron frente a mi casa el cadáver de un muchacho —te dice Rosario quien ahora se queda a dormir contigo en la mansión, pero que raramente logra conciliar el sueño antes de la madrugada. Tiene los nervios destrozados y tú lo comprendes porque los tuyos están igual—.Vámonos.

—De acuerdo —dices, pero antes quieres cumplir tu promesa a la virgen y visitar su santuario en el Cobre. No puedes. Los caminos está cortados por el avance guerrillero. Entonces, apenas sin empacar, te marchas con Rosario a los Estados Unidos, donde pronto encuentras a los Torrente, aunque Marcelo y Antonio quedan en La Habana.

Por una llamada de Antonio, inusual, intranquilizante al sonar el timbre del teléfono, a las cuatro de la madrugada un 1° de enero, conoces la gran noticia que te hace brincar y gritar mientras despiertas y besas a Rosario: Batista se ha ido.

Se fue, se fue el cabrón, miserable asesino, el general fantoche, tan fantoche como todos los generales, siempre prestos a declarar que pelearán hasta el final pero listos para huir al escuchar el sonido de la primera bala, payasos de entorchados y operetas, rufianes acaparadores del poder, señores feudales de pueblos bárbaros, atrasados, capaces de soportar largos años a tales bestias. Se fue Fulgencio, se fue Batista, un 1° de enero de 1959 a las dos de la madrugada en un avión gris sorprendiendo a algunos, aunque yo lo supe desde mucho antes, sentado aquí en mi butacón de hierro mientras la nieve corría por mi sangre, me iluminaba el cerebro y aguzaba la visión que me permite ver el futuro. El pasado he visto, y futuro y pasado se unen en el mismo círculo de la vida por el cual giro, cabalgando en el humo, deslizándome con la nieve. El humo que penetra a través de mis puertas, la nieve que transformada en líquido fluye con la sangre por todos los caminos. Por eso supe que Batista se iría. Se fue y regresó mi hermano. Se fueron algunos y regresaron muchos. Desapareció una cara y surgieron otras nuevas, distintas, cubiertas de pelos, de palabras diferentes que prometen el reino del Señor, el regreso de Jesucristo aquí, hoy mismo, proclaman abierto el campo de las huríes, resucitan la Fraternidad Universal, pero el Señor no vendrá

porque ya está aquí, en la nieve y en el humo y para unirse a él hay que volar con el humo y dejar entrar la nieve en la sangre. Entonces se sube al Paraíso. Mientras tanto no, y las anunciadas profecías de su regreso, lanzadas al viento a través de ocultos micrófonos, pronunciadas por cavernosas gargantas, impresas en oscuras tintas, son engañosos espejismos, bien disimuladas trampas para incautos caminantes, falsas monedas, ollas de oro al final del arco iris, que nadie encontrará jamás porque para ello primero el polvo deberá transmutarse en oro. Así se lo expliqué a Javier, entusiasmado como todos, con los nuevos rostros angelicales, Javier que me cree un loco y no me escuchó. Tonto Javier. Gracias al humo, el secreto de la Sibila ha llegado hasta mí y veo que nada cambiará. Nada, los ríos seguirán rumbo al mar y aunque lluvias pasajeras los desborden volverán a sus cauces milenarios; el polvo nunca desaparecerá; continuará batiendo y enterrándonos como a las pirámides, mientras el pelo de los nuevos rostros crecerá, crecerá hasta convertirse en una inmensa telaraña que atrape a todos, menos a mí, Antonio Valle Pérez y no Sánchez Torres, que huiré para siempre jamás montado en el humo de mi cigarrillo. Amén.

XVII

Nuestra vida es como el paso de una sombra.

SABIDURÍA DE SALOMÓN, 5

La ciudad era carnaval de abrazos, besos, felicitaciones, de gentes alborotadas, hombres, mujeres, niños, ancianos, trabajadores, estudiantes, amas de casa que, en todas partes, calles, avenidas, plazas, y a todas horas, desde el amanecer a la medianoche, no querían perderse un solo suceso de los muchos que ocurrían a cada instante, en súbita aparición de portentos, donde los continuos disparos, ahora al aire y no para matar, ya no asustaban, ni los uniformes militares de hombres con melenas de mujer suscitaban odio, rechazo, como tampoco asombraban las muchas personas armadas, todas, militares, civiles, con ametralladoras, fusiles, escopetas, pistolas, revólveres y hasta bazukas, a veces en manos de adolescentes imberbes, decenas viajando a gran velocidad en autos que apenas ayer habían aprendido a conducir. Luego de días en vela, algunos dormían en los lobbys de los hoteles más lujosos despatarrados en sofás y butacones, y hasta en el suelo, con el fusil o las botas agujereadas por almohada, y nadie les prestaba atención porque mayores portentos se podían ver en la maravillada ciudad.

La ciudad en la cual, una semana atrás, la noche era amenazante y oscura boca, lista para tragar a cualquier persona que, con aire sospechoso caminase por sus calles, y devolverla en una esquina despedazada a balazos.

La ciudad siniestra había quedado sepultada transformándose en la ciudad resplandeciente, festiva, a la cual volvían Javier y Rosario que, al bajar del avión y pisar tierra, lloró emocionada, mientras Javier tremolaba una banderita cubana y el flash de una cámara se disparaba para tomar la foto que, al día siguiente, saldría en un diario capitalino bajo el titular “retornan al país sus más prominentes hijos que, perseguidos por Batista, buscaron amparo en los Estados Unidos”.

Regresaron y nuevamente la terraza de la mansión de Miramar se llenó de luces y las voces corrieron en el aire de la noche mientras los dientes mordían bocaditos, canapés y las bebidas iban de los vasos a las bocas y se comentaban los acontecimientos del día y los pasos del nuevo gobierno.

Faltaban los Garriga, que partieron, tras el senador Robaina, por el temor de una inexistente represalia contra ellos. No acudieron más a tus tertulias, pero fueron reemplazados por el periodista Rolando Menocal y el médico Carlos Vallegrande, los dos jefes de la célula de resistencia clandestina con la cual estuviste en contacto, incorporados ambos a tu reunión sabatina por Carlos Reyes, ascendido a redactor jefe de su periódico. También Marcelo comenzó a reunirse con ustedes luego que las salas de juego fueron clausuradas por el gobierno y, para sorpresa tuya, tu primo segundo Ramiro Portuondo Valle comenzó a visitarte algunas veces. Ramiro Portuondo, hijo de la prima Carlota Valle, venida a menos (como todas sus hermanas) a causa de los malos negocios de su padre Fabián Valle y al casamiento poco feliz que hizo con un incompetente abogadito.

Con aquella compañía quisiste que todo fuera como antes, pero fue imposible. Las conversaciones no se encarrilaban a través de los temas acostumbrados y aunque mucho buscaste la avenencia siempre surgía una chispa de discrepancia cuyo foco era el mismo: las medidas del gobierno, que un día les sorprendía con una drástica rebaja de los alquileres de viviendas urbanas, nociva para los Torrente, rentistas de varios edificios, y otro con una reforma agraria, leyes ambas que no te afectaron personalmente porque tus negocios no eran los bienes raíces ni la tierra.

Esas leyes y otras similares los dividieron, pues mientras los Torrente, Reyes, Marcelo y Vallegrande afirmaban que el poder había caído en manos de los comunistas, tú, Rosario y Menocal interpretaron las reformas como parte de un inmenso plan estatal para industrializar y enriquecer al país, sacando al campo de su secular miseria y atraso.

—Alfabetizar y dar enseñanza a los campesinos no tiene nada de malo ni de comunista —afirma una noche Rosario.

—Sí, enseñar a leer y escribir no es malo, pero no se engañen —Torrente se muestra colérico—, detrás de esa y otras campañas de corte demagógico se encuentra la mano del comunismo. En Rusia hicieron lo mismo al principio y miren en donde terminaron.

—En el terror de Stalin —Vallegrande apoya a Torrente.

—Pero aquí no tenemos a ningún Stalin —dice Rosario recordando al adusto gobernante soviético y al sonriente líder cubano.

—El gobierno ha prometido efectuar elecciones generales en los próximos dieciocho meses— dice Menocal.

Sí, te dices, se prometió públicamente, en una sesión del Club de Rotarios en la cual tú estuviste, que se convocaría a elecciones en un plazo no mayor de dieciocho meses.

—Será en las calendas griegas porque esta gente no suelta el poder ni en cien años —es Marcelo quien habla.

—Imposible. Una promesa pública no se incumple así —Rosario está sorprendida.

Ya inventarán un pretexto para no convocarlas —Vallegrande se levanta de su silla y habla gesticulando—, pero no importa porque yo les digo a ustedes que este gobierno no aguanta ni seis meses. Es muy fuerte la resistencia interna y, sobre todo, la presión de los americanos.

Escuchas atento, interesado en la discusión. Mucho has cambiado en estos años y ya no eres el hombre apacible (¿apático?) que detestaba las polémicas. Ahora quieres polemizar.

—Amigos, el problema no radica en las elecciones, sino en lo que hace ahora el gobierno y en quien lo dirige —Torrente parece que va a sufrir una apoplejía—. Personas totalmente ignorantes.

“Bueno, Torrente exagera”, piensas, “Fidel Castro es abogado, al igual que el presidente de la República y el ministro de Educación, el Che Guevara es médico, aunque el resto de los dirigentes y, sobre todo, muchos de los comandantes de la Sierra no deben haber cursado más allá de la enseñanza primaria”.

—Cierto que algunos tienen título universitario —parece que Torrente te ha leído el pensamiento—, pero eso no significa nada. En conjunto son ignorantes que toman medidas absurdas...

—Locas —lo interrumpe Vallegrande—, como ese proyecto de desecar miles de hectáreas de tierra en la Ciénaga de Zapata o construir un internado educacional para veinte mil muchachos.

—¿Y qué me dicen de las promesas de construir fábricas de automóviles, guaguas, camiones, motores? Aquí, en un país donde no hay hierro ni forma de obtenerlo. Locos, estos hombres están locos.

—Locos, no, se creen Napoleones —Marcelo insiste en su idea del poder personal.

—Esta gente puede estar equivocada pero sus planes no son comunistas ni ellos lo son —Rosario es terca en sus criterios.

—No lo son, pero pronto lo serán —Reyes interviene por primera vez en esta conversación y todos le escuchan—. Saben, sólo hay dos sistemas políticos que permiten eternizarse en el poder, convenciendo a una buena parte de la población —Reyes disfruta de sus palabras al ver el interés en los demás—: el fascismo y el comunismo. El fascismo está liquidado históricamente, así que ellos escogerán el comunismo para perpetuarse en el poder. Se perpetuarán y surgirá una nueva clase todopoderosa: la burocracia estatal.

“Caramba con Reyes y sus ideas originales”, piensas y días más tarde le preguntarás de dónde las sacó. “De aquí”, responderá el periodista tocándose la cabeza, “y de este libro”, dice y te muestra un libro desconocido para ti: La nueva clase. “¿Quién es el autor?”, preguntas intrigado. “Un ex comunista yugoslavo, Milovan Djilas”, dirá Reyes, pero, ahora, en la terraza, Vallegrande vuelve a tomar la palabra.

—No, hombre no, cómo se van a perpetuar. Ya les dije que esto no dura seis meses. Cuba no puede vivir sin los Estados Unidos. Fidel no aguantará.

—No lo subestimes. Es hombre inteligente y capaz de todo. Además muchísima gente lo apoya... —afirma Reyes muy serio, pero Marcelo lo interrumpe con apasionamiento.

—Lo apoyan los muertos de hambre, la chusma, los negros, los imbéciles que no ven más allá de sus narices y se han dejado engañar y...

—Pero mira, Carlos —Vallegrande se dirige a Reyes sin dejar a Marcelo terminar su idea—, esto no es un problema de apoyo popular, es un asunto de geopolítica, lo sabes bien. Un país pequeño como Cuba, sin recursos, tiene que girar en la órbita de una gran nación e históricamente esa nación ha sido y será, por razones geográficas, los Estados Unidos. Los americanos no van a permitir que ese lazo se rompa.

—Si nos ponemos a esperar por los americanos para que Fidel se caiga... —Reyes deja su frase en suspenso.

—Si la presión económica no les da resultado —Vallegrande se sienta otra vez—, mandarían sus tropas y entonces sí Fidel no tiene nada que hacer.

—Cuando los marines vengan nosotros no vamos a estar aquí para verlos ni mucho menos para soportar esa supuesta nueva clase de que habla Reyes —dice Torrente.

—¿Qué quiere decir?

—La semana próxima nos vamos para los Estados Unidos —es Carmen, la esposa de Torrente, quien responde por él.

Se marchan los Torrente y también Vallegrande.

—¿No vas a esperar a los marines? —le preguntas entre irónico y preocupado, pero Vallegrande no capta tu burla.

—Vendré detrás de ellos. Es cuestión de meses, quizá semanas. Ahora, aquí adentro no se puede hacer nada efectivo contra el gobierno. Es demasiado fuerte y poderoso.

Se va hasta Menocal que cambia de posición política cuando su periódico de tendencia centrista es nacionalizado y él separado de su cargo de jefe de información de política internacional y sustituido por un viejo militante del Partido Socialista Popular, que antes de la Revolución había sido maestro de escuela primaria. Se van todos con sus familiares y también tus primas Renata, Susana, María Fernanda, los descendientes del viejo Palacios, y casi todos tus conocidos. Se va Marcelo, ahora silencioso, con su familia y la familia de su esposa.

—Ya ves, hermanito, adónde condujo tu jueguito a la insurrección— las palabras de Marcelo tienen el sabor de la fruta agria.

“¿Qué responderle?”, te dices. “¿Que tú luchaste contra una dictadura sangrienta y no por el actual gobierno? ¿Que aún esperas la adopción de una línea gubernamental de corte nacionalista, no comunista? ¿Que aún confías en algunos dirigentes estatales?” Sabes la respuesta de Marcelo: “Qué ingenuo eres, hermano, ¿no ves a tu alrededor? Ya quitaron la tierra y pronto nos quitarán las industrias, las casas donde vivimos, hasta la ropa que llevamos puesta y en su lugar nos darán uniformes grises y un tazón de arroz diario”, eso puede responder Marcelo y agregar: “pero, además, ¿de dónde salen esos sentimientos, ese espíritu nacionalista tuyo, si estudiaste en Yale y siempre fuiste amigo de los norteamericanos?”.

No, Marcelo se equivoca, piensas. “Cierto, viví en los Estados Unidos, hay cosas de los norteamericanos que me agradan (sus intelectuales, su libertad de expresión, su dinamismo económico), pero otras (muchas) no me gustan, como, por ejemplo, que dos marines borrachos se orinaran en la estatua de José Martí.”

—Te equivocas —dices reflexivo—, yo amo a mi país, a pesar de su atraso, y mucho quisiera verlo convertido en una gran nación, fuerte, rica, desarrollada industrialmente en todos los campos.

—Caramba, parece que hace unos años no pensabas así porque nunca hiciste nada por esas transformaciones —Marcelo continúa hablando, pero no le respondes. No tiene sentido discutir en la despedida ni mucho menos explicarle tu propia evolución interna, tus actuales contradicciones personales, tus confusiones.

—Participé en la insurrección —respondes sin mucho entusiasmo.

—Claro, la insurrección. Y por cierto, ¿cuándo te harán ministro en reconocimiento a tu participación? —Marcelo termina de destilar todo su amargor y sin darte tiempo a responder se marcha. Nunca más lo verás.

Se fue Marcelo, pero tú te niegas a partir, incluso cuando Rosario comienza a cambiar de posición política por el problema religioso.

—Sí, el problema religioso —dice—. No se persigue oficialmente a los creyentes, pero la religión es mal mirada y una feroz campaña oficial se desata contra la fe.

Eso te irrita porque, desde que estuviste preso, eres muy creyente. Por supuesto, fuiste en peregrinación al santuario de la virgen del Cobre y hasta te preparas para casarte con Rosario, tú, un solterón empedernido. No solamente te ofenden los choques con la Iglesia. También te molesta que en todos los lugares oficiales y a todas horas te miren con malos ojos, piensas, simplemente por llamarte Javier Valle Sánchez Torres, ser rico y poseer un auto lujoso que ahora debes manejar tú mismo porque Severo, el chofer, te abandonó desde el primer momento de la Revolución. “Sí, soy rico, pero no explotador”, le dices a Reyes, “mis obreros son bien pagados”.

—El origen de clase —explica Reyes cáustico—, estás jodido porque eres un sucio burgués y no un honesto proletario.

“Proletario”. “¿Es usted proletario, obrero, campesino? ¿Cuál es su procedencia social?”, la pregunta, las preguntas te asaltan a cada paso, te hieren el corazón como dardos envenenados. Debes responderlas una y mil veces, al empadronarte para la entrega de una cartilla de racionamiento alimentario que liquida definitivamente las tertulias sabatinas, contestarlas en las oficinas públicas donde, a veces, el interrogador es alguien a quien bien conoces y que tiene, te dices, tanto de proletario como tú de japonés o un antiguo sirviente tuyo, totalmente apático durante la insurrección, que se complace en hacerte esperar, como tu antiguo chofer Severo, transformado en jefe de una importante oficina gubernamental.

“Burgués y a mucha honra, pero que participé en la insurrección mientras muchos llamados proletarios se escondían en sus casas debajo de la cama. Burgués cuya familia ayudó a construir este país, una familia con dos patriotas independentistas” —casi gritas en una oficina pública, porque últimamente estás perdiendo la paciencia, pero te contienen a tiempo.

—Un cochino burgués, como todos los Valle —se burla de ti Antonio.

—¿Y tú no?

—Por supuesto que no. Mi madre, hermanito, fue una humilde criadita, violada por tu cochino padre y esclavizada por tu burguesa madre.

“El colmo, el colmo, un hombre que ha recibido todo de ustedes, a quien has querido”, levantas el brazo para abofetear al insolente, pero él da media vuelta y se va, largando una risotada que corre por tu sangre haciéndola hervir.

“El asunto es que ahora vivimos bajo la dictadura del proletariado”, resuenan en tus oídos las palabras de Reyes y tú no sabes si fue burlón o no. Tienes duda sobre Reyes, pero no de tu primo Ramiro Portuondo. Viste uniforme de miliciano, con una pistola soviética Makarof a la cintura, y de su figura se desprende un aire de alegre superioridad. Ha venido a visitarte de imprevisto y como de costumbre el tema de conversación va hacia la política.

—El proletariado es la clase explotada y mayoritaria del país y por eso, en esta etapa, tiene derecho a imponer su dictadura a las demás clases sociales que se le enfrentan para no perder su dominio explotador —Ramiro habla entusiasmado, con fervor.

—¿Sí? ¿Y la burguesía y la pequeña burguesía no sirven para nada? —la ira ruge dentro de ti. “Este cabrón es tan burgués como yo, pero se debe haber vendido por un plato de lentejas”, razones y las espadas de tus ojos buscan los suyos.

—La burguesía cumplió su papel histórico y debe desaparecer, condenada al basurero de la historia. En cuanto a los miembros honestos de la pequeña burguesía se pueden unir al proletariado —los ojos de Ramiro chocan en combate visual con los tuyos.

—¡Al basurero! No me digas. ¿Al basurero? —tus palabras parecen fulminar a tu primo que se protege alzando una mano, como escudo, mientras la otra la lleva a la pistola.

—Bueno, Javier, no he venido para discutir sino para despedirme —dice.

—¡Te vas! ¿A...?

—A Moscú. He sido nombrado consejero de nuestra embajada en la Unión Soviética.

—Hombre, felicidades. Un Valle diplomático.

Sin notar tu ironía, Ramiro continúa cada vez más orgulloso.

—Y debo decirte que me han hecho militante del Partido.

—Qué bien, uno de la familia entra al Partido. Con la excepción del bisabuelo Frasco que estuvo en el Partido Autonomista, proespañol, ningún Valle militó nunca oficialmente en ningún partido. Felicidades —la ironía está a punto de convertirse en descortesía—. Seguramente ya hablarás ruso.

Tu primo se ve turbado por primera vez.

— No, con mis conocimientos de inglés me basta —Ramiro titubea y baja la voz—, aunque tú sabes, entre nosotros, los rusos no hablan ni inglés. Están muy atrasados. Por eso les llaman “los bolos”.

Tú sonríes cómplice y Ramiro comprende que ha cometido un desliz político.

—Claro —dice cambiando de tono—, no todos son así. Por algo han enviado el primer cohete al cosmos.

—¿Y en Rusia también hay dictadura del proletariado? —preguntas con falsa ingenuidad.

—No, allá ya no es necesario. Allá reina la dictadura de todo el pueblo.

Ramiro se marcha y tú te quedas rumiando ideas, sacando conclusiones. “Dictadura del proletariado”, dices, tú no peleaste contra una dictadura para caer en otra. Todas las dictaduras, meditas, han sido funestas, la de Julio César, Hitler, Mussolini, Franco, Stalin...

—La de esta gente que va a liquidarnos a todos, pero no conmigo porque antes los mato, los mato —grita Reyes que se ve muy alterado últimamente.

El golpe más duro llega de Rosario.

—¡Me voy —exclama una tarde de repente—, ya no aguanto más la grosería y el mal trato generalizado. ¿Vienes conmigo?

No, tú no te irás. Absurdo, pero no te vas. Algo muy fuerte te ata al país. ¿Terquedad? ¿Deseo de ver directa y personalmente la caída de un régimen que rechazas? ¿Resignación? ¿Miedo a una nueva vida en el extranjero?

—Lo pasarás muy mal —hay lágrimas en los ojos de Rosario y una mirada fatalista en los tuyos.

—No vale la pena marcharse ahora. Pronto esta pesadilla terminará y quiero estar aquí para ver su fin. Entonces nos volveremos a encontrar —le explicas y ella te da un beso (su último beso, aunque en ese instante ninguno de los dos lo sepa) y parte llorando. Esa imagen suya será la que recordarás cuando todo esté concluyendo para ti.

“Lo pasarás muy mal”, profetiza Rosario y así sucede.

Pronto tus propiedades son nacionalizadas. Ahí está Severo en tu despacho, asombrosamente junto a Homero, el joven clandestino a quien cuidaste como a un hijo, vestidos ambos de verde olivo.

Homero se adelanta algo cohibido y te tiende un papel que firmas mecánicamente mientras crees descubrir una velada sonrisa en la boca de tu ex chofer.

Ya no tienes grandes propiedades. Todo lo que la familia Valle adquirió a lo largo de decenios se ha pulverizado al estampar tu firma en ese papel blanco donde viene escrita la orden de expropiación.

—Por favor Javier, la llave de la caja fuerte —con arrogancia, Severo extiende la mano, pero tú, sin mirarlo, le entregas un manojito de llaves a Homero y lentamente abandonas la oficina, la misma que ocuparon tu padre y tu bisabuelo. Ya no eres el señor Javier Valle, sino simplemente “Javier”, así te ha llamado Severo. “Ahora me quitarán también el auto y la casa o me dejarán un cuarto en ella y en las demás habitaciones pondrán a vivir a otras familias, igual que hicieron en Rusia”, piensas mientras te preparas una tortilla en la mansión de Miramar, abandonada por el cocinero, el primero de la servidumbre en abandonarte.

No, no te quitan ni el auto ni la casa, pero eso no mitiga tu ira, tu odio hacia los hombres del gobierno que ahora, le dices a Reyes, hablan, hablan, de Marx, Engels, Lenin. La cólera te domina, te ofusca los pensamientos. Ves que ya no hay mendigos en las calles, ni prostitutas, ni corrupción gubernamental, que siempre hirieron tu sensibilidad, pero no te importa.

—Más tarde o más temprano, cuando se instaure la nueva clase volverán las prostitutas, la corrupción y los mendigos, vivir para ver —afirma Reyes que acaba de regresar, junto con otros periodistas enviados por la recién creada Unión de Periodistas, de un viaje por la URSS y los demás países socialistas. —A los idiotas de mis colegas les enseñaron lo bonito y todo les pareció maravilloso, pero a mí no me engañaron; por mi cuenta, me metí en todas partes y en la URSS vi casuchas miserables donde en una habitación vive una familia de hasta seis personas que comparte la misma casa con otras familias, igualmente grandes, y encontré mendigos en los barrios periféricos y corrupción en cualquier parte y a todos los niveles —Reyes habla despreciativo—, lo único que han hecho es repartir la miseria entre todos, igual estamos haciendo aquí.

—¡Cabrones! —exclamas y aprietas los dientes.

Dejas de ser mesurado, gentil, amable, para convertirte en una fiera azuzada y enjaulada que quiere herir a zarpazos, desgarrar, matar. Por eso, cuando sorpresivamente encuentras en la calle a Miguel, tu enlace con Raymundo, y hablan un rato, lo invitas a visitarte en la mansión. Miguel ya no lleva barbas ni viste de militar. Meses atrás, abandonó el ejército en desacuerdo con la política seguida por el gobierno.

—No soporté más a los militantes del Partido Socialista Popular y a los nuevos comunistas —dice rabioso—. No hicieron nada efectivo contra Batista. Los que peleamos y pusimos los muertos fuimos nosotros y ahora ellos se han cogido el poder para sí, protegidos por Fidel que es un traidor —Miguel calla—. Algo hay que hacer, don Javier, algo contra esta gente.

Tú asientes y repites por dentro “algo hay que hacer”.

En esos mismos días, Antonio viene a visitarte. Hace semanas que no le ves y lo encuentras muy flaco y deprimido, en sus ojos el reflejo de un estado interior de incertidumbre y malestar. Se sientan en la terraza, como en los viejos tiempos, pero ahora no hay bocaditos y si los hubiera nadie los serviría. Toda la servidumbre te ha dejado de trabajar, menos el viejo Lucas, siempre fiel a la familia.

—Me voy el viernes en la tarde —dice Antonio entristecido.

Aunque los tiempos no son alegres para ti, sonrías.

—¿No me dijiste que eras proletario, el hijo de una criadita? ¿Qué hace un proletario en los Estados Unidos, abandonando la dictadura del proletariado en Cuba? —el rencor está en tus palabras, pero cuando Antonio agacha la cabeza, derrotado, te arrepientes y sientes una gran lástima hacia tu pobre hermano, siempre tan indefenso a pesar de sus desplantes.

—Por esto —responde y se lleva dos dedos a los labios en un gesto de fumar—, me han quitado los cigarrillos y el polvo y sin ellos no puedo vivir. Lo demás me importa poco, hasta que nos hayan quitado las propiedades —Antonio calla y después dice lentamente: “Creo que muchas medidas son justas, humanas...”

“Sí, medidas justas, humanas, ¿y la arrogancia, prepotencia, grosería de los nuevos funcionarios, los nuevos amos que ya comienzan lenta y veladamente a vivir lujosamente, rodando carros confiscados, viviendo como burgueses en las mansiones dejadas por la burguesía, la verdadera, la letrada?” Más rápido de lo pensado se están cumpliendo, piensas, las proféticas palabras de Reyes: “Igual que con Napoleón surgió una nueva nobleza, a la corta o a la larga, veremos en Cuba una nueva burguesía, analfabeta, en este caso”. “Y lo peor es que esos señores ignorantes, incapaces, autosuficientes, negados a oír criterios diferentes a los suyos de las personas calificadas llevarán, están llevando, el país a la crisis total.” Así pensaste mientras la cólera volvía a dominarte al escuchar las últimas palabras de Antonio, pero no le contestas. No es el momento ni vale la pena. Aunque está destruido es muy capaz de defender al régimen y responder que una buena parte de las mansiones se ha convertido en escuelas y hogares infantiles, que los nuevos funcionarios necesitan autos para trasladarse a sus trabajos, que no todos son arrogantes, que la nación marcha, a pesar de la cartilla de racionamiento, hacia la riqueza económica, etcétera, etcétera. Tratándose de Antonio todo es posible y no vale la pena enturbiar una despedida entre hermanos, con una discusión estéril. No, no le contestas. Te acercas y le das un fuerte abrazo.

—Cuidate —te murmura al oído.

—Tú también —dices y sientes que con él se va una parte de tu vida y oscuramente intuyes que nunca más le verás. Antonio camina cabizbajo hacia la puerta y ya en ella se vuelve hacia ti.

—Javier, siempre te he querido, en toda la familia sólo a ti —dice y ves lágrimas en sus ojos.

Se va Antonio y el cerco de la soledad se cierra a tu alrededor. Nadie a quien visitar, llamar, recibir. Apenas sales de la casa, sólo para ir a la iglesia a orar. Pides comunicación telefónica con Rosario en Nueva York pero la operadora informa que las líneas están sobrecargadas y debes esperar. “¿Cuánto tiempo?” “No sé, compañero”, dice la voz inamistosa de la operadora y cuelga abruptamente. Esperar. ¿Esperar qué?

Entonces Miguel comienza a visitarte frecuentemente y durante largas horas conversan en la biblioteca. Miguel habla, desahoga su rabia, hace planes, tú escuchas, asientes, aconsejas, hasta el día en que el ex capitán rebelde, combatiente de la lucha clandestina, aproxima su silla a la tuya y te susurra al oído, como si tú fueras un sacerdote y él se confesara contigo.

—Don Javier, tengo algo muy importante que revelarle —aunque están completamente solos, Miguel mira hacia los lados antes de continuar—, algo importantísimo para lo cual contamos con su ayuda.

“Contamos con su ayuda”. “¿Quiénes son éstos que cuentan con mi ayuda y para qué?” La pregunta cruza por tu cerebro en una fracción de segundo.

—Sí, Miguel.

—Don Javier, yo y un grupo de amigos estamos preparándole un atentado a —Miguel habla de un golpe como si deseara que las palabras se borrarán inmediatamente sin dejar huellas.

“¡Un atentado!”; tragas saliva, anonadado por la revelación.

—¿Y?— sólo atinas a decir mientras palideces, pero Miguel se ha entusiasmado y sin notar la blancura de tu rostro continúa.

—Ya lo tenemos todo listo. Los hombres, el chequeo del recorrido, las armas —Miguel toma aire y mira hacia la puerta de la biblioteca—, ahora sólo necesitamos una casa que esté bien situada en su camino.

No necesitas ser adivino para comprender cuál es la casa bien situada en el trayecto que, a diario, recorre el hombre que Miguel planea atacar. Desde tu balcón lo has visto pasar frecuentemente frente a tu verja por Quinta Avenida hacia la playa y desde la playa, viajando a toda velocidad en un auto negro desde cuyas ventanillas asoman las bocas oscuras de las metralletas checas y tras ellas los rostros atentos, vigilantes, de los escoltas.

—¿Y? —vuelves a repetir.

—Su casa es la conveniente. Está en medio del recorrido. Usted vive solo y puede albergar al comando de ataque varios días hasta la hora cero. A Lucas le da vacaciones —Miguel te mira y una inmensa arruga se le marca en la frente—. Si no quiere aceptar lo comprenderé. El riesgo es muy grande, enorme, tan grande como la gloria de participar —Miguel calla y en el silencio del despacho sólo se escucha el monótono sonido de las aspas del ventilador que ahora utilizas porque la máquina del aire acondicionado rota no tiene arreglo, ni puedes comprar uno nuevo.

“La gloria de participar”, te dices, “¿Quieres alcanzar la gloria? ¿Ser más conocido que cualquiera de tus antepasados? ¿Ser el Valle más conocido, inmortalizado a través de una acción heroica para ustedes? ¿Qué es la gloria?”, meditas.

—De acuerdo —dices.

Poco a poco, discretamente, cuatro hombres van llegando a la mansión y tú los alojas en dos habitaciones del fondo. A Lucas le has dado vacaciones, diciéndole que estarás varios días fuera de la ciudad y no lo necesitas. En el mercado compras los pocos alimentos que se hallan en venta sin racionamiento: macarrones, pan, pescado que, con los víveres que hay en la casa, alcanzan para que los miembros del comando se cocinen ellos mismos su comida. Almuerzan, comen y mientras uno monta guardia, el resto permanece en los cuartos fumando, durmiendo o conversando en voz baja, aunque nadie los pueda oír. Todos tienen su pistola norteamericana siempre al alcance de la mano y por las noches la ponen bajo la almohada.

Pocos días después, Miguel llega en un auto del cual saca dos cajas de cartón en cuyo interior, al abrirlas, ves armas de fuego: cuatro ametralladoras y un largo tubo que se ensancha en la punta.

—Una bazuka —te explica, enseñándotela—, con ella podemos perforar hasta un tanque.

—Y partir al hombre —dice Jesús, el segundo de Miguel y ríe como un niño.

En un rasgo de valentía que te sorprende te ofreces de voluntario para disparar tú también, pero Miguel no acepta. No posee entrenamiento militar y, además, Miguel no lo dice claramente para no ofenderte, estás demasiado viejo. Tu tarea es cuidar a los integrantes del comando en la solitaria casa y salir de ella inmediatamente después de que se reciba la llamada telefónica del vigía, situado en un punto no lejano, que anunciará el paso inminente del objetivo. Ya en la calle, deberás esperar, en los alrededores, para tratar de conocer si la acción ha tenido éxito, enseguida avisar a una persona por teléfono y luego buscar asilo en una embajada amiga. Eso es todo. Miguel y sus compañeros parapetados tras los muros de la mansión, se encargarán de abrir fuego, Miguel manejando la bazuka, los otros las ametralladoras.

—Si Dios nos acompaña tendremos éxito. Entonces otra gente actuará en todas partes —dice Miguel muy serio y tú entiendes que una vasta insurrección estallará a partir de la acción de ustedes, pero no haces preguntas. Eres muy discreto y te limitas a tu función de velar por los hombres, que limpian las armas, las engrasan, comprueban su buen funcionamiento y aguardan. En cualquier instante se puede producir el hecho que cambiará, te dices, el curso de la historia de Cuba. Por la noche en tu habitación reflexionas sobre la justedad de la acción donde estás por libre albedrío. ¿Es justo asesinar a un hombre? Tú, un cristiano, participando en la muerte de un ser humano. Ese ser, no importa quien sea, tiene familiares que sufrirán con su muerte. ¿Aprobaría Dios tal conducta? ¿La aprueba tu conciencia? ¿Aceptaste cooperar guiado por el odio y la cólera, sin reflexionar? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias personales que te acarree tu conducta? Ésas y otras muchas preguntas te haces en una noche de insomnio durante la cual como un solitario navegante exploras tu mente en busca del paso secreto que te conduzca a la respuesta correcta a través de la cual llegar a la tranquilidad de conciencia. Mucho meditas. Recuerdas a Cristo empuñando el látigo contra los mercaderes, y la imagen de los jóvenes que el 13 de marzo de 1957 intentaron ajusticiar a Batista llega hasta ti. No, no cabe duda, te dices, tu acto es justo porque no se trata de

un asesinato, sino de un ajusticiamiento. Se trata de hacer justicia sobre alguien maligno, un Anticristo responsable de la infelicidad de muchos. Ya tienes tu respuesta y respiras tranquilo, pero, entonces, pérfidamente, te asalta una duda capital. ¿Tienes la razón al considerar al gobierno revolucionario dañino para la felicidad del país? ¿Tendrán, acaso, la razón esas miles de personas que en los actos públicos del régimen gritan hasta desgañitarse “Revolución, Revolución”? ¿Estás nadando contra la corriente y la historia de la nación? No tienes un tintero junto a ti, como Lutero, para arrojárselo al diablo, pero tu mano sí se alza y golpea la cabeza para expulsar tan traicionera duda. Donde quiera que dirigentes carismáticos, populares, te dices, cubiertos con el manto de Salvadores de la Patria, han tomado el poder, la población ha sido desdichada y ha sufrido luego inútiles sacrificios que sólo han servido para elevar la gloria de los salvadores. En cuanto a las miles de personas congregadas en apoyo al gobierno que incansables vociferan y corean consignas, has visto, piensas, similares manifestaciones en Italia, Alemania, Argentina, donde muchedumbres histéricas adoraban a Mussolini, Hitler, Perón. No, la razón está de tu parte, tu comportamiento es justo, repites y te sientes exhausto, luego de tantas horas de meditar. Son las cuatro de la madrugada y el sueño no llega. Agotado te levantas y vas a la cocina para prepararte un té. Entonces al cruzar por el corredor te sorprende ver la luz encendida en una de las habitaciones vacías, pero más te sorprende, al entrar en ella, encontrar a Jesús, agachado en el suelo, entonando una especie de oración y observando cuatro pedazos de coco que yacen frente a él. Él también se sobresalta con tu presencia y de momento no sabe qué hacer. Después recoge los cocos y te habla con aire culpable.

—Consultaba a los santos a través del coco —explica confuso—. ¿No le molesta?

—No se preocupe, Jesús, yo también soy creyente en Dios.

Jesús sonríe y se levanta.

—Yo soy hijo de Changó.

—¿Y qué dicen los cocos? —preguntas.

—Que todo nos saldrá bien.

Dejas a Jesús en sus ritos y sin prepararte el té vuelves a la habitación y sólo a las cinco de la madrugada, cuando los primeros gallos cantan, logras conciliar el sueño.

A partir de aquella noche los minutos, las horas, los días se arrastran lentamente en la espera de un timbrazo anunciador de que el objetivo ha cruzado por el punto Z y se dirige hacia ustedes.

Pero el timbre del teléfono no suena. Por lo visto, el objetivo ha variado su recorrido o no se encuentra en La Habana y los hombres del comando comienzan a desesperarse, a recelar una trampa, una denuncia imprevista, y los nervios de todos casi estallan cuando Miguel, el único, aparte de ti, que sale a la calle y no duerme en la casa, viene y anuncia que el hombre encargado de avisar se ha asilado en una embajada, acobardado, probablemente por el riesgo que corría. Con él no solamente se ha perdido la posibilidad del aviso, indispensable para que el comando ocupe posición de fuego en menos de los cinco minutos que demora la llegada hasta tu mansión, sino también la casa atalaya, imprescindible para la operación.

—Parece que no podremos hacer nada —dice Miguel abatido.

—¿No puede sustituirle alguien? —pregunta Jesús.

Miguel niega desalentado.

—El problema no es el hombre, sino la casa. No tenemos ninguna otra en la ruta.

—Un momento —dices—, creo que tengo la solución.

Miguel escucha en silencio. Está muy reconcentrado en estos días y se ve más tenso que nunca.

—¿Y es de absoluta confianza el individuo? —hay duda y esperanza en su voz.

—Hace mucho que le conozco, odia al régimen y en más de una oportunidad ha manifestado su deseo de hacer algo contra él.

—Entonces, adelante, don Javier.

Miguel se va y tú sales a la calle en busca del apartamento, al final de la calle Calzada, casi al inicio de la Quinta Avenida, donde vive Carlos Reyes a quien desde la partida de Rosario y Antonio y, sobre todo, después de ser expulsado de su periódico por publicar un artículo sobre la vida parrandera de cierto comandante rebelde, has visto varias veces. Ácido, amargo como nunca, lo encontraste y siempre te habló de su odio hacia el gobierno (“un antro de incapaces y libertinos”, afirmaba).

—¿Por qué no te vas del país? —le preguntaste.

—No puedo, mi madre se halla muy enferma y no soportaría un viaje. Además, quiero estar aquí cuando esto se caiga para colgar a unos cuantos hijos de puta —así respondió y ahora, en la terraza de su apartamento, desde la cual se divisa el tráfico de la calle y más allá el mar, te observa con rostro atento mientras tú le das vueltas a tu propuesta, sin acabar de exponerla claramente. Reyes tampoco es el hombre de años atrás. Es otro, completamente diferente, de mirada dura, boca contraída, que ha perdido la capacidad de la ironía.

—Al grano, Javier —dice cortante.

Tú mientes y le explicas que le necesitan de observador, sin hablarle del atentado, para un simple chequeo.

—Sólo es necesario que cuando veas pasar la comitiva me llames inmediatamente por teléfono.

El periodista no traga el anzuelo y te mira inquisitivo.

—No, aquí hay algo mucho más grande —afirma tajante—, ustedes le van a tirar a alguien, pero si no tienen verdadera confianza en mí yo no colaboro.

Te ves obligado a confesarle lo del atentado, pero sin mencionar detalles sobre Miguel y sus hombres.

—Esto es muy serio —dice reflexivo—. Mucha gente y muchas armas debe haber detrás.

—No sé. No te puedo explicar —respondes—. Entonces, ¿aceptas o no?

Reyes no contesta inmediatamente. Pensativo se queda mirando hacia el mar, turbio, encapotado, al final del cual, sobre el horizonte, unas nubes negras en forma de cuervos presagian próxima tormenta.

—Está bien— contesta y te tiende la mano.

Regresas a la mansión y le comunicas la noticia a Miguel. Los hombres vuelven a su disposición combativa, a las guardias incesantes, a la tensa incertidumbre. La cuerda del reloj está dada y sólo resta aguardar.

Te desesperas y tratas de consolarte pensando en el pasado. Nuevamente abres el enorme álbum familiar donde encuentras a tus antepasados y al mirarlos piensas que, al igual que Clemente y Florencio, estás cumpliendo tu deber con la Patria y Dios, tú, un Valle, descendiente de inquisidores y herejes, negreros y patriotas, católicos y masones, locos y hombres muy cuerdos, duros, como Francisco, débiles como Gabriel. Todo eso piensas mientras los daguerrotipos y fotos del álbum aparecen frente a ti en galería de retratos. Cuánta vida, cuánta historia, te dices y de repente escuchas gritos, carreras, portazos, disparos.

Apenas tienes tiempo de cerrar el álbum antes de que la puerta de la biblioteca se abra por una violenta patada y frente a ti surja un hombre, en la mano una ametralladora apuntada a tu corazón.

—No te muevas —grita y al levantar los brazos sueltas el álbum que cae al suelo, como un pesado fardo, sus hojas abiertas, desde una de las cuales Frasco te observa hosco. Otros hombres llegan y te conducen hacia un auto policíaco.

En la soledad de la celda meditas sobre el alcance de tu existencia. ¿Has sabido llevarla correctamente? Pregunta difícil de contestar. En todo caso, no tienes nada que reprocharte, respondes. Fuiste buen hijo, hermano condescendiente, amigo y amante fiel. Probablemente, a pesar de tus esfuerzos, no supiste conducir lo mejor posible los negocios heredados, aunque bastante arreglaste el patrimonio familiar casi destruido por tu padre. El patrimonio de tus antepasados. Ellos ahora están frente a ti en la penumbra del calabozo que, al despuntar el día, comienzan a retroceder. Francisco viene y te increpa por haber desafiado al poder, Fernando se acerca asombrado, Angélica María hace la señal de la cruz bendiciéndote, Clemente te abraza mientras Francisco Joseph asiente con la cabeza aunque no tiene cabeza. Frasco, en cambio, se burla y te llama iluso y tonto por no haber sabido hacer las cosas bien y caer en una trampa, Florencio se muestra orgulloso de ti. Abrazadas en una sola figura Piedad, Natividad y Caridad lloran sordamente, Piedad Angélica ríe con risa mórbida, Dolores Fernanda grita enloquecida, al igual que Modesto, Flor te acaricia el cabello. Figuras, espectros, productos de tu imaginación que, probablemente, comenzó a desvariar poco después que te encerraron, sin las ofensas, sin las golpeaduras que años atrás los esbirros batistianos le propinaron a Raymundo, en una minúscula celda de apenas unos metros, completamente vacía a excepción del bombillo, siempre encendido sobre tu cabeza, que te impide saber si es de día o de noche, con lo cual se pierde el sentido del tiempo al extremo de no poder decir si ayer es hoy u hoy es mañana. Celda totalmente cerrada, privada de ventanas, con una puerta metálica en cuyo centro hay una pequeña trampa a través de la cual alguien desconocido introduce en cualquier instante una magra ración de comida en un plato de cartón, que nunca sacia tu hambre, que debes comer con las manos, y un poco de agua en un vaso también de cartón.

El primer día necesitas urgentemente ir al baño y golpeas la puerta metálica fuertemente, muy fuertemente a medida que el dolor intestinal aumenta, pero nadie responde y cuando no soportas más y crees que tendrás que defecar allí mismo en el suelo, una voz mecánica pregunta a través de la trampilla qué quieres.

—Necesito ir al baño —casi gritas mientras una serpiente se retuerce en tu estómago y te muerde los intestinos.

La puerta se abre y un escolta te lleva a través de un largo pasillo iluminado (el mismo por donde te trajeron, a cuyos lados hay puertas iguales a la tuya) abre una y entras a un retrete donde apenas puedes moverte para hacer tus necesidades. “No demore”, dice la voz mecánica mientras cierra la puerta que abre, de improviso, momentos después. “Vamos”, ordena, casi sin darte tiempo a subirte los pantalones, y regresan a la celda. En ella, ya más calmado, aguardas. “Pronto vendrán por mí”, dices. Nadie viene. Tratas de escuchar algún ruido del exterior, pero el silencio es sepulcral. Golpeas en la pared con los nudillos esperando una respuesta de un posible prisionero en alguna celda contigua. Es inútil. No estás en el Castillo de If ni eres el conde de Montecristo. Agotado, te acurrucas en una esquina y caes en la telaraña del sueño. Tal parece que un ojo invisible te observara porque inmediatamente la puerta se abre y la voz mecánica te ordena pararte y seguirla. Siempre delante del escolta, caminas por el mismo pasillo en otra dirección, tuercen a la derecha, suben una escalera y entran en un nuevo pasillo.

—Detenido, deténgase —ordena el escolta—, contra la pared.

Contra la pared estás mientras se abre la puerta encristalada a través de la cual pasas al despacho donde ves un archivo, un buró y dos sillas. Tras el buró, sentado en una butaca giratoria, te observan los ojos de águila de un militar sin grados en los hombros.

—Siéntese —dice con voz neutra, no ofensiva.

Te sientas y esperas mientras él extrae una hoja de una carpeta blanca.

—¿Javier Valle Sánchez Torres?

—Vive en la Quinta Avenida ... —los ojos de águila leen la hoja y, a veces detienen la lectura para observarte—. Sus hermanos abandonaron el país... uno de ellos, Antonio, es drogadicto y actualmente vive en Nueva York, en... su otro hermano, Marcelo, radica en... su amiga Rosario Estupiñán está en Miami... su primo Ramiro Portuondo es funcionario de la embajada cubana en Moscú... a usted le nacionalizaron numerosas propiedades...

—Sí, sí —repites y te asombras de cómo han logrado saber tan rápidamente tantos detalles sobre tu vida personal.

—¿De dónde conoce a Carlos Reyes? —la pregunta es un disparo a quemarropa.

—Es un amigo de hace muchos años —respondes desconcertado.

—¿Y a Miguel del Campo? —nuevamente la voz es lenta, neutral.

—Otro viejo amigo, capitán del Ejército Rebelde.

Los ojos de águila te miran de frente por primera vez.

—Señor Valle, no nos mienta porque aquí lo sabemos todo —el águila te acorrala en tu silla—, Miguel del Campo es un peligroso y buscado contrarrevolucionario, Reyes es un periodista botado de su trabajo por gusano y ellos con usted y otros más preparaban un peligrosísimo atentado.

—No, yo no...

—Usted es la eminencia gris del hecho, el cerebro que lo planeó todo.

—No, no es cierto...

—Y ahora nos dirá —el interrogador parece no escucharte—, nos dirá dónde se encuentran las otras armas además de las ocupadas en su casa y quiénes más estaban en la conspiración.

—No sé nada... no sé nada —repites aturrido porque en realidad no sabes nada de más armas ni de hombres.

—Bien, peor para usted —el interrogador se reclina en el asiento y sus ojos regresan a la hoja mientras toca un timbre a cuya llamada entra el escolta.

—Llévenselo —ordena, pero antes de salir te vuelve a hablar—, señor Valle, usted está metido en un asunto muy feo y sólo su cooperación podrá, quizá, salvarle la vida.

Lentamente regresan a la celda donde intentas dormir. No puedes porque apenas has dormitado un poco eres despertado y conducido al mismo despacho donde junto al primer interrogador ves a Mauricio, uno de los enlaces de Raymundo contigo, que ahora viste uniforme con grado de capitán.

Mauricio te estrecha la mano afablemente, te invita a sentarte y te ofrece un cigarrillo que tú aceptas nervioso. Lo fumas y tus nervios se distienden por un segundo.

— Javier —dice Mauricio con tono amistoso—, es preferible que confieses. Nosotros lo sabemos todo, pero queremos oírlo de ti. Tu silencio sólo te compromete más.

—¿Dónde están las otras armas y los demás conspiradores? —nuevamente el águila te picotea.

“No sé, no sé, pregúnteselo a Miguel”, piensas pero callas obstinadamente. No, no vas a complicar aún más la situación del jefe del comando.

—¿Dónde está Carlos Reyes y cuál fue su participación en los hechos?

“Bien, por suerte no han detenido al pobre de Reyes”, te dices y tus labios se abren para murmurar un obstinado “no sé”.

—Llévenselo.

Nada pudiste dormir aquella noche (¿era noche o día?, nunca lo supiste) porque cada vez que comenzabas a dormir te llevaban a presencia del oficial interrogador cuyo nombre, él mismo te lo dijo, era Ulises. En los días sucesivos continuaron, en iguales condiciones, los interrogatorios, en los cuales los oficiales cambiaban pero las preguntas eran siempre las mismas: ¿Dónde está Carlos Reyes? ¿Dónde está Miguel? ¿Dónde las otras gentes y armas? Así, hasta el instante (¿días, semanas?) en que, perseguido por la luz asfixiante del bombillo de la celda, borracho de insomnio, le gritaste a Ulises: “Sí, Reyes participó como avisador, pero no se dónde está ni tampoco nada más de gentes y armas. Miguel sí lo sabe. Pregúnteselo a él”.

—Sabemos que Miguel sabe, pero queremos oírlo también de usted —Ulises se puso de pie, perdida momentáneamente, por lo visto, la paciencia y se acercó a ti.

—Usted está mintiendo, Javier, pero se le acabó el jueguito —iracundo, Ulises tocó el timbre, una puerta lateral se abrió y entraron Mauricio y, para tu asombro, Carlos Reyes, pero un Reyes vestido de militar con grados de teniente.

“Oh, Dios ¿qué es esto? Reyes es uno de ellos”, pensaste a punto de enloquecer, de pedir que te dejaran tranquilo para siempre, que te permitieran dormir veinticuatro horas diarias por una semana seguida, volver a tu casa. Nada dijiste y sólo tus cansados ojos se movieron en sus órbitas como un árbol azotado por el viento.

—¿Conoce al teniente Reyes? —te preguntó burlón Ulises—, como ve, desde el principio estuvimos al tanto de todo.

“Claro que conozco a ese hijo de puta maricón”, te dices.

Ulises toma una carpeta y te muestra fotos tuyas conversando con Reyes en la terraza de su apartamento, fotos de Miguel saliendo de la mansión, de Jesús cocinando en tu cocina, de ti y los hombres del comando en la sala de la casa, por una de cuyas ventanas, imprudentemente dejada abierta, han sido tomadas con teleobjetivo.

—Ya ve como lo sabemos todo —Ulises se burla un momento, pero enseguida recobra la seriedad habitual.

—Entonces, si lo saben todo, ¿para qué me preguntan a mí? Pregúntenle a Miguel.

—Miguel no nos interesa —la voz de Ulises es huraña.

Lo que tú no conocías en ese instante y sólo supiste más tarde en la celda de los sentenciados a fusilamiento en la Cabaña era que Miguel había muerto el mismo día del arresto al tratar de huir y enfrentarse con la policía.

—Javier —Reyes está muy serio—, tú mismo me dijiste que había más gentes y armas además de las de la casa. Tú eres la eminencia gris de todo esto y tienes que saberlo.

“No yo no dije eso, yo sólo presté la casa, no soy eminencia de nada, soy un comemierda, un idiota que se dejó engañar, Francisco tiene razón, Frasco tiene razón”, quieres gritar, pero de tu boca sólo sale un “no sé nada” unido a un sollozo que se mezcla con las lágrimas que ruedan por tus ojos inflamados luego de una semana sin sueño.

—Peor para usted, señor Javier —Ulises mueve la cabeza despreciativamente—, llévenselo.

Un mes después, convencidos tus captores que no sabías verdaderamente más de lo que afirmabas, saliste de la celda y al llegar a un patio circular supiste que era de día, y viste, por un minuto, el sol brillando sobre tu cabeza antes de montar en un camión cerrado que te conduce a una sala de aspecto solemne y hombres entogados, donde escuchas el relato del teniente Carlos Reyes, designado por el mando superior de la Seguridad, para moverse entre sus conocidos de la burguesía e infiltrarse en posibles grupos enemigos, como el tuyo; también oyes la narración de los hechos investigados y descubiertos, en boca del capitán Ulises Romero, el testimonio del trabajo operativo dado por el capitán Mauricio Cadenas y aceptas las pruebas y la acusación del fiscal: conspirar para derribar el gobierno y ser asesor del cabecilla contrarrevolucionario Miguel del Campo, muerto en enfrentamiento con la Seguridad y eminencia gris de su grupo. Luego de todo aquello, tu abogado defensor, designado de oficio, solicitó clemencia y el Tribunal se retiró a deliberar.

De pie, junto a los demás acusados oyes la sentencia, pronunciada clara y firmemente por el presidente del tribunal: “se condena a la pena capital a Javier Valle Sánchez Torres, a Jesús Carretero, a...”

Ahora, en la soledad de la celda, esperas la llegada de un sol que al nacer marcará tu muerte y mientras tanto ves la figura de tu madre. “Hijo, vas a morir”, te dice su espectro y sale a través de la ventana de barrotes por donde se insinúa a lo lejos la primera luz del día junto con la cual llega la voz de Florencio. “Valor, muere como un hombre”, te grita y sus palabras las sustituye el rezo musitado por María Angélica: “Padre nuestro... ven a nos”. Los rayos del sol se hacen más fuertes y te bañan el rostro, demacrado, patillado. Con avidez bebes la luz solar mientras apartas a los espectros de tus antepasados. “Qué absurdo, tantas luchas de la familia por la riqueza y todo el oro se le ha convertido en polvo”, piensas desalentado, pero enseguida alzas la cabeza y te prometes que recibirás la muerte dignamente, como un cristiano, con el nombre de Dios en los labios, igual que otros muchos mártires. Ellos murieron despedazados por las fieras en el circo, lapidados, empalados, ahorcados, quemados.

“Quemados”, la palabra te trae a la mente la profecía escuchada durante la falsa sesión espiritista en casa de Raymundo. “¿Cuándo desaparecerán los Valle?”, preguntó la esclava. “Al maldecir al monarca, el tronco principal caerá derribado por seis fuegos, pero ya sus hojas se habrán dispersado por los caminos junto con nuevas semillas que hincarán sus raíces en ajenas tierras...”, así respondió el otro espíritu.

Tu situación es trágica pero sonrías con amargura. A pesar de lo confesado por Raymundo, en lo profundo de tu mente, siempre se guardó una duda sobre si los espíritus fueron reales y los vaticinios verdaderos. Ahora puedes afirmar por ti mismo que todo era falso. Tu racionalismo ha triunfado. Ni existieron los espíritus ni la profecía se cumplirá. Efectivamente eres el tronco principal de los Valle, pero no morirás derribado por ningún fuego, como Roberto Mendoza. “Moriré fusilado como Florencio Valle”, te dices, pero no tienes tiempo de continuar pensando porque, de repente, los rayos de sol se hacen amanecer y la puerta de la celda se abre rechinando.

—Vamos, Javier —dice alguien a quien tú sigues por un estrecho pasillo que desemboca en una explanada, más allá de la cual se divisa un muro de piedras calizas y detrás el mar en su inmensa anchura. Entre dos soldados te toman de los brazos y te hacen caminar por un sendero de gravillas. Cegado momentáneamente por la luz del sol invernal, te detienes y de tu boca escapa un grito.

—¡Viva Cristo Rey!

Los soldados te empujan, obligándote a caminar.

—¡Viva Cristo Rey. Abajo la tiranía! —vuelves a gritar mientras caminas y te colocan de espalda al muro gris, las manos amarradas a la espalda, frente a seis soldados jóvenes, imberbes, impersonales, iguales en sus uniformes verdes.

Los soldados se alinearon, a una orden cargaron sus armas, le apuntaron. “Abajo...”, repitió él pero entonces alguien dijo “fuego” y su postrer visión antes de caer fue la de llamas que salían por los tubos negros de los fusiles. Seis llamas que avanzaron hacia él para derribarle, quemarle y matarle.

Cuando la última bala penetraba en el cuerpo de Javier Valle Sánchez Torres dos de sus primas almorzaban en un restaurante madrileño, el hijo de una seguía atentamente la conferencia sobre el existencialismo dictada por un eminente profesor de la Sorbona, otro especulaba en la bolsa de Nueva York y un tercero, Ramiro Portuondo, salía a la plaza Smolenskaia de Moscú, luego de conferenciar con el viceministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética. En Miami, Marcelo Valle se bañaba en la playa y su único hijo era besado, en ese momento, por una prostituta mexicana. En Nueva York, acostado en un viejo camastro, Antonio Valle se pinchaba el brazo izquierdo con una aguja hipodérmica y lentamente comenzaba a levitar hasta encontrar a su hermano Javier, jugando con él en la vieja casona familiar de La Habana Vieja, donde en un dorado rayo de sol flotaba el polvo acumulado durante seis generaciones.

La Habana, 1985-1992

CONCLUSIONES

Nuestro trabajo de investigación se ha centrado en la obra de uno de los narradores cubanos más importantes de las últimas décadas, Julio Travieso, cuya producción ha recorrido todas las etapas de la revolución cubana, desde su implantación, en los años sesenta, hasta su lenta agonía, desde el período especial. El habanero ha sido testigo de todo lo que ha sucedido en la segunda mitad del siglo XX y lo ha contado como espectador privilegiado y protagonista de los cambios que se ha llevado a cabo. Por otro lado, es uno de los principales representantes del género de la novela histórica en estas cinco últimas décadas, que ha experimentado un boom desde mediados de los noventa hasta la actualidad, correspondiendo con la tendencia a la revalorización del género en todo el mundo occidental en estos últimos años. Además, este trabajo desea coloca a este autor, Julio Travieso, en el lugar que le corresponde en la literatura cubana e hispanoamericana, ya que no ha tenido, a nuestro juicio, la atención que merece por parte de la crítica. Hemos tratado de demostrar cómo él ha evolucionado desde una concepción “moderna” de lo histórico, a otra “posmoderna”, hemos intentado

describir su evolución desde sus primeros pasos narrativos, en los que había una cierta exaltación del proceso revolucionario, hasta sus últimas obras, producto del desencanto generado por el desgaste del sistema vigente en la isla, lo hemos incluido dentro de la tendencia de algunos teóricos y escritores, relativa a una concepción circular de la historia (Benítez Rojo 1989), y hemos señalado también sus diferentes etapas estilísticas, ya que concepción de lo histórico y progresiva madurez técnica han ido paralelas desde los años sesenta a la actualidad.

La narrativa histórica ha tenido dos momentos especialmente relevantes: el Romanticismo, siguiendo los pasos de su fundador, Walter Scott, y obteniendo relieves que él no llegó a modelar, y la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir de los años setenta, hasta la actualidad, a través de lo que se ha llegado a llamar la “nueva novela histórica”. Este último período ha generado obras muy diferentes a las anteriores con un perfil estructural y de intención muy distinto al que mantenían las novelas históricas de épocas pasadas, cuyas características se resumen en las notas que ya expuso Seymour Menton hace unos años:

1. Subordinación de la reproducción mimética del pasado a planteamientos filosóficos de naturaleza epistemológica
2. Distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos
3. Utilización de grandes figuras históricas en lugar del héroe medio
4. Un lugar prominente para la metaficción
5. La intertextualidad
6. El dialogismo, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia bajtinianos

(Menton 1993: 42-46)

Por lo que se refiere a la novela escrita en Hispanoamérica, estos rasgos son perfectamente reconocibles en la narrativa histórica desde los años setenta en una gran cantidad de autores, por medio de una lectura desmitificada de la historia, que ha sido generada por una serie de circunstancias que se han dado en la región, descritas por María Cristina Pons:

1. La revolución cubana no fue el motor impulsor que se esperaba
2. El auge de las dictaduras (incluida la cubana)
3. La utopía del nuevo hombre y la nueva mujer para el futuro latinoamericano y el fracaso de los proyectos sociales
4. El crimen institucionalizado, que aumenta cada año
5. La homogeneización a todo nivel y pugna por el proceso de heterogeneización de los movimientos sociales
6. La descentralización y fragmentación del poder social
7. Se impone una nueva sensibilidad y una nueva estética, al igual que una nueva corriente de pensamiento y de estado de ánimo correspondiente a la actual realidad social
8. El debate sobre la validez de la narrativa del siglo XX y la ruptura de modelos que afectaron a los grandes discursos dominados por la historia

(Pons 1996: 101-145)

El caso de Cuba ha mantenido un estatuto muy particular, dentro de esta ley general, debido a sus peculiares condiciones políticas desde el triunfo de la revolución cubana, desde 1959, lo que ha supuesto una evolución diferente en su narrativa, no tan ligada a los presupuestos del boom en los sesenta hasta la mitad de los setenta, por encontrarse en la década de los sesenta en un proceso de adecuación a las normativas que el régimen fue implantando poco a poco para los escritores y artistas, que eran más cercanas a la plasmación de lo contemporáneo, la exaltación de los logros revolucionarios de esa época, y menos abierta a la historia, a no ser que fuera para reinterpretar el pasado de acuerdo con el triunfo revolucionario y, por otro lado, no tan centrada en el realismo mágico o lo real maravilloso, con algunas excepciones como la obra de Carpentier de esos años, y más volcada en la realidad circundante. Y en la década de los setenta, el panorama cubano fue todavía más sombrío que en la anterior a causa del excesivo control del gobierno de los productos culturales, la imposición de un modelo y la existencia de una fuerte censura, que denominó a esa etapa el “quinquenio gris” de la literatura cubana. Esta situación comenzó a cambiar sobre todo en los años ochenta, donde poco a poco comienza a darse un nuevo resurgimiento de la narrativa en general, y de la histórica en particular. Poco a poco, los escritores cubanos se adecuaron a los presupuestos de la “nueva novela histórica” que ya se practicaba en Hispanoamérica y el mundo occidental, en la que el género narrativo ha llegado casi a constituir un sustituto de la historiografía en tiempos en los que ya se habla de la “muerte de la historia” (Perkowska-Álvarez 2006: 183) o, al menos, de un desprestigio o descrédito de la historia (Veres 2007: 4) que supone la desconfianza en el carácter “científico” de ella o su “veracidad” (White 1978, Corona 2001: 99), para concluir, finalmente, que ya no existen fronteras entre historia y novela histórica (Hutcheon 1988, 1989, Binns 1996: 161).

Es posible descubrir la presencia de la historia en un gran número de obras cubanas. Si ordenamos cronológicamente las novelas y libros de relatos de escritores como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cirilo Villaverde, Jesús Castellanos, Lino Novás Calvo, Alejo Carpentier, Miguel Barnet, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, Jesús Díaz, Leonardo Padura, María Elena Cruz Varela, por citar algunos, resulta fácil adquirir una visión, bastante acertada, de lo que han sido las facetas más importantes de la historia del Caribe en general y de la isla de Cuba en particular.

Esto ha sido exactamente lo que ha hecho Julio Travieso en su narrativa: contar la historia a través de las voces de personajes imaginarios, quienes podrían ser cualquiera de los cubanos que ha vivido alguno de los períodos históricos en la isla. Ciertamente, *Para matar al lobo* es un vivo reflejo de lo que fue la época de lucha clandestina en la Habana. *Los corderos beben vino* relata, con magistral combinación de tacto y veracidad, la confusión a la que se enfrentó un significativo grupo de cubanos a raíz del triunfo revolucionario, sus ilusiones, miedos y decepciones. *Larga es la lucha* cuenta, con minucioso lujo de detalles, los avatares del paso de la dictadura batistiana a la construcción del socialismo, haciendo alusión a la lucha que ha tenido que librar un pueblo que sueña, desde hace dos siglos, con una sociedad un poco más justa. Posteriormente, *Llueve sobre la Habana* se encarga de plasmar el desencanto de aquellos que, en *Larga es la lucha*, habían sufrido torturas, sacrificado amores y entregado sus vidas por una revolución que terminó abriendo las puertas a la sociedad de consumo. La novela nos presenta, a través de la historia de un ex revolucionario y luchador clandestino, que para subsistir ha tenido que penetrar en el mundo de la ilegalidad, una viva imagen de la sociedad cubana donde las jineteras, los proxenetas y los demás grupos marginales se habían convertido en figuras recurrentes durante el período especial en la isla (años noventa).

Si se leen todas estas obras, en el orden mencionado, sería perfectamente posible hacerse una idea de lo que ha sido la historia de la nación cubana. De esta manera el lector lograría entender las causas y azares que han llevado a la sociedad isleña a la situación en la que se encuentra en la actualidad. Esas obras han contado la historia de una revolución que comenzó con la lucha clandestina contra Batista, triunfó el 1 de enero de 1959 y se convirtió en un régimen que ha pasado por diferentes etapas y que agoniza larga y lentamente en las últimas dos décadas. De todas ellas, las primeras pueden adscribirse al modelo de novela “moderna” (Gálvez 2006: 172), porque construyen un mundo con pretensiones de veracidad y no se desmarcan de la historia oficial, mientras que la última, *Llueve sobre La Habana*, escrita ya en los años noventa, puede relacionarse, a través de ciertos rasgos, con lo que llamamos “nueva novela histórica” (Gálvez 2006: 173-174) o posmoderna, más desprejuiciada, irreverente y crítica con el carácter científico del relato moderno.

Aparte de estos libros, conviene señalar que Travieso ha incursionado también en relatos que abandonan el momento más cercano al de la escritura y se centran en la historia cubana anterior a la independencia y comienzos del siglo XX. Son fundamentalmente dos novelas: *Cuando la noche muera* y *El polvo y el oro*. La primera, publicada en 1981, tiene todavía muchos rasgos de la novela moderna, pero *El polvo y el oro* trata de desmitificar muchos de los tópicos relativos a la interpretación oficial de lo que fue la historia de Cuba desde la época de las independencias hispanoamericanas hasta el comienzo de la revolución que triunfó en 1959, por lo que hemos podido detectar muchos rasgos de los que llamamos “nueva novela histórica”, como la reinterpretación del pasado, la ambigüedad manifiesta, la concepción circular de la historia que niega la linealidad, las continuas idas y venidas del pasado al presente y vice-versa, la desmitificación de ciertas ideas sobre la identidad cubana, la conexión ficcional entre los protagonistas inventados y los personajes de la historia real integrados en

el relato, ciertos toques de humor, parodia y descreimiento, y la convicción de que ese documento no cuenta una verdad incuestionable, sino simplemente una serie de acontecimientos que pueden ayudar a esclarecer ciertos enigmas de la historia de Cuba, muchas veces relacionados con el mundo de las creencias de sus habitantes. En ella se recrean los sucesos históricos más significativos, ocurridos en Cuba a lo largo de doscientos años. El relato se apoya en lo que acontece a varias generaciones de la familia Valle, quienes efectivamente existieron en la isla y cuya historia el escritor adorna, imagina y matiza. Para dar una imagen más completa de lo que ha supuesto esta novela en el contexto de la novela histórica actual, hemos realizado también una edición crítica de la misma, insistiendo en las variantes que se han producido en diferentes ediciones y llamando la atención sobre los sucesos históricos de los que habla, por medio de casi trescientas notas a pie de página. Conviene también poner de manifiesto que es la primera vez que se acomete un estudio completo de la obra de Travieso y la primera que se realiza una edición crítica de alguna de sus novelas. Hasta ahora solo ha habido estudios parciales, los cuales se citan convenientemente en la bibliografía y durante el análisis de sus obras.

Julio Travieso ha sido testigo y partícipe de la larga lucha que ha venido librando su pueblo, pudiendo contar, de primera mano, que en la década de los cincuenta tomó parte activa en la lucha para derrocar a Fulgencio Batista, en los sesenta participó en los trabajos voluntarios, las guardias del CDR, los domingos rojos y otras actividades propuestas por la revolución, en los ochenta fue testigo del éxodo del Mariel y la caída del campo socialista y en los noventa presenció, con dolor, la Cuba de las jineteras y las empresas mixtas.

Allí ha permanecido nuestro escritor, haciendo uso de lo que ha quedado en la memoria pese al transcurrir del tiempo, contando la verdadera historia a pesar de los pesares, del rechazo de las editoriales o del olvido forzoso al que se enfrentan tantos excelentes narradores isleños que han decidido quedarse allí.

Travieso no se ha dado por vencido, siente que tiene mucho que relatar, y así lo ha reflejado en una reciente entrevista: “Eso que llamamos necesidad de expresarse, que también pudiera denominarse necesidad de comunicarse o de transmitir ideas, nunca se llena, porque uno siente que siempre le queda algo por comunicar y se mantiene un sedimento de insatisfacción.” (Travieso 2010)

Por último, hemos tratado también de acercarnos, a través de la narrativa de Julio Travieso y, sobre todo, tomando como ejemplo *El polvo y el oro*, a la tendencia que Rafael Rojas ha tratado de explicar para el caso cubano, acerca de la “univocidad del campo intelectual” en una época en que la posmodernidad significa, en un principio, apertura de miras y ausencia de fronteras esquemas y dogmas: “Todo campo intelectual -afirma Rojas-, al menos en la modernidad, tiende a ser unívoco, centrípeto, ya que la esfera pública, conformada por editoriales, medios de comunicación, instituciones estatales y privadas, mercado, consumidores, críticos y académicos, gravita hacia un centro, el centro de las representaciones nacionales: el teatro donde los actores escenifican el drama de un sujeto abstracto y uniformante. Esta gravitación centrípeta hacia el sujeto nacional, que Bordieu describió para la Europa de fines del siglo XIX, es todavía aplicable a la América Latina de principios del siglo XXI y, en especial, a Cuba.” (Rojas 2002: 41) Y eso ocurre de modo peculiar en la isla, donde la modernidad es todavía insuficiente y lucha por buscar acomodo en el espacio público, por lo que la propuesta cultural e intelectual de corte postnacional y multicultural libra una dura batalla con el medio, puesto que, dado su carácter insuficiente, sigue vigilada y castigada “por el sujeto nacional hegemónico” (Rojas 2002: 42), y cualquier iniciativa intelectual o artística se mantiene subordinada “a la lógica centrípeta de la representación nacional” (Rojas 2002: 42). En ese sentido, *El polvo y el oro* ejemplifica de un modo patente la necesidad de buscar nuevos modelos narrativos, ligados a la posmodernidad, pero a la vez, la dificultad para encontrar ese acomodo del que habla Rojas.

CONCLUSIONS

Our research has been focused in the literary production of one of the most important Cuban narrators from the last decades, Julio Travieso, whose literary works have cut across all the periods of the Cuban Revolution, from its installation in the sixties until the beginning of its decline during the “special period”. Travieso has witnessed all the events that occurred in the second half of the 20th Century and he has narrated as an observer and protagonist of all the changes that have taken place in the island. In the other hand, Travieso is one of the main representatives of the “historical novel”, that has become very popular in the last decades, not only in Cuba, but in all of the Western Hemisphere. This research tries to bring the writer, Julio Travieso, to the place where he really belongs in the Cuban and Latin American Literature, since he has not received, in our opinion, the attention and importance that he deserves. We have tried to demonstrate his development from a modern conception of “historical novel” to a postmodern one. We intent to describe his evolution from his first steps in narration, where he showed his pride for the Cuban revolution until his latest publications that are the

expression of the disappointment that caused actual regime of the island. We had considered the literature of Travieso as part of some writing trends from authors such as Benítez Rojo (1989) that refer to the circular conception of the History as well as determining his different writing stages, since his historical conception and maturity have grown together from the sixties to the present.

The historical narrative has basically two special phases: The Romanticism, in the 19th Century, following the steps of his creator, Walter Scott, and the second one in the Twentieth Century, specifically from the seventies until today, where the term of “new historical novel” has arrived. This last period has generated many works very different from the prior in terms of structure and intention that creates a distance with the historical narratives from the past. Its characteristics can be summarized in the notes presented by Seymour Menton some years ago:

- 1) The subordination of mimetic mimetic pertaining to or exhibiting imitation or simulation, as of one disease for another re-creation of history to the illustration of philosophical ideas

- 2) The conscious distortion of history

- 3) The utilization of famous historical figures as protagonists

- 4) The use of metafictional devices such as the narrator's references to the creative process

5) Examples of intertextuality, as the shaping of texts' meanings by other texts. It can refer to an author's borrowing and transformation of a prior text or to a reader's referencing of one text in reading another

6) The inclusion of Bakhtinian concepts of the dialogic, the carnivalesque, parody, and heteroglossia

(Menton 1993: 42-46)

In reference to the concept of novel written in Latin America, these characteristics are perfectly visible in the historical narrative from the seventies in a great number of authors, through a demystify reading of the History, that has been generated for some circumstances that has taken place in an specific region, that María Cristina Pons describes:

- 1) The Cuban revolution was not an that impulsive motor that people were specting
- 2) The growth of dictatorships (including the Cuban one)
- 3) The utopia of the new man and the new woman for the Latin American future and the failure of the social projects
- 4) The institutionalized crime that raises every year
- 5) The homogenization to all the levels and the fight for the heterogenization of the social movements
- 6) The decentralization and fragmentation of the social power

7) The imposition of a new sensitivity and esthetic, as well as the new type of thinking emotional state that corresponds to the present social reality

8) The debate about the validity of the narration from the Twentieth Century and the breakdown of those models that affected the great speeches that had dominated the history.

(Pons 1996: 101-145)

The case of Cuba has maintained a very particular statute, in the general trend according to the specific political conditions from the establishment of the Cuban revolution in 1959, which has moved to a different evolution in its narrative, not very attached to the ideas of the Latin American boom from the sixties to the seventies, because the island was immersed, in the sixties, in a process of adaptation to the rules and regulations of the regime that was implemented for writers and artists, that were more close to the presentation of the contemporary situations, to the exaltation of the advantages of the Cuban revolution and more closely to the historical perspectives, which only looked at it to reinterpret the past according to the revolutionary process. In addition, the narrative was not completely based on the magical realism but on current reality, with some exceptions such as Alejo Carpentier. In the seventies, the Cuban scenario was even darker, because of the excessive control of the government over the cultural product and the imposition of a new model plus the strong censorship that took place during that period that was called “quinquenio gris” in the Cuban Literature. This situation started to change in the eighties, where was the beginning of a revival in all types of narratives and in particular the historical one. In a way, the Cuban writers approached the “new historical novel” that was already implemented in Latin America and the western world, where the narrative has

been taken the place of the History in the times where some people talk about the term “death of History” (Perkowska-Álvarez 2006: 183) or, at least, disrepute or discredit of the History (Veres 2007: 4), that means the mistrust of the “scientific” characteristics of it (White 1978, Corona 2001: 99), to conclude, finally, that now there are no boundaries between History and Historical Novel (Hutcheon 1988, 1989, Binns 1996: 161).

It is possible to discover the presence of the history in a huge number of Cuban works. If we put in chronological order the novels and short-stories books from writers such as Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cirilo Villaverde, Jesús Castellanos, Lino Novás Calvo, Alejo Carpentier, Miguel Barnet, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, Jesús Díaz, Leonardo Padura, María Elena Cruz Varela, just to mention some, it is easy to acquire a valid vision of the most important sides of the history about the Caribbean in general and the island of Cuba in particular.

This has been exactly what Julio Travieso has done in his narrative: to tell the history through the voices of the imaginary characters who could be any of the Cubans that have lived the specific historical periods in that island. Certainly, *Paramatar al lobo* constitutes a vivid mirror of the clandestine war in Habana. *Los corderos beben vino* narrates, with a perfect combination of tact and truthfulness, the confusion of the Cubans during the revolutionary process, their illusions, fears and disappointments. *Larga es la lucha* expresses in details the avatars of the transition from the dictatorship of Fulgencio Batista to the process of building the socialist society, mentioning the battles that the Cubans have to face since the Nineteenth Century, dreaming and struggling to obtain a fair society. Lately, *Llueve sobre La Habana* shows the sadness of those who fought in *Larga es la lucha*, those who were tortured, that sacrificed love and lost their lives dreaming on a revolution that ended up opening its doors to the capitalism. The novel presents, through the history of an ex-revolutionary man, clandestine fighter that

was forgotten by the system and had to live illegally during the 90's. in order to survive, the main character has to live with the prostitutes and delinquents, showing the type of society that was created in Cuba during the "periodo especial".

If we read all the books in the order that we have mentioned, it would be perfectly possible to figure out the history of the Cuban Nation in the last seventy years. In this way, the reader could understand the causes that have brought the island to the present situation. These stories have narrated the history of a revolution that began with the clandestine battle against Batista, won on January 1st, 1959, and ended up becoming a regime that has developed through different stages, agonizing since the last two decades. Out of all these books, the first ones can be classified as the "modern novel" (Gálvez 2006: 172), because they establish a world of veracity and doesn't move away from the official history. Therefore, the last novel, *Llueve sobre La Habana*, written in the 90's, shows characteristics that can be related to what we call "New historical novel" (Gálvez 2006: 173-174) or postmodern, more critical and disrespectful with the scientific characteristics of the modern narrative.

Besides these books, it is important to mention that Julio Travieso has also written stories living the closest moment to the writing and focusing in the Cuban History prior to the independence and the beginning of the Twentieth Century. These are basically two novels: *Cuando la noche muera* and *El polvo y el oro*. The first one was published in 1981 and it presents some characteristics of the modern novel, but *El polvo y el oro* tries to demystify many of the topics related to the official interpretation of the Cuban History from the times of the Latin American independence wars to the beginning of the Cuban revolution in 1959. We have been able to discover many features of what we called "new historical novel", as the reinterpretation of the past, the ambiguity, the circular conception of the history, the numerous flashbacks, the demythologizing of certain ideas about

the Cuban identity, the fictional connection between the invented main characters and the real historical heroes that appear in the story, the humor, the parody, the unbelief, the uncertainty of the truth, but it only expresses some facts that can help to discover the mysteries of the history of Cuba, in many occasions related to the believes of its habitants. In the novel *El polvo y el oro*, the writer reproduces the more significant historical events that occurred in Cuba in the period of 200 years. The narrative is based on the life many generations of the Valle family, who certainly existed in the island, and which story, the writer changes, imagining and decorating, to provide a more vivid scenario. In order to reflect a more complete image of what this novel has signified to the contemporary “new historical novel”, we have developed a critical edition of it, insisting in the different versions and calling the attention about the historical events that are mentioned, through almost 300 footnotes.

Julio Travieso has been part and witness of the long battle of the Cuban population, being able to tell, from his experiences, that he became in the fifties an active part in the fight against Fulgencio Batista, in the sixties he participated in voluntary jobs, the CDR guards, the Red Sundays and other activities that the revolutionary government created in that period, in the eighties he witnessed the Mariel event and the fall of the Soviet Union in the nineties. During the time that he observed, with sadness, the emerging “jineteras” and the creation of “empresas mixtas”.

Julio Travieso has remained in Cuba, still expressing his memories regardless of many years that have passed, narrating the true history, despite some publishing companies have rejected his work, and the difficulties that Cuban writers have in the island to publish their novels. Travieso does not give up, he feels that he still has a lot to say. He expresses it in a recent interview: “What we call necessity of expression that could also be denominated necessity of communication or the transmission of ideas never gets done, because you feel that

there is something left to communicate, and you maintain a deposit of dissatisfaction.” (Travieso 2010)

Last but not least, we have tried to get close, applying it to the narrative of Julio Travieso, especially taking as an example *El polvo y el oro*, to the tendency that Rafael Rojas has tried to explain related, to the Cuban case, about the “uniqueness of the intellectual field” in the times where postmodernity means open mind and lack of dogmas: “Any intellectual field -Rojas says-, at least in the modernity, tends to be unique, centripetal, since the public sphere, defined by publishing companies, news media, private and public institutions, market, consumers, critics and academics, leads to the center, the center of national representations: the theater where the actors represent the drama of an abstract subject. This centripetal direction to the national subject, that Bordieu describes for the Europe of the late XIX Century, is still applicable to Latin America, in the beginning of the XXI Century, in special to Cuba” (Rojas 2002: 41). This occurs in a peculiar way, in the island, where the modernity seems to be insufficient and tries to find its place in the public space. Then, the cultural and intellectual proposal, with postnational and multicultural characteristics, has a strong battle with the society, due to the insufficient quality, since it is still watched and punished “by the national hegemonic subject” (Rojas 2002: 42), and any intellectual or artistic initiative stays subordinated to “a centripetal logic of the national representation” (Rojas 2002: 42). In this sense, *El polvo y el oro* exemplifies the necessity to find new narrative models, close to the postmodernity, but at the same time the difficulty to find that adjustment that Rojas refers.

BIBLIOGRAFÍA

Aguiar Rodríguez, Raúl (2000). *Bonchismo y gangsterismo en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Aínsa, Fernando (1986). *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos.

Aínsa, Fernando (1991a). "La reescritura de la historia en la nueva narrativa hispanoamericana". *Cuadernos Americanos*, 28:4, págs. 13-31.

Aínsa, Fernando (1991b). "La nueva novela histórica latinoamericana". *Cahiers du CRIAR*, 11, págs. 12-21.

Aínsa, Fernando (1997). "Invención literaria y 'reconstrucción' histórica en la nueva narrativa latinoamericana". *La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Kohut, Karl (ed.). Madrid: Vervuert.

Aínsa, Fernando (2003). *Reescribir el pasado*. Mérida: CELARG.

Alberto, Eliseo (1997). *Informe contra mí mismo*. México: Editorial Santillana.

Alfonso López, Félix Julio (2007). "Literatura, historia y novela histórica". *El Caimán Barbudo*, 341, I-IV, págs. 1-9.

Alonso, Amado (1984). *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La gloria de Don Ramiro*. Madrid: Gredos (primera edición de 1942).

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1980). "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos". *Hispanamérica*, 25-26, págs. 33-59.

Álvarez, Imeldo (1980). *La novela cubana del siglo XX*. La Habana: Letras cubanas.

Álvarez IV, José B. (1994). "La narrativa cubana de la revolución: el Quinquenio Gris y sus consecuencias". *Mester*, XXIII, 2, págs. 129-156

Álvarez-Tabío Albo, Emma (2000). *Invención de La Habana*. Barcelona: Casiopea.

Anderson Imbert, Enrique (1952). "Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX". La novela iberoamericana. Arturo Torres-Rioseco (ed.). Albuquerque: University of New Mexico Press, págs. 1-24.

Anderson Imbert, Enrique (1975). "Literatura fantástica, realismo mágico y lo real maravilloso". Otros mundos, otros fuegos: fantasía y realismo mágico en Iberoamérica. Donald Yates (ed.). Michigan: Latin American Studies Center, págs. 39-44.

Arenas, Reinaldo (1999). El color del verano. Barcelona: Tusquets (primera edición de 1991)

Ares, Mercedes (1991). Constantes temáticas en la obra novelística de Miguel de Carrión y Carlos Loveira. Miami: Universidad de Miami. Tesis doctoral inédita.

Armas y Céspedes, Francisco (1866). De la esclavitud en Cuba. Madrid: Imprenta Fortanet.

Azougarh, Abdeslam (2003). Los inicios de la novela en Cuba: Cirilo Villaverde. Madrid: Visión Libros.

Backhouse, Roger E (2002). The Ordinary Business of Life: A History of Economics from the Ancient World to the Twenty-First Century. Princeton: Princeton UP.

Bajtín, Mihail (1989). Teoría y estética de la novela. Madrid: Taurus (primera edición de 1975).

Barchino, Matías (1996). "La novela biográfica como reconstrucción histórica y como construcción mítica: el caso de Eva Duarte en La pasión según Eva, de Abel Posse". La novela histórica a finales del siglo XX. Romera Castillo, Francisco et al (eds.) Madrid: Visor, págs. 149-158.

Barcia, María del Carmen (2008). "Sobre José Antonio Aponte y su época". A Contra corriente, 5, 2, págs. 243-251.

Barrientos, Juan José (2001). Ficción-historia. La nueva novela histórica hispanoamericana. México: UNAM.

Barth, John (1986). "La literatura postmoderna". Espacios (de crítica y producción), 4-5, págs. 27-34.

Bejel, Emilio (1994). "Nacionalidad y exilio en la narrativa cubana contemporánea". Confluencia, 9, 2, págs. 73-87.

Bell, Daniel (1964). El fin de las ideologías. Madrid: Tecnos (primera edición de 1960).

Bell, Daniel (2006a). Las contradicciones culturales del capitalismo. Madrid: Alianza Editorial (primera edición de 1976).

Bell, Daniel (2006b). El advenimiento de la sociedad postindustrial. Madrid: Alianza Editorial (primera edición de 1973).

Benedetti, Mario, Carpentier, Alejo, Cortázar, Julio y Barnet, Miguel (1971). *Literatura y arte nuevo en Cuba*. La Habana: Ediciones Unión.

Betto, Frei (1985). *Fidel y la religión*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Biblioteca Nacional de España (2010). *Novela histórica: guía de recursos bibliográficos*. www.bne.es

Binns, Niall (1996). "La novela histórica hispanoamericana en el debate posmoderno". *La novela histórica a finales del siglo XX: Actas del V Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral de la UNED*. Madrid: Visor, págs. 159-165.

Birkenmaier, Anke (2001). "Más allá del realismo sucio: El rey de La Habana, de Pedro Juan Gutiérrez", *Cuban Studies*, 32, págs. 37-54.

Birkenmaier, Anke y González, Roberto (eds.) (2004). *El problema de la literatura política. Cuba: Un siglo de literatura*. Madrid: Colibrí.

Boileve-Guerlet, Annick (1993). *Le genre romanesque. Des théories de la Renaissance italienne aux réflexions du XVIIe siècle français*. Santiago: Universidad de Santiago de Compostela.

Bolívar, Natalia (1995). *Los orishas en Cuba*. Caracas: Editorial Panapo.

Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.

Bouffartigue, Sylvie (2004). "El agua en la roca. Fuentes de la novela histórica en Cuba". *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, 5, págs. 488-499.

Bravo de Goyeneche, José Alberto (comp.) (2007). *Francisco Bilbao 1823-1865. El autor y su obra*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.

Buffill-Alba, Elio (1998). *Cubanos de dos siglos*. Miami: Ediciones Universal.

Burns, Bradford (1980). *The Poverty of Progress, Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley: University of California Press.

Cabrera Infante, Guillermo (1979). *La Habana para un infante difunto*. Barcelona: Seix Barral.

Camacho, Jorge (2006). "Genealogías del poder. Carlos Loveira y el pacto médico-militar en la República". *A Contra corriente*, 3, 2, págs. 73-87.

Canetti, Yanitzia (1997). *Al otro lado*. Barcelona: Seix Barral.

Carpentier, Alejo (1974). *El recurso del método*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores S.A.

Carpentier, Alejo (1976). *El reino de este mundo*. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A (primera edición de 1949).

Carpentier, Alejo (2008). *Los pasos perdidos*. Madrid: Akal (ed. de Julio Travieso) (primera edición de 1953).

Carrión, Miguel de (2011). *Las impuras*. Madrid: Cátedra. Edición de Ángel Esteban y Yannelys Aparicio (primera edición de 1919).

Casamayor, Odette (2010). "Soñando, cayendo y flotando: Itinerarios ontológicos a través de la narrativa cubana post-soviética". *Revista Iberoamericana*, LXXVI, 232-233, págs. 643-670.

Castellanos, Jesús (1969). "Palabras proemiales". *Tradiciones cubanas*. Iglesia, Álvaro de la. La Habana: Instituto del Libro, págs. 7-14 (primera edición de 1911).

Castellanos, Jorge (2003). *Pioneros de la etnografía afrocubana*. Miami: Universal.

Cesarman, F.C. (1976). *El ojo de Buñuel. Psicoanálisis desde una butaca*. Barcelona: Anagrama.

Chaviano, Daína (1998). *El hombre, la hembra y el hambre*. Barcelona: Planeta.

Childs, Matt (2006). *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle Against Atlantic Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Chothia, Rustom (2002). *Zoroastrian religion most frequently asked questions*. Mumbai: Chothia ed.

Cofiño López, Manuel (1978). "Vigor ideológico de la creación literaria". *La semana de bellas artes*, 10, 8 de febrero de 1978.

Corona, Ignacio (2001). "El festín de la historia: abordajes críticos recientes a la novela histórica". *Literatura mexicana*, XII, 1, págs. 87-113.

Correa, Miguel (1998). "El mar de las lentejas y de la imaginación". *Espéculo*, 10, págs. 1-8. En www.ucm.es/info/especulo/numero10/lentejas3.html

Costa, Juan Félix (2011). *Citas del Presidente Hugo Chávez Frías*. Caracas: Ed. para Kindle.

Cremades, Raúl y Esteban, Ángel (2002). *Cuando llegan las musas. Cómo trabajan los grandes maestros de la literatura*. Madrid: Espasa-Calpe.

Dayre Abella, René (2008). "El caso Padilla y el Primer Congreso de Educación y Cultura". *Letralia*, XIII, 93, pág. 1.

De Castro, Isabel (1996). "El cuestionamiento de la verdad histórica. Transgresión y fabulación". *La novela histórica a finales del siglo XX*. Romera Castillo, José (ed.). Madrid: Visor, págs. 167-174.

De la Concha, Ángeles (1996). "Otras voces, otra historia". *La novela histórica a finales del siglo XX*. Romera Castillo, José (ed.). Madrid: Visor, págs. 183-188.

De Maeseneer, Rita y Collard, Patrick (2003). *Murales, figuras, fronteras: Narrativa e historia en el Caribe y Centroamérica*. Madrid: Vervuert-Iberoamericana.

Del Monte, Domingo (1832). "Novela histórica". *Revista Bimestre*, 2, 5, págs. 157-183.

Desnoes, Edmundo (1966). *Memorias del Subdesarrollo*. La Habana: Ed. Unión.

Díaz, Jesús (1996). *La piel y la máscara*. Barcelona: Anagrama.

Díaz, Duanel (2012). "Introducción a tres artículos de José A. Baragaño". *La Habana Elegante*, http://www.habanaelegante.com/Archivo_Revolucion/Revolucion_Baragano.html

Donoso, José (1999). *Historia personal del boom*. Madrid: Alfaguara (primera edición de 1972). La de 1999 corregida y aumentada.

Durán, Roberto, Ortiz, Judith y Pérez Firmat, Gustavo (1987). *Triple Crown*. Tempe: Bilingual Press.

Eco, Umberto (1989). *El nombre de la rosa*. Barcelona, Lumen.

Elmore, Peter (1997). *La fábrica de la memoria. La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana*. México: FCE.

Esteban, Ángel (ed y pról.) (2002). *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, contada por ella misma*. Madrid: Cátedra.

Esteban, Ángel & Panichelli, Stéphanie (2004). *Gabo y Fidel*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A.

Esteban, Ángel (2006). *Literatura cubana entre el viejo y el mar*. Sevilla: Renacimiento.

Esteban, Ángel (ed.) (2008). *Habaneros de acá, de allá y del medio*. Caracas: Bid & Co.

Esteban, Ángel y Gallego, Ana (2009). *De Gabo a Mario*. Madrid: Espasa-Calpe.

Esteban, Ángel (ed.) (2011). *Madrid habanece. Cuba y España en el punto de mira transatlántico*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Ette, Ottmar (1995). *José Martí, poeta, revolucionario. Una historia de su recepción*. México: UNAM.

Fernández Prieto, Celia (2003). *Historia y novela. Poética de la novela histórica*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.

Fernández, Alina (1997). *Alina, memorias de la hija rebelde de Fidel Castro*. Barcelona: Plaza & Janés.

Fernández Retamar, Roberto (1967). *Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba*. La Habana: Casa de las Américas.

- Ferreras, Juan Ignacio (1990). *La novela en el siglo XVI*. Madrid: Taurus.
- Fornés, Leopoldo (2003). *Cuba Cronología: Cinco siglos de Historia, Política y Cultura*. Madrid: Verbum.
- Fornet, Ambrosio (2007). "EL Quinquenio Gris: Revisitando el término". *La Ventana*. Portal informativo de la Casa de las Américas. 3 de febrero de 2007. Consultado el 6 de diciembre de 2012 en <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=3551>
- Fornet, Jorge (2003). "La narrativa cubana entre la utopía y el desencanto". *Hispanamérica*, 32, 95, págs.3-20.
- Fornet, Jorge y Espinosa, Carlos (2002). *Cuento cubano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, Manuel (2007). "Impact of Energy Intake, Physical Activity, and Population-wide Weight Loss on Cardiovascular Disease and Diabetes Mortality in Cuba, 1980–2005". *Oxford Journal of Medicine-American Journal of Epidemiology*, 166, 12, págs. 1374-1380.
- Franqui, Carlos (2001). *Camilo Cienfuegos*. Barcelona: Editorial Seix Barral S.A.
- Fuentes, Carlos (1980). *La nueva novela hispanoamericana*. México, Joaquín Mortiz (primera edición de 1969).
- Fuentes, Carlos (1993). *Tres discursos para dos aldeas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fullat, Octavi (2002). *El siglo postmoderno (1900-2001)*. Barcelona: Crítica.
- Galeano, Eduardo (1990). *El siglo del viento*. La Habana: Casa de las Américas.
- Galeano, Eduardo (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI (primera edición de 1971)
- Gálvez Acero, Marina (2006). "Los modelos de la novela histórica: de la 'verdad' de la historia a la historia como ficción". *América: Cahiers du CRICCAL*. Les modeles et leur circulation en Amerique Latine: 9° Colloque International de CRICCAL: 2eme serie. Paris: Sorbonne Nouvell.
- García Gual, Carlos (1995). *La Antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*. Barcelona: Anagrama.
- García Gual, Carlos, Penadés, Antonio, Negrete, Javier, Haefs, Gisbert, Godoy, Pedro (2009). *Cinco Miradas sobre la novela histórica*. Madrid: Didaska.
- García, Luis Manuel (1992). *Habanecer*. La Habana: Casa de las Américas.
- García, José Antonio (2009). "Tras la leyenda más antigua de Cuba: La luz de Yara". *Indocubanos*, 4-II, págs. 1-2.

García Márquez, Gabriel (2003). *El amor en los tiempos del cólera*. New York: Vintage (primera edición de 1985)

Genette, G (1972). *Figures III*. París: Seuil.

Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Girón Alvarado, Jacqueline (2001). “El Caribe Hispánico: novelas históricas y escritoras”. *Horizontes*, XLIII, 84, vol. II, págs. 3-19.

Godoy, Pedro (2009). “Cavilaciones y mortificaciones de un lector atribulado”. *Cinco miradas sobre la novela histórica*. García Gual, Carlos (ed). Madrid: Didaska, págs. 13-42.

González Acosta, Alejandro (2002-2003). “Heredia: iniciador de caminos”. *Encuentro de la Cultura Cubana*, 26-27, págs. 283-294.

Grützmacher, Lukasz (2006). “Las trampas del concepto ‘la nueva novela histórica’ y de la retórica de la historia postoficial”. *Acta Poética*, 27, 1, págs. 141-167.

Guerra, Wendy (2006). *Todos se van*. Barcelona: Bruguera.

Guerrero, Jorge Carlos (2009). “La novela histórica en tiempos de integración nacional”. *Alba de América*, 28, 53-54, págs. 247-255.

Guevara, Ernesto (1968). *Obra revolucionaria. El hombre y el socialismo en Cuba*. México: Editorial ERA.

Guevara, Ernesto (1977a). *Escritos y discursos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Guevara, Ernesto (1977b). *El socialismo y el hombre nuevo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gutiérrez, Pedro Juan (1998). *Trilogía sucia de La Habana*. Barcelona: Anagrama.

Habermas, Jürgen (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Haefs, Gisbert (2009). “Cosas de Troya”. *Cinco miradas sobre la novela histórica*. García Gual, Carlos (ed.). Madrid: Didaska, págs. 87-94.

Haefs, Gisbert (2009). “Historias de vino y sangre”. *Cinco miradas sobre la novela histórica*. García Gual, Carlos (ed.). Madrid: Didaska, págs. 95-98.

Haenel, Yannick (2011). *Jan Karski*. Barcelona: El Aleph/Empuries.

Haley G. (ed) (1980). *El Quijote de Cervantes*. Madrid: Taurus.

HASSON, Liliane (1996). “Memorias de un exiliado. París, primavera 1985” (entrevista con Reinaldo Arenas). *La escritura de la memoria*. Reinaldo Arenas: textos, estudios y documentación. Ette, Ottmar (ed.). Frankfurt: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, págs. 35-63.

Henríquez Ureña, Max (1963). *Panorama histórico de la literatura cubana, 1492-1952*. México: Miramar: Tomo I.

Heredia, José María (1980). *Prosas*. La Habana: Letras Cubanas (primera edición del texto citado de 1832).

Hernández, Rafael y Rojas, Rafael (2002). *Ensayo cubano del siglo XX*. México: FCE.

Huertas, Begoña (1993). *Ensayo de un cambio. La narrativa cubana de los 80*. La Habana: Casa de Las Américas.

Hutcheon, Linda (1988). *A Poetics of Postmodernism: History Theory, Fiction*. Nueva York: Routledge.

Hutcheon, Linda (1989). *The Politics of Postmodernism*. London y New York: Routledge.

Íñigo Madrigal, Luis (ed.) (1987). *Historia de la Literatura Hispanoamericana. II. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid: Cátedra.

Jameson, Frederic (1991). *Postmodernism, Or, The Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Duke University Press.

Jitrik, Noé (1995). *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos.

Joncour, Marie-Claude (1975). "Las cuatro epidemias de cólera observadas en Barcelona durante el siglo XIX". *Anales de Medicina y Cirugía*, LV, 242, págs. 297-308.

Juliá, Mercedes (2006). *Las ruinas del pasado*. Madrid: Ediciones de La Torre.

Jurado Morales, José (2006). *Reflexiones sobre la novela histórica*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

Kohut, Karl (ed.) (1997). *La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Madrid: Vervuert.

Lantigua, Rafael y López Sacha, Francisco (1999). *Islas en el sol*. La Habana: Ediciones Unión.

Le Goff, Jacques (1988). *La nueva historia*. Bilbao: Mensajero (primera edición de 1978).

Le Riverend, Julio (1974). *Historia económica de Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, cuarta edición.

Lejeune, Ph (1975). *Le pacte autobiographique*. París: Seuil.

Leyva Ávila, Delfín (2005). *¿Por qué no se cae Castro?* Arecibo: Impresos Isla.

Lezama Lima, José, Esteban, Ángel y Salvador, Álvaro (2002). *Antología de la poesía cubana*. Madrid: Verbum, 4 vols.

Lozano Herrera, Rubén (2004). "Novela para la historia e historia para la novela. Propuesta para la aplicación de El deslinde en el estudio de la novela histórica". Alfonso Reyes: Perspectivas críticas. Popovic, Pol y Chávez, Fidel (eds.). México: Plaza y Valdés, Tecnológico de Monterrey, págs. 121-139.

Ludmer, Josefina (2004). "Ficciones cubanas en los últimos años". El problema de la literatura política. Cuba: Un siglo de literatura. Birkenmaier, Anke y González, Roberto (eds.). Madrid: Colibrí, págs. 357-373.

Lukács, George (1976). La novela histórica. México: Era (primera edición de 1937).

Lyotard, Jean François (1979). La condition postmoderne: rapport sur le savoir. Paris: Minuit.

Marcelo, Carmen (2006). Cinco novelas cubanas. Santa Clara: Editorial Capiro.

Márquez Sterling, Carlos & Márquez Sterling, Manuel (1996). Historia de la isla de Cuba. Miami: Books & Mas Inc.

Martín Barbero, Jesús (1992). "Modernidad, posmodernidad, modernidades: discursos sobre la crisis y la diferencia". Praxis filosófica, 2 de marzo de 1992, págs. 55-67.

Mata, Carlos (1995). "Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica". La novela histórica. Teoría y comentarios. Spang, Kurt (ed.). Pamplona: EUNSA, págs. 13-63.

Mata, Carlos (1995). "Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española". La novela histórica. Teoría y comentarios. Spang, Kurt (ed.), págs. 145-198.

Matos, Huber (2002). Cómo llegó la noche. Barcelona: Tusquets Editores S.A.

McHale, Brian (1987). Postmodernism Fiction. London y New York: Methuen.

Méndez Ródenas, Adriana (1990). "Este sexo que no es no. Mujeres deseantes en Las honradas y Las impuras, de Miguel de Carrión". Revista Iberoamericana, 56, 152-153, págs. 1009-1025.

Méndez Ródenas, Adriana (1998). "Culturas en rotación: De donde son los cantantes a través de Fernando Ortiz". América: Le néo-baroque cubain. Cahiers du CRICCAL, 20. París: Sorbonne Nouvelle, págs. 117-124.

Méndez y Soto, Ernesto (1977). Panorama de la novela cubana de la revolución (1959-1970). Miami: Universal.

Mendoza, Plinio Apuleyo (1984). El caso perdido. La llama y el hielo. Bogotá: Planeta/Seix Barral.

Menton, Seymour (1975). "Antonio Benítez Rojo y el realismo mágico en la narrativa de la revolución cubana". Otros mundos, otros fuegos: Fantasía y realismo mágico en Iberoamérica. Yates, Donald (ed.). Pittsburg, Michigan State University, págs. 233-237.

Menton, Seymour (1978). *La narrativa de la revolución cubana*. Madrid: Editorial Playor S.A.

Menton, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: FCE.

Mignolo, Walter (2000). "Posoccidentalismo: las epistemologías fronterizas y el dilema de los estudios (latinoamericanos) de áreas". *Revista Iberoamericana*, 68, 200, págs. 847-864.

Mignolo, Walter (2008). "La opción descolonial". *LETRAL*, 1, págs. 4-22.

Miná, Gianni (1988). *Un encuentro con Fidel*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Molina, Sintia (2001). *El naturalismo en la novela cubana*. Lanham, Maryland: University Press of America.

Montaner, Carlos Alberto (1999). *Viaje al corazón de Cuba*. Barcelona: Plaza & Janés.

Morell, Hortensia (2001). "Entre la historia y la novela: El castillo de la memoria y la nueva novela histórica". *La Torre*, VI, 22, págs. 475-490.

Munford, Lewis (1945). *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé, tomo III.

Nolla, Olga (1997). "La novela histórica, entre los datos comprobados y la imaginación que los define". *Revista/Review Interamericana*, XXVII, 1-4, págs. 131-137.

Oppenheimer, Andrés (1992). *La hora final de Castro*. Argentina: Javier Vergara Editor.

Ortega, Julio. "Una mujer (vestida de hombre) trasatlántica". <http://www.literatura.us/rojo/julio.html>

Oviedo, José Miguel (1976). "Un personaje de Camus en La Habana". *Plural*, 55, págs. 64-67.

Palma, Ricardo (1952). *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar.

Penadés, Antonio (2009). "La novela histórica en Grecia antigua. Grecia antigua en la novela histórica". *Cinco miradas sobre la novela histórica*. García Gual, Carlos (ed.). Madrid: Didaska, págs. 61-86.

Pereira, Armando (1995). *Novela de la revolución cubana*. México: UNAM.

Pérez-Stable, Marifeli (1993). *La revolución cubana orígenes, desarrollo y legado*. Barcelona: Editorial Colibrí.

Perkowska-Álvarez, Magdalena (2006). "La novela histórica contemporánea: el cuestionamiento y la explosión del modelo". *América. Cahiers du CRICCAL: Les modèles et leur circulation en Amérique Latine: 9^o Colloque International du CRICCAL: 2eme serie*. París: Sorbonne Nouvell, págs. 177-185.

Perkowska-Álvarez, Magdalena (2008). *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid: Vervuert.

Phaf, Ineke (1990). *Novelando la Habana*. Madrid: Orígenes.

Pichardo, Esteban (1866). *El fatalista*. La Habana: Imprenta Militar de M. Soler.

Pineda, Álvaro (1997). “Del mito a la modernidad: El escritor en el mundo de hoy”. *La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Kohut, Karl (ed.). Madrid: Vervuert, págs. 29-33.

Pons, María Cristina (1996). *Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica del siglo XX*. México: Siglo XXI.

Pons, María Cristina (1999). “La novela histórica de fin de siglo XX: de inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo”. *Perfiles Latinoamericanos*, 15, págs. 139-169.

Portell Vila, Herminio (1996). *Nueva historia de la República de Cuba*. Miami: Editora Cambio.

Pozuelo Yvancos, José María (1996). “Realidad, ficción y semiótica de la cultura”. *La novela histórica a finales del siglo XX*. Romera Castillo, Francisco (ed.), págs. 98-107.

Prakash, Gyan (1994). “Los estudios de la subalternidad como crítica poscolonial”. *The American Historical Review*, 99, 5, págs. 11-43.

Prendes, Manuel (2003). *La novela naturalista hispanoamericana. Evoluciones y direcciones de un proceso narrativo*. Madrid: Cátedra.

Pulgarín, Amalia (1995). *Metaficción historiográfica: la novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*. Madrid: Fundamentos.

Raleigh, John H. (1966). *The Heart of Mid-Lothian*. Boston: Riverside.

Redonet, Salvador (ed.) (1993). *Los últimos serán los primeros*. La Habana: Letras Cubanas.

Redonet, Salvador (1999). *Para el siglo que viene. (Post) novísimos narradores cubanos*. Zaragoza: Universidad.

Redruello, Laura (2010). “Confrontaciones de la ciudad en la narrativa cubana contemporánea”. *Caribe*, 12, 1, págs. 7-30.

Reinstädler, Janett y Ette, Ottmar (eds.) (2000). *Todas las islas la isla. Nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba*. Madrid: Vervuert.

Reyes, Alfonso (1980). *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México: FCE, vol. XV de las Obras completas (primera edición de 1944).

Ricoeur, Paul (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós (primera edición de 1983 y 1985).

Rodríguez Coronel, Rogelio (1976). *La novela de la revolución cubana*. La Habana: Letras Cubanas.

Rodríguez de Montalvo, Garci (1987). *Amadís de Gaula*. Madrid: Cátedra, tomo I.

Rodríguez Sancho, Javier (2004). “La nueva novela histórica y los estudios de la subalternidad en América Latina y el Caribe a partir de El reino de este mundo”. *Kañina*, XXVIII, 1, págs. 43-53.

Rojas, Rafael (2000). *Un banquete canónico*. México: FCE.

Rojas, Rafael (2002). “El campo roturado. Políticas intelectuales de la narrativa cubana de fin de siglo”. *Revista Hispano Cubana*, 13, págs. 41-50.

Rojas, Rafael (2002). “Jesús Díaz: El intelectual redimido”. *ISTOR*, II, 10, págs. 166-177.

Rojas, Rafael (2006). *Tumbas sin sosiego*. Barcelona: Editorial Anagrama S. A.

Rojas, Rafael (2008). *Essays in Cuban Intellectual History*. Nueva York: Palgrave MacMillan.

Rojas, Rafael (2009). *Las repúblicas de aire*. Madrid: Taurus.

Rojas, Rafael (2011). “El mar de los desterrados”. *Madrid habanece*. Esteban, Ángel (ed.). Madrid: Vervuert, págs. 39-59.

Rojas Mix, Miguel (1987). “La cultura hispanoamericana del siglo XIX”. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. II. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Íñigo Madrigal, Luis (ed.). Madrid: Cátedra, págs. 55-74.

Romera Castillo, Francisco et al (eds.) (1996). *La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid: Visor.

Rosell, Sara (1997). *La novela antiesclavista en Cuba y Brasil, siglo XIX*. Madrid: Pliegos Sociales, tomo 9.

Rössner, Michael (1999). “De la utopía histórica a la historia utópica: reflexiones sobre la nueva novela histórica como re-escritura de textos históricos”. *La novela latinoamericana entre historia y utopía*. Steckbauer, Sonja M. (ed.). Eichstätt, Katolische Universität, págs. 68-78.

Rubiano, Martha Lucía (2001). “La reescritura de la Historia en la Nueva Novela Histórica”. *Cuadernos de Literatura*, 7, 13-14, págs. 136-142.

Said, Edward (1996). “Representar al colonizado”. *Cultura del Tercer Mundo: cambios en el saber académico*. González Stephen, Beatriz (ed.). Caracas: Editorial Nueva Sociedad, págs. 45-71.

Sánchez, Yvette (2000). “‘Esta isla se vende’: proyecciones desde el exilio de una generación ¿desilusionada?”. *Todas las islas la isla: nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba*. Reinstädler, Janett y Ette, Ottmar (eds.). Madrid: Vervuert, págs. 163-176.

Santaella López, Manuel (1995). *Montesquieu: el legislador y el arte de legislar*. Comillas: Universidad Pontificia.

Santí, Enrico Mario (1980). “Entrevista con Reinaldo Arenas”. *Vuelta*, 47, 4, págs. 18-25.

Santí, Enrico Mario (1998). “La vida es un salmón con grasa: Entrevista con Zoé Valdés”. *Apuntes posmodernos/ Postmodern notes*, VII, 2.

Shaw, Donald (1999). *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid: Cátedra.

Simón Palmer, Carmen (1991). *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bibliográfico*. Madrid: Castalia.

Skłodowska, Elzbieta (1991). *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*. Amsterdam: John Benjamins.

Souza, Raymond (1977). “La imaginación y la magia en la narrativa cubana (1932-1933)”. *Caribe*, 2, 2, págs. 87-96.

Spang, Kurt (1995). *La novela histórica. Teoría y comentarios*. Pamplona: EUNSA.

Spivak, Gayatri (1997). “Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía”. *Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*. Rivera, Silvia y Barragán, Rossana (eds.). La Paz: Historias, Sephis y Aruwiyiri, págs. 247-275.

Strausfeld, Michi (2000). *Nuevos narradores cubanos*. Barcelona: Siruela.

Thiem, Annegret (2004). “Al otro lado. Yanitzia Canetti entre la mística y el postmodernismo”. *Especulo*, 26, págs. 1-7. http://www.ucm.es/info/especulo/numero26/o_lado.html

Thomas, Hugh (1973). *Cuba. La lucha por la libertad*. Barcelona: Grijalbo, 3 tomos.

Thomas, Hugh S, Fauriol, George A, Weiss, Juan Carlos (1985). *La Revolución Cubana 25 años después*. Madrid: Editorial Playor.

Tollinchi, Esteban (1989). *Romanticismo y Modernidad. Ideas fundamentales de la cultura del siglo XIX. Tomo II*. San Juan de Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

Travieso, Julio (1970). *Los corderos beben vino*. La Habana: UNEAC.

Travieso, Julio (1976). *Para matar al lobo*. La Habana: Ediciones Huracán.

Travieso, Julio (1982). *Larga es la lucha*. La Habana. Editorial Letras Cubanas.

Travieso, Julio (1983). *Cuando la noche muera*. La Habana. UNEAC.

Travieso, Julio (1999). *El polvo y el oro*. Barcelona: Galaxia Gutenberg (primera edición de 1993).

Travieso, Julio (2004). *Llueve sobre La Habana*. La Habana: Letras Cubanas.

Travieso, Julio (2009a). *El enviado*. La Habana: Letras Cubanas.

Travieso, Julio (2009b). “Todo debe cambiar en la literatura y en la vida”. *Juventud rebelde*, <http://www.juventudrebelde.cu/suplementos/el-tintero/lectura/2009-10-10/julio-travieso-todo-debe-cambiar-en-la-literatura-y-en-la-vida/>

Travieso, Julio (2010). “Uno siente que siempre le queda algo por comunicar” (entrevista). *Revista de la UNEAC*. <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=entrevistas&act=entrevistas&id=71>

Travieso, Julio y Aparicio, Yannelys (2012). “Entrevista con Julio Travieso: La vida es milicia contra la malicia”. Inédita.

Valdés Zoé (1995). *La nada cotidiana*. Barcelona: Salamandra.

Valdés, Zoé (1995). *La hija del embajador*. Palma de Mallorca: Lecturalia.

Valdés Zoé (1996). *Te di la vida entera*. Barcelona: Planeta.

Valle, Amir (2006). *Jineteras*. Barcelona: Planeta.

Vargas Llosa, Mario (1990). *La verdad de las mentiras*. Barcelona: Seix Barral.

Vázquez de la Garza, Jacinto (2008). “Gerardo Abreu Fontán desafió a la dictadura batistiana”. *Juventud Rebelde* (7 de febrero de 2008), pág. 4. También disponible en <http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2008-02-07/gerardo-abreu-fontan-desafio-a-la-dictadura-batistiana/>

Vázquez Montalbán, Manuel (1998). *Y Dios entró en la Habana*. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S.A.

Vega, Margarita (2001). “Tiempo y narración en el marco del pensamiento postmetafísico”. *Espéculo*, 18, [ricocur.html](http://www.ricocur.com/html/ricocur.html).

Vera-León, Antonio (2000). “Narraciones obscenas: Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Zoé Valdés”. *Todas las islas la isla. Nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba*. Reinstädler, Janett y Ette, Ottmar (eds.). Madrid: Vervuert, págs. 177-192.

Verdecia, Carlos y Padilla, Heberto (1992). *La mala memoria. Conversación con Heberto Padilla*. Costa Rica: Cosmos.

Veres, Luis (2007). “La novela histórica y el cuestionamiento de la Historia”. *Espéculo*, 36, págs. 1-6.

VVAA (1971). “El caso Padilla. Documentos”, *Libre (IX/XI-1971)*.

Wardropper, B.W (1980). "Don Quijote: ¿Ficción o historia?". *El Quijote de Cervantes*. Haley G. (ed.). Madrid: Taurus, págs. 237-252.

White, Hayden (1973). *The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

White, Hayden (1978). *Tropics of Discourse*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

White, Hayden (1987). *The Content of the Form*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Xaubet, Horacio (1989). "Antonio Skármeta y la generación hiperrealista" (entrevista). *Revista de Estudios Hispánicos*, XII, núm.2, mayo, s/p.

Yedra, Elena (1975). "La imagen de la mujer en la obra de Miguel de Carrión: Las honradas". *Islas*, 51, págs. 121-152.

Zapata, Celia (1975). "¿Realismo mágico o cuento fantástico?". *Otros mundos, otros fuegos: fantasía y realismo mágico en Iberoamérica*. Donald Yates (ed.). Michigan: Latin American Studies Center, págs. 57-61.

Zola, Émile (1972). *El naturalismo*. Barcelona: Península.